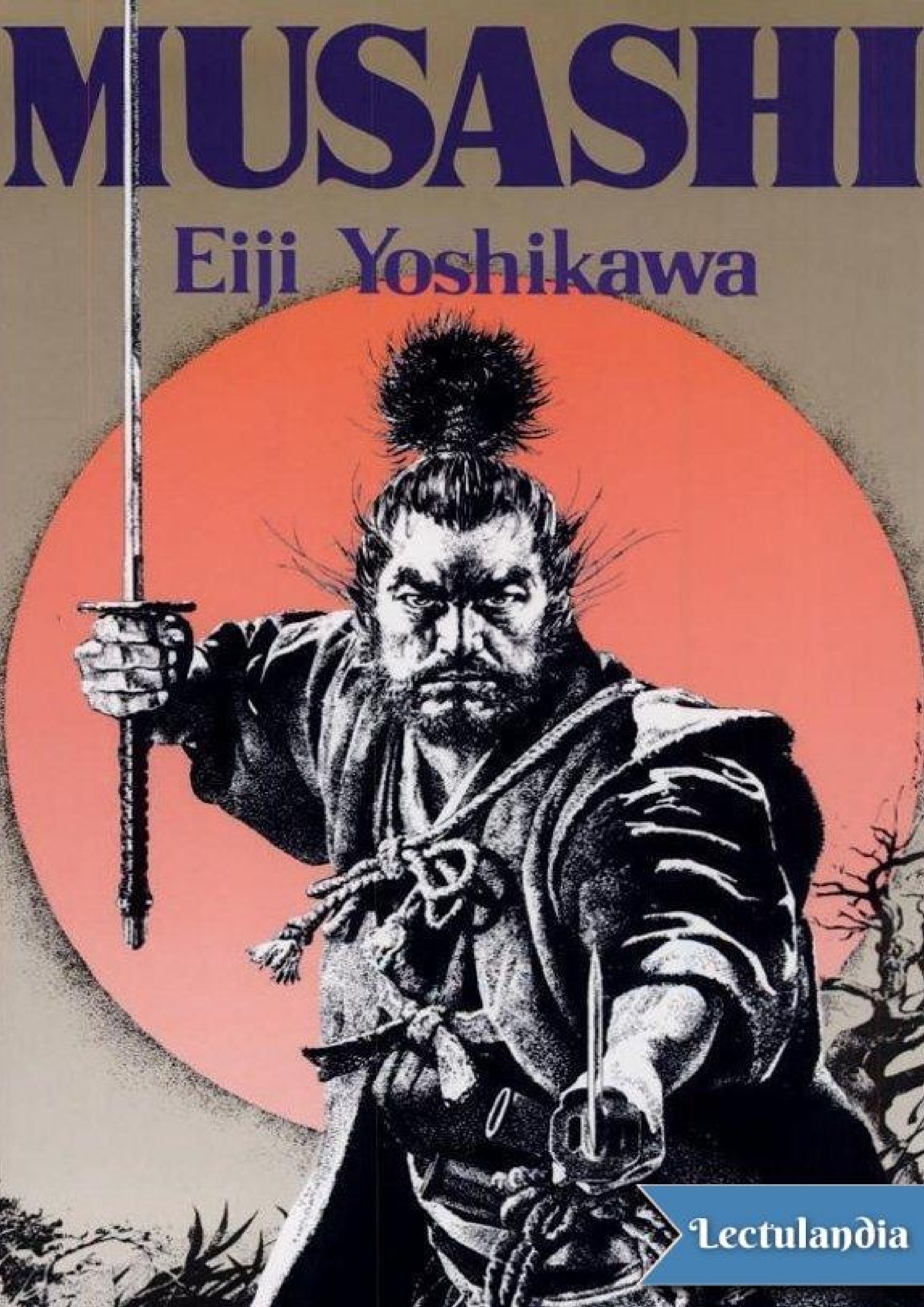

MUSASHI
Eiji Yoshikawa
Lectulandia

Una saga épica monumental sobre la vida y andanzas del samurai más famoso de todos los tiempos y, a la vez, un clásico de las letr as japonesas que se ha convertido en un auténtico best seller internacional: sólo en Japón lleva vendidos 120 millones de ejemplares.
En 1600 tuvo lugar la batalla de Sekigahara, el conflicto final tras varias décadas de guerra civil, en la que Tokugawa Ieyasu se impuso como nuevo shōgun de Japón. En medio de la devastación y los miles de muertos recobró la conciencia un muchacho que, con la ingenuidad de la juventud, se había unido a la batalla soñando con llegar a ser samurai. Su regreso a casa, convertido en un fugitivo y acosado como un animal salvaje, marca el principio de una vida entregada al camino de la espada, la vida de un joven que renacería con el nombre de Musashi y cuyas hazañas se hicieron legendarias.
La biografía de Miyamoto Musashi, la espada más célebre de la historia de Japón, sirve de base a una de las novelas más apasionantes que han dado las letras japonesas. Un libro de lectura compulsiva en el que brillan con luz propia los mejores recursos de una forma de narrar tan enérgica como eficaz y que permite al lector entender la tradición heroica japonesa.
"El equivalente japonés de *Lo que el viento se llevó*. Edwin O. Reischauer.
"Una saga emocionante... Una lectura que conmueve." San Francisco Chronicle.
"Vivo, sutil, imaginativo... Rebosante de personajes memorables, muchos de ellos históricos." Publisher'is Weekly.

Lectulandia

Eiji Yoshikawa

Musashi

ePUB v2.2

victordg 09.08.12

Título original: *Miyamoto Musashi ()*
Eiji Yoshikawa, 1971.
Traducción: Jordi Fibla
Ilustraciones: Noriyoshi Ōrai
Diseño/retoque portada: victordg

Editor original: victordg (v1.0 a v2.2)
Corrección de erratas: victordg, forocomic
ePub base v2.0

Prólogo

Podemos decir sin temor a equivocarnos que este libro viene a ser el equivalente japonés de “Lo que el viento se llevó”. Escrito por Eiji Yoshikawa (1892-1962), uno de los escritores populares más prolífico y estimado de Japón, es una larga novela histórica que apareció primero señalizada, entre 1935 y 1939, en el Asahi Shimbun, el periódico japonés de mayor tirada y más prestigioso. En forma de libro se ha publicado no menos de catorce veces, la más reciente en cuatro volúmenes de las obras completas en 53 tomos editadas por Kodansha. Ha sido llevada al cine unas siete veces, se ha representado numerosas veces en los escenarios y con frecuencia ha sido presentada en seriales televisivos.

Miyamoto Musashi fue un personaje histórico, pero gracias a la novela de Yoshikawa tanto él como los demás principales personajes del libro han pasado a formar parte del folclore vivo japonés. El público está tan familiarizado con ellos que a menudo sirven como modelos con los que se compara a alguien, pues son personalidades que todo el mundo conoce. Este hecho proporciona a la novela un interés adicional para el lector extranjero. No sólo ofrece un período de la historia japonesa novelada, sino que también muestra cómo ven los japoneses su pasado y a sí mismos. Pero el lector disfrutará sobre todo de un brioso relato de aventuras protagonizadas por espadachines y una discreta historia de amor, al estilo japonés.

Las comparaciones con la novela “Shogun”, de James Clavell, parecen inevitables, porque hoy, para la mayoría de los occidentales, tanto el libro como la serie de televisión “Shogun” compiten con las películas de samurais como su principal fuente de conocimiento sobre el pasado de Japón. Ambas novelas se ocupan del mismo periodo histórico. “Shogun”, cuya acción tiene lugar en el año 1600, finaliza cuando Toranaga, que corresponde al Tokugawa Ieyasu histórico y pronto va a ser el shōgun o dictador militar del país, parte hacia la decisiva batalla de Sekigahara. El relato de Yoshikawa comienza cuando el joven Takezō, que más adelante tomará el nombre de Miyamoto Musashi, yace herido entre los cadáveres del ejército derrotado en ese campo de batalla.

Con la única excepción de Blackthorne, el histórico Will Adams, “Shogun” trata sobre todo de los grandes señores y damas de Japón, que aparecen levemente velados bajo nombres que Clavell ha ideado para ellos. Aunque en Musashi se mencionan muchas grandes figuras históricas con sus nombres verdaderos, el autor se ocupa de una gama más amplia de japoneses, en especial el grupo bastante extenso que vivía en la frontera mal definida entre la aristocracia militar hereditaria y la gente corriente, los campesinos, comerciantes y artesanos. Clavell distorsiona libremente los hechos históricos para que encajen en su relato e inserta una historia de amor a la occidental que no sólo se mofa flagrantemente de la historia, sino que es del todo inimaginable

en el Japón de aquella época. Yoshikawa permanece fiel a la historia, o por lo menos a la tradición histórica, y su historia de amor, que es como un tema de fondo a escala menor a lo largo del libro, es auténticamente japonesa.

Por supuesto, Yoshikawa ha enriquecido su relato con muchos detalles imaginarios. Hay suficientes coincidencias extrañas e intrépidas proezas para satisfacer a todo amante de los relatos de aventuras, pero el autor se mantiene fiel a los hechos históricos tal como se conocen. No sólo el mismo Musashi sino también muchos de los demás personajes que tienen papeles destacados en el relato son individuos que han existido históricamente. Por ejemplo, Takuan, que actúa como luz orientadora y mentor del joven Musashi, fue un famoso monje zen, calígrafo, pintor, poeta y maestro de la ceremonia del té en aquella época, que llegó a ser el abad más joven del templo Daitokuji de Kyoto, en 1609, y más adelante fundó un monasterio principal en Edo, pero a quien hoy se recuerda más por haber dado su nombre a un popular encurtido japonés.

El Miyamoto Musashi histórico, quien pudo haber nacido en 1584 y muerto en 1645, fue un maestro de la esgrima, como su padre, y se hizo famoso porque usaba dos espadas. Era un ardiente cultivador de la autodisciplina como la clave de las artes marciales y escribió una célebre obra sobre esgrima, el “Go rin no sho”. Probablemente participó de joven en la batalla de Sekigahara, y sus enfrentamientos con la escuela de esgrima Yoshioka de Kyoto, los monjes guerreros del templo Hōzōin de Nara y el afamado espadachín Sasaki Kojirō, todos los cuales ocupan un lugar destacado en esta obra, ocurrieron realmente. El relato de Yoshikawa finaliza en 1612, cuando Musashi era todavía un joven de unos veintiocho años, pero es posible que posteriormente luchara con el bando perdedor en el asedio del castillo de Osaka en 1614 y que en los años 1637 y 1638 participara en la aniquilación del campesinado cristiano de Shimabara en la isla occidental de Kyushu, acontecimiento que señaló la extirpación del cristianismo en Japón durante los dos siglos siguientes y contribuyó al aislamiento de Japón del resto del mundo.

Resulta irónico que en 1640 Musashi se hiciera servidor de los señores Hosokawa de Kumamoto, los cuales, cuando eran los señores de Kumamoto, habían sido protectores de su principal rival, Sasaki Kojirō. Los Hosokawa nos hacen volver a Shogun, porque es el Hosokawa mayor, Tadaoki, quien figura de una manera totalmente injustificable como uno de los principales villanos de esa novela, y es la ejemplar esposa cristiana de Tadaoki, Gracia, la que aparece plasmada, sin un ápice de verosimilitud, como Mariko, el gran amor de Blackthorne.

La época en que vivió Musashi fue un periodo de gran transición en Japón. Tras un siglo de guerra incesante entre pequeños daimyōs, o señores feudales, tres líderes sucesivos habían reunificado finalmente el país por medio de la conquista. Oda Nobunaga había iniciado el proceso pero, antes de completarlo, murió a manos de un

vasallo traidor, en 1582. Su general más capacitado, Hideyoshi, que se había elevado desde simple soldado de infantería, completó la unificación del país pero murió en 1598, antes de que pudiera consolidar el dominio de la nación a favor de su heredero. El vasallo más fuerte de Hideyoshi, Tokugawa Ieyasu, un gran daimyō que gobernaba en gran parte del Japón oriental desde su castillo en Edo, la moderna Tokyo, consiguió entonces la supremacía al derrotar a una coalición de daimyōs occidentales en Sekigahara. Esto ocurrió en 1600, y tres años después Ieyasu adoptó el título tradicional de shōgun, que significaba su dictadura militar sobre todo el territorio, teóricamente en nombre de la antigua pero impotente línea imperial de Kyoto. En 1605, Ieyasu transfirió la posición de shōgun a su hijo, Hidetada, pero siguió sujetando él mismo las riendas del poder hasta que hubo destruido a los seguidores del heredero de Hideyoshi en los sitios del castillo de Osaka, que tuvieron lugar en 1614 y 1615.

Los tres primeros dirigentes Tokugawa establecieron un control tan firme de Japón que su dominio se prolongó durante más de dos siglos y medio, hasta que finalmente se hundió en 1868, tras los tumultos que siguieron a la reapertura de Japón al contacto con Occidente, una década y media atrás. Los Tokugawa gobernaron por medio de daimyōs hereditarios semiautónomos, cuyo número era de unos 265 al final del periodo, y los daimyōs, a su vez, controlaban sus feudos por medio de sus servidores samurai hereditarios. La transición desde la guerra constante a una paz estrechamente regulada provocó la aparición de fuertes diferencias de clase entre los samuráis, que tenían el privilegio de llevar dos espadas y tener apellido, y los plebeyos, a los cuales, aunque figuraban entre ellos ricos comerciantes y terratenientes, se les negaba en teoría el derecho a todo tipo de armas y el honor de usar apellidos.

Sin embargo, durante los años sobre los que Yoshikawa escribe, esas diferencias de clase aún no estaban nítidamente definidas. Todas las localidades contaban con un remanente de campesinos luchadores, y el país estaba lleno de rōnin, o samuráis sin amo, en su mayor parte restos de los ejércitos de daimyōs que habían perdido sus dominios tras la batalla de Sekigahara o en guerras anteriores. Fue necesaria una generación, o tal vez dos, antes de que la sociedad quedara totalmente clasificada en las rígidas divisiones de clase del sistema Tokugawa, y entretanto hubo considerables fermento y movilidad sociales.

Otra gran transición en los inicios del Japón del siglo XVII fue la naturaleza del liderazgo. Restaurada la paz y con el fin de las grandes guerras, la clase guerrera dominante descubrió que la pericia militar era menos esencial para dominar con éxito que el talento administrativo. La clase samurai inició una lenta transformación: de guerreros con armas de fuego y espadas pasaron a ser burócratas con pincel de escribir y papel. El dominio de sí mismo y la disciplina en una sociedad en paz iban

siendo más importantes que la habilidad guerrera. El lector occidental quizá se sorprenda al constatar lo extendida que estaba la alfabetización ya a principios del siglo XVII y las constantes referencias que los japoneses hacían a la historia y la literatura chinas, al modo como los europeos nórdicos de la misma época se referían continuamente a las tradiciones de Grecia y Roma antiguas.

Una tercera transición importante en la época de Musashi fue la del armamento. En la segunda mitad del siglo XVI, los mosquetes de mecha, introducidos recientemente por los portugueses, se habían convertido en las armas decisivas en el campo de batalla, pero cuando reinaba la paz en el país los samuráis podían dar la espalda a las desagradables armas de fuego y reanudar su tradicional relación amorosa con la espada. Florecieron las escuelas de esgrima. Sin embargo, como habían disminuido las probabilidades de usar las espadas en combates verdaderos, las habilidades marciales fueron convirtiéndose gradualmente en artes marciales, y éstas recalcaron cada vez más la importancia del dominio de uno mismo y las cualidades de la esgrima para la formación del carácter, más que una eficacia militar que no se había puesto a prueba.

El relato que hace Yoshikawa de la época juvenil de Musashi ilustra todos estos cambios que tenían lugar en Japón. Él mismo era un rōnin típico de un pueblo de montaña, y sólo llegó a ser un samurai al servicio de un señor en su madurez. Fue el fundador de una escuela de esgrima. Lo más importante de todo es que, gradualmente, se transformó y pasó de ser un luchador instintivo a un hombre que perseguía fanáticamente los objetivos de la autodisciplina similar a la del zen, un completo dominio interior de sí mismo y el sentido de la unión con la naturaleza circundante. Aunque en sus años mozos todavía podían darse justas a muerte, parecidas a los torneos de la Europa medieval, el Musashi que retrata Yoshikawa da un giro consciente a sus artes marciales, las cuales dejan de estar al servicio de la guerra para convertirse en un medio de formación del carácter en tiempo de paz. Las artes marciales, la autodisciplina espiritual y la sensibilidad estética se fundieron en un todo indistinguible. Es posible que esta imagen de Musashi no esté muy lejos de la verdad histórica. Se sabe que Musashi fue un hábil pintor y notable escultor además de espadachín.

El Japón de principios del siglo XVII que encarna Musashi ha permanecido muy vivo en la conciencia de los japoneses. El largo y relativamente estático dominio del período Tokugawa preservó gran parte de sus formas y su espíritu, aunque de una manera un tanto convencional, hasta mediados del siglo XIX, no hace mucho más de un siglo. El mismo Yoshikawa era hijo de un ex samurai que, como la mayoría de los miembros de su clase, no logró efectuar con éxito la transición económica a la nueva era. Aunque en el nuevo Japón los samuráis se difuminaron en el anonimato, la mayoría de los nuevos dirigentes procedían de esa clase feudal, y su carácter

distintivo fue popularizado por el nuevo sistema educativo obligatorio y llegó a convertirse en el fondo espiritual y la ética de toda la nación japonesa. Las novelas como Musashi y las películas y obras teatrales derivadas de ellas contribuyeron a este proceso.

La época de Musashi está tan cercana y es tan real para los modernos japoneses como la guerra de Secesión para los norteamericanos. Así pues, la comparación con "Lo que el viento se llevó" no es en modo alguno exagerada. La era de los samuráis está aún muy viva en las mentes japonesas. Contrariamente a la imagen de los japoneses actuales como «animales económicos» orientados hacia el grupo, muchos japoneses prefieren verse como Musashis de nuestro tiempo, ardientemente individualistas, de elevados principios, auto disciplinados y con sentido estético. Ambas imágenes tienen cierta validez, e ilustran la complejidad del alma japonesa bajo el exterior en apariencia imperturbable y uniforme.

Musashi es muy diferente de las novelas altamente psicológicas y a menudo neuróticas que han sido sostén principal de las traducciones de literatura japonesa moderna. Sin embargo, pertenece de pleno a la gran corriente de la narrativa tradicional y el pensamiento popular japoneses. Su presentación en episodios no obedece sólo a su publicación original como un folletín de periódico, sino que es una técnica preferida que se remonta a los inicios de la narrativa nipona. Su visión idealizada del espadachín noble es un estereotipo del pasado feudal conservado en cientos de otros relatos y películas de samuráis. Su hincapié en el cultivo del dominio de uno mismo y la fuerza interior personal por medio de la austera disciplina similar a la del zen es una característica principal de la personalidad japonesa de hoy, como también lo es el omnipresente amor a la naturaleza y el sentido de proximidad a ella. Musashi no es sólo un gran relato de aventuras, sino que va más allá y nos ofrece un atisbo de la historia japonesa y una visión de la imagen idealizada que tienen de sí mismos los japoneses contemporáneos.

Edwin O. R Eischauer[1]



Libro I TIERRA

La campanilla

Takezō yacía entre los cadáveres, que se contaban por millares.

«El mundo entero se ha vuelto loco —pensó nebulosamente—. Un hombre podría compararse a una hoja muerta arrastrada por la brisa otoñal.»

Él mismo parecía uno de aquellos cuerpos sin vida que le rodeaban. Trató de alzar una mano, pero sólo pudo levantarla unos pocos centímetros del suelo. No recordaba que jamás se hubiera sentido tan débil. Se preguntó cuánto tiempo llevaría allí.

Las moscas zumbaban alrededor de su cabeza. Quería ahuyentarlas, pero ni siquiera tenía energía para levantar el brazo, que estaba rígido, casi quebradizo, como el resto de su cuerpo. Mientras movía un dedo tras otro, se dijo que debía de llevar allí largo rato. No tenía idea de que estaba herido, con dos balas firmemente alojadas en un muslo.

Unas nubes bajas y oscuras se desplazaban amenazantes por el cielo. La noche anterior, en algún momento entre la medianoche y el alba, un intenso aguacero había empapado la llanura de Sekigahara. Ahora era más de mediodía del quinceavo día del noveno mes de 1600. Aunque el tifón había pasado, de vez en cuando descargaba un nuevo aguacero sobre los cadáveres y el rostro vuelto hacia arriba de Takezō. Cada vez que ocurría tal cosa, abría y cerraba la boca como un pez, intentando beber las gotas de lluvia. Saboreando aquella humedad, reflexionó que era como el agua con que limpian los labios a un moribundo. Tenía la cabeza entumecida y sus pensamientos eran como las sombras huidizas del delirio.

Por lo menos sabía que su bando había sido derrotado. Su supuesto aliado, Kobayakawa Hideaki, se había asociado en secreto con el ejército del Este, y cuando en el crepúsculo se volvió contra las tropas de Ishida Mitsunari, la suerte de la batalla cambió. Entonces atacó a los ejércitos de otros comandantes, Ukita, Shimazu y Konishi, y el derrumbe del ejército del Oeste fue total. En sólo media jornada de lucha quedó zanjada la cuestión de quién gobernaría el país en lo sucesivo. Sería Tokugawa Ieyasu, el poderoso daimyō de Edo.

Aparecieron ante sus ojos las imágenes de su hermana y los ancianos habitantes del pueblo. «Me estoy muriendo —pensó sin asomo de tristeza—. ¿Es así como ocurre realmente?» Se sentía atraído hacia la paz de la muerte, como un niño hipnotizado por una llama.

De repente, uno de los cuerpos cercanos alzó la cabeza.

—Takezō.

El desfile de imágenes en su mente se interrumpió. Como si despertara de entre los muertos, volvió la cabeza hacia el sonido. Estaba seguro de que aquella voz era de su mejor amigo. Poniendo en juego todas las fuerzas que le quedaban, se irguió ligeramente y emitió un susurro apenas audible por encima del fragor de la lluvia.

—¿Eres tú, Matahachi? —preguntó, y se tendió de nuevo, permaneció inmóvil y escuchó.

—¡Takezō! ¿De veras estás vivo?

—¡Sí, vivo! —exclamó con un súbito arranque de jactancia—. ¿Y tú? Será mejor que no mueras tampoco. ¡No te atrevas a hacerlo! —Ahora tenía los ojos muy abiertos, y sus labios trazaban una leve sonrisa.

—¡No haré eso! ¡No, señor!

Jadeante, apoyándose en los codos y arrastrando sus rígidas piernas, Matahachi reptó poco a poco hacia su amigo. Intentó coger la mano de Takezō, pero sólo logró enlazarle el meñique con el suyo propio. En su infancia a menudo habían empleado ese gesto para sellar una promesa. Avanzó un poco más, hasta que pudo aferrar toda la mano.

—¡No puedo creer que también tú estés bien! Debemos de ser los únicos supervivientes.

—No hables antes de tiempo. Aún no he tratado de levantarme.

—Yo te ayudaré. ¡Salgamos de aquí!

De repente Takezō tiró de Matahachi, tendiéndole en el suelo, y dijo entre dientes:

—¡Hazte el muerto! ¡Se acercan nuevos apuros!

El suelo empezó a retumbar como un caldero al fuego. Mirando por entre sus brazos, vieron el remolino que se aproximaba. Luego distinguieron las hileras de jinetes negros como el azabache que se abalanzaban directamente hacia ellos.

—¡Esos perros han vuelto! —exclamó Matahachi, alzando la rodilla como si se dispusiera a saltar.

Takezō le cogió con tal fuerza del tobillo que estuvo a punto de rompérselo, y le obligó a tenderse de nuevo.

Instantes después los caballos pasaban al galope por su lado, centenares de cascos fangosos y letales en formación, avanzando sin hacer ningún caso de los samuráis caídos. Se sucedieron las oleadas de jinetes, cuyos gritos de combate se mezclaban con el estrépito metálico de sus armas y armaduras.

Matahachi permaneció tendido boca abajo, con los ojos cerrados, confiando contra toda esperanza que no serían pisoteados, pero Takezō miró hacia arriba sin parpadear. Los caballos pasaron tan cerca de ellos que olieron su sudor. Luego todo terminó.

Por puro milagro no habían sido atropellados ni detectados, y durante varios minutos ambos permanecieron en silencio, incrédulos.

—¡Salvados de nuevo! —exclamó Takezō, tendiendo la mano a Matahachi, el cual, todavía aferrado al suelo, volvió lentamente la cabeza con una ancha y algo trémula sonrisa en los labios.

—Alguien está de nuestra parte, de eso no hay duda —dijo con la voz ronca.

Con gran dificultad, los dos amigos se ayudaron mutuamente a incorporarse. Cruzaron poco a poco el campo de batalla hacia la seguridad de las boscosas colinas, cada uno cojeando y con un brazo sobre los hombros del otro. Una vez entre los árboles se tendieron a descansar, pero pronto volvieron a incorporarse e ir en busca de algo que comer. Durante dos días habían subsistido a base de castañas silvestres y las hojas comestibles en las húmedas hondonadas del monte Ibuki. Así habían evitado la postración por hambre, pero a Takezō le dolía el estómago y a Matahachi le atormentaban las tripas. Ningún alimento podía llenarle, ninguna bebida apagar su sed, pero incluso él notaba que las fuerzas le volvían lentamente.

La tormenta del quinceavo día señaló el final de los tifones veraniegos. Ahora, sólo dos noches después, una luna blanca y fría brillaba sombríamente en un cielo sin nubes.

Ambos sabían el peligro que entrañaba estar en el camino a la luz de la luna, sus sombras destacadas como blancos silueteados, a la vista de cualquier patrulla que anduviera en busca de rezagados. Takezō había tomado la decisión de correr el riesgo. Puesto que Matahachi estaba en una situación tan penosa y decía que preferiría ser capturado a intentar seguir adelante, realmente no parecían tener muchas alternativas. Era preciso alejarse de allí, pero también estaba claro que debían encontrar un sitio donde tenderse y descansar. Caminaron lentamente, en la dirección que les parecía la del pueblo de Tarui.

—¿Puedes hacerlo? —le preguntaba Takezō una y otra vez. Sostenía el brazo de su amigo alrededor de su hombro para ayudarle—. ¿Estás bien? —Su respiración fatigosa era lo que le preocupaba—. ¿Quieres descansar?

—Estoy bien.

Matahachi trató de parecer que se esforzaba, pero tenía la cara más pálida que la luna. Incluso utilizando su lanza como cayado, apenas podía poner un pie delante del otro. No cesaba de disculparse humildemente.

—Lo siento, Takezō. Sé que tengo la culpa de que marchemos con tanta lentitud. Lo lamento de veras.

Al principio Takezō había restado importancia a esas protestas, diciéndole que lo olvidara. Finalmente, cuando hicieron un alto para descansar, se volvió hacia su amigo y le dijo con vehemencia:

—Oye, soy yo quien debe disculparse. Soy yo quien te metió primeramente en esto, ¿recuerdas? Acuérdate de que te conté mi plan y te dije que por fin haría algo que impresionara de veras a mi padre. Nunca he podido soportar el hecho de que hasta el día de su muerte estuviera convencido de que yo nunca serviría para nada. ¡Iba a demostrarle lo equivocado que estaba! ¡Ja!

El padre de Takezō, Munisai, sirvió en otro tiempo a las órdenes del señor Shimmen de Iga. En cuanto Takezō se enteró de que Ishida Mitsunari estaba

organizando un ejército, se convenció de que por fin tenía la oportunidad de su vida. Su padre había sido samurai. ¿No era natural que él siguiera sus pasos? Había ansiado participar en la contienda, demostrar su temple, y soñó con que, como un fuego descontrolado, corriera por el pueblo la noticia de que había decapitado a un general enemigo. Había querido mostrar desesperadamente que era alguien con quien se debía contar, a quien respetar..., no sólo el alborotador del pueblo.

Takezō recordó todo esto a Matahachi, el cual asintió.

—Lo sé, lo sé, pero yo siento lo mismo. No fuiste sólo tú.

Takezō siguió diciendo:

—Quise que vinieras conmigo porque siempre lo hemos hecho todo juntos. Pero ¿no protestó amargamente tu madre, gritando y diciendo a todo el mundo que estaba loco y no servía para nada? ¿Y tu novia, Otsū, mi hermana y todos los demás, llorando y diciendo que los chicos del pueblo deberíamos quedarnos en el pueblo? Ah, tal vez tenían sus razones. Los dos somos los únicos hijos varones de nuestras familias, y si nos matan no quedará nadie para seguir llevando el apellido familiar. Pero ¿a quién le importa? ¿Es ésa una manera de vivir?

Habían salido sigilosamente del pueblo, convencidos de que no se alzaría ninguna otra barrera entre ellos y los honores del combate. Pero cuando llegaron al campamento de Shimmen, se enfrentaron a las realidades de la guerra. De inmediato les dijeron que no les nombrarían samuráis, ni de la noche a la mañana ni siquiera en unas pocas semanas, al margen de quiénes hubieran sido sus padres. Para Ishida y los demás generales, Takezō y Matahachi eran un par de patanes, poco más que niños deseosos de tener en sus manos un par de lanzas. Lo máximo que pudieron conseguir fue que les permitieran quedarse como soldados rasos de infantería. Sus responsabilidades, si así podían llamarse, consistían en acarrear armas, recipientes para hervir arroz y otros utensilios, cortar la hierba, trabajar con los grupos que despejaban los caminos y, en ocasiones, efectuar salidas de exploración.

—¡Samurai, ja, ja! —dijo Takezō—. Menuda broma. ¡La cabeza de un general! Ni siquiera me acerqué a un samurai enemigo, y no digamos un general. Bueno, por lo menos todo ha terminado. ¿Qué haremos ahora? No puedo dejarte aquí solo. Si lo hiciera, jamás podría mirar a la cara a tu madre ni a Otsū.

—No te culpo del lío en que estamos metidos, Takezō. No has tenido la culpa de nuestra derrota. Si alguien es culpable, es ese Kobayakawa de dos caras. Ojalá pudiera ponerle las manos encima. ¡Mataría al hijo de perra!

Un par de horas después estaban en el borde de una pequeña llanura, ante un mar de altas hierbas de miscanthus, abatidas y rotas por la tormenta. No se veían casas ni luces.

También allí había muchos cadáveres, tendidos tal como habían caído. La cabeza de uno descansaba sobre las hierbas. Otro estaba boca arriba en un arroyuelo. Más

allá había otro grotescamente enmarañado con un caballo muerto. La lluvia había lavado la sangre, y a la luz de la luna la carne muerta tenía un aspecto escamoso. A su alrededor se oía la solitaria letanía otoñal de los grillos.

Las lágrimas trazaron un sendero blanco en el mugriento rostro de Matahachi. Suspiró como un hombre que está muy enfermo.

—Takezō, si muero, ¿cuidarás de Otsū?

—¿De qué estás hablando?

—Siento que voy a morir.

—Mira, si es eso lo que sientes, probablemente te morirás —le espetó Takezō. Estaba exasperado y deseaba que su amigo fuese más fuerte, a fin de apoyarse en él de vez en cuando, no físicamente sino para recibir estímulo—. ¡Vamos, Matahachi! No seas tan quejica.

—Mi madre tiene quienes cuiden de ella, pero Otsū está sola en el mundo. Siempre ha sido así, y lo siento mucho por ella, Takezō. Prométeme que la cuidarás si yo desaparezco.

—¡Tienes que dominarte! Nadie se muere de diarrea. Más tarde o más temprano encontraremos una casa, y entonces te acostaré en la cama y buscaré alguna medicina. ¡Deja ya de lloriquear y creer que vas a morirte!

Algo más adelante llegaron a un lugar donde los montones de cuerpos sin vida hacían pensar que toda una división había sido aniquilada. Por entonces los dos amigos se habían hecho insensibles a la vista de la matanza. Sus ojos vidriosos contemplaron la escena con fría indiferencia. Hicieron otro alto para descansar.

Mientras recobraban el aliento, oyeron que algo se movía entre los cadáveres. Los dos retrocedieron asustados, agazapándose instintivamente con los ojos muy abiertos y los sentidos alerta.

Quien estaba allí hizo un movimiento rápido, como el de un conejo sorprendido. Al mirar con más detenimiento, vieron que la persona oculta permanecía agachada en el suelo. Al principio creyeron que se trataba de un samurai perdido y se prepararon para un encuentro peligroso, mas para su sorpresa el fiero guerrero resultó ser una muchacha. Tendría trece o catorce años y vestía un kimono de mangas redondeadas. El estrecho obi que le ceñía la cintura, aunque remendado en algunos lugares, era de brocado dorado. Allí, entre los cadáveres, su presencia resultaba en verdad extraña. La niña alzó la vista y les miró suspicazmente con sus ojos gatunos de astuta mirada.

Takezō y Matahachi se preguntaron lo mismo: ¿qué diablos podía atraer en plena noche a una chiquilla a un campo donde flotaban los espectros y estaba sembrado de cadáveres? Durante unos instantes los dos se limitaron a mirarla.

—¿Quién eres? —le preguntó al fin Takezō.

Ella parpadeó un par de veces, se puso en pie y se alejó corriendo.

—¡Espera! —le gritó Takezō—. Sólo quiero hacerte una pregunta. ¡No te vayas!

Pero la muchacha ya había desaparecido, como un relámpago en la noche. El sonido de una campanilla se alejó en la oscuridad y provocó a los dos amigos una sensación de misterio.

—¿Sería tal vez un fantasma? —musitó Takezō con la mirada perdida en la tenue bruma.

Matahachi se estremeció y soltó una risa forzada.

—Si hubiera fantasmas por aquí, creo que serían de soldados, ¿no te parece?

—Ojalá no la hubiera asustado —dijo Takezō—. Tiene que haber un pueblo por estos alrededores. Esa chica podría habernos orientado.

Reanudaron la marcha y subieron a la más próxima de dos colinas que se alzaban ante ellos. En la hondonada del otro lado estaba la ciénaga que se extendía al sur desde el monte Fuwa. A poca distancia brillaba una luz.

Cuando se aproximaron a la granja tuvieron la impresión de que no era normal y corriente. En primer lugar, estaba rodeada por un grueso muro de tierra. Además, al portal de acceso casi se lo podría considerar grandioso. O por lo menos los restos del portal, pues era viejo y estaba muy necesitado de reparación.

Takezō se acercó a la puerta y dio unos golpes discretos.

—¿Hay alguien en casa? —No obtuvo respuesta y lo intentó de nuevo—. Perdón por molestaros a estas horas, pero mi amigo está enfermo. No queremos causar ningún problema... Sólo necesita descansar un poco.

Oyeron susurros procedentes del interior y, poco después, el sonido de alguien que se acercaba a la puerta.

—Sois rezagados de Sekigahara, ¿verdad? —les dijo una voz de niña.

—Así es —respondió Takezō—. Estábamos a las órdenes del señor Shimmen de Iga.

—¡Marchaos enseguida! Si os encuentran aquí, estaremos en un apuro.

—Escucha, lamento molestarte así, pero llevamos largo tiempo caminando. Mi amigo necesita descansar un poco, eso es todo, y...

—¡Marchaos, por favor!

—De acuerdo, nos iremos si así lo deseas, pero ¿no tendrías alguna medicina para mi amigo? Tiene el estómago tan mal que apenas podemos seguir adelante.

—Pues no sé...

Al cabo de un momento, oyeron ruido de pisadas y un ligero tintineo que retrocedía al interior de la casa y se hacía cada vez más débil.

Entonces repararon en el rostro, que estaba tras una ventana lateral. Era un rostro de mujer y les observaba desde el principio.

—Déjales entrar, Akemi —gritó—. Son soldados de a pie.

Las patrullas de Tokugawa no van a perder el tiempo con ellos. No son nadie.

Akemi abrió la puerta, y la mujer, que se presentó como Okō, prestó oídos al

relato de Takezō.

La mujer accedió a dejarles dormir en la leñera. Para calmar la irritación intestinal de Matahachi le dieron polvo de carbón con magnolia y espesas gachas de arroz con escalonia. Durante algunos días el muchacho durmió casi sin interrupción, mientras Takezō, que velaba continuamente a su lado, usaba licores baratos para tratar las heridas de bala en el muslo.

Una noche, cuando llevaban allí cerca de una semana, Takezō y Matahachi conversaban.

—Deben de tener alguna clase de negocio —observó Takezō.

—Me tiene por completo sin cuidado lo que hagan. Sólo me alegro de que nos hayan acogido.

Pero a Takezō se le había despertado la curiosidad.

—La madre no es tan vieja —siguió diciendo—. Es extraño que las dos vivan solas aquí, en las montañas.

—Humm. ¿No crees que la niña se parece un poco a Otsū?

—Hay algo en ella que me hace recordar a Otsū, pero no creo que se parezcan tanto. Las dos son guapas, eso es todo. ¿Qué crees que estaría haciendo la primera vez que la vimos, deslizándose cautelosamente entre los muertos en plena noche? Eso no parecía inquietarla lo más mínimo. ¡Ja! Es como si lo estuviera viendo ahora mismo. Su cara estaba tan tranquila y serena como esas muñecas que hacen en Kyoto. ¡Qué estampa!

—¡Chist! ¡Oigo su campanilla!

El ligero golpe que dio Akemi en la puerta sonó como el picotazo de un pájaro carpintero.

—Matahachi, Takezō —les llamó en voz baja.

—¿Qué?

—Soy yo.

Takezō se levantó y descorrió el cerrojo. La muchacha entró con una bandeja que contenía medicina y comida y les preguntó cómo estaban.

—Mucho mejor, gracias a ti y a tu madre.

—Mi madre dice que, aunque os sintáis mejor, no debéis hablar demasiado alto ni salir.

Takezō habló por los dos.

—Lamentamos de veras causaros tantas molestias.

—Oh, no os preocupéis por eso, pero tened cuidado. Todavía no han capturado a Ishida Mitsunari y otros generales. Están vigilando esta zona y hay muchas tropas de Tokugawa en los caminos.

—¿Ah, sí?

—Por eso dice mi madre que, aunque sólo seáis soldados de a pie, si descubren

que os escondemos nos detendrán.

—No haremos el menor ruido —le prometió Takezō—. Incluso taparé la cara de Matahachi con un trapo si ronca demasiado fuerte.

Akemi sonrió, se volvió para salir y les dijo:

—Buenas noches. Nos veremos por la mañana.

—¡Espera! —le dijo Matahachi—. ¿Por qué no te quedas un poco y charlamos?

—No puedo.

—¿Por qué no?

—Mi madre se enfadaría.

—¿Por qué te preocupa eso? ¿Qué edad tienes?

—Dieciséis.

—Eres menuda para tu edad, ¿no es cierto?

—Gracias por decírmelo.

—¿Dónde está tu padre?

—Ya no lo tengo.

—Lo siento. Entonces, ¿de qué vivís?

—Hacemos moxa.

—¿Esa medicina que se quema sobre la piel para eliminar el dolor?

—Sí, la moxa de estos alrededores es famosa. En primavera cortamos la artemisa en el monte Ibuki. En verano la secamos y en otoño e invierno la convertimos en moxa y la vendemos en Tarui. Viene gente de todas partes a comprarla.

—Supongo que para hacer eso no necesitáis a un hombre.

—Bien, si eso es todo lo que querías saber, será mejor que ahora me vaya.

—Espera un poco más —le dijo Takezō—. Tengo otra pregunta que hacerte.

—¿Cuál?

—La otra noche, cuando llegamos, vimos a una chica en el campo de batalla y se parecía exactamente a ti. Eras tú, ¿verdad?

Akemi se volvió rápidamente y abrió la puerta.

—¿Qué estabas haciendo allí?

La muchacha salió de la leñera dando un portazo, y mientras corría hacia la casa su campanilla sonaba con un ritmo extraño y errático.

El peine

Takezō destacaba por su altura, excepcional entre las gentes de su época. Su cuerpo era como el de un buen caballo, fuerte y flexible, de miembros largos y vigorosos. Tenía los labios gruesos, carmesíes, y sus cejas negras se libraban de ser tupidas gracias a su bella forma: se extendían bastante más allá de las comisuras externas de los ojos y acentuaban su virilidad. Los habitantes del pueblo le llamaban «hijo de un año gordo», expresión que sólo aplicaban a los niños cuyos rasgos eran más grandes que los de la mayoría. Aunque no era un insulto, ni mucho menos, el apodo de todos modos le separaba de los demás chicos, y por ello de pequeño le producía una turbación considerable.

A Matahachi no le llamaban así, pero también podrían haberle aplicado la misma expresión. Algo más bajo y robusto que Takezō, era ancho de pecho y carirredondo, dando una impresión de jovialidad si no de bufón declarado. Sus ojos prominentes, algo saltones, tendían a moverse mientras hablaba, y la mayor parte de los chistes a su costa se basaban en el parecido que tenía con las ranas, que croaban sin cesar en las noches veraniegas.

Ambos amigos estaban al final de la adolescencia y por ello se recuperaban con rapidez de la mayor parte de dolencias. Cuando las heridas de Takezō hubieron sanado del todo, Matahachi ya no podía soportar por más tiempo su encierro. Paseaba por la leñera y se quejaba continuamente de que estaba encarcelado. Más de una vez cometió el error de decir que se sentía como un grillo en un agujero húmedo y oscuro, invitando así a Takezō a replicar que a las ranas y los grillos les gustan tales moradas. En algún momento Matahachi debió ceder a la curiosidad y fisgoneó en el interior de la casa, porque un día se inclinó hacia su compañero de celda como para darle alguna noticia trascendental.

—¡Cada noche la viuda se empolva la cara y se pone guapa! —susurró en tono preocupado.

El rostro de Takezō pareció el de un chico de doce años que detesta a las niñas y nota la deserción, un interés en ciernes por «ellas», en su amigo más íntimo. Matahachi se había vuelto un traidor, y la expresión de Takezō era de inequívoca repugnancia.

Matahachi empezó a ir a la casa y sentarse al lado del hogar con Akemi y su juvenil madre. Al cabo de tres o cuatro días de charlar y bromear con ellas, el festivo huésped era uno más de la familia. Ya no regresaba a la leñera ni siquiera de noche, y las pocas veces que lo hacía el aliento le olía a sake e intentaba convencer a Takezō para que fuese a la casa, alabando la buena vida que estaba al alcance de su mano.

—¡Estás loco! —replicaba Takezō, exasperado—. Vas a hacer que nos maten, o por lo menos que nos detengan. Hemos perdido, somos rezagados..., ¿no puedes

meterte eso en la cabeza? Debemos tener cuidado y permanecer ocultos hasta que las cosas se calmen.

Sin embargo, pronto se cansó de intentar hacer entrar en razón a su amigo amante de los placeres y empezó a atajarle con bruscas réplicas: «No me gusta el sake», le decía, o en ocasiones: «Me gusta estar aquí. Es cómodo».

Pero Takezō también estaba ansioso de movimiento. Se aburría más de lo tolerable, y finalmente mostró signos de debilidad.

—¿De veras es segura? —preguntaba—. Me refiero a esta vecindad. ¿No hay señales de patrullas? ¿Estás seguro?

Tras haber permanecido encerrado durante veinte días en la leñera, salió por fin como un prisionero de guerra medio muerto de hambre. Su piel tenía el aspecto translúcido y cerúleo de la muerte, tanto más evidente cuando estaba al lado de su amigo, enrojecido por el sol y el sake. Miró con los ojos entrecerrados el cielo azul, estiró los brazos y bostezó de una manera extravagante. Cuando por fin cerró la boca cavernosa, su amigo se dio cuenta de que entretanto sus cejas habían estado unidas. Tenía una expresión preocupada.

—Matahachi —dijo con seriedad—, estamos abusando de esta buena gente, que corre un gran riesgo teniéndonos aquí. Creo que deberíamos emprender el regreso a casa.

—Supongo que tienes razón —replicó Matahachi—, pero no dejan pasar a nadie a través de las barreras sin comprobar quién es. Según la viuda, los caminos a Kyoto e Ise son intransitables. Dice que podemos quedarnos aquí hasta que lleguen las nieves, y la chica es del mismo parecer. Está convencida de que debemos seguir ocultos, y ya sabes que ella sale por ahí a diario.

—¿Llamas estar oculto a permanecer sentado junto al fuego y bebiendo?

—Claro. ¿Sabes lo que hice? El otro día unos hombres de Tokugawa, que aún están buscando al general Ukita, vinieron a fisgar. Me libré de los hijoputas simplemente saliendo a saludarles. —Al oír esto Takezō abrió mucho los ojos, incrédulo, y Matahachi soltó una carcajada. Cuando volvió a serenarse siguió diciendo—: Estás más seguro al aire libre que agazapado en la leñera, con el oído atento a posibles pisadas y volviéndote loco. Eso es lo que he intentado decirte.

Matahachi volvió a desternillarse de risa y Takezō se encogió de hombros.

—Quizá tengas razón. Ésa podría ser la mejor manera de solucionar las cosas.

Aún tenía sus reservas, pero después de esta conversación visitó la casa. Okō, a quien sin duda le gustaba tener compañía, más concretamente masculina, les hacía sentirse por completo a sus anchas. Sin embargo, de vez en cuando les sobresaltaba al sugerir que uno de ellos se casara con Akemi. Esto parecía aturdir a Matahachi más que a Takezō, el cual se limitaba a hacer caso omiso de la sugerencia o respondía con una observación chistosa.

Era la temporada del suculento y fragante matsutake, que crece al pie de los pinos, y Takezō se relajó lo suficiente para salir en busca de los grandes hongos en la boscosa montaña que se alzaba detrás de la casa. Akemi, con un cesto en la mano, buscaba de un árbol a otro. Cada vez que notaba el aroma de los hongos, su voz inocente reverberaba a través del bosque.

—¡Allí, Takezō! ¡Hay montones de ellos!

Y él, que buscaba en las proximidades, replicaba invariablemente:

—Aquí también hay muchos.

El sol de otoño se filtraba hasta ellos entre las ramas de los pinos, en haces tenues e inclinados. La alfombra de pinaza en el fresco refugio de los árboles era mullida y polvorienta. Cuando se cansaban de buscar hongos, Akemi le desafiaba, riendo.

—¡Veamos quién tiene más!

—Te gano —siempre replicaba él, pagado de sí mismo, y ella le inspeccionaba el cesto.

Aquel día no fue diferente de los demás.

—¡Ja, ja! ¡Lo sabía! —exclamó la muchacha. Llena de júbilo, como sólo pueden estarlo las jovencitas de su edad, sin pizca de timidez o afectado recato, se inclinó sobre el cesto de Takezō—. ¡Tienes un montón de setas venenosas!

Entonces separó las setas malas una tras otra, sin contarlas en voz alta pero con movimientos tan lentos e intencionados que Takezō difícilmente habría podido ignorarlos ni siquiera con los ojos cerrados. Arrojó cada seta venenosa tan lejos como pudo. Una vez finalizada su tarea, alzó la vista, su joven rostro radiante de satisfacción de sí misma.

—¡Ahora mira cuántas tengo más que tú!

—Se está haciendo tarde —musitó Takezō—. Volvamos a casa.

—Estás enfadado porque has perdido, ¿verdad?

Echó a correr por la ladera de la montaña como un faisán, pero de súbito se detuvo en seco, el rostro ensombrecido por una expresión de alarma. Avanzando en diagonal por el bosque, hacia la mitad de la ladera, se aproximaba un hombre gigantesco. Sus pasos eran largos y lánguidos, y sus ojos feroces miraban directamente a la frágil muchacha. Su aspecto primitivo asustaba. Todo en él tenía resabios a lucha por la supervivencia, y presentaba un inequívoco aire de belicosidad: cejas tupidas, el grueso labio superior curvado hacia arriba, una pesada espada, cota de malla y una piel animal con la que se envolvía.

—¡Akemi! —rugió cuando estuvo más cerca de ella.

Una ancha sonrisa apareció en sus labios, mostrando una hilera de dientes amarillentos y cariados, pero el rostro de Akemi siguió sin revelar nada más que horror.

—¿Está en casa esa maravillosa mamá tuya? —preguntó con premioso sarcasmo.

—Sí —dijo ella en un hilo de voz.

—Bien, cuando vuelvas a casa, quiero que le digas algo. ¿Lo harás por mí? —Hablaba con una cortesía burlona.

—Sí.

Entonces el tono del hombre se volvió áspero.

—Dile que no me engañe e intente ganar dinero a mis espaldas, y que pronto vendré a buscar mi tajada. ¿Me has entendido? —Akemi no dijo nada—. Probablemente cree que no estoy enterado, pero el tipo a quien vende la mercancía vino a verme. Apuesto a que también estuviste en Sekigahara, ¿no es cierto, pequeña?

—¡No, claro que no! —protestó ella débilmente.

—Bueno, no importa. Dile lo que acabo de decirte. Si me juega otra mala pasada, la echaré a patadas de la vecindad.

Miró un momento a la muchacha con expresión furibunda y luego se marchó pesadamente en dirección al pantano.

Takezō desvió la vista del desconocido que se alejaba y miró a Akemi con preocupación.

—¿A qué viene todo esto?

Akemi le respondió en voz cansada, los labios todavía temblorosos:

—Se llama Tsujikaze y viene del pueblo de Fuwa. —Estas palabras fueron poco más que un susurro.

—Es un saqueador, ¿verdad?

—Sí.

—¿Por qué está tan enfadado?

La muchacha permaneció en pie sin decir nada.

—No se lo diré a nadie —le aseguró él—. ¿Ni siquiera puedes decírmelo?

Akemi, claramente abatida, parecía buscar las palabras. De repente se apoyó en el pecho de Takezō y le suplicó:

—Prométeme que no se lo dirás a nadie.

—¿A quién se lo diría? ¿A los samuráis de Tokugawa?

—¿Recuerdas la noche que me viste por primera vez en Sekigahara?

—Claro que la recuerdo.

—Bien, ¿todavía no has imaginado lo que hacía allí?

—No, no he pensado en ello —dijo él con cara de palo.

—¡Pues estaba robando! —Le miró fijamente, midiendo su reacción.

—¿Robando?

—Después de un combate, voy al campo de batalla y me llevo cosas de los soldados muertos: espadas, adornos de las vainas, bolsas de incienso..., cualquier cosa que podamos vender. —Le miró de nuevo en busca de una señal de desaprobación, pero el rostro de Takezō no revelaba nada—. Eso me asusta —añadió suspirando, y

entonces se volvió pragmática—, pero necesitamos el dinero para comprar comida, y si me niego a ir mi madre se enfurece.

El sol todavía estaba bastante alto en el cielo. A indicación de Akemi, Takezō se sentó en la hierba. A través de los pinos veían la casa en el pantano.

Takezō asintió como si acabara de explicarse algo. Poco después dijo:

—Esa historia de que cortáis artemisa en las montañas para hacer moxa... ¿Era mentira?

—¡Oh, no, también lo hacemos! Pero mi madre tiene unos gustos muy caros. Nunca podríamos mantenernos sólo con la moxa. Cuando mi padre estaba vivo, vivíamos en la casa más grande del pueblo, qué digo, de los siete pueblos de Ibuki. Teníamos muchos criados, y mi madre siempre llevaba cosas bonitas.

—¿Era tu padre mercader?

—Oh, no, era el jefe de los saqueadores locales. —Los ojos de Akemi brillaron de orgullo. Era evidente que ya no temía la reacción de Takezō y daba rienda suelta a sus verdaderos sentimientos, resuelta y con los puños cerrados mientras hablaba—. Ese Tsujikaze Temma, el hombre que acabamos de ver, le mató. Por lo menos todo el mundo dice que lo hizo.

—¿Quieres decir que tu padre fue asesinado?

La muchacha asintió en silencio, sin poder evitar que las lágrimas acudieran a sus ojos, y Takezō sintió que algo en lo más profundo de sí mismo empezaba a fundirse. Al principio no había sentido mucha simpatía por ella. Aunque era más pequeña que la mayoría de las muchachas de su edad, en general hablaba como una mujer adulta, y de vez en cuando hacía un movimiento rápido que le ponía a uno en guardia. Pero cuando las lágrimas empezaron a desprenderse de sus largas pestañas, él se sintió de repente lleno de compasión. Deseaba abrazarla, protegerla.

De todos modos, no era una chica que hubiera tenido algo semejante a una educación apropiada. Que no había vocación más noble que la de su padre parecía ser algo que ella nunca ponía en tela de juicio. Su madre la había persuadido de que era del todo correcto despojar a los cadáveres, no para comer con las ganancias sino para llevar un buen tren de vida. Muchos ladrones consumados habrían rechazado la tarea.

Durante los largos años de contiendas feudales se había llegado al punto en que todos los holgazanes inútiles del país se dedicaban a ganarse la vida de esa manera. La gente lo esperaba más o menos de ellos. Cuando estallaba la guerra, los dirigentes militares locales incluso utilizaban sus servicios, recompensándoles generosamente por prender fuego a los suministros del enemigo, extender falsos rumores, robar caballos de los campamentos enemigos y cosas por el estilo. Muy a menudo se les compraba sus servicios, pero incluso cuando no era así, una guerra ofrecía innumerables oportunidades. Además de buscar objetos valiosos entre los cadáveres, a veces incluso podían obtener recompensas por matar samuráis con cuyas cabezas

simplemente habían tropezado y las habían recogido. Una gran batalla posibilitaba a aquellos carroñeros sin escrúpulos vivir cómodamente durante seis meses o un año.

En las épocas más turbulentas, incluso el granjero ordinario y el leñador habían aprendido a beneficiarse de la desgracia humana y el derramamiento de sangre. La lucha en las afueras de su pueblo podía impedir trabajar a aquellas almas sencillas, pero se habían adaptado ingeniosamente a la situación y descubierto la manera de ir revolviendo y examinando los restos de la vida humana, como buitres. Debido en parte a esas intrusiones, los saqueadores profesionales mantenían una vigilancia estricta de sus territorios respectivos. Una férrea ley establecía que los cazadores furtivos, es decir, los bandidos que invadían el terreno de otros bandidos más poderosos, no podían salir indemnes. Quienes se atrevían a violar los derechos que se habían otorgado a sí mismos aquellos matones corrían el riesgo de ser cruelmente castigados.

Akemi se estremeció y dijo:

—¿Qué vamos a hacer? Los sicarios de Temma vienen hacia aquí, estoy segura.

—No te preocupes —la tranquilizó él—. Si aparecen por aquí les saludaré personalmente.

Cuando descendieron de la montaña, el crepúsculo dominaba el pantano y todo estaba quieto. Una estela de humo, procedente del fuego para calentar el baño de la casa, ascendía por encima de una hilera de altos juncos, como una ondulante serpiente aérea. Okō, que había terminado de aplicarse su maquillaje nocturno, estaba en pie junto a la puerta trasera. Cuando vio a su hija que se aproximaba al lado de Takezō, le gritó:

—¡Akemi! ¿Qué has estado haciendo hasta tan tarde?

Su mirada y el tono de su voz eran severos. La muchacha, que hasta entonces había caminado distraída, se paró en seco. Era más sensible a los estados de ánimo de su madre que a cualquier otra cosa en el mundo. Su madre había nutrido aquella sensibilidad y, al mismo tiempo, aprendido a explotarla, a manipular a su hija como si fuera una marioneta con una simple mirada o un gesto. Akemi se apresuró a huir del lado de Takezō y, ruborizándose ostensiblemente, entró corriendo en la casa.

Al día siguiente Akemi habló a su madre de Tsujikaze Temma. Okō montó en cólera.

—¿Por qué no me lo dijiste en seguida? —le gritó, yendo de un lado a otro como una loca, tirándose del cabello, sacando objetos de cajones y armarios y amontonándolos en medio de la habitación—. ¡Matahachi! ¡Takezō! ¡Echadme una mano! Tenemos que esconderlo todo.

Matahachi movió una tabla que le había señalado Okō y se alzó por encima del techo. No había mucho espacio entre el techo y las vigas. Uno apenas podía reptar, pero aquel hueco servía a los fines de Okō y, muy probablemente, de su difunto

marido. Takezō, de pie en un taburete entre madre e hija, empezó a pasar objetos a Matahachi, uno tras otro. Si Takezō no hubiera oído la explicación que le dio Akemi el día anterior, se habría asombrado ante la variedad de artículos que ahora veía.

Takezō sabía que las dos mujeres se dedicaban a aquello desde hacía largo tiempo, pero aun así resultaba pasmoso ver la cantidad de cosas que habían acumulado. Había una daga, una borla de lanza, una manga de armadura, un casco sin coronamiento, un relicario portátil en miniatura, un rosario budista, un estandarte... Incluso había una silla de montar lacada, bellamente tallada y decorada con taracea de oro, plata y madreperla.

Matahachi se asomó a la abertura en el techo y, con una expresión de perplejidad, preguntó:

—¿Ya está todo?

—No, hay una cosa más —dijo Okō, y salió precipitadamente. Regresó al cabo de un momento, trayendo una espada de madera de roble negro, que medía cuatro pies de largo.

Takezō empezó a pasar la espada a Matahachi, que aguardaba con los brazos extendidos, pero el peso, la curvatura y el perfecto equilibrio del arma le impresionaron tanto que no podía soltarla. Se volvió a Okō, mirándola tímidamente.

—¿Crees que podría quedármela? —le preguntó, con una nueva vulnerabilidad reflejada en los ojos. Se miró los pies, como si dijera que ya sabía que no había hecho nada para merecer la espada.

—¿La quieres de veras? —replicó en un tono suave y maternal.

—¡Sí..., sí..., la quiero de veras!

Aunque ella no había dicho que podía quedársela, le sonrió, mostrando un hoyuelo, y Takezō supo que la espada era suya. Matahachi saltó desde el techo, rebosante de envidia, y tocó la espada codiciosamente, haciendo reír a Okō.

—¡Mira qué pucheros hace el hombrecito porque no ha recibido un regalo!

Intentó apaciguarle dándole un bonito monedero de cuero tachonado de ágatas, pero Matahachi no parecía muy satisfecho y no dejaba de mirar la espada de roble negro. Sus sentimientos estaban heridos y el monedero apenas sirvió para aliviar su magullado orgullo.

Al parecer, cuando vivía su marido, Okō había adquirido el hábito de darse cada noche un despacioso baño caliente, maquillarse y luego beber un poco de sake. En una palabra, dedicaba casi tanto tiempo a su aseo personal como la geisha mejor pagada. No era la clase de lujo que podía permitirse la gente ordinaria, pero ella insistía en hacerlo e incluso enseñó a Akemi a seguir los mismos pasos, aunque a la muchacha le parecía aburrido y las razones para hacerlo insondables. A Okō no sólo le gustaba vivir bien, sino que estaba decidida a mantenerse eternamente joven.

Aquella noche, cuando estaban sentados alrededor del hogar, que era un hoyo en

el suelo, Okō sirvió sake a Matahachi e intentó persuadir a Takezō para que bebiera también. Como él se negaba a hacerlo, la mujer le puso la taza en la mano, le agarró por la muñeca y le obligó a llevarse la bebida a los labios.

—Los hombres tienen que ser capaces de beber —le regañó—. Si no puedes hacerlo solo, te ayudaré.

De vez en cuando, Matahachi la miraba inquieto. Consciente de su mirada, Okō se tomaba más familiaridades con Takezō. Juguetonamente le puso la mano en la rodilla y empezó a tararear una popular canción de amor.

Por entonces Matahachi ya estaba harto. De repente se volvió a Takezō y le dijo impulsivamente:

—¡Deberíamos ponernos en marcha cuanto antes!

Estas palabras tuvieron el efecto deseado.

—Pero..., pero... ¿adonde iríais? —balbució Okō.

—De regreso a Miyamoto. Allí está mi madre y también mi prometida.

La revelación de Matahachi cogió momentáneamente por sorpresa a Okō, pero ésta se serenó en seguida. Entrecerró los ojos hasta que fueron dos estrechas ranuras, su sonrisa se paralizó y su voz se volvió ácida.

—Por favor, aceptad mis excusas por entreteneros, por acogeros y daros un hogar. Si hay una chica esperándote, será mejor que regreses cuanto antes. ¡Nada más lejos de mi intención que impedírtelo!

Tras recibir la espada de roble negro, Takezō no se separaba nunca de ella. El mero hecho de sostenerla le producía un placer indescriptible. A menudo apretaba con fuerza la empuñadura o deslizaba el filo romo a lo largo de su palma, sólo para notar la perfecta proporción de la curvatura. Dormía abrazado a ella. El frescor de la superficie de madera contra su mejilla le recordaba el suelo del dōjō donde en invierno practicaba las técnicas de esgrima. Aquel instrumento casi perfecto de arte y muerte reavivaba en él el espíritu de lucha que había heredado de su padre.

Takezō había amado a su madre, pero ésta abandonó al padre y se marchó de casa cuando él aún era pequeño, dejándole a solas con Munisai, un ordenancista que no habría sabido mimar a un niño en el caso improbable de que hubiera querido hacerlo. En presencia de su padre el muchacho siempre se sintió torpe y asustado, nunca realmente a sus anchas. Cuando contaba nueve años, llegó a anhelar tanto una palabra amable de su madre, que se escapó de casa y recorrió todo el camino hasta la prefectura de Harima, donde ella vivía. Takezō nunca supo por qué sus padres se habían separado, y a esa edad una explicación probablemente no le habría ayudado mucho. Su madre se había casado con otro samurai, de quien había tenido otro hijo.

Cuando el pequeño fugado llegó a Harima, localizó a su madre sin pérdida de tiempo. En aquella ocasión ella le llevó a una zona boscosa detrás del templo local,

donde no pudieran verles, y allí, con los ojos llenos de lágrimas, le estrechó entre sus brazos e intentó explicarle por qué tenía que volver al lado de su padre. Takezō no olvidaría jamás la escena, cada uno de cuyos detalles se mantendría nítido en su mente mientras viviera.

Por supuesto, su padre, siendo el samurai que era, en cuanto se enteró de su desaparición envió servidores para que recuperasen al niño, pues su paradero era evidente. Takezō fue devuelto a Miyamoto como si fuese un haz de leña, atado en el lomo de un caballo sin silla. A modo de saludo, Munisai le llamó mocoso insolente y, en un acceso de ira que a punto estuvo de hacerle perder la cabeza, azotó a su hijo con una vara hasta que no pudo más. Takezō recordaba más explícitamente que cualquier otra cosa la malignidad con que su padre le espetó su ultimátum: «Si vuelves con tu madre una sola vez más, te repudio».

Algún tiempo después de ese incidente, Takezō se enteró de que su madre había enfermado y fallecido. Su muerte surtió en él una transformación, y pasó de ser un chico silencioso y melancólico al matón del pueblo. Al final, hasta Munisai se sintió intimidado. Cuando amenazaba al muchacho con una porra, él se defendía con un palo de madera. El único que estaba a su altura era Matahachi, también hijo de un samurai. Todos los demás niños obedecían a Takezō. A la edad de doce o trece años era casi tan alto como un adulto.

En cierta ocasión, un espadachín errante llamado Arima Kihei enarboló un estandarte con blasón dorado y aceptó desafíos de los habitantes del pueblo. Takezō le mató sin esfuerzo, y sus vecinos le alabaron por su valor. Sin embargo, la buena opinión que tenían de él duró poco, pues al hacerse mayor se volvió cada vez más intratable y brutal. Muchos le consideraban un bárbaro, y pronto, cada vez que aparecía en las calles la gente se apartaba de él. Su actitud hacia ellos reflejaba la frialdad de los demás.

Cuando por fin murió su padre, tan duro e implacable hasta el último momento como lo había sido siempre, la vena cruel de Takezō se ensanchó aún más. De no haber sido por su hermana mayor, Ogin, probablemente Takezō no habría respetado nada y hubiera acabado expulsado del pueblo por una multitud airada. Por suerte, amaba a su hermana e, impotente ante las lágrimas de ésta, solía hacer todo lo que ella le pedía.

Ir a la guerra con Matahachi marcó un cambio decisivo para Takezō, pues indicaba que, de alguna manera, quería ocupar su sitio en la sociedad al lado de otros hombres. La derrota en Sekigahara redujo bruscamente tales esperanzas, y se encontró sumido de nuevo en la dura realidad de la que creía haber escapado. No obstante, era un joven bendecido con la sublime despreocupación que sólo florece en tiempos conflictivos. Cuando dormía, su rostro se volvía tan plácido como el de un niño, sin que le turbaran en absoluto los pensamientos sobre el mañana. Soñaba

bastante, tanto dormido como despierto, pero sufría pocas decepciones auténticas. Puesto que, para empezar, tenía tan poco, que también tenía poco que perder y, aunque en cierto sentido estaba desarraigado, no se veía inmovilizado por ninguna traba.

En aquel momento Takezō respiraba profunda y acompasadamente, sujetando con fuerza su espada de madera, una leve sonrisa en los labios, y tal vez soñaba, quizá se deslizaban ante sus ojos cerrados, como una cascada de montaña, imágenes de su afable hermana y su pueblo natal. Okō entró en la habitación, provista de una lámpara. «Qué cara tan apacible», susurró, al tiempo que extendía el brazo para tocarle los labios con sus dedos. Entonces apagó la lámpara y se tendió a su lado. Haciéndose un ovillo, como una gata, se acercó lentamente a él, su rostro blanqueado por el maquillaje y su bata colorida, realmente demasiado juvenil para ella, ocultos por la oscuridad. No se oía más sonido que el de las gotas de rocío que caían en el alféizar de la ventana.

—Quisiera saber si todavía es virgen —musitó mientras se disponía a quitarle la espada de madera.

En el instante en que la tocó, Takezō se puso en pie, gritando:

—¡Ladrones! ¡Ladrones!

Su brusco movimiento hizo que Okō cayera sobre la lámpara metálica, la cual le produjo rasguños en el hombro y el pecho. Takezō le retorció el brazo sin piedad. Ella gritó de dolor.

La soltó, estupefacto.

—Ah, eres tú. Creí que era un ladrón.

—Ay —gimió Okō—. ¡Qué dolor!

—Lo siento, no sabía que eras tú.

—No conoces tu propia fuerza. Casi me has arrancado el brazo.

—Ya te he dicho que lo siento. De todos modos, ¿qué estás haciendo aquí?

Sin hacer caso de su inocente pregunta, ella se recobró rápidamente del brazo magullado y con el mismo miembro trató de rodearle el cuello, diciéndole con voz arrulladora:

—No tienes que disculparte, Takezō... —Suavemente deslizó el dorso de la mano por su mejilla.

—¡Eh! ¿Qué estás haciendo? ¿Te has vuelto loca? —le gritó él, apresurándose a apartarse de ella.

—No hagas tanto ruido, idiota. Ya sabes lo que siento por ti. —Reanudó su intento de acariciarle, mientras él agitaba la mano como un hombre atacado por un enjambre de abejas.

—Sí, y te estoy muy agradecido. Ninguno de nosotros olvidará jamás lo amable que has sido, la hospitalidad con que nos has acogido y todo lo demás.

—No me refiero a eso, Takezō. Hablo de mis sentimientos de mujer..., mi delicioso y cálido sentimiento hacia ti.

—Espera un momento —dijo él, incorporándose de un salto—. ¡Encenderé la lámpara!

—Oh, cómo puedes ser tan cruel —gimió la mujer, tratando de abrazarle una vez más.

—¡No hagas eso! —gritó él, indignado—. Basta ya..., ¡lo digo en serio!

Algo en su voz, algo intenso y resuelto, asustó a Okō, haciéndole interrumpir su ataque.

Takezō sintió que sus huesos se tambaleaban y le crujían los dientes. Jamás había tropezado con un adversario tan formidable. Ni siquiera cuando, tendido boca arriba, vio los caballos que galopaban por su lado en Sekigahara su corazón había palpitado de aquella manera. Se acurrucó en un rincón de la estancia.

—Vete, por favor —le suplicó—. Vuelve a tu habitación. Si no lo haces, llamaré a Matahachi. ¡Despertaré a toda la casa!

Okō no se movió, permaneció sentada en la oscuridad, respirando lentamente y mirándole con los ojos entrecerrados. No estaba dispuesta a permitir que la rechazara.

—Takezō —le arrulló de nuevo—. ¿No comprendes lo que siento? —Él no dijo nada—. ¿No lo comprendes?

—Sí, pero ¿comprendes acaso lo que yo siento cuando un tigre me arrebata el sueño, me da un susto de muerte y maltrata en la oscuridad?

Entonces le tocó a ella quedarse en silencio. Un susurro bajo, casi un gruñido, emergió de lo más profundo de su garganta. Finalmente habló recalcando mucho las silabas:

—¿Cómo puedes avergonzarme así?

—¿Que yo te avergüenzo?

—Sí, esto es mortificante.

Ambos estaban tan tensos que no habían oído los golpes en la puerta que, al parecer, sonaban desde hacía algún tiempo. Entonces además de los golpes se oyeron gritos.

—¿Qué pasa ahí dentro? ¿Estáis sordos? ¡Abrid la puerta!

Apareció luz en la ranura entre los postigos corredizos. Akemi ya estaba despierta. Entonces resonaron las pisadas de Matahachi, que se dirigía hacia ellos, y oyeron su voz:

—¿Qué ocurre?

Akemi gritó alarmada desde el pasillo:

—¡Madre! ¿Estás ahí? ¡Respóndeme, por favor!

Okō regresó a ciegas a su habitación, contigua a la de Takezō, y respondió desde allí. Los hombres que estaban fuera parecían haber abierto los postigos con palancas

e invadido la casa. Cuando Okō entró en la sala del hogar, vio seis o siete pares de anchos hombros amontonados en la cocina adyacente, con su suelo de tierra, a un nivel más bajo que las demás habitaciones.

—Soy Tsujikaze Temma —gritó uno de los hombres—. ¡Enciende una luz!

Los hombres irrumpieron rudamente en la parte principal de la casa, sin detenerse siquiera para quitarse las sandalias, lo cual era un signo evidente de grosería habitual. Empezaron a revolverlo todo, en armarios, cajones y bajo el grueso tatami de paja trenzada que cubría el suelo. Temma se sentó con porte majestuoso al lado del hogar y contempló cómo sus sicarios escudriñaban sistemáticamente las habitaciones. Gozaba de su posición superior, pero pronto pareció cansarse de su propia inactividad.

—Esto dura demasiado —gruñó, golpeando el tatami con el puño—. Debes tener algunas cosas aquí. ¿Dónde están?

—No sé de qué me hablas —replicó Okō, dominándose y con las manos entrelazadas sobre el vientre.

—¡No me vengas con esa monserga, mujer! —aulló él—. ¿Dónde está el botín? ¡Sé que está aquí!

—¡No tengo nada!

—¿Nada?

—Absolutamente nada.

—Bien, quizá sea cierto. Tal vez me han dado una información errónea... —La miró con recelo, tirándose de la barba y rascándola—. ¡Es suficiente, muchachos! —dijo con voz atronadora.

Durante este intercambio, Okō había permanecido sentada en la habitación de al lado, con la puerta corredera bien abierta. Estaba de espaldas a él, pero aun así parecía desafiarle, como si le dijera que podía seguir adelante y registrar donde le diera la gana.

—Okō —dijo él bruscamente.

—¿Qué quieres? —replicó ella con frialdad.

—¿Tienes algo de beber?

—¿Quieres un poco de agua?

—No me provoques... —le advirtió amenazadoramente.

—El sake está ahí. Bébetelo si quieres.

—Vamos, Okō— le dijo, ablandándose, casi admirándola por su insensible testarudez—. No seas así. No te visitaba desde hacía largo tiempo. ¿Es ésta la manera de tratar a un viejo amigo?

—¡Menuda visita!

—Cálmate, ¿quieres? Tú tienes en parte la culpa. Demasiada gente me ha hablado de las andanzas de «la viuda del hombre que hacía la moxa» para creer que todo son

mentiras. Tengo entendido que has enviado a tu encantadora hija a despojar cadáveres. ¿Quieres decirme por qué habría de hacer semejante cosa?

—¡Muéstrame una prueba! —gritó ella—. ¿Dónde la tienes?

—Si hubiera tenido la intención de encontrar lo que ocultas, no habría avisado a Akemi por anticipado. Ya conoces las reglas del juego. Éste es mi territorio y tengo que llevar a cabo el registro de tu casa. De lo contrario, todo el mundo podría concebir la idea de que puede salirse con la suya del mismo modo. Y en ese caso, ¿dónde estaría yo? ¡Tengo que protegerme, sabes!

Ella le miró en tenso silencio, la cabeza semivuelta hacia él, el mentón y la nariz alzados orgullosamente.

—Bien, esta vez voy a dejarte en paz. Pero recuerda que soy especialmente amable contigo.

—¿Amable conmigo? ¿Quién, tú? ¡No me hagas reír!

—Okō, ven aquí y sírveme un trago —le instó él. Como la mujer no hacía la menor señal de movimiento, perdió los estribos—: ¡Eres una zorra loca! ¿No te das cuenta de que si fueras amable conmigo no tendrías que vivir así? —Se calmó un poco y entonces la aconsejó—: Piénsalo un poco.

—Estoy abrumada por su amabilidad, señor —replicó ella maliciosamente.

—¿No te gusto?

—Respóndeme sólo a esto: ¿quién mató a mi marido? ¿Esperas acaso que crea que no lo sabes?

—Si quieres vengarte de quienquiera que lo hiciese, te ayudaré muy gustoso. Haré cuanto esté en mi mano.

—¡No te hagas el tonto!

—¿Qué quieres decir con eso?

—Parece ser que oyes muchas de las cosas que dice la gente. ¿No te han dicho que fuiste tú quien le mató? ¿No has oído decir que fue Tsujikaze Temma el asesino? Todos los demás lo saben. Puede que sea la viuda de un saqueador, pero no he caído tan bajo que llegue a tontear con el asesino de mi marido.

—Tenías que decir eso, ¿eh? No podías dejar el asunto en paz, ¿verdad? —Soltó una risa triste, apuró de un trago la taza de sake y se sirvió otra—. No deberías decir cosas así, ¿sabes? No es bueno para tu salud..., ¡o la de tu bonita hija!

—Educaré a Akemi apropiadamente y, una vez se haya casado, me desquitaré de ti. ¡Toma nota de lo que te digo!

Temma se echó a reír hasta que los hombros primero y luego todo su cuerpo se bambolearon como un pastel de soja cuajada. Tras beberse todo el sake que pudo encontrar, hizo una seña a uno de sus hombres que estaba apostado en un rincón de la cocina, con la lanza apoyada verticalmente en el hombro.

—Eh, tú —atronó—. Echa a un lado algunas tablas del techo con el extremo de tu

lanza.

El hombre hizo lo que su jefe le había ordenado. Mientras iba de un lado a otro de la habitación, moviendo las tablas del techo, las piezas del tesoro de Okō empezaron a caer al suelo como granizo.

—Tal como sospechaba desde el principio —dijo Temma, poniéndose en pie con dificultad—. Ya lo veis, muchachos. ¡Pruebas! Ha violado las reglas, eso es innegable. ¡Llevadla afuera y dadle su merecido!

Los hombres convergieron en la habitación del hogar, pero se detuvieron bruscamente. Okō estaba en pie, inmóvil como una estatua, en el vano de la puerta, como desafiándoles a que se atrevieran a tocarla. Temma, que había bajado a la cocina, les dijo impaciente:

—¿A qué estáis esperando? Traedla aquí.

No sucedió nada. Okō siguió mirando a los hombres, los cuales no se movían, como si estuvieran paralizados. Temma decidió tomar las riendas. Chascó la lengua y se dirigió hacia Okō, pero también él se detuvo ante el vano de la puerta. Detrás de Okō, invisibles desde la cocina, había dos jóvenes de aspecto feroz. Takezō sostenía baja la espada de madera, dispuesto a fracturar las espinillas del primero que se adelantara y de cualquiera que fuese lo bastante estúpido para seguirle. En el otro lado estaba Matahachi, empuñando una espada que sostenía alta, preparado para descargarla sobre el primer cuello que se aventurase a cruzar el vano de la puerta. No había rastro de Akemi.

—De modo que ésas tenemos —gruñó Temma, recordando de súbito la escena en la ladera de la montaña—. El otro día vi a ése caminando al lado de Akemi..., el del palo. ¿Quién es el otro?

Ni Matahachi ni Takezō dijeron una sola palabra, dejando claro que se proponían responder con sus armas. La tensión fue en aumento.

—No es normal que haya hombres en esta casa —rugió Temma—. Vosotros dos... ¡Vosotros debéis ser de Sekigahara! Será mejor que miréis dónde ponéis los pies..., os lo advierto.

Ninguno de los dos jóvenes movió un músculo.

—¡No hay nadie en estos contornos que no conozca el nombre de Tsujikaze Temma! ¡Os enseñaré lo que les hacemos a los rezagados!

Se hizo el silencio. Temma indicó con una seña a sus hombres que se apartaran. Uno de ellos retrocedió de espaldas sin darse cuenta de que el hoyo del hogar estaba en medio del suelo. Lanzó un grito al caer sobre las astillas ardientes, despidiendo una rociada de chispas que llegaron al techo. Al cabo de unos segundos la estancia se llenó por completo de humo.

—¡Aarrgghh!

Cuando Temma arremetió contra ellos, Matahachi descargó la espada con ambas

manos, pero el hombre era demasiado rápido para él y el golpe alcanzó la punta de la vaina de Temma. Okō se había refugiado en el rincón más próximo mientras Takezō aguardaba, sosteniendo horizontalmente la espada de roble negro. Apuntó a las piernas de Temma y asestó un golpe con todas sus fuerzas. La hoja de madera zumbó en la oscuridad, pero no se oyó el ruido seco del impacto. De alguna manera aquel hombretón había saltado a tiempo y, al descender, se abalanzó contra Takezō con la fuerza de una roca despeñada.

Takezō tuvo la sensación de que se las había con un oso. Aquél era el hombre más fuerte con el que había luchado jamás. Temma le agarró por la garganta y le dio dos o tres golpes que hicieron temer al joven por la integridad de su cráneo. Entonces Takezō recobró nuevo aliento e hizo volar a Temma. El hombretón se estrelló contra la pared, y el impacto hizo que se balanceara la casa y cuanto contenía. Cuando Takezō alzó la espada de madera para descargarla sobre la cabeza de Temma, el saqueador rodó a un lado, se puso en pie de un salto y huyó, perseguido de cerca por su oponente.

Takezō estaba decidido a impedir que Temma escapara, pues eso sería peligroso. Sabía perfectamente lo que iba a hacer. Cuando le capturase no dejaría a medias la faena de matarle y se aseguraría bien de que no le quedase un hálito de vida.

Tal era la naturaleza de Takezō. Para él sólo contaban los extremos. Incluso de niño había tenido algo primitivo en la sangre, algo que recordaba a los fieros guerreros del Japón antiguo, algo tan salvaje como puro, que no conocía la luz de la civilización ni el temple del conocimiento. Tampoco conocía la moderación. Era un rasgo natural, y por esa sola característica el muchacho nunca gustó a su padre. Munisai había intentado, a la manera típica de la clase militar, reducir la ferocidad de su hijo castigándole severamente y con frecuencia, pero el efecto de esa disciplina había sido el de aumentar la ferocidad del chico, como un jabalí cuya verdadera ferocidad surge cuando se ve privado de alimento. Cuanto más despreciaban los habitantes del pueblo al joven matón, tanto más él los dominaba despóticamente.

Cuando aquel hijo de la naturaleza se hizo hombre, empezó a hartarse de andar pavoneándose por el pueblo como si fuese su dueño. Intimidar a los apocados pueblerinos era demasiado fácil, y empezó a soñar en cosas más importantes. Sekigahara le había dado su primera lección de cómo era realmente el mundo. Sus ilusiones juveniles se habían hecho añicos, si bien era cierto que, para empezar, no había tenido muchas. Jamás se le habría ocurrido rumiar el fracaso de su primera aventura «real», o reflexionar en lo siniestro que era el futuro. Aún desconocía el significado de la autodisciplina, y había encajado sin alterarse la sangrienta catástrofe.

Y ahora, fortuitamente, había tropezado con un pez gordo de veras, aquel Tsujikaze Temma, ¡el jefe de los saqueadores! Era la clase de adversario con quien

había anhelado enfrentarse en Sekigahara.

—¡Cobarde! —le gritó—. ¡Detente y lucha!

Takezō corría velozmente por el campo negro como la pez, lanzando un insulto tras otro. A diez pasos por delante de él, Temma volaba como si tuviera alas. Takezō tenía literalmente los pelos de punta y el viento producía un sonido quejumbroso al azotarle el rostro. Se sentía feliz, más de lo que había estado en toda su vida. Cuanto más corría, más cerca se encontraba del puro éxtasis animal.

Se abalanzó contra la espalda de Temma. Brotó un chorro de sangre en el lugar alcanzado por la punta de la espada y un grito espantoso atravesó la noche. El voluminoso saqueador cayó al suelo con un ruido sordo y dio una vuelta. El cráneo estaba aplastado y los ojos sobresalían de sus órbitas. Tras otros dos o tres tremendos golpes al cuerpo, las costillas rotas perforaron la piel.

Takezō alzó el brazo y se limpió el copioso sudor que resbalaba por su frente.

—¿Satisfecho, capitán? —preguntó en tono triunfal.

Tranquilamente, emprendió el regreso a la casa. Alguien que le hubiera observado en aquel momento habría pensado que era un joven sin ninguna preocupación en el mundo, que volvía de dar un paseo nocturno. Se sentía libre, sin ningún remordimiento, sabedor de que si el otro hombre hubiera ganado, él estaría allí tendido, muerto y solo.

Le llegó la voz de Matahachi en la oscuridad.

—¿Eres tú, Takezō?

—Sí —replicó sin la menor emoción—. ¿Qué pasa?

Matahachi corrió a él y le anunció, excitado:

—¡He matado a uno! ¿Y tú?

—También he matado a uno.

Matahachi alzó su espada, empapada en sangre hasta la empuñadura. Cuadrando los hombros con orgullo, dijo:

—Los otros huyeron. ¡Esos puercos ladrones no valen mucho para luchar! ¡Sólo pueden enfrentarse a los muertos, ja, ja! ¡Yo diría que son tal para cual, ja, ja, ja!

Los dos estaban ensangrentados y satisfechos como un par de cachorros bien alimentados. Charlando jovialmente, se dirigieron hacia la lámpara visible a lo lejos, Takezō con su palo y Matahachi con su espada, las dos armas igualmente cubiertas de sangre.

Un caballo extraviado asomó la cabeza por la ventana y miró el interior de la casa. Su bufido despertó a los dos durmientes. Takezō maldijo al animal y le dio una vigorosa palmada en el hocico. Matahachi se estiró, bostezó y dijo que había dormido muy bien.

—El sol ya está muy alto —observó Takezō.

—¿Es ya la tarde?

—¡Imposible!

Tras un sueño reparador, los acontecimientos de la noche habían sido olvidados. Para aquellos dos jóvenes, sólo existían el hoy y el mañana.

Takezō corrió a la parte trasera de la casa y se desnudó hasta la cintura. Agachado junto al limpio y fresco torrente de montaña, se mojó la cara y el cabello y luego se lavó el pecho y la espalda. Miró hacia arriba e inhaló a fondo varias veces, como si quisiera absorber la luz del sol y todo el aire del cielo. Matahachi, todavía soñoliento, fue a la habitación del hogar, donde dio jovialmente los buenos días a Okō y Akemi.

—¿Por qué estas dos damas tan encantadoras ponen cara de acelga? —les preguntó.

—¿Eso parece?

—Sí, no hay duda alguna. Parece como si las dos estuvierais de luto. ¿A qué viene esa tristeza? Hemos matado al asesino de tu marido y dado a sus sicarios una paliza que no olvidarán pronto.

La decepción de Matahachi no era difícil de comprender. Había creído que la viuda y su hija estarían exultantes por la noticia de la muerte de Temma. En verdad, la noche anterior Akemi palmoteo jubilosa cuando se enteró, pero Okō pareció inquieta desde el principio, y ahora, sentada de modo desgarbado junto al fuego y con expresión abatida, parecía haber empeorado.

—Pero ¿qué te ocurre? —le preguntó el muchacho, pensando que era la mujer más difícil de complacer que había conocido jamás. «¡Vaya gratitud!», dijo para sus adentros, mientras tomaba el té amargo que Akemi le había servido y se sentaba en cuclillas.

Okō sonrió tristemente, envidiosa del joven que desconocía cómo es en realidad el mundo.

—Matahachi —le dijo con voz cansada—, parece que no lo entiendes. Temma tenía centenares de seguidores.

—Claro que los tenía. Los maleantes como él siempre los tienen. No tememos a la clase de gente que siguen a los de su calaña. Si hemos podido matarle, ¿por qué habríamos de temer a sus inferiores? Si intentan hacernos algo, Takezō y yo...

—¡No haréis nada! —le interrumpió Okō.

Matahachi echó atrás los hombros y dijo:

—¿Quién dice eso? ¡Trae tantos de ellos como quieras! No son más que un puñado de gusanos. ¿Acaso crees que Takezō y yo somos unos cobardes, que vamos a retirarnos sigilosamente, reptando sobre nuestros vientres? ¿Por quién nos tomas?

—¡No sois cobardes, pero sí infantiles! Incluso para mí. Temma tiene un hermano menor llamado Tsujikaze Kōhei, y si ése viene a por vosotros, ni siquiera los dos fundidos en uno solo tendría una sola posibilidad de vencerle.

No eran éstas las cosas que a Matahachi le gustaba escuchar, pero a medida que ella hablaba, empezó a pensar que quizá no iba del todo descaminada. Al parecer Tsujikaze Kōhei tenía un gran grupo de seguidores alrededor de Yasugawa, en Kiso, y no sólo eso, sino que era experto en las artes marciales y tenía una pericia fuera de lo corriente para coger a la gente desprevenida. Hasta entonces, nadie de quien Kōhei hubiera anunciado públicamente que le mataría había vivido su vida normal. En opinión de Matahachi, una cosa era que alguien te atacara en campo abierto, y otra muy distinta que cayera sobre ti cuando estabas dormido.

—Ése es uno de mis puntos flacos —admitió—. Duermo como un tronco.

Mientras permanecía sentado, con la mano en la mejilla, pensativo, Okō llegó a la conclusión de que lo único que podían hacer era abandonar la casa y su modo de vida actual e irse a algún lugar lejano. Preguntó a Matahachi qué harían él y Takezō.

—Lo hablaré con él —replicó Matahachi—. Por cierto, ¿adónde habrá ido?

Salió de la casa y miró a su alrededor, pero Takezō no se veía por ninguna parte. Al cabo de un rato se puso la palma por encima de los ojos, escudriñó la lejanía y descubrió a Takezō cabalgando al pie de la colina, montado a pelo en el caballo extraviado que les había despertado con sus relinchos.

«No tiene ninguna preocupación en el mundo», se dijo Matahachi, bruscamente envidioso. Ahuecando las manos alrededor de la boca, gritó:

—¡Eh, tú! ¡Vuelve a casa! ¡Tenemos que hablar!

Poco después estaban los dos tendidos en la hierba, mascando briznas y discutiendo lo que deberían hacer a continuación.

—¿Crees entonces que debemos volver a casa? —dijo Matahachi.

—Así es. No podemos quedarnos con estas mujeres para siempre.

—No, supongo que no.

—No me gustan las mujeres. —Por lo menos Takezō estaba seguro de ello.

—Muy bien. Entonces, marchémonos.

Matahachi se dio la vuelta y contempló el cielo.

—Ahora que nos hemos decidido, quiero ponerme en marcha. De pronto he comprendido cuánto echo de menos a Otsū, cuánto deseo verla. ¡Mira allí! Hay una nube que tiene exactamente su perfil. ¡Mira! Esa parte es exactamente como su pelo cuando acaba de lavarlo. —Matahachi golpeaba el suelo con los talones y señalaba el cielo.

Los ojos de Takezō siguieron al caballo en retirada al que acababa de dar la libertad. Como muchos de los vagabundos que viven en los campos, los caballos perdidos le parecían seres amistosos. Cuando has terminado con ellos, no piden nada y se limitan a marcharse solos y en silencio.

Akemi les gritó desde la casa que la cena estaba lista. Se pusieron en pie.

—¡Te echo una carrera! —propuso Takezō.

—¡Vamos allá! —replicó Matahachi.

Akemi palmoteo encantada mientras los dos corrían a toda velocidad entre la alta hierba, dejando tras ellos una espesa estela de polvo.

Después de cenar, Akemi se quedó pensativa. Acababa de enterarse de que los dos hombres habían decidido volver a sus hogares. Había sido divertido tenerlos en la casa, y quería que siguieran allí indefinidamente.

—¡Qué tonta eres! —la regañó su madre—. ¿Por qué te lo tomas así?

Okō se estaba maquillando tan meticulosamente como siempre, y mientras reñía a la muchacha miraba en el espejo a Takezō. Éste notó su mirada y de súbito recordó la fragancia acre de su cabello la noche que invadió su habitación.

Matahachi, que había cogido la gran jarra de sake de un estante, se dejó caer al lado de Takezō y empezó a llenar una pequeña botella para calentar la bebida, como si fuese el dueño de la casa. Puesto que aquélla iba a ser la última noche que pasaban juntos, se proponían beber a discreción. Okō parecía poner un cuidado especial en su maquillaje.

—¡Que no quede una sola gota sin beber! —exclamó—. No vale la pena dejar aquí el sake para las ratas.

—¡O los gusanos! —dijo inesperadamente Takezō.

Pronto vaciaron tres grandes jarras. Okō se inclinó hacia Matahachi y empezó a acariciarle de tal manera que Takezō volvió la cara, azorado.

—Yo..., yo..., no puedo andar —musitó Okō con la voz distorsionada por el alcohol.

Matahachi la llevó hasta su jergón. La cabeza de la mujer descansaba en su hombro. Una vez allí, ella se volvió hacia Takezō y le dijo con rencor:

—Tú, Takezō, duermes ahí solo. Te gusta dormir solo, ¿no es cierto?

Sin un murmullo, Takezō se tendió donde estaba. Había bebido mucho y era muy tarde.

Cuando se despertó era pleno día. En cuanto abrió los ojos, lo percibió. Algo le dijo que la casa estaba vacía. Las cosas que Okō y Akemi habían amontonado el día anterior para el viaje habían desaparecido. No había ropas ni sandalias... Matahachi tampoco estaba.

Llamó, pero no obtuvo respuesta, ni la esperaba. Una casa vacía tiene un aura propia. No había nadie en el patio, nadie detrás de la casa, nadie en la leñera. El único rastro de sus compañeros era un brillante peine rojo que estaba junto a la boca abierta de la cañería del agua.

«¡Matahachi es un cerdo!», se dijo.

Husmeó el peine y recordó cómo Okō había intentado seducirle aquella noche, hacía poco tiempo.

«Esto es lo que ha derrotado a Matahachi», pensó, y la mera idea le hizo hervir de

cólera.

—¡Idiota! —gritó—. ¿Y Otsū? ¿Qué piensas hacer con ella? ¿No la has abandonado ya demasiadas veces, cerdo?

Pisoteó el peine barato. Quería llorar de rabia, no por sí mismo, sino por la lástima que le daba Otsū, a quien podía imaginar nítidamente esperando en el pueblo.

Mientras permanecía sentado en la cocina, lleno de desconsuelo, el caballo extraviado miró impasible a través del vano de la puerta. Al ver que Takezō no le daba una palmada en el hocico, entró, fue hasta la pila y empezó a lamer perezosamente unos granos de arroz que se habían pegado allí.

El festival de las flores

En el siglo XVII, la carretera de Mimasaka venía a ser una vía principal. Partía de Tatsuno, en la provincia de Harima, y serpenteaba por un territorio conocido proverbialmente como «una montaña detrás de otra». Al igual que las estacas que señalaban la frontera entre Mimasaka y Harima, seguía una serie de elevaciones que parecían interminables. Los viajeros que coronaban el puerto de Nakayama veían a sus pies el valle del río Aida, donde, a menudo para su sorpresa, había un pueblo de tamaño considerable.

En realidad, Miyamoto era más un conjunto de villorrios diseminados que un pueblo verdadero. Había un grupo de casas a lo largo de las orillas del río, otro amontonado más arriba, en las colinas, y un tercero en medio de campos llanos que eran pedregosos y, por lo tanto, difíciles de arar. En total, el número de casas era importante para un núcleo rural de la época.

Hasta hacía alrededor de un año, el señor Shimmen de Iga había mantenido un castillo a poca distancia del río, pequeño en comparación con otros castillos, pero que de todos modos atraía a un flujo continuo de artesanos y mercaderes. Más al norte estaban las minas de plata de Shikozaka, ya muy lejos de la época de su pleno rendimiento, pero que en otro tiempo habían seducido a los mineros de todas las regiones del país.

Los viajeros que se trasladaban desde Tottori, en la costa del mar del Japón, a Himeji, en la del mar Interior, o desde Tajima a Bizen a través de las montañas, usaban naturalmente la carretera y, con la misma naturalidad, hacían un alto en Miyamoto. Éste tenía la atmósfera exótica de un pueblo visitado a menudo por los naturales de diversas provincias, y no sólo se enorgullecía de tener una posada, sino también una tienda de prendas de vestir. Albergaba también a un grupo de mujeres de la noche, las cuales, con el cuello empolvado de blanco, como estaba de moda, permanecían inmóviles ante sus establecimientos como murciélagos blancos bajo los aleros. Aquél era el pueblo que Takezō y Matahachi habían abandonado para ir a la guerra.

Otsū estaba sentada, mirando por encima de los tejados de Miyamoto y soñando despierta. Era una muchacha menuda, de tez blanca y reluciente cabello negro, osamenta ligera y miembros frágiles. Tenía un aire ascético, casi etéreo. Al contrario que las robustas y rubicundas muchachas campesinas que trabajaban en los arrozales, los movimientos de Otsū eran delicados. Caminaba con garbo, el largo cuello estirado y la cabeza alta. Ahora, encaramada en el porche del templo de Shippōji, parecía una estatuilla de porcelana.

Era una niña expósita que se había criado en aquel templo de montaña, y había adquirido una encantadora reserva que no suele encontrarse en una muchacha de

dieciséis años. Su aislamiento de las demás niñas de su edad y del mundo cotidiano le había dado una expresión contemplativa y seria que tendía a desconcertar a los hombres acostumbrados a las mujeres frívolas. Matahachi, su prometido, sólo tenía un año más que ella, y desde que abandonó Miyamoto con Takezō el año anterior no había vuelto a saber de él. Incluso durante los dos primeros meses del nuevo año había suspirado por tener noticias suyas, pero ahora se aproximaba el cuarto mes y ya no se atrevía a abrigar esperanzas.

Dirigió perezosamente su mirada a las nubes y un pensamiento cruzó por su mente: «Pronto habrá transcurrido un año entero».

«La hermana de Takezō tampoco sabe nada de él. Sería una necia si creyera que uno de ellos está vivo.» De vez en cuando decía a alguien estas palabras, anhelando, casi suplicando con la voz y la mirada, que su interlocutor la contradijera, la animara a no abandonar la esperanza. Pero nadie hacía caso de sus suspiros. Para los realistas pueblerinos, que ya se habían acostumbrando a que las tropas de Tokugawa ocuparan el modesto castillo de Shimmen, no había ninguna razón para suponer que habían sobrevivido. Ni un solo miembro de la familia del señor Shimmen había regresado de Sekigahara, cosa muy natural, pues eran samuráis, habían sido derrotados y no querrían presentarse entre quienes los conocían. Pero eso no rezaba para los soldados rasos de infantería. ¿No era normal que regresaran a casa? ¿No lo habrían hecho mucho tiempo atrás de haber sobrevivido?

Una vez más, como lo había hecho en innumerables ocasiones anteriores, Otsū se preguntó por qué los hombres tenían que escaparse para ir a la guerra. Había llegado a gozar, aunque con un goce melancólico, de aquellos momentos en que permanecía a solas en el porche del templo y reflexionaba en ese imponderable. Podría quedarse allí durante horas, sumida en una ensoñación nostálgica. De repente, una voz masculina que la llamaba por su nombre invadió su isla de paz.

Otsū alzó la vista y vio aun hombre más bien joven que se acercaba a ella desde el pozo. Vestía tan sólo un taparrabos, que apenas cumplía con su función, y su piel curtida por la intemperie brillaba como el oro mate de una antigua estatua budista. Era el monje zen que, tres o cuatro años atrás, había llegado allí procedente de la provincia de Tajima. Desde entonces residía en el templo.

—Por fin ha llegado la primavera —se decía a sí mismo con satisfacción—. La primavera es una bendición, aunque variable. En cuanto hace un poco de calor, esos insidiosos piojos se apoderan del campo. Intentan dominar la situación, igual que Fujiwara-no-Michinaga, ese astuto y pícaro regente. —Hizo una pausa y prosiguió con su monólogo—: Acabo de lavarme la ropa, pero ¿cuándo demonios voy a secar este hábito viejo y andrajoso? No puedo colgarlo del ciruelo, pues cubrir esas flores sería un sacrilegio, un insulto a la naturaleza. ¡Heme aquí, un hombre de buen gusto que no puede encontrar un sitio donde colgar su hábito! ¡Otsū! Préstame un

tendedero.

La muchacha se ruborizó al ver al monje prácticamente desnudo.

—¡Takuan! —exclamó—. ¡No puedes ir por ahí medio en cueros hasta que se sequen tus ropas!

—Entonces me iré a dormir. ¿Qué te parece?

—¡Oh, no tienes remedio!

El monje alzó un brazo hacia el cielo y apuntó con el otro al suelo, adoptando la pose de las diminutas estatuas de Buda que los fieles ungían una vez al año con un té especial.

—La verdad es que debería haber esperado hasta mañana. Puesto que es el día octavo, el cumpleaños de Buda, podría haberme quedado así y dejar que la gente se inclinara ante mí. Y cuando me hubieran echado por encima el cucharón de té dulce, habría sorprendido a todo el mundo al lamerme los labios. —Adoptó una postura piadosa y entonó las primeras palabras del Buda—: «Arriba en el cielo y abajo en la tierra sólo yo soy santo».

Otsū se echó a reír ante esa exhibición de irreverencia.

—¡Te pareces a él, de veras!

—Naturalmente, soy la encarnación viva del príncipe Siddartha.

—Entonces quédate completamente inmóvil. ¡No te muevas! Iré a buscar un poco de té para echártelo por encima.

En aquel momento una abeja emprendió un ataque en gran escala de la cabeza del monje, cuya postura de reencarnación cedió de inmediato el paso a una agitación de brazos. La abeja, al observar una brecha en el holgado taparrabos, se abalanzó por allí, y Otsū se desternilló de risa. Desde la llegada de Takuan Sōhō, nombre que le impusieron al convertirse en sacerdote, nunca transcurrían muchos días sin que incluso la reticente Otsū se divirtiera por algo que el monje hacía o decía.

No obstante, se interrumpió de súbito.

—No puedo perder más tiempo con estas tonterías. ¡Tengo cosas importantes que hacer!

Mientras ella introducía sus pequeños pies en las sandalias, el monje le preguntó inocentemente:

—¿Qué cosas?

—¿Qué cosas? ¿También tú lo has olvidado? Tu pantomima acaba de recordármelo. Debo prepararlo todo para mañana. El viejo sacerdote me ha pedido que recoja flores para decorar el templo. Luego tengo que disponer las cosas para la ceremonia de la unción. Y esta noche debo preparar el té dulce.

—¿Dónde vas a coger las flores?

—Junto al río, en la parte baja del campo.

—Te acompañaré.

—¿Así, sin nada de ropa?

—No podrás recoger bastantes flores tú sola, necesitas ayuda. Además, el hombre nace sin ropa. La desnudez es su estado natural.

—Puede que sea así, pero no me parece natural. La verdad es que preferiría ir sola.

Confiando en eludirle, Otsū se apresuró a ir detrás del templo, donde se ató un cesto a la espalda, cogió una hoz y se deslizó por la puerta lateral, pero cuando miró atrás, sólo unos instantes después, le vio en pos de ella. Ahora Takuan se cubría con un gran paño de envolver, de los que usaba la gente para acarrear sus ropas de cama.

—¿Te gusta más así? —le preguntó él, sonriente.

—Claro que no. Tienes un aspecto ridículo. ¡La gente te tomará por loco!

—¿Porqué?

—No importa. ¡Pero no andes a mi lado!

—Hasta ahora nunca te había importado caminar al lado de un hombre.

—¡Eres insoportable, Takuan!

Echó a correr, y él la siguió dando unas zancadas que habrían venido bien a Buda cuando bajó del Himalaya.

La brisa agitaba furiosamente el paño de envolver.

—¡No te enfades, Otsū! Ya sabes que estoy bromeando. Además, si haces demasiados morros no les gustarás a tus amigos.

A ochocientas o novecientas varas del templo florecían profusamente las flores primaverales en ambas orillas del río Aida. Otsū dejó el cesto en el suelo, entre un mar de aleteantes mariposas, y empezó a trazar amplios círculos con la hoz, cortando las flores cerca de sus raíces.

Al cabo de un rato, Takuan entró en un estado de ánimo reflexivo.

—Qué paz reina aquí —dijo con un suspiro, y pareció a la vez religioso e infantil —. ¿Por qué, cuando podríamos vivir siempre en un paraíso lleno de flores, todos preferimos gemir, sufrir y perdernos en un torbellino de pasión y furia, torturándonos en las llamas del infierno? Confío en que tú, por lo menos, no tengas que pasar por todo eso.

Mientras llenaba rítmicamente el cesto de amarillas flores de colza, crisantemos primaverales, margaritas, amapolas y violetas, Otsū replicó:

—Takuan, en vez de predicar un sermón será mejor que vigiles por si vienen abejas.

El asintió, exhalando un suspiro de desesperación.

—No hablo de las abejas, Otsū. Simplemente quiero transmitirte la enseñanza de Buda sobre el destino de las mujeres.

—¡El destino de esta mujer no es asunto tuyo!

—¡Cuan equivocada estás! Mi deber de sacerdote es fisgonear en la vida de la

gente. Convengo en que es un oficio entrometido, pero no menos útil que la tarea del mercader, el sastre, el carpintero o el samurai. Existe porque hace falta.

Otsū se mostró conciliadora.

—Supongo que tienes razón.

—Es cierto que el sacerdocio ha estado en malas relaciones con el género femenino durante unos tres mil años. Mira, el budismo enseña que las mujeres son malas, demoníacas, mensajeras del infierno. Me he pasado años sumido en las escrituras, por lo que no es casual que tú y yo nos estemos peleando siempre.

—¿Y por qué, según tus escrituras, las mujeres son malas?

—Porque engañan a los hombres.

—¿Acaso los hombres no engañan también a las mujeres?

—Sí, pero... el mismo Buda fue un hombre.

—¿Quieres decir que si hubiera sido mujer las cosas serían exactamente al revés?

—¡Claro que no! ¿Cómo podría un demonio convertirse jamás en un Buda?

—Eso no tiene ningún sentido, Takuan.

—Si las enseñanzas religiosas sólo consistieran en sentido común, no necesitaríamos profetas que nos las transmitieran.

—¡Ya estamos de nuevo, tergiversándolo todo en tu propio beneficio!

—Ése es un típico comentario femenino. ¿Por qué me atacas personalmente?

Ella dejó de segar una vez más, con una expresión de cansancio en el rostro.

—No sigamos discutiendo, Takuan. Hoy no estoy de humor para eso.

—¡Silencio, mujer!

—Eres tú el que no ha dejado de hablar.

Takuan cerró los ojos, como si hiciera acopio de paciencia.

—Intentaré explicártelo. Cuando el Buda era joven, se sentó bajo el árbol bo, donde las diablesas le tentaban noche y día. Como es natural, no se formó una opinión muy elevada de las mujeres. Pero aun así, como era tan misericordioso, en su vejez aceptó algunas discípulas.

—¿Porque se había vuelto sabio o senil?

—¡No seas blasfema! —le advirtió severamente—. Y no olvides al bodhisattva Nagarjuna, que detestaba..., quiero decir que temía a las mujeres tanto como el Buda. Incluso él llegó a alabar cuatro tipos femeninos: las hermanas obedientes, las compañeras amorosas, las buenas madres y las siervas sumisas. Ensalzaba sus virtudes una y otra vez, y aconsejaba a los hombres que tomaran a tales mujeres por esposas.

—Hermanas obedientes, compañeras amorosas, buenas madres y siervas sumisas... Veo que lo tenéis todo dispuesto en beneficio de los hombres.

—Bueno, eso es bastante natural, ¿no crees? En la antigua India se respetaba más a los hombres y menos a las mujeres que en Japón. En fin, me gustaría que oyeras el

consejo que Nagarjuna daba a las mujeres.

—¿Qué consejo?

—Decía: «Mujer, no te cases con un hombre...».

—¡Eso es ridículo!

—Déjame terminar. Decía «Mujer, cásate con la verdad».

Otsū le miró sin comprender.

—¿No lo ves? —dijo él, agitando el brazo—. «Cásate con la verdad» significa que no debes encapricharte de un mero mortal, sino buscar lo eterno.

—Pero Takuan, ¿qué es «la verdad»? —le preguntó Otsū con impaciencia.

El monje dejó caer ambos brazos a los costados y se quedo mirando el suelo.

—Bien mirado —dijo pensativamente—, yo mismo no estoy seguro de lo que sea.

Otsū se echó a reír, pero Takuan no le hizo caso.

—Hay algo que sé con certeza. Aplicado a tu vida, casarte con la sinceridad significa que no deberías pensar en irte a la ciudad y parir niños débiles y llenos de pamplinas, sino que deberías quedarte en el campo, de donde eres, y criar una prole hermosa y sana.

Otsū levantó la hoz con impaciencia.

—Takuan —replicó, exasperada—. ¿Has venido aquí para ayudarme a coger flores o no?

—Claro que sí, para eso estoy aquí.

—Entonces deja de predicar y agarra esa hoz.

—Muy bien, si realmente no deseas mi guía espiritual, no voy a imponértela —dijo él, fingiéndose dolido.

—Mientras estás trabajando, correré a casa de Ogin y veré si ha terminado el obi que he de ponerme mañana.

—¿Ogin? ¿La hermana de Takezō? La conozco, ¿verdad? ¿No vino contigo una vez al templo? —Arrojó la hoz al suelo—. Te acompañaré.

—¿Vestido así?

Él fingió que no la había oído.

—Probablemente nos ofrecerá té. Me muero de sed.

Extenuada por la discusión con el monje, Otsū asintió levemente y juntos partieron por la orilla del rio.

Ogin tenía veinticinco años y ya no se la consideraba en la flor de la juventud, pero era bastante atractiva. Aunque la reputación de su hermano tendía a desconcertar a sus pretendientes, no le faltaban proposiciones de matrimonio. Su porte y su buena crianza eran evidentes de inmediato para todos. Hasta entonces había rechazado todas las ofertas, argumentando que quería cuidar un poco más de su hermano menor.

La casa donde vivía había sido construida por su padre, Munisai, cuando se

encargaba del adiestramiento militar del clan Shimmen. Como recompensa por sus excelentes servicios había sido honrado con el privilegio de tomar el apellido Shimmen. La casa, que daba al río, estaba rodeada por un alto muro de tierra sobre cimientos de piedra, y era demasiado grande para las necesidades de un samurai rural ordinario. Aunque en otro tiempo fue imponente, se había deteriorado. En el tejado crecían lirios silvestres, y la pared del dōjō, la sala de ejercicios donde en otro tiempo Munisai enseñó las artes marciales, estaba totalmente llena de blancos excrementos de golondrina.

Munisai cayó en desgracia, perdió su categoría y murió pobre, cosa que era bastante frecuente en una época de turbulencias. Poco después de su muerte, sus criados se marcharon, pero como todos eran naturales de Miyamoto, muchos seguían acudiendo a la casa. En esas ocasiones traían verduras frescas, dejaban limpias las habitaciones sin usar, llenaban las jarras de agua, barrían el sendero y contribuían de muchas otras maneras al mantenimiento de la casa. También tenían una agradable charla con la hija de Munisai.

Cuando Ogin, que estaba cosiendo en una habitación interior, oyó que se abría la puerta trasera, supuso naturalmente que se trataba de uno de sus ex sirvientes. Estaba absorta en su trabajo, y se sobresaltó al oír el saludo de Otsū.

—Ah, eres tú. Me has dado un susto. Estoy terminando tu obi. Lo necesitas para la ceremonia de mañana, ¿verdad?

—Así es. Quiero agradecerte la molestia que te has tomado, Ogin. Debería haberlo cosido yo misma, pero tenía demasiado trabajo en el templo y nunca habría podido hacerlo.

—Me alegra serte de ayuda. Yo dispongo de más tiempo del que es bueno para mí. Si no estoy atareada, empiezo a meditar tristemente.

Otsū alzó la cabeza y vio el altar doméstico. En un platito ardía una vela de llama oscilante, a cuya luz mortecina la muchacha vio dos inscripciones oscuras, pintadas cuidadosamente. Estaban pegadas a unas tablillas, con una ofrenda de agua y flores delante de ellas:

El espíritu del desaparecido Shimmen Takezō, de 17 años.
El espíritu del desaparecido Hon'iden Matahachi, de la misma edad.

—Ogin —le dijo Otsū, alarmada—: ¿Has tenido noticias de que los han matado?

—No, pero... ¿qué otra cosa podemos pensar? Lo he aceptado. Estoy segura de que han muerto en Sekigahara.

Otsū sacudió la cabeza con violencia.

—¡No digas eso, Ogin! —Se precipitó al altar y arrancó las inscripciones de sus tablillas—. Me libro de estas cosas porque sólo invitan a lo peor.

Mientras soplaba para apagar la vela, las lágrimas corrían por su rostro. No satisfecha con eso, cogió las flores y el cuenco de agua y cruzó la habitación contigua hasta la terraza, desde donde arrojó las flores tan lejos como pudo y vertió el agua por encima de la barandilla. Cayó sobre la cabeza de Takuan, que estaba acuclillado en el suelo.

—¡Aaay, qué fría está! —gritó el monje, incorporándose de un salto y tratando frenéticamente de secarse la cabeza con el paño de envolver—. ¿Qué estás haciendo? ¡He venido aquí a tomar una taza de té, no a bañarme!

Otsū se echó a reír hasta que volvieron a saltársele las lágrimas, esta vez de regocijo.

—Lo siento, Takuan, de veras. No te había visto.

A modo de disculpa le trajo el té que él había estado esperando. Cuando entró, Ogin, que miraba fijamente hacia la terraza, le preguntó:

—¿Quién es ése?

—El monje itinerante que se aloja en el templo, ya sabes, ese hombre sucio. Le viste el otro día, cuando me acompañabas, ¿recuerdas? Estaba tendido al sol, boca abajo, con la cabeza entre las manos y mirando el suelo. Cuando le preguntamos qué hacía, dijo que sus piojos realizaban un encuentro de lucha, y añadió que los había adiestrado para que le entretuvieran.

—¡Ah, es él!

—Sí, él. Se llama Takuan Sōhō.

—Es un poco raro.

—Eso es lo más suave que puede decirse de él.

—¿Qué es eso que lleva puesto? No parece un hábito de sacerdote.

—Y no lo es, sino un paño de envolver.

—¿Un paño de envolver? Es un excéntrico. ¿Qué edad tiene?

—Dice que treinta y uno, pero a veces me siento como si fuese su hermana mayor, tan tonto es. Uno de los sacerdotes me ha dicho que, a pesar de su aspecto, es un monje excelente.

—Supongo que eso es posible. Nunca puedes juzgar a la gente por su aspecto. ¿De dónde procede?

—Nació en la provincia de Tajima y empezó a prepararse para el sacerdocio a los diez años. Unos cuatro años después ingresó en un templo de la secta zen Rinzai. Luego la abandonó y se hizo seguidor de un sacerdote y sabio del Daitokuji, con el que viajó a Kyoto y Nara. Más tarde estudió con Gudō, del Myōshinji, Ittō de Sennan y toda una serie de otros famosos hombres santos. ¡Se ha pasado una tremenda cantidad de tiempo estudiando!

—Tal vez por eso hay en él algo diferente.

Otsū prosiguió con el historial de Takuan:

—Le nombraron monje residente en el Nansōji y más tarde, por edicto imperial, abad del Daitokuji. Nadie me ha dicho nunca por qué motivos, y él nunca habla de su pasado, pero por alguna razón huyó de allí cuando sólo llevaba tres días.

Otsū sacudió la cabeza.

—Dicen que famosos generales como Hosokawa y nobles como Karasumaru han intentado una y otra vez convencerle de que se establezca definitivamente —siguió diciendo—. Incluso le ofrecieron levantarle un templo y donar dinero para su mantenimiento, pero a él no le interesa. Dice que prefiere vagar por el campo como un mendigo, con sólo sus piojos por amigos. Yo diría que está un poco loco.

—Es posible que, desde su punto de vista, seamos nosotros los raros.

—¡Eso es exactamente lo que dice!

—¿Cuánto tiempo se quedará aquí?

—No hay manera de saberlo. Tiene la costumbre de presentarse un día y desaparecer al siguiente.

Takuan, que estaba en pie cerca de la terraza, gritó:

—¡Oigo todo lo que decís!

—Bueno, no estamos diciendo nada malo —replicó Otsū alegremente.

—No me importa que lo hagáis, si os parece divertido, pero por lo menos podríais darme unos pastelillos para acompañar al té.

—A eso me refería —dijo Otsū—. Es siempre así.

—¿Qué quieres decir con eso de que soy siempre así? —preguntó Takuan con retintín—. ¿Y qué me dices de ti? Ahí sentada parece como si fueras incapaz de hacer daño a una mosca, y sin embargo actúas de una manera mucho más cruel y despiadada de lo que yo podría jamás.

—¿Ah, sí? ¿De qué manera soy cruel y despiadada?

—¡Dejándome aquí afuera, desamparado, sin nada más que té, mientras tú estás ahí sentada gimiendo por tu amante perdido!

Las campanas sonaban en el Daishōji y el Shippōji. Habían empezado a sonar con un ritmo mesurado poco después del alba y seguían haciéndolo de vez en cuando bien pasado el mediodía. Por la mañana una procesión constante se dirigía a los templos: muchachas con obis rojos en sus kimonos, viudas de mercaderes que usaban unos tonos más apagados, y aquí y allá una anciana con kimono oscuro que llevaba a sus nietos de la mano. La pequeña sala principal del Shippōji estaba atestada de fieles, pero los hombres jóvenes que había entre ellos estaban más interesados en mirar a Otsū que en participar en la ceremonia religiosa.

—En efecto, está aquí —susurró uno.

—Más bonita que nunca —añadió otro.

En el interior de la sala se alzaba un templo en miniatura con el techo cubierto de

hojas de lima y las columnas rodeadas de flores silvestres entretejidas. Dentro del «templo floral», como lo llamaban, había una estatua negra del Buda, de dos pies de altura, que señalaba con una mano el cielo y con la otra la tierra. La imagen estaba colocada en un recipiente de arcilla de fondo plano, y los fieles, al pasar por delante, vertían té dulce sobre su cabeza con un cucharón de bambú. Takuan permanecía a un lado con un suministro adicional del bálsamo sagrado, llenando tubos de bambú para que los fieles se los llevaran a casa, pues traía buena suerte. Mientras vertía el líquido, solicitaba donativos.

—Este templo es pobre, por lo que os pido que donéis tanto como os sea posible, sobre todo vosotros, los ricos..., sé quiénes sois, porque lleváis esas finas sedas y esos obis bordados. Tenéis mucho dinero, pero también debéis tener muchas preocupaciones. Si dejáis un quintal de monedas por vuestro té, vuestras preocupaciones serán un quintal más ligeras.

En el otro lado del templo floral, Otsū estaba sentada ante una mesa negra lacada. Su cara tenía un color rosado brillante, como las flores que la rodeaban. Ataviada con su obi nuevo, escribía ensalmos en hojas de papel de cinco colores. Movía el pincel con destreza, mojándolo de vez en cuando en un tintero de laca y oro que tenía a su derecha. Escribió:

Rápida e intensamente
en éste, el mejor de los días,
el octavo del cuarto mes,
que sean sentenciados esos
insectos que devoran las cosechas.

Desde tiempo inmemorial se creía en aquellos contornos que colgar ese práctico poema de la pared podía proteger no sólo de los bichos, sino también de las enfermedades y la fortuna adversa. Otsū escribió los mismos versos docenas de veces, con tanta frecuencia que la muñeca empezó a latirle dolorosamente y su caligrafía a reflejar la fatiga.

Se detuvo un momento a descansar y llamó a Takuan:

—No sigas tratando de robar a esta gente. Les estás quitando demasiado.

—Sólo me dirijo a los que ya tienen demasiado y eso ha llegado a ser una carga para ellos. La esencia de la caridad consiste en aliviarles de esa carga.

—Según ese razonamiento, los ladrones comunes son todos santos.

Takuan estaba demasiado ocupado recogiendo donativos para replicar.

—Vamos, vamos —decía a la multitud que avanzaba a empellones—. No empujéis, no tengáis prisa, haced cola. Muy pronto tendréis ocasión de aligerar vuestras bolsas.

—¡Eh, sacerdote! —dijo un joven que había sido amonestado por abrirse paso a codazos.

—¿Te refieres a mí? —replicó Takuan, señalándose la nariz.

—Sí, a ti, no paras de decirnos que esperemos a nuestro turno, pero entonces atiendes a las mujeres primero.

—Me gustan las mujeres tanto como a cualquiera.

—Debes de ser uno de esos monjes lascivos de los que siempre oímos contar anécdotas.

—¡Basta ya, renacuajo! ¿Crees acaso que no sé por qué estás tú aquí? No has venido a reverenciar al Buda ni a llevarte a casa un ensalmo. ¡Estás aquí para echarle una mirada a Otsū! Vamos, confiesa..., ¿no es eso cierto? No llegarás a ninguna parte con las mujeres si actúas como un mísero.

El rostro de Otsū se volvió escarlata.

—¡Basta, Takuan! ¡Cállate ahora mismo o voy a volverme loca de veras!

Para dar reposo a sus ojos, Otsū alzó de nuevo la vista de su trabajo y miró al exterior, por encima de la muchedumbre. De súbito tuvo un atisbo de un rostro y dejó caer bruscamente el pincel. Se incorporó de repente, casi derribando la mesa, pero el rostro ya se había desvanecido, como un pez que desaparece en el mar. Ajena a cuanto la rodeaba, corrió al porche del templo, gritando:

—¡Takezō! ¡Takezō!

La ira de la viuda

La familia de Matahachi, los Hon'iden, eran miembros orgullosos de un grupo de la pequeña aristocracia rural que pertenecía a la clase samurai pero también trabajaba la tierra. El verdadero cabeza de familia era su madre, una mujer incorregiblemente testaruda llamada Osugi, la cual, aunque tenía casi sesenta años, todos los días se ponía al frente de sus familiares y agricultores arrendatarios y trabajaba tan duramente como cualquiera de ellos. En la época de la siembra azadonaba los campos y, una vez recogida la cosecha, trillaba la cebada pisoteándola. Cuando la oscuridad le forzaba a interrumpir el trabajo, siempre encontraba algo que colgar de su espalda encorvada para llevarlo a casa. A menudo era una carga de hojas de moral tan grande que su cuerpo, casi doblado por la cintura, apenas era visible debajo. Por la noche solía ocuparse de sus gusanos de seda.

La noche del festival de las flores, Osugi alzó la vista de su trabajo en la parcela de los morales y vio que su nieto de nariz mocosa corría descalzo por el campo.

—¿Dónde has estado, Heita? —le preguntó severamente—. ¿En el templo?

—Aja.

—¿Estaba Otsū allí?

—Sí —respondió excitado, todavía sin aliento—. Y llevaba un obi muy bonito. Estaba ayudando a celebrar el festival.

—¿Te has traído un poco de té dulce y un ensalmo para mantener a los bichos alejados?

—Pues no.

Los ojos de la anciana, normalmente ocultos entre pliegues y arrugas, se abrieron de par en par y reflejaron irritación.

—¿Y por qué no?

—Otsū me ha dicho que no me preocupara por eso, que viniera corriendo a casa y te lo dijera.

—¿Decirme qué?

—Que Takezō estaba al otro lado del río. Dice que lo ha visto, en el festival.

La voz de Osugi descendió una octava.

—¿De veras? ¿De veras te ha dicho eso, Heita?

—Sí, abuela.

El fuerte cuerpo de la mujer pareció perder su rigidez en el acto, y las lágrimas empañaron sus ojos. Se volvió lentamente, como si esperase ver a su hijo detrás de ella. Al no ver a nadie, volvió la cabeza de nuevo.

—Heita —le dijo bruscamente al muchacho—. Ocúpate de recoger estas hojas de moral.

—¿Adonde vas?

—A casa. Si Takezō ha vuelto, Matahachi también estará aquí.

—Iré contigo.

—No, quédate aquí. No seas pesado, Heita.

La anciana se marchó con paso airado, dejando al pequeño tan desamparado como un huérfano. La casa de campo, rodeada de viejos y nudosos robles, era de gran tamaño. Osugi se apresuró por delante de ella, en dirección al granero, donde estaban trabajando su hija y algunos agricultores arrendatarios. Cuando todavía estaba a bastante distancia de ellos, empezó a llamarles con cierto nerviosismo.

—¿Ha vuelto Matahachi a casa? ¿Está ya aquí?

Sobresaltados, se la quedaron mirando como si hubiera perdido el juicio. Finalmente uno de los hombres dijo que no, pero la anciana no pareció oírle. Era como si en su estado de nerviosismo se negara a aceptar un no por respuesta. Al ver que seguían mirándola sin comprender, les llamó burros y les explicó lo que acababa de saber por medio de Heita, diciéndoles que si Takezō había regresado, sin duda Matahachi lo habría hecho con él. Entonces volvió a adoptar su papel de comandante en jefe y les envió a buscarle en todas las direcciones. Ella se quedó en la casa, y cada vez que oía a alguien aproximarse, salía corriendo para preguntar si ya le habían encontrado.

Cuando se puso el sol, Osugi aún no se había dejado desanimar, y encendió una vela ante las tablillas en recuerdo de los antepasados de su marido. Tomó asiento, al parecer absorta en las plegarias e inmóvil como una estatua. Puesto que todo el mundo estaba todavía afuera, buscando a su hijo, no se sirvió la cena en la casa, y cuando anocheció y aún no había noticias Osugi se movió por fin. Como si estuviera en trance, salió de la casa y caminó lentamente hasta la puerta del muro, donde se quedó esperando, oculta en la oscuridad. Una luna acuosa brillaba entre las ramas de roble, y las montañas que se alzaban delante y detrás de la casa estaban veladas por una bruma blanca. Impregnaba la atmósfera el aroma dulzón de las flores de peral.

Transcurrió largo tiempo, hasta que alguien se aproximó, avanzando por el borde exterior del huerto de perales. Cuando reconoció a Otsū por su silueta, Osugi la llamó y la muchacha corrió hacia ella, sus húmedas sandalias resonando ruidosamente al contacto con la tierra.

—¡Otsū! Me han dicho que has visto a Takezō. ¿Es cierto?

—Sí, estoy segura de que era él. Le vi entre la muchedumbre que estaba fuera del templo.

—¿No viste a Matahachi?

—No. Salí corriendo para preguntarle por él, pero cuando le llamé, Takezō echó a correr como un conejo asustado. Mi mirada tropezó por un instante con la suya, antes de que desapareciera. Siempre ha sido raro, pero no puedo imaginar por qué huyó de esa manera.

—¿Huyó? —inquirió Osugi, perpleja.

Se puso a reflexionar, y cuanto más lo hacía, tanto más iba tomando forma en su mente una terrible sospecha. Empezaba a ver claro que aquel muchacho Shimmen, aquel rufián al que tanto odiaba por haberse llevado a su precioso Matahachi a la guerra, volvía a tramar algo que no podía ser bueno.

Finalmente dijo en tono amenazador:

—¡Ese desgraciado! Lo más probable es que haya dejado al pobre Matahachi moribundo en algún lugar, para volver furtivamente él solo a casa, sano y salvo. ¡Es un cobarde! —Empezó a temblar de furia y su voz subió de tono hasta convertirse en un chillido—: ¡No puede esconderse de mí!

Otsū no había perdido la compostura.

—No, no creo que Takezō hiciera semejante cosa. Aun cuando hubiera tenido que dejar a Matahachi atrás, sin duda nos lo diría o por lo menos nos traería algún recuerdo suyo.

Otsū parecía disgustada por la apresurada acusación de la anciana.

Sin embargo, Osugi había llegado a convencerse de la perfidia de Takezō. Sacudió la cabeza briosamente y siguió diciendo:

—¡Oh, no, él no lo haría! ¿Cómo iba a hacerlo ese joven demonio? No tiene tanto corazón. Matahachi nunca debería haberse relacionado con él.

—Abuela... —le dijo Otsū en tono consolador.

—¿Qué? —replicó con brusquedad Osugi, en absoluto consolada.

—Creo que si vamos a casa de Ogin, es posible que encontremos a Takezō allí.

La anciana se relajó un poco.

—Puede que tengas razón. Es su hermana, y no hay nadie más en este pueblo dispuesto a cobijarle.

—Entonces vayamos a comprobarlo, sólo tú y yo.

Osugi se resistió.

—No veo por qué habría de hacer eso. Ella sabía que su hermano arrastró a mi hijo a la guerra, pero ni una sola vez vino a disculparse ni presentar sus respetos. Y ahora que él ha vuelto, ni siquiera ha venido a decírmelo. No sé por qué habría de ir a su casa. Es degradante. La esperaré aquí.

—Pero ésta no es una situación ordinaria —replicó Otsū—. Además, lo que ahora importa es ver a Takezō lo antes posible. Tenemos que averiguar lo que ha ocurrido. Vamos, abuela, por favor. No tendrás que hacer nada. Si quieres, yo me ocuparé de las formalidades.

Osugi se dejó persuadir a regañadientes. Por supuesto, estaba tan ansiosa como Otsū por averiguar lo que ocurría, pero prefería morir antes que pedirle nada a un Shimmen.

La casa no estaba lejos. Al igual que la familia Hon'iden, los Shimmen

pertenecían a la pequeña aristocracia rural, y el origen de ambas familias se remontaba al clan Akamatsu, muchas generaciones atrás. Sus casas estaban una frente a otra, con el río de por medio, y siempre se habían reconocido tácitamente el derecho a la existencia, pero su intimidad no pasaba de ahí.

Cuando llegaron al portal del muro lo encontraron cerrado, y más allá el ramaje de los árboles era tan espeso que no se veía ninguna luz de la casa. Otsū echó a andar con la intención de dar la vuelta al muro y entrar por la puerta trasera, pero Osugi se paró en seco, negándose a continuar con la testarudez de una muía.

—No me parece correcto que el cabeza de familia de los Hon'iden entre en la residencia Shimmen por la puerta trasera. Es degradante.

Al comprender que la anciana no iba a moverse, Otsū siguió sola hasta la puerta trasera. Poco después se encendió una luz al otro lado de la puerta principal. Ogin en persona había acudido a saludar a la anciana, la cual, transformada repentinamente de una vieja bruja que araba los campos en una gran dama, se dirigió a su anfitriona en tono altivo.

—Perdóname por molestarte a estas horas, pero el motivo que me ha traído aquí no podía esperar. ¡Has sido muy amable al venir e invitarme a entrar!

Pasó por el lado de Ogin, entró en la casa y fue de inmediato, como si fuese una enviada de los dioses, al tokonoma, el lugar de honor de la casa, ante el que se sentó con porte orgulloso, su figura enmarcada por un pergamino colgante y un conjunto floral. Entonces se dignó aceptar las más sinceras palabras de bienvenida por parte de Ogin.

Finalizado el intercambio de saludos, Osugi fue directamente al grano. Su falsa sonrisa desapareció mientras miraba furibunda a la joven que estaba ante ella.

—Me han dicho que el joven demonio de esta casa ha vuelto a rastras. Ve a buscarle, por favor.

Aunque Osugi tenía fama de deslenguada, esta observación malévola sin ningún disimulo incomodó a la educada Ogin.

—¿El joven demonio? ¿A quién te refieres? —inquirió la joven, conteniéndose visiblemente.

La camaleónica Osugi cambió de táctica.

—Ha sido un lapsus, te lo aseguro —le dijo riendo—. Así es cómo le llama la gente del pueblo. Supongo que me lo han pegado. El «joven demonio» es Takezō. Se oculta aquí, ¿no es cierto?

—No, ¿por qué? —replicó Ogin, realmente pasmada. Se mordió el labio, azorada al oír a la mujer referirse a su hermano de aquella manera.

Otsū se apiadó de ella y le explicó que había visto a su hermano en el festival. Entonces, deseosa de alisar los sentimientos encrespados, añadió:

—Es raro que no haya venido directamente aquí, ¿verdad?

—Pues no ha venido —dijo Ogin—. Ésta es la primera noticia que tengo de su regreso. Pero si ha vuelto, como dices, estoy segura de que llamará a la puerta de un momento a otro.

Osugi, sentada formalmente en un cojín sobre el suelo, las piernas dobladas con pulcritud bajo ella, entrelazó las manos en su regazo y, con la expresión de una suegra ultrajada, se embarcó en una diatriba.

—¿Qué significa esto? ¿Esperas que me crea que todavía no sabes nada de él? ¿No comprendes que soy la madre a cuyo hijo ese inútil hermano tuyo ha arrastrado a la guerra? ¿No sabes que Matahachi es el heredero y el miembro más importante de la familia Hon'iden? Fue tu hermano quien convenció a mi hijo para que se marchara de casa y se hiciera matar. Si mi hijo ha muerto, es tu hermano quien le ha matado, y si cree que puede volver a casa sigilosamente y librarse de su responsabilidad... —La anciana se detuvo el tiempo suficiente para recobrar el aliento y volvió a mirar enfurecida a la joven—. ¿Y qué me dices de ti? Puesto que sin duda ha tenido la indecencia de volver solo disimuladamente, ¿por qué razón tú, su hermana mayor, no le has enviado de inmediato a verme? Estoy disgustada con los dos, por tratar a una mujer mayor con semejante falta de respeto. ¿Quién te crees que soy?

Aspiró aire de nuevo y siguió despotricando:

—Si tu Takezō ha vuelto, devuélveme a mi Matahachi. Si eso no te es posible, lo menos que puedes hacer es convocar aquí a ese joven demonio y pedirle que me dé una explicación satisfactoria de lo que le ha sucedido a mi precioso muchacho y dónde se encuentra... ¡Ahora mismo!

—¿Cómo podría hacer tal cosa? Te digo que no está aquí.

—¡Ésa es una sucia mentira! —gritó la anciana—. ¡Tienes que saber dónde está!

—¡Pero no lo sé, créeme! —protestó Ogin.

Le temblaba la voz y tenía los ojos arrasados de lágrimas. Se inclinó hacia adelante, deseando con todas sus fuerzas que su padre estuviera vivo.

De repente, desde la puerta que daba a la terraza, llegó un fuerte crujido, seguido por el ruido de unos pies al correr.

Los ojos de Osugi relampaguearon y Otsū empezó a levantarse, pero el siguiente sonido fue el de un grito que ponía los pelos de punta, tan próximo a un aullido animal como es capaz de producir la voz humana.

—¡Cogedle! —gritó un hombre.

Entonces se oyó el sonido de varios pares más de pies, que corrían alrededor de la casa, acompañado por los chasquidos de ramas rotas y el susurro de las cañas de bambú.

—¡Es Takezō! —exclamó Osugi. Poniéndose en pie de un salto, miró furibunda a Ogin, que seguía arrodillada, y le dijo enfurecida—: Sabía que estaba aquí, lo veía con tanta claridad como la nariz en tu cara. No sé por qué has tratado de ocultármelo,

pero te aseguro que jamás lo olvidaré.

Se precipitó hacia la puerta corredera y la abrió bruscamente. Lo que vio en el exterior le hizo palidecer más todavía.

Un joven con espinilleras estaba tendido de bruces en el suelo, evidentemente muerto, aunque todavía le brotaba sangre fresca de los ojos y la nariz. A juzgar por el aspecto de su cráneo roto, alguien le había matado con un solo golpe de una espada de madera.

—Hay..., hay un muerto... ¡Un hombre muerto ahí afuera! —dijo Osugi en voz entrecortada.

Otsū fue con la lámpara a la terraza y permaneció al lado de Osugi, la cual contemplaba aterrada el cadáver. No era ni Takezō ni Matahachi, sino un samurai al que ninguna de las dos reconocía.

—¿Quién puede haber hecho esto? —murmuró Osugi, y, volviéndose rápidamente a Otsū, le dijo—: Volvamos a casa antes de que nos veamos mezcladas en algo desagradable.

Otsū no podía marcharse de aquella manera. La anciana había dicho demasiadas cosas crueles, y sería injusto abandonar a Ogin sin aplicarle primero un bálsamo en sus heridas. Pensaba que, si Ogin había mentido, sin duda tenía buenas razones para ello. Sintiendo que debía quedarse para consolar a Ogin, le dijo a Osugi que regresaría más tarde.

—Haz lo que te plazca —replicó bruscamente Osugi, y se dispuso a marcharse.

Ogin tuvo la amabilidad de ofrecerle un farol, pero Osugi lo rechazó, con una expresión de orgulloso desafío.

—Te hago saber que la jefe de la familia Hon'iden no es tan senil que necesite una luz para caminar. —Se arremangó el kimono, salió de la casa y se internó resueltamente en la niebla que iba espesándose.

No lejos de la casa, un hombre le pidió que se detuviera. Estaba espada en mano, con brazos y piernas protegidos por una armadura. Era sin duda un samurai profesional, de una clase que no se encontraba ordinariamente en el pueblo.

—¿Acabas de salir de la casa de Shimmen? —le preguntó.

—Sí, pero...

—¿Perteneces a la familia Shimmen?

—¡De ninguna manera! —replicó Osugi—. Soy la cabeza de familia de la casa de samurai al otro lado del río.

—¿Quieres decir entonces que eres la madre de Hon'iden Matahachi, que fue con Shimmen Takezō a la batalla de Sekigahara?

—Sí, es cierto, pero mi hijo no fue por su voluntad. Le engañó para que fuera ese joven demonio.

—¿Demonio?

—Ese... ¡Takezō!

—Veo que ese Takezō no está muy bien considerado en el pueblo.

—¿Bien considerado? No me hagas reír. ¡Nunca has visto a un matón semejante! No puedes imaginar los problemas que hemos tenido en mi casa desde que mi hijo se relacionó con él.

—Tu hijo parece haber muerto en Sekigahara. Yo...

—¡Matahachi! ¿Ha muerto?

—La verdad es que no estoy seguro, pero quizá te consuele en tu aflicción saber que haré todo lo posible para ayudarte a vengarle.

Osugi le miró con una expresión escéptica.

—¿Quién eres?

—Pertenezco a la guarnición de Tokugawa. Después de la batalla fuimos al castillo de Himeji. Obedeciendo órdenes de mi señor, he tendido una barrera en la frontera de la provincia de Harima para identificar a todo el que cruce.

—Ese Takezō, de la casa de ahí —continuó, señalando hacia el edificio—, ha cruzado la barrera y huido hacia Miyamoto. Le hemos perseguido hasta aquí. Es un tipo duro, desde luego.

Creímos que, tras algunos días de marcha, la fatiga le rendiría, pero lo cierto es que aún no lo hemos capturado. Sin embargo, no puede huir eternamente. Daremos con él.

Osugi, que iba asintiendo mientras escuchaba, comprendió entonces por qué Takezō no se había presentado en el Shippōji y, lo que era más importante, que probablemente no había ido a su casa, puesto que ése era el primer lugar que registrarían los soldados. Al mismo tiempo, puesto que parecía viajar solo, la furia de la mujer no disminuyó lo más mínimo. Pero tampoco podía creer que Matahachi hubiera muerto.

—Sé que Takezō puede ser tan fuerte y astuto como cualquier fiera salvaje, señor —dijo afectadamente—, pero no creo que un samurai de vuestro valor tenga dificultad alguna para capturarle.

—Bueno, francamente, eso es lo que pensé al principio. Pero no somos muchos y hace poco ha matado a uno de mis hombres.

—Permitid que una anciana os aconseje un poco. —Se inclinó y le susurró algo al oído.

Sus palabras parecieron complacer al hombre en grado sumo.

El samurai asintió y exclamó entusiasmado:

—¡Buena idea! ¡Espléndida!

—Aseguraos de hacer un trabajo a fondo —le instó Osugi, y reanudó su camino.

Poco después, el samurai reagrupó a su partida de catorce o quince hombres detrás de la casa de Ogin. Después de recibir instrucciones, saltaron el muro,

rodearon la casa y bloquearon todas las salidas. Entonces varios soldados invadieron la casa, dejando un rastro de barro, y penetraron en la sala donde las dos jóvenes estaban sentadas, condoliéndose y enjugándose las lágrimas que corrían por sus rostros.

Al ver a los soldados, Otsū emitió un grito ahogado y palideció. Ogin, sin embargo, orgullosa de ser la hija de Munisai, permaneció imperturbable. Miró a los intrusos con serenidad, su expresión dura e indignada.

—¿Cuál de vosotras es la hermana de Takezō? —preguntó uno de los soldados.

—Yo soy —replicó Ogin fríamente—, y exijo saber quién ha entrado en esta casa sin permiso. No consentiré una conducta tan brutal en una casa ocupada sólo por mujeres. —Se había vuelto para mirarles directamente.

El hombre que había estado charlando con Osugi unos minutos antes señaló a Ogin.

—¡Arrestadla! —ordenó.

Apenas había terminado de pronunciar esa palabra cuando estalló la violencia, la casa empezó a temblar y las luces se apagaron. Lanzando un grito de terror, Otsū salió tambaleándose al jardín, mientras por lo menos diez de los soldados caían sobre Ogin y se disponían a atarla con una cuerda. A pesar de su heroica resistencia, la lucha terminó en pocos segundos. Entonces la arrojaron al suelo y empezaron a darle puntapiés con todas sus fuerzas.

Más tarde Otsū no recordaba qué camino había seguido, pero lo cierto es que se las ingenió para escapar. Apenas consciente, corrió descalza hacia el Shippōji bajo la nebulosa luz de la luna, confiando por completo en su instinto. Se había criado en un entorno pacífico, y ahora tenía la sensación de que el mundo se derrumbaba.

Cuando llegó al pie de la colina donde se alzaba el templo, alguien la llamó. Vio la silueta de una persona sentada en una roca, entre los árboles. Era Takuan.

—Gracias al cielo que eres tú —le dijo—. Empezaba a preocuparme en serio, pues nunca estás hasta tan tarde fuera de casa. Cuando vi la hora que era salí a buscarte. —Le miró los pies e inquirió—: ¿Qué haces descalza?

Aún estaba mirando los pies descalzos de Otsū, cuando ésta se abalanzó a sus brazos y se echó a llorar.

—¡Oh, Takuan! ¡Ha sido horrible! ¿Qué podemos hacer?

Él trató de calmarla con voz serena.

—Vamos, vamos. ¿Qué ha sido lo horrible? No hay muchas cosas en este mundo que sean tan malas. Tranquilízate y dime lo que ha sucedido.

—¡Han atado a Ogin y se la han llevado! Matahachi no regresó, y ahora la pobre Ogin, que es tan dulce y amable..., todos le daban patadas. ¡Oh, Takuan, tenemos que hacer algo!

Sollozando y temblorosa, se aferraba desesperadamente al joven monje, con la

cabeza apoyada en su pecho.

Era mediodía de un tranquilo y húmedo día primaveral, y un leve vapor se alzaba del rostro sudoroso del joven. Takezō caminaba solo por las montañas, sin saber adonde iba. Su fatiga casi rebasaba lo soportable, pero incluso al oír el sonido de un pájaro que emprendía el vuelo, sus ojos se apresuraban a examinar su entorno. A pesar de la penosa experiencia que había sufrido, la violencia acumulada y el puro instinto de supervivencia animaban su cuerpo cubierto de barro.

—¡Bastardos! ¡Bestias! —gruñía.

En ausencia del blanco real de su furia, blandió su espada de roble negro, cortó el aire con ella y desgajó una gruesa rama de un gran árbol. La savia blanca que brotó de la herida le recordó la leche de una madre lactante. Se detuvo y miró fijamente. No había ninguna madre a la que volverse, sólo la soledad. En vez de ofrecerle consuelo, incluso los arroyos y las colinas ondulantes de su propio lugar natal parecían burlarse de él.

«¿Por qué está contra mí la gente del pueblo? —se preguntó—. En cuanto me ven, avisan a los guardias de la montaña. Por su manera de correr cuando me avistan se diría que estoy loco.»

Llevaba cuatro días oculto en las montañas de Sanumo. Ahora, velada por la bruma del mediodía, distinguía la casa de su padre, la casa donde su hermana vivía sola. Cobijado al pie de la colina, por debajo de él, estaba Shippōji, el templo cuyo tejado sobresalía entre los árboles. Takezō sabía que no podía aproximarse a ninguno de los dos lugares. Cuando se atrevió a acercarse al templo, el día del cumpleaños de Buda, a pesar de lo atestado que estaba, se había jugado la vida. Al oír que le llamaban por su nombre, no tuvo más remedio que huir. Aparte de que deseaba salvar el pellejo, sabía que si le descubrían allí, Otsū se vería en un aprieto.

Aquella noche, cuando fue sigilosamente a la casa de su hermana, tuvo la mala suerte de que la madre de Matahachi estuviera allí. Permaneció durante un rato en el exterior, tratando de encontrar una explicación del paradero de Matahachi, pero mientras miraba a su hermana a través de una rendija en la puerta, los soldados le descubrieron. Una vez más se vio obligado a huir sin tener ocasión de hablar con nadie. Desde entonces, en su refugio en las montañas tenía la sensación de que los samurai de Tokugawa tenían controlados todos los accesos para atraparle. Patrullaban por todos los caminos que él podría elegir, al tiempo que los habitantes del pueblo habían formado grupos de búsqueda que estaban registrando las montañas.

Se preguntó qué pensaría Otsū de él, y empezó a sospechar que incluso ella se había vuelto en su contra. Puesto que, al parecer, todo el mundo en su propio pueblo le consideraba como un enemigo, se enfrentaba a obstáculos infranqueables.

Reflexionó: «Sería demasiado duro decirle a Otsū la verdadera razón por la que

no ha regresado su prometido. Tal vez debería decírselo a la anciana... ¡Eso es! Se lo explicaré a ella, para que pueda decírselo suavemente a Otsū. Entonces no tendré ningún motivo para seguir merodeando por aquí».

Una vez tomada esta decisión, Takezō prosiguió su camino, pero sabía que no debía acercarse al pueblo antes de que oscureciera. Con una piedra grande rompió otra en fragmentos pequeños y lanzó uno de ellos contra un pájaro que volaba. Cuando el ave cayó al suelo, el muchacho apenas se detuvo a desplumarla antes de clavar los dientes en la carne cálida y cruda. Mientras devoraba el pájaro, echó a andar de nuevo, pero de repente oyó un grito ahogado. Quienquiera que le hubiese visto se alejaba frenéticamente por el bosque. Encolerizado porque le odiaban y temían, e incluso le perseguían sin ninguna razón, gritó: «¡Espera!», y echó a correr como una pantera tras la persona que huía.

El hombre no podía rivalizar con Takezō, y éste le dio alcance en seguida. Resultó ser uno de los habitantes del pueblo que acudía a las montañas para fabricar carbón, y a quien Takezō conocía de vista. Cogiéndole por el cuello, le arrastró hasta un pequeño claro.

—¿Por qué huyes? ¿Es que no me conoces? Soy uno de los tuyos, Shimmen Takezō de Miyamoto. No voy a comerte vivo. ¿Sabes? ¡Es muy grosero alejarse de la gente sin molestarse en saludar siquiera!

—¡Ssssí, señor!

—¡Siéntate!

Takezō le soltó el brazo, pero el poblé diablo empezó a huir, obligándole a darle un puntapié en el trasero y hacer ademán de que iba a golpearle con la espada de madera. El hombre se quedó agachado, encogido de miedo, cubriéndose la cabeza con las manos.

—¡No me mates! —gritó patéticamente.

—Pues responde a mis preguntas, ¿de acuerdo?

—Te lo diré todo, ¡pero no me mates! Tengo mujer y familia.

—Nadie va a matarte. Supongo que las colmas están llenas de soldados, ¿no es cierto?

—Sí.

—¿Están vigilando el Shippōji?

—Sí.

—¿Hoy han vuelto a buscarme los hombres del pueblo? —El hombre no respondió—. ¿Eres tú uno de ellos?

El hombre se puso en pie de un salto y sacudió la cabeza como un sordomudo.

—¡No, no, no!

—Es suficiente —le gritó Takezō, y, cogiéndole con firmeza del cuello, le preguntó—: ¿Qué sabes de mi hermana?

—¿Qué hermana?

—Mi hermana, Ogin, de la casa de Shimmen. No te hagas el tonto. Has prometido que responderías a mis preguntas. La verdad es que no culpo a la gente del pueblo por tratar de capturarme, ya que los samuráis les obligan a ello, pero estoy seguro de que nunca le harían ningún daño a ella. ¿O sí?

—No sé nada de eso —replicó el hombre en un tono excesivamente inocente—, nada en absoluto.

Takezō alzó con celeridad la espada por encima de su cabeza, en posición de golpear.

—¡Ten cuidado! Eso me ha parecido muy sospechoso. Algo ha sucedido, ¿no es cierto? ¡Dímelo en seguida o te rompo la crisma!

—¡Espera! ¡No lo hagas! ¡Hablaré! ¡Te lo diré todo!

Con las manos unidas en actitud de súplica, el tembloroso carbonero le contó que se habían llevado prisionera a Ogin, y que habían hecho circular por el pueblo una orden, según la cual quien proveyera de alimento o cobijo a Takezō sería considerado de inmediato como un cómplice. Le informó de que todos los días los soldados llevaban a los hombres del pueblo a las montañas, y exigían a cada familia que proporcionaran un hombre joven en días alternos con esa finalidad.

Esa información puso a Takezō la piel de gallina, y no de temor sino de ira. Para asegurarse de que había oído bien, preguntó al carbonero:

—¿De qué delito acusan a mi hermana? —Las lágrimas que asomaban a sus ojos los abrillantaban.

—Nadie lo sabe. Tememos al señor del distrito y hacemos lo que nos ordenan, eso es todo.

—¿Adonde han llevado a mi hermana?

—Se rumorea que a la prisión militar de Hinagura, pero no sé si eso es cierto.

—Hinagura... —repitió Takezō.

Dirigió la mirada hacia la sierra que señalaba el límite provincial. La espina dorsal de las montañas estaba ya cubierta por las sombras de grises nubes nocturnas.

Dejó en libertad al carbonero. Mientras le veía alejarse de prisa, agradecido por haber salvado su mezquina vida, Takezō sintió que se le revolvía el estómago al pensar en la cobardía de la humanidad, la cobardía que obliga a los samuráis a apoderarse de una pobre mujer indefensa. Se alegró de volver a estar solo. Tenía que pensar.

Pronto tomó una decisión: «Tengo que rescatar a Ogin, eso es lo esencial. Mi pobre hermana... Los mataré si le han hecho daño». Una vez elegida la acción a emprender, se encaminó al pueblo con largas y viriles zancadas.

Al cabo de un par de horas, Takezō volvió a acercarse furtivamente al Shippōji. Las campanadas nocturnas habían terminado de sonar poco antes. Ya era de noche y

se veían luces en el templo, en la cocina y los aposentos de los sacerdotes, donde parecía haber gente que iba de un lado a otro.

Takezō se dijo que ojalá saliera Otsū.

Se agachó bajo el pasillo elevado y permaneció inmóvil. Era un pasillo con tejado pero sin paredes que conectaba las habitaciones de los sacerdotes con el edificio principal del templo. Flotaba en el aire un olor a comida cocinada que evocaba en su mente visiones de arroz y sopa humeante. Desde hacía varios días el estómago de Takezō no había contenido más que carne de ave cruda y brotes de hierba, y ahora su estómago se rebelaba. Le ardía la garganta mientras vomitaba amargos jugos gástricos, y en esa penosa situación jadeó ruidosamente en busca de aliento.

—¿Qué es eso? —dijo una voz.

—Probablemente es sólo un gato —respondió Otsū, la cual salió con una bandeja y empezó a recorrer el pasillo directamente por encima de la cabeza de Takezō.

Intentó llamarla, pero sus náuseas eran todavía demasiado intensas para poder emitir un sonido inteligible.

El incidente resultó ser un golpe de suerte, porque en aquel momento una voz masculina detrás de Otsū preguntó:

—¿Dónde está el baño?

El hombre llevaba un kimono prestado por el templo, atado con una estrecha faja de la que colgaba una pequeña manopla. Takezō le reconoció como uno de los samuráis de Himeji. Sin duda era de alto rango, lo bastante para alojarse en el templo y pasar las noches comiendo y bebiendo hasta hartarse mientras sus subordinados y los habitantes del pueblo tenían que pasarse día y noche registrando las montañas en busca del fugitivo.

—¿El baño? —dijo Otsū—. Ven, te lo mostraré.

La muchacha dejó la bandeja en el suelo y se dispuso a acompañarle a lo largo del pasillo. De súbito, el samurai se precipitó hacia ella y la abrazó por detrás.

—¿Qué te parece si me haces compañía en el baño? —le sugirió lascivamente.

—¡No hagas eso, suéltame! —gritó Otsū, pero el hombre le dio la vuelta, le sujetó el rostro con sus grandes manos y le rozó la mejilla con los labios.

—¿Qué tiene de malo? —le dijo, tratando de engatusarla—. ¿No te gustan los hombres?

—¡Basta! ¡No debes hacer eso! —protestó la impotente Otsū. Entonces el soldado le cubrió la boca con la mano.

Indiferente al peligro, Takezō saltó al pasillo como un gato y golpeó con el puño al hombre en la cabeza, por la espalda. Fue un golpe muy fuerte. El samurai, momentáneamente indefenso, cayó hacia atrás, todavía aferrando a Otsū. Mientras intentaba librarse de él, la muchacha lanzó un chillido. El hombre caído empezó a gritar:

—¡Es él! ¡Es Takezō! ¡Está aquí! ¡Venid a prenderle!

Se oyó un retumbar de pisadas y ruido de voces en el interior del templo. La campana empezó a dar la alarma, indicando que Takezō había sido descubierto, y desde el bosque convergieron numerosos hombres en los terrenos del templo. Pero Takezō ya había desaparecido, y poco después fueron enviadas de nuevo partidas de búsqueda para que registraran las colinas de Sanumo. El mismo Takezō no sabía cómo había logrado filtrarse a través de la red rápidamente tensada, pero cuando la persecución estuvo en su apogeo él ya se encontraba lejos, en la entrada de la gran cocina con suelo de tierra de la casa de Hon'iden.

Echó un vistazo al interior débilmente iluminado y llamó:

—¡Abuela!

—¿Quién está ahí? —replicó la mujer con voz aguda.

Osugi salió lentamente de una habitación trasera. Iluminada desde abajo por el farol de papel que llevaba en la mano, su rostro nudoso palideció al ver a su visitante.

—¡Tú! —exclamó.

—Tengo algo importante que decirte —le dijo Takezō apresuradamente—. Matahachi no ha muerto, aún está muy vivo y sano. Vive con una mujer en otra provincia. Eso es cuanto puedo decirte porque es todo lo que sé. ¿Me harás el favor de darle la noticia a Otsū? Yo no he podido hacerlo.

Sintiendo un alivio inmenso por haberse librado de tan pesada carga al dar el mensaje a Osugi, dio media vuelta para marcharse, pero la anciana le pidió que volviera.

—¿Adonde te propones ir ahora?

—Tengo que entrar en la prisión militar de Hinagura y rescatar a Ogin —replicó él con tristeza—. Después iré a alguna parte. Sólo quería deciros, a ti y tu familia, así como a Otsū, que no dejé morir a Matahachi. Por lo demás, no tengo ningún motivo para quedarme aquí.

—Ya veo. —Osugi pasó el farol de una mano a la otra, haciendo tiempo. Entonces le hizo una señal para que se acercara—. Estoy segura de que tienes hambre, ¿me equivoco?

—No he tomado una comida decente desde hace días.

—¡Pobre muchacho! ¡Espera! Ahora mismo estaba cocinando, y puedo darte una buena comida caliente dentro de un momento. Considéralo como un regalo de despedida. ¿Y no te gustaría darte un baño mientras la preparo?

Takezō estaba mudo de asombro.

—No te quedes tan pasmado, Takezō. Tu familia y la nuestra han estado juntas desde los días del clan Akamatsu. No creo que debas marcharte de aquí, pero desde luego no te dejaré ir sin darte una buena y copiosa comida.

De nuevo Takezō fue incapaz de decir nada. Alzó el brazo y se enjugó los ojos.

Nadie había sido tan amable con él desde hacía mucho, muchísimo tiempo. Había llegado a considerar a todo el mundo con suspicacia y desconfianza, y ahora recordaba de repente lo que es ser tratado como un ser humano.

—Anda, ve ahora mismo al baño —le instó Osugi, en el tono de una abuela—. Es demasiado peligroso que estés aquí... alguien podría verte. Te traeré una manopla y, mientras te bañas, iré a buscar el kimono de Matahachi y prendas interiores. No tengas prisa y date un buen remojón.

Le entregó el farol y desapareció en la parte trasera de la casa. Casi de inmediato, su nuera abandonó la casa, cruzó corriendo el jardín y salió a la noche.

Desde el baño, donde el farol se balanceaba atrás y adelante, llegó el sonido del chapoteo.

—¿Qué tal? —dijo Osugi jovialmente—. ¿Está bastante caliente?

—¡Está en su punto! —respondió Takezō—. Me siento como un hombre nuevo.

—No te apresures, relájate y entra en calor. El arroz aún no está listo.

—Gracias. De haber sabido que sería así, habría venido antes. ¡Estaba seguro de que me la tenías jurada! —Dijo algunas palabras más, pero el ruido del agua ahogaba su voz y Osugi no le respondió.

Poco después la nuera reapareció en el portal, sin aliento. La seguía un grupo de samuráis y vigilantes. Osugi salió de la casa y se dirigió a ellos en un susurro.

—Así que has conseguido que se diera un baño —dijo uno de los hombres con admiración—. Muy inteligente. ¡Sí, eso está bien! ¡Esta vez lo tenemos con seguridad en nuestras manos!

Los hombres se dividieron en dos grupos y, agazapados, se movieron lentamente, como otros tantos sapos, hacia el brillante fuego que ardía bajo el baño.

Algo indefinible aguijoneó el instinto de Takezō, el cual miró a través de una ranura en la puerta. Los pelos se le pusieron de punta.

—¡Estoy atrapado! —exclamó.

Estaba completamente desnudo, el baño era pequeño y no disponía de tiempo para pensar. Al otro lado de la puerta distinguió lo que parecía una horda de hombres armados con palos, lanzas y porras.

Aun así, en realidad no tenía miedo. El temor que podría haber sentido estaba sepultado por la cólera que experimentaba hacia Osugi.

—Muy bien, bastardos, mirad esto —gruñó.

No le importaba el número de sus enemigos. En aquella situación, como en otras, lo único que sabía hacer era atacar antes de ser atacado. Mientras sus aspirantes a captores se hacían sitio unos a otros en el exterior, Takezō abrió bruscamente la puerta de una patada y salió dando un salto y emitiendo un temible grito de guerra. Todavía desnudo, con el cabello húmedo volando en todas direcciones, aferró el asta de la primera lanza dirigida contra él y la arrebató a su propietario, al que envió

contra los arbustos. Agarrando con firmeza el arma, se puso a girar a uno y otro lado frenéticamente, como un torbellino, y en ese absoluto abandono golpeó a todo el que se le aproximaba. En la batalla de Sekigahara había aprendido que ese método era sorprendentemente eficaz cuando los enemigos le superaban a uno en número, y que a menudo el asta de una lanza puede ser usado de una manera más efectiva que la punta.

Los atacantes, dándose cuenta demasiado tarde del error que habían cometido al no enviar primero a tres o cuatro hombres para que asaltaran la caseta del baño, se gritaban palabras de ánimo unos a otros. Sin embargo, era evidente que Takezō había maniobrado mejor que ellos.

Más o menos la décima vez en que el arma de Takezō entró en contacto con el suelo, se rompió. Entonces cogió una gran piedra y la arrojó contra los hombres, los cuales ya daban señales de retirada.

—¡Mirad, ha entrado en la casa! —gritó uno de los hombres, al tiempo que Osugi y su nuera salían de prisa al jardín trasero.

Takezō fue de un lado a otro de la casa, haciendo un estrépito tremendo, mientras gritaba:

—¿Dónde están mis ropas? ¡Devolvedme mis ropas!

Había ropas de faena esparcidas, así como un cofre primoroso que contenía kimonos, pero Takezō no les prestó atención. Esforzó la vista para encontrar sus prendas harapientas bajo aquella luz mortecina. Finalmente las vio en un rincón de la cocina, las cogió con una mano y, hallando un asidero sobre un gran horno de barro, salió por un ventanuco elevado. Mientras salía al tejado, sus perseguidores, ahora totalmente confundidos, maldecían y se excusaban unos a otros por no haber logrado atraparle.

De pie en medio del tejado, Takezō se puso su kimono sin apresurarse. Arrancó con los dientes una tira de tela de la faja y, recogiendo el húmedo cabello detrás de la cabeza, lo ató cerca de las raíces, con tal firmeza que las cejas y las comisuras de los ojos le quedaron estirados.

El cielo primaveral estaba lleno de estrellas.

El arte de la guerra

La búsqueda diaria en las montañas continuaba y las faenas agrícolas languidecían. Los habitantes del pueblo no podían cultivar sus campos ni ocuparse de los gusanos de seda. Grandes carteles colocados ante la casa del cacique del pueblo y en todos los cruces de caminos anunciaban una sustanciosa recompensa para quien capturase o matara a Takezō, así como una recompensa apropiada por cualquier información que condujera a su arresto. Estos bandos presentaban la autoritaria firma de Ikeda Terumasa, señor del castillo de Himeji.

En la residencia de Hon'iden reinaba el pánico. Osugi y su familia, aterrorizados ante la perspectiva de que Takezō regresara para vengarse, atrancaron la puerta principal y levantaron barricadas en todas las entradas. Los hombres dedicados a la búsqueda del fugitivo, bajo la dirección de tropas procedentes de Himeji, trazaron nuevos planes para atraparle. Hasta entonces todos sus esfuerzos se habían revelado infructuosos.

—¡Ha matado a otro! —gritó un aldeano.

—¿Dónde? ¿Quién ha sido esta vez?

—Algún samurai. Aún no lo han identificado.

El cadáver había sido descubierto cerca de un sendero en las afueras del pueblo, su cabeza en un macizo de altas hierbas y las piernas levantadas hacia el cielo en una postura extrañamente contorsionada. Los aldeanos, asustados pero fisgones sin remedio, circulaban en masa por allí, murmurando entre ellos. El cráneo del muerto había sido aplastado, sin duda con uno de los carteles de madera que anunciaban la recompensa y que ahora yacía sobre el cuerpo, empapado en sangre. Los que contemplaban embobados el espectáculo no podían dejar de leer la lista de recompensas prometidas, y algunos se reían sombríamente ante la flagrante ironía.

Otsū salió de entre la multitud con el rostro ojeroso y pálido. Diciéndose que preferiría no haber mirado la sangrienta escena, regresó apresuradamente al templo, tratando de borrar la imagen del muerto que persistía ante sus ojos. Al pie de la colina tropezó con el capitán que se alojaba en el templo y cinco o seis de sus hombres. Se habían enterado del atroz crimen e iban a investigar. Al ver a la muchacha, el capitán le sonrió.

—¿Dónde has estado, Otsū? —le preguntó con zalamera familiaridad.

—De compras —replicó ella secamente.

Sin mirarle apenas, subió a toda prisa los escalones de piedra del templo.

El capitán no le había gustado desde el principio. Tenía un mostacho fibroso que le desagradaba especialmente, y desde la noche en que intentó forzarla nada más verle se sentía llena de repugnancia.

Takuan estaba sentado ante la sala principal, jugando con un perro extraviado.

Ella pasó a cierta distancia, para evitar al roñoso animal, pero el monje alzó la vista y la llamó.

—Otsū, hay una carta para ti.

—¿Para mí? —replicó ella con incredulidad.

—Sí, estabas fuera cuando vino el mensajero, así que me la entregó. —Se sacó de la manga del kimono el pequeño rollo de papel y se lo dio—. No tienes muy buen aspecto —comentó—. ¿Algo va mal?

—Siento náuseas. He visto a un hombre muerto tendido en la hierba, con los ojos aún abiertos, y tenía sangre...

—No deberías mirar esas desgracias, pero supongo que, tal como ahora están las cosas, tendrías que ir por ahí con los ojos cerrados. Últimamente siempre tropiezo con cadáveres. ¡Ja! ¡Y había oído decir que este pueblo era un pequeño paraíso!

—Pero ¿por qué Takezō mata a esas personas?

—Para evitar que le maten a él, por supuesto. No tienen ninguna razón plausible para matarle, de modo que ¿por qué habría de permitírselo?

—¡Estoy asustada, Takuan! —le dijo ella en tono suplicante—. ¿Qué haríamos si él viniera aquí?

Unos cúmulos oscuros tendían su manto sobre las montañas. La muchacha tomó su carta misteriosa y fue a esconderse en la cabaña del telar. En éste había una tira de tela sin terminar para un kimono masculino, parte de una prenda para la que, desde hacía un año, había dedicado todos sus momentos libres devanando hilo de seda. Estaba destinado a Matahachi, y a Otsū le excitaba la perspectiva de coser todas las piezas hasta formar un kimono completo. Había tejido minuciosamente cada hebra, como si el mismo acto de tejer le acercara más a su novio. Quería que la prenda durase eternamente.

Se sentó ante el telar y miró fijamente la carta. «¿Quién puede haberla enviado?», se dijo, segura de que debía de ir dirigida a otra persona. Leyó y releyó la dirección, buscando algún error.

Era evidente que la carta había hecho un largo viaje antes de llegar a ella. La envoltura rasgada y arrugada estaba llena de huellas dejadas por dedos y gotas de lluvia. Otsū rompió el sello, y entonces cayeron no una sino dos cartas en su regazo. La primera estaba escrita con una caligrafía femenina desconocida, y en seguida supuso que se trataba de una mujer más bien mayor.

Escribo tan sólo para confirmar lo que está escrito en la carta adjunta y, por lo tanto, no entraré en detalles.

Voy a casarme con Matahachi y adoptarle en mi familia. No obstante, él parece preocupado por ti. Creo que sería un error dejar que las cosas sigan como están. Así pues, Matahachi te envía una explicación, cuya verdad certifico por la presente.

Olvida a Matahachi, por favor.

Respetuosamente, Okō

En la otra carta eran reconocibles los garabatos de Matahachi, el cual explicaba con una fatigosa extensión todas las razones por las que le era imposible regresar a casa. Por supuesto, lo esencial de la cuestión era que Otsū debía olvidar su compromiso con él y buscarse otro marido. Matahachi añadía que le resultaba «difícil» escribir directamente a su madre sobre el asunto y que le agradecería su ayuda al respecto. Si Otsū veía a la anciana, debía decirle que su Matahachi estaba vivo y residía en otra provincia.

Otsū tuvo la sensación de que su médula espinal se convertía en hielo. Se quedó sentada, herida y demasiado conmocionada para llorar e incluso parpadear. Las uñas de los dedos que sostenían la carta se volvieron del mismo color que la piel del hombre muerto al que había visto aún no hacía una hora.

Transcurrieron las horas. En la cocina todo el mundo empezó a preguntarse adonde habría ido la muchacha. El capitán que estaba al frente de la búsqueda no tuvo empacho en dejar que sus hombres exhaustos durmieran en el bosque, pero al anochecer, cuando él regresó al templo, exigió las comodidades correspondientes a su rango. El agua del baño debía estar caliente como a él le gustaba, había que preparar pescado fresco del río según sus instrucciones y alguien debía ir a una de las casas del pueblo en busca del sake de mejor calidad. Mantener a aquel hombre satisfecho exigía un trabajo considerable, gran parte del cual recaía naturalmente en Otsū. Puesto que ésta no aparecía, la cena del capitán se retrasaba.

Takuan salió en su busca. No era que el capitán le importase en absoluto, sino que empezaba a estar preocupado por Otsū, pues no era propio de ella marcharse sin decir nada. Llamándola por su nombre, el monje cruzó los terrenos del templo y pasó varias veces ante la cabaña del telar. Puesto que la puerta estaba cerrada, no se molestó en mirar dentro.

En varias ocasiones el sacerdote del templo salió al pasillo elevado y gritó a Takuan:

—¿Aún no la has encontrado? No puede estar lejos de aquí. —Y a medida que pasaba el tiempo, el sacerdote se volvía frenético y gritaba—: ¡Date prisa y encuéntrala! Nuestro invitado dice que no puede tomar su sake si no está ella aquí para servírselo.

Enviaron al sirviente del templo, farol en mano, para que la buscara colina abajo. Casi en el mismo momento en que el sirviente partía, Takuan abrió por fin la puerta de la cabaña del telar.

Lo que vio en el interior le sobresaltó. Otsū estaba inclinada sobre el telar, en un estado de evidente desolación. El monje no quería entrometerse y permaneció en

silencio, mirando las dos cartas retorcidas y rasgadas en el suelo. Habían sido pisoteadas como un par de efigies de paja.

Takuan recogió las cartas.

—¿Es lo que trajo hoy el mensajero? —le preguntó con suavidad—. ¿Por qué no las guardas en alguna parte?

Otsū sacudió la cabeza débilmente.

—Todo el mundo está medio loco de preocupación por ti. Te he buscado por todas partes. Anda, Otsū, volvamos. Sé que no quieres, pero tienes trabajo que hacer. Ya sabes que has de servir al capitán. Ese viejo sacerdote está casi fuera de sí.

—Me..., me duele la cabeza —susurró ella—. Takuan, ¿no podrían dejarme libre esta noche..., por una sola vez?

Takuan suspiró.

—Personalmente creo que no deberías servir el sake al capitán ni esta noche ni ninguna otra, Otsū. Sin embargo, el sacerdote piensa de otra manera. Es un hombre de este mundo. No es la clase de persona que puede conseguir el respeto del daimyō o el apoyo para el templo sólo por medio de su nobleza de pensamientos. Cree que debe agasajar al capitán, tenerle constantemente satisfecho. —Dio unas palmaditas en la espalda de Otsū—. Y al fin y al cabo, te acogió aquí y te educó, de modo que le debes algo. No tendrás que quedarte mucho tiempo.

La muchacha consintió de mala gana. Mientras Takuan la ayudaba a levantarse, ella alzó su rostro surcado de lágrimas y le dijo:

—Iré, pero sólo si me prometes que te quedarás conmigo.

—No tengo nada que objetar, pero no le gusto al viejo Barba Rala, y cada vez que veo ese estúpido mostacho siento el impulso irresistible de decirle lo ridículo que es. Ya sé que es un rasgo infantil, pero algunas personas me afectan de esa manera.

—¡Pero no quiero ir sola!

—El sacerdote está ahí, ¿no es cierto?

—Sí, pero siempre se marcha cuando llego yo.

—Hummm. Eso no está muy bien. De acuerdo, iré contigo. Ahora deja de pensar en ello y ve a lavarte la cara.

Cuando Otsū se presentó por fin en los aposentos del sacerdote, el capitán, ya repantigado y muy bebido, se reanimó. Enderezando el gorro, que había estado visiblemente escorado, se mostró muy jovial y le pidió que le llenara de sake una taza tras otra. Pronto su rostro tenía un brillo escarlata y las comisuras de sus ojos saltones empezaron a combarse.

Sin embargo, no se estaba divirtiendo plenamente, y el motivo era una presencia singularmente indeseada en la sala. Al otro lado de la lámpara estaba sentado Takuan, encorvado como un mendigo ciego y absorto en la lectura del libro abierto sobre sus rodillas.

Confundiendo al monje con un acólito, el capitán le señaló y gritó:

—¡Eh, tú!

Takuan siguió leyendo hasta que Otsū le dio un codazo. El monje alzó los ojos distraídamente, miró a su alrededor y preguntó:

—¿Te refieres a mí?

—¡Sí, a ti! —dijo bruscamente el capitán—. No tienes nada que hacer aquí. ¡Vete!

—Oh, no me importa quedarme —replicó Takuan en tono de inocencia.

—Así que no te importa, ¿eh?

—No, en absoluto —dijo Takuan, y volvió a enfrascarse en su libro.

—Pues a mí sí que me importa —profirió el capitán—. Que haya alguien a tu alrededor leyendo estropea el sabor del buen sake.

—Oh, lo siento —replicó Takuan con fingida solicitud—. Qué grosería por mi parte. Cerraré el libro.

—Tan sólo verlo me irrita.

—De acuerdo, entonces le pediré a Otsū que se lo lleve.

—¡No me refiero al libro, idiota! Estoy hablando de ti. Echas a perder el ambiente.

Takuan adoptó entonces una expresión seria.

—Eso sí que es un problema, ¿no es cierto? No es como si yo fuese el sagrado Wu-k'ung y pudiera convertirme en una humareda, o en un insecto y posarme en tu bandeja.

El rojo cuello del capitán se hinchó y abrió los ojos desmesuradamente. Parecía un pez globo.

—¡Vete, imbécil! ¡Fuera de mi vista!

—Muy bien —dijo Takuan con serenidad, haciendo una reverencia. Cogió a Otsū de la mano y se dirigió a ella—: El invitado dice que prefiere quedarse a solas. Amar la soledad es señal de sabiduría. No debemos molestarle más. Vamonos.

—Pero... qué..., qué...

—¿Ocurre algo?

—¿Quién te ha dicho que te lleves a Otsū contigo, pedazo de idiota?

Takuan se cruzó de brazos.

—A lo largo de los años he observado que son pocos los sacerdotes o monjes apuestos de veras. Y lo mismo ocurre con los samuráis. Fíjate en ti, por ejemplo.

Los ojos del samurai casi le salían de las órbitas.

—¡Cómo!

—¿Has pensado en tu bigote? Es decir, ¿te has detenido realmente a examinarlo, a evaluarlo objetivamente?

—¡Loco bastardo! —gritó el capitán mientras cogía su espada, que estaba

apoyada en la pared—. ¡Te la estás jugando!

Al tiempo que se levantaba, Takuan, sin dejar de mirarle, le preguntó plácidamente:

—¿Qué es lo que está en juego?

Fuera de sí, y con la espada envainada en la mano, el capitán chilló:

—He aguantado cuanto puedo aguantar. ¡Ahora vas a recibir lo que se te avecina!

Takuan se echó a reír.

—¿Significa eso que te propones cortarme la cabeza? Si es así, olvídalo. Sería un latazo.

—¿Qué?

—Una lata. No se me ocurre nada más aburrido que decapitar a un monje. La cabeza caerá al suelo y se quedará ahí riéndose de ti. No sería una gran hazaña, ¿y qué bien podría hacerte?

—Bueno —gruñó el capitán—, digamos que tendría la satisfacción de hacerte callar. ¡Así te resultaría muy difícil seguir con tu insolente cháchara!

Lleno del valor que las personas de su clase experimentan al empuñar un arma, soltó una risotada y se adelantó en actitud amenazante.

—¡Pero... capitán!

La informalidad de Takuan le había encolerizado hasta tal extremo que la mano con la que sostenía la espada envainada le temblaba violentamente. Otsū se interpuso entre los dos hombres, intentando proteger al monje.

—¿Qué estás diciendo, Takuan? —le dijo, confiando en que así calmaría los ánimos y retardaría la acción—. Nadie habla así a los guerreros. Vamos, dile que lo sientes —le rogó—. Por favor, pide disculpas al capitán.

Pero Takuan no había terminado ni mucho menos.

—Quítate de en medio, Otsū. Estoy perfectamente. ¿Crees de veras que me dejaría decapitar por un mastuerzo como éste, quien aunque está al mando de docenas de hombres capaces y armados ha desperdiciado veinte días tratando de localizar a un fugitivo exhausto y medio muerto de hambre? ¡Si no es lo bastante listo para encontrar a Takezō, sería realmente sorprendente que fuese más listo que yo!

—¡No te muevas! —le ordenó el capitán, con el rostro violáceo mientras desenvainaba la espada—. ¡Hazte a un lado, Otsū! ¡Voy a cortar en dos a este acólito bocazas!

Otsū se arrojó a los pies del capitán y le suplicó:

—Tienes toda la razón para estar enfadado, pero te ruego que seas paciente. No está del todo bien de la cabeza. Habla de esa manera a todo el mundo. ¡Pero no lo dice en serio, de veras! —Las lágrimas empezaron a correrle por el rostro.

—¿Qué estás diciendo, Otsū? —objetó Takuan—. Estoy muy bien de la cabeza y no bromeo en absoluto. Sólo digo la verdad, que a nadie parece interesarle. Es un

mastuerzo, y así se lo digo. ¿Quieres que mienta?

—Será mejor que no vuelvas a repetir eso —atronó el samurai.

—Lo diré tantas veces como me parezca. Por cierto, no creo que a tus soldados les importe gran cosa el tiempo que perdéis buscando a Takezō, pero eso es una carga terrible para los campesinos. ¿No te das cuenta de lo que les estás haciendo? Si seguís así, pronto no tendrán nada que comer. Probablemente ni siquiera se te ha ocurrido que deben descuidar por completo sus faenas agrícolas para participar en tus desorganizadas e inútiles búsquedas. Y, para colmo, sin cobrar. ¡Es ignominioso!

—¡Cállate, traidor! ¡Estás difamando al gobierno Tokugawa!

—No critico al gobierno Tokugawa, sino a los oficiales burocráticos como tú que se interponen entre el daimyō y la gente corriente y que, a juzgar por lo que hacen, es lo mismo que si robaran su paga. Para empezar, ¿por qué estás ganduleando aquí esta noche? ¿Qué derecho tienes a relajarte, vestido con tu bonito y cómodo kimono, bañándote a placer y haciendo que una bella joven te sirva el sake? ¿A esto llamas servir a tu señor?

El capitán se quedó sin habla.

—¿No es el deber de un samurai servir a su señor fiel e infatigablemente? ¿No debes acaso ser benevolente con la gente del pueblo que trabaja como esclavos en beneficio del daimyō? ¡Mírate! No quieres ver que estás impidiendo a los campesinos hacer el trabajo que les procura su diario sustento. Ni siquiera tienes ninguna consideración hacia tus propios hombres. Estás aquí en misión oficial: ¿qué haces entonces? En cuanto tienes ocasión te hartas de los alimentos y la bebida que otros han conseguido con su esfuerzo, y utilizas tu posición para ocupar los aposentos más cómodos disponibles. Yo diría que eres un ejemplo clásico de corrupción, te revistes con la autoridad de tu superior tan sólo para disipar las energías de la gente corriente en tu propio provecho.

Por entonces el capitán estaba pasmado y boquiabierto. Takuan insistió.

—¡Ahora córtame la cabeza y envíasela al señor Ikeda Terumasa! Te aseguro que eso le sorprenderá, y es probable que diga: «¡Hombre, Takuan! ¿Sólo tu cabeza viene hoy a visitarme? ¿Dónde está el resto de ti?». Sin duda te interesará saber que el señor Terumasa y yo solíamos compartir la ceremonia del té en el Myōshinji, y también tuvimos varias charlas largas y agradables en el Daitokuji de Kyoto.

Barba Rala perdió su virulencia en un instante. También su borrachera se había disipado un poco, si bien aún parecía incapaz de juzgar por sí mismo si Takuan decía la verdad o no. Daba la sensación de que estaba paralizado, sin saber cómo reaccionar.

—Primero será mejor que te sientes —le dijo el monje—. Si crees que miento, con mucho gusto te acompañaré al castillo y me presentaré ante el mismo señor. Le llevaré como regalo una medida de la deliciosa harina de alforfón que preparan aquí y

que a él le gusta especialmente. Sin embargo, no hay nada más tedioso, nada que me guste menos, que visitar a un daimyō. Además, si salieran a relucir tus actividades en Miyamoto mientras charlamos tomando el té, me sería muy difícil mentir y lo más probable es que te vieras obligado a suicidarte por tu incompetencia. Te dije desde el principio que dejaras de amenazarme, pero los guerreros sois todos iguales. Nunca pensáis en las consecuencias, y ése es vuestro peor defecto. Ahora deja esa espada y te diré algo más.

El capitán obedeció al monje que le había quitado los humos.

—Sin duda estás familiarizado con *El arte de la guerra*, del general Sun-tzu, ya sabes, la obra clásica china sobre estrategia militar. Supongo que todo guerrero de tu categoría tiene un profundo conocimiento de un libro tan importante. En fin, si lo menciono es porque me gustaría darte una lección para ilustrar uno de los principios básicos del libro. Quisiera demostrarte que puedes capturar a Takezō sin perder más hombres ni crear más problemas a los aldeanos. Bien, esto tiene que ver con tu trabajo oficial, así que debes escucharme con toda tu atención. —Se volvió hacia la muchacha—: Otsū, sírvele al capitán otra taza de sake, ¿quieres?

El capitán era un hombre cuarentón, unos diez años mayor que Takuan, pero las caras de los dos hombres en aquellos momentos evidenciaban que la firmeza de carácter no depende de la edad. La reprimenda de Takuan había humillado al samurai, haciéndole perder su jactancia.

—No, no quiero más sake —dijo mansamente—. Espero que me perdones. No tenía idea de que eres amigo del señor Terumasa. Me temo que he sido muy descortés.

Era rastrero hasta un extremo cómico, pero Takuan se abstuvo de insistir.

—Olvidemos eso. Quiero que hablemos de la manera de capturar a Takezō. Eso es lo que tienes que hacer para mantener tu honor de samurai, ¿no es cierto?

—Sí.

—Naturalmente, también sé que no te importa el tiempo que lleve capturar a ese hombre. Al fin y al cabo, cuanto más largo sea, tanto más tiempo podrás alojarte en el templo, atracándote, bebiendo y comiéndote con los ojos a Otsū.

—Por favor, no vuelvas a mencionar eso, sobre todo en presencia de su señoría. —El soldado parecía un niño a punto de echarse a llorar.

—Estoy dispuesto a considerar secreto todo este incidente, pero si continúa esa búsqueda diaria de sol a sol en las montañas, los campesinos tendrán graves dificultades, y no sólo ellos sino también los demás aldeanos. Todo el mundo en este pueblo está demasiado trastornado y asustado para serenarse y reanudar con normalidad su trabajo. Bien, tal como yo lo veo, tu problema consiste en que no has empleado la estrategia adecuada. En realidad, no creo que hayas empleado ninguna clase de estrategia. ¿Debo entender que no conoces El arte de la guerra!

—Me avergüenza admitirlo, pero así es.

—¡Tienes motivos para estar avergonzado! Y no deberías sorprenderte cuando te llamo mastuerzo. Puede que seas un oficial, pero por desgracia no tienes formación y eres totalmente ineficaz. Pero es inútil que te golpee la cabeza con lo que es evidente. Voy a hacerte una simple proposición. Me ofrezco personalmente para capturar a Takezō y entregártelo dentro de tres días.

—¿Que tú... le vas a capturar?

—¿Crees que estoy bromeando?

—No, pero...

—Pero ¿qué?

—Contando los refuerzos de Himeji más todos los campesinos y soldados de infantería, más de doscientos hombres han estado registrando las montañas durante casi tres semanas.

—Conozco muy bien esos datos.

—Y, como estamos en primavera, Takezō tiene ventaja. En esta época del año puede encontrar mucho alimento en las montañas.

—¿Te propones entonces esperar hasta que nieve? ¿Unos ocho meses más?

—No, no creo que podamos permitirnos eso.

—Por supuesto que no. Precisamente por eso me ofrezco a capturarlo. No necesito ninguna ayuda, puedo hacerlo yo solo. Aunque pensándolo bien, podría llevarme a Otsū. Sí, sería suficiente con nosotros dos.

—No es posible que hables en serio.

—¡Calla, por favor! ¿Estás dando a entender que Takuan Sōhō se pasa el tiempo inventando bromas?

—Perdona.

—Como he dicho, no conoces *El arte de la guerra* y, a mi modo de ver, ésa es la razón más importante de tu abominable fracaso. Por otro lado, puede que yo sea un simple sacerdote, pero creo en Sun-tzu y le comprendo. Hay una única estipulación, y si no estás de acuerdo con ella, sólo tendré que sentarme y contemplar cómo trastabillas hasta que caiga la nieve y quizá también tu cabeza.

—¿Cuál es la condición? —le preguntó el capitán con cautela.

—Si traigo al fugitivo, me dejarás decidir su destino.

—¿Qué quieres decir con eso?

El capitán se tiró de las guías del bigote mientras los pensamientos se atropellaban en su mente. ¿Cómo podía estar seguro de que aquel extraño monje no le engañaba por completo? Aunque hablaba con elocuencia, era posible que estuviera loco de atar. ¿Sería un amigo de Takezō, tal vez un cómplice? ¿Sabía dónde se escondía aquel hombre? Aunque no lo supiera, como era probable en aquella fase, no haría ningún daño dejarle actuar, sólo para ver si su loco proyecto daba resultado. De

todos modos, seguramente se echaría atrás en el último momento. Así pensando, el capitán le dio su consentimiento.

—De acuerdo. Si le capturas, decidirás qué hacer con él. Ahora dime, ¿qué ocurrirá si no das con él antes de tres días?

—Me colgaré del gran cedro que hay en el jardín.

A primera hora de la mañana siguiente, el sirviente del templo, con una expresión profundamente preocupada, entró a toda prisa en la cocina, sin aliento y gritando:

—¿Es que Takuan ha perdido el juicio? ¡He oído decir que ha prometido encontrar él solo a Takezō!

Todos le miraron asombrados.

—¡No!

—¡No es posible!

—¿Cómo se propone hacerlo?

Siguieron chascarrillos y risas burlonas, pero también una serie de susurros de preocupación.

Cuando el sacerdote del templo recibió la noticia, asintió sabiamente y dijo que la boca humana es el portal de la catástrofe.

Pero la persona más turbada era Otsū. El día anterior, la nota de despedida de Matahachi le había dolido más que si hubiera recibido la noticia de su muerte. Había confiado en su prometido, por quien estuvo dispuesta a soportar a la formidable Osugi como suegra esclavizadora. ¿A quién podría recurrir ahora?

Para la muchacha sumida en la oscuridad y la desesperación, Takuan era el único punto brillante de su vida, su último rayo de esperanza. El día anterior, llorando a solas en la cabaña del telar, había cogido un afilado cuchillo y convertido en jirones la tela de kimono en la que había tejido literalmente su alma. También había acariciado la posibilidad de hundir la fina hoja en su garganta, y aunque estuvo casi por hacerlo, la aparición de Takuan alejó finalmente esa idea de su mente. Después de consolarla y convencerla para que fuera a servir el sake al capitán, le dio unas palmaditas en la espalda. Aún notaba el calor de su fuerte mano cuando la condujo fuera de la cabaña del telar.

Y ahora el monje había llegado a aquel demencial acuerdo.

A Otsū le preocupaba tanto su propia seguridad como la posibilidad de perder al único amigo que tenía por culpa de aquella absurda propuesta. Se sentía perdida y profundamente deprimida. Su sentido común le decía que era ridículo pensar que ella y Takuan podrían localizar a Takezō en tan breve tiempo.

Takuan incluso tuvo la audacia de intercambiar promesas solemnes con Barba Rala ante el santuario de Hachiman, el dios de la guerra. Cuando el monje regresó, ella le regañó severamente por su temeridad, pero Takuan insistió en que no tenía por

qué preocuparse. Le dijo que tenía la intención de aliviar al pueblo de aquella carga, devolver la seguridad al tránsito por los caminos y evitar más pérdidas de vidas humanas. En vista del número de vidas que podrían salvarse prendiendo rápidamente a Takezō, la suya carecía de importancia, y ella debía comprenderlo así. También le pidió que descansara cuanto pudiera antes de la noche del día siguiente, cuando se pondrían en marcha. Tenía que acompañarle sin ninguna queja, confiando por entero en su juicio. Otsū estaba demasiado turbada para oponer resistencia, y la alternativa de quedarse atrás y llena de preocupación era incluso peor que la idea de partir.

Al día siguiente por la tarde, Takuan todavía estaba sesteando con el gato en una esquina del edificio principal del templo. Otsū tenía las mejillas hundidas. El sacerdote, el sirviente, el acólito..., todos habían intentado persuadirla de que no fuera, dándole el consejo práctico de que se escondiera, pero Otsū, por razones que ni ella misma comprendía del todo, no sentía la menor inclinación a hacerles caso.

El sol se ponía rápidamente, y las densas sombras del anochecer habían empezado a envolver las hondonadas en la sierra que señalaban el curso del río Aida. El gato saltó desde el porche del templo y poco después Takuan salió a la terraza. Al igual que hacía el gato delante de él, estiró sus miembros con un gran bostezo.

—Será mejor que nos pongamos en camino, Otsū.

—Ya lo he reunido todo: sandalias de paja, bastones, polainas, medicinas y papel con aceite de paulonia.

—Te olvidas de una cosa.

—¿Qué? ¿Un arma? ¿Deberíamos llevar una espada, lanza o algo por el estilo?

—¡Desde luego que no! Quiero que llevemos comida.

—Ah, ¿quieres decir unas fiambreras?

—No, me refiero a buena comida. Deseo arroz, pasta de judías salada y... ah, sí..., un poco de sake. Cualquier cosa sabrosa servirá. También necesito un cazo. Ve a la cocina y haz un buen fardo. Y busca una vara para llevarlo.

Las montañas cercanas eran ahora más negras que la más negra de las lacas, y las que se alzaban a lo lejos más pálidas que la mica. Estaban al final de la primavera y la brisa era cálida y perfumada. El bambú listado y las glicinas trepadoras atrapaban la niebla, y cuanto más se alejaban del pueblo Takuan y Otsū, tanto más las montañas, donde cada hoja brillaba levemente bajo la débil luz, parecían bañadas por un aguacero vespertino. Avanzaron en la oscuridad uno detrás del otro, cada uno apoyando en el hombro un extremo de la caña de bambú de la que colgaba su bien envuelto fardo.

—Hace una hermosa noche para pasear, ¿no es cierto, Otsū? —dijo Takuan, mirando por encima del hombro.

—No creo que sea tan extraordinaria —musitó ella—. Dime, ¿adonde vamos?

—Aún no estoy seguro del todo —replicó el monje con aire pensativo—, pero

avancemos un poco más.

—Bueno, no me importa caminar.

—¿No estás cansada?

—No —respondió ella, pero era evidente que la caña le hacía daño, pues de vez en cuando se la colocaba en el otro hombro.

—¿Dónde está todo el mundo? No hemos visto un alma.

—Hoy el capitán no se ha asomado al templo en todo el día. Apuesto a que ha hecho volver al pueblo a los hombres para que en los próximos tres días estemos aquí nosotros solos. Dime, Takuan, ¿cómo te propones capturar a Takezō?

—Oh, no te preocupes por eso. Se presentará más tarde o más temprano.

—Pues no se ha presentado ante nadie más. Pero aunque ahora aparezca, ¿qué vamos a hacer? Esos hombres le han perseguido durante largo tiempo y a estas alturas debe de estar desesperado. Luchará por su vida y, para empezar, es muy fuerte. Sólo de pensar en ello empiezan a temblarme las piernas.

—¡Cuidado! —le gritó Takuan de repente—. ¡Mira dónde pones los pies!

—¡Ah! —gritó Otsū aterrada, deteniéndose en seco—. ¿Qué ocurre? ¿Por qué me has asustado así?

—No te preocupes, que no se trata de Takezō. Sólo quiero que mires por donde andas. A lo largo de este camino hay trampas entre las glicinas trepadoras y las zarzas.

—¿Las han puesto ahí los perseguidores de Takezō?

—Aja, y si no tenemos cuidado caeremos en una de ellas.

—Si sigues diciendo cosas así, Takuan, me pondré tan nerviosa que seré incapaz de poner un pie delante del otro.

—¿Por qué te preocupas? Si tropezamos con una yo caeré primero, y en ese caso no es necesario que me sigas. —La miró sonriente—. La verdad es que se han tomado unas molestias tremendas por nada. —Tras un momento de silencio, añadió —: ¿No te parece que el barranco se estrecha, Otsū?

—No lo sé, pero hemos pasado por el lado posterior de Sanumo hace algún tiempo. Esto debe de ser Tsujinohara.

—En ese caso, es posible que debamos andar toda la noche.

—Bueno, ni siquiera sé adonde vamos. ¿Por qué me hablas de ello?

—Dejemos esto en el suelo un momento. —Tras dejar el fardo, Takuan se encaminó a un risco cercano.

—¿Adonde vas?

—A aliviarme.

A cien pies por debajo de él, las aguas que se unían para formar el río Aida fluían estrepitosamente entre los cantos rodados. El fragor llegó al monje, le llenó los oídos y penetró en todo su ser. Mientras orinaba, miró el cielo como si contara las estrellas.

—¡Ah, qué deliciosa sensación! —dijo, exultante—. ¿Soy uno con el universo o es el universo uno conmigo?

—¿Todavía no has terminado, Takuan? —le llamó Otsū—. ¿Cuánto tiempo necesitas?

Finalmente el monje regresó y explicó a su acompañante:

—Mientras estaba en ello, he consultado el Libro de los Cambios, y ahora sé exactamente cómo vamos a actuar. Lo veo todo claro.

—¿El Libro de los Cambios? No me digas que te has traído un libro.

—No el escrito, tonta, sino el que llevo dentro de mí. Mi propio y original Libro de los Cambios, que llevo en el corazón o el vientre o alguna otra parte. Cuando estaba allí de pie, examiné la disposición de la tierra, el aspecto del agua y el estado del cielo. Entonces cerré los ojos y, cuando volví a abrirlos, algo me dijo: «Ve a esa montaña de ahí». —Señaló un pico cercano.

—¿Te refieres a la montaña Takateru?

—No tenía ni idea de cómo se llama. Es ésa, la que tiene un claro nivelado hacia la mitad de su altura.

—La gente lo llama el pasto de Itadori.

—Vaya, así que tiene nombre.

Cuando llegaron al lugar, el pasto resultó ser una pequeña llanura, inclinada al sudoeste, desde donde se tenía una espléndida vista del entorno. Loa campesinos solían dejar allí sueltos a caballos y vacas para que pastaran, pero aquella noche no se veía ni oía a ningún animal. Sólo rompía el silencio la cálida brisa primaveral que acariciaba la hierba.

—Acamparemos aquí —dijo Takuan—. El enemigo, Takezō, caerá en mis manos de la misma manera que el general Ts'ao Ts'ao de Wei cayó en las manos de Ch'u-ko K'ung-ming.

Dejaron su carga en el suelo y Otsū preguntó:

—¿Qué vamos a hacer aquí?

—Vamos a sentarnos —replicó Takuan con firmeza.

—¿Cómo vamos a capturar a Takezō si nos quedamos aquí sentados?

—Si tiendes redes, puedes coger pájaros al vuelo sin necesidad de que tú también vueles.

—No hemos tendido ninguna red. ¿Estás seguro de que no te ha poseído el espíritu de un zorro o algo así?

—Entonces encendamos una fogata. Los zorros temen el fuego, por lo que pronto quedaré exorcizado.

Recogieron ramas secas y Takuan encendió un fuego. Las llamas parecieron animar a Otsū.

—Un buen fuego alegra a una persona, ¿verdad?

—Lo que es seguro es que la calienta. ¿Acaso te sentías desdichada?

—¡Oh, Takuan, ya sabes cuál era mi estado de ánimo! Y no creo que a nadie le guste de veras pasar así la noche en las montañas. ¿Qué haríamos si se pusiera a llover?

—Cuando subíamos he visto una cueva cerca del camino. Podríamos resguardarnos ahí hasta que amainara.

—Probablemente eso es lo que hace Takezō cuando llueve, ¿no crees? Debe de haber sitios parecidos por toda la montaña, y a lo mejor también es ahí donde pasa la mayor parte del tiempo escondido.

—Sí, es probable. Takezō no tiene mucho sentido, pero debe tener el suficiente para protegerse de la lluvia.

La muchacha se quedó pensativa.

—Dime, Takuan, ¿por qué le odia tanto la gente del pueblo?

—Las autoridades les obligan a odiarle. Esta gente es sencilla, Otsū. Temen al gobierno, lo temen tanto que, si éste se lo ordena, expulsarán a sus convecinos, incluso a sus propios familiares.

—¿Quieres decir que sólo les preocupa salvar sus pellejos?

—Mira, la verdad es que no tienen la culpa. Son totalmente impotentes. Tienes que perdonarles por anteponer sus intereses, puesto que es una cuestión de autodefensa. Lo que desean en realidad es que les dejen en paz.

—Pero ¿qué me dices de los samuráis? ¿Por qué arman tanto alboroto por una persona insignificante como Takezō?

—Porque es un símbolo del caos, un forajido, y ellos tienen que preservar la paz. Después de Sekigahara, a Takezō le obsesionó la idea de que el enemigo le perseguía. Cometió su primer gran error al atravesar la barrera fronteriza. Debería haber usado su ingenio de alguna manera, infiltrarse de noche o pasar disfrazado, cualquier cosa prudente. ¡Pero eso no reza con Takezō! Tenía que matar a un guardián y luego a otras personas. A partir de entonces las cosas se precipitaron como un alud de nieve. Cree que tiene que seguir matando para proteger su vida, pero es él quien lo ha iniciado todo. Esta desgraciada situación se debe a una sola cosa: la absoluta falta de sentido común por parte de Takezō.

—¿También tú le odias?

—¡Le detesto! ¡Abomino de su estupidez! Si yo fuese el señor de la provincia, le haría sufrir el peor castigo imaginable. A fin de dar una lección al pueblo, haría que le arrancaran los miembros uno por uno. Al fin y al cabo, no es mejor que una fiera salvaje, ¿no te parece? Un señor provincial no puede permitirse ser generoso con los tipos como Takezō aunque a algunos no les parezca más que un joven rufián. Iría en detrimento de la ley y el orden, y eso no es bueno, sobre todo en estos tiempos revueltos.

—Siempre pensé que eras amable, Takuan, pero en lo más hondo eres muy duro, ¿no es cierto? No sabía que te interesaran las leyes del daimyō.

—Pues ya lo ves. Creo que el bien debe ser premiado y el mal castigado, y he venido aquí con la autoridad necesaria para hacer tal cosa.

—¡En! ¿Qué ha sido eso? —exclamó Otsū, poniéndose en pie junto al fuego—. ¿No lo has oído? ¡Un crujido, como de pisadas, en esos árboles de ahí!

—¿Pisadas? —Takuan aguzó el oído, pero al cabo de unos instantes se echó a reír —. Ja, ja. Sólo son monos. ¡Mira!

Distinguieron las siluetas de un mono grande y otro pequeño que se balanceaban entre los árboles.

Visiblemente aliviada, Otsū volvió a sentarse.

—¡Uf, qué susto me he llevado!

Durante las dos horas siguientes permanecieron sentados en silencio, contemplando las llamas. Cada vez que éstas disminuían, Takuan rompía unas ramas secas y las echaba a la fogata.

—¿En qué estás pensando, Otsū?

—¿Yo?

—Sí, tú. Aunque lo hago continuamente, lo cierto es que detesto conversar conmigo mismo.

Otsū tenía los ojos hinchados a causa del humo. Miró el cielo estrellado y habló en voz queda.

—Pensaba en lo extraño que es el mundo. Todas esas estrellas ahí arriba, en la negrura vacía... No, no quiero decir eso. La noche es plena, parece abarcarlo todo. Si contemplas las estrellas durante largo tiempo, puedes verlas moverse, con un movimiento lento, muy lento. No puedo dejar de pensar que el mundo entero se mueve, lo siento así, y sé que no soy más que una mota minúscula en la inmensidad, una mota controlada por algún poder terrible que ni siquiera veo. Incluso mientras estoy sentada pensando, mi destino es cambiado poco a poco. Mis pensamientos parecen trazar círculos y más círculos.

—¡No me estás diciendo la verdad! —replicó Takuan severamente—. Claro que esas ideas te han entrado en la cabeza, pero lo cierto es que tenías algo mucho más concreto en la mente.

Otsū guardó silencio.

—Te pido perdón por violar tu intimidad, Otsū, pero he leído esas cartas que recibiste.

—¿Has hecho eso? ¡Pero el sello no estaba roto!

—Las leí después de que te encontrara en la cabaña del telar. Cuando dijiste que no las querías, me las guardé bajo la manga. Supongo que obré mal, pero más tarde, cuando estaba en el excusado, las saqué y leí sólo para pasar el rato.

—¡Eres terrible! ¿Cómo has podido hacer semejante cosa? ¡Y sólo para pasar el rato!

—Bueno, por la razón que fuera. La cuestión es que ahora comprendo a qué se debió tu llanto y por qué parecías medio muerta cuando te encontré. Pero mira, Otsū, creo que has sido afortunada, que, a la larga, es mejor que las cosas hayan salido así. ¿Crees que yo soy terrible? ¡Pues fíjate en él!

—¿Qué quieres decir?

—Matahachi fue y sigue siendo un irresponsable. Si te casaras con él y un día te sorprendiera con una carta como ésa, ¿qué harías entonces? No me lo digas, te conozco. Te arrojarías al mar desde lo alto de un acantilado. Me alegro de que todo haya terminado antes de llegar a ese extremo.

—Las mujeres no pensamos de esa manera.

—¿De veras? ¿Cómo pensáis?

—¡Estoy tan enfadada que podría gritar! —Tiró airadamente de las mangas de su kimono con los dientes—. ¡Algún día le encontraré! ¡Juro que lo haré! No descansaré hasta haberle dicho a la cara lo que pienso de él. Y digo lo mismo con respecto a esa Okō.

Lágrimas de cólera le anegaron los ojos. Mirándola con fijeza, Takuan le dijo crípticamente:

—Ha empezado, ¿verdad?

Ella le miró atónita.

—¿Qué?

Takuan miró el suelo y pareció ordenar sus pensamientos. Entonces le dijo:

—Escucha, Otsū, confiaba de veras en que por lo menos tú te libraras de los males y las dificultades de este mundo, que tu dulce e inocente yo pasara por todas las etapas de la vida sin ensuciarse ni sufrir daño alguno. Pero parece que los ásperos vientos del destino han empezado a azotarte, como le sucede a todo el mundo.

—¡Oh, Takuan! ¿Qué debería hacer? ¡Estoy tan..., tan..., enfadada! —El llanto le sacudía los hombros mientras ocultaba el rostro en las rodillas.

Al amanecer había llorado hasta quedarse sin lágrimas, y los dos se retiraron a la cueva para dormir. Aquella noche vigilaron junto al fuego, y todo el día siguiente se lo pasaron durmiendo de nuevo en la cueva. Tenían mucha comida, pero Otsū estaba perpleja y decía una y otra vez que no entendía cómo capturarían a Takezō si seguían así. Takuan, por su parte, se mantenía sublimemente imperturbable, y Otsū no tenía la menor idea de los pensamientos que pasaban por su mente. El monje no intentaba buscar en ninguna parte ni estaba en modo alguno desconcertado porque Takezō no se presentaba.

La noche del tercer día, como las noches anteriores, se mantuvieron en vela al lado del fuego.

—Takuan —le dijo finalmente Otsū, incapaz de seguir conteniéndose—. Como sabes, ésta es nuestra última noche. Mañana se habrá acabado el tiempo.

—Humm. Eso es cierto.

—Bien, ¿qué te propones hacer?

—¿Hacer acerca de qué?

—¡Oh, no seas tan terco! Supongo que recuerdas la promesa que le hiciste al capitán.

—¡Claro, no faltaría más!

—En fin, si no le llevamos a Takezō...

—Lo sé, lo sé —la interrumpió él—. Tendré que colgarme del viejo cedro. Pero no te preocupes. Todavía no estoy preparado para morir.

—Entonces ¿por qué no vas en su busca?

—¿Crees de veras que si lo hiciera le encontraría? ¿En estas montañas?

—¡No te comprendo en absoluto! Y, no obstante, sólo por estar aquí sentada, siento que me vuelvo más valiente y hago acopio del ánimo necesario para dejar que las cosas se desarrollen en uno u otro sentido. —Se echó a reír—. O a lo mejor es que me estoy volviendo loca, como tú.

—No estoy loco, simplemente tengo valor. Eso es lo único que hace falta.

—Dime, Takuan, ¿ha sido el valor y nada más lo que te ha hecho meterte en esto?

—Sí.

—¡Nada más que valor! Eso no es muy alentador. Creía que escondías en la manga alguna artimaña infalible.

Otsū había estado a punto de compartir la confianza de su compañero, pero la revelación de que éste actuaba por pura audacia la desalentó. ¿Acaso estaba completamente loco? A veces la gente toma por genios a personas que no están en su sano juicio, y Takuan podría ser una de ellas. Otsū empezaba a pensar que ésa era una clara posibilidad.

El monje, sereno como siempre, siguió contemplando distraídamente el fuego. Finalmente, como si acabara de darse cuenta, musitó:

—Es muy tarde, ¿verdad?

—¡Claro que lo es! —replicó Otsū con premeditada aspereza—. Pronto amanecerá. —Se preguntó por qué había confiado en aquel lunático suicida.

El monje no prestó atención a la acidez de su respuesta y dijo como si hablara consigo mismo:

—Es curioso, ¿verdad?

—¿Qué estás murmurando, Takuan?

—Se me acaba de ocurrir que Takezō tiene que venir muy pronto.

—Sí, pero tal vez no se da cuenta de que tenéis una cita. —Miró al monje sin sonreír, pero suavizó su tono al preguntarle—: ¿Crees realmente que vendrá?

—¡Claro que sí!

—Pero ¿por qué habría de caer voluntariamente en una trampa?

—No es exactamente eso, sino algo relacionado con la naturaleza humana. En el fondo, la gente no es fuerte, sino débil, y la soledad no es su estado natural, sobre todo cuando se debe a que uno está rodeado de enemigos y le persiguen con espadas.

Puede que te parezca natural, pero me sorprendería mucho que Takezō resistiera la tentación de hacernos una visita y calentarse al lado del fuego.

—¿No serán ilusiones? Puede que esté muy lejos de aquí.

Takuan sacudió la cabeza.

—No, no son sólo ilusiones. Ni siquiera es mi propia teoría, sino la de un maestro de la estrategia. —Se había expresado con tanta confianza, que a Otsū le alivió que su desacuerdo fuese tan definitivo—. Creo que Shimmen Takezō está muy cerca de aquí, pero todavía no ha decidido si somos amigos o enemigos. Probablemente el pobre muchacho está acosado por numerosas dudas y se debate en ellas, incapaz de avanzar o retroceder. Yo diría que en estos momentos está oculto en las sombras, mirándonos furtivamente y preguntándose con desesperación qué debe hacer. Ah, lo sé. ¡Déjame la flauta que llevas en el obi!

—¿Mi flauta de bambú?

—Sí, la tocaré un poco.

—No, imposible. Nunca permito a nadie que la toque.

—¿Por qué? —insistió Takuan.

—¡No importa por qué! —replicó ella, sacudiendo la cabeza.

—¿Qué hay de malo en que me la dejes? Las flautas mejoran cuanto más se las toca. No le haré ningún daño.

—Pero... —Otsū cerró con firmeza la mano alrededor de la flauta sujeta en su obi.

Siempre la llevaba junto a su cuerpo, y Takuan sabía lo mucho que apreciaba aquel instrumento. Sin embargo, nunca habría imaginado que la muchacha se negara a dejarle tocar con ella.

—No te la romperé, Otsū, en serio. He manejado docenas de flautas. Vamos, mujer, por lo menos déjame tocarla.

—No.

—¿Pase lo que pase?

—De ninguna manera.

—¡Eres testaruda!

—Lo sé.

Takuan dejó de insistir.

—Bueno, entonces te escucharé. ¿Me tocarás una piececilla?

—Tampoco quiero hacer eso.

—¿Por qué no?

—¡Porque me echaría a llorar y no puedo tocar la flauta cuando lloro!

—Humm —musitó Takuan.

Aunque le daba lástima esa tenacidad obstinada, tan característica de los huérfanos, era consciente del vacío que existía en lo más profundo de sus testarudos corazones. Le parecían destinados a anhelar desesperadamente lo que no pueden tener, el amor de los padres con el que nunca han estado bendecidos.

Otsū llamaba constantemente a los padres que no había conocido, y éstos a ella, pero no tenía un conocimiento de primera mano del amor paternal. La flauta era el único objeto que sus padres le habían dejado, la única imagen de ellos que había tenido jamás. Cuando tenía tan poca edad que apenas podía ver la luz del día, la dejaron abandonada como un gatito en el porche de Shippōji, con la flauta sujeta a su minúsculo obi. Era el único vínculo que en el futuro podría permitirle buscar a sus familiares. No sólo era la imagen, sino también la voz de la madre y el padre a los que nunca había visto.

«¡Así que llora cuando la toca! —pensó Takuan—. No me extraña que sea tan reacia a permitir que nadie la toque e incluso a tocarla ella misma.» La muchacha le daba lástima.

Aquella tercera noche, la luna perlina relució por primera vez en el cielo, disolviéndose de vez en cuando tras las nubes vaporosas. Los gansos silvestres, que siempre emigran a Japón en otoño y regresan a sus territorios en primavera, volaban hacia el norte, y en ocasiones sus graznidos les llegaban a través de las nubes.

Takuan salió de su ensoñación y dijo:

—El fuego se ha extinguido, Otsū. ¿Quieres echarle más leña? ¿Eh? ¿Qué te ocurre? ¿Algo va mal?

Otsū no le respondió.

—¿Estás llorando?

Ella siguió sin decir nada.

—Siento haberte recordado el pasado. No tenía intención de acongojarte.

—No es nada —susurró ella—. No debería haber sido tan testaruda. Por favor, toma la flauta y tócala.

Sacó el instrumento de su obi y se lo ofreció por encima del fuego. Estaba envuelto en un paño de brocado antiguo y desvaído, muy desgastado, con los cordones deshilachados, pero aún conservaba cierta elegancia añeja.

—¿Puedo mirarla? —inquirió Takuan.

—Sí, por favor. Ya no importa.

—¿Por qué no la tocas en vez de hacerlo yo? La verdad es que preferiría escucharte. Mira, me pondré así. —Se volvió de lado, rodeándose las rodillas con los brazos.

—De acuerdo, pero no sé tocar muy bien —dijo ella con modestia—. Lo

intentaré.

Se arrodilló en la hierba, adoptando una postura formal, enderezó el cuello de su kimono e hizo una reverencia a la flauta que estaba ante ella. Takuan no dijo nada más, y ya ni siquiera parecía estar allí presente. No había más que el grande y solitario universo envuelto en la noche. La forma oscura del monje podría haber sido una roca que hubiera caído rodando desde la ladera de la colina, deteniéndose en la llanura.

Con el pálido rostro vuelto ligeramente a un lado, Otsū se llevó a los labios la preciada reliquia de familia. Mientras humedecía la boquilla y se preparaba interiormente para tocar, parecía una Otsū totalmente distinta, una Otsū que encarnaba la fuerza y la dignidad del arte. Volviéndose a Takuan, una vez más, como era correcto, afirmó que carecía por completo de habilidad. Él hizo un gesto de asentimiento rutinario.

Comenzó a oírse el sonido líquido de la flauta. Mientras los delgados dedos de la muchacha se movían sobre los siete orificios del instrumento, sus nudillos parecían minúsculos gnomos entregados a una danza lenta. Era un sonido bajo, como el gorgoteo de un arroyo. Takuan tuvo la sensación de que él mismo se había convertido en una corriente de agua que fluía en el fondo de una garganta, retozando en los bajos. Cuando sonaban las notas altas, sentía que su espíritu flotaba en el aire para juguetear con las nubes. El sonido de la tierra y las reverberaciones del cielo se mezclaban y eran transformadas en los nostálgicos suspiros de la brisa que soplaba entre los pinos, lamentando la transitoriedad de este mundo.

Al tiempo que escuchaba arropado y con los ojos cerrados, Takuan no podía evitar acordarse de la leyenda del príncipe Hiromasa, el cual, cuando una noche iluminada por la luna paseaba ante la puerta Suzaku de Kyoto, tocando la flauta al caminar, oyó el sonido de otra flauta que armonizaba con la suya. El príncipe buscó al flautista y lo encontró en el piso superior del portal. Tras intercambiar sus flautas, los dos tocaron juntos durante toda la noche. Sólo más tarde el príncipe descubrió que su compañero había sido un diablo con forma humana.

«Incluso a un diablo le conmueve la música —se dijo Takuan—. ¡Cuánto más profundamente un ser humano, sometido a las cinco pasiones, debe ser afectado por el sonido de la flauta en manos de esta bella muchacha!» Sentía deseos de llorar, pero no vertió ninguna lágrima. Hundió más el rostro entre las rodillas, abrazándolas inconscientemente con más fuerza.

A medida que la luz de la fogata disminuía, las mejillas de Otsū se teñían de un rojo más intenso. Estaba tan absorta en su música que era difícil distinguirla del instrumento que tocaba.

¿Estaba llamando a sus padres? ¿Acaso aquellos sonidos que ascendían al cielo preguntaban realmente «dónde estáis»? ¿Y no estaba mezclado con esa petición el

amargo resentimiento de una doncella que había sido abandonada y traicionada por un hombre sin fe?

Otsū parecía intoxicada por la música, abrumada por sus propias emociones. Su respiración comenzó a mostrar señales de fatiga, minúsculas gotas de sudor aparecieron a lo largo de la línea del cabello, las lágrimas se deslizaron por su rostro. Aunque sus ahogados sollozos interrumpían la melodía, ésta parecía prolongarse indefinidamente.

De repente se produjo movimiento en la hierba, a no más de quince o veinte pies de la fogata. Parecía el sonido de un animal que reptara. Takuan irguió la cabeza, miró fijamente al objeto negro, alzó lentamente la mano y la agitó a modo de saludo.

—¡Eh, tú, el de ahí! El relente debe de ser frío. Ven aquí, al lado del fuego, y caliéntate. Ven y habla con nosotros, por favor.

Sobresaltada, Otsū dejó de tocar y dijo:

—¿Vuelves a hablar contigo mismo, Takuan?

—¿No te has dado cuenta? —le preguntó él, señalando—. Takezō lleva cierto tiempo ahí, escuchándote tocar la flauta.

Ella se volvió para mirar, y entonces, lanzando un grito, arrojó la flauta contra la forma negra. Era, en efecto, Takezō, el cual se levantó de un salto como un ciervo asustado y emprendió la huida.

Takuan, tan sorprendido como Takezō por el grito de Otsū, tuvo la sensación de que la red que había tendido con tanto cuidado se había roto, dejando escapar al pez. Poniéndose en pie, gritó con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡Takezō! ¡Detente!

Su voz tenía una intensidad arrolladora, una fuerza autoritaria que no se podía ignorar fácilmente. El fugitivo se detuvo como si le hubieran clavado en el suelo y miró atrás, un tanto estupefacto. Contempló a Takuan con recelo.

El monje no dijo nada más. Cruzó lentamente los brazos sobre el pecho y se quedó mirando a Takezō con tanta fijeza como éste le miraba a él. Los dos parecían respirar incluso al unísono.

Gradualmente aparecieron en las comisuras de los ojos de Takuan las arrugas que señalan el comienzo de una sonrisa amistosa. Descruzó los brazos, hizo una seña a Takezō y le dijo:

—Anda, ven aquí.

Takezō parpadeó al oír estas palabras y en su oscuro semblante apareció una expresión extraña.

—Ven aquí para que podamos hablar —le instó el monje. El perplejo fugitivo permaneció en silencio—. Hay mucha comida y hasta tenemos sake. Mira, no somos tus enemigos. Ven junto al fuego y hablemos. —El silencio continuó—. ¿No crees que estás cometiendo un gran error, Takezō? Hay un mundo exterior con fuego,

comida, bebida y hasta simpatía humana, pero tú insistes en moverte dentro de tu infierno particular. Tienes una visión bastante torcida del mundo, ¿sabes?

—Pero voy a dejar de discutir contigo. En el estado en que te encuentras es difícil que prestes oídos a las razones. Anda, ven a la vera del fuego. Otsū, calienta el cocido de patatas que hiciste hace poco. También yo tengo hambre.

Otsū puso el cazo en el fuego y Takuan un recipiente de sake cerca de las llamas, para que se calentara. Esta pacífica escena disipó los temores de Takezō, y se aproximó. Cuando estuvo casi junto a ellos se detuvo y permaneció inmóvil, como si el azoramiento le impidiera continuar.

Takuan hizo rodar una gran piedra hasta dejarla junto al fuego y dio a Takezō unas palmadas en la espalda.

—Siéntate aquí —le dijo.

Takezō tomó asiento bruscamente. Otsū, por su parte, ni siquiera podía mirar al amigo de su ex prometido a la cara. Tenía la impresión de hallarse en presencia de una fiera desatada.

Takuan alzó la tapa del cazo y dijo:

—Parece que está listo. —Clavó las puntas de sus palillos en una patata, la extrajo y se la llevó a la boca, la masticó enérgicamente y proclamó—: Muy rica y tierna. ¿No quieres un poco, Takezō?

Takezō asintió y sonrió por primera vez, mostrando su dentadura perfectamente blanca. Otsū llenó un cuenco y se lo ofreció. Tras aceptarlo, el fugitivo empezó a soplar el cocido caliente y tomarlo a grandes sorbos. Las manos le temblaban y los dientes producían ruido al chocar con el borde del cuenco. Por muy hambriento que estuviera, su temblor era incontrolable, hasta un punto alarmante.

—Está bueno, ¿no es cierto? —le dijo el monje, dejando sus palillos—. ¿Un poco de sake?

—No quiero sake.

—¿Es que no te gusta?

—No lo quiero ahora. —Después de haber pasado tanto tiempo en las montañas, temía que el sake le enfermara. Finalmente dijo con bastante cortesía—: Gracias por la comida. Ahora estoy caliente.

—¿Has comido suficiente?

—Sí, gracias. —Mientras devolvía el cuenco a Otsū, preguntó—: ¿Por qué habéis venido aquí? Anoche también vi vuestro fuego.

La pregunta sobresaltó a Otsū, la cual no supo qué responder, pero Takuan acudió en su ayuda diciendo sin ambages:

—A decir verdad, hemos venido a capturarte.

Takezō no se mostró especialmente sorprendido, aunque pareció remiso a tomar las palabras del monje en sentido literal. Inclinó la cabeza en silencio y luego miró al

uno y la otra. Takuan comprendió que había llegado el momento de actuar. Se volvió para mirar directamente a Takezō y le dijo:

—¿Qué te parece? Si van a capturarte de todos modos, ¿no sería mejor estar atado con los lazos de la ley de Buda? Las regulaciones del daimyō son ley y la ley de Buda es ley, pero de las dos, los lazos de Buda son más suaves y humanos.

—¡No, no! —exclamó Takezō, sacudiendo la cabeza airadamente.

Takuan siguió hablando con suavidad.

—Escucha un momento, por favor. Comprendo que estés decidido a resistir hasta la muerte, pero a la larga, ¿puedes realmente ganar?

—¿Ganar? ¿Qué quieres decir con eso?

—Quiero decir si puedes resistir con éxito contra la gente que te odia, contra las leyes de la provincia y contra tu peor enemigo, que eres tú mismo.

—Sé que ya he perdido —gimió Takezō, con el rostro contorsionado y lágrimas en los ojos—. Al final me cortarán en pedazos, pero antes voy a matar a la vieja Hon'iden, los soldados de Himeji y todos los demás a los que odio. ¡Mataré tantos como pueda!

—¿Qué harás con respecto a tu hermana?

—¿Cómo?

—¿Qué harás por Ogin? ¡Sabes que está encerrada en la prisión militar de Hinagura!

A pesar de su resolución inicial de rescatarla, Takezō no pudo responder.

—¿No crees que es hora de que pienses en el bienestar de esa buena mujer? Ha hecho mucho por ti. ¿Y qué me dices del deber que tienes de seguir llevando el apellido de tu padre, Shimmen Munisai? ¿Has olvidado que se remonta, a través de la familia Hirata, al famoso clan Akamatsu de Harima?

Takezō se cubrió el rostro con las manos renegridas, de uñas ya tan largas que parecían garras, sus hombros angulosos señalando hacia arriba mientras acompañaban el temblor de todo su cuerpo fatigado. Se echó a llorar amargamente.

—Yo..., yo..., no sé. ¿Qué..., qué importa eso ahora?

Apenas había terminado de pronunciar esas palabras entrecortadas, cuando Takuan cerró el puño y lanzó súbitamente un puñetazo a la mandíbula de Takezō.

—¡Necio! —le espetó el monje en un tono fulminante.

Cogido por sorpresa, Takezō se tambaleó a causa del golpe, pero antes de que pudiera recuperarse recibió otro en el lado contrario.

—¡Patán irresponsable! ¡Estúpido ingrato! Puesto que tus padres y tus antepasados no están aquí para castigarte, lo haré yo por ellos. ¡Toma esto! —El monje le golpeó de nuevo, esta vez derribándole al suelo—. ¿Aún no te hace daño? —le preguntó con beligerancia.

—Sí, me duele —gimió el fugitivo.

—Bien. Si te duele es que todavía debes de tener un poco de sangre humana corriendo por tus venas. Otsū, dame esa cuerda, por favor... Bueno, ¿a qué estás esperando? ¡Tráeme la cuerda! Takezō ya sabe que voy a atarle, está preparado para ello. No es la cuerda de la autoridad, sino la de la compasión. No hay ningún motivo para que le temas ni te apiades de él. ¡Rápido, muchacha, la cuerda!

Takezō permaneció tendido boca abajo, sin hacer esfuerzo alguno por moverse. Takuan se colocó a horcajadas en su espalda. Si Takezō hubiera querido resistirse, habría podido hacer volar al monje como una pequeña pelota de papel. Ambos lo sabían. No obstante, siguió tendido pasivamente, con los brazos y las piernas extendidos, como si por fin se hubiera rendido a alguna fuerza invisible de la naturaleza.

El viejo cedro

Aunque no era la hora de la mañana a la que solía sonar la campana, su tañido pesado y regular resonaba en el pueblo y su eco llegaba a las montañas. Era el día de ajustar cuentas, una vez agotado el tiempo concedido a Takuan, y los aldeanos subieron apresuradamente a la colina para descubrir si había hecho lo imposible. La noticia de que así era corrió como un reguero de pólvora.

—¡Takezō ha sido capturado!

—¡No me digas! ¿Quién le ha cogido?

—¡Takuan!

—¡No puedo creerlo! ¿Sin un arma?

—¡No puede ser cierto!

La multitud avanzó hacia el Shippōji, y una vez allí todos miraron boquiabiertos al forajido prendido por el cuello que estaba atado como un animal a la barandilla de la escalera del santuario principal. Algunos tragaron saliva y sofocaron un grito ante esa escena, como si estuvieran contemplando el semblante del temido demonio del monte Ōe. Como si quisiera compensar su reacción exagerada, Takuan se sentó escaleras arriba, se reclinó hacia atrás, apoyándose en los codos, y sonrió afablemente.

—Pueblo de Miyamoto —gritó—, ahora podéis volver en paz a vuestros campos. ¡Pronto se marcharán los soldados!

Para los intimidados aldeanos, Takuan se había convertido en un héroe de la noche a la mañana, su salvador y protector contra el mal. Algunos le hicieron profundas reverencias, casi tocando el suelo del patio con sus cabezas. Otros se abrieron paso para tocarle la mano o el hábito. Los hubo que se arrodillaron a sus pies. Takuan, consternado ante semejante exhibición de idolatría, se separó de la muchedumbre y alzó la mano pidiendo silencio.

—Escuchadme, hombres y mujeres de Miyamoto. Tengo algo que deciros, algo importante. —El clamor se extinguió—. No soy yo quien merece el honor de haber capturado a Takezō. No fui yo quien lo logró, sino la ley de la naturaleza. Quienes la quebrantan, al final siempre pierden. Es la ley lo que debéis respetar.

—¡No seas ridículo! ¡Tú le has capturado, no la naturaleza!

—¡No seas tan modesto, monje!

—Concedemos el mérito a quien se lo ha ganado.

—Olvida la ley. ¡Te tenemos a ti para darte las gracias!

—Está bien, dadme las gracias —siguió diciendo Takuan—. No me importa. Pero debéis rendir homenaje a la ley. En cualquier caso, ya está hecho, y ahora hay algo de suma importancia sobre lo que deseo preguntaros. Necesito vuestra ayuda.

—¿Qué es ello? —inquirieron los curiosos aldeanos.

—Sencillamente esto: ¿qué haremos con Takezō ahora que lo tenemos? Mi acuerdo con el representante de la casa de Ikeda, a quien estoy seguro de que todos conocéis de vista, fue que si no traía al fugitivo al cabo de tres días, me colgaría de ese gran cedro. Y él me prometió que, si tenía éxito, podría decidir su destino.

La gente empezó a murmurar.

—¡Ya hemos oído hablar de eso!

El monje asumió un porte judicial.

—Bien, ¿qué hacemos con él entonces? Como veis, el temido monstruo está aquí en carne y hueso. No es muy pavoroso, ¿verdad? De hecho, es tan débil que ha venido hasta aquí sin luchar. ¿Le matamos o dejamos que se marche?

Hubo un murmullo de objeciones contra la idea de dejar libre a Takezō.

—¡Tenemos que matarle! —gritó un hombre—. ¡No ha hecho nada bueno, es un criminal! Si le dejamos vivir, será la maldición del pueblo.

Takuan hizo una pausa, considerando al parecer las posibilidades, y entretanto unas voces impacientes gritaron desde el fondo:

—¡Mátale, mátale!

En aquel momento, una anciana se abrió paso al frente, apartando con fuertes codazos a hombres que duplicaban su altura. Era, por supuesto, la airada Osugi. Cuando llegó a los escalones, dirigió a Takezō una mirada furibunda y luego se volvió hacia los aldeanos.

—¡No me daré por satisfecha sólo con matarle! —exclamó al tiempo que agitaba una rama de moral—. ¡Hacedle sufrir primero! ¡Mirad esa horrible cara! —Volviéndose al prisionero, alzó el látigo improvisado y gritó—: ¡Criatura degenerada y odiosa! —Le azotó varias veces, hasta que se quedó sin aliento y el brazo le cayó inerte al costado.

Takezō se encogió de dolor mientras Osugi dirigía a Takuan una mirada amenazante.

—¿Qué quieres de mí? —le preguntó el monje.

—Este asesino tiene la culpa de que mi hijo haya arruinado su vida. —Temblando intensamente, chilló—: ¡Y sin Matahachi no hay nadie que pueda llevar el apellido de nuestra familia!

Takuan replicó:

—Permíteme decirte que Matahachi, de todos modos, nunca ha servido de gran cosa. ¿No será mejor para ti a la larga que designes a tu yerno como heredero, dándole el respetado apellido de Hon'iden?

—¡Cómo te atreves a decir tal cosa! —De súbito, la orgullosa viuda se echó a llorar—. No me importa lo que pienses. Nadie comprendía a mi hijo. No era realmente malo, era mi pequeño. —Le acometió un nuevo ataque de furor y señaló a Takezō—: Él le extravió, le convirtió en un don nadie como él mismo. Tengo derecho

a vengarme. —Dirigiéndose a la multitud, les suplicó—: Dejadme decidir. Dejádmelo a mí. ¡Sé qué hacer con él!

Un airado grito procedente del fondo interrumpió a la mujer. La muchedumbre se separó como una tela desgarrada, y el recién llegado avanzó rápidamente hacia el frente. Era Barba Rala en persona, y rebosaba de cólera.

—¿Qué ocurre aquí? ¡Esto no es un espectáculo! Marchaos todos. Volved al trabajo, a casa, ¡de inmediato! —Los congregados se movieron inquietos, pero nadie se volvió para marcharse—. ¡Habéis oído lo que he dicho! ¡Fuera de aquí! ¿A qué estáis esperando? —Avanzó amenazante hacia ellos, con la mano cernida sobre la espada. Los que estaban delante retrocedieron espantados.

—¡No! —gritó entonces Takuan—. No hay ninguna razón para que esta gente se marche. Les he hecho venir aquí con el propósito de discutir lo que vamos a hacer con Takezō.

—¡Cállate! —le ordenó el capitán—. No tienes nada que decir en este asunto. —Se irguió y miró ferozmente primero a Takuan, luego a Osugi y por último a la multitud, antes de decir con voz resonante—: Este Shimmen Takezō no sólo ha cometido gravísimos delitos contra las leyes de esta provincia, sino que también es un fugitivo de Sekigahara. El pueblo no puede decidir su castigo. ¡Debe ser entregado al gobierno!

Takuan sacudió la cabeza.

—¡Tonterías! —replicó, y, al ver que Barba Rala se disponía a responderle, le silenció alzando un dedo—. ¡Eso no es lo que acordamos!

El capitán, al ver que su dignidad estaba seriamente amenazada, empezó a discutir.

—Mira, Takuan, sin duda recibirás el dinero que el gobierno ha ofrecido como recompensa, pero en mi calidad de oficial representante del señor Terumasa, tengo el deber de hacerme cargo del prisionero. Su destino ya no tiene por qué preocuparte. ¡No te molestes siquiera pensando en ello!

Takuan no hizo esfuerzo alguno por responder y se echó a reír estrepitosamente. Y cada vez que la risa parecía remitir, cobraba nuevos bríos.

—¡Cuidado con tus modales, monje! —le advirtió el capitán—. ¿Qué encuentras tan divertido? —farfulló—. ¿Crees que todo esto es una broma?

—¿Mis modales? —repitió Takuan, volviendo a desternillarse de risa—. ¿Mis modales? Oye, Barba Rala, ¿estás pensando en romper nuestro acuerdo y faltar a tu sagrada palabra? ¡Porque de ser así te advierto que dejaré en libertad a Takezō ahora mismo!

Lanzando al unísono un grito ahogado, los aldeanos empezaron a alejarse poco a poco.

—¿Listo? —preguntó Takuan, disponiéndose a coger la cuerda que ataba a

Takezō. El capitán se quedó sin habla—. Y cuando lo desate, voy a incitarlo contra ti. Podéis decidirlo luchando entre vosotros. ¡Entonces arréstalo si puedes!

—¡Alto, espera un momento!

—Yo he cumplido mi parte del trato —siguió diciendo Takuan como si estuviera a punto de quitar las ataduras al prisionero.

—Te he dicho que basta. —La frente del samurai estaba perlada de sudor.

—¿Por qué?

—Pues porque..., porque... —El capitán casi tartamudeó—. Ahora que está atado no tiene sentido soltarle para que cause más problemas, ¿no te parece? ¡Te diré lo que vamos a hacer! Puedes matar tú mismo a Takezō. Toma..., toma mi espada. Dame tan sólo la cabeza para que me la lleve. Eso es justo, ¿no?

—¡Que te dé su cabeza! ¡Ni lo sueñes! Dirigir funerales es uno de los cometidos del clero, pero entregar cadáveres o partes de ellos... Eso nos daría mala fama a los sacerdotes, ¿no? Nadie nos confiaría a sus muertos y, en cualquier caso, si empezamos a regalarlos los templos irán a la ruina en menos que canta un gallo. —Pese a que el capitán tenía la mano en la empuñadura de la espada, Takuan no podía resistirse a acosarle.

El monje se volvió a la multitud, serio de nuevo.

—Os he pedido que lo discutierais entre vosotros y me dierais una respuesta. ¿Qué vamos a hacer? La anciana dice que no basta con matarle y que debemos torturarle primero. ¿Qué os parece le dejamos atado al tronco del cedro durante unos días? Atado de pies y manos y expuesto a los elementos día y noche. Probablemente los cuervos le sacarán los ojos. ¿Qué decís a eso?

La propuesta de Takuan pareció a los aldeanos tan inhumana y cruel que al principio ninguno pudo responder..., excepto Osugi, quien dijo:

—Takuan, esta idea tuya muestra lo sabio que eres realmente, pero creo que deberíamos tenerle atado toda una semana..., ¡no, más! Que esté atado ahí diez o veinte días. Entonces vendré yo misma y le asestaré el golpe fatal.

Takuan asintió sin más.

—De acuerdo. ¡Así sea!

Desató la cuerda de la barandilla y arrastró a Takezō, como un perro sujeto a una traílla, hasta el árbol. El prisionero fue dócilmente, con la cabeza gacha y sin decir nada. Parecía tan arrepentido que algunos de los aldeanos más compasivos sintieron cierta lástima por él. Pero la excitación por la captura de la «bestia salvaje» no se había disipado y todo el mundo participó con entusiasmo en la diversión. Tras rodearle con varios largos de cuerda, alzaron al prisionero hasta una rama a unos treinta pies del suelo, le tendieron en ella y le ataron fuertemente. Sujeto de aquella manera, más parecía un gran muñeco de paja que un hombre vivo.

Cuando Otsū regresó al templo tras los días pasados en la montaña, empezó a sentirse extraña e intensamente melancólica cada vez que estaba a solas en su habitación. Ignoraba las causas, puesto que estar sola no era nada nuevo para ella, y siempre había alguien en los alrededores del templo. Tenía todas las comodidades del hogar, pero ahora se sentía más solitaria que en cualquier otro momento durante aquellos tres largos días en la desolada colina con sólo Takuan por compañero. Sentada en la mesa baja junto a su ventana, con la barbilla apoyada en las palmas, reflexionaba en sus sentimientos antes de llegar a una conclusión.

Tenía la sensación de que aquella experiencia le había permitido ver los entresijos de su corazón. Se dijo que la soledad es como el hambre, que no está fuera sino dentro de uno mismo. Sentirse solitario es sentir que a uno le falta algo, algo vitalmente necesario, pero Otsū no sabía qué era.

Ni la gente que la rodeaba ni las comodidades de la vida en el templo podían mitigar la sensación de aislamiento que ahora experimentaba. Allá, en las montañas, sólo había el silencio, los árboles y la niebla, pero también tenía a Takuan. Había comprendido, como si fuese una revelación, que el monje no estaba totalmente fuera de ella. Sus palabras le habían llegado directamente al corazón, le habían calentado e iluminado como no podría hacerlo ningún fuego o lámpara. Entonces llegó a la conclusión inocente de que se sentía sola porque Takuan no estaba a su lado.

Una vez efectuado este descubrimiento, se levantó, pero su mente seguía dando vueltas al problema que ahora tenía. Tras decidir el castigo de Takezō, Takuan se pasaba encerrado mucho tiempo en la habitación de los huéspedes con el samurai de Himeji. Como el monje debía ir del templo al pueblo y viceversa tan a menudo, a fin de realizar numerosos recados, no disponía de tiempo para sentarse y hablar con ella como lo había hecho en las montañas. Otsū tomó de nuevo asiento.

¡Ojalá tuviera una amiga! No necesitaba muchas, sólo una que la conociera bien, con la que pudiera contar, una persona fuerte y absolutamente digna de confianza. Eso era lo que anhelaba, lo ansiaba tanto que casi estaba para volverse loca.

Claro que le quedaba su flauta, pero una muchacha de dieciséis años tiene en su interior interrogantes e incertidumbres a los que un pedazo de bambú no puede dar respuesta. Necesitaba intimidad y la sensación de que participaba de la vida real y no sólo la observaba.

—¡Qué asco me da todo! —dijo en voz alta, pero dar rienda suelta a sus sentimientos no mitigó en modo alguno el odio que sentía por Matahachi. Sus lágrimas caían sobre la mesita lacada, la airada sangre que corría por sus venas le azuleaba las sienes, dolorosos latidos le asestaban la cabeza. La puerta corredera se deslizó en silencio detrás de ella. En la cocina del templo, el fuego de la cena ardía vivamente.

—¡Aja! ¡De modo que es aquí donde te habías escondido! ¡Aquí sentada dejando

que el día entero se te deslice entre los dedos!

Osugi estaba en el marco de la puerta. Otsū salió, sobresaltada, de su ensimismamiento y titubeó un instante antes de dar la bienvenida a la anciana y ofrecerle un cojín para que se sentara. Osugi lo hizo sin perder tiempo en formalidades.

—Mi buena nuera... —empezó a decir en un tono ampuloso.

—Sí, señora —respondió Otsū, la cual, intimidada, había hecho una profunda reverencia ante la vieja bruja.

—Ahora que has reconocido nuestra relación, hay cierta cosilla de la que deseo hablarte. Pero primero tráeme un poco de té. Hasta ahora he hablado con Takuan y el samurai de Himeji, y el acólito del templo ni siquiera nos ha servido un refresco. ¡Estoy sedienta!

Otsū le trajo obediente el té.

—Quiero hablar de Matahachi —le dijo la anciana sin preámbulos—. Por supuesto, sería una estúpida si me creyera una sola palabra de lo que ha dicho ese embustero de Takezō, pero parece ser que Matahachi está vivo y ahora reside en otra provincia.

—¿Es eso cierto? —le dijo fríamente Otsū.

—No puedo estar segura, pero sigue en pie el hecho de que el sacerdote de aquí, actuando como tu tutor, accedió a que te casaras con mi hijo, y la familia Hon'iden ya te ha aceptado como su novia. Pase lo que pase en el futuro, espero que no se te ocurra desdecirte de tu palabra.

—Bueno...

—Jamás harías semejante cosa, ¿verdad?

Otsū exhaló un leve suspiro.

—Muy bien, entonces, ¡me alegra saberlo! —La anciana hablaba como si pospusiera una cita—. Ya sabes cómo habla la gente, y no podemos saber cuándo regresará Matahachi. Por eso quiero que abandones este templo y vengas a vivir conmigo. Tengo más trabajo del que puedo hacer, y puesto que mi nuera está tan ocupada con su propia familia, no puedo pedirle mucho. Como ves, necesito tu ayuda.

—Pero yo...

—¿Quién que no sea la prometida de Matahachi podría entrar en la casa Hon'iden?

—No lo sé, pero...

—¿Estás tratando de decirme que no quieres venir? ¿No te gusta la idea de vivir bajo mi propio techo? ¡La mayoría de las chicas saltarían de alegría ante esa oportunidad!

—No, no se trata de eso. Es que...

—¡Entonces deja de perder el tiempo y recoge tus cosas!

—¿Ahora mismo? ¿No sería mejor esperar?

—¿Esperar a qué?

—Hasta..., hasta que Matahachi regrese.

—¡De ninguna manera! —exclamó la mujer con rotundidad—. Antes de que llegue ese momento podrías empezar a pensar en otros hombres. Tengo el deber de velar por tu buen comportamiento. Entretanto, me ocuparé de que aprendas a trabajar en el campo, cuides de los gusanos de seda, cosas una costura en línea recta y actúes como una dama.

—Ah..., ya veo.

Otsū no tenía fuerzas para protestar. La cabeza seguía latiéndole, y aquella cháchara sobre Matahachi le había producido un nudo en el pecho. Temía que si decía una palabra más no podría impedir un torrente de lágrimas.

—Y hay otra cosa —dijo Osugi. Sin hacer caso del dolor de la muchacha, alzó la cabeza con gesto imperioso—. Todavía no estoy muy segura de lo que ese monje impredecible se propone hacer con Takezō, y eso me preocupa. No quiero perderles de vista a los dos hasta asegurarme de que Takezō ha muerto. Les vigilaré día y noche. Si no se le vigila bien de noche, vete a saber lo que Takuan podría hacer. ¡Es posible que estén confabulados!

—Entonces ¿no te importa que me quede aquí?

—De momento, no, puesto que no puedes estar en dos sitios a la vez, ¿no es cierto? Vendrás con tus pertenencias a la casa Hon'iden el que día en que la cabeza de Takezō haya sido separada de su cuerpo. ¿Entendido?

—Sí, entendido.

—¡No vayas a olvidarlo! —dijo Osugi en tono muy brusco mientras salía estrepitosamente de la habitación.

Entonces, como si hubiera estado esperando la oportunidad, apareció una sombra en la ventana cubierta de papel y una voz masculina llamó en voz baja:

—¡Otsū! ¡Otsū!

Confiando en que fuese Takuan, la muchacha apenas miró la forma de la sombra antes de apresurarse a abrir la ventana. Cuando lo hizo, retrocedió sorprendida, pues los ojos a los que se enfrentó eran los del capitán. Éste le cogió la mano y se la apretó.

—Has sido amable conmigo —le dijo—, pero acabo de recibir órdenes de Himeji y he de regresar.

—Qué lástima. —Intentó liberar su mano, pero el samurai se la apretaba demasiado.

—Al parecer, están realizando una investigación sobre el incidente que ha tenido lugar aquí —le explicó—. Si tuviera en mi poder la cabeza de Takezō, podría decir

que he cumplido con mi deber de una manera honorable y estaría justificado. Pero ese loco y testarudo Takuan me lo impide, no quiere escuchar nada de lo que digo. Sin embargo, creo que tú estás de mi parte, y por eso he venido aquí. Toma esta carta y léela más tarde, por favor, en algún sitio donde nadie te vea.

Le puso la carta en las manos, dio media vuelta y se marchó. Ella le oyó bajar a toda prisa los escalones y alejarse por el camino.

Era más que una carta, pues contenía una gran pieza de oro, pero el mensaje era muy directo: le pedía a Otsū que cortara la cabeza de Takezō en los próximos días y se la llevara a Himeji.

Entonces el capitán la convertiría en su esposa, y así viviría en medio de la riqueza y la gloria durante el resto de sus días. Firmaba la misiva «Aoki Tanzaemon», un nombre que, según el propio testimonio del firmante, pertenecía a uno de los guerreros más célebres de la región. Otsū quiso echarse a reír, pero estaba demasiado indignada.

Cuando estaba terminando de leer la carta, Takuan la llamó.

—¿No has comido todavía, Otsū?

Ella se puso las sandalias y fue a hablar con el monje.

—No tengo apetito. Me duele la cabeza.

—¿Qué tienes en la mano?

—Una carta.

—¿Otra?

—Sí.

—¿De quién?

—¡Qué fisgón eres, Takuan!

—Curioso, hija mía, inquisitivo, ¡pero no fisgón!

—¿Querrías echarle un vistazo?

—Si no te importa...

—¿Sólo para pasar el rato?

—Ésa es una razón tan buena como cualquier otra.

—Ten. No me importa en absoluto.

Otsū le tendió la carta, y Takuan, después de leerla, se rió a carcajadas. Ella no pudo evitar que las comisuras de su boca también se curvaran hacia arriba.

—¡Ese pobre hombre! Está tan desesperado que intenta sobornarte con amor y dinero. ¡Esta carta es regocijante! ¡Debo decir que nuestro mundo es realmente afortunado al estar bendecido con semejante excepcional y probo samurai! Es tan valiente que pide a una simple niña que decapite al prisionero por él, y tan estúpido que lo hace por escrito.

—La carta tanto me da —dijo Otsū—, pero ¿qué voy a hacer con el dinero? —Entregó a Takuan la pieza de oro.

—Esto vale mucho —observó Takuan, sopesándola.

—Eso es lo que me inquieta.

—No te preocupes. Yo nunca he tenido el menor problema para deshacerme del dinero.

Takuan dio la vuelta el templo hasta la parte delantera, donde había un cepillo de limosnas. Se dispuso a echar allí la moneda, llevándosela primero a la frente, en deferencia a Buda, pero entonces cambió de idea.

—Pensándolo mejor, puedes quedártela. Me atrevería a decir que no te estorbará.

—No la quiero, sólo me causará problemas. Más adelante me interrogarían sobre su procedencia, y preferiría fingir que no la he visto nunca.

—Este oro, Otsū, ya no pertenece a Aoki Tanzaemon. Se ha convertido en una ofrenda al Buda, y éste te la ha concedido. Quédatela para que te dé buena suerte.

Otsū no protestó más y se guardó la moneda en el obi. Entonces, mirando al cielo, observó:

—Hay mucho viento, ¿verdad? A lo mejor llueve esta noche. Hace mucho tiempo que no cae una gota.

—La primavera casi ha terminado, por lo que ya es hora de que caiga un buen aguacero. Lo necesitamos para que se lleve tantas hojas muertas y alivie el aburrimiento de la gente.

—Pero si cae una fuerte lluvia, ¿qué le ocurrirá a Takezō?

—Humm, Takezō... —musitó el monje.

En el momento en que los dos se volvían hacia el cedro, el prisionero gritó desde sus ramas superiores.

—¡Takuan! ¡Takuan!

—¿Qué? ¿Eres tú, Takezō?

Mientras Takuan miraba a lo alto con los ojos entrecerrados, Takezō le lanzó un torrente de imprecaciones.

—¡Eres un cerdo, monje! ¡Un sucio impostor! ¡Ven y quédate aquí debajo! ¡Tengo algo que decirte!

El viento azotaba violentamente las ramas del árbol, y la voz surgía entre ellas quebrada y descoyuntada. Las hojas revoloteaban alrededor del árbol y rozaban el rostro vuelto hacia arriba de Takuan. Éste se echó a reír.

—Aún te veo lleno de vida, cosa que me parece muy bien. Confío en que no sea tan sólo la falsa vitalidad debida al conocimiento de que pronto vas a morir.

—¡Cállate! —le gritó Takezō, el cual no estaba tan lleno de vida como rebosante de cólera—. Si temiera morir, ¿por qué me habría quedado quieto mientras me atabas?

—¡Te has comportado así porque yo soy fuerte y tú débil!

—¡Eso es una mentira, y tú lo sabes!

—Entonces te lo diré de otra manera. ¡Soy listo y tú eres estúpido hasta el tuétano!

—Puede que tengas razón. Desde luego, fue una estupidez por mi parte permitir que me capturases.

—¡No te menees tanto, mono colgado del árbol! No te hará ningún bien, sangrarás, si es que aún te queda sangre, y, francamente, es muy desagradable.

—¡Escucha, Takuan!

—Te estoy escuchando.

—Si quisiera haber luchado contigo en la montaña, podría haberte aplastado fácilmente como a un pepino.

—Ésa no es una analogía muy halagadora. En cualquier caso, no lo hiciste, de modo que será mejor que dejes de pensar en eso. Olvida lo que sucedió allá. Es demasiado tarde para lamentaciones.

—Me engañaste con tu altisonante cháchara sacerdotal, y eso ha sido muy mezquino, bastardo. Lograste que confiara en ti y entonces me traicionaste. Me dejé capturar, es cierto, pero sólo porque creí que eras distinto a los demás. Jamás pensé que me humillarías de esta manera.

—Ve al grano, Takezō —le dijo Takuan con impaciencia.

—¿Por qué me haces esto? —gritó el fardo de paja—. ¡Por qué no me cortas la cabeza y terminamos de una vez! Pensé que, si debía morir, sería mejor dejarte elegir la manera de ejecutarme que someterme a la decisión de esa chusma sedienta de sangre. Aunque eres un monje, también dices comprender el camino del samurai.

—Claro que lo comprendo, pobre y desorientado muchacho. ¡Mucho mejor que tú!

—Habría salido beneficiado dejando que los aldeanos me capturasen. Por lo menos ellos son humanos.

—¿Has cometido ese único error, Takezō? ¿Acaso no ha sido erróneo de uno u otro modo todo lo que has hecho y dicho? Mientras descansas ahí arriba, ¿por qué no tratas de reflexionar un poco en el pasado?

—¡Ah, cállate, hipócrita! ¡No estoy avergonzado! La madre de Matahachi puede llamarme lo que le venga en gana, pero él es mi amigo, mi mejor amigo. Consideré que tenía la responsabilidad de venir y decirle a esa vieja bruja lo que le había ocurrido a su hijo, ¿y qué hace ella? ¡Trata de incitar a esa chusma para que me torturen! Traerle noticias de su precioso hijo fue el único motivo por el que atravesé la barrera y vine aquí. ¿Es ésa una violación del código del guerrero?

—¡No se trata de eso, imbécil! Tu problema es que ni siquiera sabes cómo pensar, pareces tener la idea errónea de que si llevas a cabo una hazaña valerosa eso basta por sí solo para convertirte en un samurai. ¡Pues no es cierto! Dejas que ese único acto de lealtad te convenza de tu rectitud, y cuanto más convencido estás, más daño te causas

a ti mismo y a todos los demás. ¿Y dónde te encuentras ahora? ¡Atrapado en una trampa que tú mismo te has tendido, ahí es donde estás! —Hizo una pausa y añadió —: Por cierto, ¿cómo es el panorama desde ahí arriba, Takezō?

—¡Cerdo! ¡No olvidaré esto!

—Pronto lo olvidarás todo. Antes de que te conviertas en carne seca, Takezō, echa un buen vistazo al ancho mundo que te rodea. Contempla el mundo de los seres humanos y cambia tu egoísta manera de pensar. Y luego, cuando llegues al más allá y te reúnas con tus antepasados, diles que poco antes de tu muerte un hombre llamado Takuan Sōhō te dijo esto. Les alegrará mucho saber que has tenido un guía tan excelente, aun cuando hayas sabido en qué consiste realmente la vida demasiado tarde para aportar otra cosa que no sea vergüenza al nombre de tu familia.

Otsū, que había permanecido totalmente pasmada a cierta distancia, se acercó corriendo y apostrofó al monje a voz en grito.

—¡Estás llevando esto demasiado lejos, Takuan! Te he estado escuchando, lo he oído todo. ¿Cómo puedes ser tan cruel con alguien que ni siquiera puede defenderse? ¡Eres un hombre religioso, o deberías serlo! Takezō está en lo cierto cuando dice que confió en ti y permitió que le prendieras sin luchar.

—Bueno, ¿a qué viene todo esto? ¿Se está volviendo en mi contra mi camarada de armas?

—¡Ten corazón, Takuan! Cuando te oigo hablar así, te odio, de veras. Si te propones matarle, ¡entonces mátale y acaba con esta tortura! Takezō se ha resignado a morir. ¡Déjale que lo haga en paz! —Estaba tan indignada que tiraba frenéticamente del hábito de Takuan.

—¡Estate quieta! —le ordenó él con una brutalidad inusitada—. Las mujeres no sabéis nada de estas cosas. Refrena la lengua o te colgaré ahí arriba con él.

—¡No, no voy a callar! —gritó ella—. También debo tener oportunidad de hablar. ¿No fui a las montañas contigo y permanecí allí tres días y tres noches?

—Eso no tiene nada que ver. Takuan Sōhō castigará a Takezō como lo considere oportuno.

—¡Entonces castígale! ¡Mátale! Hazlo ahora mismo. No está bien que ridiculices su desgracia mientras él está ahí colgado y medio muerto.

—Resulta que ésa es mi única debilidad, ridiculizar a los necios como él.

—¡Es inhumano!

—¡Vete de aquí! Márchate, Otsū, y déjame en paz.

—¡No lo haré!

—Deja de ser testaruda —gritó Takuan, empujando fuertemente a la muchacha con el codo.

Otsū se desplomó junto al árbol. Cuando se recobró, apoyó la cara y el pecho en el tronco y se echó a llorar. Nunca había imaginado que Takuan pudiera ser tan cruel.

Los aldeanos creían que, aunque el monje tuviera atado a Takezō durante algún tiempo, finalmente se ablandaría y suavizaría el castigo. ¡Ahora Takuan había admitido que tenía la «debilidad» de disfrutar viendo sufrir a Takezō! El salvajismo de los hombres hizo estremecer a Otsū.

Si incluso Takuan, en quien ella tanto confiaba, podía convertirse en un ser despiadado, entonces el mundo entero debía de ser maligno más allá de lo comprensible. Y si no había nadie en quien ella pudiera confiar...

Percibió un curioso calor en aquel árbol, sintió de alguna manera que a través de su tronco grande y viejo, tan grueso que diez hombres con los brazos extendidos no podían abarcarlo, corría la sangre de Takezō, fluía hacia abajo desde su precaria prisión en las ramas superiores.

¡Cómo se notaba que era hijo de un samurai! ¡Qué valiente era! Cuando Takuan le ató por primera vez, y luego volvió a hacerlo en el árbol, ella vio el lado débil de Takezō. También él era capaz de llorar. Hasta entonces ella había aceptado la opinión de la multitud, se había dejado influir por ella, sin tener una idea verdadera de cómo era realmente aquel hombre. ¿Qué había en él que llevaba a la gente a odiarle como si fuese un demonio y a perseguirle como a una bestia?

Los sollozos le sacudían la espalda y los hombros. Aferrándose con fuerza al tronco del árbol, restregó sus mejillas humedecidas por las lágrimas contra la corteza. El viento silbaba sonoramente entre las ramas superiores, agitándolas de un lado a otro. Grandes goterones de lluvia cayeron sobre el cuello de su kimono y se deslizaron por su espalda, produciéndole escalofríos a lo largo de la espina dorsal.

—Vámonos, Otsū —le gritó Takuan, cubriéndose la cabeza con las manos—. Nos empaparemos.

Ella no se molestó en responderle.

—¡Tú has tenido la culpa, Otsū! ¡Eres una quejica! Te echas a llorar y los cielos lloran también. —Entonces prescindió del tono burlón—: El viento sopla con más fuerza y parece que va a haber una gran tormenta. Vayamos adentro. ¡No desperdicies tus lágrimas por un hombre que de todos modos va a morir! ¡Vamos! —Takuan se alzó la falda del hábito, cubriéndose con ella la cabeza, y corrió al abrigo del templo.

Al cabo de unos instantes diluviaba y las gotas producían pequeñas manchas blancas al chocar contra el suelo. Aunque el agua le corría por la espalda, Otsū no se movía. No podía alejarse de allí, ni siquiera después de que el kimono empapado que se aferraba a su piel la helara hasta la médula. Cuando sus pensamientos se centraron en Takezō, la lluvia dejó de importarle. No se le ocurría preguntarse por qué tenía que sufrir simplemente porque él estaba sufriendo. Llenaba su mente la imagen recién formada de cómo debía ser un hombre. Rogó en silencio que le fuese perdonada la vida.

Dio vueltas alrededor del árbol, alzando a menudo la vista para mirar a Takezō,

pero sin poder verle a causa de la tormenta. Le llamó, sin pensar por qué lo hacía, pero no obtuvo respuesta. Empezó a tener la sospecha de que él la consideraba como un miembro de la familia Hon'iden, o tan sólo como otra aldeana hostil.

—Si está ahí con esta lluvia —se dijo desesperada—, sin duda mañana habrá muerto. ¡Ah! ¿No hay nadie en el mundo que pueda salvarle?

Echó a correr a toda velocidad, impulsada en parte por el viento rugiente. Detrás del edificio principal del templo, la cocina y los aposentos de los monjes estaban bien cerrados. El agua que rebosaba de uno de los canalones del tejado formaba un torrente en el terreno inclinado.

—¡Takuan! —exclamó la muchacha.

Llegó a la puerta de la habitación del monje y empezó a golpearla con todas sus fuerzas.

—¿Quién es? —dijo él desde el interior.

—¡Soy yo! ¡Otsū!

—¿Qué estás haciendo todavía ahí afuera? —El monje se apresuró a abrir la puerta y la miró asombrado. A pesar de que los aleros del edificio eran largos, la lluvia se abatió sobre él—. ¡Entra en seguida! —exclamó, tratando de cogerle el brazo, pero ella retrocedió.

—No. He venido a pedirte un favor, no a secarme. ¡Te lo ruego, Takuan, bájale de ese árbol!

—¿Qué? ¡No haré semejante cosa! —dijo él con rotundidad.

—Por favor, Takuan, debes hacerlo. Te estaré agradecida para siempre. —Se arrodilló en el barro y alzó las manos en un gesto de súplica—. ¡No te preocupes por mí, pero ayúdale! ¡Por favor! No puedes dejarle morir así... ¡No puedes!

El sonido del torrente cercano apagaba su voz quejumbrosa. Con las manos todavía alzadas, parecía un fiel budista que practicara la austeridad permaneciendo en pie bajo una cascada de agua helada.

—Me inclino ante ti, Takuan, te lo ruego, haré lo que me pidas, pero por favor, ¡sálvale!

Takuan permaneció en silencio, con los ojos cerrados, como las puertas del santuario donde se guarda un Buda secreto. Suspiró hondo, los abrió y al hablar pareció exhalar fuego.

—¡Vete a dormir ahora mismo! Ya eres débil por naturaleza, y estar fuera con este tiempo es suicida.

—Oh, por favor, por favor —suplicó ella, tendiendo la mano hacia la puerta.

—Voy a acostarme, y te aconsejo que hagas lo mismo.

La voz del monje era glacial. La puerta se cerró bruscamente.

Pero ella no estaba dispuesta a ceder. Se arrastró por debajo del edificio hasta llegar al lugar donde suponía que el monje se acostaba y le llamó:

—¡Por favor! ¡Es lo más importante en el mundo para mí! ¿Me oyes, Takuan? ¡Respóndeme, por favor! ¡Eres un monstruo! ¡Un demonio de sangre fría y sin corazón!

El monje la escuchó pacientemente durante un rato, sin responder, pero la muchacha le impedía conciliar el sueño. Finalmente, en un acceso de furia, se levantó gritando:

—¡Socorro! ¡Un ladrón! ¡Hay un ladrón debajo del suelo! ¡Prendedle!

Otsū salió de debajo del edificio, volvió a la lluvia y se retiró derrotada. Pero aún no había terminado.

La roca y el árbol

A primera hora de la mañana, el viento y la lluvia se habían llevado la primavera sin dejar rastro. Un sol pulsátil caía a plomo y pocos aldeanos iban por las calles sin protegerse la cabeza con un sombrero de ala ancha.

Osugi subió la cuesta del templo y llegó a la puerta de Takuan sedienta y sin aliento. Gotas de sudor se desprendían de la línea del cabello, convergían en arroyuelos y le corrían en línea recta por la nariz. Ella ni se daba cuenta, rebosante como estaba de curiosidad por el sino de su víctima.

—¿Ha sobrevivido Takezō a la tormenta, Takuan? —preguntó a gritos.

El monje salió a la terraza.

—Ah, eres tú. Un magnífico aguacero, ¿verdad?

—Sí —dijo ella, con una sonrisa malévola—. Ha sido criminal.

—No obstante, debes saber que no es muy difícil resistir una o dos noches bajo la lluvia más intensa. El cuerpo humano está capacitado para aguantar el azote del viento y la lluvia. Lo realmente mortífero es el sol.

—¿Quieres decir que aún vive? —inquirió ella, incrédula, volviendo al instante su arrugado rostro hacia el viejo cedro. Entrecerró los ojos, se puso una mano sobre las cejas para protegerse de la luz deslumbradora y, al cabo de un momento, se relajó un poco—. Está ahí colgado como un trapo húmedo —observó con renovada esperanza —. No es posible que siga vivo, no puede ser.

Takuan sonrió.

—No veo que los cuervos le picoteen la cara todavía, lo cual significa que aún respira.

—Gracias por decírmelo. Sin duda un hombre instruido como tú sabe más que yo de esas cosas. —Estiró el cuello y miró, por el lado del monje, hacia el edificio—. No veo a mi nuera por ninguna parte. ¿Quieres hacerme el favor de llamarla?

—¿Tu nuera? Me temo que no la conozco. En cualquier caso ignoro su nombre. ¿Cómo voy a llamarla?

—¡Te he dicho que la llames! —repitió Osugi con impaciencia.

—¿De quién demonios me estás hablando?

—¡Cómo! ¡De Otsū, por supuesto!

—¡Otsū! ¿Por qué la llamas nuera? Que yo sepa, no ha ingresado en la familia Hon'iden.

—No, aún no, pero me propongo admitirla muy pronto, como la novia de Matahachi.

—Me cuesta imaginar tal cosa. ¿Cómo puede casarse con alguien que no está presente?

Osugi se indignó aún más.

—¡Oye, vagabundo! ¡Esto no tiene nada que ver contigo! ¡Limítate a decirme dónde está Otsū!

—Supongo que todavía está durmiendo.

—Ah, claro, debería haber pensado en eso —musitó la anciana, como si hablara consigo misma—. Le pedí que vigilara a Takezō de noche, así que debía de estar muy cansada al amanecer. Por cierto —añadió en tono acusador—, ¿no tendrías tú que vigilarle durante el día?

Sin aguardar respuesta, dio media vuelta y se encaminó al árbol. Cuando estuvo debajo de su ramaje, alzó el rostro y estuvo mirando largo rato, como en trance. Por fin salió de aquel estado hipnótico y emprendió el regreso al pueblo, caminando lenta y penosamente, con la rama de moral en la mano.

Takuan volvió a su habitación, donde permaneció hasta la noche. El aposento de Otsū no estaba lejos del suyo, en el mismo edificio. La puerta de la muchacha también estuvo cerrada durante todo el día, excepto cuando la abría el acólito para llevarle su medicina o un recipiente de barro lleno de espesas gachas de arroz. La noche anterior, cuando la encontraron medio muerta bajo la lluvia, tuvieron que llevársela a rastras porque ella se resistía a patadas y gritos, y obligarle a engullir un poco de té. Entonces el sacerdote le dio una severa reprimenda, mientras ella permanecía en silencio, apoyada en la pared. Por la mañana tuvo fiebre alta y apenas pudo alzar la cabeza para tomar las gachas.

Cayó la noche y, en agudo contraste con la noche anterior, la luna brilló como un orificio nítidamente cortado en el cielo. Cuando todos los demás dormían profundamente, Takuan dejó el libro que estaba leyendo, se puso los zuecos y salió al patio.

—¡Takezō! —gritó.

Muy por encima de su cabeza se agitó una rama y cayeron algunas brillantes gotas de rocío.

—Pobre muchacho, supongo que ni siquiera tiene fuerzas para responder —se dijo Takuan—. ¡Takezō! ¡Takezō!

—¿Qué quieres, monje bastardo? —contestó fieramente el prisionero.

A Takuan nadie solía cogerle jamás desprevenido, pero esta vez no pudo ocultar su sorpresa.

—Desde luego, aúllas con brío para ser un hombre a las puertas de la muerte. ¿No serás en realidad un pez o alguna clase de monstruo marino? A este paso deberías durar otros cuatro o cinco días. Por cierto, ¿cómo tienes el estómago? ¿Está lo bastante vacío para ti?

—Déjate de cháchara, Takuan. Córtame la cabeza y acabemos de una vez.

—¡Oh, no! ¡No tengas tanta prisa! Uno ha de andarse con cuidado en asuntos tan arriesgados. Si te cortara la cabeza ahora, probablemente bajaría volando e intentaría

morderme. —Takuan se interrumpió y estuvo un rato mirando el cielo—. ¡Qué luna tan hermosa! Eres afortunado al poder contemplarla desde un lugar tan privilegiado.

—¡Muy bien, mírame, sucio perro callejero! ¡Te demostraré lo que soy capaz de hacer si me lo propongo!

Entonces, haciendo acopio de fuerzas, Takezō empezó a moverse violentamente, lanzando su peso arriba y abajo, hasta casi romper la rama a la que estaba atado. Fragmentos de corteza y hojas llovieron sobre el monje, el cual permanecía imperturbable aunque quizá con una impasibilidad un tanto afectada.

Calmosamente, el monje se sacudió los hombros y, una vez limpio de aquella broza, alzó de nuevo la vista.

—¡Así me gusta, Takezō! Es bueno enfadarse tanto como tú lo estás hora. ¡Adelante! ¡Experimenta tu fuerza al máximo, muestra que eres un hombre de verdad, enséñanos de qué madera estás hecho! Hoy en día la gente considera una señal de sabiduría y carácter la capacidad de controlar su ira, pero yo digo que son unos necios. Detesto ver a los jóvenes tan comedidos, tan formales. Tienen más temple que sus mayores y deberían demostrarlo. ¡No te reprimas, Takezō! ¡Cuanto más te enfurezcas, tanto mejor!

—¡Espera, Takuan, espera! ¡Si he de romper esta cuerda con los dientes, lo haré, sólo para ponerte las manos encima y descuartizarte!

—¿Es eso una promesa o una amenaza? Si crees de veras que puedes hacerlo, me quedaré aquí esperando. ¿Estás seguro de que podrás seguir así sin matarte antes de que se rompa la cuerda?

—¡Cállate! —gritó Takezō con la voz enronquecida.

—¡Vaya, Takezō, eres fuerte de veras! El árbol entero se balancea. Pero siento decirte que no noto temblar la tierra. ¿Sabes? Tu problema es que, en realidad, eres débil. Tu cólera no es más que rencor personal. La cólera de un hombre de verdad es una expresión de indignación moral. La ira por insignificantes fruslerías emocionales es propia de mujeres, no de hombres.

—Ya falta poco —le amenazó—. ¡Iré directamente por tu garganta!

Takezō siguió esforzándose, pero la gruesa cuerda no mostraba señal alguna de debilitarse. Takuan le miró durante un rato y luego le ofreció un consejo amistoso.

—¿Por qué no te tranquilizas, Takezō? Así no llegarás a ninguna parte. Sólo lograrás extenuarte, ¿y de qué va a servirte eso? Por mucho que te muevas y contorsiones, no lograrás romper una sola rama de este árbol y mucho menos hacer mella en el universo.

Takezō emitió un fuerte gemido. Su berrinche había terminado. Se daba cuenta de que el monje tenía razón.

—Me atrevería a decir que toda esa fuerza estaría mejor encauzada si trabajara por el bien del país. Deberías tratar de hacer algo por los demás, Takezō, aunque

ahora sea un poco tarde para empezar. Si lo hubieras intentado, habrías tenido ocasión de impresionar a los dioses o incluso al universo, por no mencionar a la gente normal y corriente. —La voz de Takuan adoptó un tono levemente pontifical—. ¡Es una lástima, una gran lástima! Aunque naciste humano, eres más bien un animal, no mucho mejor que un jabalí o un lobo. ¡Cuan triste es que un joven apuesto como tú deba hallar su fin aquí, sin haber llegado a ser jamás verdaderamente humano! ¡Qué pérdida!

—¿Y tú te consideras humano? —le espetó Takezō.

—¡Escucha, bárbaro! Desde el principio has confiado demasiado en tu fuerza bruta, creyendo que no tienes rival en el mundo. ¡Pero mira dónde estás ahora!

—No tengo nada de que avergonzarme. No ha sido una pelea limpia.

—A la larga, Takezō, no hay ninguna diferencia. Te vencí con mi ingenio y mi capacidad persuasiva, en vez de hacerlo con los puños. Una vez te han derrotado, derrotado estás. Y tanto si te gusta como si no, estoy sentado en esta roca mientras que tú cuelgas ahí arriba, impotente. ¿Es que no puedes ver la diferencia entre tú y yo?

—Sí, peleas sucio, eres un embustero y un cobarde.

—Habría estado loco si hubiera intentado prenderte a la fuerza. Físicamente eres demasiado fuerte. Un ser humano no tiene muchas posibilidades si pelea con un tigre. Por suerte no suele tener que hacerlo, ya que es el más inteligente de los dos. Pocas personas discutirán el hecho de que los tigres son inferiores a los seres humanos.

Takezō no dio indicación alguna de que todavía estuviera escuchando.

—Lo mismo sucede con eso que consideras tu valor. Tu comportamiento hasta ahora no demuestra que sea algo más que valor animal, de ése que carece de respeto por los valores y la vida humanos. No es la clase de valor propio de un samurai. El verdadero valor conoce el miedo. Las personas honestas valoran la vida apasionadamente, se aferran a ella como si fuese una joya preciosa, y eligen el momento y el lugar apropiados para entregarla, para morir con dignidad.

El prisionero siguió sin responder.

—A eso me refería cuando he dicho que es una lástima lo que ocurre contigo. Naciste con fuerza y valor físicos, pero te falta conocimiento y sabiduría. Si bien lograste dominar algunos de los aspectos más desafortunados del camino del samurai, no hiciste el menor esfuerzo por adquirir sabiduría ni virtud. La gente habla de combinar el camino del aprendizaje con el camino del samurai, pero cuando están adecuadamente combinados no son dos sino uno solo. Hay un único camino, Takezō.

El árbol permanecía tan silencioso como la piedra en la que se sentaba Takuan. También la oscuridad permanecía inmóvil. Al cabo de unos instantes, Takuan se levantó pausadamente.

—Piensa en ello una noche más, Takezō. Una vez lo hayas hecho, te cortaré la

cabeza por ti.

Empezó a alejarse, dando largas zancadas, con la cabeza gacha y pensativo. Apenas había recorrido veinte pasos cuando Takezō le llamó, con un timbre de apremio en la voz.

—¡Aguarda!

Takuan se volvió.

—¿Qué quieres ahora?

—Vuelve aquí.

—Humm. No me digas que quieres escuchar más. ¿Es posible que por fin estés empezando a pensar?

—¡Sálvame, Takuan! —El grito de ayuda de Takezō fue sonoro y quejumbroso. La rama empezó a temblar, como si ella, como si todo el árbol estuviera llorando—. Quiero ser un hombre mejor. Ahora me doy cuenta de la importancia que tiene, del privilegio que es haber nacido humano. Estoy casi muerto, pero comprendo lo que significa estar vivo. Y ahora que lo sé, ¡mi vida entera consistirá en estar atado a este árbol! No puedo deshacer lo que he hecho.

—Finalmente entras en razón. Por primera vez en tu vida, estás hablando como un ser humano.

—No quiero morir —gritó Takezō—. Deseo vivir, partir, intentarlo de nuevo, hacer esta vez lo que es correcto. —Los sollozos sacudían su cuerpo—. ¡Takuan..., por favor! ¡Ayúdame..., ayúdame!

El monje sacudió la cabeza.

—Lo siento, Takezō, pero eso no está en mis manos. Es la ley de la naturaleza. No puedes repetir lo que has hecho y corregirlo. Así es la vida, todo lo que hacemos en ella es definitivo, ¡todo! No puedes recuperar la cabeza una vez que el enemigo te la ha cortado. Así son las cosas. Lo siento por ti, desde luego, pero no puedo desatar esa cuerda porque no soy yo quien la ha atado, sino tú mismo. Lo único que puedo hacer es darte algunos consejos. Enfréntate a la muerte con valor y serenidad. Reza una plegaria y confía en que alguien se molestará en escucharla. Y por respeto a tus antepasados, Takezō, ¡ten la decencia de morir con una expresión apacible en el rostro!

El sonido de las sandalias de Takuan se desvaneció. Cuando Takezō dejó de oírlo, sus gemidos cesaron. Siguiendo el espíritu del consejo que le había dado el monje, cerró los ojos que acababan de experimentar un gran despertar y lo olvidó todo. Olvidó la vida y la muerte, y bajo la miríada de estrellas permaneció perfectamente inmóvil mientras la brisa nocturna suspiraba entre las ramas del árbol. Tenía frío, mucho frío.

Al cabo de un rato, percibió que alguien estaba al pie del árbol. Fuera quien fuese, aferraba el ancho tronco e intentaba frenética pero no muy diestramente trepar por él

hasta la rama más baja. Takezō oía que el escalador, quienquiera que fuese, se deslizaba hacia abajo después de casi todo avance hacia arriba. Oía también los fragmentos de corteza que se desprendían y caían al suelo, y estaba seguro de que las manos se estaban despellejando mucho más que el tronco. Pero aquella persona no cejaba en su empeño y buscaba asideros una y otra vez, hasta que por fin la primera rama estuvo a su alcance. Entonces se alzó con relativa facilidad hasta donde Takezō, apenas distinguible de la rama en la que estaba tendido, yacía totalmente falto de fuerzas. Una voz jadeante susurró su nombre.

Con gran dificultad abrió los ojos y se encontró ante un verdadero esqueleto. Sólo los ojos estaban vivos y vibrantes.

—¡Soy yo! —dijo aquel rostro con una sencillez infantil.

—¿Otsū?

—Sí, yo. ¡Oh, Takezō, huyamos! Te he oído gritar con todo tu corazón que deseabas vivir.

—¿Huir? ¿Vas a desatarme y dejarme libre?

—Sí. Tampoco puedo soportar más este pueblo. Si me quedo aquí..., ah, ni siquiera deseo pensar en ello. Tengo mis razones. Sólo quiero marcharme de este lugar estúpido y cruel. ¡Te ayudaré, Takezō! Podemos ayudarnos mutuamente.

Otsū vestía ropas de viaje, y todas sus posesiones mundanas le colgaban del hombro dentro de una pequeña bolsa de tela.

—¡Rápido, corta la cuerda! ¿A qué estás esperando? ¡Córtala!

—Lo haré en un momento.

Otsū desenvainó una pequeña daga y en seguida cortó las ligaduras del cautivo. Transcurrieron varios minutos antes de que remitiera el cosquilleo de sus miembros y Takezō pudiera flexionar los músculos. Ella trató de sujetar el peso del joven, con el resultado de que, cuando éste resbaló, cayó con él. Los dos cuerpos se aferraron, rebotaron en una rama, giraron en el aire y se estrellaron contra el suelo.

Takezō se levantó. A pesar de que estaba aturdido por la caída desde treinta y cinco pies de altura y entumecido por la debilidad, asentó con firmeza los pies en el suelo. Otsū, apoyada en manos y rodillas, se retorcía de dolor.

—Aaah —gemía.

Él la rodeó con sus brazos, ayudándola a levantarse.

—¿Crees que te has roto algo?

—No lo sé, pero creo que puedo andar.

—Todas esas ramas han frenado la caída, por lo que es probable que no te hayas hecho demasiado daño.

—¿Y tú? ¿Estás bien?

—Sí..., yo..., estoy bien. Yo... —Hizo una pausa, al cabo de la cual dijo impulsivamente—: ¡Estoy vivo! ¡Estoy realmente vivo!

—¡Naturalmente!

—No es tan natural.

—Vámonos de aquí en seguida. Si alguien nos descubre, estaremos en un buen aprieto.

Otsū echó a andar, renqueante, seguida por Takezō..., lenta y silenciosamente, como dos insectos frágiles y heridos que caminaran por la helada otoñal.

Avanzaron lo mejor que pudieron, cojeando en silencio, un silencio roto tan sólo mucho más tarde, cuando Otsū exclamó:

—¡Mira! Empieza a haber luz allá, hacia Harima.

—¿Dónde estamos?

—En lo alto del puerto de Nakayama.

—¿De veras hemos llegado tan lejos?

—Sí. —Otsū sonrió débilmente—. Es sorprendente lo que puedes hacer cuando estás decidido. Pero, Takezō... —Otsū parecía alarmada—. Debes de estar muerto de hambre. Llevas varios días sin comer nada.

Al oír la mención de la comida, Takezō tuvo súbita conciencia de que su estómago estaba encogido y dolorosamente acalambrado. Ahora que se daba cuenta, el dolor era atroz, y parecieron transcurrir horas antes de que Otsū abriera la bolsa y sacara la comida, pastelillos de arroz generosamente rellenos de pasta de judías dulces. Cuando aquel dulzor se deslizó con suavidad por su gaznate, Takezō experimentó una sensación de vértigo. Le temblaban los dedos que sostenían el pastelillo. «Estoy vivo», se decía una y otra vez, jurando que en lo sucesivo llevaría una clase de vida muy distinta.

Las rojizas nubes matinales teñían sus mejillas de color rosado. Cuando él empezó a ver el rostro de Otsū más claramente y el hambre cedió el paso a la calma de la saciedad, le pareció un sueño estar allí sentado, sano y salvo, en compañía de la muchacha.

—Cuando salga el sol, deberemos tener mucho cuidado —dijo Otsū—. Ya estamos casi en el límite de la provincia.

Takezō la miró con los ojos muy abiertos.

—¡El límite! Está bien, lo había olvidado. Tengo que ir a Hinagura.

—¿Hinagura? ¿Por qué?

—Ahí es donde han encerrado a mi hermana. Tengo que sacarla de ahí. Supongo que tendremos que despedirnos.

Otsū le miró a la cara, pasmada y silenciosa.

—¡Si crees que eso es lo que debes hacer, vete! Pero si hubiera pensado que ibas a abandonarme, no me habría ido de Miyamoto.

—¿Qué otra cosa puedo hacer? ¿Dejarla en esa prisión militar?

Sin dejar de mirarle, ella le cogió la mano. Su rostro y todo su cuerpo estaban

inflamados de pasión.

—Takezō —le suplicó—. Te diré lo que siento al respecto más tarde, cuando haya tiempo, pero por favor, ¡no me dejes aquí sola! ¡Llévame contigo dondequiera que vayas!

—¡Pero no puedo!

Otsū le apretó la mano.

—Recuerda que, tanto si te gusta como si no, me quedo contigo. Si crees que seré un estorbo cuando intentes rescatar a Ogin, entonces iré a Himeji y esperaré allí.

—Muy bien, hazlo así —le dijo él de inmediato.

—Pero confiaré plenamente en que vengas a por mí. ¿Lo harás?

—Naturalmente.

—Estaré esperando en el puente Hanada, en las afueras de Himeji. Aguardaré allí, tanto si tardas cien días como un millar.

Takezō respondió con una leve inclinación de cabeza y se alejó sin más, apresurándose a lo largo de la estribación que conducía desde el puerto a las montañas lejanas. Otsū alzó la cabeza para verle hasta que su cuerpo se disolvió en el paisaje.

En el pueblo, el nieto de Osugi llegó precipitadamente a la casa solariega de Hon'iden, gritando:

—¡Abuela! ¡Abuela!

El chiquillo se limpió la nariz con el dorso de la mano, asomó la cabeza a la cocina y dijo, excitado:

—¿Me has oído, abuela? ¡Ha ocurrido algo terrible!

Osugi, que estaba ante el fogón, tratando de avivar el fuego con un soplillo de bambú, apenas le miró.

—¿A qué viene tanto escándalo?

—¿No lo sabes, abuela? ¡Takezō se ha escapado!

—¿Escapado? —dijo la anciana, dejando caer el soplillo en las llamas—. ¿De qué me estás hablando?

—Esta mañana no estaba en el árbol. La cuerda ha aparecido cortada.

—¡Ya sabes lo que te tengo dicho sobre las mentiras, Heita!

—Es la verdad, abuela, créeme. Todo el mundo habla de eso.

—¿Estás completamente seguro?

—Sí, señora. Y arriba, en el templo, están buscando a Otsū. También ella ha desaparecido. Todo el mundo corre de un lado a otro, lanzando gritos.

El efecto visible de la noticia fue pintoresco. El rostro de Osugi fue palideciendo a medida que las llamas del soplillo ardiente pasaban del rojo al azul y luego al violeta. Pronto sus mejillas parecieron haber perdido toda su sangre, hasta tal punto que Heita retrocedió asustado.

—¡Heita!

—¿Qué?

—Corre tan rápido como te lo permitan las piernas. Ve en busca de tu padre ahora mismo. Luego baja a la orilla del río y busca al tío Gon. ¡Date prisa! —A Osugi le temblaba la voz.

Antes de que Heita alcanzara el portal, llegó una multitud de aldeanos que hablaban en voces bajas y refunfuñaban. Entre ellos se encontraba el yerno de Osugi, el tío Gon, otros familiares y varios agricultores.

—Esa chica, Otsū, ha huido también, ¿no es cierto?

—¡Y Takuan tampoco está en ninguna parte!

—La verdad es que el asunto es bastante chistoso.

—¡No hay duda de que los tres han tramado esto!

—Me pregunto qué hará la anciana. ¡Está en juego el honor de su familia!

El yerno y el tío Gon, armados con lanzas heredadas de sus antepasados, miraban hacia la casa sin comprender. Antes de que pudieran hacer nada necesitaban orientación, por lo que permanecían allí sin moverse, inquietos, esperando que saliera Osugi y les diese órdenes.

—Abuela —gritó alguien finalmente—, ¿aún no te has enterado de la noticia?

—En seguida voy —replicó la anciana—. Quedaos ahí quietos y esperad.

Osugi se puso en seguida a la altura de las circunstancias.

Cuando comprendió que la terrible noticia debía ser cierta, le hirvió la sangre, pero logró dominarse lo suficiente para hincarse de rodillas ante el altar familiar. Tras elevar en silencio una plegaria de súplica, alzó la cabeza, abrió los ojos y se volvió. Calmosamente abrió las puertas del arca de las espadas, tiró de un cajón y sacó un arma preciada. Ya se había vestido con un atuendo apropiado para emprender la caza de un hombre, y entonces deslizó la corta espada en su obi y fue a la entrada, donde se ató con cuidado las correas de sus sandalias alrededor de los tobillos.

El temeroso silencio que la saludó cuando se aproximaba al portal evidenciaba que los hombres sabían por qué se había vestido de aquella manera. La testaruda anciana estaba decidida y más que dispuesta a vengar el insulto contra su casa.

—Todo saldrá bien —les aseguró con la voz entrecortada—. Yo misma perseguiré a esa picara desvergonzada y me encargaré de que reciba el castigo que merece. —Tras decir estas palabras, se calló y apretó los dientes.

La mujer avanzaba ya por el camino antes de que hablara uno de los recién llegados.

—Si la anciana va, nosotros también debemos ir.

Todos los familiares y agricultores arrendatarios se levantaron y caminaron detrás de su esforzada matriarca. Armándose sobre la marcha con palos, fueron directamente al puerto de montaña de Nakayama, sin hacer un solo alto para

descansar. Llegaron poco antes del mediodía, y una vez allí descubrieron que era demasiado tarde.

—¡Les hemos permitido huir! —gritó un hombre. La muchedumbre hervía de cólera. Para aumentar su frustración, se les acercó un oficial fronterizo para informarles de que un grupo tan numeroso no podía pasar.

El tío Gon se adelantó y suplicó con vehemencia al oficial, diciéndole que Takezō era un criminal, Otsū una malvada y que Takuan estaba loco.

—Si ahora dejamos las cosas como están —le explicó—, mancharemos el nombre de nuestros antepasados. Nunca podremos levantar nuestras cabezas, seremos el hazmerreír del pueblo. Incluso podría ser que la familia Hon'iden tuviera que abandonar la región.

El oficial replicó que comprendía sus apuros pero no podía hacer nada por ayudarles. La ley es la ley. Quizá podría enviar una solicitud a Himeji y conseguirles un permiso especial para cruzar la frontera, pero eso llevaría tiempo.

Tras deliberar con sus familiares y agricultores, Osugi se acercó al oficial y le preguntó:

—En ese caso, ¿hay alguna razón por la que nosotros dos, yo misma y el tío Gon, no podamos seguir adelante?

—Está permitido el paso de hasta cinco personas.

Osugi hizo un gesto de asentimiento. Entonces, aunque parecía como si estuviera a punto de efectuar una conmovedora despedida, pidió muy flemática a sus seguidores que se agruparan en torno a ella. Ellos obedecieron y se quedaron mirando atentamente su boca de labios delgados y los dientes grandes y saltones. Cuando todos guardaban silencio, les habló así:

—No hay motivo para que estéis acongojados. Incluso antes de que partiéramos preví que sucedería algo así. Cuando me ceñí esta espada corta, una de las reliquias más preciadas de la familia Hon'iden, me arrodillé ante las tablillas conmemorativas de nuestros antepasados y me despedí formalmente de ellos. También hice dos promesas. Una es que alcanzaré y castigaré a la hembra descarada que ha manchado de barro nuestro nombre. La otra es que averiguaré, aunque muera en el empeño, si mi hijo Matahachi está vivo, y si lo está le traeré a casa para que siga llevando el nombre de la familia. He jurado que lo haré, aunque tenga que echarle una cuerda alrededor del cuello y traerle a rastras a casa. Mi hijo no sólo tiene obligaciones hacia mí y nuestros muertos, sino también hacia vosotros. Entonces buscará una esposa cien veces mejor que Otsū y borrará para siempre el recuerdo de su ignominia, de modo que los aldeanos vuelvan a reconocer nuestra casa como noble y honorable.

Mientras aplaudían y lanzaban vítores, un hombre emitió un sonido que parecía un gemido. Osugi miró fijamente a su yerno.

—Ahora el tío Gon y yo somos lo bastante viejos para retirarnos —siguió

diciendo—. Ambos estamos de acuerdo en todo lo que he prometido hacer, y también él está resuelto a hacerlo, aunque eso signifique pasar dos o tres años sin hacer nada más, incluso si requiere que nos desplacemos a lo largo y ancho del país. Mientras esté ausente, mi yerno ocupará mi lugar como jefe de la casa. Debéis prometerme que durante ese tiempo trabajaréis con tanto ahínco como siempre. No quiero oír que cualquiera de vosotros ha descuidado a los gusanos de seda o dejado que crezcan los hierbajos en los campos. ¿Entendido?

El tío Gon tenía casi cincuenta años y Osugi era diez años mayor que él. Los reunidos parecían dudar de que debieran dejarlos ir solos, puesto que, con toda evidencia, tendrían todas las de perder si llegaban a dar con Takezō y se enfrentaban con él. Todos imaginaban que era un loco que les atacaría y mataría sólo por el olor de la sangre.

—¿No sería mejor que os llevaseis a tres hombres jóvenes con vosotros? —sugirió alguien—. El oficial ha dicho que pueden pasar cinco.

La anciana sacudió la cabeza con vehemencia.

—No necesito ninguna ayuda. Jamás la he necesitado y jamás la necesitaré. ¡Ja! ¡Todo el mundo cree que Takezō es fuerte, pero no me asusta! No es más que un mocoso, sin mucho más pelo encima que cuando era pequeño. Cierto que no estoy a su altura en fuerza física, pero no he perdido mi ingenio y todavía puedo burlar a uno o dos enemigos. Tampoco el tío Gon es todavía senil. Ya os he dicho lo que voy a hacer —añadió, señalándose la nariz con el dedo índice—, y voy a hacerlo. En cuanto a vosotros, no tenéis nada más que hacer que ir a casa, así que volved y cuidad de todo hasta nuestro regreso.

De esta manera los despidió, tras lo cual se encaminó a la barrera. Nadie intentó detenerla una vez más. Les gritaron adiós y contemplaron a la pareja que iniciaba su viaje hacia el este, por la ladera de la montaña.

—Desde luego, la vieja tiene redaños —observó alguien.

Otro hombre ahuecó las manos alrededor de la boca y gritó:

—Si enfermáis, enviad un mensajero al pueblo.

Un tercero les gritó solícitamente que se cuidaran.

Cuando ya no podían oír sus voces, Osugi se volvió al tío Gon.

—No tenemos por qué preocuparnos —le aseguró—. De todos modos vamos a morir antes que esos jóvenes.

—Tienes toda la razón —replicó él, convencido.

El tío Gon se ganaba la vida como cazador, pero en su juventud fue un samurai que participó, según contaba, en numerosas batallas sangrientas. Su piel seguía teniendo una saludable tonalidad rojiza y el cabello era tan negro como siempre. Se apellidaba Fuchikawa, mientras que Gon era una abreviatura de Gonroku, su nombre de pila. Como tío de Matahachi, era natural que le preocuparan y desconcertasen los

recientes acontecimientos.

—Abuela.

—¿Qué?

—Has tenido la previsión de vestirte adecuadamente para el viaje, pero yo sólo llevo mi ropa de diario. Tendré que hacer un alto en algún sitio para procurarme sandalias y un sombrero.

—A mitad de camino colina abajo hay una casa de té.

—¡Ah, claro! Sí, la recuerdo. Se llama Casa de Té Mikazuki, ¿no es cierto? Seguro que ahí tendrán lo que necesito.

Cuando llegaron al establecimiento les sorprendió ver que el sol empezaba a ponerse. Habían creído que les quedaban más horas diurnas por delante, puesto que los días se alargaban con la proximidad del verano y ello suponía más tiempo para actuar en aquel primer día en persecución del honor familiar perdido.

Tomaron té y descansaron un poco. Entonces, cuando Osugi depositaba el importe de la consumición, observó:

—Takano está demasiado lejos para llegar allí esta noche. No tendremos más remedio que dormir en las colchonetas apestosas de esa posada de carreteros en Shingū, aunque pasarnos toda la noche en blanco podría ser mejor que eso.

—Ahora necesitamos el sueño más que nunca —dijo Gonroku, al tiempo que se ponía en pie y encasquetaba el sombrero de paja que acababa de comprarse—. Prosigamos la marcha..., pero espera un momento.

—¿Por qué?

—Quiero llenar de agua este tubo de bambú.

Dio la vuelta al edificio y sumergió el tubo en un límpido arroyo, hasta que las burbujas dejaron de subir a la superficie. Cuando regresaba al camino que pasaba por delante de la casa de té, miró por una ventana lateral al mortecino interior, y se detuvo en seco, sorprendido al ver una forma humana tendida en el suelo y cubierta con una estera de paja. Un olor medicinal impregnaba el aire. Gonroku no pudo verle el rostro, pero distinguió una larga cabellera negra desparramada en todas direcciones sobre la almohada.

—¡Date prisa, tío Gon! —gritó Osugi con impaciencia.

—Ya voy.

—¿Qué estabas haciendo?

—Parece ser que hay alguien enfermo ahí dentro —respondió el hombre, caminando tras ella como un perro sumiso.

—¿Qué tiene eso de raro? Es tan fácil distraerte como a un niño.

—Te pido perdón —se apresuró a decir él.

Estaba tan intimidado por Osugi como cualquiera de sus conocidos, pero sabía cómo tratarla mejor que nadie.

Descendieron por la pendiente bastante pronunciada que conducía a la carretera de Harima, la cual, recorrida a diario por caballos de carga procedentes de las minas de plata, estaba llena de baches.

—Cuidado, abuela, no vayas a caerte —le aconsejó Gon.

—¡Cómo te atreves a decirme tal cosa! Puedo caminar por esta carretera con los ojos cerrados. Eres tú quien ha de tener cuidado, viejo estúpido.

En aquel momento les saludó una voz a sus espaldas.

—Vaya, los dos estáis la mar de ágiles, ¿no es cierto?

Al volverse vieron al dueño de la casa de té montado a caballo.

—Ya lo creo. Acabamos de descansar en tu local, gracias. ¿Adonde te diriges?

—A Tatsuno.

—¿A estas horas?

—No hay ningún médico entre aquí y ese lugar. Incluso a caballo, me llevará por lo menos hasta medianoche.

—¿Es tu esposa la enferma?

—Oh, no —dijo el hombre con el ceño fruncido—. Si fuese mi esposa o uno de mis hijos no me importaría hacer este viaje. Pero es una gran molestia hacerlo por una desconocida, alguien que se detuvo aquí para descansar.

—Ah, ¿es la muchacha que está en la habitación trasera? —dijo el tío Gon—. He echado un vistazo dentro y la he visto.

Ahora las cejas de Osugi también estaban juntas.

—Sí —dijo el tendero—. Empezó a temblar mientras descansaba, así que le ofrecí la habitación trasera para que se acostara. Me pareció que debía hacer algo... En fin, no ha mejorado nada, e incluso parece encontrarse mucho peor. Está ardiendo de fiebre y me temo que su estado es grave.

Osugi se paró en seco.

—¿Tiene unos dieciséis años y es muy delgada?

—Sí, ésa debe de ser su edad. Dice que procede de Miyamoto.

Osugi guiñó un ojo a Gonroku y se puso a buscar algo en el interior de su obi. Una expresión afligida apareció en su rostro mientras exclamaba:

—¡Ah, me lo he dejado en la casa de té!

—¿Qué es lo que te has dejado?

—Mi rosario. Ahora lo recuerdo... Lo dejé sobre un taburete.

—Es una pena —dijo el tendero, haciendo dar la vuelta a su caballo—. Iré a buscarlo.

—¡No, no! Tienes que ir en busca del médico. Esa muchacha enferma es más importante que mi rosario. Nosotros mismos iremos a buscarlo.

El tío Gon ya se había puesto en camino, dando grandes zancadas cuesta arriba. En cuanto Osugi se separó del solícito dueño de la casa de té, corrió hasta darle

alcance. Poco después ambos resoplaban y jadeaban. ¡La enferma tenía que ser Otsū!

Lo cierto era que Otsū no se había recuperado de la fiebre que contrajo la noche de la tormenta, cuando se la llevaron a rastras al interior del templo. De alguna manera había olvidado que estaba enferma durante las pocas horas que pasó con Takezō, pero cuando éste se marchó, ella sólo pudo recorrer un corto trecho antes de que empezara a sucumbir al dolor y la fatiga. Cuando llegó a la casa de té, estaba extenuada.

No sabía cuánto tiempo llevaba acostada en la habitación trasera, delirante y rogando que le dieran agua una y otra vez. Antes de marcharse, el tendero entró a verla y le pidió encarecidamente que aguantara hasta que él volviera con el médico. Momentos después ella ni se acordaba de que el hombre le había hablado.

Tenía la boca muy seca y como si estuviera llena de espinas.

—Por favor, señor, déme agua —pidió con voz débil.

Al no oír respuesta alguna, se irguió sobre los codos y estiró el cuello hacia el depósito de agua, que estaba justamente al otro lado de la puerta. Se arrastró poco a poco hasta llegar allí, pero cuando cogía el cazo de bambú para tomar el agua, oyó que en alguna parte, detrás de ella, se desprendía una contraventana. La casa de té era poco más que una choza de montaña, y no había nada en ella para impedir que cualquiera levantara una o todas las contraventanas mal encajadas.

Osugi y el tío Gon entraron por la abertura dando traspiés.

—No veo nada —se quejó la anciana, creyendo que lo decía en un susurro.

—Espera un momento —replicó Gon, el cual se encaminó a la sala del hogar, agitó los rescoldos y echó un poco de leña para que el fuego les iluminara—. ¡No está aquí, abuela!

—¡Tiene que estar! ¡No puede haber salido!

Casi de inmediato, Osugi observó que la puerta de la habitación trasera estaba entornada.

—¡Mira, ahí afuera! —gritó.

Otsū, que estaba en pie al otro lado de la puerta, arrojó el agua del cazo, por la estrecha abertura, al rostro de la anciana, y bajó corriendo la cuesta como un pájaro impulsado por el viento, las mangas y la falda del kimono aleteando tras ella.

Osugi se apresuró a salir y lanzó una imprecación.

—Gon, Gon... ¡Vamos, haz algo!

—¿Se ha escapado?

—¡Pues claro! Desde luego, la hemos puesto bien sobre aviso, con todo ese ruido. ¡Tenías que desprender la contraventana! —La ira contorsionaba el rostro de la anciana—. ¿No puedes hacer algo?

El tío Gon dirigió su atención a la forma, semejante a la de un ciervo, que huía a lo lejos. Alzó un brazo y señaló.

—Es ella, ¿verdad? No te preocupes, no nos lleva mucha ventaja. Está enferma y, en cualquier caso, sólo tiene las piernas de una niña. La atraparé en seguida.

Bajó la cabeza, dirigiendo la barbilla hacia el pecho, y echó a correr. Osugi le siguió de cerca.

—¡Tío Gon! —le gritó—. Puedes emplear la espada con ella, pero no le cortes la cabeza hasta después de que haya tenido oportunidad de decirle lo que pienso.

De repente el tío Gon lanzó un grito de consternación y se puso a cuatro patas.

—¿Qué sucede? —le preguntó Osugi cuando llegó a su lado.

—Mira ahí abajo.

Osugi obedeció. Delante de ellos había un pronunciado declive que daba a un barranco cubierto de bambúes.

—¿Se ha lanzado ahí?

—Sí. No creo que sea muy hondo, pero está demasiado oscuro para saberlo. Tendré que volver a la casa de té y buscar una antorcha.

Mientras estaba arrodillada examinando el barranco, Osugi le gritó:

—¿A qué estás esperando, imbécil? —y le dio un fuerte empujón. Se oyó un ruido de pies que trataban de encontrar un asidero y se movían desesperadamente antes de llegar al fondo del barranco.

—¡Vieja bruja! —gritó encolerizado el tío Gon—. ¡Ahora baja tú aquí! ¡A ver si te gusta!

Takezō estaba sentado en una gran roca y, cruzado de brazos, contemplaba la prisión militar de Hinagura, al otro lado del valle. Pensaba que bajo uno de aquellos tejados tenían prisionera a su hermana, pero él llevaba sentado allí desde el alba al anochecer del día anterior y toda aquella jornada, incapaz de idear un plan para rescatarla. Pensó que seguiría sentado allí hasta que tuviera la certeza de lo que debía hacer.

Sus cavilaciones le habían permitido confiar en que podría burlar a los cincuenta o cien soldados que protegían la prisión militar, pero las características del terreno seguían preocupándole. No sólo tenía que entrar en el edificio sino también huir de él, y las perspectivas no eran nada halagüeñas: detrás de la prisión había una garganta profunda y, por delante, el camino que conducía al edificio estaba bien protegido por un doble portal. Para empeorar las cosas, él y su hermana se verían obligados a huir por una llanura sin un solo árbol tras el que ocultarse. En un día sin nubes como aquél, sería difícil encontrar un blanco mejor.

Así pues, la situación exigía un ataque nocturno, pero Takezō había observado que antes de la puesta del sol cerraban las puertas, y sin duda cualquier intento de forzarlas con una palanqueta haría sonar una cacófona alarma de matracas de madera. No parecía existir ningún medio seguro de entrar subrepticiamente en la fortaleza.

«No hay manera —se dijo Takezō con tristeza—. Aunque arriesgara mi vida y la

de ella, sería inútil. —Se sentía humillado e impotente—. ¿Cómo he llegado a ser tan cobarde? Hace una semana ni siquiera habría pensado en las posibilidades de salir con vida.»

Durante otra media jornada siguió con los brazos cruzados sobre el pecho, como si los tuviera trabados. Temía algo indefinible y dudaba en acercarse más a la prisión. Una y otra vez se reconvenía:

«He perdido el valor. Yo nunca he sido así. Es posible que ver la cara de la muerte convierta a cualquiera en un cobarde.»

Sacudió la cabeza. No, no se trataba de eso. No era cobardía. Simplemente había aprendido su lección, la que Takuan se había empeñado tanto en enseñarle, y ahora podía ver las cosas más claramente. Experimentaba un nuevo sosiego, una sensación de paz, que parecía fluir por su pecho como un plácido río. Ser valiente era algo muy distinto de ser fiero. Ahora se daba cuenta de ello. No se sentía como un animal sino como un hombre, un hombre valeroso que ha superado su temeridad adolescente. La vida que le había sido concedida era algo que debía ser atesorado y protegido, pulimentado y perfeccionado.

Contempló el hermoso y claro cielo, cuyo color por sí solo parecía un milagro. Sin embargo, no podía dejar a su hermana abandonada, aunque ello significara violar, por última vez, el precioso conocimiento de sí mismo que tan reciente y dolorosamente había adquirido.

Un plan empezó a tomar forma en su mente. «Cuando se haga de noche, cruzaré el valle y treparé al risco por el otro lado. La barrera natural podría ser una bendición disfrazada. No hay ningún portal trasero, y esa parte no parece muy vigilada.»

Apenas había llegado a esta decisión cuando una flecha voló hacia él y se clavó en el suelo a escasa distancia de sus pies. Miró a través del valle y distinguió una multitud de hombres que iban de un lado a otro dentro de la prisión militar. Era evidente que le habían descubierto. Los hombres se dispersaron casi de inmediato. Takezō supuso que había sido un flechazo de prueba, para ver cómo reaccionaba, y permaneció deliberadamente inmóvil donde estaba.

Poco después, la luz del sol nocturno empezó a desvanecerse detrás de las cumbres de las montañas occidentales. Poco antes de que oscureciera, se levantó y cogió una piedra. Había localizado su cena volando por encima de su cabeza. Derribó el ave a la primera, la descuartizó y hundió los dientes en la cálida carne.

Mientras comía, unos veinte soldados se colocaron silenciosamente en posición, rodeándole. Una vez colocados lanzaron un grito de batalla y un hombre gritó:

—¡Es Takezō! ¡Takezō de Miyamoto!

—¡Es peligroso! ¡No le subestiméis! —les advirtió otro.

Takezō alzó la vista de su festín de pájaro crudo y dirigió una mirada asesina a sus aspirantes a captores, la misma mirada de las fieras al ser molestadas cuando

están comiendo.

—¡Aahh! —gritó, al tiempo que cogía una piedra enorme y la arrojaba al perímetro de aquella muralla humana.

La sangre de los hombres alcanzados tiñó la piedra de rojo, y en un instante Takezō pasó por encima de ellos y se alejó en línea recta hacia la puerta de la prisión.

Los hombres se quedaron pasmados.

—¿Qué está haciendo?

—¿Adonde va ese necio?

—¡No está en su sano juicio!

Voló como una libélula alocada, perseguido por los soldados, que lanzaban gritos de guerra. Sin embargo, cuando llegaron al portal exterior, Takezō ya había saltado por encima, y ahora se encontraba entre los dos portales, en una especie de jaula. Los ojos de Takezō no lo vieron así, como tampoco veían a sus perseguidores en el muro ni a los guardianes al otro lado de la segunda puerta. Ni siquiera tenía conciencia de que, de un solo golpe, había derribado al centinela que intentó detenerle. Con una fuerza casi sobrehumana, arrancó un poste del portal interior, agitándolo furiosamente hasta que pudo extraerlo del suelo. Entonces se volvió hacia sus perseguidores. Desconocía su número, todo lo que sabía era que algo grande y negro le atacaba. Apuntando lo mejor que pudo, golpeó a la masa amorfa con el poste, rompiendo buen número de lanzas y espadas, que volaron por el aire y cayeron inútiles al suelo.

—¡Ogin! —exclamó Takezō, corriendo hacia el fondo de la prisión—. ¡Ogin, soy yo..., Takezō!

Examinó furibundo los edificios, llamando repetidas veces a su hermana, y se preguntó con pánico si todo aquello habría sido una trampa. Con el grueso poste empezó a derribar las puertas una tras otra. Las aves de corral graznaban y corrían en todas direcciones para ponerse a salvo.

—¡Ogin!

No lograba localizarla, y sus ásperos gritos se hacían casi ininteligibles.

En la penumbra de una de las celdas pequeñas y sucias vio a un hombre que intentaba escabullirse.

—¡Alto! —le conminó, arrojando el poste ensangrentado a los pies de aquella criatura que recordaba a una comadreja. Cuando se abalanzó contra él, el hombre se echó a llorar sin pudor. Takezō le dio una bofetada—. ¿Dónde está mi hermana? —rugió—. ¿Qué le han hecho? ¡Dime dónde está o te mato de una paliza!

—Ella... no está aquí. Se la llevaron anteayer. Órdenes del castillo.

—¿Adonde, desgraciado, adonde?

—A Himeji.

—¿Himeji?

—Ssí...

—Como sea falso te... —Agarró al tipo lloriqueante por el cabello.

—Es cierto..., cierto. ¡Lo juro!

—¡Será mejor que lo sea, o volveré a por ti!

Los soldados se acercaban de nuevo, y Takezō levantó al hombre del suelo y lo arrojó contra ellos. Entonces desapareció en las sombras de las oscuras celdas. Media docena de flechas pasaron por su lado, y una de ellas se clavó como una gigantesca aguja de coser en la falda de su kimono. Takezō se mordió la uña del pulgar y observó el paso de las flechas. Entonces, repentinamente, echó a correr hacia el muro y saltó por encima en un instante.

A sus espaldas se oyó una fuerte explosión. El eco del arma de fuego retumbó en el valle.

Takezō recorrió velozmente la garganta, y mientras corría fragmentos de las enseñanzas de Takuan pasaban por su mente: «Aprende a temer lo que es temible... La fuerza bruta es un juego de niños, la fuerza inconsciente de las bestias... Ten la fuerza del verdadero guerrero..., el auténtico valor... La vida es preciosa».

El nacimiento de Musashi

Takezō aguardaba en las afueras de la ciudad fortificada de Himeji, ocultándose de vez en cuando bajo el puente Hanada, pero en general permanecía sobre el puente, examinando discretamente a los transeúntes. Cuando no estaba en las proximidades del puente, efectuaba breves recorridos alrededor de la ciudad, procurando mantener el sombrero bajo y el rostro oculto, como un mendigo, por un trozo de estera de paja.

Le desconcertaba que Otsū no apareciera todavía. Sólo había transcurrido una semana desde que le juró que le esperaría allí..., no cien sino mil días. Takezō detestaba incumplir sus promesas, pero a cada momento que pasaba se sentía más tentado a ponerse en marcha, aunque su promesa a Otsū no era la única razón que le había llevado a Himeji. También debía averiguar dónde tenían prisionera a Ogin.

Un día estaba cerca del centro de la ciudad cuando oyó gritar su nombre y unas pisadas que corrían tras él. Se volvió bruscamente y vio que Takuan se le acercaba.

—¡Espera, Takezō!

Takezō se sobresaltó y, como solía ocurrirle en presencia de aquel monje, se sintió un tanto humillado. Había creído que su disfraz era infalible y tenido la seguridad de que nadie, ni siquiera Takuan, le reconocería.

El monje le cogió de la muñeca.

—Ven conmigo —le ordenó. Era imposible ignorar su tono imperioso—. Y no me pongas en ningún aprieto. He pasado mucho tiempo buscándote.

Takezō le siguió dócilmente. No sabía adonde iban, pero una vez más fue incapaz de oponer resistencia a aquel hombre peculiar, y se preguntó por qué. Ahora era libre, y todo apuntaba a que regresaban en línea recta al temido árbol de Miyamoto, o tal vez a las mazmorras de un castillo. Sospechaba que tenían encerrada a su hermana en algún lugar del castillo, pero carecía de cualquier prueba en apoyo de esa suposición. Confiaba en que estuviera en lo cierto, y si también a él lo llevaban allí, por lo menos podrían morir juntos. Si debían morir, no había nadie más a quien él amara lo suficiente para compartir los últimos momentos de su preciosa vida.

El castillo de Himeji se alzaba ante él, y ahora comprendía por qué lo llamaban el «castillo de la grulla blanca». El majestuoso edificio se elevaba sobre enormes murallas de piedra, como un ave grande y orgullosa que hubiera descendido de los cielos. Takuan le precedió a lo largo del ancho puente arqueado tendido sobre el foso externo. Una hilera de guardianes estaban en posición de firmes ante la puerta con remaches de hierro. La luz del sol que se reflejaba en las puntas de sus lanzas hizo titubear un instante a Takezō. Takuan lo percibió, sin volverse siquiera, y con un gesto de ligera impaciencia le instó a seguir adelante. Pasaron bajo la torrecilla del portal exterior y se aproximaron al segundo portal, donde los soldados parecían incluso más tensos y vigilantes, preparados para luchar de inmediato en cuanto se lo

ordenaran. Aquél era el castillo de un daimyō, y sus habitantes tardarían algún tiempo en relajarse y aceptar el hecho de que el país había sido unificado con éxito. Como tantos otros castillos de la época, distaba mucho de haberse acostumbrado al lujo de la paz.

Takuan mandó avisar al capitán de la guardia.

—Le he traído —anunció. Entregándole a Takezō, aconsejó al oficial que le cuidara bien, como antes le había dicho, pero añadió—: Ten cuidado. Es un cachorro de león con colmillos y está lejos de haber sido domado. Si le jorobas, te morderá.

Takuan cruzó el segundo portal hasta el edificio central, donde estaba situada la mansión del daimyō. Al parecer, conocía bien el camino, pues no necesitaba guía ni instrucciones. Apenas alzaba la cabeza al andar y nadie interrumpía su avance.

Siguiendo el consejo de Takuan, el capitán no puso un solo dedo en el joven que acababan de confiarle, y se limitó a pedirle que le siguiera. Takezō le obedeció en silencio. Pronto llegaron a un baño y el capitán le dijo que entrara y se lavase. Entonces la espina dorsal de Takezō se puso rígida, pues recordaba demasiado bien su último baño, en casa de Osugi, y la trampa de la que había escapado por los pelos. Se cruzó de brazos e intentó pensar, haciendo tiempo e inspeccionando el entorno. Reinaba allí una gran paz, era una isla de tranquilidad donde un daimyō, cuando no estaba maquinando estrategias, podía disfrutar de los lujos de la vida. Pronto llegó un criado con un kimono y un hakama de algodón, hizo una reverencia y dijo cortésmente:

—Dejo aquí estas prendas. Puedes ponértelas cuando salgas.

Takezō estuvo a punto de llorar. El atavío no sólo incluía un abanico plegable y algunas hojas de papel de seda, sino también un par de espadas de samurai, una larga y la otra corta. Todo era sencillo y barato, pero no faltaba nada. Volvían a tratarle como a un ser humano, y deseó llevarse el limpio paño de algodón a la cara, restregarse las mejillas e inhalar su frescura. Se volvió y entró en el baño.

Ikeda Terumasa, señor del castillo, estaba inclinado sobre un apoyabrazos, contemplando el jardín. Era un hombre de corta estatura, con la cabeza limpiamente afeitada y oscuras picaduras de viruela en la cara. Aunque no llevaba un atuendo formal, su semblante era severo y solemne.

—¿Es él? —preguntó a Takuan, señalando con su abanico plegado.

—Sí, es él —respondió el monje, haciendo una reverencia.

—Tiene una hermosa cara. Hiciste bien en salvarle.

—Os debe la vida a vos, vuestra señoría, no a mí.

—Eso no es cierto, Takuan, y tú lo sabes. Si sólo tuviera un puñado de hombres como tú bajo mi mando, sin duda se salvaría mucha gente útil y el mundo se beneficiaría de ello. —El daimyō suspiró—. Mi problema es que todos mis hombres creen que su único deber es atar a la gente o decapitarla.

Una hora después, Takezō estaba sentado en el jardín, más allá de la terraza, con la cabeza inclinada y las manos planas sobre las rodillas, en una actitud de respetuosa atención.

—Te llamas Shimmen Takezō, ¿no es cierto? —le preguntó el señor Ikeda.

Takezō alzó la vista rápidamente para ver el rostro del hombre famoso, y volvió a bajar respetuosamente los ojos.

—Sí, señor —respondió con voz clara.

—La casa de Shimmen es una rama de la familia Akamatsu y, como bien sabes, Akamatsu Masanori fue en otro tiempo señor de este castillo.

Takezō sintió que se le secaba la garganta. Por una vez no sabía qué decir. Siempre se había considerado como la oveja negra de la familia Shimmen, sin especiales sentimientos de respeto ni temor hacia el daimyō. No obstante, ahora se sentía avergonzado por ser el causante de un deshonor tan completo sobre sus antepasados y el nombre de su familia. Le ardían las mejillas.

—Lo que has hecho es inexcusable —siguió diciendo Terumasa en un tono más severo.

—Sí, señor.

—Y voy a tener que castigarte por ello. —Volviéndose hacia Takuan, le preguntó—: ¿Es cierto que mi servidor Aoki Tanzaemon te prometió sin mi permiso que, si capturabas a este hombre, podrías decidir e imponerle su castigo?

—Creo que lo mejor será que preguntéis eso directamente a Tanzaemon.

—Ya le he interrogado.

—¿Creísteis entonces que yo os mentiría?

—Claro que no. Tanzaemon ha confesado, pero deseaba tu confirmación. Puesto que es mi vasallo directo, el juramento que te hizo es también mi propio juramento. En consecuencia, aunque soy el señor de este feudo, he perdido mi derecho de penalizar a Takezō como lo considere oportuno. Por supuesto, no permitiré que se quede sin castigo, pero te corresponde a ti determinar la forma de ese castigo.

—Muy bien. Eso es exactamente lo que pensaba.

—Entonces supongo que has reflexionado en el asunto. Bien, ¿qué vamos a hacer con él?

—Creo que lo mejor sería poner al prisionero en..., ¿cómo diríamos?..., en «apuros» durante algún tiempo.

—¿Y cómo te propones hacer eso?

—Creo que en algún lugar de este castillo hay una habitación cerrada, de la que se rumorea desde hace mucho que está embrujada.

—Así es, en efecto. Los criados se negaban a entrar en ella y mis hombres la evitaban continuamente, así que quedó inutilizada. Ahora la dejo tal como está, puesto que no hay motivo para abrirla de nuevo.

—Pero ¿no creéis que está por debajo de la dignidad de uno de los más fuertes guerreros en el reino Tokugawa que vos, Ikeda Terumasa, tengáis en vuestro castillo una habitación donde jamás entra la luz?

—Nunca lo había considerado de esa manera.

—Pues bien, así es como piensa la gente. Es una mancha sobre vuestra autoridad y prestigio. Creo que deberíamos poner una luz ahí.

—Humm.

—Si me permitís hacer uso de esa cámara, encerraré a Takezō en ella hasta que esté dispuesto a perdonarle. Ya ha vivido demasiado tiempo en una oscuridad total. ¿Has oído, Takezō?

El aludido no dijo nada, pero Terumasa se echó a reír y dijo:

—¡Estupendo!

Por su excelente entendimiento, era evidente que Takuan había dicho a Aoki Tanzaemon la verdad aquella noche en el templo. Él y Terumasa, ambos seguidores del budismo zen, parecían tener una relación amistosa, casi fraternal.

—Tras haberle llevado a su nuevo aposento, ¿por qué no te reúnes conmigo en la casa de té? —preguntó Terumasa al monje cuando éste se levantó para marcharse.

—Ah, ¿queréis demostrar una vez más lo inepto que sois en la ceremonia del té?

—Eso no es justo, Takuan. Últimamente he empezado a cogerle el tino. Ven más tarde y te demostraré que ya no soy simplemente un rudo soldado. Te estaré esperando.

Dicho esto, Terumasa se retiró al interior de la mansión. A pesar de su corta estatura —apenas llegaba a los cinco pies de altura— su presencia parecía llenar el castillo con sus muchos pisos.

En la torre del homenaje, donde se encontraba la habitación embrujada, la oscuridad era siempre completa. Allí no había calendario: ni primavera ni otoño ni los sonidos de la vida cotidiana. Tan sólo había una pequeña lámpara que iluminaba al pálido y cetrino Takezō. La sección sobre topografía de l Arte de la guerra de Sun-tzu estaba abierta sobre la mesa baja, ante él. Sun-tzu dijo:

Entre los aspectos topográficos,
Los hay que son transitables.
Los hay que están suspendidos.
Los hay que confinan.
Los hay que son empinados.
Los hay que son lejanos.

Cada vez que llegaba a un pasaje que le atraía de una manera especial, como éste, lo leía en voz alta una y otra vez, como si fuese un cántico.

Quien conoce el arte del guerrero no se confunde en sus movimientos. Actúa y no está confinado.

En consecuencia, Sun-tzu dijo: «Quien se conoce a sí mismo y conoce a su enemigo vence sin peligro. Quien conoce los cielos y la tierra vence sobre todos».

Cuando la fatiga le empañaba la visión, se enjuagaba los ojos con agua fría de un pequeño cuenco que tenía a su lado. Si el aceite se agotaba y el pabilo de la lámpara chisporroteaba, se limitaba a apagarla. Sobre la mesa había una montaña de libros, unos en japonés y otros en chino, textos de zen y volúmenes sobre la historia de Japón. Takezō estaba prácticamente sepultado en aquellos tomos eruditos, todos ellos tomados en préstamo de la biblioteca del señor Ikeda.

Cuando Takuan le sentenció a confinamiento, le dijo:

—Puedes leer tanto como quieras. Un famoso sacerdote de la antigüedad dijo cierta vez: «Me he sumido en las sagradas escrituras y leído miles de volúmenes. Cuando salgo de casa, observo que mi corazón ve más que antes». Considera esta habitación como la matriz de tu madre y prepárate para nacer de nuevo. Si la miras sólo con los ojos, no verás más que una celda oscura y cerrada. Pero vuelve a mirarla más atentamente, mírala con la mente y piensa. Esta estancia puede ser el manantial de la iluminación, la misma fuente del conocimiento hallado y enriquecido por los sabios del pasado. A ti te corresponde decidir si ha de ser una cámara de oscuridad o de luz.

Desde hacía tiempo Takezō había dejado de contar los días. Cuando hacía frío, era invierno; cuando hacía calor, verano. Sabía poco más que eso. La atmósfera era invariable, húmeda y con olor a cerrado, y las estaciones no influían en su vida. Sin embargo, casi estaba seguro de que la siguiente vez que las golondrinas acudieran a anidar en las troneras cerradas con tablas de la torre del homenaje, sería la primavera de su tercer año en la matriz.

«Voy a cumplir veintiún años», se decía y, presa del remordimiento, se lamentaba: «¿Qué he hecho en estos veintiún años?». A veces, el recuerdo de sus primeros años le oprimía implacable, sumiéndole en la aflicción. Entonces sollozaba, agitaba los brazos y daba puntapiés, y en ocasiones lloraba como una criatura. Se pasaba días enteros angustiado, y salía de esos períodos agotado y exánime, con el cabello enmarañado y el corazón desgarrado.

Por fin, un día, oyó que las golondrinas regresaban a los aleros de la torre del homenaje. Una vez más, la primavera había llegado a través de los mares.

Poco después de su llegada, una voz, que ahora tenía un sonido extraño, casi

doloroso al oído, le preguntó:

—¿Estás bien, Takezō?

La familiar cabeza de Takuan apareció en lo alto de la escalera. Sorprendido y demasiado conmovido para que pudiera decir nada, Takezō le cogió de la manga del kimono y tiró de él para que entrara en la habitación. Los sirvientes que le traían la comida nunca le habían dicho una sola palabra. Le llenaba de alegría oír otra voz humana, en especial aquélla.

—Acabo de regresar de un viaje —le dijo Takuan—. Éste es tu tercer año aquí, y he decidido que, tras una gestación tan larga, ya debes estar bastante bien formado.

—Te estoy agradecido por tu bondad, Takuan. Ahora comprendo lo que has hecho. ¿Cómo podré jamás agradecértelo?

—¿Agradecérmelo? —replicó Takuan con incredulidad. Entonces se echó a reír —. ¡Aunque no hayas tenido a nadie con quien conversar salvo tú mismo, lo cierto es que has aprendido a hablar como un ser humano! ¡Muy bien! Hoy saldrás de aquí, y hazlo apretando contra el pecho el conocimiento que tan duramente has conseguido. Te hará falta cuando salgas al mundo y te mezcles con tus congéneres.

Sin darle tiempo a cambiarse, Takuan acompañó a Takezō ante el señor Ikeda. Si en la audiencia anterior estuvo relegado en el jardín, ahora le destinaron un lugar en la terraza. Tras los saludos y un poco de charla informal, Terumasa no perdió tiempo y preguntó a Takezō si quería servirle como su vasallo.

Takezō rechazó la proposición. Explicó que era un gran honor para él, pero no creía estar aún en condiciones de entrar al servicio de un daimyō.

—Y si lo hiciera en este castillo —añadió—, probablemente los fantasmas empezarían a aparecer cada noche en la habitación cerrada, como dice todo el mundo que ocurre.

—¿Por qué dices eso? ¿Acaso se han presentado para hacerte compañía?

—Si tomáis una lámpara e inspeccionáis minuciosamente la habitación, veréis unas manchas negras que salpican las puertas y las vigas. Parece laca, pero no lo es, sino sangre humana, y es muy probable que sea sangre derramada por los Akamatsu, mis antepasados, cuando fueron derrotados en este castillo.

—Humm. Es muy posible que tengas razón.

—Ver esas manchas me enfureció. Me hirvió la sangre al pensar que mis antepasados, quienes en otro tiempo gobernaron toda esta región, acabaron siendo aniquilados y sus espíritus fueron diseminados por los vientos otoñales. Murieron violentamente, pero eran un clan poderoso y pueden ser despertados.

—La misma sangre corre por mis venas —siguió diciendo con vehemencia, la mirada ardiente—. Por indigno que sea, soy miembro del mismo clan, y si me quedo en este castillo, los fantasmas pueden despertarse y tratar de alcanzarme. En cierto sentido, ya lo han hecho en esa habitación, al hacerme ver con toda claridad quién

soy. Pero podrían provocar el caos, tal vez rebelarse e incluso causar otro baño de sangre. No estamos en una era de paz. Estoy en deuda con las gentes de esta región y no debo tentar a mis antepasados para que se venguen.

Terumasa asintió.

—Comprendo lo que quieres decir. Es mejor que abandones este castillo, pero ¿adonde irás? ¿Tienes intención de regresar a Miyamoto y establecerte allí?

Takezō sonrió.

—Quiero recorrer el mundo a solas durante algún tiempo.

—Ya veo —replicó el daimyō, y se volvió a Takuan—. Encárgate de que reciba dinero y ropas apropiadas —le ordenó.

Takuan hizo una reverencia.

—Permitidme que os dé las gracias por vuestra generosidad hacia el muchacho.

—¡Takuan! —Ikeda se echó a reír—. ¡Ésta es la primera vez que me agradeces alguna cosa dos veces!

—Supongo que es cierto. —Takuan sonrió, mostrando los dientes—. No volverá a suceder.

—Está muy bien que vagabundee un poco mientras todavía es joven —comentó Terumasa—. Pero ahora que se marcha solo, renacido, como tú has dicho, debería tener un nuevo apellido. Que sea Miyamoto, pues así nunca olvidará su lugar de nacimiento. A partir de ahora, Takezō, te llamarás Miyamoto.

Takezō apoyó las palmas en el suelo e hizo una profunda y larga reverencia.

—Sí, señor, así lo haré.

—También deberías cambiarte de nombre —intervino Takuan—. ¿Por qué no leer los caracteres chinos de tu nombre como «Musashi» en vez de «Takezō», ya que ambas lecturas son posibles? El nombre escrito no variará. Es conveniente que todo empiece de nuevo en este día de tu renacimiento.

Terumasa, que por entonces estaba de excelente humor, dio su aprobación con entusiasmo.

—¡Miyamoto Musashi! Es un buen nombre, muy bueno. Debemos brindar por él.

Pasaron a la habitación contigua, les sirvieron sake y los dos huéspedes acompañaron a su señoría hasta bien entrada la noche. Se reunieron con ellos varios miembros del séquito de Terumasa, y finalmente Takuan se levantó y ejecutó una antigua danza. Era un experto, sus vividos movimientos creaban un mundo imaginario encantador. Takezō, ahora Musashi, le contemplaba con admiración, respeto y goce, mientras tomaba una taza tras otra de sake.

Al día siguiente ambos abandonaron el castillo. Musashi daba sus primeros pasos en una nueva vida, una vida de disciplina y adiestramiento en las artes marciales. Durante sus tres años de confinamiento había resuelto dominar el arte de la guerra.

Takuan tenía sus propios planes. Había decidido viajar por el país, y dijo que, una

vez más, debían separarse.

Cuando llegaron a la ciudad, fuera de las murallas del castillo, Musashi hizo ademán de despedirse, pero Takuan le cogió de la manga.

—¿No hay nadie a quien te gustaría ver? —le preguntó.

—¿A quién?

—¿Ogin?

—¿Vive todavía? —le preguntó, desconcertado. Ni siquiera en sueños había olvidado a la dulce hermana que durante tanto tiempo había sido como una madre para él.

Takuan le contó que cuando él atacó la prisión militar de Hinagura tres años antes, ya se habían llevado de allí a Ogin.

Aunque no la acusaron de nada, se mostró reacia a volver a casa y prefirió quedarse con un familiar en un pueblo del distrito de Sayo, donde ahora vivía cómodamente.

—¿No te gustaría verla? —le preguntó Takuan—. Ella está ansiosa de verte. Hace tres años le dije que podía considerarte muerto, puesto que, en cierto sentido, lo estabas. No obstante, también le dije que al cabo de tres años le llevaría un hermano nuevo, diferente del viejo Takezō.

Musashi juntó las palmas y se las llevó a la frente, como habría hecho al orar ante una estatua del Buda.

—No sólo has cuidado de mí —dijo con una profunda emoción—, sino que has procurado también por el bienestar de Ogin. Eres un hombre realmente compasivo, Takuan. Creo que jamás podré agradecerte lo que has hecho.

—Una manera de agradecérmelo sería permitirme que te lleve al lado de tu hermana.

—No... No creo que deba ir. Saber de ella a través de ti ha sido tan satisfactorio como verla personalmente.

—Pero sin duda querrás verla tú mismo, aunque sólo sea unos minutos.

—No, no lo creo así. Estuve muerto, Takuan, y me siento en verdad renacido. No creo que ahora sea el momento de regresar al pasado. Lo que debo hacer es dar un resuelto paso adelante, hacia el futuro. Apenas he encontrado el camino a lo largo del cual habré de viajar. Cuando haya hecho algún progreso hacia el conocimiento y la autoperfección que estoy buscando, tal vez será el momento de relajarme y mirar atrás, pero no ahora.

—Ya veo.

—Me resulta difícil expresarlo con palabras, pero de todos modos confío en que lo comprendas.

—Así es. Me alegra ver que te tomas tu objetivo tan en serio. No dejes de seguir tu propio juicio.

—Ahora te diré adiós, pero algún día, si no me matan a lo largo del camino, volveremos a vernos.

—Sí, sí. Si tenemos oportunidad de encontrarnos, hagámoslo por todos los medios. —Takuan se volvió, dio un paso y se detuvo—. Ah, sí. Supongo que debo advertirte que hace tres años Osugi y el tío Gon abandonaron Miyamoto para buscaros a ti y a Otsū. Resolvieron que no regresarían hasta haberse vengado, y, a pesar de que son viejos, siguen tratando de localizarte. Pueden causarte algún inconveniente, pero no te plantearán ningún problema grave. No te los tomes demasiado en serio.

—Y una cosa más... Está ese Aoki Tanzaemon. Supongo que nunca has oído su nombre, pero estuvo al frente de las tropas que te buscaban. Quizá no tenga nada que ver con lo que tú dijeras o hicieses, pero lo cierto es que ese espléndido samurai se las ingenió para caer en desgracia, con el resultado de que ha sido relevado para siempre del servicio que prestaba al señor Ikeda. Sin duda también anda errante por ahí. —Entonces Takuan adoptó un tono grave—. Tu camino no será fácil, Musashi. Ten cuidado al avanzar por él.

—Haré cuanto pueda —dijo Musashi, sonriendo.

—Bien, supongo que eso es todo. Me marcho.

Takuan dio la vuelta y se dirigió al oeste. No miró atrás.

—Cuídate —le gritó Musashi. Permaneció en el cruce, contemplando al monje hasta que lo perdió de vista. Una vez solo, se encaminó hacia el este.

«Ahora sólo tengo esta espada —se dijo—. La única cosa en el mundo en la que puedo confiar.» Apoyó la mano en la empuñadura y se prometió: «Viviré de acuerdo con sus principios, la consideraré como mi alma y, al aprender a dominarla, me esforzaré por mejorar, por convertirme en un ser humano mejor y más juicioso. Takuan sigue el camino del zen, yo seguiré el de la espada. Debo convertirme en un hombre aún mejor que él».

Reflexionó en que al fin y al cabo todavía era joven. No era demasiado tarde.

Sus pisadas eran regulares y firmes, sus ojos estaban llenos de juventud y esperanza. De vez en cuando alzaba el borde de su sombrero de junco y miraba a lo largo del camino hacia el futuro, la senda desconocida que todos los humanos deben recorrer.

No había llegado muy lejos, en realidad todavía estaba en las afueras de Himeji, cuando una mujer corrió hacia él desde el otro lado del puente Hanada. Entornó los ojos al sol.

—¡Eres tú! —exclamó Otsū, cogiéndole de la manga.

Musashi dio un grito sofocado de sorpresa.

Otsū le habló en tono de reproche.

—No es posible que te hayas olvidado, Takezō. ¿No recuerdas el nombre de este

puente? ¿Has olvidado que te prometí esperar aquí, por muy larga que fuese la espera?

—¿Me has estado esperando aquí durante los últimos tres años? —le preguntó, asombrado.

—Sí. Osugi y el tío Gon me encontraron poco después de que nos separásemos. Enfermé y me vi obligada a descansar. Estuve a punto de matarme al huir, pero lo logré. Estoy esperando aquí desde unos veinte días después de nuestra despedida en el puerto de Nakayama.

Señaló una tienda de esterillas trenzadas en el extremo del puente, un típico puesto de carretera donde vendían recuerdos a los viajeros, y siguió diciendo:

—Conté mi historia a esa gente, y fueron tan amables que me aceptaron como una especie de ayudante, a fin de poder quedarme y esperarte. Hoy es el día novecientos siete, y he mantenido fielmente mi promesa. —Le escrutó el rostro, tratando de sondear sus pensamientos—. Me llevarás contigo, ¿verdad?

Por supuesto, Musashi no tenía ninguna intención de llevarse a nadie con él. En aquel momento se marchaba apresuradamente para no pensar en su hermana, a la que tanto deseaba ver y hacia la que se sentía tan fuertemente atraído.

Las preguntas se atropellaron en su mente agitada: «¿Qué puedo hacer? ¿Cómo voy a emprender mi búsqueda de la verdad y el conocimiento con una mujer, con cualquiera que se entrometa continuamente? Y, después de todo, esta muchacha sigue siendo la prometida de Matahachi». Musashi no podía evitar que tales pensamientos se reflejaran en su rostro.

—¿Llevarte conmigo? —le dijo abruptamente—. ¿Adonde?

—Adondequiera que vayas.

—¡Voy a emprender un largo y duro viaje, no una excursión!

—No te causaré ningún problema. Estoy dispuesta a soportar algunas penalidades.

—¿Algunas? ¿Sólo algunas?

—Tantas como sea necesario.

—Ésa no es la cuestión, Otsū. ¿Cómo puede un hombre dominar el camino del samurai llevando consigo una mujer? Qué curioso sería eso. La gente diría: «Mirad a Musashi, necesita una nodriza que cuide de él». —Ella tiró con más fuerza de su kimono, aferrándose como una niña—. Suéltame la manga —le ordenó él.

—¡No, no lo haré! Me mentiste, ¿no es cierto?

—¿Cuándo te mentí?

—En el puerto. Allí me prometiste que iría contigo.

—Eso fue hace mucho tiempo. Entonces tampoco pensaba hacerlo de veras, y no tenía tiempo para explicártelo. Aún más, no fue idea mía, sino tuya. Yo tenía prisa por partir y no estabas dispuesta a dejarme marchar hasta que te lo prometiera.

Accedí a lo que me pedías porque no tuve otro remedio.

—¡No, no, no! No puedes decirme eso en serio, no puedes —gritó la joven, apretándole contra el pretil del puente.

—¡Suéltame! La gente nos está mirando.

—¡Que miren! Cuando estabas atado en el árbol, te pregunté si querías mi ayuda. Estabas tan contento que me pediste dos veces que cortara la cuerda. No negarás eso, ¿verdad?

Otsū intentaba ser lógica en su argumentación, pero las lágrimas la traicionaban. Primero abandonada cuando era una recién nacida, luego plantada por su novio y ahora esto. Musashi sabía que estaba sola en el mundo, sentía por ella un profundo afecto y estaba confuso, aunque externamente mantenía la compostura.

—¡Suéltame! —le dijo de modo terminante—. Estamos en pleno día y la gente nos mira. ¿Quieres que seamos un espectáculo para estos chismosos?

Otsū le soltó la manga y se apoyó en el pretil, sollozando, el reluciente cabello cubriéndole el rostro.

—Lo siento —balbució—. No debería haber dicho eso. Olvídalo, por favor. No me debes nada.

Él le apartó el cabello con ambas manos y la miró a los ojos.

—Durante todo el tiempo que has esperado, hasta hoy mismo, he estado encerrado en la torre del castillo. En esos tres años ni siquiera he visto el sol.

—Sí, eso he oído.

—¿Lo sabías?

—Takuan me lo dijo.

—¿Takuan? ¿Te lo dijo todo?

—Creo que sí. Me desmayé en el fondo de un barranco, cerca de la casa de té de Mikazuki, cuando huía de Osugi y el tío Gon. Takuan me rescató y también me ayudó a conseguir trabajo aquí, en la tienda de recuerdos. Eso fue hace tres años. Desde entonces ha venido varias veces. Ayer mismo vino y tomamos té. No estoy segura de lo que quiso decir, pero éstas fueron sus palabras: «Eso concierne a un hombre y una mujer, así que ¿quién puede saber cuál será el resultado?».

Musashi dejó caer las manos a los costados y miró la carretera que conducía al oeste. Se preguntó si volvería a ver alguna vez al hombre que le había salvado la vida, y una vez más le asombró el interés de Takuan por el prójimo, que parecía ilimitado y totalmente carente de egoísmo. Musashi comprendió su estrechez de miras, su mezquindad al suponer que el monje sentía una simpatía especial sólo por él. Su generosidad abarcaba a Ogin, Otsū, cualquiera que estuviera en apuros y a quien él creyera que podía echar una mano.

«Eso concierne a un hombre y una mujer...» Las palabras que Takuan le había dicho a Otsū pesaban en la mente de Musashi. Era una carga para la que no estaba

preparado, puesto que en todas las montañas de libros que había estudiado a lo largo de aquellos tres años no figuraba una sola palabra sobre la situación en la que ahora se encontraba. Incluso Takuan había rehusado intervenir en aquel asunto entre él y Otsū. ¿Había querido decir que las relaciones entre hombres y mujeres dependían exclusivamente de las personas implicadas? ¿Significaba que no existían reglas, como ocurría en el arte de la guerra? ¿Que no había ninguna estrategia a toda prueba, ninguna manera infalible de vencer? ¿O se trataba acaso de una prueba para Musashi, un problema que sólo él podría resolver?

Sumido en sus pensamientos, contempló el agua que fluía bajo el puente.

Otsū le miró a la cara, ahora reservada y serena.

—Puedo ir contigo, ¿no es cierto? El tendero me prometió que me dejaría marchar cuando lo deseara. Iré sólo un momento a explicarle lo ocurrido y recoger mis cosas. Volveré en seguida.

Musashi cubrió con su mano la pequeña mano blanca de la joven que descansaba sobre el pretil.

—Escucha —le dijo en tono lastimero—. Te ruego que te detengas un momento y pienses.

—¿En qué debo pensar?

—Ya te lo he dicho. Acabo de convertirme en un hombre nuevo. He permanecido en este mohoso agujero durante tres años, he leído libros, he pensado, gritado y llorado. Entonces, de súbito, he visto la luz, he comprendido lo que significa ser humano. Ahora tengo un nuevo nombre, Miyamoto Musashi, y quiero entregarme al adiestramiento y la disciplina, quiero dedicar cada instante de cada día a trabajar para mejorarme. Ahora sé cuan lejos tengo que ir. Si decides unir tu vida a la mía, nunca serás feliz. No habrá más que penalidades, y con el paso del tiempo las cosas no mejorarán, sino que serán cada vez más difíciles.

—Cuando hablas así, me siento más cerca que nunca de ti. Ahora estoy convencida de que tenía razón. He encontrado al mejor hombre que jamás podría encontrar, aunque lo buscara durante el resto de mi vida.

Musashi comprendió que sus palabras empeoraban la situación.

—Lo siento, pero no puedo llevarte conmigo.

—Bien, entonces me limitaré a seguirte. Mientras no obstaculice tu adiestramiento, ¿qué daño podría hacerte? Ni siquiera sabrás que estoy cerca de ti.

Musashi no supo qué responder.

—No te molestaré, te lo prometo.

Él permaneció en silencio.

—De acuerdo, entonces. Espera aquí, volveré en un instante. Y me pondré furiosa si intentas marcharte sin mí. —Otsū echó a correr hacia la tiendecilla de recuerdos.

Musashi pensó en hacer caso omiso de todo aquello y correr también, en la

dirección contraria. Pero a pesar de su voluntad de hacerlo, sus pies se resistían a moverse.

Otsū miró atrás y le gritó:

—¡Recuerda, no intentes escabullirte! —Sonrió, mostrando sus hoyuelos, y Musashi asintió sin darse cuenta.

Satisfecha por este gesto, la muchacha desapareció en el interior de la tienda.

Si tenía que escapar, aquélla era la ocasión. Su corazón se lo decía así, pero su cuerpo seguía maniatado por los bonitos hoyuelos de Otsū y su mirada suplicante. ¡Qué dulce era! Era indudable que nadie en el mundo, salvo su hermana, le amaba tanto. Y a él, por otra parte, no le desagradaba.

Contempló el cielo y el agua, se aferró con desesperación a la barandilla del pretil, turbado y confuso. Pronto minúsculos fragmentos de madera se desprendieron del puente y flotaron en la corriente.

Otsū reapareció en el puente con unas nuevas sandalias de paja, polainas amarillo claro y un gran sombrero de viaje atado bajo la barbilla con una cinta carmesí. Nunca había estado más bonita.

Pero Musashi no estaba a la vista.

La muchacha lanzó un grito de consternación y se echó a llorar. Entonces su mirada se posó en el lugar de la barandilla de donde habían caído las astillas de madera. Allí, grabado con la punta de una daga, estaba el mensaje claramente inscrito: «¡Perdóname! ¡Perdóname!».



Libro II AGUA

La escuela Yoshioka

La vida de hoy, que no puede conocer el mañana...

En el Japón de principios del siglo XVII, la conciencia de la naturaleza efímera de la vida era un rasgo habitual tanto entre las masas como en la élite. El famoso general Oda Nobunaga, que sentó las bases para la unificación del país llevada a cabo por Toyotomi Hideyoshi, resumió esa actitud en un breve poema:

Los cincuenta años del hombre
no son más que un sueño espectral
en su viaje a través de
las eternas transmigraciones.

Derrotado en una escaramuza con uno de sus propios generales, que le atacó obedeciendo a un súbito impulso de venganza, Nobunaga se suicidó en Kyoto, a los cuarenta y ocho años.

Unas dos décadas después, en 1605, las guerras incesantes entre los daimyōs casi habían terminado por completo, y Tokugawa Ieyasu gobernaba el país como shōgun desde hacía dos años. Los faroles brillaban en las calles de Kyoto y Osaka, como lo hicieran en los mejores días del shogunado Ashikaga, y la atmósfera imperante era alegre y festiva.

Pero pocos estaban seguros de que la paz sería duradera. Más de un siglo de contiendas civiles había influido en la visión de la vida que tenía la gente, de modo que sólo podían considerar la tranquilidad actual como frágil y efímera. La capital prosperaba, pero la tensión de no saber cuánto duraría aquella época floreciente aguzaba el apetito de diversiones de la gente.

Aunque seguía sujetando las riendas del poder, Ieyasu se había retirado oficialmente de la posición de shōgun. Seguía siendo lo bastante fuerte para controlar a los demás daimyōs y defender el derecho de la familia a ostentar el poder, pero había pasado su título a su tercer hijo, Hidetada. Se rumoreaba que el nuevo shōgun visitaría pronto Kyoto para presentar sus respetos al emperador, pero todo el mundo sabía que ese viaje al oeste no era más que una visita de cortesía. Su rival en potencia más importante, Toyotomi Hideyori, era hijo de Hideyoshi, el competente sucesor de Nobunaga. Hideyoshi hizo cuanto estuvo en su mano para asegurar que el poder permaneciera en el seno de los Toyotomi hasta que Hideyori fuese lo bastante mayor para ejercerlo, pero el vencedor en Sekigahara fue Ieyasu.

Hideyori residía aún en el castillo de Osaka, y aunque Ieyasu, en vez de haber acabado con él, le permitía disfrutar de unos sustanciosos ingresos anuales, era consciente de que Osaka constituía una gran amenaza como posible centro de

resistencia. Muchos señores feudales también lo sabían y hacían apuestas compensatorias, relacionándose por igual con Hideyori y el shōgun. Se decía con frecuencia que el primero tenía suficientes castillos y oro para contratar, si lo deseaba, a todos los rōnin, o samuráis sin señor, del país.

Las especulaciones ociosas sobre el futuro político del país constituían el grueso de los chismorreos en Kyoto.

—La guerra ha de estallar más tarde o más temprano.

—Es sólo cuestión de tiempo.

—Esos faroles de las calles podrían apagarse mañana.

—No vale la pena preocuparse por ello. Lo que haya de ocurrir, ocurrirá.

—¡Gocemos mientras podamos!

La bulliciosa vida nocturna y los florecientes barrios de placer eran pruebas tangibles de que gran parte de la población estaba haciendo precisamente eso.

Entre quienes cedían a esa inclinación figuraba un grupo de samuráis que ahora doblaban una esquina de la avenida Shijō. Avanzaban junto a un largo muro de yeso blanco que conducía a un impresionante portal con un tejado imponente. Una placa de madera ennegrecida por el tiempo anunciaba en una escritura apenas legible: «Yoshioka Kempō de Kyoto. Instructor militar de los shogunes Ashikaga».

Los ocho jóvenes samuráis daban la impresión de haberse pasado el día entero practicando la esgrima sin descanso. Algunos llevaban espadas de madera además de las dos de acero acostumbradas, y otros llevaban lanzas. Parecían pendencieros, la clase de hombres que serían los primeros en verter sangre en cuanto estallara un conflicto armado. Sus semblantes eran tan duros como la piedra y sus miradas amenazantes, como si siempre estuvieran al borde de un acceso de cólera.

—¿Adonde vamos esta noche, joven maestro? —preguntaron al hombre a quien rodeaban.

—A cualquier parte menos al lugar donde estuvimos anoche —replicó el maestro gravemente.

—¿Por qué? ¡Todas aquellas mujeres estaban interesadas por ti! Apenas nos miraron a los demás.

—Puede que tenga razón —intervino otro hombre—. ¿Por qué no buscamos un sitio nuevo, donde nadie conozca al joven maestro ni a ninguno de nosotros?

Gritando y discutiendo unos con otros, parecía que no existiera nada más importante para ellos que saber dónde iban a beber y acostarse con prostitutas.

Llegaron a una zona bien iluminada a orillas del río Kamo. Durante años la tierra había estado abandonada y llena de hierbajos, verdadero símbolo de la desolación en tiempo de guerra, pero con la llegada de la paz su valor había subido vertiginosamente. Diseminadas sin orden ni concierto había casas endebles, con cortinas de color rojo y amarillo claro en las puertas, donde las prostitutas llevaban a

cabo su oficio. Muchachas de la provincia de Tamba, con las caras descuidadamente cubiertas de polvo blanco, silbaban a los posibles clientes. Mujeres desdichadas, que habían sido compradas en grupo, como si fuesen rebaños, tocaban sus shamisenes, un nuevo instrumento popular, mientras entonaban canciones picantes y reían entre ellas.

El joven maestro se llamaba Yoshioka Seijūrō, era alto e iba vestido con un kimono marrón oscuro. Poco después de que entraran en el distrito de los burdeles, miró atrás y dijo a uno de su grupo:

—Cómprame un sombrero de junco, Tōji.

—Supongo que quieres uno de esos que ocultan la cara.

—Sí.

—Aquí no lo necesitas, ¿no crees? —replicó Gion Tōji.

—¡No te lo habría pedido si no lo necesitara! —respondió Seijūrō con impaciencia—. No me gusta que la gente vea al hijo de Yoshioka Kempō paseando por un sitio como éste.

Tōji se echó a reír.

—Pero precisamente ese sombrero llama la atención. Todas las mujeres de aquí sabrán que si te ocultas el rostro bajo un sombrero debes de ser de buena familia y probablemente rica. Naturalmente, hay otras razones por las que no te dejarán en paz, pero ésa es una de ellas.

Como de costumbre, Tōji se burlaba de su maestro y le halagaba al mismo tiempo. Se volvió y ordenó a uno de los hombres que fuese en busca del sombrero, y esperó a que regresara entre los faroles y los juerguistas. Una vez cumplido el encargo, Seijūrō se puso el sombrero y empezó a sentirse más relajado.

—Con ese sombrero —comentó Tōji—, pareces más que nunca un ciudadano elegante. —Volviéndose a los otros, prosiguió indirectamente con su halago—. Mirad, todas las mujeres se asoman a sus puertas para mirarle.

Dejando de lado el servilismo de Tōji, Seijūrō era realmente apuesto. Con dos vainas brillantemente pulidas colgadas de un costado, tenía la dignidad y la clase que cabía esperar del hijo de una familia acomodada. Ningún sombrero de paja podría impedir que las mujeres le llamaran al pasar.

—¡Eh, tú, guapo! ¿Por qué escondes la cara debajo de ese estúpido sombrero?

—¡Anda, ven aquí! Quiero ver lo que hay ahí debajo.

—Vamos, no seas tímido, échanos una miradita.

Seijūrō reaccionaba a estas insinuaciones. Aún hacía poco que Tōji le había persuadido por primera vez para que acudiera al distrito, y todavía le azoraba que le vieran allí. Era el hijo mayor del famoso espadachín Yoshioka Kempō y nunca le había faltado dinero, pero hasta muy recientemente había permanecido al margen de los aspectos más vulgares de la vida. La atención que llamaba allí le aceleraba el pulso. Aún se sentía lo bastante avergonzado para ocultarse, aunque como hijo

mimado de un hombre rico siempre había sido más bien farolero. Los halagos de su séquito, no menos que la coquetería de las mujeres, reforzaban su amor propio y eran como un dulce veneno.

—¡Vaya, si es el maestro de la avenida Shijō! —exclamó una de las mujeres—. ¿Por qué ocultas la cara? Así no engañas a nadie.

—¿Cómo sabe esa mujer quién soy? —refunfuñó Seijūrō, dirigiéndose a Tōji y fingiendo estar ofendido.

—Eso es fácil —respondió la mujer antes de que Tōji pudiera abrir la boca—. Todo el mundo sabe que a la gente de la escuela Yoshioka le gusta usar ese color marrón oscuro. Se le llama el «tinte Yoshioka», ¿sabes?, y es muy popular por aquí.

—Eso es cierto pero, como dices, mucha gente lo usa.

—Sí, pero no llevan un blasón con tres círculos en su kimono.

Seijūrō se miró la manga.

—Debo ser más cuidadoso —dijo mientras una mano se deslizaba desde detrás de la celosía y le aferraba la prenda.

—Vaya, vaya —dijo Tōji—. Se ocultó el rostro pero no el blasón. Sin duda quería que le reconocieran. No creo que ahora podamos negarnos a entrar ahí.

—Haced lo que queráis —dijo Seijūrō, incómodo al parecer—, pero que esta mujer me suelte la manga.

—Suéltale, mujer —bramó Tōji—. ¡Dice que vamos a entrar!

Los estudiantes cruzaron la cortina del local. La decoración de la sala en la que entraron era de muy mal gusto, con unas pinturas tan vulgares y unas flores tan mal arregladas que a Seijūrō le resultaba difícil no sentirse incómodo. Sin embargo, los demás hicieron caso omiso de la pobreza de su entorno.

—¡Traed el sake! —ordenó Tōji, y pidió también un surtido de golosinas.

Cuando llegó la comida, Ueda Ryōhei, que estaba a la altura de Tōji en el manejo de la espada, gritó:

—¡Traed a las mujeres! —Dio la orden exactamente con el mismo tono áspero con que Tōji había encargado la comida y el sake.

—¡Eh, el viejo Ueda dice que traigáis a las mujeres! —corearon los otros, imitando la voz de Ryōhei.

—No me gusta que me llamen viejo —dijo Ryōhei con el ceño fruncido—. Es cierto que llevo en la escuela más tiempo que cualquiera de vosotros, pero no encontraréis un solo pelo gris en mi cabeza.

—Probablemente te lo tiñes.

—¡Quienquiera que haya dicho eso que se adelante y beba una taza como castigo!

—Demasiada molestia. ¡Lánzala aquí!

La taza de sake surcó el aire.

—¡Ahí va el pago! —Y otra taza de té cruzó volando la estancia.

—¡Eh, que alguien baile!

—¡Baila tú, Ryōhei! —dijo Seijūrō—. ¡Baila y muéstranos lo joven que eres!

—Estoy dispuesto, señor. ¡Mirad!

Fue al ángulo de la terraza, se ató el delantal rojo de una sirvienta alrededor de la cabeza, colocó una flor de ciruelo en el nudo y cogió una escoba.

—¡Eh, mirad! ¡Va a bailar la danza de la doncella Hida!

¡Oigamos también la canción, Tōji!

Invitó a todos a participar, y empezaron a golpear rítmicamente los platos con sus palillos, mientras uno de ellos hacía sonar las tenazas del carbón contra el borde del brasero.

Al otro lado de la valla de bambú, la valla de bambú, la valla de bambú,
avisté un kimono de largas mangas.
Un kimono de mangas largas en la nieve...

Los aplausos estallaron después del primer verso. Tōji hizo una reverencia y las mujeres reanudaron la canción en el punto en que él había terminado, acompañándose con el shamisen.

La muchacha que vi ayer
no está hoy aquí.
La muchacha que veo hoy
no estará aquí mañana.
No sé qué traerá el mañana,
quiero amarla hoy.

En un rincón, un estudiante ofreció un enorme cuenco de sake a un camarada y le dijo:

—Oye, ¿por qué no te bebes esto de un solo trago?

—No, gracias.

—¿No, gracias? ¿Te consideras un samurai y ni siquiera puedes beberte esto?

—Claro que puedo. ¡Pero si yo lo hago, también tú tendrás que hacerlo!

—¡Me parece muy justo!

Dio comienzo la competición. Los jóvenes bebían como caballos en el abrevadero y el sake les goteaba por las comisuras de la boca. Más o menos al cabo de una hora un par de ellos empezaron a vomitar, mientras otros, reducidos a la inmovilidad, miraban vagamente con los ojos inyectados en sangre.

Uno de los hombres, cuya jactancia acostumbrada se volvía más estridente cuanto más bebía, preguntó:

—¿Hay alguien en este país, aparte del joven maestro, que comprenda realmente las técnicas del estilo Kyōhachi? Si lo hay..., hip..., quiero conocerle..., ¡ay!

Otro valiente, sentado cerca de Seijūrō, se echó a reír y dijo con voz entrecortada por el hipo:

—Exagera las alabanzas porque el joven maestro está presente. Hay otras escuelas de artes marciales además de las ocho de Kyoto, y la escuela Yoshioka ya no es necesariamente la más grande. Sólo en Kyoto, está la escuela de Toda Seigen en Kurotani y la de Ogasawara Genshinsai en Kitano. Y no olvidemos a Itō Ittōsai de Shirakawa, aunque no acepte alumnos.

—¿Qué tienen de extraordinario esas escuelas?

—Quiero decir que no debemos hacernos a la idea de que somos los únicos espadachines en el mundo.

—¡Bastardo mentecato! —gritó un hombre cuyo orgullo había sido ofendido—. ¡Da un paso adelante!

—¿Así? —replicó el crítico, poniéndose en pie.

—¿Eres un miembro de esta escuela y menosprecias el estilo de Yoshioka Kempō?

—¡No lo menosprecio! Sólo digo que las cosas no son como en los viejos tiempos, cuando el maestro enseñaba a los shogunes y era considerado el más grande de los espadachines. Hoy en día hay mucha más gente que practica el camino de la espada, no sólo en Kyoto sino también en Edo, Hitachi, Echizen, las provincias domésticas, las provincias occidentales, Kyushu..., en todo el país. El hecho de que Yoshioka Kempō fuese famoso no significa que el joven maestro y todos nosotros seamos los más grandes espadachines vivientes. Eso no es cierto, ¿para qué engañarnos?

—¡Cobarde! ¡Pretendes ser un samurai, pero temes a las otras escuelas!

—¿Quién las teme? Sólo creo que debemos evitar la autosatisfacción.

—¿Y quién eres tú para dar advertencias? —El estudiante ofendido golpeó al otro en el pecho, derribándole.

—¿Quieres luchar? —gruñó el hombre caído.

—Sí, estoy dispuesto.

Intervinieron los veteranos, Gion Tōji y Ueda Ryōhei.

—¡Deteneos los dos!

Poniéndose en pie de un salto, separaron a los dos hombres e intentaron alisar sus plumas erizadas.

—¡Ahora tranquilizaos!

—Todos comprendemos lo que sentís.

Dieron unas copas de sake a los contendientes y poco después todo volvió a la normalidad. El revoltoso volvió a embarcarse en el encomio de sí mismo y los demás,

mientras que el crítico, rodeando con un brazo a Ryōhei, defendía su postura en un tono plañidero.

—Sólo hablaba por el bien de la escuela —decía entre gemidos—. Si la gente no deja de soltar lisonjas, la reputación de Yoshioka Kempō acabará por los suelos. ¡Arruinada, creedme!

El único que permanecía relativamente sobrio era Seijūrō. Al observar esto, Tōji le dijo:

—No disfrutas de la fiesta, ¿verdad?

—¿Acaso crees que ellos la disfrutan de veras? No sé...

—Claro que sí. Ésta es la idea que tienen de la diversión.

—No veo cómo, cuando discuten de esa manera.

—Oye, ¿por qué no vamos a algún sitio más tranquilo? También yo estoy harto de esto.

Seijūrō pareció muy aliviado y asintió en seguida.

—Me gustaría ir al lugar donde estuvimos anoche.

—¿Te refieres al Yomogi?

—Sí.

—Ése es mucho mejor. Desde el principio he creído que querías ir ahí, pero habría sido una pérdida de dinero llevar con nosotros a este hatajo de patanes. Por eso los traje aquí..., es barato.

—Entonces marchémonos disimuladamente. Ryōhei puede encargarse de los demás.

—Finge que vas al excusado. Me reuniré contigo dentro de unos minutos.

Seijūrō desapareció hábilmente, sin que nadie se diera cuenta.

Delante de una casa, a poca distancia, una mujer estaba de puntillas, tratando de colgar nuevamente un farol de un clavo. El viento había apagado la vela, y ella lo había descolgado para volver a encenderla. La mujer estiraba la espalda bajo los aleros, y su cabellera recién lavada se derramaba alrededor de su rostro. Las hebras de cabello y las sombras del farol trazaban formas levemente cambiantes en sus brazos extendidos. La brisa nocturna tenía un ligerísimo aroma a flores de ciruelo.

—¡Okō! ¿Quieres que te lo cuelgue?

—Ah, es el joven maestro —dijo ella, sorprendida.

—Espera un momento.

Cuando el hombre se adelantó, vio que no era Seijūrō sino Tōji.

—¿Está bien así? —le preguntó.

—Sí, muy bien. Gracias.

Pero Tōji examinó el farol con los ojos entornados, decidió que estaba ladeado y lo colgó de nuevo. Siempre asombraba a Okō que ciertos hombres, que se negarían de plano a echar una mano en sus propias casas, pudieran ser tan serviciales y

considerados cuando visitaban un sitio como el suyo. A menudo abrían o cerraban las ventanas ellos mismos, sacaban sus cojines y realizaban una docena de tareas menudas que jamás se les ocurriría hacer bajo su propio techo.

Tōji, fingiendo no haber oído, empujó a su maestro al interior. En cuanto estuvo sentado, Seijūrō comentó:

—Hay una quietud imponente.

—Abriré la puerta de la terraza —dijo Tōji.

Por debajo de la estrecha terraza ondeaban las aguas del río Takase. Hacia el sur, más allá del pequeño puente en la avenida Sanjó, se extendía el amplio recinto del Zuisenin, la oscura extensión de Teramachi, la «ciudad de los templos» y un campo de altas hierbas juncosas. Cerca estaba Kayahara, donde las tropas de Toyotomi Hideyoshi habían matado a la esposa, las concubinas y los hijos de su sobrino, el sanguinario regente Hidetsugu, un hecho que aún estaba fresco en la memoria de mucha gente.

Tōji se estaba poniendo nervioso.

—Esto sigue estando demasiado tranquilo. ¿Dónde se esconden las mujeres? No parece que esta noche tengan otros huéspedes. —Fue de un lado a otro, un poco inquieto—. Quisiera saber por qué tarda tanto Okō. Ni siquiera nos ha servido el té.

Cuando su impaciencia aumentó tanto que le era imposible esperar sentado, se levantó y fue a ver por qué no les habían traído el té.

Al salir a la terraza casi tropezó con Akemi, que llevaba una bandeja de laca con adornos dorados. La campanilla que le colgaba del obi tintineó mientras exclamaba:

—¡Ten cuidado! ¡Vas a hacer que derrame el té!

—¿Por qué has tardado tanto? El joven maestro está aquí. Creía que te gustaba.

—Mira, he derramado un poco. Tú tienes la culpa. Ve a buscar un trapo.

—¡Ja! Eres muy descarada, ¿no crees? ¿Dónde está Okō?

—Maquillándose, por supuesto.

—¿Quieres decir que todavía no ha terminado?

—Bueno, hemos estado muy ocupadas durante todo el día.

—¿El día? ¿Quién ha venido durante el día?

—Eso no es asunto tuyo. Por favor, déjame pasar.

Él se hizo a un lado y Akemi entró en la habitación y saludó al cliente.

—Buenas noches. Me alegro de que hayas venido.

Fingiendo una calma que no sentía, Seijūrō miró de soslayo y dijo:

—Ah, eres tú, Akemi. Gracias por lo de anoche. —Estaba azorado.

Ella cogió de la bandeja un recipiente que parecía un quemador de incienso y puso encima una pipa con boquilla de cerámica y una cazoleta.

—¿Quieres fumar? —le preguntó cortésmente.

—Creía que el tabaco había sido prohibido recientemente.

—Así es, pero a pesar de la prohibición todo el mundo sigue fumando.

—De acuerdo, fumaré un poco.

—Te la encenderé.

Tomó una pizca de tabaco de una bonita caja de madreperla y lo introdujo en la diminuta cazoleta con sus finos dedos. Entonces le puso la pipa en la boca. Seijūrō, que no tenía el hábito de fumar, la manejó con bastante torpeza.

—Humm, es amargo, ¿verdad? —comentó. Akemi soltó una risita—. ¿Adonde ha ido Tōji?

—Probablemente está en la habitación de mi madre.

—Parece encariñado de Okō. Por lo menos tengo esa impresión. Sospecho que a veces viene aquí sin mí. ¿Es cierto? —Akemi se rió pero no respondió—. ¿Qué tiene eso de divertido? Creo que él también le gusta bastante a tu madre.

—¡No sé qué decirte!

—Pues estoy seguro, absolutamente. Es un arreglo cómodo, ¿no crees? Dos parejas felices, tu madre y Tōji, tú y yo. Procurando parecer tan inocente como le era posible, cubrió con su mano la de Akemi, que descansaba sobre su rodilla. Ella la apartó pudorosamente, pero ese gesto sólo aumentó la audacia de Seijūrō. Cuando la muchacha empezaba a levantarse, le rodeó la delgada cintura con su brazo y la atrajo hacia él.

—No es necesario que huyas —le dijo—. No voy a hacerte daño.

—¡Suéltame! —protestó ella.

—De acuerdo, pero sólo si vuelves a sentarte.

—El sake... Iré a buscarlo.

—No te molestes.

—Pero si no lo traigo, mi madre se enfadará.

—Tu madre está en la otra habitación, teniendo una agradable charla con Tōji.

Intentó rozarle el rostro inclinado con su mejilla, pero ella volvió la cabeza y pidió frenéticamente ayuda.

—¡Madre! ¡Madre!

Él la soltó, y la muchacha corrió hacia el fondo de la casa.

Seijūrō se sentía frustrado. La soledad le pesaba, pero no quería forzar a Akemi. Como no sabía qué hacer, rezongó en voz alta: «Me voy a casa», y empezó a marchar pesadamente por el corredor exterior, su rostro volviéndose más carmesí a cada paso.

—¿Adonde vas, joven maestro? No pensarás marcharte, ¿verdad?

Como si hubiera salido de la nada, Okō apareció detrás de él y corrió por el pasillo. Al llegar a su lado le rodeó con un brazo, y él observó que tenía el cabello en su sitio y el maquillaje en perfecto estado. Llamó a Tōji para que la ayudara, y entre los dos persuadieron a Seijūrō para que diera media vuelta y se sentara. Okō trajo sake e intentó animarle, y entonces Tōji condujo de nuevo a Akemi a la habitación.

Cuando la muchacha vio lo alicaído que estaba Seijūrō, le sonrió.

—Akemi, sirve sake al joven maestro.

—Sí, madre —dijo ella obedientemente.

—Ya ves cómo es, ¿verdad? —dijo Okō—. ¿Por qué siempre quiere actuar como una niña?

—Ése es su encanto..., es joven —dijo Tōji, deslizando su cojín más cerca de la mesa.

—Pero ya ha cumplido los veintiuno.

—¿Veintiuno? No creía que fuese tan mayor. ¡Es tan menuda que aparenta dieciséis o diecisiete!

Akemi, súbitamente tan vivaz como un pececillo, replicó:

—¿De veras? Eso me hace feliz, porque me gustaría tener dieciséis toda mi vida. Algo maravilloso me sucedió cuando tenía esa edad.

—¿Qué?

Ella se llevó las manos al pecho.

—No puedo decírselo a nadie, pero sucedió... Cuando tenía dieciséis. ¿Sabéis en qué provincia vivía entonces? Aquél fue el año de la batalla de Sekigahara.

—¡Charlatana! —le dijo Okō con una mirada amenazante—. Deja de aburrirnos con tu cháchara y ve a buscar tu shamisen.

Akemi torció ligeramente el gesto, pero se levantó y fue en busca de su instrumento. Cuando regresó, empezó a tocar y cantar una canción, al parecer más interesada en divertirse ella misma que en complacer a sus huéspedes.

Entonces esta noche,
si ha de estar nublada,
que esté nublada,
ocultando la luna
que sólo puedo ver a través de mis lágrimas.

Se interrumpió y preguntó:

—¿Comprendes, Tōji?

—No estoy seguro. Canta un poco más.

Ni siquiera en la noche más oscura
pierdo mi camino,
¡pero, oh, cómo me fascinas!

—Al fin y al cabo tiene veintiún años —dijo Tōji.

Seijūrō, que había permanecido sentado en silencio con la frente apoyada en la

mano, salió de su ensimismamiento y dijo:

—Tomemos una taza de sake juntos, Akemi.

Le tendió la taza y la llenó con el recipiente de calentar el sake. Ella lo bebió sin parpadear y se apresuró a devolverle la taza para que bebiera a su vez.

—Sabes beber, ¿no es así? —dijo él un tanto sorprendido.

Apuró su taza y ofreció otra a Akemi, la cual la aceptó y engulló en un instante. Insatisfecha, al parecer, con el tamaño de la taza, cogió otra mayor y durante la siguiente media hora bebió tanto como él.

Seijūrō estaba maravillado. Akemi parecía una chiquilla de dieciséis años, con labios que nunca habían besado y ojos que entornaba la timidez, y sin embargo allí estaba, trasegando sake como un hombre. ¿Adonde iba todo aquel líquido en un cuerpo tan pequeño?

—Será mejor que lo dejes ya —dijo Okō a Seijūrō—. Por alguna razón, la chica puede beber durante toda la noche sin emborracharse. Lo más conveniente es dejarla tocar el shamisen.

—¡Pero esto es divertido! —exclamó Seijūrō, que ahora disfrutaba de lo lindo.

Tōji percibió algo extraño en su voz y le preguntó:

—¿Estás bien? ¿No habrás bebido más de la cuenta?

—No importa. Oye, Tōji, ¡es posible que no vuelva a casa esta noche!

—No hay ningún problema —replicó Tōji—. Puedes quedarte tantas noches como desees, ¿verdad que puede, Akemi?

Tōji guiñó el ojo a Okō y entonces se retiró con ella a la otra habitación, donde empezó a susurrarle rápidamente. Le dijo a Okō que el joven maestro estaba muy animado y que, en esas condiciones, ciertamente querría acostarse con Akemi, y que habría dificultades si ésta se negaba, pero que, desde luego, los sentimientos de una madre eran lo más importante en casos como aquél... o, en otras palabras, ¿cuánto?

—¿Bien? —inquirió bruscamente Tōji.

Okō se llevó un dedo a su mejilla cubierta por una espesa capa de polvos y reflexionó.

—¡Decídete! —le instó Tōji. Se acercó más a ella y añadió—: No es una mala pareja, ¿sabes? Es un famoso maestro de las artes marciales y su familia tiene mucho dinero. Su padre tuvo más discípulos que ningún otro maestro en el país, y lo que es más, aún no se ha casado. De cualquier manera que lo mires, es una oferta atractiva.

—Bueno, yo también lo creo así, pero...

—No hay pero que valga. ¡Está hecho! Los dos pasaremos aquí la noche.

No había ninguna luz en la habitación y Tōji puso con naturalidad la mano en el hombro de Okō. En aquel momento se oyó un fuerte ruido en la habitación del fondo.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Tōji—. ¿Tienes otros clientes?

Okō asintió en silencio, y entonces le aplicó a la oreja sus labios húmedos y

susurró: «Más tarde». Tratando de parecer despreocupados, los dos regresaron a la habitación de Seijūrō, donde encontraron a éste solo y profundamente dormido.

Tōji fue a la habitación contigua y se tendió en el jergón. Yació allí, tamborileando con los dedos en el tatami mientras esperaba a Okō. Pero ella no se presentó. Finalmente el sueño rindió a Tōji. Se despertó a la mañana siguiente muy tarde, con una expresión de resentimiento en la cara.

Seijūrō ya se había levantado y estaba bebiendo de nuevo en la habitación que daba al río. Pero Okō y Akemi parecían radiantes y alegres, como si se hubieran olvidado de la noche anterior. Intentaban conseguir de Seijūrō que les hiciera alguna promesa.

—Entonces ¿nos llevarás?

—De acuerdo, iremos. Preparad unas cajas de comida y traed sake.

Estaban hablando del Okuni Kabuki, que se representaba en la avenida Shijō, a orillas del río. Se trataba de una nueva clase de danza con letra y música que estaba de moda en la capital. La había inventado una doncella llamada Okuni, perteneciente al santuario de Izumo, y su popularidad ya había inspirado muchas imitaciones. En la concurrida zona a lo largo del río había hileras de tarimas en las que grupos de mujeres competían por atraer al público, cada uno tratando de conseguir cierta individualidad mediante la adición de danzas y canciones provinciales a su repertorio. La mayoría de las actrices habían empezado como mujeres de la noche, pero ahora que se dedicaban a la escena eran requeridas para que actuaran en algunas de las mansiones más importantes de la capital. Muchas de ellas adoptaban nombres masculinos, vestían prendas de hombre y representaban emocionantes papeles de valientes guerreros.

Seijūrō siguió sentado, mirando al exterior a través de la puerta abierta. Bajo el pequeño puente de la avenida Sanjó, unas lavanderas trabajaban en la orilla del río. Por encima del puente pasaban jinetes en una y otra dirección.

—¿Todavía no están preparadas esas dos? —preguntó irritado. Ya era más del mediodía. Perezoso a causa de la bebida y cansado de esperar, ya no tenía ganas de ir al Kabuki.

En cuanto a Tōji, todavía molesto por lo ocurrido la noche anterior, no estaba animado como de costumbre.

—Es divertido salir con mujeres —rezongó—, pero ¿por qué será que cuando estás dispuesto a marcharte de repente empiezan a preocuparse por si su peinado está bien o su obi recto? ¡Qué fastidio!

Seijūrō pensó en su escuela. Le pareció oír el sonido de las espadas de madera y el entrechocar de las astas de lanza. ¿Qué dirían sus alumnos acerca de su ausencia? Sin duda su hermano menor, Denshichirō, exteriorizaba su desaprobación chascando la lengua.

—Oye, Tōji, la verdad es que no tengo ganas de llevarlas al Kabuki. Volvamos a casa.

—¿Después de que ya se lo has prometido?

—Bueno...

—¡Estaban tan entusiasmadas! Se pondrán furiosas si nos desdecimos. Iré a darles prisa.

Cuando recorría el pasillo, Tōji miró el interior de una habitación donde estaban esparcidas las ropas de las mujeres, y le sorprendió no ver a ninguna de las dos.

—¿Dónde pueden haber ido? —se preguntó en voz alta.

Tampoco estaban en la habitación contigua. Más allá había otra estancia pequeña y oscura, a la que no llegaba el sol y olía a cerrado y ropas de cama. Tōji abrió la puerta y le saludó un rugido airado:

—¿Quién está ahí?

Tōji retrocedió un paso y escudriñó el interior del oscuro cubículo. El suelo estaba cubierto de viejas y deshilachadas esteras, y en general era un cuarto tan distinto de las agradables habitaciones delanteras como la noche del día. Espatarrado en el suelo, con la empuñadura de una espada colocada descuidadamente sobre su vientre, había un desaliñado samurai cuyas ropas y aspecto en conjunto eran los de aquellos rōnin a los que con frecuencia se veía deambular sin rumbo por calles y caminos apartados. Las sucias plantas de sus pies miraban a Tōji a la cara. No hizo esfuerzo alguno por levantarse y se quedó allí tendido, sumido en el estupor.

—Oh, lo siento —dijo Tōji—. No sabía que aquí había un huésped.

—¡No soy un huésped! —gritó el hombre hacia el techo.

Hedía a sake, y aunque Tōji no tenía idea de quién era, estaba seguro de que no deseaba tener nada más que ver con él.

—Siento haberte molestado —se apresuró a decirle, y dio media vuelta dispuesto a marcharse.

—¡Un momento! —gritó el hombre ásperamente, incorporándose un poco—. ¡Cierra la puerta antes de irte!

Sorprendido por su rudeza, Tōji hizo lo que le pedía y se marchó.

Casi de inmediato, Tōji fue sustituido por Okō. Iba muy acicalada y con toda evidencia trataba de parecer una gran dama. Como si se dirigiera a un niño, dijo a Matahachi:

—¿Quieres decirme a qué viene tanto enfado?

Akemi, que estaba detrás de su madre, le preguntó:

—¿Por qué no vienes con nosotras?

—¿Adonde?

—A ver el Okuni Kabuki.

Matahachi torció la boca con un gesto de repugnancia.

—¿Qué marido se dejaría ver en compañía de un hombre que persigue a su esposa? —preguntó rencorosamente.

Okō sintió como si le hubieran arrojado agua fría a la cara. La cólera abrillantó sus ojos y replicó:

—¿De qué estás hablando? ¿Insinúas acaso que hay algo entre Tōji y yo?

—¿Quién ha dicho que hubiera algo?

—Tú acabas de decirlo.

Matahachi no respondió.

—¡Y te consideras todo un hombre! —Aunque le dijo estas palabras con desprecio, Matahachi mantuvo un hosco silencio—. ¡Me enfermas! ¡Siempre te pones celoso por nada! Vamos, Akemi. No perdamos el tiempo con este loco.

Matahachi le agarró la falda.

—¿Quién eres tú para llamarme loco? ¿Qué pretendes hablando a tu marido de esa manera?

Okō se zafó de él.

—¿Y por qué no? —le dijo cruelmente—. Si eres un marido, ¿por qué no actúas como tal? ¿Quién crees que te alimenta, gandul inútil?

—¡Cuidado con lo que dices!

—Apenas has ganado nada desde que salimos de la provincia de Ōmi. Has vivido a mi costa, bebiendo sake y haraganeando. ¿De qué te quejas?

—¡Te dije que iría a trabajar! Te dije que incluso levantaría piedras para la muralla del castillo. Pero eso no era válido para ti. Dices que no puedes comer esto, no puedes llevar aquello, no puedes vivir en una sucia casita... Las cosas que no puedes soportar son interminables. Así que en vez de dejarme hacer un trabajo honrado, tuviste que abrir esta asquerosa casa de té. Pues bien, ¡basta ya, te digo que basta! —gritó, echándose a temblar.

—¿Basta de qué?

—Basta de llevar este negocio.

—Y en ese caso, ¿qué comeríamos mañana?

—Puedo ganar lo suficiente para mantenernos los tres, incluso levantando piedras.

—Si estás tan deseoso de acarrear piedras o serrar madera, ¿por qué no te marchas? Vamos, sé un peón, cualquier cosa, pero si haces eso, ¡puedes vivir solo! Tu problema es que eres un patán de nacimiento y siempre serás un patán. ¡Deberías haberte quedado en Mimasaka! Créeme, no te suplico que te quedes. ¡Eres libre de marcharte cuando quieras!

Mientras Matahachi se esforzaba por retener sus lágrimas de ira, Okō y Akemi le dieron la espalda, pero incluso después de que se hubieran perdido de vista, él siguió contemplando el marco de la puerta vacío. Cuando Okō le escondió en su casa cerca

del monte Ibuki, él pensó que había tenido suerte al encontrar a alguien que le quería y cuidaba. Ahora, sin embargo, sentía que habría preferido ser capturado por el enemigo. Al fin y al cabo, ¿qué era mejor? ¿Ser un prisionero o convertirse en el juguete de una viuda veleidosa y dejar de ser un auténtico hombre? ¿Era peor languidecer en la prisión que sufrir allí, en la oscuridad, siendo objeto constante del desdén de una arpía? Había puesto grandes esperanzas en el futuro, y sin embargo había permitido que aquella suripanta, con su cara empolvada y su sexo lascivo, le hiciera bajar hasta su nivel.

—¡La muy zorra! —exclamó Matahachi, estremecido de cólera—. ¡La asquerosa zorra!

Las lágrimas subían desde el fondo de su corazón. Se preguntó una y otra vez por qué no había regresado a Miyamoto, por qué no había vuelto al lado de Otsū. Su madre estaba en Miyamoto, al igual que su hermana, el marido de ésta y el tío Gon. Todos habían sido muy buenos con él.

Pensó que también hoy sonaría la campana del Shippōji, como todos los días, y las aguas del río Aida fluirían como de costumbre, las flores crecerían en las orillas y los pájaros anunciarían la llegada de la primavera.

—¡Qué necio soy! ¡Qué loco y estúpido necio! —Matahachi se golpeó la cabeza con los puños.

En el exterior, madre, hija y los dos huéspedes que habían pasado la noche en su casa recorrían la calle charlando animadamente.

—Parece como si estuviéramos en primavera.

—Así debe ser. Casi estamos en el tercer mes.

—Dicen que el shōgun vendrá pronto a la capital. En ese caso, vosotras dos ganaréis un montón de dinero, ¿eh?

—Oh, no, estoy segura de que no será así.

—¿Por qué? ¿Es que a los samuráis de Edo no les gusta divertirse?

—Son demasiado groseros...

—Madre, ¿no es ésa la música del Kabuki? Oigo las campanas, y también una flauta.

—¡Escuchad a la niña! Es siempre así. ¡Cree que ya está en el teatro!

—Pero lo oigo, madre.

—No importa. Anda, llévale el sombrero al joven maestro.

Las pisadas y voces se internaron en el Yomogi. Matahachi, con los ojos todavía enrojecidos por el furor, echó un vistazo por la ventana a las dos parejas que se alejaban. La situación le pareció tan humillante que volvió a dejarse caer sobre el tatami en la habitación oscura, maldiciéndose.

—¿Qué estás haciendo aquí? —se interpeló a sí mismo—. ¿Es que no tienes orgullo? ¿Cómo puedes permitir que las cosas sigan de esta manera? ¡Idiota! ¡Haz

algo! —La indignación que le producía su propia debilidad cobarde eclipsaba la cólera dirigida a Okō.

—Ha dicho que te marches. ¡Pues bien, vete! No hay ninguna razón para que te quedes aquí sentado haciendo rechinar los dientes. Sólo tienes veintidós años, aún eres joven. Vete y haz algo por ti mismo.

Tenía la sensación de que le era imposible permanecer un minuto más en la casa vacía y silenciosa, y no obstante, por alguna razón, no podía marcharse. Estaba tan confuso que le dolía la cabeza. Comprendió que al vivir de la manera como lo había hecho durante los últimos años, había perdido la capacidad de pensar con claridad. ¿Cómo había podido soportarlo? Su mujer se pasaba las noches agasajando a otros hombres, vendiéndoles los encantos que antes prodigaba a él. Por las noches no podía dormir y de día estaba demasiado desanimado para salir. Rumiando en aquella habitación oscura, no podía hacer nada más que beber.

«¡Y todo por aquella puta más que madura!», se dijo.

Estaba disgustado consigo mismo. Sabía que la única manera de librarse de su angustia era acabar de una vez con aquella absurda manera de vivir y regresar a las aspiraciones que tenía de más joven. Tenía que encontrar el camino que había perdido.

Y sin embargo..., sin embargo...

Le ataba allí alguna atracción misteriosa. ¿Qué clase de hechizo maligno le retenía? ¿Era aquella mujer un demonio disfrazado? Le maldecía, le decía que se marchara, le juraba que no era más que una molestia para ella, y luego, en medio de la noche, se derretía como la miel y decía que todo había sido una broma, que en realidad no había dicho nada de aquello en serio. Y aunque rondaba ya los cuarenta años, tenía aquellos labios..., unos labios de un rojo brillante que eran tan atractivos como los de su hija.

Sin embargo, eso no lo explicaba todo. En última instancia, Matahachi no tenía el valor de dejar que Okō y Akemi le vieran trabajar como un peón. Se había criado perezoso y blando. El joven que vestía prendas de seda y sabía distinguir por su sabor el sake de Nada del brebaje local estaba muy lejos del sencillo y tosco Matahachi que participó en la batalla de Sekigahara. Lo peor de todo era que llevar aquella extraña vida con una mujer mayor le había privado de su juventud. Era todavía joven en años, pero en espíritu era disoluto y malévolo, perezoso y resentido.

—¡Pero lo haré! —prometió—. ¡Me iré ahora mismo! —Dándose un último golpe airado en la cabeza, se puso en pie de un salto, gritando—: ¡Me marcharé de aquí hoy mismo!

Mientras escuchaba su propia voz, reparó de improviso en que no había allí nadie más que le retuviera, nada que realmente le vinculara a aquella casa. Lo único que poseía y no podía dejar atrás era su espada, y se apresuró a colocarla por debajo del

obi. Se mordió el labio y dijo con determinación:

—Después de todo, soy un hombre.

Podría haber salido por la puerta principal, blandiendo su espada como un general victorioso, pero la fuerza de la costumbre hizo que se calzara sus sucias sandalias y saliera por la puerta de la cocina.

Hasta entonces todo iba bien. ¡Estaba fuera de la casa! Pero ¿qué haría a continuación? Se detuvo en seco y permaneció inmóvil bajo la brisa refrescante de la primavera temprana. No era la luz deslumbrante lo que le impedía moverse, sino el interrogante esencial: ¿adonde iba?

En aquel momento Matahachi tuvo la sensación de que el mundo era un mar vasto y turbulento donde no había nada a lo que aferrarse. Aparte de Kyoto, no había estado más que en su pueblo natal y en una batalla. Mientras reflexionaba perplejo sobre su situación, un súbito pensamiento le hizo dar media vuelta y entrar de nuevo como un cachorro por la puerta de la cocina.

—Necesito dinero —se dijo—. Desde luego, he de tener algún dinero.

Fue directamente a la habitación de Okō, revolvió entre sus cajas de maquillaje, el espejo, la cómoda y todo cuanto se le ocurrió. Registró la habitación de arriba abajo, pero no encontró ni rastro de dinero. Por supuesto, debió haber comprendido que Okō no era la clase de mujer que dejaría de tomar precauciones contra aquella eventualidad.

Sintiéndose frustrado, Matahachi se dejó caer sobre las ropas todavía esparcidas por el suelo. El aroma de Okō permanecía como una bruma densa en sus prendas interiores de seda roja, su obi Nishijin y su kimono teñido al estilo Momoyama. Pensó que ahora debía estar en el teatro al aire libre junto al río, contemplando las danzas del Kabuki con Tōji a su lado. Se formó una imagen de su piel blanca y su semblante provocativo, coqueto.

—¡La maldita puerca! —exclamó, resentido y lleno de sanguinarios pensamientos.

Entonces, inesperadamente, tuvo un doloroso recuerdo de Otsū. A medida que iban sumándose los días y los meses de su separación, por fin él había llegado a comprender la pureza y la abnegación de aquella muchacha que había prometido esperarle. Si creyera que ella podría perdonarle, de buen grado se habría inclinado y alzado las manos en gesto de súplica. Pero había roto con Otsū, abandonándola de tal manera que le sería imposible enfrentarse de nuevo a ella.

«Y todo por culpa de esa mujer», pensó, entristecido.

Ahora que era demasiado tarde, lo veía todo con claridad. Nunca debió permitir que Okō se enterase de la existencia de Otsū. La primera vez que aquélla oyó hablar de la muchacha, sonrió levemente y fingió que no le importaba en absoluto, pero lo cierto era que le habían consumido los celos. Luego, cada vez que se peleaban, ella

sacaba a relucir el tema e insistía en que escribiera una carta rompiendo su compromiso. Y cuando él cedió por fin y lo hizo, Okō tuvo el descaro de incluir una nota escrita en su caligrafía evidentemente femenina, y fue tan insensible que envió la misiva por medio de un mensajero anónimo.

—¿Qué pensará Otsū de mí? —gimió Matahachi lleno de pesar.

La imagen de su cara inocente e infantil apareció en su mente, una cara llena de reproches. Una vez más vio las montañas y el río de Mimasaka. Sintió deseos de llamar a su madre y sus familiares, que habían sido tan buenos con él. Ahora le parecía incluso que el suelo de la región era cálido y consolador.

—¡Jamás podré volver a casa! —se dijo—. Lo desperdicié todo por..., por... —Enfurecido de nuevo, sacó las ropas de Okō de los cajones, las desgarró y esparció los jirones por toda la casa.

Poco a poco tuvo conciencia de que alguien llamaba desde la puerta delantera.

—Perdona —dijo la voz—. Soy de la escuela Yoshioka. ¿Están aquí el joven maestro y Tōji?

—¿Cómo voy a saberlo? —replicó Matahachi bruscamente.

—¡Tiene que estar aquí! Sé que es descortés molestarles cuando están divirtiéndose, pero ha sucedido algo de gran importancia que afecta al buen nombre de la familia Yoshioka.

—¡Vete! ¡No me fastidies!

—Por favor, ¿no puedes darles por lo menos un mensaje? Diles que un espadachín llamado Miyamoto Musashi se ha presentado en la escuela y que..., bueno, ninguno de nosotros puede quedar por encima de él. Está esperando a que regrese el joven maestro..., se niega a moverse hasta que haya tenido oportunidad de enfrentarse a él. ¡Por favor, dile que vuelva en seguida!

—¿Miyamoto? ¿Miyamoto?

La rueda de la fortuna

Aquél fue un día de vergüenza inolvidable para la escuela Yoshioka. Nunca hasta entonces aquel prestigioso centro de las artes marciales había sufrido una humillación tan completa.

Los fervorosos discípulos estaban abatidos, con las caras largas y los puños apretados, reflejo de su congoja y frustración. Un grupo numeroso se encontraba en la antesala con suelo de madera, y había grupos más reducidos en las habitaciones laterales. Oscurecía ya, cuando de ordinario estarían camino de casa o disponiéndose a beber, pero ninguno daba señal alguna de marcharse. Sólo el ruido de la puerta principal rompía de vez en cuando el fúnebre silencio.

—¿Es él?

—¿Ha regresado el joven maestro?

—No, todavía no —dijo un hombre que había pasado la mitad de la tarde apoyado desconsoladamente en una columna de la entrada.

Cada vez que eso sucedía los hombres volvían a sumirse en su cenagal de pesadumbre. Chascaban la lengua, consternados, y patéticas lágrimas brillaban en sus ojos.

El doctor salió de una habitación trasera y se dirigió al hombre de la entrada.

—Tengo entendido que Seijūrō no está aquí. ¿No sabes dónde se encuentra?

—No. Los hombres están buscándole. Probablemente no tardará en volver.

El doctor se aclaró la garganta y se marchó.

Delante de la escuela, la vela en el altar del santuario de Hachiman estaba rodeada por un halo siniestro.

Nadie habría negado que el fundador y primer maestro, Yoshioka Kempō, era un hombre mucho más brillante que Seijūrō o su hermano menor. Kempō empezó siendo un mero comerciante, un tintorero, pero la interminable repetición de los ritmos y movimientos necesarios para evitar que el tinte se convierta en un engrudo le hizo concebir una nueva manera de manejar la espada corta. Tras aprender el uso de la alabarda, que le enseñó uno de los más hábiles sacerdotes-guerreros de Kurama, y luego estudiar el estilo de esgrima Kyōhachi, creó un estilo totalmente personal. Posteriormente su técnica con la espada corta fue adoptada por los shogunes Ashikaga, los cuales le llamaron para que fuese su preceptor oficial. Kempō fue un gran maestro, un hombre cuya sabiduría estaba a la altura de su habilidad.

Aunque los hijos de Kempō, Seijūrō y Denshichirō, habían recibido un adiestramiento tan riguroso como el de su padre, fueron los herederos de una riqueza y una fama considerables, lo cual, en opinión de algunos, había sido la causa de su debilidad. Por costumbre la gente se dirigía a Seijūrō llamándole «joven maestro», pero en realidad no había alcanzado el nivel de habilidad que habría atraído a muchos

seguidores. Los alumnos acudían a la escuela porque, bajo la dirección de Kempō, el estilo de lucha Yoshioka había alcanzado tanta fama que sólo lograr el ingreso significaba ser reconocido por la sociedad como un hábil guerrero.

Después de la caída del shogunado Ashikaga, tres décadas antes, la casa de Yoshioka había dejado de recibir una subvención oficial, pero en vida del frugal Kempō había acumulado gradualmente una gran fortuna. Además, tenía aquel gran establecimiento en la avenida Shijō, con más alumnos que cualquier otra escuela de Kyoto, que era con mucho la ciudad más grande del país. Pero lo cierto era que la posición de la escuela en el nivel superior del mundo de la esgrima era más aparente que real.

En el exterior de aquellos grandes muros blancos el mundo había cambiado más de lo que la mayoría de quienes vivían dentro se daba cuenta. Durante años se habían dedicado a la jactancia, la gandulería y el juego, sin adaptarse a los cambios de los tiempos. Aquel día, su vergonzosa derrota en el enfrentamiento con un desconocido espadachín rural les había abierto los ojos.

Poco antes del mediodía, uno de los sirvientes entró en el dōjō y dijo que un hombre que decía llamarse Musashi estaba en la puerta y solicitaba que le admitieran. Cuando le preguntaron de qué clase de individuo se trataba, les respondió que era un rōnin, natural de Miyamoto, en Mimasaka, tenía veintiuno o veintidós años, medía unos seis pies de altura y parecía bastante lerdo. Su cabello, que no se peinaba por lo menos desde hacía un año, estaba atado descuidadamente en la nuca y era una greña rojiza, y sus ropas estaban tan sucias que no se sabía si eran negras o marrones, sencillas u ornadas. Aunque el sirviente admitía que podría equivocarse, creía haber percibido que aquel hombre olía. Llevaba a la espalda uno de esos sacos de cuero a los que la gente llamaba bolsas de estudio de los guerreros, lo cual probablemente significaba que era un shugyōsha, uno de los samuráis, tan numerosos en aquella época, que deambulaba sin rumbo y dedicaba todos los instantes de su vida despierta al estudio de la esgrima. No obstante, la impresión general del sirviente era que aquel Musashi estaba claramente fuera de lugar en la escuela Yoshioka.

Si el hombre se hubiera limitado a pedir una comida, no habría habido ningún problema, pero cuando el grupo oyó que el rústico intruso estaba en el gran portal para desafiar en combate al famoso Yoshioka Seijūrō, las risas fueron estrepitosas, Algunos se mostraron partidarios de echarle sin más, mientras otros decían que primero deberían averiguar qué estilo empleaba y el nombre de su maestro.

El sirviente, tan divertido como los demás, salió y poco después regresó para informar que el visitante aprendió en su infancia el manejo de la porra, que le enseñó su padre, y más tarde aprendió lo que pudo de los guerreros que estaban de paso en el pueblo. Se marchó de casa a los diecisiete años y, por razones personales, pasó los tres años siguientes dedicado al estudio. Todo el año anterior lo había pasado en las

montañas, con los árboles y los espíritus de los montes como únicos maestros. En consecuencia, no podía decir que siguiera un estilo o a un maestro determinados. Pero en el futuro confiaba en aprender las enseñanzas de Kiichi Hōgen y dominar la esencia del estilo Kyōhachi. Emularía al gran Yoshioka Kempō creando un estilo propio, al que ya había decidido llamar estilo Miyamoto. A pesar de sus muchos defectos, ésa era una meta hacia la que se proponía trabajar con todo su corazón y su alma.

El sirviente concedía que había sido una respuesta sincera y sin afectación, pero el hombre tenía acento rural y tartamudeaba casi a cada palabra. El sirviente satisfizo a sus oyentes ofreciéndoles una imitación, provocando de nuevo grandes risotadas.

El recién llegado no debía de estar en su sano juicio. Proclamar que cifraba su meta en crear un estilo propio era pura locura. A modo de ilustración para el patán, los estudiantes enviaron de nuevo al sirviente, esta vez para preguntarle si había nombrado a alguien para que recuperase su cadáver después del encuentro. A lo cual respondió Musashi:

—Si por azar muriese, poco importa que abandonéis mi cuerpo en la montaña Toribe o lo arrojéis al río Kamo con la basura. En cualquier caso, prometo que no os lo echaré en cara.

El sirviente dijo que esta vez la respuesta de Musashi había sido muy clara, sin rastro de la torpeza de sus respuestas anteriores.

Tras un momento de vacilación, alguien dijo:

—¡Hazle pasar!

Así fue cómo empezó todo. Los discípulos pensaron que herirían un poco al recién llegado y luego le echarían de allí. Pero en el primer encuentro el derrotado fue el campeón de la escuela, que recibió un golpe brutal en el brazo. La muñeca quedó desprendida y unida al antebrazo tan sólo por un trozo de piel.

Uno tras otro los demás aceptaron el desafío del desconocido, y uno tras otro sufrieron una derrota ignominiosa. Varios resultaron gravemente heridos, y la espada de madera de Musashi goteaba sangre. Tras la tercera derrota, el estado de ánimo de los discípulos dio un vuelco total y se volvió sanguinario. Aunque todos sucumbieran en el empeño, no permitirían que aquel bárbaro loco saliera con vida, llevándose consigo el honor de la escuela Yoshioka.

El mismo Musashi puso fin al derramamiento de sangre. Puesto que su desafío había sido aceptado, la conciencia no le remordía por las bajas, pero anunció:

—No tiene sentido continuar hasta que regrese Seijūrō.

Se negó a seguir luchando. Como no había ninguna alternativa, a petición propia le llevaron a una habitación para que aguardase. Sólo entonces uno de los hombres recuperó la sensatez y llamó al médico.

Poco después de que el doctor se marchara, las voces que gritaban los nombres de

dos de los heridos hicieron ir a una docena de hombres a la habitación del fondo. Rodearon a los dos samuráis incrédulos y pasmados, pálidos y respirando irregularmente. Ambos estaban muertos.

Se oyeron pisadas apresuradas a través del dōjō y en la habitación de los muertos. Los estudiantes hicieron paso a Seijūrō y Tōji, ambos tan pálidos como si hubieran acabado de salir de una catarata de agua helada.

—¿Qué ocurre aquí? —preguntó Tōji—. ¿Qué significa todo esto? —Su tono era malhumorado, como de costumbre.

Un samurai de rostro sombrío que estaba arrodillado junto a la almohada de uno de sus compañeros muertos fijó en Tōji su mirada acusadora y le dijo:

—Eres tú quien debería explicar lo que ocurre. Eres tú quien se lleva de juerga al joven maestro. ¡Pues bien, esta vez has ido demasiado lejos!

—¡Frena la lengua o te la corto!

—¡Cuando vivía el maestro Kempō no pasaba un solo día sin que estuviera presente en el dōjō!

—¿Y qué? El joven maestro quería divertirse un poco, así que fuimos al Kabuki. ¿Qué pretendes al hablar de esa manera delante de él? ¿Quién te crees que eres?

—¿Es que tiene que pasarse toda la noche fuera para ver el Kabuki? ¡El maestro Kempō debe de estar retorciéndose en su tumba!

—¡Basta ya! —gritó Tōji, abalanzándose contra el hombre.

Mientras los demás trataban de separar y calmar a los dos, una voz que traslucía el dolor por las pérdidas sufridas se impuso ligeramente al ruido de la refriega.

—Si el joven maestro ha vuelto, es hora de que dejemos de reñir. A él corresponde recuperar el honor de la escuela. Ese rōnin no puede salir vivo de aquí.

Varios de los heridos gritaban y golpeaban el suelo. Su agitación era una elocuente reprimenda a quienes no se habían enfrentado a la espada de Musashi.

Para los samurai de la época, lo más importante en el mundo era el honor. Como clase, prácticamente competían entre ellos para ver quién sería el primero en morir por el honor. Hasta hacía muy poco, el gobierno había estado demasiado ocupado con las guerras para poder trazar un sistema administrativo adecuado en un país en paz, e incluso Kyoto estaba gobernada tan sólo por una serie de regulaciones imprecisas y provisionales. No obstante, el hincapié que hacía la clase guerrera en el honor personal era respetado igualmente por campesinos y ciudadanos, y jugaba un papel en el mantenimiento de la paz. Un consenso general sobre lo que era y lo que no era una conducta honorable posibilitaba que la gente se gobernara a sí misma incluso en ausencia de unas leyes adecuadas.

Aunque los hombres de la escuela Yoshioka fuesen incultos, no eran en modo alguno unos degenerados sin vergüenza. Cuando, tras la conmoción inicial de la derrota volvieron a la normalidad, en lo que pensaron primero fue en el honor. El

honor de su escuela, el de su maestro, su propio honor personal.

Dejando de lado sus animosidades personales, un nutrido grupo se reunió alrededor de Seijūrō para discutir lo que debían hacer. Por desgracia, precisamente aquel día Seijūrō carecía por completo de espíritu de lucha. Cuando debería estar en posesión de todas sus facultades, tenía resaca y se sentía débil y exhausto.

—¿Dónde está el hombre? —preguntó, mientras se ataba las mangas del kimono con una correa de cuero.

—Está en el pequeño cuarto junto a la sala de recepción —le dijo un estudiante, señalando al otro lado del jardín.

—¡Llámale! —ordenó Seijūrō, con la boca seca a causa de la tensión.

Se había sentado en el lugar del maestro, una pequeña plataforma elevada, preparándose para recibir el saludo de Musashi. Eligió una de las espadas de madera que le ofrecían sus discípulos y la sostuvo vertical ante él.

Tres o cuatro hombres acataron la orden y empezaron a marcharse, pero Tōji y Ryōhei les dijeron que esperasen.

Siguió una serie de susurros que no llegaban a oídos de Seijūrō. Las consultas musitadas se centraban alrededor de Tōji y los demás discípulos veteranos de la escuela. Poco después se les unieron familiares y algunos criados, y fueron tantos los presentes que la reunión se dividió en varios grupos. Aunque acalorada, la controversia se zanjó en un tiempo relativamente breve.

La mayoría, no sólo preocupada por el sino de la escuela sino también incómodamente consciente de las deficiencias de Seijūrō como luchador, concluyó que sería imprudente permitir que se enfrentara a Musashi cara a cara en aquellos momentos. Con dos muertos y varios heridos, si Seijūrō perdiera, la crisis a la que se enfrentaría la escuela sería extraordinariamente grave. Era un riesgo demasiado grande.

La tácita opinión de la mayoría de los hombres era que si Denshichirō estuviera presente habría poca causa de alarma. En general, se creía que estaba mejor dotado que Seijūrō para continuar la labor de su padre, pero como era el segundo hijo y no tenía responsabilidades, era un hombre demasiado acomodadizo. Aquella mañana había salido de casa con unos amigos para viajar a Ise, y ni siquiera se había molestado en decir cuándo regresaría.

Tōji se acercó a Seijūrō y le dijo:

—Hemos llegado a una conclusión.

Mientras Seijūrō escuchaba el informe susurrado, su expresión fue haciéndose cada vez más indignada, hasta que finalmente, dominando apenas su furia, dijo:

—¿Engañarle?

Tōji intentó silenciarle con la mirada, pero Seijūrō no iba a consentirlo.

—¡No puedo aceptar una cosa así! Es una cobardía. ¿Y si corriera la noticia de

que la escuela Yoshioka temía tanto a un guerrero desconocido que se ocultó y le tendió una emboscada?

—Cálmate —le suplicó Tōji, pero Seijūrō siguió protestando. Tōji alzó la voz para imponerse a la del joven maestro y le dijo—: Déjalo de nuestra cuenta. Nosotros nos ocuparemos del asunto.

Seijūrō no estaba dispuesto a ceder.

—¿Crees acaso que yo, Yoshioka Seijūrō, sería derrotado por ese Musashi o comoquiera que se llame?

—Oh, no, no se trata de eso en absoluto —mintió Tōji—. Es que no creemos que derrotarle te aportara ningún honor. Tienes demasiada categoría para enfrentarte a un vagabundo descarado. En cualquier caso, no hay ninguna razón por la que nadie ajeno a esta casa deba enterarse de lo sucedido. Sólo una cosa es importante..., no permitir que salga de aquí vivo.

Mientras los dos estaban discutiendo, el número de hombres en la sala se redujo a más de la mitad. Silenciosos como gatos, salieron al jardín, encaminándose a la puerta trasera y las habitaciones interiores, y se desvanecieron casi imperceptiblemente en la oscuridad.

—No podemos postergarlo más, joven maestro —dijo Tōji con firmeza, y apagó la lámpara de un soplo. Aflojó la espada en su vaina y se arremangó el kimono.

Seijūrō siguió sentado. Aunque hasta cierto punto se sentía aliviado por no tener que luchar con el desconocido, no se estaba satisfecho ni mucho menos. Se daba cuenta de que sus discípulos tenían una baja opinión de su capacidad. Pensó en que había descuidado la práctica desde la muerte de su padre, y ese pensamiento le abatió.

La casa se volvió fría y silenciosa como el fondo de un pozo. Sin poder quedarse quieto, Seijūrō se puso en pie y permaneció junto a la ventana. A través de las puertas cubiertas de papel de la habitación donde estaba Musashi, veía el tenue parpadeo de la luz de la lámpara. Era la única luz visible en el entorno.

Varios pares de ojos más miraban en la misma dirección. Los atacantes, con sus espadas en el suelo delante de ellos, contenían el aliento y escuchaban atentamente para percibir cualquier sonido indicador de lo que Musashi se proponía llevar a cabo.

Al margen de sus deficiencias, Tōji había recibido el adiestramiento de un samurai, e intentaba desesperadamente imaginar qué haría Musashi.

—Nadie le conoce en la capital, pero es un gran luchador. ¿Es posible que esté sentado y silencioso en esa habitación? Nos hemos aproximado a él con mucha cautela, pero somos demasiados y debe de haberlo notado. Cualquiera que intente vivir como un guerrero lo notaría. De lo contrario, a estas alturas estaría muerto.

—Humm..., quizá se ha adormecido. Eso es lo más probable. Al fin y al cabo, lleva largo tiempo esperando.

—Por otro lado, ya ha demostrado que es inteligente. Tal vez esté ahí en pie,

preparado para el combate, dejando la lámpara encendida para cogernos desprevenidos y esperando que le ataque el primer hombre.

—¡Sí, eso debe ser! ¡No hay duda!

Los hombres estaban nerviosos y llenos de prevención, pues el blanco de su sanguinario propósito estaría igualmente deseoso de matarles. Intercambiaron miradas, preguntándose en silencio quién sería el primero en adelantarse corriendo y arriesgar su vida.

Finalmente el astuto Tōji, que estaba al lado mismo de la habitación de Musashi, gritó:

—¡Musashi! ¡Siento haberte hecho esperar! ¿Puedo verte un momento?

Al no obtener respuesta, Tōji llegó a la conclusión de que Musashi estaba, en efecto, preparado y esperando el ataque. Jurándose que no le dejaría escapar, Tōji señaló a derecha e izquierda y asestó una patada a la shoji. El golpe desplazó de su ranura el borde inferior de la puerta, que se deslizó unos dos pies hacia el interior de la habitación. Al oír el ruido, los hombres que se disponían a invadir la estancia, retrocedieron un paso sin querer, pero al cabo de unos segundos alguien lanzó el grito de ataque y abrieron con estrépito todas las demás puertas de la habitación.

—¡No está aquí!

—¡La habitación está vacía!

Las voces llenas de valor recobrado murmuraban con incredulidad. Musashi había estado sentado allí hasta hacía muy poco, cuando alguien le llevó la lámpara. Ésta aún ardía, el cojín que había usado el guerrero desconocido seguía allí, en el brasero aún ardía un buen fuego y había una taza de té sin tocar. ¡Pero Musashi no estaba!

Un hombre corrió a la terraza y comunicó a los demás que el samurai había desaparecido. Por debajo de la terraza y desde lugares oscuros en el jardín salieron alumnos y criados, los cuales se congregaron, dieron airadas patadas en el suelo y maldijeron a los hombres que habían montado guardia en la pequeña habitación. Sin embargo, los guardianes insistieron en que Musashi no podía haberse ido. Menos de una hora antes había ido al excusado y vuelto a la habitación de inmediato. Era imposible que hubiera salido sin que le vieran.

—¿Pretendes decir que es invisible como el viento? —le preguntó un hombre desdeñosamente.

Entonces uno de los que habían estado hurgando en un armario gritó:

—¡Así es como se ha fugado! Mirad, estas tablas del suelo han sido arrancadas.

—No ha pasado mucho tiempo desde que despabiló la lámpara. ¡No puede haber ido muy lejos!

—¡A por él!

¡Si Musashi había huido realmente, en el fondo debía ser un cobarde! Esta suposición enardeció a sus perseguidores, dándoles el espíritu de lucha del que tan

notablemente habían carecido poco antes. Estaban saliendo por el portal y las puertas laterales cuando alguien exclamó:

—¡Ahí está!

Cerca de la puerta trasera, una silueta salió de las sombras, cruzó la calle y entró en un oscuro callejón al otro lado. Corriendo como una liebre, cuando llegó al muro en el extremo del callejón, giró a un lado. Dos o tres estudiantes le dieron alcance en el camino entre el Kūyadō y las ruinas del Honnōji incendiado.

—¡Cobarde!

—De modo que huyes, ¿eh?

—Después de lo que hoy has hecho.

Se oyó el ruido de una violenta refriega y un aullido desafiante. El hombre capturado había recobrado sus fuerzas y se volvía contra sus captores. En un instante, los tres hombres que le habían arrastrado sujeto por la nuca cayeron al suelo. La espada del hombre estaba a punto de descender sobre ellos cuando un cuarto hombre llegó corriendo y gritó:

—¡Espera! ¡Es un error! No es el hombre que estamos buscando.

Matahachi bajó la espada y los hombres se pusieron en pie.

—¡Eh, tienes razón! No es Musashi.

Mientras estaban allí en pie y perplejos, Tōji llegó a su lado.

—¿Le habéis cogido? —les preguntó.

—No, nos hemos equivocado de hombre... Éste no es el causante de nuestros problemas.

Tōji miró más atentamente al transeúnte que sus camaradas habían intentado capturar y les preguntó con asombro:

—¿Es éste el hombre a quien perseguíais?

—Sí. ¿Le conoces?

—Le vi antes en la casa de té Yomogi.

Mientras examinaban a Matahachi en silencio y con suspicacia, éste se atusó calmosamente el cabello revuelto y se sacudió el kimono.

—¿Es el dueño del Yomogi?

—No, la mujer que sirve ahí me dijo que no lo era. Parece ser alguna clase de parásito.

—Desde luego, parece sospechoso. ¿Qué hacía cerca del portal? ¿Estaba espiando?

Pero Tōji ya había empezado a moverse.

—Si perdemos tiempo con él, Musashi se nos escapará. Dividíos y poneos en marcha. Por lo menos podremos averiguar dónde se aloja.

Hubo un murmullo de asentimiento y los hombres partieron.

Matahachi, de cara al foso del Honnōji, permanecía en silencio con la cabeza

inclinada mientras los hombres pasaban corriendo por su lado. Cuando pasó el último, lo llamó.

El hombre se detuvo.

—¿Qué quieres? —le preguntó.

Matahachi se aproximó a él.

—¿Qué edad tiene ese hombre llamado Musashi?

—¿Cómo podría saberlo?

—¿Dirías que tiene más o menos mi edad?

—Sí, en efecto.

—¿Procede del pueblo de Miyamoto, en la provincia de Mimasaka?

—Sí.

—Supongo que «Musashi» es otra manera de leer los dos caracteres usados para escribir «Takezō», ¿no es cierto?

—¿Por qué me haces estas preguntas? ¿Acaso es amigo tuyo?

—Oh, no. Sólo estaba intrigado.

—Oye, sería mejor que en lo sucesivo no te metas en sitios donde no debes estar. De lo contrario, uno de estos días podrías encontrarte en un serio apuro.

Tras hacer esta advertencia, el hombre se alejó.

Matahachi echó a andar lentamente por el lado del oscuro foso, deteniéndose de vez en cuando para contemplar las estrellas. No parecía tener un rumbo concreto.

—¡Es él, después de todo! —se dijo—. Debe de haber cambiado su nombre por el de Musashi, convirtiéndose en un espadachín. Supongo que su aspecto será muy distinto al de antes. —Deslizó las manos en el obi y se puso a dar puntapiés a un guijarro, trasladándolo a lo largo de su camino. Cada vez que lo hacía, creía ver el rostro de Takezō ante él—. No es el momento oportuno —musitó—. Me avergonzaría que me viera tal como soy ahora. Tengo suficiente orgullo para no querer que me mire... Pero si ese grupo de la escuela Yoshioka le da alcance, probablemente le matarán. Quisiera saber dónde está. Por lo menos me gustaría advertirle.

Encuentro y retirada

A lo largo del sendero pedregoso que conducía al templo Kiyomizu se alzaba una hilera de casas destartaladas, sus tejados de tablas alineados como dientes cariados y tan viejos que el musgo cubría sus aleros. Bajo el caluroso sol del mediodía, la calle hedía a salazón de pescado asada sobre ascuas.

Un plato salió volando por la puerta de una de las casuchas y se hizo añicos en el suelo. Un hombre de unos cincuenta años que parecía alguna clase de artesano salió tambaleándose poco después. Pegada a sus talones estaba su esposa descalza, con el cabello enmarañado y los senos colgándole como las ubres de una vaca.

—¿Qué estás diciendo, zafio? —le gritó con voz aguda—. ¡Te largas, abandonas a tu mujer y tus hijos para que se mueran de hambre y luego vuelves arrastrándote como un gusano!

Se oía llanto de niños procedente de la casa, y un perro aullaba en las cercanías. La mujer agarró al hombre por el moño y empezó a zurrarle.

—¿Adonde crees que vas ahora, viejo idiota?

Los vecinos se acercaron a ellos a toda prisa, tratando de restaurar el orden.

Musashi sonrió irónicamente y se volvió hacia la tienda de cerámica. Durante algún tiempo, antes de que hubiera estallado la disputa doméstica, había permanecido ante la tienda, contemplando las piezas con una fascinación infantil. Los dos hombres que estaban en el interior no se daban cuenta de su presencia. Totalmente absortos en su trabajo, parecían haber penetrado en la arcilla convirtiéndose en parte de ella.

A Musashi le habría gustado tratar de modelar la arcilla. Desde su adolescencia le encantaba hacer cosas con las manos, y pensó que por lo menos sería capaz de producir un simple cuenco de té. Pero en aquel mismo instante uno de los alfareros, un hombre que rondaría los sesenta años, empezó a dar forma a un cuenco de té. Al observar con qué destreza movía los dedos y manejaba la espátula, Musashi comprendió que había sobrestimado su propia capacidad. Le maravilló la complicada técnica que era necesaria tan sólo para fabricar una sencilla pieza como el cuenco.

En aquellos días a menudo sentía una profunda admiración por el trabajo ajeno. Había descubierto que respetaba la técnica, el arte e incluso la habilidad de hacer bien una tarea sencilla, sobre todo si era una habilidad que él mismo no había dominado.

En un ángulo de la tienda, sobre un mostrador improvisado hecho con un viejo panel de puerta, había hileras de platos, tarros, tazas de sake y jarras. Los vendían como recuerdos, por la irrisoria suma de veinte o treinta monedas, a las gentes que iban al templo o regresaban de él. La seriedad con que los alfareros se entregaban a su trabajo contrastaba agudamente con la humildad de su chamizo de tablas. Musashi se preguntó si siempre tendrían lo suficiente para comer. La vida no debía de ser tan fácil como a veces parecía.

Observar la habilidad, la concentración y la entrega empleadas en fabricar unos objetos incluso tan baratos como aquéllos hizo sentir a Musashi que aún tenía un largo camino por recorrer si quería llegar alguna vez al grado de perfección en la esgrima al que aspiraba. Era éste un pensamiento tranquilizante, pues en las tres últimas semanas había visitado otros célebres centros de adiestramiento de Kyoto aparte de la escuela Yoshioka, y había empezado a preguntarse si no habría sido demasiado crítico consigo mismo desde su confinamiento en Himeji. Había esperado encontrar una Kyoto llena de hombres que dominaban las artes marciales, pues, al fin y al cabo, era la capital imperial, así como la antigua sede del shogunado Ashikaga, y había sido desde hacía mucho tiempo lugar de reunión de famosos generales y guerreros legendarios. Sin embargo, durante su estancia no había encontrado un solo centro de adiestramiento que le hubiera enseñado algo por lo que pudiera estar verdaderamente agradecido. Por el contrario, cada una de las escuelas le había decepcionado. Aunque siempre salía vencedor en los combates, no podía estar seguro de si eso se debía a que él era bueno o a que sus adversarios eran malos. Sea como fuere, si los samuráis con los que se había batido eran característicos, el país estaba en una forma lamentable.

Alentado por su éxito, había llegado a enorgullecerse un tanto de su experiencia, pero ahora, al recordar el peligro de la vanidad, se arrepentía de ese sentimiento. Se inclinó mentalmente con profundo respeto ante los hombres manchados de arcilla que manejaban el torno y echó a andar por la empinada cuesta que conducía al templo Kiyomizu.

No había llegado muy lejos cuando una voz le llamó desde abajo.

—¡Eh, señor! ¡El rōnin!

—¿Te refieres a mí? —inquirió Musashi, volviéndose.

A juzgar por la prenda de algodón enguatado que vestía el hombre barbudo, sus piernas desnudas y la larga vara que llevaba, su oficio era porteador de palanquín. Con bastante cortesía para ser de categoría tan humilde, preguntó:

—¿Os llamáis Miyamoto, señor?

—Sí.

—Gracias.

El hombre dio media vuelta y se alejó hacia la colina Chawan.

Musashi le vio entrar en lo que parecía una casa de té. Poco antes, al pasar por allí, había observado una gran concentración de cargadores y porteadores de palanquín que aguardaban en un lugar soleado. No podía imaginar quién había enviado a uno de ellos para que le preguntara su nombre, pero supuso que quienquiera que fuese pronto iría a su encuentro. Permaneció un rato allí, pero al ver que no aparecía nadie prosiguió su ascensión.

Se detuvo a lo largo del camino para mirar varios templos célebres, y en cada uno

de ellos se inclinó y dijo dos plegarias, una de ellas: «Por favor, protege a mi hermana de todo daño», y la otra: «Por favor, pon a prueba al humilde Musashi con trabajos arduos. Permite que llegue a ser el espadachín más grande del país, o déjale morir».

Llegó al borde de un risco, dejó su sombrero de junco en el suelo y se sentó. Desde aquella altura abarcaba toda la ciudad de Kyoto. Mientras estaba sentado rodeándose las rodillas con los brazos, una ambición sencilla pero poderosa creció en su joven pecho.

—Quiero llevar una vida importante. Quiero hacerlo porque soy un ser humano.

Cierta vez había leído que en el siglo X dos rebeldes llamados Taira-no-Masakado y Fujiwara-no-Sumitomo, ambos ambiciosos en extremo, se unieron y tomaron la decisión de que si salían victoriosos de las guerras, se repartirían Japón entre ellos. De entrada la historia era probablemente apócrifa, pero Musashi recordó que al leerla pensó en lo estúpido y poco realista por parte de aquellos hombres que habría sido creer en que podrían llevar a cabo un plan tan grandioso. Ahora, sin embargo, ya no le parecía ridículo. Aunque su propio sueño era de una clase diferente, existían ciertas similitudes. Si los jóvenes no pueden abrigar grandes sueños en sus almas, ¿quién puede hacerlo? En aquellos momentos Musashi imaginaba cómo podría crearse un lugar propio en el mundo.

Pensó en Oda Nobunaga y Toyotomi Hideyoshi, en sus visiones de la unificación del país y en las numerosas batallas que habían librado con ese fin. Pero era evidente que el camino hacia la grandeza ya no consistía en ganar batallas. Ahora el pueblo sólo quería la paz que había ansiado durante tanto tiempo. Y mientras Musashi consideraba la larguísima lucha que hubo de librar Tokugawa Ieyasu para convertir su deseo en realidad, comprendió una vez más lo difícil que era aferrarse al propio ideal.

«Ésta es una nueva era —se dijo—. Tengo toda la vida por delante. He nacido demasiado tarde para seguir los pasos de Nobunaga o Hideyoshi, pero aún puedo soñar en la conquista de mi propio mundo. Nadie puede impedírmelo. Incluso ese porteador de palanquín debe de tener alguna clase de sueño.»

Apartó estas ideas de su mente por un momento e intentó considerar la situación con objetividad. Poseía su espada, y el camino de la espada era el que había elegido. Ser un Hideyoshi o un Ieyasu no estaría mal, pero los tiempos ya no necesitaban gente con esa clase de talento. Ieyasu lo había atado todo pulcramente y ya no eran necesarias más guerras sangrientas. En Kyoto, la ciudad que se extendía a sus pies, la vida ya no pendía de un hilo.

En lo sucesivo, lo importante para Musashi sería su espada y la sociedad que le rodeaba, su habilidad en la esgrima relacionada con su existencia como ser humano. En un momento de intensa percepción se sintió satisfecho por haber encontrado el vínculo entre las artes marciales y sus propias visiones de grandeza.

Mientras permanecía sentado y sumido en sus pensamientos, la cara del porteador

de palanquín apareció bajo el risco. Señalando a Musashi con su vara de bambú, gritó:

—¡Está ahí arriba!

Musashi miró abajo y vio a los cargadores que pululaban y gritaban, y pronto empezaron a subir por la ladera hacia él. Se puso en pie e intentó ignorarlos, subió más por la ladera, pero no tardó en descubrir que el camino estaba bloqueado. Un considerable grupo de hombres, cogidos de los brazos y tendiendo sus varas, le habían rodeado a cierta distancia. Miró por encima del hombro y vio que los hombres que estaban detrás de él se habían detenido. Uno de ellos sonrió, mostrando los dientes, e informó a los demás que Musashi parecía «estar mirando una placa o algo parecido».

Musashi, que ahora se encontraba ante los escalones del Hongandō, miraba en efecto una placa maltratada por la intemperie que colgaba de la viga transversal en la entrada del templo. Sintiéndose incómodo, se preguntaba si debía tratar de ahuyentarlos con un grito de combate. Aunque sabía que podía escarmentarlos en unos instantes, no tenía sentido pelear con unos humildes trabajadores. En cualquier caso, probablemente la actitud de éstos se debía a algún error, y en tal caso acabarían dispersándose más tarde o más temprano. Siguió allí pacientemente, leyendo una y otra vez las palabras inscritas en la placa: «Voto original».

—¡Viene ella! —gritó uno de los cargadores.

Los hombres empezaron a hablar entre ellos en tono bajo. Musashi tuvo la impresión de que se estaban excitando hasta el frenesí. El recinto al que se entraba por la puerta occidental del templo se había llenado rápidamente de gente, y ahora sacerdotes, peregrinos y vendedores forzaban la vista para ver lo que sucedía. Con la curiosidad reflejada en sus semblantes, formaban círculos fuera del ruedo de porteadores que rodeaba a Musashi.

Desde la dirección de la colina Sannen llegó la rítmica salmodia de los hombres que transportaban una carga. Las voces fueron aproximándose hasta que dos hombres entraron en el recinto del templo, llevando en sus espaldas a una anciana y un samurai rural que parecía bastante fatigado.

Desde la espalda del porteador, Osugi agitó briosamente la mano y dijo: «Aquí está bien». El porteador dobló las piernas y la mujer, mientras saltaba ágilmente al suelo, le dio las gracias. Volviéndose al tío Gon, comentó:

—Esta vez no le dejaremos escapar, ¿verdad?

Los dos iban vestidos y pertrechados como si pensaran pasarse viajando el resto de sus vidas.

—¿Dónde está? —preguntó Osugi.

—Allí —respondió uno de los porteadores, señalando orgullosamente hacia el templo.

El tío Gon humedeció con saliva el filo de su espada, y los dos se abrieron paso entre la muchedumbre.

—No os apresuréis —les advirtió uno de los porteadores.

—Parece bastante fuerte —dijo otro.

—Aseguraos primero de que estáis bien preparados —les aconsejó un tercero.

Mientras los trabajadores ofrecían a Osugi palabras de aliento y apoyo, los espectadores parecían consternados.

—¿De veras la anciana se propone desafiar en duelo a ese rōnin?

—Eso parece.

—¡Pero es muy vieja! ¡Incluso a su acompañante le tiemblan las piernas! Deben de tener buenas razones para tratar de enfrentarse a un hombre mucho más joven.

—¡Debe de ser alguna clase de disputa familiar!

—¡Eh, mirad eso! Está embistiendo al viejo. ¡Desde luego, algunas de estas abuelas tienen redaños!

Un porteador se acercó corriendo a Osugi con un cazo de agua. Tras tomar un sorbo, la anciana se lo ofreció al tío Gon y se dirigió a él severamente:

—Ahora no te pongas nervioso, porque no hay ningún motivo para ello. Takezō es un hombre de paja. Sí, es posible que haya aprendido a manejar un poco la espada, pero sin duda no es gran cosa. ¡Tranquilízate!

La anciana tomó la iniciativa, fue directamente a la escalera delantera del Hongandō y se sentó en los escalones, a menos de diez pasos de Musashi. Sin prestar atención a éste ni a la multitud que la observaba, sacó su rosario y, cerrando los ojos, empezó a mover los labios. Inspirado por su fervor religioso, el tío Gon juntó las manos e hizo lo mismo.

La escena resultaba demasiado melodramática, y uno de los espectadores empezó a reírse. Al instante, uno de los porteadores se volvió y dijo en tono desafiante:

—¿Quién cree que esto es divertido? ¡No hay nada de qué reír, imbécil! La anciana ha venido desde Mimasaka en busca del perdido que huyó con la novia de su hijo. Ha estado rezando en el templo todos los días desde hace casi dos meses, hasta que hoy, por fin, ha aparecido.

—Estos samuráis son distintos del resto de nosotros —opinó otro porteador—. A esa edad, la anciana podría vivir cómodamente en su casa, jugando con sus nietos, pero no, aquí está, en lugar de su hijo, tratando de vengar un insulto a su familia. Por lo menos merece nuestro respeto.

Un tercero comentó:

—No la apoyamos sólo porque nos ha dado propinas. ¡El valor que tiene! Aunque es vieja, no teme pelear. Digo que debemos prestarle todo el apoyo que podamos. ¡Es justo ayudar a los desamparados! Si ella perdiera, ocupémonos nosotros mismos del rōnin.

—¡Tienes razón! ¡Pero hagámoslo ahora! No podemos quedarnos aquí quietos y permitir que la mate.

Cuando la multitud se enteró de los motivos que tenía Osugi para estar allí, su excitación fue en aumento. Algunos espectadores empezaron a incitar a los porteadores.

Osugi se guardó el rosario en el kimono y la multitud que llenaba el recinto del templo permaneció en silencio, expectante.

—¡Takezō! —gritó, llevándose la mano izquierda a la empuñadura de la espada corta que le colgaba de la cintura.

Musashi se había mantenido en silencio desde el principio, e incluso cuando Osugi le llamó por su nombre actuó como si no la hubiera oído. Esto irritó al tío Gon, que estaba al lado de Osugi, el cual eligió aquel momento para adoptar una actitud de ataque, y adelantando la cabeza, lanzó un grito de desafío.

Musashi tampoco respondió. No podía hacerlo, pues no sabía cómo. Recordó que Takuan le había advertido en Himeji que podría tropezar con Osugi. Estaba dispuesto a ignorarla por completo, pero le molestaban los rumores que los porteadores habían extendido entre la multitud. Además, le resultaba difícil contener el resentimiento y el odio que los Hon'iden habían abrigado contra él durante todo aquel tiempo. Todo el asunto se reducía a una mera cuestión de prestigio y sentimientos en el pueblecito de Miyamoto, un malentendido que podría aclararse fácilmente si Matahachi estuviera presente.

Sin embargo, en aquellos momentos no sabía qué hacer. ¿Cómo iba a responder al desafío de una anciana chocha y un samurai de rostro hundido? Musashi permaneció en silencio, su mente en una encrucijada.

—¡Mirad al bastardo! —gritó un porteador—. ¡Tiene miedo!

—¡Sé un hombre! ¡Deja que la anciana te mate! —se mofó otro.

No había uno solo que no estuviera a favor de Osugi.

La anciana parpadeó y sacudió la cabeza. Entonces miró a los porteadores y les dijo bruscamente:

—¡Callaos! Sólo deseo que seáis testigos. Si los dos morimos, quiero que enviéis nuestros cuerpos a Miyamoto. ¡Por lo demás, no necesito vuestra cháchara ni vuestra ayuda!

Desenvainó a medias la espada y dio un par de pasos en dirección a Musashi.

—¡Takezō! —dijo de nuevo—. Takezō ha sido siempre tu nombre en el pueblo. ¿Por qué no respondes a él? Sé que ahora tienes un nuevo nombre, Miyamoto Musashi, ¿no es cierto? ¡Mas para mí siempre serás Takezō! ¡Ja, ja, ja! —Su arrugado cuello tembló mientras reía; era evidente que confiaba en matar a Musashi con palabras antes de que desenvainaran las espadas—. ¿Creías que podrías evitar que te encontrara sólo cambiando de nombre? ¡Qué estúpido! Los dioses del cielo me han

guiado hasta ti, como sabía que lo harían. ¡Ahora pelea! ¡Veremos si me llevo tu cabeza a casa o si de alguna manera logras seguir vivo!

El tío Gon lanzó su propio desafío con su voz marchita.

—Han pasado cuatro largos años desde que nos diste plantón y te hemos estado buscando durante todo este tiempo. Ahora, nuestras plegarias en este templo Kiyomizu nos han permitido dar contigo. ¡Puede que sea viejo, pero no voy a perder con tipos como tú! ¡Prepárate a morir! —Desenvainando su espada, gritó a Osugi—: ¡Quítate de en medio!

La anciana se volvió a él enfurecida.

—¿Qué quieres decir, viejo idiota? Tú eres el único que está temblando.

—¡No importa! Los bodhisattvas de este templo nos protegerán.

—Tienes razón, tío Gon. ¡Y los antepasados de los Hon'iden también están con nosotros! No hay nada que temer.

—¡Takezō! ¡Ven aquí y lucha!

—¿A qué estás esperando?

Musashi no se movió. Siguió allí como si fuese sordomudo, mirando a los dos viejos y sus espadas desenvainadas.

—¿Qué sucede, Takezō? —gritó Osugi—. ¿Estás asustado?

Avanzó de costado, preparándose para atacar, pero de repente tropezó con una piedra y cayó adelante, quedando a gatas casi a los pies de Musashi.

La multitud se quedó boquiabierta, y alguien gritó:

—¡La matará!

—¡Rápido, sálvala!

Pero el tío Gon se limitaba a mirar el rostro de Musashi, demasiado aturdido para moverse.

Entonces la anciana sobresaltó a los presentes, al recoger su espada y volver al lado del tío Gon, donde asumió de nuevo una actitud desafiante.

—¿Qué ocurre, zafio? —gritó Osugi—. ¿Acaso esa espada que blandes es sólo un adorno? ¿No sabes cómo usarla?

El rostro de Musashi era como una máscara, pero por fin habló, con voz atronadora.

—¡No puedo hacerlo!

Avanzó hacia ellos, y al instante el tío Gon y Osugi retrocedieron a cada lado.

—¿A... adonde vas, Takezō?

—¡No puedo usar mi espada!

—¡Detente! ¿Por qué no te detienes y peleas?

—¡Te lo he dicho! ¡No puedo usarla!

Prosiguió su camino, sin mirar a derecha ni izquierda, avanzando entre la multitud en línea recta.

Osugi recuperó el dominio de sí misma y gritó:

—¡Está huyendo! ¡No le dejéis escapar!

Entonces la multitud se aproximó a Musashi, pero cuando creían tenerle rodeado, descubrieron que ya no estaba allí. Todos estaban perplejos, y al inicial brillo de sorpresa en sus ojos sucedió la expresión apagada del desconcierto.

Se dividieron en grupos más pequeños y siguieron corriendo de un lado a otro hasta la puesta del sol, buscando frenéticamente bajo los suelos de los edificios del templo y en los bosques a su presa desaparecida.

Aun más tarde, cuando la gente regresaba por las oscuras laderas de las colinas Sannen y Chawan, un hombre juró haber visto a Musashi saltar con la elasticidad de un gato a lo alto del muro de seis pies, junto a la puerta occidental, y desaparecer.

Nadie creyó tal cosa, y menos que nadie Osugi y el tío Gon.

El duende acuático

En un villorrio al noroeste de Kyoto, los pesados golpes de un mazo que machacaba paja de arroz sacudían el suelo. Torrentes de lluvia que no correspondía a la estación empapaban los tristes tejados de paja. Era aquélla una especie de tierra de nadie entre la ciudad y el distrito rural, y la pobreza era tan extrema que en el crepúsculo el humo de los fogones salía sólo de un puñado de casas.

Un sombrero de junco suspendido bajo los aleros de una casita proclamaba en caracteres briosos y rudos que era una posada, aunque de la variedad más barata. Los viajeros que se albergaban allí eran pobres y sólo alquilaban espacio en el suelo. Por los jergones pagaban un suplemento, pero pocos podían permitirse ese lujo.

En el suelo de tierra de la cocina, al lado de la entrada, un muchacho apoyaba las manos en el tatami elevado de la habitación contigua, en cuyo centro había un hogar hundido.

—¡Hola!... ¡Buenas tardes!... ¿No hay nadie aquí?

Era el chico de los recados de la tienda de bebidas, otra casucha desvencijada que estaba camino abajo.

El chico tenía una voz demasiado fuerte para su tamaño. No tendría más de diez u once años, y con el cabello mojado por la lluvia y caído sobre las orejas no parecía más voluminoso que un duende acuático en una pintura caprichosa. Su atuendo también era apropiado para ese papel: un kimono hasta los muslos con mangas tubulares, un grueso cordón a modo de obi y toda la espalda manchada de barro por haber corrido con los zuecos de madera.

—¿Eres tú, Jō? —le preguntó el viejo posadero desde una habitación al fondo.

—Sí. ¿Quieres que te traiga sake?

—No, hoy no. El huésped todavía no ha vuelto. No lo necesito.

—Bueno, le apetecerá cuando vuelva, ¿no crees? Te traeré la cantidad de costumbre.

—Si lo desea, iré a buscarlo yo mismo.

Reacio a marcharse sin un pedido, el muchacho le preguntó:

—¿Qué haces ahí dentro?

—Estoy escribiendo una carta y la enviaré mañana con el caballo de carga que va a Kurama, pero es un poco difícil y me está doliendo la espalda. Anda, cállate y no me molestes.

—Eso es bastante curioso, ¿verdad? Eres tan viejo que empiezas a encorvarte, ¡y aún no sabes escribir como es debido!

—Ya está bien. Si vuelves a replicarme te atizo con un trozo de leña.

—¿Quieres que te la escriba?

—¡Ja! Como si pudieras...

—Claro que puedo —afirmó el chico mientras entraba en la habitación.

Por encima del hombro del viejo miró la carta y se echó a reír.

—¿Tratas de escribir «patatas»? El ideograma que has escrito significa «palo».

—¡Calla!

—Si insistes, no diré una palabra, pero tu escritura es terrible. ¿Piensas enviar a tus amigos unas patatas o unos palos?

—Patatas.

El chico leyó un poco más y comentó:

—No hay manera. ¡Nadie aparte de ti podría adivinar lo que significa esta carta!

—Muy bien, si eres tan listo, a ver qué puedes hacer con ella.

—De acuerdo. Dime lo que quieres poner. —Jōtarō se sentó y empuñó el pincel.

—¡Asno torpe! —exclamó el viejo.

—¿Por qué me llamas torpe? ¡Eres tú el que no sabe escribir!

—Los mocos te caen sobre el papel.

—Oh, perdona. Puedes pagarme con esta hoja. —Se sonó con la hoja sucia—. Bueno, ¿qué quieres decir? —Sujetando el pincel con firmeza, escribió con facilidad lo que el viejo le dictaba.

Cuando el muchacho estaba terminando de escribir la carta, regresó el huésped, el cual tiró a un lado el saco de carbón que había cogido en alguna parte para cubrirse la cabeza.

Musashi se detuvo al lado de la puerta, escurrió el agua de las mangas de su kimono y gruñó:

—Supongo que éste será el fin de las flores de ciruelo.

En los veintitantos días que Musashi llevaba allí, la posada había llegado a parecerle su casa. Contemplaba el árbol que crecía al lado del portal, cuyas flores rosadas le habían regalado la vista cada mañana desde su llegada. Los pétalos caídos estaban esparcidos por el barro.

Al entrar en la cocina le sorprendió ver al chico de la tienda de sake, con la cabeza junto a la del posadero. Cediendo a la curiosidad, se puso detrás del viejo y miró por encima de su hombro.

Jōtarō miró a Musashi y se apresuró a esconder pincel y papel a sus espaldas.

—No deberías fisgar de esa manera —se quejó.

—Déjame ver —le dijo Musashi en broma.

—No —replicó Jōtarō, sacudiendo la cabeza con gesto desafiante.

—Vamos, enséñamelo.

—Sólo si compras un poco de sake.

—Vaya, de modo que ése es tu juego, ¿eh? De acuerdo, lo compraré.

—¿Cinco cuartillos?

—No necesito tanto.

—¿Tres cuartillos?

—Sigue siendo demasiado.

—¿Cuánto entonces? ¡No seas tan cicatero!

—¿Cicatero? Ya sabes que soy un pobre espadachín. ¿Crees que tengo dinero para tirarlo?

—De acuerdo. Lo mediré yo mismo y te daré la cantidad adecuada para que cunda tu dinero. Pero si lo hago, has de prometerme que me contarás algunas historias.

Una vez cerrado el trato, Jōtarō salió alegremente a la lluvia. Musashi cogió la carta y la leyó. Al cabo de un momento se volvió al posadero y le preguntó:

—¿De veras ha escrito esto?

—Sí. Es asombroso, ¿verdad? Parece muy listo.

Mientras Musashi iba al pozo, se echaba agua fría por encima y se vestía con ropa seca, el viejo colgó un perol sobre el fuego y sacó unas verduras encurtidas y un cuenco de arroz. Musashi volvió y tomó asiento al lado del hogar.

—¿Qué estará tramando ese pícaro? —murmuró el posadero—. Tarda mucho en volver con el sake.

—¿Qué edad tiene?

—Creo que ha dicho once años.

—Es maduro para su edad, ¿no crees?

—Humm. Supongo que se debe a que trabaja en la tienda de sake desde los siete. Ahí se encuentra con toda clase de gente..., carreteros, el papelero que vive camino abajo, viajeros y cuanto puedas imaginar.

—Me pregunto cómo habrá aprendido a escribir tan bien.

—¿Tan bueno es?

—Su caligrafía es un poco infantil, pero tiene una asombrosa..., ¿cómo te diría?..., franqueza. Si pensara en un espadachín diría que muestra amplitud espiritual. Puede que ese chico acabe siendo alguien.

—¿Qué quieres decir?

—Que puede convertirse en un auténtico ser humano.

—¿Ah, sí? —El viejo frunció el ceño, levantó la tapa del perol y siguió rezongando—: Todavía no vuelve. Apuesto a que está perdiendo el tiempo en alguna parte.

Estaba a punto de calzarse las sandalias e ir en busca del sake cuando Jōtarō regresó.

—¿Qué has estado haciendo? —preguntó al muchacho—. Has hecho esperar a mi huésped.

—No he podido evitarlo. En la tienda había un cliente muy borracho que me cogió por su cuenta y empezó a hacerme un montón de preguntas.

—¿Qué clase de preguntas?

—Preguntaba por Miyamoto Musashi.

—Y supongo que has charlado por los codos.

—No habría importado que lo hiciera. Aquí todo el mundo sabe lo que ocurrió en el templo Kiyomizu el otro día. La vecina, la hija del leñador..., las dos estaban en el templo ese día y vieron lo sucedido.

—Deja de hablar de eso, ¿quieres? —le dijo Musashi, casi en tono suplicante.

El agudo chiquillo percibió el estado de ánimo de Musashi y le preguntó:

—¿Puedo quedarme aquí un rato y hablar contigo?

Empezó a lavarse los pies, disponiéndose a entrar en la sala del hogar.

—No tengo inconveniente, si a tu amo no le importa.

—En estos momentos no me necesita.

—De acuerdo.

—Te calentaré el sake. Lo hago muy bien.

Depositó un recipiente de sake en las cenizas calientes alrededor del fuego y pronto anunció que estaba listo.

—Rápido, ¿eh? —dijo Musashi apreciativamente.

—¿Te gusta el sake?

—Sí.

—Pero, como eres tan pobre, supongo que no bebes mucho, ¿no es cierto?

—Tienes razón.

—Yo creía que los hombres diestros en las artes marciales servían a grandes señores y tenían buenas pagas. Un cliente de la tienda me dijo una vez que Tsukahara Bokuden siempre iba por ahí con setenta u ochenta servidores, caballos de refresco y un halcón.

—Eso es cierto.

—Y tengo entendido que un famoso guerrero llamado Yagyū, que sirve a la casa de Tokugawa, tiene unos ingresos de cincuenta mil fanegas de arroz.

—Eso también es cierto.

—¿Por qué entonces eres tan pobre?

—Aún estoy estudiando.

—¿A qué edad tendrás muchos seguidores?

—No sé si llegaré a tenerlos.

—¿Qué ocurre? ¿Es que no eres bueno?

—Ya has oído lo que decía la gente que me vio en el templo. Lo mires como lo mires, huí.

—Eso es lo que dice todo el mundo, que el shugyōsha de la posada..., ése eres tú..., es un cobarde. Pero me enfurece escucharles. —Jōtarō apretó los labios hasta que formaron una línea recta.

—¡Ja, ja! ¿Qué te importa eso? No están hablando de ti.

—Es que me sabe mal. Mira, el hijo del papelero y el del tonelero y algunos otros jóvenes se reúnen a veces detrás de la tienda de lacas para practicar la esgrima. ¿Por qué no luchas con uno de ellos y lo derrotas?

—Muy bien, si eso es lo que deseas, lo haré.

A Musashi le resultaba difícil negarle al chiquillo nada de lo que le pedía, en parte porque, en muchos aspectos, seguía sintiéndose él mismo un adolescente y podía simpatizar con Jōtarō. De una manera casi inconsciente, siempre buscaba algo que ocupara el lugar del afecto familiar del que carecía desde su infancia.

—Hablemos de alguna otra cosa —le dijo—. Te haré una pregunta para cambiar. ¿Dónde naciste?

—En Himeji.

—Ah, entonces eres de Harima.

—Sí, y tú eres de Mimasaka, ¿no es cierto? Alguien me lo dijo.

—Es verdad. ¿A qué se dedica tu padre?

—Era samurai. ¡Un samurai a carta cabal!

Al principio Musashi pareció sorprendido, pero en realidad la respuesta explicaba varias cosas, por ejemplo el hecho de que el chiquillo supiera escribir tan bien. Le preguntó el nombre de su padre.

—Se llama Aoki Tanzaemon. Tenía una ración de veinticinco fanegas de arroz, pero cuando yo contaba siete años abandonó el servicio de su señor y vino a Kyoto como rōnin. Después de gastar todo su dinero, me dejó en la tienda de sake y se fue a un templo para hacerse monje. Pero no quiero quedarme en la tienda, quiero ser un samurai como mi padre y aprender la esgrima, como tú. ¿No es la mejor manera de convertirte en samurai? —El chico hizo una pausa y entonces añadió con vehemencia —: Quiero ser tu seguidor, ir por el país estudiando contigo. ¿No me aceptarás como tu discípulo?

Tras haber expuesto su propósito, el semblante de Jōtarō adoptó una expresión de testarudez que reflejaba claramente su determinación de no aceptar un no por respuesta. Por supuesto, no podía saber que estaba suplicando a un hombre que había causado a su padre un sinfín de dificultades. Musashi, por su parte, no podía rechazar sin más la petición del chiquillo. Sin embargo, en lo que pensaba realmente no era en si debía aceptarle o no, sino en Aoki Tanzaemon y su desventurado destino. No podía dejar de simpatizar con aquel hombre. El camino del samurai era una empresa constantemente arriesgada, y un samurai tenía que estar siempre dispuesto a matar o morir. Al reflexionar en aquel ejemplo de las vicisitudes de la vida, Musashi se entristeció, y el efecto del sake se disipó de repente. Se sentía solo.

Jōtarō insistía. Cuando el posadero intentó convencerle de que dejara a Musashi en paz, replicó con insolencia y redobló sus esfuerzos. Cogió la muñeca de Musashi,

luego le aferró el brazo y finalmente se echó a llorar.

Al no ver ninguna alternativa, Musashi le dijo:

—Bueno, bueno, es suficiente. Puedes ser mi seguidor, pero sólo después de que lo hayas hablado con tu amo.

Jōtarō, satisfecho por fin, echó a correr hacia la tienda de sake.

A la mañana siguiente, Musashi se levantó temprano, se vistió y llamó al posadero.

—¿Serás tan amable de prepararme una caja de comida? Lo he pasado aquí muy bien durante las últimas semanas, pero creo que seguiré mi viaje hacia Nara.

—¿Te vas tan pronto? —le preguntó el posadero, que no esperaba una partida tan repentina—. Es porque ese chico ha estado dándote la lata, ¿verdad?

—Oh, no, él no tiene la culpa. Desde hace algún tiempo tengo intención de ir a Nara y ver a los famosos lanceros del Hōzōin. Espero que no te moleste demasiado cuando descubra que me he ido.

—No te preocupes por eso. Es sólo un niño. Gritará y pataleará un rato y luego se olvidará.

—De todos modos, no creo que el vendedor de sake le dejara irse —dijo Musashi mientras salía al camino.

La tormenta había pasado y la brisa le rozó suavemente la piel, con una delicadeza que era todo lo contrario a la violencia del viento el día anterior.

El río Kamo estaba crecido, sus aguas fangosas. En un extremo del puente de madera en la avenida Sanjó, había unos samuráis que examinaban a los transeúntes. Musashi preguntó el motivo de la inspección y le dijeron que se debía a la inminente visita del nuevo shōgun. Una vanguardia de señores feudales, tanto influyentes como de baja categoría, ya había llegado, y se estaban tomando medidas para mantener fuera de la ciudad a los peligrosos samuráis sin señor. Musashi, que también era un rōnin, dio oportunas respuestas a las preguntas que le hicieron y le dejaron pasar.

Esa experiencia le hizo pensar en su propia condición de guerrero errante sin amo que no servía a los Tokugawa ni a sus rivales de Osaka. Haber corrido a Sekigahara para ponerse al lado de las fuerzas de Osaka contra los Tokugawa fue una cuestión de herencia. Tal había sido la fidelidad de su padre, invariable desde los días en que sirvió al señor Shimmen de Iga. Toyotomi Hideyoshi murió dos años antes de la batalla. Sus seguidores, leales a su hijo, constituyeron la facción de Osaka. En Miyamoto, Hideyoshi estaba considerado como el más grande de los héroes, y Musashi recordaba que de niño se había sentado junto al hogar y escuchado los relatos de las hazañas del gran guerrero. Estas ideas formadas en su adolescencia seguían con él, e incluso ahora, si se viera obligado a decir qué bando era su preferido, probablemente se inclinaría por Osaka.

Desde entonces Musashi había aprendido algunas cosas y ahora reconocía que sus

acciones a los diecisiete años habían sido insensatas e inútiles. Para que un hombre sirviera fielmente a su señor no bastaba con lanzarse ciegamente a la pelea y blandir una lanza. Tenía que recorrer todo el camino, hasta el borde de la muerte.

Ahora Musashi habría dicho: «Si un samurai muere con una plegaria por la victoria de su señor en los labios, ha hecho algo bueno y significativo». Pero en la época de la batalla, ni él ni Matahachi habían tenido sentido alguno de la lealtad. Lo que habían anhelado era la fama y la gloria, y más concretamente un medio de ganarse la vida sin dar nada de sí mismos.

Era curioso que lo hubieran considerado de esa manera. Desde que Takuan le enseñó que la vida es una joya que debe ser muy apreciada, Musashi sabía que lejos de no dar nada, él y Matahachi habían ofrecido sin proponérselo su posesión más preciada. Cada uno había arriesgado cuanto tenía con la esperanza de recibir un miserable estipendio como samurai. Se preguntó cómo habían podido ser tan idiotas.

Observó que se estaba aproximando a Daigo, al sur de la ciudad, y como estaba muy sudoroso, decidió hacer un alto y descansar.

Oyó que una voz le gritaba desde lejos:

—¡Espera! ¡Espera!

Mirando hacia abajo por la pronunciada pendiente del camino de montaña, distinguió al pequeño duende acuático, Jōtarō, que corría tan rápido como le era posible. Poco después el muchacho le miraba furibundo.

—¡Me has mentido! —le gritó—. ¿Por qué lo has hecho?

Jadeando a causa de la carrera, con el rostro enrojecido, habló con beligerancia, aunque era evidente que estaba al borde de las lágrimas.

Musashi se rió sin poderlo evitar al ver su atuendo. Había prescindido de las ropas de trabajo que llevaba el día anterior, poniéndose un kimono ordinario, pero era de una talla demasiado pequeña para él. La falda apenas le llegaba a las rodillas y las mangas terminaban en los codos. Del costado le pendía una espada de madera que era más larga que él, y llevaba a la espalda un sombrero de junco que parecía tan grande como una sombrilla.

Mientras gritaba a Musashi por haberle dejado atrás, rompió a llorar. Musashi le abrazó e intentó consolarle, pero el muchacho siguió llorando, sintiendo al parecer que en las montañas, sin nadie alrededor, podía desahogarse.

Finalmente Musashi le dijo:

—¿Te sientes bien al portarte como un bebé que berrea?

—¡No me importa! —dijo Jōtarō entre sollozos—. Eres un adulto y sin embargo me has mentido. Dijiste que me dejarías ser tu seguidor... y entonces te marchaste sin avisarme. ¿Es que los adultos tienen que portarse así?

—Lo siento —dijo Musashi.

Esta sencilla disculpa hizo que el llanto del chiquillo se convirtiera en un gemido

de súplica.

—Basta ya —le dijo Musashi—. No tenía intención de mentirte, pero tienes un padre y un amo. No podía traerte conmigo a menos que tu amo lo consintiera. Te dije que fueras a hablar con él, ¿no es cierto? No me pareció probable que accediera.

—¿Por qué no esperaste hasta conocer la respuesta?

—Por eso te pido disculpas ahora. ¿De veras lo discutiste con él?

—Sí.

Dominó sus gemidos y arrancó dos hojas de un árbol, con las que se sonó la nariz.

—¿Y qué te dijo?

—Me dijo que podía hacerlo.

—¿En aquel mismo momento?

—Dijo que ningún guerrero o escuela de adiestramiento que se respetara aceptaría un chico como yo, pero puesto que el samurai de la posada era un cobarde, debía de ser la persona adecuada. Dijo que quizá me usarías para llevarte el equipaje, y me dio esta espada de madera como regalo de despedida.

La línea de razonamiento de aquel hombre hizo sonreír a Musashi.

—Luego fui a la posada —siguió diciendo el muchacho—. El viejo no estaba allí, por lo que cogí prestado este sombrero que colgaba bajo los aleros.

—Pero eso es la muestra de la posada. Mira, tiene escrita la palabra «alojamiento».

—Bueno, no importa. Necesitaré un sombrero por si llueve.

Por la actitud de Jōtarō era evidente que, para él, todas las promesas solemnes habían sido intercambiadas y ahora era el discípulo de Musashi. Éste, al notarlo, se resignó a la inconveniencia que representaría viajar con el niño, pero también se le ocurrió que quizá aquel encuentro había sido afortunado. En efecto, al considerar el papel que había jugado en la pérdida de categoría de Tanzaemon llegó a la conclusión de que tal vez debería agradecer la oportunidad que tenía de procurar por el futuro del muchacho. Le pareció que eso sería lo correcto.

Jōtarō, ya tranquilizado, recordó algo de repente y buscó dentro de su kimono.

—Casi me olvidaba. Tengo algo para ti. Aquí está. —Sacó una carta y se la tendió.

Mirando la misiva con curiosidad, Musashi le preguntó:

—¿De dónde la has sacado?

—¿Recuerdas que anoche te dije que había un rōnin bebiendo en la tienda y que me hizo muchas preguntas?

—Sí.

—Bueno, pues cuando fui a casa, él seguía allí. No paraba de preguntar sobre ti. También es un gran bebedor..., ¡se tomó una botella entera de sake él solo! Entonces escribió esta carta y me pidió que te la entregara.

Musashi ladeó la cabeza, perplejo, y rompió el sello. Miró primero la firma y vio que era de Matahachi, el cual debía de haber estado en efecto muy borracho. Hasta los caracteres parecían ebrios. Mientras leía el rollo de papel, Musashi fue presa de sentimientos contradictorios de nostalgia y tristeza. No sólo la escritura era caótica, sino que el mismo mensaje era enmarañado e impreciso.

Desde que te dejé en el monte Ibuki, no he olvidado el pueblo, como tampoco a mi viejo amigo. Por casualidad oí tu nombre en la escuela Yoshioka. En ese momento me sentí confuso e incapaz de decidir si intentaría verte. Ahora estoy en una tienda de sake y he bebido mucho.

Hasta aquí el significado era bastante claro, pero lo que decía a continuación era difícil de seguir.

Desde que me separé de ti, he vivido en una jaula de lujuria y la ociosidad me ha roído los huesos. Durante cinco años he pasado los días sumido en el estupor, sin hacer nada. Ahora eres famoso en la capital como espadachín. ¡Bebo por ti! Algunos dicen que Musashi es un cobarde, que sólo es bueno en la huida. Otros dicen que eres un espadachín incomparable. No sé cuál de las dos afirmaciones es verdad ni me importa. Sólo me alegra que tu espada haga hablar así la gente en la capital.

Eres listo y podrías abrirte camino con la espada. Pero al mirar atrás, me pregunto por mí, tal como soy ahora. ¡Soy un necio! ¿De qué manera un infeliz estúpido como yo puede mirar a la cara a un amigo juicioso como tú sin morirse de vergüenza?

¡Pero espera! La vida es larga y aún es pronto para decir qué traerá el futuro. Ahora no quiero verte, pero llegará un día en que lo querré.

Ruego por tu salud.

Seguía una posdata rápidamente garabateada que le informaba, con cierto detalle, de que en la escuela Yoshioka estaban muy irritados por el reciente incidente, le buscaban por todas partes y debía tener cuidado con sus movimientos. Terminaba diciendo: «No debes morir ahora que estás empezando a hacerte un nombre. Cuando también yo haya hecho algo digno, querré verte para charlar de los viejos tiempos. Cuídate y sigue vivo para que puedas inspirarme».

Sin duda las intenciones de Matahachi eran buenas, pero había algo raro en su actitud. ¿Por qué debía alabar así a Musashi y un instante después insistir en sus fallos? ¿Por qué no se limitaba a decirle que había pasado mucho tiempo desde la última vez que se vieron y le gustaría que se encontraran para tener una larga charla?

—Oye, Jō, ¿has preguntado a este hombre su dirección?

—No.

—¿Le conocen en la tienda?

—No lo creo.

—¿Acude ahí con frecuencia?

—No, ésta ha sido la primera vez.

Musashi pensaba que si supiera dónde vivía Matahachi, él volvería de inmediato a Kyoto para verle. Deseaba conversar con su camarada de la infancia, procurar que sentara la cabeza, reavivar en él el espíritu que tuvo en el pasado. Puesto que todavía consideraba a Matahachi como su amigo, le habría gustado hacerle salir de su estado de ánimo actual, con aquellas tendencias que parecían autodestructivas. Y, naturalmente, también habría querido que Matahachi explicara a su madre el error que estaba cometiendo.

Los dos siguieron caminando en silencio. Descendían por la ladera de la montaña, en Daigo, y el cruce del Rokujizō era visible por debajo de ellos.

Musashi se volvió bruscamente al chiquillo y le dijo:

—Quiero que me hagas un favor, Jō.

—¿De qué se trata?

—De un recado.

—¿Adonde debo ir?

—A Kyoto.

—Eso significa dar la vuelta y regresar al lugar de donde acabo de salir.

—Así es. Quiero que lleves una carta mía a la escuela Yoshioka de la avenida Shijō.

Jōtarō dio un puntapié a un guijarro, alicaído.

—¿No quieres ir? —le preguntó Musashi, mirándole a la cara.

Jōtarō sacudió la cabeza, inseguro.

—No me importa ir, pero ¿no estarás haciendo esto sólo para librarte de mí?

Su sospecha hizo que Musashi se sintiera culpable, pues ¿no era él quien había destruido la fe del niño en los adultos?

—¡No! —replicó vivamente—. Un samurai no miente. Perdóname por lo ocurrido esta mañana. Ha sido un error.

—De acuerdo, iré.

Entraron en una casa de té que estaba a un lado del cruce y era conocida como Rokuamida. Pidieron té y almorzaron.

Luego Musashi escribió una carta, que dirigió a Yoshioka Seijūrō:

Me han dicho que tú y tus discípulos me buscáis. En estos momentos me encuentro en la carretera de Yamato, y me propongo viajar por las zonas de Iga e Ise durante un año, a fin de proseguir mi estudio de la esgrima. No deseo cambiar ahora mis planes, pero puesto que lamento tanto como tú que no pudiéramos vernos durante

mi visita a tu escuela, me complace informarte que con toda seguridad estaré de regreso en la capital hacia el primer o segundo mes del próximo año. De aquí a entonces espero mejorar mi técnica considerablemente. Confío en que tampoco tú descuidarás la práctica. Sería una gran vergüenza que la floreciente escuela de Yoshioka Kempō sufriera una segunda derrota como le ocurrió la última vez que estuve ahí. Termino enviándote mis respetuosos deseos de que conserves tu buena salud.

Shimmen Miyamoto Musashi Masana

Aunque la carta era cortés, dejaba pocas dudas de la confianza que Musashi tenía en sí mismo. Tras corregir la dirección para incluir no sólo a Seijūrō sino a todos los discípulos de la escuela, dejó el pincel y entregó la carta a Jōtarō.

—¿Puedo dejarla sin más en la escuela y volver en seguida? —quiso saber el muchacho.

—No. Tienes que llamar a la puerta principal y dársela personalmente al criado que te abra.

—Comprendo.

—Debes hacer una cosa más, pero quizá sea un poco difícil.

—¿Qué es?

—Quiero que intentes encontrar al hombre que te dio la carta. Se llama Hon'iden Matahachi. Es un viejo amigo mío.

—Eso no me costará nada.

—¿Lo crees así? ¿Cómo te propones hacerlo?

—Preguntaré en todos los establecimientos de bebidas.

Musashi se echó a reír.

—No es una mala idea. Sin embargo, deduzco por la carta de Matahachi que conoce a alguien en la escuela Yoshioka. Creo que sería más rápido preguntar ahí por él.

—¿Qué he de hacer cuando le encuentre?

—Quiero que le des un mensaje. Dile que desde el primero al séptimo día del nuevo año, cada mañana iré al gran puente de la avenida Gojō y le esperaré ahí. Pídele que vaya a verme uno de esos días.

—¿Eso es todo?

—Sí, pero dile también que estoy muy deseoso de verle.

—Muy bien, creo que lo recordaré todo. ¿Dónde estarás cuando regrese?

—Vamos a ver. Cuando llegue a Nara, arreglaré las cosas para que puedas saber dónde estoy preguntando en el Hōzōin. Es el templo famoso por su técnica con la lanza.

—¿De veras harás eso?

—¡Ja, ja! Qué suspicaz eres. No te preocupes. Si esta vez no cumplo mi promesa, podrás cortarme la cabeza.

Musashi aún se reía cuando salió de la casa de té. Emprendió el camino de Nara y Jōtarō partió en la dirección opuesta, hacia Kyoto.

En el cruce había una mezcolanza de gente con sombreros de junco, golondrinas y caballos que relinchaban. El chiquillo se abrió paso entre la multitud, miró atrás y vio que Musashi seguía en pie donde le había dejado, mirándole. Se despidieron con una sonrisa y cada uno reanudó su camino.

Una brisa primaveral

En la orilla del río Takase, Akemi aclaraba una tira de tela y cantaba una canción que había aprendido en el Okuni Kabuki. Cada vez que tiraba de la tela con estampación floral, creaba una ilusión de flores de cerezo arremolinadas.

La brisa del amor
tira de la manga de mi kimono.
¡Oh, cuánto pesa la manga!
¿Es pesada la brisa del amor?

Jōtarō estaba sobre el muro de la acequia, y sus ojos vivaces observaban la escena y sonreían amistosamente.

—Cantas bien, tía —le dijo.

—¿Qué es eso? —preguntó Akemi. Miró al chiquillo con aspecto de gnomo que tenía una larga espada de madera y un enorme sombrero de junco—. ¿Quién eres? —le preguntó—. ¿Y qué quieres decir al llamarme tía? ¡Aún soy joven!

—Muy bien..., dulce jovencita. ¿Qué te parece eso?

—Basta ya —dijo ella riendo—. Eres demasiado pequeño para galantear. ¿Por qué no te suenas la nariz en lugar de hacer eso?

—Sólo quería hacerte una pregunta.

—¡Oh, no! —exclamó, consternada—. ¡Allá va mi tela!

—Voy a por ella.

Jōtarō corrió por la orilla del río y recogió la tela con su espada. Reflexionó en que, por lo menos, el arma era útil en una situación como aquélla. Akemi le dio las gracias y le preguntó qué deseaba saber.

—¿Hay por aquí una casa de té que se llama Yomogi?

—Claro, es mi casa, y está ahí.

—¡Me alegra oír eso! He pasado largo tiempo buscándola.

—¿Por qué? ¿De dónde vienes?

—De allá —respondió él, señalando vagamente.

—¿Y eso dónde puede ser?

Él titubeó.

—No estoy seguro del todo.

Akemi soltó una risita.

—No importa, pero ¿por qué te interesa la casa de té?

—Estoy buscando a un hombre llamado Hon'iden Matahachi. En la escuela Yoshioka me dijeron que si iba a la Yomogi le encontraría.

—No está ahí.

—¡Estás mintiendo!

—Qué va, es cierto. Estuvo con nosotros, pero se marchó hace algún tiempo.

—¿Adonde?

—No lo sé.

—¡Pero alguien en tu casa debe saberlo!

—No. Mi madre tampoco lo sabe. Ese hombre se marchó, sin más.

—Oh, no. —El chiquillo se agachó y contempló con expresión preocupada las aguas del río—. ¿Qué voy a hacer ahora? —dijo suspirando.

—¿Quién te ha enviado aquí?

—Mi maestro.

—¿Quién es tu maestro?

—Se llama Miyamoto Musashi.

—¿Traes una carta?

—No —dijo Jōtarō, sacudiendo la cabeza.

—¡Menudo mensajero estás hecho! No sabes de dónde vienes ni traes una carta.

—Tengo que comunicar un mensaje.

—¿De qué se trata? Es posible que él no vuelva nunca, pero si lo hace, se lo diré.

—No creo que deba hacer eso, ¿no te parece?

—No me preguntes. Decídelo tú mismo.

—Entonces quizá deba hacerlo. Dijo que tenía muchas gañas de ver a Matahachi y que le dijera a éste que le esperará en el gran puente de la avenida Gojo todas las mañanas desde el primero al séptimo día del nuevo año. Matahachi tiene que ir a verle ahí uno de esos días.

Akemi se echó a reír sin poder contenerse.

—¡Jamás había oído semejante cosa! ¿Me estás diciendo que envía un mensaje ahora diciéndole a Matahachi que vaya a verle el próximo año? ¡Tu maestro debe de ser tan raro como tú mismo! ¡Ja, ja!

Jōtarō frunció el ceño y la cólera le tensó los hombros.

—¿Qué tiene eso de divertido?

Finalmente Akemi dejó de reír.

—Vaya, te has enfadado, ¿verdad?

—Claro que sí. Sólo te he pedido cortésmente que me hicieras un favor, y te echas a reír como una lunática.

—Lo siento, de veras, no me reiré más. Y si regresa Matahachi, le daré tu mensaje.

—¿Me lo prometes?

—Sí, te lo juro. —Mordiéndose el labio para no sonreír, Akemi le preguntó—: ¿Cómo has dicho que se llamaba? El hombre que te ha enviado con el mensaje.

—No tienes muy buena memoria, ¿eh? Se llama Miyamoto Musashi.

—¿Cómo escribes ese nombre?

Jōtarō cogió un trozo de bambú y trazó los dos caracteres en la arena.

—¡Cómo! ¡Ésos son los caracteres de Takezō! —exclamó Akemi.

—No se llama Takezō, sino Musashi..

—Sí, pero estos caracteres también pueden leerse como Takezō.

—¡Qué testaruda eres! —replicó Jōtarō, arrojando el trozo de bambú al río.

Akemi contempló fijamente los caracteres trazados en la arena, sumida en sus pensamientos. Al cabo de un rato alzó la vista y miró a Jōtarō, volvió a examinarle de la cabeza a los pies y le dijo en voz baja:

—Quisiera saber si Musashi es de la zona de Yoshino en Mimasaka.

—Sí, yo soy de Harima y él del pueblo de Miyamoto, en la provincia vecina de Mimasaka.

—¿Es alto y viril? ¿Y no lleva afeitada la parte superior de la cabeza?

—Sí. ¿Cómo lo sabías?

—Recuerdo que una vez me dijo que de niño tenía un carbunclo en la cabeza, y si se la afeitaba, como hacen en general los samuráis, se le vería una fea cicatriz.

—¿Te dijo eso? ¿Cuándo?

—Hace ya cinco años.

—¿Conoces a mi maestro desde hace tanto tiempo?

Akemi no le respondió. El recuerdo de aquellos días despertaba en su corazón emociones que le dificultaban el habla. Convencida, por lo poco que le había dicho el niño, de que Musashi era Takezō, se apoderó de ella el deseo imperioso de verle nuevamente. Había visto cómo hacía las cosas su madre y observado cómo Matahachi iba de mal en peor. Desde el principio había preferido a Takezō, y con el paso del tiempo había adquirido cada vez mayor confianza en lo acertado de su elección. Se alegraba de estar todavía soltera. Takezō... era muy diferente de Matahachi.

Muchas eran las ocasiones en las que había resuelto no unirse a un hombre similar a los que siempre bebían en la casa de té. Los despreciaba, al tiempo que se apoyaba firmemente en la imagen de Takezō. En lo más profundo de su corazón, alimentaba el sueño de volver a encontrarle. Él y sólo él era el amado en su mente cuando cantaba canciones de amor.

Una vez cumplida su misión, Jōtarō le dijo:

—Bien, ahora será mejor que me marche. Si encuentras a Matahachi, no dejes de comunicarle lo que te he dicho.

El chiquillo se alejó a toda prisa, correteando por la estrecha parte superior de la acequia.

La carreta de bueyes estaba cargada con una montaña de sacos que quizá contenían

arroz o lentejas u otro producto local. Encima del montón un letrero proclamaba que era una contribución enviada por fieles budistas al gran Kōfukuji de Nara. Incluso Jōtarō conocía aquel templo, cuyo nombre era prácticamente sinónimo de Nara.

Al chiquillo se le iluminó el rostro con una alegría infantil. Corrió tras el vehículo y subió a la parte trasera. Si se colocaba de cara atrás, disponía de suficiente espacio para sentarse, y, como un lujo adicional, tenía los sacos para apoyarse.

En el otro lado del camino, las colinas ondulantes estaban cubiertas de pulcras hileras de arbustos de té. Los cerezos habían empezado a florecer y los agricultores araban los campos de cebada, sin duda rezando para que aquel año se vieran libres, una vez más, de las pisadas de soldados y caballos. Las mujeres se arrodillaban a orillas de los arroyos para lavar las verduras. La carretera de Yamato estaba en paz.

«¡Qué suerte!», se dijo Jōtarō, mientras se acomodaba y relajaba. Se sentía a gusto allí encaramado, y estuvo tentado de echarse a dormir, pero lo pensó mejor. Temeroso de que pudieran llegar a Nara antes de despertarse, agradecía cada vez que las ruedas tropezaban con una piedra y la carreta sufría una sacudida, puesto que le ayudaba a mantener los ojos abiertos. Nada podría haberle proporcionado más placer: no sólo viajaba de aquella manera sino que también se dirigía a su destino.

En las afueras de un pueblo, Jōtarō alargó perezosamente la mano y arrancó una hoja de camelia. Llevándosela a la lengua, empezó a silbar una tonada.

El carretero miró atrás, pero no vio nada. Como el silbido continuaba, miró por encima de su hombro izquierdo y luego del derecho. Finalmente detuvo la carreta, bajó y fue a la parte trasera. Al ver allí a Jōtarō se enfureció y dio al chico un golpe tan fuerte que le hizo llorar de dolor.

—¿Qué estás haciendo ahí arriba? —gruñó el hombre.

—No hago nada malo, ¿no?

—¿Cómo que no?

—¡No eres tú el que tira de la carreta!

—¡Bastardo descarado! —gritó el carretero, tirando a Jōtarō al suelo como si fuese una pelota. El niño rebotó y rodó hasta el pie de un árbol. La carreta reanudó su camino, y el estrépito de las ruedas parecía reírse de él.

Jōtarō se puso en pie y empezó a buscar minuciosamente a su alrededor. Acababa de darse cuenta de que ya no tenía el tubo de bambú que contenía la respuesta de la escuela Yoshioka dirigida a Musashi. Se lo había colgado del cuello con un cordel, pero ya no lo tenía.

Mientras el afligido muchacho registraba gradualmente una zona más amplia, una joven con atuendo de viaje, que se había detenido a observarle, le preguntó:

—¿Has perdido algo?

Él la miró a la cara, parcialmente oculta por un sombrero de ala ancha, asintió y siguió buscando.

—¿Era dinero?

Jōtarō, totalmente absorto, apenas hizo caso de la pregunta, pero respondió con un gruñido negativo.

—¿Era acaso un tubo de bambú de un pie más o menos de largo y unido a un cordón?

Jōtarō se incorporó de inmediato.

—¡Sí! ¿Cómo lo has sabido?

—¡Entonces era a ti a quien los carreteros cerca del Mampukuji gritaban porque molestabas a su caballo!

—Ahhh..., bueno...

—Cuando te asustaste y echaste a correr, el cordón debió de romperse. El tubo cayó al suelo, y el samurai que había estado hablando con los carreteros lo recogió. ¿Por qué no vuelves y se lo pides?

—¿Estás segura?

—Sí, claro.

—Gracias.

Cuando empezaba a marcharse corriendo, la joven le llamó:

—¡Espera! No es necesario que vuelvas. Por ahí viene el samurai. Es ése vestido con un hakama de campaña. —Señaló hacia el hombre.

Jōtarō se detuvo y aguardó, con expresión asombrada.

El samurai era un hombre impresionante, de unos cuarenta años. Todo en él era un poco mayor de lo normal, su altura, su barba negra como el azabache, sus anchos hombros, su pecho macizo. Llevaba medias de cuero y sandalias de paja, y sus firmes pisadas parecían apelmazar la tierra. Convencido de que aquél era un gran guerrero al servicio de uno de los daimyōs más prominentes, Jōtarō estaba demasiado amedrentado para dirigirle la palabra.

Por suerte, el samurai habló primero, llamando al muchacho.

—¿Eres tú el diablillo que ha dejado caer este tubo de bambú delante del Mampukuji? —le preguntó.

—¡Ah, es éste! ¡Lo habéis encontrado!

—¿Es que no sabes dar las gracias?

—Perdonad. Gracias, señor.

—Me atrevería a decir que contiene una carta importante. Cuando tu amo te envía en una misión, no deberías pararte en el camino para jorobar a los caballos, subirte a las carretas o haraganear al borde de la carretera.

—Sí, señor. ¿Habéis mirado el contenido, señor?

—Es natural que cuando uno encuentra algo lo examine y devuelva a su dueño, pero no he roto el sello de la carta. Ahora que la has recuperado, debes examinarla y comprobar si está en perfecto estado.

Jōtarō quitó el tapón del tubo y miró dentro. Satisfecho al comprobar que la carta seguía allí, se colgó el tubo del cuello y juró que no lo perdería por segunda vez.

La joven parecía tan complacida como Jōtarō.

—Habéis sido muy amable, señor —le dijo al samurai, procurando compensar la incapacidad de Jōtarō de expresarse apropiadamente.

El samurai barbudo echó a andar con los dos.

—¿Está el muchacho contigo? —preguntó a la joven.

—No, es la primera vez que le veo.

El samurai se echó a reír.

—Pensé que hacíais una pareja bastante extraña. Él es un diablillo de aspecto curioso, ¿no crees?... Hasta lleva la palabra «alojamiento» escrita en el sombrero.

—Tal vez su inocencia infantil es lo que atrae tanto en él. También a mí me gusta. —Volviéndose a Jōtarō, le preguntó—: ¿Adonde vas?

El chiquillo, que caminaba entre los dos, volvía a estar alegre.

—¿Yo? Voy a Nara, al Hōzōin. —Un objeto largo y estrecho, envuelto en brocado dorado y sujeto por el obi de la joven le llamó la atención. Mientras lo miraba, le dijo —: Veo que también tú tienes un tubo de cartas. Ten cuidado, no vayas a perderlo.

—¿Un tubo de cartas? ¿A qué te refieres?

—Aquí, en tu obi.

Ella se echó a reír.

—¡Esto no es un tubo de cartas, tonto! ¡Es una flauta!

—¿Una flauta?

Lleno de curiosidad, Jōtarō acercó sin la menor reserva la cabeza a la cintura de la joven para inspeccionar el objeto. De repente experimentó una sensación extraña. Se apartó y pareció examinar a la chica.

Incluso los niños tienen un sentido de la belleza femenina, o por lo menos comprenden instintivamente si una mujer es pura o no. Jōtarō estaba impresionado por el encanto de la joven, y lo respetaba. Consideró un extraordinario golpe de buena suerte ir al lado de una mujer tan bonita. El corazón le latía con fuerza y sentía una especie de vértigo.

—Ya veo. Una flauta... ¿Tocas la flauta, tía? —le preguntó. Entonces, recordando la reacción de Akemi al oír esa palabra, cambió bruscamente la pregunta—. ¿Cómo te llamas?

La joven se echó a reír y miró al samurai por encima de la cabeza del chiquillo. El hirsuto guerrero también se rió, mostrando una hilera de fuertes y blancos dientes detrás de la barba.

—¡Qué educación la tuya! Cuando preguntas su nombre a alguien, decir primero el tuyo es una cuestión de buenos modales.

—Me llamo Jōtarō.

Sus acompañantes volvieron a reírse.

—¡Eso no es justo! —gritó el chiquillo—. Me habéis obligado a deciros mi nombre, pero sigo sin saber los vuestros. ¿Cómo os llamáis, señor?

—Me llamo Shōda —dijo el samurai.

—Ese debe de ser vuestro apellido. ¿Cuál es el nombre?

—Deberás conformarte con eso.

Impávido, Jōtarō se volvió a la joven y le dijo:

—Ahora te toca a ti. Hemos dicho nuestros nombres. Sería descortés que no nos dijeras el tuyo.

—El mío es Otsū.

—¿Otsū? —repitió Jōtarō. Por un momento pareció satisfecho, pero no cejó en su interrogatorio—. ¿Por qué vas por ahí con una flauta en el obi?

—La necesito para ganarme la vida.

—¿Eres flautista de profesión?

—No estoy segura de que exista la profesión de flautista, pero el dinero que gano tocando me permite hacer largos viajes como éste. Supongo que podrías considerarlo mi profesión.

—¿Es la música que tocas como la música que he oído en Gion y el santuario de Kamo? ¿La música de las danzas sagradas?

—No.

—¿Es como la música de otras clases de danzas..., tal vez el Kabuki?

—No.

—Entonces ¿qué clase de música tocas?

—Oh, sólo melodías ordinarias.

Entretanto al samurai le había intrigado la larga espada de madera de Jōtarō.

—¿Qué es lo que llevas a la cintura? —le preguntó.

—¿No distinguís una espada de madera cuando la veis? Creía que erais un samurai.

—Sí, lo soy, pero me sorprende que tú también lo seas. ¿Por qué la llevas?

—Voy a estudiar esgrima.

—¿De veras? ¿Aún no tienes maestro?

—Lo tengo.

—¿Y es la persona a quien va dirigida esa carta?

—Sí.

—Si es tu maestro, debe de ser un auténtico experto.

—No es tan bueno.

—¿Qué quieres decir?

—Todo el mundo afirma que es débil.

—¿No te molesta tener a un hombre débil por maestro?

—No. Yo tampoco soy diestro con la espada, así que poco importa.

El samurai apenas podía disimular su regocijo. Los labios le temblaban levemente, como si fuese a sonreír, pero seguía teniendo una expresión de seriedad en los ojos.

—¿Has aprendido alguna técnica?

—Pues... no exactamente. Todavía no he aprendido nada de nada.

Finalmente el samurai se echó a reír.

—¡Andar contigo hace que el camino parezca más corto!... Y tú, joven dama, ¿adonde te diriges?

—A Nara, pero no sé a qué lugar de la ciudad. Hay un rōnin al que trato de localizar desde hace alrededor de un año, y como me he enterado de que muchos de ellos se han reunido recientemente en Nara, me propongo ir allá, aunque admito que ese rumor no es gran cosa para seguir adelante.

Apareció ante ellos el puente Uji. Bajo los aleros de una casa de té, un anciano muy aseado, provisto de una tetera enorme, repartía sus existencias entre los clientes, sentados a su alrededor en taburetes. Al ver a Shōda, le saludó cordialmente.

—¡Qué grato es ver a alguien de la casa de Yagyū! —le dijo—. ¡Entrad, entrad!

—Tan sólo quisiéramos descansar un poco. ¿Podrías darle al chico unos dulces?

Jōtarō permaneció en pie mientras sus acompañantes se sentaban. Para él, sentarse y descansar era un aburrimiento. Cuando llegaron los pasteles, los cogió y subió corriendo a una pequeña colina detrás de la casa de té.

Mientras sorbía su té, Otsū preguntó al anciano:

—¿Todavía falta mucho hasta Nara?

—Sí. Incluso un buen andarín probablemente no llegaría más allá de Kizu antes de la puesta de sol. Una chica como tú debería pasar la noche en Taga o Ide.

Entonces intervino Shōda.

—Esta joven lleva buscando a alguien desde hace meses. Pero no sé... ¿Crees que en estos tiempos está segura una joven que viaja a Nara sola y sin saber dónde va a alojarse?

La pregunta dejó pasmado al viejo.

—¡Ni siquiera debería pensar en ello! —dijo rotundamente. Volviéndose a Otsū, agitó una mano ante su cara y añadió—: Renuncia por completo a esa idea. Si tuvieras la seguridad de que vas a estar con alguien sería distinto, pero en caso contrario Nara puede ser un lugar muy peligroso.

El propietario se sirvió una taza de té y les contó lo que sabía de la situación en Nara. Al parecer, la mayoría de la gente tenía la impresión de que la antigua capital era un lugar tranquilo y apacible con innumerables templos pintorescos y ciervos domados, un lugar al que no perturbaban las guerras ni la hambruna, pero lo cierto era que la ciudad ya no respondía en absoluto a esa imagen. Después de la batalla de

Sekigahara, nadie sabía cuántos rōnin del bando perdedor habían ido a esconderse allí. En su mayoría eran partidarios de Osaka pertenecientes al Ejército Occidental, samuráis que ahora carecían de ingresos y tenían pocas esperanzas de encontrar otra profesión. Como el poder del shogunado Tokugawa aumentaba de un año a otro, era dudoso que aquellos fugitivos volvieran alguna vez a ser capaces de ganarse la vida en campo abierto con sus espadas.

Según la mayoría de los cálculos, entre 120.000 y 130.000 samuráis habían perdido sus posiciones. Los Tokugawa vencedores habían confiscado fincas que representaban unos ingresos anuales de treinta y tres millones de fanegas de arroz. Aun cuando se tomara en consideración a los señores feudales a los que se había permitido establecerse de nuevo a una escala más modesta, por lo menos ochenta daimyōs, con un total de ingresos estimado en veinte millones de fanegas, habían sido desposeídos. Sobre la base de que por cada quinientas fanegas a tres samuráis les habían cortado sus amarras, obligándoles a ocultarse en distintas provincias, e incluyendo sus familias y servidores, el número total no podía ser inferior a cien mil.

La zona alrededor de Nara y el monte Kōya estaba llena de templos y, en consecuencia, a las fuerzas de Tokugawa les resultaba difícil patrullarla. Por el mismo motivo, era un lugar ideal para esconderse, y los fugitivos se trasladaban allí en tropel.

—Hombre —dijo el anciano—, el famoso Sanada Yukimura se esconde en el monte Kudo, y dicen que Sengoku Sōya está en la vecindad del Hōryūji y Ban Dan'emon en el Kōfukuji. Podría nombrar a más.

Todos ellos eran hombres marcados, a los que se les podía matar de inmediato si se dejaban ver. Su única esperanza de futuro era que la guerra estallara de nuevo.

El viejo opinaba que la situación no sería tan mala si sólo esos rōnin famosos estuvieran ocultos, puesto que todos ellos tenían cierto prestigio y podían ganarse la vida y sostener a sus familias. Sin embargo, complicaban las cosas los samuráis indigentes que merodeaban por las calles apartadas del centro y pasaban tales apuros que venderían sus espadas si pudieran. La mitad de ellos se dedicaban a pelearse, jugar y turbar la paz de otras maneras, con la esperanza de que los disturbios que causaban harían que las fuerzas de Osaka se levantaran en armas. La ciudad de Nara, en otro tiempo tranquila, se había convertido en un nido de bandidos. Para una joven atractiva como Otsū, ir allí equivaldría a verterse aceite en el kimono y arrojarse a una hoguera. El propietario de la casa de té, emocionado por sus propias palabras, concluyó rogando con vehemencia a Otsū que cambiara de idea.

La joven, ahora dubitativa, permaneció un rato en silencio. De haber tenido la menor indicación de que Musashi podría estar en Nara, no habría pensado dos veces en el peligro. Pero lo cierto era que no había nada que la incitara a seguir adelante. Se había limitado a errar hacia Nara... como lo había hecho hacia otros lugares durante el

año transcurrido desde que Musashi la dejó plantada en el puente de Himeji.

Al ver su expresión de perplejidad, Shōda se dirigió a ella.

—Has dicho que te llamas Otsū, ¿no es cierto?

—Bien, Otsū, te lo digo no sin vacilación, pero ¿por qué no abandonas la idea de ir a Nara y te vienes conmigo al feudo de Koyagyū? —Sintiéndose obligado a decirle más acerca de sí mismo y asegurarle que sus intenciones eran honorables, añadió—: Mi nombre completo es Shōda Kizaemon, y estoy al servicio de la familia Yagyū. Resulta que mi señor, ahora octogenario, ya no está en activo y padece un terrible aburrimiento. Cuando has dicho que te ganabas la vida tocando la flauta, se me ha ocurrido que sería un gran consuelo para él que estuvieras a su disposición para distraerle con tu música de vez en cuando. ¿Crees que podría interesarte?

El anciano intervino de inmediato con una entusiasta aprobación.

—No hay duda de que deberías ir con él. Como probablemente sepas, el viejo señor de Koyagyū es el gran Yagyū Muneyoshi. Ahora que se ha retirado, ha adoptado el nombre de Sekishūsai. En cuanto su heredero, Munenori, señor de Tajima, regresó de Sekigahara, le llamaron a Edo y nombraron instructor de la casa del shōgun. En fin, no hay familia más grande en Japón que los Yagyū. Ser invitado a Koyagyū es ya un honor. ¡Por favor, no dejes de aceptar!

Al saber que Kizaemon era un oficial de la famosa casa de Yagyū, Otsū se felicitó por haber adivinado que no era un samurai ordinario. Aun así, le resultaba difícil responder a su proposición.

Ante su silencio, Kizaemon le preguntó:

—¿No quieres venir?

—No se trata de eso. No podría desear una oferta mejor, pero temo que mi habilidad con la flauta no esté a la altura de un gran hombre como Yagyū Muneyoshi.

—Oh, no lo pienses más. Los Yagyū son muy diferentes de los otros daimyōs. Sekishūsai, en particular, tiene los gustos sencillos y tranquilos de un maestro de la ceremonia del té. Creo que le molestaría más tu falta de confianza en ti misma que esa imaginaria carencia de habilidad musical.

Otsū comprendió que ir a Koyagyū en vez de errar sin rumbo por Nara le ofrecía cierta esperanza, por ligera que fuese. Desde la muerte de Yoshioka Kampó, los Yagyū eran considerados por muchos como los más grandes exponentes de las artes marciales en el país. Era de esperar que espadachines procedentes de todas partes llamaran a su puerta, e incluso era posible que hubiera un registro de visitantes. ¡Qué feliz sería ella si en esa lista encontrara el nombre de Miyamoto Musashi!

Pensando sobre todo en esa posibilidad, respondió entusiasmada:

—Si crees de veras que es correcto, iré.

—¿Vendrás conmigo? ¡Magnífico! Te estoy muy agradecido... Humm, dudo de que una mujer pueda recorrer todo el camino antes de que anochezca. ¿Sabes montar

a caballo?

—Sí.

Kizaemon agachó la cabeza por debajo de los aleros y alzó la mano en dirección al puente. El mozo de caballos que aguardaba allí llegó corriendo con un caballo y Kizaemon se lo ofreció a Otsū. Él caminó a su lado.

Jōtarō los vio desde la elevación detrás de la casa de té y los llamó.

—¿Os vais ya?

—Sí, nos vamos.

—¡Esperadme!

Habían recorrido la mitad del puente Uji cuando Jōtarō les dio alcance. Kizaemon le preguntó qué había estado haciendo y él respondió que en el bosquecillo de la colina había muchos hombres dedicados a cierto juego. No sabía de qué se trataba, pero parecía interesante.

El mozo de caballos se echó a reír.

—Debía de ser la chusma de los rōnin en una sesión de juego. No tienen bastante dinero para comer, así que atraen a los viajeros con sus juegos y los dejan completamente desplumados. ¡Qué vergüenza!

—¿Quieres decir que practican juegos de azar para ganarse la vida? —le preguntó Kizaemon.

—Sí, y los jugadores cuentan entre los mejores —respondió el mozo—. Muchos otros se han vuelto secuestradores y chantajistas. Son tan brutales que nadie puede hacer nada para pararles los pies.

—¿Por qué el señor del distrito no los arresta o expulsa?

—Son demasiados..., tantos que no podría enfrentarse a ellos. Si todos los rōnin de Kawachi, Yamato y Kii se unieran, serían más fuertes que sus propias tropas.

—Tengo entendido que Kōga también está llena de ellos.

—Sí. Hasta allí llegaron en su huida los de Tsutsui. Están decididos a resistir hasta la próxima guerra.

—Seguís hablando así sobre los rōnin —intervino Jōtarō—, pero algunos de ellos deben de ser buenos hombres.

—Eso es cierto —convino Kizaemon.

—¡Mi maestro es un rōnin!

Kizaemon se echó a reír y dijo;

—Así que por eso hablas en su defensa. Eres muy leal... Dijiste que vas camino del Hōzōin, ¿no es cierto? ¿Tu maestro es de ahí?

—No lo sé con seguridad, pero me dijo que, si no le encontraba ahí, ellos me dirían dónde está.

—¿Cuál es su estilo de esgrima?

—No lo sé.

—¿Eres su discípulo y no conoces su estilo?

—Señor —dijo el mozo de caballos—. Hoy la esgrima está de moda, todo el mundo la estudia por ahí. Sólo en este camino uno puede encontrarse con cinco o diez practicantes cualquier día de la semana. Y eso se debe a que ahora hay muchos más rōnin que antes dedicados a dar lecciones.

—Supongo que ése es en parte el motivo.

—Se sienten atraídos porque han oído decir que si uno es diestro con la espada, los daimyō se pegarán por contratarlos a cambio de cuatro o cinco mil fanegas de arroz al año.

—Una manera rápida de enriquecerse, ¿eh?

—Exactamente. Si uno piensa en ello, es para asustarse. Vamos, si hasta este chico tiene una espada de madera. Probablemente cree que sólo ha de aprender a golpear con ella a la gente para convertirse en un hombre de veras. Hay muchos así, y lo triste del caso es que, al final, la mayoría de ellos pasarán hambre.

Jōtarō sintió un acceso de cólera.

—¿Qué estás diciendo? ¡Atrévete a repetirlo!

—¡Oídle! Parece una pulga llevando un mondadientes, pero ya se imagina que es un gran guerrero.

Kizaemon se echó a reír.

—Vamos, Jōtarō, no te enfades, o volverás a perder ese tubo de bambú.

—¡No lo perderé! ¡No os preocupéis por mí!

Siguieron adelante, Jōtarō malhumorado y silencioso, los demás contemplando la lenta puesta de sol. Por fin llegaron al embarcadero del transbordador en el río Kizu.

—Aquí es donde te dejamos, muchacho. Pronto oscurecerá, por lo que será mejor que te des prisa. Y no pierdas tiempo por el camino.

—¿Otsū? —dijo Jōtarō, creyendo que la joven iría con él.

—Ah, olvidé decírtelo —respondió ella—. He decidido ir con este caballero al castillo de Koyagyū. —El chiquillo pareció anonadado—. Cuídate —añadió Otsū, sonriente.

—Debería haber sabido que acabaría otra vez solo. —Cogió una piedra y la hizo rebotar en la superficie del agua.

—Bueno, sin duda nos veremos uno de estos días. Tu hogar parece ser la carretera y también yo viajo un poco.

Jōtarō no parecía querer moverse de allí.

—Dime a quién estás buscando —le pidió—. ¿Qué clase de persona es?

Sin responderle, Otsū se despidió agitando la mano.

Jōtarō corrió a lo largo de la orilla y saltó al mismo centro del pequeño transbordador. Cuando la embarcación, envuelta en la luz rojiza del sol poniente, estaba a mitad del río, el chiquillo miró atrás y apenas tuvo tiempo de ver el caballo

de Otsū y a Kizaemon en el camino del templo Kasagi. Estaban en el valle, más allá del punto donde el río se estrecha de súbito y es engullido lentamente por las primeras sombras de las montañas.

El Hōzōin

Los estudiantes de las artes marciales conocían invariablemente el Hōzōin. Si un hombre que afirmaba ser un estudiante serio se refería a él como a otro templo cualquiera, ésa era razón suficiente para que le considerasen como un impostor. También entre la población local era algo bien sabido, aunque, curiosamente, pocos estaban familiarizados con el Depósito Shōsōin que, con su inapreciable colección de objetos de arte antiguos, era mucho más importante.

El templo estaba situado en la colina Abura, en medio de un vasto y frondoso bosque de cedros. Era exactamente la clase de lugar que habitarían los duendes. También allí había recordatorios de las glorias del período de Nara, las ruinas de un templo, el Ganrin'in, y de la enorme casa de baños pública construida por la emperatriz Kōmyō para los pobres, pero todo lo que quedaba de esos edificios eran las piedras diseminadas de los cimientos que sobresalían entre el musgo y los hierbajos.

Musashi consiguió orientarse sin dificultad hasta la colina Abura, pero una vez allí miró a su alrededor con perplejidad, pues el bosque era un nido que cobijaba a otros muchos templos. Los cedros habían resistido los embates del invierno y se habían bañado con las primeras lluvias primaverales, y ahora el verdor de sus hojas era el más intenso. Por encima de sus ramajes se podía distinguir a la luz crepuscular las suaves curvas femeninas del monte Kasuga. Las montañas lejanas aún estaban iluminadas por la brillante luz del sol.

Aunque ninguno de los templos parecía ser el que buscaba, Musashi fue de portal en portal inspeccionando las placas en las que estaban inscritos sus nombres. Tan absorta estaba su mente en encontrar el Hōzōin, que cuando vio el letrero del Ōzōin al principio lo leyó mal, puesto que sólo el primer carácter, el que se leía Ō, era diferente. Aunque en seguida se dio cuenta de su error, de todos modos echó un vistazo al interior. El Ōzōin parecía pertenecer a la secta Nichiren. Por lo que Musashi sabía, el Hōzōin era un templo Zen que no tenía ninguna conexión con Nichiren.

Mientras permanecía allí en pie, un joven monje que regresaba al Ōzōin pasó por su lado y le miró con suspicacia.

Musashi se quitó el sombrero y le preguntó:

—¿Podría molestarte pidiéndote cierta información?

—¿Qué quieres saber?

—¿Es éste el templo llamado Ōzōin?

—Sí, eso es lo que dice en la placa.

—Me han dicho que el Hōzōin está en la colina Abura. ¿Es cierto?

—Está justo detrás de este templo. ¿Vas ahí a un encuentro de esgrima?

—Sí.

—Entonces permíteme que te dé un consejo. Olvídalo.

—¿Por qué?

—Es peligroso. Comprendo que alguien impedido de nacimiento vaya ahí a que le enderecen las piernas, pero no veo ninguna razón por la que cualquiera con unos buenos miembros rectos haya de ir ahí para que le dejen paralítico.

El monje tenía un buen físico y era un tanto distinto del monje corriente de la secta Nichiren. Según él, el número de aspirantes a guerreros había crecido tanto que incluso en el Hōzōin habían llegado a considerarlos como un estorbo. Al fin y al cabo, el templo era un santuario para la luz de la ley de Buda, como indicaba su nombre. Su verdadero interés radicaba en la religión, y las artes marciales eran sólo una actividad secundaria, por así decirlo.

Kakuzenbō In'ei, el abad anterior, había visitado con frecuencia a Yagyū Muneyoshi. A través de su asociación con éste y su amigo, el señor Kōizumi de Ise, el abad se había interesado por las artes marciales y finalmente se había dedicado a la esgrima como pasatiempo. Luego había ideado nuevas maneras de usar la lanza, lo cual, como Musashi ya sabía, era el origen del tan estimado estilo Hōzōin.

In'ei tenía ahora ochenta y cuatro años y estaba completamente senil. Apenas veía a nadie, e incluso cuando recibía una visita era incapaz de seguir la conversación. Sólo podía estar sentado y hacer movimientos ininteligibles con su boca desdentada. No parecía comprender nada de lo que le decían. En cuanto a la lanza, la había olvidado del todo.

—Como puedes ver —concluyó el monje tras explicarle todo esto—, no te serviría de mucho ir ahí. Probablemente no podrías entrevistarte con el maestro, y aunque lo hicieras, no aprenderías nada. —Sus bruscos modales dejaron bien claro que estaba deseoso de librarse de Musashi.

Aunque era consciente de que el monje no le tomaba en serio, Musashi insistió:

—He oído hablar de In'ei y sé que es cierto lo que has dicho de él. Pero también sé que un sacerdote llamado Inshun se ha convertido en su sucesor. Dicen que aún está estudiando pero que ya conoce todos los secretos del estilo Hōzōin. Según lo que he oído, aunque ya tiene muchos estudiantes, nunca se niega a orientar a quien le visita.

—Ah, Inshun —dijo el monje desdeñosamente—. Son rumores infundados. Inshun es en realidad un alumno del abad del Ōzōin. Después de que In'ei empezara a acusar su edad, nuestro abad creyó que sería vergonzoso que la reputación del Hōzōin se echara a perder, por lo que enseñó a Inshun los secretos de la lucha con lanza, lo que él mismo había aprendido de In'ei, y luego se encargó de que Inshun fuese nombrado abad.

—Comprendo —dijo Musashi.

—Pero ¿aún quieres ir ahí?

—Bueno, después de haber viajado tanto...

—Sí, claro.

—Has dicho que está detrás de aquí. ¿Es mejor dar la vuelta por la izquierda o la derecha?

—No es necesario que des la vuelta. Es mucho más rápido ir directamente a través de nuestro templo. No tiene pérdida.

Musashi le dio las gracias y pasó ante la cocina del templo, hacia el fondo del recinto, que con su almacén de pasta de alubias y una huerta de considerable tamaño, se parecía mucho al terreno alrededor de la casa de un agricultor acaudalado. Más allá del jardín vio el Hōzōin.

Caminando por el suelo blando entre hileras de colza, rábanos y cebolletas, vio que a un lado había un viejo cortando verduras. Encorvado sobre su azada, miraba atentamente la hoja. Todo lo que Musashi podía ver de su rostro era un par de cejas blancas como la nieve, y aparte del ruido de la azada al chocar con las piedras, el silencio era absoluto.

Musashi supuso que el anciano era un monje del Ōzōin. Se dispuso a dirigirle la palabra, pero el hombre estaba tan absorto en su trabajo que le pareció descortés molestarle.

Sin embargo, al pasar en silencio por su lado, se dio cuenta repentinamente de que el viejo le estaba mirando los pies por el rabillo del ojo. Aunque el hombre no se movía ni hablaba, Musashi sintió que una fuerza aterradora le atacaba, una fuerza como la del relámpago que rasga las nubes. Aquello no era una ensoñación. Sentía realmente que la misteriosa energía atravesaba su cuerpo y, aterrado, dio un salto. Se sentía acalorado, como si acabara de evitar un golpe mortífero de espada o lanza.

Mirando por encima del hombro, vio que el hombre encorvado aún estaba vuelto hacia él mientras la azada seguía su movimiento incesante. «¿Qué diablos habrá sido eso?», se preguntó, pasmado por la energía que le había golpeado.

Cuando llegó a la entrada del Hōzōin su curiosidad seguía viva. Mientras esperaba que saliera un servidor, pensó: «Inshun debe de ser todavía joven. El monje ha dicho que In'ei está senil y se ha olvidado por completo de la lanza, pero me pregunto...». El incidente en el jardín permanecía en el fondo de su mente.

Llamó a voz en cuello dos veces más, pero la única respuesta fue el eco de los árboles circundantes. Reparó en un gong grande al lado de la entrada y lo tocó. Casi de inmediato le llegó la respuesta desde lo más profundo del templo.

Un sacerdote salió a recibirle, un hombre alto y fornido. De haber sido uno de los sacerdotes-guerreros del monte Hiei, podría haber estado al frente de un batallón. Acostumbrado como estaba a recibir con mucha frecuencia visitas de gente como Musashi, le dirigió una breve mirada e inquirió:

—¿Eres un shugyōsha?

—Sí.

—¿A qué has venido?

—Quisiera conocer al maestro.

—Entra —le dijo el sacerdote, e hizo un gesto hacia la derecha de la entrada, sugiriendo indirectamente a Musashi que debía lavarse los pies primero.

Había un barril rebosante de agua suministrada por una tubería de bambú y, apuntando aquí y allá, unos diez pares de sandalias desgastadas y sucias.

Musashi siguió al sacerdote por un corredor ancho y oscuro. El religioso le mostró una antesala y le dijo que esperase. Flotaba en el aire el olor a incienso, y a través de la ventana se veían las anchas hojas de un llantén. Aparte de las maneras poco ceremoniosas del gigante que le había franqueado la entrada, nada de lo que veía indicaba que hubiera algo fuera de lo corriente en aquel templo.

Cuando reapareció, el sacerdote le tendió un registro y un tintero, diciéndole:

—Escribe tu nombre, dónde has estudiado y qué estilo utilizas. —Le habló como si diera instrucciones a un niño.

El título del registro decía: «Lista de personas que visitan este templo para estudiar. Administrador del Hōzōin». Musashi abrió el libro y echó un vistazo a los nombres, cada uno anotado bajo la fecha en la que el samurai o estudiante había realizado su visita. Siguiendo el estilo de la última entrada, anotó la información requerida, omitiendo el nombre de su maestro.

El sacerdote, por supuesto, estaba especialmente interesado en ese dato.

La respuesta de Musashi fue esencialmente la misma que diera en la escuela Yoshioka. Había practicado el uso de la porra bajo la dirección de su padre, «sin poner demasiado empeño en ello». Desde que decidió estudiar en serio, tomó por maestro cuanto hay en el universo, así como los ejemplos dados por sus predecesores en todo el país. Terminó diciendo:

—Todavía estoy en proceso de aprendizaje.

—Humm. Probablemente ya lo sepas, pero desde la época de nuestro primer maestro, el Hōzōin ha sido celebrado en todas partes por sus técnicas de lanza. La lucha que se realiza aquí es ruda, y no hay excepciones. Antes de que sigas adelante, quizá deberías leer lo que está escrito al comienzo del registro.

Musashi cogió el libro, lo abrió y leyó la estipulación, que antes había pasado por alto. Decía así: «Habiendo acudido aquí con el propósito de estudiar, absuelvo al templo de toda responsabilidad en caso de que sufra lesiones físicas o fallezca».

—Estoy de acuerdo —dijo Musashi con una leve sonrisa.

Aquello no era más que sentido común para cualquiera decidido a convertirse en un guerrero.

—Muy bien. Ven por aquí.

El dōjō era inmenso. Los monjes debían de haber sacrificado una sala de lectura o algún otro gran edificio del templo para crearlo. Musashi nunca había visto una sala con columnas de semejante circunferencia, y también observó restos de pintura, pan de oro y pigmento blanco en el armazón del montante, cosas que no se encontraban en las salas de práctica ordinarias.

Musashi no era el único visitante. Más de diez estudiantes-guerreros estaban sentados en la zona de espera, con un número similar de estudiantes-sacerdotes. Además, había varios samuráis que parecían meros observadores. Todos estaban tensos, observando a dos lanceros en un encuentro de práctica. Nadie miró hacia Musashi cuando se sentó en un rincón.

Según un letrero que colgaba de la pared, si cualquiera quería luchar con lanzas auténticas el desafío debía ser aceptado, pero los combatientes que ahora estaban en la pista utilizaban largas varas de roble. No obstante, un golpe con aquellas lanzas de práctica podía ser en extremo doloroso, incluso fatal.

Al cabo de un rato uno de los luchadores fue derribado, y mientras regresaba cojeando y derrotado a su sitio, Musashi vio que uno de sus muslos ya se había hinchado hasta adquirir el tamaño de un tronco. Incapaz de sentarse, se apoyó con dificultad en una rodilla y extendió adelante la pierna herida.

—¡El siguiente! —gritó el hombre que estaba en la pista, un sacerdote de modales singularmente arrogantes.

Llevaba atadas a la espalda las mangas de su hábito, y todo su cuerpo, piernas, brazos, hombros, incluso la frente, parecía consistir en músculos abultados. La vara de roble que sostenía en posición vertical medía por lo menos diez pies de largo.

Entonces habló uno de los hombres que habían llegado aquel día. Se ató las mangas con una correa de cuero y salió a la pista de prácticas. El sacerdote permaneció inmóvil mientras su adversario iba a la pared, elegía una alabarda y se enfrentaba a él. Hicieron sendas reverencias, como era de rigor, pero apenas habían terminado cuando el sacerdote emitió un aullido como de sabueso salvaje y simultáneamente descargó su vara sin miramientos en el cráneo del otro.

—El siguiente —dijo, volviendo a su posición original.

Eso fue todo: el retador estaba listo. No parecía muerto todavía, pero el mero acto de alzar la cabeza del suelo era superior a sus fuerzas. Un par de estudiantes-sacerdotes salieron a la pista y se lo llevaron cogido por las mangas y la cintura del kimono. En el suelo, detrás de él, se extendía un reguero de saliva mezclada con sangre.

—¡El siguiente! —gritó de nuevo el sacerdote, con el mismo malhumor.

Al principio Musashi creyó que era el maestro de segunda generación Inshun, pero los hombres sentados a su alrededor le dijeron que no, que era Agón, uno de los discípulos veteranos que eran conocidos como los «Siete pilares del Hōzōin».

Añadieron que Inshun nunca tenía que intervenir personalmente en un encuentro, porque uno de aquéllos siempre ponía a los retadores fuera de combate.

—¿No hay nadie más? —bramó Agón, ahora sosteniendo la lanza de práctica horizontalmente.

El fornido administrador estaba comparando su registro con las caras de los hombres que esperaban. Señaló a uno.

—No, hoy no... Volveré en algún otro momento.

—¿Y tú?

—No, hoy no me siento del todo en condiciones.

Uno tras otro renunciaron, hasta que Musashi vio que el dedo le señalaba.

—¿Y tú?

—Si te place...

—¿«Si te place»? ¿Qué significa eso?

—Significa que me gustaría luchar.

Musashi se levantó y todos los ojos se centraron en él. El altivo Agón se había retirado de la pista y charlaba animadamente con un grupo de sacerdotes, pero cuando pareció que había salido otro retador, hizo una mueca de hastío y dijo con indolencia:

—Que alguien me sustituya.

—Adelante —le acuciaron—. Hay sólo uno más.

Agón cedió y regresó con indiferencia al centro de la pista. Cogió de nuevo la reluciente vara de madera negra, con la que parecía totalmente familiarizado. En rápido orden, adoptó una actitud de ataque, dio la espalda a Musashi y atacó en la otra dirección.

—¡Yaaa! —gritó como un rocho enfurecido, abalanzándose hacia la pared del fondo y golpeando salvajemente con la lanza una sección utilizada para prácticas.

Las tablas habían sido sustituidas poco antes, pero pese a la elasticidad de la madera nueva, la lanza sin hoja de Agón las rompió.

—¡Yuuu!

Su grotesco grito de triunfo reverberó en la sala mientras extraía la lanza, y avanzó hacia Musashi, dando pasos de danza más que andando, el vapor alzándose de su cuerpo musculoso. Se apostó a cierta distancia y miró furibundo a su contrincante. Musashi había salido sólo con su espada de madera, y ahora permanecía inmóvil y, al parecer, un poco sorprendido.

—¡Preparado! —gritó Agón.

Se oyó una risa seca al otro lado de la ventana, y una voz dijo:

—¡No seas necio, Agón! ¡Mira, patán estúpido, mira! No vas a habértelas con una tabla.

Sin variar su postura, Agón miró hacia la ventana.

—¿Quién está ahí? —gritó.

La risa continuó, y entonces se hicieron visibles por encima del alféizar, como si las hubiera colgado allí un anticuario, una calva reluciente y un par de cejas blancas como la nieve.

—No te hará ningún bien, Agón. Esta vez no. Deja que el hombre espere hasta pasado mañana, cuando regrese Inshun.

Musashi, que también había vuelto la cabeza hacia la ventana, vio que se trataba del anciano al que había visto camino del Hōzōin, pero apenas lo había reconocido cuando la cabeza desapareció.

Agón hizo caso de la advertencia del anciano hasta el punto de relajar la sujeción del arma, pero en cuanto su mirada volvió a cruzarse con la de Musashi, lanzó un juramento en dirección a la ventana ahora vacía... e hizo caso omiso del consejo que había recibido.

Mientras Agón aferraba con renovada fuerza su lanza, Musashi, deseoso de guardar las formas, le preguntó:

—¿Estás preparado ahora?

Esta solicitud encolerizó a Agón. Sus músculos eran como el acero, y cuando saltó, lo hizo con una ligereza temible. Sus pies parecían estar en el suelo y el aire al mismo tiempo, vibrando como la luz de la luna en las olas del mar.

Musashi seguía perfectamente inmóvil, o así lo parecía. No había nada notable en su postura: sostenía la espada extendida con las dos manos, pero como era algo más bajo que su adversario y sin una musculatura tan espectacular, casi daba una impresión de informalidad. La mayor diferencia estaba en los ojos. La mirada de Musashi era aguda como la de un pájaro, sus pupilas un coral claro teñido de sangre.

Agón sacudió la cabeza, quizá para eliminar los torrentes de sudor que le brotaban de la frente, tal vez para alejar las palabras de advertencia del anciano. ¿Habían hecho mella en él? ¿Intentaba apartarlas de su mente? Fuera cual fuese el motivo, lo cierto era que estaba agitado en extremo. Cambió de posición repetidas veces, tratando de provocar a Musashi, pero éste seguía inmóvil.

La arremetida de Agón estuvo acompañada de un grito desgarrador. En la fracción de segundo que decidió el encuentro, Musashi paró el golpe y contraatacó.

—¿Qué ha ocurrido?

Los sacerdotes compañeros de Agón corrieron hacia él y formaron a su alrededor un círculo negro. En medio de la confusión generalizada, alguien tropezó con su lanza de prácticas y quedó tumbado en el suelo.

Uno de los sacerdotes se levantó, con las manos y el pecho manchados de sangre, y gritó:

—¡Medicina! Traed la medicina. ¡Rápido!

—No necesitaréis ninguna medicina —dijo el anciano, que acababa de entrar en

la sala y había evaluado rápidamente la situación. Su semblante reflejaba la irritación que sentía—. Si hubiera creído que la medicina le salvaría, no habría intentado detenerle en primer lugar. ¡El muy idiota!

Nadie prestaba atención a Musashi. Éste, a falta de algo mejor que hacer, regresó a la puerta principal y empezó a calzarse las sandalias.

El anciano le siguió.

—¡Tú! —le dijo.

Musashi replicó por encima del hombro:

—¿Sí?

—Me gustaría cambiar unas palabras contigo. Vuelve adentro.

Acompañó a Musashi a una habitación detrás de la sala de prácticas, una celda sencilla, cuadrada, cuya única abertura en las cuatro paredes era la puerta. Una vez sentados, el anciano le dijo:

—Sería más apropiado por parte del abad venir a saludarte, pero está de viaje y no volverá hasta dentro de dos o tres días. Así pues, actuaré en su nombre.

—Eres muy amable —dijo Musashi, inclinando la cabeza—. Agradezco el buen adiestramiento que he recibido hoy, pero creo que debería disculparme por el cariz desafortunado que ha tenido...

—¿Por qué? Esa clase de cosas ocurren. Tienes que estar dispuesto a aceptarlas antes de empezar la lucha. No dejes que eso te preocupe.

—¿Son graves las lesiones de Agón?

—Ha tenido una muerte instantánea —respondió el anciano. Su aliento fue como un viento frío en el rostro de Musashi.

—¿Ha muerto? —Y dijo para sus adentros: «Así que ha vuelto a ocurrir».

Otra vida segada por su espada de madera. Cerró los ojos e invocó en su corazón el nombre de Buda, como había hecho en similares ocasiones en el pasado.

—¡Joven!

—Sí, señor.

—¿Te llamas Miyamoto Musashi?

—Así es.

—¿Con quién has estudiado las artes marciales?

—No he tenido maestro en el sentido ordinario. Mi padre me enseñó a manejar la porra en mi infancia. Desde entonces, he seleccionado una serie de tácticas de samuráis mayores en diversas provincias. También he pasado algún tiempo viajando por el campo, aprendiendo de las montañas y los ríos, a los que también considero como maestros.

—Pareces tener la actitud correcta. ¡Pero eres tan fuerte...! ¡Demasiado fuerte!

Creyendo que le estaba alabando, Musashi se sonrojó y dijo:

—¡Oh, no! Aún soy inmaduro. Siempre cometo errores.

—Eso no es lo que quiero decir. Tu fuerza constituye tu problema. Debes aprender a controlarla, a debilitarte.

—¿Cómo? —replicó Musashi, perplejo.

—Recordarás que hace un rato pasaste por la huerta donde estaba trabajando.

—Sí.

—Al verme, diste un salto, ¿verdad?

—Sí.

—¿Por qué lo hiciste?

—Se me ocurrió que podrías usar tu azada como un arma y golpearme las piernas con ella. Y luego, aunque parecías concentrar la atención en el suelo, tu mirada me traspasó de parte a parte. Percibí algo letal en esa mirada, como si estuvieras buscando mi punto flaco... para atacarlo.

El anciano se echó a reír.

—Fue exactamente al revés. Cuando aún estabas a unos cincuenta pies de mí, percibí eso que llamas «algo letal» en el aire. Lo noté en el borde de mi azada..., con tanta fuerza se manifiestan tu espíritu de lucha y tu ambición a cada paso que das. Supe que debía estar preparado para defenderme.

—Si hubiera pasado por mi lado uno de los campesinos locales, yo mismo no habría sido más que un anciano cuidando de las verduras. Es cierto que percibiste beligerancia en mí, pero sólo ha sido un reflejo de la tuya.

Así pues, Musashi había estado en lo cierto al pensar, incluso antes de que intercambiaran las primeras palabras, que aquél no era un hombre ordinario. Ahora tenía la intensa sensación de que el sacerdote era el maestro y él un discípulo. Su actitud hacia el anciano de espalda encorvada se hizo adecuadamente deferente.

—Te agradezco la lección que me has dado. ¿Puedo preguntarte tu nombre y tu posición en este templo?

—No pertenezco al Hōzōin. Soy el abad del Ōzōin y me llamo Nikkan.

—Comprendo.

—Soy un viejo amigo de In'ei, y como estudiaba el manejo de la lanza, decidí estudiar con él. Más adelante tuve un par de ideas. Ahora jamás toco el arma.

—Supongo que eso significa que Inshun, el abad actual, es tu discípulo.

—Sí, podrías considerarlo así. Pero los sacerdotes no deberían utilizar en absoluto las armas, y considero desafortunado que el Hōzōin se haya hecho famoso por un arte marcial más que por el fervor religioso. Con todo, algunas personas consideraban que era una lástima que el estilo Hōzōin se extinguiera, por lo que se lo enseñé a Inshun y a nadie más.

—¿Me permitirías quedarme en el templo hasta el regreso de Inshun?

—¿Es que te propones desafiarle?

—Bueno, ya que estoy aquí, me gustaría ver cómo usa su lanza el maestro

principal.

Nikkan sacudió la cabeza en un gesto de reproche.

—Es una pérdida de tiempo. Aquí no hay nada que aprender.

—¿De veras?

—Acabas de ver el estilo Hōzōin de lucha con la lanza, cuando has luchado con Agón. ¿Qué más necesitas ver? Si quieres aprender más, obsérvame. Mírame a los ojos.

Nikkan irguió los hombros, adelantó ligeramente la cabeza y miró fijamente a Musashi. Sus ojos parecían a punto de salírsele de las órbitas. Mientras Musashi le devolvía la mirada, las pupilas de Nikkan brillaron primero con una llama coralina y luego adquirieron gradualmente una profundidad azul celeste. Su resplandor deslumbre la mente de Musashi, el cual apartó la vista. La risa quebradiza de Nikkan era como el ruido de unas tablas completamente secas.

El anciano desvió la mirada sólo cuando un sacerdote más joven entró en la habitación y le susurró algo.

—Tráelo —le ordenó.

Poco después regresó el joven sacerdote con una bandeja y un recipiente redondo de madera que contenía arroz, del cual Nikkan sirvió un cuenco a Musashi.

—Te recomiendo las gachas de té y los encurtidos, llamados encurtidos de Hōzōin porque los hacen aquí..., pepinos rellenos de albahaca y guindilla. Creo que te gustará bastante su sabor.

Mientras Musashi cogía los palillos, volvió a notar la mirada de Nikkan fija en él. Aún no podía saber si su cualidad penetrante se originaba en el interior del sacerdote o si era una respuesta a algo que él mismo emitía. Mordió un encurtido y tuvo la sensación de que el puño de Takuan estaba a punto de golpearle de nuevo o que la lanza cerca del umbral iba a volar hacia él.

Después de que hubiera tomado un cuenco de arroz mezclado con té y dos encurtidos, Nikkan le preguntó:

—¿Te apetece un poco más?

—No, gracias, es suficiente.

—¿Qué te han parecido los encurtidos?

—Muy buenos, gracias.

Cuando ya había salido del templo, la quemazón de la guindilla en su lengua era todo lo que Musashi recordaba del sabor de los encurtidos. Tampoco era aquél el único escozor que experimentaba, pues salió convencido de que, de alguna manera, había sido derrotado. Mientras caminaba lentamente por un bosque de cedros, se decía: «He perdido. ¡Me han aventajado!». A la pálida luz, unas sombras huidizas se cruzaron en su camino, una pequeña manada de ciervos, asustados por sus pasos.

«Cuando era sólo cuestión de fuerza física, gané, pero he salido de allí sintiéndome derrotado. ¿Por qué? ¿Acaso gané externamente sólo para perder dentro de mí?»

De repente se acordó de Jōtarō y dio media vuelta, regresando al Hōzōin, donde todavía ardían las luces. Cuando se anunció, el sacerdote que montaba guardia en la puerta asomó la cabeza y le dijo con indiferencia:

—¿Qué ocurre? ¿Te has olvidado algo?

—Sí. Mañana o pasado vendrá aquí alguien en mi busca.

Cuando lo haga, ¿le dirás que estaré en la vecindad del estanque Sarusawa? Así preguntará por mí en las posadas de allá.

—De acuerdo.

Puesto que la respuesta fue tan despreocupada, Musashi se sintió obligado a añadir:

—Será un muchacho. Se llama Jōtarō y es muy pequeño, por lo que te ruego que le transmitas con claridad el mensaje.

Al desandar de nuevo sus pasos, Musashi musitó para sus adentros: «Eso demuestra que he perdido. Incluso me olvidé de dejarle un mensaje a Jōtarō. ¡He sido derrotado por el viejo abad!». El desaliento de Musashi persistía. Aunque había vencido a Agón, lo único que permanecía en su mente era la inmadurez que había experimentado en presencia de Nikkan. ¿Cómo podría llegar a ser algún día un gran espadachín, el mejor de todos? Tal era el interrogante que le obsesionaba día y noche, y el encuentro de aquel día le había dejado profundamente deprimido.

Más o menos durante los últimos veinte años, la zona entre el estanque de Sarusawa y el curso bajo del río Sai había sido urbanizada de manera constante, y había una mezcolanza de nuevas casas, posadas y tiendas. Recientemente Ōkubo Nagayasu había acudido a la ciudad para gobernarla en nombre de los Tokugawa, y establecido sus oficinas administrativas en las cercanías. En medio de la ciudad se encontraba el establecimiento de un chino de quien se decía que era descendiente de Lin Ho-ching. Había tenido tanto éxito con sus buñuelos rellenos que se estaba construyendo una ampliación del negocio en dirección al estanque.

Musashi se detuvo ante las luces del distrito más activo y se preguntó dónde iba a alojarse. Había muchas posadas, pero debía tener cuidado con los fastos. Al mismo tiempo, deseaba elegir un lugar que no estuviera lejos del camino principal, a fin de que Jōtarō pudiera encontrarle fácilmente.

Acababa de comer en el templo, pero cuando percibió el aroma de los buñuelos rellenos volvió a sentirse hambriento. Entró en el establecimiento, se sentó y pidió un plato lleno. Cuando se lo sirvieron, Musashi observó que el nombre Lin estaba grabado a fuego en la parte inferior de los buñuelos. Al contrario que los encurtidos picantes del Hōzōin, saborear aquellos buñuelos era un placer.

La muchacha que le sirvió el té le preguntó cortésmente:

—¿Dónde piensas alojarte esta noche?

Musashi, que no estaba familiarizado con el distrito, aprovechó la oportunidad para explicar su situación y pedirle consejo. Ella le dijo que uno de los familiares del dueño tenía una pensión donde sería bien recibido, y, sin esperar su respuesta, salió. Volvió poco después en compañía de una mujer de aspecto juvenil, cuyas cejas afeitadas indicaban que estaba casada. Presumiblemente era la esposa del propietario.

La pensión se encontraba en un callejón tranquilo, no lejos del restaurante, y al parecer era una residencia ordinaria que en ocasiones aceptaba huéspedes. La señora sin cejas que le había mostrado el camino dio unos leves golpes en la puerta, y luego se volvió a Musashi y le dijo en voz baja:

—Es la casa de mi hermana mayor, así que no te preocupes por la propina ni nada.

La doncella salió de la casa y las dos intercambiaron susurros durante unos momentos. Satisfecha en apariencia, acompañó a Musashi al segundo piso.

La habitación y su mobiliario eran demasiado buenos para una posada ordinaria, y Musashi se sintió un poco incómodo. Le intrigaba que una casa acomodada como aquélla aceptara huéspedes, y le preguntó los motivos a la doncella, pero ésta se limitó a sonreír y no dijo nada. Como ya había comido, se bañó y fue a acostarse, pero la cuestión seguía intrigándole mientras conciliaba el sueño.

A la mañana siguiente, le dijo a la doncella:

—Espero que venga alguien en mi busca. ¿Podría quedarme uno o dos días hasta que llegue?

—Desde luego —respondió ella, sin preguntarle siquiera a la señora de la casa, la cual no tardó en personarse para presentar sus respetos al huésped.

Era una mujer atractiva, de unos treinta años y piel tersa. Cuando Musashi intentó satisfacer su curiosidad sobre los motivos por los que aceptaba huéspedes, ella replicó riendo:

—A decir verdad, soy viuda... Mi marido era un actor de teatro Noh llamado Kanze... y me atemoriza estar sin un hombre en la casa, con todos esos rōnin mal criados en la vecindad.

Siguió explicando que, si bien las calles estaban llenas de tabernas y prostitutas, a muchos samuráis indigentes no les satisfacían esas diversiones, sonsacaban información a los jóvenes y atacaban las casas donde no había hombres. Llamaban a esto «visitar a las viudas».

—En otras palabras —dijo Musashi—, aceptas hombres como yo para que te sirvan de guardaespaldas, ¿no es cierto?

—Bueno —replicó ella, sonriendo—, como te he dicho, no hay hombres en la casa. Por favor, considérate libre de quedarte todo el tiempo que quieras.

—Comprendo perfectamente. Confío en que te sientas segura durante el tiempo que esté aquí. Tan sólo quisiera pedirte una cosa. Estoy esperando un visitante... ¿Te importaría colocar un letrero con mi nombre en la entrada?

La viuda, contenta porque así podría proclamar que tenía un hombre en casa, le complació escribiendo «Miyamoto Musashi» en una tira de papel que pegó en un poste del portal.

Jōtarō no se presentó aquel día, pero al siguiente Musashi recibió la visita de un grupo de tres samuráis. Hicieron a un lado a la doncella que protestaba y subieron las escaleras hasta su habitación. Musashi los reconoció en seguida: los tres habían estado entre el público en la sala de prácticas del Hōzōin cuando mató a Agón. Se sentaron a su alrededor como si le conocieran de toda la vida y empezaron a cubrirle de halagos.

—Nunca vi nada igual en toda mi vida —dijo uno de ellos—. Estoy seguro de que jamás había ocurrido una cosa así en el Hōzōin. ¡Imagínate! Llega un visitante desconocido y así, sin más, despacha a uno de los Siete Pilares, y no uno cualquiera, sino al aterrador Agón en persona. Un gruñido y escupió sangre. ¡No se ven a menudo escenas como ésa!

Otro de los hombres continuó en la misma vena:

—Todos nuestros conocidos hablan de ello. Todos los rōnin se preguntan unos a otros quién es ese Miyamoto Musashi. Ha sido un mal día para la reputación del Hōzōin.

—¡Caramba, debes de ser el espadachín más grande del país!

—¡Y además tan joven!

—No hay duda de ello, e incluso mejorarás con el tiempo.

—Si no te importa que te lo pregunte, ¿a qué se debe que, a pesar de tu habilidad, sólo seas un rōnin? ¡No estar al servicio de un daimyō es desperdiciar tu talento!

Los tres hombres sólo se interrumpían el tiempo suficiente para tomar un sorbo de té y devorar las pastas con fruición, esparciendo migas en sus regazos y en el suelo.

Azorado por la extravagancia de sus halagos, Musashi miraba de derecha a izquierda y viceversa. Les escuchó un rato con semblante impasible, pensando que más tarde o más temprano se les acabaría el ímpetu. Pero como no parecían dispuestos a cambiar de tema, él tomó la iniciativa preguntándoles sus nombres.

—Ah, perdona —dijo el primero—. Soy Yamazoe Dampachi y estuve al servicio del señor Gamō.

—Me llamo Ōtomo Banryū —se presentó el hombre que estaba a su lado—. He dominado el estilo Bokuden y tengo grandes planes para el futuro.

—Yo soy Yasukawa Yasubei —dijo el tercero, riendo entre dientes— y nunca he sido más que un rōnin, como antes lo fue mi padre.

Musashi se preguntaba por qué consumían su tiempo y le hacían perder el suyo

con aquella cháchara. Era evidente que no lo averiguaría a menos que se lo preguntara, y así, la próxima vez que hubo una pausa en la conversación, les dijo:

—Es de presumir que habéis venido porque tenéis algún asunto que tratar conmigo.

Ellos se fingieron sorprendidos por semejante suposición, pero pronto admitieron que les había llevado allí algo que consideraban una misión muy importante. Yasubei se inclinó adelante y le explicó:

—En efecto, tenemos cierto asunto que tratar contigo. Verás, nos proponemos establecer una «diversión» pública al pie del monte Kasuga, y queríamos hablarte de ello. No se trata de una función ni nada por el estilo. Nuestra idea es realizar una serie de encuentros que enseñarían a la gente lo que son las artes marciales y, al mismo tiempo, les ofrecerían algo por lo que apostar.

Siguió diciendo que ya estaban montando las tribunas y que las perspectivas parecían excelentes. No obstante, creían que les hacía falta otro hombre, porque si se limitaban a los tres podría presentarse algún samurai realmente fuerte y vencerlos a todos, lo cual significaría la pérdida de su dinero tan duramente ganado. Habían decidido que Musashi era la persona adecuada para ellos. Si se les unía, no sólo se repartirían los beneficios, sino que también le pagarían la comida y el alojamiento mientras durasen los encuentros. Así podría ganar rápida y fácilmente algún dinero para sus futuros viajes.

Musashi escuchó sus halagos con cierto regocijo, hasta que se cansó y les interrumpió diciéndoles:

—Si eso es todo lo que queréis, es inútil que discutamos. No me interesa.

—Pero ¿por qué? —le preguntó Dampachi—. ¿Por qué no te interesa?

Entonces estalló el genio juvenil de Musashi.

—¡No soy un jugador! —exclamó, indignado—. ¡Y como con palillos, no con mi espada!

—¡Cómo! —protestaron los tres, sintiéndose insultados—. ¿Qué queréis decir con eso?

—¿Es que no lo entendéis, necios? Soy un samurai y pienso seguir siéndolo, aunque me muera de hambre. ¡Ahora largo de aquí!

Uno de los hombres soltó un gruñido amenazante y otro, rojo de ira, le gritó:

—¡Lamentarás esto!

Sabían bien que los tres juntos no podían competir con Musashi, mas para salvar las apariencias patearon ruidosamente, fruncieron el ceño e hicieron todo lo posible para dar la impresión de que aún no habían terminado con él.

Aquella noche, como en otras noches recientes, hubo una luna lechosa, ligeramente cubierta. La joven señora de la casa, libre de preocupación mientras Musashi estuviera allí, se esmeró en proporcionarle una cena deliciosa y sake de

buena calidad. El huésped comió en la planta baja, con la familia, y bebió lo suficiente para achisparse.

Al volver a su habitación, se espatarró en el suelo. Sus pensamientos pronto se centraron en Nikkan.

—Es humillante —se dijo.

Los adversarios a los que había derrotado, incluso aquellos a los que había matado o malherido, siempre desaparecían de su mente como si fueran espuma, pero no podía olvidar a nadie que quedara por encima de él, ni tampoco a cualquiera en quien él percibiese una presencia arrolladora. Esa clase de hombres habitaban en su mente como espíritus, y pensaba constantemente en cómo podría eclipsarlos algún día.

—¡Humillante! —repitió.

Se llevó las manos al cabello, preguntándose de qué modo podría superar a Nikkan, cómo podría resistir aquella mirada misteriosa sin estremecerse. Esa cuestión le atormentaba desde hacía dos jornadas. No era que desease ningún daño a Nikkan, pero estaba dolorosamente decepcionado consigo mismo.

«¿Es que no sirvo?», se preguntó entristecido. Como había aprendido la esgrima por su cuenta, carecía de una evaluación objetiva de su propia fuerza y era lógico que dudara de su capacidad para alcanzar jamás un poder como el que exudaba el viejo sacerdote.

Nikkan le había dicho que era demasiado fuerte y tenía necesidad de debilitarse un poco. Esta observación mantenía su mente en vilo, pues no podía sondear su significado. ¿No era la fuerza de un guerrero su cualidad más importante? ¿No era eso lo que daba a un guerrero superioridad sobre los demás? ¿Cómo podía Nikkan considerarlo un defecto?

«Tal vez el viejo pícaro jugaba conmigo —se dijo—. Es posible que, al verme tan joven, me hablara con acertijos sólo para confundirme y divertirse, y luego, cuando me marché, se riera de lo lindo.»

En ocasiones como aquélla, Musashi se preguntaba si había sido juicioso leer tantos libros en el castillo de Himeji. Hasta entonces nunca se había molestado demasiado en reflexionar, pero ahora, cada vez que sucedía algo, no podía descansar hasta haber encontrado una explicación satisfactoria para su intelecto. Anteriormente había actuado por instinto; ahora tenía que entenderlo todo, por nimio que fuese, antes de que pudiera aceptarlo. Y esto era aplicable no sólo a la esgrima sino también a su visión de la humanidad y la sociedad.

Era cierto que su carácter temerario había sido domado. No obstante, Nikkan decía que era «demasiado fuerte». Musashi supuso que el anciano no se refería a su fuerza física, sino al salvaje espíritu de lucha que le era innato. ¿Podía haberlo percibido realmente el sacerdote o lo adivinaba?

Se tranquilizó diciéndose: «El conocimiento que procede de los libros no le es útil al guerrero. Si un hombre se preocupa demasiado por lo que los demás piensan o hacen, tenderá a actuar con lentitud. ¡Vamos, si el mismo Nikkan cerrara los ojos un momento y diera un paso en falso, se derrumbaría y haría añicos contra el suelo!».

Un ruido de pisadas en la escalera le hizo salir de sus meditaciones. Apareció la doncella y, tras ella, Jōtarō, su piel oscura ennegrecida todavía más por la mugre adquirida durante el viaje, pero el polvo teñía de blanco su cabello de duende. Musashi, feliz de veras por la diversión que suponía aquel pequeño amigo, le recibió con los brazos abiertos.

El muchacho se dejó caer en el suelo y estiró las sucias piernas.

—¡Qué cansado estoy! —dijo con un suspiro.

—¿Has tenido dificultad para encontrarme?

—¡Dificultad! Estuve a punto de dejarlo correr. ¡Te he buscado por todas partes!

—¿No preguntaste en el Hōzōin?

—Sí, pero me dijeron que no sabían nada de ti.

—¿Te dijeron tal cosa? —Musashi entornó los ojos—. Y eso que les dije concretamente que me encontrarían cerca del estanque de Sarusawa. En fin, me alegro de que lo hayas conseguido.

—Aquí tienes la respuesta de la escuela Yoshioka. —Entregó a Musashi el tubo de bambú—. No pude encontrar a Hon'iden Matahachi, así que pedí a los de su casa que le dieran el mensaje.

—Muy bien. Ahora ve corriendo a bañarte. Abajo te darán de cenar.

Musashi sacó la carta del recipiente de bambú y la leyó. Decía que Seijūrō esperaba ansioso un «segundo encuentro». Si Musashi no se presentaba como había prometido el próximo año, supondría que había perdido el valor, y en tal caso Seijūrō se ocuparía de que Musashi fuese el hazmerreír de Kyoto. Esta bravata estaba escrita con una caligrafía torpe, presumiblemente obra de uno de los servidores de Seijūrō.

Musashi rompió la carta y la quemó. Los fragmentos carbonizados aletearon en el aire como otras tantas mariposas negras.

Seijūrō había hablado de un «encuentro», pero estaba claro que sería algo más que eso. Sería un combate a muerte. Al año siguiente, como resultado de aquella nota insultante, ¿cuál de los combatientes acabaría convertido en cenizas?

Musashi daba por sentado que un guerrero debe contentarse con vivir al día, sin saber cada mañana si vivirá para ver la noche. No obstante, el pensamiento de que realmente podría morir el año próximo le preocupaba un poco. Muchas eran las cosas que aún tenía por hacer; en primer lugar, satisfacer su ardiente deseo de convertirse en un gran espadachín. Pero eso no era todo. Reflexionó en que, hasta entonces, no había hecho ninguna de las cosas que la gente hace ordinariamente en el curso de su vida.

Todavía era lo bastante vano para pensar que le gustaría tener un gran número de seguidores, que conducirían sus caballos y llevarían sus halcones, como Bokuden y el señor Kōizumi de Ise. También le gustaría tener una amplia casa, una buena esposa y servidores leales. Quería ser un buen amo y gozar del calor y la comodidad de la vida hogareña. Y, desde luego, antes de sentar cabeza, albergaba el secreto anhelo de tener una apasionada aventura amorosa. Durante todos aquellos años en los que había pensado exclusivamente en el camino del samurai, había permanecido naturalmente casto. No obstante, se había fijado en algunas de las mujeres que veía en las calles de Kyoto y Nara, y no eran sólo sus cualidades estéticas las que le complacían, sino que también le excitaban físicamente.

Sus pensamientos se centraron en Otsū. Aunque ahora era una criatura del pasado lejano, se sentía muy ligado a ella. Eran muchas las ocasiones, cuando estaba solitario o melancólico, en que sólo el vago recuerdo de ella le animaba.

Poco después salió de su ensoñación. Jōtarō se había reunido con él, bañado, saciado y orgulloso de haber llevado a cabo su misión con éxito. Sentado con las cortas piernas cruzadas y las manos entre las rodillas, no tardó mucho tiempo en ceder a la fatiga. Pronto dormitaba con la boca abierta. Musashi le acostó.

A la mañana siguiente, el chiquillo se despertó al tiempo que los gorriones. Musashi también se levantó temprano, pues se proponía reanudar el viaje.

Mientras se estaba vistiendo, apareció la viuda y le dijo en tono pesaroso:

—Pareces tener prisa por marcharte. —Llevaba en los brazos unas prendas de vestir, que le ofreció—. He cosido estas ropas para ti como regalo de despedida, un kimono con un manto corto. No estoy segura de que te gusten, pero confío en que te las pongas de todos modos.

Musashi la miró con asombro. Las prendas eran demasiado costosas para que las aceptara tras haber pasado allí sólo dos días. Trató de rechazarlas, pero la viuda insistió.

—No, debes quedártelas. No son nada especial. Tengo muchos kimonos viejos y trajes de Noh dejados por mi marido, y no me sirven para nada. He pensado que te iría bien quedarte con alguno. Espero que no lo rechaces. Ahora que he adaptado estas ropas a tus medidas, si no te las quedas tendré que tirarlas.

Se colocó detrás de Musashi y sostuvo el kimono abierto para que él deslizara los brazos en las mangas. Mientras se lo ponía, comprobó que era de seda de muy buena calidad y se sintió aún más azorado. El manto sin mangas era especialmente bueno, debía de haber sido importado de China. Su borde era de brocado dorado, el forro de crepé sedoso y las correas de cuero para abrocharlo habían sido teñidas de color violeta.

—¡Te sienta de maravilla! —exclamó la viuda.

Jōtarō, que observaba la escena con envidia, dijo de pronto a la mujer:

—¿Y a mí qué vas a darme?

La viuda se echó a reír.

—Debería satisfacerte la oportunidad de acompañar a tan buen amo.

—Bah —gruñó Jōtarō—. ¿Quién quiere un kimono viejo de todos modos?

—¿Quieres alguna de estas cosas?

El chico corrió a la pared de la antesala, descolgó una máscara de teatro Noh de su gancho y exclamó:

—¡Sí, esto!

Había codiciado la máscara desde que la viera la noche anterior, y ahora se restregó tiernamente la mejilla con ella.

A Musashi le sorprendió el buen gusto del muchacho. También a él la máscara le había parecido admirablemente ejecutada. No podía saber quién la había hecho, pero estaba seguro de que tenía dos o tres siglos de antigüedad y, evidentemente, había sido utilizada en representaciones de Noh. La cara, tallada con exquisito cuidado, era de una diablesa, pero mientras que la máscara corriente de aquel tipo estaba grotescamente pintada con lunares azules, aquél era el rostro de una joven bella y elegante. Su única peculiaridad era que una comisura de la boca estaba bruscamente curvada hacia arriba, lo cual le daba la expresión más misteriosa imaginable. Sin duda no era un rostro ficticio ideado por el artista, sino el retrato de una loca auténtica, viviente, hermosa pero embrujada.

—Esto no puedes quedártelo —dijo la viuda con firmeza, tratando de arrebatarle la máscara.

Jōtarō se zafó de ella, se colocó la máscara en lo alto de la cabeza y danzó por la habitación, gritando en tono desafiante:

—¿Para qué la necesitas? Ahora es mía. ¡Voy a quedármela!

Musashi, sorprendido y azorado por la conducta de su discípulo, intentó atraparle, pero Jōtarō se metió la máscara bajo el kimono y corrió escaleras abajo, perseguido por la viuda. Aunque ésta se reía, en absoluto enfadada, era evidente que no estaba dispuesta a prescindir de la máscara.

Poco después el chico volvió a subir lentamente las escaleras. Musashi, que se proponía reñirle severamente, estaba sentado de cara a la puerta. Pero, nada más entrar, Jōtarō gritó «¡un!» y sostuvo la máscara delante de él. Musashi se sobresaltó, sus músculos se tensaron inadvertidamente y cambió la posición de sus rodillas.

Se preguntó por qué motivo la travesura de Jōtarō le había afectado tanto, pero mientras contemplaba la máscara a la luz mortecina empezó a comprenderlo. El artesano había puesto algo diabólico en su creación. Aquella sonrisa en forma de media luna, curvada hacia arriba en el lado izquierdo de la cara blanca, estaba hechizada, poseída por un demonio.

—Si hemos de irnos, vámonos ya —dijo Jōtarō.

Sin levantarse, Musashi le dijo:

—¿Por qué no has devuelto todavía la máscara? ¿Qué quieres hacer con eso?

—¡Pero ella ha dicho que podía quedármela! Me la ha dado.

—¡No es cierto! Ve abajo y devuélvela.

—¡Pero me la ha dado! Cuando iba a devolvérsela me dijo que, si la deseaba tanto, podía quedármela. Sólo quería estar segura de que la cuidaría bien, así que se lo prometí.

—¡Ah! ¿Qué voy a hacer contigo?

Musashi se sentía avergonzado, por haber aceptado, primero el hermoso kimono y luego aquella máscara que la viuda parecía tener en gran aprecio. Le habría gustado darle algo a cambio, pero era evidente que la mujer no tenía necesidad de dinero, desde luego no de la pequeña cantidad que él podría haberle dado, y ninguna de sus humildes posesiones habría sido un regalo apropiado. Bajó las escaleras, pidió perdón por la grosería de Jōtarō e intentó devolver la máscara.

Sin embargo, la viuda le dijo:

—No, cuanto más pienso en ello, tanto más creo que seré feliz sin ella. Y el chico la desea tanto... No seas demasiado duro con él.

Sospechando que la máscara tenía algún significado especial para ella, Musashi trató una vez más de devolvérsela, pero por entonces Jōtarō ya se había calzado sus sandalias de paja y estaba en el exterior, esperando al lado de la puerta y pagado de sí mismo, a juzgar por la expresión de su cara. Deseoso de ponerse en marcha, Musashi cedió ante la amabilidad de la joven viuda y aceptó el regalo. La mujer le dijo que sentía más ver marcharse a Musashi que perder la máscara, y le rogó varias veces que la visitara y se alojara en su casa siempre que volviera a Nara.

Musashi se estaba atando las correas de las sandalias cuando llegó corriendo la esposa del vendedor de buñuelos.

—¡Cuánto me alegro de que aún no te hayas ido! —le dijo sin aliento—. ¡No puedes marcharte ahora! Por favor, vuelve arriba. ¡Está ocurriendo algo terrible!

La voz de la mujer era temblorosa, como si creyera que un terrible ogro estaba a punto de atacarle.

Musashi terminó de atarse las sandalias y alzó la cabeza calmosamente.

—¿De qué será? ¿Tan terrible es?

—Los sacerdotes del Hōzōin se han enterado de que hoy te marchas, y más de diez han empuñado sus lanzas y te estás esperando en la planicie de Hannya.

—¿Ah, sí?

—Sí, y el abad, Inshun, está con ellos. Mi marido conoce a uno de los sacerdotes y le ha preguntado qué ocurre. El sacerdote ha dicho que el hombre que se ha alojado aquí en los últimos dos días, el hombre llamado Miyamoto, se marcha hoy de Nara, y que los sacerdotes van a atacarle en el camino.

Con el semblante contorsionado por el pavor, la mujer aseguró a Musashi que sería suicida abandonar Nara aquella mañana, y le pidió encarecidamente que se quedase allí oculto otra noche. En su opinión, sería más seguro que tratara de marcharse con sigilo a la mañana siguiente.

—Comprendo —dijo Musashi sin emoción—. ¿Dices que tienen intención de salirme al paso en la planicie de Hannya?

—No estoy segura del lugar exacto, pero partieron en esa dirección. Algunos aldeanos me han dicho que no iban sólo los sacerdotes, sino también un numeroso grupo de rōnin. Dicen que te capturarán y llevarán al Hōzōin. ¿Has hecho algo malo a ese templo o les has insultado de alguna manera?

—No.

—Pues dicen que los sacerdotes están furiosos porque alquilaste a alguien para que fijara por ahí unos carteles con versos que ridiculizan al Hōzōin. Creen que eso significa una satisfacción maligna por haber matado a uno de sus hombres.

—No he hecho tal cosa. Ha habido un error.

—¡Pues si es un error, no deberías salir y dejar que te maten por ello!

Ahora con la frente perlada de sudor, Musashi contempló pensativo el cielo, recordando lo airados que habían estado los tres rōnin cuando rechazó su oferta. Tal vez estaba en deuda con ellos por lo ocurrido. Sin duda aquella gente era muy capaz de fijar unos carteles ofensivos y luego extender el rumor de que había sido él.

Se incorporó bruscamente.

—Me marcho —anunció.

Se ató la bolsa de viaje a la espalda, cogió el sombrero de junco y, volviéndose a las dos mujeres, les agradeció la amabilidad. Cuando se dirigía a la puerta, la viuda, ahora con lágrimas en los ojos, le siguió, rogándole que no se marchara.

—Si me quedo otra noche —observó él—, es seguro que habrá problemas en tu casa. No deseo que suceda tal cosa, después de lo buena que has sido con nosotros.

—No me importa —insistió ella—. Aquí estarás más seguro.

—No, me marcho ya. ¡Jō! Despídete de la señora.

El chiquillo obedeció, hizo una reverencia y se despidió. También él parecía abatido, pero no porque lamentara marcharse. Lo cierto era que Jōtarō no conocía realmente a Musashi. En Kyoto había oído decir que su maestro era un hombre débil y cobarde, y la idea de que los afamados lanceros del Hōzōin le atacaran era muy deprimente. Su corazón juvenil rebosaba de pesimismo y malos presagios.

La planicie de Hannya

Jōtarō caminaba penosamente al lado de su maestro, temiendo que cada paso que daban les acercaba a una muerte segura. Poco antes, en el húmedo y umbroso camino cerca del Tōdaiji, una gota de rocío que le cayó en el cuello casi le hizo gritar. Los negros cuervos que veía a lo largo de la ruta le producían una sensación horripilante.

Nara había quedado muy atrás. Entre las hileras de cedros que flanqueaban el camino, veían la planicie en suave pendiente que conducía a la colina de Hannya. A su derecha se alzaban las cumbres ondulantes del monte Mikasa, y por encima de ellos se extendía el cielo apacible.

El hecho de que se dirigieran en línea recta al lugar donde aguardaban los lanceros del Hōzōin dispuestos a tenderles una emboscada carecía por completo de sentido para el muchacho. Bastaba con que uno se lo propusiera para encontrar una infinidad de lugares donde ocultarse. ¿Por qué no iban a uno de los numerosos templos de la zona y aguardaban la hora propicia para reanudar la marcha? Sin duda eso sería lo más juicioso.

Se preguntó si Musashi tenía intención de pedir disculpas a los sacerdotes, aunque no les había hecho nada malo. Jōtarō resolvió que si Musashi les rogaba su perdón, él también lo haría. No era el momento de discutir sobre lo que estaba bien y mal.

—¡Jōtarō!

El chiquillo se sobresaltó al oír su nombre. Enarcó las cejas y todo su cuerpo se puso tenso. Comprendió que probablemente estaba pálido a causa del miedo y, como no quería parecer infantil, dirigió los ojos valientemente al cielo. Musashi le imitó, y el chico se sintió más abatido que nunca.

Musashi le habló entonces en su habitual tono alegre.

—Qué agradable, ¿no crees? Es como si camináramos al ritmo del canto de los ruiseñores.

—¿Qué? —dijo el muchacho, pasmado.

—He mencionado a los ruiseñores.

—Ah, sí, los ruiseñores. Por aquí hay unos cuantos, ¿verdad?

Musashi tuvo un atisbo del desánimo que embargaba al muchacho por la palidez de sus labios. Lo sentía por él. Al fin y al cabo, en cuestión de minutos podía verse súbitamente solo en un lugar desconocido.

—Nos estamos acercando a la colina Hannya, ¿verdad? —dijo Musashi.

—Bueno, ¿y ahora qué?

Jōtarō no replicó. El canto de los ruiseñores era un sonido frío en sus oídos. No podía sacudirse de encima el presentimiento de que tal vez pronto se separarían para siempre. Los ojos rebosantes de júbilo cuando sorprendió a Musashi con la máscara estaban ahora tristes, velados por la preocupación.

—Creo que lo mejor será que te deje aquí —le dijo Musashi—. Si vienes conmigo, podrías resultar herido por accidente. No hay ninguna razón para que te arriesgues a sufrir daños.

Jōtarō no pudo contenerse y las lágrimas se deslizaron por sus mejillas como si se hubiera roto una presa. Se llevó los dorsos de las manos a los ojos y sus hombros se estremecieron. Minúsculos espasmos puntuaban su llanto, como si tuviera hipo.

—¿Qué es esto? ¿No tienes que aprender el camino del samurai? Si logro burlarlos y echo a correr, tú corre en la misma dirección. Si me matan, vuelve a la tienda de sake en Kyoto, pero de momento sube a ese risco de ahí y observa. Desde esa altura podrás ver todo lo que ocurre.

Tras enjugarse las lágrimas, Jōtarō cogió a Musashi de la manga y le dijo impulsivamente:

—¡Huyamos!

—¡Un samurai no puede decir eso! Y tú quieres llegar a serlo, ¿no es cierto?

—¡Tengo miedo! ¡No quiero morir! —Con manos temblorosas, seguía tirando de la manga de Musashi—. Piensa en mí —le suplicó—. ¡Por favor, vámonos mientras aún estamos a tiempo!

—Cuando hablas así, también me entran ganas de echar a correr. No tienes padres que cuiden de ti, igual que yo cuando tenía tu edad, pero...

—Entonces vámonos. ¿A qué estás esperando?

—¡No! —Musashi se volvió y, afirmando en el suelo los pies bien separados, se enfrentó al muchacho—. Soy un samurai y tú eres hijo de samurai. No vamos a huir.

Al notar la determinación en el tono de Musashi, Jōtarō dejó de insistir y se sentó. Las lágrimas corrían por su cara polvorienta, y al restregarse los ojos enrojecidos e hinchados extendía más la mugre.

—¡No te preocupes! —exclamó Musashi—. No tengo la menor intención de perder. ¡Voy a ganar! Entonces todo irá bien, ¿no te parece?

Estas palabras fueron de poco consuelo para Jōtarō, pues no se las creía. Sabía que los lanceros del Hōzōin eran más de diez contra uno, y dudaba de que Musashi, dada su reputación de debilidad, pudiera vencerlos uno tras otro, y no digamos a todos juntos.

Musashi, por su parte, empezaba a perder la paciencia. Le gustaba Jōtarō y se compadecía de él, pero aquél no era el momento de pensar en niños. Los lanceros estaban allí con un solo objetivo: matarle, y tenía que estar preparado para hacerles frente. Jōtarō se estaba convirtiendo en un fastidio.

—¡Basta de lloriquear! —le dijo en tono cortante—. Si te comportas así, nunca serás un samurai. ¿Por qué no regresas a la tienda de sake? —Apartó al chiquillo sin miramientos.

Herido en lo más vivo, Jōtarō dejó repentinamente de llorar y se irguió, con una

expresión de sorpresa en el semblante. Contempló a su maestro, que se alejaba hacia la colina de Hannya. Deseaba llamarle, pero se contuvo y obligó a permanecer silencioso. Entonces se puso en cuclillas bajo un árbol cercano, ocultó el rostro en las manos y apretó los dientes.

Musashi no miró atrás, pero los sollozos de Jōtarō resonaban en sus oídos. Era como si estuviera viendo al chiquillo desventurado y asustado por un ojo en la nuca, y lamentaba haberlo traído consigo. Cuidar de sí mismo era más que suficiente. Todavía inmaduro, sin más que su espada en lo que confiar y sin saber qué traería el mañana, ¿qué necesidad tenía de un compañero?

La espesura del bosque fue disminuyendo y pronto se encontró en una planicie que en realidad era la falda en ascenso de las montañas que se alzaban a lo lejos. En el camino que se bifurcaba hacia el monte Mikasa, un hombre le saludó alzando la mano.

—¡Eh, Musashi! ¿Adonde vas?

Musashi reconoció al hombre que se le aproximaba. Era Yamazoe Dampachi. Aunque Musashi percibió de inmediato que el objetivo de Dampachi era llevarle a una trampa, le saludó cordialmente.

—Me alegro de haberte encontrado —le dijo Dampachi—. Quería decirte cuánto lamento lo ocurrido el otro día. —Su tono era demasiado cortés y, mientras hablaba, resultaba evidente que estaba examinando el rostro de Musashi con sumo cuidado—. Espero que lo hayas olvidado. Fue un error.

El mismo Dampachi no sabía muy bien a qué atenerse con respecto a Musashi. Le había impresionado mucho lo que había visto en el Hōzōin. De hecho, sólo pensar en ello le producía escalofríos. Sea como fuere, Musashi sólo era todavía un rōnin provinciano, no podía tener más de veintiuno o veintidós años, y Dampachi no estaba en modo alguno dispuesto a admitir que cualquier hombre de esa edad y categoría pudiera superarle.

—¿Adonde vas? —volvió a preguntarle.

—Tengo intención de atravesar Iga hasta la carretera de Ise. ¿Y tú?

—Me dirijo a Tsukigase, donde tengo algunas cosas que hacer.

—Eso no está lejos del valle Yagyū, ¿no es cierto?

—Así es.

—Ahí es donde está el castillo del señor de Yagyū, ¿no?

—Sí, está cerca del templo llamado Kasagidera. Tienes que ir por allí alguna vez. El viejo señor, Muneyoshi, vive retirado, dedicado a enseñar la ceremonia del té, y su hijo, Munenori, se encuentra en Edo, pero aun así deberías pasar por allí y ver cómo es.

—La verdad es que no creo que el señor de Yagyū diera una lección a un hombre errante como yo.

—Es posible que lo hiciera. Por supuesto, sería una ayuda que te presentaran. Conozco a un armero de Tsukigase que trabaja para los Yagyū. Si quieres, podría preguntarle si está dispuesto a presentarte.

La ancha planicie tenía una extensión de varias leguas, sin más accidentes que algún cedro o un pino negro chino solitarios. Pero aquí y allá el terreno presentaba suaves ondulaciones, y el camino también subía y bajaba. Cerca del pie de la colina de Hannya, Musashi observó el humo de una fogata que se elevaba al otro lado de un altozano.

—¿Qué es eso? —preguntó.

—¿A qué te refieres?

—A ese humo de ahí.

—¿Qué tiene de extraño el humo?

Dampachi se había mantenido muy cerca del lado izquierdo de Musashi y mientras le miraba al rostro, el suyo se endureció visiblemente.

Musashi señaló al altozano.

—Ese humo... Hay en él algo sospechoso, ¿no crees?

—¿Sospechoso? ¿Qué quieres decir?

—Sospechoso, ¿sabes?, como la expresión de tu cara ahora mismo —dijo Musashi bruscamente, apuntando con un dedo a Dampachi.

Un agudo silbido rompió el silencio de la planicie. Dampachi emitió un grito ahogado al tiempo que Musashi golpeaba. Como el dedo que le apuntaba distrajo su atención, no se dio cuenta de que el otro había desenvainado su espada. Su cuerpo se alzó, voló hacia adelante y cayó de bruces. Dampachi no volvería a levantarse.

Se oyó a lo lejos un grito de alarma y aparecieron dos hombres sobre el altozano. Uno de ellos chilló, y ambos dieron media vuelta y echaron a correr, agitando los brazos frenéticamente.

La espada con la que Musashi apuntaba al suelo destellaba bajo el sol, y desde su punta goteaba la sangre fresca. Avanzó directamente hacia el altozano, y aunque la brisa primaveral le rozaba con suavidad la piel, sentía que sus músculos se tensaban mientras ascendía. Desde lo alto, miró la fogata que ardía al pie.

—¡Ha venido! —gritó uno de los hombres que habían corrido a reunirse con los demás.

Eran unos treinta en total. Musashi distinguió a los compinches de Dampachi, Yasukawa Yasubei y Ōtomo Banryū.

—¡Ha venido! —repitió otro.

Habían estado haraganeando al sol, y ahora todos se apresuraron a levantarse. La mitad de ellos eran sacerdotes y la otra mitad rōnin inclasificables. Cuando Musashi apareció a la vista, una agitación silenciosa pero de todos modos, salvaje, se apoderó de los miembros del grupo. ¡En vez de desafiar a Musashi, se habían sentado

alrededor del fuego y permitido que él los desafiara!

Yasukawa y Ōtomo hablaban tan rápido como podían, explicando con amplios y veloces movimientos cómo había sucumbido Yamazoe. Los rōnin fruncieron el ceño, enfurecidos, y los sacerdotes del Hōzōin dirigieron a Musashi miradas amenazantes mientras se agrupaban para el combate.

Todos los sacerdotes iban armados con lanzas. Con las negras mangas arremangadas, estaban preparados para la acción, al parecer dispuestos a vengar la muerte de Agón y restaurar el honor del templo. Tenían un aspecto grotesco, como otros tantos demonios salidos del infierno.

Los rōnin formaron un semicírculo, a fin de poder contemplar el espectáculo y, al mismo tiempo, impedir que Musashi escapara.

Sin embargo, esta precaución se reveló innecesaria, pues Musashi no daba señal de echar a correr ni retroceder, sino que caminaba directamente hacia ellos. Lo hacía lentamente, paso a paso, dando la impresión de que podría abalanzarse y atacar de improviso.

Por un momento se hizo un silencio siniestro, mientras ambos bandos contemplaban la proximidad de la muerte. Musashi estaba pálido y a través de sus ojos miraban los del dios de la venganza con un brillo maligno. Estaba seleccionando su presa.

Ni los rōnin ni los sacerdotes estaban tan tensos como Musashi. Su número les daba confianza y su optimismo era inamovible, pero ninguno quería ser el primer atacado.

Un sacerdote que estaba al final de la columna de lanceros dio una señal, y, sin romper la formación, corrieron a colocarse a la derecha de Musashi.

—¡Musashi! Soy Inshun —gritó el mismo sacerdote—. Me han dicho que viniste cuando yo estaba ausente y mataste a Agón, que luego insultaste públicamente el honor del Hōzōin, que te burlaste de nosotros haciendo fijar carteles en toda la ciudad. ¿Es eso cierto?

—¡No! —gritó Musashi—. Si eres sacerdote, debes ser lo bastante prudente para confiar en algo más que lo que ves y oyes. Tienes que considerar las cosas con la mente y el espíritu.

Estas palabras fueron como aceite arrojado a las llamas. Sin hacer caso de su jefe, los sacerdotes se pusieron a gritar, diciendo que sobraba la charla y era hora de luchar.

Les secundaron con entusiasmo los rōnin, que se habían agrupado en formación cerrada a la izquierda de Musashi. Gritando, maldiciendo y agitando sus espadas en el aire, azuzaban a los sacerdotes para que entraran en acción.

Musashi, convencido de que los rōnin eran unos bocazas pero nulos como luchadores, se volvió hacia ellos y les gritó:

—¡Muy bien! ¿Cuál de vosotros quiere adelantarse?

Todos, excepto dos o tres, retrocedieron un paso, cada uno convencido de que Musashi les echaba el mal de ojo. Los dos o tres valientes estaban a punto, con las espadas extendidas, en actitud desafiante.

En un abrir y cerrar de ojos, Musashi se lanzó contra uno de ellos como un gallo de pelea. Se oyó un sonido, como el de un tapón de corcho al salir del cuello de una botella, y el suelo se tiñó de rojo. Entonces se oyó un ruido escalofriante, no un grito de batalla ni una maldición, sino un aullido que realmente helaba la sangre.

La espada de Musashi silbaba al cortar el aire atrás y adelante, y una reverberación en su propio cuerpo le decía cuándo entraba en contacto con hueso humano. La hoja salpicaba sangre y seso. Dedos y brazos volaban por el aire.

Los rōnin habían acudido a contemplar la carnicería, no a participar en ella, pero su debilidad había hecho que Musashi los atacara primero. Al principio habían resistido bastante bien, porque creían que los sacerdotes acudirían pronto en su ayuda. Pero los sacerdotes permanecían silenciosos e inmóviles mientras Musashi liquidaba rápidamente a cinco o seis rōnin, llenando de confusión a los demás. Poco después daban tajos frenéticos en todas direcciones, lesionándose a menudo entre ellos mismos.

Durante casi todo el tiempo, Musashi no era realmente consciente de lo que estaba haciendo. Se encontraba en una especie de trance, un sueño sanguinario en el que cuerpo y alma se concentraban en la espada de tres pies de largo. De manera inconsciente, toda su experiencia vital, el conocimiento que le había inculcado su padre, lo que había aprendido en Sekigahara, las teorías que había escuchado en las diversas escuelas de esgrima, las lecciones que le habían enseñado las montañas y los árboles, todo se integraba en los rápidos movimientos de su cuerpo. Se convirtió en un torbellino descarnado que diezmaba el rebaño de rōnin, los cuales, por su mismo pasmo, se ponían al alcance de su espada.

Durante la breve duración del combate, uno de los sacerdotes contó el número de veces que Musashi inhalaba y exhalaba. Todo terminó antes de que hubiera exhalado por vigésima vez.

Musashi estaba empapado en la sangre de sus víctimas. Los pocos rōnin restantes también estaban ensangrentados. Había sangre en la tierra, la hierba, incluso el aire. Uno de ellos lanzó un grito, y los rōnin supervivientes se dispersaron en todas direcciones.

Mientras sucedía todo esto, Jōtarō estaba absorto en sus plegarias. Con las manos juntas y los ojos alzados al cielo, imploraba:

—¡Oh, dioses del cielo, acudid en su ayuda! Mi maestro está ahí, en la planicie, y le superan irremediablemente en número. Es débil, pero no es un mal hombre. ¡Por

favor, ayudadle!

A pesar de las instrucciones que le había dado Musashi de que se marchara, no podía hacerlo. El lugar donde finalmente había decidido sentarse, con el sombrero y la máscara a su lado, era un otero desde donde podía ver la escena alrededor de la fogata, a lo lejos.

—¡Hachiman! ¡Kompira! ¡Dios del santuario de Kasuga! ¡Mirad! Mi maestro se encamina en línea recta al enemigo. ¡Oh, dioses del cielo protegedle! Está fuera de sí. Normalmente es suave y gentil, pero ha estado un poco raro desde esta mañana. ¡Debe de estar loco, pues de lo contrario no se habría enfrentado a todos al mismo tiempo! ¡Oh, por favor, por favor, ayudadle!

Tras invocar a las deidades un centenar de veces más, no observó ningún resultado patente de sus esfuerzos y empezó a enfadarse. Finalmente gritó:

—¿Es que no hay dioses en esta tierra? ¿Vais a permitir que ganen los malvados y muera el hombre bueno? ¡Si lo hacéis, entonces todo lo que siempre me han enseñado acerca del bien y el mal es mentira! ¡No podéis dejar que lo maten! ¡Si lo hacéis, os escupiré a la cara!

Cuando vio que Musashi estaba rodeado, sus invocaciones se convirtieron en maldiciones, dirigidas no sólo al enemigo, sino también a los mismos dioses; entonces, dándose cuenta de que la sangre derramada no era la de su maestro, cambió de canción.

—¡Mirad! ¡Después de todo mi maestro no es un hombre débil! ¡Los está derrotando!

Era la primera vez que Jōtarō veía a los hombres luchar a muerte como bestias, la primera vez que veía tanta sangre derramada. Empezó a sentirse como si estuviera en medio de la refriega y también cubierto de sangre. El corazón le latía con violencia, era presa de la exaltación y el vértigo.

—¡Miradle! ¡Os dije que podía hacerlo! ¡Qué ataque! ¡Y mirad a esos sacerdotes estúpidos, alineados como un grupo de cuervos graznadores, temerosos de dar un paso!

Pero esta última observación era prematura, pues mientras hablaba los sacerdotes del Hōzōin empezaron a avanzar sobre Musashi.

—¡Oh, no, esto pinta mal! Están atacándole otra vez. ¡Musashi está en apuros!

Olvidándolo todo, fuera de sí a causa de la inquietud, Jōtarō corrió como una bola de fuego hacia el escenario del desastre inminente.

El abad Inshun dio la orden de atacar, y en un instante, con un tremendo estruendo de voces, los lanceros entraron en acción. Sus armas destellantes silbaron en el aire mientras se diseminaban como abejas salidas de una colmena. Sus cabezas afeitadas les daban un aspecto todavía más bárbaro.

Las lanzas que empuñaban eran todas diferentes, con una amplia variedad de hojas, las habituales en punta y de forma cónica, otras planas, cruciformes o ganchudas... Cada sacerdote usaba el tipo que prefería. Aquel día tenían la oportunidad de ver cómo las técnicas que perfilaban con sus prácticas surtían efecto en el combate real.

Mientras se desplegaban, Musashi, que esperaba un ataque engañoso, saltó hacia atrás y se puso en guardia. Fatigado y un poco aturdido por el encuentro anterior, aferraba con fuerza la empuñadura de su espada. Estaba pegajosa de sangre, y una mezcla de ésta y sudor le empañaba la visión, pero Musashi había decidió morir magníficamente, si tenía que morir.

Para su sorpresa, el ataque no se produjo. En vez de lanzarse, como preveía, contra él, los sacerdotes cayeron como perros furiosos sobre sus antiguos aliados, persiguiendo a los rōnin que habían huido y golpeándolos sin misericordia mientras ellos protestaban a gritos. Los desprevenidos rōnin, que trataban inútilmente de dirigir a los lanceros contra Musashi, fueron ensartados, rajados, alanceados en la boca, cortados por la mitad y atacados de otras maneras, hasta que no quedó uno solo con vida. La matanza fue tan completa como sanguinaria.

Musashi no podía creer lo que estaba viendo. ¿Por qué los sacerdotes habían atacado a sus seguidores? ¿Y por qué lo habían hecho de una manera tan virulenta? Él mismo había luchado poco antes como un animal salvaje, y ahora apenas podía contemplar la ferocidad con que aquellos representantes del clero mataban a los rōnin. Habiéndose transformado por unos momentos en una bestia sin pensamiento, ahora volvía a su estado normal al ver a otros transformados de una manera similar. Era una experiencia calmante.

Entonces notó que le tiraban de brazos y piernas. Bajó la vista y encontró a Jōtarō, que vertía lágrimas de alivio. Por primera vez, se relajó.

Cuando finalizó el combate, el abad se le acercó y, con una actitud digna y cortés, le dijo:

—Supongo que eres Miyamoto. Es un honor conocerte. —Era un hombre alto y de tez clara. Musashi se sintió un tanto intimidado por su aspecto, así como la serenidad que irradiaba. Con cierta confusión, limpió su espada y la enfundó, pero de momento no sabía qué decir—. Permíteme que me presente —siguió diciendo el sacerdote—. Soy Inshun, abad del Hōzōin.

—Así pues, eres el maestro de la lanza —dijo Musashi.

—Lamento haber estado ausente cuando nos visitaste hace poco. También estoy algo desazonado porque mi discípulo Agón luchó tan mal.

¿Lamentaba la actuación de Agón? Musashi se preguntó si debería limpiarse las orejas. Permaneció en silencio un momento, pero antes de que encontrara una manera apropiada de responder al tono cortés de Inshun, tuvo que desenmarañar la confusión

de su mente. Aún no podía imaginar por qué los sacerdotes se habían vuelto contra los rōnin, no se le ocurría ninguna explicación posible. Incluso estaba un tanto perplejo porque seguía con vida.

—Ven y lávate un poco para quitarte esa sangre —le dijo el abad—. Necesitas descansar.

Inshun le acompañó a la fogata. Jōtarō les siguió a corta distancia.

Los sacerdotes habían cortado en tiras un gran paño de algodón y estaban limpiando sus lanzas. Gradualmente se reunieron alrededor del fuego, sentándose con Inshun y Musashi como si no hubiera ocurrido nada fuera de lo corriente. Empezaron a charlar entre ellos.

—Mirad, ahí arriba —dijo uno de ellos, señalando.

—Ah, los cuervos han notado el olor de la sangre. Están graznando sobre los cadáveres.

—¿Por qué no les hincan el pico?

—Ya lo harán, en cuanto nos vayamos. Se pelearán para participar en el festín.

Los macabros comentarios continuaron. Musashi tenía la impresión de que no iba a averiguar nada a menos que lo preguntara. Miró a Inshun y le dijo:

—¿Sabes? Creía que tú y tus hombres habíais venido aquí para atacarme y estaba decidido a enviar a tantos de vosotros como pudiera a la tierra de los muertos. No comprendo por qué me tratáis así.

Inshun se echó a reír.

—Verás, no te consideramos necesariamente como un aliado, pero hoy nuestro verdadero propósito era hacer un poco de limpieza doméstica.

—¿Llamas a lo que ha ocurrido limpieza doméstica?

—Eso es —dijo Inshun, señalando el horizonte—. Pero creo que podríamos esperar un poco y dejar que Nikkan te lo explique. Estoy seguro de que esa mota en el borde de la planicie es él.

En aquel mismo momento, en el otro lado de la planicie, un jinete le decía a Nikkan:

—Caminas rápido para tu edad, ¿eh?

—No soy rápido. Tú eres lento.

—Eres más ágil que los caballos.

—¿Por qué no habría de serlo? Soy un hombre.

El viejo sacerdote, único que iba a pie, caminaba al paso de los jinetes, hacia el humo de la fogata.

Cuando el grupo se aproximó, los sacerdotes susurraron entre ellos:

—Es el viejo maestro.

Tras haberlo confirmado, retrocedieron una buena distancia y se alinearon ceremoniosamente, como si fuesen a celebrar un rito sagrado, para saludar a Nikkan y

su séquito.

—¿Os habéis encargado de todo? —inquirió Nikkan nada más llegar.

Inshun hizo una reverencia y respondió:

—Tal como ordenaste. —Entonces se volvió hacia los oficiales y añadió—: Gracias por venir.

Mientras los samuráis saltaban uno tras otro de sus caballos, su jefe replicó:

—No es ninguna molestia. ¡Gracias a ti por hacer el verdadero trabajo!... Vamos a ello, muchachos.

Los oficiales fueron a inspeccionar los cadáveres y tomaron algunas notas. Luego su jefe regresó al lado de Inshun.

—Enviaremos gente de la ciudad para que limpien el estropicio. Por favor, dejadlo todo tal como está.

Dicho esto, los cinco hombres montaron de nuevo en sus caballos y se alejaron.

Nikkan hizo saber a los sacerdotes que ya no eran necesarios. Tras hacerle reverencias, empezaron a marcharse en silencio. También Inshun se despidió de Nikkan y Musashi y se alejó.

En cuanto los hombres se hubieron ido, hubo una gran cacofonía. Los cuervos se abatieron, aleteando gozosamente.

Farfullando por encima de aquel estrépito, Nikkan se acercó a Musashi y le dijo con naturalidad:

—Perdóname si te ofendí el otro día.

—En absoluto. Fuiste muy amable. Soy yo quien debe darte las gracias. —Musashi se arrodilló e hizo una profunda reverencia ante el viejo sacerdote.

—Levántate del suelo —le ordenó Nikkan—. Este campo no es lugar para hacer reverencias.

Musashi se puso en pie.

—¿Te ha enseñado algo la experiencia que has tenido aquí? —le preguntó el sacerdote.

—Ni siquiera estoy seguro de lo que ha ocurrido. ¿Puedes decírmelo?

—Por supuesto —respondió Nikkan—. Esos oficiales que acaban de marcharse trabajan a las órdenes de Ōkubo Nagayasu, quien ha sido enviado recientemente para administrar Nara. Son nuevos en el distrito y los rōnin han aprovechado su desconocimiento del lugar... asaltando a inocentes transeúntes, haciendo chantajes, jugando, largándose con las mujeres, allanando las casas de las viudas..., causando toda clase de problemas. Los hombres del administrador no podían controlarlos, pero sabían que había unos quince cabecillas, incluidos Dampachi y Yasukawa.

—Como sabes, ese Dampachi y sus compinches te tomaron ojeriza. Como temían atacarte, idearon lo que les pareció un plan inteligente, según el cual los sacerdotes del Hōzōin lo harían por ellos. Las difamaciones acerca del templo, atribuidas a ti,

fueron obra suya, lo mismo que los carteles. Se aseguraron de que yo fuese informado de todo ello, presumiblemente convencidos de que soy estúpido.

Los ojos de Musashi tenían un brillo risueño mientras escuchaba.

—Lo pensé un poco y llegué a la conclusión de que era una oportunidad ideal para hacer una limpieza doméstica en Nara —siguió diciendo el abad—. Le hablé a Inshun de mi plan, él estuvo de acuerdo y ahora todo el mundo es feliz..., los sacerdotes, los administradores y también los cuervos. ¡Ja, ja!

Había otra persona que también era supremamente feliz. El relato de Nikkan había disipado todas las dudas y temores de Jōtarō, el cual estaba como en éxtasis. Empezó a entonar una cancioncilla improvisada mientras danzaba como un pájaro aleteante.

¡Una limpieza doméstica, oh,
una limpieza doméstica!

Al oír su voz sin afectación, Musashi y Nikkan se volvieron a mirarle. El muchacho se había puesto la máscara de la curiosa sonrisa y señalaba con su espada de madera los cuerpos diseminados. Asestando de vez en cuando un golpe a las aves, siguió cantando:

Sí, vosotros, cuervos,
en ocasiones
es necesaria una limpieza doméstica,
pero no sólo en Nara.
Así la naturaleza
lo renueva todo.
Para que la primavera brote de nuevo,
quemamos las hojas,
quemamos los campos.
A veces queremos que nieve,
a veces queremos una limpieza doméstica.
¡Oh, vosotros, cuervos!
¡Comed a gusto! ¡Qué festín!
Sopa directa de las cuencas de los ojos
y espeso sake rojo.
Pero no toméis demasiado,
o sin duda os emborracharéis.

—¡Ven aquí, muchacho! —le dijo severamente Nikkan—. Deja de hacer el tonto

y tráeme unas piedras.

—¿Como ésta? —preguntó Jōtarō, cogiendo una piedra que estaba cerca de sus pies y mostrándosela.

—Sí, como ésa. ¡Trae muchas!

—¡Sí, señor!

Mientras el chico recogía las piedras, Nikkan se sentó y escribió en cada una Namu Myōhō Renge-kyō, la sagrada invocación de la secta Nichiren. Luego se las devolvió a Jōtarō y le pidió que las esparciera entre los muertos. Mientras el pequeño así lo hacía, Nikkan juntó las palmas y entonó una sección del Sutra del Loto.

—Esto cuidará de ellos —dijo al finalizar—. Ahora los dos podéis continuar vuestro camino. Yo regresaré a Nara.

El anciano se marchó tan bruscamente como había llegado, caminando con su acostumbrada rapidez, antes de que Musashi hubiera tenido ocasión de darle las gracias o convenir cuándo volverían a verse.

Musashi se quedó mirando un momento al anciano que se retiraba y, de repente, corrió hasta darle alcance.

—¡Reverendo sacerdote! ¿No te olvidas de algo? —Dio unos golpecitos a su espada mientras le hacía esta pregunta.

—¿Qué?

—No me has dado ninguna orientación, y, como no puedo saber cuándo volveremos a vernos, apreciaría algún consejo tuyo.

La boca desdentada del abad emitió su peculiar risa seca.

—¿Es que no lo entiendes todavía? Lo único que puedo enseñarte es que eres demasiado fuerte. Si sigues enorgulleciéndote de tu fuerza, no llegarás a los treinta años. Ya ves, hoy mismo podrían haberte matado fácilmente. Piensa en ello y decide cómo vas a comportarte en el futuro.

Musashi le escuchaba en silencio.

—Hoy has logrado algo, pero no ha estado bien ni mucho menos. Como aún eres joven, no puedo culparte, pero es un grave error creer que el camino del samurai no consiste más que en una demostración de fuerza. No obstante, yo tiendo a pecar del mismo defecto, por lo que no estoy realmente cualificado para aleccionarte. Debes estudiar cómo han vivido Yagyū Sekishūsai y el señor Kōizumi de Ise. Sekishūsai fue mi maestro, y el señor de Kōizumi el suyo. Si los tomas por modelos y tratas de seguir sus pasos, puede que llegues a conocer la verdad.

Cuando Nikkan calló, Musashi, que había estado mirando el suelo, profundamente pensativo, alzó la vista. El anciano sacerdote ya había desaparecido.

El feudo de Koyagyū

El valle de Yagyū se encuentra al pie del monte Kasagi, al nordeste de Nara. A principios del siglo XVII existía allí una pequeña y próspera comunidad, demasiado amplia para considerarla un mero pueblo, pero no tan populosa o bulliciosa para poder llamarla ciudad. Habría sido llamada con naturalidad el pueblo de Kasagi, pero sus habitantes se referían a su hogar como la Heredad Kambe, nombre heredado de la antigua época en que dominaban las grandes fincas solariegas privadas.

En medio de la comunidad se alzaba la Casa Principal, un castillo que servía como símbolo de la estabilidad gubernamental y, al mismo tiempo, como centro cultural de la región. Una muralla que recordaba las antiguas fortalezas rodeaba la Casa Principal. Las gentes de la zona, así como los antepasados de su señor, se habían instalado cómodamente allí desde el siglo X, y el actual dirigente era un hacendado rural en la mejor tradición, que extendía la cultura entre sus súbditos y siempre estaba preparado para proteger su territorio aun a costa de su vida. A la vez, sin embargo, evitaba cuidadosamente toda intervención seria en las guerras y querellas de los señores de otros distritos. En una palabra, era aquél un feudo pacífico, gobernado de una manera ilustrada.

Allí no se veían señales de la depravación o degeneración asociadas a los samuráis sin trabas ni obligaciones. Era totalmente distinto a Nara, donde los antiguos templos celebrados en la historia y la cultura popular se estaban echando a perder. Sencillamente, no se permitía que los elementos perturbadores ingresaran en la vida de la comunidad.

El mismo entorno militaba contra la fealdad. Las montañas de la sierra de Kasagi no eran menos asombrosamente hermosas al anochecer que con el alba, y el agua era limpia y pura, un agua ideal, según decían, para hacer té. Los ciruelos de Tsukigase crecían cerca, y los ruiseñores cantaban desde la estación en que se funde la nieve hasta la de las tormentas, sus tonos tan cristalinos como las aguas de los arroyos de montaña.

Cierta vez un poeta escribió que «en el lugar donde ha nacido un héroe, las montañas y los ríos son frescos y claros». De no haber nacido ningún héroe en el valle de Yagyū, las palabras del poeta podrían haber estado vacías, pero era en verdad un lugar natal de héroes, y de ello nadie podía ofrecer mejor prueba que los mismos señores de Yagyū. En aquella gran casa incluso los servidores pertenecían a la nobleza. Muchos procedían de los arrozales, se habían distinguido en combate y ascendido hasta convertirse en leales y competentes ayudantes.

Yagyū Muneyoshi Sekishūsai había instalado su residencia, después de retirarse, en una casita de montaña a cierta distancia de la Casa Principal. Ya no evidenciaba el menor interés por el gobierno local ni tenía idea de quién ostentaba el poder en

aquellos momentos. Tenía varios hijos y nietos capacitados, así como servidores dignos de confianza para ayudarle y guiarle, y no erraba al suponer que el pueblo estaba siendo gobernado de la misma manera que cuando él estaba al frente.

Cuando Musashi llegó al distrito, habían transcurrido unos diez días desde la batalla en la planicie de Hannya. A lo largo del camino había visitado algunos templos, el Kasagidera y el Jōruriji, donde había visto reliquias de la era Kemmu. Se alojó en la posada local con la intención de descansar un poco, tanto física como espiritualmente.

Un día, vestido de manera informal, fue a dar un paseo con Jōtarō.

—Es sorprendente —dijo Musashi, deslizando la mirada por los campos cultivados y a los agricultores dedicados a sus tareas—. Sorprendente —repitió varias veces.

Finalmente Jōtarō le preguntó:

—¿Qué es lo sorprendente? —Para él, lo más sorprendente era el modo en que Musashi hablaba consigo mismo.

—Desde que salí de Mimasaka, he estado en las provincias de Settsu, Kawachi e Izumi, en Kyoto y Nara, y nunca he visto un lugar como este.

—Bueno, ¿y qué? ¿Qué hay aquí tan diferente?

—En primer lugar, hay muchos árboles en las montañas.

Jōtarō se echó a reír.

—¿Árboles? En todas partes hay árboles, ¿o no?

—Sí, pero aquí es distinto. Todos los árboles de Yagyū son viejos, y eso significa que aquí no ha habido guerras ni tropas enemigas que quemaran o talaran los bosques. También significa que no ha habido hambrunas, por lo menos durante muchísimo tiempo.

—¿Eso es todo?

—No. Los campos también son verdes, y la cebada nueva ha sido bien pisoteada para reforzar las raíces y hacer que crezca bien. ¡Escucha! ¿No oyes el sonido de los tornos de hilar? Parece provenir de cada casa. ¿Y no has observado que cuando pasan viajeros con buenas ropas los agricultores no les dirigen miradas de envidia?

—¿Algo más?

—Como puedes ver, hay muchas mujeres jóvenes trabajando en los campos. Eso significa que el distrito es rico y que aquí la vida transcurre con normalidad. Los niños crecen sanos, a los ancianos se les trata con el debido respeto y los hombres y mujeres jóvenes no huyen para llevar una vida incierta en otros lugares. Está claro que el señor del distrito es acaudalado, y sin duda las espadas y armas de fuego de su armería se mantienen pulidas y en la mejor condición.

—No veo nada tan interesante en todo eso —se quejó Jōtarō.

—Humm, me extrañaría que lo vieras.

—En fin, no has venido aquí para admirar el paisaje. ¿No vas a luchar con los samurais de la casa de Yagyū?

—Luchar no lo es todo en el arte de la guerra. Los hombres que lo creen así y se dan por satisfechos con tener comida y un sitio donde dormir son meros vagabundos. A un estudiante serio le interesa mucho más adiestrar su mente y disciplinar su espíritu que desarrollar las habilidades marciales. Tiene que aprender toda clase de cosas, geografía, irrigación, los sentimientos de la gente, sus modales y costumbres, sus relaciones con el señor de su territorio. Quiere saber lo que ocurre dentro del castillo, no sólo lo que sucede en el exterior. En esencia, quiere ir a todos los lugares que le sea posible y aprender todo cuanto pueda.

Musashi comprendía que esta explicación probablemente significaba poco para Jōtarō, pero sentía la necesidad de ser sincero con el muchacho y no darle respuestas a medias. No mostraba impaciencia por las numerosas preguntas que le hacía, y a lo largo del camino siguió dándole respuestas meditadas y serias.

Tras haber visto el exterior del castillo de Koyagyū, como se conocía apropiadamente a la Casa Principal, y examinado con detenimiento el valle, regresaron a la posada.

Había una sola posada, pero era grande. El camino era una sección de la carretera de Iga, y mucha gente que peregrinaba al Jōruriji o al Kasagidera pernoctaba allí. Por la noche siempre se encontraban diez o doce caballos de carga atados a los árboles cerca de la entrada o bajo los aleros frontales.

La sirvienta que les siguió a su habitación les preguntó:

—¿Habéis ido a dar un paseo? —Llevaba unos pantalones de escalar montañas y, de no haber sido por su obi rojo femenino, podría haber sido confundida con un chico. Sin esperar respuesta, añadió—: Ahora podéis bañaros si queréis.

Musashi se encaminó al baño, mientras Jōtarō, notando que allí había una nueva amiga de su misma edad, le preguntó:

—¿Cómo te llamas?

—No lo sé —respondió la muchacha.

—Debes de estar loca si no conoces tu propio nombre.

—Me llamo Kocha.

—Es un nombre gracioso. —Jōtarō se echó a reír.

—¿Qué tiene de gracioso? —quiso saber Kocha, al tiempo que le golpeaba con el puño.

—¡Me ha pegado! —gritó Jōtarō.

La ropa doblada en el suelo de la antesala indicó a Musashi que había otras personas en el baño. Se desnudó y abrió la puerta de la pieza llena de vapor. Había allí tres hombres que hablaban jovialmente, pero al ver su cuerpo fornido se interrumpieron,

como si un elemento extraño hubiera hecho irrupción entre ellos.

Musashi se sumergió en el baño comunal exhalando un suspiro de satisfacción, y su corpulencia hizo que el agua caliente rebosara. Esto, por alguna razón, sobresaltó a los tres hombres, y uno de ellos miró fijamente a Musashi, el cual había apoyado la cabeza en el borde de la piscina y permanecía con los ojos cerrados.

Gradualmente reanudaron su conversación en el punto en que la habían interrumpido. Se estaban lavando en el exterior de la piscina; la piel de sus espaldas era blanca y sus músculos flexibles. Parecían hombres de ciudad, pues su manera de hablar era pulida y urbana.

—¿Cómo se llamaba... el samurai de la casa de Yagyū?

—Creo que dijo llamarse Shōda Kizaemon.

—Si el señor de Yagyū envía un servidor para que transmita su negativa a un encuentro, no puede ser tan bueno como dicen que es.

—Según Shōda, Sekishūsai se ha retirado y ya no lucha nunca con nadie. ¿Crees que eso es cierto o se lo ha inventado?

—No, no creo que sea cierto. Es mucho más probable que cuando supo que el segundo hijo de la casa de Yoshioka le desafiaba, prefiriese ser prudente.

—Bueno, por lo menos ha tenido tacto al enviarnos fruta y decir que confía en que disfrutemos de nuestra estancia.

¿Yoshioka? Musashi alzó la cabeza y abrió los ojos. Puesto que, cuando estuvo en la escuela Yoshioka oyó mencionar a alguien el viaje de Denshichirō a Ise, Musashi supuso que los tres hombres se dirigían de regreso a Kyoto. Uno de ellos debía de ser Denshichirō. ¿Cuál sería?

«No tengo suerte con los baños —pensó tristemente Musashi—. Primero Osugi me tendió una trampa en un baño, y ahora, de nuevo desnudo, tropiezo con uno de los Yoshioka. Sin duda se habrá enterado de lo que sucedió en la escuela. Si supiera que me llamo Miyamoto, saldría por esa puerta y volvería con su espada en menos que canta un gallo.»

Pero los tres hombres no le prestaban atención. A juzgar por su conversación, nada más llegar habían enviado una carta a la Casa de Yagyū. Al parecer, Sekishūsai había tenido alguna conexión con Yoshioka Kempō en la época en que éste era tutor de los shogunes. Por este motivo, sin duda, Sekishūsai no podía permitir que el hijo de Kempō se marchara sin acusar recibo de su carta y, en consecuencia, había enviado a Shōda para que les hiciera una visita de cortesía en la posada.

Como respuesta a esta deferencia, lo mejor que aquellos jóvenes de la ciudad podían decir era que Sekishūsai tenía «tacto», que había «preferido ser prudente» y que no podía ser «tan bueno como dicen que es». Parecían satisfechos de sí mismos en grado sumo, pero a Musashi le parecieron ridículos. En contraste con lo que él había visto del castillo de Koyagyū y el envidiable estado de los habitantes de la

zona, no parecían tener nada mejor que ofrecer que una conversación inteligente.

Esto le recordó un proverbio sobre la rana en el fondo de un pozo, incapaz de ver lo que sucedía en el mundo exterior. Pensó que a veces se daba el caso contrario. Aquellos mimados hijos de Kyoto estaban en condiciones de ver lo que sucedía en los centros del poder y saber lo que pasaba en todas partes, pero no se les había ocurrido pensar que mientras contemplaban el gran mar abierto, en otro lugar, en el fondo de un profundo pozo, una rana se iba haciendo continuamente más grande y fuerte. Allí, en Koyagyū, muy lejos del centro político y económico del país, los robustos samuráis habían llevado durante décadas una saludable vida rural, preservando las virtudes antiguas, corrigiendo sus puntos débiles y aumentando en estatura.

Con el paso del tiempo, Koyagyū había producido a Yagyū Muneyoshi, un gran maestro de las artes marciales, y a su hijo, el señor Munenori de Tajima, cuyo valor había sido reconocido por el mismo Ieyasu. Estaban también los hijos mayores de Muneyoshi, Gorōzaemon y Toshikatsu, famosos en todo el territorio por su valentía, y su nieto Hyōgo Toshitoshi, cuyas prodigiosas hazañas le habían valido una posición altamente remunerada a las órdenes del renombrado general Katō Kiyomasa de Higo. En fama y prestigio, la casa de Yagyū no estaba a la altura de la casa de Yoshioka, pero desde el punto de vista de la habilidad, la diferencia era cosa del pasado. Denshichirō y sus compañeros estaban cegados por su propia arrogancia. Sin embargo, Musashi sentía cierta lástima por ellos.

Fue a un rincón donde estaba la cañería del agua. Se desató la cinta de la cabeza, cogió un puñado de arcilla y empezó a restregarse el cuero cabelludo. Por primera vez en muchas semanas, se regalaba con el lujo de un buen champú.

Entretanto, los hombres de Kyoto estaban finalizando su baño.

—Ah, qué grato ha sido.

—En efecto. ¿Por qué no pedimos ahora que unas chicas vengan a servirnos el sake?

—¡Espléndida idea! ¡Espléndida!

Los tres terminaron de secarse y salieron. Tras un lavado a fondo y otro remojón en el agua caliente, Musashi también se secó, se ató la cabellera y regresó a su habitación. Allí encontró a Kocha, la chiquilla que parecía un muchacho, anegada en lágrimas.

—¿Qué te ha pasado?

—Es ese chico vuestro, señor. ¡Mirad dónde me ha pegado!

—¡Eso es mentira! —gritó Jōtarō, airado, desde el rincón opuesto.

Musashi estaba a punto de regañarle, pero Jōtarō protestó.

—¡Esta incauta ha dicho que eres débil!

—Es mentira, no he dicho tal cosa.

—¡Sí que lo has dicho!

—Señor, no he dicho que ni vos ni nadie sea débil. Este mocoso empezó a jactarse diciendo que sois el espadachín más grande del país, porque habéis matado a docenas de rōnin en la planicie de Hannya, y le he dicho que no hay nadie en Japón mejor con la espada que el señor de este distrito. Entonces la ha emprendido a bofetadas conmigo.

Musashi se echó a reír.

—Ya veo. No debería haber hecho eso, y le daré una buena reprimenda. Espero que nos perdones. ¡Jō! —dijo en tono severo.

—Sí, señor —respondió el chico, todavía enfurruñado.

—¡Ve a bañarte!

—No me gustan los baños.

—Ni a mí tampoco —mintió Musashi—. Pero estás tan sudado que apestas.

—Mañana por la mañana iré a nadar al río.

El muchacho se estaba volviendo cada vez más testarudo a medida que se iba acostumbrando a Musashi, pero a éste no le importaba realmente. De hecho, le gustaba bastante esa faceta de Jōtarō. Al final el niño no fue a bañarse.

Poco después Kocha trajo las bandejas con la cena. Comieron en silencio, Jōtarō y la doncella intercambiando miradas furibundas mientras ella les servía.

Musashi estaba absorto, pensando en su objetivo particular de entrevistarse con Sekishūsai. Considerando su baja categoría, quizá eso era pedir demasiado, pero tal vez, sólo tal vez, sería posible.

«Si he de batirme con alguien —se decía—, debe ser alguien fuerte de veras. Vale la pena que arriesgue la vida para ver si puedo superar el nombre del gran Yagyū. No tiene sentido seguir el camino de la espada si no tengo el valor de intentarlo.»

Musashi era consciente de que la mayoría de la gente se reiría abiertamente de él por acariciar semejante idea. Aunque Yagyū no era uno de los daimyōs más prominentes, era el dueño de un castillo, su hijo estaba en la corte del shōgun y la familia entera estaba empapada en las tradiciones de la clase guerrera. En la nueva era que ahora despuntaba, cabalgaban en la ola de los tiempos.

«Ésta será la prueba verdadera», se dijo Musashi, e incluso mientras comía el arroz se preparaba para el encuentro.

La peonía

La dignidad del anciano había ido en aumento con el paso de los años, hasta que ahora a lo que más se parecía era a una grulla majestuosa, mientras que al mismo tiempo conservaba el aspecto y las maneras de un samurai cultivado. Tenía los dientes sanos y una mirada de extraordinaria agudeza. «Viviré hasta los cien», aseguraba con frecuencia a todo el mundo.

Sekishūsai estaba convencido de que así sería.

—La familia Yagyū siempre ha sido longeva —le gustaba observar—. Los que murieron a los veinte y treinta años cayeron en combate. Todos los demás vivieron hasta mucho más allá de los sesenta.

Entre las innumerables guerras en las que él mismo había participado figuraban varias importantes, entre ellas la revuelta de los Miyoshi y las batallas que señalaban el ascenso y caída de las familias Matsunaga y Oda.

Incluso aunque Sekishūsai no hubiera nacido en semejante familia, su modo de vida, y sobre todo su actitud cuando llegó a la vejez, daban motivos para creer que llegaría en efecto a los cien años. A los cuarenta y siete, y por razones personales, decidió dejar de guerrear. Desde entonces nada había alterado esta resolución. Había hecho oídos sordos a los ruegos del shōgun Ashikaga Yoshiaki, así como a las repetidas solicitudes por parte de Nobunaga y Hideyoshi para que se uniera a sus fuerzas. Aunque casi vivía a la sombra de Kyoto y Osaka, se negaba a enredarse en las frecuentes batallas de esos centros de poder e intriga y prefería permanecer en Yagyū, como un oso en una cueva, y atender a su finca de quince mil fanegas de tal manera que pudiera transmitirla a sus descendientes en buenas condiciones. Cierta vez observó:

—He hecho bien en conservar esta finca. En esta época incierta, cuando los dirigentes se levantan hoy y caen mañana, resulta casi increíble que este pequeño castillo haya logrado sobrevivir intacto.

Esto no era ninguna exageración. De haber apoyado a Yoshiaki, habría caído víctima de Nobunaga, y si hubiera apoyado a Nobunaga muy posiblemente se habría indispuesto con Hideyoshi. Si hubiera aceptado los factores políticos de Hideyoshi, habría sido desposeído por Ieyasu después de la batalla de Sekigahara.

La perspicacia, que la gente admiraba en él, era uno de los factores, mas para sobrevivir en unos tiempos tan turbulentos Sekishūsai debía poseer una fortaleza interior de la que carecían los samuráis ordinarios de la época, los cuales tenían una notable tendencia a ponerse un día al lado de un hombre y abandonarle descaradamente al siguiente, en busca de sus propios intereses, sin dedicar un solo pensamiento al decoro o la integridad, e incluso mataban sin escrúpulos a sus mismos familiares si obstaculizaban sus ambiciones personales.

«Soy incapaz de hacer esa clase de cosas», se limitaba a decir Sekishūsai. Y decía la verdad. Sin embargo, no había renunciado al arte de la guerra. En el lugar de honor de su sala de estar colgaba un pergamino con un poema compuesto por él mismo, que decía:

No poseo ningún método inteligente
para tener éxito en la vida.
Tan sólo confío
en el arte de la guerra.
Es mi refugio definitivo.

Cuando Ieyasu le invitó a visitar Kyoto, Sekishūsai se vio obligado a aceptar y puso fin a décadas de serena reclusión para efectuar su primera visita a la corte del shōgun. Llevó consigo a su quinto hijo, Munenori, que tenía veinticuatro años, y a su nieto Hyōgo, que por entonces sólo contaba dieciséis. Ieyasu no sólo confirmó al anciano y venerable guerrero en sus tenencias de tierras, sino que le pidió que fuese tutor de artes marciales para la casa de Tokugawa. Sekishūsai declinó el honor aduciendo su edad y solicitó que Munenori fuese nombrado en su lugar, cosa que obtuvo la aprobación de Ieyasu.

En opinión de Sekishūsai, el arte de la guerra era, desde luego, un medio para gobernar a la gente, pero era también un medio para controlar el yo. Esto lo había aprendido del señor Kōizumi, de quien le gustaba decir que era la deidad protectora de la familia Yagyū. El certificado que el señor Kōizumi le dio para demostrar su dominio del estilo de esgrima Shinkage estaba siempre en un estante de la habitación de Sekishūsai, junto con un manual en cuatro volúmenes de técnicas militares que le regaló su señoría. En los aniversarios de la muerte del señor Kōizumi, Sekishūsai nunca descuidaba colocar una ofrenda de alimentos junto a esas preciadas posesiones.

Además de unas descripciones de las técnicas de la espada oculta propias del estilo Shinkage, el manual contenía ilustraciones realizadas por la mano del señor Kōizumi. Incluso en su retiro, a Sekishūsai le complacía abrir los rollos y examinar su contenido. Constantemente le sorprendía descubrir de nuevo la habilidad con que su maestro había empuñado el pincel. Las ilustraciones mostraban gentes luchando y batiéndose a espada en todas las posiciones y posturas concebibles. Cuando Sekishūsai las contemplaba, tenía la sensación de que los espadachines estaban a punto de bajar del cielo para reunirse con él en su casita de montaña.

El señor Kōizumi llegó por primera vez al castillo de Koyagyū cuando Sekishūsai tenía treinta y siete o treinta y ocho años y aún estaba rebosante de ambición militar. Su señoría, acompañado de dos sobrinos, Hikida Bungorō y Suzuki Ihaku, estaba recorriendo el país en busca de expertos en las artes marciales, y un día llegó al

Hōzōin. Era la época en que In'ei visitaba a menudo el castillo de Koyagyū, e In'ei habló a Sekishūsai acerca del visitante. Ése fue el comienzo de su relación.

Sekishūsai y Kōizumi realizaron encuentros de esgrima durante tres días seguidos. En el primer asalto, Kōizumi anunció dónde atacaría, y entonces llevó a cabo el encuentro exactamente como había dicho.

Lo mismo sucedió el segundo día, y Sekishūsai, herido en su orgullo, se concentró en idear un nuevo enfoque para el tercer día.

Al ver su nueva postura, Kōizumi se limitó a decirle:

—Eso será inútil. Si lo haces, yo haré esto.

Y, sin más, atacó y derrotó a Sekishūsai por tercera vez. A partir de entonces, Sekishūsai abandonó el enfoque egoísta de la esgrima. Como más adelante recordaría, en aquella ocasión tuvo por primera vez un atisbo del verdadero arte de la guerra.

Atendiendo a las vehementes instancias de Sekishūsai, el señor Kōizumi permaneció seis meses en Koyagyū, y durante ese tiempo Sekishūsai estudió con la resuelta dedicación de un neófito. Cuando por fin se separaron, el señor Kōizumi le dijo:

—Mi método de esgrima es todavía imperfecto. Tú eres joven y deberías tratar de llevarlo a la perfección. —Entonces le propuso un acertijo Zen—: ¿Qué es la lucha a espada sin una espada?

Durante años, Sekishūsai reflexionó en esa adivinanza, considerándola desde todos los ángulos, y finalmente obtuvo una respuesta que le satisfizo. Cuando el señor Kōizumi le visitó de nuevo, la mirada de Sekishūsai al saludarle era clara y serena, y le sugirió que tuvieran un encuentro. Su señoría le escrutó durante un momento y le dijo:

—No, sería inútil. ¡Has descubierto la verdad!

Entonces entregó a Sekishūsai el certificado y el manual en cuatro volúmenes, y de esta manera nació el estilo de esgrima Yagyū, el cual, a su vez, originó la apacible manera de vivir de Sekishūsai en su vejez.

Que Sekishūsai viviera en una casa de montaña se debía a que ya no le gustaba el imponente castillo con su complicado boato. A pesar de su amor casi taoísta por la vida retirada, le agradaba tener la compañía de la muchacha que le trajo Shōda Kizaemon para que le entretuviera tocando la flauta, pues era solícita, cortés y nunca molestaba. No sólo su música le agradaba mucho, sino que también ponía un toque de juventud y feminidad en la casa. De vez en cuando la muchacha hablaba de marcharse, pero él siempre le pedía que se quedase un poco más.

Mientras daba los toques finales a la única peonía que estaba disponiendo en un florero de Iga, Sekishūsai preguntó a Otsū:

—¿Qué te parece? ¿Está vivo mi arreglo floral?

La muchacha, que estaba detrás de él, replicó:

—Debéis de haber estudiado intensamente las técnicas de arreglo floral.

—En absoluto. No soy un noble de Kyoto y nunca he estudiado con maestros ni el arreglo floral ni la ceremonia del té.

—Pues parece como si lo hubierais hecho.

—Uso con las flores el mismo método que uso con la espada.

Otsū pareció sorprendida.

—¿De veras podéis arreglar las flores de la misma manera que usáis la espada?

—Sí. Verás, todo es cuestión de espíritu. Las reglas no me sirven para nada..., torcer las flores con las yemas de los dedos o ahogarlas por el cuello. Lo que importa es tener el espíritu apropiado, ser capaz de hacer que parezcan vivas, tal como eran cuando fueron cortadas. ¡Mira esto! Mi flor no está muerta.

Otsū tenía la sensación de que aquel anciano austero le había enseñado muchas cosas que necesitaba conocer, y puesto que todo había comenzado con un encuentro casual en la carretera, se consideraba muy afortunada. «Te enseñaré la ceremonia del té», le decía él, o: «¿Compones poemas japoneses? Si lo haces, enséñame algo sobre el estilo elegante. El Man'yōshū[2] está mu y bien, pero al vivir aquí, en este lugar retirado, preferiría escuchar poemas sencillos sobre la naturaleza».

A cambio, ella hacía por él pequeñas cosas en las que nadie más pensaba. Por ejemplo, el anciano estuvo encantado cuando Otsū le confeccionó un gorrito de paño como el que usaban los maestros de la ceremonia del té. Ahora se lo ponía muy a menudo, y lo apreciaba como si no hubiera nada más elegante en ninguna parte. También su manera de tocar la flauta le satisfacía inmensamente, y en las noches de luna llena, el sonido de inolvidable belleza de la flauta solía llegar muy lejos, incluso hasta el castillo.

Mientras Sekishūsai y Otsū conversaban sobre el arreglo floral, Kizaemon llegó discretamente a la entrada de la casa de montaña y llamó a Otsū. Ésta salió y le invitó a pasar, pero él titubeó.

—¿Harás saber a su señoría que acabo de regresar de mi misión? —le preguntó.

Otsū se rió.

—Debería ser al revés, ¿no crees?

—¿Por qué?

—Tú eres aquí el servidor principal y yo sólo una forastera invitada para tocar la flauta. Eres mucho más íntimo de él que yo. ¿No deberías verle directamente en vez de transmitirle el mensaje a través de mí?

—Supongo que tienes razón, pero aquí, en la casita de su señoría, eres especial. En cualquier caso, te ruego que le des el mensaje.

También Kizaemon estaba satisfecho por el giro que habían dado las cosas: Otsū

era una persona que gustaba muchísimo a su maestro y señor.

La muchacha regresó de inmediato para decir a Kizaemon que Sekishūsai deseaba que entrara. El anciano estaba en la sala del té, tocado con el gorro de paño que Otsū le había hecho.

—¿Ya has vuelto? —le preguntó Sekishūsai.

—Sí. Les visité y entregué la carta y la fruta, siguiendo vuestras instrucciones.

—¿Se han ido?

—No. Apenas había regresado aquí, cuando llegó un mensajero desde la posada con una carta. Decía que, puesto que habían venido a Yagyū, no querían marcharse sin ver el dōjō. Si es posible, les gustaría venir mañana. También han dicho que quisieran verte y presentarte sus respetos.

—¡Patanes insolentes! ¿Por qué han de ser tan molestos? —Sekishūsai parecía irritado en extremo—. ¿Les has explicado que Munenori está en Edo, Hyōgo en Kumamoto y que no hay nadie más disponible?

—Así es.

—Desprecio a esa clase de gente. Incluso después de haberles enviado un mensaje diciéndoles que no puedo verles, intentan presentarse aquí.

—No sé que...

—Parece ser que los hijos de Yoshioka son tan incompetentes como dicen de ellos.

—El que está en la Wataya es Denshichirō. No me ha impresionado.

—Me sorprendería que lo hubiera hecho. Su padre fue un hombre de considerable carácter. Cuando fui a Kyoto con el señor Kōizumi, le vimos dos o tres veces y tomamos sake juntos. Desde entonces la casa ha ido cuesta abajo. El joven parece creer que ser hijo de Kempō le da derecho a entrar aquí, y por eso insiste en su desafío. Pero desde nuestro punto de vista, no tiene sentido aceptar el desafío y luego enviarle a su casa derrotado.

—Ese Denshichirō da la impresión de tener mucha confianza en sí mismo. Si tanto desea venir, tal vez yo mismo podría aceptar el reto.

—No, de ninguna manera. Esos hijos de gente famosa suelen tener una elevada opinión de sí mismos y, además, tienden a tergiversar las cosas en su propio beneficio. Si le derrotaras, puedes estar seguro de que trataría de destruir nuestra reputación en Kyoto. Personalmente no me importa, pero no quiero cargar a Munenori o Hyōgo con una cosa así.

—¿Qué podemos hacer entonces?

—Lo mejor sería apaciguarle de alguna manera, hacerle creer que se le trata como debe ser tratado el hijo de una gran casa. Tal vez ha sido un error enviar a un hombre a verle. —El anciano miró a Otsū y añadió—: Creo que una mujer sería mejor. Probablemente Otsū es la persona adecuada.

—De acuerdo —dijo ella—. ¿Quieres que vaya ahora?

—No, no hay prisa. Puedes ir mañana por la mañana.

Sekishūsai escribió una carta sencilla, con el estilo propio de un maestro de la ceremonia del té, y se la entregó a Otsū junto con una peonía como la que había colocado en el florero.

—Dale esto y dile que vas en mi nombre porque estoy resfriado. Veremos cuál es su respuesta.

A la mañana siguiente, Otsū se puso un largo velo sobre la cabeza. Aunque los velos ya no estaban de moda en Kyoto, ni siquiera entre las clases altas, las mujeres de clase alta y media en las provincias todavía los apreciaban.

En el establo, que se encontraba en el exterior del castillo, pidió que le dejaran un caballo.

El encargado del establo, que lo estaba limpiando, le preguntó si iba a alguna parte.

—Sí, he de ir a la Wataya con un recado de su señoría.

—¿Quieres que te acompañe?

—No es necesario.

—¿Estarás segura?

—Naturalmente. Me gustan los caballos. Los que montaba en Mimasaka eran casi salvajes.

Al cabalgar, el viento hacía flotar tras ella el velo marrón-rojizo. Montaba bien, sujetando la carta y la peonía, que empezaba a perder ligeramente su frescura, en una mano y manejando diestramente al caballo con la otra. Los agricultores y braceros que se encontraban en los campos la saludaban, pues en el breve tiempo que llevaba allí ya estaba familiarizada con las gentes del lugar, cuyas relaciones con Sekishūsai eran mucho más amistosas de lo que era habitual entre señor y campesinos. Todos sabían que una hermosa joven había llegado para distraer a su señor tocando la flauta, y la admiración y respeto que sentían por él se extendió a Otsū.

Llegó a la Wataya, desmontó y ató su caballo a un árbol del jardín.

—¡Bienvenida! —le dijo Kocha, que salió a recibirla—. ¿Te quedas a pasar la noche?

—No, sólo vengo del castillo de Koyagyū con un mensaje para Yoshioka Denshichirō. Aún está aquí, ¿verdad?

—Aguarda un momento, por favor.

Durante el breve tiempo que Kocha estuvo ausente, Otsū creó cierta expectación entre los ruidosos viajeros que se estaban poniendo polainas y sandalias y se ataban el equipaje a la espalda.

—¿Quién es? —preguntó uno.

—¿A quién creéis que ha venido a ver?

La belleza de Otsū, su airosa elegancia difícil de encontrar en el campo, hizo que los huéspedes a punto de marcharse susurraran y la mirasen hasta que ella siguió a Kocha y la perdieron de vista.

Denshichirō y sus compañeros, que habían bebido hasta muy tarde la noche anterior, acababan de levantarse. Cuando les dijeron que había llegado un mensajero del castillo, supusieron que sería el mismo hombre que se había presentado el día anterior. Al ver a Otsū con su peonía blanca se llevaron una sorpresa.

—¡Perdona el estado de la habitación, por favor! ¡Es un desastre!

Tras deshacerse en disculpas, enderezaron sus kimonos y se sentaron sobre sus talones de una manera formal y un poco rígida.

—Entra, entra, por favor.

—Me envía el señor del castillo de Koyagyū —se limitó a decir Otsū, depositando la carta y la peonía ante Denshichirō—. ¿Serías tan amable de leer la carta ahora?

—Ah, sí..., ¿ésta es la carta? Sí, la leeré.

Abrió el rollo, que no tenía más de un pie de longitud. La carta estaba escrita en tinta tenue, sugeridora del aroma ligero del té, y decía: «Perdóname por enviarte mis saludos en una carta en vez de recibirte en persona, pero por desgracia tengo un ligero resfriado. Creo que una peonía blanca y pura te proporcionará más placer que la nariz goteante de un viejo. Te envío la flor por medio de una flor, con la esperanza de que aceptes mis disculpas. Mi viejo cuerpo descansa al margen del mundo cotidiano, y no podría mostrarte mi rostro sin vacilación. Por favor, sonríe piadosamente a un anciano».

Denshichirō hizo una mueca despectiva y enrolló la carta.

—¿Es eso todo? —preguntó.

—No, también ha dicho que, aunque le gustaría tomar una taza de té contigo, vacila en invitarte a su casa, porque allí no hay más que guerreros que ignoran las sutilezas de la ceremonia del té. Como Munenori está lejos, en Edo, cree que el servicio del té sería tan rudo que haría reír a personas procedentes de la capital imperial. Me ha encargado que te pida perdón y te diga que confía en verte en alguna ocasión futura.

—¡Ja, ja! —replicó Denshichirō, con una expresión de suspicacia en el semblante —. Si te entiendo correctamente, Sekishūsai cree que nos ilusiona contemplar las sutilezas de la ceremonia del té. A decir verdad, puesto que somos de familias samuráis, no sabemos nada del té. Teníamos la intención de preguntar personalmente a Sekishūsai por su salud y persuadirle para que nos diera una lección de esgrima.

—Por supuesto, él lo comprende perfectamente, pero está pasando su vejez en retiro y tiene la costumbre de expresar muchos de sus pensamientos por medio de la

ceremonia del té.

—Bien, no nos ha dejado más opción que abandonar nuestro propósito —dijo Denshichirō sin disimular su disgusto—. Ten la bondad de decirle que, si volvemos otra vez, nos gustaría verle.

Dicho esto, devolvió la peonía a Otsū.

—¿No te gusta? Mi señor ha creído que podría alegrarte en el camino. Dijo que podrías colgarla en el ángulo de tu palanquín o, si viajas a caballo, colocarla en la silla.

—¿Pretendía que fuese un recuerdo? —Denshichirō bajó los ojos como si se sintiera insultado y añadió en tono desabrido—: ¡Esto es ridículo! ¡Puedes decirle que tenemos nuestras propias peonías en Kyoto!

Otsū se dijo que, si eso era lo que aquél sentía, sería inútil insistir para que se quedase con el regalo. Prometió que transmitiría su mensaje y se despidió con tanta delicadeza como si quitara el vendaje de una lesión abierta. Sus anfitriones, de mal humor, apenas respondieron a su despedida.

Una vez en el pasillo, Otsū se rió para sus adentros, mirando el reluciente suelo negro que conducía a la habitación que ocupaba Musashi, se volvió y se alejó en la otra dirección.

Kocha salió de la habitación de Musashi y corrió hasta darle alcance.

—¿Ya te marchas? —le preguntó.

—Sí, he finalizado mi cometido.

—Vaya, qué rapidez. —Y mirando la mano de Otsū, le preguntó—: ¿Es una peonía? No sabía que son de color blanco.

—Sí. Es del jardín del castillo. Si te gusta, puedes quedártela.

—Sí, por favor —dijo Kocha, tendiendo las manos.

Tras despedirse de Otsū, Kocha fue al aposento de los sirvientes y mostró a todos la flor. Puesto que nadie se sentía inclinado a admirarla, fue a la habitación de Musashi.

Musashi, sentado ante la ventana, con las manos en la barbilla, miraba en dirección al castillo y cavilaba en su objetivo: primero, cómo lograría ver a Sekishūsai, y luego cómo le vencería con su espada.

—¿Te gustan las flores? —le preguntó Kocha al entrar.

—¿Flores?

Le mostró la peonía.

—Humm. Es bonita.

—¿Te gusta?

—Sí.

—Creo que es una peonía, una peonía blanca.

—¿De veras? ¿Por qué no la pones en ese florero de ahí?

—No sé arreglar flores. Hazlo tú.

—No, no, hazlo tú. Es mejor hacerlo sin pensar en el aspecto que va a tener.

—Bueno, iré a buscar agua —dijo ella, llevándose el florero.

Musashi fijó la mirada en el extremo cortado del tallo de la flor. Ladeó la cabeza, sorprendido, aunque no podía determinar qué era lo que atraía su atención.

Cuando Kocha regresó, su interés fortuito se había convertido en un minucioso escrutinio. La muchacha puso el florero en el lugar de honor de la estancia e intentó introducir la peonía, pero el resultado fue escaso.

—El tallo es demasiado largo —le dijo Musashi—. Tráela aquí y lo cortaré. Entonces, cuando la pongas erguida, parecerá natural.

Kocha le tendió la flor. Antes de que supiera lo que había sucedido, la flor había caído de sus manos y ella estaba llorando. No era de extrañar, pues en aquel breve instante Musashi había desenvainado su espada corta y, lanzando un grito vigoroso, cortó el tallo entre las manos de la muchacha, envainando a continuación la espada. A Kocha, el destello del acero y el sonido de la espada al quedar de nuevo envainada le parecieron simultáneos.

Sin hacer el menor intento de consolar a la aterrada muchacha, Musashi recogió el trozo de tallo que había cortado y se puso a comparar un extremo con el otro. Parecía totalmente absorto. Por fin, percatándose de la inquietud de Kocha, le pidió disculpas y le dio unas palmaditas en la cabeza.

Cuando logró tranquilizar a la muchacha y ésta dejó de llorar, le preguntó:

—¿Sabes quién cortó esta flor?

—No, me la han dado.

—¿Quién?

—Una persona del castillo.

—¿Uno de los samuráis?

—No, una mujer joven.

—Humm. ¿Crees entonces que la flor procede del castillo?

—Sí, eso dijo ella.

—Siento haberte asustado. Si luego te compro unos pastelillos, ¿me perdonarás? El cualquier caso, ahora la flor debe de tener la medida justa. Intenta colocarla en el florero.

—¿Te parece bien así?

—Sí, muy bien.

Musashi le había gustado a Kocha desde el primer momento, pero el destello de su espada la había helado hasta la médula. Salió de la habitación, dispuesta a no volver hasta que sus deberes lo hicieran absolutamente inevitable.

Musashi estaba mucho más fascinado por el largo tallo que por la flor. Estaba seguro de que el primer corte no había sido realizado ni con tijeras ni con un cuchillo.

Puesto que los tallos de peonía son ligeros y flexibles, el corte sólo podía haber sido efectuado con una espada, y únicamente un golpe muy determinado habría hecho un corte tan limpio. Quienquiera que lo hubiese hecho no era una persona ordinaria. Aunque él mismo había intentado reproducir el corte con su espada, al comparar ambos extremos comprendió en seguida que el suyo era con mucho el inferior. Era como la diferencia que existe entre una estatua budista tallada por un experto y otra hecha por un artesano de habilidad corriente.

Se preguntó qué podía significar aquello. «Si un samurai que trabaja en el jardín del castillo puede hacer un corte como éste, entonces el nivel de la casa de Yagyū debe de ser aún más superior de lo que creía.» De repente le abandonó su confianza: «Todavía no estoy preparado ni mucho menos». Sin embargo, gradualmente fue superando esa sensación. «En cualquier caso, los de la casa de Yagyū son dignos adversarios. Si perdiera, podría echarme a sus pies y aceptar la derrota de buen talante. Ya he decidido que estoy dispuesto a enfrentarme a cualquier cosa, incluso a la muerte.» Entonces cobró valor y poco después sintió renacer sus esperanzas.

Pero ¿cómo iba a hacerlo? Parecía improbable que, aunque un estudiante llegara a su puerta con una carta de presentación apropiada, Sekishūsai accediera a un encuentro de esgrima. Así se lo había dicho el posadero, y, como Munenori y Hyōgo estaban ausentes, no había nadie a quien retar si no era al mismo Sekishūsai.

De nuevo intentó imaginar el modo de entrar en el castillo. Su mirada volvió a posarse en la flor que descansaba en la pequeña tarima del tokonoma, el lugar de honor de la estancia, y empezó a tomar forma la imagen de alguien a quien la flor le recordaba inconscientemente. Ver el rostro de Otsū en su mente apaciguó su espíritu y le tranquilizó los nervios.

Otsū se dirigía de regreso al castillo de Koyagyū cuando, de improviso, oyó un grito estridente a sus espaldas. Se volvió y vio a un niño que salía de una agrupación de árboles al pie de un risco. Era evidente que se dirigía a su encuentro, y, puesto que los niños de la zona eran demasiado tímidos para acercarse a una mujer joven como ella, detuvo su caballo y aguardó por pura curiosidad.

Jōtarō estaba en cueros, tenía el pelo mojado y llevaba sus ropas enrolladas bajo el brazo. En absoluto avergonzado por su desnudez, le dijo:

—Tú eres la dama de la flauta. ¿Aún te alojas aquí? —Tras examinar el caballo con disgusto, miró directamente a Otsū.

—¡Eres tú! —exclamó ella—. El chiquillo que lloraba en la carretera de Yamato.

—¿Lloraba? ¡Yo no lloraba!

—No importa. ¿Desde cuándo estás aquí?

—Llegué el otro día.

—¿Tú solo?

—No, con mi maestro.

—Ah, claro. Dijiste que estudiabas esgrima, ¿no es cierto? ¿Qué estás haciendo desnudo?

—No creerás que voy a bañarme en el río con la ropa puesta, ¿verdad?

—¿El río? Pero el agua debe de estar helada. La gente se reiría si supiera que nadas en esta época del año.

—No estaba nadando, sino dándome un baño. Mi maestro me dijo que olía a sudor, así que fui al río.

Otsū soltó una risita.

—¿Dónde os alojáis?

—En la Wataya.

—No me digas, acabo de salir de ahí.

—Lástima que no hayas ido a vernos. ¿Por qué no vienes conmigo ahora?

—Ahora no puedo. Tengo que hacer un recado.

—¡Bueno, adiós! —dijo él, volviéndose para marcharse.

—Jōtarō, ven a verme alguna vez al castillo.

—¿Puedo ir de veras?

Otsū apenas había pronunciado esas palabras cuando empezó a lamentarlas, pero dijo:

—Sí, aunque no se te ocurra venir vestido como lo estás ahora.

—Si eso es lo que sientes, no quiero ir. No me gustan los sitios donde se preocupan por bagatelas.

Otsū se sintió aliviada y aún sonreía cuando cruzó el portal del castillo. Tras devolver el caballo al establo, fue a informar a Sekishūsai.

El anciano se echó a reír.

—¡De modo que estaban enfadados! ¡Muy bien! Que se enfaden. No van a hacerme cambiar de idea. —Al cabo de un momento pareció recordar algo más—. ¿Tiraste la peonía? —le preguntó.

Ella le explicó que se la había dado a la doncella de la posada, y él anciano hizo un gesto de aprobación.

—¿Cogió el muchacho Yoshioka la peonía y la examinó?

—Sí, cuando leyó la carta.

—¿Y bien?

—Se limitó a devolvérmela.

—¿No miró el tallo?

—No vi que hiciera tal cosa.

—¿No lo examinó ni dijo nada al respecto?

—No.

—He hecho bien en negarme a recibirle. No merece la pena un encuentro con él. Creo que la casa de Yoshioka terminó con Kempō.

El dōjō de Yagyū podría calificarse apropiadamente de grandioso. Situado en el terreno que rodeaba el castillo, había sido reconstruido cuando Sekishūsai contaba unos cuarenta años, y la fuerte madera utilizada en su construcción lo hacía parecer indestructible. El brillo de la madera, adquirido con el paso de los años, parecía reflejar los rigores sufridos por los hombres que se habían adiestrado allí, y el edificio era lo bastante amplio para haber servido como cuartel de samuráis en tiempos de guerra.

—¡Ligeramente! ¡Con la punta de la espada no, con vuestras entrañas! —Shōda Kizaemon, sentado en una plataforma algo elevada y vestido con una túnica interior y *hakama*, impartía airadas instrucciones a dos aspirantes a espadachines—. ¡Repetidlo! ¡No lo hacéis nada bien!

El blanco de la reprimenda de Kizaemon era un par de samurais de Yagyū, los cuales, aunque estaban aturdidos y empapados en sudor, seguían luchando tenazmente. Tomaron posiciones, prepararon sus armas y los dos volvieron a enfrentarse como fuego contra fuego.

—¡Aóoh!

—¡Yaaaaa!

En Yagyū no se permitía a los principiantes emplear espadas de madera, sino que usaban un palo diseñado específicamente para el estilo Shinkage. Era una bolsa de cuero larga y delgada, llena de tiras de bambú, un verdadero palo de cuero sin empuñadura ni guarda de espada. Aunque menos peligroso que una espada de madera, de todos modos podía cortar una oreja o convertir Una nariz en una granada. No había restricción alguna con respecto a las partes del cuerpo que el combatiente podía atacar. Estaba permitido derribar al contrario golpeándole horizontalmente en las piernas, y no había ninguna regla que impidiera golpear a un hombre cuando estaba en el suelo.

—¡Manteneos así! ¡Sin decaer! ¡Igual que la última vez! —Kizaemon seguía dirigiendo a los estudiantes.

Era costumbre no permitir que un hombre abandonara hasta que estuviera a punto de caerse. A los principiantes se les trataba con especial dureza, sin alabarles nunca ni escatimar los insultos. Debido a ello, el samurai corriente sabía que entrar al servicio de la casa de Yagyū no era algo que pudiera tomarse a la ligera. Los recién llegados no solían durar, y los hombres que ahora servían a las órdenes de Yagyū eran el resultado de una criba minuciosa. Incluso los soldados rasos de infantería y los mozos de establo habían hecho algunos progresos en el estudio de la esgrima.

Ni que decir tiene, Shōda Kizaemon era un espadachín consumado que había dominado el estilo Shinkage a edad temprana y, bajo la tutela del mismo Sekishūsai había aprendido los secretos del estilo Yagyū, al que había añadido algunas técnicas personales, por lo que ahora hablaba orgullosamente del «verdadero estilo Shōda».

El adiestrador de caballos de Yagyū, Kimura Sukekurō, era también diestro, así como Murata Yozō, del cual, aunque estaba empleado como encargado del almacén, se decía que era un buen contrincante para Hyōgo. Debuchi Magobei, otro empleado de categoría relativamente baja, había estudiado la esgrima desde su infancia y blandía realmente un arma poderosa. El señor de Echizen había intentado persuadir a Debuchi para que entrara a su servicio, y los Tokugawa de Kii intentaron atraer a Murata, pero ambos prefirieron permanecer en Yagyū, aunque los beneficios materiales fuesen menores.

La casa de Yagyū, que ahora se encontraba en la cima de su prosperidad, estaba produciendo un torrente al parecer interminable de grandes espadachines. Del mismo modo, los samurais de Yagyū no eran reconocidos como espadachines hasta que habían demostrado su capacidad sobreviviendo al régimen implacable.

—¡Eh, tú! —gritó Kizaemon, llamando a un guardián que pasaba por el exterior. Le había sorprendido ver a Jōtarō, que seguía al soldado.

—¡Hola! —dijo el chiquillo, amigable como de costumbre.

—¿Qué estás haciendo en el castillo? —le preguntó Kizaemon severamente.

—El hombre de la entrada me ha hecho pasar —replicó sinceramente Jōtarō.

—¿Ah, sí? —Entonces se dirigió al guardián—. ¿Por qué has traído a este chico aquí?

—Ha dicho que quería verte.

—¿Quieres decir que has traído aquí a este niño fiándote tan sólo de su palabra?... ¡Muchacho!

—Sí, señor.

—Esto no es un campo de juegos. Vete de aquí.

—Pero no he venido a jugar. Traigo una carta de mi maestro.

—¿De tu maestro? ¿No dijiste que era uno de esos estudiantes errantes?

—Lee la carta, por favor.

—No tengo necesidad de hacerlo.

—¿Qué ocurre? ¿Es que no sabes leer?

Kizaemon soltó un bufido.

—Bien, si puedes leerla, léela.

—Eres un mocoso astuto. La razón por la que he dicho que no necesito leerla, es que ya sé lo que dice.

—Aun así, ¿no crees que sería más cortés leerla?

—Los estudiantes de guerrero pululan por aquí como mosquitos y lombrices. Si dedicara tiempo a ser cortés con todos ellos, no podría hacer ninguna otra cosa. No obstante, como lo siento por ti, te diré lo que dice la carta. ¿De acuerdo?

—Dice que al firmante le gustaría que se le permitiera ver nuestro magnífico dōjō, que quisiera estar, aunque sólo fuera por un minuto, a la sombra del más grande

maestro del país, y que por el bien de todos los sucesores que seguirán el camino de la espada, agradecería que se le concediera una lección. Supongo que ése es en sustancia el contenido de la carta.

Jōtarō le miró con los ojos muy abiertos.

—¿Es eso lo que dice la carta?

—Sí, de modo que no hace falta que la lea, ¿no crees? Pero que no se diga que la casa de Yagyū rechaza insensiblemente a quienes la visitan. —Hizo una pausa y, como si hubiera ensayado sus palabras, siguió diciendo—: Pide al guardián que te lo explique todo. Cuando llegan a esta casa los estudiantes de guerrero, entran por la puerta principal y pasan a la del medio, a la derecha de la cual hay un edificio llamado Shin'indō, identificado por una placa de madera. Si lo solicitan al encargado, pueden descansar ahí durante algún tiempo, y hay los servicios necesarios para que pasen una o dos noches. Cuando se marchan, se les da una pequeña suma de dinero para ayudarles en su viaje. Pues bien, lo que has de hacer ahora es entregar esta carta al encargado del Shin'indō. ¿Entendido?

—¡No! —replicó Jōtarō. Sacudió la cabeza y alzó ligeramente el hombro derecho —. ¡Escuchad, señor!

—¿Y bien?

—No debéis juzgar a la gente por su aspecto. ¡No soy el hijo de un mendigo!

—Debo admitir que, en efecto, tienes cierta habilidad verbal.

—¿Por qué no echáis una mirada a la carta? Es posible que diga algo totalmente distinto a lo que creéis. ¿Qué haríais entonces? ¿Permitiríais que os cortara la cabeza?

—¡Espera un momento! —dijo Kizaemon, riéndose. Su cara, con la boca roja detrás de la barba erizada, parecía el interior de una castaña rota—. No, no puedes cortarme la cabeza.

—Bien, entonces leed la carta.

—Ven aquí.

—¿Por qué? —Jōtarō tuvo la aprensiva sensación de que había ido demasiado lejos.

—Admiro la determinación con que no estás dispuesto a permitir que el mensaje de tu maestro se quede sin entregar. La leeré.

—¿Y por qué no habríais de hacerlo? Sois el oficial de mayor rango en la casa de Yagyū, ¿no es cierto?

—Blandes soberbiamente la lengua. Esperemos que puedas hacer lo mismo con la espada cuando crezcas. —Rompió el sello de la carta y leyó en silencio el mensaje de Musashi. A medida que lo hacía su expresión iba poniéndose seria—. ¿Has traído algo junto con esta carta?

—¡Ah, sí, se me olvidaba! —Rápidamente, Jōtarō sacó del interior de su kimono el tallo de peonía.

Kizaemon examinó silenciosamente ambos extremos del tallo, con cierta expresión de perplejidad. No podía entender del todo el significado de la carta de Musashi.

Éste explicaba que la doncella de la posada le había dado la flor, diciendo que procedía del castillo, y que al examinar el tallo había descubierto que el corte no había sido hecho por «una persona ordinaria». El mensaje seguía diciendo: «Tras colocar la flor en un florero, percibí en ella cierto espíritu especial, y sentí que debía conocer a la persona que realizó el corte. Puede que la cuestión parezca trivial, pero si no os importa decirme qué miembro de vuestra casa lo ha hecho, os agradecería que me enviarais la respuesta por medio del muchacho que os entrega esta carta».

Eso era todo... No mencionaba que el firmante fuese un estudiante ni solicitaba un encuentro de esgrima.

«Qué cosa tan extraña ha escrito», se dijo Kizaemon. Miró de nuevo el tallo de peonía y volvió a examinar atentamente los dos extremos, pero sin poder discernir si uno de ellos difería del otro.

—¡Murata! —llamó—. Ven a ver esto. ¿Ves alguna diferencia entre los cortes en los extremos de este tallo? ¿Tal vez uno de los cortes parece más afilado?

Murata Yozō examinó el tallo por uno y otro lado, pero tuvo que confesar que no veía diferencia alguna entre ambos cortes.

—Enseñémoslo a Kimura.

Se dirigieron a la dependencia que estaba al fondo del edificio y plantearon el problema a su colega, el cual se mostró tan desconcertado como ellos. Debuchi, que también se encontraba en la dependencia, dijo:

—Ésta es una de las flores que el anciano señor en persona cortó anteayer. ¿No estabas con él en esa ocasión, Shōda?

—No. Le vi arreglar una flor, pero no cortarla.

—Pues bien, ésta es una de las que cortó. Puso una en el florero de su habitación y pidió a Otsū que llevara la otra a Yoshioka Denshichirō junto con una carta.

—Sí, lo recuerdo —dijo Kizaemon, mientras leía de nuevo la carta de Musashi. De repente, alzó los ojos con una expresión de sorpresa—. El firmante de esta carta es «Shimmen Musashi». ¿Creéis que este Musashi es el mismo Miyamoto Musashi que ayudó a los sacerdotes del Hōzōin a matar a toda aquella chusma en la planicie de Hannya? ¡Debe de ser él!

Debuchi y Murata se pasaron la carta una y otra vez, releyéndola.

—La caligrafía tiene carácter —comentó Debuchi.

—Sí —musitó Murata—. Parece tratarse de una persona fuera de lo corriente.

—Si lo que dice la carta es cierto —dijo Kizaemon— y realmente ha podido distinguir que este tallo ha sido cortado por un experto, entonces debe de saber algo que nosotros ignoramos. La cortó el anciano maestro en persona, y parece ser que eso

está claro para alguien cuyos ojos saben ver a fondo.

—Humm, me gustaría conocerle —dijo Debuchi—. Podríamos comprobar esto y, de paso, pedirle que nos cuente lo que ocurrió en la planicie de Hannya.

Pero antes de comprometerse por sí mismo, pidió a Kimura su opinión. Kimura observó que, puesto que no recibían a ningún shugyōsha, no podían tenerle como huésped en el salón de prácticas, pero no había ningún motivo por el que no pudieran invitarle a una comida y sake en el Shin'indō. Allí los lirios ya habían florecido y las azaleas silvestres estaban a punto de hacerlo. Podrían celebrar una pequeña fiesta y hablar de esgrima y cosas por el estilo. Con toda probabilidad, a Musashi le satisfaría asistir, y con toda certeza el anciano señor no pondría objeciones si se enteraba.

Kizaemon se dio una palmada en la rodilla y dijo:

—Ésa es una sugerencia espléndida.

—También será una fiesta para nosotros —añadió Murata—. Enviémosle la respuesta ahora mismo.

Kizaemon tomó asiento para escribir la respuesta, pero antes dijo:

—El chico está afuera. Hacedle pasar.

Unos minutos antes, Jōtarō había estado bostezando y gruñendo, preguntándose cómo podían ser tan lentos, cuando un gran perro negro percibió su presencia y se acercó para husmearle. Creyendo que había encontrado un nuevo amigo, Jōtarō habló al perro y, cogiéndole por las orejas, tiró de él hacia adelante.

—Luchemos —sugirió, y acto seguido abrazó al perro y lo tumbó en el suelo. El animal se mostró condescendiente, por lo que Jōtarō lo agarró de nuevo, tumbándolo dos o tres veces más. Entonces, cerrándole la boca con ambas manos, le dijo—: ¡Ahora ladra!

Esto enfureció al perro, que se zafó de él, cogió con los dientes la falda del kimono de Jōtarō y tiró de ella tenazmente. Al muchacho le tocó el turno de enfurecerse.

—¿Quién te crees que soy? —le gritó—. ¿Cómo te atreves a hacer eso!

Desenvainó su espada de madera y la alzó amenazante por encima de su cabeza. El perro, tomándole en serio, se puso a ladrar ruidosamente para llamar la atención de los guardianes. Lanzando una maldición, Jōtarō descargó la espada sobre la cabeza del perro, produciendo un sonido como si hubiera golpeado una roca. El perro se abalanzó contra la espalda del muchacho y, agarrándole por el obi, lo derribó al suelo. Antes de que pudiera incorporarse, el perro le atacó de nuevo y Jōtarō trató frenéticamente de protegerse la cara con las manos.

Intentó escapar, pero el perro le pisaba los talones, y los ecos de sus ladridos reverberaban en las montañas. La sangre empezó a rezumar entre los dedos con los que se cubría el rostro, y pronto sus propios aullidos angustiados ahogaron los del perro.

La venganza de Jōtarō

Jōtarō regresó a la posada, se sentó ante Musashi y, satisfecho de sí mismo, le informó de que había llevado a cabo su misión. Tenía varios rasguños en la cara, y su nariz parecía una fresa madura. Sin duda estaba dolorido, pero como no dio ninguna explicación de su estado, Musashi no le hizo preguntas.

—Aquí está su respuesta —dijo el chiquillo, entregando a Musashi la carta de Shōda Kizaemon. Añadió algunas palabras sobre su encuentro con el samurai, pero no dijo nada acerca del perro. Mientras hablaba sus heridas empezaron a sangrar de nuevo—. ¿Deseas algo más? —inquirió.

—No, eso es todo, gracias.

Musashi abrió la carta de Kizaemon. Jōtarō se llevó las manos a la cara y salió apresuradamente de la habitación. Kocha le dio alcance y examinó sus rasguños con preocupación.

—¿Cómo ha ocurrido? —le preguntó.

—Un perro se me echó encima.

—¿De quién era ese perro?

—Era uno de los del castillo.

—Ah, ¿ese sabueso grande y negro llamado Kishū? Es muy bravo. Estoy segura de que, por fuerte que seas, no podrías dominarlo. ¡Hombre, si ha mordido a algunos merodeadores hasta acabar con ellos!

Aunque no existían entre ellos las mejores relaciones, Kocha le condujo al arroyo que pasaba por detrás de la casa y le dijo que se lavara la cara. Entonces ella fue en busca de un ungüento y se lo aplicó en los rasguños. Por una vez Jōtarō se portó como un caballero. Cuando ella hubo terminado de curarle, el muchacho hizo una reverencia y le dio reiteradamente las gracias.

—Deja de mover la cabeza arriba y abajo. Al fin y al cabo, eres un hombre, y eso parece ridículo.

—Pero aprecio lo que has hecho.

—Aunque nos peleemos mucho, te tengo afecto —le confesó ella.

—Tú también me gustas.

—¿De veras?

Las porciones del rostro de Jōtarō que no estaban cubiertas por el ungüento se volvieron carmesíes, mientras las mejillas de Kocha se cubrían de un tenue rubor. No había nadie a su alrededor. El sol brillaba entre las flores rosadas de melocotonero.

—Probablemente tu maestro se marchará pronto, ¿verdad? —le preguntó ella con un dejo de pesar.

—Todavía estaremos aquí algún tiempo —replicó él de modo tranquilizador.

—Ojalá pudieras quedarte uno o dos años.

Entraron en el cobertizo donde se almacenaba el pienso para los caballos y se tendieron boca arriba en el heno. Sus manos se rozaron, y Jōtarō experimentó un cálido cosquilleo. De improviso, cogió la mano de Kocha y le mordió un dedo.

—¡Ay!

—¿Te he hecho daño? Lo siento.

—No te preocupes. Vuelve a hacerlo.

—¿No te importa?

—No, no, ¡anda, muerde! ¡Muerde más fuerte!

Él la obedeció, mordisqueándole los dedos como un cachorro. El heno caía sobre sus cabezas, y no tardaron en abrazarse. Ninguno de los dos se proponía pasar de ahí pero mientras estaban abrazados entró el padre de Kocha, que la estaba buscando. Consternado ante aquella escena, su semblante adoptó la expresión severa de un sabio confuciano.

—¿Qué estáis haciendo, idiotas? ¡Los dos, que aún sois unos niños! —Los sacó del cobertizo cogidos del pescuezo y dio a Kocha un par de azotes en el trasero.

Durante el resto de aquel día, Musashi apenas habló con nadie. Permaneció sentado, cruzado de brazos y sumido en sus pensamientos.

En una ocasión, en plena noche, Jōtarō se despertó y, alzando un poco la cabeza, miró a su maestro. Musashi estaba tendido en la colchoneta con los ojos abiertos y examinaba el techo, intensamente concentrado.

Al día siguiente Musashi mantuvo la misma reserva. Jōtarō estaba asustado, temiendo que su maestro se hubiera enterado de que le habían sorprendido jugando con Kocha en el cobertizo. Pero no le dijo nada. Por la tarde Musashi envió al muchacho a pedir la cuenta, y estaba haciendo los preparativos para su partida cuando el empleado se la trajo. Le preguntó si cenarían y él respondió que no.

—¿No volveréis esta noche a dormir? —quiso saber Kocha, que estaba en un rincón sin hacer nada.

—No, te agradezco las atenciones que has tenido con nosotros, Kocha. Estoy seguro de que te hemos causado muchas molestias. Adiós.

—Cuídate —le dijo Kocha, con las manos en la cara para ocultar las lágrimas.

El posadero y las demás doncellas se alinearon en el portal para despedirles. A todos les parecía muy extraño que los viajeros se pusieran en marcha poco antes de la puesta del sol.

Musashi había recorrido un corto trecho cuando se volvió a Jōtarō. Al no verle a su lado miró hacia la posada y le vio allí, debajo del almacén, despidiéndose de Kocha. Cuando se aproximó a ellos, se apresuraron a separarse.

—Adiós —le dijo Kocha.

—Adiós —gritó Jōtarō mientras corría al lado de Musashi.

Aunque temía la expresión de éste, el muchacho no podía dejar de mirar atrás,

hasta que perdió de vista la posada.

Empezaron a aparecer luces en el valle. Musashi, que no decía nada ni había mirado una sola vez atrás, avanzaba a grandes zancadas. Jōtarō le seguía taciturno.

Al cabo de un rato, Musashi le preguntó:

—¿Todavía no llegamos?

—¿Adonde?

—A la entrada del castillo.

—¿Vamos al castillo?

—Sí.

—¿Nos alojaremos allí esta noche?

—No lo sé. Eso depende de cómo vayan las cosas.

—Ahí está. Ésa es la puerta.

Musashi se detuvo ante el portal, con los pies juntos. Por encima de las murallas cubiertas de musgo, los árboles enormes producían un sonido susurrante. Había una sola luz, que iluminaba una ventana cuadrada.

Musashi llamó y se presentó un guardián.

—Me llamo Musashi y vengo invitado por Shōda Kizaemon —le dijo al tiempo que le entregaba la carta del samurai—. ¿Quieres decirle que estoy aquí, por favor?

El guardián ya estaba informado de que iba a venir.

—Te están esperando —le dijo, haciéndole una seña para que le siguiera.

Además de sus otras funciones, el Shin'indō era el lugar donde los jóvenes del castillo estudiaban el confucianismo, y también servía como biblioteca del feudo. Todas las habitaciones a lo largo del pasillo que conducía a la parte trasera del edificio tenían las paredes llenas de estanterías, y aunque la fama de la casa de Yagyū se debía a su destreza militar, Musashi observó que también daba mucha importancia a la formación intelectual. Todo en el castillo parecía rezumar historia.

Y todo parecía estar bien dirigido, a juzgar por la limpieza del camino desde el portal al Shin'indō, la cortesía de la guardia y la austera y apacible iluminación visible en las proximidades del torreón.

A veces, cuando un visitante entra en una casa por primera vez, tiene la sensación de que ya conoce el lugar y a sus moradores. Musashi tuvo esa impresión al sentarse en el suelo de madera de la gran sala en la que le hizo entrar el guardián. Tras ofrecerle un cojín duro y redondo de paja trenzada, que él aceptó dándole las gracias, el guardián le dejó a solas. Por el camino habían dejado a Jōtarō en la sala de espera de los sirvientes.

El guardián regresó al cabo de unos minutos y dijo a Musashi que su anfitrión no tardaría en recibirle.

Musashi deslizó el cojín redondo hasta un rincón y se apoyó en un poste. A la luz del farol bajo que brillaba en el jardín vio unas espalderas de glicinas trepadoras, de

colores blanco y azul lavanda. Impregnaba la atmósfera el aroma dulzón de las flores. Le sobresaltó el croar de una rana, la primera que oía aquel año.

En algún lugar del jardín gorgoteaba el agua, una corriente que, al parecer, pasaba por debajo del edificio, ya que después de haberse acomodado notó el sonido del agua desde los muros, el techo e incluso la lámpara. Se sentía fresco y relajado. Sin embargo, en lo más profundo de sí mismo seguía viva una irreprimible desazón. Era su insaciable espíritu de lucha que le corría por las venas incluso en aquella atmósfera serena. Desde el cojín junto al poste, contempló inquisitivamente su entorno.

«¿Quién es Yagyū? —se preguntó con insolencia—. Es un espadachín, lo mismo que yo. En este aspecto estamos al mismo nivel. Pero esta noche daré un paso adelante y dejaré a Yagyū detrás de mí.»

—Siento haberte hecho esperar.

Shōda entró en la estancia con Kimura, Debuchi y Murata.

—Bienvenido a Koyagyū —le dijo cordialmente Kizaemon.

Después de que los otros tres hombres se hubieran presentado, los criados trajeron bandejas con sake y comida. El sake era de fabricación local, espeso y con aspecto de jarabe, servido en anticuadas copas con un largo pie.

—Aquí, en el campo, no podemos ofrecer mucho —le dijo Kizaemon—, pero te ruego que te consideres en tu casa.

Los demás también le invitaron con mucha cordialidad a que se pusiera cómodo y no hiciera cumplidos.

A instancias de sus anfitriones, Musashi aceptó un poco de sake, aunque no le atraía especialmente. No es que no le gustara, sino que era todavía demasiado joven para apreciar la sutileza de la bebida. Aquel sake era bastante aceptable, pero ejerció de inmediato su efecto sobre él.

—Parece que sabes beber —observó Kimura Sukekurō, ofreciéndose para llenarle de nuevo la copa—. Por cierto, tengo entendido que la peonía por la que preguntaste el otro día la cortó el señor de este castillo en persona.

Musashi se dio una palmada en la rodilla.

—¡Ya me lo parecía! —exclamó—. ¡Era espléndido!

Kimura se acercó más a él.

—Nos gustaría saber de qué modo supiste que el corte en ese tallo blando y delgado había sido hecho por un maestro de la esgrima. A todos nosotros nos ha impresionado profundamente tu habilidad para percibir ese detalle.

Musashi no estaba seguro del derrotero al que llevaría la conversación, y decidió ganar tiempo.

—¿Ah, sí? ¿De veras?

—¡Sí, es innegable! —dijeron Kizaemon, Debuchi y Murata casi al unísono.

—Nosotros no pudimos ver nada especial en él —dijo Kizaemon—, y llegamos a

la conclusión de que sólo un genio puede reconocer a otro genio. Creemos que nos sería de gran ayuda en nuestros futuros estudios si nos lo explicaras.

Musashi tomó otro sorbo de sake.

—Oh, no fue nada en particular..., sólo una suposición afortunada.

—Vamos, no seas modesto.

—No soy modesto. Es algo que sentí... por el aspecto del corte.

—¿Qué clase de sensación fue ésa?

Tal como actuarían con cualquier desconocido aquellos cuatro discípulos veteranos de la casa de Yagyū intentaban analizar a Musashi y, al mismo tiempo, ponerle a prueba. Ya habían admirado su físico, admirando su porte y la expresión de sus ojos. Pero su manera de sostener la copa de sake y los palillos revelaban su crianza campesina que les hacía sentirse inclinados a mostrarse condescendientes con él. Tras sólo tres o cuatro copas de sake, el rostro de Musashi se puso rojo cobrizo. Azorado, se llevó la mano a la frente y las mejillas dos o tres veces. Era un gesto tan juvenil que hizo reír a sus anfitriones.

—Esa sensación tuya —repitió Kizaemon—. ¿Puedes hablarnos más de ella? Mira, este edificio, el Shin'indō, fue construido expresamente por el señor Kōizumi de Ise para alojarse en él durante sus visitas. Es un edificio importante en la historia de la esgrima, un lugar apropiado para que esta noche nos alecciones.

Musashi comprendió que protestar por sus halagos no le sacaría del apuro.

—Cuando sientes algo, lo sientes y ya está —les dijo—. No hay manera de explicarlo. Si deseáis que os demuestre lo que quiero decir, tendréis que desenvainar la espada y enfrentaros a mí en un encuentro. No hay otro camino.

El humo de la lámpara se alzaba negro como tinta de calamar en el quieto aire nocturno. Volvió a oírse el croar de una rana.

Kizaemon y Debuchi, los dos mayores, intercambiaron una mirada y se rieron. Aunque el muchacho había hablado serenamente, su disposición a ser puesto a prueba era un desafío evidente, y como tal lo reconocieron.

Lo dejaron pasar sin hacer ningún comentario y hablaron de espadas, del zen, de acontecimientos en otras provincias y de la batalla de Sekigahara. Tanto Kizaemon como Debuchi y Kimura habían participado en el sangriento conflicto, y para Musashi, que estuvo en el bando contrario, las anécdotas que contaban aquellos hombres tenían un amargo timbre de verdad. Los anfitriones parecían disfrutar muchísimo de la conversación, y a Musashi, que se limitaba a escuchar, le parecían fascinantes.

Sin embargo, era consciente del rápido paso del tiempo, y en lo más hondo tenía la certeza de que si no conocía a Sekishūsai aquella noche no le conocería nunca.

Kizaemon anunció que era el momento de tomar la cebada mezclada con arroz, el último plato acostumbrado, y los servidores se llevaron el sake.

Musashi se preguntaba cómo podría ver al señor del castillo. Cada vez resultaba más claro que se vería obligado a utilizar alguna treta disimulada. ¿Debería aguijonear a uno de sus anfitriones hasta hacerle perder los estribos? Eso sería difícil cuando él mismo no estaba enfadado, y por ello decidió mostrar en varias ocasiones su desacuerdo con lo que se decía, de una manera ruda e insolente. Shōda y Debuchi se tomaron a broma esa actitud. Ninguno de aquellos hombres cedería a la provocación y haría algo temerario.

Empezó a sentirse desesperado. No soportaba la idea de marcharse sin haber logrado su objetivo. Quería poner en su corona una brillante estrella de victoria, y deseaba que quedara constancia en los anales históricos de que Musashi había estado allí y se había ido tras haber dejado su impronta en la casa de Yagyū. Quería poner de rodillas con su propia espada a Sekishūsai, aquel gran patriarca de las artes marciales, aquel «dragón de antaño», como le llamaban.

¿Le habrían conocido el juego por completo? Estaba considerando esta posibilidad cuando las cosas dieron un giro inesperado.

—¿Habéis oído eso? —preguntó Kimura.

Murata salió a la terraza y, al regresar a la estancia, comentó:

—Tarō está ladrando, pero no como de costumbre. Creo que hay algo raro.

Tarō era el perro con el que se había peleado Jōtarō. No había duda de que los ladridos, que parecían proceder del segundo muro que rodeaba al castillo eran alarmantes, demasiado ruidosos y terribles para que se debieran a un solo perro.

—Creo que será mejor que eche un vistazo —dijo Debuchi—. Perdóname por aguar la fiesta, Musashi, pero esto podría ser importante. Por favor, continuad sin mí.

Poco después de que hubiera salido, Murata y Kimura se excusaron, rogando cortésmente a Musashi que les perdonara.

Los ladridos se intensificaron. Al parecer, el perro intentaba advertir de algún peligro. Cuando uno de los perros del castillo actuaba de esa manera, era señal casi segura de que sucedía algo funesto. La paz de la que gozaba el país no era tan firme como para que un daimyō pudiera permitirse relajar la vigilancia contra los feudos vecinos. Aún había guerreros sin escrúpulos que podían rebajarse a hacer cualquier cosa para satisfacer su ambición, y los espías vagaban por el territorio en busca de blancos satisfechos de sí mismos y vulnerables.

Kizaemon parecía alterado en extremo. Miraba fijamente la siniestra luz de la pequeña lámpara, como si contara los ecos de un ruido sobrenatural.

Finalmente se oyó un gemido largo y lastimero. Kizaemon gruñó y miró a su visitante.

—Está muerto —dijo Musashi.

—Sí, lo han matado. —Incapaz de seguir conteniéndose, Kizaemon se levantó—. No puedo entenderlo.

Se dispuso a salir, pero Musashi le detuvo.

—Un momento —le dijo—. ¿Sigue en la sala de espera Jōtarō, el muchacho que ha venido conmigo?

Preguntaron a un joven samurai que estaba delante del Shin'indō, el cual fue en busca del muchacho y regresó diciendo que no le veía por ningún lado.

Una expresión preocupada ensombreció el semblante de Musashi, el cual se volvió a Kizaemon y le dijo:

—Creo saber lo que ha ocurrido. ¿Te importaría que te acompañe?

—En absoluto.

A unas trescientas varas del dōjō, se había reunido una muchedumbre con varias antorchas encendidas. Además de Murata, Debuchi y Kimura, había varios soldados de infantería y guardianes, los cuales formaban un círculo negro. Todos ellos hablaban y gritaban al mismo tiempo.

Desde el borde exterior del círculo, Musashi examinó el espacio abierto en el centro, y el corazón le dio un vuelco. Tal como había temido, allí estaba Jōtarō, cubierto de sangre y con el aspecto de ser el mismísimo hijo del diablo, la espada de madera en la mano, los dientes apretados, los hombros subiendo y bajando al ritmo de su respiración entrecortada.

A su lado yacía Tarō, enseñando los dientes y con las patas extendidas. Los ojos sin vista del perro reflejaban la luz de las antorchas. De la boca le brotaba sangre.

—Es el perro de su señoría —dijo alguien tristemente.

Un samurai se dirigió a Jōtarō y le gritó:

—¡Pequeño bastardo! ¿Qué has hecho? ¿Eres tú quien ha matado al perro? —El hombre, enfurecido, descargó una bofetada que Jōtarō apenas tuvo tiempo de esquivar.

El chiquillo cuadró los hombres y gritó desafiante:

—¡Sí, yo lo he hecho!

—¡Lo admites!

—¡Tenía un motivo!

—¡Ja!

—Me he vengado.

—¿Qué?

La respuesta de Jōtarō dejó pasmados a los presentes. Todos estaban encolerizados. Tarō era el perro favorito del señor Munenori de Tajima, y no sólo eso, sino que tenía pedigrí como vástago de Raiko, una perra perteneciente al señor Yorinori de Kishū, a la que éste tenía en gran estima. El señor Yorinori le había dado personalmente el cachorro a Munenori, quien lo había criado por sí mismo. En consecuencia, la muerte del animal sería investigada a fondo, y ahora el destino de los dos samurais encargados de cuidar del animal era comprometido.

El hombre que ahora se enfrentaba a Jōtarō era uno de esos dos samurais.

—¡Calla! —gritó, dirigiendo su puño a la cabeza de Jōtarō.

Esta vez el muchacho no pudo esquivarlo a tiempo y recibió el golpe cerca de la oreja.

Jōtarō se llevó la mano al lugar golpeado.

—¿Qué estás haciendo? —gritó.

—Has matado al perro del maestro. Espero que no te importe que te maten de la misma manera, porque eso es exactamente lo que voy a hacer.

—Lo único que he hecho es desquitarme. ¿Por qué has de castigarme por eso? ¡Un hombre adulto debería saber que no está bien!

Desde el punto de vista de Jōtarō, sólo había protegido su honor, arriesgando su vida al hacerlo, pues una herida visible era una gran deshonra para un samurai. A fin de defender su orgullo, no tenía más alternativa que matar al perro. Con toda probabilidad había esperado que le alabaran por su valerosa conducta. Defendió su postura, decidido a no retroceder.

—¡Cierra tu insolente boca! —gritó el cuidador del perro—. No me importa que seas hijo único. Eres lo bastante mayor para conocer la diferencia entre un perro y un ser humano. Qué idea tan absurda... ¡Vengarse de un animal que no razona!

Cogió a Jōtarō por el cuello, miró a la multitud en busca de aprobación y declaró que tenía el deber de castigar al asesino del perro. La multitud asintió en silencio. Los cuatro hombres que hasta hacía unos momentos habían estado agasajando a Musashi parecían afligidos pero no decían nada.

—¡Ladra, chico! ¡Ladra como un perro! —gritó el cuidador.

Hizo dar varias vueltas a Jōtarō, cogido del cuello, y con una expresión cruel en los ojos lo derribó al suelo. Agarró un palo de roble y lo alzó por encima de su cabeza, dispuesto a golpear.

—Has matado al perro, pequeño rufián. ¡Ahora te toca el turno! ¡Levántate para que pueda matarte! ¡Ladra! ¡Muérdeme!

Apretando los dientes con fuerza y apoyándose en un brazo, Jōtarō se puso en pie, blandiendo la espada de madera. Sus facciones no habían perdido aquella cualidad de duendecillo, pero la expresión de su rostro no tenía nada de infantil, y el aullido que salió de su garganta era pavorosamente salvaje.

Cuando un adulto se enfada, a menudo lo lamenta después, pero cuando despierta la cólera de un niño ni siquiera la madre que lo trajo al mundo puede aplacarle.

—¡Mátame! —gritó—. ¡Vamos, mátame!

—¡Muere entonces! —replicó el enfurecido cuidador, y descargó el palo.

El golpe podría haber matado al muchacho de haberle tocado, pero no lo hizo. Un agudo chasquido reverberó en los oídos de los espectadores, y la espada de madera de Jōtarō voló por el aire. Sin pensar en lo que hacía, había parado el golpe del samurai.

Desarmado, cerró los ojos y se lanzó ciegamente contra el vientre de su enemigo, aferrándose al obi del hombre con los dientes. Luchando por su vida, arañaba la entrepierna del cuidador, mientras éste cortaba inútilmente el aire con el palo.

Musashi había permanecido en silencio, cruzado de brazos y con semblante inexpresivo, pero entonces apareció otro bastón de roble. Un segundo hombre había saltado al redondel y estaba a punto de atacar a Jōtarō por detrás. Musashi entró en acción. Bajó los brazos y en un instante se abrió paso entre la muchedumbre hasta llegar al espacio abierto en el centro.

—¡Cobarde! —gritó al segundo hombre.

Un palo de roble y dos piernas describieron un arco en el aire y aterrizaron a cuatro varas de distancia.

—¡Y ahora voy a por ti, diablillo! —gritó Musashi. Aferrando el obi de Jōtarō con ambas manos, alzó al muchacho por encima de su cabeza y lo mantuvo ahí. Entonces se volvió al cuidador, que estaba recogiendo su palo, y le dijo—: He estado observando esto desde el principio y creo que estás actuando mal. Este chico es mi servidor, y si tienes algo que objetar contra él, también deberías tenerlo contra mí.

—Muy bien, así lo haremos —dijo con vehemencia el cuidador—. ¡Os pondremos objeciones a los dos!

—¡Magnífico! Os desafiaremos juntos. ¡Toma, ahí va el chico!

Lanzó a Jōtarō contra el hombre. La multitud ahogó un grito de sorpresa y retrocedió. ¿Acaso aquel hombre estaba loco? Utilizar a un ser humano como arma arrojadiza contra otro ser humano era algo inaudito.

El cuidador del perro vio incrédulo que Jōtarō volaba y chocaba contra su pecho. El hombre cayó hacia atrás, como si hubieran retirado de pronto un apoyo que le sostenía. Era difícil saber si se había golpeado la cabeza contra una piedra o se había roto las costillas. Golpeó el suelo con un aullido y empezó a vomitar sangre. Jōtarō rebotó del pecho de aquel hombre, dio una voltereta en el aire y rodó como una bola hasta un lugar a veinte o treinta pies de distancia.

—¿Habéis visto eso? —gritó un hombre.

—¿Quién es este rōnin loco?

La riña ya no concernía sólo al perro del cuidador, y los demás samurais empezaron a insultar a Musashi. La mayoría de ellos desconocían que éste era un invitado, y varios sugirieron que le mataran allí mismo.

—¡Escuchadme todos! —gritó Musashi.

Le miraron fijamente, mientras él recogía la espada de madera de Jōtarō y se enfrentaba a ellos mirándoles con un ceño aterrador.

—El delito del niño es el delito de su maestro y los dos estamos dispuestos a pagar por ello. Pero primero permitidme que os diga esto: no tenemos intención de permitir que nos matéis como perros. Estamos dispuestos a desafiaros.

¡En vez de reconocer el delito y aceptar su castigo, los estaba desafiando! Si en aquel momento Musashi hubiera pedido disculpas por lo que había hecho Jōtarō y hablado en su defensa, si hubiera hecho siquiera el más ligero intento de suavizar los sentimientos encrespados de los samurais de Yagyū, el incidente podría haber quedado solventado discretamente. Pero la actitud de Musashi lo impedía. Parecía empeñado en crear un disturbio todavía mayor.

Shōda, Kimura, Debuchi y Murata le miraban con el ceño fruncido, preguntándose de nuevo a qué clase de ejemplar anormal habían invitado al castillo. Deplorando su falta de juicio, rodearon gradualmente a la multitud sin dejar de vigilarle.

La gente había estado furiosa de entrada, y el desafío de Musashi exacerbó su cólera.

—¡Escuchadle! ¡Es un forajido!

—¡Es un espía! ¡Atadle!

—¡No, ensartadle!

—¡Que no escape!

Por un momento pareció como si Musashi y Jōtarō, que volvía a estar a su lado, estuvieran a punto de ser engullidos por un par de espadas, pero entonces una voz autoritaria gritó:

—¡Esperad!

Era Kizaemon, el cual, junto con Debuchi y Murata, trataba de mantener a la multitud a raya.

—Este hombre parece haber planeado todo esto —dijo Kizaemon—. Si os dejáis tentar por él y os mata o hiere, tendremos que dar cuenta de ello a su señoría. El perro era importante, pero no tanto como la vida humana. Nosotros cuatro asumiremos toda la responsabilidad. Podéis tener la seguridad de que no sufriréis perjuicio alguno por nada de lo que hagamos. Ahora sosegaos y volved a casa.

Con cierta renuencia, la multitud se dispersó, dejando a los cuatro hombres que habían agasajado a Musashi en el Shin'indō. Ya no eran un huésped y sus anfitriones, sino un forajido enfrentado a sus jueces.

—Lamento informarte que tu plan ha fracasado, Musashi —dijo Kizaemon—. Supongo que alguien te envió para que espiaras el castillo de Koyagyū o causaras disturbios, pero me temo que no os ha salido bien.

A medida que avanzaban hacia él, Musashi era plenamente consciente de que no había uno solo de ellos que no fuese experto en el manejo de la espada. Permaneció inmóvil, la mano sobre el hombre de Jōtarō. Estaba rodeado y no podría escapar aunque tuviera alas.

—¡Musashi! —gritó Debuchi, sacando un poco la espada de su vaina—. Has fracasado. Lo apropiado en este caso es que te suicides. Puede que seas un canalla,

pero has mostrado una gran valentía al venir a este castillo con sólo este chico por compañía. Hemos pasado una agradable velada. Ahora esperaremos a que estés preparado para hacerte el harakiri. ¡Cuando estés listo, podrás demostrar que eres un verdadero samurai!

Ésa sería la solución ideal, pues no habían consultado con Sekishūsai, y si Musashi moría ahora el asunto podría ser enterrado junto con su cuerpo.

Musashi tenía otras ideas.

—¿Creéis que he de matarme? ¡Eso es absurdo! No tengo ninguna intención de morir en mucho tiempo. —Soltó una risotada que le sacudió los hombros.

—Muy bien —dijo Debuchi. Su tono era sereno, pero el significado de sus palabras claro como el cristal—. Hemos procurado tratarte decentemente, pero no has hecho más que aprovecharte de nosotros...

—¡No es necesario seguir hablando! —le interrumpió Kimura, el cual se colocó detrás de Musashi y le empujó—. ¡Camina! —le ordenó.

—¿Caminar? ¿Adonde?

—A las celdas.

Musashi asintió y echó a andar, pero en la dirección elegida por él, hacia el torreón del castillo.

—¿Adonde crees que vas? —gritó Kimura, saltando delante de Musashi y extendiendo los brazos para impedirle el paso—. Por aquí no se va a las celdas. ¡Están detrás de ti, así que date la vuelta y sigue andando!

—¡No! —gritó Musashi.

Miró a Jōtarō, que continuaba a su lado, y le dijo que se sentara debajo de un pino del jardín, delante del torreón. El terreno alrededor del pino estaba cubierto de arena cuidadosamente rastrillada.

Jōtarō salió corriendo de debajo de la manga de Musashi y se escondió detrás del árbol, intrigado por lo que haría su maestro a continuación. Volvió a su mente el recuerdo de la valentía de Musashi en la planicie de Hannya, y se sintió henchido de orgullo.

Kizaemon y Debuchi tomaron posiciones a cada lado de Musashi e intentaron hacerle retroceder tirándole de los brazos. Musashi no se movió de donde estaba.

—¡Vamos!

—No voy.

—¿Pretendes oponer resistencia?

—¡Así es!

Kimura perdió la paciencia y empezó a desenvainar la espada, pero Kizaemon y Debuchi, mucho más veteranos que él, le ordenaron que se mantuviera a distancia.

—¿Qué te ocurre? ¿Adonde crees que vas?

—Me propongo ver a Yagyū Sekishūsai.

—¿Cómo dices?

No les había pasado por la mente la posibilidad de que aquel joven loco hubiera pensado en algo tan ridículo.

—¿Y qué harías si le vieras? —le preguntó Kizaemon.

—Soy joven, estoy estudiando las artes marciales y uno de los objetivos de mi vida es recibir una lección del maestro del estilo Yagyū.

—Si es eso lo que querías, ¿por qué no lo solicitaste?

—¿No es cierto que Sekishūsai nunca recibe a nadie y jamás da lecciones a los estudiantes de guerrero?

—En efecto.

—En ese caso, ¿qué otra cosa puedo hacer si no es desafiarle? Por supuesto, comprendo que, aun cuando lo haga, probablemente él se negará a abandonar su retiro, y por eso desafío en combate a todo este castillo.

—¿Un combate? —corearon los cuatro.

Con los brazos todavía sujetos por Kizaemon y Debuchi, Musashi alzó la vista al cielo. Se oyó un sonido aleteante, el de un águila que volaba hacia ellos desde la negrura que envolvía al monte Kasagi. Como un sudario gigantesco, la silueta del ave ocultó las estrellas antes de deslizarse ruidosamente y posarse en el tejado del almacén de arroz.

La palabra «combate» les pareció tan melodramática a los cuatro samurais que les hizo reír, mas para Musashi apenas expresaba su concepto de lo que estaba por venir. No se refería a un encuentro de esgrima cuyo resultado dependería tan sólo de la habilidad técnica. Quería una guerra total, en la que los combatientes concentraran todo su espíritu y su capacidad, y en la que se decidirían sus destinos. Una batalla entre dos ejércitos podría ser diferente en la forma, pero en esencia era lo mismo. Se trataba de algo sencillo: una batalla entre un hombre y un castillo. La fuerza de voluntad de Musashi se manifestaba en la firmeza con que hincaba ahora los talones en el suelo. Esa férrea determinación fue lo que hizo que la palabra «combate» aflorase con naturalidad a sus labios.

Los cuatro hombres le escrutaron el rostro, preguntándose de nuevo si le quedaba un ápice de cordura.

Kimura aceptó el desafío. Lanzó al aire sus sandalias de paja, se arremangó el hakama y dijo:

—¡Muy bien! ¡Nada mejor que un combate! No puedo ofrecerte tambores de ondulante sonido ni gongs estruendosos, pero sí una pelea. Shōda, Debuchi, traedle aquí. —Kimura había sido el primero en sugerir que debían castigar a Musashi, pero se había contenido, procurando ser paciente. Ahora estaba harto—. ¡Adelante! —instó a sus compañeros—. ¡Dejádmelo a mí!

Kizaemon y Debuchi empujaron a Musashi hacia adelante exactamente al mismo

tiempo. Avanzó a trompicones cuatro o cinco pasos, en dirección a Kimura. Éste retrocedió un paso, alzó el codo por encima de su cara y, aspirando hondo, descargó rápidamente su espada hacia la forma tambaleante de Musashi. Se oyó un curioso ruido crujiente cuando la espada cortó el aire.

Al mismo tiempo se oyó un grito... No era Musashi sino Jōtarō, que había abandonado su posición detrás del pino. El puñado de tierra que había arrojado era el motivo del extraño ruido.

Musashi había comprendido que Kimura estaría juzgando la distancia a fin de golpear con eficacia, y por ello había aumentado a propósito de velocidad de sus pasos tambaleantes. Por eso cuando Kimura golpeó, Musashi se encontraba mucho más cerca de su contrario de lo que éste había previsto, y la espada no tocó más que aire y arena.

Ambos hombres saltaron atrás rápidamente, separándose tres o cuatro pasos, y permanecieron allí, mirándose amenazantes en la quietud llena de tensión.

—Esto va a ser algo digno de verse —dijo Kizaemon en voz baja.

Aunque Debuchi y Murata estaban al margen del combate, tomaron nuevas posiciones y adoptaron posturas defensivas. Por lo que habían visto hasta entonces, no se hacían ilusiones con respecto a la competencia de Musashi como luchador. Su evasión y recuperación ya les había convencido de que era un contrincante apropiado para Kimura.

Kimura tenía colocada la espada algo más abajo del pecho, y permanecía inmóvil. Musashi, también inmóvil, tenía una mano en la empuñadura de su espada, el hombro derecho adelantado y el codo alto. Sus ojos eran dos piedras blancas y pulidas en su rostro ensombrecido.

Durante un rato el combate fue sólo de nervios, pero antes de que cualquiera de los hombres se moviese, la oscuridad que rodeaba a Kimura pareció oscilar, cambiar de una manera indefinible. Pronto resultó evidente que respiraba con más rapidez y agitación que Musashi.

Debuchi emitió un leve gruñido, apenas audible. Ahora sabía que lo que se había iniciado como un asunto relativamente trivial iba a terminar en una catástrofe. Estaba seguro de que Kizaemon y Murata lo entendían tan bien como él. No iba a ser fácil poner fin a aquello.

El resultado de la lucha entre Musashi y Kimura estaba decidido, a menos que se tomaran medidas extraordinarias. Como los tres eran reacios a hacer nada que pudiera interpretarse como cobardía, se vieron obligados a actuar para evitar el desastre. La mejor solución sería librarse de aquel intruso desconocido y desequilibrado de la manera más expeditiva que fuese posible, sin que ellos mismos sufrieran innecesarias heridas. No fue preciso ningún intercambio de palabras. Se comunicaron a la perfección con los ojos.

Actuando al unísono, los tres se aproximaron a Musashi. Al mismo tiempo, la espada de éste cortó el aire con la vibración de una cuerda de arco, y un grito atronador llenó el espacio vacío. El grito de batalla no procedía solamente de su boca, sino de todo su cuerpo, el súbito sonido de una campana de templo que resonaba en todas direcciones. Sus contrarios, colocados a cada lado de él, emitieron un gorgoteo siseante.

Musashi se sentía vibrantemente vivo. Su sangre parecía a punto de brotar por cada poro, pero su cabeza se mantenía fría como el hielo. ¿Era aquél el loto llameante del que hablaban los budistas? ¿El calor extremo se equipara al frío extremo, era la síntesis de la llama y el agua?

No hubo más arena lanzada a través del aire. Jōtarō había desaparecido. Desde la cumbre del monte Kasagi llegaban ráfagas de viento. Las espadas blandidas con fuerza tenían una luminiscencia amenazante.

Aunque eran uno contra cuatro, Musashi no se sentía en gran desventaja. Era consciente del abultamiento de sus venas.

En esas ocasiones se dice que arraiga en la mente la idea de morir, pero por la mente de Musashi no pasaba el pensamiento de la muerte, aunque no estuviera seguro de que sería capaz de ganar.

El viento parecía soplar a través de su cabeza, enfriándole el cerebro y aclarando su visión, aunque su cuerpo estaba cada vez más húmedo y las gotas de aceitoso sudor brillaban en su frente.

Oyó un leve crujido. Como las antenas de un escarabajo, la espada de Musashi le dijo que el hombre situado a su izquierda había movido el pie una o dos pulgadas. Efectuó la corrección necesaria en la posición de su arma, y el enemigo, también perceptivo, no hizo ningún movimiento más de ataque. Los cinco formaban un cuadro vivo aparentemente estático.

Musashi era consciente de que cuanto más se prolongara aquella situación, menos ventajosa sería para él. Le habría gustado tener a sus contrarios no a su alrededor sino extendidos en línea recta, para atacarlos uno tras otro, pero no se estaba enfrentando a unos aficionados. Lo cierto era que hasta que uno de ellos no se hubiera movido espontáneamente, Musashi no podría efectuar ningún movimiento. Lo único que podía hacer era esperar y confiar en que finalmente uno de ellos diera un momentáneo paso en falso, brindándole una oportunidad.

Poco tranquilizaba a sus adversarios su superioridad numérica, pues sabían que a la más ligera señal de una actitud relajada por parte de cualquiera de ellos, Musashi atacaría. Comprendían que aquél era un hombre de una clase con la que no se encontraban ordinariamente en este mundo.

Ni siquiera Kizaemon podía hacer movimiento alguno. «¡Qué hombre tan extraño!», se decía para sus adentros.

Espadas, hombres, tierra, cielo..., todo parecía haberse paralizado. Pero entonces se oyó en aquella inmovilidad un sonido del todo inesperado, el sonido de una flauta acarreado por el viento.

Cuando la melodía llegó a oídos de Musashi, éste se olvidó de sí mismo, se olvidó del enemigo, se olvidó de la vida y la muerte. En lo más profundo de su mente conocía aquel sonido, pues era el que le había atraído y hecho salir de su escondrijo en el monte Takateru..., el sonido que le había puesto en manos de Takuan. Aquélla era la flauta de Otsū, y quien la tocaba no era otra que ella.

Se sintió desfallecer internamente. En el exterior el cambio fue apenas perceptible, pero suficiente. Lanzando un grito de batalla que le salió de las entrañas, Kimura se abalanzó y el brazo que sostenía la espada pareció alargarse seis o siete pies.

Los músculos de Musashi se tensaron, y la sangre pareció correr turbulenta por sus venas, precipitándose hacia la hemorragia. Estaba seguro de que la espada de su contrario le había alcanzado. La manga izquierda estaba desgarrada desde el hombro a la muñeca, y la súbita aparición del brazo desnudo le hizo creer que su carne había sido abierta.

Por una vez le abandonó el dominio de sí mismo y gritó el nombre del dios de la guerra. Dio un salto, se volvió de súbito y vio que Kimura se tambaleaba hacia el lugar donde él mismo había estado.

—¡Musashi! —gritó Debuchi Magobei.

—¡Hablas mejor que luchas! —le provocó Murata, al tiempo que, con Kizaemon, se disponía a interceptar a Musashi.

Pero Musashi dio una tremenda patada en el suelo y saltó lo bastante alto para rozar las ramas inferiores de los pinos. Entonces saltó una y otra vez y se alejó raudamente en la oscuridad, sin mirar una sola vez atrás.

—¡Cobarde!

—¡Musashi!

—¡Lucha como un hombre!

Cuando Musashi llegó al borde del foso interior del castillo, se oyó un crujido de ramas y luego el silencio. El único sonido era la dulce melodía de la flauta a lo lejos.

Los ruiseñores

Era imposible saber cuánta agua de lluvia estancada podría haber en el fondo del foso de treinta pies de profundidad. Tras lanzarse al seto cerca de la parte superior y deslizarse rápidamente hasta la mitad, Musashi se detuvo y arrojó una piedra. Al no oír ningún chapoteo, saltó al fondo, donde se tendió boca arriba sobre la hierba sin hacer el menor ruido.

Al cabo de un tiempo sus costillas dejaron de subir y bajar y su pulso volvió a la normalidad. Mientras el sudor se enfriaba, empezó a respirar de nuevo de una manera regular.

«¡No es posible que Otsū esté aquí, en el Koyagyū! —se dijo—. Mis oídos deben de engañarme... Pero, bien mirado, no es tan imposible. Podría haber sido ella.»

Mientras se debatía consigo mismo, imaginó los ojos de Otsū entre las estrellas que brillaban en el cielo, y pronto se entregó a los recuerdos. La vio en el puerto de montaña donde estaba la frontera entre Mimasaka y Harima, en el lugar donde le dijo que no podría vivir sin él, que no habría ningún otro hombre en el mundo para ella. Luego la vio en el puente Hanada de Himeji, cuando ella le dijo cómo le había esperado durante casi mil días y habría esperado diez o veinte años, hasta que fuese una anciana de cabello gris, y le rogó que la llevara con él, afirmando que podría soportar cualquier penalidad.

La huida de Musashi en Himeji había sido una traición. ¡Cómo debió de odiarle ella a partir de entonces! Cómo debió de morderse los labios y maldecir a los hombres impredecibles...

«¡Perdóname!» La palabra que Musashi tallara en la barandilla del puente brotó de sus labios, y las lágrimas se deslizaron por las comisuras de sus ojos.

Le sobresaltó un grito en lo alto del foso, y creyó haber oído que alguien decía: «No está aquí». Tres o cuatro antorchas de pino titilaron entre los árboles y desaparecieron. Quienes le buscaban no le habían localizado.

Se sintió irritado consigo mismo por no ser capaz de contener las lágrimas.

«¿Para qué necesito una mujer?», se preguntó desdeñosamente, enjugándose las lágrimas. Se puso en pie de un salto, alzó la vista y contempló la negra silueta del castillo de Koyagyū. «¡Me han llamado cobarde, han dicho que no podía luchar como un hombre! Pero aún no me he rendido, ni mucho menos. No he huido. Sólo he llevado a cabo una retirada táctica.»

Había transcurrido cerca de una hora cuando echó a andar lentamente por el fondo del foso.

«De todos modos, luchar con esos cuatro no tenía ninguna utilidad. Para empezar, ése era mi objetivo. Cuando me encuentre ante Sekishūsai empezará el verdadero combate.»

Se detuvo y empezó a recoger ramas caídas, que rompió en fragmentos sobre una rodilla. Introduciendo los cortos palos en las grietas del muro de piedra y usándolos como asideros, fue trepando hasta salir del foso.

Ya no oía el sonido de la flauta. Por un instante tuvo la vaga sensación de que Jōtarō le llamaba, pero cuando se detuvo y aguzó el oído no oyó nada. No estaba realmente preocupado por el muchacho, pues sabía cuidar la distancia. Probablemente estaba ya muy lejos de allí. La ausencia de antorchas indicaba que la búsqueda había sido suspendida, por lo menos durante la noche.

La idea de encontrar a Sekishūsai y derrotarle volvía a ser su pasión dominante, la forma inmediata adoptada por su abrumador deseo de reconocimiento y honor.

A través del posadero se había enterado de que Sekishūsai no estaba retirado dentro del perímetro del castillo, sino en un lugar apartado, en el terreno circundante. Recorrió el bosque y los pequeños valles, temiendo en ocasiones haberse desviado de los terrenos del castillo, pero pronto un trecho de foso, un muro de piedra o un granero de arroz le confirmaban que todavía se hallaba dentro.

Buscó durante toda la noche, obedeciendo a un impulso diabólico. Cuando encontrara la casa en la montaña, se proponía irrumpir en ella y lanzar de inmediato su desafío. Pero fueron transcurriendo las horas, y al final habría agradecido incluso la visión de un fantasma que se le apareciera con la forma de Sekishūsai.

Estaba próximo el amanecer cuando Musashi se encontró en el portal posterior del castillo. Al otro lado se alzaba un precipicio y, por encima, el monte Kasagi. Reprimiendo un grito de frustración, desanduvo sus pasos hacia el sur. Finalmente, al pie de una pendiente que descendía hacia el ala sudeste del castillo, unos árboles bien formados rodeados de hierba bien cuidada le indicaron que había encontrado el refugio. Pronto confirmó su conjetura un portal con techado de paja, en el estilo preferido por el gran maestro de la ceremonia del té Sen no Rikyū. En el interior avistó un bosquecillo de bambúes envuelto en la niebla matinal.

Miró a través de una grieta en la puerta y vio que el camino serpenteaba por el bosquecillo y subía por la ladera, como en los retiros de montaña del zen budista. Sintió la momentánea tentación de saltar por encima de la valla, pero se contuvo. Algo en el entorno se lo impedía. ¿Era el amoroso cuidado que con toda evidencia había sido volcado en el lugar o acaso la visión de los pétalos blancos que cubrían el suelo? Fuera lo que fuese, se notaba la sensibilidad del ocupante, y la agitación de Musashi remitió. De improviso pensó en su aspecto. Debía de parecer un vagabundo, con el cabello enmarañado y el kimono en desorden.

«No es necesario que me apresure», se dijo, ahora consciente de su fatiga. Tenía que recobrarse antes de presentarse ante el maestro que estaba en el interior.

«Más tarde o más temprano alguien vendrá a la puerta. Entonces será el momento. Si aún se niega a recibirme como estudiante errante, emplearé un enfoque

diferente.» Se sentó bajo los aleros de la puerta, apoyó la espalda en el poste y se adormiló.

Las estrellas se desvanecían y la brisa agitaba las margaritas blancas cuando una grande y fría gota de rocío le cayó en el cuello y le despertó. Había amanecido, y Musashi salió de su corto sueño con la cabeza despejada por la brisa matinal y el canto de los ruiseñores. No quedaba vestigio alguno de fatiga y se sentía renacido.

Se restregó los ojos, alzó la vista y observó que el sol rojo brillante ascendía por encima de las montañas. Se incorporó de un salto. El calor del sol le había devuelto su ardor, y la fuerza almacenada en sus miembros exigía acción. Se estiró y dijo en voz baja: «Hoy es el día».

Estaba hambriento, y por alguna razón eso le hizo pensar en Jōtarō. Tal vez había tratado al chico con demasiada severidad la noche anterior, pero lo había hecho a sabiendas, como parte del adiestramiento del muchacho. Una vez más, Musashi se dijo que Jōtarō, dondequiera que estuviese, no corría ningún verdadero peligro.

Escuchó el sonido del arroyo, que corría por la ladera de la montaña, se desviaba al otro lado de la valla, rodeaba el bosquecillo de bambú y salía por debajo de la valla en dirección a los terrenos del castillo situados en la zona baja. Se lavó la cara y bebió agua que hizo las veces del desayuno. Era un agua buena, tanto que Musashi pensó que bien podría ser ésa la principal razón por la que Sekishūsai había elegido aquel lugar para retirarse del mundo. Sin embargo, como no sabía nada del arte de la ceremonia del té, desconocía que un agua de tal pureza era de hecho la respuesta a la plegaria de un maestro de la ceremonia del té.

Aclaró su toalla de mano y, tras restregarse bien la nuca, se limpió la suciedad de las uñas. Luego se arregló el cabello con el estilete unido a su espada. Puesto que Sekishūsai no era sólo el maestro del estilo Yagyū sino uno de los hombres más grandes del país, Musashi quería tener el mejor aspecto. Él mismo no era más que un guerrero sin nombre, tan diferente de Sekishūsai como la estrella más diminuta difiere de la luna.

Se dio unas palmaditas en el cabello, enderezó el cuello de su kimono y se sintió interiormente presentable. Tenía la mente clara. Estaba dispuesto a llamar a la puerta como cualquier visitante legítimo.

La casa se encontraba a considerable distancia cuesta arriba, y no era probable que desde allí oyeran un golpe ordinario en la puerta. Miró a su alrededor, en busca de alguna clase de llamador, y vio dos placas, una a cada lado de la puerta. Tenían sendas inscripciones ejecutadas con hermosa caligrafía, y la escritura tallada había sido rellenada con una arcilla de color azulado que producía una pátina broncínea. La placa de la derecha decía:

No sospechéis, oh, escribas,

de aquel a quien le gusta su castillo cerrado.

Y la de la izquierda:

Aquí no hallaréis a ningún espadachín,
sino sólo a los jóvenes ruiseñores en los campos.

El poema se dirigía a los «escribas», refiriéndose a los funcionarios del castillo, pero su significado era más profundo. El anciano no sólo había cerrado su puerta a los estudiantes errantes sino a todos los asuntos de este mundo, tanto a sus honores como a sus tribulaciones. Había dejado atrás los deseos mundanos, los suyos como los del prójimo.

«Todavía soy joven —se dijo Musashi—. ¡Demasiado joven! Este hombre está totalmente fuera de mi alcance.»

El deseo de llamar a la puerta se evaporó, y la idea de irrumpir en la casa del anciano recluido le parecía ahora bárbara, tanto que se sintió avergonzado de sí mismo.

Sólo flores y pájaros, el viento y la luna deberían entrar por aquella puerta. Sekishūsai ya no era el espadachín más grande del país ni el señor de un feudo, sino un hombre que había regresado a la naturaleza, renunciando a la vanidad humana. Turbar la paz de su vivienda sería un sacrilegio. ¿Y qué honor, qué distinción podría obtener al derrotar a un hombre para quien honores y distinciones habían llegado a carecer de significado?

«Menos mal que he leído esto —se dijo Musashi—. ¡De lo contrario me habría portado como un perfecto necio!»

El sol ya estaba bastante alto en el cielo y el canto de los ruiseñores había remitido. Desde lo alto de la cuesta le llegó el sonido de rápidas pisadas. Asustados, al parecer, por el ruido, una bandada de pajarillos emprendieron el vuelo. Musashi miró a través de la ranura en la puerta para ver quién venía.

Era Otsū.

¡De modo que él había oído, en efecto, su flauta! ¿Debía esperar y verla? ¿Marcharse? Pensó que quería, que debía hablar con ella.

La indecisión se apoderó de él. El corazón le palpitaba y había perdido la confianza en sí mismo.

Otsū recorrió el sendero hasta un lugar a pocos pies de donde él estaba. Entonces se detuvo y se volvió, emitiendo un leve grito de sorpresa.

—Creí que estaba detrás de mí —murmuró, mirando a su alrededor. Entonces volvió a correr cuesta arriba, gritando—:

¡Jōtarō! ¿Dónde estás?

Al oír su voz, Musashi se ruborizó, azorado, y empezó a sudar. Su falta de confianza le disgustaba. No podía apartarse de su escondite a la sombra de los árboles.

Tras un breve intervalo, Otsū llamó de nuevo, y esta vez hubo respuesta.

—Estoy aquí. ¿Y tú?. —gritó Jōtarō desde la parte superior del bosquecillo.

—¡Aquí! —replicó ella—. ¡Te dije que no fueses de un lado a otro de esa manera!

Jōtarō salió corriendo hacia ella.

—Ah, es aquí donde estabas —exclamó.

—¿No te dije que me siguieras?

—Sí, pero vi un faisán y lo perseguí.

—¡Perseguir un faisán, nada menos! ¿Has olvidado que tienes que ir en busca de alguien importante esta mañana?

—No estoy preocupado por él. No es la clase de hombre que resulta herido.

—Pues no era así anoche, cuando viniste corriendo a mi habitación. Estabas a punto de llorar.

—¡No es cierto! Aquello sucedió tan rápido que no sabía qué hacer.

—Ni yo tampoco, sobre todo después de que me dijeras el nombre de tu maestro.

—Pero ¿cómo es que conoces a Musashi?

—Somos del mismo pueblo.

—¿Y eso es todo?

—Naturalmente.

—Es curioso. No entiendo por qué habrías de echarte a llorar sólo porque alguien de tu pueblo se ha presentado aquí.

—¿Tanto lloraba?

—¿Cómo puedes recordar todo lo que he hecho cuando no recuerdas lo que has hecho tú misma? En fin, supongo que estaba bastante asustado. De haberse tratado sólo de cuatro hombres ordinarios contra mi maestro, no me habría preocupado, pero dicen que todos ellos son expertos. Cuando oí la flauta recordé que estabas aquí, en el castillo, y pensé que tal vez, si pudiera disculparme ante su señoría...

—Si me oíste tocar, Musashi también debió de oírlo. Quizás incluso ha sabido que era yo. —El tono de su voz se suavizó—. Estaba pensando en él mientras tocaba.

—No veo que eso cambie nada las cosas. En cualquier caso, por el sonido de la flauta supe dónde estabas.

—Y menudo escándalo armaste... Irrumpir en la casa diciendo a gritos que había un «combate» en alguna parte. Su señoría se sobresaltó mucho.

—Pero es un hombre agradable. Cuando le dije que había matado a Tarō, no se enfureció como todos los demás.

Otsū se dio cuenta repentinamente de que estaba perdiendo el tiempo y se apresuró hacia la puerta.

—Hablaremos más tarde —dijo al muchacho—. Ahora hay cosas más importantes que hacer. Tenemos que encontrar a Musashi. Sekishūsai incluso ha roto su propia regla al decir que le gustaría conocer al hombre que hizo lo que dijiste.

El aspecto de Otsū recordaba a una flor de alegres colores. Bajo el brillante sol de principios del verano, sus mejillas brillaban como frutos en maduración. Aspiraba el aroma de las hojas tiernas y sentía que su frescura le llenaba los pulmones.

Oculto entre los árboles, Musashi la miraba fijamente, maravillándose de su saludable aspecto. La Otsū que ahora veía era muy diferente de la muchacha que se sentaba abatida en el porche del Shippōji, contemplando el mundo con la mirada vacía. La diferencia estribaba en que entonces Otsū no había tenido a nadie a quien amar, o por lo menos el amor que sentía entonces era vago y difícil de concretar. Era una niña sentimental, cohibida por su condición de huérfana y un tanto resentida por la misma.

Haber conocido a Musashi, tener en él un hombre a quien admirar, había despertado el amor que ahora moraba dentro de ella y daba sentido a su vida. Durante el largo año que había pasado deambulando en su busca, su cuerpo y su mente habían desarrollado el valor para enfrentarse a cualquier cosa que el destino pudiera traerle.

Musashi, que había percibido en seguida la nueva vitalidad de la joven y lo hermosa que la hacía, anhelaba llevarla a algún lugar donde pudieran estar a solas y contárselo todo, cómo la echaba de menos y la necesitaba físicamente. Quería revelarle que, oculta en su corazón de acero, existía una debilidad, quería retractarse de las palabras que grabara en el puente de Hanada. Si nadie se enterase, podría demostrarle el mismo amor que ella sentía por él. Podría abrazarla, restregar la mejilla contra la suya, dar rienda suelta a sus lágrimas. Ahora era lo bastante fuerte para admitir que esos sentimientos eran reales.

Cosas que Otsū le había dicho en el pasado volvían a él, y se daba cuenta de lo cruel y reprensible que había sido rechazar el amor sencillo y sincero que ella le había ofrecido.

Se sentía desdichado, y no obstante, había algo en él que no podía rendirse a esos sentimientos, algo que le expresaba su equivocación. Ahora coexistían en él dos hombres diferentes, uno que anhelaba llamar a Otsū, y el otro que le insultaba llamándole necio. No podía estar seguro de cuál de los dos era su ser real. Mirando desde detrás del árbol, perdido en su indecisión, parecía ver dos caminos delante de él, uno luminoso y el otro oscuro.

Otsū, que no sospechaba su presencia allí, salió del portal y caminó unos pasos. Miró atrás y vio que Jōtarō se agachaba a recoger algo.

—¿Qué diantres estás haciendo, Jōtarō? ¡Date prisa!

—¡Espera! —gritó el muchacho, excitado—. ¡Mira esto!

—¡No es más que un trapo viejo y sucio! ¿Para qué lo quieres?

—Pertenece a Musashi.

—¿A Musashi? —dijo ella, corriendo hacia él.

—Sí, es suyo —respondió Jōtarō, mientras sujetaba la toalla de mano por las puntas para mostrársela—. Lo recuerdo. Procede de la casa de la viuda de Nara donde nos alojamos. Mira esto: tiene teñido el dibujo de una hoja de arce y un ideograma que se lee «Lin». Así se llama el propietario del restaurante que hay allí.

—¿Crees que Musashi ha estado aquí? —preguntó Otsū, mirando frenéticamente a su alrededor.

Jōtarō se irguió casi hasta la altura de la joven y gritó a voz en cuello:

—¡Sensei! [maestro]

Se oyó un ruido susurrante en el bosquecillo. Ahogando un grito, Otsū giró sobre sus talones y echó a correr hacia los árboles, seguida por el muchacho.

—¿Adonde vas? —le preguntó Jōtarō.

—¡Musashi acaba de huir!

—¿Por dónde?

—Por allí.

—No le veo.

—¡Allí, entre los árboles!

Tuvo un atisbo de la figura de Musashi, pero su alegría momentánea fue sustituida de inmediato por la aprensión, pues el fugitivo aumentaba rápidamente la distancia que les separaba. Corrió tras él con toda la fuerza de sus piernas. Jōtarō corría a su lado, sin creer que la joven hubiera visto realmente a Musashi.

—¡Te equivocas! —le gritó—. Debe tratarse de otra persona. ¿Por qué Musashi habría de huir?

—¡Mira!

—¿Dónde?

—¡Allí! —Aspiró hondo y, forzando la voz al máximo, gritó—: ¡Musashi! —Pero apenas había proferido el grito frenético cuando tropezó y cayó. Jōtarō la ayudó a incorporarse, y ella le gritó—: ¿Por qué no le llamas también? ¡Vamos, llámale!

En vez de hacer lo que ella le pedía, el muchacho se quedó inmóvil y la miró a la cara. Había visto aquel semblante en otra ocasión, con los ojos inyectados en sangre, las cejas como agujas, la nariz y la mandíbula cerúleas. ¡Era el rostro de la máscara! La máscara de la mujer loca que le dio la viuda en Nara. A la cara de Otsū le faltaba la curiosa curvatura de la boca, pero por lo demás el parecido era idéntico. Jōtarō se apresuró a retirar las manos y retrocedió asustado.

Otsū siguió riñéndole.

—¡No podemos abandonar! ¡Si le dejamos escapar ahora, nunca volverá! ¡Llámale! ¡Haz que vuelva!

Algo en el interior de Jōtarō se resistía, pero la expresión de Otsū le hizo ver que

sería inútil tratar de razonar con ella. Echaron a correr de nuevo, y también él empezó a gritar con toda la fuerza de sus pulmones.

Más allá del bosque había una colina baja, á lo largo de cuyo pie se extendía el camino de Tsukigase a Iga.

—¡Es Musashi! —exclamó Jōtarō.

Al llegar al camino el muchacho pudo ver con claridad a su maestro, pero Musashi estaba demasiado lejos para que pudiera oír sus gritos.

Otsū y Jōtarō corrieron hasta quedarse sin aliento y con la voz ronca. Sus gritos resonaban a través de los campos. En el borde del valle perdieron de vista a Musashi, el cual se dirigió en línea recta al frondoso bosque que cubría el pie de las colinas.

Se detuvieron y quedaron allí, tan tristes como unos niños abandonados. Unas nubes blancas se extendían por el cielo, mientras el murmullo de un arroyo acentuaba su soledad.

—¡Está loco! ¡Ha perdido el juicio! ¿Cómo ha podido dejarme así? —Jōtarō dio una patada al suelo.

Otsū se apoyó en un gran castaño y dio rienda suelta a las lágrimas. Ni siquiera su gran amor por Musashi, un amor por el que ella lo habría sacrificado todo, era capaz de retenerlo. Estaba perpleja, dolida e indignada. Sabía cuál era el objetivo de Musashi en la vida y por qué la evitaba, lo había sabido desde aquel día en el puente de Hanada. Aun así, no podía comprender por qué la consideraba una barrera entre él y su meta. ¿Por qué la presencia de Otsū habría de debilitar la determinación de Musashi? ¿O acaso era eso una excusa? ¿Sería la verdadera razón el hecho de que no le gustaba lo suficiente? Eso tal vez tendría más sentido. Y sin embargo..., sin embargo Otsū había llegado a comprender a Musashi cuando le vio atado en el árbol del Shippōji. No creía que fuese la clase de hombre que miente a una mujer. Si no estuviera interesado por ella, se lo habría dicho así, pero lo cierta era que él le había confesado en el puente de Hanada que le gustaba mucho. Recordó sus palabras con tristeza.

Como era huérfana, cierta frialdad le impedía confiar en mucha gente, pero cuando depositaba su confianza en alguien lo hacía sin reservas. En aquel momento le parecía que no había nadie, salvo Musashi, por quien valiera la pena vivir o con quien pudiera contar. La traición de Matahachi fue una dura lección que le enseñó lo cuidadosa que debía ser al juzgar a los hombres. Pero Musashi no era Matahachi, y ella no sólo había decidido que viviría por él al margen de lo que sucediera, sino que ya estaba convencida de que jamás lo lamentaría.

Pero ¿por qué no le había dicho él una sola palabra? Eso era más de lo que podía soportar. Las hojas del castaño se agitaban, como si el mismo árbol la comprendiera y simpatizara con ella.

El amor que sentía por él era parejo a la cólera que experimentaba. No sabía si

aquél era su destino o no, pero su espíritu desgarrado por la aflicción le decía que no existía para ella una vida real separada de Musashi.

Jōtarō, que estaba mirando el camino, musitó:

—Por ahí viene un sacerdote..

Otsū no le prestó atención.

El mediodía estaba próximo y el cielo se había vuelto de un azul profundo y transparente. El monje que bajaba por la ladera a lo lejos parecía haber salido de las nubes, como si no tuviera ninguna conexión con la tierra. Cuando estaba cerca del castaño, miró hacia allí y vio a Otsū.

—¿Qué es todo esto? —exclamó, y al oír su voz Otsū alzó la vista.

Una expresión de asombro apareció en sus ojos hinchados por las lágrimas.

—¡Takuan!

En su estado actual, vio en Takuan Sōhō un salvador. Se preguntó si estaría soñando.

Aunque ver a Takuan conmocionó a Otsū, el descubrimiento de ésta no hizo más que confiar al monje algo que había sospechado. Resultó que su llegada no era ni un accidente ni un milagro.

Desde hacía largo tiempo, Takuan tenía relaciones amistosas con la familia Yagyū, el conocimiento de la cual se remontaba a la época en que, siendo un joven monje en el Sangen'in del Daitokuji, entre sus deberes figuraban los de limpiar la cocina y preparar pasta de habichuelas.

En aquellos tiempos, el Sangen'in, entonces conocido como el «Sector norte» del Daitokuji, había sido famoso como lugar de reunión de samurais «fuera de lo corriente», es decir, samurais que tendían a pensar filosóficamente en el significado de la vida y la muerte, hombres que sentían la necesidad de estudiar los asuntos del espíritu, así como las habilidades técnicas de las artes marciales. Los samurais acudían allí en mayor número que los monjes zen, y uno de los resultados de esta situación fue que el templo llegó a ser conocido como terreno abonado de la rebelión.

Entre los samurais que acudían con frecuencia figuraban Suzuki Ihaku, el hermano del señor Kōizumi de Ise, Yagyū Gorōzaemon, el heredero de la casa de Yagyū, y el hermano de éste, Munenori, el cual en seguida le cobró afecto a Takuan, y desde entonces los dos habían sido amigos. Durante una serie de visitas al castillo de Koyagyū, Takuan conoció a Sekishūsai y sintió un gran respeto por el anciano. Sekishūsai también cobró afecto al joven monje, que le parecía muy prometedor.

Recientemente Takuan había pasado algún tiempo en el Nansōji, un templo situado en la provincia de Izumi, desde donde había enviado una carta en la que se interesaba por la salud de Sekishūsai y Munenori. La larga respuesta de Sekishūsai decía, entre otras cosas:

«Últimamente he sido muy afortunado. Munenori ha obtenido un puesto en la administración Tokugawa, en Edo, y mi nieto, que abandonó el servicio al señor Katō de Higo y fue a estudiar por su cuenta, está haciendo progresos. Yo mismo tengo a mi servicio a una hermosa joven que no sólo toca bien la flauta sino que conversa conmigo, y tomamos el té juntos, hacemos arreglos florales y componemos poemas. Es la alegría de mi ancianidad, una flor que medra en lo que de otro modo sería una cabaña vieja, desvencijada y fría. Como dice que es de Mimasaka, cerca de tu pueblo natal, y que fue criada en un templo llamado Shippōji, imagino que tú y ella tenéis mucho en común. Resulta agradabilísimo tomar el sake por la noche con el acompañamiento de una flauta bien tocada, y como estás tan cerca de aquí, confío en que vengas y disfrutes de ese placer conmigo».

Bajo cualquier circunstancia le habría resultado difícil a Takuan rechazar la invitación, pero la certeza de que la joven descrita en la carta era Otsū hizo que se apresurase a aceptar.

Mientras los tres se dirigían a la casa de Sekishūsai, Takuan hizo muchas preguntas a Otsū, a las que ella respondió sin reserva alguna. Le dijo qué había estado haciendo desde la última vez que le vio en Himeji, lo que había sucedido aquella mañana y sus sentimientos con respecto a Musashi.

El monje escuchó su penosa historia asintiendo pacientemente. Cuando terminó le dijo:

—Supongo que las mujeres sois capaces de elegir maneras de vivir que no serían posibles para los hombres. Imagino que deseas mis consejos sobre el camino que deberías seguir en el futuro.

—Oh, no.

—Bueno...

—Ya he decidido lo que voy a hacer.

Takuan la examinó atentamente. Ella se había detenido y tenía la vista baja. Parecía sumida en la desesperación, y, no obstante, había cierta fuerza en el tono de su voz que obligó a Takuan a una nueva apreciación.

—Si hubiera tenido alguna duda, si hubiera creído que abandonaría mi empresa, nunca me habría ido del Shippōji —le dijo ella—. Aún estoy decidida a encontrar a Musashi. Lo único que me preocupa es si esto le causará dificultades, si el hecho de que yo siga viviendo le causará infelicidad. ¡En ese caso tendré que hacer algo al respecto!

—¿Qué quieres decir?

—No puedo decírtelo.

—¡Ten cuidado, Otsū!

—¿De qué?

—Bajo este sol brillante y alegre, el dios de la muerte está tirando de ti.

—Yo... no sé a qué te refieres.

—Es comprensible que no lo sepas, porque el dios de la muerte te presta fuerza. Serías una necia si murieses, Otsū, sobre todo por nada más que un amorío unilateral. —Takuan se echó a reír.

Otsū se estaba enfadando de nuevo. Pensó que era como si hablara con una pared, pues Takuan nunca había estado enamorado, y era imposible que quien no lo hubiera experimentado comprendiera lo que ella sentía. Intentar explicarle sus sentimientos era como tratar de explicar el budismo zen a un imbécil. Pero de la misma manera que en el zen había verdad, tanto si un imbécil podía comprenderlo como si no, había personas que morirían por amor, tanto si Takuan podía comprenderlo como si no. Para una mujer, por lo menos, el amor era un asunto mucho más serio que los importunos acertijos de un sacerdote zen. A quien era presa de un amor que significaba la vida o la muerte, ¿qué le importaba cómo sonaba aplaudir con una sola mano? Otsū se mordió el labio y juró que no diría más.

Takuan se puso serio.

—Deberías haber nacido hombre, Otsū. Un hombre con la fuerza de voluntad que tú tienes, sin duda conseguiría algo por el bien del país.

—¿Significa eso que está mal que exista una mujer como yo? ¿Porque podría perjudicar a Musashi?

—No tergiverses mis palabras, pues no me refería a eso. Pero por mucho que quieras a Musashi, él sigue huyendo, ¿no es cierto? ¡Y me atrevería a decir que nunca lo atraparás!

—No estoy haciendo esto porque me guste hacerlo. No puedo evitarlo. ¡Le quiero!

—¡Dejo de verte durante algún tiempo y en cuanto volvemos a encontrarnos descubro que te portas como todas las mujeres!

—Pero ¿es que no lo comprendes? Oh, no importa, no hablemos más de ello. ¡Un brillante sacerdote como tú jamás comprenderá los sentimientos de una mujer!

—No sé qué responder a eso. Pero es cierto: las mujeres me dejan perplejo.

Otsū se apartó de él y dijo:

—Vámonos, Jōtarō.

Takuan se quedó mirando como se iban los dos por un camino lateral. Con un triste movimiento de las cejas, el monje llegó a la conclusión de que no podía hacer nada más. La llamó:

—¿No vas a despedirte de Sekishūsai antes de ponerte en camino?

—Le diré adiós en mi corazón. Él sabe que no pretendí quedarme tanto tiempo en su casa.

—¿No volverás a considerarlo?

—¿Considerar qué?

—Pues... Era agradable vivir en las montañas de Mimasaka, pero aquí también lo es. Éste es un lugar apacible y tranquilo, y la vida es sencilla. Antes que verte regresar al mundo ordinario, con su desdicha y sus penalidades, quisiera verte vivir en paz, entre estas montañas y arroyos, como esos ruiseñores a los que oímos cantar.

—¡Ja, ja! ¡Muchísimas gracias, Takuan!

El monje suspiró, dándose cuenta de que era impotente ante aquella mujer tan voluntariosa y decidida a seguir ciegamente el camino que había elegido.

—Puedes reírte, Otsū, pero el camino que estás emprendiendo es una senda de oscuridad.

—¿Oscuridad?

—Te criaste en un templo, y deberías saber que el camino de oscuridad y deseo sólo conduce a la frustración y la desdicha, más allá de la salvación.

—Jamás, desde que nací, ha existido para mí un camino de luz.

—¡Pero lo hay, lo hay! —Volcando todas sus energías en esta súplica, Takuan se acercó a la muchacha y le cogió la mano. Deseaba desesperadamente que confiara en él.

—Hablaré de ello con Sekishūsai —le ofreció—. De la manera en que podrías vivir feliz. Aquí, en Koyagyū, puedes encontrar un buen marido, tener hijos y hacer las cosas que hacen las mujeres. Tu presencia mejoraría ese pueblo, y eso también te haría más feliz.

—Comprendo que tratas de ayudarme, pero...

—¡Hazlo! ¡Te lo ruego!

Cogiéndola de la mano, miró a Jōtarō y dijo:

—¡Ven tú también, chico!

Jōtarō sacudió la cabeza con decisión.

—Yo no. Voy a seguir a mi maestro.

—Haz lo que quieras, pero por lo menos regresa al castillo para despedirte de Sekishūsai.

—¡Ah, me olvidaba! —exclamó Jōtarō—. Dejé mi máscara allí. —Echó a correr como un rayo, sin que le turbaran los caminos de oscuridad y los de luz.

Otsū, en cambio, permanecía inmóvil en el cruce. Takuan se relajó y volvió a ser el viejo amigo que ella conocía. El monje le advirtió de los peligros que acechaban en la vida que ella se proponía llevar e intentó convencerla de que existían otras maneras de encontrar la felicidad, pero no logró convencer a Otsū.

Al cabo de un rato, Jōtarō regresó corriendo con la mascara sobre el rostro. Takuan se quedó paralizado, sintiendo instintivamente que aquél era el futuro semblante de Otsū, el que le vería después de que ella hubiera sufrido su largo viaje por el camino de la oscuridad.

—Bueno, me voy —dijo Otsū, apartándose de él.

Jōtarō se aferró a su manga.

—¡Sí, marchémonos ahora mismo! —exclamó.

Takuan alzó los ojos a las nubes blancas, lamentando su fracaso.

—No puedo hacer nada más —dijo—. El mismo Buda desesperó de salvar a las mujeres.

—Adiós, Takuan —le dijo Otsū—. Aquí me inclino ante Sekishūsai, pero te ruego que le transmitas mi agradecimiento y me despidas de él.

—Ah, incluso yo empiezo a pensar que los sacerdotes estamos locos. Cada vez que salen sólo encuentran personas que se precipitan hacia el infierno. —Takuan alzó las manos, las dejó caer y añadió con mucha solemnidad—: Otsū, si empiezas a ahogarte en los Seis Caminos del Mal o en los Tres Cruces, pronuncia mi nombre. ¡Piensa en mí y pronuncia mi nombre! ¡Hasta entonces, lo único que puedo decir es que viajes hasta tan lejos como puedas y que procures tener cuidado!

Libro III FUEGO



Sasaki Kojirō

Al sur de Kyoto, el río Yodo rodeaba una colina llamada Momoyama, emplazamiento del castillo de Fushimi, y proseguía su curso por la llanura de Yamashiro hacia las murallas del castillo de Osaka, que estaba unas veinte millas más lejos, hacia el sudoeste. Debido en parte a este vínculo acuático directo, cada ondulación política en la zona de Kyoto tenía unas repercusiones inmediatas en Osaka, mientras parecía que en Fushimi cada palabra dicha por un samurai de Osaka, y no digamos por un general del mismo lugar, se consideraba como un presagio del futuro.

Alrededor de Momoyama tenía lugar una gran convulsión, pues Tokugawa Ieyasu había decidido transformar el modo de vida que había florecido bajo Hideyoshi. El castillo de Osaka, ocupado por Hideyori y su madre, Yodogimi, seguía aferrado con desesperación a los vestigios de su autoridad, que se desvanecía, pero el verdadero poder residía en Fushimi, donde Ieyasu había decidido vivir durante sus largos viajes a la región de Kansai. El choque entre lo nuevo y lo viejo era visible por doquier. Se discernía en las embarcaciones que navegaban por el río, en el porte de quienes viajaban por las carreteras, en las canciones populares y en los rostros de los samurais desplazados que iban en busca de trabajo.

El castillo de Fushimi estaba siendo reparado, y las piedras descargadas de las embarcaciones formaban casi una montaña en la orilla del río. La mayor parte de ellas eran enormes cantos rodados, que medían como mínimo seis pies cuadrados y tres o cuatro pies de altura. Casi chisporroteaban bajo el sol ardiente. Aunque era otoño según el calendario, el calor sofocante recordaba los días caniculares que seguían inmediatamente a la temporada lluviosa a principios del verano. Los sauces cerca del puente relucían con un brillo blanquecino, y una gran cigarra zigzagueó alocada desde el río a una casita cerca de la orilla. Los tejados del pueblo, privados de los suaves colores que sus faroles proyectaban sobre ellos en el crepúsculo, eran de un gris seco y polvoriento. Bajo el calor del mediodía, dos trabajadores, misericordiosamente libres durante media hora de su trabajo agotador, yacían espatarrados sobre la ancha superficie de un canto rodado, charlando de lo que estaba en boca de todo el mundo.

—¿Crees que habrá otra guerra?

—No veo por qué no. No parece haber nadie lo bastante fuerte para mantener controlada la situación.

—Supongo que tienes razón. Los generales de Osaka parecen estar reclutando a todos los rōnin que encuentran.

—Es muy posible. Tal vez no debería decirlo demasiado alto, pero tengo entendido que los Tokugawa están comprando armas y municiones a barcos extranjeros.

—Si es así, ¿por qué permite Ieyasu que su nieta Senhime se case con Hideyori?

—¿Cómo voy a saberlo? Haga lo que haga, puedes estar seguro de que tiene sus razones. No puede esperarse de la gente ordinaria como nosotros que conozca el pensamiento de Ieyasu.

Las moscas zumbaban alrededor de los dos hombres. Un enjambre de ellas cubría a dos bueyes cercanos. Los animales, uncidos todavía a unas carretas de transporte de madera vacías, haraganeaban bajo el sol, quietas, impasibles y babeantes.

El verdadero motivo de las reparaciones que estaba sufriendo el castillo escapaba a los trabajadores, los cuales suponían que Ieyasu iba a quedarse allí. En realidad, aquélla era una fase de un vasto programa de construcción, parte importante del plan de gobierno de Tokugawa. También se estaban realizando obras de construcción en gran escala en Edo, Nagoya, Suruga, Hikone, Ōtsu y otra docena de poblaciones con castillo. El propósito era en gran medida político, pues uno de los métodos que tenía Ieyasu de mantener su control de los daimyōs era ordenarles emprender diversos proyectos de ingeniería. Como ninguno de ellos era lo bastante poderoso para negarse, esto mantenía a los señores amistosos demasiado ocupados y no podían ablandarse, al tiempo que obligaba a los daimyōs que se enfrentaron a Ieyasu en Sekigahara a desprenderse de buena parte de sus ingresos. El gobierno tenía aún otro propósito, el de conseguir el apoyo de las gentes comunes, que se aprovechaban tanto directa como indirectamente de las extensas obras públicas.

Solamente en Fushimi, cerca de mil trabajadores se dedicaban a ampliar el almenaje del castillo, con el resultado secundario de que el pueblo alrededor de los muros experimentó un súbito influjo de buhoneros, prostitutas y tábanos, todos ellos símbolos de prosperidad. Las masas estaban encantadas con la bonanza económica procurada por Ieyasu, y los mercaderes se frotaban las manos pensando que, encima de todo aquello había una buena posibilidad de que estallara otra guerra que les aportara todavía más beneficios. Las mercancías se movían briosamente, e incluso ahora eran en su mayor parte suministros militares. Tras manejar su ábaco colectivo, los comerciantes más emprendedores habían llegado a la conclusión de que allí era donde aguardaban las mayores ganancias.

Los ciudadanos estaban olvidando con rapidez los días tranquilos del régimen de Hideyoshi y especulaban con lo que podrían ganar en los tiempos venideros. Poco les importaba quién tuviera el poder, pues mientras pudieran satisfacer sus deseos mezquinos no veían ninguna razón para quejarse. Tampoco Ieyasu les decepcionó a ese respecto, ya que se las había ingeniado para esparcir el dinero como habría podido repartir caramelos entre los niños. No su propio dinero, desde luego, sino el de sus enemigos potenciales.

También en agricultura estaba instituyendo un nuevo sistema de control. Ya no se permitía a los magnates locales gobernar como les viniera en gana o reclutar

campesinos a voluntad para hacer trabajos ajenos al suyo. En lo sucesivo, se permitiría a los campesinos trabajar sus tierras, pero podrían hacer muy poco más. Debían permanecer ignorantes de la política y se les enseñaría a confiar en los poderes existentes.

Ieyasu creía que el dirigente virtuoso era aquel que no dejaba morir de hambre a los trabajadores de la tierra, pero al mismo tiempo se aseguraba de que no se levantaran por encima de su categoría. Ésta era la política con la que se proponía perpetuar el dominio de los Tokugawa. Ni los ciudadanos ni los agricultores ni los daimyōs se daban cuenta de que los estaban encajando minuciosamente en un sistema feudal que acabaría por atarlos de manos y pies. Nadie pensaba en cómo podrían ser las cosas al cabo de cien años. Nadie, excepto Ieyasu.

Tampoco los obreros del castillo de Fushimi pensaban en el mañana. Se limitaban modestamente a esperar que transcurriera su jornada, cuanto más rápido mejor. Aunque hablaban de guerra y de cuándo podría estallar, los planes grandiosos para mantener la paz y aumentar la prosperidad no tenían nada que ver con ellos. Al margen de lo que sucediera, no podrían estar mucho peor de lo que estaban.

—¡Sandía! ¿Alguien quiere sandía? —gritó la hija de un campesino, la cual se presentaba cada día a aquella hora. Poco después de su llegada logró vender su mercancía a unos hombres que estaban jugando a chapas con monedas a la sombra de una gran roca. Fue airosamente de un grupo a otro, diciendo—: ¿No me compraréis mis sandías?

—¿Estás loca? ¿Crees que tenemos dinero para sandía?

—Oye, me comeré una con mucho gusto..., si es gratis.

Decepcionada porque su suerte inicial había sido engañosa, la muchacha se acercó a un joven obrero sentado entre dos cantos rodados, con la espalda apoyada en uno de ellos, los pies en el otro y los brazos alrededor de las rodillas.

—¿Sandía? —le preguntó ella sin demasiada esperanza.

Era un hombre delgado, con los ojos hundidos y la piel enrojecida por el sol. La fatiga empañaba su evidente juventud, pero con todo sus amigos más íntimos le habrían reconocido como Hon'iden Matahachi. Contó cansinamente unas sucias monedas en la palma de la mano y se las dio a la muchacha.

Cuando volvió a apoyarse en la roca, dejó caer la cabeza sobre el pecho, con semblante taciturno. El pequeño esfuerzo le había extenuado. Presa de náuseas, se inclinó a un lado y escupió en la hierba. Le faltaba la escasa fuerza que habría necesitado para recoger la sandía, que había caído de sus rodillas. La contempló con los ojos velados, en cuya negrura no había rastro de fortaleza o esperanza.

—Esos cerdos... —musitó débilmente.

Se refería a las personas a quienes le gustaría devolverles el daño que le habían hecho: Okō, con su rostro cubierto de polvos blancos, Takezō, con su espada de

madera. Su primer error había sido ir a Sekigahara, el segundo caer sin resistirse en los brazos de la viuda lasciva. Había llegado a creer que, de no ser por esos dos acontecimientos, ahora estaría en su casa de Miyamoto, sería el jefe de la familia Hon'iden, estaría casado con una bella esposa y sería la envidia del pueblo.

«Supongo que ahora Otsū me odia..., aunque quisiera saber qué está haciendo.» En sus actuales circunstancias, pensar de vez en cuando en la que fue su novia era su único consuelo. Cuando por fin se puso de manifiesto la verdadera naturaleza de Okō, empezó a añorar de nuevo a Otsū. Había pensado en ella cada vez más desde el día en que tuvo el sentido común suficiente para marcharse de la casa de té Yomogi.

La noche de su partida descubrió que el Miyamoto Musashi que se estaba labrando una reputación de espadachín en la capital era su viejo amigo Takezō. A la fuerte conmoción que esto le produjo siguieron casi de inmediato oleadas de celos.

Pensando en Otsū, había dejado de beber y tratado de librarse de su pereza y sus malos hábitos, pero al principio no pudo encontrar ningún trabajo apropiado. Se culpaba por haber permanecido inactivo durante cinco años, mientras una mujer mayor que él le mantenía. Hubo una época en que le parecía que ya era demasiado tarde para cambiar.

«Pero no es demasiado tarde —se aseguró—. Sólo tengo veintidós años. ¡Si me lo propongo, puedo hacer cualquier cosa que desee!» Aunque cualquiera podría experimentar ese sentimiento, en el caso de Matahachi significaba cerrar los ojos, saltar por encima de un abismo de cinco años y trabajar como obrero en Fushimi.

Allí había trabajado duramente, como un esclavo, un día tras otro, aguantando el intenso calor desde principios del verano hasta el otoño. Y estaba bastante orgulloso de sí mismo por haberlo soportado.

«¡Se lo demostraré a todos! —pensaba ahora, a pesar de sus náuseas—. No hay ninguna razón por la que no pueda hacerme un nombre. ¡Soy capaz de hacer cualquier cosa que haga Takezō! Incluso puedo hacer más, y lo haré. Entonces me vengaré, a pesar de Okō. Diez años es todo lo que necesito.»

¿Diez años? Hizo una pausa para calcular el aspecto que tendría Otsū al cabo de ese tiempo. ¡Treinta y un años! ¿Seguiría soltera? ¿Le habría esperado durante tantos años? No era probable. Matahachi no tenía la menor idea de los recientes acontecimientos en Mimasaka, ni podía saber que aquél era un sueño imposible, pero diez años... ¡jamás! No podrían ser más de cinco o seis. En ese espacio de tiempo debería haber triunfado, no había más que hablar. Entonces podría regresar al pueblo, presentar excusas a Otsū y pedirle que se casara con él.

—¡Es la única manera! —exclamó—. Cinco años, seis como máximo. —Contempló la sandía y un destello de luz apareció de nuevo en sus ojos.

En aquel momento uno de sus compañeros se levantó más allá de la roca delante de él y, apoyando los codos en la ancha superficie de la piedra, le dijo:

—Eh, Matahachi. ¿Qué estás farfullando? Oye, tienes la cara verde. ¿Es que estaba podrida la sandía?

Aunque forzó una débil sonrisa, una nueva oleada de náuseas sacudió a Matahachi. La saliva se deslizaba fuera de su boca mientras meneaba la cabeza.

—No es nada, nada en absoluto —logró decir entre boqueadas—. Supongo que me ha dado demasiado el sol. Dejadme descansar un rato.

Los robustos cargadores de piedras se mofaron de su falta de fuerza, aunque lo hicieron con afabilidad. Uno de ellos le preguntó:

—¿Por qué compras sandía si no puedes comerla?

—La he comprado para vosotros, amigos —respondió Matahachi—. He pensado que así os compensaría por no poder hacer mi parte del trabajo.

—Muy considerado. ¡Eh, chicos! ¡Hay sandía! Matahachi nos invita.

Abrieron la sandía golpeándola contra el ángulo de una roca y cayeron sobre ella como hormigas, arrebatando codiciosos los trozos de pulpa roja y goteante. Había desaparecido por completo cuando instantes después un hombre se subió a una roca y gritó:

—¡Eh, vosotros, volved al trabajo!

El samurai encargado salió de una cabaña empuñando un látigo, y el olor del sudor se extendió sobre la tierra. Al cabo de un rato la melodía de una saloma de cargadores de piedras se alzó en el lugar, mientras un gigantesco canto rodado era depositado con grandes palancas en unos rodillos y arrastrado con cuerdas gruesas como el brazo de un hombre. Avanzó pesadamente, como una montaña en movimiento.

El auge de la construcción de castillos había hecho proliferar esas canciones. Aunque las letras no solían escribirse, un personaje tan famoso como el señor Hachisuka de Awa, que estaba encargado de construir el castillo de Nagoya, citó varios versos en una carta. Su señoría, que difícilmente habría tenido oportunidad de tocar los materiales de construcción, los había aprendido, al parecer, durante una fiesta. Esas composiciones, cuya sencillez muestra el siguiente ejemplo, se habían puesto de moda tanto en la alta sociedad como entre los equipos de obreros.

Desde Awataguchi las hemos arrastrado...,
arrastrado una roca tras otra y otra.
Para nuestro noble señor Tōgorō.
Ei, sa, ei, sa...
¡Tii... ra! ¡Arr... astra! ¡Tii... ra! ¡Arr... astra!
Su señoría habla,
nos tiemblan brazos y piernas.
Le somos leales... hasta la muerte.

El redactor de la carta comentaba: «Todo el mundo, jóvenes y viejos por igual, cantan esto, pues forma parte del mundo flotante en el que vivimos».

Si bien los trabajadores de Fushimi desconocían estas reverberaciones sociales, sus canciones reflejaban el espíritu de la época. Las canciones populares cuando el shogunado Ashikaga declinaba habían sido decadentes y cantadas sobre todo en privado, pero durante los años prósperos del régimen de Hideyoshi solían oírse en público canciones felices y alegres. Más tarde, cuando se hizo sentir la mano severa de Ieyasu, las melodías perdieron algo de su espíritu divertido. Cuando el régimen de Tokugawa se hizo más fuerte, el canto espontáneo tendió a ceder el paso a la música compuesta por músicos al servicio del shōgun.

Matahachi apoyó la cabeza en las manos. Le ardía de fiebre, y el canto de los cargadores de piedras zumbaba confusamente en sus oídos, como un enjambre de abejas. Ahora que estaba completamente a solas sucumbió a la depresión.

—No servirá de nada —gimió—. Cinco años... Aunque trabaje duramente, ¿qué voy a conseguir? Por toda una jornada de trabajo, sólo gano lo suficiente para comer ese día. Y si me tomo el día libre, no como.

Notó que alguien estaba en pie cerca de él, alzó la vista y vio a un joven alto. Se cubría con un sombrero de junco toscamente entretejido, y de un costado le colgaba un fardo como los que llevaban los shugyōsha. Un emblema en forma de abanico semiabierto con varillas de acero adornaba la parte delantera de su sombrero. Estaba contemplando pensativo los trabajos de construcción y midiendo con la vista el terreno.

Al cabo de un rato se sentó en una roca llana y ancha que tenía la altura apropiada para servir como mesa de escritura. Sopló para quitar la arena junto con una hilera de hormigas que la recorrían y, con los codos apoyados en la piedra y la cabeza en las manos, reanudó su concentrado examen del entorno. Aunque el sol le daba directamente en la cara, permanecía inmóvil, como si el incómodo calor no le afectara. No reparó en Matahachi, quien aún se sentía demasiado mal para preocuparse de si había alguien a su alrededor o no. El otro hombre no significaba nada para él. Sentado de espaldas al recién llegado, vomitó espasmódicamente.

Poco a poco el samurai se dio cuenta de que había allí un hombre que vomitaba.

—Eh, tú —le dijo—. ¿Qué te ocurre?

—Es el calor —respondió Matahachi.

—Estás bastante mal, ¿eh?

—Estoy algo mejor que antes, pero todavía mareado.

—Te daré una medicina —dijo el samurai, abriendo su caja de píldoras lacada en negro, de la que sacó unas píldoras negras que depositó en la palma de su mano.

Se acercó a Matahachi y le puso la medicina en la boca.

—Te pondrás bien en seguida.

—Gracias.

—¿Tienes intención de seguir descansando aquí durante algún tiempo?

—Sí.

—Entonces hazme un favor. Comunícame si viene alguien..., tira un guijarro o haz algo parecido.

El samurai volvió a la roca, se sentó, sacó un pincel de su estuche de escritura y un cuaderno de notas de su kimono. Abrió el cuaderno sobre la piedra y empezó a dibujar. Bajo el borde del sombrero su mirada iba del castillo a su entorno inmediato y viceversa, fijándose en la torre principal, las fortificaciones, las montañas al fondo, el río y los arroyos más pequeños.

Poco antes de la batalla de Sekigahara, aquel castillo había sido atacado por unidades del Ejército Occidental, y dos edificaciones, así como parte del foso, habían sufrido daños considerables. Ahora el bastión no sólo estaba siendo restaurado sino también reforzado, a fin de que superase en categoría a la fortaleza de Hideyori en Osaka.

Rápidamente, pero con mucho detalle, el guerrero estudiante trazó un dibujo a vista de pájaro de todo el castillo, y en una segunda página empezó a hacer un diagrama de los accesos por la parte trasera.

Matahachi soltó una exclamación en voz baja. Como salido de la nada, el inspector de obras había aparecido y estaba detrás del dibujante. Vestido con semiarmadura, los pies calzados con sandalias de paja, permanecía allí en silencio, como si esperase a que el otro se percatara de su presencia. Matahachi sintió una punzada de culpabilidad por no haberle visto a tiempo para advertirle. Ahora era demasiado tarde.

Poco después el guerrero estudiante alzó la mano para espantar una mosca de su cuello sudoroso, y entonces vio al intruso. Mientras le miraba sobresaltado, el inspector le devolvió la mirada, colérico, y tendió la mano hacia el dibujo. El guerrero estudiante le agarró la muñeca y se puso en pie.

—¿Qué crees que estás haciendo? —le gritó.

El inspector cogió el cuaderno y lo mantuvo alzado en el aire.

—Quisiera echar un vistazo a esto —gruñó.

—No tienes ningún derecho.

—¡Sólo estoy haciendo mi trabajo!

—¿Consiste tu trabajo en inmiscuirte en los asuntos ajenos?

—¿Por qué? ¿Es que no debería mirarlo?

—Un patán como tú no lo entendería.

—Será mejor que me lo quede.

—¡De ninguna manera! —gritó el estudiante guerrero, tratando de coger el cuaderno.

Ambos tiraron de él hasta que lo rompieron por la mitad.

—¡Ten cuidado! —exclamó el inspector—. Ya puedes darme una buena explicación, o de lo contrario te entregaré.

—¿Con qué autoridad? ¿Eres un oficial?

—Así es.

—¿Cuál es tu grupo? ¿Quién es tu comandante?

—Eso no es asunto tuyo, pero debes saber que tengo órdenes de investigar a cualquiera que esté en estos alrededores y parezca sospechoso. ¿Quién te dio permiso para hacer dibujos?

—Estoy haciendo un estudio de castillos y accidentes geográficos para futura referencia. ¿Qué tiene eso de malo?

—Este sitio está lleno de espías enemigos y todos tienen excusas parecidas. No me importa quién seas, pero tendrás que responder a algunas preguntas. ¡Ven conmigo!

—¿Me estás acusando de ser un delincuente?

—Cierra la boca y limítate a acompañarme.

—¡Asquerosos oficiales! ¡Estáis demasiado acostumbrados a hacer que la gente se amilane cada vez que abrís vuestras bocazas!

—¡Cállate y vamos!

—¡Intenta obligarme! —replicó el guerrero estudiante con firmeza.

El inspector, en cuya frente la ira hacía sobresalir las venas, dejó caer su mitad del cuaderno, lo inmovilizó pisándolo y sacó su porra. El guerrero estudiante dio un paso atrás para mejorar su posición.

—Si no vienes conmigo de buen grado, tendré que atarte y llevarte a rastras —dijo el inspector.

Apenas había terminado de pronunciar estas palabras, cuando su adversario entró en acción. Lanzando un agudo grito, agarró al inspector por el cuello con una mano, le cogió el borde inferior de la armadura con la otra y lo lanzó contra una gran roca.

—¡Patán inútil! —exclamó, pero no a tiempo de que le oyera el inspector, cuya cabeza se abrió como una sandía al chocar contra la piedra.

Lanzando un grito de horror, Matahachi se cubrió el rostro con las manos para protegerla de los grumos de roja materia pastosa que volaron en su dirección, mientras el guerrero estudiante volvía rápidamente a una actitud de calma absoluta.

Matahachi estaba horrorizado. ¿Era posible que aquel hombre estuviera acostumbrado a asesinar de una manera tan brutal? ¿O acaso su sangre fría se debía tan sólo a la decepción que sigue a una explosión de cólera? Matahachi, profundamente impresionado, empezó a sudar a mares. Aquel hombre no debía de haber cumplido los treinta años. Su rostro huesudo y tostado por el sol estaba picado de viruela y parecía carecer de mentón, aunque eso podría deberse a una cicatriz

curiosamente encogida causada por una honda herida de espada.

El guerrero estudiante no tenía prisa por huir. Recogió los fragmentos del cuaderno de notas roto y luego empezó a buscar tranquilamente su sombrero, que había salido volando cuando lanzó con violencia al inspector. Lo encontró, se lo puso con cuidado, ocultando así de nuevo su extraño rostro, y se alejó a paso vivo, cada vez más rápido, hasta que pareció volar impulsado por el viento.

El incidente había sucedido con tanta rapidez que ni los centenares de trabajadores que estaban en la vecindad ni sus supervisores habían visto nada. Los sudorosos obreros proseguían su monótona y fatigosa tarea, mientras los supervisores, armados con látigos y porras, les gritaban órdenes.

Pero una persona, por lo menos, lo había visto todo. De pie en lo alto de un andamio desde donde se abarcaba toda la zona, estaba el supervisor general de los carpinteros y leñadores. Al ver que el guerrero estudiante huía, rugió una orden que puso en movimiento a un grupo de soldados de infantería que habían estado tomando té al pie del andamio.

—¿Qué ha ocurrido?

—¿Otra pelea?

Otros habían oído la llamada a las armas y pronto levantaron una nube de polvo amarillo cerca del portal de madera de la estacada, línea divisoria entre el pueblo y los terrenos donde se llevaba a cabo la construcción. Airados gritos se elevaron del enjambre de gente reunida.

—¡Es un espía! ¡Un espía de Osaka!

—¡Nunca aprenderán!

—¡Matadle! ¡Matadle!

Cargadores de piedras, transportistas de tierra y otros obreros, todos ellos gritando como si el «espía» fuese su enemigo personal, persiguieron al samurai sin barbilla. Éste corrió por detrás de una carreta de bueyes que en aquel momento cruzaba el portal y trató de escabullirse, pero un centinela le vio y le hizo la zancadilla con un bastón tachonado de clavos.

Desde el andamio del supervisor se oyó el grito:

—¡No le dejéis escapar!

La multitud cayó sin vacilar sobre el bellaco, el cual contraatacó como una bestia atrapada. Arrebató el bastón al centinela, se volvió contra él y lo derribó de un golpe en la cabeza. Tras poner fuera de combate a cuatro o cinco más de una manera similar, desenvainó su enorme espada y adoptó una posición defensiva. Sus captores retrocedieron aterrados, pero cuando se disponía a abrirse camino entre ellos, una andanada de piedras cayó sobre él desde todas las direcciones.

La muchedumbre descargó su furia con ganas, su mortífero impulso incrementado por el profundo disgusto que les producían todos los shugyōsha. Como la mayoría de

la gente corriente, aquellos trabajadores consideraban a los samurais errantes inútiles, improductivos y arrogantes.

—¡Dejad de portaros como patanes estúpidos! —gritó el sitiado samurai, apelando a la razón y el autodominio.

Aunque luchaba, parecía más interesado en reñir a sus atacantes que en evitar las piedras que le arrojaban. Varios espectadores inocentes resultaron heridos en la refriega.

Todo terminó en un abrir y cerrar de ojos. Cesaron los gritos y los trabajadores empezaron a regresar a sus puestos de trabajo. Al cabo de cinco minutos, el gran solar de la construcción estaba exactamente como antes, como si nada hubiera pasado. Saltaban chispas de los diversos instrumentos cortantes, se oía relinchar a los caballos medio atontados por el sol, el calor entumecía la mente..., todo había vuelto a la normalidad.

Dos guardianes permanecían junto al cuerpo abatido, que había sido atado con una gruesa cuerda de cáñamo.

—Está casi muerto —dijo uno de ellos—, podemos dejarle aquí hasta que venga el magistrado. —Miró a su alrededor y vio a Matahachi—. ¡Eh, tú! Vigila a este hombre. Si muere, lo mismo da.

Matahachi oyó esas palabras, pero ni su sentido ni el del acontecimiento que acababa de presenciar acababan de penetrar en su cabeza. Todo aquello le parecía una pesadilla visible y audible, pero que su cerebro no comprendía.

«La vida es tan endeble... —se dijo—. Hace unos instantes estaba absorto en su boceto, y ahora agoniza. No era muy mayor.»

Lamentaba la suerte del samurai sin mentón, cuya cabeza, que yacía de lado en el suelo, estaba negra de tierra mezclada con sangre, su semblante todavía contorsionado por la ira. La cuerda le ataba a una gran roca. Matahachi se preguntó ociosamente por qué los guardianes habrían tomado esa precaución cuando el hombre estaba tan próximo a la muerte que no emitía sonido alguno. O quizá ya había muerto. Una de sus piernas estaba grotescamente expuesta a través de un largo desgarrón en su hakama, y la blanca tibia sobresalía de la carne carmesí. La sangre le brotaba del cuero cabelludo, y las avispas ya habían empezado a cernerse alrededor de sus greñas. Las hormigas casi le cubrían manos y pies.

«Pobre desgraciado —se dijo Matahachi—. Si estudiaba seriamente, debía de tener alguna gran ambición en la vida. ¿De dónde será? ¿Vivirán todavía sus padres?» Una duda peculiar le asaltó: ¿lamentaba realmente el destino del hombre o le inquietaba la vaguedad de su propio futuro? «Para un hombre con ambición, debería existir una manera más inteligente de salir adelante», reflexionó.

Era aquélla una época que alentaba las esperanzas de los jóvenes, les instaba acariciar un sueño, les impulsaba a mejorar su situación en la vida, una época,

ciertamente, en la que incluso un hombre como Matahachi podía soñar con alzarse de la nada hasta llegar a ser el señor de un castillo. Un guerrero con un talento modesto podía apañarse viajando de un templo a otro y viviendo de la caridad de los sacerdotes. Si tenía suerte, podía ser aceptado por algún miembro de la nobleza provincial, y si era todavía más afortunado, recibir un estipendio de un daimyō.

Sin embargo, de todos los jóvenes que partían con grandes esperanzas, sólo uno entre mil llegaba a lograr una posición con unos ingresos aceptables. Los restantes tenían que contentarse con la satisfacción que les proporcionaba el conocimiento de que su vocación era difícil y peligrosa.

Mientras Matahachi contemplaba al samurai tendido ante él, esa idea empezó a parecerle totalmente estúpida. ¿Adonde podía conducir el camino que estaba siguiendo Musashi? El deseo que Matahachi abrigaba de igualar o sobrepasar a su amigo de la infancia no se había debilitado, pero la visión del guerrero ensangrentado hacía que el camino de la espada pareciese vano y absurdo.

Observó con horror que el guerrero se estaba moviendo, y sus pensamientos se interrumpieron. El hombre extendió una mano, como una aleta de tortuga, y arañó el suelo. Alzó débilmente el torso, levantó la cabeza y tensó la cuerda.

Matahachi apenas podía dar crédito a sus ojos. El hombre se arrastró lentamente, arrastrando tras él la roca que no pesaría menos de cuatrocientas libras y a la que estaba atada la cuerda. Un pie, dos pies..., era una exhibición de fuerza sobrehumana. Ningún miembro musculoso de un equipo de cargadores de piedras podría haberlo hecho, aunque muchos se jactaban de tener la fuerza de diez o veinte hombres. Alguna fuerza demoníaca poseía al samurai tendido en el umbral de la muerte, una fuerza que le permitía superar con mucho la potencia de un mortal ordinario.

La garganta del moribundo emitió un gorgoteo. Se esforzaba desesperadamente por hablar, pero su lengua se había vuelto negra y seca, hasta tal punto que no podía articular las palabras. Su respiración eran siseos entrecortados, y los ojos, que sobresalían de sus órbitas, miraban fijamente a Matahachi, suplicantes.

—Ppp... pó... fffa...

Matahachi entendió gradualmente que le estaba diciendo «por favor». Siguió un sonido distinto, también inarticulado, que Matahachi interpretó como «te lo ruego». Pero el hombre hablaba realmente con los ojos, en los que brillaban sus últimas lágrimas y se reflejaba la certeza de la muerte. La cabeza le cayó hacia atrás, su respiración cesó. Mientras más hormigas empezaban a salir de la hierba para explorar el cabello blanqueado por el polvo, y algunas penetraban incluso en una fosa nasal con sangre coagulada, Matahachi vio que la piel del guerrero bajo el cuello de su kimono adquiría una tonalidad azul negruzca.

¿Qué había querido que hiciera? Matahachi se sentía obsesionado por la idea de que había incurrido en una obligación. El samurai había acudido a socorrerle cuando

estaba enfermo y había tenido la amabilidad de darle una medicina. ¿Por qué el destino había cegado a Matahachi cuando debería haber advertido al hombre de que se aproximaba el inspector? ¿Fue acaso su sino que ocurriera así?

Matahachi palpó el fardo envuelto en un paño que el muerto llevaba en el obi. El contenido revelaría con seguridad quién era el hombre y de dónde procedía. Sospechaba que su último deseo había sido que entregara algún recuerdo a su familia. Separó el fardo, recogió la caja de píldoras y se las guardó dentro de su propio kimono.

Se preguntó si debería cortarle un mechón de pelo para llevárselo a su madre, pero mientras miraba el rostro temible del hombre oyó que se aproximaban pisadas. Atisbo desde detrás de una roca y vio a unos samurais que venían en busca del cadáver. Si le sorprendían con las posesiones del muerto, se vería en un serio aprieto. Se agachó y avanzó de una sombra a otra detrás de las rocas, escabulléndose como una rata de campo.

Dos horas después llegó a la tienda de dulces donde se alojaba. La esposa del tendero estaba al lado de la casa, lavándose en una jofaina. Al oírle moverse, la mujer mostró una porción de su carne blanca desde detrás de la puerta lateral y preguntó:

—¿Eres tú, Matahachi?

Él respondió con un gruñido, corrió a su habitación y de un armario sacó un kimono y su espada. Luego se anudó alrededor de la cabeza una toalla enrollada y se dispuso a ponerse de nuevo las sandalias.

—¿No está oscuro ahí dentro? —le preguntó la mujer.

—No, veo bastante bien.

—Te traeré una lámpara.

—No es necesario. Voy a salir.

—¿No te lavas?

—No, más tarde.

Salió apresuradamente al campo y se alejó con rapidez de la casa destartalada. Pocos minutos después miró atrás y vio a un grupo de samurais, sin duda pertenecientes al castillo, que venían desde más allá de las altas hierbas de miscanthus que cubrían el campo. Entraron en la tienda de dulces por la entrada principal y la trasera.

«Me he librado por los pelos —se dijo Matahachi—. Naturalmente, no he robado nada. Sólo lo tomé en custodia. Tenía que hacerlo. Él me lo rogó.»

A su modo de ver, mientras admitiera que los objetos no eran suyos, no había cometido delito alguno. Al mismo tiempo, comprendía que no podría presentarse de nuevo en el solar de la construcción.

Los miscanthus le llegaban a los hombros, y un velo de niebla nocturna flotaba por encima de las hierbas. Nadie podría verle desde cierta distancia y le resultaría

fácil escapar. Pero no era sencillo determinar el camino a seguir, tanto más cuanto que tenía la intensa sensación de que la buena suerte se encontraba en una dirección y la mala en otra.

¿Osaka? ¿Kyoto? ¿Nagoya? ¿Edo? No tenía amigos en ninguna de esas ciudades, y bien podría echar los dados para decidir su destino. Con los dados, como con Matahachi, todo dependía del azar. Cuando el viento soplara, le llevaría por el aire consigo.

Le parecía que cuanto más se alejaba, más se hundía en los miscanthus. Los insectos zumbaban a su alrededor y la niebla en descenso le humedecía la ropa. Los bordes empapados se enrollaban alrededor de sus piernas. Las semillas se adherían a sus mangas, le picaban las espinillas. El recuerdo de las náuseas que sufriera al mediodía se había desvanecido y ahora estaba muy hambriento. Una vez se sintió fuera del alcance de sus perseguidores, seguir caminando se le hizo muy penoso.

El impulso abrumador de hallar un sitio donde tenderse y descansar le llevó al otro extremo del campo, más allá del cual vislumbró el tejado de una casa. Al aproximarse, vio que la valla y el portal estaban torcidos, al parecer dañados por una tormenta reciente. El tejado también necesitaba reparación. No obstante, en otro tiempo la casa debió de pertenecer a una familia acomodada, pues tenía cierto aire de elegancia desvaída. Matahachi imaginó a una bella cortesana sentada en un carruaje con suntuosas cortinas que se aproximara a la casa a un paso majestuoso.

Cruzó la puerta del portal abandonado y descubrió que tanto el edificio principal como otra casa independiente más pequeña estaban casi cubiertos por la maleza. La escena le recordó un pasaje del poeta Saigyó que le hicieron aprender de niño:

Me enteré de que una persona a quien yo conocía vivía en Fushimi y fui a hacerle una visita, ¡pero el jardín estaba tan descuidado...! Ni siquiera podía ver el camino. Mientras los insectos cantaban, compuse este poema.

Abriéndome camino entre la maleza,
oculto mis lacrimosos sentimientos
en los pliegues de mi manga.
En el jardín cargado de rocío
incluso los humildes insectos lloran.

Matahachi sintió que se le helaba el corazón mientras se agazapaba cerca de la casa, susurrando las palabras olvidadas tanto tiempo atrás.

Cuando casi se había convencido de que la casa estaba desierta, apareció una luz roja procedente del interior. Poco después oyó las notas melancólicas de un shakuhachi, la flauta de bambú que tocaban los sacerdotes mendicantes cuando

pedían por las calles. Miró al interior y descubrió que, en efecto, el músico era un miembro de esa clase. Estaba sentado al lado del hogar. El fuego que acababa de encender se hizo más brillante, y su sombra agrandada se proyectó en la pared. Estaba tocando una melodía triste, un lamento sobre la soledad y la melancolía del otoño que no estaba destinado a más oídos que los suyos propios. En hombre tocaba con sencillez, sin florituras, y Matahachi tuvo la impresión de que se enorgullecía poco de su arte.

Cuando finalizó la melodía, el sacerdote exhaló un hondo suspiro y pronunció un lamento:

—Dicen que cuando un hombre llega a los cuarenta años, está libre de ilusiones. ¡Pero miradme! Tenía cuarenta y siete cuando destruí el buen nombre de mi familia. ¡Cuarenta y siete! Y aun así me engañé con la ilusión y logré perderlo todo: ingresos, posición, reputación. Y no sólo eso, sino que abandoné a mi único hijo para que se las arreglara por sí solo en este horrible mundo... ¿Y por qué? ¿Un encaprichamiento?

—Es mortificante..., nunca más podré enfrentarme a mi esposa muerta ni al muchacho, dondequiera que esté. ¡Ja! Cuando dicen que eres prudente después de los cuarenta, deben referirse a grandes hombres, no a imbéciles como yo. En vez de considerarme prudente debido a mi edad, debería haber tenido más cuidado que nunca. Es una locura no hacerlo así, cuando hay mujeres por medio.

Puso de punta la flauta en el suelo, apoyó ambas manos en la boquilla y siguió diciendo:

—Cuando saliera a la luz ese asunto con Otsū, ya nadie querría perdonarme. Es demasiado tarde.

Matahachi había entrado sigilosamente en la habitación contigua. Escuchaba, pero le repelía lo que estaba viendo. Las mejillas del sacerdote estaban hundidas, sus hombros angulosos le daban un aspecto de perro extraviado y su cabello carecía de lustre. Matahachi se agazapó en silencio. A la luz vacilante del fuego que ardía en el hogar, la forma del hombre evocaba visiones de demonios nocturnos.

—Ah, ¿qué voy a hacer? —gimió el sacerdote, alzando al cielo sus ojos hundidos.

Su kimono era ordinario y estaba sucio, pero también llevaba una sotana negra, lo cual indicaba que era seguidor del maestro de zen chino P'u-hua. La estera de juncos en la que estaba sentado y que llevaba enrollada a todas partes, era probablemente su única posesión doméstica, que le servía de cama, cortina y, cuando hacía mal tiempo, de tejado.

—Hablar no me devolverá lo que he perdido —dijo—. ¿Por qué no tuve más cuidado? Creía entender la vida, ¡pero no entendía nada y permití que mi categoría se me subiera a la cabeza! Me comporté desvergonzadamente con una mujer. No es de extrañar que los dioses me abandonaran. ¿Qué podría ser más humillante?

El sacerdote inclinó la cabeza como si pidiera disculpas a alguien, y entonces la

inclinó todavía más.

—No me importa por mí, pues la vida que llevo ahora es muy aceptable. Nada más correcto que deba arrepentirme y tenga que sobrevivir sin ayuda externa. Pero ¿qué le he hecho a Jōtarō? Él sufrirá más que yo por mi extravío. Si estuviera todavía al servicio del señor Ikeda, él sería ahora el único hijo de un samurai con unos ingresos de cinco mil fanegas, pero a causa de mi estupidez no es nada. Y lo que es peor, un día, cuando crezca, sabrá la verdad.

Permaneció un rato sentado y cubriéndose el rostro con las manos, y luego, de improviso, se levantó.

—Es preciso que ponga fin a esto, que no siga sintiendo lástima de mí mismo. Ha salido la luna. Iré a dar un paseo por el campo para librarme de esos viejos motivos de queja y fantasmas.

El sacerdote recogió su shakuhachi y salió de la casa arrastrando los pies. Matahachi creyó ver un bigote de rígidos pelos bajo la nariz afilada. «¡Qué hombre tan extraño! —se dijo—. No es realmente viejo, pero está muy inseguro sobre sus pies.» Sospechando que podría estar algo loco, sintió un dejo de piedad por aquel hombre.

Avivadas por la brisa vespertina, las llamas del hogar estaban empezando a quemar el suelo. Matahachi entró en la habitación vacía, encontró una jarra de agua y vertió un poco en el fuego, reflexionando mientras lo hacía en el descuido del sacerdote.

No importaría gran cosa que aquella casa vieja y desierta se quemara hasta los cimientos, pero ¿y si hubiera sido un templo antiguo de los períodos Asuka o Kamakura? Matahachi sintió un extraño acceso de indignación.

«Por culpa de hombres como él, los antiguos templos de Nara y del monte Kōya son destruidos con tanta frecuencia —pensó—. Estos locos sacerdotes vagabundos no tienen posesiones ni familia propia, y no piensan ni un instante en lo peligroso que es el fuego. Serían capaces de encender uno en el salón principal de un viejo monasterio, al lado mismo de los murales, sólo para calentar sus cuerpos que no tienen ninguna utilidad para nadie. Vaya, ahí hay algo interesante.»

Estaba mirando el tokonoma y no era el grácil diseño de la pieza ni los restos de un jarrón valioso lo que le había llamado la atención, sino un recipiente metálico ennegrecido, a cuyo lado había una jarra de sake con la boca desportillada. El recipiente contenía unas gachas de arroz, y cuando Matahachi agitó la jarra, produjo un alegre sonido gorgoteante. Sonrió, agradecido a su buena suerte y sin pensar lo más mínimo, como cualquier hombre hambriento, en los derechos de propiedad ajenos.

Apuró el sake en un par de largos tragos, vació el recipiente de arroz y se felicitó porque tenía el vientre lleno.

Se adormiló al lado del hogar, pero pronto tuvo conciencia de los zumbidos que producían los insectos en el campo..., y no sólo en el campo sino también en las paredes, el techo y las esterillas de tatami en putrefacción.

Poco antes de ceder al sueño, recordó el fardo que le había quitado al guerrero moribundo. Entonces se desperezó y desanudó el paño de sucio crepé teñido con un tinte rojo oscuro de sapán. Contenía una muda limpia de ropa interior, junto con los objetos habituales que transportan los viajeros. Desdobló la muda y encontró un objeto que tenía la forma y el tamaño de una carta enrollada y envuelta con sumo cuidado en papel encerado. Había también un monedero, que cayó con un fuerte tintineo de un pliegue de la tela. Era de cuero teñido de color violeta y contenía suficiente oro y plata para que la mano de Matahachi le temblara de temor. «Éste es el dinero de otro, no mío», se recordó.

Quitó el papel encerado y se encontró con un rollo de escritura enrollado a un rodillo de membrillero chino, con el extremo de brocado dorado. Percibió de inmediato que contenía algún secreto importante y, con gran curiosidad, depositó el rollo en el suelo delante de él y lo desenrolló lentamente. Decía así:

CERTIFICADO

Juro solemnemente que he transmitido a Sasaki Kojirō los siguientes siete métodos secretos del estilo Chūjō de esgrima:

Abiertos —estilo rayo, estilo rueda, estilo redondeado, estilo del barco flotante

Secretos —el Diamante, la Edificación, el Infinito

Expedido en el pueblo de Jōkyōji, en la heredad Usaka de la provincia de Echizen, el día _____ del mes _____

Kanemaki Jisai, discípulo de Toda Seigen

En un trozo de papel que parecía haber sido añadido posteriormente, figuraba el siguiente poema:

La luna que brilla
en las aguas inexistentes
de un pozo sin cavar
produce un hombre
sin sombra ni forma.

Matahachi comprendió que aquello era un diploma otorgado a un discípulo que había aprendido cuanto su maestro podía enseñarle, pero el nombre Kanemaki Jisai no significaba nada para él. Habría reconocido el nombre de Itō Yagorō, quien bajo el nombre Ittōsai había creado un estilo de esgrima sumamente famoso y admirado.

Pero no sabía que Jisai era el maestro de Itō, como tampoco que Jisai era un samurai de carácter espléndido que había dominado el verdadero estilo de Toda Seigen y se había retirado a un pueblo remoto para pasar sus últimos años en la oscuridad. Desde entonces sólo había transmitido el método Seigen a unos pocos alumnos selectos.

Matahachi leyó de nuevo el primer nombre.

«Este Sasaki Kojirō debía de ser el samurai al que mataron hoy en Fushimi —pensó—. Debió de ser un espadachín consumado para que le concedieran un certificado de experto en el estilo Chūjō, sea el que fuere. ¡Lástima que muriera! Pero ahora estoy seguro, es lo que sospechaba. Debía querer que entregara esto a alguien, probablemente a alguien en su lugar natal.»

Matahachi elevó una breve plegaria al Buda por Sasaki Kojirō , y luego se juró a sí mismo que de alguna manera llevaría a cabo su nueva misión.

Encendió de nuevo el fuego para protegerse del frío, se tendió al lado del hogar y poco después se quedó dormido.

Desde algún lugar a lo lejos llegaba el sonido del shakuhachi del viejo sacerdote. La triste melodía, que al parecer buscaba y llamaba a alguien, continuó sin interrupción, como una patética ola que se cernía sobre los juncos del campo.

Reunión en Osaka

Una niebla gris cubría el campo, y el aire frío de la mañana señalaba que el otoño estaba comenzando en serio. Las ardillas iban de un lado a otro, y en la cocina sin puerta de la casa abandonada huellas de zorro frescas recorrían el suelo de tierra.

El sacerdote mendigo, que regresó tambaleándose poco antes del amanecer, había cedido a la fatiga en el suelo de la despensa, aferrando todavía el shakuhachi. El kimono y la casulla sucios estaban húmedos de rocío y con manchas producidas por la hierba cuando deambulaba como un alma en pena a través de la noche. Abrió los ojos, se irguió, arrugó la nariz y estornudó fuertemente. No hizo esfuerzo alguno por limpiarse el moco que se deslizaba desde la nariz hasta el bigotillo.

Permaneció sentado allí varios minutos antes de recordar que todavía le quedaba un poco de sake de la noche anterior. Refunfuñando para sus adentros, recorrió el largo pasillo hasta la sala del hogar, al fondo de la casa. A la luz del día, había más habitaciones de las que le había parecido la noche anterior, pero se orientó sin dificultad. Le asombró descubrir que la jarra de sake no estaba donde la había dejado.

Y al lado del hogar había un desconocido, con la cabeza apoyada en un brazo y saliva deslizándose de su boca, profundamente dormido. El paradero del sake estaba muy claro.

Por supuesto, el sake no era lo único que faltaba. Un rápido vistazo le reveló que no quedaba ni una pizca de las gachas de arroz con las que había pensado desayunar. El rostro del sacerdote se volvió escarlata de ira. Podía prescindir del sake, pero el arroz era asunto de vida o muerte. Lanzando un grito furioso, dio una patada al durmiente con todas sus fuerzas, pero Matahachi se limitó a gruñir soñoliento, movió el brazo en el que se apoyaba y alzó la cabeza.

—¡Tú..., tú...! —tartamudeó el sacerdote, dándole otra patada.

—¿Qué estás haciendo? —gritó Matahachi. Las venas sobresalían en su rostro adormilado mientras se incorporaba—. ¡No puedes darme puntapiés de esa manera!

—¡Darte puntapiés es mucho menos de lo que te mereces! ¿Quién te dijo que entraras aquí y me robaras mi arroz y mi sake?

—Ah, ¿eran tuyos?

—¡Claro que eran míos!

—Lo siento.

—¿Que lo sientes? ¿Y eso de qué me sirve?

—Te pido disculpas.

—¡Tendrás que hacer algo más!

—¿Qué esperas que haga?

—¡Devolvérmelo!

—¡Eh! Ya está dentro de mí, me ha mantenido vivo esta noche. ¡No puedo

devolvértelo!

—También yo tengo que vivir, ¿no es cierto? Lo máximo que consigo jamás yendo por ahí y tocando la flauta en los portales de la gente son unos pocos granos de arroz o un par de gotas de sake. ¡Imbécil! ¿Esperas que me quede aquí en silencio y te deje robarme mi comida? Quiero que me la devuelvas, ¿me oyes? ¡Devuélvemela!

El tono con que efectuó esa exigencia irracional era imperioso, y su voz le pareció a Matahachi la de un diablo hambriento salido directamente del infierno.

—No seas tan tacaño —le dijo Matahachi despectivamente—. ¿Por qué te lo tomas tan a pecho? Sólo era un poco de arroz y menos de media jarra de un sake de tercera clase.

—Escucha, burro, puede que arrugues la nariz ante unas sobras de arroz, mas para mí es la comida de un día..., ¡la vida de un día! —El sacerdote gruñó y agarró a Matahachi por la muñeca—. ¡No permitiré que te salgas con la tuya!

—¡No seas necio! —replicó Matahachi. Liberó su brazo y cogió al viejo por el escaso cabello, tratando de derribarle. Para su sorpresa, el cuerpo de felino famélico no se movió. El sacerdote aferró con firmeza el cuello de Matahachi—. ¡Bastardo! —exclamó éste, valorando de nuevo la capacidad de lucha de su contrario.

Lo hizo demasiado tarde. El sacerdote adoptó una firme postura de equilibrio y lanzó a Matahachi hacia atrás de un solo empujón. Fue una acción habilidosa, utilizando la propia fuerza de Matahachi, el cual no se detuvo hasta chocar contra la pared enyesada en el extremo de la habitación contigua. Como los postes y el enlistonado estaban podridos, buena parte de la pared se derrumbó, haciendo caer sobre él una lluvia de tierra. Escupiendo la que le había llenado la boca, se incorporó de un salto, desenvainó su espada y se abalanzó contra el viejo.

El sacerdote se dispuso a parar el golpe con su shakuhachi, pero ya estaba dando boqueadas, falto de aliento.

—¡Ya ves en qué te has metido! —gritó Matahachi al tiempo que asestaba un golpe. Falló, pero siguió atacando implacablemente, sin dar tiempo al sacerdote para que recobrase el aliento.

El semblante del viejo adquirió un aspecto espectral. Saltaba hacia atrás una y otra vez, pero lo hacía sin vigor y parecía al borde del colapso. Cada vez que esquivaba el golpe, emitía un grito quejumbroso, como el gemido de un moribundo. Aun así, su movimiento constante impedía a Matahachi alcanzarle con su espada.

Finalmente, su propio descuido perdió a Matahachi. Cuando el sacerdote saltó al jardín, Matahachi le siguió ciegamente, pero en cuanto sus pies golpearon el suelo podrido de la terraza, las tablas se rompieron. Cayó de espaldas, con una pierna colgando a través de un agujero.

El sacerdote se lanzó al ataque. Agarrando la parte delantera del kimono de Matahachi, empezó a golpearle en la cabeza, las sienes, el cuerpo..., en cualquier

parte alcanzada al azar por su shakuhachi..., soltando un fuerte gruñido cada vez que golpeaba. Con la pierna atrapada, Matahachi estaba indefenso. Su cabeza parecía a punto de hincharse hasta adquirir el tamaño de un barril, pero la suerte estaba de su parte, pues en aquel momento empezaron a caer de su kimono monedas de oro y plata. A cada nuevo golpe le seguía el alegre tintineo de las monedas que caían al suelo.

—¿Qué es esto? —inquirió sorprendido el sacerdote, soltando a su víctima.

Matahachi se apresuró a liberar su pierna y ponerse a salvo, pero el viejo ya había desahogado su ira. El puño dolorido y la respiración trabajosa no le impedían mirar asombrado el dinero. Con las manos en la cabeza palpitante, Matahachi le gritó:

—¿Te das cuenta, viejo estúpido? No había ninguna razón para que te sulfurases por un poco de arroz y sake. ¡Tengo dinero para derrocharlo! ¡Quédatelo si quieres! Pero a cambio voy a desquitarme de la paliza que me has dado. ¡Asoma tu cabeza de idiota y te pagaré con intereses el arroz y la bebida!

En vez de responder a este insulto, el sacerdote apoyó la cara en el suelo y se echó a llorar. La ira de Matahachi remitió un poco, pero dijo con malignidad:

—¡Mírate! ¡En cuanto ves dinero te desmoronas!

—¡Qué vergüenza! —gimió el sacerdote—. ¿Por qué soy tan necio? —Como la fuerza con la que acababa de luchar, el reproche que se hacía a sí mismo era más violento que el de un hombre ordinario—. ¡Qué burro soy! —siguió diciendo—. ¿Aún no he vuelto a mi sano juicio? ¿Ni siquiera a mi edad? ¿Ni tan sólo después de haber sido expulsado de la sociedad y caído tan bajo como un hombre puede caer?

Se volvió hacia la columna negra que estaba a su lado y empezó a golpearse la cabeza contra ella, sin cesar en sus quejas.

—¿Para qué toco este shakuhachi? ¿No es para expulsar a través de sus cinco orificios mis ilusiones, mi estupidez, mi lujuria, mi egoísmo y mis malas pasiones? ¿Cómo he sido capaz de enzarzarme en una lucha a vida o muerte por un poco de comida y bebida? ¿Y con un hombre lo bastante joven para ser mi hijo?

Matahachi nunca había visto a nadie comportarse de aquella manera. El viejo lloraba un momento y luego volvía a golpearse la cabeza contra la columna. Parecía dispuesto a hacerlo hasta que se partiera la cabeza en dos mitades. Mucho más numerosos eran los golpes que se daba que los que había propinado a Matahachi. Empezó a brotarle sangre de la frente.

Matahachi se sintió obligado a impedir que se torturase más.

—Bueno, basta ya. ¡No sabes lo que estás haciendo!

—Déjame en paz —le suplicó el sacerdote.

—Pero ¿qué te ocurre?

—No me ocurre nada.

—Tiene que haber algo. ¿Estás enfermo?

—No.

—Entonces ¿de qué se trata?

—Estoy disgustado conmigo mismo. Quisiera matar a golpes a este perverso cuerpo mío y darlo de alimento a los cuervos, pero no quiero morir como un imbécil. Quisiera ser tan fuerte y recto como el que más antes de renunciar a esta carne. Perder el dominio de mí mismo me enfurece. Supongo que, al fin y al cabo, podrías considerarlo una enfermedad.

Apiadándose de él, Matahachi recogió el dinero caído e intentó ponerle unas monedas en la mano.

—He tenido en parte la culpa —le dijo en tono de disculpa—. Te daré esto, y así quizá me perdones.

—¡No lo quiero! —exclamó el sacerdote, apresurándose a retirar la mano—. No necesito dinero. ¡Te digo que no lo necesito!

Aunque antes había montado en cólera por unas gachas de arroz, ahora miraba el dinero con una expresión de odio. Sacudió la cabeza vigorosamente y retrocedió, todavía de rodillas.

—Eres un tipo extraño —dijo Matahachi.

—No lo creas.

—Bueno, desde luego actúas de una manera extraña.

—No permitas que eso te preocupe.

—Parece como si vinieras de las provincias occidentales.

Lo digo por tu acento.

—Es natural, nací en Himeji.

—¿De veras? También yo soy de esa zona..., de Mimasaka.

—¿Mimasaka? —repitió el sacerdote, mirando con fijeza a Matahachi—. ¿De qué lugar de Mimasaka?

—El pueblo de Yoshino. Miyamoto, para ser exacto.

El viejo pareció relajarse. Se sentó en el porche y dijo lentamente:

—¿Miyamoto? Es un nombre que me trae recuerdos. Cierta vez me encargué de la vigilancia en la prisión militar de Hinagura. Conozco esa zona bastante bien.

—¿Significa eso que fuiste un samurai del feudo de Himeji?

—Sí, supongo que ahora no lo parezco, pero en otro tiempo fui un guerrero. Me llamo Aoki Tan... —Se interrumpió, y entonces, con la misma brusquedad, siguió diciendo—: Eso no es cierto, lo he inventado. Olvida lo que he dicho. —Se puso en pie y concluyó—: Me voy al pueblo, a tocar el shakuhachi y conseguir un poco de arroz.

Dio media vuelta y se encaminó con pasos rápidos hacia el campo de miscanthus.

Cuando el viejo sacerdote se hubo ido, Matahachi empezó a preguntarse si había

hecho bien en ofrecerle dinero de la bolsa del samurai muerto. Pronto resolvió su dilema diciéndose que no había ningún mal en tomar en préstamo una parte, siempre que no fuese demasiado.

«Si entrego estas cosas en casa del muerto, tal como él quería —pensó—, necesitaré dinero para los gastos, ¿y qué otra cosa puedo hacer si no es tomarlo del metálico que tengo aquí?» Esta fácil racionalización era tan consoladora que a partir de aquel día empezó a gastar el dinero poco a poco.

Aún no había decidido qué iba a hacer con el certificado extendido a nombre de Sasaki Kojirō . El hombre le había parecido un rōnin, pero ¿no podría haber estado al servicio de algún daimyō? Matahachi no tenía ningún indicio de su procedencia, por lo que no sabía adonde llevar el certificado. Pensó que su única esperanza sería localizar al maestro de esgrima Kanemaki Jisai, el cual sin duda lo sabría todo acerca de Sasaki.

Durante el viaje desde Fushimi a Osaka, Matahachi preguntó en todas las casas de té, fondas y posadas si alguien conocía a Jisai. Todas las respuestas fueron negativas. Ni siquiera la información adicional de que Jisai era un discípulo acreditado de Toda Seigen tuvo resultado alguno.

Finalmente, un samurai a quien Matahachi conoció en el camino mostró un destello de reconocimiento.

—He oído hablar de Jisai, pero si aún vive debe de ser muy anciano. Alguien dijo que fue al este y se recluyó en un pueblo, creo que de Kōzuke. Si quieres saber más de él, debes ir al castillo de Osaka y hablar con un hombre llamado Tomita Mondonoshō.

Al parecer, Mondonoshō era uno de los maestros de Hideyori en las artes marciales, y el informador de Matahachi estaba bastante seguro de que pertenecía a la misma familia de Seigen.

Aunque decepcionado por la vaguedad de su primera pista verdadera, Matahachi resolvió seguirla. Al llegar a Osaka, tomó una habitación en una posada barata que estaba en una de las calles más concurridas, y en cuanto estuvo instalado preguntó al posadero si conocía a un hombre llamado Tomita Mondonoshō, del castillo de Osaka.

—Sí, ese nombre me suena —respondió el posadero—. Creo que es el nieto de Toda Seigen. No es el instructor personal del señor Hideyori, sino que enseña esgrima a algunos de los samurais del castillo, o por lo menos así lo hacía. Me parece que regresó a Echizen hace años. Sí, eso es lo que hizo.

—Podrías ir a Echizen y buscarle, pero no hay ninguna garantía de que siga allí. En vez emprender un viaje tan largo siguiendo una corazonada, ¿no sería más fácil buscar a Itō Ittōsai? Estoy bastante seguro de que estudió el estilo Chūjō con Jisai antes de desarrollar su propio estilo.

La sugerencia del posadero parecía juiciosa, pero cuando Matahachi empezó a

buscar a Ittōsai se encontró en otro callejón sin salida. Se enteró de que hasta hacía poco tiempo había vivido en una pequeña choza en Shirakawa, al este de Kyoto, pero ya no estaba allí y últimamente no se le había visto en Kyoto ni Osaka.

Estas dificultades hicieron flaquear la resolución de Matahachi, el cual estaba dispuesto a dejar correr el asunto. El bullicio y la excitación de la ciudad reavivaron su ambición y estimularon su espíritu juvenil. En una ciudad abierta de par en par como aquélla, ¿por qué habría de emplear su tiempo en buscar a la familia de un muerto? Había muchas cosas que hacer allí. La gente buscaba jóvenes como él. En el castillo de Fushimi, las autoridades practicaban a rajatabla la política del gobierno Tokugawa. Sin embargo, los generales que dirigían el castillo de Osaka estaban buscando rōnin para formar un ejército. No lo hacían públicamente, desde luego, pero sí de una manera lo bastante abierta para que fuese de conocimiento común. Era un hecho cierto que los rōnin eran allí mejor recibidos y podían vivir mejor que en cualquier otra ciudad con castillo del país.

Corrían vehementes rumores entre los habitantes de la ciudad. Se decía, por ejemplo, que Hideyori estaba aportando discretamente los fondos a daimyōs fugitivos como Gotō Matabei, Sanada Yukimura, Akashi Kamon e incluso el peligroso Chōsokabe Morichika, quienes ahora vivían en una casa alquilada en una calleja de las afueras.

A pesar de su juventud, Chōsokabe se había afeitado la cabeza como un sacerdote budista y cambiado su nombre por el de Ichimusai, que significa «el hombre de un solo sueño». Eso era una declaración de que los asuntos de este mundo flotante ya no le concernían, y empleaba ostensiblemente su tiempo en elegantes frivolidades. Sin embargo, era ampliamente conocido el hecho de que tenía a su servicio seiscientos u ochocientos rōnin, todos ellos firmemente convencidos de que, cuando llegara el momento adecuado, Ichimusai se levantaría y reivindicaría a su difunto benefactor Hideyoshi. Se rumoreaba que sus gastos, incluida la paga de sus rōnin, eran costeados por la bolsa particular de Hideyori.

Durante dos meses Matahachi deambuló por Osaka, cada vez más seguro de que era la ciudad adecuada para él. Era allí donde se agarraría a un clavo ardiendo que le llevaría al éxito. Por primera vez en varios años se sentía tan valiente e intrépido como cuando fue a la guerra. Volvía a estar sano y rebosante de vitalidad, sin que le turbara la gradual desaparición del dinero del samurai muerto, pues creía que por fin la suerte le sonreía. Cada jornada amanecía con promesas de alegría y placer. Estaba seguro de que tropezaría con una piedra y al levantarse estaría cargado de dinero. La buena suerte estaba a punto de encontrarle.

¡Ropa nueva! Eso era lo que necesitaba. Se compró un atuendo completo, eligiendo cuidadosamente la tela que sería apropiada para el frío del invierno inminente. Luego, tras llegar a la conclusión de que una posada era demasiado cara,

alquiló una pequeña habitación perteneciente a un artesano de sillas de montar en la vecindad del Foso Junkei y empezó a hacer sus comidas fuera de casa. Iba a visitar todo aquello que deseaba ver, regresaba a casa cuando le parecía y de vez en cuando estaba ausente toda la noche, según le viniera en gana. Mientras gozaba de esta existencia despreocupada, seguía en busca de un amigo, de una conexión que le diera acceso a un puesto bien pagado al servicio de un gran daimyō.

Para poder vivir con los medios de que disponía, Matahachi necesitaba cierta contención, pero le parecía que se estaba comportando mejor que nunca. Se sentía estimulado por los relatos que oía repetir sobre tal o cual samurai que no mucho tiempo atrás acarreaba tierra en un solar en construcción y al que ahora se le veía cabalgando pomposamente por la ciudad con veinte servidores y un caballo de refresco.

En otras ocasiones experimentaba indicios de abatimiento. «El mundo es un muro de piedra —pensaba—, y han puesto las piedras tan juntas que no hay ni una sola rendija por la que uno pueda entrar.» Pero su frustración siempre remitía: «¿De qué estoy hablando? Así es lo que parece cuando todavía no has visto tu oportunidad. Siempre resulta difícil entrar, pero cuando encuentre una abertura...».

Cuando le preguntó al artesano de sillas de montar si tenía noticia de algún posible empleo para él, el hombre se mostró optimista.

—Eres joven y fuerte —le dijo—. Si presentas una solicitud en el castillo, estoy seguro de que encontrarás alguna colocación.

Pero hallar el trabajo apropiado no era tan sencillo. En el último mes del año Matahachi seguía sin empleo y su dinero se había reducido a la mitad.

Bajo el sol invernal del mes de mayor actividad entre todos los del año, las hordas de gente que pululaban por las calles daban la sorprendente impresión de que no tenían prisa alguna. En el centro de la ciudad había solares vacíos cuya hierba estaba blanca de escarcha en la mañana temprana. A medida que avanzaba el día, las calles se volvían fangosas, y el sonido de los mercaderes que pregonaban sus mercancías con gongs estruendosos y tambores retumbantes disipaba la sensación invernal. Siete u ocho casetas, rodeadas de raídas esteras de paja para evitar que los curiosos mirasen el interior, anunciaban con banderas de papel y lanzas decoradas con plumas los espectáculos que tenían lugar allí. Los pregoneros de feria competían con estridencia para atraer a los ociosos transeúntes a sus endebles casetas.

El olor de salsa de soja barata impregnaba el aire. En las tiendas, hombres de piernas peludas, con espetones de comida en sus bocas, relinchaban como caballos, y al anochecer mujeres de largas mangas y rostros blanqueados sonreían tontamente como ovejas, caminando juntas en rebaño y mascando golosinas.

Una noche se armó una trifulca entre los clientes de un hombre que había

instalado una tienda de sake colocando unos taburetes a un lado de la calle. Antes de que nadie pudiera saber quién había ganado, los combatientes dieron media vuelta y echaron a correr calle abajo, dejando un rastro de gotas de sangre tras ellos.

—Gracias, señor —le dijo el vendedor de sake a Matahachi, cuya actitud feroz había hecho huir a los belicosos ciudadanos—. De no haber estado vos aquí, ésos me habrían roto todos los platos.

El hombre hizo varias reverencias y luego sirvió a Matahachi otra jarra de sake, diciéndole que confiaba en que tuviera la temperatura apropiada. También le ofreció un tentempié como muestra de agradecimiento.

Matahachi estaba satisfecho de sí mismo. La pelea había estallado entre dos trabajadores, y cuando él les miró con el ceño fruncido, amenazándoles con matarlos a los dos si causaban algún daño al tenderete, ambos emprendieron la huida.

—Hay mucha gente por aquí, ¿verdad? —observó afablemente.

—Porque estamos a fines de año. Se quedan algún tiempo y luego se marchan, pero vienen otros.

—Menos mal que se mantiene el buen tiempo.

La bebida enrojecía el rostro de Matahachi. Al alzar la taza, recordó su juramento de que dejaría de beber cuando trabajaba en Fushimi, y se preguntó vagamente cómo había empezado de nuevo. «¿Y qué más da? —se preguntó—. Si un hombre no puede beber de vez en cuando...»

—Ponme otra, amigo —pidió.

El hombre que permanecía sentado en silencio al lado de Matahachi era también un rōnin. Sus dos espadas, larga y corta, eran impresionantes, y los ciudadanos tendían a apartarse de su camino, aunque no llevaba manto encima del kimono, que estaba muy sucio alrededor del cuello.

—¡Eh, sírveme también otra, y que sea rápido! —gritó.

Apoyando la pierna derecha sobre la rodilla izquierda, examinó a Matahachi desde los pies a la cabeza. Cuando llegó al rostro, le sonrió y dijo:

—Hola.

—Hola —replicó Matahachi—. Toma un sorbo del mío mientras se calienta el tuyo.

—Gracias —dijo el hombre, tendiendo su taza—. Es humillante ser un bebedor, ¿no es cierto? Te he visto sentado aquí con tu sake y el agradable aroma que flotaba en el aire me ha atraído... como si me tirase de la manga. —Apuró su taza de un solo trago.

A Matahachi le agradó el estilo de aquel hombre. Parecía simpático y daba una impresión de gallardía. También él sabía beber, pues vació cinco jarras en pocos minutos, mientras Matahachi hacía durar una sola. Sin embargo, seguía sobrio.

—¿Cuánto sueles beber normalmente? —le preguntó Matahachi.

—Pues no lo sé —dijo el hombre sin pararse a pensarlo—. Cuando me apetece tomo diez o doce jarras.

Se pusieron a hablar de la situación política, y al cabo de un rato el rōnin levantó los hombros y dijo:

—¿Quién es Ieyasu al fin y al cabo? ¿Qué clase de tontería es ésa de ignorar las reivindicaciones de Hideyori e ir por ahí dándose el nombre de «Gran Jefe Supremo»? ¿Qué nos quedaría sin Honda Masazumi y algunos más de sus antiguos seguidores? Sangre fría, astucia y cierta habilidad política... En fin, lo único que tiene es una capacidad para la política que no suele darse en los militares. Personalmente, habría deseado que Ishida Mitsunari ganase en Sekigahara, pero era demasiado altruista para organizar a los daimyōs y no tenía suficiente categoría. —Tras haber efectuado esta valoración, preguntó de súbito—: Si Osaka volviera a entrar en conflicto con Edo, ¿de qué lado estarías?

—Del de Osaka —replicó Matahachi, no sin vacilación.

—¡Estupendo! —El hombre se levantó con la jarra de sake en la mano—. Eres uno de los nuestros. ¡Bebamos por ello! ¿De qué feudo...? Bueno, creo que no debería preguntarte eso hasta que te diga quién soy. Me llamo Akakabe Yasoma y procedo de Gamō. ¿Has oído hablar de Ban Dan'emon? Soy buen amigo suyo. Uno de estos días volveremos a reunimos. También soy amigo de Susukida Hayato Kanesuke, el distinguido general del castillo de Osaka. Viajamos juntos cuando él todavía era un rōnin. También he visto a Ōno Shurinosuke tres o cuatro veces, pero me parece muy desalentador, aunque tenga más influencia política que Kanesuke.

Retrocedió, hizo una pausa, como si le pareciera que estaba hablando demasiado, y entonces preguntó a su interlocutor:

—¿Y tú quién eres?

Aunque Matahachi no creía todo lo que el otro le había dicho, tenía la sensación de que le había eclipsado temporalmente.

—¿Conoces a Toda Seigen, el creador del estilo Tomita?

—He oído ese nombre.

—Pues bien, mi maestro fue el grande y abnegado ermitaño Kanemaki Jisai, el cual recibió el verdadero estilo Tomita de Seigen y luego desarrolló el estilo Chūjō.

—Entonces debes de ser un auténtico espadachín.

—Así es —replicó Matahachi, empezando a disfrutar del juego.

—¿Sabes? He estado pensando en que debías de serlo —dijo Yasoma—. Tu cuerpo parece disciplinado, y tienes un aire de hombre capacitado. ¿Cómo te llamabas cuando te adiestrabas bajo Jisai? Bueno, si no es demasiada audacia preguntarlo.

—Me llamo Sasaki Kojirō —respondió Matahachi con toda seriedad—. Itō Yagorō, el creador del estilo Ittō, es un discípulo veterano de la misma escuela.

—¿Es eso cierto? —dijo Yasoma con asombro.

Por un instante, Matahachi pensó en retractarse de todo, pero era demasiado tarde. Yasoma ya se había arrodillado en el suelo y hacía una profunda reverencia. Era imposible volverse atrás.

—Perdóname —dijo varias veces—. A menudo he oído decir que Sasaki Kojirō es un espléndido espadachín, y debo pedirte disculpas por no haber hablado más cortésmente. No podía saber quién eras.

Matahachi sintió un gran alivio, pues si Yasoma hubiera sido un amigo o conocido de Kojirō , se habría visto obligado a luchar por su vida.

—No era necesario que hicieras esas reverencias —le dijo Matahachi con magnanimidad—. Si insistes en mantener las formalidades, no podremos hablar como amigos.

—Pero mi pomposa recitación debe de haberte molestado.

—¿Por qué? No tengo ninguna categoría o posición particular. Sólo soy un joven con escaso conocimiento mundano.

—Sí, pero eres un gran espadachín. He oído hablar de ti muchas veces. Ahora que pienso en ello, es evidente que debes ser Sasaki Kojirō . —Miró fijamente a Matahachi—. Y aún más, no me parece correcto que no tengas ninguna posición oficial.

Matahachi replicó en tono de inocencia:

—Verás, me he entregado con tal determinación al dominio de la espada que no he tenido tiempo para hacer amigos.

—Comprendo. ¿Significa eso que no estás interesado en encontrar una buena posición?

—No. Siempre he pensado que algún día tendré que encontrar un señor a quien servir, pero todavía no ha llegado ese momento.

—Bien, creo que será muy sencillo. Tienes el apoyo de tu reputación con la espada, y eso es lo que más importa. Por supuesto, si permaneces en silencio, por mucho talento que tengas es improbable que nadie vaya en tu busca. Fíjate en mí. Ni siquiera sabía quién eras hasta que me lo has dicho. Me has tomado completamente por sorpresa. —Tras hacer una pausa, Yasoma añadió—: Si te complaciera mi ayuda, te la prestaría con mucho gusto. A decir verdad, le he pedido a mi amigo Susukida Kanesuke que procure encontrarme un puesto. Quisiera que me aceptaran en el castillo de Osaka, aunque eso no suponga una gran paga. Estoy seguro de que a Kanesuke le satisfaría recomendar a una persona como tú a las autoridades. Si quieres, será para mí un placer hablarle del asunto.

Mientras iba en aumento el entusiasmo de Yasoma ante las perspectivas, Matahachi no podía evitar la sensación de que se había metido de cabeza en algo de lo que no le sería fácil salir. Por muy ansioso que estuviera de encontrar trabajo,

temía cometer un error al hacerse pasar por Sasaki Kojirō . Por otro lado, si hubiera dicho que era Hon'iden Matahachi, un samurai rural de Mimasaka, Yasoma nunca le habría ofrecido su ayuda, y probablemente le habría mirado por encima del hombro. Era evidente que el nombre Sasaki Kojirō había causado una fuerte impresión.

Pero bien mirado, ¿tenía que preocuparse realmente? El verdadero Kojirō había fallecido y Matahachi era la única persona que lo sabía, pues tenía en su poder el certificado, la única identificación del muerto. Sin ese documento, las autoridades no podían saber de ninguna manera quién era aquel rōnin. La posibilidad de que se hubieran tomado la molestia de llevar a cabo una investigación era improbable en extremo. Al fin y al cabo, ¿quién era el hombre sino un «espía» que había sido lapidado a muerte? Gradualmente, a medida que Matahachi se convencía de que su secreto nunca sería descubierto, una audaz idea tomó forma definida en su mente: se convertiría en Sasaki Kojirō . Lo era desde aquel mismo momento.

—Dame la cuenta —dijo, sacando unas monedas de su bolsa.

Cuando Matahachi se levantaba para marcharse, Yasoma, lleno de confusión, balbuceó:

—¿Qué me dices de mi proposición?

—Ah, te agradecería mucho que hablaras de mí a tu amigo, pero no podemos hablar aquí de esas cosas. Vayamos a algún sitio tranquilo donde podamos tener un poco de intimidad.

—Sí, desde luego —dijo Yasoma, con evidente alivio. Parecía considerar lo más natural que Matahachi pagara también su cuenta.

Pronto se encontraron en un distrito a cierta distancia de las calles principales. Matahachi había intentado llevar a su nuevo amigo a un elegante establecimiento de bebidas, pero Yasoma señaló que entrar en semejante lugar sería un derroche de dinero y sugirió un lugar más barato y más interesante. Mientras cantaba las alabanzas del barrio de los lupanares, condujo a Matahachi a la que se conocía eufemísticamente como la Ciudad de las Sacerdotisas. Se decía, sólo con cierta exageración, que había allí un millar de casas de placer, y un comercio tan activo que se consumían cien barriles de aceite de lámpara en una sola noche. Al principio Matahachi se mostró un poco reacio, pero pronto se sintió atraído por la animación del ambiente.

En las cercanías había un ramal del foso del castillo, por el que fluía agua de marea procedente de la bahía. Si uno miraba con mucha atención podía distinguir minúsculos peces y cangrejos de río que se arrastraban bajo las ventanas sobresalientes y los faroles rojos. Matahachi los vio y se sintió algo inquieto, pues le recordaban mortíferos escorpiones.

El distrito estaba poblado en gran medida por mujeres con las caras muy empolvadas, entre las cuales se veía un rostro bonito de vez en cuando, pero muchas

otras parecían cuarentonas, mujeres que recorrían las calles con el semblante triste, la cabeza envuelta en un paño para protegerla del frío y los dientes pintados de negro, y que intentaban lánguidamente excitar los corazones de los hombres que se reunían allí.

—Hay muchísimas, desde luego —dijo Matahachi, suspirando.

—Ya te lo dije —replicó Yasoma, el cual se veía en dificultades para disculpar el escaso interés de las mujeres—. Y son mejores que la primera camarera de casa de té o cantante con la que podrías relacionarte. A la gente tiende a disuadirle la idea del sexo comprado, pero si pasas una noche de invierno con una de ellas y hablas con ella de su familia y esas cosas, probablemente descubrirás que es igual que cualquier otra mujer y no puedes culparla realmente de que se haya convertido en una puta.

«Algunas fueron concubinas del shōgun, y hay muchas cuyos padres fueron en otro tiempo servidores de algún daimyō que luego perdió poder. Ocurrió lo mismo hace siglos, cuando los Taira fueron desplazados por los Minamoto. Descubrirás, amigo mío, que en los arroyos de este mundo flotante gran parte de la basura consiste en flores caídas.

Entraron en una casa, y Matahachi dejó que Yasoma, quien parecía absolutamente experto, se encargara de todo. Sabía cómo pedir el sake y tratar a las mujeres. Era impecable. La experiencia le pareció a Matahachi muy divertida.

Pasaron allí la noche, e incluso cuando mediaba el día siguiente Yasoma no mostraba señal alguna de fatiga. Matahachi se sentía recompensado hasta cierto punto por todas las ocasiones en que le habían obligado a retirarse a una habitación trasera en el Yomogi, pero estaba empezando a cansarse.

Finalmente, admitiendo que había tenido bastante, dijo a su compañero:

—No quiero beber más. Vámonos.

Yasoma no se movió.

—Quédate conmigo hasta la noche —le pidió.

—¿Qué ocurrirá entonces?

—Estoy citado con Susukida Kanesuke. Ahora es demasiado temprano para ir a su casa, y en cualquier caso no podré plantear tu situación hasta que tenga una idea mejor de lo que quieres.

—Supongo que al principio no debería pedir una paga muy grande.

—No tiene sentido que te vendas barato. Un samurai de tu categoría debe ser capaz de imponer cualquier cifra que pida. Si te conformas con un cargo inferior, te estarás rebajando. ¿Por qué no le dices que quieres un estipendio de dos mil quinientas fanegas? A un samurai que tiene confianza en sí mismo siempre le pagan y tratan mejor. No debes dar la impresión de que te conformas con cualquier cosa.

Con la proximidad de la noche, las calles de aquella zona, tendidas a la inmensa sombra del castillo de Osaka, no tardaron en oscurecerse. Al salir del burdel,

Matahachi y Yasoma atravesaron una de las zonas residenciales de samurais más selectas, y se detuvieron en un lugar de espaldas al foso. El frío viento disipaba los efectos del sake que habían tomado durante todo el día.

—Esa de ahí es la casa de Susukida —dijo Yasoma.

—¿La que tiene el tejado con ménsulas encima del portal?

—No, la que está al lado de la que hace esquina.

—Humm. Es grande, ¿verdad?

—Kanesuke se labró un nombre. Hasta los treinta años, más o menos, nadie había oído hablar de él, pero ahora...

Matahachi fingió prestar atención a lo que Yasoma le decía. No es que dudara de ello. Al contrario, había llegado a confiar tan plenamente en Yasoma que ya no ponía en tela de juicio nada de lo que el hombre le decía. Sin embargo, creía que debía permanecer impasible. Mientras contemplaba las mansiones de los daimyōs que rodeaban el gran castillo, su ambición todavía juvenil le decía: «Uno de estos días, también yo viviré en un sitio así».

La voz de Yasoma interrumpió sus pensamientos.

—Ahora veré a Kanesuke y le hablaré para que te contrate. Pero antes, ¿dónde está el dinero?

—Sí, claro —dijo Matahachi, consciente de que un soborno estaba en regla. Al sacar la bolsa de la parte frontal del kimono se dio cuenta de que se había reducido a la tercera parte de su volumen original. Vertió todas las monedas en su mano y dijo —: Esto es todo lo que tengo. ¿Será suficiente?

—Bastará, desde luego.

—Querrás que lo envuelva en algo, ¿no?

—No es necesario. Kanesuke no es el único hombre en estos alrededores que cobra por encontrarle una posición a alguien. Todos lo hacen, y muy abiertamente. No debes azorarte por ello.

Matahachi se quedó con unas pocas monedas, pero tras entregar las restantes empezó a sentirse inquieto. Cuando Yasoma se alejó, le siguió unos pasos.

—Haz cuanto puedas —le imploró.

—No te preocupes. Si las cosas parecen difíciles, me guardaré el dinero y te lo devolveré. Él no es el único hombre influyente en Osaka, y también podría pedir ayuda a Ōno o Gotō. Tengo muchos contactos.

—¿Cuándo tendré la respuesta?

—Veamos. Podrías esperarme, pero no querrás quedarte aquí con este viento, ¿verdad? Además, la gente podría sospechar que no tienes muy buenas intenciones. Volvamos a encontrarnos mañana.

—¿Dónde?

—En ese solar vacío donde han montado una feria.

—De acuerdo.

—Lo mejor sería que me esperases en el tenderete de sake donde nos hemos conocido.

—De acuerdo.

Después de que convinieran la hora, Yasoma se despidió de él agitando una mano y cruzó con paso majestuoso el portal de la mansión, balanceando los hombros y sin evidenciar la menor vacilación. Matahachi, seriamente impresionado, pensó que Yasoma debía de conocer realmente a Kanesuke desde su época menos próspera. Se sintió lleno de confianza, y aquella noche tuvo sueños agradables acerca de su futuro.

A la hora señalada, Matahachi recorría el solar humedecido por la escarcha que se estaba fundiendo. Como el día anterior, el viento era frío y había mucha gente en el lugar. Esperó hasta la puesta del sol pero no vio señal alguna de Akakabe Yasoma.

Regresó al día siguiente. «Algo debe de haberle detenido —pensó caritativamente, mientras permanecía sentado contemplando las caras de los transeúntes—. Hoy se presentará.» Pero una vez más el sol se puso sin que Yasoma apareciera.

El tercer día, Matahachi le dijo al vendedor de sake con cierta timidez:

—Aquí estoy de nuevo.

—¿Estás esperando a alguien?

—Sí, tengo que reunirme con un hombre llamado Akakabe Yasoma. Le conocí aquí el otro día. —Matahachi explicó detalladamente la situación al tendero.

—¿Ese sinvergüenza? —replicó alarmado el tendero—. ¿Te dijo que te encontraría una buena posición y luego te robó tu dinero?

—No me lo robó. Se lo di para que lo entregara a un hombre llamado Susukida Kanesuke. Estoy esperando aquí para saber lo que ha ocurrido.

—¡Pobre hombre! Puedes esperar cien años, pero me atrevería a decir que no volverás a verle.

—¿Cómo? ¿Qué quieres decir con eso?

—¡Hombre, es un estafador infame! Esta zona está llena de parásitos como él. Si ven a alguien que parece un poco inocente, se abalanzan sobre él. Pensé en advertírtelo, pero no quise inmiscuirme. Creí que por su aspecto y su manera de actuar te darías cuenta de la clase de individuo que es. Ahora has perdido tu dinero. ¡Lástima!

El hombre se mostró muy comprensivo. Intentó convencer a Matahachi de que no era ninguna deshonra ser engañado por los ladrones que actuaban allí. Pero no era la turbación lo que afectaba a Matahachi; lo que le hacía hervir la sangre era la desaparición del dinero y, con él, sus grandes esperanzas. Contempló impotente a la multitud que se movía a su alrededor.

—Dudo de que te sirva de algo —le dijo—, pero podrías preguntar en el tenderete

del mago. Esa chusma suele reunirse detrás para jugar. Si Yasoma ha conseguido dinero, es posible que esté tratando de multiplicarlo.

—Gracias —le dijo Matahachi, levantándose excitado—. ¿Dónde está el tenderete del mago?

El cercado que le señaló el hombre estaba rodeado por una valla de afiladas cañas de bambú. En la parte delantera los voceadores intentaban atraer clientes, y unas banderas suspendidas cerca de la entrada anunciaban los nombres de varios prestidigitadores. Desde el otro lado de las cortinas y tiras de estera de paja que cubrían la valla llegaba el sonido de una música extraña, mezclada con el rápido e intenso murmullo de los artistas y los aplausos del público.

Matahachi dio la vuelta al recinto y encontró otra entrada. Cuando se asomó, un vigilante le preguntó:

—¿Vienes a jugar?

Asintió y el hombre le dejó entrar. Se encontró en un espació rodeado por paredes de tela pero con el cielo por techo.

Una veintena de hombres, todos ellos indeseables a juzgar por su aspecto, estaban sentados en círculo, jugando. Todos los hombres se volvieron hacia Matahachi, y uno de ellos le hizo silenciosamente sitio para que se sentara.

—¿Está aquí Akakabe Yasoma? —preguntó Matahachi.

—¿Yasoma? —replicó uno de los jugadores en tono sorprendido—. Ahora que lo pienso, últimamente no ha venido por aquí—. ¿Por qué?

—¿Crees que vendrá más tarde?

—¿Cómo podría saberlo? Siéntate y juega.

—No he venido a jugar.

—¿Qué estás haciendo aquí sí no quieres jugar?

—Estoy buscando a Yasoma. Siento molestaros.

—¡Pues búscalo en otro sitio!

—He dicho que lo siento —dijo Matahachi, apresurándose a salir.

—¡Espera un momento! —le ordenó uno de los jugadores, levantándose para seguirle—. No puedes irte después de decir simplemente que lo sientes. ¡Aunque no juegues, tienes que pagar por tu asiento!

—No tengo dinero.

—¡No tienes dinero! Ya veo. Esperando la ocasión de birlar unas monedas, ¿eh? Un maldito ladrón, eso es lo que eres.

—¡No soy ningún ladrón! ¡No puedes insultarme así! —Matahachi aferró la empuñadura de su espada, lo cual sólo divirtió al jugador.

—¡Idiota! —gritó—. Si las amenazas de los tipos como tú me asustaran, no podría mantenerme vivo en Osaka un solo día. ¡Usa la espada, si te atreves!

—¡Te advierto que lo digo en serio!

—¿Ah, sí? No me digas.

—¿Sabes quién soy?

—¿Por qué habría de saberlo?

—Soy Sasaki Kojirō , sucesor de Toda Seigen en la aldea del Jōkyōji en Echizen. Fue el creador del estilo Tomita.

Mientras pronunciaba orgullosamente estas palabras, Matahachi pensó que bastarían para hacer huir al hombre, pero se equivocaba. El jugador escupió y se volvió hacia el cercado.

—¡Eh, todos vosotros! Este tipo acaba de decir que es alguien importante. Al parecer, quiere atacarnos con su espada. Veamos qué tal la maneja, será divertido.

Al ver que el hombre estaba desprevenido, Matahachi desenvainó de repente su espada y dio un tajo lateral a la espalda del jugador.

El hombre saltó en el aire.

—¡Hijo de perra! —gritó.

Matahachi se escabulló entre la multitud. Deslizándose desde un grupo de gente al siguiente, logró permanecer oculto, pero cada rostro que veía parecía el de uno de los jugadores. Pensó que no podía esconderse de esa manera indefinidamente y miró a su alrededor, en busca de un refugio más sólido.

Delante de él, sobre una valla de bambú, había una cortina con un gran tigre pintado. Había también un estandarte sobre la entrada con el dibujo de una lanza de dos puntas y un penacho. Encaramado a una caja vacía, un hombre gritaba ásperamente:

—¡Ved al tigre! ¡Entrad y ved al tigre! ¡Haced un viaje de mil millas! Este enorme tigre, amigos míos, fue capturado personalmente por el gran general Katō Kiyomasa en Corea. ¡No os perdáis al tigre! —Su perorata era frenética y rítmica.

Matahachi entregó una moneda y se apresuró a entrar. Sintiéndose relativamente seguro, miró a su alrededor, en busca de la fiera. En el extremo de la tienda una gran piel de tigre estaba extendida como ropa puesta a secar sobre un panel de madera. Los espectadores la miraban con mucha curiosidad, sin que al parecer les importara que la criatura no estuviera ni completa ni viva.

—De modo que éste es el aspecto que tiene un tigre —dijo un hombre.

—Es grande, ¿verdad? —se maravilló otro.

Matahachi permaneció a un lado de la piel de tigre, hasta que de repente vio a dos ancianos y aguzó el oído con incredulidad al oír sus voces.

—Ese tigre está muerto, ¿no es así, tío Gon?

El viejo samurai extendió la mano por encima de la barandilla de bambú y palpó la piel.

—Claro que está muerto —replicó gravemente—. Esto es sólo el pellejo.

—Pero ese hombre de ahí afuera hablaba como si estuviera vivo.

—Bueno, tal vez eso sea lo que entiende por un hablador rápido —dijo con una risita.

Osugi no se lo tomó con tanta ligereza. Frunciendo los labios, protestó:

—¡No seas tonto! Si no es real, el cartel de afuera lo diría así. Si sólo se trataba de ver una piel de tigre, preferiría ver un cuadro. Vamos a pedir que nos devuelva el dinero.

—No armes escándalo, abuela. La gente se reirá de ti.

—No me importa, no soy demasiado orgullosa. Si no quieres ir, iré yo misma.

Cuando la anciana empezó a abrirse paso entre los espectadores, Matahachi se agachó, pero era demasiado tarde. El tío Gon ya le había visto.

—¡Eh, Matahachi! ¿Eres tú?

Osugi, cuya vista no era muy buena, balbuceó:

—¿Qué..., qué has dicho, tío Gon?

—¿No lo has visto? Matahachi estaba ahí, detrás de ti.

—¡Imposible!

—Estaba ahí, pero se marchó.

—¿Por dónde?

Los dos salieron por la puerta de la tienda y se mezclaron con la multitud, envuelta ya por las sombras del crepúsculo. Matahachi tropezaba con la gente, pero una y otra vez se zafaba y seguía corriendo.

—¡Espera, hijo, espera! —gritó Osugi.

Matahachi miró atrás y vio que su madre le perseguía como una loca. También el tío Gon agitaba las manos frenéticamente.

—¡Matahachi! ¿Por qué huyes? ¿Qué te ocurre? ¡Detente!

Al ver que no podría darle alcance, Osugi estiró su cuello arrugado y, con toda la fuerza de sus pulmones, gritó:

—¡Detened al ladrón! ¡Es un bandido! ¡Cogedle!

De inmediato un grupo de transeúntes emprendieron la persecución, y los que iban delante no tardaron en caer sobre Matahachi con palos de bambú.

—¡Que no escape!

—¡El canalla!

—Démosle una buena paliza.

La muchedumbre había rodeado a Matahachi, y algunos incluso le escupieron encima. Osugi llegó con el tío Gon, observó lo que ocurría y se volvió enfurecida contra los atacantes de Matahachi. Apartándolos, empuñó su espada corta y mostró los dientes.

—¿Qué estáis haciendo? —gritó—. ¿Por qué atacáis a este hombre?

—¡Es un ladrón!

—¡No lo es! Es mi hijo.

—¿Tu hijo?

—Sí, es mi hijo, el hijo de un samurai, y no tenéis ningún derecho a pegarle. No sois más que gente corriente. Como volváis a tocarle, yo... ¡os atacaré a todos!

—¿Estás de broma? ¿Quién gritó «al ladrón» hace un momento?

—He sido yo, de acuerdo, no lo niego. Soy una madre leal y pensé que si gritaba «ladrón» mi hijo se detendría. Pero ¿quién os ha pedido, patanes estúpidos, que le pegaseis? ¡Es indignante!

Sorprendidos por su súbito cambio, pero admirando su temple, todos se dispersaron lentamente. El tío Gon se adelantó y dijo:

—No tienes que tratar a Matahachi de esa manera, abuela. No es un niño. —Intentó apartarle la mano, que aferraba el cuello del kimono de Matahachi, pero la anciana le hizo a un lado bruscamente de un codazo.

—¡No te metas en esto! Es mi hijo y le castigaré como lo crea oportuno y sin tu ayuda. ¡Calla la boca y ocúpate de tus asuntos!... Matahachi, ingrato... ¡Yo te enseñaré!

Dicen que cuanto más viejos nos hacemos, más sencillos y directos nos volvemos, y al ver a Osugi uno no podría estar en desacuerdo con esa observación. En unos momentos en los que otras madres habrían llorado de alegría, Osugi hervía de ira.

Le obligó a echarse al suelo y golpear su cabeza contra él.

—¡Pensar que has sido capaz de huir de tu propia madre! No naciste de la horcadura de un árbol, patán..., ¡eres mi hijo! —Empezó a pegarle como si todavía fuese un chiquillo—. ¡No creía que pudieras seguir vivo, y he aquí que estás haraganeando en Osaka! ¡Es una vergüenza, inútil, descarado...! ¿Por qué no viniste a casa para presentar tus respetos a tus antepasados? ¿Por qué no visitaste una sola vez a tu anciana madre? ¿No sabías acaso que todos tus parientes estaban terriblemente preocupados por ti?

—Por favor, madre —le rogó Matahachi, llorando como un bebé—. Perdóname. ¡Te ruego que me perdones! Lo siento. Sé que lo que hice estuvo mal. Sabía que para ti había fracasado y por eso no podía regresar a casa. En realidad no quería huir de ti. Me sorprendió tanto verte, que eché a correr sin pensar. Estaba avergonzado de mi manera de vivir, no podía enfrentarme a ti y al tío Gon. —Se cubrió el rostro con las manos.

Osugi arrugó la nariz y también ella empezó a llorar, pero se contuvo en seguida. Demasiado orgullosa para mostrar debilidad, renovó su ataque, diciendo con sarcasmo:

—Si estás tan avergonzado de ti mismo y crees haber deshonrado a tus antepasados, está claro que durante todo este tiempo no has hecho nada bueno.

Incapaz de contenerse, el tío Gon le suplicó:

—Ya es suficiente. Si sigues por ese camino vas a viciar su naturaleza.

—Ya te he dicho que te guardes tus consejos. Eres un hombre y no deberías ser tan blando. Yo soy su madre y debo ser tan severa como lo sería su padre si aún viviera. ¡Yo le castigaré, y todavía no he terminado!... ¡Matahachi! ¡Levántate y mírame a la cara!

Osugi se sentó formalmente en el suelo y señaló el lugar donde su hijo tenía que sentarse.

—Sí, madre —dijo él obedientemente, alzando los hombros sucios de tierra y poniéndose de rodillas. Temía a su madre, la cual podía ser indulgente en ocasiones, pero la facilidad con que sacaba a colación el tema del deber que él tenía hacia sus antepasados le hacía sentirse incómodo.

—Te prohíbo terminantemente que me ocultes nada —le dijo la mujer—. Veamos, ¿qué es exactamente lo que has estado haciendo desde que te fuiste a Sekigahara? Empieza a explicarte y no te detengas hasta que haya oído todo lo que deseo oír.

—No te apures, que no te ocultaré nada —replicó él, perdido por completo el deseo de resistirse.

Fiel a su palabra, reveló con detalle todo lo ocurrido: su huida de Sekigahara, su ocultación en Ibuki y su relación con Okō, que le había mantenido durante varios años por mucho que él lo detestara. Y finalizó diciendo que lamentaba sinceramente lo que había hecho. Fue un alivio, como vomitar la bilis de su estómago, y tras haberlo confesado todo se sintió mucho mejor.

—Humm —musitaba el tío Gon de vez en cuando.

Osugi chascó la lengua y dijo:

—Tu conducta me escandaliza. ¿Y qué estás haciendo ahora? Pareces capaz de vestir bien. ¿Has encontrado una posición con una paga adecuada?

—Sí —dijo Matahachi sin pensarlo dos veces. Entonces se apresuró a corregirse—: Es decir, no, no tengo ninguna posición.

—¿De dónde sacas entonces el dinero para vivir?

—De mi espada..., enseño esgrima. —Por su manera de decirlo parecía cierto, y tuvo el efecto deseado.

—¿De veras? —dijo Osugi, con evidente interés. Por primera vez, un destello de buen humor apareció en sus ojos—. Esgrima, ¿eh? Bueno, la verdad es que no me sorprende que un hijo mío encontrara tiempo para mejorar su dominio de la espada..., incluso llevando tu clase de vida. ¿Oyes esto, tío Gon? A fin de cuentas, es mi hijo.

El tío Gon asintió con entusiasmo, agradecido al ver que la anciana se animaba.

—Deberíamos haberlo sabido —comentó—. Eso demuestra que por sus venas corre la sangre de sus antepasados Hon'iden. ¿Qué importa que se haya descarriado durante algún tiempo? ¡Está claro que tiene el espíritu apropiado!

—Matahachi —le dijo Osugi.
—Sí, madre.
—¿Con quién has estudiado esgrima en esta región?
—Con Kanemaki Jisai.
—¿Ah, sí? Vaya, es famoso. —Osugi tenía una expresión de felicidad en el rostro.
Matahachi, deseoso de complacerla aún más, sacó el certificado y lo desenrolló, ocultando cuidadosamente el nombre de Sasaki con el pulgar.
—Mira esto —le dijo.
—Déjame ver. —Osugi trató de coger el documento, pero Matahachi lo sujetó con firmeza.
—Ya ves, madre, que no has de preocuparte por mí.
Ella asintió.
—Sí, está muy bien. Echa un vistazo a esto, tío Gon. ¿No es espléndido? Siempre pensé, incluso cuando Matahachi era una criatura, que es más inteligente y capaz que Takezō y los otros chicos. —Estaba tan alegre que empezó a escupir mientras hablaba.
En aquel instante, la mano de Matahachi se deslizó y el nombre escrito en el documento se hizo visible.
—Espera un momento —dijo Osugi—. ¿Por qué dice ahí «Sasaki Kojirō »?
—Ah, eso. Bueno, es mi seudónimo.
—¿Seudónimo? ¿Para qué lo necesitas? ¿Es que Matahachi no es bastante bueno para ti?
—¡Sí, es excelente! —replicó Matahachi, procurando pensar con rapidez—. Pero lo pensé a fondo y decidí no usar mi nombre verdadero. Dado mi vergonzoso pasado, temía deshonrar a nuestros antepasados.
—Ya veo. Supongo que hiciste bien. Bueno, imagino que no tienes idea de lo que ha ocurrido en el pueblo, así que te lo contaré. Ahora presta atención, porque es importante.
Osugi narró briosamente el incidente ocurrido en Miyamoto, eligiendo sus palabras de una manera calculada para espolear a Matahachi y hacerle entrar en acción. Le explicó que la familia Hon'iden había sido insultada y que ella y el tío Gon llevaban años buscando a Otsū y Takezō. Aunque procuró refrenar la emoción, su relato le afectó irremediablemente, se le humedecieron los ojos y su voz enronqueció.
A Matahachi, que escuchaba con la cabeza inclinada, le sorprendió la vivacidad del relato. En ocasiones como aquélla le resultaba fácil ser un hijo bueno y obediente, pero mientras que la principal preocupación de su madre era el honor familiar y el espíritu samurai, a él le conmovía profundamente otra cosa: si lo que decía era cierto, Otsū ya no le amaba. Era la primera vez que oía tal cosa.
—¿Es realmente verdadero lo que dices? —preguntó a su madre.

Al ver que su rostro cambiaba de color, Osugi llegó a la conclusión errónea de que su arenga sobre el honor y el espíritu estaba surtiendo efecto.

—Si crees que miento, pregúntale al tío Gon. Esa suripanta te abandonó y huyó con Takezō. Dicho de otra manera, Takezō, sabiendo que no regresarías de inmediato, convenció a Otsū para que se marchara con él. ¿No es cierto, tío Gon?

—Sí. Cuando Takezō estaba atado en el árbol, consiguió que Otsū le ayudara a escapar, y los dos huyeron juntos. Todo el mundo dijo que algo debía de haber entre ellos.

Estas palabras encolerizaron a Matahachi e inspiraron en él una nueva revulsión contra su amigo de la infancia.

Al percibir esto, su madre avivó la chispa.

—¿Te das cuenta, Matahachi? ¿Comprendes por qué yo y el tío Gon abandonamos el pueblo? Vamos a vengarnos de esos dos. Si no acabo con ellos, jamás podré mostrar de nuevo mi cara en el pueblo ni permanecer ante las tablillas conmemorativas de nuestros antepasados.

—Comprendo.

—¿Y eres consciente de que, a menos que nos venguemos, tampoco tú puedes volver a Miyamoto?

—No volveré. No volveré jamás.

—Ésa no es la cuestión. Tienes que matarlos, son nuestros enemigos mortales.

—Sí, supongo que sí.

—No pareces muy entusiasmado. ¿Qué te ocurre? ¿No te consideras lo bastante fuerte para matar a Takezō?

—Claro que lo soy —protestó él.

—No te preocupes, Matahachi —le dijo el tío Gon—. Estaré a tu lado.

—Y tu vieja madre también lo estará —añadió Osugi—. Llevemos sus cabezas al pueblo como recuerdos para la gente. ¿No te parece una buena idea, hijo? Si lo hacemos así, entonces podrás buscarte una buena esposa y establecerte. Te reivindicarás como samurai y también conseguirás una buena reputación. No hay mejor apellido en todo Yoshino que el de Hon'iden, y eso lo habrás demostrado más allá de toda duda. ¿Puedes hacerlo, Matahachi? ¿Lo harás?

—Sí, madre.

—Eres un buen hijo. No te quedes ahí pasmado, tío Gon, y felicita al muchacho. Ha jurado vengarse de Takezō y Otsū. —Por fin satisfecha, al parecer, empezó a levantarse del suelo con visible dificultad—. ¡Oh, cómo me duele! —se quejó.

—¿Qué te ocurre? —le preguntó el tío Gon.

—El suelo está helado, y me duele el estómago y las caderas.

—Eso es preocupante. ¿No volverás a padecer de almorranas?

Matahachi, haciendo una demostración de piedad filial, le dijo:

—Súbete a mi espalda, madre.

—Ah, ¿quieres llevarme? ¡Qué amabilidad la tuya! —Aferrándole los hombros, vertió lágrimas de alegría—. ¿Cuántos años han pasado? Mira, tío Gon, Matahachi va a cargarme en su espalda.

Cuando las lágrimas de la mujer cayeron sobre su cuello, Matahachi se sintió extrañamente complacido.

—¿Dónde os alojáis, tío Gon? —preguntó.

—Todavía tenemos que encontrar una fonda, pero cualquiera servirá. Vamos a buscarla.

—De acuerdo. —Matahachi echó a andar, haciendo rebotar ligeramente a su madre sobre sus espaldas—. ¡Qué poco pesas, madre! ¡Eres muy liviana, mucho más que una roca!

El joven apuesto

La soleada isla de Awaji, gradualmente envuelta por la bruma invernal del mediodía, se desvaneció a lo lejos. El aleteo de la gran vela bajo las ráfagas del viento ahogaba el sonido del oleaje. El barco, que realizaba varias veces la travesía entre Osaka y la provincia de Awa en Shikoku, estaba recorriendo el mar Interior rumbo a Osaka. Aunque su cargamento principal consistía en papel y tinte añil, un olor inconfundible revelaba que transportaba contrabando de tabaco, que el gobierno Tokugawa había prohibido a la gente fumar, aspirar por la nariz o masticar. También había a bordo pasajeros, en su mayoría mercaderes, algunos de los cuales regresaban a la ciudad mientras que otros la visitaban para llevar a cabo las operaciones comerciales de fin de año.

—¿Qué tal va? Apuesto a que estáis ganando montones de dinero.

—¡Qué va! Todo el mundo dice que las cosas van viento en popa en Sakai, pero no podrías demostrarlo a juzgar por mis ganancias.

—Tengo entendido que hay ahí falta de especialistas. Creo que necesitan armeros.

La conversación de otro grupo era del mismo tenor.

—Yo suministro equipamiento de combate, astas de bandera, armaduras, esa clase de cosas. Y, desde luego, no tengo tantos beneficios como antes.

—¿De veras?

—Sí, supongo que los samurais están aprendiendo a sumar.

—¡Ja, ja!

—Antes, cuando los saqueadores traían su botín, podías teñir o pintar de nuevo los objetos y revenderlos a los ejércitos. Después de la siguiente batalla, el material volvía a tus manos y podías arreglarlo y venderlo otra vez. Un hombre contemplaba el mar y alababa las riquezas de los países que estaban más allá.

—Aquí ya no puedes ganar dinero. Si quieres tener auténticos beneficios, debes hacer lo que hicieron Naya «Luzón» Sukezaemon o Chaya Sukejirō: dedicarte al comercio exterior. Es arriesgado, pero, si tienes suerte, compensa de veras.

—Aunque las cosas no nos vayan ahora tan bien —dijo otro hombre—, desde el punto de vista de los samurais somos unos privilegiados. La mayoría de ellos ni siquiera saben qué sabor tiene la buena comida. Hablamos de los lujos de que gozan los daimyōs, pero ésos más tarde o más temprano tienen que vestirse el cuero y el acero e ir a que los maten. Lo siento por ellos, pues están tan ocupados pensando en su honor y el código del guerrero que nunca pueden sentarse a descansar y disfrutar de la vida. ¿No es eso cierto? Nos quejamos de los malos tiempos, pero lo único que se puede ser hoy es mercader.

—Tienes razón. Por lo menos podemos hacer lo que nos apetece.

—Tan sólo es necesario que nos deshagamos en reverencias ante los samurais, y

por mucho que hagas eso, con un poco de dinero queda compensado.

—Si vas a vivir en este mundo, ¿por qué no habrías de pasártelo bien?

—Ésa es también mi postura. A veces siento la tentación de preguntar a los samurais qué están obteniendo de la vida.

La alfombra de lana que aquel grupo había extendido para sentarse era de importación, prueba de que estaban en mejores condiciones que otros elementos de la población. Tras la muerte de Hideyoshi, los lujos del período Momoyama habían pasado en gran parte a manos de los mercaderes en vez de los samurais, y por entonces los ciudadanos más ricos eran los que poseían elegantes servicios de té y hermosos y caros equipos de viaje. Incluso un pequeño hombre de negocios solía ser más acomodado que un samurai, con un estipendio de cinco mil fanegas de arroz al año, lo que la mayoría de los samurais consideraban unos ingresos principescos.

—Nunca hay mucho que hacer en estos viajes, ¿verdad?

—Es cierto. ¿Por qué no jugamos a las cartas para pasar el tiempo?

—Venga.

Colgaron una cortina, concubinas y subalternos trajeron sake y los hombres empezaron a jugar a unsummo, un juego introducido recientemente por los comerciantes portugueses, con unas apuestas increíbles. El oro depositado sobre la mesa podría haber salvado del hambre a pueblos enteros, pero los jugadores lo arrojaban como si fuese grava.

Entre los pasajeros había varias personas a quienes los mercaderes podrían haber preguntado qué estaban obteniendo de la vida: un sacerdote errante, algunos rōnin, un erudito confuciano y varios guerreros profesionales. La mayoría de ellos, tras mirar el comienzo del ostentoso juego de cartas, se sentaron junto a sus equipajes y contemplaron el mar con expresiones desaprobadoras.

Un joven tenía algo redondeado y peludo en su regazo, y de vez en cuando le decía:

—¡Estate quieto!

—Qué lindo monito tienes —le dijo otro pasajero—. ¿Está adiestrado?

—Sí.

—¿Entonces lo tienes desde hace bastante tiempo?

—No, lo encontré hace poco en las montañas entre Tosa y Awa.

—Ah, ¿lo capturaste tú mismo?

—Sí, pero los monos mayores casi me descuartizaron antes de que pudiera escapar.

Mientras hablaba, el joven se concentraba en quitarle las pulgas al animal. Incluso sin el mono, habría llamado la atención, pues tanto su kimono como el manto corto que llevaba eran muy elegantes. No tenía afeitada la parte delantera de la cabeza y se ataba el mono con una cinta violeta, lo cual era toda una originalidad. Por su atuendo

se diría que era todavía un muchacho, pero por entonces no resultaba fácil determinar la edad de un hombre por su manera de vestir. Con la ascensión al poder de Hideyoshi, la indumentaria en general se había vuelto más vistosa. No resultaba extraño que hombres de veinticinco años o más siguieran vistiendo como chicos de quince o dieciséis y no se cortaran las guedejas frontales.

Su piel tenía el lustre de la juventud, sus labios eran de un rojo saludable y le brillaban los ojos. Por otro lado, era corpulento y había cierta severidad adulta en sus espesas cejas y en la curvatura hacia arriba de las comisuras de sus ojos.

—¿Por qué no paras de moverte? —dijo con impaciencia, dando un cachete al mono en la cabeza. La inocencia con que le quitaba las pulgas aumentaba la impresión de juventud.

Su condición social también era difícil de determinar. Como estaba de viaje, llevaba las mismas sandalias de paja y calcetines de cuero que los demás. Su indumentaria no aportaba ninguna pista, y parecía perfectamente a sus anchas entre el sacerdote errante, el titiritero, el samurai andrajoso y los campesinos que llevaban días sin lavarse. Podría haber sido tomado fácilmente por un rōnin, y no obstante había algo en él que apuntaba a una categoría superior: el arma colgada en diagonal de un lado a otro de su espalda, con una correa de cuero. Era una espada de combate larga y recta, grande y de manufactura espléndida. Casi todos cuantos hablaban con el joven, observaban la calidad de la espada.

Gion Tōji, que permanecía a cierta distancia, estaba impresionado por el arma. Bostezando, se dijo que ni siquiera en Kyoto se veían a menudo espadas de semejante calidad. Sentía curiosidad por conocer las circunstancias de su propietario.

Tōji estaba aburrido. La travesía, que había durado catorce días, había sido irritante, agotadora e infructuosa, y ansiaba encontrarse de nuevo entre gentes conocidas. «Me pregunto si el mensajero habrá llegado a tiempo —se dijo—. En caso afirmativo, desde luego ella estará en el muelle de Osaka para recibirme.» Evocando el semblante de Okō, trató de aliviar su aburrimiento.

El motivo del viaje era la tambaleante situación financiera de la casa de Yoshioka, debida a que Seijūrō había vivido por encima de sus medios. La familia ya no era rica, la casa de la avenida Shijō estaba hipotecada y corría el peligro de caer en manos de los acreedores. Agravaban la situación otras incontables obligaciones de fin de año. Vender todas las posesiones de la familia no aportaría suficientes fondos para pagar las facturas que ya se amontonaban. Al enfrentarse a esta situación, Seijūrō había hecho un único comentario: «¿Cómo ha ocurrido?».

Sintiéndose responsable de haber estimulado las extravagancias del Joven Maestro, Tōji pidió que dejaran el asunto en sus manos y prometió que de alguna manera arreglaría las cosas.

Tras devanarse los sesos, se le ocurrió la idea de construir una escuela nueva y

más grande en el solar vacío al lado del Nishinotōin, donde podrían acomodar a un número mucho mayor de estudiantes. Según este razonamiento, los tiempos no estaban como para ser selectivos. Había toda clase de gente deseosa de aprender las artes marciales, mientras que los daimyōs clamaban por guerreros adiestrados, de manera que tener una escuela mayor y producir una gran cantidad de espadachines adiestrados redundaría en interés de todo el mundo. Cuanto más pensaba en ello, más se engañaba creyendo que la escuela tenía el sagrado deber de enseñar el estilo Kempō al mayor número de hombres posible.

A tal efecto, Seijūrō redactó una circular, y provisto de la misma Tōji partió para solicitar la colaboración de antiguos estudiantes de Honshu occidental, Kyushu y Shikoku. Había muchos hombres en diversos dominios feudales que habían estudiado bajo la dirección de Kempō, y la mayoría de los que seguían vivos eran ahora samurais con una situación envidiable. Sin embargo, resultó que, a pesar del ahínco con que Tōji efectuó sus peticiones, pocos estuvieron dispuestos a realizar donaciones considerables o suscribirse de inmediato. Con una frecuencia desalentadora, la respuesta había sido: «Te escribiré al respecto más adelante», «Hablaremos de ello la próxima vez que vaya a Kyoto» o algo igualmente evasivo. Las contribuciones con las que Tōji regresaba eran sólo una fracción de lo que había previsto.

En términos estrictos, la propiedad en peligro no pertenecía a Tōji, y el rostro que ahora acudía a su mente no era el de Seijūrō sino el de Okō, pero incluso éste sólo podía distraerle superficialmente, y pronto volvía a sentirse nervioso. Envidiaba al joven que quitaba las pulgas a su mono, pues tenía algo con que matar el tiempo. Tōji se acercó a él e intentó entablar conversación.

—Hola, joven amigo. ¿Te diriges a Osaka?

Sin molestarse en alzar la cabeza, el joven levantó un poco los ojos y respondió afirmativamente.

—¿Vive allí tu familia?

—No.

—Entonces debes de ser de Awa.

—No, tampoco de ahí —dijo el joven en un tono más bien terminante.

Tōji permaneció un momento en silencio antes de hacer un nuevo intento.

—Veo que tienes una espléndida espada.

Satisfecho, al parecer, por el halago de su arma, el joven cambió de posición a fin de ver la cara a Tōji y replicó afablemente:

—Sí, perteneció a mi familia durante mucho tiempo. Es una espada de combate, pero me propongo pedir a un buen armero de Osaka que vuelva a montarla, a fin de poder desenvainarla desde el costado.

—Es demasiado larga para eso, ¿no crees?

—Pues no sé..., sólo mide tres pies.

—Es bastante larga.

El joven sonrió y replicó confiadamente:

—Cualquiera debería poder manejar una espada de esa longitud.

—Sí, es posible manejar una espada de tres pies e incluso de cuatro —dijo Tōji en tono de reproche—, pero sólo un experto podría hacerlo con facilidad. Últimamente veo muchos tipos que van pavoneándose por ahí con enormes espadas, y parecen impresionantes, pero cuando las cosas se ponen difíciles, dan media vuelta y echan a correr. ¿Qué estilo has estudiado?

En las cuestiones relativas a la esgrima, Tōji no podía ocultar un sentimiento de superioridad sobre el muchacho. Éste dirigió una mirada inquisitiva al semblante de Tōji, ahora pagado de sí mismo, y replicó:

—El estilo Tomita.

—El estilo Tomita es para usarlo con una espada más corta que la tuya —dijo Tōji en tono autoritario.

—El hecho de que aprendiera el estilo Tomita no significa que haya de usar una espada más corta. No me gusta imitar a nadie. Mi maestro usaba una espada más corta, por lo que decidí utilizar una larga... y me expulsaron de la escuela.

—Los jóvenes parecéis enorgulleceros de ser rebeldes. ¿Qué ocurrió entonces?

—Abandoné la aldea del Jōkyōji en Echizen y me presenté ante Kanemaki Jisai, el cual había prescindido también del estilo Tomita y luego desarrolló el estilo Chūjō. Simpatizó conmigo, me adoptó como discípulo y, tras haber estudiado con él durante cuatro años, me dijo que estaba en condiciones de desenvolverme por mi cuenta.

—Esos maestros rurales expiden certificados con demasiada facilidad.

—No es el caso de Jisai. Él no era así. De hecho, sólo dio su certificado a otra persona, Itō Yagorō Ittōsai. Tras haberme propuesto ser el segundo hombre que obtendría formalmente el certificado, trabajé en ello con mucha aplicación. Pero antes de que hubiera completado mi formación, me llamaron desde mi casa, porque mi madre agonizaba.

—¿Dónde está tu casa?

—En Iwakuni, provincia de Suō. Una vez en casa, practiqué a diario en la vecindad del puente Kintai, derribando golondrinas en vuelo y cortando ramas de sauce. De esa manera desarrollé ciertas técnicas propias. Antes de que mi madre muriese, me dio esta espada y me pidió que la cuidara bien, pues la había fabricado Nagamitsu.

—¿Nagamitsu? ¡No me digas!

—No lleva su firma en la espiga, pero siempre ha sido considerada obra suya. En el lugar de donde vengo es una espada bien conocida. La gente la llama «El palo de secar».

Aunque antes se había mostrado reticente, sobre los temas que le gustaban hablaba por los codos, e incluso ofrecía información voluntariamente. Una vez comenzaba, seguía parloteando y prestaba escasa atención a las reacciones de su interlocutor. De esto, así como del relato de sus primeras experiencias, se desprendía que tenía un carácter más fuerte del que podría haberse deducido de su gusto indumentario.

En un momento determinado, el joven se interrumpió. Sus ojos se volvieron turbios y pensativos.

—Mientras estaba en Suō, Jisai cayó enfermo —murmuró—. Cuando Kusanagi Tenki me habló de su estado, me descompuse y eché a llorar. Tenki ingresó en la escuela mucho antes que yo y continuaba allí cuando el maestro estaba en su lecho de enfermo. Era su sobrino, pero Jisai no consideraba la posibilidad de darle un certificado. En cambio, le dijo que le gustaría dármelo a mí, junto con su libro de métodos secretos. No sólo quería que los poseyese, sino que había confiado en verme y dármelos personalmente. —El recuerdo hizo que los ojos del joven se humedecieran.

Tōji no sentía la menor simpatía por aquel joven apuesto y emotivo, pero hablar con él era mejor que estar solo y aburrido.

—Comprendo —le dijo, fingiendo un gran interés—. ¿Y murió mientras estabas ausente?

—Ojalá hubiera podido ir a su lado en cuanto me enteré de su enfermedad, pero se encontraba en Kōzuke, a centenares de millas de Suō. Entonces falleció mi madre, por la misma época, de modo que me resultó imposible estar al lado de Jisai en sus últimos momentos.

Las nubes ocultaban el sol, dando al cielo una tonalidad grisácea. El barco empezó a balancearse, y la espuma del oleaje penetró por las regalas.

El joven prosiguió su relato sentimental, cuyo meollo era que había cerrado la residencia familiar en Suō y, mediante un intercambio de cartas, había concertado un encuentro con su amigo Tenki en el equinoccio de primavera. Era improbable que Jisai, quien carecía de familiares próximos, hubiera dejado muchos bienes, pero había dado a Tenki algún dinero, el certificado y el libro de los secretos para que los entregara al joven. Hasta que se reunieran el día convenido en el monte Hōraiji, que estaba en la provincia de Mikawa, a medio camino entre Kōzuke y Awa, Tenki estaba supuestamente efectuando un viaje de estudios. El mismo joven tenía la intención de pasar algún tiempo en Kyoto, estudiando y haciendo excursiones.

Una vez finalizado su relato, se volvió a Tōji y le preguntó:

—¿Eres de Osaka?

—No, soy de Kyoto.

Ambos permanecieron un rato en silencio, distraídos por el ruido del oleaje y la

vela.

—¿Piensas entonces tratar de abrirte camino en el mundo por medio de las artes marciales? —le preguntó Tōji.

Aunque la pregunta en sí era bastante inocente, la expresión de Tōji revelaba una condescendencia rayana en el desprecio. Hacía ya mucho tiempo que se había hartado de los jóvenes espadachines engreídos que iban por ahí jactándose de sus certificados y sus libros de secretos. A su modo de ver, no era posible que hubiera tantos espadachines expertos desplazándose por el país. ¿Acaso no había estado él en la escuela Yoshioka durante casi veinte años y no seguía siendo todavía un discípulo, aunque muy privilegiado?

El joven cambió de postura y contempló atentamente el agua grisácea.

—¿Kyoto? —musitó, y entonces se volvió de nuevo a Tōji y dijo—: Me han dicho que hay allí un hombre llamado Yoshioka Seijūrō, hijo mayor de Yoshioka Kempō. ¿Está todavía en activo?

A Tōji le apeteció bromear un poco.

—Sí —se limitó a responder—. La escuela Yoshioka parece floreciente. ¿La has visitado?

—No, pero cuando llegue a Kyoto, me gustaría tener un encuentro con ese Seijūrō y ver hasta qué punto es bueno.

Tōji tosió para contener la risa. Estaba detestando con rapidez la insolente confianza en sí mismo del joven. Naturalmente, no podía conocer la posición de Tōji en la escuela, pero si la descubriera, sin duda lamentaría lo que acababa de decir. Torciendo el gesto y en tono despectivo, le preguntó:

—¿Y crees que saldrías bien librado?

—¿Por qué no? —replicó el joven. Ahora era él quien deseaba reírse, y no se abstuvo de hacerlo—. Yoshioka tiene una gran casa y mucho prestigio, por lo que imagino que Kempō debe de haber sido un gran espadachín. Pero dicen que ninguno de sus hijos vale gran cosa.

—¿Cómo puedes estar tan seguro si no los conoces?

—Bueno, eso es lo que dicen los samurais de otras provincias. No me creo todo lo que llega a mis oídos, pero casi todo el mundo parece pensar que la casa de Yoshioka llegará a su fin con Seijūrō y Denshichirō.

Tōji ansiaba decirle al joven que contuviera la lengua. Incluso pensó por un momento revelarle su identidad, pero hacer que el asunto llegara a su punto decisivo en aquellos momentos haría que él pareciese el perdedor. Con toda la contención de que fue capaz, replicó:

—Últimamente las provincias parecen estar llenas de sabelotodos, por lo que no me extrañaría que la casa de Yoshioka fuese subestimada. Pero cuéntame más de ti. ¿No has dicho hace un momento que habías ideado una manera de matar golondrinas

en vuelo?

—Sí, eso he dicho.

—¿Y lo has hecho con esa espada grande y larga?

—En efecto.

—Bien, si eres capaz de hacer tal cosa, sin duda te resultará fácil derribar una de las gaviotas que sobrevuelan el barco a baja altura.

El joven no respondió de inmediato. De repente había comprendido que Tōji no se proponía nada bueno. Mirando la línea tensa de sus labios, respondió:

—Podría hacerse, pero creo que sería una tontería.

—Bien —dijo Tōji con grandilocuencia—, si eres tan bueno que puedes menospreciar a la casa de Yoshioka sin haber estado en ella...

—Ah, ¿te he molestado?

—No, en absoluto, pero a nadie de Kyoto le gusta oír hablar mal de la escuela Yoshioka.

—¡Ja! Lo que he dicho no es lo que pienso, me he limitado a repetir lo que he oído.

—¡Joven! —dijo Tōji severamente.

—¿Qué?

—¿Sabes lo que significa la expresión «un samurai semihorneado»? ¡Te lo advierto por el bien de tu futuro! Nunca llegarás a ninguna parte si subestimas a los demás. Te jactas de que puedes derribar golondrinas y hablas de tu certificado del estilo Chūjō, pero sería mejor que recordaras que no todo el mundo es estúpido. Y deberías empezar a fijarte bien en tu interlocutor antes de fanfarronear.

—¿Crees que sólo me jacto?

—Así es —dijo Tōji, y se acercó más al otro, sacando el pecho—. A nadie le molesta que un joven se ufane de sus logros, pero no debes llevarlo demasiado lejos. —Como el joven no decía nada, Tōji continuó—: Desde el principio te he escuchado hablar jactanciosamente de ti mismo, y eso no me ha gustado. Pero la cuestión es que soy Gion Tōji, el principal discípulo de Yoshioka Seijūrō, ¡y si haces otra observación denigrante sobre la casa de Yoshioka, te arrancaré el pellejo!

Por entonces habían atraído la atención de los demás pasajeros. Tras haber revelado su nombre y su elevada posición, Tōji se dirigió contoneándose a la popa del barco, rezongando en tono amenazador sobre la insolencia de los jóvenes actuales. El otro le siguió en silencio, mientras los pasajeros les miraban boquiabiertos desde prudente distancia.

A Tōji no le satisfacía en absoluto la situación. Cuando el barco atracara, Okō estaría esperándole, y si ahora se enzarzaba en una pelea, sin duda más tarde se vería en dificultades con los funcionarios. Procurando parecer lo más despreocupado posible, apoyó los codos en la borda y contempló fijamente los remolinos de un negro

azulado que se formaban bajo el timón.

El joven le dio unos golpecitos en la espalda.

—Señor —le dijo, en voz baja cuyo tono no revelaba ni cólera ni resentimiento.

—Tōji no le respondió.

—Señor —repitió el joven.

Incapaz de mantener su fingida despreocupación, Tōji preguntó:

—¿Qué quieres?

—Me has llamado jactancioso delante de varios desconocidos y tengo que defender mi honor. Me siento obligado a aceptar tu desafío de hace un momento. Quiero que seas testigo.

—¿A qué te he desafiado?

—No es posible que ya lo hayas olvidado. Te reíste cuando te dije que podría derribar golondrinas en vuelo y me desafiaste a que intentara derribar una gaviota.

—Humm. Te he sugerido tal cosa, ¿no?

—Si lo hago, ¿te convencerás de que no hablo por hablar?

—Bueno..., sí, me convenceré.

—De acuerdo, lo haré.

—¡Muy bien, espléndido! —Tōji se rió sarcásticamente—. Pero no olvides que si haces esto sólo por orgullo y fracasas, vas a ser objeto de escarnio.

—Correré ese riesgo.

—No tengo intención de impedírtelo.

—¿Y estarás presente como testigo?

—¡Naturalmente, con mucho gusto!

El joven se colocó en el centro de la cubierta de popa y movió la mano hacia su espada. Mientras lo hacía gritó el nombre de Tōji. Éste, mirándole con curiosidad, le preguntó qué quería, y el joven le dijo con gran seriedad:

—Por favor, haz que algunas gaviotas vuelen bajo delante de mí. Estoy dispuesto a derribar a cualquier número de ellas.

De repente Tōji reconoció la similitud entre lo que estaba ocurriendo y el argumento de cierto cuento humorístico atribuido al sacerdote Ikkyū. El joven había logrado hacerle pasar por un asno. Encolerizado, le gritó:

—¿Qué clase de tontería es ésta? Cualquiera capaz de lograr que las gaviotas vuelen delante de él podría derribarlas.

—El mar tiene una extensión de miles de millas y mi espada sólo mide tres pies. Si las aves no se aproximan, no puedo derribarlas.

Tōji avanzó un par de pasos, manifestando una satisfacción maligna.

—Estás tratando de salir de un apuro. Si no puedes matar a una gaviota en vuelo, di que no puedes y pide disculpas.

—Si me propusiera tal cosa, no estaría aquí esperando. Si las aves no se

aproximan, entonces cortaré otra cosa para ti.

—¿Por ejemplo...?

—Acércate otros cinco pasos y te lo mostraré.

Tōji se acercó, rezongando:

—¿Qué te propones ahora?

—Sólo quiero que me permitas usar tu cabeza..., la cabeza con la que me has provocado para que demuestre que no fanfarroneaba. Si consideras el asunto, verás que es más lógico que la corte en vez de matar a unas gaviotas inocentes.

—¿Has perdido el juicio? —gritó Tōji.

Agachó la cabeza, con un movimiento reflejo, pues en aquel mismo instante, el joven desenvainó velozmente su espada y la usó. La acción fue tan rápida que la espada de tres pies no pareció más grande que una aguja.

—¿Qu... qu... qué? —gritó Tōji mientras se tambaleaba hacia atrás llevándose las manos al cuello.

Afortunadamente, la cabeza seguía en su sitio y, por lo que podía ver, estaba ileso.

—¿Comprendes ahora? —le preguntó el joven, dándole la espalda y alejándose entre los montones de equipaje.

Tōji ya estaba carmesí a causa de su turbación cuando, al mirar un trecho de la cubierta iluminado por el sol, vio un objeto de aspecto peculiar, como un pequeño pincel. Un pensamiento atroz cruzó por su mente y se llevó la mano a lo alto de la cabeza. ¡Su coleta había desaparecido! ¡Su preciosa coleta, el orgullo y la alegría de todo samurai! Con expresión horrorizada, se restregó la cabeza y observó que la cinta que le ataba el cabello por detrás estaba cortada, y las guedejas que había mantenido unidas desparramadas sobre el cuero cabelludo.

—¡Ese bastardo!

Una rabia implacable surgió de sus entrañas. Ahora sabía perfectamente bien que el joven ni había mentido ni se había jactado sin motivo. Era ciertamente joven, pero ya un espadachín espectacular. A Tōji le sorprendió que con tan pocos años pudiera ser tan bueno, pero el respeto que sentía era una cosa y la cólera que anidaba en su corazón otra muy distinta.

Cuando alzó la cabeza y miró hacia la proa, vio que el joven había regresado al lugar donde antes estaba sentado y buscaba algo en la cubierta. Era evidente que estaba desprevenido, y Tōji percibió que se le había presentado la oportunidad de vengarse. Escupiendo en la empuñadura de su espada, la aferró con fuerza y se deslizó por detrás de su atormentador. No estaba seguro de que su puntería fuese lo bastante buena para cortarle la coleta al hombre sin rebanarle también la cabeza, pero no le importaba. Con el cuerpo hinchado y enrojecido, respirando pesadamente, se aprestó a golpear.

En aquel preciso momento, se produjo una conmoción entre los mercaderes que

jugaban a las cartas.

—¿Qué ocurre aquí? ¡No hay suficientes cartas!

—¿Adonde han ido a parar?

—¡Mirad allí!

—Ya he mirado.

Mientras gritaban y sacudían la alfombra, a uno de ellos se le ocurrió mirar hacia arriba.

—¡Ahí están! ¡Las tiene el mono!

Los restantes pasajeros, entusiasmados por tener una diversión más, alzaron las cabezas para mirar al simio, el cual estaba encaramado en lo alto del mástil de treinta pies.

—¡Ja, ja! —se rió uno—. Menudo mono..., él ha robado las cartas.

—Las está mascando.

—No, hace como si las repartiera.

Una sola carta voló hacia abajo. Uno de los mercaderes la recogió y dijo:

—Todavía debe de tener tres o cuatro más.

—¡Que suba alguien y le quite las cartas! No podemos jugar sin ellas.

—Nadie va a trepar ahí arriba.

—¿Por qué no lo hace el capitán?

—Supongo que podría hacerlo si quisiera.

—Vamos a ofrecerle un poco de dinero. Así lo hará.

El capitán escuchó la propuesta, estuvo de acuerdo y aceptó el dinero, pero creyendo al parecer que, como primera autoridad a bordo primero tenía que determinar la responsabilidad del incidente, se encaramó a un montón de cargamento y se dirigió a los pasajeros.

—¿A quién pertenece el mono? ¿Quiere venir aquí el propietario, por favor?

Nadie respondió, pero varias personas conocedoras de que el mono pertenecía al joven apuesto le miraron expectantes. El capitán también lo sabía, y su cólera aumentó ante la falta de respuesta por parte del joven. Alzando todavía más la voz, siguió diciendo:

—¿No está aquí el propietario?... Si nadie es dueño del mono, me ocuparé de él, pero luego no quiero ninguna queja.

El propietario del mono estaba apoyado contra unos bultos de equipaje, al parecer sumido en sus pensamientos. Algunos pasajeros empezaron a susurrar desaprobando su actitud, y el capitán miró furibundo al joven. Los jugadores de cartas murmuraron con malevolencia, y otros empezaron a preguntar si el joven era sordomudo o tan sólo insolente. Sin embargo, el joven se limitó a cambiar ligeramente de posición y actuó como si no hubiera ocurrido nada.

El capitán habló de nuevo.

—Parece que los monos prosperan en el mar tanto como en tierra. Como podéis ver, uno de ellos se nos ha colado aquí. Puesto que carece de propietario, supongo que podemos hacer con él lo que queramos. ¡Sed mis testigos, pasajeros! Como capitán, he apelado al dueño para que se diera a conocer, pero no lo ha hecho. ¡Si luego se queja de que no me ha oído, os pido que estéis de mi lado!

—¡Somos tus testigos! —exclamaron los mercaderes, por entonces al borde de la apoplejía.

El capitán bajó por la escala a la bodega. Cuando subió de nuevo, sostenía un mosquete con la mecha de combustión lenta ya encendida. Nadie tenía la menor duda de que estaba dispuesto a utilizarlo. Las miradas pasaron del capitán al propietario del mono.

El animal estaba disfrutando inmensamente. Encaramado allí arriba, jugaba con las cartas y hacía cuanto podía para fastidiar a la gente que estaba en la cubierta. De pronto enseñó los dientes, parloteó y corrió al penol de verga, pero una vez allí no pareció saber qué hacer.

El capitán alzó el mosquete y apuntó. Pero al tiempo que uno de los mercaderes le tiraba de la manga, instándole a disparar, el propietario del mono gritó:

—¡Alto, capitán!

Entonces fue el capitán quien fingió no haber oído nada. Apretó el gatillo, los pasajeros se taparon las orejas con las manos y el mosquete disparó con gran estruendo. Pero el tiro salió alto y desviado. En el último instante, el joven había empujado el cañón del arma.

Gritando de ira, el capitán agarró al joven por el pecho, y por un momento casi pareció colgado de allí, pues aunque robusto, era bajo al lado del apuesto joven.

—¿Qué te ocurre? —le preguntó éste—. Estabas a punto de disparar contra un mono inocente con ese juguete tuyo, ¿no?

—Así es.

—Eso no está nada bien, ¿no te parece?

—¡Di una clara advertencia!

—¿Y cómo lo hiciste?

—¿Es que no tienes ojos y oídos?

—¡Calla! Soy un pasajero de este barco, y lo que es más, soy un samurai. ¿Esperas que responda cuando un simple capitán de barco se pone delante de sus clientes y grita como si fuese su amo y señor?

—¡No seas impertinente! Repetí mi advertencia tres veces. Tienes que haberme oído. Aunque no te agradara mi modo de decirlo, podrías haber mostrado alguna consideración hacia las personas a las que ha molestado tu modo.

—¿Qué personas? Ah, ¿te refieres a ese hatajo de mercaderes que han estado jugando detrás de su cortina?

—¡No seas tan pretencioso! Han pagado el triple que los demás por su pasaje.

—Eso no hace de ellos más de lo que son: unos mercaderes de clase baja, irresponsables, que sacan a relucir su oro donde todo el mundo puede verlo, beben su sake y actúan como si fuesen los propietarios del barco. Los he estado observando y no me hacen pizca de gracia. ¿Y qué si el mono ha huido con sus cartas? No le he dicho que lo hiciera. Sólo estaba imitando lo que ellos mismos hacían. ¡No veo ninguna necesidad de disculparme!

El joven miró fijamente a los ricos mercaderes y dirigió hacia ellos una risa sonora y sardónica.

La concha del olvido

Anochecía cuando el barco entró en el puerto de Kizugawa, donde le recibió el olor omnipresente del pescado. Unas luces rojizas titilaban en dirección a la orilla, y se oía al fondo el rítmico rumor del oleaje. Poco a poco, la distancia entre las voces procedentes del barco y las de tierra fue reduciéndose. El ancla cayó al agua levantando espuma blanca; lanzaron los cabos y colocaron la pasarela en posición.

Un excitado griterío llenaba la atmósfera.

—¿Está a bordo el hijo del sacerdote del santuario Sumiyoshi?

—¿Hay ahí un mensajero?

—¡Maestro! ¡Aquí estamos!

Como una ola, faroles de papel en los que estaban inscritos los nombres de diversas posadas ondularon a través del muelle hacia el barco, mientras sus portadores rivalizaban para conseguir clientes.

—¿Hay alguien para la posada Kashiwaya?

El joven con el mono al hombro se abrió paso entre la multitud.

—Venid a nuestro establecimiento, señor... No os cobraremos nada por el mono.

—Estamos delante mismo del santuario Sumiyoshi, que es un gran centro de peregrinación. ¡Podéis tener una bonita habitación con una espléndida vista!

Nadie había acudido a recibir al joven, el cual se alejó del muelle sin prestar la menor atención a los pregoneros ni a nadie más.

—¿Quién se cree que es? —rezongó un pasajero—. ¡Sólo porque sabe algo de esgrima!

—Si yo no fuese un simple ciudadano, no se habría marchado sin una pelea.

—¡Vamos, hombre, cálmate! Deja que los guerreros se crean mejores a los demás. Mientras vayan por ahí pavoneándose como reyes, serán felices. Nosotros, los ciudadanos, debemos dejar que se queden con las flores mientras tomamos los frutos. ¡No tenemos que excitarnos por el pequeño incidente de hoy!

Al mismo tiempo que conversaban de esta guisa, los mercaderes vigilaban que sus montañas de equipaje fuesen recogidas adecuadamente, y luego desembarcaron, para ser asaltados por los enjambres de gente, faroles y vehículos. Ninguno se libró de verse rodeado de inmediato por varias mujeres solícitas.

El último en desembarcar fue Gion Tōji, cuyo semblante tenía una expresión de aguda incomodidad. Jamás, en toda su vida, había pasado un día más desagradable. Se había envuelto la cabeza con un pañuelo para ocultar la mortificante pérdida del moño, pero la tela no podía ocultar sus cejas alicaídas y la hosquedad de su boca.

—¡Tōji! ¡Aquí estoy! —gritó Okō.

Aunque también se cubría la cabeza con un pañuelo, su cara había estado expuesta al frío viento mientras esperaba, y se le veían las arrugas a través de los

polvos blancos destinados a ocultarlas.

—¡Okō! Al final has venido.

—¿No es lo que esperabas? Me enviaste una carta diciéndome que nos encontraríamos aquí, ¿no es cierto?

—Sí, pero temía que no te llegase a tiempo.

—¿Sucede algo? Pareces alterado.

—Oh, no es nada, sólo un poco de mareo. Anda, vamos a Sumiyoshi y busquemos una buena fonda.

—Ven por aquí. Tengo un palanquín esperando.

—Gracias. ¿Has reservado una habitación para nosotros?

—Sí, todo el mundo está esperando en la posada.

Una expresión consternada apareció en el semblante de Tōji.

—¿Todo el mundo? ¿De qué me estás hablando? Creía que sólo tú y yo íbamos a pasar un par de días agradables en algún lugar tranquilo de estos alrededores. Si hay mucha gente, no voy a ir.

Rechazando el palanquín, siguió adelante con pasos airados. Cuando Okō trató de darle explicaciones, él la interrumpió y la llamó idiota. Estalló entonces toda la rabia acumulada en su interior en el barco.

—¡Me alojaré solo en alguna parte! —gritó—. ¡Despide al palanquín! ¿Cómo has podido ser tan necia? ¡No me comprendes en absoluto! —Tiró de la manga que ella aferraba y prosiguió su camino a toda prisa.

Se encontraban en el mercado de pescado del puerto. Todas las tiendas estaban cerradas, y las escamas esparcidas por la calle brillaban como minúsculas conchas de plata. Como no había apenas nadie a su alrededor, Okō abrazó a Tōji e intentó calmarle.

—¡Suéltame! —le gritó él.

—Si te vas solo, los demás creerán que algo va mal.

—¡Que crean lo que les dé la gana!

—¡No hables así, por favor! —le suplicó ella. Aplicó su fría mejilla contra la del hombre.

El olor dulzón de los polvos y el cabello le envolvió y poco a poco su cólera y su frustración cedieron.

—¡Por favor! —repitió Okō.

—Es sólo que... estoy muy decepcionado.

—Lo sé, pero tendremos otras ocasiones de estar juntos.

—Pero esos dos o tres días contigo... los esperaba con verdadera ilusión.

—Lo comprendo.

—Si lo comprendías, ¿por qué trajiste a toda esa gente? ¡Es porque no sientes por mí lo mismo que yo siento por ti!

—No empieces con eso de nuevo —le dijo Okō en tono de reproche.

Miraba adelante y parecía como si estuvieran a punto de brotarle las lágrimas, pero en vez de llorar, intentó conseguir de nuevo que él escuchara su explicación. Cuando llegó el mensajero con la carta de Tōji, ella, naturalmente, hizo planes para ir a Osaka sola, pero la suerte quiso que aquella misma noche Seijūrō acudiera al Yomogi con seis o siete de sus estudiantes, y Akemi dejó escapar la noticia de que Tōji estaba a punto de llegar. En un instante los hombres decidieron que todos ellos debían acompañar a Okō a Osaka y que Akemi tenía que acompañarles. Al final, el grupo que se reunió en la posada de Sumiyoshi ascendía a diez personas.

Si bien Tōji debía admitir que, dadas las circunstancias, poco era lo que Okō podría haber hecho, su talante sombrío no mejoró. Desde luego, aquél no era su día, y tenía la seguridad de que lo peor estaba por venir. Para empezar, lo primero que le preguntarían sería qué tal le había ido su campaña de recogida de fondos, y detestaba verse obligado a darles la mala noticia. Lo que temía mucho más era la perspectiva de tener que quitarse el pañuelo de la cabeza. ¿Cómo podría explicar la pérdida de su moño? Finalmente comprendió que no había salida posible y se resignó a su sino.

—Bien, de acuerdo —dijo a la mujer—. Iré contigo. Haz que venga el palanquín.

—¡Ah, qué feliz me haces! —le dijo Okō en tono arrullador, mientras se volvía hacia el muelle.

En la posada, Seijūrō y sus compañeros se habían bañado y vestido cómodamente con kimonos de algodón acolchados proporcionados por el mismo establecimiento, y estaban esperando el regreso de Okō acompañada de Tōji. Al cabo de algún tiempo, como no aparecían, alguien comentó:

—Esos dos vendrán más tarde o más temprano. No hay motivo para que nos quedemos aquí sentados sin hacer nada.

La consecuencia natural de esta observación fue que pidieron sake. Al principio bebieron tan sólo para pasar el rato, pero pronto empezaron a ponerse cómodos y las copas de sake se sucedieron con más rapidez. No pasó mucho rato antes de que todos se hubieran olvidado más o menos de Tōji y Okō.

—¿No tienen muchachas cantoras en Sumiyoshi?

—¡Qué buena idea! ¿Por qué no llamamos a tres o cuatro chicas guapas?

Seijūrō titubeó hasta que alguien sugirió que él y Akemi se retirasen a otra habitación, donde tendrían más tranquilidad. La maniobra, tan poco sutil, para librarse de él le hizo sonreír, pero de todos modos le alegraba marcharse. Sería mucho más agradable estar a solas con Akemi en una habitación provista de un cálido kotatsu[3] que permanecer allí bebiendo con aquel hatajo de rufianes.

En cuanto Tōji salió de la habitación, la fiesta empezó en serio, y poco después

varias cantantes de la clase conocida localmente como «el orgullo de Tosamagawa» aparecieron en el jardín, ante la habitación. Sus flautas y shamisen eran viejos, de mala calidad y deteriorados por el uso.

—¿Por qué hacéis tanto ruido? —les preguntó con coquetería una de las mujeres —. ¿Habéis venido aquí a beber o a armar reyerta?

El hombre que se había nombrado a sí mismo cabecilla del grupo, replicó:

—No hagas preguntas necias. Nadie paga dinero por pelear. Os hemos llamado para que bebamos y nos divirtamos un poco.

—Bien —dijo la muchacha con tacto—. Me alegro de oír eso, pero preferiría que os serenaseis un poco.

—¡Si es eso lo que quieres, sea! Cantemos algunas canciones.

Por deferencia a la presencia femenina, los hombres escondieron sus piernas peludas bajo las faldas de los kimonos, y algunos cuerpos que estaban horizontales volvieron a la verticalidad. Comenzó la música, la animación fue en aumento y la fiesta cobró ímpetu. Cuando estaba en todo su apogeo, una joven sirvienta entró y anunció que el hombre que vino en el barco desde Shikoku había llegado con su acompañante.

—¿Qué ha dicho? ¿Viene alguien?

—Sí, dice que viene alguien llamado Tōji.

—¡Ah, magnífico! Viene el bueno y viejo Tōji... ¿Quién es Tōji?

La entrada de Tōji con Okō no interrumpió en modo alguno la fiesta. Al contrario, les hicieron caso omiso. Como le habían hecho creer que la reunión se celebraba en su honor, Tōji se sintió disgustado.

Llamó a la doncella que les había franqueado la entrada y le pidió que le llevara a la habitación de Seijūrō. Pero cuando se encaminaban al pasillo, el cabecilla, apestando a sake, avanzó tambaleándose y echó los brazos al cuello de Tōji.

—¡Eh, Tōji! —farfulló—. ¿Acabas de regresar? Debes de habértelo pasado bien con Okō en alguna parte mientras nosotros estábamos aquí sentados. ¡Eso no se hace!

Tōji intentó en vano quitárselo de encima. Por mucho que se debatiera, el hombre tiró obstinadamente de él hasta hacerle entrar en la habitación. Durante la difícil maniobra de arrastre, tropezó con una o dos bandejas, derribó varias jarras de sake y finalmente cayó al suelo, tumbando a Tōji con él.

—¡Mi pañuelo! —exclamó Tōji, llevándose en seguida la mano a la cabeza.

Pero era demasiado tarde. Mientras caía, el cabecilla le había arrebatado el pañuelo que ahora tenía en su mano. Ahogando un grito colectivo, todos miraron el lugar donde debería estar la coleta de Tōji.

—¿Qué te ha ocurrido en la cabeza?

—¡Ja, ja, ja! ¡Menudo peinado!

—¿De dónde lo has sacado?

Tōji se puso rojo como la grana. Cogió el pañuelo y volvió a ponérselo, balbuceando:

—No es nada. Me salió un divieso.

Todos se desternillaron de risa como un solo hombre.

—¡Ha traído un divieso como recuerdo!

—¡Se cubre el lugar maligno!

—¡No hables de eso y enséñalo!

A juzgar por las bromas, era evidente que ninguno creía a Tōji, pero la fiesta continuó y nadie dijo gran cosa acerca de la coleta.

A la mañana siguiente, las cosas fueron del todo distintas. Eran las diez en punto cuando el mismo grupo estaba reunido en la playa detrás de la posada, todos sus miembros ahora sobrios y embarcados en una conferencia muy seria. Se habían sentado en círculo, algunos con los hombros cuadrados, otros cruzados de brazos, pero todos con semblante sombrío.

—Lo mires como lo mires, es un mal asunto.

—La cuestión estriba en si es cierto o no.

—Lo oí con mis propios oídos. ¿Me estás llamando embustero?

—No podemos dejar pasar esto sin hacer nada. Está en juego el honor de la escuela Yoshioka. ¡Tenemos que actuar!

—Por supuesto, pero ¿qué vamos a hacer?

—Aún no es demasiado tarde. Encontraremos al hombre del mono y le cortaremos la coleta. Le demostraremos que no es sólo el orgullo de Gion Tōji lo que está implicado, sino que el asunto concierne a la dignidad de toda la escuela Yoshioka. ¿Alguna objeción? El cabecilla borracho de la noche anterior era ahora un intrépido teniente que arengaba a sus hombres para entrar en combate.

Nada más despertarse, los hombres habían pedido que les calentaran el baño, a fin de quitarse de encima la resaca, y mientras estaban bañándose había entrado un mercader. Como no sabía quiénes eran, les contó lo que había sucedido en el barco el día anterior. Les proporcionó un relato cómico del corte del moño y concluyó diciendo que «el samurai que perdió el pelo dijo ser uno de los principales discípulos de la casa Yoshioka de Kyoto. Todo lo que puedo decir, es que si realmente lo es, entonces la casa Yoshioka está en mucha peor forma de lo que cualquiera imagina».

Recuperada pronto la sobriedad, los discípulos de Yoshioka fueron en busca de su díscolo veterano para preguntarle por el incidente. En seguida descubrieron que se había levantado temprano, había intercambiado unas palabras con Seijūrō y partido en dirección a Kyoto en compañía de Okō poco después del desayuno. Esto confirmaba la exactitud básica del relato, pero en vez de perseguir al cobarde Tōji, decidieron que sería más juicioso encontrar al desconocido joven del mono y reivindicar el nombre de Yoshioka.

Tras haber convenido un plan en su consejo de guerra junto al mar, se pusieron en pie, se sacudieron la arena de los kimonos y entraron en acción.

A corta distancia, Akemi había estado jugando con las piernas desnudas en la orilla del agua, recogiendo conchas marinas una a una y tirándolas casi de inmediato. Aunque era invierno, el brillante sol calentaba y el olor del mar se alzaba de las olas espumeantes que se extendían como cadenas de rosas blancas hasta donde alcanzaba la vista.

Llena de curiosidad, Akemi contempló a los hombres de Yoshioka que corrían en todas direcciones, las puntas de las vainas de sus espadas en el aire. Cuando el último de ellos pasó por su lado, le preguntó a gritos:

—¿Adonde vais?

—Ah, eres tú. ¿Por qué no vienes a buscar conmigo? A cada uno se le ha asignado un territorio.

—¿Qué estáis buscando?

—A un joven samurai con un largo mechón frontal. Tiene un mono.

—¿Qué ha hecho?

—Algo que deshonrará el nombre del Joven Maestro a menos que actuemos con rapidez.

Le contó lo que había sucedido, pero no logró despertar en ella ni un ápice de interés.

—¡Siempre estáis buscando pelea! —exclamó con desaprobación.

—No es que nos guste luchar, pero si permitimos que se salga con la suya, será una vergüenza para la escuela, que es el mayor centro de artes marciales del país.

—¿Y qué más da que ocurra eso?

—¿Estás loca?

—Los hombres os pasáis el tiempo corriendo en pos de las cosas más tontas.

—¿Qué? —El hombre la miró con suspicacia—. ¿Y qué has hecho tú durante todo este tiempo?

—¿Yo? —Bajó la vista a la hermosa arena alrededor de sus pies y dijo—: Estoy buscando conchas marinas.

—¿Para qué las buscas? Hay millones de ellas en todo este lugar. Eso te demuestra que las mujeres perdéis el tiempo en cosas todavía más absurdas que los hombres:

—Estoy buscando una clase muy especial de concha. Se llama la concha del perdón.

—¿Ah, sí? ¿Y existe esa concha?

—Sí, pero dicen que sólo puedes encontrarla aquí, en la orilla de Sumiyoshi.

—¡Apuesto a que no existe tal cosa!

—¡Claro que sí! Si no te lo crees, ven conmigo. Te lo mostraré.

Llevó al reacio joven hasta una hilera de pinos y le señaló una piedra sobre la que estaba tallado un antiguo poema. Decía así:

Si tuviera tiempo
la encontraría en la orilla de Sumiyoshi.
Dicen que llega allí...
la concha que trae
el olvido del amor.

—¿Ves? —le dijo Akemi con orgullo—. ¿Qué otra prueba necesitas?

—Bah, eso sólo es un mito, una de esas mentiras inútiles que inventan los poetas.

—Pero en Sumiyoshi también tienen flores y agua que te hacen olvidar.

—Bueno, supongamos que existe. ¿Qué magia obrará para ti?

—Es sencillo. Si pones una de esas conchas en el obi o la manga, puedes olvidarlo todo.

El samurai se echó a reír.

—¿Significa eso que deseas ser más distraída de lo que ya eres?

—Sí, me gustaría olvidarlo todo. No puedo olvidar ciertas cosas, y por eso soy infeliz de día y permanezco despierta por la noche. Por eso estoy buscando la concha. ¿Por qué no te quedas y me echas una mano?

—¡Éste no es momento para juegos infantiles! —dijo desdeñosamente el samurai, y entonces, recordando de súbito su deber, echó a correr a toda velocidad.

A menudo, cuando estaba triste, Akemi pensaba que sus problemas se resolverían si pudiera olvidar el pasado y disfrutar del presente. En aquellos instantes, se abrazaba a sí misma y vacilaba entre aferrarse a los pocos recuerdos que atesoraba y el deseo de arrojarlos al mar. Pensaba que si realmente existiera una concha del olvido, no la llevaría personalmente, sino que la deslizaría con disimulo dentro de la manga de Seijūrō. Suspiró, imaginando lo deliciosa que sería su vida si él la olvidara para siempre.

Le bastaba pensar en él para que se le encogiera el corazón. Se sentía tentada a creer que aquel hombre existía con el único propósito de echar a perder su juventud. Cuando la importunaba con sus lisonjeras protestas amorosas, ella se consolaba pensando en Musashi, pero si la presencia de éste en su mente era a veces su salvación, también solía ser una fuente de desdicha, pues fomentaba en ella el deseo de huir a un mundo de sueños. Sin embargo, vacilaba en entregarse del todo a la fantasía, pues sabía que probablemente Musashi la habría olvidado por completo.

«¡Ah, si existiera algún modo de borrar su cara de mi mente!», se decía.

Las aguas azules del mar Interior le parecieron de súbito tentadoras. Las contempló fijamente y se asustó pensando en lo fácil que sería arrojarse a ellas y

desaparecer.

La madre de Akemi, y no digamos Seijūrō, ignoraban por completo que la muchacha tenía unos pensamientos tan desesperados. Cuantos la conocían la consideraban muy feliz, tal vez un poco petulante, pero de todos modos un capullo aún tan lejos de florecer que no podía aceptar de ninguna manera el amor de un hombre.

Para Akemi, su madre y los hombres que iban a la casa de té eran seres ajenos a su verdadero yo. Cuando estaba en su presencia, reía y bromeaba, hacía sonar su campanilla y fruncía los labios según pareciera exigirlo la ocasión, pero cuando estaba a solas sus suspiros reflejaban preocupaciones y pesar.

Interrumpió sus pensamientos un sirviente de la posada, el cual, al verla junto a la piedra con la inscripción, corrió a ella y le dijo:

—¿Dónde has estado, joven señora? El Joven Maestro te llama y, al no obtener respuesta, está muy preocupado.

Akemi regresó a la posada y encontró a Seijūrō a solas, calentándose las manos bajo el edredón rojo que cubría el kotatsu. Reinaba el silencio en la habitación. En el jardín soplaba una brisa entre los pinos secos.

—¿Has estado fuera con este frío? —le preguntó.

—¿Qué quieres decir? No hace nada de frío. La playa está muy soleada.

—¿Qué has estado haciendo?

—Buscando conchas.

—Te portas como una niña.

—Es que soy una niña.

—¿Qué edad crees que tendrás en tu próximo cumpleaños?

—Eso no importa. Sigo siendo una niña. ¿Qué tiene de malo?

—Estás muy equivocada. Deberías pensar en los planes que tu madre tiene para ti.

—¿Mi madre? Ella no piensa en mí. Está convencida de que sigue siendo joven.

—Siéntate aquí.

—No quiero, me dará demasiado calor. Todavía soy joven, ¿recuerdas?

—¡Akemi! —exclamó él, al tiempo que le cogía la muñeca atrayéndola hacia sí —. Hoy no hay nadie más aquí. Tu madre ha tenido la delicadeza de regresar a Kyoto.

Akemi miró los ojos ardientes de Seijūrō y su cuerpo se puso rígido. Inconscientemente trató de retroceder, pero él le aferró con fuerza la muñeca.

—¿Por qué intentas huir? —le preguntó en tono acusador.

—No intento huir.

—Ahora no hay nadie aquí. Es una oportunidad perfecta, ¿no crees, Akemi?

—¿Para qué?

—¡No seas tan obstinada! Llevamos viéndonos casi un año y sabes lo que siento por ti. Okō dio su permiso hace tiempo. Dice que no te entregas a mí porque no te abordo del modo apropiado. Así que hoy vamos a...

—¡Basta! ¡Suéltame el brazo! ¡Te digo que me dejes! —De repente Akemi se inclinó adelante con la cabeza gacha, azorada.

—¿No me aceptarás pase lo que pase?

—¡Basta ya! ¡Déjame!

Aunque el brazo de la muchacha había enrojecido bajo la presión de su mano, seguía negándose a soltarla, y ella carecía de fuerza para resistir las técnicas militares del estilo Kyōhachi.

Aquel día Seijūrō no era el de siempre. A menudo buscaba consuelo en el sake, pero en esta ocasión no había bebido nada.

—¿Por qué me tratas así, Akemi? ¿Intentas humillarme?

—¡No quiero hablar de ello! ¡Si no me sueltas, gritaré!

—¡Pues grita! Nadie te oirá. La casa principal está demasiado lejos y, en cualquier caso, les he dicho que no nos molesten.

—Quiero marcharme.

—No te dejaré.

—¡Mi cuerpo no te pertenece!

—¿Es eso lo que sientes? ¡Será mejor que preguntes a tu madre al respecto! Desde luego, le he pagado lo bastante por ti.

—¡Puede que mi madre me haya vendido, pero yo no me he vendido! ¡De ninguna manera me entregaría a un hombre al que desprecio más que a la misma muerte!

—¿Qué es esto? —gritó Seijūrō, arrojándole el edredón rojo por encima de la cabeza.

Akemi gritó con toda la fuerza de sus pulmones.

—¡Grita, zorra, grita cuanto quieras! No va a venir nadie.

En la puerta corredera de papel la pálida luz del sol se mezclaba con las inquietas sombras de los pinos como si nada hubiera ocurrido. En el exterior la quietud era absoluta, interrumpida tan sólo por el distante rumor del oleaje y los trinos de los pájaros.

Un profundo silencio siguió a los gemidos ahogados de Akemi. Al cabo de un rato, Seijūrō, con una palidez mortal en el rostro, apareció en el pasillo externo, sujetando con la mano derecha la izquierda arañada y sangrante.

Poco después, la puerta volvió a abrirse ruidosamente y salió Akemi. Lanzando un grito de sorpresa, Seijūrō, ahora con la mano envuelta por una toalla, se movió como si fuese a detenerla, pero no llegó a tiempo. La muchacha, medio enloquecida, echó a correr con la rapidez del rayo.

Una expresión preocupada apareció en la cara de Seijūrō, pero no persiguió a Akemi, la cual cruzó el jardín y entró en otra parte de la posada. Al cabo de un momento, los labios de Seijūrō trazaron una sonrisa leve y sesgada. Era una sonrisa de profunda satisfacción.

El fin de un héroe

—¡Tío Gon!

—¿Qué?

—¿Estás cansado?

—Sí, un poco.

—Ya me lo parecía. Estoy rendida, pero este santuario tiene espléndidos edificios, ¿no es cierto? Oye, ¿no es ése el naranjo al que llaman el árbol secreto de Wakamiya Hachiman?

—Eso parece.

—Se supone que es el primer artículo del tributo que llenó ochenta barcos presentado por el Rey de Silla a la emperatriz Jingū cuando ésta conquistó Corea.

—¡Mira ahí, en el establo de los caballos sagrados! ¿No es un animal espléndido? Sin duda llegaría el primero en la carrera de caballos anual de Kamo.

—¿Te refieres al blanco?

—Sí. Humm, ¿qué dice ese letrero?

—Dice que si hierves las alubias que contiene el forraje del caballo y bebes el jugo, eso te impedirá llorar o rechinar los dientes por la noche. ¿Quieres un poco?

El tío Gon se echó a reír.

—¡No seas tonta! —Volviéndose hacia ella, le preguntó—:

¿Qué le ocurrió a Matahachi?

—Se ha ido vete a saber dónde.

—Ah, ahí está, descansando junto al escenario de las danzas sagradas.

La anciana alzó la mano y llamó a su hijo.

—Si vamos por ahí, podremos ver el Gran Torii[4], pero primero vayamos al Fanal Alto.

Matahachi les siguió perezosamente. Desde que su madre le prendiera por el cuello en Osaka, había estado con ellos... caminando sin cesar, y se le estaba agotando la paciencia. Cinco o seis días de excursiones no estaban mal, pero la idea de acompañarles para tomar venganza le amedrentaba. Había intentado persuadirles de que viajar juntos era inadecuado para su propósito, que sería mejor que él fuese por su cuenta en busca de Musashi, pero su madre no quería oír hablar del asunto.

—Pronto será Año Nuevo —decía—, y quiero que por entonces estés conmigo. Hace mucho tiempo que no celebramos juntos las fiestas de Año Nuevo, y puede que ésta sea la última ocasión.

Aunque Matahachi sabía que no podía rechazar a su madre, había decidido abandonarles un par de días después del primero del año. Osugi y el tío Gon, temerosos tal vez de que tenían poca vida por delante, se habían entregado tanto a la religión que hacían un alto en cada santuario y templo, dejaban ofrendas y dirigían

largas súplicas a los dioses y budas. Se habían pasado casi todo aquel día en el santuario de Sumiyoshi.

Matahachi, mortalmente aburrido, arrastraba los pies y fruncía los labios.

—¿Es que no puedes caminar más rápido? —le preguntó Osugi con irritación.

Matahachi no varió lo más mínimo el ritmo de sus pasos. Tan irritado con su madre como lo estaba consigo mismo, farfulló:

—¡Me das prisa y luego me haces esperar! ¡Una y otra vez la misma historia!

—¿Qué voy a hacer con un hijo como tú? Cuando la gente acude a un lugar sagrado, lo correcto es que se detenga para elevar una plegaria a los dioses. Nunca te he visto inclinarte ante un dios o un buda, y, créeme, al final lo lamentarás. Además, si rezaras con nosotros, no tendrías que aguardar tanto.

—¡Qué fastidio! —gruñó Matahachi.

—¿Quién es un fastidio? —gritó Osugi con indignación.

Durante los primeros dos o tres días todo había ido como la seda entre ellos, pero cuando Matahachi volvió a acostumbrarse a su madre, empezó a desaprobar todo lo que ella hacía y decía, y a burlarse de ella en cuanto tenía ocasión. Cuando anochecía y regresaban a la posada, la mujer le obligaba a sentarse delante de ella y le sermoneaba, lo cual ponía al muchacho de peor humor que antes.

«¡Qué pareja!», se lamentaba el tío Gon para sus adentros, tratando de encontrar la manera de suavizar el resentimiento de la anciana y tranquilizar en lo posible a su cejijunto sobrino. En aquellos momentos, intuyendo que se avecinaba otro sermón, dijo alegremente:

—¡Vaya! ¡Creo que he olido algo bueno! En esa casa de té al lado de la playa venden almejas a la parrilla. ¿Qué os parece si vamos a probarlas?

Ni la madre ni el hijo se mostraron muy entusiasmados, pero el tío Gon logró llevarles al establecimiento a orillas del mar, resguardado con delgadas persianas de juncos. Mientras los otros dos se acomodaban en un banco del exterior, el tío entró y regresó con sake.

Ofreció una taza a Osugi y le dijo:

—Esto alegrará un poco a Matahachi. Tal vez eres un poco dura con él.

Osugi desvió la vista y replicó:

—No quiero beber nada.

El tío Gon, capturado por su propia red, ofreció la taza a Matahachi, el cual, aunque seguía malhumorado, procedió a vaciar tres jarras tan rápido como pudo, sabiendo muy bien que esa acción enfurecería a su madre. Cuando pidió una cuarta jarra al tío Gon, Osugi no pudo aguantar más.

—¡Ya has bebido suficiente! ¡Esto no es una excursión campestre y no hemos venido aquí a emborracharnos! Y tú, tío Gon, ándate con cuidado. Eres mayor que Matahachi y deberías ser más prudente.

El tío Gon, tan mortificado como si sólo él hubiera estado bebiendo, trató de ocultar la cara frotándosela con las manos.

—Sí, tienes mucha razón —dijo en tono sumiso. Se puso en pie y dio unos pasos inseguros.

Entonces la cosa empezó en serio, pues Matahachi había tocado las raíces del violento aunque quebradizo sentido del amor maternal y la inquietud de Osugi, la cual no estaba dispuesta a esperar hasta que regresaran a la posada. Atacó furiosamente a su hijo sin que le importara si otras personas la oían. Matahachi se quedó mirándola con una expresión de malhumor y desobediencia hasta que la anciana terminó.

—Muy bien —le dijo—. Veo que has llegado a la conclusión de que soy un patán ingrato sin la menor dignidad. ¿No es eso?

—¡Sí! ¿Qué has hecho hasta ahora que demuestre orgullo o dignidad?

—No soy tan inútil como pareces creer, claro que no tienes manera de saberlo.

—¿Ah, no? Nadie conoce a un niño mejor que sus padres, ¡y creo que el día que naciste fue un mal día para la casa de Hon'iden!

—¡Espera y verás! Todavía soy joven. Un día, cuando estés muerta y enterrada, lamentarás haber dicho eso.

—¡Ja! Ojalá fuese así, pero dudo de que ocurra tal cosa ni en cien años. Cuando pienso en ello, es tan triste...

—Bien, si te entristece tanto tener un hijo como yo, no tiene mucho sentido que siga aquí contigo. ¡Me marcho! —Lleno de ira, se puso en pie y se alejó con zancadas largas y decididas.

Cogida por sorpresa, la anciana le llamó con una voz lastimosamente temblorosa. Matahachi no le hizo caso. El tío Gon, que podría haber corrido e intentado detenerle, estaba en pie, mirando con fijeza el mar, su mente ocupada al parecer por otros pensamientos.

Osugi se levantó, pero en seguida volvió a sentarse.

—No trates de impedírselo —le dijo innecesariamente al tío Gon—. No sirve de nada.

El tío Gon se volvió hacia ella, pero en vez de responderle le dijo:

—Esa chica de ahí está actuando de una manera muy extraña. ¡Espera un momento!

Apenas había terminado de decir esas palabras, cuando abandonó su sombrero bajo los aleros de la casa de té y corrió como una flecha hacia el agua.

—¡Idiota! —gritó Osugi—. ¿Adonde vas? Matahachi...

La anciana salió corriendo tras él, pero a unas veinte varas del establecimiento se enredó un pie con un amasijo de algas y cayó de bruces. Farfullando airada, se incorporó, con la cara y los hombros cubiertos de arena. Al ver de nuevo al tío Gon,

sus ojos se abrieron como espejos.

—¿Adonde vas, viejo estúpido? —le gritó—. ¿Has perdido el juicio?

Tan excitada que ella misma parecía haberse vuelto loca, corrió tan rápido como pudo, siguiendo los pasos del tío Gon. Pero era demasiado tarde, pues el hombre ya se había metido en el agua hasta las rodillas y seguía avanzando.

Envuelto por la espuma blanca, casi parecía sumido en un trance. Más adentro todavía, una joven daba pasos enfebrecidos hacia las aguas profundas. Cuando el tío Gon la descubrió, estaba a la sombra de los pinos, contemplando el mar como abstraída. Luego, de súbito, echó a correr por la arena y entró en el agua, su cabellera negra ondeando tras ella. Ahora el agua la cubría hasta la cintura y se estaba aproximando con rapidez al lugar donde el fondo somero cedía el paso al abismo.

Mientras se acercaba a ella, el tío Gon la llamaba frenéticamente, pero ella seguía frenéticamente adelante. De improviso, con un extraño sonido, su cuerpo desapareció, dejando un remolino en la superficie.

—¡Loca criatura! —gritó el tío Gon—. ¿Estás decidida a matarte? —Entonces se sumergió con un gorgoteo.

Osugi corría adelante y atrás a lo largo de la orilla. Cuando vio que los dos se hundían, sus gritos se convirtieron en estridentes llamadas de auxilio.

Agitando las manos, corriendo, tropezando, ordenó a los hombres que estaban en la playa que corrieran a rescatarlos, como si ellos hubieran tenido la culpa del accidente.

—¡Salvadlos, idiotas! ¡Daos prisa o se ahogarán!

Poco después, unos pescadores sacaron los cuerpos y los tendieron sobre la arena.

—¿Un suicidio por amor? —preguntó uno de ellos.

—¿Estás de broma? —dijo otro, riéndose.

El tío Gon había agarrado el obi de la muchacha y aún lo sujetaba, pero ninguno de los dos respiraba. La chica tenía un extraño aspecto, pues aunque su cabello era un conjunto de greñas enmarañadas, los polvos y el rojo de labios no habían desaparecido y le hacían parecer viva. A pesar de que sus dientes mordían el labio inferior, la boca violácea parecía reír.

—La he visto antes en alguna parte —dijo alguien.

—¿No es la muchacha que buscaba conchas en la playa hace poco?

—¡Sí, es cierto! Se alojaba en aquella posada.

Desde la dirección de la posada, cuatro o cinco hombres ya se estaban acercando, entre ellos Seijūrō, el cual, jadeante, se abrió paso entre la multitud.

—¡Akemi! —exclamó. Se puso muy pálido, pero permaneció completamente inmóvil.

—¿Es amiga tuya? —le preguntó uno de los pescadores.

—Ss... sí.

—¡Será mejor que intentes sacarle el agua de dentro en seguida!

—¿Podemos salvarla?

—¡No si te quedas ahí pasmado!

Los pescadores abrieron la mano del tío Gon que aferraba a la muchacha, colocaron los cuerpos uno al lado del otro y empezaron a darles golpes en la espalda y presionarles el abdomen. Akemi volvió a respirar con bastante rapidez, y Seijūrō, deseoso de evitar las miradas de la gente, pidió a los hombres de la posada que se la llevaran.

—¡Tío Gon! ¡Tío Gon!

Osugi había aplicado la boca al oído del viejo y le llamaba entre sollozos. Akemi había vuelto a la vida porque era joven, pero el tío Gon... no sólo era viejo, sino que llevaba dentro una buena cantidad de sake cuando fue a rescatar a la joven. Su respiración se había detenido para siempre. Por mucho que Osugi le instara a hacerlo, no volvería a abrir los ojos.

Los pescadores cesaron en sus esfuerzos.

—El viejo se ha ido —dijeron.

Osugi dejó de llorar el tiempo suficiente para volverse hacia ellos como si fueran enemigos más que personas que intentaban ayudar.

—¿Qué queréis decir? ¿Por qué ha de morir cuando esa chica se ha salvado? —Por su actitud parecía como si estuviera a punto de atacarles físicamente. Los empujó a un lado y dijo con firmeza—: ¡Yo misma le haré volver a la vida! Os lo demostraré.

Empezó a actuar sobre el tío Gon, poniendo en práctica todos los métodos que se le ocurrieron. Su determinación hizo que asomaran las lágrimas en los ojos de los espectadores, algunos de los cuales se quedaron para echarle una mano. Pero ella, lejos de apreciar su ayuda, les daba órdenes como si hubiera contratado sus servicios, quejándose de que no presionaban adecuadamente, diciéndoles que su sistema no podía tener efecto alguno, ordenándoles que encendieran fuego, enviándoles a buscar medicinas. Y todo lo hacía con la mayor rudeza que quepa imaginar.

Para los hombres de la playa no era ni familiar ni amiga, sino sólo una desconocida, y finalmente incluso los más comprensivos se enojaron.

—¿Quién es esta vieja bruja, a fin de cuentas? —rezongó uno.

—Fijaos, no distingue la diferencia entre una persona inconsciente y otra muerta. Si puede devolverle la vida, que lo haga.

No pasó mucho tiempo antes de que Osugi se encontrara a solas con el cadáver. En la creciente oscuridad, la niebla se alzaba del mar, y todo lo que quedaba del día era una franja de nubes anaranjadas cerca del horizonte. La anciana encendió una fogata, se sentó al lado y acercó a ella el cuerpo del fallecido.

—Tío Gon. ¡Oh, tío Gon! —gimió.

Las olas se oscurecieron. Intentó una y otra vez devolver el calor al cuerpo inerte.

Por su expresión parecía como si esperase que de un momento a otro abriera la boca y le hablara. Mascó píldoras del pequeño botiquín que llevaba en el obi y las puso en la boca del muerto. Le cogió en sus brazos y lo meció.

—¡Abre los ojos, tío Gon! —le suplicó—. ¡Di algo! No puedes irte y dejarme sola. Todavía no hemos matado a Musashi ni castigado a esa descarada de Otsū.

Dentro de la posada, Akemi yacía en un sueño inquieto. Cuando Seijūrō intentó acomodarle la febril cabeza en la almohada, la muchacha musitó en su delirio. Permaneció sentado a su lado durante un rato, completamente inmóvil, su cara más pálida que la de ella. Mientras observaba el sufrimiento que él había causado, también padecía.

Era él quien, impulsado por una fuerza animal, había atacado a la muchacha y satisfecho su lujuria. Ahora permanecía seria y rígidamente a su lado, preocupado por su pulso y su respiración, rogando para que la vida que la había abandonado un momento retornara a la normalidad. En el breve espacio de un día había sido una bestia y un hombre compasivo. Pero a Seijūrō, que tendía a los extremos, su conducta no le parecía incongruente.

La tristeza anidaba en sus ojos y la expresión de su boca era humilde. Mirando a la muchacha, murmuró:

—Procura calmarte, Akemi. No soy sólo yo, la mayoría de los demás hombres son también así... Pronto lo comprenderás, aunque debe de haberte asustado la violencia de mi amor.

Habría sido difícil determinar si dirigía realmente estas palabras a la muchacha o si quería tranquilizar a su propia conciencia, pero expresó el mismo sentimiento una y otra vez.

La penumbra de la habitación era como tinta. La puerta corredera de papel ahogaba los sonidos del viento y las olas.

Akemi se movió y sus blancos brazos se deslizaron fuera del edredón. Cuando Seijūrō intentó abrigarla de nuevo, ella musitó:

—¿Cu... cuál es la fecha?

—¿Qué?

—¿Cuántos..., cuántos días faltan... hasta Año Nuevo?

—Sólo faltan siete días. Por entonces estarás bien y de regreso en Kyoto. —Acercó su cara a la de ella, pero la muchacha le apartó con la palma de la mano.

—¡Quieto! ¡Vete! No me gustas.

Él retrocedió, pero Akemi siguió insultándole sin poder contenerse.

—¡Imbécil! ¡Bestia!

Seijūrō permaneció en silencio.

Eres una bestia. No..., no quiero mirarte.

—¡Perdóname, Akemi, por favor!

—¡Vete! No me hables. —Agitó la mano nerviosamente en la oscuridad.

Seijūrō tragó saliva, entristecido, pero continuó mirándola.

—¿Qué..., qué día es?

Esta vez él no le respondió.

—¿Aún no es Año Nuevo?... Entre Año Nuevo y el séptimo..., cada día... dijo que estaría en el puente... El mensaje de Musashi..., cada día..., el puente de la avenida Gojō... Falta tanto hasta Año Nuevo... Debo volver a Kyoto... Si voy al puente, él estará allí.

—¿Musashi? —dijo Seijūrō, asombrado.

La delirante muchacha guardaba silencio.

—¿Ese Musashi..., Miyamoto Musashi?

Seijūrō le escrutó el rostro, pero Akemi no dijo nada más. Tenía cerrados los párpados azules, estaba profundamente dormida.

La pinaza seca golpeaba el papel de la puerta corredera. Relinchó un caballo. Apareció una luz al otro lado del tabique y una voz femenina dijo:

—El Joven Maestro está ahí dentro.

Seijūrō fue apresuradamente a la habitación contigua, cerrando cuidadosamente la puerta tras él.

—¿Quién es? —preguntó—. Estoy aquí.

—Ueda Ryōhei —respondió el recién llegado. Vestido con indumentaria de viaje completa y cubierto de polvo, Ryōhei entró y tomó asiento.

Mientras intercambiaban saludos, Seijūrō se preguntó qué podría traerle allí. Puesto que Ryōhei, al igual que Tōji, era uno de los estudiantes veteranos y hacía falta en la escuela, Seijūrō nunca le habría traído consigo en una excursión improvisada.

—¿Por qué has venido? —le preguntó Seijūrō—. ¿Ha ocurrido algo en mi ausencia?

—Sí, y debo pedirte que regreses de inmediato.

—¿De qué se trata?

Mientras Ryōhei introducía ambas manos en su kimono y palpaba, oyó la voz de Akemi procedente de la habitación contigua.

—¡No me gustas!... ¡Bestia!... ¡Vete! —Las palabras, claramente pronunciadas, estaban llenas de temor. Cualquiera habría pensado que estaba despierta y en verdadero peligro.

—¿Quién es? —inquirió Ryōhei, sorprendido.

—Ah, es Akemi. Se puso enferma poco después de llegar aquí. Tiene fiebre y de vez en cuando delira un poco.

—¿Akemi ha dicho eso?

—Sí, pero no importa. Quiero saber por qué has venido.

De la envuelta que llevaba alrededor del vientre, bajo el kimono, Ryōhei extrajo finalmente una carta y la entregó a Seijūrō.

—Es esto —dijo sin más explicaciones, y movió la lámpara que había dejado la sirvienta, colocándola al lado de Seijūrō.

—Humm. Es de Miyamoto Musashi.

—¡Sí! —exclamó Ryōhei.

—¿La has abierto?

—Sí. Hablé con los demás y decidimos que podría ser importante, de modo que la abrimos y leímos.

En vez de ver por sí mismo qué decía la carta, Seijūrō, con cierta vacilación, preguntó:

—¿Qué dice?

Aunque nadie se había atrevido a mencionárselo, Musashi había permanecido en el fondo de la mente de Seijūrō. Aun así, casi se había convencido a sí mismo de que nunca volvería a tropezar con aquel hombre. La súbita llegada de la carta poco después de que Akemi hubiese pronunciado el nombre de Musashi le causó escalofríos en la espina dorsal.

Ryōhei se mordió el labio, encolerizado.

—Por fin ha ocurrido. La primavera pasada, cuando se marchó después de jactarse tanto, yo estaba seguro de que nunca volvería a poner los pies en Kyoto, pero... ¡imagínate qué presunción! ¡Mira, echa un vistazo! Es un desafío, y tiene el descaro de dirigirlo a toda la casa de Yoshioka y firmarlo solamente con su nombre. ¡Cree que puede retarnos a todos!

Musashi no indicaba ninguna dirección, ni había en la carta indicación alguna de su paradero, pero no había olvidado la promesa que envió por escrito a Seijūrō y sus discípulos, y con aquella segunda carta la suerte estaba echada. Declaraba la guerra a la casa de Yoshioka. Sería necesario librar la batalla, y sería una lucha hasta el final..., una lucha a muerte de samurais empeñados en preservar su honor y reivindicar su destreza con la espada. Musashi ponía en juego su vida y desafiaba a la escuela Yoshioka a que hiciera lo mismo. Cuando llegara el momento, las palabras y las inteligentes estratagemas técnicas contarían poco.

El hecho de que Seijūrō todavía no lo comprendiera así era la mayor fuente de peligro para él. No veía que el día de ajustar cuentas estaba cerca y que no era momento de desperdiciar el tiempo en vanos placeres.

Cuando la carta llegó a Kyoto, algunos de los discípulos más leales, disgustados por la vida indisciplinada que llevaba el Joven Maestro, rezongaron airados por su ausencia en un momento tan crucial. Fuera de quicio por el insulto de aquel rōnin solitario, lamentaron que Kempō ya no viviera. Tras una acalorada discusión, accedieron a informar a Seijūrō de la situación y hacerle regresar a Kyoto de

inmediato. No obstante, ahora que la carta le había sido entregada, Seijūrō se limitó a colocarla sobre sus rodillas sin hacer ademán de abrirla.

Con evidente irritación, Ryōhei le preguntó:

—¿No crees que deberías leerla?

—¿Qué? —dijo Seijūrō distraídamente—. Ah, ¿esto?

Desenrolló la carta y la leyó. Los dedos empezaron a temblarle de una manera incontenible, con una inestabilidad causada no por el fuerte lenguaje y tono del desafío de Musashi, sino por su propia sensación de debilidad y vulnerabilidad. Las ásperas palabras de rechazo de Akemi ya habían acabado con su compostura y desbaratado su orgullo de samurai. Jamás se había sentido tan impotente.

El mensaje de Musashi era sencillo y directo:

«¿Has gozado de buena salud desde mi carta anterior? De acuerdo con la promesa que te hice, te escribo para preguntarte dónde, en qué fecha y a qué hora nos encontraremos. No tengo ninguna preferencia en particular y estoy dispuesto a realizar nuestro encuentro prometido en el momento y el lugar que tú digas. Te solicito que pongas un cartel junto al puente de la avenida Gojō, dándome tu respuesta en algún momento antes del séptimo día del nuevo año».

«Confío en que hayas practicado tu habilidad con la espada como de costumbre. Yo mismo creo haber mejorado un poco».

Shimmen Miyamoto Musashi

Seijūrō se guardó la carta en el interior del kimono y se levantó.

—Ahora mismo regreso a Kyoto —dijo.

Lo dijo no tanto por haber tomado una firme resolución como porque sus emociones estaban tan enmarañadas que no podía permanecer donde estaba un instante más. Tenía que alejarse y dejar aquella jornada atroz detrás de él lo antes posible.

Con mucho alboroto, llamaron al posadero y le pidieron que cuidara de Akemi, tarea que el nombre aceptó con renuencia a pesar del dinero que le dio Seijūrō.

—Usaré tu caballo —dijo tajantemente a Ryōhei.

Como un bandido en huida, saltó a la silla y emprendió un rápido galope entre las oscuras hileras de árboles, dejando que Ryōhei le siguiese a la carrera.

El Palo de Secar

—¿Un tipo con un mono? Sí, pasó por aquí hace un rato.

—¿Te fijaste en la dirección que seguía?

—Por ahí, hacia el puente Nōjin, pero no lo cruzó... Al parecer se dirigía a la tienda del forjador de espadas que hay ahí abajo.

Tras conferenciar brevemente, los estudiantes de la escuela Yoshioka se marcharon a toda prisa, dejando a su informante perplejo, preguntándose a qué venía tanto alboroto.

Aunque había pasado la hora de cierre de las tiendas a lo largo del Foso Oriental, el establecimiento del forjador de espadas estaba todavía abierto. Uno de los hombres entró, consultó al aprendiz y salió gritando:

—¡Temma! ¡Se ha dirigido a Temma!

Los estudiantes emprendieron de nuevo su apresurado camino.

El aprendiz había dicho que cuando estaba a punto de echar los postigos, un samurai con un largo mechón de pelo sobre la frente había dejado un mono cerca de la puerta de entrada, se había sentado en un taburete y solicitado ver al dueño. El aprendiz le dijo que el dueño estaba ausente, y el samurai le explicó que deseaba afilar su espada, pero que ésta era demasiado valiosa para confiarle el trabajo a otro que no fuese el maestro forjador en persona. También había insistido en ver muestras del trabajo del forjador.

El aprendiz le mostró cortésmente algunas hojas, pero el samurai, tras examinarlas, no reveló más que disgusto.

—Parece que lo único que trabajáis aquí son armas ordinarias —le dijo secamente —. Creo que no voy a darte la mía. Es demasiado buena, obra de un maestro Bizen. Se llama Palo de Secar. Como puedes ver, es perfecta. —Entonces la desenvainó para enseñársela, con evidente orgullo.

El aprendiz, divertido por la jactancia del joven, musitó que los únicos rasgos destacables de la espada parecían ser su longitud y la derechura de la hoja. El samurai, aparentemente ofendido, se levantó bruscamente y le preguntó la dirección del embarcadero para tomar el transbordador entre Temma y Kyoto.

—Haré arreglar mi espada en Kyoto —dijo en tono desabrido—. Todos los forjadores de Osaka que he visitado parecen ocuparse tan sólo de fruslerías para soldados de a pie ordinarios. Perdona por la molestia. —Tras decir estas frías palabras, se marchó.

El relato del aprendiz les enfureció todavía más, como una nueva evidencia de lo que ya consideraban el excesivo engreimiento del joven. Estaba claro que cortarle la coleta a Gion Tōji había redundado en un considerable aumento de las ínfulas de aquel fanfarrón.

—¡No hay duda de que ése es nuestro hombre!

—Ya le tenemos. No tardará en caer en nuestras manos.

Los hombres prosiguieron su persecución, sin detenerse una sola vez a descansar, ni siquiera cuando el sol empezó a ponerse. Cuando se aproximaban al muelle de Temma, alguien exclamó:

—¡Lo hemos perdido!

Se refería al último barco del día.

—Eso es imposible.

—¿Por qué crees que lo hemos perdido? —preguntó otro.

—¿No os dais cuenta? Mirad allá abajo —dijo el primer hombre, señalando al muelle—. Las casas de té están apilando sus taburetes. El barco ya debe de haber zarpado.

Por un momento todos se quedaron completamente inmóviles, perdido su impulso. Luego, al preguntar, descubrieron que, en efecto, el samurai había subido a bordo del último barco. También se enteraron de que éste acababa de zarpar y permanecería algún tiempo atracado en su próxima parada, Toyosaki. Los barcos que iban río arriba, hacia Kyoto, eran lentos. Disponían de mucho tiempo para abordarlo en Toyosaki sin apresurarse siquiera.

Una vez informados, tomaron té, tortas de arroz y dulces baratos sin apresurarse, antes de ponerse en marcha a paso vivo por el camino a lo largo de la orilla. El río parecía una serpiente de plata que se contorsionaba a lo lejos. Los ríos Nakatsu y Temma se unían para formar el Yodo y cerca de esta bifurcación una luz titilaba en medio de la corriente.

—¡Es el barco! —gritó uno de los hombres.

Los siete se animaron y pronto olvidaron por completo el frío cortante. En los campos pelados al lado del camino, juncos secos cubiertos de escarcha destellaban como finas espadas de acero. El viento parecía cargado de hielo.

A medida que se iba reduciendo la distancia entre ellos y la luz flotante, pudieron ver el barco con toda nitidez. Pronto uno de los hombres, sin pensarlo dos veces, gritó:

—¡Eh, vosotros! ¡Navegad más despacio!

—¿Por qué? —replicó alguien desde el barco.

Irritados por haber llamado así la atención, sus compañeros reprendieron al bocazas. De todos modos, el barco se detendría en el siguiente embarcadero. Era una pura estupidez advertir de su presencia por anticipado. Sin embargo, ya que lo habían hecho, convinieron en que lo mejor sería que exigieran de inmediato la entrega del pasajero.

—Se trata de un solo hombre, y si no le desafiamos en seguida, puede que entre en sospechas, salte por la borda y huya.

Manteniéndose a la altura del barco, gritaron de nuevo a los que viajaban a bordo. Una voz autoritaria, sin duda la del capitán, exigió saber qué querían.

—¡Trae el barco a la orilla!

—¿Qué? ¿Estás loco? —Una risa estridente acompañó a estas palabras.

—¡Atraca aquí!

—¡Ni lo sueñes!

—Entonces te esperaremos en el próximo embarcadero. Tenemos un asunto que resolver con un joven que viaja a bordo en compañía de un mono. Dile que si tiene sentido del honor se dé a conocer. Y si le dejas escapar, os traeremos a todos vosotros a la orilla.

—¡No les respondas, capitán! —suplicó un pasajero.

—Digan lo que digan, no les hagas caso —aconsejó otro—. Sigamos hacia Moriguchi. Allí hay guardias.

La mayoría de los pasajeros estaban apretados unos contra otros, atemorizados, y hablaban en tonos bajos. El que había hablado poco antes con tanta confianza, ahora permanecía mudo. Para él, como para los demás, la seguridad dependía de que mantuvieran una distancia adecuada entre el barco y la orilla del río.

Los siete hombres, arremangados y con las manos en sus espadas, no perdían a la embarcación de vista. Uno de ellos se detuvo y escuchó, esperando al parecer una respuesta a su desafío, pero no oyó nada.

—¿Estáis sordos? —gritó uno de ellos—. ¡Os hemos pedido que le digáis a ese joven fanfarrón que se acerque a la borda!

—¿Te refieres a mí? —gritó una voz desde el barco.

—¡Está ahí, en efecto, y tan descarado como siempre!

Mientras los hombres en tierra señalaban el barco, el murmullo de los pasajeros se volvía frenético, como si temieran que de un momento a otro sus perseguidores saltaran a la cubierta.

El joven de la larga espada permanecía apoyado en la borda, sus dientes brillantes como perlas a la luz de la luna.

—No hay nadie más a bordo que tenga un mono, por lo que supongo que me buscáis a mí. ¿Quiénes sois, acaso saqueadores sin suerte? ¿O tal vez un grupo de actores hambrientos?

—Todavía no sabes con quiénes estás hablando, ¿no es cierto, hombre del mono? ¡Ten cuidado con lo que dices cuando te dirijas a hombres de la casa de Yoshioka!

El griterío fue en aumento, y el barco se aproximó al dique de Kema, que tenía postes de amarraje y un cobertizo. Los siete hombres corrieron a bloquear el embarcadero, pero apenas habían llegado a él cuando el barco se detuvo en medio del río y empezó a trazar círculos.

Los hombres de Yoshioka se enfurecieron.

—¿Qué diantres estáis haciendo?

—¡No podéis estar ahí eternamente!

—¡Venid o iremos a por vosotros!

Las amenazas continuaron hasta que la proa del barco empezó a moverse hacia la orilla. Una voz rugió a través del frío aire:

—¡Callad, idiotas! ¡Allá vamos! ¡Será mejor que os dispongáis a defenderos!

A pesar de las súplicas de los demás pasajeros, el joven había arrebatado el palo del barquero y dirigía el transbordador a la orilla. Los siete samurais se situaron de inmediato en el lugar donde la proa de la embarcación tocaría la orilla, y observaron la figura del hombre que la impulsaba, cada vez más grande a medida que se les aproximaba, pero, de improviso, la velocidad de la nave aumentó y el joven estuvo ante ellos antes de que se dieran cuenta. Cuando el casco rozó el fondo, retrocedieron, y un objeto redondeado y oscuro se deslizó entre los juncos y se aferró al cuello de un hombre. Antes de comprender que sólo se trataba del mono, todos habían desenvainado instintivamente sus espadas y se pusieron a cortar el aire a su alrededor. Para disimular su azoramiento, se gritaban órdenes impacientes unos a otros.

Los pasajeros, confiando en mantenerse al margen de la pelea, se acurrucaron en un ángulo del barco. La confusión entre los siete hombres de la orilla era alentadora, aunque algo desconcertante, pero nadie se atrevía a hablar todavía. Entonces, en un instante, todas las cabezas se volvieron hacia el improvisado piloto del barco, el cual introdujo el largo palo en el lecho del río e, impulsándose con él, saltó con más ligereza que el mono por encima de los juncos hasta la orilla.

Esto causó una confusión todavía mayor, y, sin detenerse para reagruparse, los hombres de Yoshioka corrieron hacia su enemigo en una sola fila, lo cual no podría haber puesto al joven en mejor posición para defenderse.

El primer hombre ya había avanzado demasiado para poder retroceder cuando se dio cuenta de la estupidez de su acción. En aquel momento todas las habilidades marciales que había aprendido le abandonaron. Lo único que pudo hacer fue enseñar los dientes y agitar erráticamente la espada delante de él.

El apuesto joven, consciente de su ventaja psicológica, pareció aumentar de estatura. Tenía la mano derecha a la espalda, en la empuñadura de su espada, y el codo sobresaliente por encima del hombro.

—De modo que sois de la escuela Yoshioka, ¿eh? Eso está muy bien. Tengo la sensación de que ya os conozco. Uno de vuestros hombres tuvo la amabilidad de permitirme que le cortara la coleta, pero parece ser que eso no os ha bastado. ¿Habéis venido todos a por un corte de pelo? Si es así, os satisfaré con mucho gusto. De todos modos, pronto voy a afilar esta espada, así que no me importa darle trabajo.

En cuanto terminó de pronunciar estas palabras, el Palo Secador cortó primero el aire y luego el cuerpo encogido del espadachín más próximo.

La visión de su camarada derribado con tanta facilidad paralizó sus cerebros. Uno tras otro retrocedieron y, al hacerlo, chocaron entre ellos como otras bolas en colisión. Aprovechando su evidente desorganización, el atacante descargó su espada de costado contra el siguiente hombre, dándole un golpe tan fuerte que le hizo caer lanzando un grito en los juncos.

El joven miró furibundo a los cinco restantes, los cuales entretanto se habían dispuesto a su alrededor como los pétalos de una flor. Diciéndose unos a otros que ahora su táctica era infalible, recobraron la confianza hasta el punto de mofarse una vez más del joven, pero esta vez sus palabras tenían un dejo trémulo y hueco.

Finalmente, lanzando un sonoro grito de batalla, uno de los hombres dio un salto adelante y descargó su espada. Estaba seguro de que había alcanzado a su contrario, pero en realidad la punta de la espada había pasado a dos pies de su blanco y completado su arco con un estrepitoso choque contra una roca. El hombre cayó adelante, quedando totalmente expuesto.

En vez de acabar con una presa tan fácil, el joven dio un salto lateral y atacó al siguiente hombre. Mientras el grito agónico todavía vibraba en el aire, los otros tres pusieron pies en polvorosa.

Con una expresión sanguinaria, el joven permaneció en pie sujetando su espada con ambas manos.

—¡Cobardes! —les gritó—. ¡Volved y luchad! ¿Es éste el estilo Yoshioka del que tanto os jactáis? ¿Desafiar a una persona y luego echar a correr? No me extraña que la casa de Yoshioka se haya convertido en el hazmerreír de todo el mundo.

Para cualquier samurai con amor propio, tales insultos eran peores que recibir escupitajos, pero los que habían sido perseguidores del joven estaban demasiado ocupados corriendo para que eso les preocupara.

En aquel momento llegó, desde las proximidades del dique, el sonido de los cascabeles de un caballo. El río y la escarcha en los campos reflejaban la luz suficiente para que el joven distinguiera a un hombre a caballo y otro que corría a pie tras él. Aunque exhalaban vapor por las fosas nasales, parecían ajenos al frío mientras avanzaban. Los tres samurais que huían casi chocaron con el caballo cuando el jinete tiró brutalmente de las riendas.

Al reconocer a los tres hombres, Seijūrō frunció el ceño.

—¿Qué estáis haciendo aquí? —les gritó—. ¿Adonde vais con tanta prisa?

—¡Es..., es el Joven Maestro! —balbuceó uno de ellos.

Ueda Ryōhei apareció por detrás del caballo y la emprendió con ellos.

—¿Qué significa esto? ¡Deberíais estar escoltando al Joven Maestro, pandilla de idiotas! Supongo que estabais demasiado ocupados interviniendo en otra pelea de borrachos.

Los tres hombres, desconcertados pero justamente indignados, contaron cómo,

lejos de haber hecho lo que decía Ueda, habían defendido el honor de la escuela Yoshioka y de su maestro, y cómo habían sufrido un percance causado por un samurai joven pero demoníaco.

—¡Mira! —exclamó uno de ellos—. Por ahí viene.

Observaron aterrados al enemigo que se aproximaba.

—¡Calmaos! —les ordenó Ryōhei con disgusto—. Habláis demasiado. Buenos sois vosotros para proteger el honor de la escuela. Jamás podremos borrar esa actuación. ¡Haceos a un lado! Yo mismo me ocuparé de él. —Adoptó una postura de desafío y esperó.

El joven corrió hacia ellos.

—¡Vamos, luchad! —gritaba—. ¿Es la huida la versión Yoshioka del arte de la guerra? Personalmente no deseo mataros, pero mi Palo de Secar está todavía sediento. Lo menos que podéis hacer, cobardes, es dejar vuestras cabezas atrás.

Corría a lo largo del dique con grandes y confiadas zancadas, y parecía como si fuese a saltar por encima de la cabeza de Ryōhei, el cual se escupió en las manos y aferró de nuevo su espada con resolución.

En el momento en que el joven pasó raudo por su lado, Ryōhei lanzó un grito penetrante, alzó la espada por encima del manto dorado del joven, la descargó con todas sus fuerzas y falló.

Deteniéndose al instante, el joven giró sobre sus talones y gritó:

—¿Qué es esto? ¿Uno nuevo?

Mientras Ryōhei se tambaleaba hacia adelante con el impulso de su golpe, el joven le atacó con virulencia. En toda su vida Ryōhei no había visto jamás un golpe tan potente, y aunque logró esquivarlo por los pelos, se precipitó de cabeza a un arrozal. Por suerte el dique era bastante bajo y el campo estaba helado, pero al caer perdió su arma así como su confianza.

Cuando se incorporó, vio que el joven se movía con la fuerza y la velocidad de un tigre enfurecido. Tras diseminar a los tres discípulos con un tajo de su espada, se dirigió hacia Seijūrō.

Seijūrō aún no había sentido temor alguno. Había creído que todo habría terminado antes de que él personalmente resultara implicado. Pero ahora el peligro se abalanzaba directamente contra él, en forma de espada rapaz.

Impulsado por una inspiración súbita, Seijūrō gritó:

—¡Espera, Ganryū! ¡Espera!

Sacó un pie del estribo, lo puso sobre la silla de montar y se incorporó. Cuando el caballo saltó adelante por encima de la cabeza del joven, Seijūrō voló hacia atrás y aterrizó de pie a tres pasos de distancia.

—¡Qué hazaña! —exclamó el joven con verdadera admiración mientras se aproximaba a Seijūrō—. ¡Aunque seas mi enemigo, debo reconocer que eso ha sido

realmente magnífico! Sin duda eres Seijūrō en persona. ¡En guardia!

La hoja de la larga espada se convirtió en la encarnación del espíritu de lucha del joven. Se aproximó más a Seijūrō, pero éste, a pesar de sus defectos, era hijo de Kempō y capaz de enfrentarse al peligro con calma.

Dirigiéndose sosegadamente al joven, le dijo:

—Eres Sasaki Kojirō de Iwakuni, no me cabe duda. Y es cierto, como has supuesto, que soy Yoshioka Seijūrō. Sin embargo, no deseo pelear contigo. Si es realmente necesario, podemos batirnos en otra ocasión. Por ahora sólo quisiera enterarme de cómo ha ocurrido todo esto. Envaina tu espada.

Cuando Seijūrō le llamó Ganryū, el joven pareció no oírle. Sin embargo, al oír que el otro se dirigía a él llamándole Sasaki Kojirō , se sobresaltó.

—¿Cómo has sabido quién soy?

Seijūrō se dio una palmada en el muslo.

—¡Lo sabía! ¡Era sólo una conjetura, pero estaba en lo cierto! —Entonces se adelantó y le dijo—: Es un placer conocerte. He oído hablar mucho de ti.

—¿Quién te ha hablado de mí? —quiso saber Kojirō .

—Tu superior, Itō Yagorō.

—Ah, ¿eres amigo suyo?

—Sí. Hasta el pasado otoño, tenía una ermita en la colina Kagura de Shirakawa y solía visitarle allí. También vino varias veces a mi casa.

Kojirō sonrió.

—Vaya, entonces no es como si nos conociéramos por primera vez, ¿verdad?

—No. Ittōsai te mencionaba con frecuencia. Decía que había un hombre de Iwakuni que había aprendido el estilo de Toda Seigen y luego estudiado con Kanemaki Jisai. Me dijo que ese Sasaki era el hombre más joven de la escuela de Jisai, pero que un día sería el único espadachín capaz de desafiar a Ittōsai.

—Sigo sin ver cómo has sabido tan rápidamente que era yo.

—Bueno, eres joven y encajas en la descripción. Al verte blandir esa larga espada he recordado que también te llamaban Ganryū, «el sauce en la orilla del río». Tuve la corazonada de que eras ese hombre, y acerté.

—Esto es sorprendente, de veras.

Mientras Kojirō se reía encantado, su mirada se posó en la hoja ensangrentada de su espada, la cual le recordó que había habido una lucha, y se preguntó cómo arreglarían las cosas. Sin embargo, él y Seijūrō congeniaron tan bien que pronto llegaron a un entendimiento, y al cabo de unos minutos caminaban a lo largo del dique hombro contra hombro, como viejos amigos. Detrás de ellos estaban Ryōhei y los tres abatidos discípulos. El pequeño grupo se encaminó hacia Kyoto.

—Desde el principio —decía Kojirō— no entendí a qué venía esa lucha. No tenía nada contra ellos.

Seijūrō pensaba en la reciente conducta de Gion Tōji.

—Estoy disgustado con Tōji —dijo—. Cuando regrese, le pediré cuentas. Por favor, no creas que te guardo rencor. Simplemente, me mortifica descubrir que los hombres de mi escuela no están mejor disciplinados.

—Bien, puedes ver qué clase de hombre soy —replicó Kojirō—. Me jacto demasiado y siempre estoy dispuesto a batirme con cualquiera. La verdad es que deberías concederles cierto mérito por haber tratado de defender el buen nombre de tu escuela. Es lamentable que no sean mejores luchadores, pero por lo menos lo han intentado. Me siento un poco apenado por ellos.

—Yo soy el culpable —dijo Seijūrō sin ambages. La expresión de su semblante era de auténtico dolor.

—Olvidemos todo el asunto.

—Nada me satisfará más.

Al ver lo bien que se llevaban los dos, los otros se sintieron aliviados. ¿Quién habría pensado que aquel muchacho corpulento y apuesto era el gran Sasaki Kojirō , cuyas alabanzas había cantado Ittōsai? («El prodigio de Iwakuni», le había llamado.) No era de extrañar que Tōji, en su ignorancia, hubiera tenido la tentación de mofarse de él, como tampoco era de extrañar que hubiera acabado pareciendo ridículo.

Ryōhei y los otros tres se estremecían al pensar lo cerca que habían estado de ser abatidos por el Palo de Secar. Ahora que habían abierto los ojos, la visión de los anchos hombros y la robusta espalda de Kojirō les hacía preguntarse cómo podían haber sido tan estúpidos de subestimarle en primer lugar.

Al cabo de un rato regresaron al embarcadero. Los cadáveres ya estaban helados, y los tres hombres recibieron el encargo de enterrarlos, mientras Ryōhei iba en busca del caballo. Kojirō fue de un lado a otro, llamando a su mono a silbidos, y el animal apareció de repente como salido de la nada y saltó sobre el hombro de su amo. Seijūrō no sólo instó a Kojirō a que fuese a la escuela de la avenida Shijō y se quedara allí algún tiempo, sino que incluso le ofreció su caballo, que Kojirō rechazó.

—Eso no estaría bien —le dijo, con una deferencia desacostumbrada—. No soy más que un joven rōnin y tú el maestro de una gran escuela, el hijo de un hombre distinguido, el dirigente de centenares de seguidores. —Cogiendo la brida, siguió diciendo—: Monta tú, por favor. Yo sujetaré esto. Es más fácil caminar de esta manera. Si realmente puedo acompañarte, acepto tu ofrecimiento de quedarme algún tiempo contigo en Kyoto.

Con idéntica cordialidad, Seijūrō replicó:

—Muy bien, entonces cabalgaré ahora, y cuando estés cansado podemos cambiar de lugar.

Enfrentado a la perspectiva cierta de tener que luchar con Miyamoto Musashi a principios del nuevo año, Seijūrō reflexionaba en que no era mala idea que estuviera

a su lado un espadachín como Sasaki Kojirō.

La montaña Águila

En las décadas de 1550 y 1560, los maestros de esgrima más famosos de Japón oriental eran Tsukahara Bokuden y el señor Kōizumi de Ise, cuyos rivales en Honshu central eran Yoshioka Kempō de Kyoto y Yagyū Muneyoshi de Yamato. Estaba, además, el señor Kitabatake Tomonori de Kuwana, que fue maestro de las artes marciales y un gobernador sobresaliente. Mucho después de su muerte, las gentes de Kuwana hablaban de él con afecto, pues para ellos simbolizaba la esencia del buen gobierno y la prosperidad.

Cuando Kitabatake estudiaba con Bokuden, éste le transmitió su Arte Supremo de la Esgrima: el más secreto de sus métodos secretos. El hijo de Bokuden, Tsukahara Hikoshirō, heredó el nombre y las propiedades de su padre, pero no recibió el legado de su tesoro secreto. Por este motivo el estilo Bokuden no se extendió por el este, donde actuaba Hikoshirō, sino en la región de Kuwana, donde gobernaba Kitabatake.

Cuenta la leyenda que a la muerte de Bokuden, Hikoshirō fue a Kuwana e intentó engañar a Kitabatake para que le revelara el método secreto. Parece ser que le dijo: «Mi padre me lo enseñó hace mucho tiempo, y tengo entendido que también te lo enseñó a ti. Pero últimamente me pregunto si lo que nos enseñó a cada uno de nosotros es en verdad lo mismo. Puesto que los secretos fundamentales del Camino nos interesan mutuamente, creo que deberíamos comparar lo que aprendimos, ¿no te parece?».

Aunque Kitabatake comprendió en seguida que Bokuden no se proponía nada bueno, accedió a efectuar una demostración, pero de lo que Hikoshirō se enteró entonces fue sólo de la forma externa del Arte Supremo de la Esgrima, no de su secreto más profundo. El resultado fue que Kitabatake siguió siendo el único maestro del verdadero estilo Bokuden, para aprender el cual los estudiantes tenían que ir a Kuwana. En el este, Hikoshirō transmitió como auténtico el espurio cascarón hueco de la habilidad de su padre: su forma sin el corazón.

En cualquier caso, eso era lo que se contaba a todo viajero que pusiera pie en la región de Kuwana. Como relato no era malo y, puesto que se basaba en hechos, era más plausible y no tan intrascendente como la mayor parte de la miríada de cuentos folclóricos locales con los que se pretendía reafirmar el carácter único de sus amadas ciudades y provincias.

Cuando Musashi bajaba por la montaña Tarusaka, en dirección a la ciudad fortificada de Kuwana, escuchó el relato de la leyenda de labios de su caballerizo. Asintió y dijo cortésmente: «¿De veras? Qué interesante». Era a mediados del último mes del año, y aunque el clima de Ise es relativamente cálido, el viento que soplaba en el puerto de montaña desde la ensenada de Nako era frío y cortante.

Llevaba tan sólo un delgado kimono, una prenda interior de algodón y un manto

sin mangas, indumentaria demasiado ligera desde todos los puntos de vista y, además, notoriamente sucia. Su cara no estaba tanto bronceada como ennegrecida por el sol. Sobre la cabeza castigada por la intemperie, su sombrero de juncos desgastado y raído parecía absurdamente superfluo. Si lo hubiese abandonado a lo largo del camino, nadie se habría molestado en recogerlo. Su cabello, que no había sido lavado desde hacía muchos días, estaba recogido detrás de la cabeza, pero aún así parecía un nido de pájaros. Y lo que había estado haciendo en los últimos seis meses, fuera lo que fuese, había dado a su piel el aspecto de cuero bien curtido. Sus ojos tenían un brillo perlino, engastados en el rostro negro como el carbón.

El caballerizo se había preocupado desde que aceptó a aquel jinete desaliñado. Dudaba de que llegara a recibir su paga, y estaba seguro de que no vería la tarifa de regreso desde su destino en las profundidades de las montañas.

—Señor —dijo con cierta timidez.

—¿Humm?

—Llegaremos a Yokkaichi un poco antes de mediodía y a Kameyama al anochecer, pero será noche cerrada antes de que lleguemos al pueblo de Ujii.

—Humm.

—¿Os parece bien que sea así?

—Humm.

Musashi estaba más interesado en la vista de la ensenada que en hablar, y el caballerizo, por mucho que lo intentara, no lograba sacarle más respuesta que un gesto de asentimiento y un evasivo «humm».

Probó de nuevo.

—Ujii no es más que un villorrio a unas ocho millas en el interior de las montañas desde la cresta del monte Suzuka. ¿Cómo es que os dirigís a semejante lugar?

—Voy a ver a alguien.

—No hay más que unos pocos campesinos y leñadores.

—Tengo entendido que en Kuwana hay un hombre muy diestro con la hoz de cadena y bola.

—Supongo que ése debe de ser Shishido.

—Sí, en efecto. Se llama Shishido no sé qué.

—Shishido Baiken.

—Eso es.

—Es un forjador, hace guadañas. Recuerdo haber oído decir que es bueno con esa arma. ¿Estás estudiando las artes marciales?

—Humm.

—Bien, en tal caso, en vez de visitar a Baiken te sugiero que vayas a Matsuzaka. Ahí están algunos de los mejores espadachines de la provincia de Ise.

—¿Quiénes, por ejemplo?

—Uno de ellos es Mikogami Tenzen.

Musashi asintió.

—Sí, he oído hablar de él. —No dijo más, dando la impresión de que estaba familiarizado con las hazañas de Mikogami.

Cuando llegaron al pueblecito de Yokkaichi, Musashi se encaminó cojeando penosamente a un tenderete, pidió una caja de comida y se sentó a comer. Tenía un pie vendado alrededor del empeine, debido a una herida infectada en la planta, lo cual explicaba por qué había alquilado un caballo en vez de caminar. A pesar del cuidado habitual que tenía con su cuerpo, unos días antes, en la bulliciosa localidad portuaria de Narumi, había pisado una tabla de la que sobresalía un clavo. Su pie rojo e hinchado parecía un caqui encurtido, y desde el día anterior tenía fiebre.

A su modo de ver, había librado un combate con un clavo, y éste salió vencedor. Como estudiante de las artes marciales, se sentía humillado por haberse dejado coger desprevenido. «¿No hay ninguna manera de resistir a un enemigo de esta clase? —se había preguntado varias veces—. El clavo apuntaba hacia arriba y era claramente visible. Lo pisé porque estaba medio dormido, no, ciego, porque mi espíritu todavía no actúa a través de todo mi cuerpo. Aun más, dejé que el clavo penetrara profundamente, lo cual es una prueba de la lentitud de mis reflejos. De haber tenido un perfecto dominio de mí mismo, habría notado el clavo en cuanto lo hubiera tocado la suela de mi zapato.»

Llegó a la conclusión de que su problema era la inmadurez. Su cuerpo y su espada todavía no eran uno solo. Aunque sus brazos ganaban en fuerza cada día, su espíritu y el resto de su cuerpo no armonizaban. Y su mente autocrítica lo percibía como una deformidad paralizante.

Sin embargo, no tenía la sensación de haber perdido por completo los seis últimos meses. Tras huir de Yagyū, se había dirigido primero a Iga, luego había tomado la carretera de Ōmi y a continuación recorrido las provincias de Mino y Owari. En cada ciudad, en cada barranco de montaña, había intentado dominar el verdadero Camino de la Espada. A veces tenía la sensación de que lo había rozado, pero su secreto continuaba eludiéndole, algo que no podía encontrarse acechando ni en las ciudades ni en los barrancos.

No recordaba con cuántos guerreros se había batido, pero se contaban por docenas, todos ellos espadachines bien adiestrados, de clase superior. No era difícil encontrar espadachines capacitados, lo que resultaba difícil era dar con un hombre auténtico. Mientras que el mundo estaba lleno de gente, demasiado lleno, encontrar un ser humano auténtico no resultaba fácil. En sus viajes, Musashi había llegado a creer profundamente en eso, hasta tal punto que le causaba dolor y le desalentaba. Pero su mente siempre volvía a Takuan, que sin duda alguna era un individuo auténtico y único.

«Supongo que soy afortunado —se dijo Musashi—. Por lo menos he tenido la buena suerte de conocer a un hombre auténtico. Debo asegurarme de que la experiencia de haberle conocido dé fruto.»

Cada vez que Musashi pensaba en Takuan, cierto dolor físico se extendía desde sus muñecas a través de todo su cuerpo. Era una extraña sensación, un recuerdo fisiológico de la ocasión en que estuvo atado a una rama del gran cedro. «¡Espera y verás! —prometió—. Uno de estos días ataré a Takuan en ese árbol, me sentaré en el suelo y le predicaré el verdadero camino de la vida.» No es que estuviera resentido con Takuan o tuviera deseo alguno de venganza, sino que, sencillamente, deseaba demostrar que el estado de ser que uno podía lograr por medio del camino de la espada era superior a cualquiera que pudiera lograrse con la práctica del zen. Musashi sonreía al pensar que algún día podría desquitarse del excéntrico monje.

Por supuesto, era posible que las cosas no salieran exactamente como las había planeado, pero en el supuesto de que hiciera un gran progreso y de que por fin estuviera en condiciones de atar a Takuan en el árbol y sermonearle, ¿qué sería Takuan capaz de decir entonces? Seguramente lloraría de alegría y exclamaría «¡Es magnífico! ¡Ahora soy feliz!». Pero no, Takuan nunca sería tan directo. Siendo como era, le diría: «¡Estúpido! ¡Estás mejorando pero sigues siendo un estúpido!».

Pero lo que dijese era lo de menos. Lo importante para Musashi era que sentía, de una manera curiosa, que golpear a Takuan en la cabeza con su superioridad personal era algo que le debía al monje, una especie de deuda. La fantasía era bastante inocente. Musashi había partido en busca de un Camino propio y un día tras otro descubría lo infinitamente largo y difícil que es el camino hacia la verdadera humanidad. Cuando el lado práctico de su naturaleza le recordaba la distancia por delante que le llevaba Takuan a lo largo de ese camino, la fantasía se evaporaba.

Todavía le inquietaba más considerar lo inmaduro e inepto que era comparado con Sekishūsai. Pensar en el viejo maestro Yagyū le enfurecía y entristecía a la vez, haciéndole agudamente consciente de su propia incompetencia para hablar del Camino, el Arte de la Guerra o cualquier otra cosa con cierta seguridad.

En tales ocasiones, el mundo, que en otro tiempo consideró tan lleno de gente estúpida, le parecía atroz en su inmensidad. Pero entonces se decía que la vida no tiene lógica, que la espada carece de lógica, y lo importante no era hablar o especular sino entrar en acción. ¡Tal vez en aquellos momentos existían otras personas mucho más grandes que él, pero también él podía ser grande!

Cuando las dudas sobre sí mismo amenazaban con abrumarle, Musashi tenía la costumbre de retirarse en las montañas, entre cuyas frondosidades podía estar a solas consigo mismo. El estilo de vida que llevaba allí era evidente por su aspecto cuando regresaba a la civilización: las mejillas hundidas como las de un ciervo, el cuerpo cubierto de arañazos y moretones, el cabello seco y rígido debido a las largas horas

pasadas bajo una cascada de agua fría. Podía estar tan sucio por haber dormido en el suelo que la palidez de sus labios parecía inverosímil, pero esos aspectos eran meramente superficiales. En su interior ardía con una confianza rayana en la arrogancia, y ansiaba enfrentarse a un digno adversario. Y era esta búsqueda de una prueba de valor lo que siempre le hacía bajar de las montañas.

Esta vez se había puesto en camino porque quería averiguar si el hombre de Kuwana experto en el arma conocida como hoz de cadena y bola podría convenirle. En los diez días que quedaban hasta su cita en Kyoto, tenía tiempo para descubrir si Shishido Baiken era ese raro espécimen, un hombre auténtico, o sólo uno más entre la multitud de gusanos comedores de arroz que pueblan la tierra.

Era noche cerrada cuando llegó a su destino en las honduras montañosas. Tras dar las gracias al caballerizo, le dijo que podía marcharse, pero el hombre respondió que, como era tan tarde, prefería acompañar a Musashi a la casa que estaba buscando y pasar la noche bajo los aleros. A la mañana siguiente bajaría desde el puerto de Suzuka y, si tenía suerte, recogería a algún viajero en el camino de regreso. En cualquier caso, la oscuridad y el frío eran demasiado intensos para ponerse en camino antes de la salida del sol.

Musashi se mostró comprensivo. Estaban en un valle cerrado por tres lados, y adondequiera que fuese el caballerizo tendría que subir por la ladera hundiéndose en la nieve hasta las rodillas.

—En tal caso, ven conmigo —le dijo Musashi.

—¿A la casa de Shishido Baiken?

—Sí.

—Gracias, señor. A ver si podemos dar con ella.

Puesto que Baiken tenía una herrería, seguramente cualquiera de los campesinos locales podría indicarles su dirección, pero a aquellas horas de la noche la aldea entera estaba durmiendo. La única señal de vida era el ruido sordo y rítmico de un mazo que golpeaba sobre algo blando. A través del gélido aire, se dirigieron hacia la fuente del sonido y finalmente vieron una luz.

Resultó ser la casa del herrero. Delante de ella había un montón de chatarra, y la parte inferior de los aleros estaba ennegrecida por el humo. Obedeciendo a una orden de Musashi, el caballerizo empujó la puerta y entró. Había fuego en la fragua, y una mujer de espaldas a las llamas estaba golpeando ropa.

—¡Buenas noches, señora! ¡Ah, tienes el fuego encendido! ¡Eso es magnifico! —El caballerizo fue directamente a la forja.

La mujer se levantó de un salto, alarmada por la súbita intrusión.

—¿Quién demonios sois? —les preguntó.

—En seguida te lo explico —dijo el caballerizo mientras se calentaba las manos —. He recorrido un largo camino con este hombre que desea ver a tu marido.

Acabamos de llegar. Soy un caballerizo de Kuwana.

—Vaya, mira por don... —La mujer miró malhumorada a Musashi. Su ceño fruncido evidenciaba que había visto más que suficientes shugyōsha y sabía cómo tratarlos. Con cierta arrogancia, se dirigió a él como si fuese un niño—: ¡Cierra la puerta! El bebé se resfriará si entra ese aire frío.

Musashi hizo una reverencia y obedeció. Entonces, sentándose en un tocón de árbol al lado de la fragua, examinó la estancia, desde la ennegrecida zona de fundición hasta el espacio dedicado a vivienda. De una tabla clavada en la pared colgaban unas diez armas, que debían de ser las hoces con cadenas y bolas. Supuso que lo eran, pues, a decir verdad, nunca había visto el instrumento. De hecho, otro de los motivos del viaje era su convencimiento de que un estudiante como él debía estar familiarizado con todo tipo de armas. La curiosidad brillaba en sus ojos.

La mujer, que tenía unos treinta años y era bastante bonita, dejó el mazo y entró en la vivienda. Musashi pensó que quizá regresaría con té, pero se dirigió a una estera sobre la que dormía un niño, lo cogió en brazos y le dio el pecho.

—Supongo que eres otro de esos jóvenes samurais que vienen aquí para que mi marido los descalabre —le dijo a Musashi—. En ese caso, estás de suerte. Se encuentra de viaje, así que no debes preocuparte de que te mate. —La mujer se rió alegremente.

Musashi no se rió con ella, pues estaba profundamente irritado. No había acudido a aquella aldea remota para que se riese de él una mujer que, como todas, a su modo de ver, tendía a sobrestimar absurdamente la categoría de su marido. Aquella esposa era peor que la mayoría. Parecía creer que su marido era el hombre más grande de la tierra.

Como no quería ofenderla, Musashi respondió:

—Me decepciona saber que tu marido está ausente. ¿Adonde ha ido?

—A la casa de Arakida.

—¿Dónde está eso?

—¡Ja, ja! ¿Has venido a Ise y ni siquiera conoces a la familia Arakida?

El bebé que tenía al pecho empezó a impacientarse, y la mujer, olvidando a los recién llegados, se puso a cantarle una nana en el dialecto local.

Duérmete, duérmete.
Los niños que duermen son dulces.
Los niños que se despiertan y lloran son traviesos.
Y también hacen llorar a sus madres.

Pensando en que por lo menos podría aprender algo echando un vistazo a las armas del herrero, Musashi le preguntó:

—¿Son ésas las armas que tu marido blande tan bien?

La mujer emitió un gruñido, y cuando él le pidió que le dejara examinarlas, asintió y volvió a gruñir.

Musashi descolgó una.

—De modo que son así —dijo, a medias para sí mismo—. He oído decir que últimamente las usan mucho.

El arma que tenía en la mano consistía en una barra metálica de aproximadamente un pie y medio de longitud (podía llevarse fácilmente en el obi), con un anillo en un extremo al que estaba fijada una larga cadena. En el otro extremo de la cadena había una pesada bola metálica, lo bastante maciza para partir el cráneo de una persona. En un hondo surco a un lado de la barra, Musashi distinguió el dorso de una hoja. Al tirar de ella con las uñas, se abrió de lado, como la hoja de una hoz. Con semejante arma sería sencillo cortarle la cabeza a un enemigo.

—Supongo que se sujeta así —dijo Musashi, cogiendo la hoz con la mano izquierda y la cadena con la derecha.

Imaginando a un enemigo delante de él, adoptó una postura y consideró los movimientos que serían necesarios.

La mujer, que había apartado los ojos del bebé para mirarle, le regañó:

—¡Así no! ¡Eso es terrible! —Volvió a meterse el seno dentro del kimono y se acercó a Musashi—. Si haces eso, cualquiera con una espada podrá derribarte sin dificultad. Sujétala así.

Le arrebató el arma de las manos y le mostró la manera de sujetarla. Él se sintió incómodo al ver a una mujer adoptando una postura de combate con un arma de aspecto tan brutal, y se quedó mirándola boquiabierto. Mientras amamantaba al bebé le había parecido lerda, pero ahora, preparada para el combate, era elegante, digna y, desde luego, hermosa. Musashi observó que en la hoja, que era de un azul negruzco, como el lomo de una caballa, había una inscripción que decía: «Estilo de Shishido Yaegaki».

La mujer mantuvo su posición sólo momentáneamente.

—Bueno, en fin, es más o menos así —dijo mientras doblaba la hoja, la introducía en la ranura y colgaba el arma de su gancho.

A Musashi le habría gustado verla sostener de nuevo el instrumento, pero era evidente que ella no tenía intención de hacerlo. Tras recoger la ropa que había estado lavando, hizo ruido alrededor de la pila: sin duda estaba limpiando cacharros o disponiéndose a cocinar algo.

«Si esta mujer puede adoptar una postura tan imponente —se dijo Musashi—, su marido debe de ser realmente digno de verse.» Por entonces ardía en deseos de conocer a Baiken, y preguntó en voz baja al caballerizo por la familia Arakida. El hombre, que estaba apoyado en la pared, al calor del fuego, musitó que era la familia

encargada de custodiar el santuario de Ise.

Musashi pensó que, si eso era cierto, no sería difícil localizarlos. Resolvió hacerlo así, y entonces se acurrucó en una esterilla junto al fuego y se durmió.

A primera hora de la mañana, el aprendiz del herrero se levantó y abrió la puerta exterior de la herrería. Musashi también se levantó y pidió al caballerizo que le llevase a Yamada, el pueblo más próximo al santuario de Ise. El caballerizo, satisfecho porque su cliente le había pagado el día anterior, accedió en seguida.

Al anochecer habían llegado a la larga carretera bordeada de árboles que conducía al santuario. Las casas de té parecían especialmente desoladas, incluso para la estación invernal. Había pocos viajeros, y la carretera estaba en mal estado. Varios árboles derribados por las tormentas de otoño seguían en el lugar donde habían caído.

Desde la posada de Yamada, Musashi envió a un sirviente para que preguntara en la casa de Arakida si Shishido Baiken se alojaba allí. Le respondieron diciendo que debía de haber algún error, pues allí no había nadie de ese nombre. Decepcionado, Musashi concentró su atención en el pie lesionado, el cual se había hinchado considerablemente durante la noche.

Estaba exasperado, pues sólo faltaban pocos días para la fecha en que debía estar de regreso en Kyoto. En la carta de desafío que había enviado a la escuela Yoshioka desde Nagoya, les había dado a elegir cualquier fecha durante la primera semana del nuevo año. Ahora no podía aducir como excusa un pie enfermo. Y, además, había prometido encontrarse con Matahachi en el puente de la avenida Gojō.

Se pasó todo el día siguiente aplicándose un remedio del que había oído hablar. Tomó los posos de una cuajada de soja, los extendió en una tela de saco, que exprimió para obtener el agua caliente, y se puso el pie a remojar en aquel líquido. No obtuvo ningún resultado, y para empeorar las cosas, el olor de la cuajada de soja era nauseabundo. Preocupado por el pie, se lamentó de su estupidez al desviarse a Ise. Debería haber ido directamente a Kyoto.

Aquella noche, con el pie envuelto bajo el edredón, le subió la fiebre y el dolor se hizo insoportable. A la mañana siguiente probó desesperadamente más medicinas, entre ellas un ungüento facilitado por el posadero, el cual juró que su familia lo había usado durante generaciones. Pero la hinchazón no remitía. Musashi empezó a ver en su pie un gran pedazo de cuajada de soja, y lo sentía tan pesado como un tajo de madera.

La experiencia le hizo pensar. Jamás en su vida había estado postrado en cama durante tres días. Aparte de un carbunclo que tuvo de niño en la cabeza, no recordaba haber estado nunca enfermo.

«La enfermedad es el enemigo de la peor especie —se dijo—. Sin embargo, estoy impotente en sus manos.» Hasta entonces había creído que sus adversarios le atacarían desde el exterior, y el hecho de estar inmovilizado por un enemigo interior

era novedoso y le daba motivos de reflexión.

«¿Cuántos días más quedan del año? —se preguntó—. ¡No puedo quedarme aquí sin hacer nada!» Mientras yacía allí impacientándose, las costillas parecían presionarle el corazón y sentía el pecho constreñido. Apartó el edredón que le cubría el pie hinchado. «Si ni siquiera puedo superar esto, ¿qué esperanzas tengo de vencer a toda la casa de Yoshioka?»

Creyendo que podría aprehender al demonio en su interior y ahogarle, se obligó a sentarse en cuclillas, en estilo formal. Era atrozmente doloroso y casi perdió el sentido. Miró hacia la ventana pero cerró los ojos, y transcurrió algún tiempo antes de que el intenso color rojo de su cara empezara a desaparecer y su cabeza se enfriara un poco. Se preguntó si el demonio estaba cediendo a su inquebrantable tenacidad.

Al abrir los ojos, vio ante él el bosque alrededor del santuario de Ise. Más allá de los árboles veía el monte Mae, y un poco hacia el este se alzaba el monte Asama. Elevándose por encima de las montañas entre los dos montes había un alto pico que parecía desdeñar a sus vecinos y mirar fija e insolentemente a Musashi.

«Es un águila», pensó, sin saber que se llamaba realmente montaña Águila. El aspecto arrogante del pico le ofendió, su actitud altiva se mofaba de él, hasta que rebulló de nuevo en su interior el espíritu de lucha. Sin poderlo evitar, pensó en Yagyū Sekishūsai, el anciano espadachín que se parecía a aquel pico orgulloso, y poco a poco empezó a tener la sensación de que el pico era Sekishūsai, el cual le miraba desde más arriba de las nubes y se reía de su debilidad e insignificancia.

Mientras contemplaba la montaña, se olvidó por un rato del pie, pero pronto el dolor se instaló de nuevo en su conciencia, y pensó amargamente que si hubiese metido el pie en el fuego de la forja no le habría dolido más. Involuntariamente, extendió aquella cosa grande y redondeada y la observó furibundo, incapaz de aceptar el hecho de que realmente formaba parte de su persona.

Llamó a gritos a la doncella, pero ésta no se presentó en seguida, y entonces la emprendió a puñetazos con el tatami.

—¿Dónde está todo el mundo? —gritó—. ¡Me marcho! ¡Tráeme la cuenta! ¡Dame algo de comer, un poco de arroz frito, y consígueme tres pares de recias sandalias de paja!

Pronto estuvo en la calle, cojeando a través del antiguo mercado donde se suponía que el famoso guerrero Taira no Tadakiyo, el héroe de la Historia de la guerra de Hōgen, había nacido. Pero ahora poco era lo que allí sugería un lugar de nacimiento de héroes. Era más bien como un burdel al aire libre, con hileras de puestos de té y rebosante de mujeres. Más tentadoras que árboles se alineaban a lo largo del callejón, llamando a los viajeros y aferrándose a las mangas de los posibles clientes con los que coqueteaban, a los que engatusaban, de los que se guaseaban. Para llegar al santuario, Musashi tuvo que abrirse paso entre ellas, incluso a empujones, con el ceño

fruncido y evitando sus miradas impertinentes.

—¿Qué te ha pasado en el pie?

—¿Quieres que te lo mejore?

—¡Oye, déjame que te lo frote!

Las prostitutas le tiraban de la ropa, le cogían las manos, le agarraban las muñecas.

—¡Un hombre bien parecido como tú no llegará a ninguna parte con ese ceño!

El ruborizado Musashi proseguía ciegamente su tambaleante camino. Totalmente indefenso contra esa clase de ataque, pedía disculpas a unas y daba corteses excusas a otras, lo cual sólo hacía reír a las mujeres. Cuando una de ellas le dijo que era «guapo como un cachorro de pantera», se intensificó el asalto de las manos emblanquecidas. Finalmente Musashi dejó de lado toda pretensión de dignidad y echó a correr, sin detenerse siquiera a recoger su sombrero cuando le voló de la cabeza. Las voces risueñas le siguieron entre los árboles en las afueras de la población.

A Musashi le resultaba imposible hacer caso omiso a las mujeres, y el frenesí que las manos con que le palpaban despertaron en él tardó mucho en remitir. El mero recuerdo del acre aroma de los polvos blancos le aceleraba el pulso, sin que pudieran serenarlo sus tenaces esfuerzos mentales. Era aquella una amenaza mayor que la de un enemigo con la espada desenvainada frente a él. Sencillamente, no sabía cómo actuar en esa situación. Más tarde, con el cuerpo ardiendo de fiebre sexual, se pasaba la noche entera dando vueltas y más vueltas sobre la estera. Incluso la inocente Otsū se convertía a veces en el objeto de sus lúbricas fantasías.

Esta vez disponía del pie herido para quitarse a las mujeres de la mente, pero huir de ellas cuando apenas era capaz de andar había sido como cruzar un lecho de metal en fusión. A cada paso que daba, una punzada de angustia le llegaba a la cabeza desde la planta del pie. Sus labios enrojecieron, sus manos se volvieron pegajosas como la miel y su pelo tenía el olor áspero del sudor. Tan sólo alzar el pie lesionado requería toda la fuerza que podía reunir. En ocasiones se sentía como si su cuerpo fuera a desmoronarse de repente. No es que se hubiera hecho ilusiones. Cuando salió de la posada sabía que caminar sería una tortura, y estaba decidido a soportarlo. De alguna manera logró dominarse, maldiciendo entre dientes cada vez que arrastraba hacia adelante el desdichado pie.

Cuando cruzó el río Isuzu y entró en el recinto del santuario interior, la atmósfera cambió agradablemente. Allí percibió una presencia sagrada, la notó en las plantas, los árboles, incluso en los trinos de los pájaros. No podría decir en qué consistía, pero estaba allí.

Se dejó caer gimiendo sobre las raíces de un gran cedro, sollozó quedamente de dolor y se sujetó el pie con ambas manos. Permaneció allí sentado durante largo rato, inmóvil como una roca, el cuerpo ardiente de fiebre mientras el frío viento le cortaba

la piel.

¿Por qué se había levantado repentinamente de la cama y abandonado la posada? Cualquier persona normal se habría quedado allí sin moverse hasta que el pie se curara. ¿No era infantil, incluso imbécil, por parte de un adulto permitir que le acometiera la impaciencia?

Pero no era sólo la impaciencia lo que le había impulsado, sino una necesidad espiritual y muy profunda. A pesar del dolor y el tormento físico, su espíritu estaba tenso y latía de vitalidad. Alzó la cabeza y, con mirada penetrante, contempló la nada que le rodeaba.

A través del desolado e incesante lamento de los grandes árboles en el bosque sagrado, el oído de Musashi captó otro sonido. En algún lugar, no lejos de allí, flautas y caramillos daban voz a las notas de una música antigua, una música dedicada a los dioses, mientras etéreas voces infantiles cantaban una invocación sagrada. Atraído por aquel apacible sonido, Musashi intentó levantarse. Mordiéndose los labios, se obligó a incorporarse, aunque su cuerpo reacio se resistía a cada movimiento. Llegó a la pared de tierra de un edificio del santuario, se apoyó con ambas manos y avanzó a lo largo de ella con un torpe movimiento de cangrejo.

La música celestial procedía de un edificio que estaba algo más lejos, donde brillaba una luz a través de una ventana con celosía. Era la Casa de las Vírgenes, y estaba ocupada por muchachas al servicio de la deidad. Allí tocaban instrumentos musicales antiguos y aprendían a interpretar danzas sagradas ideadas siglos atrás.

Musashi se dirigió a la entrada posterior del edificio. Se detuvo y miró adentro, pero no vio a nadie. Aliviado porque no tenía que dar explicaciones, se quitó las espadas y el fardo de la espalda, los ató juntos y los colgó de una clavija en la pared. Libre así de impedimentos, se puso las manos en las caderas y desando sus pasos cojeando hacia el río Isuzu.

Más o menos una hora después, completamente desnudo, rompió el hielo de la superficie y se zambulló en las gélidas aguas. Y allí permaneció, chapoteando, bañándose, sumergiendo la cabeza, purificándose. Por suerte no había nadie alrededor. Cualquier sacerdote que pasara por allí le habría juzgado demente y expulsado del lugar.

Según la leyenda de Ise, en tiempos remotos un arquero llamado Nikki Yoshinaga atacó y ocupó una parte del territorio perteneciente al santuario de Ise. Una vez instalado cómodamente allí, pescó en el sagrado río Isuzu y utilizó halcones para capturar pequeños pájaros en el bosque sagrado. Dice la leyenda que, en el curso de estos saqueos sacrílegos, se volvió loco de atar, y Musashi, al actuar de aquella manera, fácilmente podría haber sido tomado por el fantasma del loco.

Cuando por fin subió a un canto rodado, lo hizo con la ligereza de un pajarillo. Mientras se secaba y vestía, las hebras de cabello a lo largo de su frente se pusieron

rígidas, convertidas en astillas de hielo.

Para Musashi, el helado chapuzón en la corriente sagrada era necesario. Si su cuerpo no podía resistir el frío, ¿cómo podría sobrevivir a los obstáculos más amenazantes de la vida? Y en aquel momento no se trataba de alguna abstracta contingencia futura, sino de enfrentarse a algo muy real, Yoshioka Seijūrō y toda su escuela, los cuales responderían al ataque con todas sus fuerzas. Tenían que hacerlo, pues estaba en juego su prestigio. Sabían que no tenían más alternativa que matarle, y Musashi no ignoraba que salvar el pellejo sería espinoso.

Ante semejante perspectiva, el samurai típico invariablemente hablaría de «luchar con toda su fortaleza» o «estar preparado para enfrentarse a la muerte», pero, tal como lo veía Musashi, eso era una necedad. Luchas a vida o muerte con toda la fortaleza de uno no era más que instinto animal. Además, aunque no desequilibrarse ante la perspectiva de la muerte era un estado mental de orden superior, no era realmente tan difícil enfrentarse a la muerte si uno sabía que debía morir de manera ineluctable.

Musashi no temía morir, pero su objetivo era ganar definitivamente, no sólo sobrevivir, y estaba intentando adquirir la confianza necesaria para ello. Que otros muriesen heroicamente si así lo querían. Musashi no se conformaría con nada menos que una victoria heroica.

Kyoto no estaba lejos, a no más de setenta u ochenta millas. Si pudiera marchar a buen paso, llegaría allí en tres días. Pero no podía medir el tiempo que necesitaría para prepararse espiritualmente. ¿Estaba dispuesto en su interior? ¿Eran su mente y su espíritu realmente uno sólo?

Musashi aún no era capaz de responder afirmativamente a estas preguntas. Notaba que en lo más hondo de su ser existía una debilidad, el conocimiento de su inmadurez. Tenía la dolorosa seguridad de que no había alcanzado el estado de ánimo del verdadero maestro, de que aún estaba lejos de ser un hombre completo y perfecto. Cuando se comparaba a sí mismo con Nikkan o Sekishūsai o Takuan, no podía evitar la sencilla verdad: todavía era bisoño. Su propio análisis de sus capacidades y rasgos no sólo desvelaba deficiencias en ciertos aspectos, sino auténticos puntos débiles en otros.

Pero a menos que pudiera triunfar por completo en esta vida y dejar una marca indeleble a su alrededor, no podría considerarse como un maestro del Arte de la Guerra.

Su cuerpo se estremeció mientras gritaba: «¡Ganaré, ganaré!». Avanzó cojeando por la orilla del Isuzu y gritó de nuevo para que le oyeran todos los árboles del bosque sagrado: «¡Ganaré!». Pasó ante una silenciosa cascada helada y, como un hombre primitivo, se arrastró sobre los cantos rodados y siguió avanzando a través de espesos bosquecillos por barrancos profundos, donde pocos se habían aventurado

antes que él.

Tenía el rostro rojo como el de un demonio. Aferrándose a las rocas y las enredaderas, apenas podía avanzar un paso tras otro haciendo el máximo esfuerzo.

Más allá de un lugar llamado Ichinose había una garganta de quinientas o seiscientas varas de longitud, tan llena de peñascos y rápidos que ni siquiera las truchas podían abrirse camino por la corriente del fondo. En el extremo se alzaba un precipicio casi vertical. Se decía que sólo los monos y los duendes podían escalarlo. Musashi se limitó a mirar el risco y dijo flemáticamente:

—Aquí es. Éste es el camino hacia la montaña Águila.

Observó con euforia que no había allí ninguna barrera infranqueable. Cogiéndose de las fuertes enredaderas, ascendió por la pared rocosa, a medias trepando y a medias columpiándose, y parecía como si le alzara una fuerza de la gravedad en sentido contrario.

Cuando llegó a lo alto del risco, lanzó un grito de triunfo. Desde allí distinguía la blanca cinta del río y la plateada ribera de Futamigaura. Delante de él, entre una dispersa arboleda velada por la niebla nocturna, vio el pie de la montaña Águila.

La montaña era Sekishūsai. De la misma manera que se había reído de él cuando estaba postrado en la cama, el pico seguía mofándose de él ahora. Su espíritu inflexible se sentía literalmente asaltado por la superioridad de Sekishūsai, que le oprimía, le refrenaba.

Su objetivo adquirió forma gradualmente: trepar a lo alto y dar rienda suelta a su rencor, pisotear sin miramientos la cabeza de Sekishūsai, demostrarle que Musashi podía ganar e iba a hacerlo.

Avanzó contra la maleza, los árboles, el hielo que se le oponían, todos ellos enemigos que trataban desesperadamente de hacerle retroceder. Cada paso, cada hálito, era un desafío. Su sangre, que hacía tan poco tiempo estaba helada, ahora le hervía, y su cuerpo despedía vapor a medida que el sudor de sus poros entraba en contacto con el aire glacial. Abrazó la rojiza superficie del pico, buscando a tientas asideros. Sus inestables movimientos hacían que se desprendieran piedras que rodaban hasta la arboleda al pie de la montaña. Cien pies, doscientos, trescientos..., estaba en las nubes. Cuando éstas se separaron, Musashi, visto desde abajo, habría dado la impresión de que colgaba ingrávido del cielo. El pico de la montaña le miraba fríamente.

Ya próximo a la cima, se aferraba a las rocas, pues un movimiento en falso y caería al vacío entre una cascada de pedruscos. Resoplaba, gruñía, boqueaba falto de aire. Tal era la tensión, que parecía como si su corazón fuese a salirle por la boca. Sólo podía trepar unos pocos pies, descansar, trepar un poco más y descansar de nuevo.

El mundo entero se extendía por debajo de él: el gran bosque que rodeaba al

santuario, la cinta blanca que debía de ser el río, los montes Asama y Mae, la aldea pesquera de Toba, el gran mar abierto. «Ya casi estoy —se dijo—. ¡Sólo un poco más!»

«Sólo un poco más.» ¡Qué fácil era decirlo pero qué difícil lograrlo! Pues «sólo un poco más» es lo que distingue a la espada victoriosa de la vencida.

Notaba el olor de su propio sudor y, en su aturdimiento, le parecía como si estuviera acurrucado contra el seno de su madre. La áspera superficie de la montaña empezó a recordarle su pie, y experimentó el impulso de ceder al sueño. Pero en aquel instante se desprendió una piedra bajo la punta del pie y le hizo volver a la realidad. Buscó un nuevo asidero.

—¡Ya está! ¡Casi he llegado!

Con las manos y los pies agarrotados por el dolor, volvió a aferrarse a las rocas. Se dijo que si su cuerpo o su fuerza de voluntad se debilitaban, eso sería signo seguro de que un día estaría acabado como espadachín. Allí era donde debía decidirse el encuentro, y Musashi lo sabía.

—¡Esto es para ti, Sekishūsai, bastardo! —A cada pequeño y dificultoso avance, execraba a los gigantes que respetaba, aquellos superhombres que le habían llevado allí y a los que debía conquistar y conquistaría—. ¡Uno para ti, Nikkan, y para ti, Takuan!

Estaba trepando sobre las cabezas de sus ídolos, pisoteándolas, mostrándoles quién era el mejor. Él y la montaña eran ahora uno solo, pero la montaña, como sorprendida de que aquella criatura se aferrase a ella, escupía de vez en cuando avalanchas de grava y arena. La respiración de Musashi se detuvo como si alguien le hubiera tapado la boca. Mientras permanecía aferrado a la roca, el viento soplaba y amenazaba con llevárselo, incluida la roca.

De repente quedó tendido boca abajo, los ojos cerrados, sin atreverse a hacer ningún movimiento. Pero su corazón estaba jubiloso. En el momento en que quedó en posición horizontal, había visto el cielo en todas las direcciones, y la luz del alba era súbitamente visible en el blanco mar de nubes que se extendía debajo.

—¡Lo he logrado! ¡He vencido!

Cuando se dio cuenta de que había llegado a la cima, su tensa fuerza de voluntad se distendió como la cuerda de un arco tras el disparo. El viento que soplaba en la cumbre le azotaba la espalda con piedras y arena. Allí, en el límite de la tierra y el cielo, Musashi sintió que una alegría indescriptible crecía hasta llenar todo su ser. Su cuerpo empapado en sudor se unía a la superficie de la montaña. El espíritu del hombre y el de la montaña realizaban la gran obra de procreación en la inmensidad de la naturaleza al amanecer. Sumido en un éxtasis misterioso, Musashi durmió allí el sueño de la paz.

Cuando por fin alzó la cabeza, su mente estaba tan pura y clara como el cristal.

Sintió el impulso de saltar y precipitarse de un lado a otro, como un pececillo en un arroyo.

—¡No hay nada por encima de mí! —exclamó—. ¡Estoy en pie sobre la cabeza del águila!

El sol de la mañana diáfana teñía con su luz rojiza a la montaña y su escalador, que extendía los brazos musculosos y salvajes hacia el cielo. Miró sus dos pies firmemente plantados en la cima y vio lo que parecía un cubo entero de pus amarillento que brotaba de su pie lesionado. En medio de la celestial pureza que le rodeaba, se alzó el extraño olor de humanidad..., el dulce olor que queda cuando el desaliento se ha desvanecido.

La mosca de mayo en invierno

Cada mañana, después de terminar sus deberes en el santuario, las doncellas que vivían en la Casa de las Vírgenes iban, libros en mano, al aula de la casa de Arakida, donde estudiaban gramática y practicaban la composición de poemas. Para sus representaciones de danzas religiosas vestían el atuendo oficial: un blanco kimono de seda con un faldón acampanado de color carmesí llamado hakama, pero ahora llevaban el kimono de mangas cortas y el hakama de algodón blanco que se ponían para estudiar o hacer las tareas domésticas.

Un grupo de ellas salían en tropel por la puerta trasera cuando una exclamó:

—¿Qué es eso?

Señalaba el bulto con las espadas atadas que seguía en el lugar donde Musashi lo había dejado la noche anterior.

—¿De quién creéis que es esto?

—Debe de pertenecer a un samurai.

—¿No es evidente?

—No, es posible que un ladrón lo haya dejado aquí.

Se miraron perplejas unas a otras y tragaron saliva, como si hubieran tropezado con el bandido en persona, con una tira de cuero alrededor de la cabeza y haciendo la siesta.

—Tal vez deberíamos decírselo a Otsū —sugirió una de ellas.

Y de común acuerdo regresaron corriendo al dormitorio y, desde debajo de la barandilla ante la habitación de Otsū, la llamaron.

—Sensei, sensei! Hay algo extraño aquí abajo. ¡Ven a verlo!

Otsū dejó su pincel de escritura sobre la mesa y asomó la cabeza a la ventana.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

—Un ladrón ha abandonado sus espadas y un fardo. Están ahí, colgando en la pared de atrás.

—¿De veras? Será mejor que lo llevéis a la casa de Arakida.

—¡No podemos! Nos da miedo tocarlo.

—¿Estáis armando un escándalo por nada? Id corriendo a la clase y no perdáis más tiempo.

Cuando Otsū bajó de su habitación, las muchachas se habían ido. En sus aposentos no quedaban más que la anciana encargada de cocinar y una de las sirvientas que había caído enferma.

—¿De quién son esas cosas que cuelgan ahí? —preguntó Otsū a la cocinera.

Naturalmente, la mujer no lo sabía.

—Las llevaré a la casa de Arakida —dijo Otsū.

Cuando descolgó el bulto y las espadas casi las dejó caer, tal era su peso.

Arrastrándolo todo con ambas manos, se preguntó cómo los hombres podían desplazarse cargados con tanto peso.

Otsū y Jōtarō habían llegado allí dos meses antes, tras haber viajado por los caminos de Iga, Ōmi y Mino en busca de Musashi. Al llegar a Ise decidieron instalarse para pasar el invierno, puesto que sería difícil avanzar entre las montañas cubiertas de nieve. Al principio Otsū dio lecciones de flauta en el distrito de Toba, pero luego llamó la atención del cabeza de la familia Arakida, el cual, en su calidad de ritualista oficial, tenía un rango que sólo estaba por debajo del sacerdote principal.

Cuando Arakida pidió a Otsū que fuese al santuario para enseñar a las doncellas, ella accedió, no tanto por el deseo de enseñar como por el interés que tenía de aprender la música antigua y sagrada. Le atrajo, además, la paz que reinaba en el bosque del santuario, así como la idea de vivir algún tiempo con las doncellas del santuario, la más joven de las cuales tenía trece o catorce años, y la mayor alrededor de veinte.

Jōtarō había sido un obstáculo para que Otsū consiguiera su posición, pues estaba prohibido que un varón, incluso de su edad, viviera en los mismos aposentos que las doncellas. Llegaron al acuerdo de que Jōtarō barrería los sagrados jardines por el día y pasaría las noches en la leñera de los Arakida.

Cuando Otsū recorría los jardines del santuario, una brisa imponente y misteriosa silbaba entre los árboles desnudos. Una delgada columna de humo se alzaba de un bosquecillo lejano, y Otsū pensó en Jōtarō, quien probablemente estaba limpiando los terrenos con su escoba de bambú. Se detuvo y sonrió, satisfecha de que el incorregible muchacho se portara bien por fin, aplicándose con obediencia a sus tareas a una edad en que los muchachos sólo piensan en jugar y divertirse.

Oyó un fuerte crujido, como el de una rama arrancada de un árbol. Cuando lo oyó por segunda vez, la joven sujetó con firmeza su carga y corrió por el sendero a través del bosquecillo, gritando:

—¡Jōtarō! ¡Jōotarōo!

—¿Qué? —respondió él vigorosamente, y al cabo de un instante ella oyó sus apresuradas pisadas, pero cuando el chico apareció ante ella se limitó a decirle—: Ah, eres tú.

—Creía que estabas trabajando —le reconvino Otsū con severidad—. ¿Qué estás haciendo con esa espada de madera? Y además vestido con tu ropa de faena blanca.

—Estaba practicando con los árboles.

—Nadie te impide trabajar, pero no aquí, Jōtarō. ¿Has olvidado dónde estás? Este jardín simboliza paz y pureza. Es un lugar sagrado, dedicado a la diosa que es la antecesora de todos nosotros. Mira ahí. ¿No ves que ese letrero dice que está prohibido causar daño a los árboles o herir o matar a los animales? Es una vergüenza que alguien que trabaja aquí se dedique a romper ramas con una espada de madera.

—Sí, ya lo sé —gruñó él, con una expresión de resentimiento en el semblante.

—Si lo sabes, ¿por qué lo haces? ¡Si el maestro Arakida te sorprende haciéndolo, te verás en un buen aprieto!

—No veo que tiene de malo romper ramas muertas. Si están muertas no hay ningún motivo para no cortarlas, ¿no crees?

—¡Te digo que aquí no puedes hacer eso!

—¡Vaya, cuánto sabes! Permíteme que te haga una pregunta.

—¿Qué quieres saber?

—Si este jardín es tan importante, ¿por qué no lo cuidan mejor?

—Es una vergüenza que no lo hagan. Dejar que se estropee así es como dejar que le crezcan a uno malas hierbas en el alma.

—No sería tan malo si se tratara sólo de malas hierbas, pero mira los árboles. A los alcanzados por el rayo los han dejado morir, y los derribados por los tifones están tendidos donde cayeron. Todo el bosque está lleno de árboles muertos, los pájaros han picoteado los tejados de los edificios, que están llenos de goteras, y nadie arregla nunca los faroles de piedra cuando se les rompe alguna parte. ¿Cómo puedes creer que este lugar es importante? Escucha, Otsū, ¿no es el castillo de Osaka blanco y deslumbrante cuando lo ves desde el mar en Settsu? ¿No está construyendo Tokugawa Ieyasu castillos más espléndidos en Fushimi y otra docena de lugares? ¿No destellan con sus adornos dorados las casas nuevas de los daimyōs y los ricos comerciantes de Kyoto y Osaka? ¿No dicen los maestros de la ceremonia del té Rikyū y Kobori Enshū que incluso una mota de polvo fuera de lugar en el jardín de la casa de té estropea el sabor del té? Pero este jardín se está convirtiendo en una ruina. ¡Si las únicas personas que trabajamos en él somos yo y tres o cuatro viejos! Y mira lo grande que es.

—¡Jōtarō! —dijo Otsū, poniéndole la mano bajo la barbilla y alzándole la cara—. No has hecho más que repetir palabra por palabra lo que dijo el maestro Arakida en una clase.

—Ah, ¿tú también la oíste?

—Naturalmente —replicó ella en tono de reproche.

—Ya, bueno, uno no puede ganar siempre.

—Repetir como un loro lo que dice el maestro Arakida no te servirá de nada conmigo. No lo apruebo, aunque lo que él dice sea correcto.

—Tiene razón, ¿sabes? Cuando le oigo hablar, me pregunto si Nobunaga, Hideyoshi e Ieyasu son realmente unos hombres tan grandes. Ya sé que son importantes, pero ¿es de veras tan maravilloso dominar el país cuando tienes la idea de que eres la única persona que cuenta en él?

—Bueno, Nobunaga y Hideyoshi no eran tan malos como algunos de los demás. Por lo menos repararon el palacio imperial de Kyoto e intentaron hacer feliz a la

gente. Aunque sólo hicieran esas cosas para justificar su conducta ante sí mismos y los demás, siguen teniendo mucho mérito. Los shogunes Ashikaga fueron mucho peores.

—¿Cómo?

—Has oído hablar de la guerra de Ōnin, ¿no?

—Humm.

—Los shogunes Ashikaga eran tan incompetentes que la guerra civil era constante: unos guerreros luchaban continuamente con otros para conseguir más territorio. La gente ordinaria no tenía un momento de paz, y a nadie le preocupaba lo más mínimo el conjunto del país.

—¿Te refieres a esas famosas batallas entre los Yamana y los Hosokawa?

—Sí... Fue en ese tiempo, hace más de cien años, cuando Arakida Ujitsune llegó a ser sacerdote jefe del santuario de Ise, y ni siquiera había suficiente dinero para continuar las antiguas ceremonias y ritos sagrados. En veintisiete ocasiones Ujitsune solicitó ayuda al gobierno para reparar los edificios del santuario, pero la corte imperial era tan pobre y el shogunado tan débil y los guerreros estaban tan ocupados derramando sangre que no les importaba lo que ocurría. Con todo, Ujitsune fue de un lado a otro, planteando su petición, hasta que por fin logró levantar un nuevo santuario. Es una historia triste, ¿verdad? Pero bien mirado, cuando la gente se hace mayor olvida que debe la vida a sus antepasados, de la misma manera que todos nosotros debemos nuestras vidas a la diosa de Ise.

Satisfecho consigo mismo por haber obtenido de Otsū ese largo y apasionado discurso, Jōtarō dio un salto, riendo y batiendo palmas.

—¿Quién imita ahora como un loro al maestro Arakida? Creías que no había oído antes ese relato, ¿verdad?

—¡Oh, eres imposible! —exclamó Otsū, riéndose.

Le habría dado un cachete, pero el fardo que sujetaba se lo impedía. Sin dejar de sonreír, miraba ferozmente al chiquillo, el cual se fijó por fin en el extraño bulto.

—¿De quién es eso? —le preguntó, extendiendo la mano.

—¡No lo toques! No sabemos de quién es.

—No voy a romper nada, sólo quiero echar un vistazo. Apuesto a que las espadas son pesadas. La larga es muy grande, ¿eh? —A Jōtarō se le hacía la boca agua.

—Sensei! —Con un ruido sordo de sandalias de paja, una de las doncellas del santuario se acercó corriendo—. El maestro Arakida te llama. Creo que quiere que hagas algo. —Sin detenerse apenas, la muchacha dio media vuelta y regresó corriendo.

Jōtarō miró a su alrededor en las cuatro direcciones, con una expresión de perplejidad en el rostro. El sol invernal brillaba entre los árboles y las ramitas se movían como pequeñas olas. Parecía como si el muchacho hubiera visto un fantasma

entre los espacios iluminados por el sol.

—¿Qué ocurre? —le preguntó Otsū—. ¿Qué estás mirando?

—No es nada —replicó el muchacho, desalentado—. Cuando esa chica dijo «maestro», por un momento creí que se refería a mi maestro.

También Otsū se sintió de repente triste y un poco enojada. Aunque Jōtarō había hecho su observación con toda inocencia, ¿por qué había tenido que mencionar a Musashi?

A pesar de los consejos de Takuan, la idea de eliminar de su corazón la añoranza que sentía por Musashi era inconcebible para ella. Takuan carecía de sentimientos. En cierto modo Otsū se apiadaba de él por su aparente desconocimiento del significado del amor.

El amor era como un dolor de muelas. Cuando Otsū estaba ocupada no le molestaba, pero cuando le acometían los recuerdos experimentaba el impulso de salir de nuevo a la carretera en su busca, encontrarle, apoyar la cabeza en su pecho y verter lágrimas de felicidad.

Empezó a caminar en silencio. ¿Dónde estaba él? Pensó que de todas las penas que asedian a los seres humanos, sin duda la más atormentadora, la más atroz, la más dolorosa era la de no poder ver al hombre por el que una suspira. Siguió adelante, las lágrimas deslizándose por sus mejillas.

Las pesadas espadas con sus desgastadas guarniciones no significaban nada para ella. ¿Cómo habría podido saber que llevaba en sus brazos las pertenencias de Musashi?

Jōtarō, consciente de que había cometido alguna inconveniencia, la seguía entristecido a corta distancia. Entonces, cuando Otsū se volvió para cruzar el portal de la casa de Arakida, el chiquillo corrió a su lado y le preguntó:

—¿Estás enfadada por lo que he dicho?

—Oh, no, no es nada.

—Lo siento, Otsū, de veras.

—No tienes la culpa. Es que estoy más bien triste, pero no te preocupes por ello. Voy a ver qué desea el maestro Arakida. Vuelve a tu trabajo.

Arakida Ujitomi llamaba a su hogar la Casa del Estudio. Había convertido parte del edificio en escuela, a la que asistían no sólo las doncellas del santuario sino también cuarenta o cincuenta niños más de los tres condados que pertenecían al santuario de Ise. Intentaba impartir a los jóvenes un tipo de enseñanza que por entonces no era muy popular: el estudio de la historia japonesa antigua, que en las ciudades y pueblos más sofisticados se consideraba irrelevante. La historia antigua del país tenía una íntima relación con el santuario de Ise y sus tierras, pero en la época actual la gente tendía a confundir el sino de la nación con el de la clase guerrera, y lo que ocurrió en el pasado remoto contaba poco. Ujitomi libraba en

solitario una batalla para plantar las simientes de una cultura anterior, más tradicional, entre los jóvenes de la región donde estaba el santuario. Otros afirmaban que las regiones provinciales no tenían nada que ver con el destino nacional, pero el punto de vista de Ujitomi era diferente. Si podía explicar el pasado a los niños locales, existía la posibilidad de que algún día el espíritu de ese pasado medrase como un gran árbol en el bosque sagrado.

Con perseverancia y dedicación, cada día hablaba a los niños de los clásicos chinos y el Registro de Asuntos Antiguos, la historia más primitiva de Japón, confiando en que sus alumnos acabaran por valorar esos libros. Llevaba haciendo esto más de diez años. A su modo de ver, Hideyoshi podía apoderarse del país y proclamarse regente, Tokugawa Ieyasu podía convertirse en el omnipotente shōgun «subyugador de los bárbaros», pero los niños, al igual que sus mayores, no debían confundir la estrella afortunada de un héroe militar con el hermoso sol. Si trabajaba con paciencia, los jóvenes llegarían a comprender que era la gran diosa del Sol, y no un rudo dictador guerrero, quien simbolizaba las aspiraciones de la nación.

Arakida salió de su espaciosa aula con el rostro un poco sudoroso. Mientras los niños salían como un enjambre de abejas y corrían de regreso a sus casas, una doncella del santuario le dijo que Otsū le estaba esperando.

Algo aturdido, el maestro replicó:

—Es cierto, la he mandado llamar, ¿verdad? Me había olvidado por completo. ¿Dónde está?

Otsū estaba fuera de la casa, donde había permanecido en pie durante un rato, escuchando la lección de Arakida.

—Aquí estoy —le dijo—. ¿Me llamabais?

—Perdona por haberte hecho esperar. Puedes pasar.

La condujo a su gabinete privado, pero antes de sentarse, indicó los objetos que ella transportaba y le preguntó qué eran. La joven le explicó cómo habían llegado a su poder. El maestro entrecerró los ojos y miró las espadas con suspicacia.

—Los fieles ordinarios no vendrían aquí con cosas así —comentó—. Y ayer por la tarde no estaban en ese lugar. Alguien debe de haber saltado por encima del muro durante la noche. —Con una expresión de disgusto, gruñó—: Debe de ser una broma de algún samurai, pero no me hace gracia.

—¿Pensáis en alguien deseoso de sugerir que ha estado un hombre en la Casa de las Vírgenes?

—Así es. La verdad es que de eso es de lo que quería hablarte.

—¿Me afecta de alguna manera?

—Mira, no te lo tomes a mal, pero he aquí lo que sucede. Cierto samurai me ha reconvenido por alojarte en el mismo dormitorio de las doncellas del santuario. Dice que me advierte por mi propio bien.

—¿Acaso he hecho algo que tiene consecuencias para vos?

—No hay ningún motivo para que te alteres. Es sólo que..., bueno, ya sabes cómo habla la gente. No te enfades pero, al fin y al cabo, no eres exactamente una doncella. Has tenido contacto con hombres y la gente dice que permitir que una mujer que no es virgen viva con las chicas en la Casa de las Vírgenes es una mancha para el santuario.

A pesar del tono despreocupado de Arakida, lágrimas de cólera llenaron los ojos de Otsū. Era cierto que había viajado mucho, que estaba acostumbrada a conocer gente, que había deambulado por la vida con su antiguo amor aferrado a su corazón. Tal vez era natural que la gente la tomara por una mujer mundana. Sin embargo, que la acusaran de no ser casta cuando en realidad lo era, resultaba una experiencia demoledora.

Arakida no parecía conceder mucha importancia al asunto. Sencillamente le preocupaba que la gente murmurase, y como era el final del año «y todo eso», como lo expresó él, quería saber si ella se avendría a poner fin a las clases de flauta y marcharse de la Casa de las Vírgenes.

Otsū accedió en seguida, no como una admisión de culpabilidad, sino porque no había planeado quedarse y no quería causar problemas, sobre todo al maestro Arakida. A pesar de lo resentida que estaba por la falsedad del chismorreo, se apresuró a darle las gracias por la amabilidad que había tenido con ella durante su estancia y le dijo que se marcharía aquel mismo día.

—No hay tanta prisa —le aseguró él. Cogió de su pequeña estantería un poco de dinero y lo envolvió en papel.

Jōtarō, que había seguido a Otsū, eligió aquel momento para asomar la cabeza desde la terraza y susurrar:

—Si te marchas, iré contigo. De todos modos estoy cansado de barrer su viejo jardín.

—Aquí tienes un pequeño obsequio —le dijo Arakida—. No es mucho, pero tómalo para ayudarte en tu viaje. —Le tendió el envoltorio que contenía unas monedas de oro.

Otsū no quiso tocarlo. Con una expresión de sorpresa, le dijo que no merecía ninguna paga tan sólo por dar unas lecciones de flauta a las niñas. Más bien era ella quien debería pagar por la comida y el alojamiento.

—No, no podría aceptar dinero de ti, pero si vas a Kyoto, hay algo que desearía que hicieras por mí. Puedes considerar este dinero como pago de un favor.

—Haré gustosa lo que me pidáis, pero vuestra amabilidad es suficiente pago.

Arakida se volvió a Jōtarō.

—¿Por qué no se lo doy a él? El chico podrá comprarte cosas a lo largo del camino.

—Gracias —dijo Jōtarō, y se apresuró a extender la mano y aceptar el envoltorio. Como si hubiera tenido una ocurrencia tardía, miró a Otsū y le preguntó—: Puedo cogerlo, ¿no?

Ante el hecho consumado, ella cedió y dio las gracias a Arakida.

—El favor que quiero pedirte, es que entregues un paquete de mi parte al señor Karasumaru Mitsuhiro, que vive en el Horikawa de Kyoto. —Mientras hablaba, tomó dos rollos de los estantes alineados en la pared—. Hace un par de años, el señor Karasumaru me pidió que pintara estos pergaminos, y por fin los he terminado. Él se propone escribir el comentario que acompaña a las imágenes y ofrecer los pergaminos al emperador. Por ese motivo no quiero confiarlos a un mensajero o correo ordinario. ¿Te los llevarás y pondrás cuidado para que no se mojen o ensucien por el camino?

Se trataba de un encargo de inesperada importancia, y Otsū titubeó al principio. Pero difícilmente podía negarse, y al cabo de un momento accedió. Entonces Arakida tomó una caja y papel encerado, pero antes de envolver y sellar los pergaminos dijo:

—Tal vez debería enseñártelos primero.

Se sentó y empezó a desenrollar las pinturas en el suelo ante ellos. Era evidente que estaba orgulloso de su trabajo y él mismo quería verlo por última vez antes de entregarlo.

Otsū se quedó boquiabierta ante la belleza de los rollos pintados, y Jōtarō los miró con los ojos muy abiertos, agachándose para examinarlos más de cerca. Puesto que el comentario aún no había sido escrito, ninguno de ellos sabía cuál era la historia representada, pero a medida que Arakida desenrollaba una escena tras otra, vieron ante ellos un cuadro de la vida en la antigua corte imperial, meticulosamente ejecutado con espléndidos colores y toques de oro en polvo. Eran pinturas en estilo Tosa, que derivaba del arte clásico japonés.

Aunque a Jōtarō nunca le habían enseñando arte, estaba deslumbrado por lo que veía.

—Mire ese fuego —exclamó—. Parece que esté ardiendo de verdad.

—No toques la pintura —le amonestó Otsū—. Sólo mírala.

Mientras contemplaban extasiados aquella obra de arte, entró un sirviente y, en voz muy baja, dijo algo a Arakida, el cual asintió y replicó:

—Ya veo. Supongo que está bien. Pero, por si acaso, será mejor que ese hombre firme un recibo.

Dicho esto, dio al sirviente el fardo y las dos espadas que Otsū le había traído.

Al enterarse de que su maestra de flauta se marchaba, las muchachas de la Casa de las Vírgenes se quedaron desconsoladas. Durante los dos meses que había pasado con ellas, habían llegado a considerarla como una hermana mayor, y cuando se reunieron

alrededor de ella sus rostros estaban sombríos.

—¿Es cierto?

—¿Te marchas realmente?

—¿Cuándo volverás?

Desde el otro lado del aposento, Jōtarō gritó:

—Estoy listo. ¿Por qué tardas tanto?

Se había quitado la túnica blanca y vestía de nuevo su habitual kimono corto, con la espada de madera al costado. De su espalda colgaba en diagonal la caja envuelta en un paño que contenía los pergaminos.

—¡Vaya, qué rapidez! —le dijo Otsū desde la ventana.

—¡Yo siempre soy rápido! —replicó Jōtarō—. ¿Aún no estás preparada? ¿Por qué tardan tanto las mujeres en vestirse y hacer el equipaje? —Estaba tomando el sol en el patio, y bostezaba perezosamente. Pero, siendo impaciente por naturaleza, no había tardado en aburrirse—. ¿Aún no has terminado? —insistió.

—En seguida voy —respondió Otsū. Ya había terminado de hacer el equipaje, pero las chicas no le dejaban marcharse. Otsū intentó separarse de ellas, diciéndoles con dulzura—: No estéis tristes. Vendré a visitaros uno de estos días. Hasta entonces, cuidaos.

Tenía la incómoda sensación de que eso no era cierto, pues en vista de lo que había sucedido, parecía improbable que regresara jamás.

Tal vez las muchachas lo sospechaban. Varias de ellas estaban llorando. Finalmente, alguna sugirió que acompañaran a Otsū hasta el puente sagrado sobre el río Isuzu. Entonces todas se apiñaron a su alrededor y la escoltaron fuera de la casa. Como no vieron a Jōtarō de inmediato, ahuecaron las manos a los lados de la boca para llamarle por su nombre, pero no tuvieron respuesta. Otsū, demasiado acostumbrada a la forma de ser del chiquillo para que su ausencia le preocupara, les dijo:

—Probablemente se ha cansado de esperar y ha emprendido la marcha solo.

—¡Qué chico tan desagradable! —exclamó una de las muchachas.

Otra miró de repente a Otsū y le preguntó:

—¿Es tu hijo?

—¿Mi hijo? ¿Cómo se te ha ocurrido tal cosa? ¡No tendré los veintiuno hasta el año que viene! ¿Acaso parezco lo bastante mayor para tener un hijo tan mayor?

—No, pero alguien dijo que era tuyo.

Otsū recordó su conversación con Arakida y se ruborizó. Entonces se consoló diciéndose que poco importaba lo que la gente dijese mientras Musashi tuviera fe en ella.

En aquel momento Jōtarō llegó corriendo.

—Eh, ¿qué ocurre? —dijo con mala cara—. ¡Primero me haces esperar tanto

tiempo y luego te marchas sin mí!

—Pero no estabas donde debías estar —señaló Otsū.

—Podrías haberme buscado, ¿no? Allá, en la carretera de Toba, he visto a un hombre que se parecía un poco a mi maestro. Corrí a ver si se trataba realmente de él.

—¿Alguien que se parecía a Musashi?

—Sí, pero no era él. Fui hasta aquella hilera de árboles y miré bien al hombre desde atrás, pero no podía tratarse de Musashi. Quienquiera que fuese, cojeaba.

Siempre ocurría lo mismo cuando Otsū y Jōtarō viajaban. No pasaba un solo día sin que experimentaran un destello de esperanza, seguido de decepción. Adondequiera que fuesen, veían a alguien que les recordaba a Musashi..., el hombre que pasaba junto a la ventana, el samurai en el barco que acababa de zarpar, el rōnin a caballo, el entrevisto pasajero en un palanquín. Llenos de esperanza, corrían para asegurarse, y al final se miraban mutuamente, abatidos. Eso había ocurrido docenas de veces.

Por este motivo, Otsū no estaba tan alterada como podría haberlo estado en otras circunstancias, aunque Jōtarō parecía alicaído. Ella se rió del incidente y le dijo:

—Es una pena que te hayas equivocado, pero no te enfades conmigo por haber partido sin ti, pues pensé que te encontraría en el puente. ¿Sabes? Todo el mundo dice que si empiezas un viaje de mal humor, estarás enojado durante todo el camino. Anda, hagamos las paces.

Aunque parecía satisfecho, Jōtarō se volvió y dirigió una ruda mirada a las muchachas que les seguían.

—¿Qué están haciendo aquí? —le preguntó—. ¿Vienen con nosotros?

—Claro que no. Sólo están tristes por mi marcha, y son tan amables de escoltarnos hasta el puente.

—Oh, sí, son muy amables, desde luego —dijo Jōtarō, imitando a Otsū y haciendo reír a todas.

Ahora que él se había unido al grupo, la angustia de la partida remitió y las chicas recobraron su animación.

—Otsū —le dijo una de ellas—, estás siguiendo una dirección equivocada. Ése no es el camino del puente.

—Lo sé —replicó Otsū en voz baja.

Había girado hacia el portal Tamagushi para presentar sus respetos en el santuario interior. Batió palmas una sola vez, inclinó la cabeza hacia el lugar sagrado y permaneció en una actitud de plegaria silenciosa durante unos momentos.

—Ay, ya veo —murmuró Jōtarō—. No cree que deba marcharse sin despedirse de la diosa. —Se conformó con observar desde cierta distancia, pero las muchachas empezaron a darle codazos y preguntarle por qué no seguía el ejemplo de Otsū—. ¿Yo? —preguntó el chiquillo con incredulidad—. No quiero inclinarme ante ningún

viejo santuario.

—No deberías decir eso. Algún día recibirás tu castigo.

—Me sentiría como un tonto haciendo esas reverencias.

—¿Por qué es una tontería presentar tus respetos a la diosa del Sol? No es como una de esas deidades menores que adoran en las ciudades.

—Ya lo sé.

—Bueno, entonces, ¿por qué no le presentas tus respetos?

—¡Porque no quiero!

—¡Te gusta llevar la contraria, eh!

—¡Callaos todas vosotras, hembras locas!

Las muchachas lanzaron a coro una exclamación, consternadas por la rudeza del chiquillo.

—¡Qué monstruo! —dijo una de ellas.

Por entonces Otsū había terminado de hacer sus reverencias y regresaba hacia ellos.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó—. Parecéis irritadas.

—Nos ha llamado hembras locas, sólo porque intentamos que se inclinara ante la diosa.

—Mira, Jōtarō, sabes que eso no está bien —le amonestó Otsū—. Realmente deberías decir una plegaria.

—¿Para qué?

—¿No dijiste acaso que cuando creías que Musashi estaba a punto de morir a manos de los sacerdotes de Hōzōin, alzaste las manos y rezaste tan fuerte como pudiste? ¿Por qué no puedes rezar aquí también?

—Pero..., bueno, están todas mirando.

—De acuerdo, nos daremos la vuelta para no verte.

Todas dieron la espalda al muchacho, pero Otsū miró brevemente por encima del hombro. El chico se dirigió obedientemente al portal Tamagushi. Cuando llegó, se colocó ante el santuario y, de una manera muy juvenil, hizo una reverencia profunda y rápida como el rayo.

El molinillo

Musashi estaba sentado en la estrecha terraza de una casa de comidas al lado del mar. La especialidad del establecimiento eran los caracoles marinos, que servían hirviendo en sus caparazones. Dos buceadoras, con cestos de marisco recién cogido en los brazos, y un barquero estaban cerca de la terraza. Mientras el barquero le instaba a que diera una vuelta por las islas frente a la costa, las dos mujeres procuraban convencerle de que tenía que llevarse, adondequiera que fuese, unos caracoles marinos.

Musashi estaba muy ocupado, tratando de quitarse del pie el vendaje manchado de pus. Tras haber sufrido intensamente a causa de su herida, apenas podía creer que tanto la fiebre como la hinchazón hubieran desaparecido por fin. El pie había recuperado su tamaño normal, y aunque la piel estaba blanca y arrugada, sólo le dolía ligeramente.

Despidió al barquero y a las buceadoras con un gesto de la mano, apoyó el pie delicado en la arena y se dirigió a la orilla para lavarlo. Regresó a la terraza y esperó a la muchacha de la casa de comidas, a quien había enviado a comprarle calcetines de cuero y sandalias. Cuando tuvo el nuevo calzado en su poder, se lo puso y dio unos pasos con cautela. Todavía cojeaba un poco, pero no era nada en comparación con su cojera anterior.

El viejo que cocinaba los caracoles alzó la vista.

—El hombre del transbordador te está llamando. ¿No tenías intención de ir a Ōminato?

—Sí. Creo que hay un barco que va regularmente desde aquí a Tsu.

—Así es, y también hay barcos con destino a Yokkaichi y Kuwana.

—¿Cuántos días faltan para el fin de año?

El viejo se echó a reír.

—Te envidio —le dijo—. Está claro que no tienes ninguna deuda que pagar antes del nuevo año. Hoy estamos a veinticuatro.

—¿Sólo? Creía que era más tarde.

—¡Qué hermoso es ser joven!

Camino del embarcadero, Musashi sintió el impulso de echar a correr, de alejarse cada vez más rápido. El cambio de inválido a sano le había animado, pero lo que le hacía sentirse mucho más feliz era la experiencia espiritual que había tenido aquella mañana.

El transbordador ya estaba lleno, pero logró hacerse sitio. Al otro lado de la bahía, en Ōminato, subió a una embarcación mayor con destino a Owari. Las velas se hincharon y el barco se deslizó por la superficie cristalina de la bahía de Ise. Musashi, apiñado con los demás pasajeros, contemplaba el paisaje a su izquierda: el viejo

mercado, Yamada y la carretera de Matsuzaka. Si visitara Matsuzaka tendría ocasión de conocer al prodigioso espadachín Mikogami Tenzen, pero no iba a hacerlo, pues creía que era demasiado pronto para ello. Desembarcó en Tsu como había planeado.

Apenas había desembarcado cuando reparó en un hombre que caminaba delante de él con una barra corta sujeta bajo el cinto. Envuelta alrededor de la barra había una cadena con una bola en su extremo. El hombre también llevaba una espada corta en una funda de cuero. Parecía tener poco más de cuarenta años. Su rostro, oscuro como el de Musashi, estaba picado de viruela, y tenía el cabello con visos rojizos recogido atrás en un moño.

Podría haber sido tomado por un saqueador, de no haber sido por el muchacho que le seguía. Tenía ambas mejillas negras de hollín y acarreaba una almádena. Era con toda evidencia un aprendiz de herrero.

—¡Espérame, maestro!

—¡Vamos, muévete!

—Me había dejado el martillo en el barco.

—Así que te dejas por ahí las herramientas con las que te ganas la vida, ¿eh?

—He vuelto atrás y ya la tengo.

—Y supongo que por eso te sientes orgulloso de ti mismo. ¡La próxima vez que te olvides algo te partiré el cráneo!

—Maestro... —le suplicó el muchacho.

—¡Calla!

—¿No podemos pasar la noche en Tsu?

—Aún queda mucha luz del día. Podemos llegar a casa a la caída de la noche.

—De todos modos, me gustaría hacer un alto en algún sitio. Ya que estamos de viaje, podríamos disfrutarlo.

—¡No digas tonterías!

La calle que llevaba al centro del pueblo estaba llena de tiendas de recuerdos e infestada de pregoneros de fondas, al igual que en otras poblaciones portuarias. El aprendiz volvió a perder de vista a su amo y buscó entre la muchedumbre, preocupado, hasta que el hombre salió de una juguetería con un pequeño molinillo de vivos colores.

—¡Iwa! —llamó al muchacho.

—Sí, señor.

—Lleva esto. ¡Y ten cuidado, que no se rompa! Póntelo en el cuello del kimono.

—¿Es un recuerdo para el bebé?

—Humm —gruñó el hombre.

Tras haber estado ausente varios días, haciendo un trabajo, le ilusionaba ver la sonrisa de la criatura cuando le diera el juguete.

Casi parecía como si aquellos dos fuesen en la misma dirección que Musashi.

Cada vez que tenía intención de doblar una esquina, ellos se le adelantaban y la doblaban primero. Musashi pensó que aquel herrero era probablemente Shishido Baiken, pero no podía estar seguro, por lo que improvisó una pequeña estrategia para confirmarlo. Fingiendo que no reparaba en ellos, les adelantó durante un rato, y luego volvió a quedarse atrás, escuchando subrepticiamente. Atravesaron la población fortificada y se dirigieron al camino de montaña de Suzuka, la ruta más probable que Baiken tomaría para ir a su casa. Uniendo esto a los retazos de conversación que había oído, Musashi llegó a la conclusión de que se trataba, en efecto, de Baiken.

Se había propuesto ir directamente a Kyoto, pero aquel encuentro casual resultaba demasiado tentador. Se acercó a ellos y, en un tono amistoso, preguntó:

—¿Vais de regreso a Umehata?

El hombre respondió con brusquedad.

—Sí, voy a Umehata. ¿Por qué?

—Me preguntaba si serías Shishido Baiken.

—Lo soy. ¿Y quién eres tú?

—Me llamo Miyamoto Musashi y soy un guerrero estudiante. Hace poco fui a tu casa en Ujii y conocí a tu esposa. Me parece que el destino nos ha reunido aquí.

—¿Tú crees? —replicó Baiken. De repente su rostro reflejó comprensión—. ¿Eres tú el hombre que se alojaba en la posada de Yamada, el que quería un encuentro de esgrima conmigo?

—¿Cómo lo has sabido?

—Enviaste a alguien a la casa de Arakida para que me buscara, ¿no es cierto?

—Sí.

—Estaba haciendo unos trabajos para Arakida, pero no me quedé en la casa, sino que tomé prestado un taller en el pueblo. Era una tarea que nadie más podía hacer.

—Comprendo. Tengo entendido que eres un experto con la hoz de cadena y bola.

—¡Ja, ja! Pero ¿dices que has conocido a mi esposa?

—Sí, y me enseñó una de las posiciones Yaegaki.

—Bien, eso debería bastarte. No hay motivo para que me sigas. Naturalmente, podría enseñarte mucho más de lo que ella te ha mostrado, pero en cuanto lo vieras, estarías en camino hacia un mundo diferente.

La mujer de Baiken había causado a Musashi una impresión de altanería, pero la auténtica arrogancia era la de aquel hombre. Por lo que ya había visto, estaba bastante seguro de que podía enfrentarse a él, pero decidió ser prudente y no precipitarse. Takuan le había enseñado la primera lección de su vida, a saber, que en el mundo existen muchos hombres tal vez mejores que uno mismo, una lección reforzada por sus experiencias en el Hōzōin y el castillo de Koyagyū. Antes de permitir que su orgullo y su confianza le hicieran subestimar a un adversario, quería evaluarlo desde todos los ángulos posibles. Mientras sentaba las bases, se mantendría sociable,

aunque en ocasiones esto pudiera hacer creer a su contrario que era cobarde o servil.

Con un aire de respeto adecuado a su juventud, respondió así a la despectiva observación de Baiken:

—Comprendo. Realmente he aprendido mucho de tu esposa, pero ya que he tenido la buena suerte de encontrarte, te agradecería que me informaras más sobre el arma que utilizas.

—Si todo lo que deseas es hablar, por mí no hay inconveniente. ¿Te alojarás en la posada al lado de la barrera?

—Sí, eso es lo que pensaba hacer, a menos que tengas la amabilidad de dejarme pasar otra noche en tu casa.

—Puedes quedarte si estás dispuesto a dormir en la herrería con Iwa. Pero mi casa no es una fonda y no tenemos suficientes ropas de cama.

Se ponía el sol cuando llegaron al pie del monte Suzuka. El pueblecito, bajo las nubes rojizas, parecía plácido como un lago. Iwa se adelantó corriendo para anunciar su llegada, y cuando llegaron a la casa, la esposa de Baiken estaba esperando bajo los aleros, con el niño en un brazo y el molinillo en la otra mano.

—¡Mira, mira, mira! —le arrullaba—. Papá estaba lejos, papá ha vuelto. Mira, ahí está.

En un abrir y cerrar de ojos, papá dejó de ser el epítome de la arrogancia y en sus labios apareció una sonrisa paternal.

—Hola, muchacho, aquí está papá —barbotó, alzando la mano y moviendo los dedos como si bailaran.

Marido y mujer desaparecieron en el interior y se sentaron. Sólo hablaban del niño y los asuntos domésticos, sin prestar la menor atención a Musashi.

Finalmente, cuando la cena estaba preparada, Baiken se acordó de su invitado.

—Ah, sí, dale a ese hombre algo de comer —le dijo a su mujer.

Musashi estaba sentado en el suelo de tierra de la herrería, calentándose ante la fragua. Ni siquiera se había quitado las sandalias.

—Estuvo aquí el otro día y pasó la noche —dijo la mujer, malhumorada. Puso sake a calentar en el hogar delante de su marido.

—¿Tomas sake, joven? —preguntó Baiken.

—No me disgusta.

—Toma una taza.

—Gracias. —Acercándose al umbral de la sala donde estaba el hogar, Musashi aceptó una taza del brebaje local y se la llevó a los labios. Tenía un sabor agrio. Después de tomarlo, ofreció la taza a Baiken, diciéndole—: Permíteme que te sirva una taza.

—No te preocupes, tengo una. —Miró a Musashi un instante y le preguntó—: ¿Qué edad tienes?

—Veintidós.

—¿De dónde eres?

—De Mimasaka.

Los ojos de Baiken, que se habían desviado a otro lado, volvieron a posarse en Musashi y le examinaron de la cabeza a los pies.

—Veamos, lo has mencionado hace un momento. Tu nombre... ¿Cómo te llamas?

—Miyamoto Musashi.

—¿Cómo escribes Musashi?

—Con los mismos caracteres que Takezō.

Entró la esposa y dejó sopa, encurtidos, palillos y un cuenco de arroz sobre la estera de paja delante de Musashi.

—¡Come! —le dijo sin ceremonia.

—Gracias —replicó Musashi.

Baiken esperó unos instantes y, como si hablara consigo mismo, dijo:

—El sake ya está caliente. —Sirvió a Musashi otra taza y le preguntó con naturalidad—: ¿Significa eso que de más joven te llamaban Takezō?

—Sí.

—¿Aún te llamaban así cuando tenías unos diecisiete años?

—Sí.

—¿Cuando tenías más o menos esa edad no estuviste por casualidad en la batalla de Sekigahara con otro muchacho que tendría los mismos años?

Ahora le tocó a Musashi el turno de sorprenderse.

—¿Cómo lo has sabido? —le preguntó lentamente.

—Oh, sé muchas cosas. También yo estuve en Sekigahara.

Al oír esto, Musashi se sintió mejor dispuesto hacia el hombre. También Baiken pareció de repente más amistoso.

—Ya me parecía que te había visto en alguna parte —dijo el herrero—. Supongo que coincidimos en el campo de batalla.

—¿También estabas en el campamento de Ukita?

—Por entonces vivía en Yasugawa, y fui a la guerra con un grupo de samurais de ese lugar. Estuvimos en el frente, en primera línea.

—En ese caso, probablemente nos vimos entonces.

—¿Qué ha sido de tu amigo?

—No he vuelto a verle.

—¿Desde la batalla?

—No exactamente. Nos alojamos durante algún tiempo en una casa de Ibuki, esperando que mis heridas se curasen. Entonces nos separamos, y no he vuelto a verle.

Baiken hizo saber a su esposa que se habían quedado sin sake. Ella ya estaba en

cama con el bebé.

—No hay más —respondió.

—Quiero más. ¡Ahora mismo!

—¿Por qué tienes que beber tanto precisamente esta noche?

—Estamos teniendo una charla interesante y necesitamos más sake.

—Pues ya no queda.

—¡Iwa! —llamó Baiken a través de la delgada pared de tablas en un ángulo de la herrería.

—¿Qué deseas, señor? —dijo el muchacho. Abrió la puerta y asomó la cabeza, agachándose, porque el dintel era muy bajo.

—Ve a casa de Onosaku y pídele prestada una botella de sake.

Musashi ya había bebido lo suficiente.

—Si no te importa, empezaré a comer —le dijo, empuñando los palillos.

—No, no, espera —replicó Baiken, y se apresuró a coger la muñeca de Musashi —. No es momento de comer. Ahora que he enviado al chico en busca de sake, toma un poco más.

—Si lo haces por mí, no deberías haberte molestado. No creo que pueda tomar una sola gota más.

—Venga, hombre —insistió Baiken—. Dijiste que querías saber más sobre la hoz de cadena y bola. Te diré todo cuanto sé, pero bebamos un poco mientras hablamos.

Cuando Iwa regresó con el sake, Baiken vertió un poco en un recipiente para calentarlo, lo colocó en el fuego y habló largo y tendido sobre la hoz de cadena y bola y las maneras de usarla ventajosamente en combate. Dijo a Musashi que lo mejor de aquella arma era que, al contrario que una espada, no daba al enemigo tiempo para defenderse. Además, antes de atacar directamente al enemigo era posible arrebatarle su arma con la cadena. Un lanzamiento hábil de la cadena, un fuerte tirón y el enemigo se quedaba sin espada.

Todavía sentado, Baiken le demostró una postura.

—Mira, sostienes la hoz con la mano izquierda y la bola con la derecha. Si el enemigo viene hacia ti, le atacas con la hoja y entonces le lanzas la bola a la cara. Ésta es una de las maneras. —Cambió de posición y siguió diciendo—: Ahora bien, en este caso, cuando hay cierto espacio entre tú y el enemigo, le arrebatas el arma con la cadena. No importa qué clase de arma sea, espada, lanza, palo, cualquier cosa.

Baiken siguió hablando, infatigable, le explicó a Musashi las maneras de arrojar la bola, le habló de las diez o más tradiciones orales referentes a la bola, del parecido de la cadena con una serpiente, de la posibilidad, alternando de un modo inteligente los movimientos de la cadena y la hoz, de crear ilusiones ópticas y hacer que la defensa del enemigo actuara en detrimento suyo, de los modos secretos de utilizar el arma.

Musashi estaba fascinado. Cuando le hablaban de tales cosas, escuchaba con todo su cuerpo, ansioso de absorber hasta el último detalle.

La cadena, la hoz, dos manos...

Mientras escuchaba, en su mente se formaban las semillas de otros pensamientos. «La espada puede usarse con una sola mano, pero un hombre tiene dos manos...»

La segunda botella de sake estaba vacía. Baiken había bebido mucho, pero era bastante más lo que había hecho beber a Musashi, el cual había sobrepasado en gran medida su límite y estaba más borracho de lo que había estado jamás hasta entonces.

—¡Eh, despierta! —le gritó Baiken a su esposa—. Deja que nuestro huésped duerma ahí. Tú y yo podemos dormir en la habitación del fondo. Ve a extender el futón.

La mujer no se movió.

—¡Levántate! —le ordenó Baiken alzando más la voz—. Nuestro huésped está cansado. Déjale acostarse.

Ahora la mujer tenía los pies calientes, y levantarse sería incómodo.

—Dijiste que podía dormir en la herrería con Iwa —musitó.

—Basta de cháchara. ¡Haz lo que te digo!

La mujer se levantó enojada y fue con paso airado a la habitación del fondo. Baiken cogió en brazos al niño dormido y dijo:

—El futón es viejo, pero tienes el fuego al lado. Si estás sediento, hay agua caliente sobre el hogar para el té. Acuéstate y ponte cómodo. —También él se dirigió a la habitación del fondo.

Cuando la mujer volvió para cambiar las almohadas, el mal humor había desaparecido de su semblante.

—Mi marido también ha bebido mucho y probablemente está cansado de su viaje —le dijo—. Dice que dormirá hasta tarde, por lo que puedes ponerte cómodo y dormir todo cuanto quieras. Mañana te prepararé un buen desayuno caliente.

—Gracias —dijo Musashi, pues no se le ocurrió nada más que decir. Estaba deseando quitarse los calcetines de cuero y el manto—. Muchísimas gracias.

Se metió bajo el edredón todavía caliente, pero su propio cuerpo estaba aún más caliente a causa de la bebida.

La mujer se quedó un momento en el umbral, mirándole, y entonces apagó la vela y le dio las buenas noches.

Musashi se sentía como si tuviera una prieta faja de acero alrededor de la cabeza. Las sienes le latían dolorosamente. Se preguntó por qué había bebido mucho más de lo habitual. A pesar de lo mal que se encontraba, no podía dejar de pensar en Baiken. ¿Por qué el herrero, que tan poco amable se mostró al principio, de repente se había vuelto amistoso, e incluso envió al aprendiz en busca de más sake? ¿Por qué su desagradable esposa se había vuelto de súbito dulce y solícita? ¿Por qué le habían

cedido aquella cama cálida?

Todo ello parecía inexplicable, pero antes de que Musashi hubiese resuelto el misterio, se amodorró. Cerró los ojos, aspiró hondo varias veces y se cubrió con el edredón. Sólo su frente sobresalía, iluminada de vez en cuando por el chisporroteo del hogar. Poco a poco su respiración se hizo profunda y regular.

La esposa de Baiken se retiró sigilosamente a la habitación del fondo. El movimiento de sus pies sobre el tatami producía un leve sonido de adherencia.

Musashi tuvo un sueño, o más bien un fragmento de sueño que se repetía. Un recuerdo infantil revoloteaba por encima de su cerebro dormido como un insecto, tratando, al parecer, de escribir algo en caracteres luminosos. Oyó las palabras de una nana.

Duérmete, duérmete.
Los niños que duermen son dulces...

Estaba en su casa de Mimasaka, oyendo la nana que la esposa del herrero había cantado en el dialecto de Ise. Él era un bebé en los brazos de una mujer de piel clara y unos treinta años..., su madre... Aquella mujer tenía que ser su madre. Estaba junto al seno materno y alzaba los ojos hacia el rostro blanco.

«...traviesos. Y también hacen llorar a sus madres...» Meciéndole en sus brazos, su madre cantaba suavemente. Su cara delgada y de buena casta tenía una leve tonalidad azulada, como una flor de peral. Había una pared, un largo muro de piedra, sobre el que estaba colocada una hepática, y un muro de tierra por encima del cual las ramas se oscurecían con la proximidad de la noche. Las lágrimas brillaban en las mejillas de la madre, y el bebé las contemplaba extrañado.

—¡Vete! ¡Vuelve a tu hogar!

Era la voz amenazante de Munisai, procedente del interior de la casa. Y sus palabras eran una orden. La madre de Musashi se levantó lentamente. Echó a correr por un largo malecón de piedra. Gimiendo, entró en el río y vadeó hacia el centro.

El bebé, incapaz de hablar, se agitaba en los brazos de su madre, trataba de decirle que más adelante acechaba el peligro. Cuanto más se movía, tanto más fuerte le apretaba ella. Su mejilla húmeda restregaba la suya.

—Takezō —le dijo—, ¿eres el hijo de tu padre o de tu madre?

Munisai gritó desde la orilla. La madre se hundió bajo la superficie del río. El bebé fue a parar a la orilla pedregosa, donde quedó tendido, llorando con toda la fuerza de sus pulmones, entre prímulas en flor.

Musashi abrió los ojos. Cuando empezó a dormirse de nuevo, una mujer —¿su madre?, ¿otra?— se entrometió en el sueño y le despertó de nuevo. Musashi no recordaba el aspecto de su madre. A menudo pensaba en ella, pero no habría podido

dibujar su rostro. Cada vez que veía otra madre, pensaba que quizá la suya propia había tenido el mismo aspecto.

«¿Por qué esta noche?», pensó.

El efecto del sake se había disipado. Abrió los ojos y contempló el techo. Entre la negrura del hollín había una luz rojiza, el reflejo de las brasas en el hogar. Su mirada se posó en el molinillo suspendido del techo, encima de él. Reparó también en que el olor de la madre y el niño permanecía aún bajo el edredón. Con un vago sentimiento de nostalgia, yació semidormido, la mirada fija en el molinillo.

El molinillo empezó a girar lentamente. No había nada extraño en ello, pues estaba hecho para girar, pero..., pero ¡no a menos que soplara la brisa! Musashi empezó a levantarse, y entonces se detuvo y escuchó atentamente. Oyó el tenue sonido de una puerta que alguien deslizaba con cuidado hasta cerrarla. El molinillo dejó de girar.

Musashi apoyó de nuevo la cabeza en la almohada y trató de imaginar qué estaba ocurriendo en la casa. Era como un insecto bajo una hoja que tratara de adivinar el tiempo que hacía arriba. Todo su cuerpo percibía el más ligero cambio en su entorno, sus nervios sensitivos estaban absolutamente tensos. Musashi sabía que su vida corría peligro, pero ¿por qué?

«¿Es esto una guarida de ladrones?», se preguntó al principio. Pero no podía ser, porque si fuesen ladrones profesionales, sabrían que él no poseía nada de valor. «¿Me guarda ese hombre rencor?» Eso tampoco parecía posible, pues Musashi estaba del todo seguro que nunca había visto a Baiken hasta entonces.

A pesar de que no podía imaginar un motivo, notaba en la piel y los huesos que alguien o algo estaba amenazando su vida. También sabía que, fuera lo que fuese, estaba muy cerca. Tenía que decidir rápidamente si seguía tendido y esperaba a que llegara, o se adelantaba y desaparecía de allí.

Deslizó la mano por encima del umbral y palpó el suelo de la herrería en busca de sus sandalias. Se calzó primero una y luego la otra, bajo el edredón, y salió por el extremo inferior de la yacija.

El molinillo empezó a girar de nuevo. A la luz del fuego, se movía como una flor embrujada. Había pisadas levemente audibles tanto fuera como dentro de la casa. Con suma cautela, Musashi juntó las ropas de cama, dándoles la forma aproximada de un cuerpo humano.

Bajo la cortinilla que colgaba del marco de la puerta aparecieron dos ojos, pertenecientes a un hombre que reptaba con su espada desenvainada. Otro, provisto de una lanza y pegado a la pared, se deslizó hasta el pie del futón. Los dos miraron las ropas de cama, aguzando el oído para percibir la respiración del durmiente. Entonces, como una nube de humo, un tercer hombre saltó adelante. Era Baiken, con la hoz en la mano izquierda y la bola en la derecha.

Las miradas de los tres hombres convergieron y sincronizaron sus respiraciones. El hombre que estaba a la cabecera del futón dio una patada a la almohada, y el que estaba al pie, saltó al espacio de la herrería y dirigió su lanza hacia la forma acostada.

Manteniendo la hoz a su espalda, Baiken gritó:

—¡Arriba, Musashi!

No hubo respuesta ni movimiento alguno procedente de la yacija.

El hombre de la lanza retiró el edredón.

—¡No está aquí! —gritó.

Baiken, confuso, lanzó una mirada a su alrededor y vio que el molinillo giraba rápidamente.

—¡Hay una puerta abierta en alguna parte!

Pronto otro hombre gritó airado. La puerta de la herrería que daba a un sendero que rodeaba la parte posterior de la casa estaba abierta unos tres pies, y por la abertura penetraba un viento cortante.

—¡Ha salido por aquí!

—¿Qué están haciendo esos idiotas? —exclamó Baiken, corriendo al exterior.

Desde debajo de los aleros y de entre las sombras salían unas formas negras.

—¡Maestro! ¿Ha salido todo bien? —inquirió una voz excitada.

Baiken rebosaba de ira.

—¿Qué quieres decir, idiota? ¿Por qué crees que te he puesto ahí para vigilar? ¡Se ha ido! Tiene que haber pasado por aquí.

—¿Se ha ido? ¿Cómo puede haber salido?

—¿Y tú me lo preguntas? ¡Asno estúpido! —Baiken regresó al interior de la casa y fue de un lado a otro nerviosamente—. Sólo puede haberse ido por dos sitios: o bien ha subido al vado de Suzuka o bien ha regresado a la carretera de Tsu. En cualquiera de los dos casos, no puede haber ido lejos. ¡ID a por él!

—¿Qué camino crees que ha seguido?

—¡Uf! Yo iré hacia Suzuka. ¡Vosotros cubrid la carretera de abajo!

Los hombres de dentro se sumaron a los de fuera, formando un grupo abigarrado de unos diez, todos ellos armados. Uno de ellos, provisto de un mosquete, parecía un cazador. Otro, con una espada corta, era probablemente un leñador.

Cuando partían, Baiken les gritó:

—Si le encontráis, disparad el mosquete, y luego reuníos todos.

Se alejaron velozmente, pero más o menos al cabo de una hora regresaron dispersos, atemorizados y hablando con desaliento entre ellos. Esperaban una reprimenda por parte de su jefe, pero al llegar a la casa encontraron a Baiken sentado en el suelo de la herrería, con los ojos bajos y el semblante inexpresivo.

Cuando intentaron animarle, les dijo:

—Ahora es inútil llorar por ello. —Buscando la manera de desahogar su ira,

cogió un trozo de madera quemada y lo rompió bruscamente sobre una rodilla.

—¡Traed sake! Quiero beber. —Removió el fuego de nuevo y echó más leña.

La esposa de Baiken, que trataba de tranquilizar al bebé, le recordó que no había más sake. Uno de los hombres se ofreció a traerlo de su casa, cosa que hizo con diligencia. Pronto el brebaje estuvo caliente y circularon las tazas.

La conversación era esporádica y sombría.

—Me pone furioso.

—¡Ese asqueroso bastardo!

—Su vida está protegida por algún ensalmo, no me cabe duda.

—No te preocupes más, maestro. Has hecho todo lo que podías. Los hombres que estaban afuera han fracasado.

Los aludidos pidieron disculpas, avergonzados.

Intentaron emborrachar a Baiken, a fin de que pudiera dormir, pero él se quedó allí sentado, cejijunto por el amargor del sake, pero sin reprender a nadie por el fracaso.

Finalmente dijo:

—No debería haberle dado tanta importancia y pedir a tantos de vosotros que me ayudarais. Yo mismo podría haberme encargado de él, pero me pareció que sería mejor tener cuidado. Al fin y al cabo, mató a mi hermano, y Tsujikaze Temma no era un mal luchador.

—¿Es posible que ese rōnin sea realmente el muchacho que se escondió en casa de Okō hace cuatro años?

—Debe de serlo. Estoy seguro de que el espíritu de mi hermano muerto le ha traído aquí. Al principio esa idea no me pasó por la cabeza, pero entonces me dijo que había estado en Sekigahara y que antes se llamaba Takezō. Tiene la edad y el tipo apropiados para ser la persona que mató a mi hermano. Sé que fue él.

—Vamos, maestro, no pienses más en ello esta noche. Acuéstate y duerme un poco.

Todos le ayudaron a acostarse. Alguien recogió la almohada que habían lanzado por el aire de una patada y la colocó bajo su cabeza. En cuanto Baiken cerró los ojos, la cólera que le había llenado fue sustituida por sonoros ronquidos.

Los hombres intercambiaron gestos de asentimiento y se retiraron, dispersándose en la niebla de la madrugada. Todos ellos eran chusma, subordinados o saqueadores como Tsujikaze Temma de Ibuki y Tsujikaze Kōhei de Yasugawa, que ahora se hacía llamar Shishido Baiken. O bien eran parásitos al pie de la escala en la sociedad abierta. Obligados por los tiempos cambiantes, se habían convertido en granjeros, artesanos o cazadores, pero aún tenían dientes que estaban prestos a hincarse en personas honradas cuando surgiera la oportunidad.

Los únicos sonidos en la casa eran los que producían los habitantes de la casa

dormidos y el mordisqueo de una rata de campo.

En el rincón del pasadizo que conectaba el taller y la cocina, junto a un gran horno de tierra, había un montón de leña. Por encima colgaba un paraguas y pesadas capas pluviales de paja. En las sombras entre el horno y la pared, una de las capas de paja se movió, lenta y silenciosamente, avanzando pared arriba hasta que quedó colgada de un clavo.

De repente la oscura figura de un hombre pareció salir de la misma pared, Musashi no se había alejado un solo paso de la casa. Tras salir de debajo del edredón, abrió la puerta de la herrería y luego se mezcló con la leña, bajando la capa de lluvia para cubrirse mejor.

Cruzó en silencio la herrería y miró a Baiken. Pensó que tenía adenoides, pues los ronquidos eran descomunales. La situación le pareció cómica, y sus labios dibujaron una sonrisa.

Permaneció allí un momento, pensando. Desde todos los puntos de vista, había ganado aquel encuentro con Baiken. La victoria era indiscutible. No obstante, el hombre acostado allí era el hermano de Tsujikaze Temma y había intentado asesinarle para consolar al espíritu de su difunto hermano..., un sentimiento admirable para un simple saqueador.

¿Debía Musashi acabar con él? Si le dejaba con vida, seguiría buscando una oportunidad de vengarse, y no había duda de que lo más seguro sería matarle allí mismo sin más dilación. Pero seguía pendiente la cuestión de si aquel hombre merecía que se tomara la molestia de matarlo.

Reflexionó durante un rato y por fin dio con lo que parecía la solución correcta. Fue a la pared a los pies de Baiken y descolgó una de las armas del herrero. Mientras extraía la hoja del surco, examinó el rostro del durmiente. Entonces, envolviendo un papel húmedo alrededor de la hoja, la colocó cuidadosamente sobre el cuello de Baiken. Retrocedió y contempló su obra.

El molinillo también dormía. Musashi pensó que, de no ser por la envoltura de papel, el juguete podría despertarse por la mañana y girar frenéticamente a la vista de la cabeza de su dueño caída desde la almohada.

Cuando Musashi mató a Tsujikaze Temma, tenía una razón para hacerlo y, en cualquier caso, aún ardía en él la fiebre de la batalla. Pero no tenía nada que ganar arrebatando la vida del herrero. Y, ¿quién podía saberlo? Si le mataba, el dueño infantil del molinillo podría pasarse la vida tratando de vengar el asesinato de su padre.

Aquella fue una noche en la que Musashi pensó mucho en sus padres. Allí, al lado de la familia dormida, sintió un poco de envidia. Notaba en el aire el leve aroma dulzón de la leche materna. Incluso se sintió un poco reacio a marcharse.

Les habló en su corazón: «Siento haberos molestado. Dormid bien».

Sigilosamente abrió la puerta principal y salió.

El caballo volador

Era ya noche cerrada cuando Otsū y Jōtarō llegaron a la barrera. Se alojaron en una fonda y reanudaron su viaje antes de que se hubiera disipado la niebla matinal. Desde el monte Fudesute, se dirigieron a Yonkenjaya, donde empezaron a notar el calor del sol naciente en sus espaldas.

—¡Qué hermoso! —exclamó Otsū, deteniéndose a contemplar el gran disco dorado.

La joven parecía llena de ánimo y esperanza. Era uno de esos momentos maravillosos en los que todos los seres vivos, incluso las plantas y los animales, no pueden por menos que experimentar satisfacción y orgullo por su existencia aquí en la tierra.

—Somos los primeros en la carretera —comentó Jōtarō con evidente placer—. Ni un alma delante de nosotros.

—Pareces jactarte por ello, pero ¿qué importa?

—A mí me importa mucho.

—¿Crees acaso que eso acortará el camino?

—No, no se trata de eso. Es sólo que da gusto ser el primero, incluso en la carretera. Has de admitir que es mejor que ir detrás de palanquines o caballos.

—Eso es cierto.

—Cuando no hay nadie más en la carretera donde estoy, tengo la sensación de que me pertenece.

—En ese caso, ¿por qué no finges ser un gran samurai a caballo que supervisa sus inmensas propiedades? Yo seré tu ayudante. —Otsū cogió una vara de bambú y, agitándola ceremoniosamente, dijo con un sonsonete—: ¡Inclinaos todos! ¡Inclinaos todos ante su señoría!

Un hombre les dirigió una mirada inquisitiva desde debajo de los aleros de una casa de té. Al ser sorprendida jugando como una niña, ella se ruborizó y apretó el paso.

—No puedes hacer eso —protestó Jōtarō—. No debes abandonar a tu señor y huir. ¡Si lo haces, deberé castigarte a muerte!

—No quiero jugar más.

—Eras tú la que jugaba, no yo.

—Sí, pero tú empezaste. ¡Oh, el hombre de la casa de té todavía nos mira! Debe de creer que somos bobos.

—Entremos ahí.

—¿Para qué?

—Tengo hambre.

—¿Ya?

—¿No podríamos comer ahora la mitad de las bolas de arroz que hemos traído para almorzar?

—Ten paciencia. Ni siquiera hemos recorrido dos millas. Si te dejara, harías cinco comidas al día.

—Es posible, pero no me verás viajando en palanquín o a caballo, como haces tú.

—Eso fue únicamente anoche, y sólo porque estaba oscureciendo y teníamos que darnos prisa. Si tanto te ha molestado, hoy caminaré todo el día.

—Hoy me toca a mí montar a caballo.

—Los niños no necesitan montar.

—Pero quiero montar. ¿Puedo hacerlo? Por favor.

—Quizá, pero sólo hoy.

—He visto un caballo atado junto a la casa de té. Podríamos alquilarlo.

—No, todavía es demasiado pronto.

—¡Entonces no has dicho en serio que podría montar!

—Sí, lo he dicho en serio, pero ni siquiera estás cansado todavía. Alquilar un caballo sería un derroche de dinero.

—Sabes perfectamente bien que nunca me canso. No me cansaría aunque caminásemos durante cien días e hiciéramos mil millas. Si tengo que esperar hasta que me agote, nunca montaré a caballo. Vamos, Otsū, alquilemos el caballo ahora, mientras no hay gente por delante de nosotros. Sería mucho más seguro que cuando la carretera esté concurrida. ¡Por favor!

Al ver que si seguían así perderían el tiempo que habían ganado al salir temprano, Otsū cedió, y Jōtarō, intuyéndolo antes incluso de que ella hiciera un gesto de asentimiento, dio media vuelta y echó a correr hacia la casa de té.

Aunque había cuatro casas de té en la vecindad, como indicaba el nombre Yonkenjaya, se encontraban en diversos lugares en las laderas de los montes Fudesute y Kutsukake. El establecimiento ante el que habían pasado era el único a la vista.

Jōtarō se dirigió al propietario y le gritó:

—¡Eh, oye, quiero un caballo! Saca uno para mí.

El viejo estaba quitando los postigos, y el fuerte grito del muchacho le sacudió hasta despertarle del todo. En tono áspero, gruñó:

—¡A qué viene todo esto! ¿Por qué tienes que gritar así?

—Necesito un caballo. Por favor, prepara uno ahora mismo. ¿Cuánto vale hasta Minakuchi? Si no es demasiado, incluso podría alquilarlo hasta Kusatsu.

—Vamos a ver, ¿de quién eres tú, muchacho?

—Soy el hijo de mi madre y mi padre —replicó Jōtarō con descaro.

—Pensé que podrías ser el vástago revoltoso del dios de las tormentas.

—Tú eres el dios de las tormentas, ¿no es cierto? Pareces tan loco como un rayo.

—¡Mocoso!

—Anda, tráeme el caballo.

—Según veo, crees que ese caballo es para alquilar. Pues bien, no lo es. Me temo que no tendré el honor de prestárselo a su señoría.

Jōtarō imitó el tono de voz del hombre y le dijo:

—¿Entonces, señor, no tendré el placer de alquilarlo?

—Eres insolente, ¿eh? —gritó el nombre.

Cogió del fuego bajo el horno un leño ardiente y lo lanzó al muchacho. El palo llameante pasó por el lado de Jōtarō sin tocarle, pero alcanzó al viejo caballo atado bajo los aleros. El animal soltó un relincho desgarrador y se encabritó, golpeándose el lomo contra una viga.

—¡Bastardo! —exclamó el propietario. Salió del local farfullando maldiciones y corrió hacia el animal.

Mientras desataba la cuerda y llevaba el caballo al patio lateral, Jōtarō empezó de nuevo:

—Por favor, préstamelo.

—No puedo.

—¿Por qué no?

—No tengo caballerizo para traer al animal de regreso.

Otsū, que ya había llegado y estaba al lado de Jōtarō, sugirió que, si no había ningún caballerizo, ella podía pagar la tarifa por adelantado y enviar el caballo desde Minakuchi con un viajero que fuese en aquella dirección. Su actitud suplicante ablandó al viejo, y decidió que podía confiar en ella. Dándole la cuerda, le dijo:

—En ese caso, puedes llevártelo a Minakuchi, o incluso a Kusatsu si lo deseas. Lo único que pido es que me lo devuelvas.

Cuando se pusieron en marcha, Jōtarō, enojadísimo, comentó:

—¡Qué te parece eso! Me ha tratado como a un burro y luego, en cuanto ha visto una cara bonita...

—Será mejor que tengas cuidado con lo que dices sobre el viejo, porque su caballo está escuchando. Puede que se enfade y te derribe.

—¿Crees que esta vieja jaca de débiles patas puede conmigo?

—No sabes montar, ¿no es cierto?

—Claro que sé montar.

—¿Qué haces entonces, tratando de subir desde atrás?

—¡Bueno, ayúdame a subir!

—¡Eres un fastidio! —La joven le puso las manos bajo las axilas y lo alzó al lomo del animal.

Desde aquella altura Jōtarō miró majestuosamente a su alrededor.

—Por favor, Otsū, camina delante.

—No estás bien sentado.

—No te preocupes, estoy bien.

—De acuerdo, pero vas a lamentarlo.

Otsū cogió la cuerda con una mano y agitó la otra, despidiéndose del propietario. Se pusieron en camino.

Apenas habían recorrido un centenar de pasos cuando oyeron un fuerte grito procedente de la niebla detrás de ellos, acompañado por el sonido de pisadas apresuradas.

—¿Quién puede ser? —preguntó Jōtarō.

—¿Nos llama a nosotros? —dijo Otsū, perpleja.

Detuvieron el caballo y miraron a su alrededor. La sombra de un hombre empezó a tomar forma en la bruma grisácea. Al principio sólo distinguieron contornos, luego colores, pero el hombre no tardó en estar lo bastante cerca para que pudieran distinguir su aspecto general y edad aproximada. Un aura diabólica rodeaba su cuerpo, como si le acompañara un violento torbellino. Se acercó en seguida al lado de Otsū, se detuvo y, con un rápido movimiento, le arrebató la cuerda de la mano.

—¡Baja! —ordenó, mirando furibundo a Jōtarō.

El caballo dio unos saltitos hacia atrás.

—¡No puedes hacer esto! —gritó el chiquillo, aferrándose a las crines—. ¡Yo he alquilado este caballo, no tú!

El hombre soltó un bufido y se volvió hacia Otsū:

—¡Tú, mujer!

—¿Sí? —dijo Otsū en voz baja.

—Me llamo Shishido Baiken. Vivo en el pueblo de Ujii, arriba, en las montañas, más allá de la barrera. Por razones que no voy a explicar, estoy buscando a un hombre llamado Miyamoto Musashi. Ha pasado por aquí en algún momento antes de que amaneciera. Probablemente pasó hace horas, así que he de darme prisa para alcanzarle en Yasugawa, en la frontera de Ōmi. Cédeme tu caballo.

Había hablado con mucha rapidez, la respiración entrecortada. En el aire frío, la niebla se condensaba en flores de hielo sobre el ramaje de los árboles, pero el cuello del hombre estaba empapado en sudor y brillaba como una piel de serpiente.

Otsū permaneció muy quieta, el rostro mortalmente pálido, como si la tierra bajo sus pies le hubiera absorbido toda la sangre. Con labios temblorosos, deseaba desesperadamente preguntar y asegurarse de que había oído bien. No podía pronunciar palabra.

—¿Has dicho Musashi? —balbuceó Jōtarō. Seguía aferrado a las crines del caballo, pero le temblaban brazos y piernas.

Baiken tenía demasiada prisa para reparar en su reacción de sorpresa.

—Vamos, haz lo que te digo —le ordenó—. Baja del caballo y hazlo rápido, o te daré una paliza. —Blandió el extremo de la cuerda como si fuese un látigo.

Jōtarō sacudió la cabeza porfiadamente.

—No lo haré.

—¿Cómo que no lo harás?

—Es mi caballo y no puedes quedártelo. No me importa la prisa que tengas.

—¡Ten cuidado! He sido muy amable y lo he explicado todo, porque no sois más que una mujer y un niño que viajáis solos, pero...

—¿No es cierto, Otsū? —le interrumpió Jōtarō—. No tenemos que darle el caballo, ¿verdad?

Otsū sintió deseos de abrazar al chiquillo. Por lo que a ella respectaba, no se trataba tanto del caballo como de impedir que aquel monstruo avanzara más.

—Es cierto —respondió—. Estoy segura de que tenéis mucha prisa, señor, pero nosotros también. Podéis alquilar uno de los caballos que suben y bajan con regularidad la montaña. Tal como dice el muchacho, es injusto que tratéis de quitarnos nuestro caballo.

—No bajaré —repitió Jōtarō—. ¡Moriré antes de hacerlo!

—¿Estás decidido a no cederme el caballo? —inquirió Baiken ásperamente.

—Deberías haber sabido desde el principio que no lo haríamos —dijo Jōtarō con gravedad.

—¡Hijo de perra! —gritó Baiken, enfurecido por el tono del muchacho.

Aferrado a las crines del caballo, Jōtarō parecía minúsculo. Baiken le agarró una pierna y empezó a tirar de él. Aquél era el momento para que Jōtarō utilizara su espada de madera, pero en su confusión se olvidó completamente del arma. Enfrentado a un enemigo mucho más fuerte que él, la única defensa que se le ocurrió fue escupirle a Baiken en la cara, cosa que hizo una y otra vez.

Otsū estaba aterrorizada. El temor de que aquel hombre la hiriese o matara le producía un sabor ácido y seco en la boca. Pero ceder y darle el caballo era impensable. Estaba persiguiendo a Musashi, y cuanto más pudiera retrasar ella al desalmado, más tiempo tendría aquél para huir. No le importaba que la distancia entre Musashi y ella también aumentara, precisamente cuando sabía que los dos estaban en la misma carretera. Se mordió el labio y gritó:

—¡No puedes hacer esto!

Entonces golpeó a Baiken en el pecho con una fuerza que ni siquiera ella sabía que poseía.

Baiken, que todavía se estaba limpiando los escupitajos de la cara, quedó desconcertado, y en este instante la mano de Otsū cogió la empuñadura de su espada.

—¡Zorra! —gritó, tratando de agarrarle la muñeca.

Entonces aulló de dolor, pues la espada ya estaba parcialmente fuera de la vaina y, en vez del brazo de Otsū, había cerrado la mano alrededor de la hoja.

Las puntas de dos dedos de la mano derecha de Baiken cayeron al suelo.

Sujetándose la mano sangrante, Baiken dio un salto atrás, y ese movimiento hizo que la espada se deslizara por completo fuera de la vaina. El acero destellante que se extendía desde la mano de Otsū, arañó el suelo y descansó detrás de ella.

Baiken había cometido un error todavía más grave que el de la noche anterior. Maldiciéndose por su falta de precaución, intentó incorporarse. Otsū, que ahora no temía nada, descargó lateralmente la hoja contra él, pero era un arma grande, de hoja ancha y casi tres pies de longitud, que no cualquier hombre habría podido manejar con facilidad. Cuando Baiken la esquivó, las manos de la mujer vacilaron y se tambaleó hacia adelante. Notó una rápida torsión de sus muñecas, y un chorro de sangre rojo negruzco le salpicó el rostro. Tras un instante de aturdimiento, comprendió que la espada había cortado la grupa del caballo.

La herida no era profunda, pero el caballo hizo un ruido temible, encabritándose y coceando de un modo salvaje. Baiken, gritando de una manera ininteligible, cogió la muñeca de Otsū e intentó arrebatarle su espada, pero en aquel momento el caballo los derribó a los dos. Entonces, alzándose sobre las patas traseras, relinchó estrepitosamente y partió carretera abajo como una flecha disparada por un arco, con Jōtarō agarrado a su lomo y la sangre brotando de la herida en la grupa.

Baiken avanzó dando traspiés en medio de una nube de polvo. Sabía que no podía dar alcance al animal, por lo que dirigió su mirada colérica al lugar donde había estado Otsū. La muchacha no estaba allí.

Al cabo de un momento, localizó su espada al pie de un alerce, y se abalanzó para recuperarla. Cuando se levantaba, una idea cruzó por su mente: ¡tenía que existir alguna conexión entre aquella mujer y Musashi! Y si era amiga de Musashi, sería un cebo excelente. Como mínimo, sabría adonde se dirigía su amigo.

A medias corriendo y a medias deslizándose por el terraplén al lado de la carretera, rodeó el edificio con tejado de paja de una granja, echó un vistazo bajo el suelo y en el almacén, mientras una vieja encorvada como una jorobada ante una rueca dentro de la casa le miraba con espanto.

Entonces avistó a Otsū, que corría por un espeso bosque de cedros hacia el valle situado más allá, donde había trechos cubiertos por nieve tardía.

Baiken bajó por la ladera con la fuerza de un alud y pronto cubrió la distancia entre ellos.

—¡Zorra! —le gritó, mientras extendía la mano izquierda y le tocaba el cabello.

Otsū cayó al suelo y se aferró a las raíces de un árbol, pero resbaló y su cuerpo cayó por el borde del risco, donde quedó colgando como un péndulo. Tierra y guijarros cayeron sobre su rostro mientras alzaba la vista hacia los grandes ojos y la espada reluciente de Baiken.

—¡Necia! —le dijo él con desprecio—. ¿Crees que ahora puedes salirte con la tuya?

Otsū miró abajo y vio que a cincuenta o sesenta pies un arroyo discurría por el suelo del valle. Curiosamente, no tenía miedo, pues veía que el valle era su salvación. Podía escapar cuando quisiera, sólo tenía que soltarse del árbol y arrojarse al vacío. Sentía la muerte cercana, pero más que pensar en ello su mente se centraba en una sola imagen, la de Musashi. Le parecía verle, su rostro como la luna llena en un cielo tormentoso.

Baiken se apresuró a cogerla por las muñecas, la alzó y arrastró un trecho, alejándola del precipicio.

En aquel momento uno de sus sicarios le llamó desde la carretera.

—¿Qué estás haciendo ahí abajo? Será mejor que nos demos prisa. El viejo de esa casa de té ha dicho que esta mañana un samurai le ha despertado antes del alba, ha encargado una caja de comida y salido a toda prisa hacia el valle de Kaga.

—¿El valle de Kaga?

—Eso es lo que ha dicho. Pero da lo mismo que vaya ahí o que cruce el monte Tsuchi hasta Minakuchi, pues las carreteras se juntan en Ishibe. Si vamos rápidamente a Yasugawa, podremos cogerle allí.

Baiken daba la espalda al hombre, mirando fijamente a Otsū, que estaba en cuclillas ante él, como atrapada por la fiereza de sus ojos.

—¡Eh! —rugió—. Bajad aquí los tres.

—¿Por qué?

—¡Bajad en seguida!

—Si perdemos tiempo, Musashi nos dejará atrás en Yasugawa.

—¡Eso no importa!

Los tres hombres formaban parte del grupo que la noche anterior había emprendido la búsqueda infructuosa. Acostumbrados a abrirse paso por las montañas, bajaron a toda prisa por la pendiente como otros tantos jabalíes. Al llegar al saledizo donde estaba Baiken, vieron a Otsū. Su jefe les puso rápidamente al corriente de la situación.

—Bien, ahora la ataremos y nos la llevaremos con nosotros —dijo Baiken, antes de ponerse en marcha a través del bosque.

Los hombres ataron a la joven, pero no podían evitar apiadarse de ella. Yacía impotente en el suelo, con la cabeza vuelta a un lado. Miraron azorados el perfil de su pálida cara.

Baiken ya estaba en el valle de Kaga. Se detuvo, miró atrás y gritó a sus secuaces que estaban en el risco:

—Nos encontraremos en Yasugawa. Tomaré un atajo, pero vosotros seguid por la carretera. Y mantened los ojos bien abiertos.

—Sí, señor —corearon los hombres.

Baiken corrió entre las rocas como una cabra montesa y pronto se perdió de vista.

Jōtarō avanzaba a la velocidad del rayo carretera abajo. A pesar de lo viejo que era, el caballo estaba tan enloquecido que habría sido imposible detenerle con una simple cuerda aunque Jōtarō hubiera sabido usarla. La herida causada por la espada le ardía como si le aplicaran una antorcha, y corría ciegamente, subiendo una colina, bajando a un pequeño valle, pasando como una exhalación por los pueblos.

Sólo por pura suerte Jōtarō no salió despedido.

—¡Cuidado! —gritaba una y otra vez, como una letanía—. ¡Cuidado!

Como ya no podía sostenerse aferrándose a las crines, rodeaba con los brazos el cuello del animal, apretándolo con todas sus fuerzas. Tenía los ojos cerrados.

Cuando la grupa del caballo se alzaba en el aire, con ella ascendía Jōtarō. Era cada vez más evidente que sus gritos no servían de nada, por lo que sus súplicas cedieron gradualmente el paso a un lamento angustiado. Cuando rogó a Otsū que le permitiera montar a caballo por una sola vez, pensaba en lo estupendo que sería galopar a voluntad en un espléndido corcel, pero al cabo de unos minutos de carrera desbocada ya había tenido suficiente.

Jōtarō confiaba en que alguien, cualquiera, tuviera la valentía de coger la cuerda flotante y detener al caballo. En esto era demasiado optimista, pues ni los viajeros ni los aldeanos estaban dispuestos a correr el riesgo de lesionarse por algo que no era asunto suyo. Lejos de ayudarle, todo el mundo corría a ponerse a salvo en la cuneta y lanzaban insultos al que les parecía un jinete irresponsable.

Muy pronto había atravesado el pueblo de Mikumo y llegado a la población de Natsumi, con sus numerosas posadas. De haber sido un jinete experto que dominara a la perfección su montura, podría haberse colocado la palma en la frente para contemplar tranquilamente las hermosas montañas y los valles de Iga, los picos de Nunobiki, el río Yokota y, a lo lejos, las aguas del lago Biwa, tersas como la superficie de un espejo.

—¡Para! ¡Para! ¡Para! —Las palabras de su letanía habían cambiado, y ahora su tono era más angustiado. Mientras bajaban por la colina Kōji, su grito volvió a cambiar bruscamente—: ¡Socorro!

El caballo se precipitó por la empinada pendiente, con Jōtarō rebotando como una pelota en su lomo.

Más o menos a un tercio de la pendiente, un gran roble sobresalía de un risco a la izquierda, y una de sus ramas más pequeñas se extendía perpendicular a la carretera. Cuando Jōtarō sintió las hojas en el rostro, se agarró con ambas manos, creyendo que los dioses habían escuchado su plegaria y habían hecho que la rama se extendiera ante él. Tal vez tenía razón. Saltó como una rana y, un instante después, colgaba del aire, con las manos firmemente sujetas a la rama por encima de su cabeza. El caballo prosiguió su carrera, un poco más rápido ahora que se había quedado sin jinete.

La distancia al suelo no era superior a diez pies, pero Jōtarō no se atrevía a soltarse, pues en su estado de conmoción veía la corta distancia hasta el suelo como un gran abismo, y se agarró a la rama con todas sus fuerzas, cruzando las piernas sobre ella y preguntándose febrilmente qué podía hacer. El problema quedó resuelto cuando la rama se rompió con un fuerte chasquido. Por un atroz instante, Jōtarō creyó que aquello era el fin, pero al cabo de un segundo estaba sentado en el suelo, ileso.

—¡Fiu! —fue todo lo que pudo decir.

Permaneció sentado inmóvil unos minutos, con el ánimo deprimido, si no quebrantado, pero entonces recordó por qué estaba allí y se puso en pie de un salto.

Sin pensar en la distancia que había recorrido, gritó:

—¡Otsū!

Subió corriendo la cuesta, empuñando con firmeza la espada de madera.

—¿Qué puede haberle ocurrido? ¡Otsū! ¡Otsū!

Poco después se encontró con un hombre que vestía un kimono rojo grisáceo y bajaba por la cuesta. El desconocido llevaba un hakama de cuero y dos espadas, pero no vestía manto.

Tras pasar por el lado de Jōtarō, miró por encima del hombro y dijo:

—¡Eh, oye! —Jōtarō se volvió, y el hombre le preguntó—: ¿Pasa algo?

—Vienes del otro lado de la colina, ¿verdad? —preguntó a su vez el muchacho.

—Sí.

—¿Has visto a una mujer bonita de unos veinte años?

—Sí, por cierto.

—¿Dónde?

—En Natsumi vi a unos saqueadores que caminaban con una muchacha. Ésta tenía los brazos atados a la espalda, cosa que, naturalmente, me pareció rara, pero no tenía ningún motivo para inmiscuirme. Me atrevería a decir que los hombres eran de la banda de Tsujikaze Kōhei, el cual trasladó hace unos años toda una aldea de matones desde Yasugawa al valle de Suzuka.

—Se trataba de ella, estoy seguro. —Jōtarō echó a andar, pero el hombre le detuvo.

—¿Viajabais juntos?

—Sí. Se llama Otsū.

—Si corres riesgos absurdos harás que te maten antes de que puedas ayudar a nadie. ¿Por qué no esperas aquí? Han de pasar por este lugar más tarde o más temprano. De momento, cuéntame lo que ha sucedido. Tal vez pueda darte algún consejo.

El muchacho depositó de inmediato su confianza en el hombre y le contó todo lo que había ocurrido desde la mañana.

El hombre asentía de vez en cuando bajo su sombrero de juncos. Cuando Jōtarō

finalizó su relato, le dijo:

—Comprendo lo apurado de tu situación, pero a pesar de tu valor, una mujer y un chiquillo no están en condiciones de enfrentarse a los hombres de Kōhei. Creo que será mejor que rescate a Otsū..., ¿es ése su nombre?, en tu lugar.

—¿Crees que te la entregarán?

—Es posible que no baste con pedírselo simplemente, pero ya pensaré en ello cuando llegue el momento. Entretanto, escóndete entre los arbustos y no te muevas.

Mientras Jōtarō seleccionaba un grupo de arbustos y se ocultaba, el hombre siguió bajando la ladera a paso vivo. Por un momento Jōtarō se preguntó si le habría engañado. ¿Le habría dicho aquel rōnin sólo unas pocas palabras para animarle y había reanudado su camino para ponerse a salvo? Lleno de inquietud, alzó la cabeza por encima de los arbustos, pero oyó voces y la agachó de nuevo.

Uno o dos minutos después Otsū apareció a la vista, rodeada por tres hombres y con las manos atadas firmemente a la espalda. Uno de sus blancos pies presentaba un corte con sangre coagulada.

Uno de los rufianes dio un empujón a la joven en el hombro y gruñó:

—¿Qué estás buscando a tu alrededor? ¡Vamos, camina más rápido!

—Estoy buscando a mi compañero de viaje. ¿Qué puede haberle ocurrido?... ¡Jōtarō!

—¡Calla!

Jōtarō se disponía a gritar y salir de su escondrijo cuando el rōnin regresó, esta vez sin el sombrero de juncos. Tenía veintiséis o veintisiete años y era de tez oscura. Su mirada resuelta no se desviaba a derecha ni izquierda. Mientras subía la cuesta iba diciendo, como si hablara consigo mismo:

—¡Es espantoso, realmente espantoso!

Cuando pasó ante Otsū y sus captores, musitó un saludo y siguió caminando apresuradamente.

—Eh —le dijo uno de ellos—. ¿No eres el sobrino de Watanabe? ¿Qué es eso tan espantoso?

Watanabe se llamaba una antigua familia del distrito, y el cabeza actual de la misma era Watanabe Hanzō, un experto altamente respetado en las tácticas marciales ocultas conocidas globalmente como ninjutsu.

—¿Es que no habéis oído?

—¿Oído qué?

—Al pie de esta colina hay un samurai llamado Miyamoto Musashi, preparado para librar una gran pelea. Está en medio de la carretera con la espada desenvainada, e interroga a todo el que pasa. Tiene la mirada más fiera que he visto jamás.

—¿Musashi está haciendo eso?

—Así es. Vino a mi encuentro y me preguntó mi nombre. Le dije que soy Tsuge

Sannojō, el sobrino de Watanabe Hanzō, y que procedo de Iga. Él me pidió disculpas y me dejó pasar. La verdad es que ha sido muy cortés, y ha dicho que, como no tengo ninguna relación con Tsujikaze Kōhei, no tengo nada que temer.

—¿Ah, sí?

—Le pregunté qué ha ocurrido. Ha dicho que Kōhei está en la carretera con sus sicarios, dispuestos a capturarle y darle muerte. Ha decidido quedarse donde está y hacer frente ahí al ataque. Parece dispuesto a luchar hasta el final.

—¿Estás diciendo la verdad, Sannojō?

—Claro que sí. ¿Por qué habría de mentiros?

Los tres hombres palidecieron. Se miraron unos a otros nerviosamente, sin saber a ciencia cierta lo que debían hacer a continuación.

—Será mejor que tengáis cuidado —les dijo Sannojō, reanudando aparentemente su camino cuesta arriba.

—¡Sannojō!

—¿Qué?

—No sé qué deberíamos hacer. Incluso nuestro jefe ha dicho que ese Musashi es más fuerte de lo normal.

—La verdad es que parece tener mucha confianza en sí mismo. Cuando se me acercó con esa espada, desde luego no sentí deseos de enfrentarme a él.

—¿Qué crees que deberíamos hacer? Por orden del jefe estamos llevando a esta mujer a Yasugawa.

—No creo que eso tenga nada que ver conmigo.

—No seas así. Échanos una mano.

—¡Ni hablar de ello! Si os ayudara y mi tío lo descubriera, me desheredaría. Desde luego, podría daros algún consejo.

—¡Bueno, habla! ¿Qué crees que deberíamos hacer?

—Humm... En primer lugar, podríais atar esta mujer a un árbol y abandonarla. Así os moveríais con más rapidez.

—¿Algo más?

—No deberíais tomar esa carretera. Aunque esté un poco más lejos, podríais ir a Yasugawa por la carretera del valle e informar a la gente de lo ocurrido. Entonces podríais rodear a Musashi y cercarle gradualmente.

—No es mala idea.

—Pero tened muchísimo cuidado. Musashi luchará por su vida y cuando se vaya de este mundo se llevará unas cuantas almas consigo. Preferiríais evitar eso, ¿no es cierto?

Los hombres se apresuraron a aceptar la sugerencia de Sannojō, llevaron a Otsū a una arboleda y la ataron a un tronco. Entonces se marcharon, pero no tardaron en regresar para ponerle una mordaza.

—Así está bien —dijo uno de ellos.

—Vámonos.

Se internaron en el bosque. Jōtarō, agachado detrás de los arbustos, esperó juiciosamente antes de alzar la cabeza para mirar a su alrededor, y no vio a nadie, ni viajeros ni saqueadores ni a Sannojō.

—¡Otsū! —gritó. Salió de su escondite haciendo cabriolas. Encontró en seguida a la joven, la desató y cogió de la mano. Corrieron hacia la carretera—. ¡Vámonos de aquí! —le urgió.

—¿Qué hacías ahí escondido?

—¡No importa! ¡Larguémonos!

—Espera un momento —le dijo Otsū, deteniéndose para atusarse el cabello, enderezar el cuello del kimono y colocarse bien el obi.

Jōtarō chascó la lengua.

—Éste no es momento para acicalarse —se quejó—. ¿No puedes dejarlo para más tarde?

—Pero ese rōnin ha dicho que Musashi estaba al pie de la colina.

—¿Por eso te has puesto guapa?

—No, claro que no —dijo Otsū, defendiéndose con una seriedad casi cómica—. Pero si Musashi está tan cerca no tenemos nada de qué preocuparnos, y puesto que podemos dar por finalizados nuestros problemas, me siento lo bastante tranquila y segura para pensar en mi aspecto.

—¿Crees que ese rōnin ha visto realmente a Musashi?

—Naturalmente. Por cierto, ¿dónde está?

—Se marchó, sin más. Es un tanto extraño, ¿no crees?

—¿Nos vamos ya? —le dijo Otsū.

—¿Seguro que estás lo bastante guapa?

—¡Jōtarō!

—Sólo bromeaba. Pareces muy feliz.

—Tú también.

—Lo soy, y no intento ocultarlo como haces tú. Gritaré a todo el que pueda oírme: «¡Soy feliz!». —Hizo unas cabriolas, agitando los brazos y brincando, y entonces dijo—: Será muy decepcionante que Musashi no esté ahí, ¿verdad? Creo que voy corriendo a ver si está.

Otsū se tomó su tiempo. Su corazón ya había volado al pie de la ladera, con una rapidez que las piernas de Jōtarō no podrían emular jamás.

«Tengo un aspecto espantoso», pensó mientras examinaba su pie lesionado, así como la tierra y las hojas adheridas a las mangas de su kimono.

—¡Vamos! —gritó Jōtarō—. ¿Por qué andas con tanta lentitud? —Por el deje de su voz, Otsū tuvo la certeza de que el muchacho había visto a Musashi.

«Por fin», se dijo. Hasta entonces había tenido que buscar consuelo en su interior, y estaba cansada de ello. Sentía cierto orgullo, tanto de sí misma como hacia los dioses, por haberse mantenido fiel a su objetivo. Ahora que estaba a punto de ver nuevamente a Musashi, su espíritu bailaba de alegría. Sabía que era la euforia de la ilusión, pues no podía predecir si Musashi aceptaría su entrega. Su alegría ante la perspectiva de verle sólo estaba empañada por la atormentadora premonición de que el encuentro podría entristecerla.

En la vertiente umbría de la colina Kōji la tierra estaba helada, pero en la casa de té cerca del pie hacía tanto calor que las moscas revoloteaban. Aquélla era una población de paso, con numerosas fondas, y el establecimiento vendía té a los viajeros, así como diversos productos que necesitaban los campesinos del distrito, desde dulces baratos a envolturas de paja para las patas de los bueyes. Jōtarō se detuvo ante la casa de té. Era el único chiquillo entre la multitud adulta y ruidosa.

—¿Dónde está Musashi? —preguntó Otsū, mirando inquisitivamente a su alrededor.

—No está aquí —replicó Jōtarō, desanimado.

—¿No está aquí? ¡Ha de estar!

—Mira, no le encuentro por ninguna parte, y el tendero ha dicho que no ha visto por aquí a un samurai como ése. Debe de haber algún error. —Aunque el muchacho parecía decepcionado, no estaba abatido.

Otsū no habría dudado en admitir que no había tenido ninguna razón para alimentar tantas esperanzas, pero la despreocupada respuesta del niño la irritó. Sorprendida y un poco enfadada por su indiferencia, le preguntó:

—¿Le has buscado allí?

—Sí.

—¿Y detrás del poste miliar de Kōshin?

—He mirado y no está ahí.

—¿Detrás de la casa de té?

—¡Te he dicho que no está aquí! —Otsū desvió el rostro—. ¿Estás llorando? —le preguntó el muchacho.

—No es asunto tuyo —replicó ella bruscamente.

—No te comprendo. Casi siempre pareces juiciosa, pero a veces te comportas como una niña pequeña. ¿Cómo habríamos podido saber si la historia de Sannojō era cierta o no? Tú sola has decidido que lo era, y ahora, cuando descubres que estabas equivocada te echas a llorar. Las mujeres estáis locas. —Dicho esto, el muchacho se echó a reír.

Otsū deseaba sentarse allí y abandonar la búsqueda. En un instante, la luz se había extinguido en su vida. Se sentía tan privada de esperanza como antes, ahora incluso más. Los dientes de leche cariados del risueño Jōtarō le disgustaron. Se preguntó,

encolerizada, por qué tenía que llevar consigo a un niño como aquel, y experimentó el impulso de abandonarle allí mismo.

Era cierto que también él buscaba a Musashi, pero le quería sólo como maestro. Para ella, Musashi era la misma vida. Jōtarō podía reírse de todo y recuperar en seguida su talante animado, pero Otsū carecería durante varios días de la energía necesaria para seguir adelante. En algún lugar de su mente juvenil, Jōtarō tenía la alegre certidumbre de que un día, más tarde o más temprano, encontraría de nuevo a Musashi. Otsū no tenía la misma creencia en un final feliz. Había sido demasiado optimista al creer que aquel día iba a ver a Musashi, y ahora oscilaba hacia el extremo contrario y se preguntaba si la vida seguiría así eternamente, sin que ella volviera a ver o hablar al hombre amado.

Los que aman buscan una filosofía y, por ello, gustan de la soledad. En el caso de Otsū, que era huérfana, existía también la aguda sensación de aislamiento de los demás. En respuesta a la indiferencia de Jōtarō, frunció el ceño y se alejó en silencio de la casa de té.

—¡Otsū!

Era la voz de Sannojō, el cual salió de su escondite tras el poste miliar de Kōshin y se dirigió a ella a través del agostado sotobosque. Las vainas de sus espadas estaban mojadas.

—No has dicho la verdad —le dijo Jōtarō en tono acusador.

—¿Qué quieres decir?

—Dijiste que Musashi estaba esperando al pie de la colina. ¡Era mentira!

—¡No seas estúpido! —le reprochó Sannojō—. Gracias a esa mentira Otsū ha podido escapar, ¿no es cierto? ¿De qué te quejas? ¿No crees que deberías darme las gracias?

—¿De modo que sólo era una historia inventada para engañar a esos hombres?

—Naturalmente.

Volviéndose a Otsū con una expresión de triunfo, el chiquillo le dijo:

—¿Lo ves? ¿No te lo dije?

Otsū creía tener perfecto derecho a estar enfadada con Jōtarō, pero no había ninguna razón para que guardara rencor a Sannojō. Le hizo varias reverencias y le agradeció efusivamente que la hubiera salvado.

—Esos rufianes de Suzuka están mucho más domesticados que antes, pero si acechan a alguien no es probable que esa persona pueda recorrer esta carretera a salvo. No obstante, por lo que he oído contar de ese Musashi que os preocupa tanto, me parece que es demasiado listo para caer en una de sus trampas.

—¿Hay otras rutas a Ōmi aparte de ésta? —le preguntó Otsū.

—Las hay, en efecto —replicó Sannojō, alzando los ojos hacia los picos montañosos que relucían bajo el sol del mediodía—. Si vais al valle de Iga, hay una

carretera que lleva a Ueno, y desde el valle de Ano hay otra que va a Yokkaichi y Kuwana. Debe de haber otros tres o cuatro caminos de montaña y atajos. Yo diría que Musashi abandonó temprano la carretera principal.

—¿Crees entonces que aún está a salvo?

—Es lo más probable. Por lo menos está más seguro que vosotros dos. Hoy habéis sido rescatados, pero si seguís en esta carretera los hombres de Tsujikaze volverán a atraparos en Yasugawa. Si podéis subir por una cuesta bastante empinada, venid conmigo y os enseñaré un sendero que casi nadie conoce.

Asintieron en seguida. Sannojō les guió por encima del pueblo de Kaga hasta el puerto de montaña de Makado, desde donde un camino descendía a Seto en Ōmi.

Tras explicarles con detalle cómo debían continuar, les dijo:

—Ahora estáis fuera de peligro. Mantened ojos y oídos abiertos y buscad un lugar seguro donde refugiaros antes de que anochezca.

Otsū le dio las gracias por todo lo que había hecho y empezó a marcharse, pero Sannojō la miró fijamente y le dijo:

—Ahora vamos a separarnos, ¿sabes? —Estas palabras estaban cargadas de intención, y los ojos del hombre tenían una expresión bastante dolida—. Durante el camino, a cada momento me decía: «¿Va a preguntármelo ahora?», pero no lo has hecho.

—¿Preguntarte qué?

—Mi nombre.

—Pero ya oí tu nombre cuando estábamos en la colina Kōji.

—¿Lo recuerdas?

—Por supuesto. Eres Tsuge Sannojō, el sobrino de Watanabe Hanzō.

—Gracias. No te pido que me estés agradecido eternamente ni nada por el estilo, pero confío en que me recuerdes siempre.

—Claro, siempre tendré una gran deuda contigo.

—No me refiero a eso. Lo que quería decir es..., bueno, todavía estoy soltero. Si mi tío no fuese tan estricto, me gustaría llevarte a mi casa ahora mismo... Pero veo que tienes mucha prisa. Mira, encontrarás una pequeña fonda unas millas más adelante y podréis pasar la noche allí. Conozco bien al dueño, así que menciónale mi nombre. ¡Adiós!

Cuando se hubo ido, una extraña sensación embargó a Otsū. Desde el principio, no había podido determinar qué clase de persona era Sannojō, y cuando se separaron sintió como si hubiera escapado de las garras de un animal peligroso. A pesar del efusivo agradecimiento que le había expresado, en su corazón no se sentía realmente agradecida.

Jōtarō, a pesar de que tendía a simpatizar con los desconocidos, reaccionó de un modo muy similar. Cuando bajaban del puerto de montaña, comentó:

—Ese hombre no me gusta.

Otsū no quería hablar mal de Sannojō a sus espaldas, pero admitió que tampoco a él le gustaba, y añadió:

—¿Qué crees que quería decir con eso de que aún está soltero?

—Oh, ha dado a entender que un día te pedirá en matrimonio.

—¡Pero eso es absurdo!

Los dos recorrieron el resto del camino hasta Kyoto sin ningún incidente, aunque decepcionados al no encontrar a Musashi en ninguno de los lugares en los que habían puesto sus esperanzas: ni en Ōmi, a orillas del lago, ni en el puente Kara en Seta ni en la barrera de Osaka.

Desde Keage se mezclaron con las multitudes que se trasladaban al final del año, cerca de la entrada a la ciudad en la avenida Sanjō. En la capital, las fachadas de las casas estaban decoradas con las ramas de pino tradicionales en las fiestas de Año Nuevo. La visión de los adornos animó a Otsū, la cual, en lugar de lamentar las oportunidades perdidas del pasado, resolvió esperar con ilusión el futuro y las oportunidades que guardaba de encontrar a Musashi. Allí estaba el gran puente de la avenida Gojō, y el primer día del año era inminente. Si no se presentaba aquella mañana, la segunda o la tercera... Él había dicho que estaría allí con toda seguridad, Otsū lo sabía por Jōtarō. Aunque no acudiera para reunirse con ella, sólo verle y hablarle de nuevo sería suficiente.

La posibilidad de que pudiera encontrarse con Matahachi era la nube más oscura que ensombrecía su sueño. Según Jōtarō, Musashi había comunicado su mensaje sólo a Akemi, y era posible que Matahachi no lo hubiera recibido. Otsū rezó para que así fuese, para que viniera Musashi pero no Matahachi.

La joven caminó más despacio, pensando que Musashi podría hallarse en medio de aquella multitud. Entonces un escalofrío le recorrió la espina dorsal y empezó a caminar más rápido. La temible madre de Matahachi también podría materializarse en cualquier momento.

Jōtarō no tenía la menor preocupación. Los colores y los ruidos de la ciudad, vistos y oídos tras una larga ausencia, le regocijaban.

—¿Vamos a ir directamente a una fonda? —preguntó a su compañera con aprensión.

—No, aún no.

—¡Estupendo! Sería triste estar entre cuatro paredes mientras afuera hay luz. Caminemos un poco más. Parece que allí hay un mercado.

—No tenemos tiempo para ir al mercado. Tenemos que ocuparnos de asuntos importantes.

—¿Qué asuntos?

—¿Te has olvidado de la caja que llevas a la espalda?

—Ah, eso.

—Sí, eso. No podré estar tranquila hasta haber encontrado la mansión del señor Karasumaru Mitsuhiro y entregado las pinturas.

—¿Vamos a quedarnos en su casa esta noche?

—Claro que no. —Otsū se echó a reír, mirando hacia el río Kamo—. ¿Crees que un gran noble como él dejaría dormir bajo su techo a un chiquillo sucio y piojoso como tú?

La mariposa en invierno

Akemi salió sigilosamente de la posada de Sumiyoshi sin decir nada a nadie. Se sentía como un pájaro liberado de su jaula, pero aún no se había recuperado lo suficiente de su roce con la muerte para volar demasiado alto. Las cicatrices dejadas por la violencia de Seijūrō no desaparecerían fácilmente. Éste había destrozado su sueño de entregarse sin mancha al hombre verdaderamente amado.

A bordo de la embarcación que remontaba el curso del Yodo hacia Kyoto, la muchacha sentía que toda el agua del río no equivaldría a las lágrimas que deseaba verter. Pasaban por su lado otras embarcaciones de remo, cargadas de adornos y suministros para la celebración del Año Nuevo, y ella las contemplaba y se decía: «Ahora, aunque llegara a encontrar a Musashi...». Lágrimas de aflicción se desprendieron de sus ojos. Nadie podría haber sabido jamás con cuánta ansiedad e ilusión había esperado la mañana del Año Nuevo, cuando ella le encontrara en el gran puente de la avenida Gojō.

Su añoranza de Musashi se había hecho más profunda e intensa. El hilo del amor se había alargado y ella lo había enrollado en una madeja dentro de su pecho. En el transcurso de los años, había ido devanando el hilo a base de recuerdos lejanos y fragmentos de rumores, enrollándolo en aquella bola para hacerlo cada vez mayor. Hasta pocos días antes, había atesorado sus sentimientos juveniles, llevándolos consigo como una fresca flor silvestre de las laderas del monte Ibuki. Ahora la flor en su interior estaba aplastada. Aunque era improbable que alguien más supiera lo que había ocurrido, imaginaba que todo el mundo la miraba y lo sabía.

En Kyoto, bajo la luz menguante del crepúsculo, Akemi caminó entre los sauces sin hojas y las pagodas en miniatura de Teramachi, cerca de la avenida Gojō. Parecía tan herida y desamparada como una mariposa en invierno.

—¡Eh, guapa! —le dijo un hombre—. Tienes suelto el cordón del obi. ¿Quieres que te lo ate?

Era delgado, vestía pobremente y hablaba de un modo grosero, pero llevaba las dos espadas de un samurai.

Akemi no le había visto nunca, pero los parroquianos de las tabernas en la vecindad podrían haberle dicho que se llamaba Akakabe Yasoma y que en las noches de invierno deambulaba por las calles de los barrios bajos sin hacer nada. Sus desgastadas sandalias de paja batieron contra las plantas de sus pies cuando corrió en pos de Akemi y recogió el extremo suelto del cordón de su obi.

—¿Qué estás haciendo sola en este lugar desierto? No creo que seas una de esas locas que salen en las farsas *kyōgen*, ¿verdad? Tienes una cara bonita. ¿Por qué no te arreglas un poco el pelo y paseas como las demás chicas? —Akemi siguió andando, fingiendo carecer de oídos, pero Yasoma confundió esta actitud con timidez—.

Pareces una chica de ciudad. ¿Qué has hecho? ¿Has huido de casa? ¿O tienes un marido del que intentas escapar?

Akemi no le respondió.

—Deberías tener cuidado. Una chica bonita como tú, deambulando como aturdida y con aspecto de tener alguna dificultad... No sabes lo que te podría ocurrir. Aquí no tenemos la clase de ladrones y rufianes que antes vagaban alrededor de Rashōmon, pero hay muchos saqueadores, y se les hace la boca agua cuando ven una mujer. Y también hay vagabundos y tipos que compran y venden mujeres.

Aunque Akemi no decía una sola palabra, Yasoma insistía, respondiendo a sus propias preguntas cuando era necesario.

—Es muy peligroso, de veras. Dicen que ahora venden en Edo mujeres de Kyoto por unos precios muy altos. Hace mucho tiempo, llevaban mujeres desde aquí a Hiraizumi, en el nordeste, pero ahora su destino es Edo. Y eso se debe a que el segundo shōgun, Hidetada, está construyendo la ciudad tan rápido como puede. Ahora todos los burdeles de Kyoto están abriendo allí sucursales.

Akemi guardaba silencio.

—Destacarías en cualquier parte, así que deberías andarte con cuidado. Si no vigilas, podrías toparte con algún canalla. ¡Es terriblemente peligroso!

La muchacha ya estaba harta. Echando las mangas sobre los hombros, con un gesto colérico, se volvió al hombre e hizo un fuerte sonido siseante para que se callara.

Yasoma se limitó a reír.

—¿Sabes? Creo que realmente estás loca.

—¡Calla y márchate!

—Bueno, ¿no lo estás?

—¡El loco eres tú!

—¡Ja, ja, ja! Eso lo demuestra. Estás loca. Lo siento por ti.

—¡Si no me dejas en paz, te tiraré una piedra!

—Vamos, mujer, no quieres hacer eso, ¿no es cierto?

—¡Vete de aquí, bestia!

Su apariencia orgullosa enmascaraba el terror que en realidad sentía. Tras gritar a Yasoma, echó a correr hacia un campo de miscanthus, donde en otro tiempo se alzó la mansión del señor Komatsu y su jardín lleno de faroles de piedra. Le pareció nadar a través de las altas hierbas oscilantes.

—¡Espera! —le gritó Yasoma, yendo tras ella como un perro de caza.

Por encima de la colina Toribe se alzó la luna, cuyo aspecto era el de la sonrisa salvaje de una diablesa.

No había nadie en las inmediaciones. Las personas más cercanas estaban a unas trescientas varas. Era un grupo que descendía lentamente por una ladera, pero no

habrían acudido a rescatarla aun cuando hubieran oído sus gritos, pues regresaban de un funeral. Vestidos con blancas ropas de luto y sombreros atados con cintas blancas, llevaban los rosarios en las manos. Algunos todavía lloraban.

De repente, Akemi recibió un fuerte empujón desde atrás, tropezó y cayó.

—Oh, perdona —le dijo Yasoma, y se echó encima de ella, sin dejar de disculparse—. ¿Te he hecho daño? —le preguntó solícitamente, abrazándola.

Desbordante de ira, Akemi abofeteó el rostro barbudo, pero eso no desconcertó al hombre. Incluso pareció gustarle. Se limitó a entrecerrar los ojos y sonreír mientras ella le pegaba. Entonces la abrazó con más fuerza y restregó su cuello contra el de ella. La barba era para Akemi como un millar de agujas clavándose en su piel. Apenas podía respirar. Mientras le arañaba desesperadamente, una de sus uñas le rasgó el interior de una fosa nasal, produciendo un arroyo de sangre. Pero Yasoma no aflojó la férrea presa de sus brazos.

La campana en la Sala de Amida que estaba en la colina Toribe sonaba de un modo fúnebre, expresando el lamento por la impermanencia de todas las cosas y la vanidad de la vida. Pero su sonido no impresionaba a los dos mortales que forcejeaban y cuyos movimientos hacían oscilar con violencia los marchitos miscanthus.

—Cálmate, deja de pelear —le suplicó él—. No has de temer nada. Te haré mi novia. Eso te gustaría, ¿eh?

—¡Sólo quiero morir! —gritó Akemi. La aflicción que contenía su voz sobresaltó a Yasoma.

—¿Por qué? ¿Qu..., qué te ocurre? —tartamudeó.

En su posición agazapada, con las manos, las rodillas y el pecho muy juntos, Akemi parecía un capullo de sazanka. Yasoma empezó a consolarla y lisonjearla, confiando en que una vez calmada se rendiría. No debía de ser la primera vez que se encontraba en una situación semejante. Más bien parecía agradarle, pues su cara brillaba de placer, sin que perdiera su aspecto amenazante. No tenía ninguna prisa. Lo mismo que un gato, disfrutaba jugando con su víctima.

—No llores —le dijo—. No hay ningún motivo para llorar. —La besó en una oreja y siguió diciendo—: Debes de haber estado con un hombre antes de ahora. A tu edad, no puedes ser inocente.

¡Seijūrō! Akemi recordó lo sofocada y angustiada que estuvo en la ocasión anterior, y cómo el marco de la puerta corredera se empañó ante sus ojos.

—¡Espera! —le dijo.

—¿Que espere? Muy bien, esperaré —dijo él, confundiendo por pasión el calor de su cuerpo febril—. Pero no trates de escapar o me enfadaré.

Soltando un áspero gruñido, ella torció los hombros y se zafó de la mano del hombre. Mirándole furibunda, se levantó lentamente.

—¿Qué intentas hacerme?

—¡Ya sabes lo que quiero!

—Crees que puedes tratar a las mujeres como si fueran imbéciles, ¿eh? ¡Todos los hombres lo hacéis! Pues bien, soy una mujer, pero tengo temple. —La sangre le rezumaba del labio, donde se había hecho un rasguño con una hoja de miscanthus. Mordiéndose el labio, se echó a llorar de nuevo.

—Hablas de una manera muy extraña. ¿Qué otra cosa puedes ser si no una loca?

—¡Digo lo que me da la gana! —gritó ella.

Empujándole el pecho con todas sus fuerzas, echó a correr entre los miscanthus, que se extendían hasta donde alcanzaba su vista a la luz de la luna.

—¡Me mata! ¡Socorro! ¡Me mata!

Yasoma se abalanzó tras ella. Antes de que Akemi hubiera dado diez pasos, la atrapó y derribó de nuevo. Las blancas piernas de la muchacha eran visibles bajo el kimono, el cabello le caía alrededor de la cara, y yacía con la mejilla contra el suelo. Su kimono estaba entreabierto, y el viento frío rozaba sus blancos senos.

Cuando Yasoma estaba a punto de saltar sobre ella, algo muy duro aterrizó en las proximidades de una de sus orejas. Se le nubló la vista y gritó de dolor. Cuando se volvía para ver qué era aquello, el objeto duro se estrelló contra su cabeza. Esta vez difícilmente pudo sentir dolor, pues perdió el conocimiento de inmediato y cayó, su cabeza moviéndose como la de un tigre de papel. El hombre que le había atacado, un sacerdote mendicante, estaba al lado del cuerpo derribado y boquiabierto. Sostenía el shakuhachi con el que le había golpeado.

—¡El maldito bruto! —exclamó—. Pero ha caído con más facilidad de lo que esperaba.

El sacerdote miró a Yasoma durante un rato, preguntándose si no sería más piadoso matarle de una vez. Lo más probable era que, si recobraba la conciencia, nunca volviera a estar en su sano juicio.

Akemi miraba a su salvador sin comprender. Aparte del shakuhachi, no había nada que le identificara como un sacerdote. A juzgar por las ropas sucias y la espada que le colgaba a un costado, podría haber sido un samurai empobrecido o incluso un mendigo.

—Ya ha pasado todo —le dijo—. No tienes que preocuparte más.

Akemi se recobró de su aturdimiento, le dio las gracias y empezó a alisarse el cabello y el kimono. Pero al escudriñar la oscuridad que la rodeaba sus ojos seguían llenos de temor.

—¿Dónde vives? —le preguntó el sacerdote.

—¿Eh? Vivir..., ¿quieres decir dónde está mi casa?

La muchacha se cubrió el rostro con las manos. Entre sollozos intentó responder a las preguntas del sacerdote, pero no podía sincerarse con él. Parte de lo que le decía

era cierto... Su madre era distinta a ella, su madre trataba de intercambiar su cuerpo por dinero, ella había huido de Sumiyoshi... Pero todo lo demás lo improvisó.

—Preferiría morir que volver a casa —se quejó—. ¡He tenido que aguantar tanto de mi madre! ¡Me ha avergonzado de tantas maneras! Imagínate, incluso de pequeña tenía que ir al campo de batalla y robar objetos a los soldados muertos.

Temblaba de odio hacia su madre. Aoki Tanzaemon la ayudó a recorrer una pequeña hondonada, donde reinaba el silencio y el viento no era tan frío. Llegaron a un templete en ruinas. El sacerdote sonrió y le dijo:

—Aquí es donde vivo. No es mucho, pero me gusta.

Aunque no se le ocultaba que sus palabras eran un poco groseras, Akemi no pudo evitar preguntarle:

—¿Dices en serio que vives aquí?

Tanzaemon empujó una puerta con rejilla e hizo una señal a Akemi para que entrara. La muchacha titubeó.

—Dentro se está más caliente de lo que puedas pensar —dijo él—. Todo lo que tengo para cubrir el suelo son unas delgadas esterillas de paja, pero de todos modos eso es mejor que nada. ¿Temes que yo pueda ser como ese bruto?

Akemi sacudió la cabeza en silencio. Tanzaemon no la asustaba, intuía que era un buen hombre y, en cualquier caso, era mayor, debía de tener más de cincuenta años. Su aprensión se debía a la suciedad del templete y el olor que despedían el cuerpo y las ropas de Tanzaemon. Pero no tenía ningún otro lugar adonde ir. No quería ni pensar en lo que podría ocurrir si Yasoma o alguien como él la encontraba. Y su frente ardía de fiebre.

—¿No seré una molestia para ti? —le preguntó mientras subía los escalones.

—En absoluto. A nadie le importará que te quedes aquí durante meses si lo deseas.

El interior del edificio estaba negro como la pez, y era la clase de ambiente preferido por las ratas.

—Espera un momento —le dijo Tanzaemon.

Akemi oyó el sonido de metal contra pedernal, y poco después una pequeña lámpara, que debía de haber sido recogida entre las basuras, arrojó una luz débil. La muchacha miró a su alrededor y vio que aquel hombre extraño tenía allí almacenadas las cosas básicas de una vivienda: una o dos cacerolas, algunos platos, una almohada de madera y varias esterillas de paja. El sacerdote le dijo que le prepararía unas gachas de alforfón y empezó a trajinar con un brasero de barro roto. Primero colocó un poco de carbón, luego unas astillas y, tras producir unas chispas, sopló hasta lograr una llama.

«Es un viejo amable», pensó Akemi. Mientras empezaba a sentirse más tranquila, el lugar ya no le parecía tan sucio.

—Bueno, ya está —dijo el sacerdote—. Pareces febril, y has dicho que estabas cansada. Probablemente te has resfriado. ¿Por qué no te acuestas un rato hasta que la comida esté lista?

—Le indicó una yacija improvisada, hecha con esterillas de paja y sacos de arroz.

Akemi extendió unos papeles que tenía consigo sobre la almohada de madera y, musitando una disculpa por descansar mientras él trabajaba, se tendió. Para cubrirse disponía de los restos en jirones de una red mosquitera. Empezó a taparse, pero al mover la red un animal de ojos brillantes saltó de debajo y dio un brinco por encima de su cabeza. Akemi gritó y escondió el rostro en la yacija.

Tanzaemon estaba más sorprendido que Akemi. Dejó caer el saco del que sacaba la harina que vertía en el agua, derramando la mitad sobre sus rodillas.

—¿Qué ha sido eso? —gritó.

Akemi, ocultando todavía el rostro, respondió:

—No lo sé. Parecía más grande que una rata.

—Probablemente era una ardilla. A veces acuden, cuando huelen comida. Pero no la veo por ninguna parte.

Akemi alzó ligeramente la cabeza y exclamó:

—¡Ahí está!

—¿Dónde?

Tanzaemon se irguió y volvió la cabeza. Encaramado sobre la barandilla del santuario interior, de donde la estatua de Buda desapareciera mucho tiempo atrás, había un mono pequeño, agazapado y temeroso bajo la dura mirada de Tanzaemon.

El sacerdote estaba perplejo, pero el mono parecía haber decidido que no tenía nada que temer. Tras recorrer varias veces arriba y abajo la barandilla de color bermellón desvaído, volvió a sentarse y, levantando la cara, que era como un melocotón peludo, se puso a parpadear.

—¿De dónde crees que ha salido? ¡Aja! Ya lo veo. Debe de haber esparcida por ahí una buena cantidad de arroz. —Se acercó al animal, pero éste se anticipó a sus movimientos y de un salto se escondió en el santuario—. Es listo, el pequeño demonio. Si le damos algo de comer, probablemente no hará ninguna trastada. Dejémosle en paz. —Sacudiéndose la harina de las manos, volvió a sentarse ante el brasero—. No hay nada que temer, Akemi. Descansa un poco.

—¿Crees que se comportará?

—Sí, no es salvaje. Debe de pertenecer a alguien. No tienes que preocuparte. ¿Estás lo bastante caliente?

—Sí.

—Entonces duerme. Ése es el mejor remedio contra un resfriado.

Puso más harina en el agua y agitó las gachas con unos palillos. Ahora el fuego ardía vivamente, y mientras la mezcla se calentaba, empezó a cortar unas cebolletas.

La tabla que usaba era la superficie de una vieja mesa y el cuchillo una pequeña daga oxidada. Sin lavarse las manos, recogió las cebolletas cortadas, las puso en un cuenco de madera y luego quitó los restos de la tabla de cortar, convirtiéndola en una bandeja.

El vapor de la cacerola burbujeante calentó poco a poco la estancia. Sentado con los brazos alrededor de sus piernas largas y delgadas, el ex samurai contemplaba el caldo con avidez. Parecía feliz y ansioso, como si el recipiente que hervía ante él contuviera el placer más refinado de la humanidad.

La campana del templo Kiyomizu sonó como cada noche. La austeridad del invierno, que duraba treinta días, había finalizado, y el Año Nuevo era inminente, pero como siempre que el año se aproximaba a su final, la carga en las almas de la gente parecía hacerse más pesada. Hasta altas horas de la noche los suplicantes hacían sonar los diminutos gongs sobre la entrada del templo mientras se inclinaban para orar, y los cánticos quejumbrosos que invocaban la ayuda de Buda se sucedían monótonamente.

Mientras Tanzaemon removía lentamente las gachas para impedir que se quemaran, reflexionaba: «Estoy recibiendo mi castigo y expío mis pecados, pero ¿qué habrá sido de Jōtarō?... El niño no hizo nada censurable. Oh, Kannon bendita, te ruego que castigues al padre por sus pecados, pero mira con generosa misericordia al hijo...».

De súbito un grito interrumpió su plegaria:

—¡Bestia!

Con los ojos todavía cerrados por el sueño y el rostro apretado contra la almohada de madera, Akemi estaba llorando amargamente. Siguió delirando hasta que el sonido de su voz la despertó.

—¿Hablaba en sueños? —preguntó.

—Sí, me has sobresaltado —replicó Tanzaemon, el cual acudió a su lado y le secó la frente con un trapo frío—. Estás sudando mucho. Debe de ser por la fiebre.

—¿Qué..., qué he dicho?

—Pues muchas cosas.

—¿Qué clase de cosas? —El rostro febril de Akemi enrojeció más a causa de la turbación, y tiró de la red mosquitera para cubrírselo.

Sin responderle directamente, Tanzaemon le dijo:

—Hay un hombre al que quisieras maldecir, ¿no es cierto, Akemi?

—¿He dicho eso?

—Humm. ¿Qué ocurrió? ¿Te abandonó?

—No.

—Comprendo —dijo él, llegando a su propia conclusión.

Akemi se irguió en la yacija.

—Oh, ¿qué debería hacer ahora? ¿Quieres decírmelo?

Se había jurado a sí misma que nunca revelaría su vergüenza secreta a nadie, pero la cólera y la tristeza, unidas a la sensación de pérdida encerrada en su interior, eran excesivas para soportarlas a solas. Apoyada en la rodilla de Tanzaemon, le contó todo lo ocurrido, sollozando y gimiendo a lo largo del relato.

—¡Quiero morir! —exclamó quejumbrosa al finalizar—. ¡Déjame morir!

La respiración de Tanzaemon se hizo más cálida. Hacía mucho tiempo que no había estado tan cerca de una mujer, y su aroma le quemaba el olfato y los ojos. Los deseos carnales, que creía haber superado, empezaron a crecer, como si recibieran un influjo de sangre cálida, y su cuerpo, hasta entonces tan poco vibrante como un árbol estéril y seco, adquirió nueva vida. Recordó algo que ya había olvidado: que tenía pulmones y corazón debajo de las costillas.

—Humm —musitó—. De modo que Yoshioka Seijūrō es esa clase de hombre.

Sintió un odio profundo hacia Seijūrō. No se trataba sólo de indignación, sino que una especie de celos le tensaron los hombros, como si una hija suya hubiera sido violada. Mientras Akemi sollozaba sobre su rodilla, experimentó una sensación de intimidad, y en su semblante apareció una expresión perpleja.

—Vamos, vamos, no llores. Tu corazón sigue siendo casto. No es como si hubieras permitido que ese hombre te hiciera el amor, ni como si le hubieras correspondido. Lo importante para una mujer no es su cuerpo sino su corazón, y la castidad es asunto del ser interior. Incluso cuando una mujer no se entrega a un hombre, si le contempla con lujuria se vuelve, por lo menos mientras dura el sentimiento, impura y sucia.

Esas palabras abstractas no consolaban a Akemi, cuyas cálidas lágrimas humedecían el kimono del sacerdote y seguía diciendo que quería morir.

—Vamos, deja de llorar —repitió Tanzaemon, dándole unas palmaditas en la espalda.

Pero el temblor de su blanco cuello no despertaba en él una auténtica compasión. Aquella piel suave, de olor tan dulce, ya le había sido robada por otro hombre.

Al observar que el mono se había aproximado a la cacerola y estaba comiendo, el sacerdote apartó bruscamente la cabeza de Akemi, agitó el puño y maldijo al animal. No había la menor duda de que la comida era más importante para él que el sufrimiento de una mujer.

A la mañana siguiente Tanzaemon anunció que iba al pueblo con su escudilla de mendigo.

—Quédate aquí durante mi ausencia —dijo a la muchacha—. Tengo que recoger algún dinero para comprarte medicina, y luego necesitaremos arroz y aceite para comer algo caliente.

Su sombrero no era hondo y de juncos tejidos, como el la mayoría de los sacerdotes itinerantes, sino un sombrero ordinario de bambú, y sus sandalias de paja, desgastadas y con los tacones hendidos, raspaban el suelo cuando el hombre arrastraba los pies. Todo en él era desaliñado, no sólo su mostacho. Sin embargo, aunque era un espantapájaros ambulante, tenía la costumbre de salir a mendigar todos los días, a menos que lloviera.

Como no había pasado una buena noche, aquella mañana estaba semidormido. Akemi, tras desahogarse llorando y contando sus penas, se tomó las gachas, que le hicieron sudar copiosamente, y durmió como un tronco el resto de la noche. En cambio él no pudo cerrar los ojos hasta el alba. Incluso mientras caminaba bajo el brillante sol matinal, la causa de su insomnio le acompañaba. No podía quitársela de la mente.

«Tiene más o menos la misma edad de Otsū —se decía—, pero su temperamento es del todo distinto. Otsū tiene gracia y refinamiento, pero hay algo frío en ella. Akemi es atractiva tanto si ríe como si llora o hace pucheros.»

Los sentimientos juveniles despertados en las células desecadas de Tanzaemon por los fuertes rayos del encanto de Akemi le hacían tener aguda conciencia de su edad. Durante la noche, cuando la miraba solícitamente cada vez que ella se movía en su sueño, una advertencia diferente había sondado en su corazón: «¡Qué estúpido rematado soy! ¿No he aprendido todavía? Aunque llevo la sobrepelliz del sacerdote y toco el shakuhachi del mendicante, todavía estoy muy lejos de alcanzar la iluminación clara y perfecta de P'u-hua. ¿Alcanzaré alguna vez la sabiduría que me liberará de este cuerpo?».

Tras reconvenirse así durante largo rato, cerró sus tristes ojos e intentó dormir, pero fue inútil. Al amanecer resolvió de nuevo dejar de lado los malos pensamientos, pero Akemi era una muchacha encantadora. Había sufrido mucho y él debía tratar de consolarla. Tenía que demostrarle que no todos los hombres eran unos demonios lujuriosos.

Se preguntaba qué presente podría llevarle, además de la medicina, cuando regresara por la noche. Durante la jornada, mientras deambulara tendiendo la escudilla de las limosnas, le alentaría ese deseo de hacer algo para que Akemi se sintiera un poco más feliz. Eso sería suficiente, no tenía mayores deseos.

Más o menos al mismo tiempo que recobraba su compostura y el color volvía a su cara, oyó un aleteo por encima de un risco a su lado. La sombra de un gran halcón cruzó el suelo y Tanzaemon vio caer una pluma gris de un pájaro pequeño desde una rama de roble, en la arboleda sin hojas que cubría la ladera. Sujetando al pájaro con sus garras, el halcón alzó el vuelo, mostrando el reverso de sus alas.

Cerca de allí una voz de hombre gritó: «¡Conseguido!», y el halconero llamó a su ave con un silbido.

Instantes después, Tanzaemon vio a dos hombres con atuendo de caza que bajaban por la ladera detrás del Ennenji. El halcón estaba posado en el puño izquierdo de uno de ellos, el cual llevaba una bolsa de mallas para colocar las presas en el costado opuesto al ocupado por sus dos espadas. Un perro de caza marrón y de aspecto inteligente trotaba detrás.

Kojirō se detuvo y examinó su entorno.

—Sucedió ayer por la noche en esta zona —estaba diciendo—. Mi mono se peleaba con el perro y éste le mordió la cola. Entonces se escondió y no volvió a aparecer. Me pregunto si estará en alguno de estos árboles.

Seijūrō, que parecía bastante malhumorado, se sentó en una piedra.

—¿Por qué habría de estar todavía aquí? También él tiene patas. En cualquier caso, no entiendo por qué traes un mono cuando vas de caza con halcones.

Kojirō se acomodó en las raíces de un árbol que sobresalían de la tierra.

—No lo he traído conmigo, pero no puedo evitar que me siga, y estoy tan acostumbrado a él que cuando no está a mi lado lo echo en falta.

—Creía que sólo a las mujeres y las personas ociosas les gusta tener monos y perros falderos, pero supongo que estaba equivocado. Cuesta imaginar que un guerrero estudiante como tú tenga tanto cariño a un mono.

Como había visto actuar a Kojirō en el dique de Kema, Seijūrō sentía ya un saludable respeto por su pericia con la espada, pero sus gustos y su manera de vivir en general le parecían demasiado juveniles. Compartir el mismo techo en los últimos días había convencido a Seijūrō de que la madurez sólo se adquiere con la edad. Aunque le resultaba difícil respetar a Kojirō como persona, esto, en cierto sentido, le facilitaba la asociación con él.

Kojirō replicó risueño:

—Eso se debe a que soy demasiado joven. Uno de estos días empezarán a gustarme las mujeres y entonces probablemente me olvidaré por completo del mono.

Kojirō siguió charlando con ligereza y buen humor, pero el semblante de Seijūrō estaba cada vez más ensombrecido por la preocupación. Su nerviosa mirada no era muy distinta de la del halcón posado en su mano. De repente preguntó irritado:

—¿Qué está haciendo ahí ese sacerdote mendigo? Míralo, se ha quedado mirándonos desde que llegamos aquí.

Seijūrō examinó con suspicacia a Tanzaemon, y Kojirō se volvió para mirarle.

Tanzaemon dio media vuelta y se alejó caminando lenta y pesadamente. Seijūrō se levantó bruscamente.

—Quiero ir a casa, Kojirō . Lo mires como lo mires, éste no es momento de salir de caza. Es ya el vigésimo noveno día del mes.

Kojirō se rió y, con un leve tono desdeñoso, replicó:

—Hemos salido a cazar, ¿no es cierto? Sólo hemos cobrado una tórtola y un par

de tordos. Deberíamos seguir intentándolo colina arriba.

—No, dejémoslo por hoy. No tengo ganas de cazar, y cuando no me apetece cazar el halcón no vuela como es debido. Volvamos a casa y practiquemos. —Entonces añadió, como si hablara consigo mismo—: Eso es lo que necesito hacer, practicar.

—Bien, si tienes que regresar, te acompañaré. —Echó a andar al lado de Seijūrō, pero no parecía muy satisfecho—. Supongo que me equivoqué al sugerirlo.

—¿Sugerir qué?

—Que fuésemos a cazar ayer y hoy.

—No te preocupes por eso. Sé que tu intención era buena. Lo único que sucede es que estamos a fin de año y la confrontación con Musashi es inminente.

—Por eso pensé que te iría bien salir de caza. Así podrías relajarte y adquirir el estado de ánimo adecuado. Supongo que no eres la clase de persona que puede hacer eso.

—Humm. Cuanto más oigo hablar de Musashi, más convencido estoy de que no hay que subestimarle.

—Tanto más motivo para evitar excitarte o ceder al pánico. Deberías disciplinar tu espíritu.

—No siento pánico. La primera lección del arte de la guerra es no tomar a la ligera a tu enemigo, y creo que es de sentido común practicar al máximo antes de la pelea. Si perdiera, por lo menos sabría que he hecho todo lo posible. Si el hombre es mejor que yo, bueno...

Aunque apreciaba la sinceridad de Seijūrō, Kojirō percibía en él una pequeñez de espíritu que le haría muy difícil mantener la reputación de la escuela Yoshioka. Seijūrō carecía de la visión personal necesaria para seguir las huellas de su padre y dirigir adecuadamente la enorme escuela, y Kojirō lo sentía por él. En su opinión, el hermano menor, Denshichirō tenía un carácter más fuerte, pero era también un juerguista incorregible y, aunque como espadachín superaba en destreza a Seijūrō, la reputación de la casa Yoshioka no le interesaba lo más mínimo.

Kojirō quería que Seijūrō se olvidara del inminente encuentro con Musashi, pues creía que ésa sería la mejor preparación para él. Le habría gustado preguntarle qué esperaba aprender entre aquel momento y el encuentro, pero prefirió callarse. «Bueno —se dijo con resignación—, este hombre es así y no creo que pueda hacer gran cosa por ayudarle.»

El perro había echado a correr y ladraba ferozmente a lo lejos.

—¡Eso significa que ha encontrado alguna presa! —exclamó Kojirō con los ojos brillantes.

—Déjale hacer. Ya nos dará alcance más tarde.

—Iré a echar un vistazo. Espérame aquí.

Kojirō corrió en la dirección de los ladridos y al cabo de uno o dos minutos vio al

perro en la terraza de un viejo y ruinoso templo. El animal saltaba contra la desvencijada puerta con rejilla y retrocedía. Tras varios intentos, empezó a arañar los desgastados postes de laca roja y las paredes del edificio.

Intrigado por el motivo de su excitación, Kojirō fue a otra puerta. Miró a través de la rejilla, pero era como mirar el interior de un jarrón de laca negra.

El chirrido que produjo al abrir la puerta atrajo de inmediato al perro, que llegó a su lado meneando la cola. Kojirō lo apartó de un puntapié, pero sin resultado. Cuando entró en el edificio, el perro lo hizo también y se le adelantó.

Los gritos de la mujer eran desgarradores, la clase de gritos capaces de romper el cristal. Entonces el perro se puso a aullar y se estableció una competición de capacidad pulmonar entre él y la mujer que gritaba. Kojirō se preguntó si las vigas se partirían. Corrió adelante y descubrió a Akemi tendida bajo la red mosquitera y al mono, que había saltado a la ventana para huir del perro, escondido detrás de ella.

Akemi estaba entre el perro y el mono, cerrando el paso al perro, y éste la atacó. Mientras ella rodaba a un lado, el aullido del perro fue en crescendo.

Ahora Akemi gritaba de dolor más que de miedo. Los dientes del perro se habían cerrado alrededor de su antebrazo. Kojirō soltó un juramento y le dio una violenta patada en el costillar. La fuerza del impacto bastó para matarle, pero incluso después de una segunda patada, los dientes del perro siguieron firmemente aferrados al brazo de la muchacha.

—¡Suéltame! ¡Suéltame! —gritaba ella, retorciéndose en el suelo.

Kojirō se arrodilló a su lado y abrió las mandíbulas del perro, produciendo un sonido como si separase dos trozos de madera pegados con cola. La boca del animal se abrió; un poco más de fuerza por parte de Kojirō y la cabeza del perro se habría partido en dos. Arrojó el cadáver fuera y se acercó a Akemi.

—Ya ha pasado todo —le dijo en tono consolador, pero el antebrazo de Akemi desmentía sus palabras. La sangre que manaba sobre la piel blanca daba a la mordedura el aspecto de una peonía carmesí.

Kojirō se estremeció al verlo.

—¿No tienes sake? Debería lavar la herida con sake... No, supongo que no lo habrá en un sitio como éste. —La sangre cálida fluía por el antebrazo y llegaba a la muñeca—. Tengo que hacer algo, o el veneno de los dientes del perro podría volverte loca. Se ha portado de una manera extraña en los últimos días.

Mientras Kojirō trataba de pensar con rapidez en lo que podría hacer, Akemi juntó las cejas, echó atrás su encantador cuello blanco y dijo:

—¿Loca? ¡Oh, qué maravilloso! Así es cómo quiero estar... ¡Loca! ¡Completamente loca, loca de atar!

—¿Qu..., qué te ocurre? —tartamudeó Kojirō .

Entonces se inclinó sobre el antebrazo de la muchacha y le succionó con la boca

la sangre de la herida. Cuando tuvo la boca llena escupió la sangre, volvió a aplicar la boca a la piel blanca y succionó hasta que se le hincharon las mejillas.

Por la noche Tanzaemon regresó de su ronda cotidiana.

—Ya estoy aquí, Akemi —anunció al entrar en el templo—. ¿Te has sentido sola durante mi ausencia?

Depositó la medicina en un rincón, junto con la comida y el tarro de aceite que había comprado, y dijo:

—Espera un momento. Encenderé una luz.

Cuando encendió la vela, vio que no había nadie en la estancia.

—¡Akemi! —gritó—. ¿Dónde puede haber ido?

Su amor unilateral se convirtió de repente en cólera, a la que sustituyó rápidamente la soledad. De nuevo Tanzaemon recordó que nunca volvería a ser joven, que no había más honor ni más esperanza para él. Pensó en su cuerpo avejentado y se estremeció.

—La rescaté y cuidé de ella —gruñó—, y ahora se ha ido sin decir palabra. ¿Es así cómo el mundo ha de ser siempre? ¿Es ella así? ¿O tal vez sospechaba de mis intenciones?

En la yacija encontró un trozo de tela, al parecer arrancado del extremo de su obi. La mancha de sangre que descubrió en el trapo volvió a encender sus instintos animales. Dio un puntapié a las esteras de paja y arrojó la medicina por la ventana.

Hambriento, pero sin fuerza de voluntad para prepararse la cena, cogió su shakuhachi y, suspirando, salió a la terraza. Durante una hora o más tiempo tocó sin interrupción, tratando de expulsar sus deseos e ilusiones. Sin embargo, tuvo la certeza de que sus pasiones seguían dentro de él y seguirían hasta el día de su muerte.

«Ya la ha tomado otro hombre —pensó—. ¿Por qué he tenido que ser tan moral y honrado? No tenía necesidad de acostarme solo y pasarme la noche suspirando.»

Lamentaba a medias no haber actuado, y a medias condenaba su anhelo lascivo. Era precisamente este conflicto de emociones, que se agitaba sin cesar en sus venas, lo que constituía eso que Buda llamaba ilusiones. Ahora intentaba limpiar su naturaleza impura, pero cuanto más se esforzaba, más confuso se volvía el tono de su shakuhachi.

El mendigo que dormía debajo de la plataforma elevada del templo asomó la cabeza a la terraza.

—¿Por qué estás aquí sentado tocando tu instrumento? —le preguntó—. ¿Te ha ocurrido algo bueno? Si has conseguido mucho dinero y has traído sake, ¿te importaría darme un trago?

Era un tullido, y desde su humilde punto de vista, Tanzaemon vivía como un rey.

—¿Sabes qué le ha sucedido a la muchacha que traje anoche?

—Una zagala guapa, ¿eh? De haber podido, no la hubiera dejado largarse. Esta mañana, poco después de que te marcharas, un joven samurai con un mechón de pelo sobre la frente y una enorme espada al hombro vino y se la llevó. Y al mono también. Cargó al bicho en un hombro y a ella en el otro.

—¿Un samurai... con un mechón?

—Sí, y era un tipo apuesto..., ¡mucho más, desde luego, que tú y yo!

La comicidad de su observación hizo que el mendigo se desternillara de risa.

La notificación

Cuando llegó a la escuela, Seijūrō estaba de muy mal humor. Depositó bruscamente el halcón en las manos de un discípulo y le ordenó que lo devolviera a su jaula.

—¿No está Kojirō contigo? —le preguntó el discípulo.

—No, pero estoy seguro de que llegará en seguida.

Tras cambiarse de ropa, Seijūrō fue a sentarse a la sala donde se recibía a los huéspedes. Al otro lado del patio estaba el gran dōjō, cerrado desde la última sesión de prácticas, el día veinticinco. A lo largo del año habían pasado por allí aproximadamente un millar de estudiantes. Ahora el dōjō no volvería a abrir sus puertas hasta la primera sesión de adiestramiento del nuevo año. El silencio de las espadas de madera creaba en la casa una atmósfera de frialdad y desolación.

Ansioso por practicar la esgrima con Kojirō , el jefe de la casa Yoshioka preguntó repetidas veces al discípulo si aún no había llegado. Pero Kojirō no regresó, ni aquella noche ni al día siguiente.

En cambio llegaron muchos otros visitantes, pues era el último día del año, el día en que era preciso cancelar todas las deudas. Para quienes tenían negocios, aquélla era la oportunidad de cobrar lo que les debían, y si no lo lograban tendrían que esperar hasta el festival Bon del próximo verano. Así pues, hacia mediodía la sala delantera estaba llena de acreedores. Normalmente tenían un aire de absoluto servilismo ante un samurai, pero ahora, agotada ya su paciencia, expresaban sus sentimientos con toda claridad.

—¿No podéis pagar por lo menos una parte de lo que debéis?

—Lleváis diciendo desde hace meses que el encargado de los pagos no está o que el maestro se ha ausentado. ¿Creéis que podéis darnos largas eternamente?

—¿Cuántas veces tenemos que venir aquí?

—El viejo maestro era un buen cliente. No diría nada si sólo se tratara de la segunda mitad del año, pero tampoco nos pagasteis en verano. ¡Vamos, incluso tengo facturas impagadas del año pasado!

Un par de ellos golpearon con impaciencia sus libros de cuentas y los pusieron bajo las narices del discípulo. Eran carpinteros, yeseros, el vendedor de arroz, el comerciante de sake, sastres y varios suministradores de artículos de consumo diario. Engrosaban sus filas los propietarios de diversas casas de té en las que Seijūrō comía y bebía a crédito. Y ésta era la gente de poca monta, cuyas facturas no podían compararse con las de los usureros de los que Denshichirō había obtenido préstamos sin conocimiento de su hermano.

Media docena de tales hombres estaban sentados y se negaban a moverse.

—Queremos hablar personalmente con el maestro Seijūrō. Hablar con discípulos es una pérdida de tiempo.

Seijūrō permanecía en el fondo de la casa, limitándose a decir: «Decidles que no estoy». En cuanto a Denshichirō, naturalmente no se habría acercado a la casa en semejante día. El hombre que más brillaba por su ausencia era el encargado de los libros de contabilidad y las cuentas domésticas de la casa de Yoshioka: Gion Tōji. Varios días antes se había marchado con Okō y todo el dinero que había recogido, en dirección al este.

Al cabo de un rato entraron seis hombres con paso jactancioso. Iba al frente Ueda Ryōhei, el cual incluso en unas circunstancias tan humillantes rebosaba de orgullo por ser uno de los diez primeros espadachines de la casa de Yoshioka. Con una mirada amenazante, preguntó:

—¿Qué ocurre aquí?

El discípulo, aunque dejó claro que no consideraba necesario dar explicaciones, le informó con detalle y brevedad de la situación.

—¿Es eso todo? —dijo Ryōhei desdeñosamente—. ¿No es más que un puñado de avaros? ¿Qué importa un poco de espera si al final las facturas se pagan? Diles a los que no quieren esperar que vayan a la sala de prácticas, y discutiré el asunto con ellos en mi propio lenguaje.

Ante esta amenaza, los acreedores se disgustaron más. Debido a la rectitud de Yoshioka Kempō en los asuntos económicos, por no mencionar su posición como instructor militar de los shogunes Ashikaga, se habían inclinado ante la casa Yoshioka, humillándose, prestándoles bienes de todo tipo, acudiendo cada vez que les llamaban y marchándose cuando se lo decían, accediendo a todo. Pero también ellos tenían un límite y no podían seguir doblegándose servilmente ante aquellos vanos guerreros. El día en que se dejaran intimidar por amenazas como las de Ryōhei señalaría el final de la actividad comercial. ¿Y qué harían los samurais sin los mercaderes? ¿Imaginaban por un momento que ellos solos podrían hacerse cargo del comercio?

Mientras seguían allí, refunfuñando, Ryōhei dejó perfectamente claro que los consideraba como basura.

—¡Muy bien, ahora marchaos a casa! Quedaros aquí esperando no os servirá de nada.

Los mercaderes guardaron silencio, pero no se movieron de donde estaban.

—¡Echadlos! —gritó Ryōhei.

—¡Esto es indignante, señor!

—¿Qué tiene de indignante? —replicó Ryōhei.

—¡Esto es completamente irresponsable!

—¿Quién dice que es irresponsable?

—¡No hay duda de que expulsarnos es un acto de irresponsabilidad!

—Entonces ¿por qué no os vais tranquilamente? Estamos ocupados.

—Si hoy no fuese el último día del año, no estaríamos aquí suplicando. Necesitamos el dinero que nos debéis para pagar nuestras propias deudas antes de que termine el día.

—Eso es una lástima, una verdadera lástima. ¡Ahora fuera de aquí!

—¡Ésta no es manera de tratarnos!

—¡Creo que ya he escuchado lo suficiente vuestras quejas! —La cólera volvía a vibrar en la voz de Ryōhei.

—¡Nadie se quejaría... si os limitarais a pagar!

—¡Ven aquí! —ordenó Ryōhei.

—¿Qu..., quién?

—Cualquiera que no esté satisfecho.

—¡Esto es una locura!

—¿Quién ha dicho eso?

—No me refería a vos, señor. Hablaba de esta..., esta situación.

—¡Calla! —Ryōhei agarró al hombre por el cabello y lo echó por la puerta lateral —. ¿Alguien más tiene quejas? —preguntó en voz atronadora—. Sois una chusma y no permitiremos que entréis en la casa exigiendo insignificantes sumas de dinero. ¡De ninguna manera! Aunque el Joven Maestro quiera pagaros, no le dejaré hacerlo.

Al ver el puño de Ryōhei, los acreedores tropezaron entre ellos en su prisa por cruzar el portal, pero una vez en el exterior sus denuestos contra la casa de Yoshioka fueron en aumento.

—¡Cómo me reiré y batiré palmas cuando vea el cartel de «En venta» en este lugar! Ya no falta mucho para eso.

—Dicen que eso no sucederá.

—¿Cómo podría ocurrir?

Ryōhei, muy divertido, se desternillaba de risa mientras regresaba al fondo de la casa. Los demás discípulos le acompañaron hasta la sala donde Seijūrō estaba encorvado, solo y silencioso, ante el brasero.

—Estás muy callado, Joven Maestro —le dijo Ryōhei—. ¿Ocurre algo?

—Oh, no —replicó Seijūrō, algo animado al ver a sus seguidores de más confianza—. El día ya está muy próximo, ¿verdad?

—Así es, y por eso venimos a verte. ¿No deberíamos decidir el día y el lugar y hacérselo saber a Musashi?

—Sí, claro, supongo que sí —dijo Seijūrō pensativamente—. El lugar... ¿Qué lugar sería conveniente? ¿Qué os parece el campo en el Rendaiji, al norte de la ciudad?

—Creo que es perfecto. ¿Y la hora?

—¿Debería ser antes de que quiten los adornos de Año Nuevo o después?

—Cuanto antes mejor. No debemos dar a ese cobarde tiempo para escabullirse.

—¿Qué os parece el día octavo?

—¿No es el aniversario de la muerte del maestro Kempō?

—Sí, en efecto. En ese caso, podría ser el noveno, a las siete de la mañana. Así estará bien, ¿no?

—De acuerdo. Esta noche pondremos un cartel en el puente.

—Muy bien.

—¿Estás preparado? —le preguntó Ryōhei.

—Lo he estado desde el principio —replicó Seijūrō, el cual no podía responder de otra manera.

No había considerado la posibilidad de ser derrotado por Musashi. Había estudiado desde la infancia bajo la tutela de su padre y en la escuela jamás había perdido un encuentro, ni siquiera con los discípulos más antiguos y mejor adiestrados. Por todo ello no podía imaginar que le venciera aquel patán rural joven e inexperto.

Sin embargo, su confianza no era absoluta. Sentía cierta incertidumbre y, como era muy propio de él, en vez de atribuirlo a su incapacidad de poner en práctica el Camino del Samurai, lo achacaba a sus recientes dificultades personales. Una de ellas, quizá la mayor, era Akemi. Se sentía molesto desde el incidente en Sumiyoshi, y cuando Gion Tōji se fugó, supo que el cáncer financiero que padecía la casa de Yoshioka había llegado ya a una etapa crítica.

Ryōhei y los demás regresaron con el mensaje dirigido a Musashi escrito sobre un tablero recién cortado.

—¿Es esto lo que pensabas decirle? —le preguntó Ryōhei.

Los caracteres, todavía húmedos y relucientes, decían:

Respuesta — Accediendo a tu solicitud de un encuentro, te indico el lugar y la hora. Lugar: el campo del Rendaiji.

Hora: las siete en punto de la mañana, el noveno día del primer mes. Hago sagrado juramento de estar presente.

Si, por el motivo que fuese, no cumplieras tu promesa, consideraré que tengo el derecho a ridiculizarte en público.

¡Si incumplo este acuerdo, que caiga sobre mí el castigo de los dioses! Seijūrō, Yoshioka Kempō II, de Kyoto. Firmado el último día de [1605].

Al rōnin de Mimasaka, Miyamoto Musashi.

Tras leer este anuncio, Seijūrō dio su conformidad. La notificación le hacía sentirse más relajado, tal vez debido a que por primera vez sentía que la suerte estaba echada.

Cuando se ponía el sol, Ryōhei, con el letrero bajo el brazo, recorrió la calle con

paso orgulloso, acompañado por otros dos hombres, para colocar el tablero en el gran puente de la avenida Gojō.

Al pie de la colina Yoshida, el hombre a quien iba dirigida la notificación caminaba por un barrio de samurais de noble linaje y escasos medios. Eran gentes de tendencia conservadora, llevaban una clase de vida ordinaria y era improbable que se les descubriera haciendo algo que suscitara comentarios.

Musashi iba de una casa a otra, examinando las placas con los nombres en los portales. Finalmente se detuvo en medio de la calle, como si no deseara seguir adelante o fuese incapaz de hacerlo. Estaba buscando a su tía, la hermana de su madre y único familiar vivo además de Ogin.

El marido de su tía era un samurai que, por un pequeño estipendio, servía en la casa de Konoe. Musashi había creído que le resultaría fácil encontrar la casa cerca de la colina Yoshida, pero no tardó en descubrir que una casa se distinguía muy poco de otra. En su mayor parte eran pequeñas, estaban rodeadas de árboles y tenían las puertas cerradas como valvas de almejas. No eran pocos los portales sin placa de identificación.

Como no estaba seguro del lugar que buscaba, se sentía reacio a preguntar por la dirección. «Deben de haberse mudado —pensó—. Será mejor que abandone la búsqueda.»

Regresó al centro de la ciudad, la cual estaba envuelta por una niebla que reflejaba las luces del mercado instalado durante las celebraciones de fin de año. Aunque era la vigilia de Año Nuevo, las calles céntricas todavía bullían de actividad.

Musashi se volvió para mirar a una mujer que acababa de pasar en la dirección contraria. No había visto a su tía desde hacía por lo menos siete u ocho años, pero estaba seguro de que se trataba de ella, pues la mujer se parecía a la imagen que él se había formado de su madre. La siguió un breve trecho, y entonces la llamó.

Ella le miró con suspicacia durante unos instantes. En sus ojos, rodeados de arrugas producidas por los años de vida precaria con un minúsculo presupuesto, se reflejó una profunda sorpresa.

—Eres Musashi, el hijo de Munisai, ¿no es cierto? —le preguntó por fin.

Él se preguntó por qué le había llamado Musashi en vez de Takezō, pero lo que realmente le turbaba era la impresión de que su presencia no agradaba a la mujer.

—Sí —respondió—. Soy Takezō, de la casa de Shimmen.

Ella le miró de arriba abajo, sin las exclamaciones acostumbradas, sin mencionar cuánto había crecido o lo mucho que había cambiado desde la última vez que le vio.

—¿Por qué has venido aquí? —le preguntó fríamente, en un tono de evidente censura.

—No tenía un motivo especial para venir. Sencillamente, me encontraba en Kyoto

y pensé que sería agradable visitarte.

Los ojos y el cabello de su tía le evocaban a su madre, la cual, de vivir todavía, sin duda sería tan alta como aquella mujer y hablaría con una voz similar.

—¿Has venido a verme? —inquirió ella con incredulidad.

—Pues sí. Lamento haberlo hecho sin previo aviso.

La mujer agitó una mano ante su cara, restando importancia con ese gesto a las palabras de Musashi.

—Bueno, ya me has visto, así que no hay razón para que sigas aquí. ¡Márchate, por favor!

Contrariado por un recibimiento tan frío, Musashi le dijo impulsivamente:

—¿Por qué dices tal cosa nada más verme? Si quieres que me vaya lo haré, pero no veo el motivo. ¿Acaso he hecho algo que desapruebas? En ese caso, dime qué es.

Su tía parecía poco dispuesta a concretar.

—Mira, ya que estás aquí, ¿por qué no vienes a casa y saludas a tu tío? Pero ya sabes qué clase de persona es, por lo que no debe decepcionarte nada de lo que diga. Soy tu tía, y puesto que has venido a vernos, no quiero que te marches con resentimiento.

Musashi aceptó el escaso consuelo que le brindaban estas palabras, fue con su tía a la casa y aguardó en la sala mientras ella daba la noticia a su marido. A través de la puerta corredera de papel y listones, oía la voz quejumbrosa y asmática de su tío, que se llamaba Matsuo Kaname.

—¿Qué? —dijo Kaname con enojo—. ¿El hijo de Munisai aquí? Temía que apareciera más tarde o más temprano. ¿Quieres decir que está aquí, en esta casa? ¿Le has permitido entrar sin decírmelo?

Musashi no estaba dispuesto a aguantar más, pero cuando llamó a su tía para despedirse, Kaname le dijo:

—Estás ahí, ¿no?

Deslizó la puerta corredera y Musashi vio que su rostro no estaba cejijunto sino que tenía una expresión de profundo desprecio, la mirada que la gente de ciudad reserva para sus sucios parientes del campo. Era como si hubiera entrado una vaca pisando con sus pezuñas el tatami.

—¿Por qué has venido aquí? —le preguntó Kaname.

—Casualmente me encontraba en la ciudad y pensé en venir a preguntar por tu salud.

—¡Eso no es cierto!

—¿Cómo dices, señor?

—Puedes mentir cuanto quieras, pero sé lo que has hecho. Has causado muchas dificultades en Mimasaka, has hecho que mucha gente te odie, has manchado el apellido de tu familia y luego te has fugado. ¿No es ésa la verdad?

Musashi se sintió desconcertado.

—¿Cómo puedes tener la desvergüenza de venir a visitar a tus parientes?

—Lamento lo que hice —respondió Musashi—. Pero estoy firmemente decidido a dar cumplida satisfacción a mis antepasados y al pueblo.

—Supongo que no puedes regresar al pueblo, naturalmente. Bien, uno cosecha lo que ha sembrado. ¡Munisai debe de estar llorando en su tumba!

—Llevo aquí demasiado tiempo —dijo Musashi—. Ya he de marcharme.

—¡Ah, no, de ninguna manera! —exclamó Kaname airado—. ¡Vas a quedarte aquí! Si deambulas por esta vecindad no tardarás en verte metido en líos. Esa arisca anciana de la familia Hon'iden se presentó aquí por primera vez hace cosa de medio año, y últimamente ha venido varias veces. Siempre pregunta si has estado aquí e intenta averiguar dónde estás. Te está buscando, desde luego..., para infligirte una terrible venganza.

—Ah, Osugi. ¿Ha estado aquí?

—Ya lo creo. Es ella quien me ha informado de tus andanzas. Si no fueras pariente mío, te ataría y entregaría a ella, pero en estas circunstancias... Sea como fuere, quédate aquí de momento. Lo mejor será que te vayas entrada la noche, para que tu tía y yo no nos veamos en ningún aprieto.

Que sus tíos se hubieran creído a pies juntillas las difamaciones de Osugi era mortificante. Sintiéndose terriblemente solo, Musashi permaneció en silencio, mirando el suelo. Por fin su tía se apiadó de él y le dijo que fuese a otra habitación y se acostara.

Musashi se dejó caer en el suelo y se aflojó las vainas de las espadas. Una vez más le invadió la sensación de que no podía contar con nadie en el mundo más que consigo mismo.

Reflexionó en que tal vez sus tíos le trataban con franqueza y severidad precisamente debido a sus lazos familiares. Aunque poco antes estaba tan airado que deseaba escupir en el umbral y marcharse, ahora adoptó una actitud más caritativa, recordándose que era importante darles el beneficio de toda duda.

Era demasiado ingenuo para juzgar acertadamente a quienes le rodeaban. Si ya fuese rico y famoso, sus sentimientos acerca de los parientes habrían sido apropiados, pero había irrumpido allí procedente del frío y vestido con un kimono andrajoso nada menos que en la vigilia de Año Nuevo. En esas circunstancias no era sorprendente la falta de afecto familiar por parte de sus tíos.

Musashi no tardó en comprenderlo del modo más penoso. Se había tendido, hambriento, con la inocente suposición de que le ofrecerían algo de comer, pero aunque le llegaron los olores de la comida que se estaba cocinando y oyó el ruido de cacerolas y sartenes en la cocina, nadie se acercó a su habitación, donde el parpadeo del fuego en el brasero no era más intenso que el de una luciérnaga. Entonces llegó a

la conclusión de que el hambre y el frío eran secundarios. Ahora lo más importante era dormir un poco, y así se dispuso a hacerlo.

Unas cuatro horas más tarde le despertó el sonido de las campanas del templo que señalaban el final del año. Dormir le había sentado bien. Al ponerse en pie, notó que su fatiga había desaparecido y tenía la mente clara y despejada.

En la ciudad y sus alrededores las enormes campanas sonaban con un ritmo lento y majestuoso, indicando el término de la oscuridad y el comienzo de la luz. Ciento ocho repiques por las ciento ocho ilusiones de la vida, y cada repique era una llamada a hombres y mujeres para que reflexionaran sobre la vanidad de sus actos.

Musashi se preguntó cuántas personas podrían decir aquella noche: «He tenido razón. He hecho lo que debía hacer. No tengo ningún remordimiento». En cuanto a él, cada repique le producía un temblor de arrepentimiento. Sólo podía evocar las cosas que había hecho mal durante el último año, y no sólo éste, sino el año anterior y el otro... Todos los años transcurridos habían aportado remordimientos. Ni un solo año había estado desprovisto de ellos.

Desde su limitada perspectiva del mundo, le parecía que uno no tardaría en lamentar cualquier cosa que hiciera. Por ejemplo, los hombres tomaban esposas con la intención de vivir con ellas para siempre, pero con frecuencia más adelante cambiaban de idea. Uno podía perdonar de buen grado las ocurrencias tardías de las mujeres, pero éstas no solían expresar sus quejas, mientras que los hombres lo hacían a menudo. ¿Cuántas veces había oído a hombres que menospreciaban a sus esposas como si fuesen viejas sandalias desechadas?

Por supuesto, Musashi no tenía problemas conyugales, pero había sido víctima de la ilusión, y el remordimiento no era un sentimiento ajeno a él. En aquel mismo momento lamentaba mucho haber ido a casa de su tía. «Ni siquiera ahora estoy libre de mi sentido de dependencia —se decía—. Me digo una y otra vez que debo arreglármelas sin ayuda de nadie, y entonces, de improviso, recurro a alguien. ¡Qué frívolo es esto, qué estúpido!»

Pensó que debía tomar una resolución y ponerla por escrito. Desató su fardo de shugyōsha y sacó un cuaderno hecho de hojas de papel dobladas en cuatro partes y sujetas con tiras de papel en espiral. Solía anotar los pensamientos que se le ocurrían durante su errabundeo, junto con expresiones zen, notas sobre geografía, admoniciones a sí mismo y, de vez en cuando, toscos bocetos de cosas interesantes que veía. Abrió el cuaderno, empuñó el pincel y se quedó mirando la hoja de papel en blanco.

Musashi escribió: «No me arrepentiré de nada».

Aunque anotaba con frecuencia resoluciones, había observado que el mero hecho de ponerlas por escrito servía de poco.

Tenía que repetírselas cada mañana y cada noche, como si fuesen una escritura

sagrada. Por ello siempre procuraba elegir palabras que fuesen fáciles de recordar y recitar, como poemas.

Se quedó mirando lo que había escrito y lo cambió para que dijera: «No me arrepentiré de mis acciones». Musitó estas palabras, pero seguían pareciéndole insatisfactorias y volvió a cambiarlas: «No haré nada de lo que pueda arrepentirme».

Satisfecho con este tercer esfuerzo, dejó el pincel a un lado. Aunque había escrito las tres frases con el mismo propósito, era posible que las dos primeras significaran que no se arrepentiría tanto si actuaba bien como mal, mientras que la tercera recalcaba su decisión de actuar de tal manera que fuese innecesario hacerse reproches.

Musashi repitió la resolución para sus adentros, comprendiendo que se trataba de un ideal inalcanzable a menos que disciplinara su corazón y su mente al máximo de su capacidad. Sin embargo, el camino que debía seguir era el del esfuerzo por lograr un estado en el que nada de lo que hiciera le causara remordimientos. «¡Algún día alcanzaré ese estado!», se juró, dispuesto a atesorar ese juramento en lo más profundo de su ser.

Se abrió la puerta corredera a sus espaldas. Era su tía, la cual, con la voz temblorosa, le dijo:

—¡Lo sabía! Algo me dijo que no debería dejar que te quedaras aquí, y ahora ha ocurrido lo que temía. Osugi ha venido y ha visto tus sandalias en el vestíbulo. ¡Está convencida de que te encuentras aquí e insiste en que te llevemos a su presencia! ¡Escucha! Puedes oírla desde aquí. ¡Oh, Musashi, haz algo!

—¿Osugi está aquí? —dijo Musashi, reacio a creer tal cosa.

Pero era indudable: oía la áspera voz de la anciana que se filtraba a través de las rendijas como un viento helado, dirigiéndose a Kaneme de la manera más rígida y altiva.

Osugi había llegado al finalizar los toques de las campanas a medianoche, cuando la tía de Musashi se disponía a sacar agua fresca del pozo para el Año Nuevo. Preocupada por la posibilidad de que la visión de la sangre arruinara su Año Nuevo, no intentó ocultar la irritación que sentía.

—Márchate tan rápido como puedas —le imploró—. Tu tío la retiene insistiendo en que no has estado aquí. Vete ahora, mientras aún hay tiempo.

La mujer recogió su sombrero y el fardo y le condujo a la puerta trasera, donde había dejado un par de calcetines de cuero de su marido junto con unas sandalias de paja.

Mientras se ataba las sandalias, Musashi le dijo tímidamente:

—Perdona que te moleste tanto, pero ¿no podrías darme unas gachas? Esta noche no he comido nada.

—¡Éste no es momento para comer! Pero aquí tienes esto. ¡Y vete de una vez! —

Le tendió cinco pastelillos de arroz sobre una hoja de papel blanco.

Musashi se apresuró a aceptarlos y se los llevó a la frente, en un gesto de agradecimiento.

—Adiós —le dijo.

En aquel primer día del alegre Año Nuevo, Musashi bajaba entristecido por el sendero helado. Era un ave invernal con las alas enmohecidas que emprendía el vuelo por un cielo negro. Tenía la sensación de que su cabello y sus uñas se estaban congelando. Lo único que podía ver era el blanco vapor de su aliento, que se trasformaba con rapidez en escarcha sobre el fino vello alrededor de su boca.

—¡Qué frío hace! —exclamó en voz alta.

No le cabía duda de que ni en los Ocho Infiernos Helados haría tanto frío, y se preguntó por qué, cuando él normalmente no hacía caso del frío, lo sentía tan intensamente aquella mañana.

«No se trata sólo de mi cuerpo —se respondió a sí mismo—. Es que estoy frío por dentro, no me he disciplinado apropiadamente. Eso es lo que ocurre. Todavía anhelo aferrarme a un cuerpo cálido, como un bebé, y cedo con demasiada facilidad al sentimentalismo. Como estoy solo, siento lástima de mí mismo y envidio a quienes poseen casas calientes. ¡En el fondo soy infame y mezquino! ¿Por qué no puedo sentirme agradecido por mi independencia y la libertad de ir adonde me plazca? ¿Por qué no puedo aferrarme a mis ideas y mi orgullo?»

Mientras saboreaba las ventajas de la libertad, sus pies doloridos iban calentándose hasta las puntas de los dedos, y su respiración se convertía en vapor. «¡Un hombre errante sin ningún ideal, sin sentir gratitud por su independencia, no es más que un mendigo! ¡La diferencia entre un mendigo y el gran sacerdote errante Saigyō reside en el corazón!»

De repente reparó en un blanco centelleo bajo sus pies: estaba pisando hielo quebradizo. Sin darse cuenta, había llegado a la orilla congelada del río Kamo. Tanto éste como el cielo estaban todavía negros, y aún no había ninguna señal del alba en el este. Los pies de Musashi se detuvieron: de alguna manera le habían llevado sin contratiempo a través de la oscuridad desde la colina Yoshida, pero ahora eran reacios a seguir adelante.

A la sombra del malecón, recogió ramitas, astillas, cualquier cosa que pudiera arder, y luego empezó a raspar su trozo de pedernal. Producir la primera llamita requirió trabajo y paciencia, pero finalmente unas hojas secas prendieron. Con el cuidado de un tallador de madera, empezó a amontonar leña y poco después las llamas crepitaban y el viento las inclinaba hacia el hombre que las había producido, como si quisieran chamuscarle la cara.

Musashi sacó los pastelillos de arroz que le había dado su tía y los tostó uno tras otro en las llamas. Se volvieron marrones y se hincharon como burbujas,

recordándole las celebraciones de Año Nuevo en su infancia. Los pastelillos de arroz eran insípidos, pues no habían sido salados ni endulzados, y al masticarlos pensó en el sabor del mundo real que le rodeaba.

«Ésta es mi propia celebración de Año Nuevo», se dijo alegremente. Mientras las llamas le calentaban la cara y se llenaba la boca de comida, la situación empezó a parecerle bastante divertida. «¡Es una buena celebración de Año Nuevo! Si hasta un hombre errante como yo tiene cinco buenos pastelillos de arroz, debe de ser que los cielos conceden que todo el mundo celebre el Año Nuevo de una manera u otra. Tengo las aguas del río Kamo para brindar, y los treinta y seis picos de Higashiyama son mis adornos de pino. Debo limpiar mi cuerpo y esperar las primeras luces del alba.»

A orillas del río helado, se desató el obi y se quitó el kimono y la ropa interior. Entonces se zambulló y, chapoteando como un ave marina, se lavó a conciencia.

Estaba de nuevo en la orilla, secándose vigorosamente, cuando los primeros rayos del sol atravesaron una nube y le caldearon la espalda. Miró hacia la fogata y vio a alguien en pie en el malecón por encima de ella, otra persona errante, distinta por su edad y su aspecto, a quien el destino había llevado hasta allí. Era Osugi.

La anciana también le había visto, y exclamó en su interior: «¡Ahí está! ¡Ahí está ese elemento perturbador!». La mezcla de alegría y temor que se apoderó de ella estuvo a punto de hacerle perder el sentido. Quería llamarle, pero la voz se le quebraba, su cuerpo tembloroso no la obedecía. Se sentó bruscamente a la sombra de un pequeño pino.

«¡Por fin! —se dijo regocijada—. ¡Por fin le he encontrado! El espíritu del tío Gon me ha conducido hasta él.» En la bolsa que colgaba de su cintura llevaba un fragmento de los huesos del tío Gon y un mechón de su cabello.

Todos los días, desde su fallecimiento, había hablado con el difunto. «Tío Gon —le decía—, aunque te has ido, no me siento sola. Te quedaste conmigo cuando juré que no regresaría al pueblo sin castigar a Musashi y Otsū, y sigues todavía a mi lado. Puede que hayas muerto, pero tu espíritu siempre me acompaña. Estamos juntos para siempre. ¡Mira a través de la hierba y fíjate en lo que digo! ¡Jamás permitiré que Musashi se quede sin castigo!»

Tan sólo había transcurrido una semana desde la muerte del tío Gon, pero Osugi estaba resuelta a cumplir con la palabra que le había dado hasta que también ella estuviera reducida a cenizas. En los últimos días había intensificado su búsqueda con el furor de la terrible Kishimojin, la cual, antes de que el Buda la convirtiera, había matado a otros niños para alimentar a los suyos que, según se decía, eran quinientos o mil o diez mil.

La primera pista auténtica de Osugi había sido el rumor que circulaba por la calle, según el cual pronto habría un encuentro de esgrima entre Musashi y Yoshioka

Seijūrō. La víspera, al anochecer, la anciana fue uno de los primeros espectadores que contemplaron la colocación del cartel en el gran puente de la avenida Gojō. ¡Qué excitación la suya! Lo había leído una y otra vez, diciéndose: «¡Así que la ambición de Musashi finalmente le ha vencido! Va a hacer el payaso, Yoshioka le matará. ¡Ah! Si sucede tal cosa, ¿cómo podré enfrentarme a mis convecinos? Juré que le mataría yo misma. Debo acabar con él antes de que lo haga Yoshioka. ¡He de llevarme esa cara mocosa y alzarla cogida por el pelo para que la vea todo el pueblo!». Entonces había implorado la ayuda de los dioses, los bodhisattvas y sus antepasados.

A pesar de su furor y su odio, había salido decepcionada de la casa de Matsuo. Cuando caminaba por la orilla del río Kamo, al principio creyó que aquella luz era la fogata de un mendigo. Sin ningún motivo en particular, se detuvo en el malecón y esperó. Cuando vio al hombre musculoso y desnudo que salía del agua, ajeno al frío, supo que era Musashi.

Como no llevaba ropa, aquél sería el momento perfecto para cogerle por sorpresa y matarle, pero incluso su viejo y seco corazón no le permitía hacer eso.

Juntó las palmas y ofreció una plegaria de agradecimiento, tal como habría hecho si ya le hubiera cortado la cabeza a Musashi. «¡Qué feliz me siento! Gracias al favor de los dioses y los bodhisattvas, tengo a Musashi ante mis ojos. ¡No podría deberse a un simple azar! Mi fe constante ha sido recompensada. ¡Han puesto a mi enemigo en mis manos!» Hizo una reverencia al cielo, firme en su creencia de que ahora disponía de todo el tiempo del mundo para completar su misión.

El corazón de Osugi le dio un vuelco mientras susurraba: «¡Ahora!».

En aquel preciso momento, Musashi se puso en pie, saltó ágilmente por encima de un charco de agua y caminó a paso vivo por la orilla del río. Osugi, procurando mantenerse en las sombras, se apresuró a lo largo del malecón.

Los tejados y puentes de la ciudad empezaron a formar suaves contornos blancos en la niebla matinal, pero las estrellas seguían cernidas en el cielo y la zona a lo largo del pie de Higashiyama estaba negra como la tinta. Cuando Musashi llegó al puente de madera en la avenida Sanjō, pasó por debajo y reapareció al otro lado, dando largas y viriles zancadas por el malecón. En varias ocasiones Osugi estuvo a punto de llamarle, pero se retuvo.

Musashi sabía que la mujer estaba detrás de él, pero también sabía que, si se daba la vuelta, se le acercaría lanzando improperios y él se vería obligado a recompensar su esfuerzo con alguna clase de defensa, al tiempo que procuraba no hacerle daño. «¡Un adversario temible!», se dijo. Si todavía fuese Takezō y estuviera en el pueblo, no habría dudado en derribarla y emprenderla a golpes con ella hasta que escupiera sangre, pero, naturalmente, ya no podía hacer tal cosa.

En realidad tenía más derecho a odiarla que ella a él, pero quería hacerle ver que su sentimiento hacía él se debía a un terrible malentendido. Estaba seguro de que si

podía explicarle lo ocurrido, ella dejaría de considerarle como su eterno enemigo. Pero como la mujer acarreaba su rencor enconado desde hacía tantos años, no era probable que Musashi pudiera convencerla ahora, aunque se lo explicara un millar de veces. Existía una única posibilidad: por testaruda que fuese, desde luego creería a Matahachi. Si su propio hijo le contaba exactamente lo sucedido antes y después de la batalla de Sekigahara, ya no podría considerar a Musashi como un enemigo de la familia Hon'iden, y no digamos el raptor de la novia de su hijo.

Se estaba aproximando al puente, que se encontraba en una zona que floreció a fines del siglo XII, cuando la familia Taira se encontraba en el apogeo de su prosperidad. Incluso después de las guerras del siglo XV, había seguido siendo uno de los más populosos sectores de Kyoto. El sol empezaba a alcanzar las fachadas y los jardines, donde todavía eran visibles las marcas dejadas la noche anterior por los rastrillos de bambú, pero a aquella hora temprana todavía no estaba abierto ningún portal.

Osugi veía las huellas de las pisadas de Musashi en la tierra, unas huellas que también eran objeto de su desprecio. Cien varas más, luego cincuenta...

—¡Musashi! —gritó la anciana. Apretando los puños, adelantó la cabeza y echó a correr hacia él—. ¡Demonio maligno! ¿Es que no tienes oídos?

Musashi no miró atrás.

Osugi siguió corriendo. A pesar de sus muchos años, su determinación que desafiaba a la muerte prestaba a sus pasos una cadencia valerosa y masculina. Musashi seguía dándole la espalda, mientras su mente trabajaba de un modo febril, tratando de idear un plan de acción.

De repente la mujer se puso delante de él.

—¡Detente! —le gritó estremecida. Estaba tan flaca que parecía un esqueleto tembloroso. Permaneció inmóvil un momento, reteniendo el aliento y acumulando saliva en la boca.

Sin ocultar una expresión resignada, Musashi le dijo con la mayor naturalidad posible:

—¡Vaya, si es la viuda Hon'iden! ¿Qué estás haciendo aquí?

—¡Perro insolente! ¿Por qué no habría de estar aquí? Soy yo quien debería preguntarte eso. ¡Dejé que te escaparas en la colina Sannen, pero hoy tendré tu cabeza!

Su delgado cuello le daba un aspecto de gallo de pelea, y su voz estridente, que parecía como si quisiera quitar bruscamente de en medio sus dientes protuberantes, era más temible para Musashi que un grito de batalla.

El temor que la anciana le inspiraba radicaba en ciertos recuerdos de su infancia, las ocasiones en que Osugi le había sorprendido con Matahachi haciendo alguna diablura en la parcela de moreras o en la cocina de la casa de Hon'iden. Entonces

tenía ocho o nueve años, la edad en que los dos chiquillos siempre estaban haciendo travesuras, y todavía recordaba con claridad los gritos de Osugi. Él había huido aterrado, con el corazón en la garganta, y esos recuerdos le hacían temblar. En aquel tiempo la consideraba como una vieja bruja odiosa, de mal temple, e incluso ahora le guardaba rencor por haberle traicionado cuando regresó al pueblo después de la batalla de Sekigahara. Curiosamente, también se había acostumbrado a considerarla como una persona a la que nunca podría imponerse. No obstante, con el paso del tiempo sus sentimientos hacia la anciana se habían suavizado.

A Osugi le ocurría todo lo contrario. No podía desembarazarse de la imagen de Takezō, el detestable y revoltoso arrapiezo al que conocía desde su más tierna infancia, el chiquillo mocoso y con llagas en la cabeza, de brazos y piernas tan largos que parecían deformes. No es que fuese ajena al paso del tiempo. Ahora era una anciana y lo sabía, mientras que Musashi era un adulto. Pero no podía vencer el impulso de tratarle como a un golfillo malévolo. Cuando pensaba en cómo la había avergonzado aquel chiquillo... ¡Venganza! No se trataba tan sólo de justificarse ante el pueblo, sino que necesitaba ver a Musashi en la tumba antes de que ella acabara en la suya propia.

—¡No hay necesidad de hablar! —chilló—. ¡Dame tu cabeza o prepárate para sentir en tus carnes la hoja de mi espada! ¡Prepárate, Musashi! —Se limpió los labios con los dedos, se escupió en la mano izquierda y cogió su espada.

Existía un proverbio sobre una mantis religiosa que atacó el carruaje imperial. Sin duda debió de haberse inventado para describir a la cadavérica Osugi con sus piernas zanquivanas atacando a Musashi. Parecía exactamente una mantis: los ojos, la piel, su postura absurda, todo era idéntico. Y mientras Musashi se mantenía en guardia, mirando a la anciana que se le acercaba como podría mirar a un niño jugando, sus hombros y su pecho le proporcionaban la invencibilidad de un macizo carruaje de hierro.

Pese a la incongruencia de la situación, no podía reírse, pues de improviso se sentía lleno de conmiseración.

—¡Vamos, abuela, espera! —le rogó, cogiéndola del codo con firmeza.

—¿Qu..., qué estás haciendo? —replicó ella. La sorpresa hacía temblar su brazo impotente y su dentadura—. ¡Co..., co..., cobarde! —tartamudeó—. ¿Crees acaso que puedes disuadirme? Pues bien, he visto cuarenta veces más que tú el Año Nuevo, y no puedes engañarme. ¡Recibe tu castigo!

La piel de Osugi tenía el color de la arcilla roja, y su voz rebosaba desesperación.

Musashi asintió vigorosamente.

—Te comprendo —le dijo—. Sé cómo te sientes. Tienes el espíritu de lucha de la familia Hon'iden, es indudable. Veo que corre por tus venas la misma sangre del primer Hon'iden, el que sirvió con tanto valor a las órdenes de Shimmen Munetsura.

—¡Suéltame de una vez! No estoy dispuesta a escuchar los halagos de un hombre tan joven que podría ser mi nieto.

—Cálmate. La temeridad es impropia de una anciana como tú. Tengo algo que decirte.

—¿Tu última manifestación antes de morir?

—No, quiero explicarte lo ocurrido.

—¡No deseo oír tus explicaciones! —replicó la anciana, irguiéndose.

—En ese caso, voy a tener que quitarte la espada, y cuando Matahachi se presente podrá explicártelo todo.

—¿Matahachi?

—Sí. La primavera pasada le envié un mensaje.

—Ya. ¿De modo que hiciste eso?

—Le dije que nos encontraríamos aquí la mañana del día de Año Nuevo.

—¡Eso es mentira! —gritó Osugi, sacudiendo vigorosamente la cabeza—. ¡Deberías estar avergonzado, Musashi! ¿No eres el hijo de Munisai? ¿No te enseñó él que cuando llega la hora de morir has de hacerlo como un hombre? Éste no es momento para jugar con palabras. Mi vida entera está detrás de esta espada, y tengo el apoyo de los dioses y bodhisattvas. ¡Si te atreves a enfrentarte a ella, hazlo! —Se zafó de él con un brusco tirón y exclamó—: ¡Salve el Buda! —Desenvainó la espada, la agarró con ambas manos y arremetió contra el pecho de Musashi.

Él la esquivó.

—¡Cálmate, abuela, por favor!

Cuando él le dio unas palmaditas en la espalda, la mujer gritó y giró sobre sus talones. Mientras se preparaba para atacar, invocó el nombre de Kannon.

—¡Alabada sea Kannon Bosatsu! —exclamó dos veces, y atacó de nuevo.

En el momento en que pasaba por su lado, Musashi le agarró la muñeca.

—Si sigues portándote así vas a terminar extenuada. Mira, el puente está ahí mismo. Vente conmigo.

Volviendo la cabeza por encima del hombro, Osugi mostró los dientes y frunció los labios:

—¡Puf! —exclamó, y soltó un escupitajo con todo el aliento que le quedaba.

Musashi la soltó y se hizo a un lado, restregándose el ojo izquierdo, que le ardía como alcanzado por una chispa. Miró la mano con que se lo había tocado y no vio sangre en ella, pero no podía abrir el ojo. Al verle desprevenido, Osugi le atacó con renovada fuerza, invocando de nuevo el nombre de Kannon. Descargó dos, tres golpes. Al tercero, preocupado como estaba por el ojo, él se limitó a agachar ligeramente el tronco. La espada le desgarró la manga y produjo un rasguño en el antebrazo.

Cayó un jirón de la manga, dando a Osugi la oportunidad de ver sangre en el forro

blanco.

—¡Le he herido! —gritó extasiada, agitando frenéticamente la espada.

Estaba tan orgullosa como si hubiera derribado un gran árbol de un solo tajo, y el hecho de que Musashi no contraatacara no disminuía en modo alguno su júbilo. Siguió gritando el nombre de la Kannon del Kiyomizudera, pidiendo a la deidad que bajara a la tierra.

Presa de un ruidoso frenesí, corrió a su alrededor, atacándole por delante y detrás. Musashi se limitó a moverse a un lado y otro para evitar sus golpes.

El ojo le molestaba, y sentía escozor en el rasguño del brazo. Aunque había visto venir el golpe, no se había movido con suficiente rapidez para evitarlo. Jamás hasta entonces nadie le había llevado ventaja ni le había herido, ni siquiera levemente, y como no se había tomado en serio el ataque de Osugi, la cuestión de quién sería el vencedor y quién el derrotado no había pasado por su mente.

Pero ¿no era cierto que, al no tomar en serio a la mujer, había permitido que le hiriera? Según El arte de la guerra, por muy superficial que fuese la herida, era evidente que había sido vencido. La fe de la anciana y la punta de su espada habían puesto en evidencia su falta de madurez.

«Estaba equivocado», se dijo. Consciente de que la inacción era un disparate, dio un salto, apartándose de la espada que le atacaba, y golpeó fuertemente a Osugi en la espalda. La espada se desprendió de su mano y salió volando, y la anciana cayó espatarrada al suelo.

Musashi recogió la espada con la mano izquierda, mientras con la derecha levantaba a Osugi y la mantenía alzada del suelo y sujeta bajo el brazo.

—¡Suéltame! —gritó ella, golpeando el aire con las manos—. ¿Es que no hay dioses? ¿No hay bodhisattvas? ¡Ya le he herido una vez! ¿Qué voy a hacer? ¡Musashi! ¡No me avergüences así! ¡Córtame la cabeza! ¡Mátame ahora mismo!

Mientras Musashi, prietos los labios, seguía su camino con la mujer, que se debatía bajo el brazo, ésta continuaba su ronca protesta:

—¡Es la suerte de la guerra! ¡Es el destino! ¡Si tal es la voluntad de los dioses, no seré cobarde!... Cuando Matahachi se entere de que el tío Gon murió y yo sucumbí tratando de vengarme, él se alzará encolerizado y nos vengará a ambos. Será una buena medicina para él. ¡Mátame, Musashi! ¡Mátame ahora mismo!... ¿Qué estás haciendo? ¿Intentas añadir ignominia a mi muerte? ¡Detente! ¡Córtame ya la cabeza!

Musashi no le prestaba atención, pero cuando llegó al puente empezó a preguntarse qué iba a hacer con ella.

Entonces tuvo una inspiración. En la orilla del río había una barca amarrada a uno de los embarcaderos del puente. Bajó allí y depositó suavemente a la anciana en la pequeña nave.

—Ahora sé paciente y quédate aquí un rato. Matahachi no tardará en venir.

—¿Qué estás haciendo? —gritó ella, tratando de apartar las manos de Musashi y las esteras de junco en el fondo de la barca al mismo tiempo—. ¿Qué importa si Matahachi va a venir aquí? ¿Qué te hace creer que vendrá? Sé lo que te propones. No te das por satisfecho tan sólo con matarme, sino que además quieres humillarme.

—Piensa lo que quieras. No pasará mucho tiempo antes de que sepas la verdad.

—¡Mátame!

—¡Ja, ja, ja!

—¿Qué tiene eso de divertido? ¡No te será difícil cortar este viejo cuello de un solo tajo!

A falta de una manera mejor de mantenerla quieta, Musashi la ató a la quilla elevada de la barca. Luego envainó la espada de la anciana y la depositó a su lado.

Cuando empezó a marcharse, ella se mofó:

—¡Musashi! ¡No creas que comprendes el Camino del Samurai! Vuelve aquí y te enseñaré.

—Luego.

Echó a andar por el malecón, pero la mujer armaba tanto escándalo, que hubo de regresar y amontonar encima de ella varias esteras.

El sol, enorme y rojo, flameó por encima de Higashiyama. Musashi contempló fascinado la ascensión del astro, sintiendo que sus rayos atravesaban las profundidades de su ser. Su talante se volvió reflexivo, y pensó que sólo una vez al año, cuando aquel nuevo sol se levantaba, el gusanillo del yo que mantiene al hombre apegado a sus nimios pensamientos tiene ocasión de fundirse y desvanecerse bajo esa luz esplendorosa. Inundaba a Musashi la alegría de estar vivo.

Regocijado, gritó al amanecer radiante:

—¡Todavía soy joven!

El gran puente de la avenida Gojō

«Campo del Rendaiji..., noveno día del primer mes...»

La lectura de las palabras agitó la sangre de Musashi. Sin embargo, distraía su atención un dolor agudo, punzante, en su ojo izquierdo. Al llevarse la mano al párpado, reparó en una pequeña aguja clavada en la manga de su kimono, y una mirada más atenta le reveló otras cuatro o cinco clavadas en sus ropas, relucientes como astillas de hielo a la luz de la mañana.

—¡De modo que era eso! —exclamó mientras se arrancaba una y la examinaba.

Tenía el tamaño de una pequeña aguja de coser, pero sin ojo y triangular en vez de redonda. «¡La vieja zorra! —se dijo estremecido, mirando hacia la barca—. Había oído hablar de agujas que se lanzan soplando, pero ¿quién habría pensado que esa vieja bruja podría dispararlas? No me ha atravesado el globo del ojo por los pelos.»

Con su habitual curiosidad, recogió las agujas una a una y las prendió en el cuello del kimono, a fin de estudiarlas más tarde. Había oído decir que entre los guerreros existían dos escuelas de pensamiento opuestas con respecto a esas pequeñas armas. Según unos, podían emplearse eficazmente como un elemento disuasorio, soplándolas contra la cara del enemigo, mientras que otros sostenían que eso era una tontería.

Quienes defendían su uso, decían que una técnica muy antigua para el empleo de las agujas se había desarrollado a partir de un juego que jugaban las costureras y los tejedores emigrados desde China a Japón en los siglos VI o VII. Si bien no se consideraba propiamente un método de ataque, fue practicado hasta la época del shogunado Ashikaga, como medio preliminar para mantener a raya al adversario.

Los detractores llegaban a afirmar que jamás había existido esa técnica antigua, aunque admitían que lanzar agujas soplando se había practicado como juego en otra época. Si bien concedían que las mujeres podían haberse divertido de esa manera, rechazaban de plano que el lanzamiento de agujas con la boca pudiera refinarse hasta el grado necesario para causar lesiones. También señalaban que la saliva podía absorber cierta cantidad de calor, frío o acidez, pero su eficacia era escasa para absorber el dolor causado por los pinchazos en el interior de la boca. Por supuesto, a esto se replicaba diciendo que, con suficiente práctica, una persona podía aprender a guardar las agujas en la boca sin dolor y manipularlas con la lengua con gran precisión y fuerza. Bastaban para dejar ciego a un hombre.

Los escépticos replicaban que incluso en el caso de que la aguja pudiera lanzarse con fuerza y rapidez, las posibilidades de herir con ellas eran mínimas. Al fin y al cabo, las únicas partes del rostro vulnerables a semejante ataque eran los ojos, y las posibilidades de alcanzarlos eran escasas incluso en las mejores condiciones. Y a menos que la aguja penetrara en la pupila, el daño sería insignificante.

Tras escuchar la mayor parte de estos argumentos en una u otra ocasión, Musashi se había decantado por el grupo de los escépticos. Después de su experiencia, se dio cuenta de lo prematuro que había sido su juicio y lo importantes y útiles que podían resultar posteriormente los fragmentos de conocimiento adquiridos al azar.

Las agujas no le habían alcanzado la pupila, pero el ojo le lloriqueaba. Mientras palpaba entre sus ropas en busca de algo para secárselos, oyó un sonido de tela desgarrada. Al volverse, vio a una muchacha que estaba cortando aproximadamente un pie de tela roja de la manga de su prenda interior.

Akemi corrió hacia él. No se había peinado para la celebración del Año Nuevo y su kimono estaba sucio. Calzaba sandalias pero no calcetines. Musashi la miró con los ojos entrecerrados y musitó algo. Aunque el rostro de la muchacha le parecía familiar, no sabía quién era.

—Soy yo, Takezō..., quiero decir Musashi —le dijo titubeante, ofreciéndole el paño rojo—. ¿Te ha entrado algo en el ojo? No deberías restregártelo, eso sólo te lo empeorará. Toma, usa esto.

Musashi aceptó en silencio la amabilidad de la joven y se cubrió el ojo con la tela. Entonces examinó su semblante con atención.

—¿No te acuerdas de mí? —le preguntó ella, incrédula—. ¡No es posible! —El rostro de Musashi seguía sin expresión—. ¡Tienes que acordarte!

El silencio del hombre rompió la presa que contenía sus emociones reprimidas durante tanto tiempo. Su espíritu, tan acostumbrado a la desdicha y la crueldad, se había aferrado a esa última esperanza, y ahora empezaba a comprender que no había sido más que una fantasía de su invención. Se formó un nudo en su garganta y produjo un sonido sofocado. Aunque se cubrió la boca y la nariz para ahogar los sollozos, sus hombros temblaron de un modo incontrolable.

Algo en su manera de llorar recordaba a la inocente muchacha de los días de Ibuki, cuando llevaba la tintineante campanilla en el obi. Musashi le rodeó con sus brazos los hombros delgados y frágiles.

—Eres Akemi, claro. Te recuerdo. ¿A qué se debe tu presencia aquí? ¡Cómo me sorprende verte! ¿Ya no vives en Ibuki? ¿Qué le ocurrió a tu madre? —Sus preguntas eran como púas, la peor de las cuales era la mención de Okō, y ésa condujo con naturalidad a la de su viejo amigo—. ¿Todavía estáis viviendo con Matahachi? Tiene que venir aquí esta mañana. ¿No le habrás visto por casualidad?

Cada una de sus palabras aumentaba la desdicha de Akemi. Apretada contra él, sólo podía sacudir su cabeza sollozante.

—¿No viene Matahachi? —insistió él—. ¿Qué le ha ocurrido? ¿Cómo llegaré a saberlo si no haces más que llorar?

—Él..., él... no va a venir. Nunca..., nunca recibió tu mensaje. —Akemi apoyó el rostro en el pecho de Musashi y le acometió un nuevo acceso de llanto.

Pensaba en decirle esto y aquello, pero cada idea se extinguía en su cerebro febril. ¿Cómo podía contarle el horrible destino que había sufrido por culpa de su madre? ¿Cómo podía expresar con palabras lo que le había ocurrido en Sumiyoshi o en los días transcurridos desde entonces?

El sol del Año Nuevo bañaba el puente y los transeúntes eran cada vez más numerosos: muchachas con kimonos nuevos de hermosos colores que iban al Kiyomizudera para presentar sus respetos en la festividad, hombres con atuendo formal que iniciaban su ronda de visitas de Año Nuevo. Casi escondido entre ellos deambulaba Jōtarō, con su cabellera de gnomo tan despeinada como de costumbre. Estaba casi a mitad del puente cuando vio a Musashi y Akemi.

«¿Qué significa esto? —se preguntó—. Creía que estaría con Otsū. ¡Ésa no es Otsū!» Se detuvo e hizo una mueca peculiar.

Estaba profundamente escandalizado. Otra cosa sería si no hubiera nadie mirando, pero sus cuerpos estaban pegados, abrazados en medio de una vía tan concurrida. ¿Un hombre y una mujer abrazándose en público? Era una desvergüenza. Jōtarō no podía creer que ningún adulto fuese capaz de comportarse de una manera tan escandalosa, y mucho menos su propio y reverenciado sensei. El corazón del muchacho latía con violencia, se sentía entristecido y, al mismo tiempo un poco celoso. Y enfurecido, tanto que deseaba coger una piedra y tirársela.

«He visto a esa mujer en alguna parte —pensó—. ¡Ah! Es la que se hizo cargo del mensaje de Musashi a Matahachi. Bueno, es una chica de casa de té, ¿qué podría esperarse de ella? Pero ¿cómo diablos se conocieron? ¡Creo que deberé hablarle a Otsū de esto!»

Su mirada recorrió la calle arriba y abajo y miró por encima del pretil, pero no había rastro de la joven.

La noche anterior, confiando en que se encontraría con Musashi al día siguiente, Otsū se había lavado el cabello y quedado hasta muy tarde peinándoselo de la manera apropiada. Luego se puso un kimono regalado por la familia Karasumaru y, antes del amanecer, salió para presentar sus respetos en el santuario de Gion y el Kiyomizudera antes de dirigirse a la avenida Gojō. Jōtarō quiso acompañarla, pero ella se negó.

Explicó al chiquillo que normalmente no habría tenido inconveniente, pero que ese día la presencia de Jōtarō sería una intromisión.

—Quédate aquí —le dijo—. Primero quiero hablar con Musashi a solas. Puedes ir al puente cuando sea de día, pero no tengas prisa. Y no te preocupes, te prometo que estaré allí esperándote con Musashi cuando vengas.

El enojo de Jōtarō había sido considerable. No sólo era lo bastante mayor para comprender los sentimientos de Otsū, sino que también podía apreciar hasta cierto punto la atracción que sentían mutuamente hombres y mujeres. La experiencia de rodar por la paja con Kocha en Koyagyū no había desaparecido de su mente. Aun así,

seguía siendo un misterio para él por qué una mujer adulta como Otsū se pasaba todo el tiempo abatida y llorosa por un hombre.

Por mucho que buscara, no daba con Otsū. Mientras su inquietud iba en aumento, Musashi y Akemi se dirigieron al extremo del puente, presumiblemente con la intención de pasar más desapercibidos. Musashi se cruzó de brazos y se apoyó en la barandilla. Akemi, a su lado, contemplaba las aguas del río. No repararon en Jōtarō cuando el muchacho pasó por el otro lado del puente.

«¿Por qué tarda tanto? ¿Durante cuánto tiempo puede uno rezarle a Kannon?» Rezongando para sus adentros, Jōtarō se puso de puntillas y miró hacia la colina en el extremo de la avenida Gojō.

A unos diez pasos de donde estaba, había cuatro o cinco sauces sin hojas. A menudo una bandada de garzas blancas se reunían allí, en la orilla del río, para capturar peces, pero aquel día no había una sola ave. Un hombre joven con un largo mechón sobre la frente se apoyaba en una rama de sauce que se extendía hacia el suelo como un dragón dormido.

Encima del puente, Musashi asentía mientras Akemi le susurraba fervientemente. La muchacha había lanzado su orgullo al viento y le estaba contando todo lo ocurrido, con la esperanza de persuadirle para que fuese sólo suyo. No era fácil discernir si las palabras penetraban más allá de los oídos de Musashi. Por mucho que asintiera, su expresión no era la de un hombre que dice dulces naderías a su amada. Por el contrario, sus pupilas tenían un brillo incoloro y frío, y se centraban con fijeza en algún objeto determinado.

Akemi no se daba cuenta de esa actitud. Completamente absorta, parecía un tanto sofocada mientras trataba de analizar sus sentimientos.

Finalmente suspiró.

—Te he contado todo lo ocurrido, sin ocultarte nada. —Se arrimó más a él y le dijo tristemente—: Han pasado más de cuatro años desde la batalla de Sekigahara. He cambiado tanto física como espiritualmente. —Entonces se echó a llorar y exclamó —: ¡No! En realidad no he cambiado. Mi sentimiento por ti sigue siendo el mismo. ¡Estoy absolutamente segura de ello! ¿Lo comprendes, Musashi? ¿Comprendes lo que siento?

—Humm.

—¡Por favor, trata de comprenderlo! Te lo he dicho todo. No soy la inocente flor silvestre que era cuando nos encontramos al pie del monte Ibuki. Sólo soy una mujer ordinaria que ha sido violada... Pero ¿la castidad depende del cuerpo o del espíritu? ¿Es realmente casta una virgen que tiene pensamientos lascivos?... Perdí mi virginidad a manos de... No puedo decir su nombre, pero mi corazón sigue siendo puro.

—Humm, humm.

—¿Es que no sientes nada por mí? No puedo ocultar secretos al hombre a quien amo. Me preguntaba qué te diría cuando te viera. ¿Debería contártelo o no? Pero entonces lo vi claro. No podría engañarte aun cuando lo deseara. ¡Compréndeme, por favor! ¡Di algo! Dime que me perdonas. ¿O acaso me consideras despreciable?

—No, yo...

—¡Cuando pienso de nuevo en ello me pongo tan furiosa...! —Apoyó el rostro en el pretil—. Mira, me avergüenza pedirte que me quieras. No tengo derecho a hacerlo, pero..., pero... En mi corazón aún soy virgen, todavía atesoro mi primer amor como una perla. No he perdido ese tesoro y no lo perderé, ¡al margen de la clase de vida que lleve o los hombres con los que me ponga en contacto el azar!

Sus sollozos hacían que temblara cada hebra de su cabellera. Bajo el puente en el que caían sus lágrimas, el río, brillante bajo el sol del Año Nuevo, fluía como los sueños de Akemi hacia una eternidad de esperanza.

—Humm...

Mientras el patetismo del relato que le contaba la muchacha provocaba a menudo gestos de asentimiento y sonidos guturales por parte de Musashi, los ojos de éste permanecían fijos en aquel punto a lo lejos. Cierta vez su padre observó: «No eres como yo. Mis ojos son negros, pero los tuyos son marrón oscuro. Dicen que tu tío abuelo, Hirata Shōgen, tenía unos ojos marrones aterradores, de modo que quizá has salido a él». En aquel momento, bajo los rayos sesgados del sol, los ojos de Musashi tenían una pura e impecable tonalidad coralina.

«Tiene que ser él», pensó Sasaki Kojirō , el hombre apoyado en el sauce. Había oído hablar de Musashi muchas veces, pero aquélla era la primera vez que le veía en persona.

«¿Quién puede ser?», se preguntaba Musashi a su vez.

Desde el instante en que las miradas de ambos hombres coincidieron se habían escudriñado en silencio, cada uno de ellos sondeando las profundidades del espíritu del otro. En la práctica del Arte de la Guerra, se dice que uno debe discernir desde la punta de la espada de su enemigo el grado de su capacidad. Eso era exactamente lo que estaban haciendo ambos hombres. Eran como luchadores, cada uno evaluando al otro antes de luchar a brazo partido. Y cada uno de ellos tenía motivos para considerar al otro con suspicacia.

«Esto no me gusta», se dijo Kojirō , profundamente disgustado. Había cuidado de Akemi desde que la rescatara de la desierta Sala de Amida, y la conversación claramente íntima entre ella y Musashi le irritaba. «Tal vez es uno de esos hombres que viven a costa de mujeres inocentes. ¡Y ella! ¡No me dijo adonde iba, y ahora está ahí, llorando sobre el hombre de otro!» En cuanto a él, estaba allí porque la había seguido.

A Musashi no le pasó desapercibida la hostilidad de la mirada de Kojirō , y

también era consciente de ese peculiar choque de voluntades instantáneo que se produce cuando un shugyōsha encuentra a otro. Era del todo evidente que Kojirō percibía el espíritu de desafío reflejado por la expresión de Musashi.

«¿Quién puede ser? —volvió a preguntarse Musashi—. Tiene todo el aspecto de un luchador, pero ¿a qué se debe esa malicia de su mirada? Será mejor que le vigile atentamente.»

El ardor de ambos hombres no procedía de sus ojos sino de lo más profundo de su ser. Parecía como si de sus pupilas pudieran salir en cualquier momento fuegos artificiales. Por su aspecto, Musashi podría ser uno o dos años más joven que Kojirō , aunque también podría darse perfectamente el caso contrario. Sea como fuere, compartían una similitud: ambos se hallaban en esa edad de máxima insolencia, cuando estaban seguros de saber todo cuanto hay que saber sobre política, la sociedad, el arte de la guerra y todos los demás temas. Del mismo modo que un perro bravo gruñe cuando ve a otro perro bravo, así Musashi y Kojirō sabían instintivamente que el otro era un luchador peligroso.

Kojirō fue el primero en desviar la mirada, cosa que hizo soltando un leve gruñido. A pesar del punto de desprecio que percibía en el perfil de Kojirō , estaba convencido en lo más profundo de que había ganado. El contrario había cedido ante su mirada y su fuerza de voluntad, lo cual satisfacía a Musashi.

—Akemi —dijo a la muchacha, poniéndole una mano sobre el hombro.

Ella, sollozando todavía con el rostro sobre el pretil, no respondió.

—¿Quién es ese hombre de ahí? Te conoce, ¿verdad? Mira, es ese joven que parece un guerrero estudiante. ¿Quién es?

Akemi no respondió en seguida. No había visto a Kojirō hasta entonces, y al reparar en él la confusión afloró a su rostro hinchado por el llanto.

—¿Qué?... ¿Te refieres a ese hombre alto?

—Sí, ¿quién es?

—Pues..., bueno, es... No le conozco muy bien.

—Pero le conoces, ¿no es cierto?

—Sí.

—Con esa larga espada y vestido para llamar la atención... ¡debe de considerarse todo un espadachín! ¿Cómo le has conocido?

—Fue hace unos días —se apresuró a decir Akemi—. Me mordió un perro y la hemorragia no cesaba. Entonces fui a un médico y resultó que él estaba en la misma casa. Me ha cuidado durante los últimos días.

—En otras palabras, ¿estás viviendo en la misma casa con él?

—Sí, bueno, estoy viviendo ahí, pero eso no significa nada.

No hay nada entre nosotros. —Akemi dijo esto último con más firmeza.

—En ese caso, supongo que no sabes gran cosa de él. ¿Conoces su nombre?

—Se llama Sasaki Kojirō . También le llaman Ganryū.

—¿Ganryū?

No era la primera vez que Musashi oía ese nombre. Aunque no era excepcionalmente famoso, lo conocían los guerreros de varias provincias. Era más joven de lo que Musashi había supuesto. Le miró de nuevo.

Entonces sucedió una cosa curiosa: un par de hoyuelos aparecieron en las mejillas de Kojirō .

Musashi le devolvió la sonrisa. Sin embargo, esta comunicación silenciosa no estaba llena de luz apacible y amistad, como la sonrisa intercambiada entre el Buda y su discípulo Ananda cuando restregaban flores entre sus dedos. En la sonrisa de Kojirō había un burlón visaje de desafío, así como un elemento de ironía.

La sonrisa de Musashi no sólo aceptaba el desafío de Kojirō , sino que transmitía una impetuosa voluntad de luchar.

En medio de los dos hombres obstinados, Akemi estaba a punto de expresar de nuevo sus sentimientos, pero antes de que pudiera hablar Musashi le dijo:

—Escucha, Akemi, creo que lo mejor para ti será que regreses con ese hombre a tu alojamiento. Iré a verte pronto, no te preocupes.

—¿Vendrás? ¿Lo dices de veras?

—Sí, mujer, claro que sí.

—La posada se llama Zuzuya y está delante del monasterio en la avenida Rokujō.

—Entendido.

La naturalidad de su respuesta no le bastó a Akemi. Le cogió la mano que descansaba sobre el pretil y la estrechó apasionadamente a la sombra de su manga.

—Cumplirás tu palabra, ¿verdad? ¿Me lo prometes?

Una súbita carcajada ahogó la respuesta de Musashi.

—¡Ja, ja, ja, ja! ¡Oh! ¡Ja, ja, ja! ¡Oh!... —Kojirō dio media vuelta y se alejó con tanta rapidez como le permitía su incontrolable hilaridad.

Jōtarō, que estaba observando la escena desde un extremo del puente, pensó: «¡No es posible que nada sea tan divertido!». Él mismo estaba disgustado con el mundo, y en especial con su voluble maestro y con Otsū.

«¿Adonde puede haber ido?», volvió a preguntarse mientras emprendía airado el regreso hacia el centro de la ciudad. Apenas había dado unos pasos cuando vio el blanco rostro de Otsū entre las ruedas de una carreta de bueyes que estaba en la esquina siguiente.

—¡Ahí está! —gritó, y tropezó con el morro del buey en su prisa por dar alcance a la mujer.

Aquel día, para cambiar, Otsū se había pintado los labios. Su maquillaje dejaba un tanto que desear, pero tenía un aroma agradable y su kimono era una encantadora prenda primaveral con un diseño blanco y verde bordado sobre un fondo rosa oscuro.

Jōtarō la abrazó por detrás, sin que le preocupara la posibilidad de despeinarla o mancharle el cuello empolvado de blanco.

—¿Por qué te escondes aquí? Llevo horas esperándote. ¡Ven conmigo en seguida!

Ella no le contestó.

—¡Vamos, date prisa! —insistió él, sacudiéndola por los hombros—. Musashi también está aquí. Mira, puedes verle desde aquí. Estoy furioso con él, pero vayamos de todos modos. ¡Si no nos apresuramos se marchará! —Cuando la cogió de la muñeca e intentó tirar de ella, observó que su brazo estaba húmedo—: ¿Estás llorando?

—¡Jō, escóndete detrás de la carreta como yo, por favor!

—¿Por qué?

—¡Eso no importa!

—Que me aspen... —Jōtarō no trató de ocultar su ira—. Eso es lo que detesto de las mujeres. ¡Hacen cosas absurdas! No paras de decir que quieres ver a Musashi y vas por ahí llorando en su busca. Y ahora que está delante de ti prefieres esconderte. ¡Incluso quieres que me esconda contigo! ¿No te parece divertido? Ja..., uf, ni siquiera puedo reírme.

Estas palabras escocieron a la joven como un latigazo. Alzó los ojos enrojecidos e hinchados y dijo:

—Por favor, no hables así, te lo ruego. ¡No me trates mal tú también!

—¿Me acusas de que te trato mal? ¿Qué te he hecho?

—Estate callado, por favor, y agáchate aquí conmigo.

—No puedo. Hay estiércol de buey en el suelo. ¿Sabes? Dicen que si lloras el día de Año Nuevo hasta los cuervos se reirán de ti.

—No me importa. Sólo...

—Muy bien, entonces me reiré de ti. Voy a reírme como lo ha hecho ese samurai hace unos momentos. Mi primera risa de Año Nuevo. ¿Eso te gustaría?

—¡Sí, ríe, ríete cuanto te venga en gana!

—No puedo —replicó él, limpiándose la nariz—. Creo que ya sé lo que te pasa. Tienes celos porque Musashi estaba hablando con esa mujer.

—¡Qué dices! ¡No se trata de eso en absoluto!

—¡Claro que es eso! También a mí me ha enfurecido. Pero ¿no es ése tanto más motivo para que vayas y hables con él? No comprendes nada, ¿verdad?

Otsū no hizo el menor ademán de incorporarse, pero el chiquillo le tiró con tanta insistencia de la muñeca que se vio obligada a hacerlo.

—¡Basta! —le gritó—. ¡Me haces daño! No seas tan rencoroso. Dices que no comprendo nada, pero no tienes la menor idea de lo que siento.

—Sé exactamente lo que sientes. ¡Estás celosa!

—No es sólo eso.

—¡Calla y vámonos!

Otsū abandonó su escondite detrás de la carreta, pero no voluntariamente. Arrastraba los pies mientras el chico tiraba de ella. Jōtarō, sin soltarla, estiraba el cuello y miraba hacia el puente.

—¡Mira! —le dijo—. Akemi ya no está.

—¿Akemi? ¿Quién es?

—La chica con la que hablaba Musashi... ¡Oh, Musashi se marcha! Si no te apresuras ahora, le perderás de vista.

Jōtarō soltó a Otsū y se dirigió al puente.

—¡Aguarda! —gritó ella, recorriendo el puente con la mirada para asegurarse de que Akemi no acechaba en alguna parte.

Una vez convencida de que su rival se había ido, pareció muy aliviada y dejó de fruncir el ceño, pero dio media vuelta y regresó a su escondite detrás de la carreta para enjugarse los ojos hinchados con la manga, arreglarse el cabello y alisar el kimono.

—¡Rápido, Otsū! —le dijo Jōtarō con impaciencia—. Musashi parece haber bajado a la orilla del río. ¡No es momento para acicalarte!

—¿Adonde ha ido?

—Abajo, a la orilla. No sé por qué lo ha hecho, pero ahí se ha dirigido.

Los dos corrieron al extremo del puente, y Jōtarō, dando excusas superficiales, abrió camino para los dos entre la muchedumbre hasta llegar al pretil.

Musashi estaba al lado de la barca en cuyo interior Osugi seguía contorsionándose, tratando de quitarse las ataduras.

—Lo siento, abuela —le dijo—, pero parece ser que finalmente Matahachi no va a venir. Espero verle en el próximo futuro, e intentaré inculcarle un poco de valor. Entretanto, deberías tratar de encontrarle y llevarle de regreso a casa para que viva contigo como un buen hijo. Ésa sería una manera mucho mejor de expresar tu gratitud a tus antepasados que la de intentar cortarme la cabeza.

Metió la mano bajo las esteras de juncos y con un pequeño cuchillo cortó la cuerda.

—¡Hablas demasiado, Musashi! No necesito ninguno de tus consejos. Decide de una vez lo que harás: ¿vas a matarme o a morir?

Unas venas azules sobresalían en su cara mientras se esforzaba por librarse de las esteras de paja que la cubrían, pero cuando estuvo en pie Musashi ya cruzaba el río, saltando como un aguzanieves por encima de rocas y bancos de arena. En un abrir y cerrar de ojos llegó a la orilla contraria y trepó a lo alto del malecón.

Al verle, Jōtarō gritó:

—¡Mira, Otsū! ¡Allí está! —El muchacho bajó al malecón, seguido por la joven.

Para las ágiles piernas de Jōtarō, ríos y montañas no significaban nada, pero Otsū,

reacia a estropear su hermoso kimono, se detuvo en la orilla del río. Ahora había perdido a Musashi de vista, pero aun así gritaba su nombre con toda la fuerza de sus pulmones.

—¡Otsū! —le gritó alguien desde una dirección inesperada. Osugi estaba apenas a cien pies de ella.

Cuando Otsū vio quién era, lanzó un grito, se cubrió por un momento el rostro con las manos y echó a correr.

La anciana se apresuró a perseguirla, sus blancos cabellos ondeando al viento.

—¡Otsū! —gritó, con una voz que podría haber separado las aguas del río Kamo —. ¡Espera! Quiero hablar contigo.

Una explicación de la presencia de Otsū en aquel lugar ya tomaba forma en la mente suspicaz de la anciana. Estaba segura de que Musashi la había atado porque tenía una cita con la muchacha y no quería que ella lo viera. Siguió razonando que Otsū habría dicho algo que enojó a Musashi y por eso él la había abandonado. Ese era sin duda el motivo por el que la muchacha le gritaba para que volviera.

«¡Esa chica es incorregible!», se dijo, detestándola aún más de lo que detestaba a Musashi. A su modo de ver, Otsū era legalmente su nuera, tanto si la boda había tenido lugar como si no. Había sido hecha una promesa, y si la novia había llegado a odiar a su hijo, entonces también debía de odiar a la misma Osugi.

—¡Espera! —volvió a gritar, abriendo la boca casi de oreja a oreja.

La intensidad del grito sobresaltó a Jōtarō, que estaba a su lado, y le agarró la mano al tiempo que decía:

—¿Qué estás intentando hacer, vieja bruja?

—¡Apártate de mi camino! —replicó ella, dándole un empujón.

Jōtarō no sabía quién era aquella mujer ni por qué Otsū había huido al verla, pero se daba cuenta de que era peligrosa. Como hijo de Aoki Tanzaemon y único alumno de Miyamoto Musashi, se negó a dejarse avasallar por el huesudo brazo de una vieja bruja.

—¡No puedes hacerme eso! —exclamó. Corrió hacia ella y saltó sobre su espalda.

La anciana se lo quitó de encima y, rodeándole el cuello con un brazo, le dio varios sopapos.

—¡Pequeño demonio! ¡Esto te enseñará a entrometerte!

Mientras Jōtarō intentaba zafarse de la belicosa anciana, Otsū seguía corriendo, su mente sumida en la confusión. Era joven y, como la mayoría de los jóvenes, estaba llena de esperanza y no tenía la costumbre de quejarse por su suerte adversa. Saboreaba las delicias de cada nuevo día como si fuesen flores en un jardín soleado. Penas y decepciones eran hechos inevitables de la vida, pero no la abatían durante mucho tiempo. De la misma manera, no podía concebir el placer como totalmente separado del dolor.

Pero aquel día su optimismo había sido destruido, no una sino dos veces. Se preguntó por qué había tenido que acudir allí aquella mañana. Ni las lágrimas ni la cólera podían anular su conmoción. Después de que cruzara un instante por su mente la idea del suicidio, condenó a todos los hombres como unos malignos embusteros. Se sintió alternativamente furiosa y desdichada, odiaba al mundo y a sí misma, estaba demasiado abrumada para hallar consuelo en las lágrimas o pensar claramente en nada. Los celos le hacían hervir la sangre, y la inseguridad que le causaban hacía que se reprendiera a sí misma por sus muchos defectos, incluida su falta de aplomo en aquellos momentos. Se dijo repetidas veces que debía conservar la serenidad y gradualmente reprimió sus impulsos bajo el barniz de dignidad que se supone deben mantener las mujeres.

Mientras la muchacha desconocida estuvo al lado de Musashi, Otsū no había podido moverse. Sin embargo, cuando Akemi se marchó, ya no pudo seguir dominándose y se sintió irresistiblemente impulsada a enfrentarse a Musashi y expresarle sus sentimientos. Aunque no sabía por dónde empezar, resolvió abrirle su corazón y decírselo todo.

Pero la vida está llena de minúsculos accidentes. Un pequeño paso en falso, un mínimo error de cálculo efectuado en el calor del momento, a menudo pueden alterar la forma de las cosas durante meses o años. Al perder de vista a Musashi por un instante, Otsū quedó expuesta a Osugi. En la espléndida mañana de Año Nuevo, el jardín de delicias de Otsū estaba infestado de serpientes.

Era una pesadilla que se había hecho realidad. En muchos sueños frenéticos, Otsū se había encontrado con el rostro malicioso de Osugi, y ahora la tremebunda realidad se aproximaba amenazante a ella.

Tras correr varios centenares de varas, la falta de aliento le obligó a detenerse. Miró atrás y por un momento su respiración se detuvo por completo. Osugi, como a cien varas de distancia, estaba azotando a Jōtarō, balanceándole a un lado y a otro.

El chico se debatía, pataleaba, unas veces en el suelo y otras en el aire, y de vez en cuando propinaba un golpe a su captora.

Otsū comprendió que no tardaría en empuñar su espada de madera, y cuando lo hiciera no había duda de que la anciana no sólo desenvainaría su espada corta sino que la usaría sin miramientos. En semejante ocasión, Osugi no mostraría misericordia. Jōtarō corría peligro de muerte.

La situación de Otsū era terrible: era preciso rescatar a Jōtarō, pero no se atrevía a acercarse a Osugi.

Jōtarō logró sacar la espada de madera que llevaba sujeta al obi, pero no librar su cabeza del brazo de Osugi, que se la apretaba como un tornillo de banco. Las patadas y la agitación de los brazos iban en su detrimento, pues aumentaban la confianza en sí misma de la anciana.

—¡Mocoso! —le gritó despectivamente—. ¿Qué tratas de hacer, imitar a una rana?

Los dientes frontales sobresalientes daban a su boca un aspecto leporino, pero su repugnante expresión era de triunfo. Paso a paso, arrastrando los pies, se acercaba a Otsū.

Mientras miraba furibunda a la muchacha aterrada, su astucia natural se impuso. De repente comprendió que su manera de actuar era errónea. Si su adversario hubiera sido Musashi, el engaño no le habría servido de nada, pero el enemigo que tenía ante ella era Otsū, la tierna e inocente Otsū, a la que probablemente podría hacer creer cualquier cosa que quisiera, siempre que se la planteara suavemente y con un aire de sinceridad. Pensó que primero la ataría con palabras y luego la asaría para cenar.

—¡Otsū! —gritó en un tono seriamente patético—. ¿Por qué huyes? ¿Qué es lo que te impulsa a escapar en cuanto me ves? Lo mismo hiciste en la casa de té Mikazuki, y no puedo entenderlo. Debes de estar imaginando cosas. No tengo la menor intención de hacerte daño.

Una expresión de duda apareció en el rostro de Otsū, pero Jōtarō, todavía cautivo, preguntó:

—¿Es eso cierto, abuela? ¿Lo dices en serio?

—Pues claro que lo digo en serio. Otsū no comprende cuáles son mis verdaderos sentimientos. Parece ser que me teme.

—Si lo dices en serio, suéltame e iré a buscarla.

—No tan rápido. Si te suelto, ¿cómo sé que no me golpearás con esa espada tuya y echarás a correr?

—¿Crees que soy un cobarde? Jamás haría semejante cosa. Me parece que nos estamos peleando por nada. Ha habido algún error.

—De acuerdo. Dile a Otsū que ya no estoy enfadada con ella. Hubo un tiempo en que lo estuve, pero eso ya ha terminado. Desde que murió el tío Gon, he viajado sola, llevando conmigo sus cenizas... Soy una anciana solitaria sin ningún sitio adonde ir. Explícale que, sean cuales fueren mis sentimientos hacia Musashi, a ella sigo considerándola como una hija. No le pido que regrese y sea la novia de Matahachi. Sólo le pido que se apiade de mí y escuche lo que tengo que decirle.

—Ya es suficiente. Si me dices algo más seré incapaz de recordarlo.

—Muy bien, pues dile lo que te he dicho hasta ahora.

Mientras el muchacho corría al lado de Otsū y le repetía el mensaje de Osugi, la anciana, fingiendo que no miraba, se sentó en una piedra y contempló un bajío donde un banco de pececillos se deslizaba velozmente de un lado a otro. ¿Vendría Otsū o no? Osugi dirigió una mirada disimulada a la muchacha, más rápida que aquellos minúsculos peces.

Las dudas de Otsū no se disiparon con facilidad, pero finalmente Jōtarō la

convenció de que no había peligro alguno. Echó a andar con timidez hacia Osugi, la cual, deleitándose en su victoria, le sonreía de modo jovial.

—Otsū, querida niña —le dijo en un tono maternal.

—Abuela —replicó Otsū, inclinándose hasta el suelo a los pies de la anciana—. Perdóname. Por favor, perdóname. No sé qué decir.

—No es necesario que digas nada. Todo ha sido culpa de Matahachi. Al parecer, aún te guarda rencor por tu cambio de sentimientos, y me temo que en una época también yo he pensado mal de ti. Pero todo eso es agua pasada.

—¿Me perdonas entonces por mi manera de actuar?

—Bueno, eso... —dijo Osugi, con una nota de incertidumbre, pero al mismo tiempo poniéndose en cuclillas a su lado.

Otsū removió la arena con los dedos, haciendo en la fría superficie un pequeño hoyo que pronto se llenó de agua tibia y burbujeante.

—Como madre de Matahachi, supongo que puedo decir que has sido perdonada, pero hay que tener en cuenta a Matahachi. ¿No querrás verle y hablar con él de nuevo? Puesto que huyó con otra mujer por su propia voluntad, no creo que te pida que vuelvas con él. La verdad es que no le permitiría hacer algo tan egoísta, pero...

—¿Sí?

—Bueno, ¿no accederás a verle por lo menos? Entonces, cuando los dos estéis frente a frente, le diré exactamente lo que debo decirle. Así podré cumplir mi deber como madre, sentiré que he hecho cuanto podía.

—Comprendo —replicó Otsū. De la arena, a su lado, emergió un minúsculo cangrejo y se escabulló detrás de una piedra. Jōtarō lo cogió con disimulo, se puso detrás de Osugi y lo dejó caer sobre su cabeza. Otsū siguió diciendo—: Pero no puedo evitar la sensación de que, después de tanto tiempo como ha pasado, sería mejor para mí no ver a Matahachi.

—Yo estaré a tu lado. ¿No te sentirías mejor si le vieras y rompierais de una vez como es debido?

—Sí, pero...

—Entonces hazlo. Lo digo por tu propio bien en el futuro.

—Si accedo..., ¿cómo vamos a encontrar a Matahachi? ¿Sabes dónde está?

—Podré encontrarle en seguida, créeme. Mira, hace poco le vi en Osaka. Le dio uno de sus ataques de testarudez, se marchó y me dejó en Sumiyoshi, pero cuando hace esa clase de cosas luego siempre lo lamenta. No pasará mucho tiempo antes de que venga a Kyoto en mi busca.

A pesar de la incómoda sensación que tenía Otsū de que Osugi no le estaba diciendo la verdad, influyó en su ánimo la fe que tenía la mujer en su inútil hijo. Sin embargo, lo que condujo a su rendición final, fue la convicción de que la manera de actuar que proponía Osugi era la correcta.

—¿Qué te parece si te ayudara a buscar a Matahachi?

—Oh, ¿harías eso? —replicó con vehemencia la anciana, cogiendo la mano de la muchacha.

—Sí. Sí, creo que debo hacerlo.

—De acuerdo, entonces acompáñame ahora a mi posada. ¡Uf! ¿Qué es esto? —Se levantó, llevándose la mano a la parte posterior del cuello de su kimono, y cogió el pequeño cangrejo. Estremecida, preguntó—: Bueno, ¿cómo ha llegado esto ahí? —Extendió la mano y la sacudió, desprendiendo al animalillo de sus dedos.

Jōtarō, que estaba a sus espaldas, reprimió la risa, pero Osugi no se dejó engañar. Con los ojos centelleantes, se volvió y le miró furibunda:

—¡Supongo que es alguna travesura!

—Mía no, yo no he sido. —Echó a correr por el malecón para ponerse a salvo y gritó—: ¿Vas a ir con ella a la posada, Otsū?

Antes de que Otsū pudiera responder, Osugi dijo:

—Sí, viene conmigo. Estoy en una posada cerca del pie de la colina Sannen. Siempre me alojo ahí cuando vengo a Kyoto. No te necesitaremos. Vuelve al lugar de donde has venido.

—De acuerdo, estaré en la casa de Karasumaru. Ven tú también, Otsū, cuando hayas terminado ese asunto.

Otsū sintió una punzada de inquietud.

—¡Espera, Jō! —Corrió por el malecón, reacia a dejarle marchar.

Osugi, temerosa de que la muchacha pudiera cambiar de idea y huir, se apresuró a seguirla, pero durante unos instantes Otsū y Jōtarō estuvieron a solas.

—Creo que debería ir con ella —le dijo Otsū—. Pero regresaré a la casa del señor Karasumaru en cuanto tenga ocasión. Explícaselo todo y procura que te dejen quedarte hasta que yo haya terminado lo que tengo que hacer.

—No te preocupes. Esperaré tanto tiempo como sea necesario.

—Busca a Musashi durante mi ausencia, ¿de acuerdo?

—¡Ya estamos otra vez! Cuando por fin le encuentras, te escondes. Y ahora lo lamentas. No digas que no te lo advertí.

—Me he portado como una estúpida.

Osugi llegó a su lado y se puso entre ellos. Los tres echaron a andar de regreso al puente. La penetrante mirada de Osugi se fijaba con frecuencia en la muchacha, de la que desconfiaba. Aunque Otsū no tenía el menor atisbo del peligroso sino que la aguardaba, experimentaba de todos modos la sensación de estar atrapada.

Cuando llegaron al puente, el sol estaba alto por encima de los sauces y los pinos y las multitudes que habían salido a pasear el día de Año Nuevo llenaban las calles. Un grupo considerable se había congregado ante el cartel colocado en el puente.

—¿Musashi? ¿Quién es ése?

—¿Conocéis a algún gran espadachín de ese nombre?

—Nunca he oído hablar de él.

—Debe de ser un gran luchador si se enfrenta a los Yoshioka. Valdrá la pena ver ese encuentro.

Otsū se detuvo y se quedó mirando fijamente. Osugi y Jōtarō la imitaron y escucharon los susurros reverberantes. Al igual que las ondas producidas por los pececillos en el bajío, el nombre Musashi se extendió entre la multitud.

Libro IV  VIENTO

El campo seco

Los espadachines de la escuela Yoshioka se reunieron en un campo yermo al lado del acceso Nagasaka a la carretera de Tamba. Más allá de los árboles que bordeaban el campo, el resplandor de la nieve en las montañas al noroeste de Kyoto daba una impresión de relámpagos.

Uno de los hombres sugirió que encendieran una fogata, señalando que sus espadas parecían actuar como conductores y transmitían el frío directamente a sus cuerpos. Era el noveno día del nuevo año y la primavera había llegado[5]. Un viento frío soplaba desde el monte Kinugasa y hasta los pájaros parecían desamparados.

—Arde bien, ¿eh?

—Sí, pero será mejor tener cuidado, no vayamos a provocar un incendio en la broza.

El fuego crepitante les calentaba manos y pies, pero poco después Ueda Ryōhei, agitando la mano ante sus ojos para disipar el humo, refunfuñó:

—¡Hace demasiado calor! —Fulminando con la mirada a un hombre que se disponía a echar más leña al fuego, exclamó—: ¡Es suficiente! ¡No sigas!

Transcurrió una hora sin ningún acontecimiento.

—Ya deben de ser más de las seis.

Como un solo hombre, sin pensarlo siquiera, todos dirigieron los ojos hacia el sol.

—Cerca de las siete.

—El Joven Maestro ya debería estar aquí.

—Se presentará de un momento a otro.

Con los semblantes tensos, observaron inquietos la carretera que partía de la ciudad. Varios de ellos tragaban saliva nerviosamente.

—¿Qué puede haberle ocurrido?

El mugido de una vaca rompió el silencio. En otro tiempo el campo había sido usado como pasto de las vacas del emperador, y aún había en la vecindad vacas de las que no cuidaba nadie. El sol se levantó más, trayendo consigo el calor y el olor del estiércol y la hierba seca.

—¿No creéis que Musashi ya debe de estar en el campo junto al Rendaiji?

—Es posible.

—Que alguien vaya a ver. Sólo está a seiscientas varas.

Nadie estaba deseoso de alejarse. Volvieron a guardar silencio, sus rostros ardientes en las sombras arrojadas por el humo.

—¿No habrá algún error sobre las instrucciones?

—No, Ueda las recibió anoche directamente del Joven Maestro. No puede haber error alguno.

Ryōhei lo confirmó.

—Es cierto. No me sorprendería que Musashi ya esté allí, pero es posible que el Joven Maestro se retrase a propósito para ponerle nervioso. Esperemos. Si hacemos un falso movimiento y damos a la gente la impresión de que vamos a ayudar al Joven Maestro, será una deshonra para la escuela. No podemos hacer nada hasta que él llegue. ¿Quién es Musashi a fin de cuentas? Tan sólo un rōnin. No puede ser tan bueno.

Los estudiantes que habían visto a Musashi en acción en el dōjō de la escuela el año anterior tenían otra idea, pero incluso a ellos les resultaba impensable que Seijūrō perdiera. Eran de la opinión de que, aunque Seijūrō iba a ganar, no podían descartarse los accidentes. Además, puesto que el combate había sido anunciado públicamente, habría muchos espectadores, cuya presencia, a juicio de los estudiantes, no sólo aumentaría el prestigio de la escuela sino que realzaría la reputación personal de su maestro.

A pesar de que Seijūrō les había dado instrucciones concretas de que bajo ninguna circunstancia debían ayudarle, cuarenta de ellos ya se habían reunido allí para esperar su llegada, decirle unas palabras de estímulo y estar a mano..., por si acaso. Además de Ueda, estaban presentes cinco de los Diez Espadachines de la casa de Yoshioka.

Eran más de las siete, y a medida que el espíritu sereno impuesto por Ryōhei cedía el paso al aburrimiento, farfullaban descontentos.

Los espectadores que se encaminaban al lugar del encuentro les preguntaban si había algún error.

—¿Dónde está Musashi?

—¿Dónde está el otro..., Seijūrō?

—¿Quiénes son todos esos samurais?

—Probablemente están aquí para ayudar a uno u otro.

—¡Extraña manera de celebrar un duelo! Los ayudantes están aquí y los combatientes no.

Aunque la multitud era cada vez más densa e iba en aumento el vocerío, los espectadores eran demasiado prudentes para aproximarse a los estudiantes de la escuela Yoshioka, los cuales, por su parte, no reparaban en las cabezas asomadas entre los marchitos miscanthus o que les miraban desde las ramas de los árboles.

Jōtarō deambulaba en medio de la multitud, levantando nubéculas de polvo. Con su espada de madera más larga que él y calzado con unas sandalias que le iban demasiado grandes, iba de una mujer a otra, examinando sus caras. «No, ésta tampoco —murmuraba para sí—. ¿Qué puede haberle ocurrido a Otsū? Sabe que hoy es el día de la pelea.» Estaba seguro de que la joven se encontraba allí, pues Musashi podía correr peligro. ¿Qué podía retenerla?

Pero su búsqueda fue infructuosa, aunque caminó pesadamente hasta la extenuación. «Qué extraño es esto —se dijo—. No la he visto desde el día de Año

Nuevo. ¿Estará enferma? Esa vieja bruja con la que se marchó decía unas cosas convincentes, pero tal vez era una trampa. Quizá le esté haciendo algo terrible a Otsū.»

Esa posibilidad le inquietaba de un modo atroz, mucho más que el resultado de la pelea, la cual no le causaba ningún recelo. Entre los centenares de personas que se habían congregado allí, apenas había una sola que no esperase la victoria de Seijūrō. Sólo Jōtarō tenía una fe inquebrantable en Musashi. Cruzaba por su mente la imagen de su maestro enfrentado a las lanzas de los sacerdotes del Hōzōin en la planicie de Hannya.

Finalmente, se detuvo en medio del campo. «Hay otra cosa extraña —musitó para sí—. ¿Qué hace toda esta gente aquí? Según el aviso, la pelea tendrá lugar en el campo junto al Rendaiji.» Parecía ser la única persona intrigada por ese motivo.

Alguien, entre la multitud pululante, le llamó con voz áspera.

—¡Eh, muchacho! ¡Ven aquí!

Jōtarō reconoció al hombre. Era el que había estado mirando a Musashi y Akemi mientras éstos susurraban en el puente la mañana de Año Nuevo.

—¿Qué quieres, señor? —le preguntó Jōtarō.

Sasaki Kojirō se le acercó, pero antes de hablar le miró lentamente de la cabeza a los pies.

—¿No te he visto recientemente en la avenida Gojō?

—Ah, lo recuerdas.

—Estabas con una mujer joven.

—Sí, era Otsū.

—¿Es ése su nombre? Dime, ¿tiene alguna relación con Musashi?

—Yo diría que sí.

—¿Es su prima?

—No.

—¿Hermana?

—No.

—¿Y bien?

—A ella le gusta.

—¿Son amantes?

—No lo sé. Yo sólo soy su alumno. —Jōtarō meneó la cabeza orgullosamente.

—De modo que por eso estás aquí. Mira, la gente se impacienta. Tú debes de saber dónde está Musashi. ¿Ha salido de su posada?

—¿Por qué me lo preguntas? No le he visto desde hace mucho tiempo.

Varios hombres se abrieron paso entre la multitud, acercándose a Kojirō .

Éste fijó en ellos una mirada de halcón.

—¡Ah, así que estás aquí, Sasaki!

—¡Vaya, si es Ryōhei!

—¿Dónde has estado durante todo este tiempo? —le preguntó Ryōhei, cogiendo la mano de Kojirō como si le hiciera prisionero—. No has ido al dōjō en los últimos diez días. El Joven Maestro quería practicar un poco contigo.

—¿Qué importa si he estado ausente? Ahora estoy aquí.

Colocándose discretamente alrededor de Kojirō , Ryōhei y sus camaradas le condujeron a la fogata.

Entre los espectadores que habían visto la larga espada y el llamativo atuendo de Kojirō se extendió un rumor:

—¡Ése es Musashi, sin duda!

—¿Es él?

—Lleva una ropa muy vistosa, pero no parece débil.

—¡Ése no es Musashi! —exclamó Jōtarō desdeñosamente—. ¡Musashi no es así en absoluto! ¡Jamás le veréis disfrazado como un actor de Kabuki!

Poco después, incluso aquellos que no habían oído la protesta del muchacho se dieron cuenta de su error y retrocedieron, preguntándose qué estaba ocurriendo allí.

Kojirō estaba en pie entre los estudiantes de Yoshioka, observándolos con evidente desprecio. Ellos le escuchaban en silencio, pero con hoscos semblantes.

—No hay mal que por bien no venga —decía Kojirō —, y es una suerte para la casa de Yoshioka que ni Seijūrō ni Musashi hayan llegado a tiempo. Lo mejor que podéis hacer es dividiros en grupos, distraer a Seijūrō y llevarle rápidamente a casa antes de que sufra algún daño.

Esta cobarde propuesta les enfureció, pero Kojirō siguió diciendo:

—Lo que os aconsejo sería más beneficioso para Seijūrō que cualquier ayuda que pueda recibir de vosotros. —Entonces, con bastante grandilocuencia, añadió—: El cielo me ha enviado como mensajero por el bien de la casa de Yoshioka. Os haré mi predicción: si luchan, Seijūrō perderá. Siento tener que decirlo, pero es indudable que Musashi le derrotará, tal vez incluso le mate.

Miike Jūrōzaemon se enfrentó al joven, sacando el pecho, y le gritó:

—Eso es un insulto. —Con el codo derecho entre su rostro y el de Kojirō , estaba preparado para desenvainar la espada y atacar.

Kojirō bajó la vista y sonrió.

—Entiendo que no te gusta lo que he dicho.

—¡Agh!

—En ese caso, lo siento —dijo Kojirō en tono despreocupado—. No intentaré seguir ayudándoos.

—En primer lugar, nadie te ha pedido tu ayuda.

—Eso no es del todo cierto. Si no teníais necesidad de mi ayuda, ¿por qué habéis insistido en que fuese desde Kema a vuestra casa? ¿Por qué os habéis esforzado tanto

por tenerme contento? ¡Tú, Seijūrō, todos vosotros!

—Hemos sido corteses con un huésped, ni más ni menos. Te tienes en alta estima, ¿no es cierto?

—¡Ja, ja, ja, ja! No sigamos por ese camino, antes de que tenga que enfrentarme a todos vosotros. ¡Pero os advierto que si desoís mi profecía lo lamentaréis! He comparado a los dos hombres con mis propios ojos, y he visto que las posibilidades de que Seijūrō pierda son abrumadoras. La mañana de Año Nuevo Musashi estaba en el puente de la avenida Gojō. En cuanto le vi, supe que es peligroso. A mi modo de ver, ese letrero que pusisteis allí parece más bien un anuncio de luto por la casa Yoshioka. Es muy triste, pero parece ser una característica universal que los hombres nunca sean conscientes de que están acabados.

—¡Ya basta! ¿Por qué has venido aquí si tu único propósito era hablar de esa manera?

Kojirō replicó en tono sarcástico:

—También parece típico de la gente en declive que no acepten un acto de amabilidad con el espíritu en que se les ha ofrecido. ¡Adelante! ¡Pensad lo que gustéis! Ni siquiera tendréis que esperar a que finalice el día. Dentro de una hora, quizá menos, sabréis cuan equivocados estáis.

—¡Canalla! —le gritó Jūrōzaemon.

Cuarenta hombres dieron un paso adelante, su cólera irradiando oscuramente sobre el campo.

Kojirō reaccionó con seguridad en sí mismo. Saltando rápidamente a un lado, demostró con su postura que si buscaban pelea, él estaba preparado. La buena voluntad que antes les había mostrado ahora parecía un engaño. Un observador podría haberse preguntado si no estaba utilizando la psicología de las masas a fin de crear la oportunidad de acaparar toda la atención en detrimento de Musashi y Seijūrō.

Una oleada de agitación se extendió entre los que estaban lo bastante cerca para ver la escena. Aquélla no era la lucha que habían ido a ver, pero prometía ser interesante.

En medio de la atmósfera cargada de peligro corría una muchacha. Detrás de ella, avanzando veloz como una pelota que rodara, corría un pequeño mono. La joven se interpuso entre Kojirō y los espadachines de Yoshioka y gritó:

—¡Kojirō! ¿Dónde está Musashi? ¿No está aquí?

El aludido se volvió hacia ella, encolerizado.

—¿Qué significa esto?

—¡Akemi! —exclamó uno de los samurais—. ¿Qué está haciendo aquí?

—¿A qué has venido? —inquirió Kojirō bruscamente—. ¿No te dije que no lo hicieras?

—¡No soy tu propiedad privada! ¿Por qué no puedo estar aquí?

—¡Calla y vete ahora mismo! —le gritó Kojirō , empujándola suavemente—. Vuelve a la Zuzuya.

Akemi, jadeante, sacudió la cabeza con una expresión inflexible.

—¡No me des órdenes! Me quedé contigo, pero no te pertenezco. Yo... —La emoción le embargó la voz y se echó a llorar—. ¿Cómo puedes decirme lo que debo hacer después de lo que me has hecho? ¿Después de atarme y dejarme abandonada en el segundo piso de la posada? ¿Después de intimidarme y torturarme cuando dije que estaba preocupada por Musashi?

Kojirō abrió la boca, dispuesto a hablar, pero Akemi no le dio ocasión.

—Uno de los vecinos me oyó gritar, entró y me desató. ¡Estoy aquí para ver a Musashi!

—¿Has perdido el juicio? ¿Es que no ves a la gente a tu alrededor? ¡Calla!

—¡No quiero! No me importa quién me oiga. Dijiste que hoy morirá Musashi..., que si Seijūrō no podía con él, actuarías como su segundo y matarías tú mismo a Musashi. ¡Tal vez estoy loca, pero Musashi es el único hombre en mi corazón! ¡Tengo que verle! ¿Dónde está?

Kojirō chascó la lengua, pero se había quedado sin habla ante el virulento ataque de la muchacha.

A los hombres de Yoshioka, Akemi les parecía demasiado turbada para darle crédito. Pero tal vez había algo de cierto en lo que decía. Y en ese caso, Kojirō había utilizado la amabilidad como un señuelo y luego la había torturado para su propio placer.

Viéndose en un aprieto, Kojirō la miró ferozmente, sin ocultar su odio.

De súbito desvió su atención uno de los ayudantes de Seijūrō, un joven llamado Tamihachi. Corría como un loco, agitando los brazos y gritando.

—¡Ayuda! ¡Es el Joven Maestro! ¡Se ha batido con Musashi y está herido! ¡Oh, es terrible, espantoso!

—¿Qué estás farfullando?

—¿El Joven Maestro? ¿Musashi?

—¿Dónde? ¿Cuándo?

—¿Estás diciendo la verdad, Tamihachi?

Las preguntas se atropellaban, y los rostros de quienes las hacían presentaban de repente una palidez mortal.

Tamihachi siguió gritando de una manera inarticulada. Sin responder a las preguntas ni detenerse a recobrar el aliento, echó a correr dando traspiés, regresando a la carretera de Tamba. Entre incrédulos y dubitativos, sin saber realmente qué pensar, Ueda, Jūrōzaemon y los demás corrieron tras él como animales salvajes a través de una llanura en llamas.

A unas quinientas varas hacia el norte llegaron a un campo yermo que se extendía

más allá de los árboles a la derecha, bañado por la luz del sol y en apariencia sereno e inalterado. Tordos y alcaudones, que trinaban como si nada hubiera ocurrido, se apresuraron a emprender el vuelo cuando Tamihachi se abrió paso bruscamente entre la hierba. Trepó a una elevación que parecía un antiguo túmulo funerario y se hincó de rodillas. Arañando la tierra, se puso a gemir y gritar:

—¡Joven Maestro!

Los demás llegaron a su lado, y entonces se quedaron como clavados en el suelo, mirando boquiabiertos la escena ante sus ojos. Seijūrō, enfundado en un kimono con un diseño floral azul, una correa de cuero que sujetaba las mangas recogidas y un paño blanco atado alrededor de la cabeza, yacía con el rostro sepultado en la hierba.

—¡Joven Maestro!

—¡Aquí estamos! ¿Qué ha ocurrido?

No había una sola gota de sangre en la blanca tela anudada en la cabeza, como tampoco en la manga ni en la hierba a su alrededor, pero la expresión de su rostro era de dolor atroz.

Sus labios tenían el color de las uvas silvestres.

—¿Respira?

—Apenas.

—¡Rápido, levantadle!

Un hombre se arrodilló y cogió el brazo derecho de Seijūrō, disponiéndose a levantarle. El herido lanzó un grito desgarrador.

—¡Buscad algo para transportarle! ¡Cualquier cosa!

Tres o cuatro hombres, gritando en su confusión, corrieron carretera abajo hasta una granja y regresaron con una contraventana. Hicieron rodar con cuidado a Seijūrō hasta depositarlo encima, pero aunque pareció revivir un poco, seguía retorciéndose de dolor. Para que estuviera quieto, varios hombres se quitaron sus obis y los usaron para atarle a la contraventana.

Con un hombre en cada ángulo, le alzaron y echaron a andar en un silencio fúnebre.

Seijūrō pataleaba con violencia, casi rompiendo la improvisada camilla.

—Musashi... ¿se ha ido?... ¡Oh, cómo duele!... El brazo derecho, el hombro..., el hueso... ¡Aaaah!... No puedo soportarlo. ¡Cortadlo!... ¿No me oís? ¡Cortadme el brazo!

El horror de su sufrimiento hizo que los hombres que le transportaban desviaran la vista. Aquél era el hombre al que respetaban como su maestro, y les parecía indecente mirarle en semejante estado.

Se detuvieron y llamaron a Ueda y Jūrōzaemon.

—Sufre terribles dolores y nos pide que le cortemos el brazo. ¿No sería un alivio para él que lo hiciéramos?

—No digáis idioteces —rugió Ryōhei—. Claro que es doloroso, pero no se morirá por eso. Si le cortamos el brazo y la hemorragia no cesa, será el fin para él. Lo que hemos de hacer es llevarle a casa y comprobar la gravedad de su lesión. Si hay que amputarle el brazo, podemos hacerlo tras haber tomado las medidas necesarias para evitar que muera a causa de la hemorragia. Dos de vosotros adelantaos e id en busca del doctor de la escuela.

Los espectadores eran todavía numerosos y permanecían en silencio detrás de los pinos a lo largo de la carretera. Irritado, Ryōhei frunció el ceño y se volvió a los hombres que le seguían.

—Dispersad a esa gente —les ordenó—. El Joven Maestro no es ningún espectáculo.

La mayoría de los samurais, agradecidos por la oportunidad de desahogar su cólera acumulada, echaron a correr, haciendo gestos amenazantes a los espectadores, los cuales se dispersaron como langostas.

—¡Ven aquí, Tamihachi! —ordenó colérico Ryōhei, como si el joven sirviente tuviera la culpa de lo sucedido.

El joven, que había caminado lloroso al lado de la camilla, se encogió de terror.

—¿Qu..., qué quieres? —tartamudeó.

—¿Estabas con el Joven Maestro cuando salió de casa?

—Ssss.., sí.

—¿Dónde hizo sus preparativos?

—Aquí, después de que llegáramos al campo.

—Debía saber que estábamos esperando. ¿Por qué no fue ahí primero?

—No lo sé.

—¿Ya estaba ahí Musashi?

—Estaba en el montículo donde..., donde...

—¿Estaba solo?

—Sí.

—¿Cómo fue? ¿Te quedaste ahí mirando?

—El Joven Maestro me miró y dijo..., dijo que si por azar perdía, recogiera su cuerpo y lo llevara al otro campo. Dijo que tú y los demás estabais ahí desde el alba, pero que yo, bajo ninguna circunstancia, debía informar a nadie hasta que el encuentro hubiera terminado. Dijo que había ocasiones en las que un estudiante del Arte de la Guerra no tenía más remedio que arriesgarse a ser derrotado, y que él no quería ganar por medios deshonrosos y cobardes. Entonces fue al encuentro de Musashi.

Tamihachi había hablado rápidamente, aliviado por contar el relato.

—¿Qué ocurrió entonces?

—Pude ver el rostro de Musashi. Parecía sonreír ligeramente. Los dos hombres

intercambiaron alguna clase de saludo. Entonces..., entonces oí un grito tan fuerte que reverberó en todo el campo. Vi que la espada de madera del Joven Maestro salía volando y... sólo Musashi estaba en pie. Llevaba en la cabeza una cinta naranja, pero tenía el pelo de punta.

El camino había sido despejado de curiosos. Los hombres que transportaban a Seijūrō estaban callados y abatidos, pero avanzaban exactamente al mismo paso, a fin de no causar más dolor al herido.

—¿Qué es eso?

Se detuvieron, y uno de los hombres que iban delante se llevaron la mano libre al cuello. Otro miró al cielo. Una lluvia de pinaza caía sobre Seijūrō. Encaramado a una rama por encima de ellos estaba el mono de Kojirō , mirando distraídamente y haciendo gestos obscenos.

—¡Uf! —gritó uno de los hombres cuando una pina le alcanzó en la cara vuelta hacia arriba. Soltando una maldición, sacó el estilete de la funda y lo lanzó contra el mono, pero no dio en el blanco.

Al oír el silbido de su amo, el mono dio una voltereta y aterrizó en su hombro. Kojirō estaba en las sombras, con Akemi a su lado. Mientras los hombres de Yoshioka le dirigían miradas rencorosas, Kojirō contemplaba el cuerpo tendido en la contraventana. La sonrisa desdeñosa había desaparecido de sus labios, y ahora su rostro tenía una expresión reverencial. Hizo una mueca al oír los atroces gemidos de Seijūrō. Tras el discurso que les había dirigido poco antes, los samurais sólo podían suponer que él era el último en reírse.

Ryōhei instó a los porteadores de la camilla a que siguieran adelante, diciéndoles:

—No es más que un mono, ni siquiera un ser humano. No le hagáis caso y seguid avanzando.

—Esperad —les dijo Kojirō , y entonces se acercó a Seijūrō y le habló directamente—. ¿Qué ha ocurrido? —Sin esperar respuesta, añadió—: Musashi te ha vencido, ¿eh? ¿Dónde te golpeó? ¿En el hombro derecho?... Oh, esto tiene mal aspecto. El hueso está destrozado. Tu brazo es como un saco de grava. No deberías estar tendido boca arriba y soportando este traqueteo. La sangre podría subirte al cerebro.

Volviéndose a los otros, les ordenó con arrogancia:

—¡Bajadle! ¡Vamos, bajadle! ¿A qué estáis esperando? ¡Haced lo que os digo!

Seijūrō parecía al borde de la muerte, pero Kojirō le ordenó que se mantuviera en pie.

—Si lo intentas puedes lograrlo. La herida no es tan grave. Es sólo tu brazo derecho. Si intentas caminar, puedes hacerlo. Todavía dispones del brazo izquierdo. ¡Olvídate de ti mismo! Piensa en tu difunto padre, a quien debes más respeto del que estás mostrando ahora, mucho más. Ser transportado en camilla por las calles de

Kyoto... Valiente espectáculo sería. ¡Piensa en lo que eso afectaría al buen nombre de tu padre!

Seijūrō le miró fijamente, sus ojos blancos y exangües. Entonces, con un rápido movimiento, se puso en pie. Su inútil brazo derecho parecía un pie más largo que el izquierdo.

—¡Miike! —gritó Seijūrō.

—Sí, señor.

—¡Córtalo!

—¿Cómo?

—¡No te quedes ahí pasmado y córtame el brazo!

—¡Pero...!

—¡Idiota sin redaños! ¡Ven, Ueda, córtamelo! ¡Ahora mismo!

—Sss.., sí, señor.

Pero antes de que Ueda se moviera, intervino Kojirō .

—Yo lo haré si quieres.

—¡Por favor! —suplicó Seijūrō.

Kojirō fue a su lado. Cogió con fuerza la mano de Seijūrō y le alzó bien el brazo, al tiempo que desenvainaba su espada corta. Con un rápido y extraño sonido, el brazo cayó al suelo y la sangre brotó del muñón.

Cuando Seijūrō se tambaleó, sus estudiantes corrieron a sostenerle y cubrieron la herida con un paño para detener la sangre.

—A partir de ahora andaré —dijo Seijūrō—. Regresaré a casa por mi propio pie. —Con el rostro cerúleo, dio diez pasos.

A sus espaldas, la sangre que goteaba de la herida dejaba un reguero negruzco en el suelo.

—¡Ten cuidado, Joven Maestro!

Los discípulos se aferraban a él como los aros a un barril, sus voces llenas de una solicitud que pronto se transformó en cólera.

Uno de ellos maldijo a Kojirō , diciendo:

—¿Por qué ha tenido que entrometerse ese burro engreído? Habrías estado mejor tal como estabas.

Pero Seijūrō, avergonzado por las palabras de Kojirō , respondió:

—¡He dicho que iré andando y lo haré! —Tras una breve pausa, recorrió otros veinte pasos, impulsado más por su fuerza de voluntad que por sus piernas, pero no pudo resistir mucho tiempo y, al cabo de cincuenta o sesenta varas, cayó al suelo.

—¡Rápido! ¡Tenemos que llevarle al médico!

Le recogieron y llevaron rápidamente hacia la avenida Shijō. Seijūrō ya no tenía fuerzas para objetar.

Kojirō permaneció algún tiempo bajo un árbol, mirando a los hombres que se

alejaban con expresión sombría. Luego se volvió a Akemi y sonrió:

—¿Has visto eso? Imagino que te has sentido satisfecha, ¿no es cierto? —Mortalmente pálida, Akemi contempló con odio su sonrisa sarcástica, pero él siguió diciendo—: No has hecho más que hablar sobre cómo te gustaría desquitarte de él. Pues bien, ¿estás satisfecha ahora? ¿Es ésta venganza suficiente por tu virginidad perdida?

Akemi estaba demasiado confusa para hablar. En aquellos momentos Kojirō le parecía más espantoso, más detestable, más maligno que Seijūrō. Aunque éste había sido la causa de sus problemas, no era un malvado, no tenía el corazón negro ni era un auténtico truhán. Kojirō , en cambio, era realmente malo, no la clase de pecador que imagina la mayoría de la gente, sino un desalmado retorcido y perverso que, lejos de regocijarse por la felicidad del prójimo, disfrutaba quedándose a un lado para verlos sufrir. Nunca robaría ni engañaría, y no obstante era mucho más peligroso que el delincuente ordinario.

—Vamos a casa —dijo, volviendo a poner el mono sobre su hombro.

Akemi anhelaba huir, pero no tenía el valor de hacerlo.

—No te hará ningún bien seguir buscando a Musashi —musitó, hablando tanto consigo mismo como a ella—. No tiene ningún motivo para quedarse en estos alrededores.

Akemi se preguntó por qué no aprovechaba la ocasión y se apresuraba a huir hacia la libertad, por qué parecía incapaz de abandonar a aquel bruto. Pero aunque maldecía su propia estupidez, iba tras él sin poder evitarlo.

El mono volvió la cabeza y la miró. Parloteó burlonamente y sonrió de oreja a oreja, mostrando sus dientes blancos.

Akemi deseaba regañarle, pero no podía. Sentía que ella y el mono estaban unidos por el mismo destino. La imagen atrozmente lastimosa de Seijūrō cruzó por su mente y, a su pesar, se apiadó de él. Despreciaba a los hombres como Seijūrō y Kojirō , y no obstante le atraían como una llama roja atrae a una mariposa nocturna.

Un hombre de múltiples recursos

«He ganado —se dijo Musashi al abandonar el campo—. ¡He derrotado a Yoshioka Seijūrō, he derribado la ciudadela del estilo de Kyoto!»

Pero sabía que eso no alegraba a su corazón. Tenía la vista baja, y sus pies parecían hundirse en las hojas muertas. Pasó volando a baja altura un pajarillo, cuyo abdomen le recordó a un pez.

Miró atrás y vio los esbeltos pinos del montículo donde había luchado con Seijūrō. «Sólo le he golpeado una vez —pensó—. Tal vez no lo he matado.» Examinó su espada de madera para asegurarse de que estaba manchada de sangre.

Aquella mañana, cuando se dirigía al lugar de la cita, esperaba encontrar a Seijūrō acompañado por una multitud de estudiantes, los cuales muy bien podrían recurrir a alguna maniobra turbia. Había hecho frente sin pestañear a la posibilidad de perder la vida en el encuentro, y a fin de evitar que en sus últimos momentos tuviera un aspecto desaliñado, se había cepillado meticulosamente los dientes con sal y se había lavado el cabello.

Seijūrō respondió muy poco a la idea preconcebida que Musashi se había formado de él, hasta el punto de que se preguntó si aquél podía ser realmente hijo de Yoshioka Kempō.

No veía en el cortés y evidentemente bien educado Seijūrō al maestro principal del estilo de Kyoto. Era demasiado esbelto, suave y caballeroso para ser un gran espadachín.

Tras el intercambio de saludos, Musashi se sintió incómodo y se dijo que nunca debería haber buscado aquella pelea.

Lo lamentaba sinceramente, pues su propósito era el de enfrentarse siempre a adversarios mejores que él. Una mirada detenida fue suficiente para convencerse de que no había tenido necesidad de prepararse durante un año para aquel combate. Los ojos de Seijūrō revelaban la falta de confianza en sí mismo. Estaba ausente el fuego necesario, no sólo en la expresión de su rostro sino en sus ademanes y en la actitud general de su cuerpo.

«¿Por qué ha venido aquí esta mañana si tiene tan poca fe en sí mismo?», se preguntó Musashi, pero también era consciente de la apurada situación en que se encontraba su adversario y simpatizaba con él. Seijūrō no podía cancelar el combate aunque lo deseara. Los discípulos que había heredado de su padre le consideraban su mentor y guía. No tenía más elección que avenirse a cumplir con lo que se esperaba de él. Mientras los dos hombres se aprestaban al combate, Musashi trató de encontrar una excusa para no seguir adelante, pero no se presentó la oportunidad.

Ahora que todo había terminado, Musashi se dijo: «¡Qué gran lástima! Ojalá no hubiera tenido que hacerlo». Y oró en su corazón por Seijūrō, para que la herida

sanara pronto.

Pero su misión había terminado, y no era propio de un guerrero maduro sentirse deprimido por cosas pasadas.

Acababa de apretar el paso cuando la cara asombrada de una anciana apareció por encima de una pequeña extensión de hierba. Había estado escarbando en el suelo, al parecer en busca de algo, y el sonido de las pisadas de Musashi la había sobresaltado. Vestía un sencillo kimono de color claro, y habría sido casi indistinguible de la hierba a no ser por el cordón violeta que le sujetaba el manto. Aunque sus ropas eran de lega, el cabello que cubría su cabeza redonda era de monja. Era menuda y de aspecto refinado.

Musashi estaba tan sorprendido como la mujer. Otros tres o cuatro pasos y podría haberla pisoteado.

—¿Qué estás buscando? —le preguntó afablemente Musashi. Atisbó un rosario de cuentas de coral en el brazo de la mujer, dentro de la manga, y vio que sostenía un cestillo lleno de tiernas plantas silvestres. Los dedos y las cuentas del rosario temblaban ligeramente. Para tranquilizarla, Musashi le dijo con naturalidad—: Supongo que la primavera está realmente al caer. Humm, veo que tienes ahí un hermoso perejil, colza y algodón. ¿Has recogido tú misma estas plantas?

La anciana monja dejó el cesto, gritando:

—¡Kōetsu! ¡Kōetsu!

Musashi observó perplejo que la mujercilla se retiraba hacia una pequeña elevación en el campo por lo demás llano. Por detrás se alzaba una delgada columna de humo.

Pensando que sería una lástima que la anciana perdiera sus verduras tras haberse tomado tanto trabajo para encontrarlas, las recogió y, cesto en mano, corrió tras ella. Instantes después, dos hombres aparecieron ante su vista.

Habían extendido una estera en la vertiente meridional soleada de la suave elevación. Había también varios objetos usados por los devotos del culto del té, entre ellos una olla de hierro que colgaba sobre un fuego y una jarra de agua a un lado. Habían utilizado el entorno natural como su propio jardín, instalándose una sala de té al aire libre. En conjunto era bastante garbosa y elegante.

Uno de los hombres parecía un servidor, mientras que la piel blanca del otro, la suavidad de su cutis y sus rasgos armoniosos hacían pensar en un gran muñeco de porcelana que representara a un aristócrata de Kyoto. La curva de su abdomen reflejaba satisfacción. Sus mejillas y sus ademanes expresaban seguridad en sí mismo.

El nombre «Kōetsu» le resultaba a Musashi familiar, pues en aquel entonces un Hon'ami Kōetsu muy famoso residía en Kyoto. Se rumoreaba, con una envidia considerable, que el riquísimo señor Maeda Toshiie de Kaga le había concedido un

estipendio anual de mil fanegas. Como ciudadano ordinario, con estos ingresos habría vivido espléndidamente, pero además gozaba del favor especial de Tokugawa Ieyasu y a menudo le recibían en los hogares de los grandes nobles. Se decía que los guerreros más importantes del país se sentían obligados a desmontar y a pasar a pie por delante de su establecimiento, para no dar la impresión de que le miraban con altivez desde lo alto de sus monturas.

El apellido de la familia tenía su origen en el callejón Hon'ami, donde habían establecido su residencia, y el negocio de Kōetsu consistía en la limpieza, pulimentación y valoración de espadas. Su familia libró su reputación ya en el siglo XIV y floreció durante el período Ashikaga. Más adelante fueron favorecidos por daimyōs tan importantes como Imagawa Yoshimoto, Oda Nobunaga y Toyotomi Hideyoshi.

Kōetsu era conocido como un hombre de talento muy diversificado. Pintaba, sobresalía como ceramista y lacador y era considerado un experto en arte. Él mismo estimaba que la caligrafía era su punto fuerte, y en ese campo se le situaba generalmente al lado de expertos tan reconocidos como Shōkadō Shōjō, Karasumaru Mitsuhiro y Konoe Nobutada, el creador del famoso estilo Sammyakuin, tan popular en aquella época.

A pesar de su fama, Kōetsu tenía la impresión de que no le apreciaban plenamente, o así se desprendía de una anécdota que circulaba por entonces. Según esta anécdota, a menudo visitaba la mansión de su amigo Konoe Nobutada, que no sólo era noble sino también ministro de la Izquierda en el gobierno del emperador. Durante una de esas visitas, se habló naturalmente de caligrafía, y Nobutada le preguntó:

—Dime, Kōetsu, ¿a quiénes seleccionarías como los tres calígrafos más grandes del país?

Sin la menor vacilación, Kōetsu respondió:

—Vos sois el segundo, y supongo que luego viene Shōkadō Shōjō.

—Empiezas por el segundo de los mejores —le dijo Nobutada un poco perplejo —, pero ¿quién es el mejor?

Kōetsu le miró a los ojos y, sin sonreír siquiera, replicó:

—El mejor soy yo, por supuesto.

Sumido en sus pensamientos, Musashi se detuvo a corta distancia del grupo.

Kōetsu tenía un pincel en la mano y varias hojas de papel sobre sus rodillas. Estaba bosquejando minuciosamente el flujo del agua de un arroyo cercano. Este dibujo, así como los intentos anteriores diseminados por el suelo, consistía exclusivamente en líneas acuosas de una clase que, desde el punto de vista de Musashi, cualquier novicio podría dibujar.

Kōetsu alzó la vista y preguntó tranquilamente:

—¿Ocurre algo?

Entonces abarcó la escena con mirada serena: Musashi a un lado y al otro su madre temblorosa detrás del sirviente.

Musashi se sintió más tranquilo en presencia de aquel hombre. Estaba claro que no era la clase de persona con la que uno entra en contacto a diario, pero de alguna manera le resultaba atractivo. Había en sus ojos una luz profunda, y su mirada pronto empezó a sonreír a Musashi, como si fuera un viejo amigo.

—Bienvenido, joven. ¿Ha hecho mi madre algo que no debiera? Tengo cuarenta y ocho años, así que puedes imaginar lo vieja que ella es. Está muy sana, pero a veces se queja de su mala vista. Si ha cometido cualquier incorrección, confío en que aceptes mis disculpas.

Dejó el pincel y los papeles sobre la pequeña estera en la que estaba sentado, puso las manos en el suelo y empezó a hacer una profunda reverencia.

Musashi se apresuró a arrodillarse e impedir que Kōetsu se inclinara.

—¿Entonces eres su hijo? —le preguntó, confuso.

—Sí.

—Soy yo quien debe disculparse. Ignoro a qué se debe el temor de tu madre, pero nada más verme ha soltado el cesto y salido corriendo. Al ver sus verduras por el suelo me he sentido culpable y las he traído. Eso es todo. No hay necesidad de que te inclines ante mí.

Kōetsu se rió afablemente y, volviéndose a la monja, le dijo:

—¿Has oído eso, madre? Tu impresión ha sido del todo errónea.

Visiblemente aliviada, la mujer abandonó su refugio detrás del sirviente.

—¿Quieres decir que el rōnin no pretendía hacerme daño?

—¿Daño? No, no, en absoluto. Mira, incluso te ha traído el cesto. Ha sido muy considerado, ¿no crees?

—Oh, cuánto lo siento —dijo la monja, haciendo una reverencia y llevándose a la frente el rosario que llevaba en la muñeca. Su actitud había cambiado por completo y, ahora jovial y risueña, se volvió a su hijo—. Me avergüenza admitirlo, pero al ver a este joven creí notar el olor de la sangre. ¡Cómo me he asustado! Se me ha puesto la piel de gallina. Ahora veo lo necia que he sido.

La penetración de la anciana asombró a Musashi. Le había calado y, sin proponérselo, había expresado con toda franqueza la impresión que le causaba. Para los delicados sentidos de la mujer debía de haber sido realmente una aparición aterradora y sanguinaria.

También Kōetsu debía de haberse fijado en su mirada ardiente y penetrante, su amenazante cabellera, aquel aire de malhumor y peligrosidad que revelaba su disposición a atacar en cuanto le provocaran. No obstante, Kōetsu parecía inclinado a identificar sus aspectos positivos.

—Si no tienes prisa, quédate y descansa un rato —le dijo—. Aquí hay mucha tranquilidad. Me basta con sentarme y permanecer silencioso en este paraje para sentirme limpio y fresco.

—Puedo recoger algunas verduras más y hacerte un buen potaje —dijo la monja —, y un poco de té. ¿O no te gusta el té?

En compañía de madre e hijo, Musashi se sintió en paz con el mundo. Enfundó su espíritu belicoso, como un gato que retrae las uñas. En aquella agradable atmósfera, resultaba difícil creer que estaba entre unos perfectos desconocidos. Antes de que se diera cuenta, se había quitado las sandalias de paja y sentado sobre la estera.

Se tomó la libertad de formular algunas preguntas, y así se enteró de que la madre, cuyo nombre religioso era Myōshū, había sido una buena y fiel esposa antes de hacerse monja, y que su hijo era en verdad el célebre esteta y artesano. Entre los espadachines, no había uno solo merecedor del pan que comía que desconociera el apellido Hon'ami, tal era la reputación de excelentes jueces de espadas que tenía la familia.

A Musashi le resultó difícil asociar a Kōetsu y su madre con la imagen que se había formado de cómo eran tales personas famosas. Para él no eran más que personas ordinarias con las que se había encontrado en un campo desierto. Y así deseaba que fuese, pues de lo contrario podría ponerse tenso y estropearles la excursión campestre.

Myōshū se acercó a su hijo con el recipiente para preparar el té y le preguntó:

—¿Qué edad crees que tiene este muchacho?

Él lanzó una mirada a Musashi y replicó:

—Supongo que unos veinticinco o veintiséis.

Musashi sacudió la cabeza.

—No, sólo tengo veintitrés.

—¡Sólo veintitrés! —exclamó Myōshū. Entonces procedió a hacer las preguntas habituales: de dónde era natural, si sus padres vivían, quién le había enseñado esgrima y otras por el estilo.

Se dirigió a él afablemente, como si fuese su nieto, lo cual hizo aflorar al muchacho que Musashi llevaba dentro. Su manera de hablar se hizo juvenil e informal. Acostumbrado como estaba a la disciplina y un adiestramiento riguroso, a emplear todo su tiempo forjándose como si fuese una buena hoja de acero, no sabía nada de la faceta más civilizada de la vida. Mientras la monja le hablaba sintió que un calor se extendía a través de su cuerpo curtido por la intemperie.

Myōshū, Kōetsu, los objetos sobre la estera, incluso el cuenco de té se fusionaron sutilmente y pasaron a formar parte de la naturaleza. Pero Musashi estaba impaciente, su cuerpo demasiado inquieto, para permanecer largo rato sentado. Fue bastante agradable mientras charlaban, pero cuando Myōshū empezó a contemplar en silencio

la tetera y Kōetsu le volvió la espalda para seguir dibujando, el hastío embargó a Musashi, el cual se preguntó: «¿Qué encuentran tan entretenido en esta manera de pasar el tiempo? Apenas ha comenzado la primavera. Aún hace frío».

Si querían recoger verduras silvestres, ¿por qué no esperar a que hiciera más calor y saliera más gente? Entonces habría muchas flores y vegetales silvestres. Y si les gustaba la ceremonia del té, ¿por qué tomarse la molestia de acarrear la tetera y los cuencos hasta allí? Sin duda una familia famosa y próspera como la suya dispondría de una elegante sala de té en su casa.

¿Había ido allí para dibujar?

Miró la espalda de Kōetsu y descubrió que si se inclinaba un poco al lado podía ver el movimiento del pincel. El artista, que sólo dibujaba las líneas formadas por el agua al correr, mantenía la vista fija en el estrecho arroyo que serpenteaba entre la hierba seca. Se concentraba exclusivamente en el movimiento del agua, tratando de captar una y otra vez la sensación de fluidez, pero no parecía conseguirlo con exactitud. No por ello se desalentaba, y seguía dibujando las líneas sin cesar.

Musashi pensó que dibujar no debía de ser tan fácil como parecía. Su hastío remitió y contempló las pinceladas de Kōetsu con fascinación. Se dijo que Kōetsu debía de sentir algo muy parecido a lo que él experimentaba cuando se enfrentaba a un enemigo y entre los dos mediaban las hojas de sus espadas. En cierto momento se elevaba por encima de sí mismo y tenía la sensación de haberse fundido con la naturaleza, aunque ésa no era la palabra correcta, puesto que toda sensación quedaba eliminada en el momento en que la espada atravesaba a su adversario. Ese mágico instante de trascendencia lo era todo.

«Kōetsu aún está mirando al agua como si fuese un enemigo —pensó—. Por ese motivo no puede dibujarla. Tiene que fusionarse con ella para vencer.»

Como no tenía nada que hacer, estaba pasando del aburrimiento al letargo, lo cual le preocupaba. No debía percibir que le asaltara la pereza, ni un solo momento. Tenía que marcharse de allí.

—Siento haberos molestado —dijo bruscamente, y empezó a atarse de nuevo las sandalias.

—¿Te vas tan pronto? —le preguntó Myōshū.

Kōetsu se volvió en seguida.

—¿No puedes quedarte un poco más? Ahora mi madre va a preparar el té. Supongo que eres tú quien se enfrentó esta mañana al maestro de la casa de Yoshioka. Un poco de té después de la lucha sienta bien, o por lo menos así lo afirma el señor Maeda, y también Ieyasu. El té es bueno para el espíritu. Dudo de que haya algo mejor. A mi modo de ver, la acción nace de la quietud. Quédate y hablemos. Ahora mismo estoy contigo.

¡De modo que Kōetsu estaba enterado del combate! Pero quizá no era tan extraño.

El Rendaiji no estaba lejos, en el otro extremo del campo vecino. Más interesante sería saber por qué no se había referido hasta entonces al encuentro. ¿Se debía sencillamente a que consideraba que tales cuestiones pertenecían a un mundo distinto del suyo? Musashi miró por segunda vez a madre e hijo y volvió a sentarse.

—Si insistís... —les dijo.

—No tenemos mucho que ofrecer, pero es un placer tenerte con nosotros —dijo Kōetsu.

Cerró la tapa del tintero y la puso encima de los bocetos para evitar que la brisa los dispersara. La tapa brillaba en sus manos como si fuese un nido de luciérnagas. Parecía recubierta de oro con una taracea de plata y madreperla.

Musashi se inclinó para inspeccionarla. Ahora que descansaba sobre la estera, ya no brillaba tanto. Se dio cuenta de que no era nada chillona y que su belleza se debía al pan de oro y las pinturas en color de castillos Momoyama en miniatura. Tenía también un aspecto de objeto antiguo, una pátina mate que sugería glorias pasadas. Musashi la contempló fijamente. Había algo reconfortante en la visión de aquella caja.

—La hice yo mismo —dijo Kōetsu con modestia—. ¿Te gusta?

—Ah, ¿también haces objetos de laca?

Kōetsu se limitó a sonreír. Mientras miraba al joven, que parecía admirar el artificio humano más que la belleza de la naturaleza, pensaba divertido: «Después de todo, es del campo».

Musashi, a quien le pasaba totalmente desapercibida la actitud altiva de Kōetsu, le dijo con toda sinceridad que era una obra realmente hermosa. No podía desviar la vista del tintero.

—Te he dicho que es obra mía, pero en realidad el poema que contiene es obra de Konoe Nobutada, por lo que debería decir que lo hemos hecho juntos.

—¿Es ésa la familia Konoe de la que proceden los regentes imperiales?

—Sí. Nobutada es el hijo del anterior regente.

Mi tío ha servido a la familia Konoe durante muchos años.

—¿Cómo se llama?

—Matsuo Kaname.

—Ah, conozco bien a Kaname. Le veo cada vez que voy a casa de Konoe, y él nos visita de vez en cuando.

—¿De veras?

—Qué pequeño es el mundo, ¿verdad, madre? Su tía es la esposa de Matsuo Kaname.

—¡No me digas! —exclamó Myōshū.

La mujer se apartó del fuego y dispuso ante ellos los recipientes del té. No había ninguna duda de que conocía a la perfección la ceremonia del té. Sus movimientos

eran elegantes pero naturales, sus delicadas manos no podían ser más gráciles. Incluso a los setenta años parecía el epítome de la gracia y la belleza femeninas.

Musashi, que se sentía incómodamente desplazado, permanecía sentado en actitud cortés, confiando en que imitaba a la perfección a Kōetsu. El pastelillo del té era un bollo sencillo conocido como manjū de Yodo, pero descansaba sobre una bonita hoja verde de una variedad que no se encontraba en el campo circundante. Musashi sabía que existían unas reglas de etiqueta para servir el té, del mismo modo que las había para el manejo de la espada, y mientras observaba a Myōshū admiró su maestría. Juzgándola según las normas de la esgrima, se dijo que era perfecta, que no dejaba ningún cabo suelto. En los movimientos de la mujer al preparar el té percibía la misma pericia que se observa en un diestro espadachín que se apresta a atacar. «Es el Camino —se dijo—, la esencia del arte. Es preciso dominarlo para ser perfecto en cualquier cosa.»

Dirigió su atención al cuenco de té que estaba ante él. Era la primera vez que le servían de esa manera, y no tenía la menor idea de lo que debía hacer a continuación. El cuenco de té le sorprendió, pues parecía un objeto que podría haber sido hecho por un niño jugando con barro. No obstante, visto contra el color del cuenco, el verde intenso de la espuma del té era más sereno y etéreo que el cielo.

Musashi miró impotente a Kōetsu, el cual ya se había comido su pastelillo y sostenía de una manera encantadora el cuenco de té con ambas manos, como quien acaricia un objeto cálido en una noche fría. Se tomó el té de dos o tres sorbos.

—Señor —empezó a decir con vacilación—. Sólo soy un ignorante muchacho campesino y no sé absolutamente nada de la ceremonia del té. Ni siquiera estoy seguro de cómo se bebe.

Myōshū le reconvino cariñosamente.

—No tiene ninguna importancia, querido. En el acto de tomar el té no debe haber nada sofisticado o esotérico. Si eres un chico del campo, entonces bébelo como lo harías en el campo.

—¿No importa de veras?

—Claro que no. Los modales no son una cuestión de reglas, sino que provienen del corazón. Lo mismo sucede con la esgrima, ¿no es cierto?

—Planteado de esa manera, sí.

—Si te sientes inseguro sobre el modo correcto de beber, no disfrutarás del té. Cuando usas una espada, no puedes permitir que tu cuerpo se ponga demasiado tenso, pues eso quebraría la armonía entre la espada y tu espíritu. ¿Me equivoco?

—No, señora. —Musashi inclinó sin darse cuenta la cabeza y aguardó a que la anciana monja prosiguiera la lección.

Ella soltó una risita cantarina.

—¡Hay que ver! Aquí me tienes hablando de esgrima cuando no sé una sola

palabra de eso.

—Ahora me tomaré el té —dijo Musashi con renovada confianza.

Tenía las piernas fatigadas por permanecer sentado en el estilo formal, así que las cruzó delante de él en una posición más cómoda. Rápidamente vació el cuenco de té y lo dejó en el suelo. El brebaje era muy amargo. Ni siquiera por cortesía pudo obligarse a decir que era bueno.

—¿Tomarás otra taza?

—No, gracias, es suficiente.

Se preguntó qué bondades encontraban en aquel líquido amargo. ¿Por qué hablaban con tanta seriedad de la «sencilla pureza» de su sabor y esa clase de cosas? A pesar de que no podía entenderlo, le resultaba imposible considerar a su anfitrión sin sentir hacia él una profunda admiración. Reflexionó en que, al fin y al cabo, en el té debía de haber algo más de lo que él había detectado, pues de lo contrario no se habría convertido en el núcleo de toda una filosofía estética y vital, ni tampoco grandes hombres como Hideyoshi e Ieyasu habrían mostrado tanto interés por él.

Recordó que Yagyū Sekishūsai se había dedicado en su ancianidad al Camino del Té, y que Takuan también hablaba de sus virtudes. Contempló el cuenco y el paño debajo de él, y de repente imaginó la peonía blanca del jardín de Sekishūsai y experimentó de nuevo la emoción que le produjo. Ahora, inexplicablemente, el cuenco de té le afectaba de la misma manera poderosa. Por un momento se preguntó si su emoción habría sido visible.

Cogió el cuenco cuidadosamente y se lo puso sobre una rodilla. Los ojos le brillaban mientras lo examinaba, sentía una excitación como jamás había experimentado hasta entonces. Estudió la parte inferior de la vasija y los trazos de la espátula del alfarero, y se dio cuenta de que las líneas tenían la misma precisión que el corte en el tallo de la peonía de Sekishūsai. También aquel cuenco sin pretensiones era obra de un genio, y revelaba la presencia del espíritu, la intuición del misterio.

Apenas podía respirar. No sabía por qué, pero percibía la fuerza del maestro artesano. Esa sensación le llegaba en silencio pero inequívocamente, pues era mucho más sensible a la fuerza latente que residía en aquel objeto de lo que habría sido la mayoría de la gente. Frotó el cuenco, reacio a perder el contacto físico con él.

—No sé, Kōetsu, más sobre los utensilios de lo que sé acerca del té, pero diría que esta vasija ha sido hecha por un alfarero muy hábil.

—¿Por qué lo dices?

Las palabras del artista eran tan amables como la expresión de su rostro, cuyos ojos traslucían simpatía y armonizaban con la boca bien formada. Las comisuras de los ojos se inclinaron levemente hacia abajo, dándole un aire de gravedad, pero las arrugas alrededor de los bordes eran burlonas.

—No sé cómo explicarlo, pero lo he sentido.

—Dime exactamente lo que sientes.

Musashi se quedó un momento pensativo y dijo:

—Bueno, no puedo expresarlo con claridad, pero hay algo sobrehumano en este corte en la arcilla tan bien marcado...

—Humm... —Kōetsu tenía la actitud del verdadero artista. Ni por un momento había supuesto que los demás supieran mucho de su propio arte, y estaba razonablemente seguro de que Musashi no era una excepción. Apretó los labios—. ¿Qué tiene el corte, Musashi?

—Es limpio en extremo.

—¿Es eso todo?

—No, no... Se trata de algo más complicado. Hay algo grande y atrevido en el hombre que hizo esto.

—¿Algo más?

—El alfarero era tan agudo como una espada de Sagami. No obstante, envolvió su creación en belleza. Este cuenco de té parece muy sencillo, pero refleja cierta altivez, algo regio y arrogante, como si no considerase a los demás plenamente humanos.

—Humm.

—Creo que el hombre que hizo esto resulta difícil de sondear como persona. Pero, sea quien fuere, apuesto a que es famoso. ¿Me dirás quién es?

Los gruesos labios del hombre se abrieron y la risa brotó de ellos.

—Se llama Kōetsu, pero esto es algo que hizo sólo por diversión.

Musashi, desconocedor de que había sido sometido a una prueba, se sintió realmente sorprendido e impresionado al saber que Kōetsu era capaz de hacer su propia cerámica. Sin embargo, lo que le afectaba más que la versatilidad artística del hombre era la profundidad humana que encerraba aquel cuenco de té aparentemente sencillo. Le turbaba un poco reconocer la extensión de los recursos espirituales de Kōetsu. Estaba acostumbrado a medir a los hombres según su pericia con la espada, y de pronto comprendió que esa vara de medir era demasiado corta. La idea le resultó humillante. Allí estaba otro hombre ante el que tenía que admitir su derrota. A pesar de su espléndida victoria de la mañana, ahora no era más que un joven avergonzado.

—También te gusta la cerámica, ¿no es cierto? —le dijo Kōetsu—. Pareces tener buena vista para la alfarería.

—Dudo de que eso sea cierto —replicó Musashi con modestia—. Tan sólo he dicho lo que ha pasado por mi cabeza. Te ruego me perdones si he dicho alguna estupidez.

—Por supuesto, no podría esperarse de ti que sepas gran cosa del tema, puesto que para hacer un solo buen cuenco de té hace falta toda una vida de experiencia. Pero tienes percepción estética, una comprensión instintiva bastante firme. Supongo que el estudio de la esgrima ha desarrollado un poco tu vista.

Parecía haber algo rayano en la admiración en estas observaciones de Kōetsu, pero, como era mayor, no podía extenderse en alabanzas al muchacho. No sólo no sería digno de él, sino que los elogios podrían subírsele al joven a la cabeza.

En aquel momento regresó el sirviente con más verduras silvestres, y Myōshū preparó el potaje. Mientras lo servía en pequeños platos, que también parecían obra de Kōetsu, un recipiente de sake se estaba calentando, y el festín campestre dio comienzo.

La comida utilizada en la ceremonia del té era demasiado ligera y delicada para el gusto de Musashi, cuya constitución física anhelaba más sustancia y un sabor más fuerte. No obstante, se esforzó por saborear el leve aroma de la mezcla de vegetales, pues reconocía que era mucho lo que podía aprender de Kōetsu y su encantadora madre.

A medida que pasaba el tiempo, empezó a mirar con nerviosismo su entorno. Finalmente, se volvió a su anfitrión y le dijo:

—Ha sido muy agradable, pero ahora debo irme. Quisiera quedarme, pero temo que los hombres de mi adversario vengan y causen problemas. No deseo implicaros en semejante cosa. Confío en tener la oportunidad de veros nuevamente.

Myōshū se levantó para despedirle.

—Si alguna vez te encuentras en las proximidades del callejón Hon'ami, no dejes de visitarnos.

—Sí, por favor, ven a vernos. Tendremos una larga y grata charla —añadió Kōetsu.

A pesar de los temores de Musashi, no había rastro alguno de los estudiantes de Yoshioka. Tras despedirse, se volvió para mirar a sus dos nuevos amigos sentados en la estera. Ciertamente vivían en mundos distintos. Su propio camino largo y estrecho jamás le conduciría a la esfera de apacibles placeres en la que vivía Kōetsu. Caminó en silencio hacia el extremo del campo, la cabeza gacha, sumido en sus pensamientos.

Demasiados Kojirōs

En una pequeña taberna en las afueras de la ciudad, el olor de leña quemada y comida en ebullición impregnaba el aire. No era más que un chamizo, con un tablón a modo de mesa y unos pocos taburetes diseminados. En el exterior, los últimos rayos del sol poniente producían la impresión de que algún edificio lejano estaba en llamas, y los cuervos que volaban alrededor de la pagoda Tōji parecían negras cenizas que se alzaran de las llamas.

Tres o cuatro tenderos y un monje itinerante estaban sentados ante la mesa improvisada, mientras que en un rincón varios jornaleros se jugaban sus bebidas. La peonza que utilizaban para ello era una moneda de cobre con un palito metido a través del orificio central.

—¡Esta vez Yoshioka Seijūrō se ha metido en un buen aprieto! —dijo uno de los tenderos—. ¡Y a mí, por lo menos, eso no podría hacerme más feliz! ¡Brindemos!

—Beberé por ello —dijo otro hombre.

—¡Más sake! —pidió otro al tabernero.

Los parroquianos bebían continua y rápidamente. Poco a poco oscureció hasta que sólo una tenue luz penetraba a través de la cortina. Entonces uno de ellos gritó:

—¡Está tan oscuro que no sé si me llevo la taza a la boca o a la nariz! ¡Un poco de luz!

—Espera un momento —le dijo el tabernero en tono cansino—. Me estoy ocupando de ello.

Pronto se alzaron las llamas del fogón de tierra. Cuanto más oscurecía en el exterior, más roja era la luz del fuego.

—Me enfurezco cada vez que pienso en ello —dijo el primer hombre—. ¡El dinero que esa gente me debe por el pescado y el carbón! Es una buena suma, creedme. ¡No hay más que ver el tamaño de la escuela! Juré que me resarciría al finalizar el año, ¿y qué ocurrió cuando llegué allí? Esos matones de la escuela Yoshioka impedían el paso a todo el mundo y echaban bravatas. ¡Con qué descaro expulsaban a todos los acreedores, honrados comerciantes que les habían concedido crédito durante años!

—Ahora es inútil lamentarse. Lo hecho, hecho está. Además, después de esa pelea en el Rendaiji, ellos son los que tienen motivo para llorar, no nosotros.

—Por mi parte, ya no estoy enfadado. Han recibido lo que se merecían.

—¡Imaginaos, Seijūrō derribado sin luchar apenas!

—¿Lo viste?

—No, pero me lo ha contado alguien que lo vio. Musashi le derribó de un solo golpe, y además lo hizo con una simple espada de madera. Le ha dejado inválido para toda la vida.

—¿Qué será de la escuela?

—Las perspectivas son sombrías. Los estudiantes están sedientos de la sangre de Musashi. Si no lo matan, perderán totalmente su prestigio, el apellido Yoshioka no podrá superar su mala reputación. Y Musashi es tan fuerte que todo el mundo cree que la única persona capaz de vencerle es Denshichirō, el hermano menor, al que están buscando por todas partes.

—Ignoraba que tuviera un hermano menor.

—Casi nadie lo sabía, pero, por lo que he oído, es el mejor espadachín y también la oveja negra de la familia. Nunca se presenta en la escuela a menos que necesite dinero. Se pasa todo el tiempo comiendo y bebiendo, aprovechándose de su apellido. Sablea a la gente que respetaba a su padre.

—Menudo par... ¿Cómo es posible que un hombre tan notable como Yoshioka Kempō acabara con dos hijos así?

—¡Eso demuestra que la sangre no lo es todo!

Cerca del fogón, un rōnin estaba espatarrado, sumido en el sopor. Llevaba allí largo rato y el tabernero le había dejado en paz, pero ahora le despertó.

—Señor, retroceded un poco, por favor —le dijo mientras echaba más leña al fuego—. Las llamas podrían quemaros el kimono.

Matahachi abrió lentamente los ojos enrojecidos por el sake.

—Humm, humm, ya sé, ya sé. Déjame tranquilo.

Aquella taberna no era el único lugar donde Matahachi había oído hablar del encuentro en el Rendaiji. Ese incidente estaba en boca de todo el mundo, y cuanto mayor era la fama de Musashi tanto más aumentaba la desdicha de su descarriado amigo.

—Eh, dame más —pidió al tabernero—. No hace falta que lo calientes. Échalo en mi taza.

—¿Os encontráis bien, señor? Estáis muy pálido.

—¡Y a ti qué te importa! Es mi cara, ¿no?

Volvió a apoyarse en la pared y se cruzó de brazos.

«Uno de estos días les voy a dar una lección —se dijo—. La esgrima no es el único camino hacia el éxito. Poco importa que lo consigas siendo rico o teniendo un título o convirtiéndote en un bandido. Mientras llegues a la cumbre todo está bien. Ahora Musashi y yo tenemos veintitrés años. No muchos individuos que se hacen un nombre a esa edad acaban consolidando su éxito. Hacia los treinta años ya son unos viejos chochos, unos niños prodigio envejecidos.»

La noticia del duelo en el Rendaiji se había extendido a Osaka, y eso hizo que Matahachi se trasladara de inmediato a Kyoto. Aunque no tenía ningún objetivo determinado, el triunfo de Musashi le abrumaba tanto que temía ver por sí mismo cuál era la situación. «Ahora vuela alto —pensó con hostilidad—, pero ya caerá. Hay

muchos hombres expertos en la escuela Yoshioka, los Diez Espadachines, Denshichirō, mucho más...»

Apenas podía esperar al día en que Musashi recibiera su justo castigo. Entretanto, su propia buena fortuna iba a sufrir un cambio.

—¡Tengo sed! —exclamó.

Deslizando la espalda pared arriba, logró ponerse en pie. Todos los presentes le miraron mientras se inclinaba sobre un tonel de agua que estaba en el rincón, casi sumergiendo la cabeza, y bebía en abundancia, sirviéndose de un cazo. Al terminar, arrojó el cazo a un lado, empujó la cortina de la entrada y salió tambaleándose.

El tabernero no tardó en recuperarse de su sorpresa y corrió tras el hombre que se alejaba dando traspiés.

—¡Señor, aún no me habéis pagado! —le gritó.

—¿Qué dices? —replicó Matahachi, sin articular apenas las palabras.

—Creo que os habéis olvidado de algo, señor.

—No me he olvidado de nada.

—Me refiero al dinero por vuestro sake. ¡Ja, ja!

—¿Es eso cierto?

—Lamento molestaros.

—No tengo dinero.

—¿Cómo? ¿No tenéis?

—Exacto, no tengo nada. Hasta hace unos días lo tuve, pero...

—¿Queréis decir que habéis estado ahí bebiendo sin...?

Pero... pero...

—¡Calla! —Tras buscar en el interior de su kimono, Matahachi sacó la caja de píldoras del samurai muerto y se la arrojó al tabernero—. ¡Deja de armar tanto escándalo! Soy un samurai con dos espadas. Puedes verlo, ¿no es cierto? No me he hundido tan bajo como para largarme sin pagar. Ese objeto vale más que el sake que he tomado. ¡Puedes quedarte con el cambio!

La caja de píldoras alcanzó al hombre en la cara. Gritó de dolor y se cubrió los ojos con las manos. Los demás clientes, que habían asomado sus cabezas a través de las aberturas en la cortina de la taberna, gritaron indignados. Como les sucede a tantos borrachos, estaban indignados al ver que otro de su especie se había marchado sin pagar.

—¡Ese bastardo!

—¡Tramposo indecente!

—¡Vamos a darle una lección!

Todos echaron a correr y rodearon a Matahachi.

—¡Paga lo que debes, bastardo! No vas a salirte con la tuya.

—¡Timador! Probablemente siempre usas la misma estratagema. ¡Si no puedes

pagar, te colgaremos por el cuello!

Matahachi cogió la empuñadura de su espada para asustarles.

—¿Os creéis capaces? —replicó gruñendo—. Eso sería divertido. ¡Intentadlo! ¿Sabéis acaso quién soy?

—Sabemos qué eres. ¡Eres un sucio rōnin salido de un montón de basura, con menos orgullo que un pordiosero y más descaro que un ladrón!

—¡Os lo estáis buscando! —exclamó Matahachi, mirándoles furibundo con el ceño fruncido—. Si supierais mi nombre, actuaríais de una manera diferente.

—¿Tu nombre? ¿Qué tiene de especial?

—Soy Sasaki Kojirō, estudiante de Itō Ittōsai, espadachín del estilo Chūjō. ¡Tenéis que haber oído hablar de mí!

—¡No me hagas reír! Dejémonos de nombres bonitos y limítate a pagar lo que debes.

Uno de los hombres extendió una mano para cogerle, y Matahachi gritó:

—¡Si la caja de píldoras no basta, os daré también un poco de mi espada!

Desenvainando el arma con un raudo movimiento, la descargó sobre la mano del hombre y se la cortó limpiamente.

Los demás, al ver que habían subestimado a su adversario, reaccionaron como si la sangre derramada fuese la suya propia, y corrieron a protegerse en la oscuridad.

Con una expresión de triunfo en el rostro, Matahachi les desafió de todos modos.

—¡Volved, sabandijas! Os enseñaré cómo usa Kojirō su espada cuando lo hace en serio. Venid, que os cortaré la cabeza.

Alzó la vista al cielo y se echó a reír. Sus blancos dientes brillaron en la oscuridad mientras se regocijaba de su éxito. Entonces su estado de ánimo cambió bruscamente. La tristeza ensombreció su rostro y pareció al borde de las lágrimas. Envainó torpemente su espada y echó a andar con paso inseguro.

La caja de píldoras caída al suelo centelleaba bajo las estrellas. Era de madera de sándalo negra, con una taracea de madreperla, y no parecía muy valiosa, pero los destellos del nácar azulado le prestaban la sutil belleza de un diminuto enjambre de luciérnagas.

El monje itinerante, que acababa de salir del chamizo, vio la caja de píldoras y la recogió. Echó a andar, pero de pronto se detuvo, retrocedió y se quedó bajo los aleros del local. A la luz mortecina que se filtraba a través de una grieta en la pared, examinó minuciosamente el dibujo y el cordón. «No hay duda de que pertenece al maestro —se dijo—. Debía de llevarla encima cuando lo mataron en el castillo de Fushimi. Sí, aquí está su nombre, Tenki, escrito en la parte inferior.»

El monje echó a correr en pos de Matahachi.

—¡Sasaki! —gritó—. ¡Sasaki Kojirō!

Matahachi oyó el nombre, pero como estaba aturdido no lo relacionó consigo

mismo. Continuó su tambaleante camino desde la avenida Kujo, calle Horikawa arriba.

El monje le dio alcance y cogió el extremo de la vaina de su espada.

—¡Espera, Kojirō! Espera un momento.

—¿Eh? —hipó Matahachi—. ¿Es a mí?

—Eres Sasaki Kojirō, ¿no es cierto?

Los ojos del monje tenían una expresión severa.

Matahachi recuperó cierta medida de sobriedad.

—Sí, soy Kojirō. ¿Qué tiene eso que ver contigo?

—Quiero hacerte una pregunta.

—Tú dirás.

—¿De dónde has sacado esa caja de píldoras?

—¿Qué caja de píldoras? —replicó Matahachi, sin comprender.

—Esta caja. ¿De dónde la has sacado? Eso es todo lo que deseo saber. ¿Cómo ha llegado a tus manos?

El monje hablaba con bastante formalidad. Todavía era joven, probablemente no pasaría de los veintiséis años, y no parecía ser uno de aquellos apocados monjes mendicantes que deambulaban de un templo a otro viviendo de la caridad. Tenía en la mano un garrote de roble redondeado que medía más de seis pies de longitud.

—¿Y tú quién eres? —le preguntó Matahachi, en cuyo rostro empezaba a reflejarse la preocupación.

—Eso no importa. ¿Por qué no me dices de dónde has sacado esto?

—De ninguna parte. Es mío y siempre lo ha sido.

—¡Estás mintiendo! Dime la verdad.

—Ya te la he dicho.

—¿Te niegas a confesar?

—¿Confesar qué? —inquirió Matahachi inocentemente.

—¡Tú no eres Kojirō!

Apenas el monje había terminado de pronunciar estas palabras cuando el garrote que sujetaba hendió al aire.

El instinto de Matahachi le hizo retroceder, pero aún estaba demasiado aturdido para poder reaccionar con rapidez. Recibió el garrotazo y, lanzando un grito de dolor, retrocedió tambaleándose unos quince o veinte pies antes de caer de espaldas. Se puso en pie y echó a correr.

El monje fue tras él y, al cabo de unos pocos pasos, le arrojó el bastón de roble. Matahachi lo oyó venir y agachó la cabeza. El proyectil pasó volando junto a su oreja. Aterrado, redobló la velocidad de su carrera.

Cuando el monje llegó al arma caída, la recogió y, apuntando cuidadosamente, la lanzó de nuevo, pero Matahachi volvió a esquivarla.

Corriendo un largo trecho a toda velocidad, Matahachi cruzó la avenida Rokujō y se acercó a Gojō. Por fin se convenció de que su perseguidor había quedado atrás y se detuvo. Dándose unos golpes en el pecho, jadeante, se dijo: «Ese garrote..., ¡un arma terrible! Uno ha de andarse con cuidado estos días».

Totalmente sobrio y ardiendo de sed, se puso a buscar un pozo. Encontró uno en el extremo de un estrecho callejón. Izó el cubo y bebió hasta saciarse. Luego lo dejó en el suelo y se lavó la cara sudorosa.

«¿Quién sería ese hombre? —se preguntó—. ¿Y qué quería?» Pero en cuanto empezó a sentirse de nuevo normal, se sumió en el abatimiento. Ante sus ojos apareció el rostro sin mentón, contorsionado por el dolor, del moribundo en Fushimi.

El hecho de haber gastado el dinero del muerto le pesaba en la conciencia, y una vez más pensó en expiar sus malas acciones. Se juró que cuando tuviera dinero lo primero que haría sería devolver lo que había recibido en préstamo y, tal vez, si tenía éxito, levantaría una lápida funeraria al muerto.

«El certificado es lo único que queda. Quizá debería desprenderme de él. Si alguien que no debe saberlo descubre que lo tengo, eso podría crearme dificultades.»

Metió la mano en el interior de su kimono y tocó el documento que siempre llevaba doblado en la bolsa debajo del obi, sobre el vientre, aunque resultaba bastante incómoda.

Aun cuando no pudiera convertirlo en una considerable suma de dinero, el documento tal vez le llevaría a un comienzo, a ese mágico primer peldaño en la escala del éxito. La desdichada experiencia con Akakabe Yasoma no había eliminado su tendencia a soñar.

El certificado ya se había revelado útil, pues descubrió que mostrándolo en dōjōs pequeños y sin nombre o a inocentes pueblerinos deseosos de aprender esgrima, no sólo podía lograr que le respetaran, sino también obtener una comida gratis y un sitio donde dormir sin necesidad de pedirlo. Así había sobrevivido durante los últimos seis meses.

«No hay ningún motivo para tirarlo. ¿Qué me ocurre? Parece como si cada vez me volviera más apocado. Quizá sea eso lo que me impide abrirme camino en el mundo. ¡A partir de ahora no voy a ser así! Seré fuerte y audaz como Musashi. ¡Van a ver!»

Miró a su alrededor, contempló los chamizos que rodeaban el pozo. La gente que los habitaba le parecía envidiable. Sus viviendas se combaban bajo el peso del barro y las malas hierbas sobre sus tejados, pero por lo menos tenían un refugio. Echó un vistazo al interior de algunas casas. En una de ellas vio al marido y la mujer frente a frente, y entre ellos el recipiente que contenía su magra comida. Cerca de ellos sus hijos, niño y niña, junto con la abuela, hacían algún trabajo a destajo.

A pesar de la escasez de bienes mundanos, existía allí un espíritu de unidad

familiar, un tesoro que les faltaba incluso a los grandes hombres como Hideyoshi e Ieyasu. Matahachi reflexionó en que, cuanto más pobre es la gente, más intenso llega a ser su mutuo afecto. Incluso los pobres pueden experimentar el júbilo de ser humanos.

Sintiéndose un poco avergonzado, recordó la lucha de voluntades que le había obligado a alejarse enfurecido de su madre en Sumiyoshi. «No debería haberle hecho eso —se dijo—. Al margen de sus defectos, nunca habrá nadie más que me quiera como ella.»

Durante la semana que habían pasado juntos, yendo, con gran fastidio por su parte, de santuario a templo y de templo a santuario, Osugi le había contado una y otra vez los milagrosos poderes de la Kannon del Kiyomizudera. «Ningún bodhisattva del mundo obra milagros más grandes —le había asegurado ella—. Menos de tres semanas de que fuese allí a rezar, Kannon me trajo a Takezō, lo llevó directamente al templo. Sé que la religión te trae bastante sin cuidado, pero sería mejor para ti que tuvieras fe en esa Kannon.»

Ahora que pensaba en ello, su madre le había mencionado que cuando llegara el nuevo año se proponía ir a Kiyomizu y pedirle a Kannon que protegiera a la familia Hon'iden. ¡Allí era donde él debería ir! No tenía ningún sitio donde dormir y podía pasar la noche en el porche del templo. Era posible que viera allí a su madre de nuevo.

Cuando bajaba por calles oscuras hacia la avenida Gojō, se le unió una jauría de chuchos extraviados y ladradores, que por desgracia no eran de esos a los que es posible silenciar tirándoles una o dos piedras. Pero Matahachi estaba acostumbrado a que le ladrasen, y no le intimidó que los perros se le acercaran gruñendo y enseñándole los dientes.

En Matsubara, un pinar cerca de la avenida Gojō, vio otra jauría de perros de mala raza reunidos alrededor de un árbol. Los que le escoltaban corrieron a unirse a ellos. Eran más de los que podía contar, todos ellos armaban un gran alboroto y algunos daban saltos de hasta cinco y seis pies de altura, con la pretensión de llegar a la copa del árbol.

Forzando la vista, distinguió vagamente a una muchacha que estaba agazapada, temblorosa, en una rama. O por lo menos tenía la razonable seguridad de que se trataba de una muchacha.

Agitó el puño y gritó para alejar a los perros. Como esto no surtía efecto, les arrojó piedras, pero también fue en vano. Entonces recordó haber oído que la manera de espantar a los perros era ponerse a cuatro patas y gruñir intensamente, y decidió intentarlo. Pero tampoco eso sirvió de nada, tal vez porque los animales eran demasiado numerosos, brincaban como peces atrapados en una red, meneaban las colas, arañaban la corteza del tronco y aullaban enfurecidos.

De repente se le ocurrió que a una mujer podría parecerle ridículo que un joven con dos espadas se pusiera a cuatro patas y actuase como un animal. Se puso en pie, soltando una maldición. Un instante después, uno de los perros dio un aullido y cayó muerto. Cuando los demás vieron la espada ensangrentada de Matahachi que se balanceaba por encima del cadáver, se juntaron, sus húmedos lomos moviéndose al jadear como olas marinas.

—Queréis más, ¿eh?

Al percibir la amenaza de la espada, los perros se diseminaron en todas direcciones.

—¡Eh, tú, la de ahí arriba! —gritó—. Ya puedes bajar.

Entonces oyó un bonito tintineo metálico entre las agujas de pino. «¡Es Akemi!», se dijo, asombrado.

—¿Eres tú, Akemi?

Y fue, en efecto, la voz de Akemi la que le respondió.

—¿Quién eres tú?

—Matahachi. ¿No reconoces mi voz?

—¡No es posible! ¿Has dicho Matahachi?

—¿Qué estás haciendo ahí arriba? No eres la clase de mujer a la que asustan los perros.

—No estoy aquí a causa de los perros.

—Bien, no importa el motivo por el que te ocultas. Baja de ahí.

Desde la rama a la que estaba encaramada, Akemi escrutó la silenciosa oscuridad.

—¡Matahachi! —exclamó—. Vete de aquí. Creo que él ha venido en mi busca.

—¿Eh? ¿A quién te refieres?

—No hay tiempo para hablar de ello. Es un hombre que se ofreció a ayudarme a fines del año pasado, pero es una bestia. Al principio pensé que era amable, pero ha cometido conmigo toda clase de crueldades. Esta noche he visto una oportunidad de huir de él.

—¿No cuida Okō de ti?

—No, mi madre no. ¡Es un hombre!

—¿Es tal vez Gion Tōji?

—No seas ridículo. A ése no le temo... Oh..., oh..., estás ahí mismo. Si te quedas aquí, me encontrará. ¡Y a ti también te hará algo horrible! ¡Escóndete en seguida!

—¿Esperas que eche a correr porque se ha presentado un hombre?

Matahachi se quedó donde estaba, debatiéndose con su indecisión. Estaba a medias resuelto a realizar una hazaña valerosa. Era un hombre y tenía en sus manos a una mujer en peligro. Le gustaría compensar la mortificación de haberse puesto a cuatro patas tratando de espantar a los perros. Cuanto más le instaba Akemi a que se ocultara, tanto más ansiaba él demostrar su virilidad, no sólo a ella sino también a sí

mismo.

—¿Quién está ahí?

Matahachi y Kojirō pronunciaron simultáneamente estas palabras. Kojirō dirigió una mirada furibunda a la espada de Matahachi y la sangre que goteaba de ella.

—¿Quién eres? —le preguntó en un tono de beligerancia.

Matahachi permaneció en silencio. Tras percibir el temor en la voz de Akemi, se puso tenso. Pero le bastó una segunda mirada para relajarse. El desconocido era alto y robusto, pero no mayor que él. Por su peinado y atuendo juveniles, juzgó que era un completo novicio, y le miró con una expresión de desprecio. El monje le había dado un susto de veras, pero estaba seguro de que aquel joven lechuguino no podía vencerle.

«¿Es posible que sea éste el bruto que atormentaba a Akemi? —se preguntó—. Me parece tan verde como una calabaza. Todavía no sé a qué viene todo esto, pero si le está creando dificultades, supongo que tendré que darle una o dos lecciones.»

—¿Quién eres? —volvió a preguntarle Kojirō, en un tono tan imperioso que era capaz de desgarrar la oscuridad a su alrededor.

—¿Yo? Soy un simple ser humano —respondió Matahachi, sonriendo burlonamente.

La sangre afluyó al rostro de Kojirō.

—De modo que no tienes nombre —le dijo—. ¿O no será tal vez que tu nombre te avergüenza?

Provocado pero sin temor, Matahachi replicó:

—No veo la necesidad de decir mi nombre a un desconocido que, de todos modos, probablemente no lo reconocerá.

—¡Mide tus palabras! —le espetó Kojirō—. Pero dejemos para más tarde la riña entre nosotros. Voy a bajar a esa chica del árbol y la llevaré a donde debe estar. Espera aquí.

—¡No hables como un necio! ¿Qué te hace pensar que te permitiré tal cosa?

—¿Qué tiene ella que ver contigo?

—La madre de esta muchacha fue mi esposa, y no voy a permitir que sufra ningún daño. Si le pones un solo dedo encima, te cortaré en pedazos.

—Bueno, esto es interesante. Pareces considerarte un samurai, aunque debo decir que no veía uno tan esmirriado desde hacía mucho tiempo. Pero hay algo que deberías saber. Este Palo de Secar que llevo a la espalda ha estado llorando en su sueño, porque ni una sola vez desde que fue recibido como una reliquia familiar ha obtenido su ración completa de sangre. Se está oxidando un poco, y creo que voy a pulimentarlo con tu escuálido cuerpo. ¡Y no trates de huir!

Matahachi, incapaz de comprender que estas palabras no eran ninguna fanfarronada, dijo desdeñosamente:

—¡Cuidado con lo que dices! Si quieres considerar de nuevo tu postura, ahora es el momento. Márchate, mientras todavía puedas ver adonde vas. Te perdonaré la vida.

—Lo mismo te digo. Pero escucha, mi excelente ser humano. Te has jactado de que tu nombre es demasiado importante para mencionarlo a la gente como yo. Pues bien, te ruego que me digas cuál es ese ilustre nombre. Declarar la propia identidad forma parte de la etiqueta en el combate. ¿O acaso no lo sabías?

—No me importa decirlo, pero no te asustes cuando lo oigas.

—Cobraré ánimo para resistir la sorpresa. Pero, ante todo, dime: ¿cuál es tu estilo de esgrima?

Matahachi pensó que quien parloteaba así no podía ser un gran espadachín, y la estima en que tenía a su contrario bajó todavía más.

—Tengo un certificado del estilo Chūjō, que es una rama del estilo de Toda Seigen.

El sorprendido Kojirō intentó ocultar su asombro.

Matahachi, creyendo que tenía la ventaja, decidió que sería una necedad no aprovecharla. Imitando a su interrogador, le dijo:

—¿Me dirás ahora cuál es tu estilo? Como sabes, eso forma parte de la etiqueta del combate.

—Luego. ¿De quién has aprendido el estilo Chūjō?

—De Kanemaki Jisai, por supuesto —replicó Matahachi con insincera elocuencia—. ¿De quién iba a ser?

—¿Cómo? —exclamó Kojirō, ahora realmente perplejo—. ¿Y conoces a Itō Ittōsai?

—Naturalmente. —Interpretando las preguntas de Kojirō como una prueba de que su historia surtía efecto, Matahachi tuvo la seguridad de que el joven no tardaría en proponerle un compromiso. Exageró un poco más—: Supongo que no hay ningún motivo para ocultar mi relación con Itō Ittōsai. Fue un predecesor mío. Con eso quiero decir que ambos estudiamos bajo la guía de Kanemaki Jisai. ¿Por qué quieres saberlo?

Kojirō pasó por alto esta pregunta.

—Entonces ¿puedo preguntarte de nuevo quién eres?

—Soy Sasaki Kojirō.

—¡Repite eso!

—Soy Sasaki Kojirō —repitió Matahachi muy cortésmente.

Tras un momento de silencio, el estupefacto Kojirō emitió un tenue murmullo y se formaron hoyuelos en sus mejillas. Matahachi le miró furibundo.

—¿Por qué me miras de esa manera? ¿Acaso mi nombre te ha cogido por sorpresa?

—Debo decir que así es.

—Muy bien, entonces... ¡vete! —le ordenó Matahachi en tono amenazante, alzando el mentón.

—¡Ja, ja, ja, ja, ja! ¡Oh! ¡Ja, ja, ja! —Kojirō se sujetó el vientre para no caerse al suelo presa de un ataque de risa. Cuando por fin pudo dominarse, dijo—: En el curso de mis viajes he conocido a mucha gente, pero jamás había oído nada comparable a esto. Bien, Sasaki Kojirō, ¿ahora serás tan amable de decirme quién soy?

—¿Cómo podría saberlo?

—¡Pero debes saberlo? Espero no parecer descortés, pero sólo para estar seguro de que te he oído bien, ¿te importaría repetirme tu nombre una vez más?

—¿Es que no tienes oídos? Soy Sasaki Kojirō.

—¿Y yo soy...?

—Otro ser humano, supongo.

—Eso es indudable, pero ¿cómo me llamo?

—Oye, bastardo, ¿te estás burlando de mí?

—No, en absoluto. Hablo completamente en serio. Nunca he estado más serio en toda mi vida. Dime, Kojirō, ¿cómo me llamo?

—¿Por qué te pones tan pesado? Responde tú mismo a esa pregunta.

—De acuerdo. Me preguntaré mi nombre y luego, a riesgo de parecer presuntuoso, te lo diré.

—Muy bien, veamos.

—¡No te asustes!

—¡Idiota!

—Soy Sasaki Kojirō, también conocido como Ganryū.

—¿Qu... qué?

—Desde los tiempos de mis antepasados, mi familia ha vivido en Iwakuni. El nombre Kojirō lo recibí de mis padres. Soy también la persona conocida entre los espadachines como Ganryū. Ahora dime, ¿cuándo y cómo crees qué ha llegado a haber dos Sasaki Kojirō en este mundo?

—Entonces tú..., tú eres...

—Sí, y aunque son muchos los hombres que viajan por el país, tú eres el primero que encuentro que se llama igual que yo. El primero, ya ves. ¿No es una extraña coincidencia la que nos ha reunido aquí?

Matahachi pensaba con rapidez.

—¿Qué te ocurre? Parece que estás temblando.

Matahachi se estremeció.

Kojirō se acercó a él, le dio una palmada en el hombro y le dijo:

—Seamos amigos.

Pálido como un muerto, Matahachi retrocedió bruscamente y dio un grito.

—Si huyes, te mataré. —La voz de Kojirō fue como una lanzada en el rostro de

Matahachi.

El Palo de Secar silbó sobre el hombro de Kojirō como una serpiente de plata. Un solo golpe y Matahachi cubrió casi diez pies de distancia. Como un insecto desplazado de una hoja por un soplo, dio tres saltos mortales y quedó tendido en el suelo, inconsciente.

Kojirō ni siquiera le miró. La espada de tres pies de longitud, todavía sin sangre, volvió a deslizarse en su vaina.

—¡Akemi! —gritó Kojirō—. ¡Baja de ahí! No volveré a hacer lo que hice, así que baja y ven a la posada conmigo. Sí, he derribado a tu amigo, pero no le he hecho daño de veras. Baja y cuida de él.

No obtuvo respuesta. Al no ver nada entre las ramas oscuras, Kojirō trepó al árbol y se encontró solo. Akemi había vuelto a huir de él.

La brisa soplaba suavemente entre las agujas de pino. Se sentó en la rama, preguntándose adonde podría haber volado aquel gorrioncillo. No podía comprender por qué le temía tanto. ¿Acaso no le había dado él su amor de la mejor manera que sabía? Habría estado dispuesto a admitir que esa manera de demostrar afecto era un poco brusca, pero no apreciaba lo diferente que era de la forma en que otras personas hacían el amor.

Una explicación de esa postura podría ser su actitud hacia la esgrima. En su infancia, cuando ingresó en la escuela de Kanemaki Jisai, mostró una gran habilidad y le trataron como a un prodigio. Su manejo de la espada era extraordinario, e incluso más lo era su tenacidad. Se negaba en redondo a abandonar. Si se enfrentaba a un adversario más fuerte, lejos de amilanarse luchaba con más ahínco.

En aquel tiempo, la manera en que un luchador ganaba era mucho menos importante que el hecho de ganar. Nadie ponía serias objeciones a los métodos, y la tendencia de Kojirō a resistir haciendo uso de todos los trucos imaginables hasta que finalmente vencía no se consideraba juego sucio. Sus adversarios se quejaban de que les hostigaba cuando otros habrían admitido su derrota, pero nadie consideraba esto reprobable.

Cierta vez, cuando era todavía un muchacho, un grupo de estudiantes mayores, a los que había despreciado abiertamente, le golpearon con espadas de madera hasta dejarle sin sentido. Uno de sus atacantes, apiadándose de él, le dio agua y permaneció a su lado hasta que se recuperó, y entonces Kojirō cogió la espada de madera de su benefactor y le golpeó hasta matarle.

Si perdía un encuentro, jamás lo olvidaba. Permanecía a la espera hasta que su enemigo estaba desprevenido, en un lugar oscuro, acostado en la cama, incluso en el retrete, y entonces le atacaba con todo su ímpetu. Derrotar a Kojirō equivalía a hacerse con un enemigo implacable.

Cuando se hizo mayor empezó a referirse a sí mismo como si fuese un genio. En

esto había algo más que jactancia, pues tanto Jisai como Ittōsai habían reconocido sus extraordinarias dotes. Tampoco inventaba nada cuando decía haber aprendido a partir por la mitad gorriones en vuelo y haber creado su propio estilo. Esto hizo que la gente de la vecindad le considerase un «mago», apreciación con la que él estaba totalmente de acuerdo.

Nadie sabía con exactitud qué forma adoptaba la tenaz voluntad de dominio de Kojirō cuando estaba enamorado de una mujer, pero no podía haber ninguna duda de que se saldría con la suya. Sin embargo, personalmente no veía ninguna conexión entre su pericia con la espada y su manera de amar. No podía comprender por qué disgustaba a Akemi cuando él la quería tanto.

Mientras reflexionaba en sus problemas amorosos, reparó en una persona que se movía debajo del árbol, ajeno a su presencia.

—Vaya, ahí hay un hombre tendido —dijo el desconocido. Se inclinó para mirarle mejor y exclamó—: ¡Es ese bribón de la taberna!

Era el monje itinerante, el cual, quitándose el fardo que llevaba a la espalda, observó:

—No parece herido y su cuerpo está caliente.

Le palpó, encontró el cordón debajo del obi de Matahachi, lo desanudó y le ató las manos a la espalda. Entonces se puso de rodillas en la parte inferior de la espalda del caído y tiró de sus hombros hacia atrás, presionando de una manera considerable el plexo solar. Matahachi volvió en sí emitiendo un gemido ahogado. El monje le arrastró hasta un árbol como si fuese un saco de patatas y le apoyó en el tronco.

—¡Levántate! —le ordenó, al tiempo que le daba un puntapié—. ¡En pie!

Matahachi, que había estado a medio camino del infierno, empezó a volver en sí, pero no pudo comprender del todo qué estaba ocurriendo. Sumido todavía en el estupor, se enderezó.

—Muy bien —dijo el monje—. Quédate así.

Entonces ató al árbol las piernas y el pecho de Matahachi. Éste abrió ligeramente los ojos y lanzó un grito de asombro.

—Bueno, tramposo —dijo su captor—. Me has obligado a perseguirte, pero eso ya ha terminado. —Empezó a castigarle lentamente, le golpeó en la frente varias veces y le estrelló la cabeza contra el tronco del árbol—. ¿De dónde has sacado la caja de píldoras? —le preguntó—. Dime la verdad. ¡Ahora mismo!

Matahachi no le respondió.

—Crees que puedes defenderte con tu descaro, ¿eh?

Enfurecido, el monje le cogió la nariz entre los dedos pulgar e índice y le sacudió la cabeza adelante y atrás.

Matahachi ahogó un grito, y, como parecía dispuesto a hablar, el monje le soltó la nariz.

—Hablaré —dijo Matahachi desesperadamente—. Te lo diré todo. —Las lágrimas se deslizaban de sus ojos—. Lo que ocurrió, el verano pasado... —Le contó toda la historia y terminó con una súplica de misericordia—. Ahora no puedo devolver el dinero, pero si me perdonas la vida te prometo que trabajaré y algún día estaré en condiciones de devolverlo. Te daré mi promesa por escrito, firmada y sellada.

Confesar fue como extraer el pus de una herida infectada. Ahora no había nada más que ocultar, nada más que temer. O así se lo parecía.

—¿Es ésa toda la verdad? —inquirió el monje.

—Sí. —Matahachi inclinó la cabeza en actitud contrita.

Tras unos minutos de silenciosa reflexión, el monje desenvainó su espada corta y la dirigió hacia la cara de Matahachi.

Matahachi se apresuró a apartar la cabeza y gritó:

—¿Es que vas a matarme?

—Sí, creo que has de morir.

—Te lo he contado todo sinceramente. He devuelto la caja de píldoras, te daré el certificado, uno de estos días devolveré el dinero. ¡Juro que lo haré! ¿Por qué tienes que matarme?

—Te creo, pero mi posición es difícil. Vivo en Shimonida, en Kōzuke, y fui servidor de Kusanagi Tenki, el samurai que murió en el castillo de Fushimi. Aunque vista como un monje, en realidad soy un samurai. Me llamo Ichinomiya Gempachi.

Matahachi, que trataba de liberarse de sus ataduras y escapar, no oyó realmente nada de esto.

—Te pido perdón —dijo humildemente—. Sé que he cometido una mala acción, pero no pretendía robar nada. Iba a entregárselo todo a su familia, pero entonces..., bueno, me quedé sin dinero y, aunque no debía, usé el suyo. Me disculparé tanto como quieras, pero te ruego que no me mates.

—Preferiría que no te disculparas —dijo Gempachi, el cual parecía sumido en su propio debate emocional. Sacudió la cabeza entristecido y siguió diciendo—: He estado en Fushimi para investigar y todo encaja en tu descripción. No obstante, necesito algo que llevar a su familia para que les sirva de consuelo. Y no me refiero a dinero. Necesito algo demostrativo de que ha habido venganza. Pero no hay ningún responsable, no hay un solo hombre al que culpar de la muerte de Tenki. ¿Cómo puedo llevarles la cabeza de su asesino?

—Yo..., yo..., yo no le maté. No te equivoques en eso.

—Ya sé que no has sido tú, pero su familia y sus amigos ignoran que fue atacado y asesinado por jornaleros vulgares y corrientes. Y, por otro lado, ésa no es la clase de historia que honraría a Tenki. Detestaría tener que decirles la verdad. Así pues, aunque lo siento por ti, creo que tendrás que ser el culpable. Sería una ayuda que

consintiera en que te mate.

Tensando las cuerdas que le ataban, Matahachi gritó:

—¡Suéltame! No quiero morir.

—Eso es muy natural, pero considéralo de otra manera. No has podido pagar el sake que has bebido, lo cual significa que eres incapaz de cuidar de ti mismo. En vez de morirte de hambre o llevar una existencia vergonzosa en este mundo cruel, ¿no sería mejor para ti que descansaras en la paz del otro mundo? Si lo que te preocupa es el dinero, yo tengo un poco y, con mucho gusto, lo enviaré a tus padres como regalo funerario. Si lo prefieres, puedo enviarlo al templo de tus antepasados como un donativo para que te tengan presente en el culto. Te aseguro que sería convenientemente entregado...

—Eso es una locura. No quiero ningún dinero. ¡Quiero vivir!... ¡Socorro!

—Te lo he explicado todo cuidadosamente. Tanto si estás de acuerdo como si no, me temo que tendrás que pasar por el asesino de mi maestro. Consiente, amigo mío, considéralo como una cita con el destino. —Cogió la empuñadura de su espada y retrocedió a fin de tener espacio para asestar el golpe.

—¡Espera, Gempachi! —gritó Kojirō.

Gempachi alzó la vista y preguntó:

—¿Quién está ahí?

—Sasaki Kojirō.

Gempachi repitió el nombre con lentitud y suspicacia. ¿Acaso otro falso Kojirō estaba a punto de caer sobre él desde el cielo? No obstante, la voz era demasiado humana para pertenecer a un fantasma. De un salto, se apartó del árbol y levantó su espada verticalmente.

—Eso es absurdo —dijo, riendo—. Parece como si últimamente todo el mundo se llamase Sasaki Kojirō. Aquí abajo hay otro, y está muy triste. ¡Ah! Empiezo a comprender. Eres uno de los amigos de este hombre, ¿no es cierto?

—No, soy Kojirō. Oye, Gempachi, estás dispuesto a cortarme en dos en cuanto baje de aquí, ¿no es cierto?

—Sí, trae a todos los falsos Kojirōs que quieras, que me ocuparé de cada uno de ellos.

—Eso es bastante justo. Si me matas, sabrás que era un impostor, pero si te despiertas muerto, puedes estar seguro de que soy el auténtico Kojirō. Ahora voy a bajar, y te advierto que si no me cortas por la mitad mientras lo hago, el Palo de Secar te hendirá como si fueras una caña de bambú.

—Espera. Creo recordar tu voz, y si tu espada es el famoso Palo de Secar, entonces debes ser Kojirō.

—¿Me crees ahora?

—Sí, pero ¿qué estás haciendo ahí arriba?

—Ya hablaremos de eso más tarde.

Kojirō pasó por encima de la cara vuelta hacia arriba de Gempachi y aterrizó detrás de él envuelto en una nube de pinaza. Su transformación asombró a Gempachi. El Kojirō que recordaba haber visto en la escuela de Jisai era un muchacho de piel oscura y desgarbado. Su único trabajo consistía en sacar agua del pozo y, de acuerdo con el amor de Jisai por la sencillez, siempre había llevado las prendas de vestir más simples.

Kojirō se sentó al pie del árbol e hizo un gesto a Gempachi para que le imitara. Entonces Gempachi le contó que Tenki había sido tomado por un espía de Osaka y lapidado a muerte, y cómo el certificado había llegado a manos de Matahachi. Aunque a Kojirō le divirtió mucho saber cómo había llegado a tener un tocayo, dijo que no ganaría nada matando a un hombre cuya fortaleza era tan escasa que se había hecho pasar por él. Había otras maneras de castigar a Matahachi. Si a Gempachi le preocupaba la familia o la reputación de Tenki, él iría personalmente a Kōzuke y haría lo necesario para que el maestro de Gempachi fuese reconocido como un guerrero valiente y honorable. No había necesidad de convertir a Matahachi en un chivo expiatorio.

—¿No estás de acuerdo, Gempachi? —concluyó Kojirō.

—Si lo planteas de ese modo, supongo que sí.

—Entonces queda convenido. Ahora tengo que marcharme, pero creo que deberías regresar a Kōzuke.

—Así lo haré. Iré directamente.

—A decir verdad, tengo bastante prisa. Estoy tratando de encontrar a una muchacha que me ha abandonado bruscamente.

—¿No te olvidas de algo?

—No, que yo sepa.

—¿Y el certificado?

—Ah, sí.

Gempachi metió la mano bajo el kimono de Matahachi y sacó el documento. Matahachi tuvo la sensación de que le quitaban un peso de encima. Ahora que parecía que no iba a perder la vida, se alegraba de verse libre de aquel certificado.

—Humm —dijo Gempachi—. Bien mirado, es posible que el incidente de esta noche haya sido dispuesto por los espíritus de Jisai y Tenki a fin de que pudiera recuperar el certificado y dártelo.

—No lo quiero —replicó Kojirō.

—¿Por qué? —le preguntó Gempachi, incrédulo.

—No lo necesito.

—No te comprendo.

—Un trozo de papel como ése no me sirve para nada.

—¡Pero qué dices! ¿Es que no sientes gratitud hacia tu maestro? Jisai tardó años en decidir si te daría el certificado, y no se decidió a hacerlo hasta que estuvo en su lecho de muerte. Le encargó a Tenki que te lo entregara, y mira lo que le ocurrió a Tenki. Deberías avergonzarte.

—Lo que Jisai hizo fue asunto suyo. Yo tengo ambiciones propias.

—Ésa no es manera de hablar.

—No me interpretes mal.

—¿Insultarías al hombre que te enseñó?

—Claro que no, pero no sólo he nacido con un talento mayor que el de Jisai, sino que intento llegar más lejos que él. Ser un espadachín desconocido en algún rincón rural no es precisamente lo que me propongo.

—¿Dices eso en serio?

—Desde luego. —Kojirō no sentía escrúpulo alguno al revelar sus ambiciones, por escandalosas que fueran desde el punto de vista ordinario—. Estoy agradecido a Jisai, pero tener un certificado de una pequeña escuela rural poco conocida sería más perjudicial que beneficioso. Itō Ittōsai aceptó el suyo, pero no continuó con el estilo de Chūjō, sino que creó un nuevo estilo. Yo me propongo hacer lo mismo. Me interesa el estilo Ganryū, no el estilo Chūjō. Uno de estos días, el nombre Ganryū será muy famoso. Así que ya ves, el documento no significa nada para mí. Llévatelo a Kōzuke y pide en el templo de allí que lo preserven junto con los registros de los nacimientos y las muertes.

En las palabras de Kojirō no había rastro de modestia ni humildad. Gempachi le miró con resentimiento.

—Te ruego que presentes mis respetos a la familia de Kusanagi —le dijo Kojirō cortésmente—. Uno de estos días iré al este y les visitaré. De eso puedes estar seguro. —Concluyó estas palabras de despedida con una ancha sonrisa.

A Gempachi, esta última exhibición de cortesía le parecía condescendencia. Pensó seriamente en recriminar a Kojirō su actitud ingrata y poco respetuosa hacia Jisai, pero tras considerarlo un momento pensó que sería una pérdida de tiempo. Se acercó a su fardo, guardó el certificado, se despidió secamente y partió.

Cuando le perdió de vista, Kojirō se echó a reír.

—Vaya, estaba enfadado, ¿eh? ¡Ja, ja, ja, ja! —Entonces se volvió a Matahachi—. Bien, ¿qué tienes que decir, despreciable impostor?

Naturalmente, Matahachi no tenía nada que decir.

—¡Respóndeme! Admites que has intentado hacerte pasar por mí, ¿no es cierto?

—Sí.

—Sé que te llamas Matahachi, pero ¿cuál es tu nombre completo?

—Hon'iden Matahachi.

—¿Eres un rōnin?

—Sí.

—Aprende una lección de mí, asno sin carácter. Me has visto devolver ese certificado, ¿no es cierto? Si un hombre no tiene suficiente orgullo para hacer una cosa así, nunca será capaz de hacer nada por sí mismo. ¡Pero mírate! Usas el nombre de otra persona, robas su certificado, vas por ahí viviendo de su reputación. ¿Podría haber algo más despreciable? Tal vez tu experiencia de esta noche te servirá de lección: un gato doméstico puede ponerse una piel de tigre, pero sigue siendo un gato doméstico.

—En el futuro tendré mucho cuidado.

—No voy a matarte, pero creo que voy a dejarte aquí atado para que te liberes tú mismo, si eres capaz de ello.

Obedeciendo a un impulso repentino, Kojirō desenvainó su daga y empezó a raspar la corteza por encima de la cabeza de Matahachi. Las virutas cayeron sobre el cuello de Matahachi.

—Necesito algo para escribir —gruñó Kojirō.

—En mi obi hay una caja con un pincel y piedra para tinta —dijo Matahachi servicialmente.

—¡Muy bien! Los tomaré prestados sólo un momento.

Kojirō mojó el pincel en la tinta y escribió en la parte del tronco de la que había eliminado la corteza. Entonces retrocedió y admiró su obra. La inscripción decía: «Este hombre es un impostor que, haciendo uso de mi nombre, ha viajado por el país cometiendo acciones deshonrosas. Le he capturado y dejado aquí para que sea ridiculizado por todo el mundo. Mi nombre y el de mi espada, que me pertenecen y no son de ningún otro hombre, son Sasaki Kojirō, Ganryū».

—Así está bien —dijo Kojirō, satisfecho.

En el negro bosque el viento gemía como la marea. Kojirō dejó de pensar en sus ambiciones futuras y volvió a su curso de acción inmediato. Los ojos le brillaban mientras corría a través del bosque como un leopardo.

El hermano menor

Desde tiempos antiguos, la gente de las clases superiores había viajado en palanquines, pero sólo recientemente un tipo simplificado de ese vehículo había sido puesto a disposición de la gente normal y corriente. Era poco más que un cesto grande, de lados bajos, suspendido de una vara horizontal, y para no caer, el pasajero tenía que sujetarse con fuerza a unas correas colocadas delante y detrás. Los porteadores, que cantaban rítmicamente para mantener el paso, tendían a tratar a sus clientes como si fuesen cargamento. A quienes elegían esta forma de transporte se les aconsejaba que adaptaran su respiración al ritmo de los porteadores, sobre todo cuando éstos corrían.

Siete u ocho hombres acompañaban al palanquín que avanzaba con rapidez hacia el pinar de la avenida Gojō. Porteadores y acompañantes jadeaban como si estuvieran a punto de echar el corazón por la boca.

—Estamos en la avenida Gojō.

—¿No es esto Matsubara?

—Ya falta poco.

Aunque sus faroles tenían el penacho usado por las cortesanas en el barrio licencioso de Osaka, el ocupante no era ninguna dama de la noche.

—¡Denshichirō! —gritó uno de los servidores que iban delante—. Ya casi estamos en la avenida Shijō.

Denshichirō no le oyó. Estaba dormido y su cabeza se bamboleaba como la de un tigre de papel. Entonces el cesto dio un bandazo y uno de los porteadores extendió la mano para evitar que el pasajero cayese al suelo.

Denshichirō abrió sus grandes ojos.

—Tengo sed —dijo—. ¡Dadme un poco de sake!

Agradecidos por la oportunidad de descansar, los porteadores bajaron el palanquín al suelo y empezaron a secarse con toallas de mano el pegajoso sudor de sus caras y pechos hirsutos.

—No queda mucho sake —dijo un sirviente, ofreciendo el tubo de bambú a Denshichirō. Éste lo vació de un trago.

—Está frío —se quejó—. Me da dentera. —Pero la bebida le despertó lo suficiente para hacerle observar—: Todavía está oscuro. Debemos de haber hecho el viaje en muy poco tiempo.

—A tu hermano le habrá parecido largo tiempo. Está tan deseoso de verte que cada minuto debe de parecerle un año.

—Confío en que siga vivo.

—El doctor dijo que viviría, pero está inquieto y pierde sangre por la herida. Eso podría ser peligroso.

Denshichirō se llevó el tubo vacío a los labios y lo puso boca abajo.

—¡Musashi! —dijo con asco, y tiró el tubo al suelo—. ¡Vámonos! —gritó—. ¡De prisa!

Denshichirō, gran bebedor, muy pendenciero e irascible, era casi la antítesis perfecta de su hermano. Cuando Kempō aún vivía, algunos tuvieron la audacia de afirmar que el hijo estaba más capacitado que el padre. El mismo joven compartía esta opinión sobre su talento. En vida del padre ambos hermanos se ejercitaban juntos en el dōjō y se llevaban bastante bien, pero en cuanto Kempō murió, Denshichirō dejó de participar en las actividades de la escuela y llegó a decirle a Seijūrō que debía retirarse y dejarle a él encargado de cuanto concernía a la esgrima.

Desde su partida a Ise el año anterior, se rumoreaba que pasaba el tiempo ociosamente en la provincia de Yamato. Sólo después del desastre ocurrido en el Rendaiji se enviaron hombres en su busca, y Denshichirō, a pesar de su desagrado por Seijūrō, accedió a regresar en seguida.

Durante el precipitado regreso a Kyoto, los porteadores le habían transportado con tal rapidez que fue necesario sustituirlos tres o cuatro veces. No obstante, Denshichirō tuvo tiempo para detenerse en cada puesto de la carretera y comprar sake. Tal vez necesitaba el alcohol para sosegar sus nervios, pero desde luego se hallaba en un estado de agitación extrema.

Cuando estaban a punto de reanudar su camino, los ladridos de unos perros en el oscuro bosque llamaron su atención.

—¿Qué creéis que ocurre?

—No es más que una jauría de perros.

La ciudad estaba llena de perros extraviados, muchos de los cuales procedían de distritos lejanos, pues ya no había batallas que les procurasen un suministro de carne humana.

Denshichirō les gritó enfurecido que dejaran de holgazanear, pero uno de los estudiantes le dijo:

—Espera..., hay algo extraño en lo que está ocurriendo ahí.

—Vamos a ver de qué se trata —dijo Denshichirō, el cual se puso entonces a la cabeza del grupo.

Después de que Kojirō se marchara, los perros habían vuelto. Los tres o cuatro círculos de canes alrededor de Matahachi y el árbol al que estaba atado armaban un tremendo escándalo. Si los perros fuesen capaces de tener sentimientos superiores, podría haberse imaginado que se estaban vengando de la muerte de uno de sus congéneres. Sin embargo, es mucho más probable que simplemente estuvieran atormentando a una víctima cuya impotencia percibían. Todos ellos estaban tan hambrientos como lobos, tenían los vientres cóncavos, las espinas dorsales puntiagudas como cuchillos y los dientes tan afilados que parecían limados.

Matahachi los temía mucho más de lo que había temido a Kojirō y Gempachi. Incapaz de usar los brazos y las piernas, no tenía más armas que la cara y la voz.

Tras haber tratado primero de razonar ingenuamente con los animales, cambió de táctica y se puso a aullar como una bestia salvaje. Los perros se acobardaron y retrocedieron un poco, pero entonces un copioso moqueo estropeó de inmediato el efecto.

A continuación abrió la boca y los ojos tanto como pudo y los miró furibundo, evitando el parpadeo. Contorsionó el rostro y sacó tanto la lengua que se tocó con ella la punta de la nariz, pero se cansó en seguida. Rebañándose los sesos, recurrió de nuevo al truco de fingir que era uno de ellos y no tenía nada contra los demás. Se echó a ladrar e incluso imaginó que tenía cola y la meneaba.

Los aullidos se intensificaron, los perros más cercanos a él mostraron los dientes ante su cara y le lamieron los pies.

Confiando en serenarlos con música, empezó a cantar un famoso pasaje de los Cuentos de Heike, imitando a los bardos que deambulaban recitando esa narración con acompañamiento de laúd.

Entonces el emperador enclaustrado decidió
en la primavera del segundo año
visitar la villa campestre de Kenreimon'in
en las montañas cerca de Ōhara.
Pero durante los meses segundo y tercero
el viento fue violento, el frío continuó
y las blancas nieves de los picos no se fundieron.

Con los ojos cerrados y el rostro tenso, haciendo una mueca de dolor, Matahachi cantó casi tan fuerte para quedarse sordo.

Todavía estaba cantando cuando la llegada de Denshichirō y sus compañeros hizo que los perros se escabulleran.

Sin el menor asomo de dignidad, Matahachi gritó:

—¡Socorro! ¡Salvadme!

—He visto a ese tipo en la Yomogi —dijo uno de los samurais.

—Sí, es el marido de Okō.

—¿Marido? Pero si esa mujer no está casada.

—Eso es lo que le contó a Tōji.

Apiadándose de Matahachi, Denshichirō ordenó a sus hombres que dejaran de chismorrear y lo liberasen.

Al responder a las preguntas que le hicieron, Matahachi inventó una historia en la que sus excelentes cualidades figuraban de manera prominente, mientras que sus

debilidades estaban ausentes. Aprovechando el hecho de que hablaba con los partidarios de Yoshioka, mencionó el nombre de Musashi. Reveló que habían sido amigos de la infancia, hasta que Musashi raptó a su novia y cubrió a su familia de una vergüenza indecible. Su valerosa madre había jurado que no regresaría a casa... Tanto él como su madre estaban empeñados en encontrar a Musashi y acabar con él. En cuanto a que fuese el marido de Okō, eso estaba lejos de la verdad. Su larga estancia en la casa de té Yomogi no se debía a ninguna conexión personal con la propietaria, y prueba de ello era que estaba enamorada de Gion Tōji.

Entonces explicó por qué estaba atado a un árbol. Le había asaltado una banda de malhechores, los cuales le habían robado su dinero.

Por supuesto, él no ofreció resistencia, pues debía poner cuidado para no resultar herido, dada la obligación que tenía hacia su madre. Confiando en que se lo creían todo, Matahachi les dijo:

—Os estoy agradecido. Creo que tal vez el destino nos ha reunido. Consideramos al mismo hombre como nuestro enemigo común, un enemigo con el que no podemos vivir bajo el mismo cielo. Esta noche habéis llegado en el momento oportuno. Os estaré eternamente agradecido.

—Por vuestro aspecto, señor, creo que sois Denshichirō. Estoy seguro de que os proponéis encontrar a Musashi. No puedo decir cuál de nosotros le matará primero, pero confío en que tendré la oportunidad de veros nuevamente.

No quería darles ocasión de interrogarle más, por lo que se apresuró a añadir:

—Osugi, mi madre, ha ido en peregrinación al Kiyomizudera para rogar por el éxito de nuestra lucha contra Musashi. Ahora voy a reunirme con ella. Desde luego, no tardaré en ir a la casa de la avenida Shijō para presentar mis respetos. Entretanto, permitidme que me disculpe por reteneros cuando tenéis tanta prisa.

Dicho esto se marchó, dejando a sus oyentes intrigados por la verdad que habría en sus palabras.

—¿Quién diablos es ese bufón? —preguntó Denshichirō, soltando un bufido, y chasqueó la lengua, irritado por el tiempo que habían perdido.

Tal como el médico había dicho, los primeros días serían los peores. Aquel era el cuarto día, y desde la noche anterior Seijūrō se sentía un poco mejor.

Abrió los ojos lentamente, preguntándose si era de día o de noche.

La lámpara cubierta de papel al lado de su almohada estaba casi extinguida. Desde la habitación contigua le llegó el sonido de unos ronquidos. Los hombres que velaban por él se habían adormilado.

«Todavía debo de estar vivo —pensó—. ¡Vivo y completamente deshonrado!» Con dedos temblorosos, se cubrió el rostro con el edredón. «¿Cómo podré mirar a nadie a la cara después de esto?» Tragó saliva para ahogar sus lágrimas. «Todo ha terminado —se dijo entre gemidos—. Éste es mi fin y el de la casa de Yoshioka.»

Cacareó un gallo y la lámpara se apagó con un chisporroteo. Mientras la pálida luz del alba penetraba sigilosamente en la habitación, Seijūrō recordó aquella mañana en el Rendaiji. ¡La expresión de los ojos de Musashi! El recuerdo le hizo estremecerse. Tenía que admitir que no había estado a la altura de aquel hombre. ¿Por qué no había arrojado su espada de madera, aceptado la derrota e intentado salvar la reputación de la familia?

«Tenía una opinión demasiado alta de mí mismo —se dijo, entristecido—. Aparte de ser el hijo de Yoshioka Kempō, ¿qué he hecho para distinguirme?»

Incluso él había llegado a comprender que, de haber seguido al frente de la casa de Yoshioka, la escuela se habría quedado anclada en el pasado. Como todo lo demás estaba en pleno cambio, no podría seguir prosperando.

«Mi encuentro con Musashi no ha hecho más que apresurar el derrumbe. ¿Por qué no habré muerto allí? ¿Por qué tengo que vivir?»

Frunció el ceño. Sentía dolorosos latidos en el hombro sin brazo.

Sólo unos segundos después de que se oyeran golpes en la puerta principal, entró un hombre para despertar a los samurais en la habitación contigua a la de Seijūrō.

—¿Denshichirō? —exclamó una voz en tono de asombro.

—¡Joven Maestro! ¡Buenas noticias! Denshichirō ha vuelto.

Abrieron los postigos contra la lluvia, pusieron carbón en el brasero y un cojín en el suelo. Al cabo de un momento, la voz de Denshichirō llegó desde el otro lado del shoji, la puerta corredera de listones y papel.

—¿Está mi hermano aquí?

Seijūrō pensó con nostalgia que había pasado largo tiempo desde la última vez que se vieron. Aunque había pedido ver a Denshichirō, temía que le vieran en su estado actual, incluso su hermano, mejor dicho, especialmente su hermano. Cuando éste entró en la estancia, Seijūrō alzó la vista e intentó en vano sonreír.

Denshichirō habló con vehemencia.

—¿Te das cuenta? —le dijo riendo—. Cuando estás en dificultades, tu hermano que no sirve para nada viene a ayudarte. Lo he dejado todo y venido lo más rápido que he podido. Nos detuvimos en Osaka para comprar víveres y luego hemos viajado toda la noche. Ya me tienes aquí, así que puedes dejar de preocuparte. Pase lo que pase, no permitiré que nadie ponga un solo dedo en la escuela... ¿Qué es esto? —gruñó, volviéndose a un criado que había traído té—. ¡No necesito té para nada! Ve y trae sake. —Entonces dijo a gritos que alguien cerrase las puertas exteriores—. ¿Es que estáis locos? ¿No veis que mi hermano tiene frío?

Tomó asiento, se inclinó por encima del brasero y contempló en silencio el rostro del herido.

—¿Qué clase de postura adoptaste en la pelea? —le preguntó—. ¿Por qué perdiste? Es posible que ese Miyamoto Musashi se esté haciendo un nombre, pero no

es más que un principiante, ¿no es cierto? ¿Cómo es posible que te hayas dejado coger desprevenido por un don nadie como él?

Uno de los estudiantes llamó a Denshichirō desde el umbral.

—Bueno, ¿qué pasa?

—El sake está listo.

—¡Tráelo!

—He preparado la otra habitación. Querrás bañarte primero, ¿verdad?

—¡No quiero bañarme! Tráeme el sake aquí.

—¿Junto a la cama del Joven Maestro?

—¿Por qué no? No le he visto en varios meses y quiero hablar con él. No siempre hemos estado en las mejores relaciones, pero no hay nadie como un hermano cuando lo necesitas. Beberé aquí con él.

Se sirvió una copa y luego otra y otra más.

—Ah, qué bueno está. Si estuvieras bien, te serviría un poco.

Seijūrō aguantó este comportamiento durante unos minutos, y entonces alzó los ojos y dijo:

—¿Te importaría dejar de beber aquí?

—¿Cómo?

—Eso me trae muchos recuerdos desagradables.

—¿Ah, sí?

—Pienso en nuestro padre, al que no le habría agradado la manera en que tú y yo nos hemos conducido siempre. ¿Y qué bien nos ha hecho la bebida a cualquiera de los dos?

—Pero ¿qué te ocurre?

—Es posible que todavía no lo veas, pero aquí postrado he tenido tiempo de lamentar la manera en que he desperdiciado mi vida.

Denshichirō se echó a reír.

—¡Habla por ti mismo! Siempre has sido un tipo nervioso y sensible. Por eso nunca has llegado a ser un verdadero espadachín. Si quieres saber la verdad, creo que cometiste un error al enfrentarte a Musashi. Claro que importa poco que se trate de Musashi o de cualquier otro. No llevas la lucha en la sangre. Deberías considerar esta derrota como una lección y olvidarte de la esgrima. Como te dije hace mucho tiempo, deberías retirarte. Todavía podrías presidir la Casa de Yoshioka, y si hay alguien tan empeñado en desafiarte que no puedes evitar el encuentro, yo lucharé en tu lugar.

—Deja que me encargue del dōjō a partir de ahora. Te demostraré que puedo hacerlo varias veces más famoso de lo que fue en tiempos de nuestro padre. Si dejaras de lado tus sospechas de que intento arrebatarte la escuela, te demostraría lo que puedo hacer.

Vertió el sake que quedaba en su taza.

—¡Denshichirō! —gritó Seijūrō. Intentó erguirse en su jergón, pero ni siquiera pudo apartar las ropas de cama. Tendiéndose de nuevo, alargó la mano y cogió la muñeca de su hermano.

—¡Ten cuidado! —farfulló Denshichirō—. Harás que derrame el sake. —Cogió la taza con la otra mano.

—Con mucho gusto consentiré que te pongas al frente de la escuela, Denshichirō, pero también tendrás que ocupar mi puesto como jefe de la casa.

—De acuerdo, si así lo deseas.

—No deberías aceptar esa carga tan a la ligera. Sería mejor que lo pensaras un poco. Preferiría... cerrar la escuela antes de que cometas los mismos errores que yo y deshonres todavía más el nombre de nuestro padre.

—No seas ridículo. Yo no soy como tú.

—¿Me prometes que rectificarás tu manera de actuar?

—¡Espera un momento! Beberé si quiero..., si es a eso a lo que te refieres.

—No me importa que bebas, siempre que no lo hagas en exceso. Al fin y al cabo, los errores que he cometido no han sido originados por el sake.

—Ah, supongo que tu problema ha sido el de las mujeres, pues siempre te han gustado más de la cuenta. Lo que deberías hacer cuando te repongas es casarte y sentar la cabeza.

—No. Voy a abandonar la espada, pero no es hora de pensar en una esposa. No obstante, hay una persona por la que debo hacer algo. Si puedo asegurarme de que es feliz, no pediré nada más. Me contentaré viviendo solo en una cabaña con tejado de paja en medio del bosque.

—¿Quién es ella?

—No importa, eso no te incumbe. Como samurai, creo que debería aguantar e intentar redimirme. Pero puedo tragarme mi orgullo. Encárgate de la escuela.

—Lo haré, te lo prometo. Y juro también que no pasará mucho tiempo antes de que deje limpio tu apellido. ¿Dónde está ahora Musashi?

—¿Musashi? —repitió Seijūrō en voz sofocada—. ¡No pienses en enfrentarte a él! Acabo de advertirte que no cometas los mismos errores que yo.

—¿En qué otra cosa podría pensar? ¿No me has hecho venir para eso? Tenemos que encontrar a Musashi antes de que escape. De lo contrario, ¿para qué debería haber venido tan rápido?

—No sabes de qué estás hablando. —Seijūrō meneó la cabeza—. ¡Te prohíbo que luches con Musashi!

Entonces el tono de Denshichirō reflejó el agravio que sentía. Aceptar órdenes de su hermano mayor siempre le había enojado.

—¿Y por qué no?

Las pálidas mejillas de Seijūrō se tiñeron de color rosado.

—¡No puedes ganar! —dijo bruscamente.

—¿Quién no puede? —replicó Denshichirō, lívido.

—Tú. No puedes vencer a Musashi.

—¿Y por qué no?

—¡No eres bastante bueno!

—¡Tonterías! —Denshichirō soltó una risotada que le sacudió los hombros. Separó su mano de la de Seijūrō y puso boca abajo el recipiente de sake—. ¡Que alguien traiga sake! —gritó—. No queda ni una gota.

Cuando llegó un estudiante con el sake, Denshichirō ya no estaba en la habitación y Seijūrō se hallaba tendido boca abajo en el jergón. Cuando el estudiante le dio la vuelta con suavidad y colocó su cabeza en la almohada, el convaleciente le dijo en voz baja:

—Vuelve a llamarle. Tengo algo más que decirle.

Aliviado porque el Joven Maestro hablaba con claridad, el joven salió corriendo en busca de Denshichirō, al cual encontró sentado en el suelo del dōjō en compañía de Ueda Ryōhei, Miike Jūrōzaemon, Nampo Yoichibei, Ōtaguro Hyōsuke y otros discípulos veteranos.

—¿Has visto al Joven Maestro? —le estaba preguntando uno de ellos.

—Humm, acabo de salir de su habitación.

—Debe de haberse alegrado mucho de verte.

—No parecía muy satisfecho. Hasta que entré en su habitación, había estado deseoso de verle. Pero le he encontrado abatido y malhumorado, así que le he dicho lo que tenía que decirle. Hemos reñido, como de costumbre.

—¿Has discutido con él? No deberías haberlo hecho. Sólo está empezando a recuperarse.

—Esperad a oír toda la historia.

Denshichirō y los discípulos veteranos eran como viejos amigos. Cogió del hombro a Ryōhei, el que le había hecho el reproche, y le sacudió amigablemente.

—Escuchad lo que ha dicho mi hermano. ¡No debo tratar de limpiar su nombre luchando con Musashi porque no podría ganar! Y si sufriera una derrota, la casa de Yoshioka estaría arruinada. Me ha dicho que va a retirarse y aceptar toda la responsabilidad de la deshonra. Todo lo que espera de mí es que ocupe su lugar y me esfuerce por poner de nuevo en pie a la escuela.

—Comprendo.

—¿Qué quieres decir con eso?

Ryōhei no le respondió.

Mientras permanecían sentados en silencio, entró el estudiante y se acercó a Denshichirō.

—El Joven Maestro desea que vuelvas a su habitación —le dijo.

Denshichirō frunció el ceño.

—¿Y el sake? —preguntó con brusquedad.

—Lo he dejado en la habitación de Seijūrō.

—¡Pues tráelo aquí!

—¿Y tu hermano?

—Parece estar demasiado nervioso. Haz lo que te digo.

Los otros dijeron que no querían sake, que no era el momento adecuado para beber, y sus protestas enojaron a Denshichirō, el cual arremetió contra ellos.

—¿Qué os pasa a todos vosotros? ¿Es que también teméis a Musashi?

El disgusto, el dolor y la amargura eran evidentes en sus expresiones. Hasta el día de su muerte recordarían cómo con un solo golpe de una espada de madera su maestro había sido convertido en un inválido y la escuela deshonrada. Aun así, no habían sido capaces de acordar un plan de acción. Cada vez que discutían sobre lo ocurrido en los últimos tres días se dividían en dos facciones: unos estaban a favor de un segundo desafío, mientras que otros preferían evitar que las cosas empeorasen. Ahora algunos de los hombres mayores miraban con aprobación a Denshichirō, pero los demás, incluido Ryōhei, tendían a estar de acuerdo con su maestro derrotado, sobre todo en presencia de su exaltado hermano menor.

Al observar su vacilación, Denshichirō les dijo:

—Aunque mi hermano esté herido, no debe comportarse como un cobarde. ¡Igual que una mujer! ¿Cómo podéis esperar que le escuche y no digamos que esté de acuerdo con él?

Entonces habló Nampo Yoichibei.

—No se trata de que tengamos dudas de tu habilidad, pues todos confiamos en ella, pero aun así...

—¿Aun así qué? ¿En qué estás pensando?

—Verás, tu hermano parece opinar que Musashi no es importante. Tiene razón, ¿no crees? Piensa en el riesgo...

—¿El riesgo? —aulló Denshichirō.

—¡No lo he dicho en ese sentido! —dijo atropelladamente Yoichibei—. Lo retiro.

Pero el daño ya estaba hecho. Denshichirō se puso en pie y, agarrándole por el cogote, lo lanzó contra la pared.

—¡Vete de aquí! ¡Cobarde!

—Ha sido un desliz, no pretendía...

—¡Calla! ¡Márchate! Los débiles no están en condiciones de beber conmigo.

Yoichibei palideció. Entonces se puso de rodillas ante los demás.

—Os agradezco que me hayáis permitido estar entre vosotros durante tanto tiempo —se limitó a decir. Fue al pequeño sagrario shintoísta que estaba en el fondo

de la habitación, hizo una reverencia y salió.

Sin dignarse mirar en su dirección, Denshichirō dijo:

—Ahora bebamos todos juntos. Después quiero que encontréis a Musashi. Dudo de que ya se haya marchado de Kyoto. Probablemente anda contoneándose por ahí, jactándose de su victoria. Y una cosa más. Este dōjō va a recuperar la actividad. Quiero que cada uno de vosotros practique intensamente y se ocupe de que los demás estudiantes también lo hagan. En cuanto haya descansado, también yo empezaré a practicar. Y recordad que no soy blando como mi hermano. Quiero que incluso los más jóvenes pongan todo su empeño en ejercitarse.

Exactamente una semana después, uno de los estudiantes más jóvenes llegó corriendo al dōjō con la noticia:

—¡Le he encontrado!

Fiel a su palabra, Denshichirō se había estado adiestrando implacablemente un día tras otro. Su energía, al parecer inagotable, fue una sorpresa para los discípulos. Un grupo de éstos le observaba ahora mientras se ocupaba de Ōtaguro, uno de los más expertos, tratándole como si fuese un niño.

—Hagamos un alto —dijo Denshichirō, dejando su espada y sentándose en el borde de la zona de prácticas—. ¿Dices que le has encontrado?

—Sí. —El estudiante se acercó y se puso de rodillas ante Denshichirō.

—¿Dónde?

—Al este de Jissōin, en el callejón Hon'ami. Musashi se aloja en casa de Hon'ami y Kōetsu. Estoy seguro de ello.

—Es extraño. ¿Cómo es posible que un rústico como Musashi haya llegado a conocer a un hombre de la categoría de Kōetsu?

—No lo sé, pero ahí es donde está.

—Muy bien, vayamos a por él. ¡Ahora mismo!

Denshichirō salió de la estancia para hacer sus preparativos. Ōtaguro y Ueda fueron tras él e intentaron disuadirle.

—Si le cogemos por sorpresa parecerá una pelea vulgar y corriente. La gente lo desaprobaría, aunque venciéramos.

—No importa. La etiqueta es cosa del dōjō. ¡En el combate real, el que gana, gana!

—Es cierto, pero ésa no es la manera en que ese patán derrotó a tu hermano. ¿No crees que sería más propio de un espadachín enviarle una carta especificando la hora y el lugar y luego derrotarle como es debido?

—Humm, tal vez tengas razón. De acuerdo, lo haremos de esa manera. Entretanto, no quiero que ninguno de vosotros se deje convencer por mi hermano para que estéis en mi contra. Me enfrentaré a Musashi diga lo que diga Seijūrō o

cualquier otro.

—Nos hemos librado de todos los hombres que estaban en desacuerdo contigo, así como los ingratos que querían marcharse.

—¡Estupendo! Así somos mucho más fuertes. No tenemos necesidad de maleantes como Gion Tōji o apocados como Nampo Yoichibei.

—¿Deberíamos comunicarlo a tu hermano antes de enviar la carta?

—¡No, vosotros no! Lo haré yo mismo.

Mientras se encaminaba a la habitación de Seijūrō, los demás rogaban para que no se produjera otro choque entre los hermanos, ninguno de los cuales había cedido lo más mínimo en sus posturas encontradas con respecto a Musashi. Al cabo de un rato sin que se oyeran gritos, los estudiantes se ocuparon de establecer la fecha y el lugar para el segundo encuentro con su enemigo mortal.

Entonces oyeron la voz de Denshichirō.

—¡Ueda! ¡Miike! ¡Ōtaguro! ¡Todos vosotros! ¡Venid aquí!

Denshichirō estaba de pie en el centro de la estancia, con una expresión sombría y lágrimas en los ojos. Nadie le había visto jamás en semejante estado.

—Mirad todos esto.

Les tendió una carta muy extensa y, con ira forzada, les dijo:

—Mirad lo que ha hecho ahora el idiota de mi hermano. Tenía que decirme de nuevo sus opiniones, pero se ha ido para siempre... y ni siquiera dice adonde va.

El amor de una madre

Otsū dejó la costura que tenía entre manos y preguntó:

—¿Quién está ahí?

Deslizó la shoji que daba a la terraza, pero no vio a nadie y se sintió decepcionada, pues había esperado que fuese Jōtarō, al que ahora necesitaba más que nunca.

Aquélla era otra jornada de absoluta soledad. No podía concentrarse en la tarea de la costura.

Allí, por debajo del Kiyomizudera, al pie de la colina Sannen, las calles eran miserables, pero detrás de las casas y tiendas había bosquecillos de bambú y pequeños campos, donde florecían las camelias y las flores de ciruelo empezaban a caer. A Osugi le gustaba mucho aquella posada, donde se alojaba cada vez que estaba en Kyoto. El posadero siempre le permitía que ocupara una pequeña casa independiente. Detrás había varios árboles, en parte pertenecientes al jardín de la casa contigua, y delante una huerta de pequeñas proporciones, más allá de la cual estaba la cocina de la posada, en la que siempre reinaba una gran actividad.

—¡Otsū! —la llamó alguien desde la cocina—. Es hora de comer. ¿Te sirvo ahora la comida?

—¿Comida? Comeré con la anciana cuando regrese.

—Dijo que no volvería hasta tarde. Probablemente no la veremos antes de que anochezca.

—No tengo apetito.

—No sé cómo puedes seguir en pie, comiendo tan poco.

Llegaba al recinto el humo de la leña de pino procedente de los hornos de alfarería en la vecindad. Los días en que encendían los hornos siempre había mucho humo, pero una vez el aire quedaba limpio, la primavera temprana azuleaba el cielo más que nunca.

Desde la calle llegaba el sonido de cascos de caballos, las pisadas y las voces de los peregrinos que se dirigían al templo. A través de los transeúntes, el relato de la victoria de Musashi sobre Seijūrō había llegado a oídos de Otsū. El rostro de Musashi apareció ante sus ojos, y pensó que Jōtarō debía de haber estado aquel día en el Rendaiji. Deseaba fervientemente que regresara y se lo contase.

No podía creer que el muchacho la hubiera buscado y no hubiese podido encontrarla. Habían transcurrido veinte días, y el chico sabía que ella se alojaba al pie de la colina Sannen. Tal vez estaba enfermo, pero tampoco podía creer tal cosa. «Jōtarō no es la clase de persona que cae enferma —se dijo—. Probablemente está en alguna parte haciendo volar una cometa, divirtiéndose.» Ese pensamiento la hizo sentirse un poco malhumorada.

Tal vez era él quien esperaba. Otsū no había vuelto a la casa de Karasumaru, aunque le había prometido que regresaría pronto.

Le estaba vedado ir a ninguna parte, pues tenía prohibido salir de la posada sin el permiso de Osugi. Con toda evidencia, ésta había pedido al posadero y a los sirvientes que la vigilasen. Cada vez que dirigía su mirada a la calle, alguien le preguntaba:

—¿Vas a salir, Otsū?

La pregunta y el tono de voz parecían inocentes, pero ella comprendía el significado, y el único modo que tenía de enviar una carta era confiarla al personal de la posada, los cuales tenían instrucciones para retener cualquier mensaje que ella intentara enviar.

Osugi era una especie de celebridad en la zona, y persuadía fácilmente a la gente para que hicieran lo que deseaba. No eran pocos los tenderos, porteadores de palanquines y carreteros de la vecindad que la habían visto en acción el año anterior, cuando desafió a Musashi en el Kiyomizudera y, a pesar de su irascibilidad, sentían hacia ella cierta afectuosa admiración.

Cuando intentaba de nuevo terminar de coser la prenda de viaje de Osugi, cuyas piezas habían sido descosidas para lavarlas, una sombra apareció en el exterior y oyó una voz desconocida que decía:

—A ver si me he equivocado de sitio.

Una mujer joven había llegado por el pasadizo que llevaba a la calle y estaba bajo un ciruelo, entre dos parcelas plantadas con cebollas. Parecía nerviosa y un poco azorada, pero reacia a marcharse.

—¿Es ésta la posada? —le preguntó a Otsū—. Así lo dice el farol a la entrada del pasadizo.

Otsū apenas podía dar créditos a sus ojos, tan doloroso era el recuerdo súbitamente reavivado.

Creyendo que se había equivocado, Akemi le preguntó con timidez:

—¿En qué edificio está la posada? —Entonces, mirando a su alrededor, reparó en las flores del ciruelo y exclamó—: ¡Oh, qué bonitas son!

Otsū miró a la muchacha sin decir nada.

Un empleado, al que había avisado una de las chicas que trabajaban en la cocina, dobló corriendo la esquina de la posada.

—¿Estás buscando la entrada? —le preguntó.

—Sí.

—Está en la esquina, a la derecha del pasadizo.

—¿La posada da directamente a la calle?

—Así es, pero las habitaciones son tranquilas.

—Deseo un sitio donde pueda entrar y salir sin que nadie me vea. Creí que la

posada estaba alejada de la calle. ¿No es esa casita parte de la posada?

—Sí.

—Parece un sitio bonito y tranquilo.

—También tenemos algunas habitaciones muy bonitas en el edificio principal.

—Parece ser que ahora se aloja ahí una mujer, pero ¿no podría alojarme yo también?

—Además hay otra señora. Es anciana y me temo que bastante nerviosa.

—Si a ella no le importa, por mí no hay inconveniente.

—Tendré que preguntárselo cuando vuelva. Ahora está ausente.

—¿Hay una habitación donde pueda descansar hasta entonces?

—Desde luego.

El empleado condujo a Akemi por el pasadizo, y Otsū lamentó no haber aprovechado la oportunidad para hacerle algunas preguntas. Reflexionó entristecida en que debería aprender a ser más agresiva.

Para mitigar sus celosas sospechas, Otsū se había asegurado una y otra vez que Musashi no era la clase de hombre que va por ahí tonteando con otras mujeres. Pero desde aquel día se había sentido desalentada: «Ella ha tenido más oportunidades de estar cerca de Musashi... Probablemente es mucho más inteligente que yo y sabe mejor cómo conquistar el corazón de un hombre».

Hasta aquel día, la posibilidad de que hubiera otra mujer nunca había pasado por su mente. Ahora reflexionó en las que consideraba sus propias debilidades: «No soy bonita y tampoco soy muy lista. No tengo padres ni familiares que me apoyen para casarme». Al compararse con otras mujeres, le parecía que la gran esperanza de su vida estaba ridículamente fuera de su alcance, que era presuntuoso por su parte pensar que Musashi pudiera llegar a pertenecerle. Ya no podía hacer acopio del valor que le permitió trepar al viejo cedro durante una fuerte tormenta.

«¡Ojalá tuviera la ayuda de Jōtarō!», se lamentó. Incluso imaginaba que había perdido su juventud. «En el Shippōji tenía aún parte de la inocencia que tiene Jōtarō. Por eso fui capaz de liberar a Musashi.» Se echó a llorar, y las lágrimas cayeron sobre la tela que estaba cosiendo.

—¿Estás aquí, Otsū? —preguntó Osugi en tono imperioso—. ¿Qué haces ahí sentada en la oscuridad?

El crepúsculo había llegado sin que la muchacha se diese cuenta.

—Encenderé una lámpara ahora mismo —se apresuró a decir, levantándose y yendo a una pequeña habitación trasera.

Cuando entró y tomó asiento, Osugi dirigió una fría mirada a la espalda de Otsū. Ésta dejó la lámpara al lado de la anciana e hizo una reverencia.

—Debes de estar cansada —le dijo—. ¿Qué has hecho hoy?

—Deberías saberlo sin necesidad de preguntar.

—¿Te hago un masaje en las piernas?

—Mis piernas no están tan mal, pero tengo los hombros rígidos desde hace cuatro o cinco días, probablemente a causa de este tiempo. Si te parece, puedes masajeármelos un poco.

Mientras así hablaba, se decía para sus adentros que sólo tendría que aguantar a aquella temible muchacha un poco más, hasta que encontrara a Matahachi y le obligara a reparar los males del pasado.

Otsū se arrodilló a su lado y empezó a masajearle los hombros.

—Sí, los tienes rígidos de veras. Deben de dolerte al respirar.

—A veces siento como si tuviera el pecho atascado, pero eso se me pasa en un instante. Nadie sabe lo que va a ocurrirle, pero no hay error posible acerca de una sola cosa. Lo único que he de hacer para ser yo misma es pensar en Musashi.

—Estás equivocada con respecto a Musashi. No es un malvado.

—Sí, sí, eso es cierto —dijo la anciana al tiempo que soltaba un ligero bufido—. Al fin y al cabo, es el hombre al que amas tanto que abandonaste a mi hijo por él. No debería decirte cosas desagradables acerca de Musashi.

—¡Oh, no se trata de eso!

—¿Ah, no? Quieres a Musashi más que a Matahachi, ¿no es cierto? ¿Por qué no lo admites?

Otsū guardó silencio, y la anciana siguió diciendo:

—Cuando encontremos a Matahachi, tendré una conversación con él y arreglaremos las cosas como lo deseas. Pero supongo que después de eso irás corriendo al encuentro de Musashi y los dos nos difamaréis durante el resto de vuestras vidas.

—¿Por qué lo crees así? No soy esa clase de persona. No olvidaré lo mucho que hiciste por mí en el pasado.

—¡Ah, cómo habláis las jóvenes estos días! No sé cómo te las ingenias para parecer tan dulce. Soy una mujer sincera y no puedo ocultar mis sentimientos con un montón de palabras ingeniosas. Sé que si te casas con Musashi serás mi enemiga. ¡Ja, ja, ja! Debe de ser irritante para ti masajearme los hombros.

La muchacha no le respondió.

—¿Por qué lloras?

—No estoy llorando.

—¿Qué es entonces ese líquido que me ha caído en el cuello?

—Lo siento, no he podido evitarlo.

—¡Basta ya! Es como un bicho que me corriera por la piel. ¡Deja de suspirar por Musashi y masajea con más brío!

En el jardín se encendió una luz. Otsū pensó que probablemente era la doncella, la cual solía traer la cena alrededor de aquella hora, pero resultó ser un sacerdote.

—Perdón por la molestia —dijo mientras subía a la terraza—. ¿Es ésta la habitación de la viuda Hon'iden? Ah, aquí estás.

El farol que sostenía el recién llegado presentaba la inscripción «Kiyomizudera en el monte Otowa».

—Permíteme que te explique —empezó a decir—. Soy un sacerdote del Shiandō, colina arriba. —Dejó el farol en el suelo y sacó una carta de su kimono—. No sé quién era, pero esta tarde, poco antes de que se pusiera el sol, ha llegado al templo un joven rōnin y preguntado si una anciana señora de Mimasaka estaba rezando allí. Le dije que no, pero que una fiel devota qué respondía a su descripción acude de vez en cuando. Entonces me pidió un pincel y escribió esta carta. Quería que se la entregara a la señora la próxima vez que se presente en el templo. Me he enterado de que te alojabas aquí y, como iba camino de la avenida Gojō, he venido a entregártela.

—Has sido muy amable —le dijo Osugi cordialmente, ofreciéndole un cojín, pero el sacerdote se marchó de inmediato.

«¿Y ahora qué?», pensó Osugi. Abrió la carta y, mientras la leía, cambió de color.

—Otsū.

—¿Qué quieres? —replicó la muchacha desde la habitación del fondo.

—No es necesario que prepares té. Ya se ha ido.

—¿Ah, sí? Entonces ¿por qué no te lo tomas?

—¿Cómo se te ocurre servirme el té que has hecho para él? ¡No soy un desagüe! ¡Olvídate del té y vístete!

—¿Vamos a salir?

—Sí. Esta noche llegaremos al acuerdo que has estado esperando.

—Ah, entonces la carta era de Matahachi.

—Eso no es asunto tuyo.

—Como quieras. Iré a pedir que nos traigan la cena.

—¿No has cenado todavía?

—No, esperaba tu regreso.

—Siempre estás haciendo estupideces. He comido mientras estaba fuera. Bueno, toma arroz y unos encurtidos. ¡Y date prisa!

Cuando Otsū se encaminaba a la cocina, la anciana le dijo:

—Esta noche hará frío en la montaña. ¿Has terminado de coser mi manto?

—Todavía me falta un poco de costura en tu kimono.

—He dicho manto, no kimono. También te lo he dado para que lo cosas. ¿Y me has lavado los calcetines? Los cordones de mis sandalias están flojos. Pídeme unos nuevos.

Las órdenes eran tan rápidas que Otsū no tenía tiempo de responder, y no digamos de obedecerlas, pero se sentía impotente para rebelarse. Su espíritu parecía encogerse, temeroso y consternado, ante aquella vieja bruja.

No pudo comer nada, pues al cabo de unos instantes Osugi dijo que estaba preparada para salir.

Otsū puso unas sandalias nuevas al lado de la terraza y dijo:

—Ve tú primero, ya te alcanzaré.

—¿Has traído un farol?

—No...

—¡Estúpida! ¿Esperabas que fuese dando tumbos por la montaña sin una luz? Ve a pedir uno prestado a la posada.

—Perdona, no he pensado en eso.

Otsū quería saber adonde iban, pero no lo preguntó, segura de que provocaría la cólera de Osugi. Fue a buscar el farol y precedió a la anciana silenciosamente colina Sannen arriba. A pesar de la hostilidad que mostraba hacia ella la anciana, se sentía alegre, pues la carta tenía que ser de Matahachi y ello significaba que el problema que la había afligido durante tantos años se resolvería aquella noche. «En cuanto hayamos arreglado el asunto —se dijo—, iré a la casa de Karasumaru. Tengo que ver a Jōtarō.»

La ascensión no era fácil. Tenían que caminar con mucho cuidado para evitar las piedras caídas y los numerosos baches del camino.

En el profundo silencio de la noche, el ruido de la cascada era más intenso que por el día.

Al cabo de un rato, Osugi dijo:

—Estoy segura de que éste es el lugar sagrado del dios de la montaña. Ah, aquí está el letrero: «Cerezo del dios de la montaña». ¡Matahachi! —gritó en la oscuridad —. ¡Estoy aquí, Matahachi!

La voz temblorosa y el rostro desbordante de afecto maternal fueron una revelación para Otsū. Nunca había esperado ver a Osugi llena de preocupación por su hijo.

—¡No dejes que se apague el farol! —le dijo bruscamente la anciana.

—Tendré cuidado —respondió Otsū en tono obediente.

La anciana gruñó entre dientes.

—No está aquí, es evidente que no está aquí. —Había hecho un recorrido de inspección por los alrededores del templo, pero hizo otro—. En la carta decía que debía ir a la sala del dios de la montaña.

—¿Decía esta noche?

—No decía esta noche ni mañana ni ninguna fecha en particular. Me pregunto si alguna vez llegará a ser adulto. No entiendo por qué no podía ir a la posada, pero es posible que se sienta violento por lo ocurrido en Osaka.

Otsū le tiró de la manga.

—¡Chiss! Ése podría ser él. Alguien está subiendo la cuesta.

—¿Eres tú, hijo? —preguntó Osugi.

El hombre pasó por su lado sin mirarlas siquiera y se dirigió a la parte trasera del pequeño templo. Poco después regresó y se detuvo ante ellas, mirando con descaro el rostro de Otsū. La primera vez que pasó, ella no le había reconocido, pero ahora lo hizo... Era el samurai que estaba sentado debajo del puente el día de Año Nuevo.

—¿Acabáis de subir aquí? —inquirió Kojirō.

La pregunta fue tan inesperada que ni Otsū ni Osugi le respondieron. Su sorpresa había aumentado al reparar en la llamativa indumentaria de Kojirō.

Señalando con un dedo el rostro de Otsū, siguió diciendo:

—Estoy buscando a una muchacha más o menos de tu edad. Se llama Akemi. Es algo más baja que tú, y su cara un poco más redondeada. Se adiestró en una casa de té y por su manera de actuar parece algo mayor de lo que es. ¿No la habéis visto por aquí?

Ambas movieron negativamente la cabeza.

—Es curioso. Alguien me dijo que la habían visto por aquí. Estaba seguro de que había pasado la noche en una de las salas del templo.

A pesar de la atención que les dedicaba, era como si hablara consigo mismo. Musitó algunas palabras más y se marchó.

Osugi chasqueó la lengua.

—Ése es otro que no sirve para nada. Tiene dos espadas, por lo que supongo que es un samurai, pero ¿has visto qué manera de vestir? ¡Y aquí arriba, buscando a una mujer a estas horas de la noche! Bien, supongo que habrá visto que no era ninguna de nosotras.

Aunque no se lo dijo a Osugi, Otsū estaba casi segura de que la muchacha a la que aquel samurai estaba buscando era la que había entrado en la posada aquella tarde. ¿Cuál podría ser el vínculo de Musashi con la muchacha y el de ésta con aquel hombre?

—Regresemos —dijo Osugi, en un tono al mismo tiempo decepcionado y resignado.

Delante del Hongandō, donde tuviera lugar el enfrentamiento de Osugi con Musashi, tropezaron de nuevo con Kojirō. Intercambiaron miradas, pero no dijeron nada. Osugi observó al hombre mientras éste subía al Shiandō y entonces daba la vuelta y bajaba la ladera de la colina Sannen.

—Los ojos de ese hombre dan miedo —murmuró Osugi—, como los de Musashi. —En aquel momento captó un leve movimiento en las sombras e irguió los hombros encorvados—. ¡Huuu! —gritó como un búho. Desde detrás de un gran cedro, una mano le hizo una seña para que se acercara—. Matahachi —murmuró Osugi, pensando que era muy conmovedor que su hijo no quisiera que le viera nadie salvo ella.

La anciana llamó a Otsū, que ahora estaba a cincuenta o sesenta pies de distancia, cuesta abajo.

—Ve tú delante, Otsū, pero no te alejes demasiado. Espérame en el lugar llamado Chirimazuka. Me reuniré contigo dentro de unos momentos.

—De acuerdo —replicó Otsū.

—¡Y no se te ocurra ir a ninguna parte! Ya sabes que te vigilo. No intentes escapar.

Osugi corrió al árbol.

—Eres tú, Matahachi, ¿no es cierto?

—Sí, madre. —Sus manos salieron de la oscuridad y aferraron las de la anciana como si llevara años esperando verla.

—¿Qué estás haciendo detrás de este árbol? ¡Oh, tienes las manos frías como el hielo! —Su propia solicitud la conmovía hasta el punto de arrancarle las lágrimas.

—He tenido que esconderme —dijo Matahachi, mirando nerviosamente a uno y otro lado—. Ese hombre que ha pasado por aquí hace un momento... Le has visto, ¿no es cierto?

—¿El hombre que llevaba una espada larga a la espalda?

—Sí.

—¿Le conoces?

—Más o menos. Es Sasaki Kojirō.

—¿Qué? Creía que tú eras Sasaki Kojirō.

—¿Cómo?

—En Osaka me enseñaste tu certificado y ése era el nombre escrito en él. Dijiste que era el nombre que habías adoptado, ¿no es cierto?

—¿Eso te dije? Pues no era cierto. Hoy, cuando venía hacia aquí, le vi. Hace un par de días, Kojirō me lo hizo pasar mal, por lo que me he ocultado para no encontrarme con él. Si vuelve por aquí, podría verme en un aprieto.

Osugi estaba tan sorprendida que ni siquiera podía hablar, pero observó que Matahachi estaba más delgado que antes. Esto y el estado de agitación en que se hallaba le hicieron amarle todavía más... por lo menos de momento.

Con una mirada indicó a su hijo que no quería escuchar los detalles.

—Todo eso no importa —le dijo—. Dime, hijo, ¿sabías que el tío Gon murió?.

—¿El tío Gon?

—Sí, el tío Gon. Murió en la playa de Sumiyoshi, poco después de que nos dejaras.

—No me había enterado.

—Pues así fue. La cuestión es si comprendes el motivo de su trágica muerte y por qué he continuado esta larga y triste misión incluso a mis años.

—Sí, eso está grabado en mi mente desde aquella noche en Osaka cuando tú... me

recordaste mis defectos.

—Lo recuerdas, ¿verdad? Pues bien, tengo noticias para ti, unas noticias que te harán feliz.

—¿De qué se trata?

—Tiene que ver con Otsū.

—¡Ah! Es la muchacha que estaba contigo.

Matahachi empezó a alejarse, pero Osugi se puso delante de él, impidiéndole el paso, y le preguntó en tono de reproche:

—¿Adonde te propones ir?

—Si era Otsū, quiero verla. Ha pasado mucho tiempo.

Osugi asintó.

—La he traído aquí para que la veas, pero ¿te importaría decirle a tu madre qué piensas hacer?

—Le diré que lo siento, que la he tratado muy mal y confío en que me perdone.

—Y entonces...

—Entonces... bueno, entonces nunca volveré a cometer un error así. Díselo tú también, madre, hazlo por mí.

—¿Y entonces qué?

—Entonces todo será como antes.

—¿Qué será como antes?

—Otsū y yo volveremos a ser amigos. Quiero casarme con ella. Dime, madre, ¿crees que todavía...?

—¡Imbécil! —exclamó ella dándole una bofetada.

Matahachi retrocedió tambaleándose y se llevó la mano a la dolorida mejilla.

—Pe... pero madre, ¿qué te ocurre?

Osugi, al parecer más enfadada de lo que había estado jamás desde el día que le destetó, le preguntó gruñendo:

—Acabas de asegurarme que nunca olvidarías lo que te dije en Osaka, ¿no es cierto?

Él inclinó la cabeza.

—¿Dije acaso una sola palabra sobre pedirle disculpas a esa zorra indigna? ¿Cómo podrías rogarle a ese monstruo que te perdone después de que te abandonara y se marchase con otro hombre? ¡La verás, sí, pero no le pedirás disculpas! ¡Ahora escúchame!

Osugi le cogió del cuello del kimono con ambas manos y le sacudió delante y atrás. Matahachi, con la cabeza bamboleante, cerró los ojos y escuchó dócilmente la interminable y airada reprimenda de su madre.

—¿Qué es esto? —exclamó ella—. ¿Estás llorando? ¿Todavía quieres a esa vagabunda lo suficiente para llorar por ella? ¡Si haces eso no eres hijo mío!

Le arrojó al suelo y ella cayó también.

Durante varios minutos los dos se quedaron allí sentados, llorando.

Pero el odio de Osugi no podía permanecer mucho tiempo sumergido. Se enderezó y dijo:

—Has llegado a un punto en que debes tomar una decisión. Ya no puedo vivir mucho más, y cuando muera no podrás hablarme así aunque lo desees. Piensa, hijo mío, que Otsū no es la única mujer en el mundo. —Su voz se tranquilizó—. No debes sentirte obligado en lo más mínimo hacia una persona que ha actuado como ella lo ha hecho. Encuentra a una chica de tu gusto y te la conseguiré aunque tenga que visitar cien veces a sus padres, aunque la fatiga acabe conmigo.

Él permanecía hosco y silencioso.

—Olvídate de Otsū, por el honor del apellido Hon'iden. Al margen de lo que pienses, es inaceptable desde el punto de vista de la familia. Así pues, si te resulta imposible vivir sin ella, entonces corta mi vieja cabeza, y entonces podrás hacer lo que te guste, pero mientras yo viva...

—¡Basta, madre!

La virulencia de su tono ofendió a la anciana.

—¡Tienes el descaro de gritarme!

—Dime una sola cosa. ¿La mujer con la que me case ha de ser mi esposa o la tuya?

—¡Qué tonterías dices!

—¿Por qué no puedo elegir yo mismo?

—Vamos, vamos, siempre dices cosas tan impetuosas. ¿Qué edad crees que tienes? Ya no eres ningún chiquillo, ¿o lo has olvidado?

—Pero... bien, aunque seas mi madre, me estás pidiendo demasiado, y eso no es justo.

Sus desacuerdos solían ser así, empezaban con un violento choque de emociones, un pulso implacable entre dos antagonistas. La comprensión mutua quedaba arruinada antes de que hubiera tenido ocasión de crecer.

—¿No es justo? —dijo Osugi entre dientes—. ¿De quién crees que eres hijo? ¿De qué vientre crees que saliste?

—Hablar así no tiene ningún sentido. ¡Quiero casarme con Otsū! ¡Ella es la única mujer a la que amo! —Incapaz de soportar la hosca expresión de su madre, dirigió sus palabras al cielo.

—¿Dices eso en serio, hijo mío? —Osugi desenvainó su espada corta y dirigió la hoja a su garganta.

—¿Qué estás haciendo, madre?

—Ya es suficiente para mí. ¡No intentes impedírmelo! Sólo te pido que tengas la decencia de asestarme el golpe final.

—¡No me hagas esto! ¡Soy tu hijo! ¡No puedo cruzarme de brazos y permitir que hagas semejante cosa!

—De acuerdo. ¿Abandonarás a Otsū... ahora mismo?

—Si es eso lo que querías que hiciera, ¿para qué la has traído aquí? ¿Por qué me torturas haciéndola desfilar ante mis ojos? No te comprendo.

—Verás, me sería bastante fácil matarla, pero tú eres el ofendido. Como madre, pensé que debería dejar que fueras tú quien la castigara. Me pareció que deberías estarme agradecido por ello.

—¿Esperas de mí que mate a Otsū?

—¿No quieres hacerlo? ¡Si no quieres, dilo! ¡Pero decídete!

—Pero..., pero, madre...

—De modo que sigues sin poder prescindir de ella, ¿eh? Bien, si eso es lo que sientes, no eres mi hijo ni soy tu madre. Si no puedes cortarle la cabeza a esa desvergonzada, por lo menos córtame la mía. El golpe final, por favor.

Matahachi reflexionó en que los niños acostumbran a incomodar a sus padres, pero a veces ocurre todo lo contrario. Osugi no sólo le estaba intimidando con amenazas sino que le colocaba en la situación más difícil de su vida. Ver a su madre fuera de quicio le afectaba en lo más hondo.

—¡Basta, madre! ¡No lo hagas! De acuerdo, haré lo que deseas. ¡Me olvidaré de Otsū!

—¿Eso es todo?

—La castigaré. Te prometo que la castigaré con mis propias manos.

—¿La matarás?

—Pues... sí, la mataré.

Osugi vertió lágrimas de júbilo. Enfundó su espada y cogió la mano de su hijo.

—¡Bien por ti! Ahora hablas como el futuro jefe de la casa de Hon'iden. Tus antepasados estarán orgullosos de ti.

—¿Lo crees de veras?

—¡Ve y hazlo ahora mismo! Otsū está esperando ahí abajo, en Chirimazuka. ¡Date prisa!

—Humm.

—Escribiremos una carta para enviarla al Shippōji junto con su cabeza. Entonces todo el mundo en el pueblo sabrá que nuestra vergüenza ha sido reducida a la mitad, y cuando Musashi se entere de que ha muerto, su orgullo le obligará a venir a nuestro encuentro. ¡Qué glorioso!... ¡Apresúrate, Matahachi!

—Tú espera aquí, ¿de acuerdo?

—No. Te seguiré, pero no me dejaré ver. Si Otsū me ve, empezará a quejarse de que no he cumplido mi promesa, y eso sería embarazoso.

—No es más que una mujer indefensa —dijo Matahachi, levantándose lentamente

—. No hay ningún problema para acabar con ella...; ¿por qué no esperas aquí? Te traeré su cabeza, no te preocupes por eso. No la dejaré escapar.

—Mira, nunca puedes ser lo bastante cuidadoso. Aunque sólo sea una mujer, en cuanto vea la hoja de tu espada se resistirá.

—Deja de preocuparte. No hay nada que temer.

Fortaleciendo su ánimo, Matahachi partió cuesta abajo, seguido por su madre, cuyo rostro reflejaba la inquietud que sentía.

—¡Recuerda que no debes bajar la guardia! —le dijo.

—¿Todavía me estás siguiendo? Creí que ibas a permanecer oculta.

—Chirimazuka está bastante más abajo.

—¡Ya lo sé, madre! Si insistes en ir, ve tu sola. Yo me quedaré aquí y te esperaré.

—¿Por qué vacilas?

—Es un ser humano. No me resulta fácil atacarla teniendo la sensación de que es como matar a un gatito inocente.

—Te comprendo. Por muy infiel que haya sido, era tu prometida. De acuerdo, si no quieres que mire, ve tú solo. Me quedaré aquí.

Matahachi se marchó en silencio.

Al principio Otsū había pensado en huir, pero si hacía tal cosa, toda la paciencia de que había hecho gala en los últimos veinte días no serviría de nada, y decidió aguantar un poco más. Para pasar el tiempo pensó en Musashi y luego en Jōtarō. Su amor por Musashi hacía que millones de estrellas destellaran en su corazón. Como si estuviera soñando, contó las muchas esperanzas que había puesto en el futuro y recordó las promesas que él le había hecho, tanto en el puerto de montaña de Nakayama como en el puente Hanada. Creía con todo su corazón que, por muchos años que pasaran, al final él no la abandonaría.

Entonces la imagen de Akemi apareció para atormentarla, ensombreciendo sus esperanzas y haciendo que se sintiera inquieta, pero sólo por un momento. Los temores que le inspiraba Akemi eran insignificantes en comparación con la ilimitada confianza que tenía en Musashi. Recordó también lo que le había dicho Takuan, que era digna de lástima, pero eso no tenía sentido. ¿Cómo podía el monje considerar bajo esa luz el júbilo que ella sentía y que se perpetuaba a sí mismo?

Incluso entonces, esperando en aquel lugar oscuro y solitario a una persona a la que no quería ver, su arrobado sueño en el futuro hacía que todo sufrimiento resultara soportable.

—¡Otsū!

—¿Quién... es?

—Hon'iden Matahachi.

—¿Matahachi? —dijo ella con un atisbo de sorpresa.

—¿Acaso has olvidado mi voz?

—No, ahora la reconozco. ¿Has visto a tu madre?

—Sí, me está esperando. No has cambiado nada. Tienes el mismo aspecto que en Mimasaka.

—¿Dónde estás? Está tan oscuro que no puedo verte.

—¿Puedo acercarme más? Llevo un rato aquí en pie, pues me avergüenza mucho mirarte a la cara. ¿En qué estabas pensando?

—Oh, en nada. Nada en particular.

—¿Pensabas en mí? No ha pasado un solo día sin que yo pensara en ti.

Mientras él se le acercaba lentamente, Otsū se sintió un tanto aprensiva.

—¿Te lo ha explicado todo tu madre, Matahachi?

—Humm.

—Puesto que ya lo sabes todo —dijo ella, con un alivio inmenso—, comprendes mis sentimientos, pero quisiera pedirte que consideres las cosas desde mi punto de vista. Olvidemos el pasado, que no debió haber sido así.

—Vamos, Otsū, no seas de esa manera. —Matahachi sacudió la cabeza. Aunque no tenía idea de lo que su madre le había dicho a Otsū, estaba bastante seguro de que no tenía más objetivo que engañarla—. Me duele que menciones el pasado, pues me resulta difícil mantener la cabeza levantada ante ti. Si fuese posible olvidar, los cielos saben que lo haría con gusto. Pero, por alguna razón, no puedo soportar la idea de abandonarte.

—Sé juicioso, Matahachi. No hay nada entre tu corazón y el mío. Estamos separados por un gran valle.

—Eso es cierto, y más de cinco años se han deslizado a través de ese valle.

—Exactamente. Esos años nunca volverán. No hay modo de recuperar los sentimientos que tuvimos en otro tiempo.

—¡Oh, no! ¡Claro que podemos recuperarlos!

—No, se han ido para siempre.

Él la miró con fijeza, sorprendido por la frialdad de su semblante y la determinación de su tono, y se preguntó si aquélla era la muchacha que, cuando se permitió revelar sus pasiones, fue como la luz del sol en primavera. Tuvo la sensación de que estaba restregando un objeto de níveo alabastro. ¿Dónde había ocultado ella aquella severidad en el pasado?

Recordó el porche del Shippōji y volvió a verla sentada allí con ojos límpidos y soñadores, a menudo durante medio día o más, silenciosa y con la mirada perdida, como si viera en las nubes a padres y hermanos.

Se acercó más a ella y, con la misma timidez con que podría haber deslizado la mano entre las espinas para coger un capullo blanco, susurró:

—Intentémoslo de nuevo, Otsū. Es imposible recuperar cinco años, pero

empecemos de nuevo, ahora, solos los dos.

—¿Qué estás imaginando, Matahachi? —replicó ella desapasionadamente—. No me he referido a la cantidad de tiempo transcurrido, sino al abismo que separa nuestros corazones, nuestras vidas.

—Ya lo sé. Lo que quiero decir es que, empezando ahora mismo, volveré a conquistar tu amor. Quizá no debería decirlo, pero ¿no es el error que cometí uno del que casi cualquier joven podría ser culpable?

—Habla si te place, pero jamás podré volver a tomar en serio tu palabra.

—¡Pero sé que estuve equivocado, Otsū! Soy un hombre, pero aquí me tienes, pidiéndole disculpas a una mujer ;,No comprendes lo difícil que es esto para mí?

—¡Basta! Si eres un hombre, deberías actuar como tal.

—Pero no hay nada en el mundo más importante para mí. Si quieres, me pondré de rodillas y suplicaré tu perdón, te daré mi palabra solemne, te juraré lo que quieras.

—¡Me tiene sin cuidado lo que hagas!

—No te enfades, por favor. Mira, éste no es el mejor sitio para hablar. Vamos a alguna otra parte.

—No.

—No quiero que mi madre nos encuentre. Anda, vamos. No puedo matarte. ¡Me sería imposible hacerlo!

La cogió de la mano, pero ella la retiró bruscamente.

—¡No me toques! —gritó, airada—. ¡Preferiría morir antes que pasar mi vida contigo!

—¿No vas a venir conmigo?

—No, no, no.

—¿Es ésa tu última palabra?

—¡Sí!

—¿Significa eso que estás todavía enamorada de Musashi?

—Sí, le quiero. Le querré durante toda esta vida y en la otra.

Matahachi estaba temblando.

—No deberías decirme eso, Otsū.

—Tu madre ya lo sabe y me dijo que te lo diría, me prometió que podríamos discutirlo juntos y poner fin al pasado.

—Comprendo, y supongo que Musashi te ha ordenado que me busques y me lo digas. ¿Es eso lo que ha ocurrido?

—¡No, te equivocas! Musashi no tiene que decirme lo que debo hacer.

—También yo tengo orgullo, ¿sabes? Todos los hombres tienen orgullo. Si eso es lo que sientes por mí...

—¿Qué estás haciendo? —gritó ella.

—Soy tan hombre como Musashi, y aunque me cueste la vida impediré que seas

suya. No lo permitiré, ¿me oyes? ¡No lo permitiré!

—¿Y quién eres tú para dar tu permiso?

—¡No consentiré que te cases con Musashi! Recuerda, Otsū, que no era Musashi con quien estabas prometida.

—No eres la persona más adecuada para sacar eso a relucir.

—¡Claro que lo soy! Te comprometiste como mi novia y, a menos que yo lo consienta, no puedes casarte con nadie.

—¡Eres un cobarde, Matahachi! Me das lástima. ¿Cómo puedes rebajarte hasta ese extremo? Hace mucho tiempo recibí cartas, una tuya y otra de una mujer llamada Okō, en las que rompíais nuestro compromiso.

—No sé nada de eso, yo no envié ninguna carta. Debió de hacerlo Okō por su propia iniciativa.

—Eso no es cierto. Una de las cartas estaba escrita de tu puño y letra, y decía que me olvidara de ti y buscara a otro con quien casarme.

—¿Dónde está esa carta? ¿Quieres enseñármela?

—Ya no la tengo. Cuando Takuan la leyó, se echó a reír y luego se sonó la nariz con ella y la tiró.

—En otras palabras, no tienes ninguna prueba, por lo que nadie va a creerte. En el pueblo todo el mundo sabe que eras mi prometida. Tengo todas las pruebas, mientras que tú no tienes ninguna. Piénsalo bien, Otsū: si te separas de todos los demás para estar con Musashi, nunca serás feliz. Parece ser que te irrita la existencia de Okō, pero te juro que ya no tengo absolutamente nada que ver con ella.

—Estás perdiendo el tiempo.

—¿No vas a escucharme aun cuando te pida disculpas?

—¿No acabas de jactarte de que eres un nombre? ¿Por qué no actúas como tal? Ninguna mujer entregará su corazón a un cobarde débil, desvergonzado y mentiroso. Las mujeres no admiran a los débiles.

—¡Ten cuidado con lo que dices!

—¡Suéltame! Vas a romperme la manga.

—¡Puta voluble!

—¡Basta!

—Si no me escuchas, no me importa lo que ocurra.

—¡Matahachi!

—¡Si te interesa vivir, jura que dejarás a Musashi!

Le soltó la manga para desenvainar la espada, y, una vez desnuda, la hoja pareció dominarle. Era como un hombre poseído, y sus ojos tenían un brillo salvaje.

Otsū lanzó un grito, no tanto porque el arma la asustara sino por la expresión de Matahachi.

—¡Perra! —gritó él mientras ella se daba la vuelta para huir. La espada

descendió, rozando el nudo del obi de Otsū.

«No debo permitir que huya», se dijo Matahachi, y corrió tras ella, llamando por encima del hombro a su madre. Osugi bajó corriendo por la pendiente, preguntándose si su hijo habría desperdiciado la ocasión al tiempo que desenvainaba su espada.

—Está allí —dijo Matahachi—. ¡Atrápala, madre!

Pero pronto retrocedió corriendo y se detuvo poco antes de tropezar con la anciana. Con los ojos abiertos como platos, le preguntó:

—¿Adonde ha ido?

—¿No la has matado?

—No, se escapó.

—¡Idiota!

—Mira, está allá abajo. Ésa es ella. ¡Allí!

Otsū había corrido por un empinado terraplén y se había visto obligada a detenerse porque la manga de su kimono se había enganchado en una rama. Sabía que no debía de estar lejos de la cascada, porque el ruido del agua era muy fuerte. Cuando echó a correr de nuevo, sujetándose la manga desgarrada, Matahachi y Osugi ya estaban muy cerca de ella, y cuando Osugi gritó: «¡La tenemos atrapada!», Otsū oyó la voz inmediatamente detrás de ella.

En el fondo del barranco, la oscuridad rodeaba a Otsū como un muro.

—¡Mátala, Matahachi! Está ahí, tendida en el suelo.

Matahachi se entregó por completo a la espada. Saltó adelante, apuntó a la forma oscura y descargó la hoja salvajemente.

—¡Diablesa! —gritó.

Entre el crepitar de las ramas se oyó un grito de agonía.

—¡Toma esto y esto! —Matahachi golpeó tres, cuatro veces, una y otra vez hasta que pareció que la espada iba a partirse en dos. Estaba borracho de sangre, sus ojos escupían fuego.

Entonces todo terminó. Se hizo el silencio.

Sosteniendo la espada desmayadamente, Matahachi recuperó poco a poco el sentido, y su semblante palideció. Se miró las manos y las vio cubiertas de sangre, se palpó la cara y también allí había sangre, al igual que en sus ropas. Sintió que la cabeza le daba vueltas, angustiado al pensar que cada gota de sangre era de Otsū.

—¡Espléndido, hijo! Por fin lo has hecho. —Osugi, jadeando más por el júbilo que a causa de la fatiga, se puso detrás de él y, apoyándose en su hombro, contempló el follaje destrozado—. Qué feliz me siento al ver esto —dijo, exultante—. Lo hemos hecho, hijo mío. He sido aliviada de la mitad de mi carga y ahora puedo llevar de nuevo la cabeza alta en el pueblo. ¿Qué te ocurre? ¡Rápido! ¡Córtale la cabeza!

Al observar los escrúpulos de su hijo, se echó a reír.

—No tienes redaños. Si eres incapaz de cortarle la cabeza, yo lo haré por ti.

Apártate.

Matahachi permaneció inmóvil hasta que la anciana echó a andar hacia los arbustos, y entonces alzó la espada y la golpeó con la empuñadura en el hombro.

—¡Cuidado con lo que haces! —gritó Osugi mientras se tambaleaba hacia adelante—. ¿Es que has perdido el juicio?

—¡Madre!

—¿Qué?

Unos sonidos extraños brotaron de la garganta de Matahachi. Se enjugó los ojos con las manos ensangrentadas.

—La..., la he matado. ¡He asesinado a Otsū!

—Y ha sido una hazaña digna de alabanza. Pero ¿qué haces? ¿Por qué lloras?

—No puedo evitarlo. ¡Estúpida, loca, vieja fanática!

—¿Es que lo lamentas?

—Sí... ¡Sí! De no haber sido por ti...; deberías haber muerto. De alguna manera habría podido recuperar a Otsū. ¡Tú y el honor de la familia!

—Deja ya esa cháchara. Si tanto significaba para ti, ¿por qué no me mataste y la protegiste?

—Si hubiera sido capaz de hacerlo... ¿Puede haber algo peor que tener por madre a una maníaca testaruda?

—Basta de comportarte así. ¿Cómo te atreves a hablarme así?

—A partir de ahora viviré como me parezca. Si echo mi vida a perder, será un asunto exclusivamente mío.

—Siempre has tenido ese defecto, Matahachi. Te excitas y haces escenas sólo para causar disgustos a tu madre.

—Sí, vieja cerda, te causaré disgustos. Eres una bruja, ¡te odio!

—¡Vaya, vaya! Qué enfadado está... Apártate. Cogeré la cabeza de Otsū y luego te enseñaré algunas cosas.

—¿Más charla? No te escucho.

—Quiero que mires bien la cabeza de esa chica. Así verás lo bonita que es. Quiero que veas con tus propios ojos cómo es una mujer cuando muere. Nada más que huesos. Quiero que conozcas la locura de la pasión.

—¡Calla! —Matahachi sacudió la cabeza violentamente—. Cuando pienso en ello, comprendo que Otsū es todo lo que he deseado en mi vida. Cuando me dije que no podía seguir viviendo como lo hacía, traté de encontrar la manera de triunfar, de empezar de nuevo por el camino recto...; fue porque quería casarme con ella, no por el honor de la familia ni por satisfacer a una vieja horrible.

—¿Hasta cuándo vas a seguir hablando de algo que ya ha terminado? Te haría más bien recitar los sutras. ¡Salve Amida Buda!

Osugi se abrió paso entre las ramas rotas y la hierba seca, que estaban

generosamente rociadas de sangre, y entonces dobló unas hierbas y se arrodilló en ellas.

—No me odies, Otsū —dijo—. Ahora que estás muerta, ya no tengo nada contra ti. Tu muerte ha sido una necesidad. Descansa en paz.

Palpó a su alrededor con la mano izquierda y cogió una masa de cabello negro.

La voz de Takuan vibraba.

—¡Otsū!

Transportada hasta la oscura hondonada por el viento, parecía como si tuviera su origen en los árboles y las estrellas.

—¿Todavía no la has encontrado? —preguntó en voz tensa.

—No, no está por estos alrededores.

El dueño de la posada donde Osugi y Otsū se habían alojado se limpió el sudor de la frente con un gesto de fatiga.

—¿Estás seguro de que has oído bien?

—Totalmente seguro. Después de que el sacerdote llegara por la noche hasta el Kiyomizudera, la anciana se marchó de repente, diciendo que iba a la sala del dios de la montaña. La muchacha fue con ella.

Los dos hombres reflexionaron, cruzados de brazos.

—Tal vez han seguido montaña arriba o han ido a algún sitio apartado del camino principal —sugirió Takuan.

—¿Por qué estás tan preocupado?

—Me temo que han tendido una trampa a Otsū.

—¿Tan malvada es esa anciana?

—No —respondió Takuan en tono enigmático—. Es una mujer muy buena.

—No lo es a juzgar por lo que me dijiste. Ah, acabo de recordar algo.

—¿Qué es ello?

—Hoy he visto a la muchacha llorando en su habitación.

—Puede que eso no signifique gran cosa.

—La anciana nos dijo que era la novia de su hijo.

—Sí, es comprensible que dijera eso.

—Por lo que dijiste, parece como si un odio terrible llevara a esa anciana a atormentar a la muchacha.

—De todos modos, ésa es una cosa y llevarla a la montaña en una noche oscura otra muy distinta. Me temo que Osugi haya planeado asesinarla.

—¡Asesinarla! ¿Cómo puedes decir entonces que es una buena mujer?

—Porque es sin ninguna duda la clase de persona a la que el mundo considera buena. Acude con frecuencia al Kiyomizudera para rezar, ¿no es cierto? Y cuando está sentada ante Kannon con su rosario en la mano, su espíritu debe de estar muy

cercano a la diosa.

—Tengo entendido que también le reza al Buda Amida.

—Hay muchos budistas así en este mundo, a los que llaman fieles. Hacen algo que no deberían, van al templo y rezan a Amida. Parecen idear hechos diabólicos para que Amida les perdone. Pueden matar alegremente a un hombre, con la absoluta confianza en que si luego visitan a Amida sus pecados les serán perdonados y cuando mueran irán al Paraíso Occidental. Esas buenas gentes constituyen un problema.

Matahachi miró temeroso a su alrededor, preguntándose de dónde procedía la voz.

—¿Has oído eso, madre? —preguntó, inquieto—. ¿Reconoces la voz?

Osugi alzó la cabeza, pero la interrupción no la turbó demasiado. Su mano todavía sujetaba el cabello del cadáver, mientras en la otra mano blandía la espada, preparada para golpear.

—¡Escucha! Ahí está de nuevo.

—Es extraño. Si alguien viniera en busca de Otsū, sería ese chiquillo llamado Jōtarō.

—Ésa es una voz de hombre.

—Sí, lo sé, y creo haberla oído antes.

—Esto tiene mala pinta. Olvídate de la cabeza, madre, y trae el farol. ¡Alguien se acerca!

—¿En esta dirección?

—Sí, son dos hombres. Vámonos de aquí en seguida.

El peligro unió a la madre y el hijo con la celeridad de un parpadeo, pero Osugi no podía renunciar a su sangrienta tarea.

—Espera un momento —le dijo—. Después de haber llegado hasta aquí, no voy a regresar sin la cabeza. Si no la tengo, ¿cómo voy a demostrar que me he vengado de Otsū? En seguida termino.

—Oh —gimió él, lleno de repulsión.

Un grito horrorizado brotó de los labios de Osugi. Dejó caer la cabeza, se levantó a medias, dio unos tumbos y cayó al suelo.

—¡No es ella! —exclamó. Agitó los brazos e intentó levantarse, pero volvió a caerse.

Matahachi dio un salto adelante.

—¿Qu... qu... qué? —tartamudeó.

—¡Mira! ¡No es Otsū! Es un hombre..., un mendigo..., un inválido...

—No es posible —dijo Matahachi—. Conozco a este hombre.

—¿Cómo? ¿Era algún amigo tuyo?

—¡Oh, no! —replicó bruscamente—. Este hombre era un estafador que me dejó sin blanca. ¿Qué hacía aquí, tan cerca de un templo, un sucio estafador como

Akakabe Yasoma?

—¿Quién está ahí? —gritó Takuan—. ¿Eres tú, Otsū?

De repente el monje estaba detrás de ellos.

Matahachi era mucho más rápido corriendo que su madre. Mientras se perdía de vista, Takuan dio alcance a la mujer y la agarró con firmeza por el cuello del kimono.

—Tal como pensaba, y supongo que tu querido hijo es el que ha huido. ¡Matahachi! ¿Qué es eso de echar a correr y dejar a tu madre detrás? ¡Patán ingrato! ¡Vuelve aquí!

Aunque Osugi se debatía lastimosamente junto a las rodillas del monje, no había perdido sus agallas.

—¿Quién eres? —le preguntó, airada—. ¿Qué quieres?

Takuan la soltó.

—¿No te acuerdas de mí, abuela? Después de todo, debes de estar volviéndote senil.

—¿Eres Takuan?

—¿Te sorprende?

—No sé por qué habría de sorprenderme. Un mendigo como tú va adonde le place. Más tarde o más temprano tenías que dejarte caer por Kyoto.

—Tienes razón —convino él, sonriente—. Es exactamente como dices. Estaba vagabundeando por el valle de Koyagyū y la provincia de Izumi, pero llegué a la capital y anoche, en casa de un amigo, me enteré de la turbadora noticia. Decidí que era demasiado importante para no actuar.

—¿Qué tiene eso que ver conmigo?

—Pensé que Otsū estaría contigo, y estoy buscándola.

—Humm.

—Abuela...

—¿Qué?

—¿Dónde está Otsū?

—No lo sé.

—No te creo.

—Señor —terció el posadero—. Aquí ha sido derramada sangre, todavía está fresca. —Acercó el farol al cadáver.

Takuan frunció el ceño. Osugi aprovechó aquel momento para levantarse de un salto y echar a correr.

—¡Espera! —le grito Takuan sin moverse—. Te marchaste de casa para limpiar tu nombre, ¿no es cierto? ¿Vas a volver ahora con tu nombre más sucio que nunca? Dijiste que amabas a tu hijo. ¿Te propones abandonarle ahora que le has hecho desgraciado?

La fuerza de su voz resonante envolvió a Osugi, haciendo que se detuviera

bruscamente.

Con el rostro distorsionado por arrugas de desafío, gritó:

—Manchar el nombre de mi familia, hacer desgraciado a mi hijo... ¿Qué quieres decir?

—Exactamente lo que he dicho.

—¡Estúpido! —La anciana soltó una breve risa desdeñosa—. ¿Quién eres tú? Vas por ahí comiendo el alimento del prójimo, viviendo en templos ajenos, aliviando tus entrañas en el campo. ¿Qué sabes tú del honor familiar? ¿Qué sabes del amor de una madre por su hijo? ¿Has pasado una sola vez las penalidades que sufre la gente ordinaria? Antes de decirle a nadie cómo debe actuar, deberías trabajar y ganarte la vida como todo el mundo.

—Has puesto el dedo en la llaga, ciertamente. Hay sacerdotes en este mundo a los que me gustaría decir lo mismo. Siempre he dicho que no estoy a tu altura en un combate verbal, y veo que sigues teniendo la lengua aguda.

—Y todavía tengo cosas importantes que hacer en este mundo. No creas que lo único que puedo hacer es hablar.

—Eso no importa. Quiero discutir de otros asuntos contigo.

—¿Qué asuntos son ésos?

—Has incitado a Matahachi para que esta noche matara a Otsū, ¿no es cierto? Sospecho que entre los dos la habéis asesinado.

Osugi estiró su cuello arrugado y se rió despectivamente.

—Mira, Takuan, puedes llevar un farol a través de esta vida, pero no te servirá de nada a menos que abras los ojos. ¿Qué son éstos de todos modos? ¿Tan sólo agujeros en tu cabeza, adornos curiosos?

Takuan, sintiéndose un tanto inquieto, dirigió por fin su atención a la escena del crimen.

Cuando alzó la vista, aliviado, la anciana le dijo con cierto rencor:

—Supongo que te alegras de que no sea Otsū, pero no creas que he olvidado que eres el impío casamentero que la unió a Musashi y causó todos estos problemas en primer lugar.

—Si eso es lo que sientes, no tengo nada que decir, pero sé que eres una mujer con fe religiosa, y digo que no deberías marcharte y dejar este cadáver aquí tendido.

—De todos modos estaba aquí tendido, al borde de la muerte. Matahachi le ha matado, pero no ha sido culpa suya.

—Este rōnin era un tanto raro —dijo el posadero—, no estaba muy bien de la cabeza. Llevaba varios días dando tumbos alrededor del pueblo, babeando. Tenía un bulto enorme en la cabeza.

Mostrando una falta absoluta de interés, Osugi se volvió para marcharse. Takuan pidió al posadero que se encargara del cadáver y la siguió, cosa que irritó

sobremanera a la anciana, Pero cuando ésta se volvió para desatar de nuevo su lengua venenosa, Matahachi la llamó en voz baja.

—Madre.

Se encaminó alegremente hacia la voz. Después de todo, era un buen hijo, se había quedado allí para asegurarse de que su madre estaba a salvo. Intercambiaron algunas palabras y, al parecer, llegaron a la conclusión de que no estarían completamente libres de peligro en presencia del sacerdote. Entonces echaron a correr tan rápido como podían hacia el pie de la colina.

—Es inútil —murmuró Takuan—. A juzgar por su manera de actuar, no harían caso de nada que pueda decirles. Si el mundo pudiera estar libre de tales malentendidos estúpidos, cuánto menos padecería la gente...

Pero de momento tenía que encontrar a Otsū, la cual había encontrado alguna manera de huir. Se sentía un poco aliviado, pero no podría relajarse de veras hasta que tuviera la seguridad de que la muchacha estaba a salvo. Así pues, decidió proseguir su búsqueda a pesar de la oscuridad.

El posadero había ido colina arriba poco antes, y regresó acompañado de siete u ocho hombres provistos de faroles. Los vigilantes nocturnos del templo, que habían aceptado echar una mano para enterrar el cadáver, traían palas y azadones. Al cabo de un rato Takuan oyó el desagradable sonido que se produce al cavar una fosa.

Más o menos cuando el agujero era lo bastante hondo, alguien gritó:

—Mirad ahí, hay otro cuerpo. Es una hermosa muchacha.

El hombre que la había descubierto estaba a unas diez varas de la tumba, en el borde de una ciénaga.

—¿Está muerta?

—No, sólo inconsciente.

El artesano cortés

Hasta el día de su muerte, el padre de Musashi nunca dejó de recordarle a sus antepasados.

—Puede que sólo sea un samurai rural —le decía—, pero no olvides nunca que el clan Akamatsu fue en otro tiempo famoso y poderoso. Eso debería ser una fuente de fuerza y orgullo para ti.

Puesto que se encontraba en Kyoto, Musashi decidió visitar un templo llamado Rakanji, cerca del cual los Akamatsu tuvieron antiguamente una casa. La caída del clan ocurrió mucho tiempo atrás, pero Musashi pensaba que tal vez encontraría en el templo algún documento o recuerdo de sus antepasados. Aunque no fuera así, quemaría incienso en su memoria.

Al llegar al puente Rakan, sobre el bajo Kogawa, pensó que debía de estar cerca del templo, pues decían que estaba situado un poco al este del lugar donde el Kogawa superior se convertía en el tramo inferior del río. Sin embargo, sus pesquisas en la vecindad resultaron baldías. Nadie había oído jamás el nombre de ese templo.

Regresó al puente y se quedó allí contemplando el agua somera y clara que fluía por debajo. Aunque no habían transcurrido demasiados años desde la muerte de Munisai, parecía como si el templo hubiera sido trasladado de lugar o destruido, sin dejar rastro ni recuerdo alguno.

Observó ociosamente un remolino blancuzco que se formaba y desaparecía en la corriente una y otra vez. Reparó en el barro que rezumaba en un lugar cubierto de hierba en la orilla izquierda y llegó a la conclusión de que procedía del taller de un pulimentador de espadas.

—¡Musashi!

Miró a su alrededor y vio a la anciana monja Myōshū que regresaba de un recado.

—¡Cuánto me alegro de que hayas venido! —exclamó, creyendo que había ido a visitarles—. Hoy Kōetsu está en casa y le encantará verte.

La mujer le precedió a través del portal de una casa vecina y envió a un criado en busca de su hijo.

Tras dar una cálida bienvenida a su invitado, Kōetsu le dijo:

—En estos momentos estoy ocupado en un importante trabajo de pulimentación, pero luego podemos charlar largo y tendido.

Musashi se sintió complacido al ver que madre e hijo se mostraban tan amistosos y naturales como lo habían sido durante su primer encuentro. Pasó toda la tarde conversando con ellos, y cuando insistieron para que pasara allí la noche, aceptó. Al día siguiente, mientras Kōetsu le enseñaba el taller y le explicaba la técnica de la pulimentación de espadas, le rogó a Musashi que se quedara durante tanto tiempo como desease.

La casa, con su portal engañosamente modesto, se alzaba en un ángulo al sudeste de los restos del Jissōin. En la vecindad había varias casas pertenecientes a los primos y sobrinos de Kōetsu, o a personas dedicadas a la misma profesión. Todos los Hon'ami vivían y trabajaban allí, a la manera de los grandes clanes provinciales del pasado.

Los Hon'ami descendían de una familia militar bastante distinguida, y habían servido a los shogunes Ashikaga. Ahora pertenecían a la clase artesana, pero, debido a su riqueza y prestigio, Kōetsu podría haber sido tomado por un miembro de la clase samurai. Se codeaba con nobles de la corte y Tokugawa Ieyasu le había invitado en algunas ocasiones al castillo de Fushimi.

La posición de los Hon'ami no era peculiar, pues la mayoría de los artesanos y mercaderes de la época —Suminokura Soan, Chaya Shirōjirō y Haiya Shōyū, entre otros— eran descendientes de samurais. Sus antepasados, al servicio de los shogunes Ashikaga, se habían encargado de tareas relacionadas con la manufactura o el comercio. El éxito en estos campos condujo a una gradual desvinculación de la clase militar, y como la empresa privada reportaba beneficios, ya no dependían de sus emolumentos feudales. Aunque su categoría social era técnicamente más baja que la de los guerreros, tenían mucho poder.

En lo que respecta a los negocios, no sólo la categoría de samurai era más un obstáculo que una ayuda, sino que la pertenencia a la clase plebeya comportaba claras ventajas, la principal de las cuales era la estabilidad. Cuando estallaba la lucha, los grandes mercaderes eran protegidos por ambos bandos. Cierto que en ocasiones se veían obligados a aportar suministros militares a cambio de poco o nada, pero habían llegado a considerar esta obligación como una simple tarifa que pagaban a cambio de evitar que destruyeran sus propiedades en tiempo de guerra.

Durante la guerra de Ōnin, en los años 1460 y 1470, todo el distrito alrededor de las ruinas del Jissōin fue arrasado, e incluso ahora cuando los agricultores plantaban árboles solían desenterrar fragmentos de espadas o cascos oxidados. La residencia Hon'ami fue una de las primeras construidas en la vecindad después de la guerra.

Un brazo del río Arisugawa fluía por el terreno, serpenteando primero por una huerta, desapareciendo luego en un bosquecillo para emerger de nuevo cerca del pozo junto a la entrada de la casa principal. Un ramal fluía hacia la cocina, otro hacia el baño y un tercero se dirigía a una sencilla y rústica casa de té, donde utilizaban el agua cristalina para la ceremonia del té. El río proporcionaba agua al taller, donde espadas forjadas por maestros artesanos como Masamune, Muramasa y Osafune eran expertamente pulimentadas. Puesto que el taller era sagrado para la familia, sobre la puerta había una cuerda suspendida, como en los santuarios shintoístas.

Casi sin que Musashi se diera cuenta transcurrieron cuatro días, al cabo de los cuales tomó la determinación de marcharse. Pero antes de que tuviera oportunidad de

comunicar su intención, Kōetsu le dijo:

—Poco es lo que hacemos por entretenerte, pero si no te aburres, te ruego que te quedes tanto tiempo como gustes. En mi estudio tengo algunos libros antiguos y objetos curiosos. Si deseas examinarlos, puedes hacerlo libremente. Dentro de uno o dos días hornearé unos cuencos de té y platos. Creo que te gustaría ver cómo se hace. Verás que la cerámica es casi tan interesante como las espadas. Tal vez tú mismo podrías modelar una o dos piezas.

Ante la amabilidad de la invitación y después de que su anfitrión le asegurase que nadie se ofendería si decidía marcharse en cualquier momento, Musashi se concedió el lujo de aposentarse y disfrutar de la atmósfera relajada. Estaba lejos de aburrirse. El estudio contenía libros en chino y japonés, pinturas en rollos de papel del período Kamakura, calcos caligráficos de antiguos maestros chinos y docenas de otras cosas, cada una de las cuales Musashi habría examinado atentamente con placer durante uno o más días. Le atraía en especial un dibujo que colgaba en el lugar de honor de la estancia. Titulado Castañas, era obra del maestro Liang-k'ai de la dinastía Sung. Era pequeño, de unos dos pies de altura por dos y medio de anchura, y tan antiguo que sería imposible saber sobre qué clase de papel había sido dibujado.

Se sentó ante la obra y estuvo contemplándola una hora. Más tarde le comentó a Kōetsu sus impresiones.

—Estoy seguro de que ningún aficionado podría pintar la clase de obras que tú pintas, pero me pregunto si tal vez yo mismo podría dibujar algo tan sencillo como esto.

—Ocurre exactamente al revés —le informó Kōetsu—. Cualquiera puede aprender a pintar tan bien como yo, pero la obra de Liang-k'ai tiene un grado de profundidad y sublimidad espiritual que no puede adquirirse simplemente estudiando arte.

—¿Lo dices en serio? —replicó Musashi, sorprendido. Su anfitrión le aseguró que así era.

En el dibujo una ardilla miraba dos castañas caídas, una hendida y mostrando su interior por la abertura, mientras que la otra estaba totalmente cerrada. Parecía como si el animal quisiera seguir su impulso natural y comerse las castañas, pero dudara por temor a las espinas. Puesto que el dibujo estaba ejecutado muy libremente con tinta negra, a Musashi le había parecido ingenuo, pero cuanto más lo miraba, después de haber hablado con Kōetsu, con tanta más claridad veía que el artista estaba en lo cierto.

Una tarde, Kōetsu entró y le dijo:

—¿Estás mirando de nuevo ese dibujo de Liang-k'ai? Parece ser que te gusta mucho. Cuando te marches, enróllalo y llévatelo. Quiero que te lo quedes.

Musashi puso reparos:

—No podría aceptarlo de ninguna manera. Ya he abusado demasiado de tu hospitalidad. Además... ¡esto debe de ser una reliquia de familia!

—Pero te gusta, ¿no es cierto? —El hombre mayor sonrió con indulgencia—. Quédatelo si quieres. La verdad es que no lo necesito. Las pinturas deben pertenecer a quienes las aman y aprecian de veras. Estoy seguro de que eso es lo que desearía el artista.

—En ese caso, no soy la persona más adecuada para poseer una obra como ésta. A decir verdad, he pensado varias veces que sería muy grato tenerla, pero si así fuese, ¿qué haría con ella? Sólo soy un espadachín errante. Nunca me quedo demasiado tiempo en el mismo lugar.

—Supongo que sería una molestia llevar una pintura contigo adondequiera que vayas. A tu edad, probablemente ni siquiera tienes necesidad de una casa propia, pero creo que todo hombre debería tener un sitio al que pudiera considerar su hogar, aunque no sea más que un pequeño chamizo. Si una persona carece de casa, se siente solitaria..., perdida en cierto modo. ¿Por qué no buscas unos troncos y te construyes una cabaña en algún rincón tranquilo de la ciudad?

—Nunca había pensado en ello. Me gustaría mucho viajar a lugares lejanos, ir al extremo de Kyushu y ver cómo vive la gente bajo la influencia de los extranjeros en Nagasaki. Y estoy deseoso de ver la nueva capital que el shōgun está levantando en Edo y las grandes montañas y ríos en el norte de Honshu. Puede que en el fondo no sea más que un vagabundo.

—No eres el único, ni mucho menos. Eso es del todo natural, pero deberías evitar la tentación de creer que tus sueños sólo pueden realizarse en algún lugar remoto. Si piensas así, no aprovecharás las posibilidades que ofrece tu entorno inmediato. Me temo que la mayoría de la gente lo hace, y el resultado es que sus vidas no les satisfacen. —Entonces Kōetsu se echó a reír—. Pero un viejo ocioso como yo debería predicar a los jóvenes. En cualquier caso, no he venido aquí para hablar de eso, sino para invitarte a venir conmigo esta noche. ¿Has estado alguna vez en el barrio autorizado?

—¿El distrito de las geishas?

—Eso es. Tengo un amigo llamado Haiya Shōyū, el cual, a pesar de su edad, siempre está tramando una u otra diablura. Acabo de recibir una nota en la que me invita a reunirme con él esta noche cerca de la avenida Rokujō, y he pensado que quizá te gustaría acompañarme.

—No, creo que no deseo ir.

—Si no lo deseas realmente, no insistiré, pero creo que te parecería interesante.

Myōshū, que había llegado silenciosamente y estaba escuchando con evidente interés, intervino:

—Creo que deberías ir, Musashi. Tienes la oportunidad de ver algo que

desconoces. Haiya Shōyū no es la clase de hombre en cuya compañía has de permanecer rígido y formal, y estoy segura de que disfrutarás de la experiencia. ¡Ve, por favor!

La anciana monja fue a la cómoda y empezó a sacar un kimono y un obi. Por regla general, las personas mayores se afanaban por evitar que los jóvenes desperdiciaran su tiempo y su dinero en las casas de geishas, pero Myōshū parecía tan entusiasmada como si ella misma se estuviera preparando para ir a alguna parte.

Vamos a ver, ¿cuál de estos kimonos te gusta más? —le preguntó—. ¿Te irá bien este obi?

Sin dejar de parlotear, sacó prendas para Musashi como si fuese su hijo. Eligió una cajita para píldoras lacada, una espada corta decorativa y una bolsa de brocado. Luego cogió unas monedas de oro del cofre donde guardaba el dinero y las metió en la bolsa.

—Bueno —dijo Musashi, sólo con un atisbo de renuencia—, si insistes, iré, pero no me sentiría bien vestido con esas prendas tan finas. Iré con el viejo kimono que llevo puesto. Duermo con él cuando estoy al aire libre, estoy acostumbrado a él.

—¡No harás semejante cosa! —exclamó Myōshū severamente—. Puede que a ti no te importe, pero debes pensar en los demás. En esas elegantes habitaciones parecerías un trapo sucio. Los hombres acuden ahí a pasarlo bien y olvidar sus problemas. Quieren estar rodeados de cosas bellas. No pienses que se trata de vestir bien para parecer algo que no eres. De todos modos, estas prendas no son tan lujosas como las que llevan algunos hombres. Sólo son pulcras y están limpias. ¡Anda, póntelas!

Musashi la obedeció.

Cuando se hubo vestido, Myōshū observó jovialmente:

—Vaya, estás muy guapo.

Cuando estaban a punto de salir, Kōetsu fue al altar budista de la vivienda y encendió en él una vela. Tanto él como su madre eran miembros devotos de la secta Nichiren.

Myōshū había depositado dos pares de sandalias con correas nuevas ante la entrada principal. Mientras se las calzaban, la anciana hablaba en voz baja con uno de los sirvientes, el cual estaba esperando para cerrar la puerta principal tras ellos.

Kōetsu se despidió de su madre, pero ella alzó la vista rápidamente y le dijo:

—Espera un momento.

Su ceño fruncido evidenciaba que estaba preocupada.

—¿Qué ocurre? —le preguntó su hijo.

—Este hombre dice que tres samurais de aspecto pendenciero acaban de venir aquí y han hablado muy groseramente. ¿Crees que es algo importante?

Kōetsu dirigió una mirada inquisitiva a Musashi.

—No hay motivo para temer nada —le aseguró Musashi—. Probablemente son de la casa Yoshioka. Puede que me ataquen, pero no tienen nada contra vosotros.

—Uno de los trabajadores ha dicho que lo mismo sucedió hace un par de días. Era un solo samurai, pero cruzó el umbral sin que le invitaran a hacerlo y miró por encima del seto junto al sendero de la casa de té donde te alojabas.

—Entonces estoy seguro de que se trata de los hombres de Yoshioka.

—También yo lo creo así —convino Kōetsu, y se volvió hacia el tembloroso portero—. ¿Qué han dicho?

—Todos los hombres se habían marchado, y estaba a punto de cerrar la puerta cuando esos tres samurais me rodearon de repente. Uno de ellos, que parecía de mal genio, se sacó una carta del kimono y me pidió que la entregara al invitado que se aloja aquí.

—¿No mencionó el nombre Musashi?

—Bueno, más tarde dijo «Miyamoto Musashi», y añadió que Musashi llevaba aquí varios días.

—¿Qué le respondiste?

—Me pediste que no hablara con nadie de Musashi, así que sacudí la cabeza y dije que aquí no había nadie de ese nombre. Él se enfadó y me llamó embustero, pero uno de los otros..., un hombre algo mayor, sonriente..., le calmó y dijo que encontrarían el modo de entregar la carta directamente. No estoy seguro de lo que quería decir, pero parecía una amenaza. Fueron hacia esa esquina.

—Adelántate un poco, Kōetsu —le dijo Musashi—. No quiero que recibas ningún daño o te veas implicado en cualquier problema por mi culpa.

Kōetsu replicó riendo:

—No te preocupes por mí, sobre todo si estás seguro de que son los hombres de Yoshioka. No les temo lo más mínimo. Vamos.

Cuando ya habían salido, Kōetsu asomó la cabeza a la puertecilla situada a un lado del portal y llamó:

—¡Madre!

—¿Te has olvidado de algo? —le preguntó ella.

—No, sólo estaba pensando que si estás preocupado por mí, podría enviar un mensajero a Shōyū y decirle que no puedo ir esta noche.

—Oh, no. Temo más que algo pudiera ocurrirle a Musashi, pero no creo que él regresara si intentaras detenerle. ¡Id y pasadlo bien!

Kōetsu dio alcance a Musashi y, mientras caminaban sin prisa por la orilla del río, le dijo:

—La casa de Shōyū está calle abajo, en la avenida Ichijō y la calle Horikawa. Probablemente ahora está preparándose, así que iremos a buscarle. Nos queda de paso.

Aún había luz y el paseo por la ribera del río era agradable, tanto más cuanto que estaban completamente ociosos a una hora en la que todos los demás se hallaban ocupados en sus quehaceres.

—No es la primera vez que oigo el nombre de Haiya Shōyū, pero la verdad es que no sé nada de él —comentó Musashi.

—Me sorprendería que no hubieras oído hablar de él. Es un famoso experto en la composición de versos encadenados.

—¡Ah! Entonces es un poeta.

—Así es, pero, naturalmente, no se gana la vida escribiendo versos. Procede de una rica familia de mercaderes de Kyoto.

—¿Cómo es que se llama Haiya?

—Ése es el nombre de su negocio.

—¿Qué es lo que vende?

—Su nombre significa «vendedor de ceniza», y eso es lo que vende... cenizas.

—¿Cenizas?

—Sí, las usan para teñir tela, y es un gran negocio. Las vende a los gremios de tintoreros de todo el país. Al comienzo del período Ashikaga, el comercio de las cenizas estaba controlado por un agente del shōgun, pero más adelante fue encargado a mayoristas particulares. Hay tres grandes mayoristas en Kyoto, y Shōyū es uno de ellos. Él no tiene que trabajar personalmente, por supuesto. Se ha retirado y lleva una vida cómoda. Mira allá, ésa es su casa, la que tiene el portal elegante.

Musashi iba asintiendo mientras escuchaba, pero algo que sucedía en las mangas de su kimono distraía su atención: mientras que la brisa agitaba ligeramente la derecha, la izquierda no se movía en absoluto. Introdujo la mano en ella y extrajo un objeto lo suficiente para ver qué era, una correa de cuero bien curtida, de las que usaban los guerreros para atarse las mangas cuando luchaban. «Myōshū —pensó—. Sólo ella puede haberla puesto ahí.»

Miró atrás y sonrió a los hombres que estaban detrás de ellos, los cuales, como él ya sabía, les habían estado siguiendo a una distancia discreta desde que él y Kōetsu doblaron la esquina del callejón Hon'ami.

Su sonrisa pareció aliviar a los tres hombres, los cuales susurraron algunas palabras entre ellos y empezaron a dar pasos más largos.

Al llegar a la casa de Haiya, Kōetsu llamó con la aldaba y acudió a abrirles un criado que llevaba una escoba. Kōetsu había cruzado la puerta y estaba en la parte delantera del jardín antes de darse cuenta de que Musashi se había quedado atrás. Volviéndose hacia la puerta, dijo:

—Entra, Musashi. No tienes por qué titubear.

Los tres samurais se habían acercado a Musashi, con los codos hacia afuera y las manos en las empuñaduras de sus espadas. Kōetsu no entendió lo que le decían a

Musashi ni la respuesta en voz baja de éste.

Musashi le dijo que no le esperase, y Kōetsu replicó con una tranquilidad absoluta:

—Muy bien, estaré en la casa. Reúnete conmigo en cuanto hayas terminado con ese asunto.

Uno de los hombres se dirigió a Musashi.

—No estamos aquí para discutir si huiste para ocultarte o no. Soy Ōtaguro Hyōsuke, uno de los Diez Espadachines de la casa Yoshioka. Te he traído una carta de Denshichirō, el hermano menor de Seijūrō. —Sacó la carta y la tendió para que Musashi la viera—. Léela y danos tu respuesta de inmediato.

Sin pensarlo dos veces, Musashi abrió la carta, la leyó rápidamente y dijo:

—Acepto.

Hyōsuke le miró con suspicacia.

—¿Estás seguro?

Musashi asintió.

—Absolutamente seguro.

La indiferencia de Musashi cogió desprevenidos a los tres hombres.

—Si no mantienes tu palabra, nunca podrás volver a poner los pies en Kyoto. ¡Nosotros nos encargaremos de ello!

Musashi le miró con un atisbo de sonrisa, pero no dijo nada.

—¿Estás de acuerdo con las condiciones? No tienes mucho tiempo para prepararte.

—Estoy del todo dispuesto —respondió Musashi con calma.

—Entonces nos veremos esta noche.

Musashi se dispuso a cruzar el portal, pero Hyōsuke se le acercó de nuevo y le preguntó:

—¿Estarás aquí hasta la hora acordada?

—No, mi anfitrión va a llevarme al barrio autorizado, cerca de la avenida Rokujō.

—¿El barrio autorizado? —repitió Hyōsuke, sorprendido—. Bueno, supongo que estarás aquí o allí. Si te retrasas, enviaré a alguien en tu busca. Confío en que no intentarás hacer ninguna jugada.

Musashi ya había vuelto la espalda y entrado en el jardín, un paso que le llevó a un mundo diferente.

Las piedras pasaderas, de forma irregular y espaciadas de manera desordenada, parecían haber sido puestas allí por la naturaleza. A cada lado había grupos de bambúes bajos, parecidos a helechos, mezclados con tallos de bambú más altos y no más gruesos que un pincel de escritura. A medida que avanzaba, el tejado de la casa principal apareció ante su vista y poco después la entrada, una pequeña casa independiente y un emparrado, todo lo cual producía un efecto de edad venerable y

larga tradición. Alrededor de los edificios, unos pinos de considerable altura daban una impresión de riqueza y comodidad.

Musashi oía de vez en cuando un ruido sordo, el del juego de pelota llamado *kemari,* que a menudo se oía desde detrás de los muros en las mansiones de los nobles cortesanos. Le sorprendió oírlo en un establecimiento de mercaderes.

Una vez en la casa, le acompañaron a una habitación que daba al jardín. Dos sirvientes les trajeron té y pastelillos, y uno de ellos les dijo que su anfitrión les vería en seguida. A juzgar por los modales del sirviente, Musashi comprendió que su adiestramiento había sido impecable.

—Hace frío, ¿verdad?, ahora que el sol se ha puesto —murmuró Kōetsu. Deseaba que cerraran la shoji, pero no se atrevía a pedirlo porque Musashi parecía estar disfrutando de los ciruelos en flor. Kōetsu también contempló el paisaje—. Veo que hay nubes sobre el monte Hiei —observó—. Supongo que proceden del norte. ¿No tienes frío?

—La verdad es que no —respondió Musashi con sinceridad, ignorando serenamente la indirecta de su compañero.

Un sirviente trajo una palmatoria, y Kōetsu aprovechó la oportunidad para cerrar el shoji. Musashi reparó en que la atmósfera de la vivienda era apacible y cordial. Se relajó y, mientras escuchaba las voces joviales procedentes del interior de la casa, se sintió sorprendido por la absoluta falta de ostentación. Era como si el decorado y el entorno hubieran sido simplificados ex profeso al máximo posible. No le costaba nada imaginarse en la sala de invitados de una espaciosa granja en el campo.

Haiya Shōyū entró en la sala.

—Perdonad por la larga espera —les dijo. Su voz, abierta, amistosa, juvenil, era todo lo contrario de la lenta y suave enunciación de Kōetsu. Delgado como una grulla, era quizá diez años mayor que su amigo, pero mucho más jovial. Cuando Kōetsu le explicó quién era Musashi, comentó—: Ah, ¿entonces eres sobrino de Matsuo Kaname? Le conozco muy bien.

Musashi pensó que Shōyū debía de haber conocido a su tío a través de la noble casa de Konoe. Empezó a comprender que existían estrechos vínculos entre los ricos mercaderes y los cortesanos palaciegos.

Dicho esto, el viejo y enérgico mercader añadió:

—Vámonos ya. Tenía intención de ir mientras hubiera luz, y así habríamos podido dar un paseo, pero como ya está oscuro, creo que debemos pedir palanquines. Supongo que este joven nos acompañará.

Llamaron a los palanquines y los tres hombres se pusieron en camino, Shōyū y Kōetsu delante, Musashi detrás de ellos. Era la primera vez que viajaba en uno de aquellos vehículos.

Cuando llegaron a los terrenos de equitación de Yanagi, los porteadores ya

exhalaban vapor.

—Qué frío hace —se quejó uno.

—El viento es cortante, ¿verdad?

—¡Y estamos en primavera!

El viento agitaba los tres faroles, haciendo oscilar sus luces. Los negros nubarrones sobre la ciudad amenazaban con un tiempo todavía peor antes de que terminara la noche. Más allá del campo de equitación, las luces de la ciudad brillaban con un deslumbrante esplendor. Musashi tuvo la impresión de un gran enjambre de luciérnagas que brillaran alegremente bajo la fría y clara brisa.

—¡Musashi! —le llamó Kōetsu desde el palanquín del centro—. Mira, hacia ahí nos dirigimos. Es toda una experiencia para vivirla tan de repente, ¿no es cierto?

Le explicó que hasta tres años atrás el distrito autorizado se encontraba en la avenida Nijō, cerca del palacio, y que el magistrado, Itakura Katsushige, hizo que lo trasladaran, porque le molestaban las canciones y el ruido de las francachelas nocturnas. El distrito medraba en su conjunto y todas las modas nuevas se originaban entre aquellas hileras de luces.

—Casi podría decirse que ahí se ha creado toda una cultura nueva. —Hizo una pausa, escuchó atentamente un momento y añadió—: Lo oyes, ¿verdad? ¿Oyes el sonido de instrumentos de cuerda y canciones?

Era una música que Musashi nunca había oído hasta entonces.

—Los instrumentos son shamisen, una versión mejorada del instrumento de tres cuerdas procedente de las islas Ryukyu. Han compuesto una gran cantidad de canciones para ellos, ahí mismo, en el barrio, y luego se han difundido entre la gente. Eso puede darte una idea de la influencia que ejerce el distrito, y por qué es necesario mantener ciertas normas de decencia, aun cuando esté bastante separado del resto de la ciudad.

Entraron en una de las calles. La brillante luz de innumerables lámparas y faroles que colgaban de los sauces se reflejaba en los ojos de Musashi. El distrito había conservado su antiguo nombre cuando fue trasladado: Yanagimachi, la Ciudad de los Sauces, pues esa clase de árboles habían sido asociados desde antiguo con la bebida y la frivolidad.

Kōetsu y Shōyū eran bien conocidos en el establecimiento donde entraron. Los saludos fueron serviles aunque jocosos, y pronto resultó evidente que allí utilizaban apodos, «nombres juguetones», por así decirlo. A Kōetsu le conocían como Mizuochisama, el señor Agua que cae, debido a los arroyos que atravesaban su finca, y Shōyū era Funabashisama, el señor Puente del barco, porque en las proximidades de su casa había un puente de pontones.

Si Musashi llegaba a convertirse en un asiduo, ciertamente no tardaría en adquirir un sobrenombre, pues en aquel mundo de ilusiones pocos utilizaban sus nombres

reales. Hayashiya Yojibei era sólo el seudónimo del propietario de la casa que visitaban, pero casi todo el mundo le llamaba Ōgiya, que era el nombre del establecimiento. Junto con la Kikyōya, era una de las casas más afamadas del distrito, de hecho las dos únicas con la reputación de ser absolutamente de primera clase. La belleza reinante en la Ōgiya era Yoshino Dayū, y su colega en la Kikyōya se llamaba Murogimi Dayū. Ambas damas gozaban de una fama en la ciudad tan sólo igualada por la del más grande daimyō.

Aunque Musashi se afanaba por no quedarse boquiabierto, estaba asombrado por la elegancia de su entorno, que se aproximaba a la de los palacios más opulentos. Los techos reticulares, los travesaños que formaban un enrejado y estaban primorosamente tallados, las barandillas exquisitamente curvadas, los jardines interiores cuidados con minuciosidad..., todo era una fiesta para la vista. Absorto en una pintura o en el panel de madera de una puerta, Musashi no se dio cuenta de que sus compañeros habían seguido adelante, hasta que Kōetsu regresó en su busca.

La luz de las lámparas transformó en un líquido brumoso las puertas plateadas de la habitación en la que entraron. Uno de los lados daba a un jardín al estilo de Kobori Enshū, con arena bien rastrillada y una disposición de rocas que sugería un paisaje montañoso chino, como el que podría verse en una pintura de la dinastía Sung.

Quejándose del frío, Shōyū se sentó en un cojín y juntó los hombros. Kōetsu también tomó asiento e invitó a Musashi a que hiciera lo mismo. Pronto llegaron sirvientas con sake caliente.

Al ver que la taza que había ofrecido a Musashi ya estaba fría, Shōyū se mostró insistente.

—Bebe, muchacho —le dijo—, y toma una taza caliente.

Tras haber repetido dos o tres veces estas palabras, los modales de Shōyū empezaron a bordear la rudeza.

—¡Kobosatsu! —gritó a una de las sirvientas—. ¡Hazle beber! ¡Eh, Musashi! ¿Qué te ocurre? ¿Por qué no bebes?

—Lo estoy haciendo —protestó Musashi.

El viejo ya estaba un poco achispado.

—Pues no lo haces muy bien. ¡No tienes brío!

—No soy un gran bebedor.

—Lo que quieres decir es que no eres un espadachín fuerte, ¿no es cierto?

—Tal vez eso es cierto —respondió Musashi suavemente, tomándose a risa el insulto.

—Si te preocupa que beber obstaculice tus estudios, o te haga perder el equilibrio, o debilite tu fuerza de voluntad, o te impida labrarte un nombre, entonces es que no tienes el coraje necesario para ser un luchador.

—Oh, no se trata de eso. Sólo hay un pequeño problema.

—¿Cuál es?

—La bebida me da sueño.

—Bueno, puedes dormir aquí o en cualquier otra habitación de esta casa. A nadie le importará. —Se volvió a las muchachas y dijo—: El joven teme amodorrarse si bebe. ¡Si se queda dormido, llevadle a la cama!

—¡Oh, lo haremos con mucho gusto! —corearon las chicas, sonriendo con coquetería.

—Si se va a la cama, alguien tendrá que mantenerle caliente. ¿Quién podría ser, Kōetsu?

—Sí, en efecto, ¿quién podría ser? —dijo Kōetsu evasivamente.

—No puede ser Sumigiku Dayū, porque es mi mujercita. Y en cuanto a ti, no querrías que fuese Kobosatsu Dayū. Luego está Karakoto Dayū... Humm, no servirá, es demasiado difícil congeniar con ella.

—¿No va a presentarse Yoshino Dayū? —inquirió Kōetsu.

—¡Eso es! ¡Ella es la idónea! Hasta nuestro renuente invitado sería feliz con ella. Me extraña que todavía no esté aquí. Que vaya alguien a llamarla. Quiero mostrársela a nuestro joven samurai.

Sumigiku puso objeciones.

—Yoshino no es como el resto de nosotras. Tiene muchos clientes y no está a la entera disposición de cualquiera que la llame.

—Claro que vendrá... ¡Lo hará por mí! Dile que estoy aquí y que venga, no importa con quién se encuentre. ¡Ve a llamarla!

Shōyū se levantó, miró a su alrededor y llamó a las muchachas que acompañaban a las cortesanas y estaban tocando música en la habitación contigua:

—¿Está Rin'ya ahí?

La misma Rin'ya le respondió.

—Ven aquí un momento. Eres tú quien atiende a Yoshino Dayū, ¿no es cierto? ¿Por qué no está aquí? Dile que ha venido Funabashi y que debe presentarse en seguida. Si la traes contigo, te haré un regalo.

Un tanto perpleja, Rin'ya se quedó mirándole con los ojos muy abiertos, pero al cabo de un momento asintió. Ya mostraba signos de que llegaría a ser una gran belleza, y era casi seguro que en la próxima generación sería la sucesora de la famosa Yoshino. Pero sólo tenía once años. Apenas había salido al pasillo y cerrado la puerta corredera, cuando batió palmas y llamó a voz en grito:

—¡Uneme, Tamami, Itonosuke! ¡Mirad afuera!

Las tres muchachas salieron corriendo y empezaron a palmotear y chillar alegremente, encantadas al ver la nieve que había empezado a caer.

Los hombres se asomaron para ver a qué obedecía aquella conmoción y, excepto a Shōyū, les divirtió ver a las jóvenes asistentas charlando excitadamente sobre si la

nieve cuajaría y el suelo estaría blanco por la mañana. Rin'ya, ya olvidada su misión, salió al jardín para jugar con la nieve.

Impaciente, Shōyū envió a una de las cortesanas en busca de Yoshino Dayū.

Cuando la mujer regresó, le susurró al oído:

—Yoshino ha dicho que estaría encantada de reunirse contigo, pero su visitante no se lo permitiría.

—¡No se lo permitiría! ¡Eso es ridículo! Hay aquí otras mujeres que pueden verse obligadas a obedecer la voluntad de sus clientes, pero Yoshino puede hacer lo que le plazca. ¿O acaso últimamente se deja comprar por dinero?

—¡Oh, no! Pero el visitante con quien se encuentra esta noche es especialmente testarudo. Cada vez que ella le dice que le gustaría marcharse, él insiste con obstinación en que se quede.

—Humm. Supongo que nunca ninguno de sus clientes desea que se marche. ¿Quién está con ella esta noche?

—El señor Karasumaru.

—¿El señor Karasumaru? —repitió Shōyū con una sonrisa irónica—. ¿Está solo?

—No.

—¿Está con alguno de sus compinches habituales?

—Sí.

Shōyū se dio una palmada en la rodilla.

—Esto podría resultar interesante. La nieve es buena, el sake es bueno y sólo que tuviéramos aquí a Yoshino todo sería perfecto. Kōetsu, escribamos una carta a su señoría. Oye, joven dama, tráeme una piedra de tinta y un pincel.

Cuando la muchacha dispuso los materiales de escritura ante Kōetsu, éste preguntó:

—¿Qué voy a escribir?

—Un poema estaría muy bien. La prosa podría pasar, pero el verso sería mejor. El señor Karasumaru es uno de nuestros más celebrados poetas.

—No sé muy bien cómo hacerlo. Veamos, se trata de un poema para persuadirle de que nos ceda a Yoshino, ¿no es eso?

—Exactamente.

—Si no es un buen poema, no le hará cambiar de idea, y los buenos poemas no pueden escribirse fácilmente en un abrir y cerrar de ojos. ¿Por qué no escribes tú los primeros versos y yo haré los siguientes?

—Humm. Veamos lo que podemos hacer.

Shōyū tomó el pincel y escribió:

Hasta nuestra humilde choza
permite que venga un solo cerezo,

un árbol de Yoshino.[6]

—Hasta aquí está muy bien —comentó Kōetsu, y escribió:

Las flores tiemblan de frío
en las nubes por encima de las cumbres.

Shōyū estaba inmensamente satisfecho.

—Maravilloso —dijo—. Esto tiene que arreglar las cosas con su señoría y sus nobles compañeros, la «gente por encima de las nubes». —Dobló pulcramente el papel y se lo entregó a Sumigiku, diciéndole con seriedad—: Las demás muchachas no parecen tener la dignidad que tú posees, y por eso te nombro mi enviada al señor Kangan. Si no me equivoco, tal es el nombre por el que se le conoce en este lugar.

El apodo, que significaba «altanero risco montañoso», era una referencia a la eminente categoría social del señor Karasumaru.

Sumigiku no tardó en regresar.

—Aceptad la respuesta del señor Kangan, por favor —les dijo, depositando con reverencia una caja de cartas primorosamente forjada ante Shōyū y Kōetsu. Ambos miraron la caja, que implicaba formalidad, y luego intercambiaron sus miradas. Lo que había comenzado como una pequeña broma estaba adquiriendo unos visos más serios.

—¡Caramba! —dijo Shōyū—. La próxima vez debemos tener más cuidado. Esto debe de haberles sorprendido. Sin duda no sabían que estaríamos aquí esta noche.

Confiando todavía en sacar el mejor partido del intercambio, Shōyū abrió la caja y desdobló la carta. Consternado, no vio más que una hoja de papel color crema en la que no había una sola palabra escrita.

Pensando que debía de habérsele caído algo, miró a su alrededor, en busca de una segunda hoja, y luego miró de nuevo la caja.

—¿Qué significa esto, Sumigiku?

—No tengo la menor idea. El señor Kangan me dio la caja y dijo que os la entregara.

—¿Acaso trata de burlarse de nosotros? ¿O era nuestro poema demasiado inteligente para él y está alzando la bandera blanca de la rendición?

Shōyū solía interpretar las cosas de manera que se adaptaran a su conveniencia, pero esta vez parecía inseguro. Tendió el papel a Kōetsu y le preguntó:

—¿Qué sacas en claro?

—Creo que pretende que lo leamos.

—¿Que leamos una hoja de papel en blanco?

—Creo que puede ser interpretada de alguna manera.

—¿Ah, sí? ¿Cuál podría ser su significado?

Kōetsu se quedó un momento pensativo. —La nieve..., la nieve lo cubre todo.

—Humm. Tal vez tengas razón.

—Como respuesta a nuestra petición de un cerezo de Yoshino, podría significar:

Si contemplas la nieve
y llenas tu taza de sake,
incluso sin flores...

En otras palabras, nos está diciendo que, como esta noche nieva, deberíamos olvidarnos del amor, abrir las puertas y admirar la nieve mientras bebemos. O, por lo menos, ésa es mi impresión.

—¡Qué irritante! —exclamó Shōyū, disgustado—. No tengo intención de beber de una manera tan inhumana, y tampoco voy a quedarme sentado aquí en silencio. De uno u otro modo, trasplantaremos el árbol de Yoshino a nuestra habitación y admiraremos sus flores.

Ahora excitado, se humedeció los labios con la lengua.

Kōetsu le siguió la corriente, confiando en que se sosegaría, pero Shōyū no dejaba de acuciar a las muchachas para que trajeran a Yoshino, y durante largo tiempo se negó a cambiar de tema. Aunque su insistencia no aseguraba la satisfacción de su deseo, finalmente resultó cómica, y las muchachas se desternillaron de risa.

Musashi abandonó discretamente su asiento. Había elegido el momento oportuno, pues nadie reparó en su salida.

Reverberaciones en la nieve

Musashi deambuló por los numerosos corredores, evitando las salas delanteras brillantemente iluminadas. Encontró una habitación oscura que contenía ropas de cama y otra llena de herramientas y utensilios. Las paredes parecían exudar un tufo de comida cocinada, pero aun así no dio con la cocina.

Salió una asistenta de una habitación y extendió los brazos para impedirle el paso.

—Señor, los huéspedes no tienen que venir aquí —le dijo con firmeza, sin un ápice del encanto infantil que podría haber mostrado en las habitaciones de los huéspedes.

—¿Cómo? ¿No debería estar aquí?

—¡Por supuesto que no! —Le empujó hacia la parte delantera de la casa y ella misma avanzó en la misma dirección.

—¿No eres la chica que se cayó en la nieve hace un rato? Rin'ya, ¿verdad?

—Sí, soy Rin'ya. Supongo que te has extraviado cuando tratabas de encontrar el excusado. Te enseñaré dónde está.

Le cogió de la mano y tiró de él.

—No se trata de eso, no estoy bebido. Me gustaría que me hicieras un favor. Llévame a una habitación vacía y tráeme algo de comer.

—¿Comida? Si eso es lo que deseas, te llevaré a la sala delantera.

—No, ahí no. Todo el mundo se lo está pasando bien y no quieren que les recuerden la cena todavía.

Rin'ya ladeó la cabeza.

—Puede que tengas razón. Te traeré algo. ¿Qué te apetece?

—Nada especial. Bastará con dos bolas grandes de arroz.

La muchacha regresó poco después con las bolas de arroz y se las sirvió en una habitación sin luz.

Cuando hubo terminado, Musashi le dijo:

—Supongo que puedo salir de la casa a través del jardín interior.

Sin esperar respuesta, se levantó y dirigió a la terraza.

—¿Adonde vas, señor?

—No te preocupes, volveré pronto.

—¿Por qué te marchas por la parte trasera?

—La gente se quejaría si saliera por delante. Y si mis anfitriones me vieran, les molestaría y daría al traste con su diversión.

—Te abriré la puerta, pero no dejes de volver en seguida. Si no lo haces, me echarán la culpa.

—Comprendo. Si el señor Mizuochi preguntara por mí, dile que he ido a la vecindad del Rengeōin para ver a un conocido y que tengo intención de regresar

cuanto antes.

—Debes volver pronto. Tu compañera de esta noche será Yoshino Dayū. —Abrió la puerta plegable de madera, cargada de nieve, y le dejó salir.

Delante mismo de la entrada principal al barrio de placer había una casa de té llamada Amigasa-jaya. Musashi hizo un alto allí para pedir un par de sandalias de paja, pero no tenían. Como el nombre implicaba, el principal negocio del establecimiento era la venta de grandes sombreros de junco a los hombres que deseaban ocultar su identidad cuando entraban en el barrio. Tras enviar a la dependienta a comprarle unas sandalias, se sentó en el borde de un taburete y tensó su obi y el cordón que estaba debajo. Se quitó el amplio manto, lo dobló pulcramente, pidió recado de escribir y escribió una breve nota, la dobló y deslizó en la manga del manto. Entonces llamó al anciano que estaba acuclillado delante del fuego, en la trastienda, y que parecía ser el propietario.

—¿Podrías guardarme este manto? Si no estoy de regreso hacia las once, te ruego que lo lleves a la Ōgiya y se lo entregues a un hombre llamado Kōetsu. Hay una carta para él dentro de la manga.

El hombre respondió que le ayudaría gustosamente y, cuando Musashi le preguntó la hora, le dijo que eran sólo las siete, pues el vigilante acababa de pasar por delante anunciándolo.

Cuando la dependienta regresó con las sandalias, Musashi examinó las correas para asegurarse de que el trenzado no estaba demasiado tenso, y entonces se las ató sobre sus calcetines de cuero. Le dio al dueño de la tienda más dinero del necesario, eligió un sombrero de juncos nuevo y salió. En lugar de atarse el sombrero bajo el mentón, lo sostuvo sobre la cabeza para evitar la nieve, que caía en copos más suaves que las flores de cerezo.

A lo largo de la orilla del río, en la avenida Shijō, brillaban las luces, pero al este, en los bosques de Gion, la oscuridad sólo estaba interrumpida por las luces de unas pocas farolas de piedra diseminadas. De vez en cuando rompía el profundo silencio el ruido de la nieve que se deslizaba de una rama.

Delante del portal de un templo se habían congregado unos veinte hombres, que estaban arrodillados y rezaban de cara a los edificios desiertos. Las campanas de los templos en las colinas cercanas acababan de tocar cinco veces, señalando la octava hora. Aquella noche, en especial, el sonido fuerte y claro de las campanas parecía llegar hasta las entrañas de quienes lo oían.

—Basta de rezos —dijo Denshichirō—. Vámonos ya.

Cuando se pusieron en marcha, uno de los hombres preguntó a Denshichirō si las correas de sus sandalias estaban bien.

—En una noche helada como ésta, si están demasiado tensas se romperán.

—Están bien. Cuando hace frío, lo único que se puede hacer es usar cordones de tela. Será mejor que lo recordéis.

Denshichirō había completado sus preparativos de combate en el santuario, desde la cinta para la cabeza hasta la correa de cuero en la manga. Rodeado por sus partidarios de aspecto torvo, caminaba a zancadas por la nieve, aspirando hondo y exhalando nubéculas de vapor.

El desafío entregado a Musashi especificaba la zona detrás del Rengeōin a las nueve en punto. Temiendo, o aparentando temer, que si daban a Musashi algo más de tiempo podría huir y no regresar jamás, los hombres de Yoshioka habían decidido actuar con rapidez. Hyōsuke había permanecido en las proximidades de la casa de Shōyū, pero había enviado a sus dos camaradas para que informaran de la situación.

Cuando se acercaban al Rengeōin, vieron una hoguera a poca distancia de la parte trasera del templo.

—¿Quién está ahí? —preguntó Denshichirō.

—Probablemente son Ryōhei y Jūrōzaemon.

—¿También ellos están aquí? —replicó Denshichirō con cierta irritación—. Hay demasiados de los nuestros. No quiero que corra la especie de que Musashi perdió sólo porque le atacó una gran fuerza.

—Cuando llegue el momento, nos iremos.

El edificio principal del templo, el Sanjūsangendō, estaba sostenido por treinta y tres columnas. Detrás había un gran espacio abierto ideal para la práctica del tiro al arco y utilizado desde antiguo con ese fin. Esta asociación con una de las artes marciales era lo que había inducido a Denshichirō a elegir el Rengeōin para su encuentro con Musashi. La elección satisfizo a sus hombres. Había algunos pinos, suficientes para evitar que el terreno estuviera yermo pero no había maleza ni juncos que se interpusieran entre los combatientes.

Ryōhei y Jūrōzaemon se levantaron para saludar a Denshichirō, y el primero dijo:

—Imagino que has pasado frío por el camino. Aún queda bastante tiempo. Toma asiento y caliéntate.

Denshichirō se sentó en silencio en el lugar que Ryōhei había dejado libre. Extendió las manos por encima de las llamas e hizo crujir los nudillos, un dedo tras otro.

—Supongo que he llegado demasiado pronto —dijo. Su cara, calentada por el fuego, ya tenía una expresión sanguinaria. Frunció el ceño y preguntó—: ¿No hemos pasado ante una casa de té por el camino?

—Sí, pero estaba cerrada.

—Uno de vosotros que vaya a buscar sake. Si llama con suficiente insistencia le abrirán.

—¿Ahora vas a tomar sake?

—Sí, ahora. Tengo frío.

Denshichirō se acercó más al fuego y se puso en cuclillas. Daba la impresión de que iba a abrazar las llamas.

Como nadie podía recordar una hora, por la mañana, la tarde o la noche, en que se hubiera presentado en el dōjō sin oler a alcohol, su afición a beber había llegado a ser aceptada como algo natural. Aunque estaba en juego el destino de la escuela Yoshioka, uno de los hombres comentó a media voz que sería mejor para él que se calentara internamente con un poco de sake antes que blandir la espada con los brazos y las piernas ateridos. Otro señaló que sería arriesgado desobedecerle, incluso por su propio bien, y un par de hombres corrieron a la casa de té. Regresaron con el sake muy caliente.

—¡Estupendo! —exclamó Denshichirō—. Éste es mi mejor amigo y aliado.

Le observaron nerviosamente mientras bebía, rezando para que no consumiera más de lo habitual. Sin embargo, Denshichirō bebió bastante menos de lo que solía. A pesar de su aparente despreocupación, sabía bien que iba a arriesgar su vida.

—¡Escucha! ¿Podría ser Musashi?

Todos aguzaron el oído.

Mientras los hombres que estaban alrededor del fuego se levantaban rápidamente, una figura oscura dobló la esquina del edificio. Agitó una mano y gritó:

—No os preocupéis, soy yo.

Aunque vestía con elegancia, con el hakama arremangado para que no le estorbara al correr, no podía disimular su edad. Su espalda encorvada tenía la forma de un arco. Cuando los hombres pudieron verle con más claridad, se dijeron unos a otros que sólo era «el viejo de Mibu», y la excitación desapareció. El anciano era Yoshioka Genzaemon, hermano de Kempō y tío de Denshichirō.

—¡Pero si es el tío Gen! —exclamó Denshichirō—. ¿Qué te trae por aquí?

No se le había ocurrido pensar que a su tío pudiera parecerle que su ayuda sería necesaria aquella noche.

—Ah, Denshichirō, realmente llevas a su término este asunto —dijo Genzaemon —. Es un alivio encontrarte aquí.

—Tenía intención de discutirlo contigo primero, pero...

—¿Discutirlo? ¿Qué hay que discutir? ¡El nombre de Yoshioka ha sido arrastrado por el fango, tu hermano ha sido convertido en un inválido! ¡Si no hubieras emprendido ninguna acción, me habrías tenido a mí para responder!

—No tienes que preocuparte por nada. No soy un hombre irresoluto como mi hermano.

—Te tomo la palabra, y sé que ganarás, pero me pareció mejor venir y darte ánimos. He venido corriendo desde Mibu. Déjame que te advierta, Denshichirō: por lo que he oído decir, no debes tomar muy a la ligera a ese adversario.

—Lo sé.

—No te apresures demasiado por ganar. Ten calma, déjalo al arbitrio de los dioses. Si la suerte te es adversa y mueres, yo me ocuparé de tu cuerpo.

—¡Ja, ja, ja! Vamos, tío Gen, caliéntate junto al fuego.

El anciano bebió en silencio una taza de sake, y luego se dirigió a los demás en tono de reproche:

—¿Qué estáis haciendo aquí? Supongo que no pretenderéis apoyarle con vuestras espadas, ¿no es cierto? Éste es un combate entre dos espadachines, y parece una cobardía tener alrededor tantos seguidores. Ya casi es la hora. Venid conmigo todos vosotros. Nos alejaremos lo suficiente para que no parezca que estamos planeando un ataque masivo.

Los hombres hicieron lo que les ordenaban, dejando a Denshichirō solo. Éste se sentó cerca del fuego, pensando: «Cuando oí las campanas eran las ocho. Ahora deben de ser las nueve. Musashi se retrasa».

El único rastro de sus discípulos eran sus negras pisadas en la nieve, y el único sonido el crepitar de los carámbanos que se desprendían de los aleros del templo. La rama de un árbol se rompió bajo el peso de la nieve. Cada vez que algo rompía el silencio, los ojos de Denshichirō se movían como los de un halcón.

Y como un halcón, apareció un hombre que avanzaba hundiendo los pies en la nieve.

Nervioso y jadeante, Hyōsuke dijo entre dientes:

—Ya viene.

Denshichirō se había enterado del mensaje antes de oírlo y ya estaba en pie.

—¿Ya viene? —repitió como un loro, pero sus pies pisoteaban automáticamente las últimas brasas del fuego.

Hyōsuke le informó de que Musashi se había tomado su tiempo al salir de la Ōgiya, como si le tuviera sin cuidado la fuerte nevada.

—Hace unos minutos subió los escalones de piedra del santuario de Gion. Tomé una calle lateral para venir lo más rápido posible, pero aunque él caminara despacio, no podía estar muy alejado de mí. Espero que estés preparado.

—Humm, lo estoy... Vete de aquí, Hyōsuke.

—¿Dónde están los demás?

—No lo sé, pero no quiero que estés aquí. Me pones nervioso.

—Sí, señor.

El tono de Hyōsuke era de obediencia, pero no quería marcharse y tomó la determinación de no hacerlo. Después de que Denshichirō hubiera pisoteado el fuego, extinguiéndolo en la nieve a medio derretir, y se volviera con un temblor de excitación hacia el patio, Hyōsuke se agachó bajo el suelo elevado del templo y permaneció en cuclillas en la oscuridad. Aunque no había notado el viento en el

espacio abierto, allí, bajo el edificio, le azotaba gélidamente. Helado hasta el tuétano, se abrazó las rodillas y trató de engañarse pensando que el castañeteo de sus dientes y los escalofríos que recorrían su espina dorsal sólo se debían al frío y no tenían nada que ver con su temor.

Denshichirō recorrió un centenar de pasos desde el templo y adoptó una postura firme, apoyando un pie en la raíz de un alto pino. Esperó allí a su adversario con inequívoca impaciencia. El calor del sake se había disipado rápidamente, y notaba la mordedura del frío en su carne. Que estaba perdiendo la paciencia era evidente incluso para Hyōsuke, el cual podía ver el patio con tanta claridad como si fuese pleno día.

Un montón de nieve cayó como una cascada desde una rama. Denshichirō se sobresaltó, pero Musashi seguía sin aparecer.

Finalmente, incapaz de seguir sentado en silencio, Hyōsuke salió de su escondite y gritó:

—¿Qué le ha pasado a Musashi?

—¿Todavía estás aquí? —le preguntó Denshichirō, encolerizado, pero estaba tan irritado como Hyōsuke y no le ordenó que se marchara.

Por tácito acuerdo mutuo, los dos caminaron uno hacia el otro. Se quedaron allí en pie, mirando en todas direcciones, cada uno repitiendo de vez en cuando que no le veía. Y cada vez su tono era más airado y más suspicaz.

—¡Ese bastardo... ha huido! —exclamó Denshichirō.

—No es posible —insistió Hyōsuke, y recapituló de nuevo cuanto había visto y por qué estaba seguro de que Musashi acabaría por presentarse.

Denshichirō le interrumpió.

—¿Qué es eso? —inquirió, mirando rápidamente hacia un extremo del templo.

Una vela de llama temblorosa salía del edificio de la cocina detrás de la larga sala. Estaba claro que la sostenía un sacerdote, pero no podían distinguir la vaga figura que estaba tras él.

Dos sombras y la pequeña llama, al atravesar el portal entre la cocina y el edificio principal, ascendieron por la larga terraza del Sanjūsangendō.

El sacerdote decía en voz baja:

—Aquí todo está cerrado de noche, por lo que no puedo decirte nada. Esta noche había unos samurais calentándose en el patio. Puede que sean las personas por las que preguntas, pero, como puedes ver, ya se han ido.

—Siento haberte molestado cuando dormías —le dijo el otro hombre—. Ah, ¿no hay dos hombres bajo ese árbol? Tal vez son ellos quienes dijeron que me esperarían aquí.

—Bueno, no cuesta nada preguntárselo para salir de dudas.

—Así lo haré. Ya puedo orientarme solo, así que, por favor, no te molestes más y

regresa a tu habitación.

—¿Vas a reunirte con tus amigos para gozar contemplando la nieve?

—Algo por el estilo —dijo el otro hombre, riendo levemente.

El sacerdote apagó la vela y dijo:

—Supongo que no es necesario que te lo diga, pero si enciendes un fuego cerca del templo, como han hecho antes esos hombres, te ruego que tengas cuidado y lo apagues cuando te marches.

—Así lo haré, descuida.

—Muy bien, entonces. Discúlpame, por favor.

El sacerdote cruzó de nuevo el portal y lo cerró. El hombre que estaba en la terraza permaneció inmóvil un rato, mirando fijamente a Denshichirō.

—¿Quién es, Hyōsuke?

—No lo sé, pero ha salido de la cocina.

—No parece pertenecer al templo.

Los dos hombres caminaron unos veinte pasos en dirección al edificio. El recién llegado se aproximó al centro de la terraza, se detuvo y ató la manga. Los hombres que estaban en el patio se acercaron sin darse cuenta lo suficiente para ver eso, pero entonces sus pies se negaron a seguir adelante.

Al cabo de un breve intervalo, Denshichirō gritó:

—¡Musashi!

Sabía muy bien que aquel hombre, a varios pies por encima de él, se hallaba en una posición muy ventajosa. No sólo estaba perfectamente seguro por la retaguardia, sino que cualquiera que le atacase tanto por la derecha como por la izquierda primero tendría que subir hasta su nivel. De esta manera se encontraba libre para dedicar toda su atención al enemigo que tenía ante él.

Detrás de Denshichirō había terreno abierto, nieve y viento. Estaba seguro de que Musashi no traería compañía, pero no podía hacer caso omiso del amplio espacio que tenía a sus espaldas. Hizo un movimiento, como si sacudiera algo de su kimono, y apremió a Hyōsuke:

—¡Vete de aquí!

Hyōsuke se dirigió al extremo del patio.

—¿Estás preparado? —preguntó Musashi, en un tono sereno pero incisivo que cayó como agua helada sobre la febril excitación de su contrario.

Entonces Denshichirō vio bien por primera vez a Musashi. «¡Así que éste es el bastardo!», pensó. Su odio no tenía límites, le guardaba rencor por haber mutilado a su hermano, se sentía irritado porque la gente corriente le comparaba con Musashi y sentía un profundo desprecio hacia el que consideraba un advenedizo rural que se hacía pasar por samurai.

—¿Quién eres tú para preguntarme si estoy preparado? ¡Hace mucho que han

pasado las nueve!

—¿Dije que estaría aquí exactamente a las nueve?

—¡No vengas con excusas! Llevo largo tiempo esperando. Como puedes ver, estoy perfectamente preparado. ¡Ahora baja de ahí!

No subestimaba a su contrario hasta el punto de atreverse a atacarle desde la posición en que se hallaba.

—Dentro de un momento —respondió Musashi con una risa ligera.

Existía una diferencia entre la idea que tenía Musashi de la preparación y la de su contrario. Aunque estaba físicamente preparado, Denshichirō sólo había empezado a dominarse espiritualmente, mientras que Musashi había iniciado la lucha mucho antes de presentarse ante su enemigo. Para él, el combate entraba ahora en su fase segunda y central. En el santuario de Gion había visto las huellas de pisadas en la nieve, y en aquel momento se había despertado su instinto de lucha. Sabiendo que la sombra del hombre que le seguía ya no estaba allí, había cruzado audazmente el umbral del Rengeōin, encaminándose en derechura a la cocina. Tras despertar al sacerdote, entabló conversación con él, interrogándole sutilmente sobre lo que había sucedido allí poco antes. Sin preocuparse porque se estaba retrasando un poco, había tomado té y se había calentado. Cuando se presentó ante su adversario lo hizo de manera brusca y desde la seguridad relativa de la terraza. Llevaba la iniciativa.

Su segunda oportunidad fue el intento de Denshichirō de hacerle salir de allí. Una manera de luchar sería acceder a lo que le pedía, mientras que la otra sería ignorarlo y buscar por su cuenta la mejor posición. La cautela era necesaria, pues en un caso como aquél la victoria era como la luna reflejada en un lago. Si uno salta hacia ella impulsivamente, podría ahogarse.

La exasperación de Denshichirō no conocía límites.

—No sólo llegas tarde, sino que no estás preparado —le gritó—. Y aquí no estoy en una posición adecuada.

Sin abandonar su serenidad absoluta, Musashi replicó:

—Ya voy. Es sólo un minuto.

Denshichirō sabía bien que la cólera podía resultar en derrota, pero ante el esfuerzo deliberado de su contrario por irritarle, era incapaz de dominar sus emociones. Perdió de vista las lecciones de estrategia que había aprendido.

—¡Baja! —gritó—. ¡Aquí, al patio! ¡Basta de trucos y lucha con bravura! ¡Soy Yoshioka Denshichirō! Y sólo siento desprecio por las tácticas improvisadas o los ataques cobardes. Si tienes miedo antes de que empiece el encuentro, no estás cualificado para luchar conmigo. ¡Baja de ahí!

Musashi sonrió.

—Yoshioka Denshichirō, ¿eh? ¿Qué he de temer de ti? Te corté por la mitad la primavera del año pasado, de modo que si esta noche vuelvo a hacerlo será tan sólo

una repetición de lo que ya hice.

—¿De qué estás hablando? ¿Dónde? ¿Cuándo?

—Fue en Koyagyū, en Yamato.

—¿Yamato?

—En el baño de la posada Wataya, para ser exacto.

—¿Estabas allí?

—En efecto. Ambos estábamos desnudos, por supuesto, pero calculé con la mirada si podría golpearte o no. Y con los ojos te di un tajo en aquel mismo momento, de una manera bastante espléndida, modestia aparte. Probablemente no lo notaste, porque no quedaron cicatrices en tu cuerpo, pero te derroté, de ello no hay duda. Puede que otros estén dispuestos a oír cómo te jactas de tu habilidad de espadachín, pero de mí no conseguirás más que risas.

—Sentía curiosidad por saber cómo hablabas y ahora lo sé: como un idiota. Pero tu cháchara me intriga. ¡Baja de ahí y abriré tus ojos engreídos!

—¿Qué arma tienes? ¿Espada de acero o de madera?

—¿Por qué lo preguntas cuando tú no tienes una espada de madera? Has venido aquí esperando usar una espada de acero, ¿no es cierto?

—Así es, pero he pensado que si querías usar una espada de madera, cogería la tuya y lucharía con ella.

—¡No tengo espada de madera, estúpido! Basta de charla. ¡Lucha!

—¿Preparado?

—¡No!

Los talones de Denshichirō trazaron una negra línea inclinada de unos nueve pies de longitud, haciendo lugar para que Musashi aterrizara. Éste se apresuró a recorrer lateralmente veinte o treinta pies a lo largo de la terraza antes de saltar al suelo. Entonces, cuando se habían movido, con las espadas envainadas, mirándose el uno al otro cautamente, a unos doscientos pies del templo, Denshichirō perdió la cabeza. Desenvainó bruscamente y giró. Su espada era larga, del tamaño apropiado a la envergadura de su cuerpo. Haciendo tan sólo un leve sonido silbante, cortó el aire con una asombrosa ligereza, directamente en el lugar donde Musashi había estado en pie.

Musashi fue más rápido que la espada, e incluso más rápido fue el deslizamiento de la hoja destellante fuera de su propia vaina. Parecía como si ambos contendientes estuvieran demasiado cerca para que salieran indemnes, pero después de que danzara un momento la luz reflejada de las espadas, retrocedieron.

Transcurrieron varios minutos tensos. Los dos combatientes permanecían silenciosos e inmóviles, las espadas detenidas en el aire, cada punta dirigida hacia la otra pero separadas por una distancia de unos nueve pies. La nieve amontonada en las cejas de Denshichirō le caía sobre las pestañas. Para quitársela de encima, contorsionó la cara hasta que los músculos de la frente parecieron innumerables

protuberancias en movimiento. Sus ojos saltones brillaban como las ventanas de un horno de fundición, y las exhalaciones de su respiración profunda y regular eran tan cálidas e impetuosas como las de un fuelle.

La desesperación había invadido su pensamiento, pues se daba cuenta de lo mala que era su posición. «¿Por qué sostengo la espada al nivel de los ojos cuando siempre lo hago por encima de la cabeza para el ataque?», se preguntó. No pensaba en el sentido ordinario de la palabra. Su misma sangre, que palpitaba audiblemente a través de sus venas, se lo decía. Pero todo su cuerpo, desde la cabeza a los dedos de los pies, estaba concentrado en un esfuerzo por presentar una imagen de ferocidad al enemigo.

Sabía que su habilidad en la posición a nivel de los ojos no era descollante, y eso le irritaba. Ansiaba alzar los codos y colocar la espada por encima de su cabeza, pero era demasiado arriesgado. Musashi estaba atento a la posibilidad de ese movimiento, esa fracción de segundo en la que sus brazos le ocultarían la visión.

Musashi también mantenía su espada al nivel de los ojos, con los codos relajados, flexible y capaz de moverse en cualquier dirección. Los brazos de Denshichirō, mantenidos en una postura desacostumbrada, estaban tensos y rígidos, y su espada insegura. La de Musashi permanecía absolutamente inmóvil.

La nieve empezaba a amontonarse sobre el delgado borde superior del arma.

Mientras vigilaba como un halcón a su contrario, para percibir el más ligero movimiento de éste, Musashi contó el número de veces que aspiraba y exhalaba. No sólo quería ganar, sino que debía ganar, y tenía una aguda conciencia de que volvía a encontrarse en la línea fronteriza que separaba la vida de la muerte. Veía a Denshichirō como una roca gigantesca, una presencia abrumadora. El nombre de Hachiman, el dios de la guerra, cruzó por su mente.

«Su técnica es mejor que la mía», se dijo Musashi sinceramente. Había experimentado la misma sensación de inferioridad en el castillo de Koyagyū, cuando le rodearon los cuatro espadachines más diestros de la escuela Yagyū. Siempre ocurría lo mismo cuando se enfrentaba a espadachines de las escuelas ortodoxas, pues su propia técnica carecía de forma o razón, no era, en realidad, más que un método basado en el lema «actúa o muere». Mientras miraba fijamente a Denshichirō, comprendía que el estilo que Kempō había creado y a cuyo desarrollo dedicó su vida entera era sencillo y complejo al mismo tiempo, estaba bien ordenado, era sistemático y no podía ser superado sólo por medio de la fuerza bruta o el espíritu.

Musashi ponía sumo cuidado en no hacer ningún movimiento innecesario. Su táctica primitiva se negaba a entrar en juego, y le sorprendía comprobar hasta qué punto sus brazos se rebelaban, negándose a extenderse. Lo mejor que podía hacer era mantener una postura conservadora, defensiva, y esperar. Sus ojos enrojecieron mientras escrutaban en busca de una oportunidad, y rogó a Hachiman que le diera la victoria.

La creciente excitación hizo que se le acelerase el corazón. De haber sido un hombre ordinario, podría haberse visto arrastrado a un torbellino de confusión y habría sucumbido. Sin embargo, se mantuvo firme, sacudiéndose de encima la sensación de insuficiencia, como si no fuese más que nieve en su manga. Su capacidad para dominar esa nueva sensación regocijante era el resultado de haber sobrevivido ya a varios roces con la muerte. Ahora su espíritu estaba despierto del todo, como si le hubieran quitado un velo que tenía ante sus ojos.

El silencio era absoluto. La nieve se acumulaba sobre el cabello de Musashi y los hombros de Denshichirō.

Musashi ya no veía una gran roca delante de él. Él mismo ya no existía como una persona individual. Había olvidado la voluntad de ganar. Veía la blancura de la nieve que caía entre él y su adversario, y el espíritu de la nieve era tan ligero como el suyo propio. Ahora el espacio parecía una extensión de su propio cuerpo. Se había convertido en el universo, o bien había sucedido al revés. Estaba allí y al mismo tiempo no estaba.

Los pies de Denshichirō avanzaron un poco hacia adelante. En la punta de su espada, su fuerza de voluntad se expresó en un temblor que era el comienzo de un movimiento.

Dos vidas expiraron bajo dos golpes de una sola espada. Primero, Musashi atacó hacia atrás, y la cabeza de Ōtaguro Hyōsuke, o un trozo de ella, pasó volando por el lado de Musashi como una gran cereza carmesí, mientras el cuerpo se tambaleaba sin vida hacia Denshichirō. El segundo grito horrendo, el grito de ataque de Denshichirō, quedó bruscamente interrumpido y su eco se diluyó en el espacio que les rodeaba. Musashi saltó a tal altura que pareció haberse impulsado desde el nivel del pecho de su adversario. El cuerpo robusto de Denshichirō retrocedió vacilante y cayó levantando una rociada de nieve.

Con su cuerpo penosamente doblado y el rostro enterrado en la nieve, el moribundo gritó:

—¡Espera! ¡Espera!

Musashi ya no estaba allí.

—¿Habéis oído eso?

—¡Es Denshichirō!

—¡Ha sido herido!

Las formas oscuras de Genzaemon y los discípulos de la escuela Yoshioka atravesaron corriendo el patio como una ola.

—¡Mirad! ¡Ha matado a Hyōsuke!

—¡Denshichirō!

—¡Denshichirō!

Pero sabían que era inútil llamarle, era inútil pensar en darle tratamiento médico.

Hyōsuke tenía la cabeza cortada lateralmente, desde la oreja derecha hasta la mitad de la boca. Denshichirō había recibido un tajo desde la parte superior de la cabeza hasta el carrillo derecho. Y todo en cuestión de segundos.

—Por eso..., por eso te lo advertí —farfulló Genzaemon—. Por eso te dije que no le tomaras a la ligera. ¡Oh, Denshichirō, Denshichirō! —El anciano abrazó el cuerpo de su sobrino, tratando en vano de consolarle.

Genzaemon aferraba el cadáver de su sobrino, pero le airaba ver pulular a los demás en la nieve enrojecida por la sangre.

—¿Qué le ha ocurrido a Musashi? —preguntó a gritos.

Algunos ya habían empezado a buscarle, pero no veían rastro de él.

—No está aquí —le respondió uno. En su voz anidaban el temor y la confusión.

—Ha de estar en alguna parte cerca de aquí —replicó enfurecido Genzaemon—. No tiene alas. Si no consigo vengarme, jamás podré levantar de nuevo la cabeza como miembro de la familia Yoshioka. ¡Buscadle!

Un hombre emitió un grito ahogado y señaló. Los otros retrocedieron un paso y miraron en la dirección indicada.

—Es Musashi.

—¿Musashi?

Mientras miraban la figura distante, el silencio llenó el aire. No era la serenidad que reina en un lugar de culto, sino un silencio siniestro, diabólico, como si oídos, ojos y cerebros hubieran dejado de funcionar.

Fuera quien fuese el hombre que habían visto, no se trataba de Musashi, pues éste se hallaba en pie bajo los aleros del edificio más cercano. Con la mirada fija en los hombres de Yoshioka y la espalda apretada contra la pared, fue avanzando hasta que llegó al ángulo sudoeste del Sanjūsangendō. Subió a la terraza y se arrastró, lenta y silenciosamente, hasta el centro. Se preguntó si le atacarían. Cuando vio que no hacían movimiento alguno en su dirección, prosiguió su camino sigilosamente hasta el lado norte del edificio y, de un salto, desapareció en la oscuridad.

—¡Ningún noble impúdico va a pasarme por delante! Si cree que puede librarse de mí enviándome una hoja de papel en blanco, tendré que cambiar unas palabras con él. Y traeré a Yoshino conmigo, aunque sólo sea para dar satisfacción a mi orgullo.

Dicen que no es necesario ser joven para disfrutar haciendo travesuras. Cuando Haiya Shōyū estaba bebido, no había nada que le retuviera.

—¡Llévame a su habitación! —ordenó a Sumigiku, apoyando una mano en el hombro de la muchacha para levantarse.

Kōetsu le pidió en vano que no perdiera la compostura.

—¡No! Voy a ver a Yoshino... ¡En pie, portaestandartes! ¡Vuestro general entra en acción! ¡Los que tengan redaños, que me sigan!

Una característica peculiar de los ebrios es que, aunque parecen estar en peligro constante de caer o sufrir algún percance peor, si se les deja solos normalmente resultan ilesos. De todos modos, si nadie tomara medidas para protegerles, éste sería un mundo realmente vacío de sentimientos. Con todos sus años de experiencia a cuestas, Shōyū era capaz de trazar una tenue línea entre divertirse y entretener a los demás. Cuando le creían lo bastante bebido para que resultara fácil manejarle, se mostraba tan difícil como era posible, tambaleándose y dando traspiés hasta que alguien acudía a rescatarle, en cuyo momento se producía un encuentro de espíritus en el límite en que la borrachera provoca una reacción comprensiva.

—Te caerás —gritó Sumigiku, corriendo a sostenerle.

—No seas tonta. ¡Puede que las piernas me flaqueen un poco, pero tengo el espíritu firme!

Parecía malhumorado.

—Intenta caminar solo.

La muchacha le soltó y él se desplomó de inmediato.

—Supongo que estoy un poco cansado. Alguien tendrá que llevarme.

Durante el recorrido hasta la sala ocupada por el señor Kangan, Shōyū, que parecía no enterarse de nada pero era perfectamente consciente de todo, se tambaleó, se desvió, tembló como jalea y, en general, mantuvo en vilo a sus acompañantes desde un extremo del largo pasillo al otro.

Estaba en juego que los «nobles insolentes y sosos», como él los llamaba, monopolizaran o no a Yoshino Dayū. Los grandes mercaderes, que eran tan sólo plebeyos ricos, no sentían temor ni admiración hacia los cortesanos del emperador. Cierto que eran celosos del rango hasta extremos pasmosos, pero eso contaba poco porque no tenían dinero. Si uno esparcía a su alrededor suficiente oro para que estuvieran contentos, participaba en sus elegantes pasatiempos, no escatimaba la deferencia hacia su categoría y les permitía mantener su orgullo, podía manipularlos

como marionetas. Nadie sabía esto mejor que Shōyū.

La luz danzó alegremente en la shoji de la antesala del señor Karasumaru mientras Shōyū trataba de abrirla con torpes movimientos.

Bruscamente, abrieron la puerta deslizante desde el exterior.

—¡Vaya, pero si es Shōyū! —exclamó Takuan Sōhō.

Shōyū abrió unos ojos como platos, primero a causa de la sorpresa y luego complacido.

—Buen sacerdote —farfulló—. ¡Qué agradable sorpresa! ¿Estás aquí desde el principio?

—Y tú, buen señor, ¿estás aquí desde el principio? —le imitó Takuan. Rodeó el cuello de Shōyū con un brazo y los dos hombres bebidos se abrazaron como una pareja de amantes, juntando las mejillas.

—¿Estás bien, viejo bergante?

—Sí, viejo farsante, ¿y tú?

—He esperado mucho verte.

—Y yo a ti.

Antes de que se hubiera agotado la sensiblera sarta de saludos, los dos se daban palmadas en la cabeza y cada uno le lamía la nariz al otro.

El señor Karasumaru, que observaba la escena en la antesala, volvió la cabeza hacia el señor Konoe Nobutada, sentado delante de él, y le dijo con una sonrisa sardónica:

—¡Ja! Tal como esperaba. Ha llegado el ruidoso.

Karasumaru Mitsuhiro era todavía joven, quizá no pasaba de los treinta. Aunque no hubiera vestido su atuendo impecable, habría tenido un aire aristocrático, pues era apuesto, de tez clara, con cejas espesas, labios carmesíes y ojos de expresión inteligente. Daba la impresión de ser un hombre muy gentil, pero bajo la superficie refinada acechaba un temperamento fuerte, alimentado por el resentimiento acumulado contra la clase militar. A menudo decía: «¿Por qué en esta época en que sólo se considera a los guerreros como seres humanos plenos he tenido que nacer noble?».

En su opinión, la clase guerrera debería ocuparse de los asuntos militares y nada más, y todo joven cortesano al que no ofendiera el actual estado de cosas era un necio. La usurpación del poder absoluto por parte de los guerreros trastocaba el antiguo principio de que sólo debería gobernar la corte imperial con la ayuda de los militares. Los samurais ya no hacían el menor intento de mantener la armonía con la nobleza, sino que lo dirigían todo y trataban a los miembros de la corte como si fueran adornos. No sólo los ornados tocados que se permitía llevar a los cortesanos carecían de sentido, sino que las decisiones que se les permitía tomar podrían haber sido tomadas por muñecos.

El señor Karasumaru consideraba que era un grave error por parte de los dioses haber hecho un noble de un hombre como él, y, aunque estaba al servicio del emperador, sólo veía dos caminos abiertos ante él: vivir en constante desdicha o estar siempre de juerga. La elección juiciosa era apoyar la cabeza en las rodillas de una mujer bella, admirar la pálida luz de la luna, contemplar los cerezos en flor cuando era la temporada y morir con una taza de sake en la mano.

En su carrera había pasado de ministro imperial de finanzas a viceministro auxiliar de la Derecha y consejero imperial. Era un alto funcionario en la impotente burocracia del emperador, pero pasaba mucho tiempo en el barrio autorizado, cuya atmósfera ayudaba a olvidar los insultos que debía soportar cuando se ocupaba de asuntos más prácticos. Entre sus compañeros habituales figuraban varios jóvenes nobles descontentos, todos ellos pobres en comparación con los dirigentes militares, pero de alguna manera capaces de reunir el dinero necesario para sus excursiones nocturnas a la Ōgiya, el único lugar, según confesaban, donde tenían la libertad de sentirse humanos.

Aquella noche había invitado a acompañarle a un hombre de otra clase, el taciturno y cortés Konoe Nobutada, que contaba unos diez años más que él. También Nobutada tenía porte aristocrático y una expresión grave en los ojos. De rostro carnoso y espesas cejas, unas marcas de viruelas estropeaban un poco su cutis atezado, pero la modestia de su carácter hacía que la imperfección pareciera de algún modo apropiada. En lugares como la Ōgiya, alguien que no le conociera jamás habría supuesto que era uno de los nobles de más alto rango de Kyoto, el cabeza de la familia entre cuyos miembros eran elegidos los regentes imperiales.

Estaba al lado de Yoshino y, con una sonrisa afable, se volvió hacia ella y le dijo:

—Ésa es la voz del señor Funabashi, ¿no es cierto?

Ella se mordió los labios, ya más rojos que flores de cerezo, y su mirada reflejó el apuro que le ocasionaba la embarazosa situación.

—¿Qué hago si entra? —preguntó, nerviosa.

—¡No te levantes! —le ordenó el señor Karasumaru, cogiendo el borde de su kimono.

—¿Qué estás haciendo ahí afuera, Takuan? Si dejas la puerta abierta entra frío. Sal si lo deseas o entra de una vez, pero cierra la puerta.

Takuan mordió el cebo y le dijo a Shōyū:

—Pasa.

Tiró del viejo, haciéndole entrar en la habitación.

Shōyū dio unos pasos y se sentó directamente enfrente de los dos nobles.

—¡Vaya, qué sorpresa tan agradable! —exclamó Mitsuhiro con fingida sinceridad.

Shōyū se acercó más arrastrando sus huesudas rodillas. Extendió la mano hacia

Nobutada.

—Dame sake —le pidió. Cuando recibió la taza, hizo una reverencia exageradamente ceremoniosa.

—Me alegro de verte, viejo Funabashi —le dijo Nobutada, sonriente—. Siempre pareces estar de buen humor.

Shōyū apuró la taza y la devolvió.

—No había imaginado que el compañero del señor Kangan era vuestra excelencia. —Fingiendo todavía estar más bebido de lo que realmente estaba, movió su delgado y arrugado cuello como un antiguo criado y dijo con fingido temor—: ¡Perdonadme, estimada excelencia! —Entonces cambió de tono—. ¿Por qué he de ser tan cortés? ¡Ja, ja! ¿No es cierto, Takuan? —Rodeó con el brazo el cuello del sacerdote, le atrajo hacia él y señaló con un dedo a los dos cortesanos—. ¿Sabes, Takuan? Las personas de este mundo que me dan más pena son los nobles. Ostentan títulos resonantes, como consejero o regente, pero no tienen nada que acompañe a los honores. Hasta los mercaderes están en mejor posición, ¿no te parece?

—Desde luego —respondió Takuan, contorsionándose para librarse del brazo que le rodeaba el cuello.

Shōyū puso una taza bajo las mismas narices del sacerdote.

—Todavía no me has invitado a beber.

Takuan le sirvió sake. El viejo bebió.

—Eres un hombre taimado, Takuan. En el mundo en que vivimos, los sacerdotes como tú son astutos, los mercaderes elegantes, los guerreros fuertes y los nobles estúpidos. ¡Ja, ja! ¿No es cierto?

—Así es, así es —convino Takuan.

—Los nobles no pueden hacer lo que les plazca debido a su rango, pero están excluidos de la política y el gobierno. Lo único que les queda es componer versos o hacerse expertos calígrafos. ¿No es ésa la verdad? —Se rió de nuevo.

Aunque a Mitsuhiro y Nobutada les gustaba la diversión tanto como a Shōyū, la brusquedad con que éste les estaba ridiculizando era embarazosa y reaccionaron con un silencio pétreo.

Aprovechándose de su incomodidad, Shōyū insistió:

—¿Qué te parece, Yoshino? ¿Te atraen los nobles o prefieres a los mercaderes?

Yoshino se rió entre dientes.

—Ji, ji. Vaya, señor Funabashi, ¡qué pregunta tan extraña!

—No bromeo. Estoy tratando de escrutar el corazón de una mujer, y ahora puedo ver lo que hay en él. Realmente prefieres a los mercaderes, ¿verdad? Creo que será mejor que te saque de aquí. Ven conmigo a mi sala. —La cogió de la mano y se levantó, con una expresión maliciosa en el rostro.

Sobresaltado, Mitsuhiro derramó su sake.

—Estás llevando la broma demasiado lejos —le dijo, al tiempo que le arrebataba la mano de Yoshino y la atraía hacia él.

Atrapada entre los dos, Yoshino se echó a reír e intentó sacar el mejor partido de la situación. Cogió la mano de Mitsuhiro con su mano derecha y la de Shōyū con la izquierda, adoptó una expresión preocupada y dijo:

—¿Que voy a hacer con vosotros dos?

En cuanto a los dos hombres, aunque no sentían desagrado mutuo ni eran serios rivales en el amor, las reglas del juego les exigían que hicieran cuanto estuviera en su mano para que la posición de Yoshino Dayū fuese más incómoda.

—Vamos, mi buena dama —le dijo Shōyū—. Debes decidir por ti misma. Tienes que elegir al hombre cuya habitación agraciarás, aquél a quien entregarás tu corazón.

Takuan intervino en el conflicto.

—Un problema muy interesante, ¿no es cierto? Dinos, Yoshino, ¿a quién eliges?

El único que no participaba era Nobutada. Al cabo de un rato, su sentido del decoro le impulsó a decir:

—Por favor, sois invitados, no seáis descorteses. Por vuestra manera de comportaros, estoy seguro de que a Yoshino le gustaría librarse de los dos. ¿Por qué no nos divertimos todos y dejamos de importunarla? Kōetsu debe de estar solo. Que una de las chicas vaya en su busca y le traiga.

Shōyū agitó una mano.

—No hay motivo para traerle aquí. Voy a volver a mi habitación con Yoshino.

—No harás tal cosa —dijo Mitsuhiro, abrazándola más fuerte.

—¡La insolencia de la aristocracia! —exclamó Shōyū. Con los ojos centelleantes, ofreció una taza a Mitsuhiro y le dijo—: Decidamos con quién se queda mediante un concurso de bebida... ante sus mismos ojos.

—Ah, muy bien, eso parece divertido. —Mitsuhiro cogió una taza grande y la colocó sobre una mesita entre ellos—. ¿Estás seguro de que eres lo bastante joven para aguantarlo? —le preguntó maliciosamente.

—¡No hace falta ser joven para competir con un noble esmirriado!

—¿Cómo vamos a decidir a quién le toca el turno? Si nos limitamos a beber a grandes tragos no es divertido. Tenemos que jugar a algo. El que pierda, beberá una taza llena. ¿A qué jugamos?

—Podríamos mirarnos fijamente, a ver quién resiste más sin desviar la vista.

—Eso significaría contemplar tu feo rostro de mercader. No es un juego, sino una tortura.

—¡No seas insultante! Humm, ¿qué te parece el juego de piedra, tijeras y papel?

—¡Estupendo!

—Tú serás el arbitro, Takuan.

—Haré lo que sea por complaceros.

Con semblantes totalmente serios, empezaron a jugar. Después de cada ronda, el perdedor se quejaba con la amargura apropiada y todos se reían.

Yoshino Dayū salió discretamente de la habitación, arrastrando graciosamente tras ella la cola de su largo kimono, y caminó con aire imponente por el pasillo. Poco después de que hubiera salido, Konoe Nobutada dijo:

—También yo debo irme.

Su salida pasó desapercibida a los demás.

Bostezando sin recato, Takuan se tendió y, sin molestarse en pedir permiso, apoyó la cabeza en las rodillas de Sumigiku. Aunque era agradable dormitar así, sentía también una punzada de culpabilidad. «Debo volver a casa —se dijo—. Probablemente se sienten solos sin mí.» Estaba pensando en Jōtarō y Otsū, que volvían a estar juntos en la casa del señor Karasumaru. Takuan había llevado allí a Otsū, tras la penosa experiencia que tuvo la muchacha en el Kiyomizudera.

Takuan y el señor Karasumaru eran viejos amigos y compartían muchos intereses: poesía, zen, bebida, incluso ideas políticas. Hacia el final del año anterior, Takuan recibió una carta invitándole a pasar las vacaciones de Año Nuevo en Kyoto. Mitsuhiro le escribía: «Parece ser que estás encerrado en un pequeño templo rural. ¿No echas de menos la capital, el buen sake de Nada, la compañía de hermosas mujeres y ver a los chorlitos junto al río Kamo? Si te gusta dormir, supongo que haces muy bien en practicar el zen en el campo, pero si quieres algo más animado, ven aquí y vive entre la gente. Si sientes nostalgia de la capital, no dejes de hacernos una visita».

Poco después de su llegada, a principios del nuevo año, Takuan se sorprendió al ver a Jōtarō jugando en el patio. Mitsuhiro le informó con detalle de lo que el muchacho hacía allí, y luego supo por Jōtarō que no había habido noticias de Otsū desde que ésta cayó en las garras de Osugi el día de Año Nuevo.

La mañana siguiente al día de su regreso, Otsū cayó enferma con fiebre. Seguía en cama, atendida por Jōtarō, el cual permanecía sentado junto a su almohada durante el día entero, le enfriaba la frente con toallas húmedas y medía las dosis de medicina cuando le tocaba tomarla.

Por mucho que Takuan quisiera marcharse, no podía hacerlo sin pecar de grave descortesía antes de que se marchara su anfitrión, y Mitsuhiro parecía cada vez más absorto en el concurso de bebida.

Puesto que ambos contrincantes eran veteranos, el concurso parecía destinado a terminar en empate, y así ocurrió. De todos modos siguieron bebiendo, sentados uno delante del otro, tan cerca que se tocaban las rodillas, y charlando animadamente. Takuan no sabía si el tema que trataban era el gobierno en manos de la clase militar, el valor intrínseco de la nobleza o el papel de los mercaderes en el desarrollo del comercio exterior, pero sin duda se trataba de algo muy serio. Alzó la cabeza de la

rodilla de Sumigiku y, con los ojos todavía cerrados, se apoyó en la pared y escuchó la conversación, sonriendo de vez en cuando por lo que oía.

Al cabo de un rato, Mitsuhiro preguntó en tono ofendido:

—¿Dónde está Nobutada? ¿Se ha ido a casa?

—Déjale en paz —dijo Shōyū—. ¿Dónde está Yoshino?

De repente parecía muy sobrio.

Mitsuhiro pidió a Rin'ya que fuese en busca de Yoshino. Cuando la muchacha pasó ante la habitación donde Shōyū y Kōetsu habían comenzado la velada, Rin'ya miró al interior. Musashi estaba sentado a solas, la cara iluminada por la blanca luz del farol.

—Ah, no sabía que estuvieras de vuelta —le dijo Rin'ya.

—He vuelto hace poco.

—¿Has entrado por la parte de atrás?

—Sí.

—¿Adonde has ido?

—Humm..., fuera del distrito.

—Apuesto a que tenías una cita con una muchacha guapa —dijo descaradamente —. ¡Qué vergüenza! Voy a decírselo a mi señora.

Musashi se echó a reír.

—Aquí no hay nadie —observó—. ¿Adonde han ido?

—Están en otra habitación, jugando con el señor Kangan y un sacerdote.

—¿También Kōetsu?

—No, no sé dónde está él.

—Tal vez ha vuelto a casa. En ese caso, debo irme también.

—No digas eso. Cuando vienes a esta casa, no puedes marcharte sin el consentimiento de Yoshino Dayū. Si te escabulles, la gente se reirá de ti, y a mí me reñirán.

Como no estaba acostumbrado al humor de las cortesanas, Musashi recibió esta noticia con semblante serio, diciéndose: «De modo que así son las cosas aquí».

—De ninguna manera debes irte sin haberte despedido apropiadamente. Espera aquí hasta que vuelva.

Al cabo de unos minutos apareció Takuan.

—¿De dónde has salido? —preguntó al rōnin, dándole una palmada en los riñones.

Musashi le miró boquiabierto. Deslizándose fuera del cojín, apoyó ambas manos en el suelo e hizo una profunda reverencia.

—¡Cuánto tiempo ha pasado desde la última vez que nos vimos!

Takuan alzó del suelo las manos de Musashi.

—Éste es un lugar para divertirse y relajarse, no son necesarios los saludos

formales... Me han dicho que Kōetsu también estaba aquí, pero no le veo.

—¿Adonde crees que puede haber ido?

—Busquémosle. Tengo que hablar contigo en privado de una serie de cosas, pero pueden esperar a una ocasión más apropiada.

Takuan abrió la puerta que daba a la habitación contigua. Allí, con los pies en el kotatsu cubierto y tapado con un edredón, yacía Kōetsu, separado del resto de la estancia por un pequeño biombo dorado. Dormía apaciblemente, y Takuan no se atrevió a despertarle.

Por fin el durmiente abrió los ojos. Miró con fijeza un momento el rostro del sacerdote y luego el de Musashi, sin comprender qué hacían allí.

Después de que le hubieran explicado la situación, Kōetsu les dijo:

—Si sólo estáis tú y Mitsuhiro en la otra habitación, no tengo inconveniente en ir ahí.

Tras haber llegado a la conclusión de que ninguno era el ganador, Mitsuhiro y Shōyū se habían sumido en la melancolía. Habían alcanzado la etapa en que el sake empieza a saber amargo, los labios están resecos y un sorbo de agua hace pensar en el hogar. Aquella noche los efectos secundarios eran peores, pues Yoshino les había abandonado.

—¿Por qué no nos vamos todos a casa? —sugirió alguien.

—Sí, podríamos irnos —convinieron los demás.

Aunque no estaban realmente deseosos de marcharse, temían que si se quedaban más tiempo, se desvanecería por completo la dulzura de la velada, pero cuando se levantaban para salir, llegó Rin'ya corriendo en compañía de dos niñas más pequeñas. Rin'ya cogió las manos del señor Kangan y le dijo:

—Perdonadnos por haberos hecho esperar. No os marchéis, os lo ruego. Yoshino Dayū está dispuesta a recibiros en sus habitaciones particulares. Sé que es tarde, pero afuera hay luz, gracias a la nieve, y con este frío por lo menos debéis calentaros apropiadamente antes de subir a los palanquines. Venid con nosotras.

Ninguno de ellos tenía ganas de seguir divirtiéndose. Una vez desaparecido el estado de ánimo adecuado, era difícil lograr que volviera.

Al darse cuenta de su vacilación, una de las asistentas dijo:

—Yoshino ha dicho que está segura de que todos la habéis considerado descortés por marcharse, pero no podía hacer otra cosa. Si cedía a los deseos del señor Kangan, el señor Funabashi se sentiría dolido, y si se iba con el señor Funabashi, el señor Kangan se sentiría muy solo. No quiere que ninguno de vosotros se sienta menospreciado, por lo que os invita a tomar una última taza. Por favor, comprended sus sentimientos y quedaros un poco más.

Los hombres se dieron cuenta de que una negativa sería descortés y, como sentían no poca curiosidad por ver a la principal cortesana en sus propios aposentos, se

dejaron persuadir. Guiados por las muchachas, encontraron cinco pares de rústicas sandalias de paja en lo alto de los escalones del jardín. Se las calzaron y avanzaron sin hacer el menor ruido por la nieve. Musashi no tenía la menor idea de lo que sucedía, pero los demás supusieron que iban a participar en una ceremonia del té, pues Yoshino era conocida como ardiente devota del culto al té. Puesto que un cuenco de té después del alcohol ingerido sólo podría sentarles bien, ninguno se mostró molesto hasta que las muchachas les llevaron más allá de la casa de té, entrando en un campo muy tupido.

—¿Adonde nos lleváis? —inquirió el señor Kangan en tono acusador—. ¡Esto es una parcela de morales!

Las muchachas se rieron, y Rin'ya se apresuró a explicar:

—¡Oh, no! Éste es nuestro jardín de peonías. A principios del verano, sacamos escabeles y todo el mundo viene aquí a beber y admirar las flores.

—Parcela de morales o jardín de peonías, no es muy agradable estar aquí cuando nieva. ¿Acaso Yoshino quiere que nos resfriemos?

—Lo siento mucho. Sólo hay que andar un poco más.

En un ángulo del campo había una casita con tejado de paja, la cual, a juzgar por su aspecto, probablemente era una granja que había estado allí desde antes de que la zona fuese urbanizada. Detrás había un bosquecillo, y el patio estaba separado del jardín bien cuidado de la Ōgiya.

—Por aquí —dijeron las muchachas, llevándoles a una habitación con suelo de tierra cuyas paredes y postes estaban negros de hollín.

Rin'ya anunció su llegada y, desde el interior, Yoshino Dayū respondió:

—¡Bienvenidos! Entrad, por favor.

El fuego que ardía en el hogar lanzaba un suave resplandor rojizo sobre el papel de la shoji. El ambiente parecía muy alejado del de la ciudad. Los hombres miraron a su alrededor en la cocina y, al ver capas de paja para la lluvia que colgaban de una pared, se preguntaron qué clase de entretenimiento había planeado Yoshino para ellos. La puerta corredera se abrió y uno tras otro entraron en la habitación donde crepitaba el fuego.

El kimono de Yoshino era amarillo claro, con el obi de satén negro. Llevaba un mínimo de maquillaje y se había peinado de nuevo, con un estilo sencillo de ama de casa. Sus invitados la miraron con admiración.

—¡Qué extraordinario!

—¡Es encantadora!

Con aquel atuendo sin pretensiones, realzado por las paredes ennegrecidas, Yoshino estaba cien veces más hermosa que cuando vestía los trajes complicadamente bordados al estilo Momoyama que lucía en otras ocasiones. Los vistosos kimonos a los que los hombres estaban acostumbrados, el rojo de labios

iridiscente, los biombos dorados y las palmatorias de plata eran necesarios para una mujer de su profesión. Pero Yoshino no tenía necesidad de accesorios para que destacara su belleza.

—Humm, esto es algo muy especial —comentó Shōyū.

El viejo de lengua acerba no era hombre que dispensara halagos a la ligera y parecía temporalmente domado.

Sin extender cojines, Yoshino les invitó a sentarse al lado del hogar.

—Vivo aquí, como podéis ver, y no puedo ofreceros gran cosa, pero por lo menos hay fuego. Supongo que estaréis de acuerdo en que el fuego es el festín más excelente que se puede dar en una noche de frío y nieve, tanto si el invitado es un príncipe como un pordiosero. Hay un buen suministro de leña, por lo que aun cuando nos pasemos la noche hablando, no tendré que usar las plantas de los tiestos como combustible. Por favor, poneos cómodos.

El noble, el mercader, el artista y el sacerdote se sentaron con las piernas cruzadas junto al hogar, y extendieron las manos por encima de las llamas. Kōetsu reflexionó en el gélido paseo desde la Ōgiya y la invitación a calentarse ante aquel fuego alimentado con madera de cerezo. Era en verdad como un festín, la auténtica esencia de la diversión.

—Ven tú también al lado del fuego —dijo Yoshino. Sonrió invitadoramente a Musashi y se movió un poco para hacerle sitio.

Musashi estaba impresionado al lado de tan ilustre compañía. Después de Toyotomi Hideyoshi y Tokugawa Ieyasu, ella era probablemente la persona más famosa de Japón. Por supuesto, estaba Okuni, célebre en el Kabuki, y la querida de Hideyoshi, Yodogimi, pero se consideraba a Yoshino con más clase que la primera y más ingenio, belleza y amabilidad que la segunda. Los hombres que frecuentaban a Yoshino eran conocidos como los «compradores», mientras que a ella la llamaban «la Tayū». Cualquier cortesana de primera clase recibía el nombre de Tayū, pero decir «la Tayū» era referirse a Yoshino y nadie más. Musashi había oído decir que tenía siete asistentas para bañarla y dos para cortarle las uñas.

Aquella noche, por primera vez en su vida, Musashi se encontró en compañía de damas pintadas y refinadas, y reaccionó con una rígida formalidad, debida en parte a que no podía evitar preguntarse qué encontraban los hombres tan extraordinario en Yoshino.

—Por favor, relájate —le dijo ella—. Siéntate aquí.

A la cuarta o quinta invitación, Musashi capituló. Sentándose a su lado, imitó a los demás y extendió las manos sobre el fuego.

Yoshino le miró la manga y vio una mancha roja. Mientras los demás conversaban, ella se sacó discretamente de la manga un trozo de papel y la limpió.

—Ah, gracias —dijo Musashi.

De haber permanecido en silencio, nadie se habría dado cuenta, pero en cuanto habló todos los ojos se fijaron en la mancha carmesí en el papel que sostenía Yoshino.

La sorpresa se reflejaba en los ojos de Mitsuhiro.

—Eso es sangre, ¿no es cierto?

Yoshino sonrió.

—No, claro que no. Es un pétalo de peonía roja.

El laúd roto

Los cuatro o cinco leños ardían silenciosamente, emitiendo un grato aroma e iluminando la pequeña habitación como si fuese de día. El humo tenue, que no producía escozor en los ojos, parecía pétalos de peonía blanca agitados por la brisa, salpicados de vez en cuando por chispas de un dorado violáceo y carmesíes. Cada vez que el fuego parecía empezar a extinguirse, Yoshino echaba largos trozos de leña que tenía en un cubo a su lado.

Los hombres estaban demasiado cautivados por la belleza de las llamas para preguntar por la leña, pero finalmente Mitsuhiro inquirió:

—¿Qué clase de madera estás usando? No es pino.

—No —replicó Yoshino—. Es madera de peonía.

La respuesta les sorprendió un poco, pues la peonía, con sus ramas delgadas y tupidas, no parecía precisamente apropiada como leña. Yoshino cogió una rama que sólo estaba algo chamuscada y se la tendió a Mitsuhiro.

Les dijo que las cepas de peonía que estaban en el jardín habían sido plantadas más de cien años atrás. A principios del invierno, los jardineros las podaban a fondo, cortando las partes superiores agujereadas por los gusanos. Los restos que quedaban tras la poda se usaban como leña. Aunque la cantidad era insuficiente, bastaba para Yoshino.

La cortesana observó que la peonía era la reina de las flores. Tal vez era natural que sus ramas marchitas tuvieran una calidad que no se encontraba en la madera ordinaria, del mismo modo que ciertos hombres tenían una valía de la que otros estaban faltos.

—¿Cuántos son los hombres cuyo mérito perdura después de que las flores se han marchitado y muerto? —inquirió y, con una sonrisa melancólica, respondió a su propia pregunta—. Los seres humanos florecemos sólo durante nuestra juventud, y luego nos convertimos en esqueletos secos e inodoros incluso antes de morir. —Poco después Yoshino añadió—: Siento no poder ofreceros más que el sake y el fuego, pero por lo menos hay leña, suficiente para que dure hasta la salida del sol.

—No tienes que disculparte. Ésta es una fiesta digna de un príncipe.

Shōyū, aunque estaba acostumbrado al lujo, era sincero en su alabanza.

—Hay una sola cosa que me gustaría que hicierais por mí —dijo Yoshino—. ¿Me haréis el favor de escribir un recordatorio de esta velada?

Mientras ella frotaba la piedra de tinta, las muchachas extendieron una alfombra de lana en la habitación contigua sobre la que depositaron varias hojas de papel de escritura chino. Hecho de bambú y morera, era un papel duro y absorbente, apropiado para las inscripciones caligráficas.

Mitsuhiro adoptó el papel de anfitrión, se volvió hacia Takuan y le dijo:

—Buen sacerdote, puesto que la dama lo solicita, ¿escribirás algo adecuado? ¿O tal vez deberíamos pedírselo primero a Kōetsu?

Kōetsu se movió en silencio sobre sus rodillas. Tomó el pincel, se quedó un momento pensativo y dibujó un pétalo de peonía.

Encima del dibujo, Takuan escribió:

¿Por qué debo aferrarme
a una vida tan alejada
de la belleza y la pasión?
Aunque hermosas, las peonías
se despojan de sus pétalos brillantes y mueren.

El poema de Takuan era de estilo japonés. Mitsuhiro prefirió escribir a la manera china, anotando unos versos de un poema de Tsai Wen:

Cuando estoy ocupado, la montaña me mira.
Cuando estoy ocioso, miro a la montaña,
aunque parece ser lo mismo, no lo es,
pues la ocupación es inferior al ocio.

Bajo el poema de Takuan, Yoshino escribió:

Incluso mientras florecen
un hálito de tristeza se cierne
sobre las flores.
¿Piensan acaso en el futuro,
cuando sus pétalos habrán desaparecido?

Shōyū y Musashi observaban en silencio, el último muy aliviado cuando nadie insistió en que también escribiera algo.

Regresaron al lado del hogar y charlaron un rato, hasta que Shōyū, al reparar en un biwa, una especie de laúd, junto al lugar de honor en la sala interior, le pidió a Yoshino que tocara para ellos. Los demás secundaron la sugerencia.

Sin el menor atisbo de timidez, Yoshino cogió el instrumento y se sentó en medio de la habitación interior tenuemente iluminada. Su porte no era el de un virtuoso orgulloso de sus habilidades, pero tampoco trató de ser más modesta de lo necesario. Los hombres despejaron sus mentes de pensamientos azarosos, a fin de atender mejor a la rendición que hacía Yoshino de una sección de los Cuentos de Heike. Los tonos suaves, dulces, cedieron el paso a un pasaje turbulento, seguido de unos acordes en

staccato. El fuego menguó y la oscuridad invadió la habitación. Extasiados por la música, ninguno de los presentes se movió hasta que una minúscula explosión de chispas les hizo regresar a la tierra.

Cuando terminó de tocar, Yoshino sonrió levemente y dijo:

—Me temo que no lo hago muy bien.

Dejó el laúd en su sitio y regresó al fuego. Cuando los hombres se levantaron para marcharse, Musashi, contento al ver que se libraba de más aburrimiento, fue el primero en alcanzar la puerta. Yoshino se despidió de los demás uno tras otro, pero a él no le dijo nada. Cuando se disponía a salir, la cortesana le cogió discretamente de la manga.

—Pasa la noche aquí, Musashi. Por alguna razón..., no quiero que vuelvas a casa.

El rostro de una virgen importunada no habría enrojecido más. Trató de ocultarlo fingiendo que no oía, pero los demás se dieron cuenta de que estaba demasiado turbado para hablar.

Yoshino se volvió hacia Shōyū y le preguntó:

—No hay ningún impedimento para que se quede aquí, ¿verdad?

Musashi apartó la mano de Yoshino de su manga.

—No, me marcho con Kōetsu.

Se apresuró hacia la puerta, pero Kōetsu le detuvo.

—No seas así, Musashi. ¿Por qué no pasas aquí esta noche? Puedes volver a mi casa mañana. Al fin y al cabo, la dama ha sido tan amable de mostrar su preocupación por ti.

Dicho esto, y sin esperar la reacción del joven, fue a reunirse con los otros dos hombres.

La cautela de Musashi le advertía de que estaban tratando de embaucarle para que se quedara, a fin de reírse más tarde de él. No obstante, la seriedad que veía en los rostros de Yoshino y Kōetsu parecía contradecir que se tratara sólo de una broma.

Shōyū y Mitsuhiro, divertidísimos por su incomodidad, insistían en burlarse de él.

—Eres el hombre más afortunado del país —le dijo uno de ellos, y el otro se ofreció para quedarse en su lugar.

Las chanzas cesaron con la llegada de un hombre a quien Yoshino había encargado que echara un vistazo por el barrio. El enviado jadeaba y los dientes le castañateaban de miedo.

—Los demás caballeros pueden marcharse —dijo—, pero Musashi debería pensarlo dos veces. Ahora sólo está abierta la entrada principal, y a cada lado de ella, alrededor de la casa de té Amigasa y a lo largo de la calle, hay enjambres de samurais fuertemente armados, que deambulan en pequeños grupos. Son de la escuela Yoshioka. Los mercaderes temen que pueda ocurrir algo terrible, por lo que han cerrado sus tiendas temprano. Me han dicho que más allá del barrio, hacia el campo

de equitación, hay por lo menos un centenar de hombres.

Los visitantes se quedaron impresionados, no sólo por el informe sino también por el hecho de que Yoshino hubiera tomado semejante precaución. Tan sólo Kōetsu tenía un atisbo de que podría haber ocurrido algún incidente.

Yoshino había supuesto que sucedía algo cuando vio la mancha de sangre en la manga de Musashi.

—Ahora que sabes lo que hay ahí afuera, Musashi, tal vez estés incluso más decidido a marcharte, sólo para demostrar que no tienes miedo —le dijo la cortesana —. Pero te ruego que no hagas nada temerario. Si tus enemigos piensan que eres un cobarde, siempre puedes demostrarles mañana que no lo eres. Esta noche has venido aquí para relajarte, y es lo propio de un hombre apurar el goce hasta satisfacer los deseos de su corazón. Los Yoshioka quieren matarte y, ciertamente, no es ninguna deshonra evitar tal cosa. Incluso muchos condenarían la pobreza de tu juicio si insistieras en dirigirte a su trampa.

—Está la cuestión de tu honor personal, por supuesto, pero te ruego que te detengas a considerar los trastornos que una refriega causaría a la gente del barrio. Las vidas de tus amigos también correrían peligro. En tales circunstancias, lo único prudente es que te quedes aquí.

Sin esperar su respuesta, Yoshino se volvió hacia los demás hombres y les dijo:

—Creo que vosotros podéis marcharos, siempre que tengáis cuidado por el camino.

Un par de horas después dieron las cuatro. El sonido distante de música y cantos se había desvanecido. Musashi, sentado en el umbral de la sala donde estaba el hogar, era un solitario prisionero en espera del alba. Yoshino permanecía al lado del fuego.

—¿No tienes frío ahí? —le preguntó—. Ven aquí y estarás caliente.

—No te preocupes por mí y vete a la cama. Cuando salga el sol, me iré.

Ya habían intercambiado las mismas palabras una serie de veces, pero sin ningún resultado.

A pesar de la falta de refinamiento de Musashi, Yoshino se sentía atraída por él. Aunque existía la opinión de que una mujer que pensaba en los hombres como tales, en lugar de verlos tan sólo como fuentes de ingresos, no estaba preparada para encontrar empleo en los barrios alegres, eso no era más que un cliché repetido por los patronos de los burdeles, hombres que sólo conocían a las prostitutas corrientes y no tenían ningún contacto con las grandes cortesanas. Las mujeres con la crianza y el adiestramiento de Yoshino eran muy capaces de enamorarse. Ella tan sólo tenía uno o dos años más que Musashi, pero sus respectivas experiencias del amor no podían ser más diferentes. Al verle sentado con tanta rigidez, reprimiendo sus emociones, evitando su rostro como si mirarla pudiera cegarle, ella se sentía de nuevo como una

doncella protegida que experimenta los primeros tormentos del amor.

Los servidores, desconocedores de la tensión psicológica, habían extendido lujosos jergones, apropiados para la hija y el hijo de un daimyō, en la habitación contigua. Minúsculas campanillas doradas brillaban tenuemente en los ángulos de las almohadas de satén.

El sonido de la nieve que se deslizaba del tejado no era distinto al de un hombre que saltara desde la valla al jardín. Cada vez que lo oía, a Musashi se le erizaba el cabello, como si los nervios llegaran hasta sus mismas puntas.

Yoshino sintió que la recorría un escalofrío. Era la hora más fría de la noche, poco antes del amanecer, y no obstante su incomodidad no se debía al frío sino a la presencia de aquel hombre obstinado. Era una sensación que entraba en conflicto, de una manera complicada y rítmica, con la atracción que experimentaba hacia él.

La tetera sobre el fuego empezó a silbar, un sonido alegre que serenó a la mujer, la cual sirvió el té con lentos movimientos.

—Pronto amanecerá. Toma una taza de té y caliéntate junto al fuego.

—Gracias —dijo Musashi sin moverse.

—Ya está listo —volvió a decir ella, y no insistió más.

Lo último que deseaba era convertirse en un fastidio. Sin embargo, estaba un poco ofendida al ver que el té iba a desperdiciarse. Cuando ya estaba demasiado frío para beberlo, lo echó en un pequeño cubo que tenía para ese fin. Se preguntó de qué servía ofrecer té a un rústico como aquel joven, para quien las sutilezas de tomar té no significaban nada.

Aunque estaba de espaldas a ella, Yoshino se daba cuenta de que todo su cuerpo estaba tenso como una armadura de acero. Una expresión de simpatía apareció en el rostro de la mujer.

—Musashi.

—¿Qué?

—¿Contra quién estás en guardia?

—Contra nadie, tan sólo estoy intentando no relajarme demasiado.

—¿A causa de tus enemigos?

—Naturalmente.

—En el estado en que te encuentras, si te atacaran de improviso en masa, morirías en el acto. Estoy segura de ello, y eso me entristece.

Él no le respondió.

—Una mujer como yo no sabe nada del arte de la guerra, pero después de observarte esta noche tengo la terrible sensación de que he visto a un hombre que pronto será vencido. De algún modo te envuelve la sombra de la muerte. En tales condiciones, ¿está seguro un guerrero que en cualquier momento puede tener que enfrentarse a una docena de espadas? ¿Puede un hombre así confiar en que saldrá

victorioso?

Aunque su tono expresaba comprensión y simpatía, estas palabras inquietaron a Musashi, el cual se volvió en redondo, avanzó hasta el hogar y se sentó frente a la cortesana.

—¿Me estás diciendo que soy inmaduro?

—¿Te has enfadado?

—Nada de lo que una mujer diga hará que me enfade, pero me interesa saber por qué crees que actúo como un hombre al que pronto van a matar.

Era dolorosamente consciente de la red de espadas, estrategias y maldiciones tejida en torno a él por los partidarios de los Yoshioka. Había previsto un intento de venganza, y en el patio del Rengeōin había pensado en la posibilidad de ocultarse, pero eso habría sido una descortesía hacia Kōetsu y la ruptura de la promesa que le había hecho a Rin'ya. Sin embargo, mucho más decisivo era su deseo de que no le acusaran de huir porque tenía miedo.

Después de volver a la Ōgiya, pensó que había mostrado una admirable compostura. Ahora Yoshino se reía de su inmadurez. Esto no le habría molestado si ella se burlara a la manera de las cortesanas, pero parecía perfectamente seria.

Aunque afirmaba no estar enfadado, su mirada, fija en el blanco rostro de la mujer, era tan penetrante como la punta de una espada.

—Explícame lo que has dicho —le pidió. Como ella no le respondió de inmediato, añadió—: O tal vez sólo estabas bromeando.

En las mejillas de Yoshino reaparecieron los hoyuelos que se habían desvanecido.

—¿Cómo puedes decir tal cosa? —Se echó a reír, sacudiendo la cabeza—. ¿Crees que bromearía sobre algo tan serio como un guerrero?

—Bien, ¿qué querías decir? ¡Dímelo!

—De acuerdo. Puesto que pareces tan deseoso de saberlo, intentaré explicártelo. ¿Estabas escuchando cuando tocaba el laúd?

—¿Qué tiene eso que ver?

—Tal vez es una tontería preguntártelo. Estás tan tenso que tus oídos difícilmente podrían captar los tonos finos, sutiles de la música.

—No, eso no es cierto. Estaba escuchando.

—¿Se te ocurrió preguntarte cómo todas esas complicadas combinaciones de tonos bajos y altos, frases fuertes y débiles, pueden producirse con sólo cuatro cuerdas?

—Escuchaba el relato. ¿Qué más debía oír?

—Mucha gente lo hace, pero me gustaría hacer una comparación entre el laúd y un ser humano. En vez de exponer la técnica para tocar el instrumento, permíteme recitar un poema de Po Chü-i en el que describe los sonidos del laúd. Estoy segura de que lo conoces.

Su frente se arrugó ligeramente mientras entonaba el poema en voz baja, en un estilo equidistante entre el canto y la recitación.

Las cuerdas grandes murmuraban como la lluvia,
las cuerdas pequeñas susurraban como si contaran un secreto,
murmuraban, susurraban... y entonces se entremezclaban
como perlas grandes y pequeñas vertidas en una fuente de jade.
Oíamos el canto líquido de una oropéndola oculta entre las flores.
Oíamos un arroyo que sollozaba amargamente a lo largo de un banco de arena...
Por el súbito cese de su fría pulsación, la misma cuerda parecía rota
como si no pudiera pasar, y las notas, extinguiéndose
en una hondura de pesar y ocultación del lamento,
decían más en silencio de lo que habían dicho al sonar...
Un jarrón de plata se rompió abruptamente con un borbotón de agua,
y de allí salieron con ímpetu caballos revestidos de armaduras y armas que entrechocaron y golpearon,
y antes de que ella dejara su plectro, terminó con un solo toque
y las cuatro cuerdas produjeron un solo sonido, como el de seda desgarrada.

—Así pues, como ves, un sencillo laúd puede producir una variedad infinita de tonalidades. Eso es algo que me ha asombrado siempre, desde la época en que aprendí a tocar. Un día rompí un laúd para ver qué tenía dentro. Luego intenté construir uno yo misma. Tras varios intentos más, por fin comprendí que el secreto del instrumento está en su corazón.

Se interrumpió y fue a la habitación contigua en busca del laúd. Cuando volvió a sentarse, sostuvo el instrumento por el clavijero, manteniéndolo en posición vertical delante de él.

—Si examinas el interior, verás por qué son posibles las variaciones tonales.

Cogió un afilado cuchillo y lo clavó con rapidez y fuerza en el dorso en forma de pera del laúd. Tres o cuatro diestros golpes y el trabajo estuvo hecho, de una manera tan rápida y decisiva que Musashi casi esperó ver manar sangre del instrumento. Incluso sintió una leve punzada de dolor, como si la hoja hubiera cortado su propia carne. Dejando el cuchillo detrás de ella, Yoshino alzó el laúd para que él pudiera ver su estructura.

Musashi miró primero el rostro de la mujer y luego el laúd roto, y se preguntó si realmente poseía el elemento de violencia que había exhibido al manejar el arma. Seguía sintiendo el dolor punzante producido por el ruido chirriante de los cortes.

—Como puedes ver —le dijo ella—, el interior del laúd es casi completamente hueco. Todas las variaciones proceden de esta única pieza transversal cerca del

centro. Esta sola pieza equivale a los huesos, los órganos vitales, el corazón del instrumento. Si fuese totalmente recto y rígido, el sonido sería monótono, pero ha sido desbastado hasta darle una forma curva. Esto, por sí solo, no podría crear la variedad infinita del laúd, la cual se consigue dando a la pieza transversal cierto margen para que vibre en cada extremo. Por decirlo de otra manera, la riqueza tonal se debe a que existe cierta libertad de movimiento, cierta relajación, en los extremos del núcleo.

—Lo mismo sucede con las personas. Debemos tener flexibilidad, nuestro espíritu ha de ser capaz de moverse libremente. Si uno está demasiado tenso y rígido, es quebradizo y no tiene capacidad de reacción.

Los ojos de Musashi no se apartaban del laúd. Tampoco despegó los labios. Ella siguió diciendo:

—Esto debería ser evidente para todo el mundo, pero ¿no es una característica de la gente volverse rígida? Con un solo toque del plectro puedo hacer que las cuatro cuerdas del laúd suenen como una lanza, una espada, una nube que se rasga, debido al sutil equilibrio entre firmeza y flexibilidad en el núcleo de madera. Esta noche, cuando te vi por primera vez, no percibí en ti ni un ápice de flexibilidad..., sólo tensión, una rigidez inflexible. Si la pieza transversal del laúd estuviera tan tirante y rígida como tú, un solo toque del plectro rompería una cuerda, tal vez incluso la misma caja de resonancia. Es posible que fuese presuntuosa al decirte lo que te dije, pero estaba preocupada por ti. No bromeaba ni me reía de ti. ¿Lo comprendes?

Un gallo cantó a lo lejos. La luz del sol, reflejada por la nieve, penetró a través de las rendijas en los postigos contra la lluvia. Musashi permaneció sentado, contemplando el cuerpo mutilado del laúd y las astillas esparcidas por el suelo. No oyó el canto del gallo ni se fijó en que había amanecido.

—Ah, ya es de día —dijo Yoshino.

Parecía lamentar que hubiera terminado la noche. Extendió la mano para coger más leña antes de darse cuenta de que no quedaba un solo trozo.

Los sonidos de la mañana, las puertas que crujían al abrirse, el piar de los pájaros, invadían la habitación, pero Yoshino no hizo ningún movimiento para cerrar los postigos contra la lluvia. Aunque el fuego se había extinguido, la sangre corría cálidamente por sus venas.

Las muchachas que la atendían no ignoraban que no debían abrir la puerta de la casita hasta que ella las llamara.

Una enfermedad del corazón

Al cabo de un par de días, la nieve se había fundido y las cálidas brisas primaverales estimulaban a una miríada de nuevos capullos a desarrollarse plenamente. El sol era intenso e incluso las prendas de algodón resultaban incómodas.

Un joven monje zen, con el kimono salpicado de barro hasta la cintura, permanecía ante la entrada de la residencia del señor Karasumaru. Al no obtener respuesta a sus repetidas llamadas a la puerta, se encaminó a los aposentos de los servidores y se puso de puntillas para echar un vistazo a través de la ventana.

—¿Qué quieres, sacerdote? —le preguntó Jōtarō.

El monje giró sobre sus talones y se quedó boquiabierto. No podía imaginar qué estaba haciendo aquel granujilla en el patio de la casa del señor Karasumaru.

—Si pides limosna, tendrás que dar la vuelta e ir a la cocina —añadió el muchacho.

—No he venido a pedir limosna —replicó él monje, y se sacó una caja de cartas del kimono—. Soy del Nansōji, en la provincia de Izumi. Esta carta es para Takuan Sōhō, y tengo entendido que se aloja aquí. ¿Eres uno de los recaderos?

—Claro que no. Soy un huésped, como Takuan.

—¿Es eso cierto? En tal caso, ¿querrías decirle a Takuan que estoy aquí?

—Espera, iré a buscarle.

Al entrar de un salto en el vestíbulo, Jōtarō tropezó con el pie de un biombo y las mandarinas que guardaba en el interior del kimono cayeron al suelo. Se apresuró a recogerlas y corrió hacia las habitaciones interiores.

Poco después regresó para informar al monje de que Takuan estaba ausente.

—Dicen que ha ido al Daitokuji.

—¿Sabes cuándo volverá?

—Dicen que muy pronto.

—¿Hay algún sitio donde pueda esperarle sin molestar a nadie?

Jōtarō entró en el patio dando brincos y condujo al sacerdote al establo.

—Puedes esperar aquí —le dijo—. No estorbarás a nadie.

El establo estaba lleno de paja, ruedas de carreta, estiércol de vaca y una diversidad de cosas, pero antes de que el sacerdote pudiera abrir la boca, Jōtarō echó a correr a través del jardín hacia una casita en el extremo occidental de la propiedad.

—¡Otsū! —gritó—. Te he traído unas mandarinas.

El médico del señor Karasumaru le había dicho a Otsū que no tenía nada que temer. La joven le creyó, aunque ella misma podía comprobar lo delgada que estaba tocándose la cara. La fiebre persistía y no había recobrado el apetito, pero aquella mañana le había murmurado a Jōtarō que le gustaría comer una mandarina.

Abandonando su lugar al lado de la cama, el chico fue primero a la cocina, donde

le informaron de que no había mandarinas en la casa. Al no encontrarlas en las verdulerías ni otras tiendas de alimentos, se dirigió al mercado de Kyōgoku. Había allí una amplia variedad de artículos: hilo de seda, prendas de algodón, aceite para lámparas, pieles, etcétera..., pero ni una sola mandarina. Tras abandonar el mercado, se sintió esperanzado un par de veces al ver unos frutos de color anaranjado tras los muros de jardines particulares, que resultaron ser naranjas amargas y membrillos.

Después de recorrer casi media ciudad, logró su objetivo recurriendo al robo. La ofrenda delante del santuario shintoísta consistía en montoncitos de patatas, zanahorias y mandarinas. Se metió la fruta bajo el kimono y miró a su alrededor para asegurarse de que nadie le había visto. Temeroso de que el dios ultrajado se materializase de un momento a otro, rogó durante todo el camino de regreso a la casa de Karasumaru: «Por favor, no me castigues. No voy a comérmelas yo mismo».

Colocó las mandarinas en hilera, ofreció una a Otsū y se la mondó. Ella desvió la cabeza, negándose a tocarla.

—¿Qué te ocurre?

Cuando se inclinó adelante para mirarle la cara, ella hundió la cabeza en la almohada.

—No me ocurre nada —respondió entre sollozos.

—Has empezado a llorar de nuevo, ¿eh? —dijo Jōtarō, chasqueando la lengua.

—Lo siento.

—No me pidas disculpas. Lo único que quiero es que te comas una mandarina.

—Luego.

—Bueno, por lo menos cómete la que acabo de pelar, por favor.

—Aprecio tu amabilidad, Jō, pero ahora no puedo comer nada.

—Eso es porque lloras demasiado. ¿Por qué estás tan triste?

—Lloro porque soy feliz..., porque eres tan bueno conmigo.

—No me gusta verte así. También a mí me entran ganas de llorar.

—Dejaré de hacerlo, te lo prometo. Ahora dime, ¿me perdonarás?

—Sólo si te comes la mandarina. Si no comes nada, vas a morirte.

—Luego lo haré. Ésta cómetela tú.

—No, eso no puedo hacerlo. —Tragó saliva, imaginando la mirada colérica del dios—. Bueno, de acuerdo, los dos nos comeremos una.

Ella se volvió y empezó a quitar las blancas y filamentosas fibras de los gajos con sus dedos delicados.

—¿Dónde está Takuan? —le preguntó distraídamente.

—Me han dicho que ha ido al Daitokuji.

—¿Es cierto que vio a Musashi anteanoche?

—¿Te has enterado de eso?

—Sí. Me pregunto si le diría a Musashi que estoy aquí.

—Supongo que sí.

—Takuan dijo que invitaría a Musashi a venir aquí uno de estos días. ¿Te ha dicho algo de eso?

—No.

—Quizá se ha olvidado.

—¿Quieres que se lo pregunte?

—Sí, hazlo, por favor —replicó ella, sonriendo por primera vez—. Pero no le preguntes delante de mí.

—¿Por qué no?

—Takuan es terrible. Dice una y otra vez que padezco la «enfermedad de Musashi».

—Si Musashi viniera, te pondrías bien en seguida, ¿no es cierto?

—¡Incluso tú tienes que decir cosas así! —exclamó la muchacha, pero parecía realmente contenta.

—¿Está ahí Jōtarō? —preguntó desde el exterior uno de los samurais de Mitsuhiro.

—Aquí estoy.

—Takuan quiere verte. Ven conmigo.

—Ve a ver qué desea —le instó Otsū—. Y no te olvides de lo que hemos hablado. Pregúntale, ¿quieres?

Sus pálidas mejillas adquirieron una leve tonalidad rosada mientras tiraba del edredón hasta cubrirse la mitad del rostro.

Takuan estaba en la sala, hablando con el señor Mitsuhiro. Jōtarō abrió de golpe la puerta deslizante y preguntó:

—¿Querías verme?

—Sí, entra.

Mitsuhiro miró al muchacho con una sonrisa indulgente, sin hacer caso de su falta de modales.

Jōtarō tomó asiento y se dirigió a Takuan.

—Un sacerdote como tú se ha presentado aquí hace un rato. Dijo que era del Nansōji. ¿Voy a buscarle?

—No te preocupes. Eso ya lo sé. Se ha quejado de que eres un chiquillo tremendo.

—¿Yo?

—¿Crees que está bien llevar a un huésped al establo y dejarle allí?

—Dijo que quería esperar en algún sitio donde no molestara a nadie.

Mitsuhiro se echó a reír hasta que le temblaron las rodillas, pero en seguida recobró la compostura y preguntó a Takuan:

—¿Vas a ir directamente a Tajima sin regresar a Izumi?

El sacerdote asintió.

—La carta es bastante inquietante y he pensado hacerlo así. No tengo que hacer ningún preparativo. Me marcho hoy mismo.

—¿Te vas? —inquirió Jōtarō.

—Sí, debo regresar a casa lo antes posible.

—¿Por qué?

—Acabo de enterarme de que mi madre se encuentra en estado crítico.

—¿También tú tienes madre?

El muchacho no podía dar crédito a sus oídos.

—Naturalmente.

—¿Cuándo vas a volver?

—Eso dependerá de la salud de mi madre.

—¿Y qué..., qué voy a hacer aquí sin ti? —rezongó Jōtarō—. ¿Significa eso que no te veremos más?

—Claro que no. Volveremos a vernos pronto. He dispuesto las cosas para que los dos os quedéis aquí, y cuento con que cuides de Otsū. Procura hacer que deje de cavilar para que mejore. No necesita tanto medicina como fortaleza.

—No soy lo bastante fuerte para darle eso. No se pondrá bien hasta que vea a Musashi.

—Es una paciente difícil, puedes estar seguro. No te envidio a una compañera de viaje como ella.

—Dime, Takuan, ¿dónde encontraste a Musashi?

—Pues...

Takuan miró al señor Mitsuhiro y se rió tímidamente.

—¿Cuándo va a venir? Dijiste que le traerías, y eso es lo único en lo que piensa Otsū desde entonces.

—¿Musashi? —dijo de manera despreocupada el señor Mitsuhiro—. ¿No es el rōnin que estaba con nosotros en la Ōgiya?

Sin responderle, Takuan se dirigió a Jōtarō:

—No he olvidado lo que le dije a Otsū. Cuando regresaba del Daitokuji, pasé por casa de Kōetsu para ver si Musashi estaba allí. Kōetsu no le ha visto y cree que debe de estar todavía en la Ōgiya. Su madre estaba tan preocupada que escribió una carta a Yoshino Dayū pidiéndole que enviara a Musashi a casa en seguida.

—Ah —exclamó el señor Mitsuhiro, enarcando las cejas, medio sorprendido y medio envidioso—. ¿De modo que está todavía con Yoshino?

—Parece ser que Musashi no es más que un hombre como cualquier otro. Aunque parezcan diferentes cuando son jóvenes, siempre resulta que son iguales.

—Yoshino es una mujer extraña. ¿Qué ve en ese espadachín inculto?

—No pretendo comprenderla, como tampoco comprendo a Otsū. Claro que, en

realidad, no comprendo a las mujeres en general. Todas me parecen un poco enfermas. En cuanto a Musashi, supongo que es hora de que llegue a la primavera de la vida. Ahora es cuando comienza su verdadero adiestramiento, y confiemos en que le entre en la cabeza que las mujeres son más peligrosas que las espadas. No obstante, nadie puede resolverle sus problemas, y no creo que pueda hacer más que dejarle solo.

Un poco incómodo por haber hablado así delante de Jōtarō, el monje se apresuró a dar las gracias y despedirse de su anfitrión, solicitándole por segunda vez que permitiera quedarse un poco más a Otsū y Jōtarō.

El antiguo dicho de que los viajes deben comenzarse por la mañana no significaba nada para Takuan. Estaba decidido a marcharse y así lo hizo, aunque el sol estaba ya muy entrado en el oeste y ya descendía el crepúsculo.

Jōtarō corrió a su lado, tirándole de la manga.

—Por favor, vuelve y dile una palabra a Otsū. Ha estado llorando de nuevo y no puedo hacer nada por animarla.

—¿Habéis hablado los dos de Musashi?

—Me pidió que te preguntara cuándo va a venir. Si él no viene, me temo que podría morirse.

—No tienes que preocuparte por esa posibilidad. Limítate a dejarla en paz.

—Dime, Takuan, ¿quién es Yoshino Dayū?

—¿Por qué quieres saberlo?

—Has dicho que Musashi estaba con ella, ¿no es cierto?

—Humm, no tengo intención de volver y tratar de curar la dolencia de Otsū, pero quiero que le digas algo de mi parte.

—¿Qué es ello?

—Dile que se alimente como es debido.

—Ya se lo he dicho cien veces.

—¿De veras? Bueno, es lo mejor que se le puede decir. Ahora bien, si no te escuchara, podrías decirle toda la verdad.

—¿Qué verdad?

—Musashi está encaprichado de una cortesana llamada Yoshino y no ha salido del burdel desde hace dos noches y dos días. ¡Otsū es una necia si sigue amando a un hombre así!

—¡Eso no es cierto! —protestó Jōtarō—. ¡Es mi sensei, es un samurai! No es esa clase de hombre. Si le dijera tal cosa a Otsū, podría suicidarse. El único necio eres tú, Takuan. ¡Un viejo de lo más estúpido!

—¡Ja, ja, ja!

—No tienes ningún derecho a hablar mal de Musashi ni decir que Otsū es una necia.

—Eres un buen chico, Jōtarō —le dijo el sacerdote, dándole unas palmaditas en la cabeza.

Jōtarō se zafó de su mano.

—Estoy harto de ti, Takuan. Nunca volveré a pedirte ayuda. Yo mismo encontraré a Musashi y lo traeré al lado de Otsū.

—¿Sabes dónde está ese lugar?

—No, pero me enteraré.

—Sé insolente si lo deseas, pero no te será fácil encontrar la casa de Yoshino. ¿Quieres que te enseñe cómo ir ahí?

—No te molestes.

—No soy un enemigo de Otsū, Jōtarō, ni tampoco tengo nada contra Musashi ni mucho menos. Durante años he rezado para que los dos pudieran ser felices.

—Entonces ¿por qué siempre dices unas cosas tan mezquinas?

—¿Así te lo parece? Tal vez tengas razón, pero en estos momentos los dos son personas enfermas. Si a Musashi se le deja en paz, su enfermedad desaparecerá, pero Otsū necesita ayuda. Como soy un sacerdote, he intentado ayudarla. Debemos ser capaces de curar las enfermedades del corazón, de la misma manera que los doctores curan las del cuerpo. Desgraciadamente, no he podido hacer nada por ella, por lo que desisto de seguir intentándolo. Si no puede comprender que su amor es unilateral, aconsejarle que se alimente como es debido es lo mejor que puedo hacer.

—No te preocupes por ello. Otsū no va a pedir ayuda a un gran farsante como tú.

—Si no me crees, ve a la Ōgiya, de Yanagimachi, y mira con tus propios ojos lo que está haciendo Musashi. Luego vuelve y cuéntale a Otsū lo que has visto. Durante algún tiempo tendrá el corazón desgarrado, pero eso podría abrirle los ojos.

Jōtarō se tapó los oídos con los dedos.

—¡Cállate, viejo farsante con cabeza de bellota!

—Eres tú quien ha venido detrás de mí, ¿lo has olvidado?

Takuan prosiguió su camino y Jōtarō se quedó en medio de la calle, repitiendo un sonsonete muy irrespetuoso que los pilletes de la calle solían dirigir burlonamente a los sacerdotes mendicantes. Pero en cuanto perdió de vista a Takuan, la voz se le quebró, las lágrimas acudieron a sus ojos y lloró desconsoladamente. Cuando por fin recuperó la compostura, se enjugó los ojos y, como un cachorro extraviado que de improviso recuerda el camino de su casa, empezó a buscar la Ōgiya.

La primera persona que vio era una mujer. Con la cabeza cubierta por un velo, parecía un ama de casa ordinaria. Jōtarō corrió hacia ella y le preguntó:

—¿Por dónde se va a Yanagimachi?

—Ése es el barrio autorizado, ¿no?

—¿Qué es un barrio autorizado?

—¡Por los dioses!

—Bueno, dime, ¿qué hacen ahí?

—¡Pero..., pero...!

La mujer le miró indignada un momento antes de marcharse apresuradamente.

Impávido, Jōtarō siguió caminando a buen paso, preguntando a un transeúnte tras otro dónde estaba la Ōgiya.

El aroma del áloe

Las luces en las ventanas de las casas de placer ardían brillantemente, pero aún era demasiado temprano y pocos clientes deambulaban por las tres callejuelas principales del distrito.

En la Ōgiya, uno de los sirvientes más jóvenes miró casualmente hacia la entrada. Había algo extraño en los ojos que miraban a través de una rendija en la cortina, por debajo de la cual eran visibles unos pies calzados con sucias sandalias de paja y la punta de una espada de madera. El joven se sobresaltó un poco, pero antes de que pudiera abrir la boca, Jōtarō entró y le dijo lo que le había llevado allí.

—Miyamoto Musashi está en esta casa, ¿no es cierto? Es mi maestro. ¿Me harás el favor de decirle que Jōtarō está aquí? Podrías pedirle que salga.

La severidad del ceño fruncido sustituyó a la expresión de sorpresa del sirviente.

—¿Quién eres, pequeño mendigo? —le preguntó en tono áspero—. Aquí no hay nadie que responda a ese nombre. ¿Qué significa eso de asomar aquí tu sucia cara precisamente cuando está a punto de empezar el negocio? ¡Fuera! —Agarrando a Jōtarō por el cuello del kimono, le dio un fuerte empujón.

Encolerizado como un pez globo hinchado, Jōtarō gritó:

—¡Basta! He venido aquí para ver a mi maestro.

—No me importa por qué estás aquí, pequeño bribón. Ese Musashi ya nos ha causado muchos problemas. No está aquí.

—Si no está aquí, ¿por qué no te limitas a decir eso? ¡Quítame las manos de encima!

—Pareces un tipo furtivo. ¿Cómo sé que no eres un espía de la escuela Yoshioka?

—Eso no tiene nada que ver conmigo. ¿Cuándo se marchó Musashi? ¿Adonde ha ido?

—Primero me das órdenes y ahora me pides información. Deberías aprender a civilizar tu lengua. ¿Cómo voy a saber dónde está?

—Si no lo sabes, de acuerdo, ¡pero suéltame el cuello!

—Muy bien, te soltaré... ¡así! —Retorció fuertemente la oreja de Jōtarō, le hizo dar la vuelta y le arrojó hacia la puerta.

—¡Ay! —gritó Jōtarō. Agachándose, desenvainó su espada de madera y golpeó al sirviente en la boca, rompiéndole los dientes delanteros.

—¡Ahhhh! —El joven se llevó una mano a la boca ensangrentada y con la otra derribó a Jōtarō.

—¡Socorro! ¡Me mata! —gritó el chiquillo.

Hizo acopio de fuerzas, como el día que mató al perro en Koyagyū, y descargó la espada sobre el cráneo del sirviente. Brotó sangre de la nariz del joven y, con un sonido no más intenso que el suspiro de una lombriz de tierra, cayó al pie de un

sauce.

Una prostituta que se mostraba tras una ventana enrejada en el lado contrario de la calle, alzó la cabeza y gritó hacia la siguiente ventana:

—¡Mira! ¿Has visto? ¡Ese chico con una espada de madera acaba de matar a un hombre de la Ōgiya! ¡Se escapa!

Al cabo de un instante la calle estaba llena de gente que iba de un lado a otro, y en el aire resonaban los gritos de gentes sedientas de sangre.

—¿Por dónde ha ido?

—¿Qué aspecto tenía?

La barahúnda cesó de la misma manera repentina con que se había iniciado, y cuando empezaron a llegar los juerguistas el incidente había dejado de ser tema de conversación. Las peleas eran frecuentes en el barrio, cuyos habitantes solucionaban o encubrían las más sangrientas con mucha rapidez, a fin de evitar las investigaciones de las fuerzas del orden.

Las principales callejas estaban iluminadas como si fuese de día, pero había caminos apartados y solares vacíos que estaban totalmente a oscuras. Jōtarō encontró un lugar donde esconderse y luego lo cambió por otro. Con no poca inocencia, pensó que podría escapar, pero lo cierto era que todo el barrio estaba rodeado por un muro de diez pies de altura, formado por troncos chamuscados cuyos extremos estaban muy afilados. Cuando el muchacho tropezó con este muro, avanzó a lo largo, palpándolo, pero no pudo encontrar una sola grieta grande, y no digamos una puerta. Al dar la vuelta para evitar una de las callejuelas, vio a una muchacha. Sus miradas se encontraron, y ella le llamó en voz baja y le hizo una seña con su mano blanca y delicada.

—¿Me llamas a mí? —le preguntó él precavidamente. En el rostro muy empolvado de la joven no veía ninguna intención aviesa, por lo que se aproximó un poco más—. ¿Qué quieres?

—¿No eres tú el chico que ha ido a la Ōgiya preguntando por Miyamoto Musashi? —inquirió ella en tono amable.

—Sí.

—Te llamas Jōtarō, ¿no es cierto?

—Aja.

—Ven conmigo. Te llevaré al lado de Musashi.

La muchacha le explicó que Yoshino Dayū, muy preocupada por el incidente con el criado, la había enviado en busca de Jōtarō para llevarle al lugar donde se ocultaba Musashi.

Él la miró agradecido y le preguntó:

—¿Eres una servidora de Yoshino Dayū?

—Sí, y ahora puedes tranquilizarte. Si ella te defiende, nadie en el barrio te

pondrá un dedo encima.

—¿Es cierto que mi maestro está ahí?

—Si no lo estuviera, ¿por qué habría de mostrarte el camino?

—¿Qué está haciendo en un sitio así?

—Si abres la puerta de esa pequeña granja podrás verlo por ti mismo. Ahora tengo que volver a mi trabajo.

La joven desapareció discretamente más allá de los arbustos en el jardín vecino.

La granja le pareció a Jōtarō demasiado modesta para que fuese el final de su búsqueda, pero no podía marcharse sin estar seguro. Para alcanzar una ventana lateral, hizo rodar una piedra del jardín hasta el muro, se encaramó a ella y apretó la nariz contra el enrejado de bambú.

—¡Está ahí! —dijo entre dientes, esforzándose por seguir ocultando su presencia. Ansiaba extender la mano y tocar a su maestro. ¡Hacía tanto tiempo que no le veía!

Musashi dormía al lado del hogar, con la cabeza apoyada en un brazo. Jōtarō jamás le había vestido con semejante atuendo, un kimono de seda profusamente adornado, de la clase preferida por los jóvenes elegantes de la ciudad. Una tela de lana roja estaba extendida en el suelo, y sobre ella había un pincel, una caja de tinta y varias hojas de papel. En una de las hojas Musashi había practicado el dibujo de una berenjena y en la otra la cabeza de un pollo.

Jōtarō se había quedado estupefacto. «¿Cómo puede perder el tiempo haciendo dibujos? —se preguntó, airado—. ¿Es que no sabe que Otsū está enferma?»

Un manto muy bordado cubría a medias los hombros de Musashi. No había duda de que era una prenda femenina, y el llamativo kimono era... repugnante. Jōtarō percibía un aura de voluptuosidad en la que acechaba el mal. Como le ocurriera el día de Año Nuevo, le invadió una oleada de profunda indignación por el corrupto comportamiento de los adultos. «Hay algo raro en él —se dijo—. No es el de antes.»

La irritación fue convirtiéndose poco a poco en malicia, y supo lo que debía hacer: iba a darle un buen susto. Empezó a bajar con sigilo de la piedra.

—Jōtarō —dijo Musashi—. ¿Qué te ha traído aquí?

El chiquillo se detuvo y volvió a mirar a través de la ventana. Musashi seguía tendido, pero tenía los ojos entornados y sonreía.

Jōtarō dobló corriendo la esquina de la casa, cruzó la puerta y echó los brazos al cuello de Musashi.

—¡Sensei! —exclamó alegremente.

—De modo que has venido, ¿eh? —Tendido boca arriba, Musashi extendió los brazos y apretó la sucia cabeza del muchacho contra su pecho—. ¿Cómo has sabido que estaba aquí? ¿Te lo dijo Takuan? Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que nos vimos.

Sin dejar de abrazarle, Musashi se irguió. Jōtarō, acurrucado contra el cálido

pecho que casi había olvidado, meneó la cabeza como un perrito pequinés.

Jōtarō apoyó la cabeza en la rodilla de Musashi y permaneció inmóvil.

—Otsū está en cama, enferma. No puedes imaginar cuánto desea verte. Dice una y otra vez que se pondría bien si tú fueses a verla. Una sola vez, eso es todo lo que quiere.

—Pobre Otsū.

—Te vio en el puente el día de Año Nuevo, hablando con esa chica alocada. Otsū se enfadó y encerró en su concha, como un caracol. Intenté llevármela del puente, pero no quería venir.

—No la culpo. Ese día también yo estaba irritado con Akemi.

—Tienes que verla. Está en casa del señor Karasumaru.

Bastará con que vayas y le digas: «Mira, Otsū, aquí estoy». Si haces eso, se pondrá bien en seguida.

Deseoso de dejar bien claro lo que quería, Jōtarō le dijo mucho más, pero ésta era la sustancia de sus palabras. Musashi soltaba un gruñido de vez en cuando, y una o dos veces le dijo: «¿De veras?», pero, por razones que escapaban al muchacho, no le dijo que haría lo que le estaba pidiendo, por mucho que se lo rogara. A pesar de la enorme estima en que tenía a su maestro, empezó a sentirse disgustado y experimentó la comezón de pelearse en serio con él.

Su beligerancia fue en aumento, hasta el punto en que sólo la retenía el respeto. Se quedó en silencio, con una expresión desaprobadora, la mirada hosca y los labios torcidos como si acabara de beber una copa de vinagre.

Musashi cogió su manual de dibujo y el pincel y empezó a añadir trazos a uno de los dibujos. Jōtarō miró con disgusto el dibujo de la berenjena y pensó: «¿Qué le hace creer que es capaz de dibujar? ¡Es terrible!».

Finalmente Musashi perdió interés y empezó a limpiar el pincel. Jōtarō estaba a punto de insistir en su petición cuando oyeron el sonido de unas sandalias de madera en las piedras pasaderas ante la casa.

—Tus ropas están secas —dijo una voz femenina. La asistenta que había acompañado a Jōtarō entró con un kimono y un manto pulcramente doblados. Depositó las prendas ante Musashi y le invitó a examinarlas.

—Gracias —dijo él—. Parecen como nuevas.

—Las manchas de sangre no desaparecen fácilmente. Hay que frotar y frotar.

—Ya no se ve ninguna. Te estoy muy agradecido... ¿Y Yoshino?

—Está ocupadísima, atendiendo a uno y otro huésped. No le dan un momento de respiro.

—Mi estancia aquí ha sido muy agradable, pero si me quedo más tiempo seré una carga para vosotros. Tengo la intención de marcharme en cuanto salga el sol. ¿Se lo dirás a Yoshino y le transmitirás mi más profundo agradecimiento?

Jōtarō se relajó. Sin duda Musashi tenía la intención de ver a Otsū. Aquél sí que era su maestro, un hombre bueno y honrado. El chiquillo sonrió, satisfecho.

En cuanto la muchacha se marchó, Musashi puso las ropas ante Jōtarō y le dijo:

—Acabas de llegar en el momento apropiado. Tengo que devolver estas prendas a la mujer que me las prestó. Quiero que las lleves a la casa de Hon'ami Kōetsu, que está al norte de la ciudad, y me traigas mi kimono. ¿Serás un buen chico y me harás ese favor?

—Desde luego —dijo Jōtarō con una expresión aprobadora—. Iré ahora mismo.

Envolvió las prendas en un paño, junto con una carta dirigida por Musashi a Kōetsu, y se echó el fardo a la espalda.

La asistenta llegó en aquel momento con la cena y alzó los brazos, horrorizada.

—¿Qué estáis haciendo? —preguntó con la voz sofocada. Cuando Musashi se lo explicó, la muchacha dijo—: ¡Oh, no puedes dejar que se marche!

Le contó lo que Jōtarō había hecho. Por suerte, su puntería no había sido perfecta y el sirviente había sobrevivido. Aseguró a Musashi que, como aquélla no era más que una pelea entre muchas, el asunto estaba zanjado, pues Yoshino había advertido personalmente al propietario y a los más jóvenes del establecimiento que guardaran silencio. También señaló que, al proclamar inadvertidamente que era pupilo de Miyamoto Musashi, Jōtarō había dado credibilidad al rumor de que Musashi seguía en la Ōgiya.

—Comprendo —se limitó a decir Musashi, y miró inquisitivamente a Jōtarō, el cual se rascó la cabeza, se retiró a un rincón y procuró pasar tan desapercibido como fuese posible.

La muchacha siguió diciendo:

—No es preciso que te diga lo que ocurriría si intentara marcharse. Todavía andan por ahí muchos hombres de Yoshioka, esperando a que enseñes la cara. Eso está causando grandes dificultades a Yoshino y el dueño, porque Kōetsu les rogó que cuidaran de ti. La Ōgiya no puede permitir que salgas y caigas en sus garras. Yoshino ha resuelto protegerte.

—Esos samurais son muy insistentes. Han mantenido una vigilancia constante y enviado hombres en varias ocasiones, acusándonos de esconderte. Nos hemos librado de ellos, pero aún no están convencidos. La verdad es que no lo comprendo. Actúan como si estuvieran en una gran campaña. Más allá de la muralla del barrio, hay tres o cuatro filas de ellos, con vigías por todas partes, y están armados hasta los dientes.

—Yoshino cree que deberías quedarte aquí otros cuatro o cinco días, o por lo menos hasta que ellos se cansen de esperar.

Musashi le agradeció su amabilidad y preocupación, pero añadió crípticamente:

—Tengo mi propio plan.

Accedió en seguida a que un sirviente fuese a casa de Kōetsu en lugar de Jōtarō.

El enviado regresó menos de una hora después, con una nota de Kōetsu que decía: «Cuando tengamos otra oportunidad, encontrémonos de nuevo. Aunque la vida pueda parecer larga, en realidad es demasiado corta. Te ruego que cuides bien de ti mismo. Un saludo desde lejos». Aunque escasas, estas palabras parecían afectuosas y muy características de quien las había escrito.

—Tus ropas están en este paquete —le dijo la sirvienta—. La madre de Kōetsu me ha encargado especialmente que te transmita sus mejores deseos.

Hizo una reverencia y salió.

Musashi miró el kimono de algodón, viejo y desgastado, expuesto con tanta frecuencia al rocío y la lluvia, con manchas de sudor. El contacto de la prenda con su piel sería más grato que la fina seda prestada por la Ōgiya. Aquél era sin duda el atuendo de un hombre dedicado seriamente al estudio de la esgrima. Musashi ni necesitaba ni quería nada mejor.

Esperaba que oliera mal, después de haber permanecido varios días doblado, pero al deslizar los brazos en las mangas descubrió que estaba limpio. Había sido lavado y los pliegues sobresalían con pulcritud. Supuso que Myōshū lo habría lavado personalmente y entonces experimentó el deseo de tener también una madre y pensó en la vida solitaria que le aguardaba, sin más parientes que su hermana, la cual vivía en unas montañas a las que él no podía regresar. Permaneció un rato contemplando el fuego.

—Vámonos —dijo.

Tensó el obi e introdujo su amada espada entre el cinto y sus costillas. Al hacer eso, la sensación de soledad desapareció con la misma brusquedad con que se había producido. Reflexionó en que aquella espada tendría que encarnar a toda su familia. Eso era lo que se prometió a sí mismo años atrás, y así debería ser.

Jōtarō ya estaba fuera, mirando las estrellas, pensando en que por muy tarde que llegaran a la casa del señor Karasumaru, Otsū estaría despierta.

Pensó en la sorpresa que ella se llevaría y en que se sentiría tan feliz que probablemente volvería a llorar.

—Oye, Jōtarō —le dijo Musashi—. ¿Has entrado por la puerta de madera que hay en la parte de atrás?

—No sé si es la parte trasera... Es esa de ahí.

—Pues ve ahí y espérame.

—¿No vamos a ir juntos?

—Sí, pero primero quiero despedirme de Yoshino. No tardaré.

—De acuerdo, estaré al lado de la puerta.

Se sintió inquieto porque Musashi le abandonaba, aunque sólo fuese por unos instantes, pero aquella noche habría hecho cualquier cosa que su maestro le pidiera.

La Ōgiya había sido un refugio, agradable pero sólo temporal. Musashi reflexionó

en que estar apartado del mundo exterior había sido beneficioso para él, pues hasta entonces su cuerpo y su mente habían sido como hielo, una masa espesa, fría e insensible a la belleza de la luna, que no prestaba atención a las flores ni le importaba el sol. No tenía ninguna duda sobre la rectitud de la vida ascética que llevaba, pero ahora podía ver cómo las carencias que se había impuesto podían traducirse en estrechez de miras y testarudez. Años atrás Takuan le había dicho que su fuerza no se diferenciaba de la de una bestia salvaje. Nikkan le había puesto en guardia contra su exceso de fortaleza. Después de la lucha con Denshichirō, su cuerpo y su espíritu habían estado demasiado tensos y rígidos. En los dos últimos días se había relajado, permitiéndose una expansión espiritual. Había bebido un poco, dormitado cuando le apetecía, leído, dibujado algo, por torpe y superficialmente que fuera, bostezado y estirado sus miembros a placer. Tomarse un descanso había sido algo de un valor inmenso. Había llegado a la conclusión de que era importante y seguiría siéndolo gozar de vez en cuando dos o tres días de ocio totalmente libre de cuidados.

De pie en el jardín, contemplando las luces y sombras en los salones delanteros, pensó: «Debo decirle una sola palabra de agradecimiento a Yoshino Dayū por todo lo que ha hecho». Pero entonces cambió de idea. Llegaba a sus oídos el rasgueo del shamisen y los cánticos estridentes de los compradores. No veía la manera de entrar sigilosamente para verla. Sería mejor que le diera las gracias en su corazón y confiara en que ella lo comprendería. Tras hacer una reverencia hacia la parte delantera de la casa, emprendió la marcha.

En el exterior hizo una seña a Jōtarō, El muchacho corrió a su lado, y entonces oyeron a Rin'ya, que venía con una nota de Yoshino. La puso en la mano de Musashi y se alejó.

La hoja de papel era pequeña y de un bello color. Al desdoblarla, Musashi percibió el aroma del áloe. El mensaje decía: «Más memorable que las flores infortunadas que se marchitan y desintegran una noche tras otra es un atisbo de la luz lunar a través de los árboles. Aunque se ríen mientras mis lágrimas caen en la copa de otro, te envío esta sola palabra de recuerdo».

—¿De quién es la nota? —le preguntó Jōtarō.

—De nadie en particular.

—¿Una mujer?

—¿Y eso qué importa?

—¿Qué dice?

—No es necesario que lo sepas.

Musashi dobló el papel.

Jōtarō se inclinó hacia la nota y dijo:

—Huele bien. Es áloe.

La puerta

Jōtarō pensó que acto seguido saldrían del barrio sin que les detectaran.

—Si vamos por aquí, tendremos que salir por el portal principal —comentó—. Eso sería peligroso.

—Humm.

—Tiene que haber otra manera de salir.

—¿No están cerradas de noche todas las entradas excepto la principal?

—Podríamos escalar el muro.

—Eso sería una muestra de cobardía. Tengo sentido del honor, ¿sabes?, así como una reputación que conservar. Saldré por la entrada principal cuando sea el momento.

—¿Eso harás? —Aunque se sentía inquieto, el muchacho no discutió, pues sabía muy bien que, según las reglas de la clase militar, un hombre sin orgullo era un ser indigno.

—Naturalmente —replicó Musashi—. Pero tú no. Eres todavía un niño y puedes salir de alguna manera más segura.

—¿Cómo?

—Por encima del muro.

—¿Yo solo?

—Tú solo.

—No puedo hacer eso.

—¿Por qué no?

—Me llamarían cobarde.

—No seas tonto. Me están buscando a mí, no a ti.

—Pero ¿dónde nos encontraremos?

—En los terrenos de equitación de Yanagi.

—¿Vendrás de veras?

—Puedes estar seguro.

—¿Me prometes que no volverás a huir?

—No huiré. Una de las cosas que no pretendo enseñarte es a mentir. Te he dicho que nos encontraremos y así será. Ahora, mientras no hay nadie por aquí, salta por encima del muro.

Jōtarō miró con cautela a su alrededor antes de correr hacia el muro, ante el que se paró en seco y miró pensativo arriba. La altura de la pared era superior al doble de la suya propia. Musashi llegó a su lado con un saco de carbón a cuestas. Dejó caer el saco y miró a través de una grieta en el muro.

—¿Ves a alguien ahí afuera? —le preguntó Jōtarō.

—No, nada más que juncos. Puede que haya agua debajo, por lo que debes tener cuidado cuando aterrices.

—No me importa si me mojo, pero ¿cómo voy a llegar a lo alto de este muro?

Musashi hizo caso omiso de esa pregunta.

—Es de suponer que hay guardianes apostados en puntos estratégicos además de la puerta principal. Echa un buen vistazo a tu alrededor antes de saltar, o podrías encontrarte con una espada apuntada hacia ti.

—Comprendo.

—Arrojaré este carbón por encima del muro como un señuelo. Si no ocurre nada, puedes seguir adelante.

Se agachó y Jōtarō subió a su espalda.

—Ponte sobre mis hombros.

—Tengo las sandalias sucias.

—No te preocupes.

Jōtarō se alzó hasta quedar en pie sobre los hombros de Musashi.

—¿Puedes llegar a lo alto?

—No.

—¿Lo conseguirías si dieras un salto?

—No lo creo.

—Bueno, apóyate en mis manos.

Musashi extendió los brazos verticalmente por encima de su cabeza.

—¡Ya está! —susurró Jōtarō.

Musashi cogió el saco de carbón con una mano y lo lanzó tan alto como pudo. Cayó con un ruido sordo entre los juncos. No sucedió nada.

—Aquí no hay agua —le informó Jōtarō cuando hubo saltado.

—Cuídate.

Musashi miró a través de la grieta en el muro hasta que no pudo seguir oyendo el sonido de las pisadas del muchacho, y entonces se dirigió rápida y despreocupadamente a la más concurrida de las callejas principales. Ninguno de los numerosos juerguistas que pululaban por allí le prestó la menor atención.

Cuando salió por la puerta principal, los hombres de Yoshioka que estaban allí apostados reprimieron un grito colectivo, y todos los ojos convergieron en él. Además de los guardianes junto al portal, había samurais en cuclillas alrededor de fogatas, donde los porteadores de palanquines pasaban el tiempo mientras esperaban, y guardianes de relevo en la casa de té Amigasa y el establecimiento de bebidas al otro lado de la calle. Aquellos hombres no habían disminuido un solo momento su vigilancia, alzando sin ninguna ceremonia los sombreros de juncos y examinando los rostros. También habían detenido los palanquines para examinar a sus ocupantes.

En varias ocasiones habían entablado negociaciones con la Ōgiya para registrar el local, pero el resultado había sido negativo. Por lo que respectaba a la dirección, Musashi no estaba allí, y los hombres de Yoshioka no podían actuar basándose en el

rumor de que Yoshino Dayū estaba protegiendo a Musashi. Era demasiado admirada, tanto en el distrito como en la misma ciudad, para que fuese posible asaltar la casa sin graves repercusiones.

Obligados a librar un combate de espera, los hombres de Yoshioka habían rodeado el barrio a cierta distancia. No habían descartado la posibilidad de que Musashi intentara escapar por encima del muro, pero la mayoría esperaban que saliera por la puerta, o bien disfrazado o bien en el interior de un palanquín cerrado. La única contingencia para la que no estaban preparados era aquélla a la que se enfrentaban ahora.

Nadie hizo ningún movimiento para cortar el paso a Musashi, ni tampoco éste se detuvo para decirles nada. Recorrió varios centenares de pasos a grandes zancadas antes de que un samurai gritara:

—¡Detenedle!

—¡A por él!

Ocho o nueve hombres que daban grandes gritos llenaron la calle detrás de Musashi y empezaron a acercarse cautelosamente a él.

—¡Espera, Musashi! —dijo uno en tono colérico.

—¿Qué quieres? —replicó él de inmediato, sobresaltándolos a todos con la fuerza de su voz.

Fue al lado de la calzada y se apoyó en la pared de una cabaña que formaba parte de un aserradero, dos de cuyos trabajadores dormían allí. Uno de ellos entreabrió la puerta, pero, tras echar un rápido vistazo, cerró de un portazo y echó el cerrojo.

Aullando como una jauría de perros extraviados, los hombres de Yoshioka formaron gradualmente una negra medialuna alrededor de Musashi. Él les miraba fijamente, calibrando su fuerza, evaluando su posición, previendo por dónde podría producirse un movimiento. Ahora eran treinta hombres, los cuales estaban perdiendo con rapidez el uso de sus treinta mentes. A Musashi no le resultaba difícil leer el pensamiento de aquel cerebro colectivo.

Tal como había previsto, ninguno se adelantó en solitario para desafiarle. Parloteaban y le arrojaban insultos, la mayoría de los cuales parecían los dicterios apenas inteligibles de vagabundos vulgares y corrientes.

—¡Bastardo!

—¡Cobarde!

—¡Aficionado!

Estaban lejos de comprender que su jactancia era meramente verbal y revelaba su debilidad. Hasta que la horda lograra cierto grado de cohesión, Musashi tenía la sartén por el mango. Examinó sus rostros, decidió quiénes podían ser peligrosos, determinó los puntos débiles de la formación y se preparó para el combate.

Se tomó su tiempo y, después de escrutar lentamente sus rostros, dijo:

—Soy Musashi. ¿Quién me ha pedido que esperase?

—Nosotros. ¡Todos nosotros!

—Entiendo que sois de la escuela Yoshioka.

—Así es.

—¿Qué tenéis que ver conmigo?

—¡Bien lo sabes! ¿Estás preparado?

—¿Preparado? —Los labios de Musashi trazaron una sonrisa sardónica. La risa que salió entre sus dientes blancos enfrió la excitación de sus adversarios—. Un auténtico guerrero está preparado incluso cuando duerme. ¡Adelantaos cuando os parezca! Cuando provocáis una lucha insensata, ¿qué sentido tiene tratar de hablar como seres humanos u observar la etiqueta de la espada? Pero decidme una cosa. ¿Es vuestro único objetivo verme muerto? ¿O queréis luchar como hombres?

No le respondieron.

—¿Estáis aquí para reparar un agravio o para desafiarme a un encuentro de desquite?

Si Musashi, por el más leve movimiento en falso de los ojos o el cuerpo, les hubiera brindado una ocasión, sus espadas se habrían precipitado hacia él como el aire en el vacío, pero mantenía un aplomo perfecto. Ninguno de los hombres se movía. Todo el grupo permanecía tan quieto y silencioso como las cuentas de un rosario.

Unas palabras pronunciadas a gritos rompieron el silencio de los hombres confusos:

—¡Deberías conocer la respuesta sin necesidad de preguntar!

Musashi dirigió una mirada al que había hablado, Miike Jūrōzaemon, y juzgó por su aspecto que era un samurai digno de mantener la reputación de Yoshioka Kempō. Sólo él parecía dispuesto a poner fin al punto muerto en que se encontraban asestando el primer golpe. Sus pies avanzaron ligeramente con un movimiento deslizante.

—Has mutilado a nuestro maestro Seijūrō y matado a su hermano Denshichirō. ¿Cómo podríamos mantener erguida la cabeza si te dejáramos vivir? Centenares de nosotros que somos leales a nuestro maestro hemos jurado eliminar al causante de su humillación y rehabilitar el nombre de la escuela Yoshioka. No se trata de agravios ni de una violencia ilegal. Pero vengaremos a nuestro maestro y consolaremos al espíritu de su hermano muerto. No envidio tu posición, pero vamos a hacernos con tu cabeza. ¡En guardia!

—Tu desafío es digno de un samurai —replicó Musashi—. Si ése es tu verdadero propósito, puedo arriesgar mi vida luchando contigo. Pero hablas de cumplir con tu deber, de vengarte según el Camino del Samurai. ¿Por qué, pues, no me desafías de una manera adecuada, como lo hicieron Seijūrō y Denshichirō? ¿Por qué me atacáis en masa?

—¡Eres tú el que se ha ocultado!

—¡Eso es una necedad! No hacéis más que demostrar que un cobarde atribuye su cobardía al prójimo. ¿Acaso no estoy aquí en pie ante vosotros?

—¡Porque temías que te capturásemos cuando intentaste escapar!

—¡No es verdad! Podría haberme escapado de varias maneras.

—¿Y crees que la escuela Yoshioka te lo habría permitido?

—Supuse que me saludaríais de un modo u otro, pero ¿no sería deshonroso para vosotros, no sólo personalmente sino como miembros de nuestra clase, armar pendencia aquí? ¿Debemos molestar a estas gentes como una jauría de bestias salvajes o de indignos vagabundos? Hablas de obligación hacia tu maestro, pero ¿no es cierto que una lucha aquí significaría todavía más oprobio para el nombre de Yoshioka? ¡Si eso es lo que habéis decidido, entonces eso es lo que vais a tener! Si habéis resuelto destruir la obra de vuestro maestro, disolver la escuela y abandonar el Camino del Samurai, no tengo nada más que decir, excepto una cosa: Musashi luchará mientras sus miembros resistan.

—¡Matémosle! —gritó el hombre que estaba al lado de Jūrōzaemon, al tiempo que desenvainaba su espada.

Una voz distante advirtió:

—¡Cuidado! ¡Viene Itakura!

En calidad de magistrado de Kyoto, Itakura Katsushige era un hombre poderoso y, aunque gobernaba bien, lo hacía con puño de hierro. Incluso los niños cantaban canciones sobre él: ¿De quién es ese ruano castaño / cuyos cascos resuenan en la calle? / ¿El de Itakura Katsushige? /A correr, todo el mundo a correr. O bien: Itakura, señor de Iga, tiene / más manos que la Kannon de mil brazos, / más ojos que el Temmoku de tres ojos. / Sus guardias están en todas partes.

Kyoto no era una ciudad fácil de gobernar. Mientras que Edo iba camino de sustituirla como la ciudad más grande del país, la antigua capital seguía siendo el centro de la vida económica, política y militar. Además, siendo el lugar donde la cultura y la educación estaban más avanzados, era también allí donde la crítica del shogunado alcanzaba mayor elocuencia. Desde el siglo XIV, los ciudadanos habían abandonado toda ambición militar para dedicarse al comercio y los oficios. Ahora se les reconocía como una clase aparte, y conservadora en su conjunto.

Entre la población había también muchos samurais, que permanecían sin tomar partido, a la espera de ver si los Toyotomi vencían inesperadamente a los Tokugawa, así como una serie de jefes militares advenedizos, que, aunque carecían de experiencia y linaje, lograban mantener ejércitos personales de considerable tamaño. Había también un número notable de rōnin como los de Nara.

En todas las clases abundaban los libertinos y hedonistas, por lo que el número de tabernas y burdeles era desproporcionado con respecto al tamaño de la ciudad.

Las conveniencias, más que las convicciones políticas, tendían a determinar las fidelidades de gran parte de la población. Nadaban con la corriente y aprovechaban cualquier oportunidad que les pareciera favorable.

En la época del nombramiento de Itakura, en 1601, circulaba una anécdota por la ciudad según la cual el hombre, antes de aceptar el cargo, preguntó a Ieyasu si primero podría consultar a su esposa. Cuando regresó a casa, le dijo: «Desde los tiempos antiguos, ha habido innumerables hombres en puestos de honor que han llevado a cabo hazañas sobresalientes, pero han terminado por acarrear la deshonra tanto para ellos como para sus familias. Con mucha frecuencia, la causa de su fracaso se debe a sus esposas o relaciones familiares. Así pues, considero de la mayor importancia discutir este nombramiento contigo. Si juras que no interferirás en mis actividades como magistrado, aceptaré el cargo».

Su esposa se apresuró a dar su consentimiento, manifestando que «las esposas no tienen por qué entrometerse en esta clase de asuntos». A la mañana siguiente, cuando Itakura se disponía a partir hacia el castillo de Edo, la mujer observó que el cuello de su túnica interior estaba torcido. Apenas lo había tocado para enderezarlo, cuando él la amonestó: «Ya te has olvidado de tu juramento», y le hizo jurar de nuevo que no se entrometería. En general, todo el mundo admitía que Itakura era un representante eficaz del shōgun, estricto pero justo, y que Ieyasu había obrado con sabiduría al elegirle.

Al oír la mención de su nombre, los samurais desviaron sus miradas de Musashi. Los hombres de Itakura patrullaban el barrio con regularidad, y todo el mundo evitaba su encuentro.

Un joven avanzó hasta el espacio abierto delante de Musashi.

—¡Esperad! —gritó con la misma voz resonante con que había dado la alarma. Era Sasaki Kojirō, el cual sonrió y siguió diciendo—: Estaba bajando de mi palanquín cuando oí que iba a producirse un combate. Desde hace tiempo temía que ocurriera esto, y estoy consternado al ver que sucede aquí y ahora. No soy partidario de la escuela Yoshioka y menos todavía apoyo a Musashi. Sin embargo, como guerrero y espadachín visitante, creo estar calificado para apelar en nombre del código guerrero y el conjunto de la clase guerrera.

Habló con energía y elocuencia, pero en un tono condescendiente y con una arrogancia absoluta.

—Quiero preguntaros qué vais a hacer cuando lleguen los alguaciles. ¿No os avergonzará que os detengan por provocar una reyerta callejera? Si obligáis a las autoridades a reparar en lo que está ocurriendo, no lo considerarán como una pelea ordinaria entre ciudadanos. Pero ésa es otra cuestión.

—Tanto la hora como el lugar son inadecuados. Es una deshonra para toda la clase militar que los samurais perturben el orden público. Como uno de los vuestros,

os pido que pongáis fin de inmediato a esta conducta indecorosa. Si debéis cruzar las espadas para zanjar vuestro agravio, entonces, en nombre del cielo, seguid las reglas de la esgrima. ¡Elegid una hora y un lugar!

—¡Eso es muy justo! —replicó Jūrōzaemon—. Pero si establecemos una fecha y un lugar, ¿puedes garantizarnos que Musashi se presentará?

—Lo haría de buen grado, pero...

—¿Puedes garantizarlo?

—¿Qué puedo deciros? ¡Que hable Musashi por sí mismo!

—¡Tal vez te propones ayudarle a escapar!

—¡No seas asno! Si mostrara parcialidad hacia él, vosotros me desafiaríais. No es amigo mío y no hay ninguna razón para que le proteja. Y si abandona Kyoto, no tenéis más que colocar avisos en toda la ciudad exponiendo su cobardía.

—Eso no basta. Esta noche no nos iremos de aquí a menos que nos garantices que le tendrás bajo custodia hasta el encuentro.

Kojirō giró sobre sus talones, sacó el pecho y se acercó más a Musashi, el cual había estado mirando fijamente su espalda. Sus miradas se trabaron, como las de dos fieras salvajes que se vigilan mutuamente. Había algo inevitable en la manera en que sus personalidades juveniles se enfrentaban, un reconocimiento de la capacidad del otro y, tal vez, una pizca de temor.

—¿Consientes en que el encuentro se realice como he propuesto, Musashi?

—Acepto.

—Muy bien.

—Sin embargo, me opongo a tu participación.

—¿No estás dispuesto a quedar bajo mi custodia?

—Me ofende lo que eso significa. En mis combates con Seijūrō y Denshichirō no he dado la menor muestra de cobardía. ¿Por qué creen sus seguidores que huiría antes de enfrentarme a ellos?

—Bien dicho, Musashi. No lo olvidaré. Ahora, dejando aparte mi garantía, ¿decidirás el lugar y la hora?

—Estoy de acuerdo con cualquier lugar y hora que ellos elijan.

—Ésa también es una respuesta gallarda. ¿Dónde estarás hasta el momento de la lucha?

—No tengo ninguna dirección.

—Si tus adversarios no saben dónde estás, ¿cómo pueden enviarte un mensaje escrito?

—Decidid ahora mismo la hora y el lugar. Estaré aquí.

Kojirō asintió. Tras consultar con Jūrōzaemon y varios más, regresó al lado de Musashi y le dijo:

—Quieren que la hora sea las cinco de la madrugada de pasado mañana.

—Acepto.

—El lugar será el pino de ancha copa al pie de la colina de Ichijōji, en el camino hacia el monte Hiei. El representante nominal de la casa de Yoshioka será Genjirō, el hijo mayor de Yoshioka Genzaemon, tío de Seijūrō y Denshichirō. Genjirō es ahora el nuevo jefe de la casa de Yoshioka, y el encuentro se realizará en su nombre, pero todavía es un niño, porque se estipula que varios discípulos de Yoshioka le acompañarán para actuar como segundos. Te lo digo para evitar cualquier malentendido.

Tras el intercambio formal de promesas, Kojirō llamó a la puerta de la cabaña. Los trabajadores del aserradero se apresuraron a abrirla y se asomaron.

—Debe de haber por aquí algo de madera que no os haga falta —les dijo Kojirō con aspereza—. Quiero colocar un anuncio. Buscadme una tabla apropiada y clavadla a un poste de seis pies de largo.

Mientras alisaban la tabla, Kojirō envió a un hombre en busca de pincel y tinta. Una vez reunidos los materiales, escribió la hora, el lugar y otros detalles con mano de experto calígrafo. Tal como sucediera antes, el anuncio se hacía público, pues eso era una garantía mejor que un intercambio de promesas en privado. Incumplir el compromiso significaría quedar públicamente en ridículo.

Musashi observó a los hombres de Yoshioka que levantaban el letrero en el lugar más transitado de la vecindad. Se dio la vuelta, imperturbable, y se dirigió con rapidez a los terrenos de equitación de Yanagi.

Jōtarō estaba a solas en la oscuridad y se sentía nervioso. Sus ojos y oídos estaban alerta, pero sólo de vez en cuando veía la luz de un palanquín u oía los ecos huidizos de las canciones que entonaban los hombres camino de su casa. Temiendo que Musashi pudiera haber sido herido o incluso muerto, finalmente perdió la paciencia y echó a correr hacia Yanagimachi.

Antes de que hubiera recorrido cien varas, oyó la voz de Musashi a través de la oscuridad.

—¡Eh! ¿Qué es esto?

—¡Ah, estás aquí! —exclamó, aliviado, el muchacho—. Tardabas tanto que decidí ir a dar un vistazo.

—Eso no ha sido muy inteligente. Podríamos habernos perdido de vista mutuamente.

—¿Había muchos hombres de Yoshioka al otro lado del portal?

—Sí, bastantes.

—¿No te capturaron? —Jōtarō miró inquisitivamente el rostro de Musashi—. ¿No ha ocurrido nada?

—En efecto.

—¿Adonde vas? La casa del señor Karasumaru se encuentra en esta dirección. Apuesto a que estás muy deseoso de ver a Otsū, ¿no es cierto?

—Sí, ansío verla.

—A esta hora de la noche se llevará una enorme sorpresa.

Siguió un silencio incómodo.

—Oye, Jōtarō, ¿recuerdas aquella pequeña posada donde nos encontramos por primera vez? ¿Cómo se llamaba el pueblo?

—La casa del señor Karasumaru es mucho más agradable que esa vieja posada.

—Estoy seguro de que no hay comparación posible.

—Todo está cerrado durante la noche, pero si vamos a la puerta de servicio nos dejarán entrar, y cuando vean que te he traído, es posible que el mismo señor Karasumaru salga a saludarte. Ah, por cierto, ¿qué le pasa a ese monje loco, Takuan? Me ha tratado muy mal. Me dijo que lo mejor que podía hacer era dejarle en paz, y no quiso decirme dónde estabas, aunque lo sabía perfectamente.

Musashi no hizo ningún comentario. Jōtarō charlaba mientras caminaban.

—Ahí es —dijo el muchacho, señalando la puerta trasera. Musashi se detuvo pero no dijo nada—. ¿Ves esa luz por encima de la valla? Es el ala norte, donde se aloja Otsū. Debe de estar esperándome.

Hizo un rápido movimiento hacia la puerta, pero Musashi le agarró con fuerza la muñeca.

—Todavía no. No voy a entrar en la casa. Quiero que le des a Otsū un mensaje de mi parte.

—¿No vas a entrar? ¿No has venido aquí para eso?

—No. Sólo quería cerciorarme de que llegabas sano y salvo.

—¡Tienes que entrar! ¡No puedes marcharte ahora!

El chico tiró frenéticamente de la manga de Musashi.

—No levantes la voz y escucha.

—¡No quiero escucharte! Me prometiste que vendrías conmigo.

—Y he venido, ¿no es cierto?

—No te he invitado a mirar la puerta, sino a visitar a Otsū.

—Tranquilízate... Es muy posible que esté muerto dentro de muy poco tiempo.

—Eso no es nada nuevo. Siempre dices que un samurai debe estar preparado para morir en cualquier momento.

—Es cierto, y creo que oírte repetir mis palabras es una buena lección para mí. Pero esta vez no es como las demás. Ya sé que no tengo una posibilidad entre diez de sobrevivir, y por eso creo que no debería ver a Otsū.

—Eso no tiene sentido.

—No lo entenderías ahora aunque te lo explicara. Ya lo comprenderás cuando seas mayor.

—¿Me estás diciendo la verdad? ¿Crees de veras que vas a morir?

—Así es, pero no puedo decirle tal cosa a Otsū, no puedo hacerlo cuando está enferma. Dile que sea fuerte y elija un camino que la conduzca a su felicidad futura. Ése es el mensaje que debes transmitirle. No quiero que le hables de la posibilidad de que me maten.

—¡Se lo diré! ¡Se lo diré todo! ¿Cómo podría mentirle a Otsū? Oh, por favor, por favor, ven conmigo.

Musashi le apartó.

—No me estás escuchando.

Jōtarō no podía retener las lágrimas.

—Pero..., pero lo siento mucho por ella. Si le digo que te has negado a verla, empeorará, estoy seguro.

—Por eso tienes que darle mi mensaje. Dile que vernos no nos hará ningún bien mientras todavía esté adiestrándome como guerrero. He elegido un camino de disciplina, el cual requiere que supere mis sentimientos y lleve una vida estoica llena de penurias. Si no lo hago así, nunca encontraré la luz que busco. Piénsalo, Jōtarō. También tú tendrás que seguir ese camino, pues de lo contrario nunca llegarás a ser un guerrero digno.

El muchacho no decía nada, aunque seguía sollozando. Musashi le rodeó con un brazo y le estrechó contra él.

—Uno nunca sabe cuándo terminará el Camino del Samurai. Cuando yo muera, debes buscarte un buen maestro. Ahora no puedo ver a Otsū, porque sé que, a la larga, será más feliz si no nos vemos. Y cuando encuentre la felicidad, comprenderá lo que siento ahora. Esa luz..., ¿estás seguro de que es la de su habitación? Debe de sentirse sola. Anda, vete a dormir.

Jōtarō empezaba a comprender el dilema de Musashi, pero había un rastro de malhumor en su actitud, allí en pie de espaldas a su maestro. Comprendía que no podía insistir más a Musashi.

Alzó el rostro arrasado en lágrimas y se aferró al último rayo de esperanza.

—Cuando hayas terminado tus estudios, ¿verás a Otsū y harás las paces con ella? Lo harás, ¿verdad? Cuando creas que has estudiado lo suficiente.

—Sí, cuando llegue ese día.

—¿Cuándo será?

—Es difícil saberlo.

—¿Dos años, quizá? —Musashi no le respondió—. ¿Tres años?

—El camino de la disciplina no tiene final.

—¿No volverás a ver a Otsū durante el resto de tu vida?

—Si el talento con que nací es adecuado, puede que algún día alcance mi objetivo. De lo contrario, es posible que siga siendo tan estúpido como lo soy ahora.

Pero ahora me enfrento a la posibilidad de morir pronto. ¿Cómo puede un hombre con esa perspectiva hacer promesas que afectan al futuro de una mujer tan joven como Otsū?

Había dicho más de lo que pretendía. Jōtarō parecía confuso, pero entonces dijo en tono triunfante:

—No tienes que prometerle nada a Otsū. Lo único que te pido es que la veas.

—Mira, no es tan sencillo. Otsū y yo somos jóvenes. Me desagrada tener que admitirlo, pero si nos encontramos, me temo que sus lágrimas me derrotarían. No podría mantenerme fiel a mi decisión.

Musashi ya no era el joven impetuoso que desdeñó a Otsū en el puente Hanada. Era menos egocéntrico y temerario, más paciente y mucho más gentil. El encanto de Yoshino podría haber reavivado los fuegos de la pasión, si él no hubiera rechazado el amor de manera muy similar a la del fuego que no quiere tratos con el agua. No obstante, cuando la mujer era Otsū, Musashi desconfiaba de su capacidad de autodominio. Sabía que no debía pensar en ella sin considerar el efecto que podría tener en su vida.

Jōtarō oyó la voz de su maestro muy cerca de su oído.

—¿Lo comprendes ahora?

El muchacho se enjugó las lágrimas de los ojos, pero cuando apartó la mano de su rostro y miró a su alrededor, no vio más que una bruma oscura.

—¡Sensei! —exclamó.

Corrió hacia el extremo del largo muro de tierra, pero sabía que sus gritos no harían volver a Musashi. Apoyó la cara en el muro y las lágrimas brotaron de nuevo. Se sentía completamente derrotado, vencido una vez más por el razonamiento adulto. Lloró hasta que se le tensó la garganta y no emitió más sonidos, pero los sollozos convulsos siguieron agitando sus hombros.

Vio a una mujer al otro lado de la puerta de servicio y pensó que debía de ser alguna de las muchachas de la cocina que regresaba de un recado tardío. Se preguntó sí le habría oído llorar.

La oscura figura alzó su velo y caminó lentamente hacia él.

—¿Jōtarō? ¿Eres tú, Jōtarō?

—¡Otsū! ¿Qué haces aquí? Estás enferma.

—Estaba preocupada por ti. ¿Por qué te marchaste sin decir nada a nadie? ¿Dónde has estado durante todo este tiempo? Las luces estaban encendidas y la puerta cerrada, pero tú seguías sin regresar. No puedes imaginar lo preocupada que estaba.

—Estás loca. ¿Y si tienes fiebre otra vez? ¡Vuelve a la cama ahora mismo!

—¿Por qué estabas llorando?

—Te lo diré luego.

—Quiero saberlo ahora. Algo tiene que haberte ocurrido para que estés así. Fuiste en pos de Takuan, ¿no es cierto?

—Humm, sí.

—¿Has averiguado dónde está Musashi?

—Takuan es maligno. ¡Le odio!

—¿No te lo dijo él?

—Pues no.

—Me estás ocultando algo.

—¡Ah, eres imposible! —se quejó Jōtarō—. Tú y ese estúpido maestro mío. No puedo decirte nada antes de que te acuestes y te ponga una toalla fría en la cabeza. Si no regresas a la casa ahora mismo, te llevaré a rastras.

La cogió de la muñeca con una mano y golpeó la puerta con la otra, gritando, enfurecido:

—¡Abrid! La chica enferma está aquí. ¡Si no os dais prisa se va a congelar!

Un brindis por el mañana

Matahachi se detuvo en el camino empedrado y se enjugó el sudor de la frente. Había ido corriendo desde la avenida Gojō hasta la colina Sannen. Tenía el rostro muy enrojecido, pero eso se debía más al sake que al excesivo ejercicio físico. Se agachó para cruzar el portal ruinoso y dio la vuelta hasta llegar a la casita que estaba más allá de la huerta.

—¡Madre! —llamó con insistencia. Entonces miró al interior de la casa y musitó —: ¿Estará durmiendo otra vez?

Tras detenerse ante el pozo para lavarse los pies y las manos, entró en la casa.

Osugi dejó de roncar, abrió un ojo y se incorporó.

—¿Por qué armas tanto escándalo? —preguntó malhumorada.

—Ah, ¿por fin estás despierta?

—¿Qué quieres decir con eso?

—Basta que me siente un momento para que empieces a despotricar por lo perezoso que soy e insistas en que vaya en busca de Musashi.

—Tendrás que perdonarme por ser vieja —replicó ella indignada—. Mi salud me exige que duerma, pero mi espíritu está perfectamente. No me encuentro bien desde la noche en que Otsū se escapó. Y todavía me duele la muñeca, a causa del apretón de Takuan.

—¿Por qué cada vez que me siento bien empiezas a quejarte de algo?

Osugi le miró furibunda.

—No suelo quejarme, a pesar de mi edad, ¿Has averiguado algo sobre Otsū o Musashi?

—Las únicas personas en la ciudad que no se han enterado de la noticia son las ancianas que se pasan el día durmiendo.

—¡Noticias! ¿Qué noticias? —Osugi se apresuró a arrodillarse y se acercó más a su hijo arrastrándose por el suelo.

—Musashi va a librar un tercer combate con la escuela Yoshioka.

—¿Cuándo? ¿Dónde?

—En Yanagimachi hay un anuncio con todos los detalles. Será en la aldea de Ichijōji mañana a primera hora.

—¡Yanagimachi! Ése es el barrio autorizado. —Osugi entrecerró los ojos—. ¿Por qué haraganeabas en pleno día en semejante lugar?

—No estaba haraganeando —dijo Matahachi, poniéndose a la defensiva—. Siempre interpretas mal las cosas. Fui allí porque es un buen sitio para recoger noticias.

—Bueno, no importa, sólo bromeaba. Me satisface que hayas sentado la cabeza y no vuelvas a la mala vida que llevabas. Pero ¿he oído bien? ¿Has dicho mañana por la

mañana?

—Sí, a las cinco.

Osugi se quedó un momento pensativa.

—¿No me dijiste que conoces a alguien de la escuela Yoshioka?

—Sí, pero no los he conocido en unas circunstancias muy favorables. ¿Por qué?

—Quiero que me lleves a la escuela ahora mismo. Prepárate.

A Matahachi volvió a sorprenderle la impetuosidad de los viejos. Sin moverse de donde estaba, replicó fríamente:

—¿Por qué te excitas? Cualquiera diría que la casa está en llamas. ¿Qué esperas conseguir yendo a la escuela Yoshioka?

—Voy a ofrecer nuestros servicios, naturalmente.

—¿Cómo?

—Mañana irán a matar a Musashi. Les pediré que nos permitan ir con ellos. Puede que no seamos de gran ayuda, pero probablemente podremos darle por lo menos un buen golpe.

—¡Debes estar de broma, madre!

Matahachi se echó a reír.

—¿Qué es lo que encuentras tan divertido?

—Que seas tan candorosa.

—¡Cómo te atreves a hablarme de esa manera! El único candoroso eres tú.

—En vez de discutir, sal y mira a tu alrededor. Los Yoshioka están sedientos de sangre y ésta es su última oportunidad. Las reglas de la lucha no significan nada para ellos. La única manera en que pueden salvar a la casa de Yoshioka es matar a Musashi, no importa cómo. No es ningún secreto que van a matarle en masa.

—¿De veras? —susurró Osugi—. Entonces Musashi está a punto de morir..., ¿no es cierto?

—No estoy tan seguro. Es posible que se presente con partidarios suyos, en cuyo caso sería toda una batalla. Eso es lo que mucha gente cree que va a suceder.

—Podrían tener razón, pero sigue siendo irritante. No podemos quedarnos sentados de brazos cruzados y dejar que otros le maten después de habernos pasado tanto tiempo buscándole.

—Estoy de acuerdo contigo, y tengo un plan —le dijo Matahachi con excitación —. Si llegamos allí antes del combate, podemos presentarnos a los Yoshioka y explicarles por qué vamos en pos de Musashi. Estoy seguro de que nos dejarán golpear al cadáver. Entonces podemos cortar un poco de su pelo o una manga o cualquier cosa que sirva como prueba a la gente del pueblo de que le hemos matado. Así recuperaríamos nuestra dignidad, ¿no crees?

—Es un buen plan, hijo mío, y dudo de que haya otro mejor. —Olvidando, al parecer, que ella le había sugerido lo mismo en cierta ocasión, se irguió y enderezó

los hombros—. Eso no sólo limpiaría nuestro nombre sino que, una vez muerto Musashi, Otsū sería como un pez fuera del agua.

Tras devolver el sosiego a su madre, Matahachi se sintió aliviado y también sediento de nuevo.

—Bueno, asunto zanjado. Tenemos unas cuantas horas de espera por delante. ¿Te parece que tomemos un poco de sake antes de cenar?

—Humm, de acuerdo. Pide que nos lo traigan. También yo beberé un poco para celebrar nuestra inminente victoria.

Matahachi se puso las manos en las rodillas y empezó a levantarse, pero al volver la cabeza hacia un lado parpadeó y se quedó mirando fijamente.

—¡Akemi! —gritó, y corrió al ventanuco.

La asustada muchacha estaba debajo de un árbol, frente a la casa, como un gato culpable que no ha conseguido huir del todo a tiempo. Miró al joven con una expresión incrédula y musitó:

—¿Eres tú, Matahachi?

—¿A qué has venido aquí?

—Pues... me alojo aquí desde hace algún tiempo.

—No tenía la menor idea. ¿Estás con Okō?

—No.

—¿Ya no vives con ella?

—No. Conoces a Gion Tōji, ¿verdad?

—He oído hablar de él.

—Él y mi madre huyeron juntos. —Su campanilla tintineó mientras alzaba la manga para ocultar las lágrimas.

La luz a la sombra del árbol tenía una tonalidad azulada. Su nuca, su mano delicada, todo en ella parecía muy distinto de los rasgos de la Akemi que él recordaba. El arrebol juvenil que tanto le había encantado en Ibuki y que había mitigado su tristeza en el Yomogi había desaparecido.

—¿Con quién estás hablando, Matahachi? —le preguntó la suspicaz Osugi.

—Es la muchacha de la que te hablé antes, la hija de Okō.

—¿Ella? ¿Y qué hace, está escuchando furtivamente?

Matahachi se volvió y replicó con irritación:

—¿Por qué sacas siempre conclusiones precipitadas? Ella también vive aquí y pasaba casualmente por delante, ¿no es cierto, Akemi?

—Sí, no imaginaba que estuvierais aquí, aunque una vez vi a esa chica, Otsū.

—¿Hablaste con ella?

—No llegué a hacerlo, pero más tarde me sentí intrigada. ¿No es ésa la chica con la que estabas prometido?

—Sí.

—Ya me lo parecía. Mi madre te causó muchas dificultades, ¿verdad?

Matahachi no respondió a la pregunta.

—¿Todavía estás soltera? No sé, te veo distinta.

—Cuando te marchaste, mi madre me hizo la vida imposible. Lo soporté tanto como pude, porque es mi madre, pero el año pasado, cuando estábamos en Sumiyoshi, me escapé.

—Arruinó nuestras vidas, pero espera y verás. Al final recibirá lo que se merece.

—Lo mismo me da. Tan sólo quisiera saber qué voy a hacer a partir de ahora.

—Estoy en tu misma situación. El futuro no parece muy halagüeño. Quisiera desquitarme de Okō, pero supongo que nunca podré hacer más que pensar en ello.

Mientras se quejaban de sus dificultades, Osugi hacía sus preparativos de viaje. Al cabo de un rato chasqueó la lengua y dijo abruptamente:

—¡Matahachi! ¿Qué haces ahí, de palique con alguien que no tiene nada que ver con nosotros? ¡Ven y ayúdame a hacer el equipaje!

—Sí, madre.

—Adiós, Matahachi, espero que volvamos a vernos.

Desalentada e incómoda, Akemi se apresuró a marcharse.

Poco después encendieron una lámpara y apareció la sirvienta con la cena y sake. Madre e hijo intercambiaron las tazas sin mirar la cuenta, que yacía en la bandeja entre ellos. Los sirvientes se presentaron uno tras otro para despedirles, y finalmente lo hizo el posadero.

—¿De modo que partís esta noche? Ha sido grato teneros aquí durante tanto tiempo. Lamento no haber podido daros el trato especial que merecéis. Confiamos en veros de nuevo la próxima vez que vengáis a Kyoto.

—Gracias —respondió Osugi—. Es muy posible que venga otra vez. Veamos..., ¿han pasado ya tres meses desde el fin de año?

—Sí, aproximadamente. Os echaremos de menos.

—¿Quieres tomar un poco de sake con nosotros?

—Eres muy amable. Partir de noche es algo fuera de lo corriente. ¿A qué se debe semejante decisión?

—A decir verdad, ha surgido de improviso un asunto muy importante. Por cierto, ¿tendrías un plano de la aldea de Ichijōji?

—Veamos, es un pequeño lugar al otro lado del Shirakawa, cerca de la cima del monte Hiei. No creo que sea buena idea ir ahí en plena noche. Está desierto y...

—Eso no importa —le interrumpió Matahachi—. ¿Tendrías la bondad de dibujarnos un plano?

—Con mucho gusto. Uno de mis sirvientes es de allá y puede facilitarme la información que necesito. Veréis, Ichijōji no tiene muchos habitantes, pero se extiende por una zona muy amplia.

Matahachi, que estaba ya algo bebido, le dijo secamente:

—No te preocupes por el lugar al que vamos. Tan sólo queremos saber cómo llegar allí.

—Oh, perdóname. Os dejo para que sigáis con vuestros preparativos.

Restregándose servilmente las manos, el posadero retrocedió hacia la terraza sin dejar de hacer reverencias.

Cuando estaba a punto de salir al jardín, tres o cuatro empleados suyos llegaron corriendo, y uno de ellos preguntó, excitado:

—¿No ha pasado por aquí?

—¿Quién?

—Esa muchacha, la que se alojaba en la habitación del fondo.

—¿Qué le sucede?

—Estoy seguro de que la he visto antes, esta misma tarde, pero luego miré en su habitación y...

—¡Ve al grano!

—No damos con ella.

—¡Idiota! —gritó el posadero, sin un ápice del untuoso servilismo que había mostrado hacía unos instantes—. ¿De qué sirve correr así tras ella cuando se ha marchado? Deberías haber comprendido por su aspecto que había algo raro en ella, ¿Has dejado transcurrir una semana sin asegurarte de que tenía dinero? ¿Corno puedo seguir adelante con el negocio si cometéis esa clase de estupideces?

—Lo siento, señor. Parecía decente.

—Bueno, ahora es demasiado tarde. Será mejor que veáis si falta algo en las habitaciones de los demás huéspedes. ¡Ah, qué hatajo de zopencos!

El encolerizado posadero se encaminó a la parte delantera del edificio.

Osugi y Matahachi tomaron un poco más de sake, y entonces la anciana se sirvió té y aconsejó a su hijo que la imitara.

—Terminaré lo que queda —replicó él, sirviéndose otra taza—. No quiero comer nada.

—No es conveniente que estés con el estómago vacío. Por lo menos toma arroz y unos encurtidos.

Empleados y criados corrían de un lado a otro por el jardín y los pasadizos, y los faroles que sostenían iluminaban la noche con sus luces oscilantes.

—Parece ser que no la han capturado —dijo Osugi—. No quiero verme implicada en esto, y por eso no he dicho nada delante del posadero, pero ¿no crees que la joven a la que buscan es la misma con la que has hablado antes?

—No me sorprendería.

—Mira, no puedes esperar gran cosa de una persona con una madre como la suya. ¿Por qué te has mostrado tan amistoso con ella?

—Me da bastante lástima. Ha tenido una vida muy difícil.

—Bien, ten cuidado y no hagas saber que la conoces. Si el posadero cree que tiene alguna relación con nosotros, nos pedirá que paguemos su cuenta.

Los pensamientos de Matahachi estaban en otra parte. Llevándose las manos a la nuca, se tendió boca arriba y rezongó:

—¡Podría matar a esa puta! Estoy viendo su cara... No es Musashi el único que me extravió. ¡Fue Okō!

—¡No seas estúpido! —le reprendió Osugi—. Supón que matamos a Okō. ¿En qué beneficiaría eso a nuestra reputación? Nadie en el pueblo la conoce y a nadie le importa.

A las dos de la madrugada el posadero pasó por la terraza con un farol y anunció la hora. Matahachi se estiró y le preguntó:

—¿Habéis cogido a la chica?

—No, no hay rastro de ella —dijo el hombre con un suspiro—. Es bonita, y los empleados pensaron que, aunque no pudiera pagar la cuenta, recuperaríamos el dinero si vivía aquí una temporada..., ¿comprendes? Por desgracia, ha sido demasiado rápida para nosotros.

Matahachi se sentó en el borde de la terraza y se ató las sandalias. Tras esperar un poco, gritó, irritado:

—¿Qué estás haciendo ahí dentro, madre? ¡Siempre me das prisa, pero en el último minuto nunca estás a punto!

—Espera un poco, Matahachi. ¿Te di la bolsa de dinero que llevaba en mi bolsa de viaje? He pagado la cuenta con el dinero que llevaba envuelto en el cinto, pero el dinero para el viaje estaba en la bolsa.

—No la he visto.

—Ven aquí. Mira, un trozo de papel con tu nombre escrito. ¡Qué!... ¡Habráse visto, semejante descaro! Dice..., dice que, como os conocéis desde hace tanto tiempo, confía en que la perdones por tomar el dinero prestado. Prestado..., ¡prestado!

—Ésta es la caligrafía de Akemi.

Otsū se volvió hacia el posadero.

—¡Mira esto! Si a un huésped le roban sus propiedades, tú eres el responsable. Tendrás que hacer algo al respecto.

—¿Ah, sí? —replicó el hombre con una ancha sonrisa—. Así sería de ordinario, pero como parece que conocéis a la muchacha, me temo que debo pediros que primero abonéis su cuenta.

Los ojos de Osugi se movieron frenéticamente de uno a otro lado.

—¿De..., de qué me estás hablando? Jamás en mi vida había visto a esa ladrona. ¡Matahachi! ¡Deja de perder el tiempo! Si no nos ponemos en marcha, pronto cantará el gallo.

La trampa mortal

La luna aún estaba alta en el cielo de la mañana temprana, y las sombras de los hombres que ascendían por el blanco sendero de montaña colisionaban espectralmente, haciéndoles sentirse todavía más inquietos.

—Esto no es lo que había esperado —dijo uno de ellos.

—Yo tampoco. Faltan muchísimas caras. Estaba convencido de que seríamos ciento cincuenta por lo menos.

—Humm. No parece que seamos ni siquiera la mitad de ese número.

—Supongo que cuando Genzaemon llegue con sus hombres, seremos unos setenta en total.

—Es una lástima. Desde luego, la Casa de Yoshioka ya no es lo que era.

En otro grupo comentaban:

—¿A quién le importa los ausentes? Ahora que el dōjō está cerrado, muchos hombres tienen que pensar primero en ganarse la vida. Los más orgullosos y leales están aquí. ¡Eso es más importante que el número!

—¡Cierto! Si hubiera aquí cien o doscientos hombres, unos serían un obstáculo para los otros.

—¡Ja, ja! ¿Volvéis a hablar de bravura? Recordad lo que ocurrió en el Rengeōin. ¡Veinte hombres en pie y aun así Musashi se escapó!

El monte Hiei y los demás picos todavía dormían envueltos por las nubes. Los hombres estaban reunidos en la bifurcación de un estrecho sendero rural, una de cuyas ramas conducía a la cumbre del Hiei mientras que la otra se dirigía a Ichijōji. El camino era empinado, rocoso y con profundas hondonadas. Alrededor del hito más destacado, un gran pino cuya copa se extendía como un paraguas gigantesco, había un grupo de discípulos veteranos. Sentados en el suelo, como otros tantos cangrejos que se movieran de noche, comentaban las características del terreno.

—El camino tiene tres ramas y la cuestión es saber por cuál de ellas vendrá Musashi. La mejor estrategia sería dividir a los hombres en tres pelotones, cada uno de los cuales se apostará en una rama. Entonces Genjirō y su padre pueden quedarse aquí con un grupo de nuestros hombres más fuertes, unos diez en total, Miike, Ueda y los demás.

—No, el terreno es demasiado abrupto para situar a un gran número de hombres en un solo lugar. Deberíamos apostarlos a lo largo de los accesos, y se mantendrían ocultos hasta que Musashi esté a medio camino. Entonces pueden atacarle por delante y detrás al mismo tiempo.

Menudeaban las idas y venidas entre los miembros de los grupos, y sus sombras en movimiento parecían ensartadas en lanzas o largas vainas de espada. Pese a una tendencia general a subestimar a su enemigo, no había ningún cobarde entre ellos.

—¡Ya viene! —gritó un hombre en el borde exterior del camino.

Las sombras se detuvieron. Cada samurai sintió una gélida punzada a través de sus venas.

—Tranquilizaos. Sólo es Genjirō.

—¡Pero si viene en un palanquín!

—Bueno, no es más que un niño.

Los faroles que se aproximaban lentamente y oscilaban de un lado a otro bajo la helada brisa del monte Hiei parecían mortecinos en comparación con la luz de la luna.

Unos minutos después, Genzaemon bajó de su palanquín y dijo:

—Creo que ya estamos todos.

Genjirō, un chiquillo de trece años, bajó del siguiente palanquín. Tanto el padre como el hijo llevaban en la cabeza cintas blancas fuertemente atadas y los hakama muy arremangados.

Genzaemon pidió a su hijo que fuese a sentarse debajo del pino. El muchacho asintió en silencio mientras su padre le daba una palmada de estímulo en la cabeza y le decía:

—El combate se lleva a cabo en tu nombre, pero son los discípulos quienes lucharán. Puesto que eres demasiado joven para participar, sólo tienes que quedarte ahí y observar.

Genjirō corrió directamente al árbol, donde adoptó una pose tan rígida y digna como la de un muñeco samurai en el Festival de los Muchachos.

—Es un poco pronto —dijo Genzaemon—. El sol tardará un rato en salir. —Buscó algo alrededor de su cintura y sacó una larga pipa con una cazoleta de gran tamaño—. ¿Alguien tiene lumbre? —preguntó con tranquilidad, haciendo saber a los demás que tenía un completo dominio de sí mismo.

Uno de los hombres se le acercó.

—Antes de que te acomodes para fumar, señor, ¿no crees que deberíamos decidir la distribución de los hombres?

—Sí, eso creo. Apostémoslos rápidamente, para que estén preparados. ¿Cómo vas a hacerlo?

—Habrá un grupo central junto a ese árbol. Otros hombres estarán ocultos a intervalos de veinte pasos en ambos lados de los tres senderos.

—¿Quiénes estarán junto al árbol?

—Tú, yo y unos diez más. Así podremos proteger a Genjirō y estar preparados para intervenir cuando recibamos la señal de que Musashi ha llegado.

—Espera un momento —dijo Genzaemon, revisando la estrategia con juiciosa cautela—. Si los hombres están diseminados de ese modo, sólo habrá unos veinte en disposición de atacarle al principio.

—Es cierto, pero estará rodeado.

—No necesariamente. Puedes estar seguro de que traerá ayuda, y no olvides que es tan experto en salir de un atolladero como lo es en la lucha, si no mejor. Acuérdate del Rengeōin. Podría atacar en un punto donde nuestros hombres estén diseminados, herir a tres o cuatro y marcharse. Entonces iría por ahí jactándose de que se ha enfrentado a más de setenta miembros de la escuela Yoshioka y resultaría el vencedor.

—Jamás consentiríamos semejante cosa.

—Sería su palabra contra la nuestra. Aun cuando traiga seguidores, la gente considerará este encuentro como una lucha entre él y toda la escuela Yoshioka, y sus simpatías se decantarán hacia el espadachín solitario.

Entonces intervino Miike Jūrōzaemon.

—Es evidente que si escapa de nuevo nunca lograremos borrar esa mancha, al margen de lo que digamos. Estamos aquí para matar a Musashi y no podemos tener demasiados escrúpulos sobre cómo lo haremos. Los muertos no cuentan historias.

Jūrōzaemon pidió a cuatro hombres del grupo más próximo que se acercaran. Tres de ellos tenían pequeños arcos y el cuarto un mosquete. Les ordenó que se colocaran ante Genzaemon.

—Quizá te gustaría ver las precauciones que hemos tomado.

—¡Ah! Armas voladoras.

—Podemos apostarlos en un terreno elevado o en árboles.

—¿No dirá la gente que estamos usando tácticas sucias?

—Nos importa menos lo que diga la gente que asegurarnos de que Musashi está muerto.

—De acuerdo. Si estás dispuesto a encajar las críticas, no tengo más que añadir —dijo el anciano sumisamente—. Aunque Musashi traiga cinco o seis hombres, no es probable que salga ileso cuando disponemos de arcos, flechas y un arma de fuego. Bueno, si seguimos en pie aquí, es posible que nos coja por sorpresa. Puedes encargarte de la disposición de los hombres, pero hazles ir a sus puestos de inmediato.

Las negras sombras se dispersaron como gansos silvestres en una marisma, algunas se sumergieron en bosquecillos de bambú, otras desaparecieron detrás de los árboles o descendieron sobre las elevaciones entre los arrozales. Los tres arqueros subieron a una altura desde donde se dominaba todo el terreno. Abajo, el mosquetero trepó a las ramas superiores del frondoso pino. Mientras se abría paso entre el ramaje para ocultarse, cayó una lluvia de pinaza y fragmentos de corteza sobre Genjirō.

Al reparar en que el niño se contorsionaba, Genzaemon se dirigió a él en tono de reprobación.

—No me digas que ya estás nervioso. ¡No seas tan cobarde!

—No es eso, sino que tengo agujas de pino en la espalda.

—Quédate quieto y aguanta. Ésta va a ser una buena experiencia para ti. Cuando empiece la lucha, obsérvala con atención.

A lo largo del acceso situado más al este se oyó un gran grito.

—¡Detente, imbécil!

Los bambúes se agitaron produciendo un ruido suficiente para que todo el mundo, menos los sordos, supieran que había hombres escondidos en los caminos.

—¡Tengo miedo! —gritó Genjirō, y abrazó la cintura de su padre.

Jūrōzaemon partió de inmediato hacia el lugar de la conmoción, aunque intuía que se trataba de una falsa alarma.

Sasaki Kojirō estaba riñendo a uno de los hombres de Yoshioka.

—¿Es que no tienes ojos? ¡Mira que confundirme con Musashi! Vengo aquí para actuar como testigo y me atacas con una lanza. ¡Qué necio!

También los hombres de Yoshioka estaban enfadados, y algunos sospechaban que pudiera estar espiándoles. Retrocedieron, pero siguieron cortándole el paso.

Cuando Jūrōzaemon atravesó el círculo, Kojirō se dirigió a él.

—He venido aquí para ser testigo, pero tus hombres me tratan como a un enemigo. Si están obedeciendo instrucciones tuyas, será una satisfacción para mí, que soy un torpe espadachín, enfrentarme a ti. No tengo ningún motivo para ayudar a Musashi, pero sí que debo velar por mi honor. Además, ésta sería una buena oportunidad para humedecer mi Palo de Secar con sangre fresca, algo que he descuidado desde hace algún tiempo.

Era un tigre escupiendo fuego. Su aplomo cogió por sorpresa a los hombres de Yoshioka a quienes había engañado su aspecto de currutaco.

Jūrōzaemon, decidido a demostrar que no le arredraba la lengua de Kojirō, se echó a reír.

—¡Ja, ja! Estás sulfurado de veras, ¿eh? Pero dime, ¿quién te pidió que fueras testigo? No recuerdo haberte hecho semejante solicitud. ¿Lo hizo Musashi?

—No digas tonterías. Cuando pusimos el aviso en Yanagimachi, dije a ambas partes que actuaría como testigo.

—Ya veo. Tú dijiste eso. En otras palabras, ni Musashi ni nosotros te lo pedimos. Tú mismo te has impuesto la tarea de observador. Bueno, el mundo está lleno de gente que se entromete en los asuntos que no les conciernen.

—¡Eso es un insulto! —exclamó Kojirō.

—¡Vete! —gritó Jūrōzaemon, con tal intensidad que la saliva salió volando de su boca—. Aquí no vamos a dar ningún espectáculo.

Pálido de ira, Kojirō se separó hábilmente del grupo y retrocedió una corta distancia por el camino.

—¡En guardia, bastardos! —gritó, disponiéndose a atacar.

Genzaemon, que había seguido a Jūrōzaemon, intervino entonces.

—¡Espera, joven!

—¡Espera tú! —replicó Kojirō—. ¡No tengo nada que ver contigo, pero te mostraré lo que les ocurre a quienes me insultan!

El anciano corrió hacia él.

—¡Vamos, vamos, te estás tomando esto demasiado en serio! Nuestros hombres están excitados. Soy el tío de Seijūrō y le he oído decir que eres un espadachín notable. Estoy seguro de que ha habido algún error. Espero que me perdones personalmente por la conducta de nuestros hombres.

—Te estoy agradecido por saludarme de esa manera. He tenido buenas relaciones con Seijūrō y no deseo más que el bien a la Casa de Yoshioka, aunque no me siento capacitado para actuar como el padrino de un duelo. Pero ésa no es razón para que tus hombres me insulten.

Genzaemon se arrodilló, adoptando una postura formal, y dijo:

—Tienes toda la razón. Espero que olvides lo que ha ocurrido, en consideración a Seijūrō y Denshichirō.

El anciano eligió sus palabras con tacto, pues le preocupaba que si Kojirō se ofendía podría advertir la cobarde estrategia que habían adoptado.

La cólera de Kojirō remitió.

—Levántate, señor. Me azora que un hombre mayor que yo se incline ante mí. —Con un rápido cambio de opinión, el dueño del Palo de Secar dedicó su elocuencia a estimular a los hombres de Yoshioka y vilipendiar a Musashi—. Desde hace algún tiempo soy amigo de Seijūrō y, como he dicho antes, no tengo ninguna relación con Musashi. Es natural que esté a favor de la Casa de Yoshioka. He presenciado muchos conflictos entre guerreros, pero nunca he sido testigo de una tragedia como la que vosotros habéis sufrido. Es increíble que la casa que sirvió a los shogunes Ashikaga como instructores en las artes marciales pierda su prestigio a manos de un simple patán rural.

Sus palabras, pronunciadas como si se propusiera enardecerles, fueron recibidas con profunda atención. En el rostro de Jūrōzaemon se reflejaba el pesar que sentía por haber hablado con tanta rudeza a un hombre que no tenía más que buenos deseos hacia la Casa de Yoshioka.

Esa reacción no le pasó desapercibida a Kojirō, él cual cobró ímpetu.

—En el futuro me propongo establecer una escuela propia. No es, pues, la curiosidad lo que me lleva a observar los encuentros y estudiar las tácticas de otros luchadores. Eso forma parte de mi educación. Sin embargo, no creo haber presenciado ni haber oído hablar jamás de un enfrentamiento que me irritara más que vuestros dos encuentros con Musashi. ¿Por qué razón, cuando erais tantos en el Rengeōin, y anteriormente en el Rendaiji, dejasteis escapar a Musashi para que

pudiera jactarse de ello en las calles de Kyoto? No puedo comprenderlo.

Se humedeció los labios y siguió diciendo:

—No hay duda de que Musashi es un luchador de tenacidad sorprendente, teniendo en cuenta que se trata de un espadachín vagabundo. Lo sé porque le he visto en un par de ocasiones. Pero a riesgo de parecer entrometido, quiero deciros lo que he descubierto sobre él. —Sin mencionar a Akemi, continuó—: La primera información me la dio una mujer que le conocía desde que él tenía diecisiete años. Uniendo lo que me dijo a otros datos recogidos aquí y allá, puedo hacer un resumen bastante completo de la vida de Musashi.

—Es hijo de un samurai provincial y nació en la provincia de Mimasaka. Participó en la batalla de Sekigahara y, al regresar a su casa, cometió tales atrocidades que le expulsaron del pueblo. Desde entonces ha estado vagabundeando por el campo.

—Aunque es un hombre de carácter indigno, posee cierto talento con la espada y tiene una extraordinaria fuerza física. Además, lucha sin tener en cuenta su propia vida. Por este motivo los métodos de esgrima ortodoxos son ineficaces contra él, de la misma manera que la razón es ineficaz contra la insania. Debéis atraparle como si fuese un animal salvaje, o fracasaréis. ¡Ahora considerad cómo es vuestro enemigo y trazad vuestros planes en consecuencia!

Con mucha formalidad, Genzaemon dio las gracias a Kojirō y le describió las precauciones que habían tomado.

Kojirō expresó su aprobación con gestos de asentimiento.

—Si habéis sido tan minuciosos, probablemente Musashi no tiene una sola posibilidad de salir con vida. No obstante, me parece que podríais idear una estratagema más eficaz.

—¿Estratagema? —repitió Genzaemon, mirando de nuevo con menos admiración el rostro engreído de Kojirō—. Gracias, pero creo que lo hecho hasta ahora ya es suficiente.

—No, amigo mío, no lo es. Si Musashi viene por el camino sin ningún recelo, probablemente no podrá escapar. Pero ¿y si descubre vuestra estrategia por anticipado y no se presenta? Entonces vuestra planificación habrá sido en vano, ¿no es cierto?

—Si no aparece, lo único que debemos hacer es colocar avisos en toda la ciudad para convertirle en el hazmerreír de Kyoto.

—Sin duda eso os devolvería cierto grado de prestigio, pero no olvides que aún podría ir por ahí diciendo que habéis empleado unas tácticas sucias, y en ese caso no habríais limpiado por completo el nombre de vuestro maestro. Esos preparativos serán inútiles a menos que hoy matéis aquí a Musashi. Para ello debéis aseguraros de que viene aquí y cae en la trampa mortal que le habéis tendido.

—¿Hay alguna manera de hacer eso?

—Desde luego, incluso varias maneras. —La voz de Kojirō estaba llena de confianza. Se inclinó adelante y, con una expresión amistosa que pocas veces aparecía en su semblante orgulloso, susurró unas palabras a Genzaemon en el oído—. ¿Qué te parece? —le preguntó en voz alta.

—Humm. Comprendo lo que quieres decir.

El anciano asintió varias veces, y entonces se volvió a Jūrōzaemon y le susurró la estratagema.

Un encuentro a la luz de la luna

Era la medianoche pasada cuando Musashi llegó a la pequeña posada al norte de Kitano, donde encontrara por primera vez a Jōtarō. El asombrado posadero le dio una cordial bienvenida y se apresuró a prepararle un lugar donde dormir.

Musashi salió por la mañana temprano y regresó a última hora de la tarde, con un saco de boniatos de Kurama, que regaló al anciano. También le mostró un rollo de tela de algodón blanqueada de Nara, que había comprado en una tienda cercana, y le preguntó si podría hacerle con el paño una camiseta, un envoltorio para llevarlo en el abdomen y un taparrabos.

El posadero aceptó amablemente el encargo y llevó el paño a una costurera del barrio. Al regresar, hizo un alto en el camino para comprar sake, luego preparó un cocido con los boniatos y, mientras comían y bebían, habló con Musashi hasta la medianoche, cuando la costurera llegó con las prendas. Musashi las dobló pulcramente y, antes de retirarse a descansar, las dejó al lado de su almohada.

Mucho antes de que amaneciera, un chapoteo despertó al anciano. Echó un vistazo al exterior y vio que Musashi se había bañado con fría agua del pozo y estaba en pie a la luz de la luna, vestido con su nueva ropa interior, sobre la que se estaba poniendo su viejo kimono.

Musashi le dijo que estaba un poco cansado de Kyoto y había decidido marcharse a Edo, y le prometió que cuando regresara a Kyoto, al cabo de tres o cuatro años, se alojaría en la posada.

Después de que el posadero le atara el obi en la espalda, Musashi partió a vivo paso. Tomó el estrecho sendero a través de los campos hasta la carretera de Kitano, avanzando con cuidado entre los montones de estiércol de buey. El anciano le contempló entristecido hasta que desapareció en la oscuridad.

La mente de Musashi estaba tan clara como el cielo por encima de él. Había repuesto fuerzas y su cuerpo parecía más vigoroso a cada paso que daba.

—No hay ningún motivo para que camine con tanta rapidez —dijo en voz alta, al tiempo que aflojaba el paso—. Supongo que ésta será mi última noche en el mundo de los vivos.

Esto último no era ni una exclamación ni un lamento, sino una mera afirmación que afloró espontáneamente a sus labios. Aún no tenía la sensación de estar mirando cara a cara a la muerte.

Se había pasado el día anterior meditando bajo un pino en el templo interior de Kurama, confiando en alcanzar ese estado de beatitud en el que el cuerpo y el espíritu ya no importan. Su esfuerzo por librarse de la idea de la muerte fue inútil, y ahora estaba avergonzado por haber perdido el tiempo.

El aire nocturno era vigorizante. El sake, tomado en la cantidad justa, un sueño

corto pero profundo, la refrescante agua del pozo, las prendas de vestir nuevas, todo ello contribuía a que no se sintiera como un hombre que está a punto de morir. Recordó aquella noche en pleno invierno, cuando se obligó a subir hasta la cima de la montaña Águila. También entonces las estrellas eran deslumbrantes y los árboles estaban festoneados de carámbanos, los cuales ahora habrían cedido el paso a los capullos de las flores.

Tenía la mente llena de pensamientos dispersos y le resultaba imposible concentrarse en el problema vital al que ahora se enfrentaba. Se preguntó de qué le serviría ahora plantearse preguntas a las que varias generaciones de pensadores no habían sido capaces de encontrar respuestas: el significado de la muerte, la angustia de morir, la vida postrera.

El distrito en que se encontraba estaba habitado por nobles y sus servidumbres. Oyó el sonido melancólico de un caramillo, acompañado por los lentos acordes de una armónica de cañas. Imaginó a los deudos sentados en torno a un ataúd, esperando el alba. ¿Había llegado a sus oídos la melodía fúnebre antes de que tuviera conciencia de ella? Tal vez había despertado un recuerdo subconsciente de las vírgenes danzarinas de Ise y su experiencia en la montaña Águila. Las dudas roían su mente.

Mientras se detenía un momento para pensar en ello, observó que había rebasado el Shōkokuji y ahora estaba sólo a unos centenares de varas del plateado río Kamo. A la luz reflejada en una pared de tierra, distinguió una figura quieta y oscura. El hombre se encaminó hacia él, seguido por una sombra más pequeña, la de un perro sujeto con una correa. La presencia del animal tranquilizó a Musashi, pues su dueño no podía ser uno de sus enemigos, y pasó por su lado.

El otro hombre dio unos pocos pasos, se volvió y le dijo:

—¿Me permitís que os moleste un momento, señor?

—¿Es a mí?

—Sí, si no os importa. —Su gorro y el hakama eran como los que llevaban los artesanos.

—¿Qué deseáis? —inquirió Musashi.

—Perdonadme una pregunta peculiar, pero ¿no habéis reparado en una casa con todas las luces encendidas en esta calle?

—No he prestado mucha atención, pero no, no creo haberla visto.

—Supongo que he vuelto a equivocarme de calle.

—¿Qué estáis buscando?

—Una casa donde acaba de producirse una muerte.

—No he visto la casa, pero he oído la música de una armónica y un caramillo unas cien varas atrás.

—Ése debe de ser el lugar. Probablemente el sacerdote shintoísta llegó antes que yo y dio comienzo al funeral.

—¿Vais a asistir a ese funeral?

—No exactamente. Soy un constructor de ataúdes, de la colina Toribe. Me pidieron que fuera a la casa de Matsuo, así que fui a la colina Yoshida, pero ya no viven ahí.

—¿La familia Matsuo de la colina Yoshida?

—Sí, no sabía que se hubieran mudado. He recorrido un largo camino por nada. Os doy las gracias.

—Esperad —le dijo Musashi—. ¿Se trata de Matsuo Kaname, quien estuvo al servicio del señor Konoe?

—El mismo. Cayó enfermo sólo diez días antes de morir.

Musashi se volvió y siguió su camino. El constructor de ataúdes se alejó presuroso en la dirección opuesta.

«De modo que mi tío ha muerto», pensó Musashi sin emoción. Recordó cómo había economizado su tío para acumular una pequeña suma de dinero. Pensó en los pastelillos de arroz que le dio su tía y que él devoró en la orilla del río helado la mañana de Año Nuevo. Se preguntó ociosamente cómo se las arreglaría su tía ahora que se había quedado sola.

Desde la orilla del curso superior del Kamo contempló el oscuro panorama de las treinta y seis colinas de Higashiyama, cada una de las cuales parecía devolverle la mirada con hostilidad. Entonces corrió hacia un puente de pontones. Desde el norte de la ciudad era necesario cruzar allí para llegar al camino del monte Hiei y el paso que conducía a la provincia de Ōmi.

Estaba en la mitad del puente cuando oyó una voz, alta pero ininteligible. Se detuvo y escuchó. La rápida corriente gorgoteaba alegremente, y un frío viento barría el valle. Musashi no pudo localizar el lugar de donde había partido la voz, y al cabo de algunos pasos más volvió a oírla y se detuvo. Seguía sin saber su procedencia, por lo que se apresuró a alcanzar la otra orilla. Al salir del puente, descubrió a un hombre con los brazos alzados que corría hacia él desde el norte. Su figura le pareció familiar.

Y lo era, en efecto, pues se trataba de Sasaki Kojirō, el ubicuo mediador.

Al aproximarse, saludó a Musashi de una manera demasiado amistosa. Echó un vistazo al otro lado del puente y le preguntó:

—¿Estás solo?

—Sí, por supuesto.

—Espero que me perdones por lo de la otra noche —dijo Kojirō—. Te agradezco que tolerases mi intervención.

—Creo que soy yo quien debe darte las gracias —replicó Musashi con igual cortesía.

—¿Vas camino del encuentro?

—Sí.

—¿Completamente solo? —volvió a preguntarle Kojirō.

—Sí, claro.

—Humm. Mira, Musashi, me pregunto si has interpretado mal el letrero que pusimos en Yanagimachi.

—No lo creo.

—¿Eres plenamente consciente de las condiciones? Esto no va a ser un combate entre dos hombres, como en los casos de Seijūrō y Denshichirō.

—Lo sé.

—Aunque el combate se librará en nombre de Genjirō, le ayudarán los miembros de la escuela Yoshioka. ¿Comprendes que pueden ser diez o cien o incluso mil hombres?

—Sí, ¿por qué lo preguntas?

—Algunos de los hombres más débiles han huido de la escuela, pero los más fuertes y valientes han ido todos al pino de ancha copa. En estos momentos están apostados en la ladera de la colina, esperándote.

—¿Has ido a echar un vistazo?

—Sí, y decidí que sería mejor que viniera a advertirte. Como sabía que ibas a cruzar el puente de pontones, te esperé ahí. Considero que es mi deber, puesto que yo escribí el aviso.

—Muy considerado por tu parte.

—Bien, ésa es la situación. ¿De veras pretendes ir solo o tienes seguidores que van por otra ruta?

—Tendré un solo compañero.

—¿Ah, sí? ¿Dónde está ahora?

—¡Aquí mismo! —Musashi señaló su sombra y se echó a reír. Sus dientes brillaron a la luz de la luna.

Kojirō se dio por ofendido.

—Esto no es cosa de risa.

—No lo he dicho como una broma.

—¿Ah, no? Parecía como si te burlaras de mi consejo.

Musashi adoptó una actitud todavía más seria que la de Kojirō y replicó:

—¿Crees que el gran santo Shinran bromeaba cuando dijo que todo creyente tiene la fuerza de dos, porque Buda Amida camina a su lado?

Kojirō no le respondió.

—Todo parece indicar que los Yoshioka me aventajan. Ellos son numerosos y yo estoy solo. Sin duda supones que me derrotarán, pero te ruego que no te preocupes por mí. Si supusiera que disponen de diez hombres y llevara diez hombres conmigo, ¿qué ocurriría? Ellos serían veinte en vez de diez. Y si llevara veinte, aumentarían su número hasta treinta o cuarenta, y el combate crearía aún más desorden público.

Muchos morirían o caerían heridos. El resultado sería una grave infracción contra los principios del gobierno, sin ningún avance compensatorio para la causa de la esgrima. En otras palabras, si yo pidiera ayuda habría mucho que perder y poco que ganar.

—Por cierto que eso sea, no está acorde con el arte de la guerra emprender un combate sabiendo que vas a perder.

—Hay ocasiones en que es necesario.

—¡No! No lo es según el arte de la guerra. Llevar a cabo una acción temeraria es un asunto totalmente distinto.

—Tanto si mi método es acorde con el arte de la guerra como si no, sé lo que es necesario para mí.

—Estás infringiendo todas las reglas.

Musashi se rió.

—Si insistes en ir contra las reglas —argumentó Kojirō—, ¿por qué no eliges por lo menos una línea de acción que te dé una oportunidad de seguir viviendo?

—Para mí, el camino que estoy siguiendo es el camino hacia una vida más plena.

—¡Tendrás suerte si no te lleva directamente al infierno!

—Pudiera ser que este río fuese el río de tres brazos que corre por el infierno; este camino podría ser el camino de la perdición, que tiene una milla de largo; la colina por la que pronto subiré, podría ser la montaña de agujas donde empalan a los condenados. Sin embargo, éste es el único camino hacia la verdadera vida.

—Tal como hablas, es posible que ya estés poseído por el dios de la muerte.

—Piensa como gustes. Hay personas que mueren permaneciendo vivas y otras que alcanzan la vida al morir.

—¡Pobre diablo! —dijo Kojirō, mofándose a medias.

—Dime, Kojirō, si sigo este camino, ¿adonde me llevará?

—A la aldea de Hananoki y luego al pino de ancha copa de Ichijōji, donde has decidido morir.

—¿A qué distancia está?

—Sólo a unas dos millas. Dispones de mucho tiempo.

—Gracias, luego nos veremos —dijo Musashi jovialmente, mientras se volvía y echaba a andar por un sendero lateral.

—¡Ése no es el camino!

Musashi asintió.

—Te digo que sigues un camino equivocado.

—Lo sé.

Musashi bajó la cuesta. Más allá de los árboles a cada lado del camino se extendían las terrazas de arrozales, y a lo lejos se alzaban algunas granjas con tejado de paja. Kojirō vio que Musashi se detenía, miraba la luna y permanecía inmóvil un momento. Se echó a reír al comprender que Musashi estaba orinando. También él

contempló la luna y pensó que antes de que se hubiera puesto, numerosos hombres estarían muertos o moribundos.

Musashi no regresaba. Kojirō se sentó en la raíz de un árbol y pensó en la lucha inminente con un sentimiento próximo al júbilo. «A juzgar por la serenidad de Musashi, ya está resignado a morir. De todos modos, opondrá una resistencia terrible. Cuantos más derribe, tanto más divertido será contemplarlo. Ah, pero los Yoshioka tienen armas voladoras. Si le alcanza una de ellas, el espectáculo finalizará en el acto, y eso lo echaría todo a perder. Creo que será mejor que le advierta.»

Ahora había una ligera niebla y el aire tenía la frialdad que precede al amanecer. Kojirō se puso en pie y dijo:

—¿Qué te retiene tanto tiempo, Musashi?

La sensación de que había algo fuera de lugar le hizo sentirse inquieto. Bajó rápidamente la cuesta y llamó de nuevo. El único sonido era el que producía una noria al girar.

—¡Ese estúpido bastardo!

Regresó corriendo al camino principal y miró en todas las direcciones, pero sólo vio los tejados del templo, los bosques de Shirakawa en las laderas de Higashiyama y la luna. Llegó a la conclusión de que Musashi había huido y se recriminó por no haber comprendido las intenciones del rōnin detrás de su serenidad. Entonces se dirigió a toda prisa al Ichijōji.

Con una sonrisa en los labios, Musashi salió de detrás de un árbol y permaneció en el lugar donde Kojirō había estado. Se alegraba de haberse desembarazado de él. Le desagradaba un hombre que se complacía en ver morir al prójimo, que observaba impasible mientras otros arriesgaban sus vidas por causas que eran importantes para ellos. Kojirō no era un espectador inocente, motivado tan sólo por el deseo de aprender, sino un entrometido engañoso e intrigante, siempre dispuesto a congraciarse con ambos bandos, siempre presentándose como el tipo espléndido que quiere ayudar a todo el mundo.

Tal vez Kojirō había creído que si informaba a Musashi de lo fuerte que era el enemigo, aquél le pediría de rodillas que le ayudase. Y era concebible que, si el primer objetivo de Musashi hubiera sido el de preservar su vida, habría aceptado de buen grado la ayuda. Pero, incluso antes de encontrarse con Kojirō, había recibido suficiente información para saber que podría tener que enfrentarse a un centenar de hombres.

No es que hubiera olvidado la lección que le enseñó Takuan: el hombre realmente valiente es el que ama la vida y la estima como un tesoro que, una vez perdido, jamás puede ser recuperado. Sabía muy bien que vivir significaba algo más que limitarse a sobrevivir. El problema consistía en impregnar su vida de significado, en asegurar que su vida lanzara un brillante rayo de luz en el futuro, aun cuando resultara

necesario entregar esa vida por una causa. Si lograba hacerlo, la duración de su vida, tanto si eran veinte años como setenta, sería lo de menos. Una vida humana no era más que un intervalo insignificante en el flujo interminable del tiempo.

Según la manera de pensar de Musashi, había una clase de vida para la gente ordinaria y otra para el guerrero. Era vitalmente importante para él vivir y morir como un samurai. No podía desandar el camino que había elegido. Aunque le descuartizaran, el enemigo no podría borrar el hecho de que había reaccionado sin temor y honestamente al desafío.

Dedicó su atención a las rutas disponibles. La más corta, así como más ancha y de recorrido más fácil, era el camino que había tomado Kojirō. Otra, no tan directa, era un camino que discurría a lo largo del río Takano, afluente del Kamo, hasta la carretera de Ōhara y desde allí, por la villa imperial de Shugakuin, iba a Ichijōji. La tercera ruta se extendía en un breve tramo hacia el este, seguía por el norte hasta las laderas de Uryū y, finalmente, enlazaba con la aldea por medio de un sendero.

Los tres caminos se encontraban en el pino de copa ancha. La diferencia de las distancias era insignificante, pero, desde el punto de vista de una pequeña fuerza que atacara a otra mucho mayor, el acceso era de primordial importancia. La misma elección podía decidir la victoria o la derrota.

En vez de considerar a fondo el problema, tras una breve pausa Musashi echó a correr en una dirección casi opuesta a la del Ichijōji. Primero cruzó el pie de la colina Kagura hasta un punto situado detrás de la tumba del emperador Go-Ichijō. Luego atravesó un espeso bosque de bambúes y llegó a un arroyo de montaña que fluía a través de una aldea en el noroeste. Por encima de él se alzaba la estribación septentrional del monte Daimonji, y empezó a subir la ladera en silencio.

A través de los árboles a su derecha veía el muro de un jardín que probablemente pertenecía al Ginkakuji. Casi directamente bajo sus pies, el estanque del jardín brillaba como un espejo. Ascendió más, el estanque se desvaneció entre los árboles y apareció ante su vista el ondeante río Kamo. Sintió como si tuviera toda la ciudad en la palma de su mano.

Se detuvo un momento para comprobar su posición. Avanzando en sentido horizontal por las laderas de cuatro colinas, podría llegar a un punto por encima y detrás del pino de ancha copa, desde donde la posición del enemigo se extendería ante él a vista de pájaro. Al igual que Oda Nobunaga, en la batalla de Okehazama, había desdeñado las rutas habituales en favor de un desvío difícil.

—¿Quién está ahí?

Musashi se quedó inmóvil y esperó. Unas pisadas se aproximaron cautamente. Al ver a un hombre vestido como un samurai al servicio de un noble cortesano, Musashi llegó a la conclusión de que no pertenecía a las fuerzas de Yoshioka.

La nariz del hombre estaba tiznada a causa del humo de su antorcha, y su kimono

mojado y manchado de barro. Al ver a Musashi ahogó un grito de sorpresa.

Musashi le miró con suspicacia.

—¿No eres Miyamoto Musashi? —le preguntó el hombre, haciendo una reverencia, con una expresión de temor en el rostro.

La luz de la antorcha abrillantaba los ojos de Musashi.

—¿Eres Miyamoto Musashi?

El aterrado samurai parecía balancearse ligeramente sobre sus pies. La fiereza que veía en los ojos de Musashi no era algo que se encontrara a menudo en los seres humanos.

—¿Y tú quién eres? —le preguntó secamente Musashi.

—Pues yo..., yo...

—Deja de tartamudear. ¿Quién eres?

—Yo... pertenezco a la casa del señor Karasumaru Mitsuhiro.

—Soy Miyamoto Musashi, en efecto, pero dime, ¿qué hace aquí y en plena noche un servidor del señor Karasumaru?

—¡Entonces eres Musashi! —exclamó el hombre, y exhaló un suspiro de alivio.

Al cabo de un instante, echó a correr cuesta abajo, la antorcha trazando una estela luminosa a su espalda. Musashi se volvió y prosiguió su camino a través de la ladera.

Cuando el samurai llegó a las proximidades del Ginkakuji, se puso a gritar:

—¡Kura! ¿Dónde estás?

—Estamos aquí. ¿Dónde estás tú? —No era la voz de Kura, otro servidor de Karasumaru, sino la de Jōtarō.

—¿Eres tú, Jōtarō?

—¡Sí!

—¡Sube aquí en seguida!

—Imposible. Otsū no puede dar un solo paso más.

El samurai soltó un juramento entre dientes y alzó todavía más la voz:

—¡Venid en seguida! ¡He encontrado a Musashi! ¡Si no os dais prisa, le perderemos!

Jōtarō y Otsū se encontraban a unos doscientos metros sendero abajo. Transcurrió algún tiempo antes de que sus dos largas sombras, que parecían enlazadas, llegaran renqueantes al lado del samurai. Éste agitó su antorcha para apresurarles y unos instantes después él mismo oyó la respiración trabajosa de Otsū, cuyo rostro estaba más pálido que la luna. La parafernalia de viaje en sus delgados brazos y piernas parecía cruel y absurda. Pero cuando la luz incidió de pleno en ella, sus mejillas adquirieron una tonalidad rosada.

—¿Es cierto? —preguntó, jadeante.

—Sí, acabo de verle. —En un tono más apremiante, el hombre añadió—: Si os dais prisa, podréis alcanzarle, pero si perdéis tiempo...

—¿Por dónde? —inquirió Jōtarō, exasperado porque no sabía a qué carta quedarse entre un hombre lleno de agitación y una mujer enferma.

El estado físico de Otsū no había mejorado lo más mínimo, pero una vez Jōtarō divulgó la noticia del inminente combate que iba a librar Musashi, no hubo manera de retenerla en la cama, aunque ello pudiera prolongar su vida. Haciendo caso omiso de todos los ruegos, se recogió y ató el cabello, se puso sus sandalias de paja y cruzó casi tambaleándose el portal del señor Karasumaru. Una vez resultó evidente la imposibilidad de detenerla, el señor Karasumaru hizo cuanto pudo para ayudarla. Él mismo se puso al frente de la operación, y mientras la muchacha avanzaba renqueando hacia el Ginkakuji, envió a sus hombres para que explorasen los diversos accesos a la aldea de Ichijōji. Los hombres caminaron hasta que les dolieron los pies, y estaban a punto de abandonar la búsqueda cuando dieron con su presa.

El samurai señaló y Otsū empezó a subir resueltamente la colina.

Jōtarō, temiendo que se desvaneciera, le preguntaba a cada paso si estaba bien y podía seguir adelante. Ella no le respondía. A decir verdad, ni siquiera le oía. Su cuerpo enflaquecido sólo reaccionaba a la necesidad de alcanzar a Musashi. Aunque tenía la boca seca, un sudor frío perlaba su pálida frente.

—Éste debe de ser el camino —dijo Jōtarō, confiando en alentarla—. Este camino va al monte Hiei. A partir de ahora el terreno es llano. No hay que subir más. ¿Quieres descansar un momento?

Ella sacudió la cabeza sin decir nada, aferrando con firmeza el palo que llevaban entre los dos y resollando. Parecía como si todas las dificultades de la vida estuvieran comprimidas en aquel viaje.

Cuando habían recorrido casi una milla, Jōtarō gritó:

—¡Musashi! Sensei!

El muchacho siguió gritando, y su fuerte voz reforzó el valor de Otsū, pero no pasó mucho tiempo antes de que ella perdiera las pocas fuerzas que le quedaban.

—Jō... Jōtarō —susurró débilmente. Soltó el palo y se dejó caer de bruces en la hierba al lado de la carretera. Se llevó una mano delicada a la boca y sus hombros se agitaron convulsos.

—¡Es sangre, Otsū! ¡Estás escupiendo sangre! ¡Ah, Otsū!

Al borde de las lágrimas, el muchacho le rodeó la cintura con sus manos y la irguió. Ella movió la cabeza lentamente de un lado a otro. Jōtarō no sabía qué más podía hacer y le dio unas suaves palmadas en la espalda.

—¿Qué quieres? —le preguntó. Ella no estaba en condiciones de responderle—. ¡Ya lo sé! ¡Agua! ¿No es eso? —Otsū asintió débilmente—. Espera aquí. Te la traeré.

Jōtarō se puso en pie y miró a su alrededor, escuchó un momento y se encaminó a una hondonada cercana, desde cuyo fondo llegaba el rumor de una corriente. No tardó en encontrar un manantial que brotaba burbujeante entre las rocas. Empezó a

recoger un poco de agua con las manos ahuecadas y titubeó, la vista fija en los minúsculos cangrejos en el fondo de la rebalsa de agua prístina. La luz de la luna no brillaba directamente en el agua, pero el reflejo del cielo era más hermoso que las mismas nubes de un blanco plateado. Decidió tomar un sorbo antes de llevar a cabo su tarea, se apartó a un lado y, poniéndose a cuatro patas, estiró el cuello como un pato.

Entonces ahogó un grito. ¿Era una aparición lo que había visto? Su cuerpo se erizó como la cascara de una castaña. En la pequeña rebalsa se reflejaba media docena de árboles que estaban en el otro lado, y al lado de ellos se veía la imagen de Musashi.

Jōtarō pensó que se trataba de su imaginación y que el reflejo no tardaría en disolverse. Pero al ver que seguía allí, alzó los ojos muy lentamente.

—¡Estás aquí! —gritó—. ¡Estás aquí de veras! —El plácido reflejo del cielo se convirtió en barro cuando el muchacho cruzó chapoteando al otro lado, mojándose el kimono hasta los hombros—. ¡Estás aquí! —repitió, rodeando con sus brazos las piernas de Musashi.

—No armes escándalo —le dijo Musashi en voz queda—. Este lugar es peligroso. Vuelve más tarde.

—¡No! Te he encontrado y me quedo contigo.

—Sosiégate. He oído tu voz y he estado esperando aquí. Ahora llévale agua a Otsū.

—Está turbia.

—Hay otro arroyo más allá. ¿Lo ves? Toma, usa esto.

Le tendió un tubo de bambú.

Jōtarō alzó el rostro y le dijo:

—¡No! Llévaselo tú.

Siguieron así unos instantes, hasta que Musashi asintió y fue al otro arroyo. Llenó el tubo y lo llevó al lado de Otsū. Rodeándola suavemente con el brazo, acercó el tubo a su boca.

Jōtarō estaba en pie al lado de ellos.

—¡Mira, Otsū! Es Musashi. ¿Comprendes? ¡Musashi!

Cuando Otsū tomó un sorbo de agua fresca, su respiración se serenó un poco, aunque seguía inerte en el brazo de Musashi. Sus ojos parecían centrados en algún punto muy lejano.

—¿No te das cuenta, Otsū? ¡No soy yo, es Musashi! El brazo que te rodea es el de Musashi, no el mío.

Unas lágrimas ardientes se agolparon en los ojos de vacua mirada de la joven, hasta que parecieron de cristal. Dos arroyos se deslizaron por sus mejillas mientras asentía.

Jōtarō rebosaba de alegría.

—Ahora estás más contenta, ¿no es cierto? Esto es lo que querías, ¿verdad? —Entonces se dirigió a Musashi—: Ha dicho una y otra vez que no le importaba lo que ocurriera, pero tenía que verte. ¡No quería escuchar a nadie! Por favor, dile que si sigue portándose así va a morirse. No me presta ninguna atención, pero tal vez hará lo que tú le pidas.

—Todo esto ha sido culpa mía —dijo Musashi—. Le pediré disculpas y le diré que se cuide mejor. Jōtarō...

—Dime.

—¿Nos dejarás un momento solos?

—¿Por qué? ¿Por qué no puedo quedarme aquí?

—No seas así, Jōtarō —le dijo Otsū en tono suplicante—. Sólo unos minutos, por favor.

—Bueno, de acuerdo. —No podía rechazar lo que le pidiera Otsū, aun cuando no la comprendiera—. Estaré colina arriba. Llámame cuando hayas terminado.

La enfermedad aumentaba la timidez natural de Otsū, y no sabía qué decir.

Musashi, azorado, desvió el rostro de ella. Dándole la espalda, Otsū miró el suelo, mientras él alzaba la vista al cielo.

Temía instintivamente que no existieran palabras para expresarle sus sentimientos. Todo lo sucedido desde la noche en que ella le liberó de sus ataduras en la rama del cedro pasó por su mente, y reconoció la pureza del amor que no le había hecho cejar en su empeño de encontrarle durante cinco largos años.

¿Quién era más fuerte, quién había sufrido más? ¿Otsū, con su vida difícil y compleja, ardiendo con un amor que no podía ocultar? ¿O él mismo, que escondía sus sentimientos tras un semblante pétreo y enterraba las brasas de su pasión bajo una capa de frías cenizas?

Como lo había hecho en otras ocasiones, Musashi pensó que el camino elegido por él era el más doloroso, pero que la constancia de Otsū revelaba fortaleza y valor. Para la mayoría de los hombres, la carga que ella había llevado sería demasiado pesada. Se dijo que dentro de muy poco tiempo tendría que marcharse.

La luna estaba baja en el cielo, y ahora su luz era más blanca. Faltaba poco para que amaneciera. Pronto tanto la luna como él mismo se habrían desvanecido detrás de la montaña de la muerte. En el breve tiempo que le quedaba tenía que decirle la verdad a Otsū, pues estaba en deuda con ella por su entrega y fidelidad, pero las palabras no acudían a sus labios. Cuanto más se esforzaba por hablar, tanto más cohibido se sentía. Alzó la vista, impotente, como si pudiera recibir inspiración del cielo.

Otsū miraba el suelo y lloraba. En su corazón ardía el amor, un amor tan intenso que había desplazado todo lo demás. Principios, religión, preocupación por su propio

bienestar, orgullo..., todo palidecía al lado de aquella pasión que la iba consumiendo. Creía que, de alguna manera, aquel amor tenía que vencer la resistencia de Musashi, debían encontrar el modo de vivir juntos, separados del mundo de la gente ordinaria. Le habría sido imposible expresar el dolor de estar separada de él, la aflicción de recorrer la vida a solas, la angustia que le producía la falta de sentimientos de Musashi. Si tuviera una madre a quien pudiera contar sus penas...

Los graznidos de una bandada de gansos rompieron el largo silencio. Con la proximidad del amanecer, se habían alzado por encima de los árboles y volaban hacia las cumbres de las montañas.

—Los gansos vuelan al norte —dijo él, consciente de que sus palabras eran irrelevantes.

—Musashi...

Sus miradas se encontraron. Los dos compartían el recuerdo de los años en el pueblo, cuando cada primavera y otoño los gansos volaban a gran altura.

Entonces todo había sido muy sencillo. Ella se relacionaba con Matahachi y, aunque le desagradara la aspereza de Musashi, nunca había temido replicarle cuando él le decía cosas insultantes. Ahora ambos pensaron en la montaña donde se alzaba el Shippōji y las orillas del río Yoshino, que discurría al pie. Y ambos sabían que estaban desperdiciando unos momentos preciosos, que jamás retornarían.

—Jōtarō me ha dicho que estabas enferma. ¿Es algo serio?

—No es grave.

—¿Te sientes mejor ahora?

—Sí, pero no tiene importancia. ¿Crees de veras que hoy vas a morir?

—Me temo que sí.

—Si mueres, no podré seguir viviendo. Tal vez por eso ahora me resulta tan fácil olvidar mi enfermedad.

En los ojos de Otsū brillaba una luz que hizo notar a Musashi la debilidad de su propia determinación comparada con la de ella. Para lograr cierto dominio de sí mismo, había tenido que dedicar muchos años a reflexionar sobre la vida y la muerte, disciplinarse a cada vuelta del camino y obligarse a sufrir los rigores del adiestramiento de un samurai. En cambio, aquella mujer, que carecía de adiestramiento o una autodisciplina consciente, podía decir sin la menor vacilación que también ella estaba preparada para morir si él lo hacía. Su rostro expresaba una serenidad perfecta, sus ojos le decían que ni mentía ni hablaba de una manera impulsiva. Casi parecía feliz ante la perspectiva de acompañarle en la muerte. Un tanto avergonzado, Musashi se preguntó cómo las mujeres podían ser tan fuertes.

—¡No cometas una estupidez, Otsū! —le dijo de repente—. No hay ninguna razón por la que debas morir. —La fuerza de su propia voz y la hondura de su sentimiento le sorprendió incluso a él—. Una cosa es que yo muera luchando contra

los Yoshioka. No sólo es correcto que quien vive por la espada muera por la espada, sino que tengo el deber de recordar a esos cobardes el Camino del Samurai. Tu voluntad de seguirme en la muerte es muy conmovedora, pero ¿de qué serviría? No sería más útil que la lastimosa muerte de un insecto.

Al ver que ella lloraba de nuevo, lamentó la brutalidad de sus palabras.

—Ahora comprendo cómo te he mentido y me he engañado a mí mismo a través de los años. No tenía intención de defraudarte cuando me escapé del pueblo o cuando te vi en el puente Hanada, pero lo hice... al fingir que era frío e indiferente. No era así cómo me sentía realmente.

—Dentro de poco estaré muerto, y lo que estoy a punto de decir es la verdad. Te quiero, Otsū. Lo arrojaría todo a los cuatro vientos y viviría contigo si sólo... —Se interrumpió un momento y luego continuó con más vehemencia—: Debes creerme, porque nunca tendré otra oportunidad de decirte esto. No hablo con orgullo ni fingimiento. Ha habido días en los que no podía concentrarme porque pensaba en ti. Tenía sueños intensos, apasionados, Otsū, sueños que casi me hacían enloquecer. A menudo he abrazado mi jergón, imaginando que eras tú. Pero incluso cuando me sentía así, me bastaba desenvainar la espada y mirarla para que la locura se desvaneciese y se me enfriara la sangre.

Otsū volvió el rostro hacia él, llorosa pero radiante como un dondiego de día, y empezó a hablar. Al ver el ardor en los ojos de Musashi, las palabras se le trabaron en la garganta y miró de nuevo el suelo.

—La espada es mi refugio. Cada vez que la pasión amenaza con vencerme, me obligo a regresar al mundo de la esgrima. Éste es mi sino, Otsū. Estoy dividido entre el amor y la autodisciplina. Parece como si recorriera dos caminos al mismo tiempo. Sin embargo, cuando los caminos divergen, siempre consigo mantenerme en el correcto. Me conozco mejor que nadie, y no soy ni un genio ni un gran hombre.

Volvió a guardar silencio. A pesar del deseo que tenía de expresar sus sentimientos sinceramente, le pareció que sus palabras ocultaban la verdad. Su corazón le decía que debía ser incluso más franco.

—Ésa es la clase de hombre que soy. ¿Qué más puedo decir? Pienso en mi espada y tú desapareces en algún rincón oscuro de mi mente..., mejor dicho, desapareces por completo, sin dejar rastro. En esas ocasiones es cuando me siento más feliz y satisfecho con mi vida, ¿comprendes? Durante todo este tiempo has sufrido, has arriesgado tu cuerpo y tu espíritu por un hombre que ama a su espada más que a ti. Moriré por mi honor de espadachín, pero no moriría por el amor de una mujer, ni siquiera tú. Por mucho que quisiera ponerme de rodillas y rogarte que me perdones, no puedo hacerlo.

Notó que los dedos de Otsū le aferraban la muñeca. Ya no estaba llorando.

—Todo eso ya lo sé —dijo con vehemencia—. Si no lo supiera, no te amaría

tanto.

—Pero ¿no te das cuenta de que es absurdo que mueras por mí? En este momento te pertenezco en cuerpo y alma, pero cuando te haya dejado... No debes morir por el amor de un hombre como yo. Hay una clase de vida correcta y adecuada para una mujer, Otsū, y debes buscarla, has de llevar una vida feliz. Éstas serán mis palabras de despedida. Es hora de que parta.

Apartó suavemente la mano femenina de su muñeca y se levantó. Ella le cogió de la manga y gritó:

—¡Musashi, sólo un momento más!

Había tantas cosas que quería decirle: no le importaba que la olvidara cuando no estaba con ella, ni que la llamara insignificante, y no se había hecho ilusiones sobre su carácter cuando se enamoró de él. Volvió a cogerle de la manga, mirándole a los ojos e intentando prolongar aquel último momento, impedir que finalizara jamás.

Su silenciosa apelación casi desarmó a Musashi. Había belleza incluso en la debilidad que le impedía hablar. Vencido por su propia debilidad y temor, tuvo la sensación de que era un árbol de raíces quebradizas amenazado por un viento furioso. Se preguntó si su casta entrega al Camino de la Espada se desmoronaría, como un corrimiento de tierras, bajo el peso de las lágrimas femeninas.

—¿Me comprendes? —preguntó a Otsū para romper el silencio.

—Sí —dijo ella con voz débil—. Te comprendo perfectamente, pero si mueres, yo moriré también. Mi muerte tendrá un significado para mí, como la tuya lo tiene para ti. Si puedes enfrentarte serenamente al final, yo también puedo. No seré pisoteada como un insecto ni me ahogaré en un momento de aflicción. Tendré que decidirlo por mí misma. Nadie más puede hacerlo, ni siquiera tú.

Con gran fortaleza y una calma perfecta, siguió diciendo:

—Si en tu corazón me consideras tu prometida, eso es suficiente, una alegría y una bendición que, entre todas las mujeres del mundo, sólo yo poseo. Dijiste que no querías hacerme infeliz, y puedo asegurarte que no moriré de infelicidad. Hay personas que parecen considerarme desdichada, pero yo no me siento así en absoluto. Espero con placer el día de mi muerte. Será como una espléndida mañana cuando los pájaros cantan. Iré tan feliz como iría a mi boda.

Casi sin aliento, cruzó los brazos sobre el pecho y alzó la vista, satisfecha, como cautivada por un sueño delicioso.

La luna parecía hundirse rápidamente. Aunque aún no había amanecido, la niebla había empezado a alzarse de entre los árboles.

Rompió el silencio un grito aterrador que desgarró el aire como el chillido de un ave mítica. Procedía del risco al que Jōtarō había trepado antes. Otsū salió sobresaltada de su ensoñación y miró hacia lo alto del risco.

Musashi aprovechó aquel momento para marcharse. Sin decir una sola palabra, se

apartó del lado de la joven y se encaminó hacia su cita con la muerte.

Ahogando un grito, Otsū corrió unos pasos tras él.

Musashi avanzó un trecho, se detuvo y dijo:

—Comprendo lo que sientes, Otsū, pero te ruego que no mueras cobardemente. No permitas que tu aflicción te hunda en el valle de la muerte y sucumbas como un ser débil. Primero ponte bien y luego piensa en ello. No entrego mi vida por una causa inútil. He elegido hacer lo que hago porque muriendo puedo conseguir una vida eterna. Puedes estar segura de que, aun cuando mi cuerpo se convierta en polvo, seguiré vivo.

Retuvo el aliento y entonces añadió una advertencia:

—¿Me estás escuchando? Si tratas de seguirme en la muerte, quizá descubras que estás muriendo sola. Tal vez me busques en el más allá y compruebes que no estoy allí. Me propongo vivir cien o mil años... en los corazones de mis paisanos, en el espíritu de la esgrima japonesa.

Antes de que ella pudiera hablar de nuevo, Musashi se había alejado tanto que ya no habría podido oírla. Otsū tenía la sensación de que su propia alma la había abandonado, pero no creía que aquello fuese una despedida. Era más bien como si a los dos les engullera una gran oleada de vida y muerte.

Una cascada de tierra y guijarros cayó al pie del risco, seguida de cerca por Jōtarō, el cual llevaba puesta la grotesca máscara que le diera la viuda en Nara.

El muchacho alzó los brazos y exclamó:

—¡Ha sido la sorpresa más grande de toda mi vida!

—¿Qué ha ocurrido? —susurró Otsū, no del todo recuperada de su impresión al ver la máscara.

—¿No lo has oído? No sé por qué, pero de repente alguien lanzó un grito horrible.

—¿Dónde estabas? ¿Llevabas puesta la máscara?

—Estaba encima del risco. Ahí arriba hay un sendero más o menos tan ancho como éste. Trepé un poco y encontré una gran roca, en la que me senté y contemplé la luna.

—La máscara... ¿La llevabas puesta?

—Sí, oía aullar a los zorros y un movimiento entre los arbustos a mi alrededor, quizá tejones o algo parecido. Pensé que la máscara los asustaría. Entonces oí ese grito que helaba la sangre, ¡como si lo lanzara un espíritu en el infierno!

Gansos extraviados

—Espérame, Matahachi. ¿Por qué tienes que andar tan de prisa?

Osugi, muy rezagada y sin aliento, había prescindido tanto de la paciencia como del orgullo. Matahachi, en voz lo bastante alta para que llegara hasta la anciana, gruñó:

—Tenía mucha prisa cuando abandonamos la posada, pero mírala ahora. Habla mejor que camina.

Hasta llegar al pie del monte Daimonji, habían recorrido el camino de Ichijōji, pero ahora, en la espesura de las montañas, se habían extraviado. Osugi no estaba dispuesta a ceder.

—Por tu manera de atacarme, se diría que tienes una inquina terrible a tu propia madre —dijo en tono áspero. Cuando terminó de enjugarse el sudor de su rostro arrugado, Matahachi había vuelto a ponerse en marcha—. ¿Quieres andar más despacio? —gritó—. Sentémonos aquí un momento.

—Si sigues deteniéndote cada diez pies para descansar, no habremos llegado allí antes del amanecer.

—El sol tardará aún bastante en salir. De ordinario no tendría ningún problema para recorrer un sendero de montaña como éste, pero estoy resfriada.

—Nunca admitirás que estás equivocada, ¿verdad? Antes, cuando desperté al posadero para que pudieras descansar, no te estuviste quieta ni un instante. No quisiste beber nada y empezaste a quejarte de que llegaríamos tarde. Yo no había tomado siquiera un par de sorbos antes de que me sacaras de allí casi a rastras. Ya sé que eres mi madre, pero no resulta nada fácil llevarse bien contigo.

—¡Ja! Todavía estás irritado porque no te dejé beber hasta volverte memo, ¿no es eso? ¿Por qué no puedes controlarte un poco? Hoy tenemos cosas importantes que hacer.

—No es como si fuésemos a desenvainar nuestras espadas y hacer el trabajo nosotros mismos. Lo único que necesitamos es un mechón del pelo de Musashi o alguna cosa cortada de su cuerpo, y eso no es tan difícil.

—¡Lo que tú digas! Es inútil que riñamos de esta manera. Vámonos.

Emprendieron el camino y Matahachi reanudó su malhumorado soliloquio.

—Todo esto es una estupidez. Llevamos un mechón de pelo al pueblo y lo presentamos como prueba de que hemos cumplido nuestra gran misión en la vida. Esos patanes nunca han salido de las montañas, así que se quedarán impresionados. ¡Ah, cuánto odio a ese pueblo!

No sólo Matahachi no había perdido su afición por el buen sake de Nada, las hermosas muchachas de Kyoto y varias cosas más, sino que aún creía que en la ciudad encontraría su oportunidad afortunada. ¿Quién iba a negar que una mañana

podría despertarse con todo lo que siempre había deseado? Se juró en silencio que nunca volvería a aquel pueblo insignificante.

Osugi, que había vuelto a quedarse bastante rezagada, arrojó su dignidad a los vientos.

—Matahachi —dijo en tono zalamero—. Llévame en tu espalda, ¿quieres? Por favor, sólo durante un breve trecho.

Él frunció el ceño y no dijo nada, pero se agachó para que ella se encaramase. En el mismo momento en que la anciana se disponía a acomodarse en la espalda de su hijo, asaltó sus oídos el grito de terror que había sobresaltado a Otsū y Jōtarō. Se quedaron inmóviles, con una expresión inquisitiva y curiosa en sus rostros, y aguzaron el oído. Un instante después, Osugi emitió un grito de consternación, pues Matahachi echó a correr bruscamente hacia el borde del risco.

—¿Adonde vas?

—¡Debe de ser ahí abajo! —exclamó él, y desapareció por el borde del risco—. Quédate aquí. Iré a ver quién es.

Osugi se recuperó en seguida.

—¡Necio! —exclamó—. ¿Adonde vas?

—¿Estás sorda? ¿No has oído ese grito?

—¿Qué tiene eso que ver contigo? ¡Vuelve! ¡Vuelve aquí!

Matahachi le hizo caso omiso y corrió rápidamente, de una raíz de árbol a otra, hasta llegar al fondo de la hondonada.

—¡Idiota! ¡Mentecato! —gritó ella, pero era como si estuviese ladrando a la luna.

Matahachi volvió a gritarle que se quedase donde estaba, pero ya había bajado tanto que Osugi apenas le oyó. Empezando a lamentar su precipitación, se preguntó qué iba a hacer. Si el lugar de donde creía que había partido el grito era erróneo, estaba perdiendo tiempo y energía.

Aunque la luz de la luna no penetraba a través del follaje, sus ojos se acostumbraron gradualmente a la oscuridad. Llegó a uno de los muchos atajos que surcaban las montañas al este de Kyoto y conducían a Sakamoto y Ōtsu. Caminó a lo largo de un arroyo con minúsculas cascadas y rápidos, y encontró una cabaña, probablemente un refugio para los hombres que pescaban truchas a lanzadas. Era demasiado pequeña para que cupiera más de una persona y era evidente que estaba vacía, pero detrás de ella distinguió una figura acuclillada, de rostro y manos blanquísimos.

Pensó con satisfacción que se trataba de una mujer y se ocultó detrás de una roca grande.

Al cabo de un par de minutos, la mujer salió de detrás de la cabaña, fue a la orilla del arroyo y empezó a recoger agua con las manos ahuecadas para beber. Matahachi avanzó un paso. Como advertida por un instinto animal, la muchacha miró

furtivamente a su alrededor y empezó a huir.

—¡Akemi!

—¡Ah, me has asustado! —dijo ella, pero en un tono de alivio. Tragó el agua retenida en su garganta y exhaló un hondo suspiro.

Tras examinarla de arriba abajo, Matahachi le preguntó:

—¿Qué ha ocurrido? ¿Qué estás haciendo aquí a esta hora de la noche vestida con ropas de viaje?

—¿Dónde está tu madre?

—Está ahí arriba —respondió él, señalando.

—Seguro que está furiosa.

—¿Por el dinero?

—Sí. Lo siento de veras, Matahachi. Debía marcharme a toda prisa y no tenía suficiente para pagar la cuenta y nada para seguir viajando. Sé que hice mal, pero me entró pánico. ¡Perdóname, por favor! ¡No me hagas volver! Te prometo que devolveré el dinero algún día.

Las lágrimas le arrasaron el rostro.

—¿A qué vienen tantas excusas? Ah, ya veo. ¡Crees que hemos venido aquí para cogerte!

—No te culpo. Aunque obedeciera a un impulso irreflexivo, lo cierto es que me escapé con el dinero. Si me cogen y tratan como a una ladrona, supongo que no podré quejarme.

—Mi madre lo vería de esa manera, pero yo no soy como ella. De todos modos, no era una cantidad considerable. Si la necesitabas de veras, te la habría dado con mucho gusto. No estoy enfadado. Me interesa mucho más saber por qué huiste y qué haces aquí arriba.

—Esta noche os oí por casualidad a ti y a tu madre.

—¿Ah, sí? ¿Cuando hablábamos de Musashi?

—Sí.

—¿Y de repente decidiste ir a Ichijōji? —Ella no le respondió—, ¡Ah, me olvidaba! —exclamó, recordando por qué había bajado al barranco—. ¿Has sido tú quien ha gritado hace unos momentos?

Ella asintió y dirigió rápidamente una mirada a la cuesta por encima de ellos. Tras comprobar que no había nada allí, le contó que había cruzado el arroyo y estaba trepando por un risco empinado cuando alzó la vista y vio un fantasma de aspecto increíblemente maligno, sentado en una roca alta y contemplando la luna. Tenía el cuerpo de un enano, pero la cara, de mujer, era de un color sobrenatural, más blanco que el blanco, con una boca que se alzaba por un lado hasta la oreja. Parecía como si se estuviera riendo grotescamente de ella, y le había dado tal susto que se desvaneció. Antes de que hubiera vuelto en sí, se había deslizado de nuevo al fondo del barranco.

Aunque el relato parecía absurdo, Akemi lo contó con toda seriedad. Matahachi intentó escucharla cortésmente, pero pronto le entró un acceso de risa.

—¡Ja, ja! ¡Te lo estás inventando todo! Probablemente has asustado al fantasma. Pero si solías merodear por los campos de batalla y ni siquiera esperabas a que los espíritus de los muertos se marcharan antes de que empezaras a despojar los cadáveres.

—Entonces sólo era una niña. No sabía lo suficiente para sentir miedo.

—No eras tan joven... Supongo que todavía estás enamorada de Musashi.

—No... Fue mi primer amor, pero...

—Entonces ¿por qué vas a Ichijōji?

—La verdad es que no lo sé ni yo misma. Sencillamente, supuse que si iba ahí podría verle.

—Estás perdiendo el tiempo —le dijo él rotundamente, y entonces añadió que Musashi no tenía una posibilidad en un millar de salir con vida del combate.

Después de lo que le había sucedido en manos de Seijūrō y Kojirō, pensar en Musashi ya no podía evocar imágenes de la dicha que en otro tiempo había imaginado compartir con él. Puesto que ni había muerto ni hallado una clase de vida que le atrajera, se sentía como un alma en el limbo, un ganso separado de la bandada y perdido.

Mientras contemplaba el perfil de la muchacha, a Matahachi le sorprendió la similitud de sus situaciones respectivas. A ambos les habían cortado las amarras e iban a la deriva. Algo en el rostro empolvado de Akemi sugería que iba en busca de un compañero.

Él la rodeó con un brazo, le rozó la mejilla con la suya y le dijo:

—Marchémonos a Edo, Akemi.

—¿A..., a Edo? Debes de estar bromeando —dijo ella, pero la idea la hizo salir de su estado hipnótico.

Él la cogió con fuerza de los hombros.

—No tiene que ser necesariamente Edo, pero todo el mundo dice que es la ciudad del futuro. Osaka y Kyoto ya son viejas, y tal vez por eso el shōgun está levantando una nueva capital en el este. Si vamos allí ahora, habrá todavía una gran cantidad de buenos empleos, incluso para un par de gansos extraviados como tú y yo. Vamos, Akemi, dime que vendrás.

Alentado por el creciente interés que veía en su semblante, siguió hablando con más vehemencia.

—Podríamos divertirnos, Akemi. Podríamos hacer lo que queramos. ¿Para qué vivir si no puedes hacerlo? Somos jóvenes, y debemos aprender a ser audaces e inteligentes. Ninguno de los dos llegará a ninguna parte actuando como un débil. Cuanto más trates de ser buena, honrada y concienzuda, tanto más la realidad te dará

con un canto en los dientes y se reirá de ti. Llorarás hasta quedarte sin lágrimas, y ¿adonde te conducirá eso? Así han sido siempre las cosas para ti, ¿no es cierto? No has hecho más que dejarte devorar por tu madre y unos cuantos hombres brutales. De ahora en adelante, tienes que ser tú la que devore, en vez de ser la engullida.

La muchacha empezaba a dejarse convencer. La casa de té de su madre había sido una jaula de la que ambos habían huido. Desde entonces el mundo no le había mostrado más que crueldad. Percibía que Matahachi era más fuerte y estaba mejor dotado que ella para enfrentarse a la vida. Al fin y al cabo, era un hombre.

—¿Vendrás? —le preguntó él.

Aunque sabía que era como si la casa hubiera ardido y ella tratara de reconstruirla con las cenizas, necesitó un esfuerzo para sacudirse de encima su fantasía, la ensoñación arrobadora en la que Musashi era suyo y solamente suyo. Pero finalmente asintió sin hablar.

—Entonces decidido. ¡Vámonos ahora mismo!

—¿Y tu madre?

—Ah, ella. —Matahachi sorbió aire por la nariz y miró a lo alto del risco—. Si consigue hacerse con algo para demostrar que Musashi está muerto, volverá al pueblo. Sin duda se pondrá furiosa como un avispón cuando descubra que me he ido. Es como si la oyera, diciéndole a todo el mundo que la dejé abandonada en la montaña para que se muriese, como solían desembarazarse de las ancianas en ciertas partes del país. Pero si tengo éxito, eso lo compensará todo. En cualquier caso, hemos tomado una decisión. ¡Vámonos!

Echó a andar, pero ella siguió quieta.

—¡Por ahí no, Matahachi!

—¿Por qué?

—Tendremos que pasar otra vez por delante de esa roca.

—¡Ja, ja! ¿Y ver al enano con cara de mujer? ¡Olvídalo! Ahora estoy contigo. Ah, escucha..., ¿no es ésa la llamada de mi madre? Apresurémonos, antes de que venga en mi busca. Es mucho peor que un pequeño fantasma con una cara que asusta.

El pino de ancha copa

El viento silbaba entre los bambúes. Aunque aún estaba demasiado oscuro para emprender el vuelo, las aves ya se habían despertado y cantaban.

—¡No me ataquéis! ¡Soy yo, Kojirō!

Había corrido más de una milla como un demonio y, cuando llegó al pino de ancha copa, le faltaba el aliento. Los rostros de los hombres que salieron de sus escondites estaban ateridos por la larga espera.

—¿Le has encontrado? —le preguntó Genzaemon con impaciencia.

—Le he encontrado, cierto —replicó Kojirō en un tono que hizo converger en él todas las miradas. Miró fríamente a su alrededor y dijo—: Le encontré y caminamos un trecho a lo largo del río Takano, pero entonces...

—¡Ha huido! —exclamó Miike Jūrōzaemon.

—¡No! —dijo rotundamente Kojirō—. A juzgar por su serenidad y lo que ha dicho, no creo que haya huido. Al principio así lo parecía, pero entonces comprendí que sólo intentaba librarse de mí. Probablemente ha ideado alguna estrategia que quería ocultarme. ¡Será mejor que no bajéis la guardia!

—¿Estrategia dices? ¿Qué clase de estrategia?

Se apiñaron en torno a él para no perderse una sola palabra.

—Sospecho que ha enrolado a varios ayudantes. Probablemente iba a reunirse con ellos para poder atacar todos a la vez.

—Humm —rezongó Genzaemon—. Eso parece probable. También significa que no tardarán mucho en llegar.

Jūrōzaemon se separó del grupo y ordenó a los hombres que volvieran a sus puestos.

—Si Musashi ataca cuando estamos diseminados así, podemos perder la primera escaramuza —les advirtió—. No sabemos cuántos hombres traerá consigo, pero no pueden ser muchos. Nos atendremos a nuestro plan original.

—Él tiene razón. No debemos bajar la guardia.

—Es fácil cometer un error cuando estás cansado de esperar. ¡Tened cuidado!

—¡A vuestros puestos!

Los hombres se dispersaron gradualmente. El mosquetero volvió a instalarse en las ramas más altas del pino.

Kojirō, al observar que Genjirō permanecía rígidamente en pie con la espalda apoyada en el tronco, le preguntó:

—¿Tienes sueño?

—¡No! —replicó resueltamente el muchacho.

Kojirō le dio unas palmadas en la cabeza.

—Con este frío se te han puesto los labios azules. Puesto que eres el representante

de la Casa Yoshioka, tienes que ser valiente y fuerte. Ten un poco más de paciencia y verás algunas cosas interesantes. —Dicho esto, se alejó, no sin antes añadir—: Ahora tengo que encontrar un buen sitio para mí.

La luna había viajado con Musashi desde la hondonada entre las colinas de Shiga y Uryū, donde había dejado a Otsū. Ahora el astro se hundía detrás de la montaña, mientras que un gradual movimiento hacia arriba de las nubes que descansaban sobre las treinta y seis cumbres anunciaba que el mundo pronto iniciaría su actividad cotidiana.

Musashi apresuró el paso. Directamente bajo sus pies, vislumbró el tejado de un templo, y pensó que su destino ya no estaba lejos. Alzó la vista y reflexionó que dentro de muy poco su espíritu se uniría a las nubes en su vuelo hacia el cielo. Para el universo, la muerte de un solo hombre apenas tendría más importancia que la de una mariposa, pero en la esfera humana una sola muerte podía afectarlo todo, para bien o para mal. Ahora la única preocupación de Musashi era cómo morir con nobleza.

Llegó a sus oídos el agradable sonido del agua. Se arrodilló al pie de una alta roca, recogió con las manos agua del arroyo y la bebió con rapidez. Estaba tan fría que le escoció la lengua, y confió en que eso fuese una indicación de que su espíritu estaba sereno y el valor no le había abandonado.

Se tomó un momento de descanso y le pareció oír voces que le llamaban. ¿Otsū? ¿Jōtarō? Sabía que no podía tratarse de Otsū, pues no era una mujer que perdiese el dominio de sí misma y le persiguiera en semejante momento. Ella le conocía demasiado bien para hacer una cosa así. Sin embargo, Musashi no podía eludir la impresión de que le llamaban. Miró atrás varias veces, confiando en ver a alguien. La idea de que pudiera sufrir ilusiones era desconcertante.

Pero no podía perder más tiempo. Si llegaba tarde, no sólo habría roto su promesa sino que estaría en considerable desventaja. Suponía que el momento ideal para un guerrero solitario que quisiera atacar a un ejército de adversarios sería el breve intervalo después de que la luna se hubiera puesto pero antes de que el cielo estuviera totalmente iluminado.

Recordó el antiguo proverbio: «Es fácil aplastar a un enemigo que está fuera de uno mismo, pero imposible derrotar a un enemigo interior». Había jurado expulsar a Otsū de sus pensamientos, e incluso se lo había dicho así con franqueza cuando ella se aferraba a su manga. No obstante, parecía incapaz de eliminar de su mente la voz de la muchacha.

Soltó una maldición entre dientes, y se dijo: «Estoy actuando como una mujer. ¡Un hombre con una misión de hombre no tiene que pensar en frivolidades como el amor!».

Apretó el paso hasta que corrió tan rápido como podía. Entonces, de improviso,

vio allá abajo una cinta blanca que se alzaba desde el pie de una montaña a través de los bambúes, árboles y campos. Era uno de los caminos que conducían al Ichijōji. Musashi se encontraba tan sólo a unas cuatrocientas varas del punto donde se juntaba con los otros dos caminos. A través de la bruma lechosa, distinguió las ramas del gran pino de ancha copa.

Se arrodilló, con el cuerpo en tensión. Incluso los árboles a su alrededor parecían transformados en enemigos potenciales. Con la agilidad de un lagarto, abandonó el sendero y avanzó hasta un punto situado directamente por encima del pino. Una ráfaga de aire frío sopló desde la cima de la montaña, empujando la niebla como una gran ola que envolvió los pinos y bambúes. Las ramas del pino de ancha copa temblaron, como para advertir al mundo del inminente desastre.

Musashi forzó la vista y pudo discernir las figuras de diez hombres que estaban en pie y totalmente inmóviles alrededor del pino, con las lanzas en posición de ataque. Percibía la presencia de otros en la montaña, aunque no pudiera verlos. Sabía que había entrado en la provincia de la muerte. Una sensación de respeto y temor hizo que se le pusiera la piel de gallina, incluso en los dorsos de las manos, pero su respiración era profunda y firme. Su cuerpo entero estaba preparado para la acción. Mientras avanzaba arrastrándose lentamente, los dedos de sus pies se aferraban al terreno con la fuerza y la seguridad de los dedos de las manos.

Cerca había un muro de piedra que podría haber sido en otro tiempo parte de una fortaleza. Obedeciendo a un impulso, Musashi avanzó entre las rocas hasta la elevación sobre la que se alzó en el pasado el edificio. Allí encontró un torii de piedra que daba directamente al pino de ancha copa. Detrás estaba el recinto sagrado, protegido por hileras de plantas de hoja perenne, entre las que podía ver el edificio de un santuario.

Aunque ignoraba cuál era la deidad a la que se rendía culto allí, corrió a través del bosquecillo hasta el portal del santuario y se arrodilló ante él. Con la muerte tan cercana, no podía evitar que su corazón temblara al pensar en la sagrada presencia. El interior del santuario estaba a oscuras, salvo por una lamparilla a la que balanceaba el viento y cuya llama parecía a punto de extinguirse pero que, como por milagro, volvía a arder con toda su brillantez. La placa encima de la puerta decía: «Santuario Hachidai».

A Musashi le consoló la idea de que tenía un poderoso aliado, que si se lanzaba al ataque el dios de la guerra iría tras él. Sabía que los dioses siempre se inclinaban por el bando al que asistía la razón. Recordó que el gran Nobunaga, cuando se dirigía a la batalla de Okehazama, se detuvo para presentar sus respetos en el santuario de Atsuta. El descubrimiento de aquel lugar sagrado parecía realmente oportuno.

Al otro lado del portal había una pila de piedra para que los fieles se lavaran antes de rezar. Después de enjuagarse la boca, Musashi volvió a llenársela de agua y roció

con ella la empuñadura de la espada y los cordones de las sandalias. Tras purificarse así, se sujetó las mangas con una correa de cuero y se ató una cinta de algodón en la cabeza. Flexionando los músculos de las piernas mientras caminaba, subió los escalones del santuario y cogió la cuerda que colgaba del gong encima de la entrada. Siguiendo la costumbre ancestral, estaba a punto de tocar el gong y elevar una plegaria a la deidad.

Se contuvo y retiró rápidamente la mano. «¿Qué estoy haciendo?», se dijo, horrorizado. La cuerda, trenzada con hebras de algodón blancas y rojas, parecía invitarle a sujetarla y hacer sonar el gong para elevar su súplica. La miró fijamente. «¿Qué iba a pedir? —se preguntó—. «¿Para qué necesito la ayuda de los dioses? ¿No estoy ya fundido con el universo? ¿No me he adiestrado para enfrentarme a la muerte con calma y confianza?»

Estaba consternado. Sin pensarlo, sin recordar sus años de adiestramiento y autodisciplina, había estado a punto de rogar por la ayuda sobrenatural. Era una actitud errónea, pues sabía en lo más hondo que el verdadero aliado de un samurai no eran los dioses sino la misma muerte. La noche anterior y aquella madrugada había tenido la seguridad de que aceptaba plenamente su destino. Y, no obstante, había estado muy cerca de olvidar todo lo aprendido y suplicar la ayuda de la deidad. Inclinó la cabeza, avergonzado, y permaneció allí inmóvil como una roca.

«¡Qué idiota soy! Creía haber alcanzado la pureza y la iluminación, pero dentro de mí hay todavía un anhelo de seguir viviendo, una ilusión que me hace pensar en Otsū o mi hermana, una falsa esperanza que me lleva a aferrarme a un clavo ardiendo, un ansia diabólica, que es la causa del olvido de mí mismo y me tienta a implorar la ayuda de los dioses.»

Estaba disgustado, exasperado con su cuerpo y su alma, por su incapacidad para dominar el Camino. Las lágrimas que había retenido en presencia de Otsū brotaron de sus ojos.

«Todo ha sido inconsciente. No tenía ninguna intención de rezar, ni siquiera había pensado en el objetivo de mi plegaria. Pero si hago las cosas inconscientemente, eso las empeora aún más.»

Atormentado por las dudas, se sentía estúpido e inadecuado. En primer lugar, ¿había tenido alguna vez la capacidad necesaria para llegar a ser un guerrero? De haber alcanzado el estado de serenidad al que aspiraba, no habría tenido ninguna necesidad, ni siquiera inconsciente, de plegarias o súplicas. En un momento demoledor, sólo unos minutos antes del combate, había descubierto en su corazón las verdaderas semillas de la derrota. ¡Ahora le resultaba imposible considerar su muerte inminente como la culminación de la vida de un samurai!

Un instante después experimentó una profunda gratitud. La presencia y magnanimidad de la deidad le envolvió. La batalla aún no había dado comienzo, la

prueba real todavía estaba por llegar. Había sido advertido a tiempo. Al reconocer su error, lo había superado. La duda se desvaneció y comprendió que la deidad le había guiado hasta allí para impartirle aquella enseñanza.

Aunque creía sinceramente en los dioses, no consideraba que solicitar su ayuda formara parte del Camino del Samurai. El Camino era una verdad esencial que trascendía a los dioses y Budas. Retrocedió un paso, juntó las manos y, en vez de pedir protección, agradeció a los dioses que le hubieran ayudado a tiempo.

Tras hacer una rápida reverencia, se apresuró a salir del santuario y bajó por el estrecho y empinado sendero, la clase de sendero que una lluvia intensa convertiría en seguida en un arroyo impetuoso. Sus pies hacían saltar guijarros y terrones quebradizos que rompían el silencio. Cuando tuvo a la vista el pino de ancha copa, se apartó del sendero, agazapándose entre los arbustos. Ni una gota de rocío había caído aún de las hojas, y pronto tuvo las rodillas y el pecho empapados. El pino no estaba a más de cuarenta o cincuenta pasos por debajo de él. Veía al hombre con el mosquete encaramado en sus ramas.

La cólera se apoderó de él.

—¡Cobardes! —dijo, casi alzando la voz—. Todo esto contra un solo hombre.

En cierto modo sentía lástima de un enemigo obligado a tomar tales medidas. No obstante, había esperado algo así y, en la medida de lo posible, estaba preparado para ello. Puesto que supondrían sin duda alguna que Musashi no estaba solo, la prudencia les haría proveerse de un arma voladora e incluso de varias. Si también utilizaban arcos cortos, los arqueros probablemente estarían ocultos detrás de rocas o en un terreno más bajo.

Musashi tenía una sola gran ventaja: tanto el hombre que estaba en la copa del árbol como los que se encontraban debajo le daban la espalda. Agachándose tanto que la empuñadura de su espada se alzó por encima de su cabeza, avanzó casi arrastrándose. Entonces cubrió unos veinte pasos a toda carrera.

El mosquetero volvió la cabeza, le vio y gritó:

—¡Ahí está!

Musashi corrió otros diez pasos, sabiendo que el hombre tendría que invertir su posición para apuntar y disparar.

—¿Dónde? —preguntaron los hombres que estaban más cerca del árbol.

—¡Detrás de vosotros! —chilló su compañero.

El mosquetero había encañonado la cabeza de Musashi. Mientras la mecha desprendía una lluvia de chispas, el codo derecho de Musashi describió un arco en el aire. La piedra lanzada golpeó la mecha de lleno con una fuerza tremenda. El grito del mosquetero se mezcló con el ruido de las ramas rotas cuando se precipitó al suelo.

En un instante el nombre de Musashi estuvo en labios de todos. Ninguno de ellos se había tomado la molestia de pensar a fondo en la situación, de imaginar que su

adversario podría idear la manera de atacar primero el cuerpo central de sus fuerzas. Su confusión fue absoluta. En su apresuramiento para reorientarse, los diez hombres chocaron entre ellos, sus armas se trabaron, tropezaron con sus lanzas y dieron una impresión de desorden total, mientras se gritaban unos a otros que no dejaran escapar a Musashi.

En el momento en que salían de la confusión y empezaban a formar un semicírculo, oyeron el desafío:

—Soy Miyamoto Musashi, el hijo de Shimmen Munisai de la provincia de Mimasaka. He venido para cumplir con el acuerdo al que llegamos anteayer en Yanagimachi.

—¿Estás ahí, Genjirō? Te ruego que no seas tan negligente como lo fueron Seijūrō y Denshichirō antes de ti. Comprendo que, debido a tu juventud, tienes varias docenas de hombres que te apoyan. Yo, Musashi, he venido solo. Tus hombres pueden atacarme individualmente o en grupo, como gusten. ¡Ahora luchad!

Aquello fue otra sorpresa total, pues ninguno había esperado que Musashi pronunciara un desafío formal. Incluso aquellos que habrían querido desesperadamente darle una réplica adecuada carecían de la compostura necesaria.

—¡Has venido tarde, Musashi! —gritó una voz ronca.

Muchos hombres se sintieron alentados por la declaración de Musashi de que estaba solo, pero Genzaemon y Jūrōzaemon, creyendo que era una artimaña, miraron a su alrededor en busca de ayudantes ocultos.

Se oyó un sonido vibrante y, casi al mismo tiempo, la espada de Musashi destelló en el aire. La flecha dirigida a su rostro se rompió, la mitad del asta cayó a espaldas de Musashi y la otra mitad cerca de la punta de su espada bajada, o más bien de donde acababa de estar la espada, pues su dueño ya estaba en movimiento. Con el cabello erizado como una melena de león, saltó hacia la forma oscura detrás del pino de ancha copa.

Genjirō se aferró al tronco, gritando:

—¡Socorro! ¡Tengo miedo!

Genzaemon saltó adelante, aullando como si el golpe le hubiera alcanzado, pero era demasiado tarde. La espada de Musashi cortó un trozo de corteza de dos pies de largo, que cayó al suelo junto a la cabeza cubierta de sangre de Genjirō.

Fue la acción de un demonio feroz. Musashi, haciendo caso omiso de los demás, había ido directamente a por el muchacho, y parecía como si se lo hubiera propuesto desde el principio.

El ataque fue de un salvajismo inenarrable. La muerte de Genjirō no redujo en lo más mínimo la capacidad de lucha de los Yoshioka. Lo que había sido excitación nerviosa se elevó al nivel de un frenesí letal.

—¡Bestia! —gritó Genzaemon, con el rostro lívido de aflicción y rabia.

Se lanzó contra Musashi, blandiendo una espada más pesada de lo conveniente para un hombre de su edad. Musashi echó atrás el talón derecho más o menos un pie, se ladeó y golpeó hacia arriba, rozando el codo y el rostro de Genzaemon con la punta de su espada. Era imposible saber quién gemía, pues en aquel momento un hombre que atacaba a Musashi por la espalda con una lanza cayó encima del anciano. Al cabo de un instante, un tercer espadachín que salía de la línea frontal recibió un tajo desde el hombro al ombligo. Inclinó la cabeza y los brazos quedaron inertes mientras las piernas hacían avanzar unos pocos pasos más el cuerpo sin vida.

Los demás hombres que estaban cerca del árbol gritaban a voz en cuello, pero sus llamadas de auxilio se perdían en el viento y entre los árboles. Sus camaradas estaban demasiado lejos para oírles y no podrían haber visto lo que sucedía aunque hubieran estado mirando hacia el pino en lugar de vigilar los caminos.

El pino de ancha copa tenía cientos de años. Había sido testigo de la retirada en derrota de las tropas de Taira desde Kyoto a Ōmi durante las guerras del siglo XII. Eran innumerables las ocasiones en que había visto a los sacerdotes-guerreros del monte Hiei descender sobre la capital para presionar a la corte imperial. Ya fuese como agradecimiento por la sangre fresca que se filtraba hasta sus raíces, ya por la angustia ante aquella carnicería, sus ramas se agitaban en la bruma y salpicaban con gotas de frío rocío a los hombres que estaban debajo. El viento originaba una mezcolanza de sonidos procedentes de las ramas, los bambúes oscilantes, la bruma y las altas hierbas.

Musashi se situó con la espalda contra el tronco del árbol, cuyo perímetro apenas podría ser abarcado por dos hombres con los brazos extendidos. El árbol constituía un escudo ideal que le protegía por la retaguardia, pero Musashi pareció considerar arriesgado permanecer allí mucho tiempo. Mientras su mirada se deslizaba por el borde superior de su espada y se posaba en sus adversarios, su cerebro evaluaba el terreno y buscaba una posición mejor.

—¡Id al pino de ancha copa! ¡Al pino! ¡La lucha es allí!

El grito surgió desde la elevación que Sasaki Kojirō había elegido para contemplar el espectáculo.

Entonces se oyó un ensordecedor estampido del mosquete, y por fin los samurais de la Casa de Yoshioka comprendieron lo que estaba ocurriendo. Como un enjambre de abejas, abandonaron sus escondites y corrieron hacia el cruce de caminos.

Musashi se deslizó diestramente a un lado. La bala se alojó en el tronco, a unas pulgadas de su cabeza. Los siete hombres que estaban en guardia ante él avanzaron un par de pies para compensar el cambio de posición de su adversario.

De improviso, Musashi se lanzó hacia el hombre situado en el extremo izquierdo, sosteniendo la espada al nivel de los ojos. El hombre, Kobashi Kurando, uno de los

Diez de Yoshioka, no había imaginado semejante movimiento y fue cogido totalmente por sorpresa. Con un grito sofocado de consternación, giró sobre un pie, pero no fue lo bastante rápido para esquivar un golpe en el costado. Musashi, con la espada todavía extendida, siguió corriendo hacia adelante.

—¡No le dejéis escapar!

Los otros seis se precipitaron tras él, pero una vez más el ataque les había desorganizado peligrosamente y habían perdido toda su coordinación. En un abrir y cerrar de ojos, Musashi giró sobre sus talones y atacó lateralmente al hombre más cercano, Miike Jūrōzaemon. Éste, que era un experto espadachín, había previsto el ataque y dejado cierto movimiento libre a sus piernas, por lo que pudo retroceder con rapidez. La punta de la espada de Musashi apenas le rozó el pecho.

Musashi utilizaba su arma de una manera distinta a la del espadachín ordinario de su época. Según las técnicas normales, si el primer golpe no entraba en contacto con el objetivo, la fuerza de la espada se perdía en el aire y era necesario echar la hoja atrás antes de golpear de nuevo. Este sistema era demasiado lento para Musashi, y cada vez que golpeaba lateralmente, había un golpe de retorno. Un tajo a la derecha iba seguido, esencialmente en el mismo movimiento, por un golpe de retorno a la izquierda. Su hoja creaba dos fajas de luz, con una pauta muy similar a las de dos agujas de pino unidas por un extremo.

El inesperado golpe de retorno alcanzó a Jūrōzaemon en el rostro y convirtió su cabeza en un gran tomate rojo.

Como no había estudiado bajo la dirección de un maestro, Musashi se encontraba de vez en cuando en desventaja, pero también había ocasiones en las que se aprovechaba de ello. Una de sus ventajas era que nunca se había visto constreñido en el molde de una escuela determinada. Desde el punto de vista ortodoxo, su estilo carecía de una forma discernible, sin reglas ni técnicas secretas. Creado por su propia imaginación y sus necesidades, sería difícil definirlo o categorizarlo. Hasta cierto grado, era posible desafiarle efectivamente utilizando estilos convencionales, si su contrario era muy hábil. Jūrōzaemon no había previsto la táctica de Musashi. Todo seguidor del estilo Yoshioka, como de cualquier otro de los estilos de Kyoto, probablemente habría sido sorprendido de manera similar.

Si, después del golpe fatal que había asestado a Jūrōzaemon, Musashi hubiera atacado al abigarrado grupo que seguía alrededor del árbol, sin duda habría matado a varios más en muy poco tiempo. Sin embargo, corrió hacia el cruce de caminos y, cuando creían que pretendía huir, se volvió de repente y atacó de nuevo. Cuando los hombres se habían reagrupado para defenderse, su enemigo había vuelto a desaparecer.

—¡Musashi!

—¡Cobarde!

—¡Lucha como un hombre!

—¡Todavía no hemos terminado contigo!

Las habituales imprecaciones llenaban el aire, mientras los ojos desencajados amenazaban con salirse de las órbitas. La vista y el olor de la sangre embriagaba a los hombres, tanto como si se hubieran bebido todo un almacén de sake. La visión de la sangre, que enfría el ardor de un valiente, ejerce el efecto contrario sobre los cobardes. Aquellos hombres eran como trasgos que emergieran de un lago de sangre.

Dejando los gritos a sus espaldas, Musashi llegó al cruce de caminos y avanzó sin vacilar por el más estrecho de los tres senderos de salida, el que conducía al Shugakuin. Por la dirección contraria venían precipitadamente los hombres que habían estado apostados a lo largo del sendero. Antes de que hubiera recorrido cuarenta pasos, Musashi vio al primer hombre de ese contingente. Según las leyes ordinarias de la física, pronto estaría atrapado entre aquellos hombres y los que le perseguían, pero cuando las dos fuerzas colisionaron, él ya no estaba allí.

—¡Musashi! ¿Dónde estás?

—Venía por aquí. ¡Le he visto!

—¡Tiene que haber venido!

—¡No está aquí!

La voz de Musashi se elevó por encima del confuso parloteo.

—¡Aquí estoy!

Saltó desde la sombra de una roca al centro del camino, detrás de los samurais que regresaban, de modo que los tenía a todos ellos a un lado. Pasmados por aquel veloz cambio de posición, los hombres de Yoshioka cargaron contra él tan rápidamente como pudieron, pero en el estrecho camino no podían concentrar sus fuerzas. Considerando el espacio necesario para hacer girar una espada, habría sido peligroso incluso para sólo un par de ellos que hubieran tratado de avanzar de frente.

El hombre que estaba más cerca de Musashi se tambaleó hacia atrás, empujando al que estaba detrás de él contra el grupo que avanzaba. Durante un rato todos ellos se debatieron impotentes, las piernas torpemente entrelazadas. Pero las muchedumbres no ceden fácilmente. Aunque les asustaba la rapidez y ferocidad de Musashi, los hombres no tardaron en confiar en su fuerza colectiva. Con un rugido incitador, prosiguieron su avance, nuevamente convencidos de que un solo espadachín, por extraordinario que fuese, no podría enfrentarse a todos ellos.

Musashi luchó como un nadador sobre el que se abaten olas gigantescas. Golpeaba, retrocedía uno o dos pasos, prestando necesariamente más atención a la defensa que al ataque. Incluso se abstuvo de herir a dos hombres que tropezaron y eran fáciles presas a su alcance, por dos motivos: porque su pérdida sólo le reportaría un magro beneficio y porque, si fallaba, se vería expuesto a las lanzadas del enemigo. Era posible juzgar con precisión el radio de alcance de una espada, pero no el de una

lanza.

Mientras proseguía su lenta retirada, sus atacantes seguían acosándole implacablemente. El rostro de Musashi había adquirido una tonalidad blanca azulada, y parecía inconcebible que estuviera respirando adecuadamente. Los hombres de Yoshioka confiaban en que acabara tropezando con un árbol o diera un traspié en alguna roca. Al mismo tiempo, ninguno de ellos deseaba acercarse más a un hombre que luchaba desesperadamente por su vida. Las lanzas y espadas que le acosaban siempre estaban, como más cerca, a dos o tres pulgadas de su blanco.

Los relinchos de un caballo de carga se sumaron al tumulto. Los habitantes del cercano villorrio ya se habían levantado. Era la hora en que los sacerdotes, que se levantaban muy temprano, pasaban por allí, en sus idas y venidas hacia y desde la cima del monte Hiei, produciendo un ruido peculiar con sus altas sandalias de madera y los hombros orgullosamente erguidos. A medida que la batalla proseguía, los leñadores y granjeros iban uniéndose a los sacerdotes en el camino para presenciar el espectáculo, y pronto los gritos excitados obtuvieron una respuesta de cada pollo y caballo de la aldea. Una multitud de espectadores se reunieron alrededor del santuario donde Musashi se había preparado para el combate. El viento había cesado y la bruma descendido de nuevo como un espeso velo blanco. Entonces volvió a levantarse y los espectadores tuvieron una visión clara de la lucha.

Durante los pocos minutos de combate el aspecto de Musashi había cambiado por completo. Tenía el cabello apelmazado y ensangrentado; la sangre mezclada con sudor había teñido de rosa la cinta de la cabeza. Parecía la encarnación del diablo, atacando desde el infierno. Respiraba con todo su cuerpo, y su pecho semejante a un escudo se agitaba como un volcán. Un desgarrón en su hakama mostraba una herida en la rodilla izquierda. Los blancos ligamentos visibles en el fondo de la abertura eran como las semillas en una granada partida. También tenía un corte en un brazo y, aunque no era grave, le había salpicado de sangre desde el pecho hasta la espada pequeña que llevaba sujeta en el obi. Todo su kimono parecía haber sido teñido de color carmesí. Los espectadores que le veían con claridad se tapaban los ojos, horrorizados.

Más espantosa todavía era la visión de los muertos y heridos que dejaba detrás de sí. Mientras proseguía su retirada táctica por el sendero, llegó a un espacio abierto donde sus perseguidores se lanzaron a un ataque en masa. En pocos segundos cuatro o cinco hombres fueron derribados y yacieron diseminados en una amplia zona, moribundo testimonio de la celeridad con que Musashi golpeaba y seguía adelante. Parecía estar en todas partes al mismo tiempo.

Pero a pesar de todos sus cambios y maniobras ágiles, Musashi se aferraba a una sola estrategia básica. Nunca atacaba a un grupo por delante o un lado, sino siempre oblicuamente en un ángulo expuesto. Cada vez que una batería de samurais se le

aproximaba de frente, él se las arreglaba de algún modo para desplazarse con la velocidad del rayo a un extremo de su formación, desde donde sólo podía enfrentarse a uno o dos hombres a la vez. De esta manera lograba mantenerlos esencialmente en la misma posición. Pero al final sería inevitable su agotamiento, como también parecía lógico que al final sus adversarios encontrarían una manera de frustrar su método de ataque. Para ello tendrían que dividirse en dos grandes grupos, uno delante y otro detrás de él. Entonces Musashi correría un peligro todavía mayor. Tenía que poner en juego todos sus recursos para evitar que sucediera tal cosa.

En un momento determinado, Musashi sacó su espada más pequeña y empezó a luchar con ambas manos. Mientras que la espada mayor en su mano derecha estaba embadurnada de sangre hasta la empuñadura y el puño que la sostenía, la espada pequeña en la mano izquierda estaba limpia. Y aunque arrancó un poco de carne la primera vez que la usó, siguió centelleando, ávida de sangre. El mismo Musashi ni siquiera era consciente de que la había retirado del obi, aun cuando la blandía con la misma destreza que la espada mayor.

Cuando no golpeaba, sostenía la espada izquierda de manera que apuntara directamente a los ojos de su contrario. La espada derecha, extendida al lado, formaba un ancho arco horizontal con el codo y el hombro, y estaba en gran parte fuera del ángulo de visión del enemigo. Si éste pasaba a la derecha de Musashi, él podía utilizar la espada derecha. Si el atacante se movía al otro lado, Musashi podía mover la espada pequeña en su mano izquierda y atraparlo entre las dos espadas. Lanzándose adelante, podía inmovilizar al hombre en un lugar con la espada pequeña y, antes de que tuviera tiempo de esquivar, atacarle con la espada mayor. En años posteriores este método llegaría a ser formalmente conocido como la «técnica de las dos espadas contra una gran fuerza», pero en aquel momento Musashi la empleaba por puro instinto.

Según todas las normas aceptadas, Musashi no era un gran técnico de la espada. Escuelas, estilos, teorías, tradiciones... nada de eso significaba nada para él. Su manera de luchar era absolutamente pragmática. Lo que sabía era tan sólo lo que había aprendido por experiencia. No llevaba la teoría a la práctica, sino que luchaba primero y teorizaba después.

A los hombres de Yoshioka, desde los Diez Espadachines abajo, les habían inculcado las teorías del estilo Kyōhachi. Algunos de ellos incluso habían llegado a crear variaciones estilísticas propias. A pesar de que eran unos luchadores muy entrenados y altamente disciplinados, no tenían manera de evaluar a un espadachín como Musashi, el cual había pasado una época viviendo como un asceta en las montañas, exponiéndose a los peligros presentados por la naturaleza con tanta frecuencia como a los presentados por el hombre. Para los hombres de Yoshioka era incomprensible que Musashi, con la respiración tan errática, el rostro ceniciento, los

ojos empañados por el sudor y el cuerpo cubierto de sangre, fuese todavía capaz de blandir dos espadas y amenazar con poner fin instantáneo a cualquiera que se le acercara demasiado. Pero lo cierto era que seguía luchando como un dios de fuego y furia. Ellos mismos estaban extenuados, y sus intentos de inmovilizar a aquel espectro ensangrentado se estaban volviendo histéricos.

El tumulto aumentó de repente.

—¡Corre! —gritaron mil voces.

—¡Tú, el que luchas solo, echa a correr!

—¡Corre mientras puedas!

Los gritos procedían de las montañas, los árboles, las blancas nubes en el cielo. Los espectadores en todos los lados veían que las fuerzas de Yoshioka estaban cercando a Musashi. El peligro inminente les impulsaba a tratar de salvarle, aunque sólo fuese con sus voces.

Pero sus advertencias no causaron la menor impresión en Musashi, el cual no se habría enterado aunque la tierra se abriera o los cielos lanzaran rayos crepitantes. El alboroto fue en aumento, agitando los treinta y seis picos como un terremoto. Procedía simultáneamente de los espectadores y el grupo compacto de los samurais de Yoshioka.

Finalmente Musashi echó a correr por la ladera de la montaña con la celeridad de un jabalí. De inmediato cinco o seis hombres corrieron pisándole los talones, tratando desesperadamente de asestarle un golpe definitivo.

Lanzando un tremendo aullido, Musashi giró de repente, se agachó e hizo girar la espada de costado al nivel de las espinillas, deteniendo en seco a sus perseguidores. Un hombre descargó su lanza desde arriba y vio que un poderoso contragolpe la arrojaba al aire. Los atacantes retrocedieron. Musashi golpeó con furia y lateralmente, primero con la espada izquierda, a continuación la derecha y, de nuevo, la izquierda. Moviéndose como una combinación de fuego y agua, obligó a sus enemigos a agacharse y retroceder tambaleándose y dando traspiés.

Entonces desapareció de nuevo. Había saltado desde el espacio abierto en el que se libró el terrible combate a un verde campo de cebada que se extendía debajo.

—¡Detente!

—¡Vuelve y lucha!

Dos de los hombres que le perseguían se lanzaron ciegamente en pos de él. Un instante después se oyeron dos gritos agónicos, dos lanzas volaron y cayeron verticales en medio del campo, a través de cuyo extremo Musashi rodaba como una gran bola de barro. Estaba ya a cien varas de distancia y se alejaba rápidamente.

—Ha ido hacia la aldea.

—Se dirige al camino principal.

Pero lo cierto era que, con celeridad y sin que pudieran verle, había reptado por el

extremo del campo y ahora estaba escondido en los bosques de la ladera de la montaña. Desde allí observó a sus perseguidores, que se dividían para continuar la búsqueda en varias direcciones.

Era pleno día, una mañana soleada muy parecida a cualquier otra.

Una ofrenda a los muertos

Cuando Oda Nobunaga perdió por fin la paciencia a causa de las maquinaciones políticas de los sacerdotes, atacó el antiguo establecimiento budista en la cumbre del monte Hiei, y en una sola noche horrorosa ardieron la mayoría de sus tres mil templos y santuarios. Aunque habían transcurrido cuatro décadas y habían sido reconstruidos el edificio principal y varios templos secundarios, el recuerdo de aquella noche envolvía como una mortaja a la montaña. Ahora el establecimiento había sido despojado de sus poderes temporales y los sacerdotes volvían a dedicarse exclusivamente a sus deberes religiosos.

Situado en el pico más meridional, desde donde se abarcaban los demás templos y la misma ciudad de Kyoto, había un templo pequeño y retirado conocido como el Mudōji. No era frecuente que el silencio y la quietud que allí reinaban estuvieran interrumpidos por cualquier sonido menos apacible que el rumor de un arroyo o los trinos de los pájaros.

De las profundidades del templo salía una voz masculina que recitaba las palabras de Kannon, la diosa de la misericordia, tal como están reveladas en el sutra del Loto. La monótona letanía ascendía gradualmente hasta que, como si el recitador fuese de improviso consciente de sí mismo, descendía con brusquedad.

Por el pasillo, de suelo negro azabache, caminaba un acólito enfundado en una túnica blanca y que llevaba al nivel de los ojos una bandeja con la magra comida, sin carne, que acostumbraba a servirse en los establecimientos religiosos. Al entrar en la habitación de la que procedía la voz, el acólito dejó la bandeja en un rincón, se arrodilló cortésmente y dijo:

—Buenos días, señor.

El huésped, que estaba ligeramente inclinado hacia adelante, absorto en su tarea, no oyó el saludo del muchacho.

—Señor —dijo el acólito, alzando ligeramente la voz—, te he traído el almuerzo. Si lo deseas, lo dejaré aquí, en el rincón.

—Ah, gracias —replicó Musashi, enderezándose—. Eres muy amable. —Se volvió hacia él e inclinó la cabeza.

—¿Quieres comer ahora?

—Sí.

—Entonces te serviré el arroz.

Musashi aceptó el cuenco de arroz y empezó a comer. El acólito miró primero el bloque de madera al lado de Musashi y luego el pequeño cuchillo detrás de él. A su alrededor estaban esparcidas virutas y astillas de fragante madera blanca de sándalo.

—¿Qué estás tallando? —le preguntó.

—Será una imagen sagrada.

—¿El Buda Amida?

—No, la de Kannon. Por desgracia, no sé nada de escultura. Parece como si me cortara más las manos que la madera.

Como prueba, alzó un par de dedos con numerosos rasguños, pero el chico parecía más interesado en el vendaje que llevaba alrededor del antebrazo.

—¿Cómo están tus heridas?

—Gracias al buen tratamiento que he recibido aquí, ya están casi curadas. Por favor, dile al sacerdote que le estoy muy agradecido.

—Si estás tallando una imagen de Kannon, deberías visitar el edificio principal, donde hay una estatua de Kannon que hizo un escultor muy famoso. Si quieres, te acompañaré allí. No está lejos.

Encantado por el ofrecimiento, Musashi terminó de comer y los dos partieron hacia el edificio principal. Musashi no había salido al aire libre en los diez días transcurridos desde su llegada, cubierto de sangre y usando la espada como bastón. Apenas había empezado a caminar cuando descubrió que sus heridas no estaban tan bien curadas como creía. Le dolía la rodilla izquierda, y la brisa, aunque ligera y fresca, parecía ahondarle la herida del brazo. Pero era agradable estar fuera. Las flores desprendidas de los cerezos agitados suavemente danzaban en el aire como copos de nieve. El cielo empezaba a tener la tonalidad azul de principios del verano. Los músculos de Musashi se hincharon como capullos a punto de reventar.

—Estás estudiando las artes marciales, ¿no es cierto, señor?

—Así es.

—¿Por qué entonces te dedicas a tallar una imagen de Kannon?

Musashi no respondió de inmediato.

—En vez de tallar, ¿no sería mejor que emplearas el tiempo en practicar la esgrima?

La pregunta dolió a Musashi más que sus heridas. El acólito tenía más o menos la edad de Genjirō, y la misma estatura.

¿Cuántos hombres habían sido muertos o heridos en aquel aciago día? Sólo podía suponerlo. Ni siquiera recordaba claramente cómo se había librado de sus perseguidores y encontrado un lugar donde ocultarse. Las únicas dos cosas que permanecían con absoluta claridad en su mente, que le obsesionaban en sueños, eran el grito aterrado de Genjirō y la visión de su cuerpo mutilado.

Volvió a pensar, como lo había hecho varias veces en los últimos días, en la resolución que escribiera en su cuaderno de notas: no haría nada que más tarde pudiera lamentar. Si adoptaba el punto de vista de que sus actos eran inherentes al Camino de la Espada, una zarza extendida en el camino que había elegido, entonces debía asumir que su futuro sería desolado e inhumano.

En la apacible atmósfera del templo, su mente se había aclarado. Y una vez

empezó a disiparse el recuerdo de la sangre derramada, se sintió presa de la aflicción por el muchacho al que había matado.

Su mente volvió a la pregunta que le había hecho el acólito.

—¿No es cierto que los grandes sacerdotes, como Kōbō Daishi y Genshin, hicieron muchas imágenes del Buda y los bodhisattvas? Tengo entendido que no pocas de las estatuas que hay aquí, en el monte Hiei, fueron talladas por sacerdotes ¿Qué opinas de eso?

El muchacho ladeó la cabeza y dijo, vacilante:

—No estoy seguro, pero los sacerdotes hacen, en efecto, estatuas y pinturas religiosas.

—Te diré por qué. Lo hacen porque al pintar o tallar una imagen del Buda se acercan más a él. Un espadachín puede purificar su espíritu de la misma manera. Todos los seres humanos contemplamos la misma luna, pero hay muchos caminos que podemos recorrer para alcanzar la cumbre de la montaña más cercana. A veces, cuando perdemos nuestro camino, decidimos probar con el de otro, pero el objetivo final es conseguir la plenitud en la vida.

Musashi hizo una pausa, como si tuviera más que decir, pero el acólito echó a correr y señaló una roca casi oculta bajo la hierba.

—Mira —le dijo—. Esta inscripción es de Jichin. Fue un sacerdote..., uno famoso.

Musashi leyó las palabras talladas en la piedra cubierta de musgo:

El agua de la Ley
pronto correrá somera.
Cuando llegue el fin
un frío y crudo viento soplará
en los yermos picos de Hiei.

Musashi se sintió impresionado por los poderes proféticos del autor. El viento había sido, en efecto, frío y crudo en el monte Hiei desde el asalto implacable de Nobunaga. Corrían rumores de que ciertos clérigos suspiraban por los días de antaño, cuando tenían un ejército poderoso, influencia política y privilegios especiales, cuando era un hecho que jamás elegían a un nuevo abad sin muchas intrigas y violentos conflictos internos. Aunque la montaña sagrada estaba dedicada a la salvación de los pecadores, en realidad dependía de las limosnas y donativos de los pecadores para su supervivencia. Musashi reflexionó que, en conjunto, no era un estado de cosas muy satisfactorio.

—Vamos —dijo el chiquillo con impaciencia.

Cuando reanudaron su camino, uno de los sacerdotes del Mudōji corrió tras ellos.

—¡Seinen! —llamó al muchacho—. ¿Adonde vais?

—Al edificio principal. Quiere ver la estatua de Kannon.

—¿No podrías llevarle en otra ocasión?

—Perdóname por traer al muchacho conmigo cuando probablemente tiene trabajo que hacer —dijo Musashi—. Puedes llevártelo. Ya iré al edificio principal en otro momento.

—No he venido a por él. Me gustaría que vinieras conmigo, si no te importa.

—¿Yo?

—Sí, lamento molestarte, pero...

—¿Ha venido alguien en mi busca? —preguntó Musashi, sin denotar la menor sorpresa.

—Pues sí. Le dije que no estabas, pero ellos replicaron que acababan de verte con Seinen. Insistieron en que viniera a buscarte.

Durante el camino de regreso al Mudōji, Musashi preguntó al sacerdote quiénes eran sus visitantes y se enteró de que procedían del Sannōin, otros de los templos subsidiarios.

Eran unos diez, vestidos con túnicas negras y con cintas marrones en la cabeza. Sus rostros airados podrían haber pertenecido a los temidos guerreros sacerdotes de antaño, una altiva raza de matones con prendas eclesiásticas a quienes les habían cortado las alas pero que, al parecer, habían reconstruido su nido. Los que no habían sabido aprovechar la lección que les dio Nobunaga andaban pavoneándose con grandes espadas al costado, mandando despóticamente a otros y llamándose a sí mismos eruditos de la ley budista, aunque en realidad eran unos rufianes intelectuales.

—Ahí está —dijo uno.

—¿Es él? —preguntó otro en tono despectivo.

Le miraron con una hostilidad sin disimulo.

Un fornido sacerdote señaló a los acompañantes de Musashi con su lanza y les dijo:

—Gracias. Ya no sois necesarios. ¡Volved adentro! —Entonces preguntó en tono muy áspero—: ¿Eres Miyamoto Musashi?

No había el menor asomo de cortesía en sus palabras. Musashi replicó fríamente, sin inclinar la cabeza.

Otro sacerdote salió de detrás del primero y declamó, como si estuviera leyendo un texto:

—Voy a transmitirte la decisión tomada por el tribunal del Enryakuji. Reza así: El monte Hiei es un recinto puro y sagrado que no debe ser usado como refugio por quienes abrigan enemistades y agravios. Tampoco puede ofrecerse como asilo a hombres infames que han intervenido en conflictos deshonrosos. El Mudōji ha

recibido instrucciones para que seas expulsado cuanto antes de la montaña. Si desobedeces, serás castigado estrictamente de acuerdo con las leyes del monasterio.

—Haré lo que el monasterio me diga —replicó Musashi sin acritud—. Pero como ya ha quedado bastante atrás el mediodía y no he hecho ningún preparativo, quisiera pediros que me permitáis quedarme hasta mañana por la mañana. Además, desearía saber si esta decisión procede de las autoridades civiles o de los sacerdotes. El Mudōji informó de mi llegada y me dijeron que no había objeción alguna a mi estancia. No comprendo el motivo de un cambio tan súbito.

—Si de veras quieres saberlo, te lo diré —replicó el primer sacerdote—. Al principio nos alegramos de ofrecerte nuestra hospitalidad porque luchaste solo contra un gran número de hombres. Sin embargo, más tarde recibimos malos informes acerca de ti, los cuales nos obligaron a reconsiderar las cosas. Decidimos que no podíamos permitirnos seguir dándote refugio.

«¿Malos informes?», pensó Musashi, resentido. Debía haber esperado tal cosa. No hacía falta mucha imaginación para suponer que la escuela Yoshioka le vilipendiaría en todo Kyoto, pero comprendió que intentar defenderse sería inútil.

—Muy bien —dijo fríamente—. Me marcharé mañana por la mañana sin falta.

Cuando cruzó el portal del templo, los sacerdotes empezaron a insultarle.

—¡Mirad al perverso desgraciado!

—¡Es un monstruo!

—¿Monstruo? ¡Un mentecato, eso es lo que es!

Musashi se volvió y miró furibundo a los hombres.

—¿Qué habéis dicho? —les preguntó bruscamente.

—Ah, lo has oído, ¿verdad? —le preguntó uno de ellos en tono desafiante.

—Sí, y hay una cosa que me gustaría que sepáis. Obedezco los deseos del clero, pero no voy a tolerar los insultos de gente como vosotros. ¿Estáis buscando pelea?

—Como servidores de Buda, nosotros no peleamos —le replicó uno santurronamente—. He abierto la boca y las palabras han salido con naturalidad.

—Debe de ser la voz del cielo —dijo otro sacerdote.

Entonces rodearon a Musashi y le maldijeron, se mofaron de él, incluso le escupieron. Musashi no sabía hasta cuándo podría contenerse. A pesar del poder que habían perdido los guerreros sacerdotes, aquellos especímenes modernos no habían perdido ni un ápice de su arrogancia.

—¡Miradle! —dijo con desprecio uno de los sacerdotes—. Por lo que dijeron los aldeanos, creía que era un samurai con amor propio. ¡Ahora veo que es sólo un patán sin seso! No se enfada, ni siquiera sabe decir algo en su defensa.

Cuanto más tiempo permanecía Musashi en silencio, mayor era la malignidad de las lenguas sacerdotales. Finalmente, rojo de ira pese al dominio de sí mismo, replicó:

—¿Habéis dicho algo así como que la voz del cielo habla a través de un hombre?

—Sí, ¿y qué?

—¿Sugerís que el cielo ha hablado contra mí?

—Ya has oído nuestra decisión. ¿Todavía no comprendes?

—No.

—Suponía que no lo entenderías. Tienes tan poco sentido que mereces que se apiaden de ti. ¡Pero estoy seguro de que en la próxima vida sentarás la cabeza! —Como Musashi no decía nada, el sacerdote continuó—: Será mejor que tengas cuidado cuando dejes la montaña. No tienes una reputación como para estar orgulloso de ella.

—¿Qué importa lo que diga la gente?

—¡Escuchadle! Todavía cree que tiene razón.

—¡Lo que hice fue correcto! No hice nada vil ni cobarde en mi lucha con los Yoshioka.

—¡Estás diciendo tonterías!

—¿Hice algo de lo que debería estar avergonzado? ¡Nombra una sola cosa!

—¿Tienes el descaro de decir eso?

—Os lo advierto. ¡He pasado por alto otras cosas, pero no permitiré que nadie menosprecie mi espada!

—Muy bien, a ver si eres capaz de responder a una pregunta. Luchaste con denuedo contra fuerzas abrumadoras. Admiramos tu fuerza bruta, alabamos tu valor al resistir contra tantos hombres. Pero ¿por qué asesinaste a un muchacho de sólo trece años? ¿Cómo pudiste ser tan inhumano para matar a quien tan sólo era un niño?

Musashi palideció y, de repente, se sintió débil. El sacerdote siguió diciendo:

—Tras la pérdida de su brazo, Seijūrō se hizo sacerdote. A Denshichirō le mataste en buena lid. Genjirō era la única persona que quedaba para sucederlos, y al asesinarle pusiste fin a la Casa de Yoshioka. Aunque lo hicieras en nombre del camino del Samurai, fue cruel y vil. Ni siquiera mereces que se te considere un monstruo o un demonio. ¿Te crees humano? ¿Imaginas que deberían considerarte como un samurai? ¿Perteneces siquiera a esta gran tierra de las flores de cerezo?

—¡No! Y por ello los sacerdotes te expulsamos. Sean cuales fueren las circunstancias, matar a ese niño es imperdonable. Un verdadero samurai no cometería semejante crimen. Cuanto más fuerte es un samurai, tanto más gentil y considerado es hacia los débiles. Un samurai comprende y practica la compasión.

—¡Ahora vete de aquí, Miyamoto Musashi! ¡Vete lo antes posible! ¡El monte Hiei te rechaza!

Tras haber dado rienda suelta a su cólera, los sacerdotes se marcharon.

Aunque hubiera soportado en silencio la última andanada de insultos, no era porque no tuviese ninguna respuesta a sus acusaciones. «Digan lo que digan, hice bien —pensó—, hice lo único que podía hacer para proteger mis convicciones, que

no son erróneas.»

Creía sinceramente en la validez de sus principios y en la necesidad de defenderlos. Una vez los Yoshioka enviaron a Genjirō como su portaestandarte, no tuvo más alternativa que matarlo. El muchacho era su general. Mientras viviera, la escuela Yoshioka no se daría por derrotada. Musashi podría haber matado a diez, veinte o treinta, pero, a menos que Genjirō muriese, los supervivientes siempre podrían declararse vencedores. Matar primero al muchacho convirtió a Musashi en el vencedor, aunque más tarde él mismo hubiera muerto en el combate.

Según las leyes que regían a quienes manejaban la espada, ésa era una lógica intachable. Y para Musashi tales leyes eran absolutas.

Sin embargo, el recuerdo de Genjirō le turbaba profundamente y daba lugar a la duda, la aflicción y el dolor. La crueldad de su acto era repelente incluso para él mismo.

«¿Debería dejar la espada y vivir como un hombre ordinario?», se preguntó, y no por primera vez. En el claro cielo crepuscular, los blancos pétalos de las flores de cerezo caían al azar, como copos de nieve, dejando que los árboles parecieran tan vulnerables como él se sentía ahora, vulnerable a las dudas sobre si debía cambiar su estilo de vida. «Si dejara la espada, podría vivir con Otsū», se dijo, pero entonces recordó las vidas indolentes de los ciudadanos de Kyoto y el mundo habitado por Kōetsu y Shōyū. «Eso no es para mí», dijo con decisión.

Cruzó el portal y entró en su habitación. Se sentó al lado de la lámpara, cogió su obra a medio hacer y se puso a tallar rápidamente. Terminar la imagen de la diosa tenía una importancia vital para él. La pericia de la ejecución era lo de menos; quería desesperadamente dejar algo allí para consolar el espíritu del fallecido Genjirō.

Al notar que disminuía la luz de la lámpara, Musashi la despabiló. En la quietud absoluta del anochecer, era audible el sonido de las pequeñas virutas que caían sobre el tatami. Su concentración era absoluta, todo su ser estaba centrado en el punto del contacto con la madera. Una vez dedicado a una tarea, era natural para él que le absorbiera por completo hasta haberla terminado, indiferente al hastío o la fatiga.

Los tonos del sutra subían y bajaban.

Cada vez que despabilaba la lámpara, reanudaba su trabajo con un aire de entrega y reverencia, como los escultores antiguos, que, según se dice, se inclinaban tres veces ante el Buda antes de coger los cinceles para tallar una imagen. La estatua de Kannon que él estaba tallando sería como una plegaria por la felicidad de Genjirō en la próxima vida y, en cierto sentido, una humilde disculpa para su propia alma.

«Supongo que esto servirá», musitó finalmente. Cuando se erguía y examinaba la estatuilla, sonó la campana de la pagoda en el este, indicando la segunda guardia de la noche, que comenzaba a las diez. Pensó que se estaba haciendo tarde y salió para presentar sus respetos al sacerdote jefe y pedirle que custodiara la imagen. La talla

era tosca, pero Musashi había puesto su alma en ella, vertiendo lágrimas de arrepentimiento mientras rogaba por el espíritu del muchacho muerto.

Apenas había salido de la habitación cuando entró Seinen para barrer el suelo. Luego tendió el jergón de Musashi y, con la escoba al hombro, regresó despacio a la cocina. Sin que Musashi lo supiera, mientras aún estaba tallando, una figura felina había entrado sigilosamente en el Mudōji, a través de unas puertas que nunca se cerraban, y subido a la terraza. Después de que Seinen se ausentara, la shoji que daba a la terraza se abrió sin el menor sonido y se cerró con el mismo silencio.

Musashi regresó con sus regalos de despedida, un sombrero de juncos y unas sandalias de paja. Dejándolas al lado de la almohada, apagó la lámpara y se acostó. Las puertas exteriores estaban abiertas y una brisa soplaba suavemente a través de los corredores. Había la suficiente luz lunar para dar al blanco papel de la shoji una tonalidad gris mate. Las sombras de los árboles oscilaban levemente, como olas en un mar en calma.

Musashi emitía tenues ronquidos y respiraba más despacio a medida que se sumía en el sueño. El borde de un pequeño biombo en el rincón se movió adelante sin hacer ruido, y una oscura figura avanzó sigilosamente a gatas. Los ronquidos cesaron, y la negra forma se apresuró a tenderse en el suelo. Entonces, cuando la respiración se estabilizaba, el intruso avanzó poco a poco, paciente, cautamente, coordinando sus movimientos con la respiración rítmica.

De súbito, la sombra se alzó como una nube de seda negra y se abatió sobre Musashi, gritando:

—¡Ahora te enseñaré!

Una espada corta se dirigió hacia el cuello de Musashi, pero el arma cayó a un lado mientras la negra forma volaba hacia atrás y aterrizaba con estrépito contra la shoji. El intruso emitió un sonoro quejido antes de caer, junto con la puerta deslizante, a la oscuridad exterior.

En el instante en que Musashi la lanzó, cruzó por su mente que la persona que tenía en sus manos era ligera como un gatito. Aunque ocultaba el rostro bajo una tela, él creyó tener un atisbo de cabello blanco. Sin detenerse a analizar esas impresiones, cogió su espada y salió corriendo a la terraza.

—¡Detente! —gritó—. ¡Puesto que te has tomado la molestia de venir hasta aquí, dame una oportunidad de saludarte como es debido!

Saltó al suelo y corrió velozmente hacia el sonido de los pasos en retirada. Pero no puso mucho empeño en la persecución. Al cabo de unos instantes, se detuvo y observó divertido a unos sacerdotes que desaparecían en la oscuridad.

Osugi, después del aterrizaje que le había descoyuntado los huesos, estaba tendida en el suelo, gimiendo de dolor.

—¡Vaya, abuela, si eres tú! —exclamó, sorprendido al ver que su atacante no era

ni un hombre de Yoshioka ni uno de los sacerdotes airados. Rodeó a la anciana con un brazo y la ayudó a levantarse—. Ahora empiezo a comprender —le dijo—. Eres tú quien ha contado a los sacerdotes un montón de chismes sobre mí, ¿no es cierto? Y supongo que, como se lo decía una vieja dama valiente y honrada, se han creído hasta la última palabra.

—¡Ah, me duele la espalda! —Osugi ni confirmó ni negó su acusación. Se retorció un poco, pero le faltaba fuerza para oponer mucha resistencia. Le dijo con voz débil—: Musashi, ya que hemos llegado a esto, no sirve de nada preocuparse por lo que está bien y lo que está mal. La Casa de Hon'iden ha sido desafortunada en la guerra, así que córtame ahora mismo la cabeza.

Musashi pensó que probablemente esa actitud no era sólo dramática. Aquéllas parecían las palabras sinceras de una mujer que había llegado tan lejos como le era posible y quería terminar de una vez.

—¿Estás mal? —le preguntó, negándose a tomarla en serio—. ¿Dónde te duele? Puedes pasar aquí esta noche, así que no tienes por qué preocuparte.

Cogiéndola en brazos, la llevó adentro y la tendió en su camastro. Entonces se sentó a su lado y cuidó de ella durante toda la noche.

Cuando amaneció, Seinen trajo la caja de comida que Musashi le había pedido, junto con un mensaje del sacerdote jefe, el cual, tras pedirle disculpas por su rudeza, urgía a Musashi para que se pusiera en camino lo antes posible.

Musashi le envió a su vez un mensaje, diciendo que ahora tenía a su lado a una mujer enferma. El sacerdote, que no quería a Osugi en el templo, le hizo una sugerencia. Parecía ser que un mercader de la ciudad de Ótsu había llegado al templo con una vaca, dejándola al cuidado del sacerdote jefe mientras él iba a resolver unos asuntos. El sacerdote ofreció el animal a Musashi, diciéndole que la mujer podría bajar la montaña en su lomo. Una vez en Otsū, podían dejar la vaca en el muelle o en alguno de los almacenes vecinos.

Musashi aceptó agradecido el ofrecimiento.

Un poco de leche

El camino que descendía a lo largo de una estribación del monte Hiei desembocaba en la provincia de Ōmi, en un lugar poco más allá del templo Miidera.

Musashi conducía a la vaca por medio de una cuerda. Miró por encima del hombro y dijo suavemente:

—Si quieres, podemos hacer un alto y descansar. Ninguno de los dos tenemos prisa.

Pensó que, por lo menos, estaban en camino. Osugi, que no estaba acostumbrada a las vacas, primero se había negado a montarla, y Musashi tuvo que poner en juego todo su ingenio. El argumento que convenció a la anciana fue el de que no podía quedarse indefinidamente en un bastión sacerdotal del celibato.

De bruces sobre el cuello de la vaca, Osugi gimió de dolor y mantuvo la misma actitud hacia él. A cada señal de solicitud por parte de Musashi, se recordaba a sí misma su odio y transmitía en silencio el desprecio que sentía al ser cuidada por su enemigo mortal.

Aunque él sabía perfectamente que la mujer no tenía más razón de vivir que vengarse, era incapaz de considerarla como un verdadero enemigo. Nadie, ni siquiera los enemigos mucho más fuertes que ella, le había causado jamás tantas molestias y apuros. Sus mañas le habían llevado al borde del desastre en su propio pueblo. Por culpa de ella se habían mofado de él y le habían vilipendiado en el Kiyomizudera. Una y otra vez Osugi le había echado la zancadilla y frustrado sus planes. Había habido ocasiones, como la noche anterior, en que la maldijo y cerca estuvo de ceder al impulso de cortarla en dos de un tajo.

Sin embargo, no se sentía capaz de ponerle la mano encima, sobre todo ahora, cuando estaba magullada y desprovista de su verborrea acostumbrada. Curiosamente, la inactividad de su lengua viperina le deprimía, y ansiaba verla sana de nuevo, aunque eso significara más molestias para él.

—Montar así debe de ser bastante incómodo —le dijo—. Procura aguantar un poco más. Cuando lleguemos a Ōtsu, ya se me ocurrirá algo.

La panorámica al nordeste era espléndida. El lago Biwa se extendía plácidamente debajo de ellos, el monte Ibuki estaba al otro lado y los picos de Echizen se alzaban a lo lejos. En la orilla más próxima del lago, Musashi podía distinguir cada una de las famosas Ocho Vistas de Karasaki en el pueblo de Seta.

—Descansemos un poco —dijo Musashi—. Te sentirás mejor si bajas y te tiendes durante unos minutos.

Ató el animal a un árbol, cogió a la anciana en brazos y la bajó.

De bruces en el suelo, Osugi apartó las manos de Musashi y soltó un gemido. Tenía el rostro febrilmente caliente y el cabello enmarañado.

—¿No quieres un poco de agua? —le preguntó él, no por primera vez, al tiempo que le restregaba la espalda—. También deberías comer algo. —Ella sacudió la cabeza, testaruda—. No has tomado una gota de agua desde anoche —añadió en tono suplicante—. Si sigues así, vas a empeorar. Quisiera encontrarte alguna medicina, pero por aquí no hay ninguna casa. Oye, ¿por qué no tomas la mitad de mi comida?

—¡Qué repugnante!

—¿Cómo?

—Preferiría morir en un campo y ser devorada por los pájaros. ¡Jamás caeré tan bajo como para aceptar comida de un enemigo! —Le apartó la mano de su espalda y aferró la hierba.

Preguntándose si la mujer superaría alguna vez su malentendido básico, Musashi la trataba con la misma ternura que dedicaría a su propia madre, procurando pacientemente serenarla cada vez que arremetía contra él.

—Vamos, abuela, sabes bien que no deseas morir. Tienes que vivir. ¿No quieres ver cómo se abre paso Matahachi en el mundo?

La anciana hizo una mueca y respondió gruñendo:

—¿Qué tiene eso que ver contigo? Muchas gracias, pero Matahachi saldrá adelante uno de estos días sin tu ayuda.

—No lo dudo, pero debes ponerte bien para animarle.

—¡Hipócrita! —gritó la mujer—. Estás perdiendo el tiempo si crees que puedes halagarme para que olvide lo mucho que te odio.

Musashi comprendió que la anciana interpretaría mal cualquier cosa que le dijera, por lo que se puso en pie y se alejó unos pasos. Eligió un lugar detrás de una roca y empezó a tomar su almuerzo de bolas de arroz rellenas de oscura y dulzona pasta de alubias, cada una envuelta en una hoja de roble. Sólo comió la mitad de ellas.

Al oír voces, miró alrededor de la roca y vio a una campesina hablando con Osugi. Vestía el hakama utilizado por las mujeres de Ōhara y la suelta cabellera le colgaba sobre los hombros. En tono estentóreo, decía:

—Tengo una enferma en casa. Ahora está mejor, pero se recuperará con más rapidez si le doy un poco de leche. ¿Me permites que ordeñe a la vaca?

Osugi alzó la cara y dirigió a la mujer una mirada inquisitiva.

—En el lugar de donde vengo no tenemos muchas vacas —le dijo—. ¿De veras puedes obtener leche de ella?

Las dos intercambiaron algunas palabras más mientras la mujer se ponía en cuclillas y empezaba a manipular las ubres y verter leche en un recipiente para sake. Cuando estuvo lleno, se levantó, rodeó firmemente el recipiente con los brazos y dijo:

—Te doy las gracias. Ya me voy.

—¡Espera! —gritó Osugi en tono áspero. Extendió los brazos y miró a su alrededor para asegurarse de que Musashi no la miraba—. Antes de irte dame un

poco de leche. Uno o dos sorbos bastarán.

La mujer miró asombrada a Osugi mientras ésta se llevaba el recipiente a los labios, cerraba los ojos y bebía ávidamente. Un reguero de leche le corrió por el mentón.

Cuando hubo terminado, Osugi se estremeció y entonces hizo una serie de muecas, como si estuviera a punto de vomitar.

—¡Qué sabor tan repugnante! —exclamó—. Pero tal vez hará que me sienta mejor, aunque es horrible, peor que una medicina.

—¿Te ocurre algo? ¿Estás enferma?

—Nada grave. Un resfriado y algo de fiebre. —Osugi se levantó briosamente, como si todos sus achaques se hubieran evaporado, y tras asegurarse de nuevo de que Musashi no estaba mirando, se acercó más a la campesina y le preguntó en voz baja —: Si sigo directamente este camino, ¿adonde me llevará?

—Por encima del Miidera.

—Eso está en Ōtsu, ¿no es cierto? ¿Hay por aquí algún camino apartado que pueda seguir?

—Pues sí, pero ¿adonde quieres ir?

—No importa. ¡Sólo quiero alejarme de ese villano!

—Siguiendo este camino hacia abajo, a unas ochocientas o novecientas varas hay un sendero que va hacia el norte. Si lo sigues, acabarás saliendo entre Sakamoto y Ōtsu.

—Si tropiezas con un hombre que me busca —le dijo Osugi en voz baja—, no le digas que me has visto.

Andando a tropezones, como una mantis religiosa coja que tuviera prisa, pasó por el lado de la campesina, rozándola torpemente, y se alejó.

Musashi se rió entre dientes y salió de detrás de la roca.

—Supongo que vives por estos contornos —dijo en tono amistoso a la mujer—. Dime, ¿tu marido es campesino, leñador o algo por el estilo?

La mujer retrocedió atemorizada, pero respondió:

—Oh, no. Vengo de la posada que está en el puerto de montaña.

—Tanto mejor. ¿Podrías hacerme un recado? Te lo pagaré.

—Lo haría con gusto, pero hay una persona enferma en la posada.

—Yo le llevaría la leche en tu lugar y te esperaría aquí. ¿Qué te parece? Si vas ahora, podrías estar de regreso antes de que oscurezca.

—En ese caso supongo que podría ir, pero...

—¡No tienes por qué preocuparte! No soy el villano que ha dicho esa anciana. Tan sólo trataba de ayudarla, pero si puede valerse por sí sola, no hay motivo para que me ocupe de ella. Ahora escribiré una nota. Quiero que la lleves a la casa del señor Karasumaru Mitsuhiro, que está en la zona norte de la ciudad.

Con el pincel de su caja de escritura, trazó rápidamente las palabras que había ansiado escribir a Otsū durante su recuperación en el Mudōji. Tras haber confiado su carta a la mujer, subió a la vaca y se alejó pesadamente, repitiendo las palabras que había escrito y especulando sobre lo que sentiría Otsū al leerlas. «Y creía que nunca volvería a verla», se dijo, animándose de repente.

«Teniendo en cuenta lo débil que estaba —reflexionó—, es posible que vuelva a estar en cama. Pero en cuanto reciba mi carta, se levantará y vendrá tan rápido como pueda. Y Jōtarō también.»

Dejó que la vaca avanzara a su aire, deteniéndose de vez en cuando para que paciera en la hierba de la ladera. La carta que había dirigido a Otsū era sencilla, pero estaba bastante satisfecho de ella: «En el puente Hanada fuiste tú quien esperó. Esta vez, deja que sea yo. He seguido adelante. Te esperaré en Ōtsu, en el puente Kara que está en el pueblo de Seta. Cuando estemos juntos de nuevo, hablaremos de muchas cosas». Había intentado dar al prosaico mensaje un tono poético. Lo recitó de nuevo para sí mismo, reflexionando en las «muchas cosas» de las que tenían que hablar.

Cuando llegó a la posada, bajó de la vaca y, sujetando el recipiente de leche con ambas manos, exclamó:

—¡Ah de casa!

Como era habitual en los establecimientos de aquella clase al lado de los caminos, había un espacio abierto bajo los aleros de la fachada, destinado a los viajeros que se detenían a tomar té o una comida ligera. Dentro había una sala de té, parte de la cual estaba ocupada por la cocina. Al fondo estaban las habitaciones para los huéspedes. Una anciana echaba leña a un horno de tierra, sobre el que había una marmita de madera para cocinar al vapor.

Mientras Musashi se sentaba en un banco, la mujer salió y le sirvió una taza de té tibio. Entonces él explicó por qué estaba allí y le tendió el recipiente.

—¿Qué es esto? —dijo ella, mirándole dubitativa.

Pensando que tal vez era sorda, Musashi repitió lentamente lo que le había dicho.

—¿Leche dices? ¿Leche? ¿Para qué? —Todavía perpleja, la mujer se volvió hacia el interior de la casa y dijo—: Señor, ¿puedes venir aquí un momento? No sé a qué viene todo esto.

—¿Qué? —Un hombre dobló sin prisas una esquina del edificio y dijo—: ¿Cuál es el problema, señora?

Ella le puso el recipiente en las manos, pero el hombre ni la miró ni oyó lo que le estaba diciendo. Tenía la mirada fija en Musashi y una expresión de incredulidad en el rostro.

No menos asombrado, Musashi exclamó:

—¡Matahachi!

—¡Takezō!

Los dos echaron a correr y se detuvieron poco antes de que chocaran. Cuando Musashi tendió los brazos, Matahachi hizo lo mismo, dejando caer el recipiente.

—¿Cuántos años han pasado?

—Desde la batalla de Sekigahara.

—Entonces son...

—Cinco años. Eso debe de ser. Ahora tengo veintidós.

Mientras se abrazaban, el olor dulce de la leche que se alzaba del recipiente roto les envolvía, evocando la época en que ambos fueron bebés de pecho.

—Te has hecho muy famoso, Takezō, pero supongo que no debería llamarte así. Te llamaré Musashi, como todo el mundo. He oído muchos relatos de tu éxito junto al pino de ancha copa... y también sobre ciertas cosas que hiciste antes de eso.

—No me azores. Todavía soy un aficionado. Pero el mundo está lleno de gente que no parece ser tan buena como yo. Dime, ¿te alojas aquí?

—Sí, desde hace unos diez días. Partí de Kyoto con la idea de ir a Edo, pero surgió un imprevisto.

—Me han dicho que hay alguien enfermo. Bueno, ya no tiene remedio, pero por ese motivo he traído la leche.

—¿Enfermo? Ah, sí..., mi compañera de viaje.

—Es una lástima. De todos modos, me alegro de verte. Lo último que supe de ti fue lo que decías en la carta que me trajo Jōtarō cuando me dirigía a Nara.

Matahachi inclinó la cabeza, confiando en que Musashi no mencionara las jactanciosas predicciones que le hizo en aquel entonces.

Musashi puso una mano sobre el hombro de Matahachi, pensando en lo grato que era verle de nuevo y en cuánto le gustaría tener una larga conversación con él.

—¿Quién viaja contigo? —preguntó inocentemente.

—Oh, nadie, nadie que pueda interesarte. Es sólo...

—No importa. Vayamos a alguna parte donde podamos hablar.

Mientras se alejaban de la posada, Musashi le preguntó:

—¿Qué haces para ganarte la vida?

—¿Quieres decir si trabajo?

—Exacto.

—No tengo ningún talento ni habilidad especial, por lo que es difícil para mí entrar al servicio de un daimyō. Supongo que puedo decir que no hago nada en particular.

—¿Quieres decir que has estado haraganeando durante todos estos años? —le preguntó Musashi, sospechando vagamente la verdad.

—Dejémoslo. Decir esa clase de cosas me trae una infinidad de recuerdos desagradables. —Su mente pareció retroceder a aquellos días a la sombra del monte Ibuki—. El gran error que cometí fue juntarme con Okō.

—Sentémonos —le invitó Musashi, cruzando las piernas y dejándose caer sobre la hierba. Se sentía un tanto exasperado. ¿Por qué motivo Matahachi insistía en considerarse inferior? ¿Y por qué atribuía sus problemas a los demás?—. Echas la culpa de todo a Okō —le dijo—, pero ¿es ésa manera de hablar para un hombre hecho y derecho? Nadie puede crearte una clase de vida que merezca la pena, nadie salvo tú mismo.

—Admito que me equivoqué, pero... ¿cómo podría decirlo? Al parecer, soy incapaz de alterar mi destino.

—En tiempos como éstos, nunca llegarás a ninguna parte pensando de esa manera. Ve a Edo si lo deseas, pero cuando llegues allí encontrarás gentes procedentes de todos los lugares del país, y todos ellos hambrientos de dinero y posición. No podrás destacar lo más mínimo si te limitas a hacer lo mismo que hace cualquier otro. Tendrás que distinguirte de alguna manera.

—Tendría que haberme dedicado a la esgrima cuando era joven.

—Ya que lo mencionas, me pregunto si tienes condiciones para ser un espadachín. De todos modos, estás empezando. Tal vez deberías considerar la posibilidad de convertirte en un hombre de letras. Supongo que ésa sería la mejor manera de lograr una posición al servicio de un daimyō.

—No te preocupes, ya haré algo.

Matahachi arrancó una brizna de hierba y se la puso entre los dientes. Sentía una vergüenza abrumadora. Resultaba mortificante comprobar lo que habían hecho cinco años de ociosidad. Le había sido relativamente fácil minimizar las anécdotas que había oído contar sobre Musashi, pero ahora, al verle personalmente, no podía eludir el contraste entre ellos. En la imponente presencia de Musashi, a Matahachi le costaba recordar que en otro tiempo fueron los mejores amigos. Incluso la dignidad de aquel hombre era un tanto opresiva. Ni la envidia ni su impulso competitivo podían librarle de la penosa conciencia de su propia incapacidad.

—¡Anímate! —le dijo Musashi, pero incluso mientras le daba unas palmadas en el hombro, percibió la debilidad de su amigo—. Lo que está hecho no tiene remedio. Olvídate del pasado. Si has desperdiciado cinco años, ¿qué importa eso? Lo único que significa es que comienzas cinco años más tarde y, a su manera, esos cinco años pueden encerrar una lección valiosa.

—Han sido horribles.

—¡Ah, me olvidaba! He dejado a tu madre hace un rato.

—¿Has visto a mi madre?

—Sí, y debo decir que no comprendo por qué no has nacido con algo más de su fuerza y tenacidad.

Añadió para sus adentros que tampoco comprendía por qué Osugi tenía un hijo como él, tan incompetente y lleno de lástima hacia sí mismo. Sentía deseos de

sacudirle y recordarle lo afortunado que era por tener madre. Mirando fijamente a Matahachi, se preguntó cómo podría apaciguar la cólera de Osugi, y encontró la respuesta de inmediato: Si Matahachi pudiera llegar a ser alguien...

—Matahachi —le dijo en tono solemne—. ¿Por qué, cuando tienes una madre como la tuya, no intentas hacer algo que la haga sentirse feliz? Yo no tengo padres, y no puedo evitar la sensación de que no estás tan agradecido como debieras. No se trata de que no le muestres suficiente respeto, pero de alguna manera, aunque estés bendecido con lo mejor que una persona puede tener, no pareces considerarla mejor que a un montón de estiércol. Si yo tuviera una madre como la tuya, estaría mucho más deseoso de mejorar y hacer algo realmente útil, sencillamente porque alguien compartiría mi felicidad. Nadie se alegra tanto de los logros de uno como sus propios padres.

—Es posible que todo esto te parezcan perogrulladas morales, pero no lo son en boca de un vagabundo como yo. No podría expresarte lo solitario que me siento cuando me encuentro con un paisaje hermoso y, de pronto, me doy cuenta de que no hay nadie para disfrutarlo conmigo.

Musashi hizo una pausa para respirar y cogió la mano de su amigo.

—Tú mismo sabes que lo que digo es cierto, sabes que te hablo como un viejo amigo, un hombre del mismo pueblo. Intentemos recuperar el espíritu que teníamos cuando fuimos a Sekigahara. Ya no hay guerras, pero la lucha por sobrevivir en un mundo en paz no es menos difícil. Tienes que luchar, necesitas un plan. Si lo intentaras, yo haría lo que pudiera por ayudarte.

Las lágrimas de Matahachi cayeron sobre sus manos entrelazadas. A pesar del parecido que tenían las palabras de Musashi con uno de los fatigosos sermones de su madre, el interés que su amigo mostraba por él le conmovía profundamente.

—Tienes razón —le dijo, enjugándose las lágrimas—. Gracias. Haré lo que dices. Me convertiré en un hombre nuevo, ahora mismo. Estoy de acuerdo en que no tengo condiciones para triunfar como espadachín. Iré a Edo y buscaré un maestro. Estudiaré en serio. Juro que lo haré.

—Tendré los ojos abiertos para encontrar un buen maestro, así como un buen señor para quien tú pudieras trabajar. Incluso podrías trabajar y estudiar al mismo tiempo.

—Será como empezar la vida de nuevo. Pero hay otra cosa que me fastidia.

—¿Y bien? Como te he dicho, haré lo que pueda por ayudarte. Es lo menos que puedo hacer por haber enfadado tanto a tu madre.

—Es algo embarazoso. Verás, la mujer que me acompaña... no es cualquier mujer. Es... No puedo decirlo.

—¡Vamos, actúa como un hombre!

—No te enfades. Es alguien a quien conoces.

—¿Quién?
—Akemi.
Sobresaltado, Musashi se dijo: «¿Podría haber elegido a alguien peor?», pero se guardó de decirlo en voz alta.
Desde luego, Akemi no era sexualmente tan depravada como su madre, por lo menos todavía no, pero iba camino de ello. Era un pájaro en vuelo con una antorcha destructora en el pico. Además del incidente con Seijūrō, Musashi tenía fuertes sospechas de que había habido algo entre ella y Kojirō. Se preguntó qué perverso destino condujo a Matahachi a unas mujeres como Okō y su hija.
Matahachi malinterpretó el silencio de Musashi como una señal de que estaba celoso.
—¿Estás enfadado? Te lo he dicho sinceramente, porque creo que no debía ocultarlo.
—Eres tú, bobo, quién me preocupa. ¿Estás maldecido desde tu nacimiento o es que te empeñas en tentar a la mala suerte? Creí que habías aprendido una lección de Okō.
Matahachi respondió a las preguntas de Musashi, contándole cómo él y Akemi habían llegado a estar juntos.
—Tal vez estoy siendo castigado por haber abandonado a mi madre —concluyó—. Akemi se hirió en una pierna cuando cayó al barranco y empezó a empeorar, así que...
—Ah, estás aquí, señor —dijo la anciana de la posada en el dialecto local. Despistada y senil, se llevó los brazos a la espalda y contempló el cielo, como si examinara el tiempo—. La mujer enferma no está contigo —añadió, y su tono llano no aclaró si estaba haciendo una pregunta o una afirmación.
Un poco sonrojado, Matahachi replicó:
—¿Akemi? ¿Le ha ocurrido algo?
—No está en la cama.
—¿Estás segura?
—Ahí estaba hace un rato, pero ya no.
Aunque un sexto sentido le dijo a Musashi lo que había ocurrido, se limitó a decir:
—Será mejor que vayamos a ver.
El jergón de Akemi estaba todavía extendido en el suelo, pero por lo demás la habitación se hallaba vacía.
Matahachi soltó una maldición y examinó en vano la habitación. Con el rostro enrojecido por la cólera, exclamó:
—¡Ni obi ni dinero! ¡Ni siquiera un peine o una horquilla! ¡Está loca! ¿Qué le pasa? ¿Cómo ha podido abandonarme así?

La anciana permanecía en el umbral.

—Ha hecho una cosa terrible —dijo como si hablara consigo misma—. Esa chica..., tal vez no debería decirlo, pero no estaba enferma. Lo fingía para poder estar en cama. Aunque soy vieja, no se me escapan esas cosas.

Matahachi salió de la habitación y se quedó mirando el blanco camino que se curvaba a lo largo de la estribación montañosa. La vaca, que yacía bajo un melocotonero cuyas flores ya se habían oscurecido y caído, rompió el silencio con un largo y soñoliento mugido.

—No te quedes ahí triste y abatido, Matahachi —le dijo Musashi—. Roguemos para que encuentre un lugar donde pueda establecerse y llevar una vida apacible, y dejemos las cosas así.

Una sola mariposa amarilla ascendió con la brisa arremolinada antes de caer por el borde de un risco.

—Tu promesa me ha hecho muy feliz —dijo Musashi—. ¿No es hora ya de que hagas algo al respecto, de que lo intentes de veras y llegues a ser algo?

—Sí, es cierto, tengo que hacerlo —musitó Matahachi sin entusiasmo, mordiéndose el labio inferior para evitar que le temblara.

Musashi se dio la vuelta, desviando su mirada del camino desierto.

—Escúchame —le dijo jovialmente—. Tu camino acaba de abrirse ante ti por sí solo. No importa el lugar al que vaya Akemi, porque sin duda no te conviene. Vete ahora, antes de que sea demasiado tarde. Toma el sendero que pasa entre Sakamoto y Ōtsu. Encontrarás a tu madre antes de que el día termine. Y una vez la hayas encontrado, no vuelvas a perderla de vista.

Para subrayar sus palabras, trajo a Matahachi sus sandalias y polainas, y entonces entró en la posada y salió poco después con sus demás pertenencias.

—¿Tienes algún dinero? —le preguntó—. Yo no tengo mucho, pero puedo darte algo. Si crees que Edo es el lugar adecuado para ti, allí iré contigo. Esta noche estaré en el puente Kara de Seta. Cuando hayas encontrado a tu madre, búscame allí. Cuento con que la traigas.

Una vez Matahachi se hubo ido, Musashi se sentó a esperar el crepúsculo y la respuesta a su misiva. Se estiró en el banco que había al fondo de la sala de té, cerró los ojos y no tardó en soñar. Soñó con dos mariposas que vagaban por el aire, retozando entre ramas entrelazadas. Reconoció a una de ellas. Era Otsū.

Cuando despertó, los rayos inclinados del sol habían llegado a la pared del fondo de la sala. Oyó la voz de un hombre.

—Lo mires como lo mires, fue una actuación burda.

—¿Te refieres a los Yoshioka?

—Desde luego.

—La gente tenía un gran respeto por la escuela, debido a la reputación de Kempō.

Parece como si, en cualquier campo, sólo la primera generación fuese importante. La siguiente generación pierde lustre, y con la tercera todo se viene abajo. No sueles ver a menudo al jefe de la cuarta generación enterrado al lado del fundador.

—Bueno, yo espero que me entierren al lado de mi bisabuelo.

—Pero no eres más que un picapedrero. Estoy hablando de gente famosa. Si crees que me equivoco, sólo tienes que ver lo que le ocurrió al hijo de Hideyoshi.

Los picapedreros trabajaban en una cantera del valle, y todos los días, hacia las tres de la tarde, iban a la posada a tomar una taza de té. Anteriormente, uno de ellos, que vivía cerca de Ichijōji, había asegurado haber visto el combate desde el principio al fin. Como ya había contado el mismo relato docenas de veces, ahora pudo repetirlo con una elocuencia impresionante, embelleciendo hábilmente los hechos e imitando los movimientos de Musashi.

Mientras los picapedreros escuchaban embelesados sus palabras, otros cuatro hombres habían llegado y tomado asientos en la parte delantera: Sasaki Kojirō y tres samurais del monte Hiei. Sus ceños fruncidos inquietaron a los trabajadores, por lo que éstos cogieron sus tazas de té y se retiraron al interior. Pero a medida que el relato avanzaba, empezaron a reír y hacer comentarios, repitiendo con frecuencia y evidente admiración el nombre de Musashi.

Cuando Kojirō llegó al límite de su paciencia, les gritó:

—¡Eh, vosotros!

—Sí, señor —corearon ellos, inclinando las cabezas de manera automática.

—¿Qué ocurre aquí? ¡Tú! —señaló al hombre con su abanico de varillas de acero —. Hablas como si supieras mucho. ¡Ven aquí! ¡Y los demás también! No voy a haceros daño.

Los hombres salieron arrastrando los pies, y Kojirō siguió diciendo:

—Os he oído cantar las alabanzas de Miyamoto Musashi y me he hartado. ¡Estáis diciendo tonterías!

Los hombres intercambiaron miradas inquisitivas y murmullos de asombro.

—¿Por qué consideráis a Musashi un gran espadachín? Tú..., tú dices que viste la lucha el otro día, pero permíteme asegurarte que yo, Sasaki Kojirō, también la vi. Como el testigo oficial, observé todos los detalles. Más tarde subí al monte Hiei e informé a los sacerdotes estudiantes de lo que había visto. Además, a invitación de algunos profesores eminentes, visité varios templos subsidiarios y di más conferencias.

—Ahora bien, al contrario que yo, vosotros no sabéis nada de esgrima —siguió diciendo en un tono de creciente condescendencia—. No veis más que vencedor y perdedores, y entonces os sumáis al rebaño y alabáis a Miyamoto Musashi como si fuese el espadachín más grande de todos los tiempos.

—De ordinario, no me molestaría en refutar la cháchara de unos ignorantes, pero

ahora lo considero necesario, porque vuestras opiniones erróneas son peligrosas para el conjunto de la sociedad. Además, deseo exponer vuestras falacias en beneficio de estos distinguidos profesores que hoy me acompañan. ¡Limpiaos los oídos y escuchadme atentamente! Os contaré lo que sucedió realmente junto al pino de ancha copa y qué clase de hombre es Musashi.

El público cautivo emitió unos sonidos que expresaban obediencia.

—En primer lugar —dijo Kojirō en tono declamatorio—, consideremos lo que piensa realmente Musashi, su objetivo oculto. A juzgar por la manera en que provocó ese último encuentro, sólo puedo llegar a la conclusión de que intentaba con desesperación vender su nombre, labrarse una reputación. A tal fin, seleccionó a la casa de Yoshioka, la escuela de esgrima más famosa de Kyoto, y provocó con ingenio una pelea. Al caer víctima de esa estratagema, la casa de Yoshioka se convirtió en la piedra pasadera de Musashi hacia la fama y el éxito.

—Lo que hizo fue deshonesto. Era ya de dominio público que la época de Yoshioka Kempō había terminado y que la escuela de Yoshioka declinaba. Era como un árbol agostado, o como un inválido próximo a la muerte. Todo lo que Musashi tenía que hacer era dar un empujón a un armatoste vacío. Cualquiera podría haber hecho lo mismo, pero nadie lo hizo. ¿Por qué? Porque aquellos de nosotros que comprendemos el arte de la guerra ya sabíamos que la escuela carecía de poder. En segundo lugar, porque no queríamos manchar el reverenciado nombre de Kempō. No obstante, Musashi decidió provocar un incidente, colocar avisos de desafío en las calles de Kyoto, propagar rumores y, finalmente, convertir en un gran espectáculo aquello que cualquier espadachín razonablemente hábil podría haber hecho.

—No podría enumerar todas las artimañas bajas y cobardes a las que recurrió. Considerad, por ejemplo, que se las ingenió para llegar tarde a sus encuentros respectivos con Yoshioka Seijūrō y Denshichirō. En vez de ir directamente al encuentro de sus enemigos en el pino de ancha copa, dio un rodeo y empleó toda clase de viles estratagemas.

—Se ha señalado que era un solo hombre luchando contra muchos. Eso es cierto, pero formaba parte de su diabólico ardid para promocionar su nombre. Sabía muy bien que, como le superaban en número, el público simpatizaría con él. Y cuando examinamos la lucha en sí, puedo deciros, porque la observé personalmente, que fue poco más que un juego de niños. Musashi logró sobrevivir durante algún tiempo gracias a sus mañas, y luego, cuando se le presentó la oportunidad de huir, así lo hizo. Ah, debo admitir que, hasta cierto punto, hizo una exhibición de fuerza bruta, pero eso no le convierte en un experto espadachín. No, en modo alguno. El mayor mérito que tiene Musashi para lograr la fama es su capacidad de correr con mucha rapidez. En escaparse velozmente no tiene rival.

Ahora las palabras brotaban impetuosas de la boca de Kojirō como por encima de

un dique.

—La gente ordinaria cree que a un solo espadachín le es difícil luchar contra un gran número de adversarios, pero diez hombres no son necesariamente diez veces más fuertes que un solo hombre. Para el experto, los números no son siempre importantes.

Entonces Kojirō hizo una crítica profesional del combate. Era fácil menospreciar la hazaña de Musashi, pues, a pesar de su valor, cualquier observador entendido habría enumerado defectos en su actuación. Cuando llegó el momento de mencionar a Genjirō, Kojirō fue muy duro. Dijo que el asesinato del muchacho era una atrocidad, una violación de la ética de la esgrima y que no se podía tolerar desde ningún punto de vista.

—Y permitidme que os hable de los antecedentes de Musashi —añadió, indignado.

Entonces les reveló que en los últimos días había encontrado a Osugi en el monte Hiei y la anciana le había contado la larga historia de la duplicidad de Musashi. Sin ahorrar detalles, repitió los agravios que había sufrido aquella «dulce anciana».

Kojirō terminó diciendo:

—Me estremezco al pensar que hay personas que entonan a gritos las alabanzas a ese bribón. ¡Es terrible pensar en el efecto que esto tiene sobre la moral pública! Y ésa es la razón por la que he hablado tanto. No tengo ninguna relación con la casa de Yoshioka ni tampoco ningún agravio personal contra Musashi. Os he hablado justa e imparcialmente, como hombre totalmente entregado al Camino de la Espada y decidido a seguir correctamente el Camino. Os he dicho la verdad. ¡Recordadlo!

Guardó entonces silencio y alivió la sed con una taza de té. Entonces se volvió hacia sus compañeros y observó calmosamente:

—Ah, el sol ya está bajo en el cielo. Si no partís pronto, estará oscuro antes de que lleguéis al Miidera.

Los samurais del templo se levantaron para marcharse.

—Cuídate bien —le dijo uno de ellos.

—Esperamos verte de nuevo cuando regreses a Kyoto.

Los picapedreros vieron entonces su oportunidad y, como prisioneros liberados por un tribunal, se apresuraron a regresar al valle, envuelto ahora en sombras violáceas, donde resonaban los cantos de los ruiseñores.

Kojirō les vio alejarse y luego llamó a la posadera.

—Dejaré el dinero del té sobre la mesa. Por cierto, ¿tienes alguna mecha de arcabuz?

La anciana estaba en cuclillas ante el horno de tierra, preparando la cena.

—¿Mechas? —le dijo—. Hay un manojo colgado en el rincón, al fondo. Coge las que quieras.

Kojirō se dirigió al lugar indicado. Cuando extraía dos o tres mechas del manojo, las restantes cayeron sobre el banco que estaba debajo. Al disponerse a recogerlas, reparó en las dos piernas estiradas que sobresalían del banco. Su mirada se deslizó lentamente desde las piernas al cuerpo y el rostro. La sorpresa que se llevó fue como un fuerte golpe en el plexo solar.

Musashi le miraba fijamente.

Kojirō retrocedió un paso.

—Bien, bien —dijo Musashi, con una ancha sonrisa.

Sin apresurarse, se levantó y fue al lado de Kojirō, permaneciendo en silencio, con una expresión divertida y sagaz en la cara.

Kojirō intentó devolverle la sonrisa, pero sus músculos faciales se negaron a obedecerle. En seguida comprendió que Musashi debía de haber oído hasta la última de sus palabras, y su azoramiento era tanto más insoportable cuanto que Musashi parecía reírse de él. Sólo tardó un momento en recobrar su aplomo habitual, pero durante el breve intervalo su confusión fue inequívoca.

—Vaya, Musashi, no esperaba encontrarte aquí —le dijo.

—Me alegro de volver a verte.

—Sí, sí, yo también. —Arrepintiéndose de sus palabras incluso mientras las pronunciaba pero, por alguna razón, incapaz de reprimirlas, siguió diciendo—: Debo decir que te has distinguido realmente desde la última vez que nos vimos. Es difícil creer que un mero ser humano pudiera luchar como lo hiciste. Permíteme que te felicite. No pareces haber sufrido daño alguno.

Con un atisbo de sonrisa todavía en los labios y una cortesía exagerada, Musashi replicó:

—Gracias por actuar como testigo aquel día, y gracias también por la crítica que acabas de hacer de mi actuación. No solemos tener la oportunidad de vernos tal como nos ven los demás. Estoy muy en deuda contigo por tus comentarios. Te aseguro que no los olvidaré.

A pesar del tono sereno y la falta de rencor, la última frase estremeció a Kojirō. Reconoció lo que era, un desafío al que tendría que enfrentarse en alguna fecha futura.

Aquellos dos hombres, ambos orgullosos y voluntariosos, convencidos de su propia rectitud, estaban destinados a chocar más tarde o más temprano. Musashi se contentaría con esperar, pero cuando dijo que no olvidaría, se limitaba a expresar la sencilla verdad. Ya consideraba su victoria más reciente como un hito en su carrera de espadachín, un punto culminante en su lucha por perfeccionarse. Las calumnias de Kojirō no podrían sustraerse indefinidamente al reto.

Aunque Kojirō había embellecido su relato para influir en sus oyentes, en realidad veía lo ocurrido más o menos como lo había descrito, y su opinión sincera no difería

en sustancia de lo que había afirmado. Tampoco dudaba ni por un momento de la exactitud fundamental de su valoración de Musashi.

—Me alegra que digas eso —dijo Kojirō—. No querría que lo olvidaras, como tampoco lo olvidaré yo.

Musashi aún sonreía mientras movía la cabeza en un gesto de asentimiento.

Ramas entrelazadas

—He regresado, Otsū —dijo Jōtarō al cruzar el rústico portal.

La joven estaba sentada en la terraza, con los brazos apoyados en un pupitre bajo, y contemplaba el cielo. No había hecho otra cosa desde la mañana. Bajo el tejado de caballete había una placa de madera con una inscripción en caracteres blancos: «Ermita de la Montaña Luna». La casita, perteneciente a un funcionario sacerdotal del Ginkakuji, había sido prestada a Otsū a requerimiento del señor Karasumaru.

Jōtarō se dejó caer en un macizo de violetas en flor y empezó a chapotear en el arroyo para quitarse el barro de los pies. El agua, que fluía directamente desde el jardín del Ginkakuji, era más pura que la nieve recién caída. «El agua está helada», se dijo con el ceño fruncido, pero la tierra estaba caliente y el muchacho se sentía feliz por estar vivo y encontrarse en aquel hermoso lugar. Las golondrinas cantaban como si también a ellas les gustara el día.

Se levantó y, tras secarse los pies en la hierba, se encaminó a la terraza.

—¿No te aburres? —preguntó a Otsū.

—No, tengo muchas cosas en que pensar.

—¿No te gustaría enterarte de una buena noticia?

—¿Qué noticia?

—Es sobre Musashi. He oído decir que no está lejos de aquí.

—¿Dónde?

—He ido de un lado a otro durante cuatro días, preguntando a todo el mundo si sabían dónde estaba, y hoy he sabido que se encuentra en el Mudōji, un templo del monte Hiei.

—En ese caso, supongo que estará bien.

—Es probable, pero creo que deberíamos ir allí en seguida, antes de que se marche a otro lugar. Tengo hambre. ¿Por qué no te preparas mientras como algo?

—Quedan unas bolas de arroz envueltas en hojas. Están en esa caja de tres compartimientos. Sírvete tú mismo.

Cuando Jōtarō terminó de comer, Otsū no se había movido de la mesa.

—¿Qué ocurre? —le preguntó, mirándola con suspicacia.

—Creo que no deberíamos ir.

—Pero qué estupidez... Te mueres de ganas de ver a Musashi y un momento después finges que no quieres.

—No lo comprendes. Él sabe lo que siento. Aquella noche, cuando nos encontramos en la montaña, le dije todo cuanto deseaba decirle. Creímos que no volveríamos a vernos vivos.

—Pero puedes verle de nuevo. ¿A qué estás esperando?

—No sé qué piensa, si está satisfecho con su victoria o si permanece ahí porque

corre peligro. Cuando me dejó, me resigné a no volver a verle en esta vida. No creo que deba ir a menos que él envíe a alguien en mi busca.

—¿Y si no lo hace durante años?

—Seguiré haciendo lo mismo que ahora.

—¿Quedarte aquí sentada mirando el cielo?

—No lo comprendes, pero no importa.

—¿Qué es lo que no comprendo?

—Los sentimientos de Musashi. Siento de veras que ahora puedo confiar en él. Le quería con mi corazón y mi alma, pero me temo que no creía en él del todo. Ahora sí, ahora todo es diferente. Estamos más cerca uno del otro que las ramas del mismo árbol. Aunque estemos separados, aunque muramos, seguiremos estando juntos. Así pues, ya nada puede hacer que me sienta solitaria. Ahora sólo ruego para que encuentre el Camino que está buscando.

—¡Estás mintiendo! —estalló Jōtarō—. ¿Es que las mujeres son incapaces de decir la verdad? Si quieres actuar así, me parece muy bien, pero no vuelvas a hablarme de lo mucho que ansias ver a Musashi. ¡Llora hasta que se te sequen los ojos! Lo mismo me da.

El muchacho se había esforzado mucho para averiguar adonde había ido Musashi desde Ichijōji... ¡y ahora ella le salía con aquello! Durante el resto del día hizo caso omiso de Otsū y no le dirigió la palabra.

Poco después de que hubiera oscurecido, una rojiza luz de antorcha cruzó el jardín, y uno de los samurais al servicio del señor Karasumaru llamó a la puerta. Entregó una carta a Jōtarō, diciéndole:

—Es de Musashi para Otsū. Su señoría ha dicho que Otsū debe cuidarse bien.

Tras decir estas palabras, el mensajero dio la vuelta y se marchó.

«Sí, es la caligrafía de Musashi —se dijo Jōtarō—. Debe de estar vivo.» Entonces, con un atisbo de indignación: «Está dirigida a Otsū, no a mí, ya veo».

Otsū salió por la parte trasera de la casa.

—Ese samurai ha traído una carta de Musashi, ¿no es cierto?

—Sí, pero no creo que te interese —replicó el chico con un mohín, escondiendo la carta a su espalda.

—Basta ya, Jōtarō, déjame verla —le imploró ella.

El chico se resistió durante un rato, pero en cuanto vio que la joven estaba a punto de echarse a llorar, le tendió el sobre.

—¡Ja! —exclamó, regocijado—. Pretendes que no quieres verle, pero no puedes esperar a leer su carta.

Mientras ella se agachaba al lado de la lámpara, con el papel tembloroso entre sus blancos dedos, la llama parecía tener una animación especial, era casi un presagio de felicidad y buena suerte.

La tinta centelleaba como un arco iris, las lágrimas en sus pestañas como joyas. Transportada de repente a un mundo que no se había atrevido a esperar que existiera, Otsū recordó el exaltado pasaje en el poema de Po Chü-i donde el espíritu de la difunta Kuei-fei se alegra al recibir un mensaje de amor de su afligido emperador.

Leyó el breve mensaje y volvió a leerlo. «Ahora mismo debe de estar esperando. He de apresurarme.» Aunque creyó haber dicho estas palabras en voz alta, lo cierto era que no había emitido sonido alguno.

Febrilmente escribió notas de agradecimiento al propietario de la casa, a los demás sacerdotes del Ginkakuji y a todos aquellos que habían sido amables con ella durante su estancia. Había recogido sus pertenencias y, ya calzada con las sandalias, estaba en el jardín antes de que se diera cuenta de que Jōtarō seguía sentado dentro, enfurruñado.

—¡Vamos, Jō! ¡Date prisa!

—¿Adonde vamos?

—¿Todavía estás enfadado?

—¿Y quién no lo estaría? Nunca piensas en nadie más que en ti misma. ¿Hay algo tan secreto en la carta de Musashi que ni siquiera puedes enseñármela?

—Perdona —dijo ella en tono de disculpa—. No hay ninguna razón para que no la veas.

—Olvídalo. Ya no me interesa.

—No seas tan quisquilloso. Quiero que la leas. Es una carta maravillosa, la primera que me ha enviado. Y también es la primera vez que me pide que vaya a reunirme con él. Nunca me había sentido tan feliz en toda mi vida. Deja de poner mala cara y ven conmigo a Seta. Te lo pido por favor.

En el camino que conducía al puerto de montaña de Shiga, Jōtarō mantuvo un malhumorado silencio, pero finalmente arrancó una hoja para usarla como silbato y tarareó algunas tonadas populares para aliviar la opresión del silencio nocturno.

Otsū le ofreció por fin que hicieran las paces.

—Quedan algunos dulces en la caja que nos envió anteayer el señor Karasumaru —le dijo.

Empezaba a amanecer y las nubes más allá del puerto se teñían de rosa antes de volver a su color habitual.

—¿Te encuentras bien, Otsū? ¿No estás cansada?

—Un poco. Todo el camino ha sido cuesta arriba.

—A partir de ahora será más fácil. Mira, ya se ve el lago.

—Sí, el lago Biwa. ¿Dónde está Seta?

—En aquella dirección. Musashi no estará allí tan temprano, ¿no crees?

—La verdad es que no lo sé. Tardaremos la mitad del día en llegar allí. ¿Descansamos un poco?

—De acuerdo —dijo el muchacho, que había recuperado el buen humor—. Sentémonos bajo ese par de grandes árboles.

El humo de los hogares encendidos en la mañana temprana se alzaba en filamentos, como vapores que ascendieran de un campo de batalla. A través de la bruma que se extendía desde el lago hasta la ciudad de Ishiyama, las calles de Ōtsu iban haciéndose visibles.

Al aproximarse, Musashi se puso una mano en la frente a modo de visera y miró a su alrededor, contento porque volvía a estar entre la gente.

Cerca del Miidera, cuando empezaba a subir la cuesta del Bizōji, se había preguntado ociosamente qué camino seguiría Otsū. Antes había imaginado que quizá la encontraría en el camino, pero luego pensó que tal cosa sería improbable. La mujer que llevó su carta a Kyoto le había informado que, aunque Otsū ya no se encontraba en la residencia del señor Karasumaru, su carta le sería entregada de todos modos. Puesto que no la habría recibido antes del anochecer y habría tenido que hacer diversas cosas antes de partir, parecía probable que esperase hasta la mañana para ponerse en marcha.

Al pasar ante un templo cuyo jardín lucía varios cerezos añosos (sin duda famosos, se dijo, por sus flores primaverales), reparó en un monumento de piedra que se alzaba en un montículo. Aunque sólo había tenido un atisbo del poema inscrito en la piedra, localizó su origen cuando se encontraba varios cientos de varas más lejos, carretera abajo. El poema procedía del Taiheiki. Musashi recordó que estaba relacionado con un cuento que memorizó en cierta ocasión, y empezó a recitarlo lentamente para sí mismo.

«Un venerable sacerdote del templo de Shiga, que se apoyaba en un cayado de seis pies y era tan viejo que sus cejas blancas crecían juntas en un helado pico sobre su frente, estaba contemplando la belleza de Kannon en las aguas del lago cuando vio pasar a una concubina imperial de Kyōgoku. La mujer regresaba de Shiga, donde tenía un gran campo de flores, y cuando el anciano la vio se sintió lleno de pasión. La virtud que tan arduamente había acumulado en el transcurso de los años le abandonó. Estaba sumido en la casa ardiente del deseo y ...»

—Bueno, ¿cómo seguía? Parece que me he olvidado de una parte. ¡Ah!

«... y regresó a su cabaña de palos y oró ante la imagen del Buda, pero la visión de la mujer persistía. Aunque invocó el nombre del Buda, su propia voz sonaba como el aliento del engaño. En las nubes que se cernían sobre la montaña en el crepúsculo le parecía ver las peinetas en su cabello, y eso le entristecía. Cuando alzaba los ojos a la luna solitaria, el rostro del astro le sonreía. Estaba perplejo y avergonzado.

«Temiendo que tales pensamientos le impidieran ir al paraíso cuando muriese, resolvió conocer a la damisela y revelarle sus sentimientos. De esta manera confiaba

en morir apaciblemente. Así pues, fue al palacio imperial y, apoyando con firmeza su cayado en el suelo, aguardó en el patio donde los cortesanos jugaban a pelota todo un día y una noche...»

—¡Perdón, señor! ¡Eh, el de la vaca!

El hombre que se había dirigido a Musashi parecía un jornalero como los que se encontraban en el distrito de los mayoristas. Se puso delante de la vaca, le dio unas palmadas en el hocico y miró al jinete por encima de su cabeza.

—Debes venir del Mudōji —le dijo.

—Así es, en efecto. ¿Cómo lo has sabido?

—Presté esta vaca a un mercader y supongo que debe de haberla abandonado. Se la alquilé, por lo que debo pedirte que me pagues por usarla.

—Te pagaré con mucho gusto, pero dime, ¿hasta dónde me dejarías llevarla?

—Mientras me pagues, puedes llevarla a cualquier parte. Lo único que has de hacer es entregarla a un mayorista en la población más cercana a tu destino. Entonces alguien volverá a alquilarla y, más tarde o más temprano, volverá aquí.

—¿Cuánto me costaría llevarla a Edo?

—Tendré que preguntarlo en el establo. En cualquier caso, ahora vas en esa dirección. Si decides alquilarla, tendrás que dejar tu nombre en el despacho.

Tras hacer el trámite para alquilar la vaca, desayunó sin prisas y partió hacia Seta, paladeando la perspectiva de ver de nuevo a Otsū. Ya no sentía recelo alguno hacia ella. Hasta su encuentro en la montaña, la joven siempre le había causado cierto temor, pero esta vez era diferente: la pureza, inteligencia y abnegación que había mostrado aquella noche de luna habían hecho que su confianza en ella fuese más profunda que el amor.

No sólo confiaba en ella, sino que estaba seguro de que ella confiaba en él. Había jurado que cuando volvieran a estar juntos no le negaría nada, siempre, naturalmente, que no obstaculizara su modo de vida como espadachín. Lo que le preocupaba antes era el temor de que si se permitía amarla, el sentimiento embotara su espada. Como el viejo sacerdote del cuento, podría perder el Camino. Ahora era evidente que estaba bien disciplinada. Nunca sería un obstáculo o una traba que le retuviera. Ahora su único problema consistía en asegurarse de que él mismo no se ahogaría en el profundo estanque del amor.

«Cuando lleguemos a Edo —se dijo—, me encargaré de que reciba la clase de adiestramiento y educación que necesita una mujer. Mientras estudie, llevaré a Jōtarō conmigo y juntos encontraremos un plano de disciplina todavía superior. Entonces, un día, cuando llegue el momento...» La luz que reflejaba el lago bañaba su rostro con un suave resplandor oscilante.

Las dos secciones del puente Kara, una sostenida por noventa y seis columnas y la otra por veintitrés, estaban unidas por un islote en el que se alzaba un viejo sauce,

que era un hito para los viajeros. El mismo puente recibía a veces el nombre de puente del Sauce.

—¡Ya viene! —gritó Jōtarō, y fue corriendo desde la casa de té hasta la sección más corta del puente, donde permaneció saludando a Musashi con una mano y señalando la casa de té con la otra—. ¡Ahí está, Otsū! ¿Le ves? Monta una vaca.

El muchacho se puso a dar brincos. Otsū no tardó en llegar a su lado y agitó la mano, mientras su amado agitaba el sombrero de juncos. A medida que se acercaba, una ancha sonrisa apareció en el rostro de Musashi.

Ató la vaca a un sauce y los tres entraron en la casa de té. Aunque Otsū había llamado frenéticamente a Musashi cuando éste todavía estaba en el extremo del puente, ahora que se encontraba a su lado no sabía qué decirle. Sonriendo feliz, dejó que Jōtarō hablara.

—Tu herida está curada —dijo el muchacho con un entusiasmo inusitado—. Al verte sobre la vaca pensé que quizá no podías caminar. Pero aun así hemos logrado llegar aquí primero. En cuanto Otsū recibió tu carta, se preparó para partir.

Musashi sonreía, asentía, murmuraba interjecciones, pero la charla de Jōtarō sobre Otsū y su amor delante de desconocidos le hacía sentirse incómodo. Insistió para que fueran a un pequeño porche trasero que recibía la sombra de un enrejado de glicinas. La timidez de Otsū seguía impidiéndole hablar, y Musashi se volvió taciturno, pero Jōtarō no prestaba atención a sus estados de ánimo, y su rápida cháchara se mezclaba con el zumbido de las abejas y los moscardones.

Le interrumpió la voz del dueño del establecimiento.

—Será mejor que entréis, pues está amenazando una tormenta. Mirad qué oscuro está el cielo sobre Ishiyamadera.

El hombre se apresuró a ir de un lado a otro, quitando las persianas de paja y colocando los postigos contra la lluvia a los lados del porche. El río se había vuelto gris y las ráfagas de viento agitaban furiosamente las azules glicinas. De súbito, un relámpago rasgó el cielo y empezó a caer una lluvia torrencial.

—¡Un relámpago! —gritó Jōtarō—. El primero de este año. De prisa, Otsū, vuelve adentro o te empaparás. Rápido, sensei. Ah, la lluvia ha llegado en el momento justo. Es perfecto.

Pero si el aguacero era «perfecto» para Jōtarō, resultaba embarazoso para Musashi y Otsū, pues entrar juntos en la casa les haría sentirse como unos amantes embelesados. Musashi se quedó donde estaba, y Otsū, ruborizada, permaneció en el borde del porche, sin más protección de los elementos que las glicinas.

El hombre que sujetaba un trozo de estera de paja sobre su cabeza mientras corría bajo la intensa lluvia parecía un gran paraguas que se desplazara solo. Se apresuró a resguardarse bajo los aleros del portal de un santuario, se alisó el pelo húmedo y

enmarañado y miró con expresión inquisitiva las nubes, que se movían velozmente.

—Lo mismo que a mediados del verano —rezongó.

El fragor de la lluvia ahogaba todos los demás sonidos, pero el súbito resplandor de un relámpago le hizo llevarse las manos a los oídos. Matahachi se agachó temeroso cerca de una estatua del dios del trueno, que se alzaba al lado del portal.

La lluvia cesó con tanta brusquedad como había comenzado. Las negras nubes se separaron, la luz del sol penetró entre ellas y antes de que hubiera transcurrido mucho tiempo la calle retornó a la normalidad. Desde algún lugar distante el sonido de un shamisen llegaba a los oídos de Matahachi. Cuando se disponía a reanudar su camino, una mujer vestida de geisha cruzó la calle y se dirigió a él.

—Te llamas Matahachi, ¿no es cierto? —le preguntó.

—Así es —respondió él con suspicacia—. ¿Cómo lo sabías?

—Un amigo tuyo está en nuestro establecimiento. Te ha visto desde la ventana y me ha dicho que te llame.

Matahachi miró a su alrededor y vio que en la vecindad había varios burdeles. Titubeó, pero la mujer le apremió para que fuera al suyo.

—Si tienes otras cosas que hacer, no es necesario que te quedes mucho tiempo —le dijo.

En cuanto entró, las muchachas prácticamente se abalanzaron sobre él, le secaron los pies con trapos, le quitaron el kimono mojado e insistieron en que subiera al salón superior. Cuando preguntó quién era aquel amigo, ellas se rieron y respondieron que lo descubriría en seguida.

—Bien —dijo Matahachi—, he estado bajo la lluvia, así que me quedaré hasta que mi ropa esté seca, pero no intentéis retenerme más. Un hombre me está esperando en el puente de Seta.

Entre muchas risitas, las mujeres le prometieron que podría marcharse cuando quisiera, al tiempo que casi le empujaban escaleras arriba.

En el umbral de la sala le saludó la voz de un hombre.

—¡Vaya, vaya, pero si es mi amigo Inugami Seinen. Por un momento Matahachi creyó que le habían confundido con otro, pero cuando miró a quien había hablado, su rostro le pareció vagamente familiar.

—¿Quién eres? —preguntó.

—¿Te has olvidado de Sasaki Kojirō?

—No —se apresuró a decir Matahachi—. Pero ¿por qué me llamas Inugami? Me llamo Hon'iden, Hon'iden Matahachi.

—Lo sé, pero siempre te recordaré tal como te vi aquella noche en la avenida Gojō, haciendo muecas a una jauría de chuchos extraviados. Creo que Inugami, el dios de los perros, es un buen nombre para ti.

—¡Basta! Eso no es cosa de broma. Aquella noche lo pasé fatal, gracias a ti.

—No lo dudo. La verdad es que te he mandado llamar porque quiero hacerte un favor para cambiar. Pasa y siéntate. Servidle sake, muchachas.

—No puedo quedarme, pues tengo una cita en Seta y esta noche no puedo emborracharme.

—¿A quién vas a ver?

—A un hombre llamado Miyamoto Musashi. Es un amigo de la infancia y...

—¿Miyamoto Musashi? ¿Quedaste citado con él cuando estabais en la posada del puerto de montaña?

—¿Cómo lo has sabido?

—Verás, lo sé todo de ti, así como de Musashi. Encontré a tu madre... Osugi, ¿verdad?, en el templo del monte Hiei, y me contó todas las penalidades que ha sufrido.

—¿Has hablado con mi madre?

—Sí, es una mujer espléndida. La admiro, al igual que todos los sacerdotes del monte Hiei. Traté de animarla un poco. —Enjuagó su taza en un cuenco de agua y la ofreció a Matahachi, diciendo—: Toma, bebamos juntos y acabemos con nuestra vieja enemistad. No hay ningún motivo para que te preocupes por Musashi si tienes a Sasaki Kojirō a tu lado.

Matahachi rechazó la taza.

—¿Por qué no bebes?

—No puedo, he de irme.

Matahachi empezó a levantarse, pero Kojirō le cogió con fuerza de la muñeca.

—¡Siéntate!

—Pero Musashi me está esperando.

—¡No seas asno! Si atacas tú solo a Musashi, te matará en el acto.

—¡Estás completamente equivocado! Ha prometido ayudarme. Me voy con él a Edo para empezar una nueva vida.

—¿Quieres decir que confías en un hombre como Musashi?

—Sí, ya sé, mucha gente dice que no es tan bueno. Pero eso se debe a que mi madre ha ido por ahí difamándole. Está equivocada y lo ha estado desde el principio. Ahora que he hablado con él, estoy más seguro de ello que nunca. Es mi amigo y voy a aprender de él, de manera que también yo llegue a ser algo, aun cuando ya sea un poco tarde.

Kojirō se desternilló de risa y golpeó el tatami con la palma.

—¿Cómo has podido ser tan inocente? Tu madre me dijo que eres más ingenuo de lo corriente, pero que te engañe un...

—¡Eso no es cierto! Musashi es...

—¡Calla y escúchame! En primer lugar, ¿cómo se te ocurre traicionar a tu propia madre poniéndote al lado de su enemigo? Es inhumano. Incluso yo, que no tengo

nada que ver con ella, me sentí tan conmovido por esa valiente anciana que juré ayudarla en todo lo posible.

—Me tiene sin cuidado lo que pienses. Voy a reunirme con Musashi, y no intentes impedírmelo. ¡Tráeme mi kimono, muchacha! Ya debe estar seco.

Kojirō alzó sus ojos de beodo y le ordenó:

—No lo toques hasta que te lo diga. Ahora escucha, Matahachi. Si tienes intención de irte con Musashi, primero deberías hablar con tu madre.

—Me voy a Edo con Musashi. Si allí logro destacar en algo, todo el problema se resolverá por sí solo.

—Esas palabras parecen propias de Musashi. De hecho, apostaría a que él las ha puesto en tu boca. Sea como fuere, aguarda hasta mañana e iré contigo en busca de tu madre. Tienes que escuchar su opinión antes de hacer nada. Entretanto, divirtámonos. Te guste o no, vas a quedarte aquí y beber conmigo.

Puesto que estaban en un burdel y Kojirō era el cliente, todas las mujeres acudieron en su ayuda, no trajeron el kimono de Matahachi y, al cabo de varios tragos, él dejó de reclamarlo.

En estado sobrio, Matahachi no estaba a la altura de Kojirō; borracho, podía ser una amenaza. Cuando el día se diluyó en la noche, estaba demostrando a todos y cada uno lo mucho que era capaz de beber, pedía más, decía todo lo que debería callarse, aireaba sus resentimientos..., en una palabra, era un completo pelmazo. Amaneció antes de que perdiera el sentido y era mediodía antes de que volviera en sí.

El sol parecía más brillante debido a la lluvia de la tarde anterior. Las palabras de Musashi resonaban en la cabeza de Matahachi, el cual deseaba vomitar hasta la última gota que había bebido. Por suerte, Kojirō dormía aún en otra habitación. Matahachi bajó sigilosamente la escalera, pidió su kimono a las mujeres y salió corriendo en dirección a Seta.

El agua fangosa y rojiza que fluía por debajo del puente estaba generosamente salpicada de flores de cerezo del Ishiyamadera. La tormenta había destrozado las enredaderas de glicinas y esparcido amarillas flores kerria por doquier.

Tras una prolongada búsqueda, Matahachi preguntó en la casa de té y le dijeron que el hombre de la vaca había esperado hasta que cerraron por la noche, y entonces se marchó a una posada. Había regresado por la mañana pero, al no encontrar a su amigo, dejó una nota atada a una rama de sauce.

La nota, que parecía una gran mariposa blanca, decía:

«Lo siento, pero no podía esperar más. Alcánzame por el camino. Te estaré buscando.»

Matahachi recorrió a paso vivo la Nakasendō, la carretera que conducía a Edo a través de Kiso, pero aún no había dado alcance a Musashi cuando llegó a Kusatsu. Después de pasar por Hikone y Toriimoto, empezó a sospechar que le había perdido

por el camino, y cuando llegó al puerto de Suribachi esperó media jornada, sin apartar los ojos de la carretera durante todo el tiempo.

Sólo cuando llegó a la carretera de Mino recordó las palabras de Kojirō.

«¿Me habrá engañado después de todo? —se preguntó—. ¿No tendría Musashi verdadera intención de ir conmigo?»

Después de volver muchas veces sobre sus pasos e investigar en los caminos laterales, finalmente avistó a Musashi en las afueras de la población de Nakatsugawa. Al principio se sintió jubiloso, pero cuando se acercó lo suficiente para ver que la persona que montaba la vaca era Otsū, los celos se apoderaron de él al instante.

«¡Qué estúpido he sido desde el día en que ese bastardo me convenció para que fuera a la batalla de Sekigahara hasta este mismo momento! —rezongó para sí mismo —. Pues bien, no puede pisotearme así eternamente. Me desquitaré de él de alguna manera... ¡y pronto!»

Las cascadas masculina y femenina

—¡Qué calor hace! —exclamó Jōtarō—. Nunca había sudado tanto en un camino de montaña. ¿Sabes dónde estamos?

—Cerca del puerto Magome —respondió Musashi—. Dicen que es el tramo más difícil de la carretera.

—De eso no sé nada, pero ya estoy harto del viaje hasta aquí. Me alegraré cuando lleguemos a Edo. Allí hay montones de gente, ¿no es cierto, Otsū?

—Así es, pero no tengo prisa por llegar. Preferiría pasar el tiempo viajando por un camino solitario como éste.

—Dices eso porque vas montada. No sentirías lo mismo si caminaras. ¡Mira! Allí hay una cascada.

—Descansemos un poco —dijo Musashi.

Los tres avanzaron por un estrecho sendero. A su alrededor, el terreno estaba cubierto de flores silvestres, todavía humedecidas por el rocío de la mañana. Llegaron a una choza abandonada sobre un risco que daba a la cascada y se detuvieron. Jōtarō ayudó a Otsū a desmontar de la vaca y luego ató el animal a un árbol.

—Mira, Musashi —dijo Otsū.

Señalaba un letrero que decía «Meoto no Taki». La razón de ese nombre, «Cascadas masculina y femenina», era fácil de entender, pues las rocas dividían las cascadas en dos secciones, la mayor de las cuales parecía muy viril y la otra pequeña y suave.

La rebalsa y los rápidos turbulentos debajo de las cascadas renovaron la energía de Jōtarō, el cual, dando brincos y bailando a partes iguales, bajó por el empinado terraplén y dijo, excitado:

—¡Aquí hay peces! —Minutos después gritó—: ¡Puedo cogerlos! Le he dado una pedrada a uno y está muerto panza arriba.

No mucho después, su voz, apenas audible por encima del estruendo de las cascadas, resonó desde otra dirección.

A la sombra de la pequeña cabaña, Musashi y Otsū estaban sentados entre innumerables arco iris minúsculos producidos por el sol al brillar sobre la hierba húmeda.

—¿Adonde habrá ido ese chico? —preguntó ella, y añadió—: Realmente es imposible dominarle.

—¿Lo crees así? Yo era mucho peor que él a su edad. Pero Matahachi era todo lo contrario, siempre se portaba muy bien. Me pregunto dónde estará. Él me preocupa mucho más que Jōtarō.

—Me alegro de que no esté aquí. Habría tenido que esconderme.

—¿Por qué? Creo que, si se lo explicamos, lo comprenderá.

—Lo dudo. Él y su madre no son como las demás personas.

—¿Estás segura de que no cambiarás de idea, Otsū?

—¿Sobre qué?

—¿No podrías llegar a Ja conclusión de que con quien quieres casarte realmente es con Matahachi?

Ella hizo una mueca de espanto.

—¡De ninguna manera! —replicó, indignada.

Sus párpados se volvieron rosados como orquídeas y se cubrió el rostro con las manos, pero el leve temblor de su blanco cuello casi parecía gritar: «¡Soy tuya y de nadie más!».

Musashi lamentó sus palabras y volvió la cabeza para mirarla. Llevaba varios días observando el efecto de la luz al incidir en su cuerpo: de noche, el resplandor fluctuante de una lámpara; por el día, los cálidos rayos del sol. Al ver su piel brillante de sudor, pensaba en la flor del loto. Separado de su camastro sólo por un tenue biombo, había inhalado el leve aroma de sus trenzas negras. Ahora el rugido del agua se fusionaba con el latido de sus venas, y sentía que era presa de un impulso poderoso.

Se levantó bruscamente y fue a un lugar soleado donde la hierba invernal todavía era alta. Se dejó caer pesadamente al suelo y suspiró.

Otsū se le acercó y se arrodilló a su lado, le rodeó las rodillas con sus brazos y ladeó el cuello para mirarle el rostro silencioso y asustado.

—¿Qué te ocurre? —le preguntó—. ¿He hecho algo que te ha molestado? Si es así, perdóname. Lo siento.

Cuanto más tenso se ponía, y más dura era la expresión de sus ojos, tanto más ella se le aferraba. Su fragancia, el calor de su cuerpo, le abrumaron.

—¡Otsū! —exclamó impetuosamente mientras la rodeaba con sus brazos musculosos y la echaba hacia atrás en la hierba.

La rudeza del abrazo dejó a la joven sin aliento. Hizo un esfuerzo para liberarse y se acurrucó al lado de Musashi.

—¡No debes hacer eso! —gritó ásperamente—. ¿Cómo has podido? Precisamente tú... —Se interrumpió, sollozando.

La ardiente pasión de Musashi se enfrió de repente al ver el dolor y el horror reflejados en los ojos de Otsū. Volvió en sí con un sobresalto.

—¿Por qué? —gritó—. ¿Por qué? —Rebosante de vergüenza y enojo, también él estaba al borde de las lágrimas.

Otsū se marchó, dejando detrás un saquito perfumado que se había desprendido de su kimono. Musashi lo contempló durante un rato, gimió y entonces inclinó la cabeza y dejó que las lágrimas de dolor y frustración cayeran sobre la hierba agostada.

Tenía la sensación de que ella le había puesto en ridículo, le había engañado, derrotado, torturado y avergonzado. ¿No era cierto que sus palabras, sus ojos, su cabello, su cuerpo le habían llamado a voces? ¿No se había esforzado por encender un fuego en su corazón y luego, cuando brotaron las llamas, había huido aterrada?

Por alguna lógica perversa, le parecía que todos sus esfuerzos para llegar a ser un hombre superior habían sido derrotados, todas sus luchas y privaciones habían perdido por completo su sentido. Con el rostro oculto en la hierba, se dijo que no había hecho nada malo, pero su conciencia no se daba por satisfecha.

Lo que la virginidad de una muchacha, que le es concedida sólo durante un breve período de su vida, significaba para ella, lo preciosa y dulce que era, nunca había pasado por la mente de Musashi.

Pero mientras aspiraba el olor de la tierra, recobró gradualmente el dominio de sí mismo. Cuando por fin se puso en pie, el fuego impetuoso había desaparecido de su mirada y la pasión estaba ausente de su rostro. Pisó el saquito perfumado y permaneció en pie, mirando fijamente el suelo, escuchando, al parecer, la voz de las montañas. Sus espesas cejas negras estaban tan juntas como lo estuvieron cuando se lanzó al combate bajo el pino de ancha copa.

El sol se ocultó detrás de una nube y el agudo chillido de un ave hendió el aire. El viento cambió de rumbo, alterando sutilmente el sonido del agua que caía.

Con el corazón palpitante como el de un gorrión asustado, Otsū observaba al afligido Musashi desde detrás de un abedul. Al darse cuenta de que le había herido profundamente, ansiaba tenerle de nuevo a su lado, pero por mucho que quisiera correr a él y rogarle su perdón, las piernas no la obedecían. Por primera vez se dio cuenta de que el hombre al que había entregado su corazón no era el dechado de virtudes masculinas que había imaginado. El descubrimiento de la bestia desnuda, la carne, la sangre y las pasiones, empañaba sus ojos de tristeza y temor.

Había empezado a huir, pero al cabo de veinte pasos su amor se impuso y la retuvo. Ahora, algo más serena, empezó a imaginar que la lujuria de Musashi era distinta de la de otros hombres. Más que cualquier otra cosa en el mundo, deseaba disculparse y asegurarle que no albergaba ningún resentimiento por lo que él había hecho.

«Aún está enfadado —se dijo, temerosa, al ver de repente que él había desaparecido—. Ah, ¿qué voy a hacer?»

Regresó nerviosa a la choza, pero allí no había más que una blanca y fría niebla y el estruendo del agua que parecía sacudir los árboles y provocar vibraciones a su alrededor.

—¡Otsū! ¡Ha sucedido algo terrible! ¡Musashi se ha arrojado al agua!

El grito frenético de Jōtarō llegó desde un promontorio que daba a la rebalsa, sólo un segundo después de que se agarrase a una enredadera de glicinas y empezara a

bajar, balanceándose de rama en rama como un mono.

Aunque Otsū no había entendido sus palabras, notó el apremio en su voz. Alzó la cabeza alarmada y empezó a bajar por el empinado sendero. Era resbaladizo, pues estaba cubierto de musgo, y la joven se aferraba a las rocas para no caer.

La figura apenas visible entre la espuma del agua y la niebla parecía una gran roca, pero en realidad era el cuerpo desnudo de Musashi. Había juntado las manos ante su rostro e inclinado la cabeza. La cascada que caía sobre él desde cincuenta pies de altura le empequeñecía.

A medio camino, Otsū se detuvo y le miró horrorizada. Al otro lado del río, Jōtarō permanecía tan atónito como ella.

—Sensei! —gritó.

—¡Musashi!

Sus gritos no llegaron a oídos de Musashi. Era como si mil dragones de plata le mordieran la cabeza y los hombros, como si los ojos de mil demonios acuáticos estallaran a su alrededor. Traicioneros remolinos le tiraban de las piernas, dispuestos a arrastrarle a la muerte. Un falso ritmo en la respiración, un salto en los latidos de su corazón, y sus talones perderían el tenue contacto con el fondo cubierto de algas, su cuerpo sería engullido por una violenta corriente contra la que le sería imposible nadar. Los pulmones y el corazón parecían ceder bajo el peso incalculable, la masa total de las montañas Magome, que caía sobre él.

Su deseo de Otsū se extinguió de muerte lenta, pues era muy afín al temperamento impetuoso sin el cual Musashi nunca habría ido a Sekigahara ni llevado a cabo ninguna de sus extraordinarias hazañas. Pero el peligro real estribaba en el hecho de que, hasta cierto punto, su adiestramiento durante tantos años era impotente contra aquel deseo, y él volvía a hundirse al nivel de una bestia salvaje y sin inteligencia. Y contra semejante enemigo, amorfo y oculto, la espada era completamente inútil. Desconcertado, perplejo, consciente de la derrota devastadora que había sufrido, rogó para que las aguas violentas pudieran hacerle volver a la senda de la disciplina.

—Sensei! Sensei! —Los gritos de Jōtarō se habían convertido en un lamento conmovedor—. ¡No debes morir! ¡Por favor, no te mueras!

También él había juntado las manos ante el pecho y tenía el rostro contorsionado, como si también soportara el peso del agua, el escozor, el dolor, el frío.

Miró al otro lado del río y de repente sintió que le abandonaban las fuerzas.

No podía entender lo que estaba haciendo Musashi, el cual parecía decidido a permanecer bajo la cascada hasta que muriese, pero Otsū... ¿dónde estaba? Jōtarō tuvo la seguridad de que se había matado arrojándose al río.

Entonces, por encima del sonido del agua, oyó la voz de Musashi. Sus palabras no eran claras. El muchacho pensó que estaba recitando un sutra, pero entonces... tal

vez se estaba haciendo a sí mismo airados reproches.

La voz estaba llena de fuerza y vida. Los anchos hombros de Musashi y su cuerpo musculoso exudaban juventud y vigor, como si su alma hubiera sido limpiada y ahora estuviera preparada para iniciar una nueva vida.

Jōtarō empezó a sentir que el peligro había pasado. Mientras la luz del sol poniente producía un arco iris por encima de las cascadas, llamó a Otsū y se atrevió a esperar que se hubiera apartado del risco al pensar que Musashi no corría verdadero peligro.

«Si ella confía en que todo va bien, no tengo por qué preocuparme —pensó—. Le conoce mejor que yo, hasta el fondo de su corazón.»

El muchacho fue dando brincos hasta la orilla del río, buscó un lugar somero, vadeó la corriente y subió a la otra orilla. Al aproximarse en silencio, vio que Otsū estaba dentro de la choza, acurrucada en el suelo y con el kimono y las espadas de Musashi apretados contra el pecho.

Jōtarō percibió que las lágrimas de Otsū, que ella no se esforzaba en absoluto por ocultar, no eran lágrimas ordinarias, y, sin comprender realmente lo que había ocurrido, supo que había sido de gran importancia para la joven. Al cabo de un par de minutos regresó silenciosamente al lugar donde yacía la vaca en la pálida hierba y se tendió a su lado.

—A este paso, nunca llegaremos a Edo —comentó.



Libro V CIELO

El rapto

Más allá del puerto de montaña, la nieve sobre el monte Koma brillaba con destellos que parecían lanzas, mientras en el monte Ontake, visible a través de los brotes levemente rojizos en los árboles, estaba diseminada en distintas partes de la ladera. La luz verdosa que anunciaba la estación primaveral parecía rielar a lo largo de la carretera y en los campos.

Otsū soñaba despierta. Jōtarō era como una planta nueva, testarudo y resistente. No le pisotearían fácilmente, no serían pocos los hombres necesarios para mantenerle doblegado. Últimamente estaba creciendo con rapidez. En ocasiones Otsū creía tener un atisbo del hombre que llegaría a ser.

Sin embargo, la línea entre el alboroto infantil y la insolencia era tenue, y aun cuando hiciera concesiones a la educación nada ortodoxa del muchacho, la conducta de éste consternaba cada vez más a Otsū. Sus exigencias, especialmente con respecto a la comida, no tenían fin. Cada vez que llegaban a un establecimiento alimenticio, Jōtarō se plantaba y se negaba a moverse hasta que ella le compraba algo.

Tras haberle comprado crujientes galletas de arroz en Suhara, Otsū aseguró que aquélla sería la última vez. Pero poco después de que reanudaran el camino, Jōtarō ya había terminado las galletas y se quejaba de hambre. La próxima discusión habría sido inevitable de no haberse detenido en una casa de té en Nezame para almorzar temprano. Cuando llegaron al próximo puerto de montaña, el muchacho volvía a estar hambriento.

—¡Mira, Otsū! En esa tienda tienen caquis secos. ¿No deberíamos comprar unos cuantos para el viaje?

Fingiendo que no le había oído, Otsū siguió adelante.

Cuando llegaron a Fukushima, en la provincia de Shinano, lugar famoso por la variedad y abundancia de sus productos alimenticios, era media tarde, más o menos la hora a la que acostumbraban merendar.

—Descansemos un poco —le pidió el chico en tono quejumbroso—. Por favor.

Ella no le hizo caso.

—¡Vamos, Otsū! Tomemos esos pastelillos de arroz envueltos en harina de soja. Los que hacen aquí son famosos. ¿No quieres probarlos?

Ahora Jōtarō sujetaba la cuerda de la vaca, por lo que a Otsū le sería difícil pasar ante la tienda sin detenerse.

—¿No has comido lo suficiente? —le preguntó, irritada.

La vaca, como en secreta alianza con Jōtarō, se detuvo y empezó a pacer la hierba de la cuneta.

—¡Muy bien! —dijo bruscamente Otsū—. Si es así como vas a actuar, me adelantaré y se lo diré a Musashi.

Cuando hizo ademán de desmontar, Jōtarō se echó a reír, sabiendo perfectamente que ella no llevaría a cabo su amenaza.

Al ver que había descubierto su farol, Otsū desmontó con resignación de la vaca y juntos entraron en el cobertizo abierto por un lado que estaba delante del local. Jōtarō pidió a gritos que les sirvieran y fue a atar la vaca.

Cuando regresó al lado de Otsū, ésta le dijo:

—No deberías haber pedido nada para mí. No tengo hambre.

—¿No quieres nada para comer?

—No. Las personas que comen demasiado se vuelven unos cerdos estúpidos.

—Ah, entonces supongo que tendré que comerme lo tuyo.

—¡Eres un desvergonzado!

El chico tenía la boca demasiado llena para poder oír. Sin embargo, al cabo de un momento hizo una pausa para colocarse la espada de madera a la espalda, donde no molestaría a su caja torácica en expansión. Siguió mascando, pero de repente se metió en la boca el último pastelillo de arroz y corrió a la salida.

—¿Ya has terminado? —le preguntó Otsū. Dejó unas monedas sobre la mesa y empezó a seguirle, pero Jōtarō dio media vuelta y la empujó rudamente al interior.

—¡Espera! —le dijo, excitado—. Acabo de ver a Matahachi.

—No es posible —dijo ella, palideciendo—. ¿Qué estaría haciendo aquí?

—No tengo la menor idea. ¿No le has visto? Lleva un sombrero de juncos y nos ha mirado directamente.

—No lo creo.

—¿Quieres que le traiga aquí y te lo demuestre?

—¡No harás semejante cosa!

—No te preocupes. Si algo sucediera, iría en busca de Musashi.

Otsū tenía el corazón desbocado, pero al comprender que cuanto más tiempo permanecieran allí, tanta mayor sería la distancia que les separara de Musashi, montó de nuevo en la vaca.

Cuando se pusieron en marcha, Jōtarō le dijo:

—No entiendo nada. Hasta que llegamos a la cascada de Magome, éramos tan amigos como es posible serlo. Desde entonces, Musashi apenas ha dicho una palabra, y tú tampoco le has hablado. ¿Qué os pasa? —Como la joven no respondía, siguió diciendo—: ¿Por qué camina delante de nosotros? ¿Por qué ahora dormimos en distintas habitaciones? ¿Es que os habéis peleado?

Otsū no podía darle una respuesta sincera, pues no había sido capaz de dársela a sí misma. ¿Trataban todos los hombres a las mujeres de la manera que Musashi la había tratado a ella, tratando abiertamente de forzarla? ¿Y por qué le había rechazado ella con tanta vehemencia? En cierto sentido, la aflicción y la confusión que experimentaba ahora eran más dolorosas que la enfermedad de la que tan

recientemente se había recuperado. La fuente del amor que la había consolado durante años se había convertido de repente en una estruendosa catarata.

El recuerdo de aquella otra cascada resonaba en sus oídos, junto con sus propios gritos de aflicción y la airada protesta de Musashi.

Podía preguntarse a sí misma si seguirían así para siempre, sin comprenderse el uno al otro, pero el hecho de que le siguiera, procurando no perderle de vista, incluso a ella le parecía ilógico. Aunque, debido a su azoramiento, se habían separado y apenas se hablaban, Musashi no mostraba signos de romper su promesa de ir con ella a Edo.

A la altura del Kōzenji doblaron por otro camino. En lo alto de la primera colina había una barrera. Otsū había oído decir que desde la batalla de Sekigahara unos agentes del gobierno examinaban a los viajeros, sobre todo mujeres, en aquel camino con gran detenimiento. Pero la carta de presentación del señor Karasumaru actuó como un ensalmo y les dejaron pasar sin dificultad el punto de control.

Cuando llegaron a la última casa de té en el extremo de la barrera, Jōtarō preguntó:

—Dime, Otsū, ¿qué significa Fugen?

—¿Fugen?

—Sí. Antes, al pasar ante una casa de té, un sacerdote te ha señalado y ha dicho que te «parecías a Fugen sobre una vaca». ¿Qué significa eso?

—Supongo que se refería al bodhisattva Fugen.

—Ése es el bodhisattva que monta un elefante, ¿no es cierto? En ese caso, yo debo de ser el bodhisattva Monju, porque siempre van juntos.

—Un Monju muy glotón, diría yo.

—¡Lo bastante bueno para una Fugen llorona!

—¡Ah, tenías que decir eso!

—¿Por qué Fugen y Monju van siempre juntos? No son un hombre y una mujer.

Intencionadamente o no, el chico volvía a rondar la verdad de lo ocurrido entre ella y Musashi. Como había oído hablar mucho de aquellas cosas cuando vivía en el Shippōji, Otsū podría haberle respondido con cierto detalle, pero se limitó a decirle que Monju representa la sabiduría y Fugen la conducta abnegada.

—¡Alto!

La voz era de Matahachi y había surgido detrás de ellos.

Llena de repulsión, Otsū se dijo: «¡Ese cobarde!». Se volvió hacia él y le miró fríamente.

Matahachi le devolvió una mirada furibunda, sus sentimientos más confusos que nunca. En Nakatsugawa habían sido puros celos, pero siguió espiando a Musashi y Otsū. Cuando vio que se separaban, lo interpretó como un intento de engañar a la gente e imaginó toda suerte de actos escandalosos cuando estaban solos.

—¡Desmonta! —le ordenó.

Otsū miró fijamente la cabeza de la vaca, incapaz de hablar. Sus sentimientos hacia él se habían decantado de una vez por todas, y eran de odio y desprecio.

—¡Vamos, mujer, baja de ahí!

Aunque ardía de indignación, ella le habló fríamente.

—¿Por qué? No tengo nada que ver contigo.

—¿Ah, sí? —gruñó él en tono amenazante, cogiéndola de la manga—. Puede que no tengas nada que ver conmigo, pero yo sí tengo que ver contigo. ¡Baja!

Jōtarō soltó la cuerda y gritó:

—¡Déjala en paz! Si no quiere bajar, ¿por qué ha de hacerlo? —Se abalanzó contra Matahachi con los brazos extendidos y le golpeó en el pecho.

—¿Qué crees que estás haciendo, pequeño bastardo? —Matahachi recuperó el equilibrio y alzó los hombros en actitud amenazante—. Creo que he visto tu fea cara en alguna parte. Eres el vagabundo de la casa de té de Kitano.

—Sí, y ahora sé por qué te emborrachabas. Vivías con una zorra y no tenías redaños para enfrentarte a ella. ¿No es ésa la verdad?

Jōtarō no podría haber tocado una fibra más sensible.

—¡Enano engreído! —gritó, tratando de agarrarle por el cuello del kimono, pero Jōtarō le esquivó y corrió al otro lado de la vaca.

—Si yo soy un enano engreído, ¿qué eres tú? ¡Un patán engreído! ¡Temeroso de una mujer!

Matahachi corrió alrededor de la vaca en pos del chico, pero éste se deslizó bajo el vientre del animal y salió al otro lado. Esto se repitió tres o cuatro veces antes de que Matahachi lograra por fin agarrarle el cuello del kimono.

—Muy bien, ahora repite eso una vez más.

—¡Patán engreído! ¡Temeroso de una mujer!

Jōtarō sólo había desenvainado a medias su espada de madera cuando Matahachi le hizo volar por encima del camino hasta un bosquecillo de bambúes. El chico cayó de espaldas en un arroyuelo, aturdido, casi inconsciente.

Cuando se recuperó lo suficiente para arrastrarse como una anguila hasta el camino, ya era demasiado tarde. La vaca se alejaba pesadamente a paso largo, Otsū todavía montada en su lomo y Matahachi corriendo delante con la cuerda en la mano.

—¡Bastardo! —gimió Jōtarō, irritado por su propia impotencia. Demasiado aturdido para levantarse, permaneció allí tendido, rabiando y maldiciendo.

Como a una milla de allí, sobre un cerro, Musashi daba un descanso a sus pies fatigados y se preguntaba ociosamente si las nubes se movían o si, como parecía, estaban suspendidas permanentemente entre el monte Koma y las anchas estribaciones por debajo.

Tuvo un sobresalto, como si se hubiera producido alguna comunicación silenciosa, sacudió sus miembros y se puso en pie.

La verdad es que no hacía más que pensar en Otsū, y cuanto más pensaba tanto más intenso era su enojo. En la rebalsa bajo las cascadas se había desprendido de la vergüenza y el resentimiento, pero a medida que pasaban los días las dudas le acosaban con insistencia. ¿Había actuado mal al revelarle su pasión? ¿Por qué le había rechazado ella, apartándose de él como si le despreciara?

—Déjala atrás —dijo en voz alta.

Sin embargo, sabía que se engañaba a sí mismo. Le había dicho que cuando llegaran a Edo, ella podría estudiar lo que más le conviniera mientras que él seguiría su propio camino. Esto llevaba implícita una promesa para el futuro más lejano. Se había marchado de Kyoto con ella y tenía la responsabilidad de permanecer a su lado.

«¿Qué me ocurrirá? ¿Qué será de mi espada si vivimos juntos?» Alzó los ojos a la montaña y se mordió la lengua, avergonzado de su mezquindad. Contemplar el gran pico era humillante.

Le intrigaba por qué tardaban tanto en llegar. Se puso en pie y miró a su alrededor. Podía ver una gran extensión de bosque, pero no había rastro de ninguna persona.

«¿Los habrán retenido en la barrera?»

El sol no tardaría en ponerse. Deberían haber llegado mucho tiempo atrás.

De repente se sintió alarmado. Algo debía de haberles sucedido. En un abrir y cerrar de ojos, bajó por la ladera corriendo con tanta rapidez que los animales en los campos se escabulleron en todas direcciones.

El guerrero de Kiso

Musashi no había llegado muy lejos en su carrera cuando un viajero le llamó.

—Eh, ¿no eras tú quien estaba antes con una joven y un muchacho?

Musashi se detuvo en seco.

—El mismo —respondió con el corazón en un puño—. ¿Les ha ocurrido algo?

Al parecer, Musashi era la única persona que no se había enterado del suceso que era la comidilla a lo largo de la carretera. Un hombre joven se había acercado a la muchacha...; la había raptado. Le habían visto azotando a la vaca..., conduciéndola por un camino lateral cerca de la barrera. El viajero apenas había terminado de contarle el suceso cuando Musashi reanudó su camino.

Corriendo a toda velocidad, todavía tardó una hora en llegar a la barrera, la cual había sido cerrada a las seis, y con ella las casas de té a cada lado. Presa de un evidente frenesí, Musashi se acercó a un viejo que estaba amontonando taburetes delante de su establecimiento.

—¿Qué sucede, señor? ¿Has olvidado algo?

—No. Estoy buscando a una joven y un chico que pasaron por aquí hace unas horas.

—¿Sería la muchacha que se parecía a Fugen en una vaca?

—¡Ella es! —respondió Musashi sin pensar—. Me han dicho que un rōnin se la llevó a alguna parte. ¿Sabes qué dirección tomaron?

—La verdad es que no he visto personalmente lo ocurrido, pero he oído decir que abandonaron la carretera principal a la altura del túmulo, o sea que iban en dirección al estanque de Nobu.

Musashi no podía imaginar quién habría raptado a Otsū ni por qué motivo. El nombre de Matahachi no cruzó por su mente. Suponía que podía tratarse de un rōnin inútil, como los que había conocido en Nara, o tal vez uno de los saqueadores de los que se decía que merodeaban alrededor de los bosques. Su única esperanza era que se tratase de un delincuente de poca monta en vez de uno de los canallas cuyo negocio consistía en raptar y vender mujeres, de las que sin duda abusaban en ocasiones.

Corrió mucho en busca del estanque de Nobu. Cuando se puso el sol, apenas podía ver a dos palmos de su cara, a pesar de que las estrellas brillaban en lo alto. El camino empezó a ascender, y Musashi supuso que estaba entrando en las estribaciones del monte Koma.

Al no ver nada que se pareciera a un estanque y temiendo que se hubiera equivocado de camino, se detuvo y miró a su alrededor. En el vasto mar de negrura pudo discernir una granja solitaria, una protección de árboles contra el viento y, por encima de ellos, la oscura montaña.

Cuando se acercó más, vio que la casa era grande y de construcción maciza,

aunque en el tejado de paja crecía el musgo y la misma paja se estaba pudriendo. En el exterior había una luz, que tanto podía ser de una antorcha como de una fogata, y cerca de la cocina una vaca con manchas. Estaba seguro de que era el animal que montaba Otsū.

Se aproximó sigilosamente, manteniéndose en las sombras, y cuando estuvo lo bastante cerca para ver la cocina, oyó una voz masculina procedente de un cobertizo al otro lado de unos montones de paja y leña.

—Deja de trabajar, madre —decía el hombre—. Siempre te quejas de que tienes la vista mal, pero sigues trabajando prácticamente a oscuras.

En la habitación del hogar, al lado de la cocina, el fuego estaba encendido, y Musashi creyó oír el sonido de una rueca. Al cabo de un momento cesó el sonido, y oyó que alguien se movía.

El hombre salió del cobertizo y cerró la puerta tras él.

—Volveré en cuanto me haya lavado los pies —dijo—. Puedes ir preparando la cena.

Dejó sus sandalias sobre una roca al lado del arroyo que se deslizaba por detrás de la cocina. Mientras estaba sentado y movía los pies en el agua, la vaca acercó la cabeza a su hombro. Él le restregó el morro.

—Ven un momento, madre —dijo el hombre—. Hoy he encontrado algo sorprendente. ¿Qué crees que es?... Una vaca, y muy hermosa, por cierto.

Musashi cruzó cautelosamente por delante de la puerta principal. Agazapándose sobre una piedra debajo de una ventana, miró el interior de la casa: era la sala del hogar. El primer objeto que vio era una lanza que colgaba de un armero ennegrecido en lo alto de la pared, una buena arma que había sido pulimentada y tratada con esmero. En el cuero de su funda brillaban tenuemente unos fragmentos de oro engastados. Musashi estaba perplejo, pues no era aquello algo que se encontrara generalmente en una granja. A los campesinos les estaba prohibido poseer armas, aunque pudieran costearlas.

El hombre apareció un momento a la luz del fuego exterior. A Musashi le bastó un vistazo para comprender que no era un campesino ordinario. Tenía los ojos demasiado vivos, siempre avizor. Vestía un kimono de faena que le llegaba a las rodillas y unas polainas manchadas de barro. Su cara era redondeada, y se ataba atrás el espeso cabello con dos o tres trozos de paja. Aunque de baja estatura, era ancho de pecho y musculoso. Caminaba con pasos firmes y decididos.

Empezó a salir humo por la ventana. Musashi alzó la manga para cubrirse el rostro, pero fue demasiado tarde. Inhaló el humo y tosió sin poder evitarlo.

—¿Quién está ahí? —preguntó la anciana desde la cocina. Entró en la sala del hogar y dijo—: Gonnosuke, ¿has cerrado el cobertizo? Parece ser que anda por ahí un ladrón de mijo. Le he oído toser.

Musashi se apartó de la ventana y se escondió entre los árboles.

—¿Dónde? —gritó Gonnosuke. Estaba detrás de la casa y se apresuró a entrar.

La anciana se asomó a la pequeña ventana.

—Debe de estar por aquí. Le he oído toser.

—¿Estás segura de que no te ha engañado el oído?

—Mi oído está bien y estoy segura de que he visto una cara en la ventana. El humo del fuego debe de haberle hecho toser.

Gonnosuke avanzó quince o veinte pasos con lentitud y suspicacia, mirando a derecha e izquierda, como un centinela que vigilara una fortaleza.

—Puede que tengas razón —dijo entonces—. Creo que noto el olor de un ser humano.

Dejándose guiar por la expresión de los ojos de Gonnosuke, Musashi esperó su oportunidad. Había algo en la postura del hombre que invitaba a la cautela. Parecía ligeramente inclinado hacia adelante desde la cintura. Musashi no podía discernir qué clase de arma empuñaba, pero cuando el hombre se volvió vio que tenía un garrote de cuatro pies a la espalda. No era un palo ordinario, pues presentaba la pátina de un arma muy usada y parecía parte integral del cuerpo de su portador. Musashi comprendió que éste lo tenía siempre a mano y sabía exactamente cómo usarlo.

Salió de su escondite y gritó:

—¡Tú, quienquiera que seas! ¡He venido a por mis compañeros!

Gonnosuke le miró ferozmente y en silencio.

—Devuélveme a la mujer y el chico que raptaste en la carretera. Si no han sufrido daño alguno, dejaremos las cosas así. Pero si están lesionados, ya puedes prepararte.

La nieve fundida que alimentaba los arroyos en aquella zona daba a la brisa una frialdad cortante que de alguna manera realzaba el silencio.

—¡Entrégamelos ahora mismo!

La voz de Musashi era más cortante que el viento.

Gonnosuke sujetaba el bastón con lo que se llamaba una presa invertida. Con el pelo en punta como un erizo, se enderezó cuan largo era y gritó:

—¡Oye, mierda de caballo! ¿A quién estás llamando secuestrador?

—¡A ti! Debes de haber visto al chico y la mujer sin protección, así que los has raptado y traído aquí. ¡Sácalos!

El bastón partió del costado de Gonnosuke con un movimiento tan rápido que Musashi no pudo saber dónde terminaba el brazo del hombre y empezaba el arma.

Musashi saltó a un lado.

—No hagas nada que luego puedas lamentar —le advirtió, y entonces se retiró varios pasos.

—¿Quién te crees que eres, loco bastardo?

Mientras Gonnosuke le daba su áspera réplica, volvía a ponerse rápidamente en

acción, decidido a no conceder a Musashi un momento de reposo. Cuando éste se movió diez pasos, cubrió la misma distancia de manera simultánea.

Por dos veces Musashi empezó a llevar la mano derecha a la empuñadura de su espada, pero en ambas ocasiones se detuvo. Durante el instante en que cogiera el arma su codo estaría expuesto. Había visto la rapidez del bastón de Gonnosuke y sabía que él no tendría tiempo para completar el movimiento. Comprendió también que si subestimaba a su robusto contrario, se vería en apuros, y si no conservaba la calma, incluso aspirar aire podría ponerle en peligro.

Musashi aún tenía que evaluar a su enemigo, el cual mantenía ahora piernas y torso en una espléndida postura del tipo «perfecto-indestructible». Musashi ya había empezado a darse cuenta de que aquel campesino poseía una técnica superior a la de cualquier espadachín experto que hubiera conocido hasta entonces, y la expresión de sus ojos sugería que había dominado aquel Camino en cuya búsqueda él tanto empeño ponía.

Pero tuvo poco tiempo para la evaluación. Un golpe siguió a otro sin solución de continuidad, al tiempo que las maldiciones brotaban de los labios de Gonnosuke. Éste a veces utilizaba ambas manos, otras veces una sola, ejecutando con fluida destreza el golpe por encima de la cabeza, el golpe lateral, el empuje y el desplazamiento. Una espada, dividida nítidamente en hoja y empuñadura, tiene una sola punta, mientras que cualquiera de los extremos de un bastón se puede aplicar letalmente. Gonnosuke blandía el suyo con la misma agilidad con que un confitero maneja la arropía: unas veces era largo, otras corto, ahora invisible, luego alto, más tarde bajo...; parecía estar en todas partes al mismo tiempo.

Desde la ventana, la mujer instaba a su hijo a que tuviera cuidado.

—¡Gonnosuke! ¡No parece un samurai ordinario!

La anciana parecía tan implicada en la lucha como lo estaba el contrincante de Musashi.

—¡No te preocupes! —Saber que ella estaba mirando pareció elevar todavía más el espíritu de lucha de Gonnosuke.

En aquel momento, Musashi se agachó para esquivar un golpe dirigido a su hombro y, con el mismo movimiento, se deslizó hacia Gonnosuke y le agarró la muñeca. Un instante después, el campesino estaba tendido boca arriba y pateando a las estrellas.

—¡Espera! —gritó la madre, rompiendo la celosía de la ventana en su excitación. Tenía los pelos de punta. Ver a su hijo derribado había sido para ella como ser alcanzada por un rayo.

La desencajada expresión de su rostro evitó que Musashi diera el siguiente paso lógico, que habría sido desenvainar la espada y acabar con Gonnosuke.

—De acuerdo, esperaré —le gritó, poniéndose a horcajadas sobre el pecho de

Gonnosuke e inmovilizándole en el suelo.

Gonnosuke se debatía valientemente, tratando de liberarse. Sus piernas, que Musashi no podía dominar, volaban y luego chocaban contra el suelo mientras arqueaba la espalda. Musashi tenía que emplear todas sus fuerzas para mantenerle tendido.

La madre cruzó corriendo la puerta de la cocina, al tiempo que vituperaba a su hijo:

—¡Mírate! ¿Cómo te has metido en semejante apuro? —Pero añadió—: No abandones. Estoy aquí para ayudarte.

Puesto que había pedido a Musashi que esperase, él creía que iba a arrodillarse y rogarle que no matara a su hijo, pero le bastó una mirada para saber que había sufrido una triste equivocación. La mujer tenía la lanza, ahora desenfundada, detrás de ella, pero Musashi vio el destello de la hoja y notó la ardiente mirada fija en su espalda.

—¡Sucio rōnin! —gritó ella—. Haciendo presas tramposas, ¿eh? Crees que no somos más que unos campesinos estúpidos, ¿no es cierto?

Musashi no podía volverse para rechazar un ataque por detrás, debido a las contorsiones de Gonnosuke, el cual trataba de colocar a Musashi en una posición ventajosa para su madre.

—¡No te preocupes, madre! —gritó—. Lo conseguiré. No te acerques demasiado.

—Mantén la calma —le advirtió ella—. No debes dejarte vencer por gente de su clase. ¡Acuérdate de tus antepasados! Piensa en la sangre heredada del gran Kakumyō, que luchó al lado del general de Kiso.

—¡No lo olvidaré! —gritó Gonnosuke.

Apenas había pronunciado estas palabras cuando logró alzar la cabeza y clavó los dientes en el muslo de Musashi, al tiempo que soltaba el bastón y golpeaba a Musashi con ambas manos. La mujer eligió aquel momento para apuntar con la lanza la espalda de Musashi.

—¡Espera! —gritó Musashi.

Habían llegado a un punto en que sólo mediante la muerte de uno de ellos parecía posible el desenlace de la lucha. Si Musashi hubiera tenido la absoluta certeza de que al vencer podría liberar a Otsū y Jōtarō, habría seguido insistiendo. Pero ahora lo más valeroso parecía ser pedir un alto y discutir el asunto. Volvió los hombros hacia la anciana y le dijo que bajara la lanza.

—¿Qué debo hacer, hijo?

Gonnosuke seguía inmovilizado en el suelo, pero también pensaba por su cuenta. Tal vez aquel rōnin tenía alguna razón para creer que sus compañeros estaban allí. No tenía sentido arriesgarse a morir por un malentendido.

Después de que los dos combatientes se separasen, sólo fueron necesarios unos minutos para aclarar que todo era un error.

Los tres se dirigieron a la casa y el fuego crepitante. Arrodillándose al lado del hogar, la madre dijo:

—¡Qué peligroso! Y pensar que, de entrada, no había ningún motivo para luchar.

Gonnosuke se dispuso a sentarse a su lado, pero ella sacudió la cabeza.

—Antes de sentarte, lleva al samurai por toda la casa, para que vea que sus amigos no están aquí. —Entonces se dirigió a Musashi—: Quiero que mires cuidadosamente y te cerciores.

—Es una buena idea —convino Gonnosuke—. Ven conmigo, señor. Examina la casa de arriba abajo. Me desagrada ser sospechoso de rapto.

Musashi, que ya estaba sentado, declinó el ofrecimiento.

—No es necesario. Por lo que me habéis dicho, estoy seguro de que no tenéis nada que ver con el rapto. Perdonadme por haberos acusado.

—Yo he tenido en parte la culpa —dijo Gonnosuke—. Debería haber averiguado de qué estabas hablando antes de perder los estribos.

Entonces, con cierta vacilación, Musashi preguntó por la vaca, explicando que estaba seguro de que era la misma que había alquilado en Seta.

—La encontré esta tarde —replicó Gonnosuke—. Estaba en el estanque de Nobu, pescando lochas con red, y al volver a casa vi a esa vaca con una pata atascada en el barro. Allá abajo el terreno es pantanoso, y cuanto más se debatía por salir, tanto más se hundía. Estaba armando un gran escándalo, de modo que la saqué de allí. Pregunté en el vecindario, pero no parecía pertenecer a nadie, así que pensé que un ladrón debía de haberla robado, abandonándola más tarde.

—Una vaca vale la mitad de un hombre en una granja, y ésta es buena, con ubres jóvenes. —Gonnosuke se echó a reír—. Llegué a la conclusión de que el cielo debía de haberme enviado la vaca porque soy pobre y no puedo hacer nada por mi madre sin un poco de ayuda sobrenatural. No me importa devolver la vaca a su dueño, pero no sé quién es.

Musashi observó que Gonnosuke había contado lo ocurrido con la sencillez y la franqueza propias de una persona nacida y criada en el campo.

Su madre se mostró comprensiva.

—Sin duda este rōnin está preocupado por sus amigos —dijo—. Cenad y acompáñale a buscarlos. Confío en que estén en alguna parte cerca del estanque. Las colinas no son un buen lugar para los forasteros. Están llenas de bandidos, que lo roban todo, caballos, verduras, cualquier cosa. Todo esto me parece obra suya.

La brisa comenzaba como un susurro, crecía hasta convertirse en ráfagas violentas y entonces rugía entre los árboles y hacía estragos con las plantas más pequeñas.

Durante un intervalo de calma en el que pesaba como una amenaza el silencio de las estrellas, Gonnosuke alzó la antorcha y esperó a que Musashi llegara a su lado.

—Lo siento —le dijo—, pero nadie parece saber nada de ellos. Sólo hay otra casa entre aquí y el estanque. Está detrás de aquel bosque. Su propietario trabaja en el campo a tiempo parcial y luego caza. Si él no puede ayudarnos, no hay ningún sitio más donde podamos buscar.

—Gracias por la molestia que te has tomado. Ya hemos visitado más de diez casas, por lo que supongo que no hay muchas esperanzas de que anden por aquí. Si no averiguamos nada en esa próxima casa, abandonemos la búsqueda y regresemos.

Era medianoche pasada. Musashi había esperado que por lo menos encontrarían algún rastro de Jōtarō, pero nadie le había visto. Las descripciones de Otsū no habían obtenido más que miradas de incomprensión y esas largas pausas que caracterizan a los campesinos.

—Si estás preocupado por la caminata, para mí no es ningún problema. Podría pasarme toda la noche andando. ¿Son la mujer y el muchacho servidores tuyos? ¿Hermano y hermana?

—Son las personas más próximas a mí.

A cada uno le habría gustado preguntar al otro más acerca de sí mismo, pero Gonnosuke guardó silencio, avanzó uno o dos pasos y guió a Musashi a lo largo de un estrecho sendero hacia el estanque de Nobu.

Musashi sentía curiosidad por la pericia de Gonnosuke con el bastón y cómo la había adquirido, pero su sentido del decoro le impedía preguntárselo. Pensaba que su encuentro con aquel hombre se debía a un accidente y a su propia imprudencia, pero de todos modos se sentía agradecido en extremo. ¡Qué desafortunado habría sido perderse la exhibición de la deslumbrante técnica de aquel gran luchador!

Gonnosuke se detuvo y le dijo:

—Será mejor que esperes aquí. Esa gente probablemente duerme y no debemos asustarles. Iré solo y veré si puedo averiguar algo.

Señaló la casa, cuyo tejado de paja parecía casi enterrado bajo los árboles. Se oyó un susurro de bambúes acompañado por el ruido de apresuradas pisadas. Poco después, llamó fuertemente a la puerta.

Regresó pocos minutos después con una información que parecía dar a Musashi su primera pista auténtica. Había tardado cierto tiempo en hacer comprender al hombre y su mujer de qué les estaba hablando, pero finalmente la esposa le dijo algo que le había sucedido aquella tarde.

Un poco antes de la puesta del sol, cuando regresaba a su casa tras hacer la compra, la mujer había visto a un chiquillo que corría en dirección a Yabuhara, con las manos y el rostro cubiertos de barro y una larga espada de madera en el obi. Cuando ella le detuvo para preguntarle qué le ocurría, el muchacho respondió preguntándole dónde estaba el despacho del representante del shōgun. Siguió diciéndole que un mal hombre se había llevado a la persona que viajaba con él. Ella

le dijo que estaba perdiendo el tiempo, pues los funcionarios del shōgun nunca organizarían por su cuenta la búsqueda de una persona vulgar y corriente. Si se tratara de alguien grande o importante, o si tuvieran órdenes superiores, revolverían cada porción de estiércol de caballo, cada grano de arena, pero los paisanos normales no les interesaban. Además, que los salteadores de caminos raptaran a una mujer o dejaran desnudo a un viajero tras haberle robado todo no era nada extraordinario. Esa clase de cosas ocurrían por la mañana, al mediodía y de noche.

La mujer había dicho al muchacho que fuese más allá de Yabuhara, a un lugar llamado Narai. Allí, en un cruce que era fácil de ver, encontraría el almacén de un mayorista especializado en hierbas. El propietario, que se llamaba Daizō, escucharía su relato y con toda probabilidad se ofrecería para ayudarle. Al contrario que los funcionarios, Daizō no sólo simpatizaba con los débiles sino que no se pararía en barras para ayudarles si creía que su causa era justa.

Gonnosuke terminó diciendo:

—Me pareció que ese muchacho podría muy bien ser Jōtarō. ¿Qué crees tú?

—Estoy seguro de ello —dijo Musashi—. Supongo que lo mejor que podemos hacer es ir a Narai lo antes posible y buscar a ese Daizō. Te estoy muy agradecido. Por lo menos tengo una idea de lo que debo hacer.

—¿Por qué no pasas el resto de la noche en mi casa? Puedes salir por la mañana, después de haber desayunado.

—¿Podría hacer tal cosa?

—Claro. Si cruzamos el estanque de Nobu, llegaremos a casa en la mitad del tiempo que hemos tardado en llegar aquí. Le he pedido al hombre que nos dejara usar su bote y me ha dado permiso.

El estanque, que se hallaba al extremo de un corto trecho cuesta abajo, parecía una gigantesca piel de tambor. Rodeado de sauces de hojas violáceas, tendría un diámetro de mil doscientas o trescientas varas. La oscura sombra del monte Koma se reflejaba en el agua, junto con las estrellas del cielo.

Embarcaron, Musashi sostuvo la antorcha y Gonnosuke se encargó de impulsar el bote con la larga pértiga, deslizándose silenciosamente a través del estanque. Mucho más rojo que la misma antorcha era su reflejo en las tranquilas aguas.

Colmillos venenosos

Desde lejos, la antorcha y su reflejo sugerían un par de aves de fuego que sobrevolaran la serena superficie del estanque de Nobu.

—¡Viene alguien! —susurró Matahachi—. Muy bien, iremos por aquí —dijo, tirando de la cuerda con la que había atado a Otsū—. ¡Vamos!

—No voy a ir a ninguna parte —protestó Otsū, afirmando los talones en el suelo.

—¡Levántate!

La azotó en la espalda con el extremo de la cuerda, una y otra vez, pero cada golpe reforzaba la resistencia de la muchacha.

Matahachi se descorazonó.

—Vamos, mujer —le imploró—. Camina, por favor.

Al ver que mantenía su negativa a levantarse, la cólera de Matahachi se encendió de nuevo y cogió a la muchacha por el cuello del kimono.

—Vas a venir tanto si te gusta como si no.

Otsū trató de volverse hacia el estanque y gritar, pero él se apresuró a amordazarla con una toalla de manos. Finalmente logró arrastrarla hasta un pequeño santuario escondido entre los sauces.

Otsū, que ansiaba tener las manos libres para atacar a su raptor, pensó en lo maravilloso que sería ser transformada en serpiente, como la que ahora veía pintada en una placa. Estaba enrollada en un tronco de sauce y silbaba a un hombre que la maldecía.

—Hemos tenido suerte —murmuró Matahachi. Suspirando aliviado, empujó a la muchacha al interior del santuario y apoyó todo su peso en la puerta de rejas, mirando fijamente el pequeño bote que entraba en una cala a unas cuatrocientas varas de distancia.

Su jornada había sido agotadora. Cuando intentaba usar la fuerza bruta contra ella, Otsū dejaba claro que prefería morir a someterse. Incluso amenazó con suicidarse cortándose la lengua de un mordisco, y Matahachi la conocía lo bastante bien para saber que no era una amenaza gratuita. Su frustración le llevó al borde de asesinarla, pero esa idea minaba sus fuerzas y enfriaba su lujuria.

No podía comprender por qué Otsū amaba a Musashi y no a él cuando, durante tanto tiempo, había sido lo contrario. ¿Acaso las mujeres no le preferían a su antiguo amigo? ¿No había sido siempre así? ¿No se sintió Okō atraída de inmediato por él en cuanto se vieron? Claro que sí. Sólo había una explicación posible: Musashi le difamaba a sus espaldas. Al pensar en la traición del que había sido su amigo, Matahachi se puso furioso.

—¡Valiente asno estúpido y simplón estoy hecho! ¿Cómo he podido permitir que me pusiera en ridículo de ese modo? ¡Pensar que se me saltaron las lágrimas al oírle

hablar de amistad eterna, de cómo la atesoraba él! ¡Ja!

Se reprendió por haber hecho caso omiso a la advertencia de Sasaki Kojirō, la cual resonaba en sus oídos: «Confía en ese bribón de Musashi y llegará el día que lo lamentarás».

Hasta aquel día había oscilado entre el agrado y el desagrado con respecto al amigo de su infancia, pero ahora le odiaba. Y aunque no podía decirla en voz alta, una solemne plegaria por la eterna condenación de Musashi surgió de lo más profundo de su ser.

Se había convencido de que Musashi era su enemigo, nacido para frustrarle a cada paso y finalmente destruirle. «Ese maldito hipócrita —se dijo—. Me ve al cabo de tanto tiempo y se pone a predicar sobre la necesidad de ser un auténtico ser humano, me da ánimos, me dice que a partir de ahora iremos cogidos de la mano, que seremos amigos para siempre. Recuerdo cada una de sus palabras..., le veo diciendo todo eso tan sinceramente. Sólo pensar en ello me pone enfermo. Probablemente se reía para sus adentros mientras me hablaba.

—La llamada buena gente de este mundo no es más que un conjunto de farsantes como Musashi. Bien, ahora sé cómo son, ya no pueden seguir engañándome. Estudiar un montón de libros estúpidos y aguantar toda clase de penalidades sólo para convertirse en otro hipócrita es una tontería. A partir de ahora pueden llamarme lo que quieran. Aunque tenga que convertirme en un villano para hacerlo, de una manera u otra impediré que ese bastardo se haga una reputación. ¡Durante el resto de su vida me interpondré en su camino!»

Se volvió y abrió la puerta de rejas de un puntapié. Desató la mordaza de Otsū y le dijo fríamente:

—Todavía llorando, ¿eh?

Ella no le respondió.

—¡Contéstame! Responde a la pregunta que te he hecho.

Enfurecido por el silencio de la joven, dio una patada a su oscura forma en el suelo. Ella se apartó de su alcance.

—No tengo nada que decirte —replicó—. Si vas a matarme, hazlo como un hombre.

—¡No digas idioteces! He tomado una decisión. Tú y Musashi habéis arruinado mi vida, y voy a desquitarme, te lo aseguro, no me importa cuánto tarde en conseguirlo.

—Estás diciendo tonterías. Nadie te descarrió salvo tú mismo. Claro que pudiste recibir un poco de ayuda de esa mujer, Okō.

—¡Ten cuidado con lo que dices!

—¡Ah, tú y tu madre! ¿Qué le ocurre a tu familia? ¿Por qué siempre tenéis que odiar a alguien?

—¡Hablas demasiado! Lo que quiero saber es si vas a casarte conmigo o no.

—Puedo responder a esa pregunta fácilmente.

—Pues entonces respóndela.

—Tanto en esta vida como en el futuro eterno, mi corazón pertenece a un solo hombre, Miyamoto Musashi. ¿Cómo puedo interesarme por nadie más, y mucho menos por un débil como tú? ¡Te detesto!

Matahachi se echó a temblar. Soltó una risa cruel y dijo:

—Así que me detestas, ¿eh? Bien, es una lástima, porque tanto si te gusta como si no, ¡a partir de esta noche tu cuerpo es mío!

Otsū se estremeció de ira.

—Me he criado en un templo, nunca vi a mis padres. La muerte no me asusta lo más mínimo.

—¿Acaso bromeas? —gruñó él, dejándose caer a su lado y atrayéndole el rostro hacia el suyo—. ¿Quién ha hablado de muerte? Matarte no me daría ninguna satisfacción. ¡Esto es lo que voy a hacer! —Cogiéndola por el hombro y la muñeca izquierda, le clavó los dientes a través de la manga en el brazo.

Gritando y retorciéndose, ella intentó liberarse, pero Matahachi apretó más los dientes clavados en su brazo. No la soltó aun cuando la sangre se deslizaba hasta la muñeca que aferraba.

Pálida como la cera, Otsū se desmayó de dolor. Al notar la languidez de su cuerpo, él la soltó y se apresuró a abrirle la boca para asegurarse de que no se había cortado la lengua con los dientes. El rostro de la joven estaba bañado en sudor.

—¡Otsū! —exclamó quejumbroso—. ¡Perdóname!

La sacudió hasta que volvió en sí.

En cuanto ella pudo hablar, se tendió en el suelo y balbució histéricamente:

—¡Ah, me duele! ¡Cómo me duele! ¡Jōtarō! ¡Ayúdame, Jōtarō!

Matahachi, pálido y sin aliento, le dijo:

—¿Te duele? ¡Qué lástima] Incluso después de que se cure, la señal de mis dientes permanecerá ahí durante largo tiempo. ¿Qué dirá la gente cuando la vea? ¿Qué pensará Musashi? Lo dejo ahí como una marca, para que todos sepan que uno de estos días me pertenecerás. Si quieres huir, hazlo, pero esto hará que me recuerdes siempre.

En el oscuro y un tanto polvoriento santuario, sólo los sollozos de Otsū rompían el silencio.

—Deja de lloriquear, me pones nervioso. No voy a tocarte, así que cállate de una vez. ¿Quieres que te traiga agua?

Cogió una escudilla de barro del altar y empezó a salir.

Le sorprendió ver a un hombre en el exterior, que miraba hacia adentro. El inesperado visitante se dio a la fuga, pero Matahachi cruzó la puerta de un salto y le

agarró.

El hombre, un campesino que se dirigía al mercado mayorista de Shiojiri, con varios sacos de grano cargados a lomos de su caballo, cayó a los pies de Matahachi, temblando aterrorizado.

—No iba a hacer nada. Sólo oí llorar a una mujer y miré para ver qué pasaba.

—¿De veras? ¿Estás seguro? —replicó Matahachi. Su actitud era tan severa como la de un magistrado local.

—Sí, lo juro.

—En ese caso, te perdono la vida. Descarga esos sacos y ata a la mujer en el lomo del caballo. Entonces te quedarás con nosotros hasta que hayas dejado de serme útil. —Sus dedos jugueteaban amenazantes con la empuñadura de su espada.

El campesino, demasiado asustado para desobedecer, hizo lo que Matahachi le había ordenado, y los tres se pusieron en marcha.

Matahachi recogió una caña de bambú para usarla como látigo.

—Vamos a Edo y no queremos compañía, así que aléjate de la carretera principal —ordenó al campesino—. Toma un camino donde no nos tropecemos con nadie.

—Eso es muy difícil.

—¡Me tiene sin cuidado lo difícil que sea! Y no se te ocurra hacerme una mala jugada porque te parto la crisma. No te necesito especialmente, lo único que quiero es el caballo. Deberías agradecerme que te haga venir.

El oscuro sendero parecía más empinado a cada paso. Cuando llegaron a Ubagami, más o menos a la mitad del recorrido, tanto los hombres como el caballo estaban próximos a desplomarse. Bajo sus pies las nubes se ondulaban como olas. Una débil luminosidad teñía el cielo por el este.

Otsū había cabalgado durante toda la noche sin pronunciar palabra, pero cuando vio los primeros rayos del sol, dijo quedamente:

—Matahachi, por favor, deja que este hombre se marche. Devuélvele su caballo. Te prometo que no me escaparé.

Matahachi se mostró reacio, pero Otsū repitió su súplica por tercera y cuarta vez, hasta que él cedió. Cuando el campesino se alejaba, Matahachi dijo a la joven:

—Ahora camina en silencio y no intentes huir.

Ella se puso la mano sobre el brazo herido y, mordiéndose el labio, dijo:

—No lo haré. No creerás que deseo que alguien vea las marcas de tus colmillos venenosos, ¿no es cierto?

Una advertencia maternal

—Estás yendo demasiado lejos, madre —dijo Gonnosuke—. ¿No te das cuenta de que también yo estoy trastornado?

Lloraba y las palabras le salían entrecortadas.

—¡Chisss! Le despertarás. —La voz de su madre era suave pero severa. Podría estar riñendo a un niño de tres años—. Si te sientes tan mal, lo único que puedes hacer es dominarte y seguir el Camino con todo tu corazón. Llorar no te servirá de nada. Además, es indecoroso. Límpiate la cara.

—Primero prométeme que me perdonarás mi vergonzosa actuación de ayer.

—Es cierto que no pude evitar reñirte, pero supongo que, al fin y al cabo, todo es cuestión de pericia. Dicen que cuanto más tiempo pasa sin que un hombre se enfrente a un desafío, tanto más débil se vuelve. Es natural que perdieras.

—Oírte decir eso no hace más que empeorar las cosas. A pesar de tu estímulo, fui derrotado. Ahora veo que no tengo el valor ni el espíritu necesarios para ser un auténtico guerrero. Tendré que abandonar las artes marciales y conformarme con ser un campesino. Puedo hacer mucho más por ti con la azada que con el bastón.

Musashi ya se había despertado. Se enderezó, sorprendido de que el joven y su madre se hubieran tomado la escaramuza tan en serio. Él mismo ya la había relegado, considerándola un error tanto suyo como de Gonnosuke. «Qué sentido del honor», musitó mientras pasaba con sigilo a la otra habitación. Fue al extremo y miró a través de la ranura entre los paneles de la shoji.

Levemente iluminada por el sol naciente, la madre de Gonnosuke estaba sentada de espaldas al altar budista. Gonnosuke, arrodillado dócilmente ante ella, tenía la cabeza gacha y los ojos arrasados en lágrimas.

Cogiéndole por la parte trasera del cuello de su kimono, la mujer le dijo con vehemencia:

—¿Qué has dicho? ¿Qué es eso de pasarte la vida como un campesino? —Le atrajo más hacia ella, hasta que la cabeza de Gonnosuke descansó sobre sus rodillas, y siguió diciéndole en tono indignado—: Sólo una cosa me ha permitido seguir adelante en todos estos años, la esperanza de que pudiera hacer de ti un samurai y restaurar el buen nombre de nuestra familia. Por eso te hice leer aquellos libros y aprender las artes marciales. Y por eso me las he arreglado para vivir con tan poco. Y ahora..., ¡ahora dices que vas a abandonarlo todo!

También ella empezó a llorar.

—Ya que has permitido que te venciera, has de pensar en la revancha. Todavía está aquí. Cuando despierte, desafíale a otro encuentro. Es la única manera en que podrás recuperar la confianza en ti mismo.

Gonnosuke alzó la cabeza y dijo entristecido:

—Si pudiera hacer eso, madre, no me sentiría como me siento ahora.

—¿Qué te ocurre? Actúas de una manera extraña. ¿Dónde está tu espíritu?

—Anoche, cuando fui con él al estanque, mantuve los ojos abiertos en busca de una oportunidad de atacarle, pero no pude hacerlo. Me decía una y otra vez que sólo era un rōnin sin nombre. Sin embargo, al mirarle bien, mi brazo se negaba a moverse.

—Eso es porque estás pensando como un cobarde.

—¿Y qué? Mira, sé que llevo la sangre de un samurai de Kiso en mis venas. No he olvidado cómo recé ante el dios de Ontake durante veintiún días.

—¿No juraste ante el dios de Ontake que usarías tu bastón para crear tu propia escuela?

—Sí, pero supongo que he estado demasiado satisfecho de mí mismo. No he tenido en cuenta que otros hombres también saben luchar. Si soy tan inmaduro como lo demostré ayer, ¿cómo podré jamás establecer una escuela propia? Antes que vivir pobre y verte hambrienta, preferiría partir mi bastón por la mitad y olvidarme del asunto.

—Nunca habías perdido hasta ahora, y has tenido bastantes encuentros. Tal vez el dios de Ontake quiso que perdieras ayer para darte una lección. Puede que fuese un castigo por tener demasiada confianza en ti mismo. Abandonar el bastón para cuidar mejor de mí no es la manera de hacerme feliz. Cuando ese rōnin se despierte, desafíale. Si vuelves a perder, entonces será el momento de que rompas tu bastón y olvides tus ambiciones.

Musashi regresó a su habitación para pensar en lo que acababa de oír. Si Gonnosuke le desafiaba, tendría que luchar, y si luchaba, sabía que ganaría. Gonnosuke se quedaría anonadado y a su madre se le partiría el corazón. Llegó a la conclusión de que lo único que podía hacer era evitar el encuentro.

Abrió sigilosamente la puerta que daba a la terraza y salió. El sol matinal derramaba una luz blancuzca entre los árboles. En el ángulo del patio, cerca de un almacén, estaba la vaca, agradecida por la llegada de otro día y la hierba que crecía bajo sus pezuñas. Musashi se despidió en silencio del animal, se internó entre los árboles alineados para proteger a la granja del viento y siguió un camino que serpenteaba a través de los campos.

De día el monte Koma era visible desde la cima al pie. Las nubes eran innumerables, pequeñas y algodonosas, cada una de forma diferente, todas ellas impulsadas por la brisa.

«Jōtarō es joven y Otsū frágil —se dijo Musashi—. Pero hay personas que tienen en su corazón la bondad para cuidar de los jóvenes y los frágiles. Algún poder en el universo decidirá si los encuentro o no.» Su espíritu, confuso desde el día de las cascadas, había parecido en peligro de perder su rumbo. Ahora regresó al camino que debía seguir. En una mañana como aquélla, pensar solamente en Otsū y Jōtarō parecía

una falta de perspicacia, por muy importantes que fuesen para él. Debía mantener su mente en el Camino que había jurado seguir a lo largo de esta vida y en la siguiente.

Narai, donde llegó poco después del mediodía, era una comunidad próspera. Una tienda mostraba en el exterior una variedad de pieles animales. Otra se especializaba en peines de Kiso.

Con la intención de orientarse, Musashi se asomó a una tienda que vendía una medicina hecha con hiel de oso. Un letrero decía «El Gran Oso», y, en efecto, en la entrada había un oso de gran tamaño enjaulado.

El propietario, que estaba de espaldas, terminó de servirse una taza de té.

—¿Puedo ayudarte en algo? —le preguntó.

—¿Sabes dónde está la tienda de un hombre llamado Daizō?

—¿Daizō? Está en el siguiente cruce. —El hombre salió con la taza de té en la mano y señaló el camino. Vio que su aprendiz regresaba de hacer un recado y le llamó—: Mira, este caballero quiere ir a casa de Daizō. Puede que no le reconozca, por lo que será mejor que le acompañes.

El aprendiz, cuya cabeza estaba afeitada de manera que tenía un mechón de pelo delante y otro detrás, pero nada en medio, partió seguido de Musashi. Éste, agradecido por la amabilidad, reflexionó en que Daizō debía disfrutar del respeto de sus convecinos.

—Es allá —dijo el muchacho. Señaló el establecimiento a la izquierda y se marchó de inmediato.

Musashi había esperado encontrarse con una tienda como las que atendían a los viajeros, por lo que se llevó una sorpresa. El escaparate enrejado tenía dieciocho pies de longitud, y detrás de la tienda había dos almacenes. La casa, que era grande y parecía extenderse un buen trecho desde el alto muro que rodeaba el resto del recinto, tenía un portal imponente, ahora cerrado.

Con cierta vacilación, Musashi abrió la puerta y gritó:

—¡Buenos días!

El interior, grande y penumbroso, le recordó el de una destilería de sake. Debido al suelo de tierra, el aire era agradablemente fresco.

Había un hombre ante un pupitre de contable en el despacho, una habitación con un suelo elevado cubierto de tatami.

Musashi cerró la puerta tras él y explicó lo que quería. Antes de que hubiera terminado, el empleado asintió y le dijo:

—Bien, bien, así que has venido a por el chico. —Hizo una reverencia y ofreció un cojín a Musashi—. Lamento decirte que ya no está aquí. Se presentó hacia medianoche, cuando estábamos haciendo los preparativos para el viaje del dueño. Parece ser que la mujer con la que viajaba fue raptada, y quería que el dueño le ayudara a buscarla. El dueño le dijo que lo intentaría con mucho gusto, pero que no

podía garantizarle nada. Si ha sido raptada por un saqueador o un bandido de este entorno no habrá ningún problema. Pero, al parecer, fue otro viajero, y procuraría mantenerse fuera de las rutas principales.

—Esta mañana el dueño ha enviado a varios hombres para que investigaran, pero no han encontrado rastro alguno. El muchacho rompió a llorar al oírlo, por lo que el dueño le sugirió que le acompañara. Así podrían buscarla por el camino, o incluso podrían tropezarse contigo. El chico parecía muy deseoso de irse, y lo hicieron en seguida. Supongo que han transcurrido unas cuatro horas desde su partida. ¡Qué lástima que les hayas perdido!

Musashi estaba decepcionado, aunque no habría llegado a tiempo aunque hubiera salido antes y viajado con más rapidez. Se consoló pensando que siempre había un mañana.

—¿Adonde se dirige Daizō? —preguntó.

—Es difícil saberlo. Ésta no es una tienda ordinaria. Las hierbas se preparan en las montañas y las traen aquí. Dos veces al año, en primavera y otoño, los vendedores recogen aquí sus existencias y se ponen en camino. Como el dueño no está muy ocupado, hace frecuentes viajes, a veces a templos o santuarios, otras a establecimientos de aguas termales o lugares famosos por sus paisajes. Esta vez creo que irá al Zenkōji, viajará algún tiempo por Echigo y luego seguirá hasta Edo. Pero eso es sólo una corazonada. Nunca nos dice adonde va. ¿Te apetece una taza de té?

Musashi aguardó con impaciencia, incómodo en aquel entorno, mientras iban a buscar té fresco a la cocina. Cuando llegó el té, preguntó qué aspecto tenía Daizō.

—Si le vieras le reconocerías en seguida. Tiene cincuenta y dos años, es muy robusto y parece fuerte, macizo, la cara rojiza con algunas marcas de viruela. Tiene una parte calva en la sien derecha.

—¿Es alto?

—Yo diría que de estatura normal.

—¿Cómo viste?

—Ahora que lo preguntas, supongo que ésa es la mejor mañera de reconocerle. Lleva un kimono chino de algodón a rayas, que encargó especialmente a Sakai para este viaje. Es un tejido muy especial. Dudo de que nadie más lo use todavía.

Musashi se formó una impresión del carácter del hombre así como de su aspecto. Por cortesía, se quedó el tiempo suficiente para terminar el té. No podría darles alcance antes de que se pusiera el sol, pero calculó que si viajaba de noche, estaría en el puerto de Shiojiri al amanecer y podría esperarlos allí.

Cuando llegó al pie del puerto de montaña, el sol se había puesto y una niebla nocturna descendía suavemente sobre el camino. Eran los últimos días primaverales, y las luces en las casas a lo largo del camino subrayaban la soledad de las montañas. Todavía faltaban cinco millas hasta la cima del puerto. Siguió ascendiendo, sin

detenerse a descansar hasta que llegó a Inojigahara, un lugar alto y nivelado junto al puerto. Allí se tendió bajo las estrellas y dejó que su mente errara. No tardó mucho en quedarse profundamente dormido.

El diminuto santuario de Sengen señalaba el pináculo de la rocosa eminencia que se alzaba como un carbúnculo en la meseta. Era el punto más elevado en la zona de Shiojiri.

El sueño de Musashi fue interrumpido por el sonido de voces.

—Ven aquí —gritó un hombre—. Se ve el monte Fuji.

Musashi se irguió y miró a su alrededor sin ver a nadie.

La luz matinal era deslumbradora. Y allá, flotando en un mar de nubes, estaba el cono rojo del monte Fuji, llevando todavía su manto invernal de nieve. La visión hizo que aflorase a sus labios un infantil grito de alegría. Había visto pinturas de la famosa montaña y tenía una imagen mental de ella, pero aquélla era la primera vez que la veía en realidad. Estaba casi a doscientas millas de distancia, pero parecía encontrarse en el mismo nivel que el observador.

—Magnífico —suspiró, sin enjugarse las lágrimas que se deslizaban de sus ojos.

Se sintió apabullado por su propia pequeñez, entristecido al pensar en su insignificancia en la vastedad del universo. Desde su victoria en el pino de ancha copa, se había atrevido en secreto a pensar que eran pocos, o ninguno, los hombres tan bien cualificados como lo estaba él para ser considerados grandes espadachines. Su vida en la tierra era corta, limitada, pero la belleza y el esplendor del monte Fuji eran eternos. Irritado y un poco deprimido, se preguntó cómo podía dar alguna importancia a sus logros con la espada.

Había algo inevitable en la manera en que la naturaleza se alzaba majestuosa y severa por encima de él. Que él estuviera condenado a permanecer debajo era algo que pertenecía al orden de las cosas. Se arrodilló ante la montaña, confiando en que le fuese perdonada su presunción, y unió las manos para orar por el eterno descanso de su madre y por la seguridad de Otsū y Jōtarō. Expresó su agradecimiento a su país y rogó que se le permitiera llegar a ser grande, aun cuando no pudiera compartir la grandeza natural.

Pero incluso mientras estaba arrodillado, distintos pensamientos se agolparon en su mente. ¿Qué le había hecho pensar que el hombre era pequeño? ¿Acaso la misma naturaleza no era grande solamente cuando se reflejaba en los ojos humanos? ¿No existían los mismos dioses sólo cuando se comunicaban con los corazones de los mortales? Los hombres, espíritus vivos, no rocas inertes, llevaban a cabo las acciones más grandes de todas.

«Como hombre no estoy tan alejado de los dioses y el universo —se dijo—. Puedo tocarlos con mi espada de tres pies. Pero no es así cuando siento que hay una

distinción entre la naturaleza y la humanidad, mientras permanezca alejado del mundo del verdadero experto, del hombre plenamente desarrollado.»

Su contemplación fue interrumpida por la cháchara de unos mercaderes que habían trepado cerca de donde él estaba y contemplaban la montaña.

—Tenían razón. Desde aquí se ve.

—Pero no puedes inclinarte a menudo ante la montaña sagrada desde aquí.

Los viajeros se movían como hormigas en ambas direcciones, cargados con una serie caleidoscópica de equipajes. Más tarde o más temprano, Daizō o Jōtarō subirían por la cuesta. Si por azar no lograba discernirlos entre los demás viajeros, seguramente ellos verían el letrero que había colocado al pie de la cuesta: «A Daizō de Narai. Deseo verte cuando pases por aquí. Estaré esperando en el santuario de arriba. Musashi, maestro de Jōtarō».

Ahora el sol estaba muy por encima del horizonte. Musashi había estado examinando el camino como un halcón, pero no había señal alguna de Daizō. Al otro lado del puerto, el camino se dividía en tres ramales. Uno de ellos pasaba por Kōshū directamente hacia Edo. Otro, la ruta principal, cruzaba el puerto de Usui y entraba en Edo por el norte. El tercero giraba hacia las provincias del norte.

Tanto si Daizō se dirigía al norte, hacia el Zenkōji, o al este, a Edo, tendría que pasar por aquel puerto. No obstante, Musashi sabía que la gente no siempre se mueve como uno espera que lo haga. El mayorista de hierbas podría haberse apartado mucho del camino general, o tal vez estaba pasando una noche al pie de la montaña. Musashi decidió que no sería una mala idea volver allí y preguntar por Daizō.

Cuando bajaba por el sendero abierto en la ladera del risco, oyó una voz ronca y familiar que decía:

—¡Ahí está, ahí arriba!

Aquella voz despertó en seguida en su mente el recuerdo del bastón que había rozado su cuerpo dos noches antes.

—¡Baja de ahí! —gritó Gonnosuke. Bastón en mano, miró furibundo a Musashi—: ¡Huiste! Imaginaste que te desafiaría y te escapaste. ¡Baja y lucha conmigo otra vez!

Musashi se detuvo entre dos rocas, se apoyó en una de ellas y miró en silencio a Gonnosuke.

Gonnosuke entendió por esta actitud de Musashi que no iba a bajar, y dijo a su madre:

—Espera aquí. Voy a subir ahí y tumbarle. Ya verás.

—¡Detente! —le gritó su madre, que estaba a horcajadas sobre la vaca—. Eso es lo malo de ti. Eres impaciente. Has de aprender a leer los pensamientos de tu enemigo antes de lanzarte al combate. Supón que te arrojara desde ahí una gran piedra.

¿Entonces qué?

Musashi oía sus voces, pero las palabras no le llegaban con claridad. Por lo que a él respectaba, ya había ganado, pues había comprendido cómo usaba Gonnosuke su bastón. Lo que le irritaba era la amargura de madre e hijo y su deseo de venganza. Si Gonnosuke volvía a perder, se sentirían mucho más resentidos. Por su experiencia con la casa de Yoshioka, sabía que era una necedad trabar combates que conducían a una mayor hostilidad. Y luego estaba la madre de aquel hombre, en la que Musashi veía una segunda Osugi, una mujer que amaba a su hijo a ciegas y se sentiría eternamente agraviada por cualquiera que le hiciese daño.

Musashi dio media vuelta y empezó a subir.

—¡Espera!

Inmovilizado por la fuerza de la voz de aquella anciana, Musashi se detuvo y giró sobre sus talones.

La mujer desmontó y caminó hasta el pie del risco. Cuando estuvo seguro de que él la escuchaba, se arrodilló, puso ambas manos en el suelo e hizo una profunda reverencia.

—¡Buen samurai! —gritó—. Me avergüenza presentarme ante ti de esta manera. Estoy segura de que sólo sientes desdén por mi testarudez. Pero no actúo por odio, despecho o mala voluntad. Te pido que te apiades de mi hijo. Durante diez años ha practicado a solas, sin maestros, sin amigos, sin adversarios realmente dignos. Te ruego que le des otra lección en el arte de la lucha.

Musashi la escuchaba en silencio.

—Sería un oprobio ver que nos abandonas así —siguió diciendo con una voz embargada por la emoción—. La actuación de mi hijo dos días atrás fue torpe. Si no hace algo para demostrar su capacidad, ni él ni yo seremos capaces de enfrentarnos a nuestros antepasados. En estos momentos no es más que un campesino que ha perdido una pelea. Puesto que ha tenido la buena suerte de conocer a un guerrero de tu categoría, sería una vergüenza para él que no se aprovechara de la experiencia. Por eso le he traído aquí. Te imploro que escuches mi súplica y aceptes su desafío.

Finalizado su parlamento, la mujer hizo otra reverencia, casi como si rindiera culto a los pies de Musashi. Éste bajó por el camino y, al llegar a su lado, la cogió de la mano y la ayudó a montar de nuevo en la vaca.

—Coge la cuerda, Gonnosuke, y hablemos de esto mientras caminamos. Pensaré si quiero luchar contigo o no.

Musashi caminó un poco por delante de ellos y, aunque había sugerido que discutirían el asunto, no dijo una sola palabra. Gonnosuke le miraba la espalda con suspicacia, azotando de vez en cuando distraídamente las patas de la vaca con una vara. Su madre parecía inquieta y preocupada.

Cuando habían recorrido quizá una milla, Musashi soltó un gruñido y dijo:

—Lucharé contigo.

Gonnosuke soltó la cuerda.

—¿Ya estás preparado? —le preguntó. Miró a su alrededor para verificar su posición, como si estuviera dispuesto a combatir de inmediato allí mismo.

Musashi no le hizo caso y se dirigió a su madre.

—¿Estás preparada para lo peor? No hay ninguna diferencia entre un combate como éste y una lucha a muerte, aun cuando las armas no sean las mismas.

La mujer se rió por primera vez.

—No es necesario que me digas eso. Si mi hijo pierde ante un hombre más joven, como lo eres tú, entonces es mejor que abandone las artes marciales, y si hace tal cosa no tendría sentido seguir viviendo. Si las cosas salen así, no te guardaré ningún rencor.

—Si es así como sientes, de acuerdo. —Recogió la cuerda que Gonnosuke había abandonado—. Si nos quedamos en la carretera, habrá gente por medio. Atemos la vaca y luego lucharé tanto como gustes.

En medio del llano donde se encontraban había un enorme alerce. Musashi lo señaló y se dirigieron allí.

—Prepárate, Gonnosuke —dijo con calma.

Gonnosuke no necesitó que le insistiera. En un momento estuvo ante Musashi con el bastón apuntando hacia el suelo.

Musashi permanecía con las manos vacías, los brazos y hombros relajados.

—¿No vas a hacer ningún preparativo? —le preguntó Gonnosuke.

—¿Para qué?

Gonnosuke se encolerizó.

—Coge algo para luchar, lo que quieras.

—Estoy preparado.

—¿Sin arma?

—Tengo mi arma aquí —replicó Musashi, llevando la mano izquierda a la empuñadura de su espada.

—¿Luchas con una espada?

Por toda respuesta, Musashi se limitó a esbozar una sonrisa. Estaban ya en la etapa en que no podían permitirse gastar energía hablando.

La madre de Gonnosuke se había sentado debajo del alerce y parecía un Buda de piedra.

—No luchéis todavía —les dijo—. ¡Esperad!

Los dos hombres, que se miraban fijamente sin hacer el menor movimiento, no parecieron oírla. El bastón de Gonnosuke esperaba bajo su brazo la oportunidad de golpear, como si hubiera aspirado todo el aire de la meseta y estuviera a punto de exhalarlo en un gran golpe silbante. Musashi tenía la mano en la parte inferior de la

empuñadura de su espada y sus ojos parecían perforar el cuerpo de su contrario. Interiormente, el combate ya había dado comienzo, pues el ojo puede dañar a un hombre más gravemente que la espada o el bastón. Cuando el ojo ha hecho el corte inicial, la espada o el palo penetran por él sin esfuerzo.

—¡Esperad! —gritó la madre de nuevo.

—¿Qué ocurre? —le preguntó Musashi, retrocediendo de un salto cuatro o cinco pies a una posición más segura.

—¿Estás luchando con una espada real?

—Tal como yo peleo, que use una espada de madera o una real no supone la menor diferencia.

—No estoy tratando de detenerte.

—Quiero asegurarme de que lo comprendes. La espada, de madera o de acero, es absoluta. En un combate real, no hay medidas intermedias. La única manera de evitar el riesgo es huir.

—Tienes toda la razón, pero se me ha ocurrido que en un encuentro de esta importancia, deberíais anunciaros formalmente. Cada uno de vosotros se enfrenta a un contrario de una clase con la que no tendrá ocasión de luchar a menudo. Cuando la lucha haya terminado, será demasiado tarde.

—Cierto.

—Gonnosuke, di tu apellido primero.

Gonnosuke hizo una reverencia formal a Musashi.

—Se dice que nuestro antepasado remoto fue Kakumyō, que luchó bajo el estandarte del gran guerrero de Kiso, Minamoto no Yoshinaka. Después de la muerte de Yoshinaka, Kakumyō se hizo fiel del santo Hōnen, y es posible que seamos de la misma familia que él. A lo largo de los siglos, nuestros antepasados han vivido en esta zona, pero en la generación de mi padre sufrieron una deshonra que no voy a mencionar. Mi madre y yo, llenos de congoja, fuimos al santuario de Ontake y juramos por escrito que yo restauraría nuestro buen nombre siguiendo el Camino del Samurai. Ante el dios del santuario de Ontake adquirí mi técnica para usar el bastón. Lo llamo el estilo Musō, es decir, el estilo de la Visión, pues lo recibí como revelación en el santuario. La gente me llama Musō Gonnosuke.

Musashi le devolvió la reverencia.

—Mi familia desciende de Hirata Shōgen, cuya casa era una rama de los Akamatsu de Harima. Soy el hijo único de Shimmen Munisai, que vivió en el pueblo de Miyamoto en Mimasaka. He recibido el nombre de Miyamoto Musashi. No tengo parientes cercanos y he dedicado mi vida al Camino de la Espada. Si cayera ante tu bastón, no hay necesidad de que te molestes por mis restos.

Adoptó de nuevo su postura y gritó:

—¡En guardia!

La anciana parecía incapaz de respirar. Lejos de haberse visto en peligro junto con su hijo, era ella quien había hecho cuanto pudo para buscarlo, colocando expresamente a Gonnosuke ante la espada destellante de Musashi. Semejante comportamiento habría sido impensable en una madre ordinaria, pero ella estaba plenamente convencida de que había hecho lo correcto. Ahora permanecía sentada en estilo formal, los hombros ligeramente inclinados adelante y las manos colocadas una sobre la otra en sus rodillas, en una actitud remilgada. Su cuerpo daba la impresión de que era pequeño y encogido. Habría sido difícil creer que había tenido varios hijos, que los había enterrado a todos excepto uno y que había perseverado a través de innumerables dificultades para convertir en un guerrero al último superviviente.

Los ojos le brillaban, como si todos los dioses y bodhisattvas del cosmos se hubieran reunido en su persona para ser testigos del combate.

En el instante en que Musashi desenvainó, Gonnosuke sintió un escalofrío en todo su cuerpo. Percibía instintivamente que su destino, expuesto a la espada de Musashi, ya había sido decidido, pues en aquel momento veía ante él a un hombre al que no había visto antes. Dos días atrás observó a Musashi en un estado de ánimo fluido y flexible, que podría compararse con las líneas suaves y fluidas de la caligrafía en el estilo cursivo.

No estaba preparado para enfrentarse a un hombre distinto, la encarnación de la austeridad, como un carácter de escritura cuadrado, inmaculadamente escrito con cada línea y punto en su sitio.

Al darse cuenta de que había juzgado mal a su adversario, se vio incapaz de lanzarse a un ataque violento, como había hecho antes. Su bastón permaneció situado pero impotente por encima de su cabeza.

Mientras los dos hombres se enfrentaban en silencio, los restos de la niebla matinal se disiparon. Un pájaro voló con indolencia entre ellos y las nebulosas montañas a lo lejos. Entonces, de improviso, un grito hendió el aire, como si el pájaro se hubiera desplomado al suelo. Era imposible saber si el sonido procedía de la espada o del bastón. Era irreal, como el aplauso con una sola mano del que hablan los seguidores del zen.

Simultáneamente, los cuerpos de los dos luchadores, moviéndose en perfecta coordinación con sus armas, cambiaron de posición. El cambio tardó menos tiempo del que tarda una imagen en ser transmitida desde el ojo al cerebro. El golpe de Gonnosuke había fallado. Musashi había invertido a la defensiva su antebrazo y golpeado hacia arriba, desde cerca del costado de Gonnosuke hasta un punto por encima de su cabeza, y a punto estuvo de alcanzarle el hombro derecho y la sien. Entonces Musashi empleó su magistral golpe de retorno, el que había causado la aflicción de todos sus oponentes hasta entonces, pero Gonnosuke, agarrando el bastón con ambas manos cerca de los extremos, paró la espada por encima de su cabeza.

Si la hoja no hubiera entrado en contacto oblicuamente con la madera, sin duda habría partido en dos el bastón. Al cambiar de posición, Gonnosuke había dirigido el codo izquierdo adelante y alzado el codo derecho, con la intención de golpear a Musashi en el plexo solar, pero en el que debería haber sido el momento del impacto, el extremo del bastón estaba todavía una fracción de pulgada separado del cuerpo de Musashi.

Con la espada y el bastón cruzados por encima de la cabeza de Gonnosuke, ninguno de los dos podía avanzar ni retroceder. Ambos sabían que un falso movimiento significaría la muerte súbita. Aunque la posición era análoga a la de un punto muerto en que las espadas están trabadas por las guardas, Musashi era consciente de las importantes diferencias que existen entre una espada y un bastón. Evidentemente, un bastón no tiene guarda ni hoja ni empuñadura ni punta. Pero en las manos de un experto como Gonnosuke, cualquier parte del arma de cuatro pies de longitud podía ser hoja, punta o empuñadura. Así pues, el bastón era mucho más versátil que la espada, e incluso podía ser usado como una lanza corta.

Incapaz de predecir la reacción de Gonnosuke, Musashi no podía retirar su arma. Por otro lado, Gonnosuke se encontraba en una posición aún más peligrosa: su arma jugaba el papel pasivo de parar la hoja de Musashi. Si permitía que su espíritu flaqueara un solo instante, la espada le abriría la cabeza.

Gonnosuke palideció, se mordió el labio inferior y un sudor oleoso brilló alrededor de las comisuras vueltas hacia arriba de sus ojos. Mientras las armas cruzadas empezaban a oscilar, su respiración se hacía más pesada.

—¡Gonnosuke! —gritó su madre, más pálida que él. Alzó el torso y se dio una palmada en la cadera—. ¡Tienes la cadera demasiado alta! —gritó, y entonces cayó hacia adelante.

Pareció como si hubiera perdido el sentido. Su voz había sonado como si estuviera escupiendo sangre.

Había parecido que la espada y el bastón permanecerían trabados hasta que los luchadores se convirtieran en piedra. Al oír el grito de la anciana, se separaron con una fuerza más estremecedora que la que un momento antes les había llevado a trabarse.

Musashi golpeó el suelo con los talones, saltó hacia atrás una distancia de siete pies. El bastón de Gonnosuke cubrió de inmediato el espacio que había ocupado Musashi, el cual apenas había tenido tiempo de esquivarlo.

Frustrado su ataque letal, Gonnosuke perdió el equilibrio y cayó hacia adelante, exponiendo la espalda. Musashi se movió con la rapidez de un halcón peregrino y un delgado destello luminoso entró en contacto con los músculos dorsales de su adversario, el cual, con el balido de una ternera aterrada, cayó de bruces en el suelo. Musashi se sentó pesadamente en la hierba, llevándose una mano al estómago.

—¡Abandono! —gritó.

Gonnosuke no emitía sonido alguno. La madre, demasiado anonadada para poder hablar, miraba sin comprender la forma postrada de su hijo.

—He usado el canto de la espada —le dijo Musashi, volviéndose a ella. Como la mujer no parecía comprender, añadió—: Dale un poco de agua. No está malherido.

—¿Qué? —gritó ella, incrédula.

Al ver que no había sangre en el cuerpo de su hijo, se tambaleó hasta llegar a él y le abrazó. Le llamó por su nombre, le ofreció agua y le sacudió hasta hacerle volver en sí.

Gonnosuke miró unos momentos a Musashi con expresión vacía, y luego fue hacia él y se inclinó tocando el suelo con la frente.

—Lo siento —se limitó a decirle—. Eres demasiado bueno para mí.

Como si saliera de un trance, Musashi le cogió la mano y dijo:

—¿Por qué dices eso? No eres tú quien ha perdido, sino yo. —Se abrió la parte delantera del kimono—. Mira esto. —Señaló una mancha roja donde el bastón le había alcanzado—. Sólo un poco más y me habrías matado.

La voz le temblaba al hablar, pues lo cierto era que no sabía cuándo ni cómo había recibido el golpe.

Gonnosuke y su madre miraron la mancha roja pero no dijeron nada.

Musashi cerró su kimono y preguntó a la anciana por qué había prevenido a su hijo acerca de sus caderas. ¿Había observado algo defectuoso o peligroso en su postura?

—Bueno, no soy experta en estas cosas, pero mientras le veía emplear toda su fuerza para tener tu espada a raya, me pareció que estaba perdiendo una oportunidad. No podía avanzar ni retroceder, y estaba demasiado excitado. Pero vi que si se limitaba a bajar las caderas, manteniendo las manos como estaban, el extremo del bastón te golpearía naturalmente el pecho. Todo ocurrió en un instante. En aquel momento, yo no era realmente consciente de lo que decía.

Musashi asintió, considerándose afortunado por haber recibido una lección útil sin tener que pagarla con su vida. Gonnosuke escuchó reverentemente. Sin duda también había aprendido algo. Lo que acababa de experimentar no era una revelación efímera sino un viaje al límite entre la vida y la muerte. Su madre, al percibir que estaba al borde del desastre, le había dado una lección de supervivencia.

En años posteriores, cuando Gonnosuke estableció su propio estilo y llegó a ser muy célebre, recordaba la técnica que su madre descubrió en aquella ocasión. Aunque escribió con detalle sobre la abnegación de su madre y su encuentro con Musashi, se abstuvo de decir que había ganado. Al contrario, durante el resto de su vida dijo a la gente que había perdido y que la derrota había constituido una lección inapreciable para él.

Tras despedirse de madre e hijo, Musashi emprendió el viaje desde Inojigahara a Kamisuwa, sin saber que le estaba siguiendo un samurai que preguntaba a todos los mozos de caballos, así como a otros viajeros, si habían visto a Musashi por el camino.

Una aventura amorosa de una sola noche

La herida de Musashi era dolorosa, por lo que en vez de detenerse en Kamisuwa para preguntar por Otsū y Jōtarō, siguió adelante, hacia los baños termales de Shimosuwa. Esta ciudad, a orillas del lago Suwa, era de considerable tamaño, y sólo las casas de los ciudadanos ordinarios pasaban del millar.

En la posada, designada para el uso del daimyō, el baño tenía la protección de un tejado, pero por lo demás las charcas situadas a lo largo del camino estaban al aire libre y al alcance de todo el que quisiera usarlas.

Musashi colgó de un árbol sus ropas y las espadas y penetró en el agua humeante. Mientras se masajeaba la hinchazón en el lado derecho del abdomen, apoyó la cabeza en una roca al borde de la charca, cerró los ojos y saboreó una adormecedora y placentera sensación de bienestar. El sol empezaba a ponerse y una bruma rojiza se alzaba de la superficie del lago, que divisaba entre las casas de los pescadores a lo largo de la orilla.

Entre la charca y la carretera, por donde discurría en ambas direcciones el habitual y ruidoso tránsito de personas y caballos, había un par de pequeñas parcelas cultivadas. En un comercio de aceite de candil y artículos varios un samurai estaba comprando unas sandalias de paja. Tras seleccionar un par adecuado, se sentó en un taburete, se quitó las sandalias viejas y se calzó las nuevas.

—Debes de haberlo oído contar —le dijo al tendero—. Ocurrió bajo el gran pino de Ichijōji, cerca de Kyoto. Ese rōnin atacó él solo a la casa de Yoshioka en peso y luchó con un espíritu del que ya no se suele oír hablar. No me cabe duda de que ha pasado por aquí. ¿Estás seguro de que no le has visto?

A pesar de su vehemencia, el samurai parecía saber muy poco sobre el hombre que estaba buscando. Desde luego, desconocía su edad e ignoraba cómo podría vestir. Decepcionado al recibir una respuesta negativa, repitió dos o tres veces: «Debo encontrarle de alguna manera» antes de que terminara de atarse las sandalias.

El samurai frisaba los cuarenta años, vestía bien y tenía la piel atezada de quien viaja bajo el sol. El pelo de las sienes le sobresalía alrededor de los cordones de su sombrero de juncos, y la expresión de tenacidad en su semblante armonizaba con su porte viril. Musashi sospechó que tenía en el cuerpo las señales y callos que produce el uso de la armadura. «No recuerdo haberle visto antes —pensó—. Pero si va por ahí hablando de la escuela Yoshioka, tal vez sea uno de sus alumnos. La escuela contaba con tantos que algunos deben de tener agallas. Quizá estén incubando otra conspiración para vengarse.»

Después de que aquel hombre se marchara de la tienda, Musashi se secó y vistió, creyendo que había pasado el peligro. Pero cuando echó a andar por la carretera, casi tropezó con él.

El samurai hizo una reverencia y, mirándole fijamente a la cara, le preguntó:

—¿No eres tú Miyamoto Musashi?

Musashi asintió, y el samurai, haciendo caso omiso de su expresión suspicaz, le dijo: «Lo sabía». Tras dedicar una alabanza a su propia perspicacia, siguió diciendo en un tono de familiaridad:

—No puedes imaginar cuánto me alegra encontrarte por fin. Tenía el presentimiento de que tropezaría contigo en alguna parte a lo largo del camino. —Sin detenerse para dar a Musashi la oportunidad de hablar, le instó a que pernoctara en la misma posada donde se alojaría él—. Te aseguro que no has de preocuparte en absoluto por mí. Modestia aparte, mi categoría es tan alta que normalmente viajo con una docena de asistentes y caballos de refresco. Estoy al servicio de Date Masamune, el señor del castillo de Aoba en Mutsu. Me llamo Ishimoda Geki.

Cuando Musashi aceptó pasivamente la invitación, Geki decidió que se alojarían en la posada para el daimyō y le llevó allí.

—¿Qué te parece un baño? —le preguntó—. Claro que acabas de dártelo. Bueno, ponte cómodo mientras yo hago lo mismo. Volveré en seguida.

Se quitó las ropas de viaje, cogió una toalla y salió de la habitación.

A pesar de que era una persona encantadora, los interrogantes se sucedían en la mente de Musashi. ¿Por qué le estaría buscando aquel guerrero tan bien situado? ¿Y cuál era la razón de que se mostrara tan amistoso?

—¿No os gustaría cambiar vuestras ropas por algo más cómodo? —le preguntó la doncella, tendiéndole uno de los kimonos acolchados con algodón proporcionados a los huéspedes.

—No, gracias. No estoy seguro de si voy a quedarme.

Musashi salió a la terraza. Oyó a sus espaldas los leves sonidos de la doncella que depositaba las bandejas con la cena. Mientras observaba cómo las aguas ondulantes del lago pasaban del añil intenso al negro, en su mente se formó la imagen del entristecido semblante de Otsū. «Supongo que no estoy buscando en el lugar adecuado —se dijo—. Es evidente que cualquiera lo bastante malvado para raptar a una mujer evitará por instinto las ciudades.» Le pareció oír a Otsū pidiéndole ayuda. ¿Era de veras correcto adoptar el punto de vista filosófico de que todo sucede como consecuencia de la voluntad del cielo? Allí en pie y sin hacer nada, experimentó una sensación de culpabilidad.

Ishimoda Geki regresó del baño y le pidió disculpas por haberle dejado solo antes de sentarse ante la bandeja de la cena. Al observar que Musashi todavía llevaba puesto su propio kimono, le preguntó:

—¿Por qué no te cambias?

—Me siento cómodo así. Siempre visto este kimono, en la carretera, bajo techo y cuando duermo en el suelo bajo los árboles.

Geki se mostró favorablemente impresionado.

—Debería haberlo sabido —le dijo—. Quieres estar preparado para entrar en acción en cualquier momento, no importa donde te encuentres. El señor Date admiraría semejante precaución. —Contempló con indisimulada admiración el rostro de Musashi, iluminado lateralmente por la lámpara. Al cabo de un rato volvió en sí y dijo—: Vamos, siéntate y toma un poco de sake. —Enjugó una taza en un cuenco de agua y se la ofreció.

Musashi tomó asiento e hizo una reverencia. Apoyando las manos en las rodillas, preguntó a su anfitrión:

—Quisiera, señor, que me digas por qué me tratas de una manera tan amistosa. Y también, si no te importa, la razón de que preguntaras por mí en la carretera.

—Supongo que tu extrañeza es muy natural, pero en verdad hay muy poco que explicar. Tal vez la manera más sencilla de decirlo sea que me he prendado de ti. —Se detuvo un momento, rió y siguió diciendo—: Sí, es cosa de enamoramiento, de atracción de un hombre por otro.

Geki pareció creer que esto era una explicación suficiente, pero Musashi se sentía más desconcertado que nunca. Si bien no parecía imposible que un hombre se enamorase de otro, él mismo jamás había experimentado semejante atracción. Takuan era demasiado severo para inspirar un fuerte afecto. Kōetsu vivía en un mundo totalmente diferente. Sekishūsai se hallaba en un plano tan por encima de Musashi que tanto el agrado como el desagrado eran inconcebibles. Si bien era posible que Geki pretendiera halagarle con sus palabras, un hombre que dice tales cosas se expone a que le acusen de insinceridad. Con todo, Musashi dudaba de que aquel samurai fuese un adulador. Era demasiado serio, tenía un aspecto demasiado viril para eso.

—¿Qué quieres decir exactamente cuando afirmas que te atraigo? —le preguntó Musashi con calma.

—Es posible que sea presuntuoso, pero desde que me enteré de tu hazaña en Ichijōji, he estado convencido de que eres un hombre que me gustaría, y mucho por cierto.

—Entonces ¿has estado en Kyoto?

—Sí, llegué durante el primer mes del año y me alojé en la residencia del señor Date, en la avenida Sanjo. Un día después de la pelea, visité al señor Karasumaru Mitsuhiro y oí hablar mucho de ti. Me dijo que te había conocido e hizo observaciones sobre tu juventud y lo que habías hecho en el pasado. Como sentía esta fuerte atracción, decidí que debía hacer un esfuerzo para conocerte. Al salir de Kyoto, vi el letrero que habías colocado en el puerto de Shiojiri.

—¿Ah, de modo que viste eso?

Musashi pensó en lo irónico que era que, en vez de traerle a Jōtarō, el letrero le

había traído a alguien de cuya existencia no había tenido la menor idea. Pero cuanto más consideraba el asunto, menos merecedor se sentía de la estima en que Geki parecía tenerle. Penosamente consciente de sus propios errores y defectos, la adulación de Geki le resultaba embarazosa.

—Creo que me valoras en exceso —le dijo con absoluta sinceridad.

—Hay bastantes samurais sobresalientes al servicio del señor Date, cuyo feudo tiene unos ingresos de cinco millones de fanegas de arroz... y en el transcurso del tiempo he conocido a muchos espadachines diestros. Pero por lo que he oído, parece ser que hay pocos que resistan la comparación contigo. Y lo que es más, aún eres muy joven y tienes todo el futuro por delante. En fin, ahora que te he encontrado, seamos amigos. Bebe y habla de cualquier cosa que te interese.

Musashi aceptó la taza de sake de buen humor y empezó a igualar a su anfitrión apurando una taza tras otra. No pasó mucho tiempo antes de que sus mejillas adquirieran una brillante tonalidad rojiza.

Geki, todavía muy sobrio, observó:

—Nosotros, los samurais del norte, podemos beber mucho. Lo hacemos para mantenernos calientes. El señor Date es capaz de beber más que cualquiera de nosotros. Con un fuerte general al frente, estaría mal que las tropas se quedaran rezagadas.

La doncella siguió trayendo sake. Incluso después de que hubiera despabilado la lámpara varias veces, Geki no daba indicios de detenerse.

—Bebamos toda la noche —sugirió—. Así podremos hablar hasta el alba.

—Muy bien —convino Musashi. Entonces añadió sonriente—: Dices que has hablado con el señor Karasumaru. ¿Le conoces bien?

—No puedo decir que seamos amigos íntimos, pero he ido muchas veces a su casa, con uno u otro recado. Es un hombre muy cordial, ¿sabes?

—Sí. Me lo presentó Hon'ami Kōetsu. Parecía una persona llena de vitalidad, para ser de la nobleza.

Esta observación pareció dejar un tanto insatisfecho a Geki.

—¿Es ésa la impresión que has tenido? Si hubieras hablado con él detenidamente, creo que te habría asombrado su inteligencia y sinceridad.

—Bueno, cuando le conocí estábamos en el barrio tolerado.

—En ese caso, supongo que se abstendría de mostrarse tal como verdaderamente es.

—Dime, ¿cómo es realmente?

Geki adoptó una postura más formal y, en un tono más grave, replicó:

—Es un hombre preocupado, un hombre afligido, si quieres. Los métodos dictatoriales del shogunado le turban.

Por un momento Musashi reparó en un sonido armonioso que procedía del lago y

las sombras que arrojaba la blanca luz de la lámpara.

Geki le preguntó abruptamente:

—Musashi, amigo mío, ¿al servicio de quién tratas de perfeccionar tu dominio de la esgrima?

Musashi, que jamás se había planteado ese interrogante, respondió con inocente franqueza:

—Lo hago sólo para mí.

—Eso está muy bien, pero ¿en favor de quién intentas mejorar? Sin duda tu objetivo no es tan sólo el honor y la gloria personales. Eso difícilmente puede bastarle a un hombre de tu talla. —Por casualidad o a propósito, Geki había sacado a colación el tema del que realmente deseaba hablar—. Ahora que todo el país está bajo el dominio de Ieyasu —siguió diciendo—, tenemos una apariencia de paz y prosperidad, pero ¿es verdadera? ¿Puede la gente vivir realmente feliz bajo el sistema actual?

—A lo largo de los siglos, hemos tenido a los Hōjō, los Ashikaga, Oda Nobunaga, Hideyoshi..., una larga serie de gobernantes militares que han oprimido constantemente no sólo al pueblo sino también al emperador y la corte. Se han aprovechado del gobierno imperial y han explotado sin piedad a la gente. Todos los beneficios han ido a parar a la clase militar. Esto ha sido así desde la época de Minamoto-no-Yoritomo, ¿no es cierto? Y actualmente la situación continúa invariable.

—Nobunaga parece tener alguna idea de la injusticia que se comete. Por lo menos ha levantado un nuevo palacio para el emperador. Hideyoshi no sólo honró al emperador Go-Yōzei al requerir de todos los daimyō que le tributaran homenaje, sino que incluso procuró ofrecer cierto bienestar y felicidad al pueblo. Pero ¿qué me dices de Ieyasu? Prácticamente no tiene ningún interés más allá de la prosperidad de su propio clan. De modo que, una vez más, la felicidad del pueblo y el bienestar de la familia imperial son sacrificados a fin de obtener riqueza y poder para una dictadura militar. Parece ser que estamos en el umbral de otra era de tiranía. Y a nadie le preocupa más este estado de cosas que al señor Date Masamune o, entre la nobleza, el señor Karasumaru.

Geki hizo una pausa, esperando una reacción, pero no obtuvo ninguna, salvo un par de palabras, «ya veo», apenas articuladas.

Como cualquier otro, Musashi era consciente de los drásticos cambios políticos que habían ocurrido desde la batalla de Sekigahara. Sin embargo, nunca había prestado la menor atención a las actividades de los daimyō en la facción de Osaka, como tampoco a los motivos ocultos de los Tokugawa ni a las posturas adoptadas por poderosos señores independientes, como Date y Shimazu. Todo lo que sabía de Date era que su feudo tenía oficialmente unos ingresos de tres millones de fanegas al año,

pero que de hecho probablemente eran cinco millones, como había mencionado Geki.

—Dos veces al año —siguió diciendo Geki— el señor Date envía productos agrícolas desde nuestro feudo al señor Konoe de Kyoto, para que los presente al emperador. Nunca ha dejado de hacerlo, ni siquiera en tiempo de guerra. Por ese motivo he estado en Kyoto. El castillo de Aoba es el único del país que tiene una habitación especial reservada para el emperador. Por supuesto, es improbable que alguna vez llegue a ser usada, pero de todos modos el señor Date se la ha asignado. Para su construcción utilizó madera del antiguo palacio imperial cuando fue reconstruido. Hizo que transportaran la madera en barco desde Sendai a Kyoto.

—Y déjame que te hable de la guerra en Corea. Durante las campañas realizadas allí, Katō, Konishi y los demás generales competían por la fama y el triunfo personales, al contrario que el señor Date. En vez de su pendón familiar, llevó el del sol naciente y dijo a todo el mundo que nunca habría ido con sus hombres a Corea por la gloria de su propio clan o la de Hideyoshi. Fue allá por amor a Japón.

Mientras Musashi le escuchaba atentamente, Geki se entregó de lleno a su monólogo, describiendo a su señor con palabras entusiastas y asegurando a Musashi que nadie le superaba en su entrega resuelta a la nación y al emperador.

Durante unos momentos se olvidó de beber, pero de repente bajó la vista.

—El sake está frío —observó.

Batió palmas para llamar a la doncella y se dispuso a pedirle que les sirviera más, pero Musashi se apresuró a interrumpirle.

—He bebido más que suficiente. Si no te importa, ahora preferiría tomar un poco de arroz y té.

—¿Ya? —musitó Geki.

Era evidente que estaba decepcionado, pero por deferencia a su huésped, le pidió a la muchacha que trajera arroz.

Geki siguió hablando mientras comían. Musashi tuvo la impresión de que los samurais del feudo del señor Date, tanto individualmente como en grupo, estaban vitalmente interesados en el Camino del Samurai y el problema de disciplinarse de acuerdo con los preceptos del Camino.

Ese Camino existía desde los tiempos antiguos, cuando se formó la clase guerrera, pero sus valores y obligaciones morales eran ahora poco más que un vago recuerdo. Durante las caóticas luchas domésticas de los siglos XV y XVI, la ética del militar se había distorsionado, si no abandonado por completo, y ahora casi cualquiera que blandiese una espada o disparase un arco era considerado como un samurai, al margen de la atención, o la falta de ella, que pusiera en los significados más profundos del Camino.

Los pretendidos samurais de la época solían ser hombres de carácter más débil e instintos más bajos que los de los campesinos y ciudadanos corrientes. Como no

tenían más que fuerza muscular y técnica para imponer el respeto de sus subordinados, a la larga estaban condenados a la destrucción. Pocos eran los daimyō capaces de comprenderlo así, y sólo un puñado de los vasallos más encumbrados de los Tokugawa y Toyotomi pensaban en la posibilidad de establecer un nuevo Camino del Samurai que pudiera llegar a ser el fundamento de la fuerza y prosperidad de la nación.

Musashi pensó en sus años de confinamiento en el castillo de Himeji. Al acordarse Takuan de que el señor Ikeda tenía en su biblioteca un ejemplar manuscrito del Nichiyō Shūshin-kan de Fushikian, se lo ofreció a Musashi para que lo estudiara. Fushikian era el nombre literario del célebre general Uesugi Kenshin, y en su libro registraba aspectos del adiestramiento ético cotidiano para orientación de sus vasallos de alto rango. Gracias a esa lectura, Musashi no sólo conoció las actividades personales de Kenshin, sino que también comprendió los motivos por los que el feudo de Kenshin en Echigo había llegado a ser conocido en todo el país por su riqueza y destreza militar.

Influido por las entusiastas descripciones de Geki, empezó a comprender que el señor Date, además de igualar a Kenshin en integridad, había creado en sus dominios una atmósfera en la que los samurais se veían estimulados a desarrollar un nuevo Camino que les permitiera resistir incluso al shogunado, si llegara a ser necesario.

—Debes perdonarme por hablar tanto de estos asuntos de interés personal —le dijo Geki—. ¿Qué te parece, Musashi? ¿Te gustaría venir a Sendai y verlo por ti mismo? Su señoría es un hombre honesto y franco. Si te esfuerzas por encontrar el Camino, tu categoría actual le tendrá sin cuidado. Puedes hablar con él como lo harías con cualquier otro hombre.

—Hay una gran necesidad de samurais que dediquen sus vidas al país. Recomendarte sería para mí una gran satisfacción. Si te parece bien, podríamos ir juntos a Sendai.

Por entonces las bandejas de la cena habían sido retiradas, pero la vehemencia de Geki no había disminuido un ápice. Impresionado, pero todavía cauto, Musashi le replicó:

—Tendré que pensarlo un poco antes de que pueda darte una respuesta.

Tras desearle buenas noches, Musashi fue a su habitación, donde permaneció despierto en la oscuridad con los ojos brillantes.

El Camino del Samurai. Se concentró en ese concepto tal como era aplicable a él mismo y su espada.

De repente comprendió la verdad: las técnicas de la esgrima no eran su objetivo. Él buscaba un Camino de la Espada que lo abarcara todo. La espada tenía que ser mucho más que una simple arma, tenía que ser una respuesta al interrogante de la vida. El camino de Uesugi Kenshin y Date Masamune era demasiado estrechamente

militar, rígido en exceso. A él le correspondería acrecentar su aspecto humano, hacerlo más profundo, darle mayor grandiosidad.

Por primera vez, se preguntó si a un insignificante ser humano le sería posible llegar a ser uno con el universo.

Un regalo en metálico

Los primeros pensamientos de Musashi al despertar fueron para Otsū y Jōtarō, y aunque durante el desayuno sostuvo con Geki una jovial conversación, su mente estaba mucho más ocupada por el problema de cómo encontrarlos. Al salir de la posada, empezó a escrutar sin darse cuenta cada rostro con que se encontraba en la carretera. Una o dos veces creyó ver a Otsū caminando más adelante, pero descubrió que se había confundido.

—Pareces buscar a alguien —le dijo Geki.

—Así es. Mis compañeros de viaje y yo tuvimos que separarnos y estoy preocupado por ellos. Creo que será mejor que abandone la idea de ir a Edo contigo y los busque en otros lugares.

Geki pareció decepcionado.

—Es una lástima. Me ilusionaba la idea de viajar juntos. Confío en que el hecho de que anoche hablara tanto no te haga cambiar de idea y nos visites en Sendai.

Los modales de Geki, directos y masculinos, agradaron a Musashi.

—Eres muy amable —le dijo—. Espero que algún día tendré la oportunidad de hacer esa visita.

—Quiero que veas por ti mismo cómo se conducen nuestros samurais. Y si eso no te interesa, entonces considéralo como un viaje de placer. Puedes escuchar las canciones locales y visitar Matsushima, que es famosa por sus paisajes, ¿sabes?

Tras despedirse de él, Geki se encaminó rápidamente al puerto de montaña de Wada.

Musashi dio media vuelta y regresó al lugar donde la carretera de Kōshū se bifurcaba desde el Nakasendō. Mientras permanecía allí en pie proyectando su estrategia, se le acercó un grupo de peones de Suwa. Sus atuendos sugerían que eran cargadores, mozos de caballos o porteadores de los primitivos palanquines utilizados en aquella región. Se aproximaron lentamente, cruzados de brazos, con el aspecto de un ejército de cangrejos.

Mientras le medían groseramente con la vista, uno de ellos le dijo:

—Pareces estar buscando a alguien, señor. ¿Se trata de una hermosa dama o sólo un sirviente?

Musashi sacudió la cabeza, les despidió con un gesto de la mano ligeramente desdeñoso y desvió la cara. No sabía si encaminarse hacia el este o el oeste, pero al final decidió pasar el día averiguando lo que pudiera en la vecindad. Si sus pesquisas no le llevaban a ninguna parte, entonces podría proseguir su camino hacia la capital del shōgun con la conciencia limpia.

Uno de los peones interrumpió sus pensamientos.

—Si estás buscando a alguien podríamos ayudarte —le dijo—. Es mejor que estar

aquí bajo el sol. ¿Qué aspecto tiene tu amigo?

Otro añadió:

—Ni siquiera pondremos una tarifa a nuestros servicios. Nos conformaremos con tu voluntad.

Musashi cedió hasta el extremo de describirles con detalle a Otsū y Jōtarō. Tras consultar con sus compañeros, el primero de los hombres que habían hablado dijo:

—No los hemos visto, pero si nos dividimos estoy seguro de que podremos dar con ellos. Los raptores deben de haber tomado una de las tres carreteras entre Suwa y Shiojiri. Tú no conoces esta zona, pero nosotros sí.

Musashi no era muy optimista acerca de sus posibilidades de éxito en un terreno tan difícil.

—De acuerdo —les dijo—, id en su busca.

—¡Hecho! —gritaron los hombres.

Formaron un corro, al parecer para determinar la dirección que seguiría cada uno. Entonces el cabecilla se adelantó, frotándose las manos con deferencia.

—Hay una sola cosa más, señor. Verás... No quisiera mencionarlo, pero somos pobres peones sin blanca. Hoy mismo ninguno de nosotros ha probado bocado todavía. Tal vez podrías adelantarnos la mitad del jornal y añadir un poco más. Te garantizo que encontraremos a tus compañeros antes de que se ponga el sol.

—Por supuesto. Tenía intención de daros algo.

El hombre dijo una cifra y Musashi, tras contar su dinero, comprobó que era más de lo que tenía. No olvidaba el valor del dinero, pero al hallarse solo, sin nadie a quien mantener, su actitud era, en conjunto, de indiferencia. A veces amigos y admiradores hacían donación de fondos para el viaje, y con frecuencia podía conseguir alojamiento gratuito en los templos.

En otras ocasiones dormía al aire libre o prescindía de las comidas regulares. De una manera u otra, siempre se las arreglaba para salir del paso. En esta ocasión había dejado las finanzas al cuidado de Otsū, a quien el señor Karasumaru había hecho un considerable regalo en metálico para costearse el viaje. La joven había pagado las facturas y le había dado cierta cantidad para sus gastos cada mañana, como lo haría cualquier ama de casa ordinaria.

Quedándose sólo con una cantidad mínima, Musashi distribuyó el resto de su dinero entre los hombres, y aunque ellos esperaban recibir más, accedieron a emprender la búsqueda como un «favor especial».

—Deberás esperarnos en el portal de dos plantas del santuario Myōjin de Suwa —le informó el portavoz—. Al anochecer estaremos de regreso con alguna noticia.

Los hombres partieron en distintas direcciones.

En vez de desperdiciar la jornada sin hacer nada, Musashi se fue a ver el castillo de Takashima y la ciudad de Shimosuwa, deteniéndose aquí y allá para examinar las

características de la topografía local, que podrían serle útiles en el futuro, y observar los sistemas de irrigación. Preguntó en varias ocasiones si había destacados expertos militares en la zona, pero no le dijeron nada de interés.

Cuando el sol estaba próximo a ponerse, fue al santuario y se sentó, cansado y desanimado, en la escalera de piedra que conducía al portal de dos plantas. No apareció nadie, por lo que dio una vuelta por el espacioso terreno del santuario. Pero cuando regresó al portal lo encontró todavía desierto.

El sonido de cascos de caballos, aunque apagado, empezó a crisparle los nervios. Bajó los escalones y se acercó a un cobertizo entre los árboles, donde un anciano guardián de caballos estaba alimentando al sagrado caballo blanco del templo.

El hombre dirigió a Musashi una mirada acusadora.

—¿Puedo servirte en algo? —le preguntó con brusquedad—. ¿Tienes algo que ver con el santuario?

Cuando supo el motivo por el que Musashi estaba allí, le entró una risa incontenible. Musashi, que no veía nada divertido en su apuro, no trató de disimular un mal gesto, pero antes de que pudiera hablar el anciano le dijo:

—No deberías viajar solo por la carretera. Eres demasiado inocente. ¿De veras creíste que esa chusma de los caminos se pasaría el día entero buscando a tus amigos? Si les has pagado por adelantado, jamás volverás a verlos.

—¿Crees, pues, que sólo fingían cuando se dividieron y fueron en distintas direcciones?

La expresión antes adusta del guardián de caballos ahora era de simpatía.

—¡Te han robado! —exclamó—. Me han dicho que había como una decena de vagabundos en el bosque al otro lado de la montaña y que se han pasado todo el día bebiendo y jugando. Lo más probable es que se trate de los mismos. Son cosas que suceden continuamente. —Le contó entonces unas anécdotas de viajeros a quienes peones sin escrúpulos habían despojado de su dinero, pero concluyó en un tono indulgente—: Así es el mundo. En lo sucesivo será mejor que tengas más cuidado.

Tras darle este sabio consejo, el hombre recogió su cubo vacío y se marchó, dejando a Musashi con la sensación de que había sido un necio. Suspiró, diciéndose: «Ahora es demasiado tarde para hacer nada. ¡Me enorgullezco de mi habilidad para no dar a mi contrario ninguna oportunidad, y luego me dejo timar por una banda de peones analfabetos!». Esta prueba de su credulidad era como una bofetada. Semejantes deslices podían enturbiar fácilmente su práctica del Arte de la Guerra. ¿Cómo un hombre a quien sus inferiores engañaban con tanta facilidad podía mandar eficazmente un ejército? Mientras subía lentamente hacia el portal, resolvió que en adelante prestaría más atención a las realidades del mundo que le rodeaba.

Uno de los peones estaba escudriñando en la oscuridad, y en cuanto vio a Musashi le llamó y bajó parte de los escalones.

—Me alegro de hallarte, señor —le dijo—. Tengo noticias de una de las personas que buscas.

—¿Ah, sí? —Musashi, que acababa de reprenderse por su ingenuidad, se asombró pero también se sintió satisfecho al saber que no todos los habitantes del mundo eran unos timadores—. ¿A quién te refieres, al muchacho o a la mujer?

—Al muchacho. Está con Daizō de Narai, y he averiguado dónde se encuentra Daizō, o por lo menos hacia dónde se dirige.

—¿Dónde es eso?

—No creí que esa gente con la que estaba esta mañana hicieran lo prometido. Se tomaron el día libre para jugar, pero lo sentí por ti. Fui de Shiojiri a Seba, preguntando a cuantas personas encontraba por el camino. Nadie sabía nada de la chica, pero la sirvienta de la posada donde comí me dijo que Daizō había pasado por Suwa hacia mediodía, camino del puerto de Wada, y que le acompañaba un muchacho.

Desconcertado, Musashi le dijo con bastante formalidad:

—Has hecho bien en hacérmelo saber.

Sacó su bolsa, sabiendo que sólo contenía lo suficiente para su comida. Titubeó un momento, pero tras reflexionar que la honradez no debía quedarse sin recompensa, dio al peón sus últimas monedas.

Satisfecho por la propina, el hombre se llevó el dinero a la frente, en un gesto de agradecimiento, y prosiguió alegremente su camino.

Mientras veía su dinero alejarse carretera abajo, Musashi tuvo la sensación de que lo había usado con un fin más digno que el de llenar su estómago. Tal vez el peón, tras haber aprendido que la conducta correcta puede ser provechosa, al día siguiente ayudaría a otro viajero.

Ya había oscurecido, pero decidió que en vez de pasar la noche bajo los aleros de alguna casa de campo, cruzaría el puerto de Wada. Si viajaba de noche, podría dar alcance a Daizō. Se puso en marcha, saboreando de nuevo la satisfacción de estar en una carretera desierta de noche. El ambiente nocturno del camino le atraía. Contando sus pasos, escuchando la voz silenciosa de los cielos, podía olvidarlo todo y experimentar el júbilo de existir. Cuando le rodeaban multitudes de gentes atareadas, a menudo su espíritu parecía triste y aislado, pero ahora se sentía libre y optimista. Podía pensar en la vida fría y objetivamente, incluso evaluarse como lo haría con un completo desconocido.

Poco después de medianoche, una luz a lo lejos le hizo salir de sus meditaciones. Había ascendido continuamente desde que cruzara el puente sobre el río Ochiai. Un puerto de montaña había quedado atrás; el próximo, en Wada, se miraba en el cielo estrellado, y más allá estaba el cruce todavía más elevado de Daimon. La luz brillaba en una hondonada que se extendía paralela a las dos estribaciones.

«Parece una fogata —pensó Musashi, sintiendo las punzadas del hambre por primera vez en varias horas—. Tal vez me permitirán secarme las mangas y me darán unas gachas o cualquier otra cosa para comer.»

Al aproximarse, vio que no se trataba de una fogata al aire libre sino que era la luz de una pequeña casa de té al lado de la carretera. Había cuatro o cinco postes para atar caballos, pero ningún animal. Parecía increíble que alguien se encontrara en semejante lugar a tales horas, pero llegaban a sus oídos los sonidos de voces estridentes mezclados con el crepitar del fuego. Permaneció vacilante bajo los aleros durante varios minutos. De haber sido la choza de un campesino o leñador, no habría tenido escrúpulo en pedir refugio y algunas sobras, pero aquello era un negocio.

El olor de la comida le hizo sentirse más hambriento que nunca. El cálido humo le envolvía, y era incapaz de alejarse de allí. «En fin, si les explico mi situación es posible que acepten la estatua como pago.» La «estatua» era la pequeña imagen de Kannon que había tallado en la madera de un viejo ciruelo.

Cuando irrumpió en el local, los sobresaltados parroquianos se interrumpieron. El interior era sencillo, el suelo de tierra con un hogar y su campana en el centro, y alrededor del fuego había tres hombres sentados en escabeles. En una cacerola se cocía una mezcla de carne de jabalí y rábano gigante. Entre las cenizas se calentaba un recipiente de sake. El propietario estaba de espaldas a ellos, cortando encurtidos y charlando animadamente.

—¿Qué quieres? —le preguntó uno de los clientes, un hombre de mirada penetrante y con largas patillas.

Demasiado hambriento para oírle, Musashi pasó por el lado de los hombres y, sentándose en el borde de un escabel, le dijo al propietario:

—Dame algo de comer, rápido. Bastará con arroz y encurtidos. Cualquier cosa.

El hombre vertió una porción de cocido sobre un cuenco de arroz frío y lo depositó ante él.

—¿Tienes intención de cruzar el puerto esta noche? —le preguntó.

—Humm —farfulló Musashi, que ya había cogido unos palillos y atacaba briosamente la comida. Tras el segundo bocado, preguntó—: ¿Sabes si un hombre llamado Daizō... es de Narai... ha pasado por aquí esta tarde en dirección al puerto? Le acompaña un muchacho.

—Me temo que no puedo ayudarte —respondió el propietario, el cual se dirigió a los otros hombres—: Tōji, ¿habéis visto tú o tus amigos a un hombre mayor viajando con un muchacho?

Tras intercambiar susurros, los tres respondieron negativamente, sacudiendo las cabezas al unísono.

Musashi, saciado y reconfortado por la comida caliente, empezó a preocuparse por la cuenta. Al principio titubeó sobre la conveniencia de discutirlo con el

propietario, debido a la presencia de los clientes, pero ni por un momento se le ocurrió que estaba mendigando. Sencillamente, parecía más importante atender primero a las necesidades de su estómago. Decidió que si el tendero no aceptaba la estatuilla, le ofrecería su daga.

—Siento decirte esto, pero no tengo dinero. No creas, sin embargo, que te pido una comida gratis. Tengo algo que ofrecer en pago, si lo aceptas.

Con una amabilidad inesperada, el propietario replicó:

—Estoy seguro de que servirá. ¿Qué es?

—Una estatuilla de Kannon.

—¿Una pieza auténtica?

—Bueno, no es obra de un escultor famoso...; es sólo una pieza que he tallado yo mismo. Puede que ni siquiera valga el precio de un cuenco de arroz, pero échale un vistazo de todos modos.

Cuando empezaba a desanudar los cordones de su bolsa, la que llevaba consigo desde hacía años, los tres hombres dejaron de beber y centraron su atención en las manos del desconocido. Además de la estatuilla, la bolsa contenía una sola muda de ropa interior y un estuche de escritura. Al volcar el contenido, algo cayó al suelo produciendo un tintineo. Los hombres se quedaron boquiabiertos, pues el objeto que yacía a los pies de Musashi era una bolsa de dinero, de la que se habían caído varias monedas de oro y plata. El mismo Musashi contemplaba aquello estupefacto y mudo.

—¿De dónde ha salido esto? —se preguntó.

Los demás estiraron el cuello para examinar el tesoro.

Musashi palpó la bolsa, encontró algo más y lo sacó. Era una carta. La hoja tenía una sola línea escrita: «Esto cubrirá tus gastos de viaje durante algún tiempo», y la firmaba «Geki».

Musashi tuvo una idea bastante clara de lo que significaba aquello: era la manera que tenía Geki de comprar sus servicios para el señor Date Masamune de Sendai y el castillo de Aoba. La creciente probabilidad de un choque definitivo entre los Tokugawa y los Toyotomi exigía que el gran daimyō mantuviera un número considerable de guerreros capacitados. Un método favorito utilizado en la reñida competencia por conseguir los pocos samurais realmente valiosos consistía en intentar que tales hombres estuvieran en deuda, incluso por una pequeña suma, y entonces lograr un acuerdo tácito de cooperación futura.

Era de dominio público que Toyotomi Hideyori proporcionaba grandes sumas de dinero a Gotō Matabei y Sanada Yukimura. Si bien Yukimura estaba aparentemente retirado en el monte Kudo, desde el castillo de Osaka le enviaban tanto oro y plata que Ieyasu había ordenado una investigación en toda regla. Puesto que las necesidades personales de un general jubilado que vivía en una ermita eran bastante modestas, casi podía asegurarse del todo que aquel dinero era entregado a varios

millares de rōnin indigentes, los cuales haraganeaban en los pueblos y ciudades cercanos, a la espera de que estallaran las hostilidades.

Encontrar un guerrero capacitado, como Geki consideraba a Musashi, y atraerle de alguna manera para que entrara al servicio de su señor, era una de las misiones más valiosas que podía realizar un servidor del daimyō. Y era precisamente por esa razón por lo que a Musashi no le interesaba lo más mínimo el dinero de Geki: utilizarlo sería contraer una obligación indeseable. En cuestión de segundos, decidió hacer caso omiso del regalo, fingir que no existía.

Sin decir palabra, recogió la bolsa del dinero y la guardó en la bolsa de viaje. Dirigiéndose al propietario como si nada hubiera ocurrido, le dijo:

—Bien, entonces dejaré aquí la estatuilla como pago.

Pero el hombre rechazó el ofrecimiento.

—¡Ahora no puedo aceptar eso, señor!

—¿Es que tiene algo malo? No me las doy de escultor, pero...

—No, no está mal hecha, y me la habría quedado si no tuvieras dinero, como has dicho, pero resulta que tienes mucho. ¿Por qué enseñas así tu dinero si deseas que la gente crea que estás sin blanca?

Los clientes, disipados los vapores de la bebida y emocionados a la vista del oro, asintieron con vigorosos movimientos de cabeza. Musashi reconoció la inutilidad de argumentar que el dinero no era suyo, sacó una pieza de plata y se la tendió al propietario.

—Esto es demasiado, señor —se quejó el hombre—. ¿No tienes alguna pieza más pequeña?

Un rápido examen reveló algunas variaciones en el valor de las monedas, pero ninguna menos valiosa.

—No te preocupes por el cambio —dijo Musashi—. Puedes quedártelo.

Como ya no podía mantener la ficción de que el dinero no le pertenecía, Musashi se guardó la bolsa en el envoltorio atado sobre el estómago, para mayor seguridad.

Entonces, a pesar de que los parroquianos insistieron en que se quedara un rato más, se echó el fardo al hombro y salió a la noche. Como había comido y recuperado las fuerzas, calculó que podría llegar al puerto de Daimon hacia el alba. De día habría visto a su alrededor una abundancia de flores de montaña, rododendros, gencianas, crisantemos silvestres, pero de noche, en el inmenso mar de oscuridad, sólo veía una bruma algodonosa pegada a la tierra.

Se había alejado un par de millas de la casa de té cuando uno de los parroquianos, que había salido tras él, le llamó:

—¡Espera! Te has olvidado algo. —El hombre llegó resollando al lado de Musashi—. ¡Uf, qué rápido caminas! Después de que te marcharas, encontré este dinero, así que te lo he traído. Debe de ser tuyo.

Le tendió una moneda de plata, que Musashi rechazó, diciendo que sin duda no le pertenecía. El hombre insistió en que era suya.

—Debió de rodar hacia el rincón cuando se te cayó la bolsa del dinero.

Como no había contado las monedas, Musashi no podía demostrar que el hombre se equivocaba. Dándole las gracias, cogió la moneda de plata y se la guardó en la manga del kimono. No obstante, por alguna razón esa muestra de honestidad no le conmovió.

Aunque el hombre había cumplido ya con su honrada misión, echó a andar al lado de Musashi y le dio palique.

—Quizá no debería preguntártelo, pero ¿estudias esgrima con algún maestro conocido?

—No, uso mi propio estilo.

La mecánica respuesta no desalentó al hombre, el cual aclaró que había sido samurai, y añadió:

—Pero de momento me veo obligado a vivir aquí, en las montañas.

—¿Ah, sí?

—Humm. Y esos dos que me acompañan también. Todos somos samurais. Ahora nos ganamos la vida cortando árboles y recogiendo hierbas. Somos como el dragón del proverbio, que espera la hora propicia en un estanque. No pretendo ser un Sano Genzaemon, pero cuando llegue el momento, cogeré mi vieja espada, me pondré mi gastada armadura e iré a luchar para algún famoso daimyō. ¡Sólo espero que llegue ese día!

—¿Estás a favor de Osaka o de Edo?

—Eso no importa. Lo principal es estar al lado de alguien, pues de lo contrario desperdiciaré mi vida en estos pagos.

Musashi se rió cortésmente.

—Gracias por traerme el dinero —le dijo.

Entonces, esforzándose por librarse de aquel hombre, apretó el paso. El otro siguió a su lado, adaptándose a la rápida andadura de Musashi. Además, no dejaba de acercarse demasiado a su costado izquierdo, una intrusión que cualquier espadachín experto consideraría sospechosa. Sin embargo, en vez de mostrarse receloso, Musashi no hizo nada por proteger su lado izquierdo, dejándolo totalmente expuesto.

El hombre se mostraba cada vez más amistoso.

—¿Puedo hacerte una sugerencia? ¿Por qué no vienes a nuestra casa para pasar la noche? Después del puerto de Wada, todavía tienes que pasar por el de Daimon. Podrías llegar por la mañana, pero es una cuesta muy empinada..., un camino difícil para quien no está familiarizado con estos contornos.

—Gracias, creo que aceptaré tu propuesta.

—Bien hecho. Lo único malo es que no tenemos nada que ofrecer en cuanto

comida o entretenimiento.

—Me bastará con un sitio donde tenderme. ¿Dónde está tu casa?

—A una media milla a la izquierda y un poco más arriba.

—Desde luego, vives en lo más profundo de las montañas, ¿eh?

—Como te he dicho, hasta que llegue el momento propicio, nos mantenemos apartados, recogiendo hierbas, cazando, haciendo cosas por el estilo. Comparto una casa con los otros dos hombres.

—Ahora que los mencionas, ¿qué ha sido de ellos?

—Probablemente todavía están bebiendo. Cada vez que vamos a ese local se emborrachan, y acabo llevándolos a casa a rastras. Esta noche he decidido dejarles ahí... ¡Cuidado! Ahí hay una empinada pendiente. Por debajo pasa un arroyo. Es peligroso.

—¿Vamos a cruzar el arroyo?

—Sí. Aquí es estrecho y hay un tronco sobre el agua. Después de cruzarlo, giraremos a la derecha y subiremos a lo largo de la orilla.

Musashi notó que el hombre se había detenido, pero no miró atrás. Encontró el tronco y empezó a cruzarlo. Un instante después, el hombre saltó adelante y alzó el extremo del tronco, tratando de arrojar a Musashi al agua.

—¿Qué te propones?

El grito llegó desde abajo, pero el hombre alzó la cabeza, pasmado. Musashi había previsto la traidora acción, y ya había saltado, ligero como un aguzanieves, sobre una gran roca. Su sorprendido atacante dejó caer el tronco en la corriente. Antes de que la cortina de agua levantada hubiera humedecido la tierra, Musashi había vuelto a saltar a la orilla, con la espada desenvainada, y golpeado a su atacante. Todo sucedido con tanta rapidez que el hombre ni siquiera se dio cuenta de que el otro había desenvainado.

El cuerpo mortalmente herido sufrió una o dos convulsiones antes de quedar inmóvil. Musashi no se dignó mirarlo siquiera. Ya había adoptado una nueva postura, preparándose para el siguiente ataque, pues estaba seguro de que lo habría. Mientras se preparaba para repelerlo, el cabello se le erizó como las plumas en la cabeza de un águila.

Siguió un breve silencio, roto por un estruendo que retumbó en el barranco. El disparo parecía proceder de algún lugar en el otro lado. Musashi se arrojó a un lado, y el proyectil del arma bien apuntada pasó silbando por el lugar que había ocupado un segundo antes y se incrustó en la pared del barranco, detrás de él. Musashi se dejó caer al suelo, como si hubiera sido alcanzado, y miró hacia el otro lado, donde vio las chispas rojas que revoloteaban en el aire como otras tantas luciérnagas. Distinguió vagamente dos figuras que se aproximaban cautelosamente.

Un fuego purificador

Aferrando la mecha chisporroteante entre los dientes, el hombre se dispuso a disparar su mosquete de nuevo. Su cómplice se agazapó y entornó los ojos para mirar a lo lejos.

—¿Crees que no hay peligro? —susurró.

—Estoy seguro de que el primer disparo le ha alcanzado —replicó el otro confiadamente.

Los dos avanzaron con cautela, pero apenas habían llegado a la orilla del arroyo cuando Musashi se incorporó de un salto. El mosquetero dio un grito sofocado y disparó, pero perdió el equilibrio y envió la bala inútilmente hacia el cielo. Mientras el eco reverberaba en el barranco, los dos hombres, los mismos que antes habían estado en la casa de té, huyeron sendero arriba.

De repente, uno de ellos se detuvo en seco y rugió:

—¡Espera! ¿Por qué huimos? Somos dos contra uno. Yo le atacaré y tú puedes apoyarme.

—¡Estoy contigo! —gritó el mosquetero, al tiempo que soltaba la mecha y amenazaba a Musashi con la culata del arma.

Era evidente que estaban por encima de los matones ordinarios. El hombre a quien Musashi consideró el jefe blandía su espada con verdadera elegancia. Sin embargo, no estaba ni mucho menos a la altura de Musashi, el cual le hizo volar de un solo golpe de su espada. El mosquetero, con un tajo desde el hombro a la cintura, cayó muerto al suelo, la parte superior colgando sobre la orilla como si pendiera de un hilo. El otro hombre echó a correr cuesta arriba, apretándose un antebrazo herido, y Musashi emprendió su persecución, levantando una rociada de tierra y grava.

El barranco, llamado valle de Buna, se encontraba a medio camino entre los puertos Wada y Daimon, y debía su nombre a las hayas que parecían llenarlo. En el lugar más alto se alzaba una cabaña de montañero excepcionalmente grande, rodeada de árboles y ella misma construida rudamente con troncos de haya.

El bandido gateó rápidamente hacia la pequeña llama de una antorcha y gritó:

—¡Apaga las luces!

Protegiendo la llama con una manga extendida, una mujer exclamó:

—¡Qué ocu...! ¡Oh, estás cubierto de sangre!

—¡Ca... calla, idiota! Apaga las luces..., las de dentro también.

Su jadeo apenas le permitía articular las palabras, y, echando una última mirada atrás, se apresuró a entrar en la casa. La mujer apagó la antorcha y corrió tras él.

Cuando Musashi llegó a la cabaña, no había rastro de luz en ninguna parte.

—¡Abre! —gritó.

Estaba indignado, no porque le hubieran tomado por imbécil ni por la cobardía

del ataque, sino porque aquella clase de hombres causaban diariamente grandes daños a los inocentes viajeros.

Podría haber roto los postigos de madera contra la lluvia, pero en vez de llevar a cabo un ataque frontal, que le habría dejado la espalda peligrosamente desprotegida, se mantuvo con cautela a una distancia de cuatro o cinco pies.

—¡Abre!

Al no obtener respuesta, cogió la piedra más grande que podía levantar y la arrojó contra los postigos. Golpeó la abertura entre los dos paneles, haciendo que el hombre y la mujer retrocedieran tambaleándose al interior de la casa. Una espada entró por el espacio abierto, y la siguió el hombre, que cayó de rodillas. Se levantó en el acto, adentrándose en la casa. Dio un salto y agarró al bandido por la espalda del kimono.

—¡No me mates! —le suplicó Gion Tōji, gimoteando igual que lo haría un maleante de poca monta.

En la oscuridad, se zafó de Musashi y trató de encontrarle su punto débil. Musashi paró cada uno de sus golpes, pero cuando se disponía a acorralarle, Tōji, poniendo en juego toda su fuerza, tiró de su espada corta y dirigió una potente estocada a su contrario. Musashi la esquivó diestramente, rodeó al bandido con los brazos y, lanzando un grito de desprecio, lo arrojó a la habitación contigua. Uno de sus brazos o una pierna golpeó contra el colgador de la cacerola, pues la vara de bambú se rompió con un fuerte chasquido. Las blancas cenizas se elevaron ondulantes del hogar, como una nube volcánica.

Una andanada de proyectiles a través del humo y las cenizas mantuvo a Musashi a raya. Cuando las cenizas se posaron, vio que su adversario ya no era el jefe de los bandidos, el cual estaba tendido boca arriba cerca de la pared. Entre maldiciones, la mujer le estaba arrojando todo cuanto tenía a mano, tapas de cacerolas, leña, palillos metálicos, cuencos de té.

Musashi saltó hacia ella y rápidamente la derribó e inmovilizó en el suelo, pero la mujer logró quitarse una horquilla del pelo y le pinchó. Cuando él le pisó la muñeca, la mujer rechinó los dientes y entonces gritó con ira y disgusto al inconsciente Tōji:

—¿Es que no tienes ni pizca de orgullo? ¿Cómo puedes dejarte ganar por un don nadie como éste?

Al oír su voz, Musashi contuvo la respiración y la soltó bruscamente. Ella se puso en pie de un salto, cogió la espada corta y se abalanzó contra él.

—Basta, señora —le dijo Musashi.

Sorprendida por el tono extrañamente cortés, ella se detuvo y le miró boquiabierta.

—Pero si..., ¡si eres Takezō!

La corazonada de Musashi había sido acertada. Aparte de Osugi, la única mujer que aún podía llamarle por el nombre de su infancia era Okō.

—¡Sí, eres Takezō! —repitió ella, en un tono cada vez más almibarado—. Ahora te llamas Musashi, ¿no es cierto? Vaya, te has convertido en un gran espadachín.

—¿Qué estás haciendo en un sitio como éste?

—Me avergüenza decirlo.

—¿Ese hombre que está ahí tendido es tu marido?

—Debes de conocerle. Es lo que queda de Gion Tōji.

—¿Ése es Tōji? —murmuró Musashi. En Kyoto había oído hablar de lo réprobo que era Tōji, de que se había embolsado el dinero para ampliar la escuela y se había fugado con Okō. No obstante, al contemplar aquel despojo humano junto a la pared, no pudo evitar un sentimiento de conmiseración—. Será mejor que le atiendas —dijo a la mujer—. De haber sabido que era tu marido, no le habría tratado con tanta rudeza.

—Ah, quisiera arrastrarme hasta un agujero y esconderme en él —dijo Okō con una sonrisa afectada.

Fue al lado de Tōji, le dio agua, le vendó las heridas y, cuando el hombre recobró el sentido, le dijo quién era Musashi.

—¿Qué? —gruñó él—. ¿Miyamoto Musashi? ¿El mismo que...? ¡Oh, es terrible!

Se llevó las manos a la cara, encogiéndose abyectamente.

Musashi olvidó su cólera y dejó que le trataran como a un invitado de honor. Okō barrió el suelo, limpió el hogar, le echó nueva leña y puso sake a calentar.

Al tenderle la taza, y de acuerdo con las reglas de la etiqueta, le dijo:

—No tenemos nada que ofrecerte, pero...

—Ya he comido y bebido en la casa de té —replicó Musashi cortésmente—. Por favor, no te molestes.

—Oh, espero que puedas tomar la comida que he preparado. Ha pasado tanto tiempo...

Tras colgar una cazuela de cocido sobre el hogar, se había sentado a su lado para servirle el sake.

—Esto me recuerda los viejos tiempos en el monte Ibuki —le dijo Musashi afablemente.

Se había levantado un fuerte viento, y aunque los postigos volvían a estar bien cerrados, penetraba a través de varias grietas y esparcía el humo del hogar que se alzaba hacia el techo.

—Te ruego que no me recuerdes eso —le dijo Okō—. Pero dime, ¿tienes alguna noticia de Akemi? ¿Alguna idea de su paradero?

—Tengo entendido que pasó varios días en la posada del monte Hiei. Tenía intención de irse a Edo con Matahachi, pero parece ser que huyó con todo el dinero que él poseía.

—¿Qué me dices? —replicó Okō, decepcionada—. Ella también... —Se quedó

mirando el suelo mientras comparaba tristemente la vida de su hija con la suya propia.

Cuando Tōji se hubo recuperado lo suficiente, se reunió con ellos y le rogó a Musashi que le perdonara. Confesó que había obrado obedeciendo a un impulso súbito, que ahora deploraba. Aseguró a su huésped que llegaría el día en que volvería a integrarse en la sociedad como el Gion Tōji que el mundo conoció en el pasado.

Musashi no hizo ningún comentario, pero le habría gustado decirle que no parecía haber mucho que escoger entre el Tōji samurai y el Tōji bandido, aunque si volvía a la vida de guerrero los caminos serían mucho más seguros para los viajeros.

Algo achispado por el sake, le dijo a Okō:

—Creo que obrarías con prudencia si abandonaras esta peligrosa manera de vivir.

—Tienes mucha razón; claro que no vivo así porque lo haya elegido libremente. Cuando nos marchamos de Kyoto, teníamos la intención de probar fortuna en Edo, pero al llegar a Suwa Tōji se entregó al juego y perdimos cuanto teníamos..., el dinero para mantenernos durante el viaje, todo. Pensé en dedicarnos al negocio de la moxa[7], por lo que empezamos a recoger hierbas y venderlas en la ciudad. Ah, ya estoy harta de esos proyectos de enriquecimiento rápido. Después de lo de esta noche, no quiero saber nada más de eso.

Como siempre, unos pocos tragos habían dado una nota de coquetería a sus palabras. Empezaba a desplegar su encanto.

Okō era una de esas mujeres de edad indeterminada, y seguía siendo peligrosa. Una gata doméstica retozará en las rodillas de su amo mientras éste la cuide y alimente bien, pero si la deja suelta en la montaña, no tardará en merodear de noche con ojos encendidos, dispuesta a darse un festín con un cadáver o arrancar la carne de los viajeros a quienes una enfermedad ha obligado a tenderse al lado del camino. Okō tenía mucho de gata.

—Tōji —le dijo cariñosamente—, Takezō dice que Akemi se dirigía a Edo. ¿No podríamos ir nosotros también y vivir otra vez como seres humanos? Si encontráramos a Akemi, estoy segura de que se nos ocurriría alguna actividad provechosa.

—Tal vez —respondió él sin entusiasmo.

Estaba pensativo, rodeándose las rodillas con los brazos. Quizá la idea implícita en las palabras de Okō, ofrecer a todo el mundo el cuerpo de Akemi, era un tanto grosera incluso para él. Tras haber vivido con aquella mujer depredadora, Tōji empezaba a arrepentirse, como le ocurriera a Matahachi.

A Musashi la expresión de Tōji le parecía patética, le recordaba la de Matahachi. Estremecido, recordó cómo él mismo se había sentido atraído cierta vez por los encantos de Okō.

Tōji alzó la cabeza.

—Pronto será de día, Okō, y probablemente Musashi está cansado. ¿Por qué no le preparas la habitación del fondo para que descanse un poco?

—Sí, claro. —Mirando de soslayo a Musashi, con los ojos abrillantados por la bebida, le dijo—: Has de ser precavido, Musashi. Ahí afuera está oscuro.

—Gracias. Dormir un rato me iría bien.

La siguió por un oscuro pasillo hasta el fondo de la vivienda. La habitación parecía una añadidura a la cabaña. Estaba apoyada en troncos y se proyectaba sobre el valle, con un precipicio de unos setenta pies desde la pared exterior al río. El aire estaba húmedo a causa de la bruma y el rocío que llegaba desde una cascada. Cada vez que el rugido del viento aumentaba un poco, la pequeña habitación se mecía como un barco.

Los blancos pies de Okō pasaron del suelo de pizarra del pasillo exterior a la sala del hogar.

—¿Se ha ido a dormir? —le preguntó Tōji.

—Creo que sí —respondió ella, arrodillándose a su lado. Luego le susurró al oído —: ¿Qué vas a hacer?

—Ve a llamar a los otros.

—¿Vas a seguir con esto hasta el final?

—¡Desde luego! Si mato a ese bastardo, habré vengado a la casa de Yoshioka.

Alzándose la falda del kimono, la mujer salió de la casa. Bajo el cielo sin estrellas, en lo más hondo de las montañas, corrió con el viento en la negrura como una diablesa felina, su larga cabellera ondeando a sus espaldas.

Los huecos y hondonadas de la montaña no estaban habitados solamente por aves y mamíferos salvajes. A lo largo de su camino, Okō estableció contacto con más de veinte hombres, todos ellos miembros de la banda de Tōji. Adiestrados para las incursiones nocturnas, se movieron con más silencio que hojas acarreadas por el viento hasta un lugar delante de la cabaña.

—¿Un solo hombre?

—¿Un samurai?

—¿Tiene dinero?

Los susurros estaban acompañados de gestos explicativos y movimientos oculares. Unos cuantos, armados con mosquetes, dagas y el tipo de lanza usado por los cazadores de jabalíes, rodearon la habitación del fondo. Cerca de la mitad bajaron al valle, mientras un par de ellos se detenían a medio camino, directamente debajo de la habitación.

El suelo del cuarto estaba cubierto de esteras de juncos. A lo largo de una pared había pulcros montoncillos de hierbas secas, varios morteros y otros utensilios usados en la elaboración de medicamentos. El suave aroma de las hierbas agradaba a Musashi, parecía estimularle a cerrar los ojos y dormir. Sentía su cuerpo pesado e

hinchado hasta las puntas de sus extremidades, pero sabía que no debía ceder a la dulce tentación.

Era consciente de que se tramaba algo. Los recogedores de hierbas de Mimasaka nunca tenían cobertizos de almacenamiento como aquél, los suyos jamás estaban situados en un lugar donde se acumulaba la humedad, y siempre se hallaban a cierta distancia de la vegetación espesa. A la débil luz de una lamparilla que descansaba sobre un pie de mortero al lado de su almohada, reparó en otra cosa inquietante. Los soportes metálicos que mantenían juntas las habitaciones en los ángulos estaban rodeados por numerosos agujeros de clavos. También discernió superficies de madera nueva que anteriormente debieron de estar cubiertas por ensamblajes. La deducción era inequívoca: aquella habitación había sido reconstruida, probablemente una serie de veces.

Una leve sonrisa se dibujó en sus labios, pero no se movió.

—Takezō —le llamó Okō en voz baja—, ¿estás durmiendo? —Deslizando suavemente la shoji, se dirigió de puntillas al camastro y dejó una bandeja al lado de la almohada—. Te dejaré aquí un poco de agua. —Él no dio señales de estar despierto.

Cuando regresó a la cabaña, Tōji le susurró:

—¿Todo va bien?

Ella cerró los ojos para recalcar sus palabras.

—Está profundamente dormido.

Con semblante satisfecho, Tōji salió al exterior, fue a la parte trasera de la cabaña y agitó una mecha de mosquete encendida. Entonces los hombres que estaban debajo tiraron de los soportes bajo la habitación, haciendo que se derrumbara estrepitosamente entre las paredes del valle, armazón, cumbrera y todo lo demás.

Lanzando gritos de triunfo, los hombres salieron de sus escondrijos, como cazadores que hubieran estado detrás de escondites portátiles, y bajaron velozmente a la orilla del río. El paso siguiente consistía en sacar de entre los escombros el cuerpo y las pertenencias de la víctima. Luego sólo tendrían que recoger las piezas y reconstruir la habitación.

Los bandidos saltaron sobre el montón de tablas y postes, como perros que se abalanzaran sobre unos huesos.

Otros hombres que acababan de llegar preguntaron desde arriba:

—¿Habéis encontrado el cuerpo?

—No, todavía no.

—Ha de estar por aquí.

Tōji gritó con estridencia:

—Tal vez se ha golpeado contra una roca u otra cosa mientras caía y el cuerpo ha rebotado. Mirad bien a vuestro alrededor.

Las rocas, el agua, los árboles y las plantas del valle estaban adquiriendo una coloración rojiza. Lanzando exclamaciones de sorpresa, Tōji y sus sicarios alzaron la vista hacia el cielo. A setenta pies por encima de ellos, las llamas brillantes brotaban de puertas, ventanas, paredes y el techo de la cabaña, la cual se había convertido en una enorme bola de fuego.

—¡De prisa! ¡Volved aquí!

Los gritos penetrantes eran de Okō, y parecían los aullidos de una mujer que hubiera perdido la razón.

Cuando los hombres llegaron a lo alto del precipicio, las llamas danzaban frenéticamente, avivadas por el viento. Desprotegida de la lluvia de chispas y ascuas, Okō estaba atada con firmes ligaduras al tronco de un árbol.

Todos los hombres estaban pasmados. ¿Musashi se había marchado? ¿Cómo lo había hecho? ¿Cómo era posible que los hubiera burlado a todos ellos?

Tōji se sintió descorazonado. Ni siquiera envió a sus hombres en persecución de Musashi, pues había oído hablar de él lo suficiente para saber que jamás le capturarían. Sin embargo, los bandidos se apresuraron a organizarse por su cuenta y varios grupos partieron en todas direcciones.

No encontraron rastro de Musashi.

Jugando con fuego

Al contrario que en las demás rutas principales, no había árboles alineados a lo largo de la carretera de Kōshū, que enlazaba Shiojiri y Edo a través de la provincia de Kai. Utilizada para el transporte militar durante el siglo XVI, carecía de la red de caminos secundarios que tenía el Nakasendō, y sólo recientemente le había sido otorgada la categoría de arteria principal.

Para los viajeros procedentes de Kyoto u Osaka, su característica más desagradable era la ausencia de buenas posadas y casas de comidas. Si uno pedía una caja para almorzar, lo más probable era que no recibiese nada más apetitoso que pastelillos de arroz envueltos en hojas de bambú o, incluso menos atractivas, bolas de arroz vulgar y corriente envueltas en hojas de roble secas. A pesar de esta dieta primitiva, sin duda no muy diferente de la que se estilaba en el período Fujiwara, varios siglos antes, las rústicas hostelerías rebosaban de clientes, que en su mayoría se dirigían a Edo.

Un grupo de viajeros estaban descansando por encima del puerto de montaña de Kobotoke. Uno de ellos exclamó:

—¡Mirad, ahí va otra hornada!

Se refería a una estampa de la que él y sus compañeros habían gozado casi a diario: un grupo de prostitutas de Kyoto que viajaban hacia Edo.

Las mujeres eran más de treinta, algunas de edad avanzada, otras veinte o treintañeras, y cinco de ellas, por lo menos, adolescentes todavía. Junto con unos diez hombres que las administraban o servían, daban la impresión de una gran familia patriarcal. Completaban el grupo varios caballos de transporte sobrecargados con objetos que iban desde pequeños cestos de mimbre hasta arcas de madera que tenían la altura de un hombre.

El jefe de la «familia», un hombre de unos cuarenta años, se dirigía a las mujeres:

—Si las sandalias de paja os causan ampollas, cambiadlas por zōri[8] pero atadlas bien para que no se os resbalen. Y dejad de quejaros diciendo que no podéis seguir caminando. ¡Sólo tenéis que mirar a los niños que van por la carretera!

Era evidente, por la acidez de su tono, que le estaba costando un gran esfuerzo hacer que sus pupilas, normalmente sedentarias, siguieran andando.

El hombre, llamado Shōji Jinnai, era natural de Fushimi y samurai de nacimiento. Por motivos que sólo él conocía, había abandonado la vida militar para convertirse en el administrador de un burdel. Perspicaz y lleno de recursos, había logrado el apoyo de Tokugawa Ieyasu, el cual residía a menudo en el castillo de Fushimi, y no sólo había obtenido permiso para trasladar su negocio a Edo sino que también había persuadido a muchos de sus colegas del ramo para que hicieran lo mismo.

Cerca de la cima de Kobotoke, Jinnai dio el alto a su grupo.

—Aún es algo temprano, pero ya podemos almorzar.

Volviéndose a Onao, una anciana que actuaba como una especie de gallina clueca, le ordenó que distribuyera la comida.

Descargaron de uno de los caballos el fardo que contenía las cajas del almuerzo, y cada una de las mujeres recibió una bola de arroz envuelta en una hoja. Todas se acomodaron para descansar. El polvo que amarilleaba su piel también había emblanquecido casi del todo su cabello negro, aunque llevaban sombreros de viaje de ala ancha o se habían atado toallas alrededor de la cabeza. Como no había té ni nada para beber, chascaban mucho los labios y sorbían aire entre los dientes. Ninguna hablaba de ardides sexuales o emociones amorosas. Frases como: «¿De quién serán los brazos que esta noche abrazarán a esta roja flor?» parecían totalmente fuera de lugar.

—¡Ah, está delicioso! —exclamó encantada una de las pupilas más jóvenes de Jinnai. El tono de su voz habría arrancado lágrimas a los ojos de su madre.

La atención de otras dos o tres se desvió de su almuerzo para centrarse en un joven samurai que pasaba por allí.

—¿Verdad que es apuesto? —susurró una.

—Humm, no está mal —replicó otra, de actitud más mundana.

—Ah, le conozco —aseguró otra—. Solía venir a nuestra casa en compañía de hombres de la escuela Yoshioka.

—¿De quién estáis hablando? —preguntó una muchacha de expresión lujuriosa.

—De ese joven que se pavonea por ahí con una larga espada a la espalda.

Inconsciente de la admiración que despertaba, Sasaki Kojirō se abría paso entre una multitud de porteadores y caballos de carga.

Una voz aguada y coqueta le llamó:

—¡Señor Sasaki! ¡Aquí, señor Sasaki!

Puesto que había mucha gente llamada Sasaki, el joven ni siquiera se volvió.

—¡Eh, el del flequillo!

Kojirō enarcó las cejas y giró sobre sus talones.

—¡No seáis deslenguadas! —gritó colérico Jinnai—. Eso es una grosería.

Entonces, al alzar la vista de su almuerzo, reconoció a Kojirō.

—Bien, bien —dijo, apresurándose a levantarse—. ¡Pero si es nuestro amigo Sasaki! ¿Adonde te diriges, si puedo preguntártelo?

—Ah, hola. Eres el dueño de la Sumiya, ¿verdad? Voy a Edo. ¿Y vosotros? Parecéis haber emprendido una mudanza en toda regla.

—Así es. Nos trasladamos a la nueva capital.

—¿De veras? ¿Crees que puedes tener éxito allí?

—Nada crece en las aguas estancadas.

—Al ritmo de crecimiento de Edo, supongo que hay mucho trabajo para los

obreros de la construcción y los armeros. Pero ¿diversiones elegantes? Me parece dudoso que exista ya una gran demanda.

—En eso te equivocas. Las mujeres convirtieron Osaka en una ciudad antes de que Hideyoshi llegara a darse cuenta.

—Puede que así fuera, pero en un sitio como Edo, probablemente ni siquiera podrás encontrar una casa apropiada.

—Te equivocas de nuevo. El gobierno ha delimitado unas tierras pantanosas en un lugar llamado Yoshiwara para quienes nos dedicamos a mi negocio. Mis colegas ya han empezado a desecar y rellenar los terrenos, a trazar calles y levantar edificios. Según todos los informes, me será muy fácil encontrar un buen sitio en una calle principal.

—¿Quieres decir que los Tokugawa entregan la tierra? ¿Gratuitamente?

—Pues claro. ¿Quién pagaría por una tierra pantanosa? El gobierno incluso aporta parte de los materiales de construcción.

—Ya veo. No es de extrañar que estéis todos abandonando la zona de Kyoto.

—¿Y tú qué cuentas? ¿Tienes alguna perspectiva de situarte al servicio de un daimyō?

—Oh, no, nada de eso. No lo aceptaría aunque me lo ofrecieran. Sencillamente, he pensado en ir a ver qué ocurre allá, puesto que es la residencia del shōgun y el lugar de donde procederán las órdenes en el futuro. Por supuesto, si me pidieran que fuese uno de los instructores del shōgun, podría aceptar.

Aunque no era precisamente un juez de esgrima, Jinnai tenía buen ojo para evaluar a la gente. Pensando en que sería mejor no hacer ningún comentario sobre el desmedido egotismo de Kojirō, desvió la mirada y empezó a aguijonear a su tropa para que se pusiera en movimiento.

—¡Vamos, todo el mundo en pie! Ya es hora de partir.

Onao, que había estado contando cabezas, dijo:

—Parece que falta una muchacha. ¿Cuál será? ¿Kichō? ¿O tal vez Sumizome? No, ambas están ahí. Es extraño. ¿Quién podrá ser?

Kojirō, que no deseaba lo más mínimo tener a un grupo de prostitutas por compañeras de viaje, reanudó su camino.

Dos de las muchachas que habían desandado sus pasos por la carretera en busca de la desaparecida regresaron al lado de Onao. Jinnai se reunió con ellas.

—Vamos, vamos, Onao, ¿cuál es la que falta?

—Ah, ya lo sé, es esa chica llamada Akemi —respondió contrita, como si ella tuviera la culpa—. La que recogiste en el camino de Kiso.

—Debe de estar por estos alrededores.

—Hemos buscado en todas partes. Creo que debe de haber huido.

—Bueno, no ha firmado ningún compromiso escrito ni le he prestado «dinero

corporal». Dijo que estaba dispuesta y, como era lo bastante agraciada para trabajar, la acepté. Supongo que me ha ocasionado algún gasto de viaje, pero no tanto como para preocuparme. No importa. Sigamos adelante.

Empezó a dar prisa a su grupo. Aunque tuvieran que viajar después de que se pusiera el sol, se proponía llegar a Hachiōji dentro de aquella misma jornada. Si podían recorrer esa distancia sin detenerse, al día siguiente llegarían a Edo.

Habían recorrido un corto trecho de carretera cuando Akemi reapareció y se integró de nuevo al grupo.

—¿Dónde te habías metido? —le preguntó Onao encolerizada—. No puedes irte por ahí sin decir a nadie adonde vas, a menos, claro, que te propongas abandonarnos.

La anciana siguió explicándole santurronamente que todos habían estado muy preocupados por ella.

—No comprendes —le dijo Akemi, a quien la reprimenda sólo le hizo reír—. Pasaba por la carretera un hombre al que conozco y no quería que me viera. Me escondí en un bosquecillo de bambúes, sin saber que detrás había una pendiente muy pronunciada. Resbalé y fui a parar al fondo.

Corroboró sus palabras alzando el kimono desgarrado y mostrando el rasguño en un codo. Pero incluso mientras rogaba que la perdonaran, su rostro no mostraba la más ligera señal de arrepentimiento.

Desde el lugar que ocupaba delante del grupo, Jinnai se enteró de lo que ocurría y llamó a la muchacha.

—Te llamas Akemi, ¿no es cierto? —le dijo severamente—. Akemi... Es un nombre difícil de recordar. Si quieres tener éxito de veras en este negocio, tendrás que buscarte uno mejor. Dime, ¿has resuelto en serio seguir adelante con nosotros?

—¿Es que hace falta resolución para convertirse en una puta?

—No es un trabajo que puedas hacer durante uno o dos meses y luego abandonarlo. Y si te conviertes en una de mis chicas, tendrás que dar a los clientes lo que pidan, te guste o no. Eso has de tenerlo perfectamente claro.

—¿Qué más da ahora? Los hombres ya han echado a perder mi vida.

—Mira, ésa no es la actitud correcta ni mucho menos. Quiero que pienses cuidadosamente en ello. Si cambias de idea antes de que lleguemos a Edo, no te lo echaré en cara ni te pediré que me pagues lo que me cuesta tu comida y alojamiento.

Ese mismo día, en el Yakuōin de Takao, un hombre de edad madura que, al parecer, estaba libre de las exigencias de trabajos o negocios, se disponía a reanudar sin apresuramiento su viaje. Junto con su sirviente y un muchacho de unos quince años, había llegado la noche anterior, solicitando acomodo hasta el día siguiente. En compañía del muchacho había recorrido el recinto del templo desde primeras horas de la mañana. Ahora era alrededor del mediodía.

—Aquí tenéis esto para reparar el tejado o lo que sea necesario —dijo a uno de los sacerdotes, ofreciéndole tres grandes monedas de oro.

El superior de los sacerdotes, a quien informaron en seguida de la excepcional donación, se sintió tan abrumado por la generosidad del donante, que se apresuró a ir a su encuentro para saludarle personalmente.

—Tal vez te gustaría dejarnos tu nombre —le dijo.

Otro sacerdote, diciendo que ya lo había hecho, mostró la anotación en el registro del templo, que decía así: «Daizō de Narai, comerciante de hierbas, residente al pie del monte Ontake de Kiso».

El superior de los sacerdotes se disculpó con efusión por la mala calidad de la comida servida en el templo, pues Daizō de Narai era conocido en todo el país como un generoso donante en santuarios y templos. Sus donaciones siempre adoptaban la forma de monedas de oro, y se decía que en algunos casos eran de varias docenas. Sólo él mismo sabía si hacía tal cosa para divertirse, adquirir una reputación o por piedad religiosa.

El sacerdote, deseoso de que se quedara más tiempo, le rogó que examinara los tesoros del templo, un privilegio otorgado a muy pocas personas.

—Estaré en Edo una temporada —respondió Daizō—. Vendré a verlos en otra ocasión.

—Sí, por favor, pero por lo menos permíteme que te acompañe hasta el portal —insistió el sacerdote—. ¿Tienes intención de alojarte esta noche en Fuchū?

—No, en Hachiōji.

—En ese caso será un viaje cómodo.

—Dime, ¿quién es ahora el señor de Hachiōji?

—Recientemente lo han puesto bajo la administración de Ōkubo Nagayasu.

—Fue magistrado en Nara, ¿no es cierto?

—Sí, en efecto. También controla las minas de oro en la isla de Sado. Es muy rico.

—Al parecer, es un hombre muy capacitado.

Aún era de día cuando llegaron al pie de las montañas y se encontraron en la bulliciosa calle principal de Hachiōji, donde, según decían, no había menos de treinta y cinco posadas.

—Bueno, Jōtarō, ¿dónde vamos a alojarnos?

Jōtarō, que se había mantenido al lado de Daizō como una sombra, le respondió rotundamente que prefería «cualquier parte... mientras no sea un templo».

Tras elegir la posada más grande e imponente, Daizō entró y solicitó habitación. Su aspecto distinguido, junto con la elegante valija laqueada que el sirviente transportaba a la espalda, deslumbraron al encargado de la recepción, el cual comentó en tono adulador:

—Te has detenido muy temprano, ¿verdad?

Las posadas a lo largo de las carreteras estaban acostumbradas a recibir hordas de viajeros que llegaban a la hora de la cena e incluso más tarde.

Acompañaron a Daizō a una espaciosa habitación en la planta baja, pero poco después de que se pusiera el sol, el encargado y el posadero se presentaron en la estancia.

—Estoy seguro de que es una gran molestia —empezó a decir el posadero humildemente—, pero ha llegado de repente un grupo muy numeroso de huéspedes y me temo que aquí habrá mucho ruido. Si no te importa trasladarte a una habitación del primer piso...

—Ah, me parece muy bien —dijo Daizō en tono afable—. Me alegro de ver que tu negocio prospera.

Hizo una seña a Sukeichi, su criado, para que se hiciera cargo del equipaje y subió las escaleras. Apenas había abandonado la habitación cuando ésta fue invadida por las mujeres de la Sumiya.

La actividad que reinaba en la posada era frenética. Con la barahúnda que había en la planta baja, los sirvientes no se presentaban al llamarles. La cena llegó tarde, y cuando hubieron comido, nadie se presentó para llevarse los platos. Para colmo, se oía constantemente un ruido de fuertes pisadas en ambos suelos. Sólo la simpatía de Daizō hacia los servidores evitó que perdiera los estribos. Haciendo caso omiso del desaliñado estado de la habitación, se estiró para dormitar, usando el brazo como almohada. Al cabo de unos minutos, un repentino pensamiento cruzó por su mente, y llamó a Sukeichi.

Como el criado no acudió, Daizō abrió los ojos, se irguió y gritó:

—¡Jōtarō, ven aquí!

Pero también el muchacho había desaparecido.

Daizō se levantó y salió a la terraza, donde se encontró con numerosos huéspedes excitados que miraban con entusiasmo a las prostitutas alojadas en la planta baja.

Al ver a Jōtarō entre los espectadores, Daizō le agarró de un brazo y le llevó en seguida a la habitación. Mirándole severamente, le preguntó:

—¿Qué estabas mirando?

La larga espada de madera del muchacho, de la que no se separaba ni siquiera cuando estaba bajo techo, rozó el tatami al sentarse.

—Bueno, miraba lo mismo que todos los demás.

—¿Y qué es lo que están mirando?

—Abajo, en la habitación del fondo, hay muchas mujeres.

—¿Es eso todo?

—Sí.

—¿Y qué tiene eso de divertido?

La presencia de las putas no molestaba a Daizō, pero por alguna razón el profundo interés de los hombres que las miraban embobados le parecía irritante.

—No lo sé —replicó sinceramente Jōtarō.

—Voy a dar un paseo por el pueblo —le dijo Daizō—. Tú quédate aquí mientras esté ausente.

—¿No puedo ir contigo?

—Por la noche no.

—¿Por qué no?

—Como te dije antes, cuando voy a dar un paseo no es sencillamente para entretenerme.

—Entonces ¿para qué lo haces?

—Es algo relacionado con mi religión.

—¿Es que no te basta con las visitas a santuarios y templos durante el día? Hasta los sacerdotes tienen que dormir de noche.

—Para mí, la religión consiste en algo más que visitar santuarios y templos, jovencito. Ahora ve en busca de Sukeichi. Tiene la llave de mi valija.

—Ha ido a la planta baja hace un momento. Le he visto mirando a hurtadillas la habitación de las mujeres.

—¿También él? —exclamó Daizō, chascando la lengua—. Ve a buscarle y hazlo de prisa.

Después de que Jōtarō saliera, Daizō empezó a atarse de nuevo el obi de su kimono.

Los huéspedes masculinos, al enterarse de que las mujeres eran prostitutas de Kyoto, afamadas por su belleza y habilidad en las artes amatorias, eran incapaces de apartar los ojos de ellas. Sukeichi estaba tan absorto en su contemplación, que aún tenía la boca abierta cuando Jōtarō le localizó.

—Vamos, ya has visto suficiente —le dijo bruscamente el muchacho, tirándole de la oreja.

—¡Ay! —gritó el sirviente.

—Tu amo te llama.

—Eso no es cierto.

—Claro que sí. Ha dicho que va a dar un paseo. Siempre hace eso, ¿verdad?

—¿Cómo? Ah, sí, en efecto —dijo Sukeichi, desviando los ojos a regañadientes.

El chico se había vuelto para seguirle, cuando una voz le llamó.

—¿Jōtarō? Eres Jōtarō, ¿me equivoco?

Era la voz de una joven. El muchacho miró a su alrededor inquisitivamente. La esperanza de encontrar a su perdido maestro y Otsū no le había abandonado nunca. ¿Sería posible? Se puso en tensión y escudriñó entre las ramas de un gran arbusto de hoja perenne.

—¿Quién es?

—Yo.

El rostro que surgió del follaje era familiar.

—Ah, sólo eres tú.

Akemi le golpeó fuertemente en la espalda.

—¡Pequeño monstruo! Ha pasado tanto tiempo desde que te vi por última vez... ¿Qué estás haciendo aquí?

—Podría hacerte la misma pregunta.

—Bueno, yo... Bah, de todos modos no significaría nada para ti.

—¿Viajas con estas mujeres?

—Sí, pero aún no me he decidido.

—¿Decidido a qué?

—A convertirme en una de ellas —respondió ella con un suspiro. Tras una larga pausa, le preguntó—: ¿Qué hace últimamente Musashi?

Jōtarō se dio cuenta de que eso era realmente lo que ella quería saber, y pensó que ojalá estuviera en condiciones de responder a la pregunta.

—Otsū, Musashi y yo... nos separamos en la carretera.

—¿Otsū? ¿Quién es? —Apenas acababa de pronunciar estas palabras cuando se acordó—. Bah, no importa. Lo sé. ¿Todavía persigue a Musashi?

Akemi estaba acostumbrada a considerar a Musashi como un gallardo shugyōsha que iba de un lado a otro según le viniera en gana, vivía en los bosques y dormía sobre las rocas desnudas. Aun cuando lograra alcanzarle, él vería en seguida lo disoluta que se había vuelto su vida y la rechazaría. Hacía tiempo que se había resignado a la idea de que su amor no sería correspondido.

Pero la mención de otra mujer despertó en ella sentimientos de celos y avivó los rescoldos de su instinto amoroso.

—Aquí hay demasiados ojos curiosos, Jōtarō. Vayamos a otra parte.

Salieron por la puerta del jardín. Ya en la calle, regaló su vista las luces de Hachiōji y sus numerosas hostelerías. Era la población más animada que los dos habían visto desde que salieran de Kyoto. Al noroeste se alzaban las oscuras y silenciosas formas de la sierra de Chichibu y las montañas que señalaban el límite de la provincia de Kai, pero aquí flotaba en la atmósfera el aroma del sake y vibraban los sonidos de los peines de telar manejados por los tejedores, los gritos de los vendedores en el mercado, las voces excitadas de los jugadores y las desanimadas y lacrimosas canciones de los cantantes callejeros locales.

—Matahachi mencionaba con frecuencia a Otsū —mintió Akemi—. ¿Qué clase de persona es?

—Es muy buena —dijo seriamente Jōtarō—. Dulce, amable, considerada y bonita. Me gusta de veras.

La amenaza que Akemi notaba cernida sobre ella se intensificó, pero ocultó sus sentimientos tras una sonrisa afable.

—¿De veras es tan extraordinaria?

—Sí, lo es, y sabe hacer de todo. Canta, escribe bien y toca la flauta a la perfección.

Akemi no pudo seguir ocultando su irritación.

—No veo qué gana una mujer sabiendo tocar la flauta.

—Si no quieres, no lo hagas, pero todo el mundo, incluso el señor Yagyū Sekishūsai, tiene en gran estima a Otsū. Hay una sola cosa que no me gusta de ella.

—Todas las mujeres tienen sus defectos. Se trata sólo de que los admitan sinceramente, como yo lo hago, o que intenten ocultarlos detrás de una actitud de dama distinguida.

—Otsū no es así. Sólo tiene un punto flaco.

—¿Cuál es?

—Cada dos por tres se le saltan las lágrimas. Es llorona como una criatura.

—¿Ah, sí? ¿Y por qué?

—Llora cada vez que piensa en Musashi. Por eso estar a su lado es bastante triste y no me gusta.

Jōtarō se expresó con juvenil abandono, sin preocuparse lo más mínimo del efecto que pudieran surtir sus palabras.

Unos celos ardientes embargaron a Akemi. Se le notaba en las profundidades de los ojos, incluso en el color de su piel. No obstante, prosiguió su interrogatorio.

—Dime, ¿qué edad tiene?

—Más o menos la misma.

—¿Quieres decir la misma que yo?

—Humm, pero parece más joven y bonita.

Akemi se arriesgó, confiando en volver a Jōtarō en contra de Otsū.

—Musashi es más viril que la mayoría de los hombres. Sin duda detesta ver a una mujer que se comporta así continuamente. Otsū debe creer que las lágrimas le ganarán la benevolencia de un hombre. Es como las chicas que trabajan en la Sumiya.

Jōtarō replicó muy molesto:

—Eso no es cierto en absoluto. En primer lugar, a Musashi le gusta Otsū. Él nunca demuestra sus sentimientos, pero está enamorado de ella.

El rostro ruborizado de Akemi se volvió carmesí. Ansiaba arrojarse a un río para apagar las llamas que la estaban consumiendo.

—Ven conmigo por aquí, Jōtarō.

Tiró de él hacia una luz roja en una calle lateral.

—Eso es una taberna.

—Sí, ¿y qué?

—Las mujeres no pueden entrar en esa clase de sitios.

—De repente tengo mucha sed y no puedo entrar ahí sola. Me sentiría incómoda.

—¿Y yo no?

—También dan de comer. Puedes tomar algo.

A primera vista, el local parecía vacío. Akemi entró y, mirando la pared más que el mostrador, dijo:

—¡Ponme sake!

Engulló una taza tras otra con tanta rapidez como era humanamente posible. Jōtarō, asustado por la cantidad de bebida, intentó moderarla, pero ella le apartó con el codo.

—¡Calla! —gritó—. ¡Qué pesado eres! ¡Vamos, ponme más sake!

El muchacho, interponiéndose entre ella y el recipiente de sake, le suplicó:

—Ya es suficiente. No puedes seguir bebiendo de esa manera.

—No te preocupes por mí —farfulló ella—. Eres amigo de Otsū, ¿no es cierto? ¡No soporto a las mujeres que intentan conseguir a un hombre con lágrimas!

—Pues a mí me disgustan las mujeres que se emborrachan.

—Lo siento mucho, pero ¿cómo un enano como tú podría comprender por qué bebo?

—Anda, paga la cuenta.

—¿Crees que tengo dinero?

—¿Ah, no?

—No. Quizá puedan cobrar en la Sumiya. De todos modos, ya me he vendido al amo. —Las lágrimas anegaron sus ojos—. Lo siento...; de veras que lo siento.

—¿No eras tú quien se burlaba de Otsū porque llora? Mírate.

—Mis lágrimas no son como las suyas. Ah, la vida es demasiado complicada. Quisiera estar muerta.

Dicho esto, se levantó y salió tambaleándose a la calle. El tabernero, que ya había tenido otras dientas como aquélla, se limitó a reírse, pero un rōnin que hasta entonces había dormido silenciosamente en un rincón, abrió sus ojos legañosos y miró a la mujer que se retiraba.

Jōtarō corrió tras ella y la cogió por la cintura, pero ella se zafó y echó a correr por la calle a oscuras, con el muchacho pisándole los talones.

—¡Detente! —le gritó, alarmado—. Ni siquiera se te ocurra eso. ¡Vuelve!

Aunque a ella no parecía importarle si tropezaba con algo en la oscuridad o caía en una ciénaga, era plenamente consciente de la súplica de Jōtarō. Cuando se arrojó al mar en Sumiyoshi, había querido matarse, pero ya no estaba tan falta de astucia. Que Jōtarō se preocupara tanto por ella le producía cierta emoción.

—¡Cuidado! —le gritó, al ver que se dirigía en línea recta a las turbias aguas de un foso—. ¡Detente! ¿Por qué quieres morir? Es una locura.

Volvió a cogerla de la cintura y ella se lamentó.

—¿Por qué no habría de morir? Crees que soy mala, y lo mismo cree Musashi y todo el mundo. No puedo hacer nada salvo morir, abrazando a Musashi en mi corazón. ¡Jamás permitiré que me lo arrebate una mujer como ésa!

—Estás muy confundida. ¿Cómo has llegado a esto?

—No importa. Todo lo que has de hacer es empujarme al foso. Adelante, Jōtarō, empújame.

Cubriéndose el rostro con las manos, se echó a llorar a lágrima viva. Esto despertó un extraño temor en Jōtarō, el cual también sintió el impulso de llorar.

—Anda, Akemi. Volvamos.

—Cuánto deseo verle. Encuéntramelo, Jōtarō. Por favor, encuéntrame a Musashi.

—¡Estate quieta! No te muevas, es peligroso.

—¡Ah, Musashi!

—¡Cuidado!

En aquel momento, el rōnin que había estado en la taberna salió de la oscuridad.

—Vete, muchacho —le ordenó—. Yo la llevaré a la posada.

Cogió a Jōtarō por debajo de los brazos y, alzándolo, lo depositó bruscamente a un lado.

Era un hombre alto, de unos treinta y cinco años, con los ojos hundidos en las cuencas y una espesa barba. Una cicatriz curva, reliquia, sin duda, de una herida de espada, le cruzaba la cara desde la oreja derecha al mentón. Parecía el corte mellado de un melocotón al partirlo.

Tragando saliva para vencer su temor, Jōtarō intentó convencer a la joven.

—Akemi, por favor, ven conmigo. Todo irá bien.

Ahora la cabeza de Akemi descansaba en el pecho del samurai.

—Mira, se ha dormido —dijo el hombre—. ¡Vete de aquí! Luego la llevaré a casa.

—¡No! ¡Suéltala!

Como el chico se negaba a moverse, el rōnin extendió lentamente una mano y le agarró por el cuello del kimono.

—¡Quítame las manos de encima! —gritó Jōtarō, resistiéndose con todas sus fuerzas.

—¡Pequeño bastardo! ¿Te gustaría que te echara al foso?

—¿Quién va a hacerlo?

Se contorsionó hasta liberarse, y en cuanto estuvo libre, su mano encontró el extremo de la espada de madera. Descargó un golpe contra el costado del hombre, pero su propio cuerpo dio una voltereta y cayó sobre una piedra al lado del camino. Jōtarō emitió un solo gemido y quedó inmóvil.

Permaneció algún tiempo inconsciente antes de que empezara a oír voces a su

alrededor.

—Eh, despierta.

—¿Qué ha pasado?

—Abrió los ojos y discernió vagamente un pequeño grupo de gente.

—¿Estás despierto?

—¿Te encuentras bien?

Azorado por la atención de que era objeto, recogió su espada de madera y estaba a punto de alejarse cuando un empleado de la posada le cogió del brazo.

—Espera un momento —le dijo en tono brusco—. ¿Qué le ha ocurrido a la mujer que estaba contigo?

Jōtarō miró a su alrededor y tuvo la impresión de que los demás también eran de la posada, tanto huéspedes como empleados. Algunos de ellos llevaban palos, mientras que otros sostenían redondos farolillos de papel.

—Llegó un hombre y dijo que os habían atacado y un rōnin se había llevado a la mujer. ¿Sabes por dónde han ido?

Jōtarō, todavía aturdido, sacudió la cabeza.

—Eso es imposible. Debes de tener alguna idea.

Jōtarō señaló en la primera dirección que se le ocurrió.

—Ahora lo recuerdo. Fue por ahí.

No quería decir lo que había ocurrido realmente, temeroso de que Daizō le regañara por su intervención, pero también temía admitir delante de aquellas personas que el rōnin le había derribado.

A pesar de la vaguedad de su respuesta, los hombres echaron a correr y, al cabo de un rato, uno de ellos gritó:

—Allí está.

Los farolillos formaron un círculo alrededor de Akemi, que yacía en una postura desgarbada donde había sido abandonada, sobre un montón de heno en el cobertizo de un granjero. El ruido de las pisadas la hizo volver en sí y se levantó. Tenía abierta la parte delantera del kimono y el obi yacía en el suelo. El heno se le había adherido al cabello y la ropa.

—¿Qué ha ocurrido?

Aunque todos tenían en la lengua la palabra «violación», nadie se atrevió a pronunciarla. Ni siquiera pasó por sus mentes la idea de perseguir al malhechor. Creían que lo sucedido a Akemi, fuera lo que fuese, era algo que ella misma se había buscado.

—Vamos, vuelve con nosotros —le dijo uno de los hombres, cogiéndola de la mano.

Akemi se apresuró a retirar la mano. Apoyando la cabeza tristemente en la pared, rompió en amargas lágrimas.

—Parece bebida.

—¿Cómo se ha puesto así?

Jōtarō había observado la escena desde cierta distancia. No entendía con detalle lo que le había sucedido a Akemi, pero de alguna manera le recordó una experiencia que no tenía nada que ver con ella. Sintió de nuevo la emoción de estar tendido en el cobertizo del forraje con Kocha, en Koyagyū, junto con el temor, extrañamente excitante, de unas pisadas que se aproximaban. Sin embargo, su placer se evaporó en seguida.

—Será mejor que regrese —dijo decididamente.

A medida que apresuraba el paso, su espíritu, al regresar de su viaje a lo desconocido, le impulsó a cantar.

Viejo Buda metálico que estás en el campo,
¿has visto a una chica de dieciséis años?
¿No conoces a una muchacha que se ha extraviado?
Cuando te preguntan, contestas «Clang».
Cuando te golpean, dices «Bong».

Un grillo en la hierba

Jōtarō avanzó a paso vivo, prestando escasa atención al camino. De repente se detuvo y miró a su alrededor, preguntándose si se habría extraviado. «No recuerdo haber pasado antes por aquí», pensó con nerviosismo.

Varias casas de samurais bordeaban los restos de una antigua fortaleza. Una sección del recinto había sido reconstruida para servir como residencia oficial de Ōkubo Nagayasu, el administrador nombrado recientemente, pero el resto de la zona, que se alzaba como un montículo natural, estaba cubierto de maleza y árboles. La muralla de piedra era una ruina, pues muchos años antes había sido asaltada por un ejército invasor. La fortificación parecía primitiva comparada con los recintos fortificados construidos en los últimos cuarenta o cincuenta años. No tenía foso ni puente, nada que se pudiera describir apropiadamente como una muralla de castillo. Probablemente había pertenecido a la nobleza rural de la zona en la época anterior a la gran guerra civil tras la cual los daimyō incorporaron sus dominios rurales en principados feudales de mayor tamaño.

A un lado de la carretera se extendían campos de arroz y tierras pantanosas; en el otro las murallas y, más allá, un risco en cuya cima debió de levantarse en otro tiempo la fortaleza.

Mientras trataba de orientarse, Jōtarō examinó el risco. Vio que algo se movía, se detenía y volvía a moverse. Al principio parecía un animal, pero pronto la silueta que se movía sigilosamente se convirtió en el contorno de un hombre. Jōtarō sintió un escalofrío, pero permaneció como clavado donde estaba.

El hombre descolgó una cuerda con un gancho fijado en el extremo superior. Tras haberse deslizado a lo largo de la cuerda y hallado un asidero para los pies, la sacudió para desengancharla y repitió la operación. Al llegar a la base del risco desapareció en la espesura.

Jōtarō sentía una gran curiosidad.

Al cabo de unos minutos, vio que el hombre caminaba por las pequeñas elevaciones que separaban los arrozales, dirigiéndose aparentemente hacia él. Poco le faltó al muchacho para ser presa del pánico, pero se tranquilizó al ver que el hombre llevaba un fardo a la espalda. «¡Qué pérdida de tiempo! —pensó—. No es más que un campesino que roba leña.» Se dijo que el hombre debía de estar loco para arriesgarse a escalar el risco por nada más que un poco de leña. Además se sentía decepcionado, pues su misterio se había vuelto insoportablemente vulgar. Pero entonces experimentó su segunda sorpresa, pues cuando el hombre pasó por el camino junto al árbol tras el que Jōtarō se había escondido, el chico tuvo que ahogar un grito. Estaba seguro de que aquella figura oscura era Daizō.

«No puede ser», dijo para sus adentros. El hombre se ocultaba el rostro con un

paño negro y vestía unos calzones de campesino, polainas y sandalias de paja ligeras.

La misteriosa figura se desvió por un sendero que rodeaba una colina. Nadie con unos hombros tan robustos y un paso tan vigoroso podía ser un cincuentón como Daizō. Tras convencerse de que se había equivocado, Jōtarō le siguió. Tenía que regresar a la posada y aquel hombre podría ayudarle, sin saberlo, a encontrar el camino.

Cuando el hombre llegó a un letrero indicador, dejó en el suelo su fardo, que parecía muy pesado. Al inclinarse para leer la inscripción en la piedra, algo en su figura le pareció familiar a Jōtarō.

Mientras el hombre subía por el sendero de la colina, Jōtarō examinó el letrero, que contenía las palabras «Pino sobre el montículo de las Cabezas Enterradas. Arriba». Allí era donde los habitantes de la zona enterraban las cabezas cortadas de los criminales y los guerreros derrotados.

Las ramas de un pino inmenso eran claramente visibles contra el cielo nocturno. Cuando Jōtarō llegó a lo alto de la elevación, el hombre se había sentado junto a las raíces del árbol y estaba fumando una pipa.

¡Daizō! Ahora no había duda alguna. Un campesino nunca llevaría tabaco consigo. Se había cultivado domésticamente con éxito un poco de aquella planta, pero en una escala tan limitada que todavía era muy cara, e incluso en el distrito relativamente acomodado de Kansai era considerada un lujo. Y allá, en Sendai, cuando el señor Date fumaba, su secretario se sentía obligado a anotar en su diario: «Por la mañana, ha fumado tres veces; por la tarde, cuatro veces; a la hora de acostarse, una vez».

Dejando de lado las consideraciones económicas, la mayoría de quienes tenían ocasión de probar el tabaco descubrían que les producía vértigo e incluso náuseas. Aunque lo apreciaban por su aroma, en general lo consideraban como un narcótico.

Jōtarō sabía que los fumadores eran pocos. También sabía que Daizō era uno de ellos, pues le había visto a menudo aspirar el humo de una hermosa pipa de cerámica. Cierto que eso nunca le había extrañado, pues Daizō era un hombre rico y de gustos costosos.

«¿Qué se propone hacer?», pensó con impaciencia. Ahora que estaba acostumbrado al peligro de la situación, avanzó arrastrándose poco a poco hacia el hombre.

Una vez consumida la pipa, el mercader se levantó, se quitó el pañuelo negro y se lo puso bajo el cinto. Entonces caminó lentamente alrededor del pino. De improviso Jōtarō vio que tenía una pala en las manos y se preguntó de dónde la habría sacado. Apoyado en la pala, Daizō echó un vistazo a la negrura nocturna que le rodeaba, como si fijara la localización en su mente.

Satisfecho al parecer, empujó lateralmente una gran piedra en el lado norte del

árbol y empezó a cavar con energía, sin mirar a derecha ni izquierda. Jōtarō observó que la profundidad del hoyo aumentaba hasta que fue lo bastante hondo para que dentro cupiera un hombre de pie. Por fin Daizō se detuvo y se enjugó el sudor del rostro con el pañuelo. Jōtarō permanecía inmóvil como una roca y totalmente perplejo.

—Esto bastará —murmuró el mercader, mientras terminaba de apisonar con los pies la blanda tierra en el fondo del hoyo. Por un momento, Jōtarō sintió el peculiar impulso de gritarle que no se enterrara vivo, pero se contuvo.

Daizō salió a la superficie y procedió a arrastrar el pesado fardo desde el árbol hasta el borde del hoyo y desanudó el cordón de cañameño con que estaba atado. Al principio Jōtarō pensó que el saco era de tela, pero entonces se dio cuenta de que era un pesado manto de cuero, como los que se ponían los generales sobre sus armaduras. Dentro había otro saco, de lona u otra tela similar. Cuando lo abrió, apareció a la vista la parte superior de un increíble montón de oro, lingotes semicilíndricos que se fabricaban vertiendo el metal fundido en mitades de cañas de bambú cortadas en sentido longitudinal.

Eso no era todo. Tras desatarse el obi, Daizō se desprendió de varias docenas de grandes piezas de oro recién acuñadas, que habían llenado el envoltorio atado alrededor del abdomen, la espalda del kimono y otras partes de su indumentaria. Tras colocarlas pulcramente encima de los lingotes, anudó ambos sacos y dejó caer el fardo al hoyo, como podría haber arrojado el cadáver de un perro. Entonces echó a paladas la tierra extraída, la apisonó con los pies y colocó encima la gran piedra. Para terminar, esparció hierba seca y ramitas alrededor de la piedra.

Entonces se dedicó a transformarse de nuevo en el bien conocido Daizō de Narai, rico comerciante de hierbas. El atuendo de campesino, con el que envolvió la pala, fue a parar a unos espesos arbustos entre los que era muy improbable que se aventurase ningún transeúnte. Se puso el manto de viaje y se colgó la bolsa del dinero alrededor del cuello, a la manera de los sacerdotes itinerantes. Al calzarse las zōri, musitó con satisfacción:

—Toda una noche de trabajo.

Cuando Daizō se hubo alejado lo suficiente, Jōtarō salió de su escondite y fue a la piedra. Aunque escrutó el lugar minuciosamente, no pudo distinguir el menor rastro de lo que acababa de presenciar. Se quedó mirando fijamente el suelo como si fuese la palma vacía de un mago.

«Será mejor que regrese —pensó de repente—. Si no estoy en la posada cuando él llegue, entrará en sospechas.» Puesto que ahora las luces del pueblo eran visibles por debajo de él, no le costó trabajo orientarse. Corriendo como el viento, se las ingenió para mantenerse en senderos laterales, bien apartado del camino de Daizō.

Cuando subió la escalera de la posada y entró en su habitación, lo hizo con una

expresión de perfecta inocencia. Tuvo suerte, pues Sukeichi estaba tumbado junto a la valija lacada, solo y profundamente dormido. Un hilillo de saliva se deslizaba por su mentón.

—Eh, Sukeichi, vas a coger frío.

Jōtarō le sacudió para despertarle.

—Ah, vaya, eres tú —farfulló Sukeichi, restregándose los ojos—. ¿Qué estabas haciendo fuera a estas horas sin decírselo al amo?

—¿Estás loco? Hace horas que estoy aquí. Si hubieras estado despierto, lo habrías sabido.

—No trates de engañarme. Sé que saliste con esa mujer de la Sumiya. Si ahora vas por ahí detrás de una puta, no quiero pensar lo que harás cuando seas adulto.

En aquel momento Daizō abrió la shoji.

—Ya estoy aquí —fue todo lo que dijo.

Era preciso partir a primera hora de la mañana para llegar a Edo antes del anochecer. Jinnai y su grupo, con Akemi incluida, emprendieron el camino bastante antes de que amaneciera. Pero Daizō, Sukeichi y Jōtarō desayunaron sin prisa y no estuvieron listos para partir hasta que el sol ya estuviera bastante alto en el cielo.

Daizō iba delante, como de costumbre, pero Jōtarō le seguía al lado de Sukeichi, lo que no era habitual.

Finalmente Daizō hizo un alto y se dirigió al muchacho.

—Vamos a ver, ¿qué te ocurre esta mañana?

—¿Perdona?

Jōtarō hizo lo que pudo por parecer desenvuelto.

—¿Algo va mal?

—No, nada. ¿Por qué lo preguntas?

—Pareces triste. No eres el de siempre.

—No es nada, señor, sólo estaba pensando. Si me quedo contigo, no sé si encontraré jamás a mi maestro. Quisiera ir en su busca yo solo, si no te parece mal.

Sin un instante de vacilación, Daizō replicó:

—¡Me parece mal!

Jōtarō se le había acercado cautelosamente y empezado a cogerle el brazo, pero retiró la mano y le preguntó con nerviosismo:

—¿Por qué no?

—Descansemos un rato —dijo Daizō, sentándose en la herbosa llanura por la que era famosa la provincia de Musashi[9]. Una vez sentado, hizo un gesto a Sukeichi para que siguiera adelante.

—Pero tengo que encontrar a mi maestro... lo antes posible —le suplicó Jōtarō.

—Te he dicho que no irás solo a ninguna parte. —Con una expresión muy severa, Daizō se llevó la pipa de cerámica a los labios y aspiró el humo—. A partir de hoy, eres mi hijo.

Parecía hablar en serio. Jōtarō tragó saliva, pero entonces Daizō se echó a reír y el muchacho, suponiendo que todo era una broma, le dijo:

—No podría hacer eso. No quiero ser tu hijo.

—¿Cómo?

—Eres un mercader y yo quiero ser samurai.

—No te quepa duda de que Daizō de Narai no es ningún plebeyo ordinario, sin honor ni antecedentes. Sé mi hijo adoptivo y haré de ti un verdadero samurai.

Jōtarō comprendió consternado que el otro hablaba en serio.

—¿Puedo preguntarte por qué has tomado esa decisión tan de repente?

De improviso, Daizō le cogió e inmovilizó a su lado. Acercó la cara a la oreja del muchacho y le susurró:

—Me viste, ¿no es cierto, pequeño bastardo?

—¿Que te vi?

—Sí, estabas mirando, ¿verdad?

—No sé de qué me hablas. ¿Mirando qué?

—¿Qué hice anoche?

Jōtarō hizo lo que pudo por conservar la calma.

—¿Por qué dices eso?

Las defensas del muchacho estaban a punto de venirse abajo.

—¿Por qué espiabas mis asuntos particulares?

—¡Lo siento! —exclamó impulsivamente Jōtarō—. Lo siento de veras. No se lo diré a nadie.

—¡Baja la voz! No voy a castigarte, pero a cambio vas a ser mi hijo adoptivo. Si te niegas, no tendré más alternativa que matarte. Vamos, no me obligues a hacerlo. Creo que eres un buen chico, muy simpático.

Por primera vez en su vida, Jōtarō empezó a sentir verdadero temor.

—Lo siento —repitió ardientemente—. No me mates. ¡No quiero morir!

Como una alondra capturada, hizo un tímido ademán de zafarse del abrazo de Daizō, temeroso de que si se debatía con todas sus fuerzas la mano de la muerte cayera implacable sobre él.

Aunque al muchacho le parecía que Daizō le presionaba como un tornillo de banco, lo cierto era que no le estaba apretando en absoluto. De hecho, cuando puso al chico en su regazo, lo hizo casi con ternura.

—Entonces serás mi hijo, ¿de acuerdo?

Su rasposo mentón rozó la mejilla de Jōtarō.

Aunque él no habría podido identificarlo, lo que encadenaba a Jōtarō era un

aroma adulto, masculino. Él era como un niño pequeño sobre las rodillas de Daizō, incapaz de resistirse, incapaz incluso de hablar.

—Eres tú quien debe decidir. ¿Me dejarás adoptarte o morirás? ¡Respóndeme en seguida!

El muchacho rompió en sollozos y las lágrimas corrieron por sus mejillas. Las restregó con sus sucios dedos hasta que se le formaron minúsculos charcos turbios a ambos lados de la nariz.

—¿Por qué lloras? Eres afortunado de tener semejante oportunidad. Te garantizo que, cuando termine tu educación, serás un gran samurai.

—Pero...

—¿Qué es ello?

—Eres..., eres...

—¿Qué?

—No puedo decirlo.

—Vamos, dilo. Un hombre debe decir lo que piensa con sencillez y claridad.

—Eres...; bueno, tu negocio es el robo.

De no haber sido por las manos que descansaban ligeramente sobre él, Jōtarō habría huido con la celeridad de una gacela. Pero el regazo de Daizō era un pozo profundo, cuyas paredes le impedían moverse.

—Ja, ja —se rió Daizō alegremente, dándole una juguetona palmada en la espalda —. ¿Es eso todo lo que te preocupa?

—Pues... sí.

La risa sacudió los fornidos hombros del mercader.

—Podría ser la clase de persona que roba el país entero, pero lo que no soy es un ladrón vulgar o un salteador de caminos. Fíjate en Ieyasu, Hideyoshi o Nobunaga..., todos ellos guerreros que robaron o intentaron robar la nación entera, ¿no crees? Mira, quédate conmigo y uno de estos días lo comprenderás.

—Entonces ¿no eres un ladrón?

—No me dedicaría a un negocio tan poco provechoso. —Alzó al chico de sus rodillas y añadió—: Vamos, deja de lloriquear y sigamos nuestro camino. A partir de ahora, eres mi hijo. Seré un buen padre para ti. Tu parte del trato consiste en no decir jamás a nadie lo que crees que viste anoche. Si lo haces, te retorceré el cuello.

Jōtarō le creyó.

Los pioneros

Finalizaba el quinto mes del año cuando Osugi llegó a Edo. Hacía un calor bochornoso, como sólo ocurría cuando la estación lluviosa no cumplía con su cometido y la lluvia no llegaba. En los casi dos meses transcurridos desde que abandonara Kyoto, había viajado sin prisas, tomándose tiempo para mimar sus achaques y dolores o visitar templos y santuarios.

Su primera impresión de la capital del shōgun fue desagradable.

—¿Por qué construyen casas en semejante marisma? —observó con desdén—. Ni siquiera han limpiado todavía el terreno de cañas y maleza.

Debido a la sequía insólita para la estación, una capa de polvo se cernía sobre la carretera Takanawa, con sus árboles recién plantados y los mojones colocados últimamente. El tramo entre Shioiri y Nihombashi estaba atestado de carretas de bueyes cargadas de piedras o leña. A lo largo del camino se levantaban nuevas casas a un ritmo vertiginoso.

—¡Por vida de...! —exclamó Osugi, alzando la vista con irritación hacia la parte superior de una casa a medio construir. Una masa de arcilla húmeda desprendida de la paleta de un enlucidor había caído sobre su kimono.

Los obreros se rieron a carcajadas.

—¿Cómo os atrevéis a ensuciar a la gente y luego os quedáis ahí riendo? ¡Deberíais estar de rodillas, pidiendo disculpas!

Allá en Miyamoto, unas pocas palabras enérgicas pronunciadas por Osugi habrían amedrentado a sus arrendatarios o cualesquiera otros habitantes del pueblo, pero aquellos trabajadores, entre los millares de recién llegados desde todos los lugares del país, apenas alzaron la vista de su tarea.

—¿Qué farfulla esa vieja bruja? —preguntó uno de ellos.

Osugi, sulfurada, gritó:

—¿Quién ha dicho eso? A ver, que salga...

Cuanto más parloteaba, tanto más se reían ellos. Empezaron a congregarse espectadores, los cuales se preguntaban unos a otros por qué razón la anciana no actuaría conforme a su edad y se pondría a la altura de las circunstancias.

Osugi entró enfurecida en la casa, agarró el extremo del tablón sobre el que estaban los enlucidores y tiró de él, separándolo de sus soportes. Hombres y cubos llenos de arcilla húmeda cayeron estrepitosamente al suelo.

—¡Vieja perra!

Poniéndose en pie, los hombres la rodearon en actitud amenazante.

Osugi no se arredró.

—¡Vamos afuera! —les ordenó severamente mientras llevaba la mano a la empuñadura de su espada corta.

Los hombres pensaron mejor las cosas. Por su aspecto y la manera de comportarse, la anciana parecía de familia samurai, y podrían meterse en líos si no tenían cuidado. Sus modales se suavizaron visiblemente.

Al observar el cambio, Osugi declaró en tono grandilocuente:

—En lo sucesivo no toleraré la descortesía de la gente como vosotros.

Con expresión satisfecha, salió a la calle y reanudó su camino, mientras los espectadores contemplaban boquiabiertos su testaruda y recta espalda.

Apenas había echado a andar cuando un aprendiz, sus pies fangosos grotescamente cubiertos de virutas y serrín, corrió tras ella, llevando un cubo de sucia arcilla.

—¡A ver si te gusta esto, vieja bruja! —le gritó, arrojándole el contenido del cubo a la espalda.

—¡Aaaaah!

El aullido evidenció la potencia pulmonar de Osugi, pero antes de que pudiera volverse, el aprendiz había desaparecido. Al darse cuenta del desastroso aspecto que ahora tenía, su rostro se contrajo y lágrimas de indignación le arrasaron los ojos.

El regocijo ocasionado por el incidente fue general.

—¿De qué os reís, papirotes? —les reprendió colérica Osugi—. ¿Qué tiene de divertido ver que ensucian así a una anciana? ¿Es ésta vuestra manera de recibir a los mayores en Edo? ¡Ni siquiera sois humanos! Recordad que todos vosotros seréis viejos algún día.

Este arranque atrajo todavía más espectadores.

—¡Edo, nada menos! —dijo soltando un bufido—. A juzgar por lo que dice la gente, se diría que es la ciudad más grande de todo el país. ¿Y qué es en realidad? Un sitio rebosante de porquería, donde todo el mundo se dedica a demoler colinas, desecar ciénagas, cavar zanjas y amontonar arena de la playa. Y no sólo eso, sino que está lleno de gentuza como jamás encontraríais en Kyoto ni cualquier otro lugar del oeste.

Tras haberse desahogado así, dio la espalda a la burlona multitud y se alejó rápidamente.

Sin duda el carácter nuevo de la ciudad era su rasgo más destacado. La madera y el enlucido de las casas eran frescos y lustrosos, muchos solares de construcción sólo estaban parcialmente desecados, y el estiércol de bueyes y caballos invadía el olfato y ofendía la vista.

No hacía mucho tiempo, aquella calzada había sido un simple sendero que recorría los arrozales entre las aldeas de Hibiya y Chiyoda. Si Osugi se hubiera desviado un poco al oeste, acercándose más al castillo de Edo, habría visto un distrito más antiguo y tranquilo, donde los daimyō y vasallos del shōgun empezaron a levantar residencias poco después de que Tokugawa Ieyasu ocupara Edo en 1590.

Pero los lugares que recorría no atraían lo más mínimo a Osugi. Allí se sentía muy vieja. Todas las personas que veía, tenderos, funcionarios a caballo, samurais que caminaban con el rostro ensombrecido por los grandes sombreros de juncos, todas eran jóvenes, así como los obreros, artesanos, vendedores, soldados e incluso los generales.

En la fachada de una casa, donde los enlucidores aún estaban trabajando, lucía un letrero comercial, detrás del cual se sentaba una mujer muy empolvada que se estaba cepillando las cejas mientras esperaba clientes. En otros edificios a medio construir se vendía sake, se exponían paños, se ponía a la venta pescado seco. Un hombre estaba colgando un letrero que anunciaba medicinas.

—Si no estuviera buscando a alguien —musitó Osugi ásperamente—, no me quedaría en este vertedero de basuras ni una sola noche.

Llegó a un montículo de tierra excavada que bloqueaba la calzada y se detuvo. Al pie de un puente que cruzaba el foso todavía sin agua había una chabola, con las paredes de esteras de juncos sujetas con tiras de bambú. Un estandarte proclamaba que aquello era un baño público. Osugi entregó al empleado una moneda de cobre y entró para lavarse el kimono. Tras asearlo tan bien como pudo, pidió prestado un tendedero y colgó la prenda al lado de la chabola. Vestida con ropa interior y una ligera bata de baño echada sobre los hombros, se acuclilló a la sombra de la casa de baños y contempló distraídamente la calzada.

Al otro lado de la calle, media docena de hombres formaban un círculo, regateando con voces lo bastante altas para que Osugi oyera lo que estaban diciendo.

—¿Cuántos pies cuadrados dices que tiene? Si el precio es correcto, lo pensaría.

—Son trescientos pies cuadrados, y el precio es el que he mencionado antes. No puedo rebajarlo.

—Es demasiado, y sin duda lo sabes.

—De ninguna manera. Terraplenar los solares cuesta mucho dinero. Y no olvides que no hay ninguno más disponible en estos alrededores.

—Bah, tiene que haberlos. Están terraplenando por todas partes.

—Ya se han vendido. La gente compra los terrenos tal como están, incluso cenagosos. No encontrarás trescientos pies cuadrados en venta. Claro que si estás dispuesto a ir hacia el río Sumida, podrías encontrar algo más barato.

—¿Me garantizas que hay trescientos pies cuadrados?

—No es necesario que aceptes mi palabra. Coge una cuerda y mídelo tú mismo.

Osugi se quedó pasmada. La cifra pedida por cien pies cuadrados habría bastado para adquirir una enorme extensión de buena tierra para arrozales. Pero conversaciones similares tenían lugar en toda la ciudad, pues muchos mercaderes especulaban con terrenos. A Osugi le desconcertaba que alguien quisiera adquirir tierra allí. No era buena para plantar arroz, y a aquello no se le podía llamar una

ciudad.

Más tarde el trato al otro lado de la calle fue cerrado con unas palmadas rituales cuya intención era atraer la buena suerte a todos los interesados.

Mientras contemplaba ociosamente las sombras en retirada de aquellos hombres, Osugi notó una mano en el dorso de su obi.

—¡Ladrón! —gritó, mientras intentaba agarrar la mano del ratero, pero éste ya le había arrebatado la bolsa del dinero y estaba en la calle.

—¡Ladrón! —gritó la anciana de nuevo. Corriendo tras el hombre, logró echarle los brazos alrededor de la cintura—. ¡Socorro! ¡Ladrón!

El ratero se debatió, golpeándole varias veces en la cara sin poder zafarse de ella.

—¡Suéltame, vaca! —gritó al tiempo que le daba un puntapié en las costillas.

Osugi emitió un gruñido apagado y se tambaleó, pero había desenvainado su espada corta y dio un tajo al tobillo del hombre.

—¡Aaay! —Avanzó sangrante y cojeando unos pocos pasos, y entonces cayó al suelo.

Sobresaltados por la conmoción, los contratistas de tierras se volvieron, y uno de ellos exclamó:

—¡Eh! ¿No es ése el inútil de Kōshū?

Quien había hablado era Hangawara Yajibei, patrón de un numeroso grupo de obreros de la construcción.

—Parece él —dijo uno de sus hombres—. ¿Qué tiene en la mano? Parece una bolsa de dinero.

—Así es, en efecto. Y alguien acaba de llamarle ladrón a gritos. ¡Mira! Hay una anciana tendida en el suelo. Ve a ver qué le ocurre. Yo me ocuparé de él.

El ratero se había levantado y emprendido la huida, pero Yajibei le dio alcance y, de un golpe, lo derribó como podría haber aplastado un saltamontes.

El trabajador regresó al lado de su jefe y le informó:

—Tal como pensábamos. Ha robado la bolsa de esa anciana.

—Aquí la tengo. ¿Cómo está la mujer?

—No ha sufrido graves daños. Se desmayó, pero ha vuelto en sí gritando enfurecida.

—Aún está ahí sentada. ¿No puede levantarse?

—Supongo que no. Le ha dado un puntapié en las costillas.

—¡Hijo de perra! —Fulminando al ratero con la mirada, Yajibei dio una orden a su subordinado—: Ushi, clava una estaca.

Estas palabras hicieron temblar al ladrón como si le aplicaran la punta de un cuchillo en la garganta.

—Eso no —suplicó, arrastrándose por el suelo a los pies de Yajibei—. Perdóname por esta sola vez. Te prometo que no lo volveré a hacer.

El patrón sacudió la cabeza.

—No, vas a llevarte tu merecido.

Ushi, a quien habían puesto el nombre del signo zodiacal bajo el que había nacido,[10] una práctica corriente entre los campesinos, regresó con dos obreros del cercano puente.

—Allí —dijo el jefe, señalando el centro de un solar vacío.

Después de que los hombres hubieran clavado un pesado poste en el suelo, uno de ellos preguntó:

—¿Está bien así?

—Muy bien —dijo Yajibei—. Ahora atadle y clavad una tabla por encima de su cabeza.

Cuando hubieron hecho lo que les pedía, Yajibei pidió prestado un pote de tinta y un pincel a un carpintero y escribió en la tabla: «Este hombre es un ladrón. Hasta hace poco trabajaba para mí, pero ha cometido un delito por el que debe ser castigado. Quedará atado aquí, expuesto a la lluvia y el sol, durante siete días y siete noches. Por orden de Yajibei de Bakurōchō».

—Gracias —dijo, devolviendo el pote de tinta—. Ahora, si no es pedir demasiado, dadle algo de comer de vez en cuando, sólo lo suficiente para que no desfallezca de hambre. Cualquier cosa que os sobre de vuestra comida bastará.

Los dos obreros, junto con otros que entretanto se habían congregado, hicieron gestos de asentimiento. Algunos trabajadores prometieron que se ocuparían de que el ladrón fuese ridiculizado como merecía. No eran sólo los samurais quienes temían la exposición pública de sus fechorías o debilidades. En aquellos tiempos, incluso para los ciudadanos el hecho de que se rieran de ellos era el peor de los castigos.

Castigar a los delincuentes sin someterlos a la ley era una práctica firmemente establecida. En los días en que los guerreros estaban demasiado ocupados por la guerra para mantener el orden, los ciudadanos, por su propia seguridad, se arrogaron la tarea de castigar a los sinvergüenzas. Aunque ahora Edo contaba con un magistrado oficial y se estaba desarrollando un sistema mediante el cual los ciudadanos prominentes de cada distrito actuaban como representantes del gobierno, todavía se practicaban los juicios sumarios, y, como las condiciones eran todavía un tanto caóticas, las autoridades veían pocos motivos para intervenir.

—Dale su bolsa a la anciana, Ushi —dijo Yajibei—. Es una pena que le haya sucedido semejante percance a una persona de su edad. Parece estar sola. ¿Qué le ha ocurrido a su kimono?

—Dice que lo ha lavado y tendido.

—Pues ve a buscárselo y luego tráela aquí. Podríamos llevarla a casa. De poco serviría castigar al ladrón si la dejamos ahí para que sea presa de algún otro rufián.

Poco después, Yajibei se puso en marcha. Ushi le seguía, con el kimono doblado

sobre el brazo y Osugi cargada a la espalda.

Pronto llegaron a Nihombashi, el «Puente de Japón», desde donde se medían ahora todas las distancias a lo largo de las carreteras que partían de Edo. Unos parapetos de piedra sostenían el arco de madera, y como el puente había sido construido sólo hacía un año, los pretiles aún parecían nuevos. A lo largo de una orilla estaban atracadas embarcaciones procedentes de Kamakura y Odawara. En la otra orilla se encontraba el mercado de pescado de la ciudad.

—Ah, me duele el costado —dijo Osugi, quejumbrosa.

Los vendedores de pescado alzaron la vista para ver qué ocurría.

A Yajibei no le gustaba que la gente le mirase embobada. Volvió la cabeza hacia Osugi y le dijo:

—En seguida me reuniré con vosotros. Aguanta un poco más. Tu vida no corre peligro.

Osugi apoyó la cabeza en la espalda de Ushi y se quedó quieta y callada como una criatura.

En la zona céntrica estaban los barrios de comerciantes y artesanos. Había un distrito de herreros, otro de fabricantes de lanzas, otros habitados por los tintoreros, los tejedores de tatamis y así sucesivamente. La casa de Yajibei destacaba entre las viviendas de los demás carpinteros porque la mitad delantera del tejado estaba cubierta de tejas, mientras que todas las demás casas tenían tejados de madera. Hasta que se produjo un incendio, unos dos años antes, casi todos los tejados habían sido de paja. En realidad, Yajibei debía a su tejado el que pasaba por su apellido, pues Hangawara significa «medio tejado».

Había llegado a Edo como rōnin, pero era inteligente y bondadoso y se había revelado como un hábil director de trabajadores. No tardó mucho en establecerse como contratista que empleaba a un número considerable de carpinteros, techadores y peones. La construcción de proyectos para varios daimyōs le proporcionó el capital suficiente para dedicarse también al negocio inmobiliario. Era ya demasiado rico para tener que trabajar con sus propias manos, y jugaba el papel de patrón local. Entre los numerosos patrones de Edo nombrados como tales por ellos mismos, Yajibei era uno de los más conocidos y respetados.

Los ciudadanos tenían en gran estima tanto a los patrones como a los guerreros, pero de las dos clases, la de los patrones era la que más admiraban, porque solían defender a la gente corriente. Aunque los de Edo tenían un estilo y un espíritu propios, los patrones no existían sólo en la nueva capital, sino que su historia se remontaba a los turbulentos días finales del shogunado Ashikaga, cuando las bandas de matones deambulaban por el campo como manadas de leones, saqueando a placer y sometiendo sin límite a la gente.

Según un escritor de aquella época, se cubrían con poco más que unos taparrabos

de color bermejo y amplias envolturas abdominales. Sus espadas eran muy largas, medían casi cuatro pies, e incluso sus espadas cortas tenían más de dos pies de longitud. Muchos usaban otras armas más rudas, como hachas de combate y «rastrillos de hierro». Se dejaban crecer salvajemente el pelo, usaban gruesos trozos de cuerda como bandas para la cabeza y a menudo se cubrían las pantorrillas con polainas de cuero.

Dado que carecían de lealtades fijas, actuaban como mercenarios, y, una vez restablecida la paz, tanto los campesinos como los samurais los condenaban al ostracismo. En la época de Edo, quienes no se contentaban con ser bandidos o salteadores de caminos solían buscar fortuna en la nueva capital. Bastantes de ellos tuvieron éxito, y esa raza de dirigentes fue descrita cierta vez en estos términos: «Sus huesos son la rectitud, su carne el amor a la gente y su piel la galantería». En una palabra, eran los héroes populares por excelencia.

Muerte junto al río

La vida bajo el tejado de Yajibei, con tejas sólo en su mitad, agradaba tanto a Osugi que año y medio después todavía estaba allí. Tras las primeras semanas, durante las que descansó y recobró la salud, apenas transcurrió un día sin que se dijera que debía ponerse en camino.

Cada vez que le mencionaba el tema a Yajibei, a quien no veía a menudo, éste le instaba a quedarse.

—¿Qué prisa tienes? —le preguntaba—. No hay motivos para que vayas a ninguna parte. Espera hasta que encontremos a Musashi. Entonces te serviremos como ayudantes en el duelo.

Yajibei no sabía nada del enemigo de Osugi excepto lo que ella misma le había contado, que era el más bribón de los bribones, pero desde el día que llegó la anciana todos los hombres del patrón habían recibido instrucciones de que se apresurasen a informar inmediatamente de todo aquello que oyeran o vieran relacionado con Musashi.

Aunque al principio Osugi había detestado Edo, su actitud se había suavizado hasta el punto de que estaba dispuesta a admitir que la gente era «amistosa, despreocupada y realmente muy amable en el fondo».

En la vivienda de Hangawara, especialmente, había mucha manga ancha y tenía algo de refugio de los inadaptados sociales: muchachos campesinos demasiado perezosos para cultivar la tierra, rōnin desplazados, libertinos que habían gastado el dinero de sus padres y ex presidiarios tatuados formaban un rudo y abigarrado grupo cuyo espíritu de equipo unificador se parecía curiosamente al de una escuela de guerreros bien dirigida. Sin embargo, allí el ideal era una jactanciosa masculinidad más que virilidad espiritual. Era en verdad un aojo de matones.

Como en el dōjō de las artes marciales, existía allí una rígida estructura de clases. Bajo las órdenes del jefe, que era la máxima autoridad temporal y espiritual, había un grupo de veteranos, a los que normalmente se referían como los «hermanos mayores». Por debajo de ellos estaban los sicarios ordinarios, los kobun, cuyo rango estaba determinado en gran medida por la duración de su servicio. Había también una clase especial de «invitados», cuya categoría dependía de factores como su habilidad en el manejo de las armas. Un código de etiqueta, de origen incierto pero que todos seguían estrictamente, reforzaba la organización jerárquica.

En un momento determinado, Yajibei, pensando que Osugi podría aburrirse, le sugirió que se hiciera cargo de los hombres más jóvenes. Desde entonces había dedicado sus días a coser, remendar, lavar y poner en orden lo que desbarataban los kobun, cuya dejadez le daba mucho trabajo.

A pesar de su falta de buena crianza, los kobun sabían reconocer la calidad

cuando la veían. Admiraban tanto los hábitos espartanos de Osugi como la eficacia con que realizaba sus tareas. «Es una auténtica dama samurai —les gustaba decir—. La casa de Hon'iden debe de tener muy buena sangre.»

El jefe, el anfitrión más impensable de Osugi, la trataba con consideración, e incluso le construyó un aposento independiente en el solar vacío detrás de la casa. Cada vez que estaba en casa, iba a presentarle sus respetos por la mañana y por la noche. Cuando uno de sus subordinados le preguntó por qué mostraba semejante deferencia hacia una desconocida, Yajibei le confesó que se había portado muy mal con sus propios padres cuando aún vivían, y que a su edad sentía un deber filial hacia todas las personas mayores.

Llegó la primavera, cayeron las flores de los ciruelos silvestres, pero en la misma ciudad apenas había aún flores de cerezo. Aparte de unos pocos árboles en las colinas escasamente pobladas al oeste, no había más que los arbolitos plantados por los budistas a lo largo de la carretera que conducía al Sensōji, en Asakusa. Se rumoreaba que aquel año habían salido brotes y florecerían por primera vez.

Un día Yajibei acudió a la habitación de Osugi y le dijo:

—Voy a ir al Sensōji. ¿Quieres venir conmigo?

—Será un placer. Ese templo está dedicado a Kanzeon y creo mucho en los poderes de esa deidad. Es la misma bodhisattva que la Kannon a la que rezaba en el Kiyomizudera de Kyoto.

Acompañaron a Yajibei y Osugi dos de los kobun, Jūrō y Koroku. Por razones que nadie conocía, Jūrō tenía el sobrenombre de «Esterilla Roja», pero era evidente por qué a Koroku le llamaban el «Acólito». Era un hombre pequeño y compacto, de semblante bondadoso, si uno pasaba por alto las tres feas cicatrices en la frente, prueba de su tendencia a las peleas callejeras.

Primero se dirigieron al foso en Kyōbashi, donde podían alquilarse embarcaciones. Después de que Koroku remara hábilmente con la espadilla, pasando del foso al río Sumida, Yajibei les ordenó que abrieran las cajas del almuerzo. Entonces les explicó:

—Hoy voy al templo porque es el aniversario de la muerte de mi madre. La verdad es que debería regresar a mi tierra y visitar su tumba, pero está demasiado lejos, por lo que llego a un compromiso yendo al Sensōji y haciendo un donativo. Cierto que ese templo tampoco está a la vuelta de la esquina. Considerad esta salida como una excursión.

Enjuagó en el agua del río una taza de sake y se la ofreció a Osugi.

—Eres muy considerado al recordar a tu madre —le dijo ella mientras aceptaba la taza, preguntándose inquieta si Matahachi haría lo mismo cuando ella hubiera desaparecido—. Pero no estoy segura de que beber sake en el aniversario del fallecimiento de tu pobre madre sea lo más correcto.

—Mira, prefiero hacer esto que celebrar alguna ceremonia pomposa. Sea como fuere, creo en el Buda, eso es todo lo que cuenta para los patanes ignorantes como yo. Conoces el dicho, ¿verdad? «Aquel que tiene fe, no necesita conocimiento.»

Osugi no insistió y se dedicó a beber una taza tras otra. Al cabo de un rato observó:

—Hacía una infinidad de tiempo que no bebía así. Tengo la sensación de que estoy flotando en el aire.

—Bebe, bebe —le instó Yajibei—. Es buen sake, ¿no? No te preocupes de si te caes al agua. Estamos aquí para cuidarte.

El río, que fluía hacia el sur desde el pueblo de Sumida, era ancho y plácido. En el lado de Shimōsa, la orilla oriental frente a Edo, se extendía un frondoso bosque. Las raíces de los árboles que se adentraban en el agua formaban una especie de nidos que contenían charcas diáfanas, las cuales brillaban como zafiros a la luz del sol.

—¡Ah! —exclamó Osugi—. ¡Escuchad a los ruiseñores!

—Cuando llega la estación lluviosa, puedes oír a los ruiseñores durante todo el día.

—Permíteme que te sirva. Confío en que no te importe que me una a tu celebración.

—Me alegra ver que te lo estás pasando bien.

Desde la popa, Koroku habló en un tono que revelaba codicia:

—¡Eh, jefe! ¿Y si pasaras el sake aquí?

—Limítate a prestar atención a tu trabajo. Si empiezas a beber ahora, vamos a ahogarnos todos. Cuando regresemos podrás beber cuanto quieras.

—Si tú lo dices... Pero quiero que sepas que el río entero empieza a parecerme de sake.

—Deja de pensar en ello. Anda, dirígenos a ese bote cercano a la orilla para comprar pescado fresco.

Koroku obedeció. Tras regatear un poco, el pescador sonrió satisfecho, levantó la tapa de un depósito construido en la cubierta y les dijo que cogieran lo que quisiesen. Osugi nunca había visto nada igual. El depósito estaba lleno hasta el borde de peces que coleaban y aleteaban, unos de mar y otros de río. Carpas, gambas, siluros, pargos, gobios, incluso truchas y róbalos.

Yajibei roció un boquerón con salsa de soja y empezó a comérselo crudo. Le ofreció uno a Osugi, pero ella lo rechazó con una expresión de espanto en el rostro.

Cuando atracaron en la orilla occidental del río y desembarcaron, Osugi parecía un poco tambaleante.

—Ten cuidado —le advirtió Yajibei—. Será mejor que me cojas de la mano.

—No, gracias, no necesito ninguna ayuda. —Agitó su propia mano ante la cara, en un gesto de indignación.

Después de que Jūrō y Koroku hubieran amarrado el bote, los cuatro cruzaron una vasta extensión de piedras y charcos hasta llegar a la orilla del río propiamente dicha.

Un grupo de chiquillos estaban ocupados en dar la vuelta a las piedras, pero al ver a los cuatro desconocidos, abandonaron su tarea y les rodearon, parloteando con excitación.

—Cómpranos algo, señor, por favor.

—¿No quieres comprar, abuela?

A Yajibei parecían gustarle los niños. Por lo menos no evidenció la menor irritación.

—A ver, ¿qué tenéis aquí? ¿Cangrejos?

—No, no son cangrejos, sino puntas de flecha —dijeron al tiempo que sacaban puñados de ellas que guardaban en sus kimonos.

—¿Puntas de flechas?

—Eso es. Muchos hombres y caballos están enterrados en un montículo al lado del templo. La gente que viene aquí compra puntas de flecha para hacer ofrendas a los muertos. También vosotros deberíais hacerlo.

—Creo que no quiero ninguna punta de flecha, pero os daré algún dinero. ¿Qué os parece?

A los niños les pareció de perlas, y en cuanto Yajibei les distribuyó unas monedas, los niños se alejaron corriendo para seguir revolviendo las piedras. Mientras los cuatro estaban todavía mirándoles, un hombre salió de una casa cercana con tejado de paja, les quitó las monedas y entró de nuevo. Yajibei chasqueó la lengua y se volvió, disgustado.

Osugi contemplaba el río con fascinación.

—Si por aquí hay montones de puntas de flecha es porque debe de haber habido una gran batalla —observó.

—La verdad es que no lo sé, pero parece ser que aquí se libraron algunas batallas en la época en que Edo era sólo una hacienda provincial. Eso ocurrió hace cuatro o cinco siglos. He oído decir que Minamoto-no-Yoritomo vino aquí desde Izu para organizar las tropas en el siglo XII. Cuando la corte imperial estaba dividida..., ¿cuándo fue eso, en el siglo XIV?..., el señor Nitta de Musashi fue derrotado por los Ashikaga en algún lugar de estos contornos. Dicen que en los dos últimos siglos, generales locales como Ōta Dōkan han librado muchas batallas cerca de aquí, río arriba.

Mientras el patrón hablaba con la anciana, Jūrō y Koroku siguieron para acomodarse en la terraza del santuario.

El Sensōji le causó a Osugi una tremenda decepción. A sus ojos no era más que una casa grande y destartalada, y la residencia del sacerdote una simple choza.

—¿Es esto el santuario? —inquirió en tono despectivo—. Después de todo lo que

he oído acerca del Sensōji...

El santuario estaba emplazado en un espléndido bosque virgen de árboles grandes y antiguos, pero no sólo el pabellón de Kanzeon tenía un aspecto pobre, sino que, cuando el río se desbordaba, el agua invadía el bosque y llegaba hasta la misma terraza del santuario. Incluso en otras ocasiones, los pequeños afluentes empapaban el terreno.

—Bienvenido. Me alegra volver a verte.

Sorprendida, Osugi alzó la vista y vio un sacerdote que estaba arrodillado en el tejado.

—¿Estás trabajando en el tejado? —le preguntó Yajibei en tono afable.

—Es necesario, a causa de los pájaros. Cuanto más lo reparo, más roban la paja para construir sus nidos. Siempre hay alguna filtración. Pero poneos cómodos. En seguida bajo.

Yajibei y Osugi cogieron unas lamparillas votivas y entraron en el lóbrego interior. «No me extraña que haya filtraciones», se dijo, mirando los agujeros de contorno estrellado en el techo.

Arrodillándose al lado de Yajibei, sacó su rosario y con expresión arrobada se puso a entonar el Voto de Kanzeon, que forma parte del Sutra del Loto.

Residirás en el cielo como el sol.
Y si te persiguen hombres malvados
y te echan abajo desde la montaña de Diamante,
reflexiona en el poder de Kanzeon
y no perderás ni un pelo de tu cabeza.
Y si te ves rodeado de bandidos
y amenazado por espadas,
si reflexionas en el poder de Kanzeon
los bandidos se apiadarán de ti.
Y si el rey te sentencia a muerte
y la espada está presta para decapitarte,
reflexiona en el poder de Kanzeon
y la espada se hará añicos.

Al principio entonaba los versículos en voz baja, pero cuando se olvidó de la presencia de Yajibei, Jūrō y Koroku, su voz se alzó e hizo resonante. Estaba absorta en el rezo.

Los ochenta y cuatro mil seres sensitivos
comienzan a aspirar en sus corazones

a la anuttara-samyak-sambodhi,
la insuperada Sabiduría de los Budas.

Con el rosario temblando entre sus dedos, Osugi siguió recitando sin pausa una súplica personal:

¡Salve, Kanzeon, la reverenciada por el mundo!
¡Salve, Bodhisattva de la Misericordia y la Compasión ¡Infinitas!
Contempla favorablemente el único deseo de esta anciana.
¡Permíteme derribar a Musashi, y que sea muy pronto!
¡Permíteme derribarle!
¡Permíteme derribarle!

Bajando bruscamente la voz, hizo una reverencia hasta casi tocar el suelo con la frente.

—¡Y haz de Matahachi un buen muchacho! ¡Concede la prosperidad a la casa de Hon'iden!

Una vez concluida la larga plegaria, hubo un momento de silencio antes de que el sacerdote les invitara a salir para tomar el té. Yajibei y los dos hombres más jóvenes, que se habían arrodillado a la manera formal durante la invocación, se levantaron frotándose las piernas, en las que tenían una sensación de hormigueo, y salieron a la terraza.

—Ahora puedo beber un poco de sake, ¿verdad? —solicitó ansioso Jūrō.

Una vez conseguido el permiso para hacerlo, fue en seguida a la casa del sacerdote y dispuso el almuerzo en el porche. Cuando los demás se reunieron con él, estaba tomando sake con una mano y asando a la parrilla los pescados que habían comprado con la otra.

—¿A quién le importa que no haya flores de cerezo? —observó—. De todos modos esto parece una salida campestre para contemplar las flores.

Yajibei le dio al sacerdote un donativo, delicadamente envuelto en papel, y le dijo que lo usara para reparar el tejado. Al hacerlo, reparó en una hilera de placas de madera en las que estaban escritos los nombres de los donantes, junto con las cantidades que habían aportado. En general, su cuantía era más o menos la misma que la de Yajibei, pero había un donativo que destacaba entre todos los demás: «Diez monedas de oro, Daizō de Narai, provincia de Shinano».

Volviéndose hacia el sacerdote, Yajibei observó:

—Tal vez sea una grosería decirlo, pero diez monedas de oro son una suma considerable. ¿Tan rico es ese Daizō de Narai?

—La verdad es que no sabría decírtelo. Un día, hacia finales del año pasado, se

presentó de improviso y dijo que era una ignominia que el templo más famoso del distrito de Kanto estuviera en pésimas condiciones. Me dijo que añadiera su donativo a nuestros fondos para la compra de madera.

—Vaya, parece tratarse de un hombre admirable.

—También hizo un donativo de tres monedas de oro al santuario de Yushima y no menos de veinte al santuario de Kanda Myōjin. Quería que este último se mantuviera en buenas condiciones porque en él se venera el espíritu de Taira-no-Masakado. Daizō insiste en que Masakado no era un rebelde. Cree que se le debería reverenciar como el pionero que exploró la parte oriental del país. Como puedes ver, hay en este mundo algunos donantes muy especiales.

Apenas el sacerdote había terminado de hablar, cuando una muchedumbre de chiquillos corrieron atropelladamente hacia ellos.

—¿Qué estáis haciendo aquí? —les gritó el sacerdote severamente—. Si queréis jugar, bajad al río. No debéis correr de esa manera por el recinto del templo.

Pero los niños prosiguieron su avance inexorable como un banco de peces, hasta llegar a la terraza.

—Ven en seguida —gritó uno de ellos—. ¡Es terrible!

—Ahí abajo hay un samurai. Está luchando.

—Un solo hombre contra cuatro.

—¡Con espadas auténticas!

—¡Alabado sea Buda! ¡Otra vez no! —se lamentó el sacerdote, mientras se apresuraba a calzarse las sandalias. Antes de salir corriendo, se detuvo un momento para explicar a sus visitantes—: Perdonadme, pero debo dejaros un momento. La orilla del río es un lugar favorito para las peleas. Cada vez que vuelvo la espalda, hay alguien ahí descuartizando a otro o golpeándole hasta convertirlo en pulpa. Los agentes del magistrado acuden a mí para pedirme un informe por escrito. Esta vez tendré que ir a ver qué sucede.

—¿Una pelea? —corearon Yajibei y sus hombres, y al instante echaron a correr.

Osugi les siguió, pero era mucho más lenta que ellos, tanto que, cuando llegó al lugar de los hechos, la pelea ya había terminado. Los niños y algunos espectadores de una cercana aldea de pescadores permanecían en silencio, tragando saliva, pálidos.

Al principio Osugi pensó que el silencio era extraño, pero entonces también ella contuvo el aliento y abrió mucho los ojos. Al otro lado del terreno aleteó la sombra de una golondrina. Avanzaba hacia ellos un samurai joven y de porte presumido, vestido con un manto de guerrero de color rojo violáceo. Tanto si reparó en los espectadores como si no, no les hizo el menor caso.

La mirada de Osugi se posó en los cuatro cuerpos tendidos y enmarañados a unos veinte pasos detrás del samurai.

El vencedor se detuvo. Al hacerlo, los espectadores ahogaron un grito, pues uno

de los vencidos se había movido. Levantándose tambaleante, gritó:

—¡Aguarda! No puedes huir.

El samurai adoptó una actitud de espera mientras el herido avanzaba y decía con voz entrecortada:

—Esta... lucha... aún no ha terminado.

Cuando dio un débil salto para atacar, el samurai retrocedió un paso, dejando que su adversario cayera hacia adelante. Entonces le golpeó, partiéndole en dos la cabeza.

—¿Ha terminado ahora? —gritó cruelmente.

Nadie le había visto desenvainar su espada Palo de Secar.

Tras limpiar la hoja, se agachó para lavarse las manos en el río. Aunque los aldeanos estaban acostumbrados a presenciar reyertas, la sangre fría de aquel samurai les había dejado pasmados. La muerte del último hombre no sólo había sido instantánea sino también inhumanamente cruel. Nadie decía nada.

El samurai se puso en pie y estiró los brazos.

—Es igual que el río Iwakuni —dijo—. Me recuerda mi tierra.

Durante unos instantes contempló ociosamente la ancha corriente y una bandada de golondrinas de vientre blanco que bajaban en picado y rozaban el agua. Luego se volvió y echó a andar rápidamente río abajo.

Fue directamente al bote de Yajibei, pero cuando empezaba a quitarle la amarra, Jūrō y Koroku salieron corriendo del bosque.

—¡Espera! ¿Qué crees que estás haciendo? —le gritó Jūrō, quien ahora estaba lo bastante cerca para ver la sangre que manchaba el hakama y las correas de las sandalias del samurai, pero no se fijó en ella.

Dejando caer la cuerda, el samurai sonrió.

—¿Puedo usar el bote? —inquirió sonriente.

—Claro que no —le respondió bruscamente Jūrō.

—¿Y si pago por él?

—No digas tonterías.

La voz que rechazó en redondo la oferta del samurai era la de Jūrō, pero en cierto sentido era como si toda la nueva y temeraria ciudad de Edo hablara sin miedo por su boca.

El samurai no pidió disculpas, pero tampoco recurrió a la fuerza. Dio media vuelta y se alejó sin decir otra palabra.

—¡Kojirō! ¡Kojirō! ¡Espera! —Osugi le llamó con toda la fuerza de sus pulmones.

Cuando Kojirō se dio cuenta de quién era, la severidad de su semblante se disipó y sonrió afablemente.

—¡Vaya! ¿Qué estás haciendo aquí? Me preguntaba qué te había ocurrido.

—He venido para presentar mis respetos a Kanzeon, en compañía de Hangawara

Yajibei y estos dos jóvenes. Yajibei me ha dado alojamiento en su casa de Bakurōchō.

—¿Cuándo te vi por última vez? Vamos a ver... Fue en el monte Hiei. Entonces me dijiste que te dirigías a Edo, por lo que pensé que podría tropezar contigo. Pero la verdad es que no esperaba precisamente encontrarte aquí. —Miró de soslayo a Jūrō y Koroku, los cuales estaban conmocionados—. ¿Te refieres a estos dos?

—Ah, son sólo un par de rufianes, pero su jefe es muy buena persona.

Yajibei estaba tan atónito como los demás al ver a su huésped charlando amigablemente con el temible samurai. En seguida se acercó e hizo una reverencia a Kojirō.

—Me temo que mis muchachos te han hablado muy rudamente, señor, pero confío en que les perdones. Estamos a punto de marcharnos. Quizá te gustaría navegar río abajo con nosotros.

Virutas

Como la mayoría de la gente reunida por las circunstancias y que de ordinario tienen poco o nada en común, el samurai y su anfitrión no tardaron en entenderse. El sake era abundante, el pescado fresco, y Osugi y Kojirō tenían una curiosa afinidad espiritual que evitaba que la atmósfera resultara incómodamente formal. Con auténtica preocupación le preguntó por su condición de shugyōsha y él por sus progresos hacia el logro de su «gran ambición».

Cuando ella le dijo que desde hacía mucho tiempo desconocía el paradero de Musashi, Kojirō le ofreció un rayo de esperanza.

—He oído el rumor de que el otoño e invierno pasados visitó a dos o tres guerreros destacados. Tengo la corazonada de que todavía sigue en Edo.

Por supuesto, Yajibei no estaba tan seguro, y dijo a Kojirō que sus hombres no habían conseguido ninguna información. Tras haber examinado la penosa situación de la anciana desde todos los ángulos, Yajibei dijo:

—Confío en que nuestra recién iniciada amistad se prolongue en el futuro.

Kojirō respondió en la misma vena e hizo toda una exhibición, enjuagando su taza para ofrecerla no sólo a Yajibei sino también a sus dos subordinados, a cada uno de los cuales sirvió sake.

Osugi estaba rebosante de alegría.

—Dicen que lo bueno se encuentra dondequiera que uno mire —observó gravemente—. ¡Aun así, soy excepcionalmente afortunada! ¡Pensar que tengo dos hombres fuertes como vosotros a mi lado! Estoy segura de que me encuentro bajo la protección de la gran Kanzeon.

No hizo el menor intento de reprimir los sollozos y las lágrimas que acudían a sus ojos.

Yajibei, reacio a permitir que la conversación cayera en la sensiblería, se dirigió al samurai:

—Dime, Kojirō, ¿quiénes eran esos cuatro hombres a los que has derribado?

Ésta pareció ser la oportunidad que Kojirō había estado esperando, pues su ágil lengua empezó a moverse sin tardanza.

—¡Ah, ésos! —empezó a decir con una risa desenfadada—. No eran más que unos rōnin de la escuela de Obata. Visité a Obata en cinco o seis ocasiones para discutir de asuntos militares, y esos tipos no dejaban de intervenir con observaciones impertinentes. Incluso tuvieron el descaro de perorar sobre el tema de la esgrima, por lo que les dije que si iban a la orilla del Sumida les daría una lección sobre los secretos del estilo Ganryū, junto con una demostración de lo bien que corta el filo de mi Palo de Secar, y les hice saber que no me importaba cuántos de ellos quisieran medirse conmigo.

—Cuando llegué allí, había cinco hombres esperándome, pero en cuanto adopté una postura de combate, uno de ellos dio media vuelta y huyó corriendo. Debo decir que en Edo no faltan hombres que hablan mejor de lo que luchan.

Se echó a reír de nuevo, esta vez ruidosamente.

—¿Obata has dicho?

—¿No le conoces? Obata Kagenori, del linaje de Obata Nichijō, que sirvió a la familia Takeda de Kai. Ieyasu le empleó, y ahora es profesor de ciencia militar del shōgun, Hidetada. También tiene su propia escuela.

—Ah, sí, ahora lo recuerdo.

Yajibei estaba sorprendido e impresionado por la aparente familiaridad de Kojirō con una persona tan célebre.

«Este joven aún lleva flequillo —se dijo maravillado—, pero debe de ser alguien, si se asocia con samurais de esa categoría.» Al fin y al cabo, el patrón de los carpinteros era un alma sencilla, y la cualidad que más admiraba en aquel individuo era, claramente, la fuerza bruta. Su admiración hacia Kojirō se intensificó.

Inclinándose hacia el samurai, le dijo:

—Permíteme que te haga una proposición. Siempre tengo cuarenta o cincuenta patanes perdiendo el tiempo en mi casa. ¿Qué te parecería si construyera un dōjō y te pidiera que los adiestres?

—Bueno, no me importaría darles lecciones, pero debes comprender que muchos daimyōs me tiran de la manga con ofertas tentadoras..., dos mil, tres mil fanegas..., tanto que la verdad es que no sé qué hacer. Por otro lado, la cortesía me obliga a seguir viviendo donde estoy. De todos modos, no tengo inconveniente en ir a tu casa.

Haciendo una reverencia, Yajibei le dijo:

—Te lo agradecería en grado sumo.

—Te estaremos esperando —terció Osugi.

Jūrō y Koroku, demasiado ingenuos para reconocer la condescendencia y el autobombo en que iban envueltas las palabras de Kojirō, estaban atónitos por la liberalidad de aquel gran hombre.

Cuando el bote dobló el recodo y entró en el foso de Kyōbashi, Kojirō dijo:

—Voy a bajar aquí.

Saltó a la orilla y al cabo de unos instantes se perdió en el polvo que se cernía sobre la calle.

—Un joven muy impresionante —comentó Yajibei, todavía hechizado.

—En efecto —dijo Osugi, con convicción—. Es un auténtico guerrero. Estoy segura de que muchos daimyōs le pagarían un espléndido estipendio. —Tras una pausa, añadió melancólica—: Ojalá Matahachi fuese como él.

Al cabo de unos cinco días, Kojirō entró como Pedro por su casa en el

establecimiento de Yajibei, y le acomodaron en la habitación de los invitados. Allí, los cuarenta o cincuenta sicarios disponibles le presentaron sus respetos uno tras otro. Kojirō, encantado, le dijo a Yajibei que parecía llevar una vida muy interesante.

El patrón insistió en la idea que ya le expresó cuando se conocieron.

—Como te dije, me gustaría construir un dōjō. ¿Quieres echar un vistazo a la finca?

El campo que se extendía detrás de la casa era de considerables proporciones. En un rincón colgaban unas telas recién teñidas, pero Yajibei aseguró a Kojirō que el tintorero al que había alquilado la parcela podía ser fácilmente desalojado.

—La verdad es que no necesitas un dōjō —observó Kojirō—. El terreno no da a la calle y no es probable que nadie se entrometa.

—Como tú digas, pero ¿qué ocurrirá los días lluviosos?

—Si hace mal tiempo, no vendré. Pero he de hacerte una advertencia: las sesiones de práctica serán más rudas que las de Yagyū o cualquier otra escuela de la ciudad. Si tus hombres no tienen cuidado, podrían acabar tullidos o algo peor. Será mejor que se lo aclares.

—En eso no habrá malentendidos. Eres libre de dirigir tus clases como lo creas conveniente.

Acordaron que las lecciones tendrían lugar tres veces al mes, los días tres, trece y veintitrés, si el tiempo lo permitía.

Las visitas de Kojirō a Bakurōchō eran una fuente de interminable chismorreo. A un vecino se le oyó decir: «Ahora tienen ahí a un fantasmón peor que todos los demás juntos». Su flequillo juvenil también era objeto de muchos comentarios. Según la opinión, puesto que ya debía de ser veinteañero, era hora de que siguiera la costumbre samurai de afeitarse la cabeza. Pero sólo quienes vivían en casa de Hangawara podían ver la ropa interior ricamente bordada de Kojirō, cosa que hacían cada vez que él se desnudaba el hombro para dar libre juego al brazo.

La conducta de Kojirō era exactamente la que cabía esperar de él. A pesar de que se trataba de prácticas y muchos de sus alumnos carecían de experiencia, no les daba cuartel. A la tercera lección, entre las bajas se contaban ya un hombre deformado para siempre, más cuatro o cinco que habían sufrido lesiones de menor envergadura. Los heridos no estaban lejos; sus gemidos podían oírse desde el fondo de la casa.

—¡El siguiente! —gritó Kojirō, blandiendo una larga espada de madera de níspero.

Al comienzo les había dicho que un golpe con una espada de esa clase de madera «pudrirá vuestra carne hasta el hueso».

—¿Estáis dispuestos a abandonar? Si no lo estáis, un paso adelante. De lo contrario me voy a casa —les dijo despectivamente.

Impulsado por su disgusto, uno de los hombres dijo:

—De acuerdo, lo intentaré.

Se separó del grupo, avanzó hacia Kojirō y se inclinó para coger una espada de madera. Kojirō descargó un violento golpe sobre él, dejándole tendido en el suelo.

—He aquí una lección para que veáis por qué no debéis quedar descubiertos —declaró—. Es lo peor que podéis hacer.

Con evidente presunción, miró a su alrededor las caras de los demás, unos treinta o cuarenta, la mayoría de los cuales temblaban visiblemente.

Llevaron a la última víctima al pozo y le echaron agua encima, pero no recobraba el sentido.

—Este pobre hombre está listo.

—¿Quieres decir que está... muerto?

—No respira.

Otros se acercaron corriendo para mirar a su camarada muerto. Algunos estaban airados, otros resignados, pero Kojirō no dedicó al cadáver una segunda mirada.

—Si una cosa así os asusta —les dijo en tono amenazante—, será mejor que os olvidéis de la espada. Cuando pienso que cualquiera de vosotros estaría deseando luchar si cualquiera en la calle le llamara matón o jactancioso... —Dejó la frase sin terminar, pero mientras cruzaba el campo, los pies enfundados en los calcetines de cuero, siguió sermoneándoles—: Pensad un poco en ello, mis buenos rufianes. Estáis dispuestos a desenvainar en cuanto un desconocido os pisa un pie u os roza la vaina de la espada, pero os amedrentáis cuando llega el momento de un combate real. Perderíais alegremente la vida por una mujer o por vuestro mezquino orgullo, pero no tenéis redaños para sacrificaros por una causa digna. Os dominan las emociones; sólo os mueve la vanidad, y eso no es suficiente, ni mucho menos.

Hinchó el pecho y concluyó:

—La verdad es sencilla. La única valentía verdadera, la única confianza en uno mismo auténtica proceden del adiestramiento y la autodisciplina. Desafío a cualquiera de vosotros a que se levante y luche contra mí como un hombre.

Uno de los alumnos, confiando en hacerle tragarse sus palabras, le atacó por la espalda. Kojirō se agachó, doblándose de manera que casi tocó el suelo, y el atacante voló por encima de su cabeza y aterrizó delante de él. Al cabo de un instante se oyó el fuerte crujido de la espada de níspero de Kojirō al golpear el hueso de la cadera del hombre.

—Esto es todo por hoy —dijo, arrojando la espada a un lado y yendo al pozo para lavarse las manos.

El cadáver estaba tendido al lado de la pila. Kojirō sumergió la mano en el agua y se roció la cara sin una palabra de pesar por lo ocurrido. Volvió a deslizar el brazo dentro de la manga y dijo:

—Tengo entendido que mucha gente va a ese lugar llamado Yoshiwara. Vosotros

debéis de conocer el distrito muy bien. ¿Queréis enseñármelo?

Anunciar con rudeza que quería pasárselo bien o ir a beber era un hábito de Kojirō, pero sería difícil saber si se mostraba impúdico ex profeso o era encantadoramente sincero. Yajibei prefirió la interpretación más caritativa.

—¿Aún no has estado en Yoshiwara? —le preguntó, sorprendido—. Bien, tendremos que remediarlo. Yo mismo iría contigo, pero... bueno, he de quedarme aquí esta noche para velar al muerto y esas cosas.

Llamó a Jūrō y Koroku y les dio algún dinero. También les advirtió:

—Recordad que no os envío a divertiros... Sólo vais para cuidar de vuestro maestro y procurar que se lo pase bien.

Kojirō, que iba unos pasos por delante de los otros dos, no tardó en descubrir que le costaba seguir el camino, pues de noche la mayor parte de Edo estaba a oscuras, hasta un extremo inimaginable en ciudades como Kyoto, Nara y Osaka.

—Esta carretera es terrible —comentó—. Tendríamos que haber traído un farol.

—La gente se reiría de ti si fueras al barrio tolerado con un farol en la mano —replicó Jūrō—. Cuidado, señor. Ese montón de tierra sobre el que estás procede del nuevo foso. Será mejor que bajes antes de que caigas en él.

Al cabo de un rato el agua del foso adquirió una coloración rojiza, al igual que el cielo sobre el río Sumida. Una luna de primavera tardía colgaba como una gran torta blanca sobre los tejados de Yoshiwara.

—Es allí, al otro lado del puente —dijo Jūrō—. ¿Te presto una toalla de mano?

—¿Para qué?

—Para que te ocultes un poco el rostro..., así.

Jūrō y Koroku sacaron unos paños rojos de sus obis y se los ataron como si fueran pañuelos en la cabeza. Kojirō les imitó, usando un trozo de sedoso crepé bermejo.

—Eso es —dijo Jūrō—. Muy elegante.

—Te sienta muy bien.

Kojirō y sus guías se sumaron a la multitud de hombres cubiertos con pañuelos que deambulaban de una casa a otra. Al igual que el barrio Yanagimachi de Kyoto, Yoshiwara estaba brillantemente iluminado. Las entradas de las casas presentaban una alegre decoración, con cortinas rojas o amarillo claro. Algunas tenía campanillas en el fondo para avisar a las mujeres cuando entraban clientes.

Tras haber entrado y salido de dos o tres casas, Jūrō dirigió una mirada maliciosa a Kojirō.

—Es inútil que trates de ocultarlo, señor.

—¿Ocultar qué?

—Dijiste que nunca habías estado antes aquí, pero una muchacha de la última casa te ha reconocido. En cuanto entramos, soltó un gritito y fue a esconderse detrás de un biombo. Tu secreto ha sido revelado, señor.

—Es la primera vez que vengo aquí. ¿De quién me estás hablando?

—No te hagas el inocente, señor. Regresemos y te lo mostraré.

Entraron de nuevo en la casa, cuyas cortinas tenían, a modo de blasón, el dibujo de una hoja de trébol de pantano. A la izquierda estaba escrita la palabra «Sumiya» en caracteres bastante pequeños.

Las pesadas vigas de la casa y los imponentes corredores recordaban la arquitectura de los templos de Kyoto, pero los materiales, llamativos por su novedad, daban al traste con el intento de crear una atmósfera de tradición y dignidad. Kojirō sospechaba que las plantas de marisma todavía medraban bajo el suelo.

El gran salón en el piso superior adonde les condujeron no había sido aseado después de que se marcharan los clientes anteriores. Tanto en la mesa como en el suelo estaban diseminados restos de comida, papel de seda, mondadientes y otras cosas. La doncella que acudió a limpiar realizó su tarea con la misma laboriosidad que si fuese una jornalera.

Cuando llegó Onao para ponerse a sus órdenes, dejó bien claro que estaba muy atareada. Afirmó que apenas tenía tiempo de dormir y que otros tres años de trabajo a un ritmo tan frenético la llevarían a la tumba. Las mejores casas de Kyoto procuraban mantener la ficción de que su razón de ser consistía en agasajar y satisfacer a sus clientes. Allí el propósito evidente era aliviar a los hombres de su dinero lo más rápidamente posible.

—De modo que éste es el barrio de placer de Edo —dijo despectivamente Kojirō, echando una mirada crítica a los agujeros dejados por los nudos desprendidos de la madera en el techo—. De pacotilla, diría yo.

—Pero esto es sólo temporal —protestó Onao—. El edificio que estamos construyendo ahora será mejor que cualquiera que hayas visto en Kyoto o Fushimi. —Miró fijamente a Kojirō—. ¿Sabes, señor? Te he visto antes en otra parte. ¡Ah, sí! Fue el año pasado, en la carretera de Kōshū.

Kojirō se había olvidado del encuentro fortuito, pero ahora, al recordarlo, dijo con una brizna de interés:

—Vaya, es cierto. Supongo que nuestros sinos deben de estar entrecruzados.

—Así lo parece —dijo Jūrō, riendo—, pues hay aquí una muchacha que te recuerda.

Mientras bromeaba acerca del pasado de Kojirō, describió la cara de la muchacha y su indumentaria, y pidió a Onao que la llamara.

—Ya sé a cuál te refieres —dijo Onao, y salió en su busca.

Transcurrió bastante tiempo, y como la mujer aún no había regresado, Jūrō y Koroku salieron al pasillo y la llamaron batiendo palmas. Tuvieron que hacerlo varias veces antes de que por fin se presentara Onao.

—La muchacha por la que preguntáis no está aquí —les dijo.

—Pues estaba hace un rato.

—Es extraño, como se lo he dicho al dueño. Cuando estábamos en el puerto de Kobotoke, pasó ese samurai con el que estáis ahora, caminando por la carretera, y en esa ocasión ella también desapareció.

Detrás de la Sumiya se alzaba el armazón del nuevo edificio, con el tejado en parte terminado y sin paredes.

—¡Hanagiri! ¡Hanagiri!

Ése era el nombre que habían puesto a Akemi, la cual estaba escondida detrás de un rimero de tablas y un montón de virutas. Varias veces quienes la buscaban habían pasado tan cerca de ella que se había visto obligada a contener la respiración.

«¡Qué asco!», pensó. Durante los primeros minutos había dirigido su cólera sólo contra Kojirō, pero ya se había extendido hasta abarcar a todos los miembros del sexo masculino: Kojirō, Seijūrō, el samurai del Hachiōji, los clientes que la maltrataban cada noche en la Sumiya. Todos los hombres eran sus enemigos, todos eran abominables.

Excepto uno, el correcto, el único que sería como Musashi, el que ella buscaba sin cesar. Tras haber abandonado la esperanza de conseguir al Musashi verdadero, ahora se había persuadido de que sería consolador fingir que estaba enamorada de alguien similar a él. Con gran disgusto suyo, no encontraba a nadie que se le pareciera ni remotamente.

—¡Ha-na-gi-ri!

Quien la llamaba a voz en cuello era el mismo Shōji Jinnai, el cual gritó primero desde el fondo de la casa y luego se aproximó más al lugar donde ella estaba escondida.

Le acompañaban Kojirō y los otros dos hombres. Se habían quejado largo y tendido, haciendo que Jinnai repitiera sus disculpas una y otra vez, pero finalmente salieron a la calle.

Al verles salir, Akemi suspiró aliviada y esperó hasta que Jinnai regresó a la casa. Entonces echó a correr hacia la puerta de la cocina.

Cuando la doncella de la cocina la vio entrar, le preguntó estupefacta:

—Pero, cómo, Hanagiri, ¿has estado todo el tiempo ahí afuera?

—¡Chiss! Calla y dame un poco de sake.

—¿Sake? ¿Ahora?

—¡Sí, sake! —Desde su llegada a Edo, las ocasiones en que Akemi había buscado alivio en el sake se habían hecho cada vez más frecuentes.

La asustada doncella le llenó una taza grande hasta el borde. Akemi cerró los ojos y echó hacia atrás el empolvado rostro hasta que casi estuvo paralelo con el blanco fondo de la taza.

Cuando se volvió para salir de nuevo, la doncella le gritó, alarmada:

—¿Adonde vas ahora?

—Calla. Sólo voy a lavarme los pies. Volveré en seguida.

La doncella creyó sus palabras, cerró la puerta y volvió a su trabajo.

Akemi se puso el primer par de zōri que encontró y caminó por la calle con paso algo inseguro. «¡Qué agradable estar al aire libre!», se dijo al principio, pero en seguida experimentó una sensación de repugnancia. Escupió en la dirección general de los buscadores de placer que paseaban por la calzada brillantemente iluminada, y puso pies en polvorosa.

Al llegar a un sitio donde las estrellas se reflejaban en el agua de un foso, se detuvo a mirarlas. Oyó un ruido de pisadas tras ella. «¡Ah, ah! Esta vez con faroles. Y vienen de la Sumiya. ¡Animales! ¿No pueden dejar que una chica tenga unos minutos de paz? No. ¡Hay que encontrarla! ¡Hay que hacerle producir dinero! Convierten la carne y la sangre en un poco de madera para su nueva casa...; eso es lo único que les satisface. ¡Pues bien, no me cogerán!»

Las ensortijadas virutas que le colgaban del cabello se mecían arriba y abajo mientras corría tan rápido como se lo permitían sus piernas en la oscuridad. No tenía idea de su destino, y le daba completamente lo mismo, siempre que fuese lejos, muy lejos.

El búho

Cuando por fin abandonaron la casa de té, Kojirō apenas se tenía en pie.

—El hombro..., el hombro... —murmuró, apoyándose en Jūrō y Koroku.

Los tres avanzaron pesadamente por la calle oscura y desierta.

—Ya te he dicho, señor, que deberíamos haber pasado ahí la noche —le dijo Jūrō.

—¿En esa tasca? ¡No, por tu vida! Preferiría volver a la Sumiya.

—Yo no lo haría, señor.

—¿Por qué no?

—Esa chica huyó de ti. Si la encuentran, podrían obligarla a acostarse contigo, mas ¿para qué? Entonces no gozarías.

—Humm, tal vez tengas razón.

—¿La deseas?

—Qué va.

—Pero no puedes apartarla por completo de tu mente, ¿no es cierto?

—Jamás me he enamorado en mi vida. No soy de los que caen en eso. Tengo cosas más importantes que hacer.

—¿Cuáles, señor?

—Es evidente, muchacho. Voy a ser el mejor y más famoso espadachín que ha existido jamás, y la manera más rápida de lograrlo es ser nombrado maestro del shōgun.

—Pero ya le enseña la casa de Yagyū, y he oído decir que recientemente ha contratado a Ono Jirōemon.

—¡Ono Jirōemon! ¿A quién le importa un ardite ese hombre? Tampoco los Yagyū me impresionan gran cosa. Tú fíjate en mí. Uno de estos días...

Habían llegado al tramo de calzada a lo largo del cual estaban abriendo el nuevo foso, y había montones de tierra blanda que llegaban hasta la mitad de los sauces.

—Ten cuidado, señor, esto es muy resbaladizo —dijo Jūrō, el cual, con Koroku, trató de ayudar a su maestro a bajar del montón de tierra.

—¡Esperad! —gritó Kojirō, apartando bruscamente a los dos hombres de un empujón. Bajó rápidamente del montón de tierra—. ¿Quién está ahí?

El hombre que acababa de abalanzarse contra la espalda de Kojirō, perdió el equilibrio y cayó de cabeza al foso.

—¿Te has olvidado, Sasaki?

—¡Mataste a cuatro de nuestros camaradas!

Kojirō saltó a lo alto del montón de tierra, desde donde pudo ver que había por lo menos diez hombres entre los árboles, ocultos parcialmente por los juncos. Apuntándole con las espadas, avanzaron lentamente hacia él.

—De modo que sois de la escuela Obata, ¿eh? —dijo en tono despectivo. La

acción repentina le había devuelto la sobriedad al acto—. La última vez perdisteis cuatro de cinco hombres. ¿Cuántos habéis venido esta noche? ¿Cuántos queréis morir? Decidme la cifra y os satisfaré con gusto. ¡Cobardes! ¡Atacadme si os atrevéis!

Con un diestro movimiento, llevó la mano por encima del hombro hasta la empuñadura de Palo de Secar.

Antes de que le tonsurasen, Obata Nichijō había sido uno de los guerreros más célebres de Kai, una provincia famosa por sus heroicos samurais. Después de que Tokugawa Ieyasu derrotara a la casa de Takeda, la familia Obata vivió en la oscuridad hasta que Kagenori se distinguió en la batalla de Sekigahara. Posteriormente el mismo Ieyasu le llamó para que se pusiera a su servicio y alcanzó fama como maestro de ciencia militar. No obstante, había rechazado la oferta que le hizo el shōgun de una selecta parcela de tierra en el centro de Edo, aduciendo que un guerrero rural como él se sentiría allí desplazado, y prefirió un terreno boscoso junto al santuario de Hirakawa Tenjin, donde estableció su escuela en una antigua granja con tejado de paja, a la que añadió una nueva aula para impartir las lecciones teóricas y una entrada bastante imponente.

Ya de edad avanzada y afectado por un trastorno nervioso, Kagenori llevaba meses confinado en su habitación de enfermo y sólo en raras ocasiones se había presentado en el aula. El bosque estaba lleno de búhos, y ello le había llevado a adoptar el sobrenombre de «Viejo búho», con el que firmaba los documentos. A veces sonreía débilmente y decía: «Soy un búho, como los otros».

A menudo, el dolor que sentía de cintura para arriba llegaba a ser insoportable. Aquella noche era una de esas ocasiones.

—¿Estás un poco mejor? ¿Quieres agua?

Quien le hablaba era Hōjō Shinzō, hijo de Hōjō Ujikatsu, el célebre estratega militar.

—Ahora estoy mucho más cómodo —dijo Kagenori—. ¿Por qué no vas a acostarte? Pronto será de día.

El inválido tenía el cabello blanco, y su cuerpo era tan flaco y anguloso como un viejo ciruelo.

—No te preocupes por mí. Ya duermo bastante durante el día.

—No puede quedarte mucho tiempo libre para dormir cuando te pasas los días sustituyéndome en el aula. Eres el único que puede impartir mis lecciones.

—Dormir demasiado no es una buena disciplina.

Al reparar en que la lámpara estaba a punto de apagarse, Shinzō dejó de masajear la espalda del anciano y fue en busca de aceite. Cuando regresó, Kagenori, todavía tendido boca abajo, había levantado su huesudo rostro de la almohada. La luz que se

reflejaba en sus ojos le daba una expresión misteriosa.

—¿Qué te ocurre, señor?

—¿No lo oyes? Es como un chapoteo de agua.

—Parece proceder del pozo*

—¿Quién podría ser a esta hora? ¿Crees que algunos de los hombres han estado bebiendo de nuevo?

—Es probable, pero de todos modos echaré un vistazo.

—De paso dales un buen rapapolvo.

—Sí, señor. Será mejor que te duermas. Debes de estar cansado.

Cuando el dolor del anciano remitió y pudo conciliar de nuevo el sueño, Shinzō le arropó cuidadosamente y salió por la puerta trasera. Dos alumnos estaban inclinados sobre el cubo del pozo, lavándose la sangre que les cubría la cara y las manos.

Corrió hacia ellos con el ceño fruncido.

—Así que habéis ido —les dijo secamente—. ¡Después de que os suplicara que no lo hicierais!

La exasperación de su voz se desvaneció cuando vio a un tercer hombre tendido a la sombra del pozo. Por su manera de quejarse, parecía como si fuera a morir de un momento a otro a causa de sus heridas.

Como chiquillos que ruegan la ayuda de un hermano mayor, ambos hombres, con los rostros extrañamente contorsionados, se echaron a llorar sin poder contenerse.

—¡Necios! —Shinzō tuvo que contenerse para no golpearles—. ¿Cuántas veces os he advertido que no estáis a su altura? ¿Por qué no me habéis hecho caso?

—¿Después de que arrastrara por el fango el nombre de nuestro maestro? ¿Después de que matara a nuestros hombres? Sigue diciendo que no somos razonables. ¿No eres tú quien ha perdido la razón? ¡Dominar tu temperamento, retraerte, soportar los insultos en silencio! ¿Es eso lo que llamas ser razonable? Ése no es el Camino del Samurai.

—¿No lo es? Si enfrentarse a Sasaki Kojirō fuese lo que es necesario hacer, yo mismo le habría desafiado. Cometió un atropello al insultar a nuestro maestro y ultrajarnos de otras maneras, pero eso no es una excusa para que perdáis el sentido de la proporción. No temo morir, pero Kojirō no es digno de que arriesgue mi vida ni la de cualquier otro.

—Así no es como lo ve la mayoría de la gente. Creen que le tenemos miedo, que nos atemoriza defender nuestro honor. Kojirō ha estado calumniando a Kagenori por todo Edo.

—Si quiere hablar más de la cuenta, que lo haga. ¿Creéis acaso que cualquiera que conozca a Kagenori va a creer que perdió en una discusión con ese novicio engreído?

—Haz como te plazca, Shinzō, pero los demás no vamos a quedarnos sentados sin

hacer nada.

—¿Qué es exactamente lo que pensáis hacer?

—Una sola cosa. ¡Matarle!

—¿Os creéis capaces de hacerlo? Os dije que no fuerais al Sensōji y no me hicisteis caso. Murieron cuatro hombres. Ahora ha vuelto a derrotaros. ¿No es eso acumular vergüenza o deshonor? No es Kojirō quien está destruyendo la reputación de Kagenori, sino vosotros. Os haré una sola pregunta. ¿Le habéis matado?

Los otros no le respondieron.

—Claro que no. Apuesto lo que sea a que ni siquiera ha recibido un rasguño. Vuestro problema es que no sois lo bastante juiciosos para evitar el encuentro con él en sus propias condiciones. No comprendéis la fuerza que tiene. Ciertamente es joven y tiene mal carácter, es grosero y arrogante, pero sobre todo es un espadachín sobresaliente. No sé cómo adquirió su habilidad, pero es innegable que la tiene. Y vosotros le subestimáis. Ése es vuestro primer error.

Uno de los hombres se acercó a Shinzō como si estuviera dispuesto a atacarle físicamente.

—Estás diciendo que, haga lo que haga ese bastardo, no podemos hacer nada al respecto.

Shinzō asintió, desafiante.

—Exactamente. No podemos hacer nada. Nosotros no somos espadachines, sino estudiosos de la ciencia militar. Si creéis que mi actitud es cobardía, entonces tendré que soportar que me llaméis cobarde.

El hombre herido a sus pies gimió:

—Agua..., agua..., por favor.

Sus dos camaradas se arrodillaron y le incorporaron hasta que quedó sentado.

Al ver que estaban a punto de darle agua, Shinzō gritó alarmado:

—¡Alto! ¡Si bebe agua, morirá!

Mientras ellos titubeaban, el hombre acercó la cara al cubo. Tomó un trago y su cabeza se desplomó en el recipiente, aumentando así a cinco el número de bajas mortales aquella noche.

Mientras los búhos ululaban a la luna en el amanecer, Shinzō regresó en silencio a la habitación del enfermo. Kagenori seguía durmiendo y respiraba profundamente. Tranquilizado, Shinzō fue a su cubículo.

Abiertas sobre su escritorio había obras de ciencia militar, libros que había comenzado a leer pero no había tenido tiempo de terminar. Aunque de buena cuna, de niño había tenido que partir leña, acarrear agua y estudiar largas horas a la luz de una vela. Su padre, un gran samurai, no creía que a los jóvenes de su clase se les debiera mimar. Shinzō ingresó en la escuela Obata con el firme propósito de consolidar las habilidades militares en el feudo de su familia, y aunque era uno de los alumnos más

jóvenes, nadie como él gozaba de la más alta estima del maestro.

En los últimos días, los cuidados de su maestro enfermo le mantenían despierto la mayor parte de la noche. Ahora se sentó con los brazos cruzados y suspiró hondo. ¿Quién cuidaría de Kagenori si él no estuviera allí? Todos los demás alumnos residentes en la escuela eran jóvenes sin educación a los que atraían las cuestiones militares. Los hombres que acudían a la escuela para tomar lecciones eran incluso peores. Echaban bravatas y expresaban opiniones sobre los temas marciales de los que solían discutir los samurais. Ninguno de ellos comprendía realmente el espíritu del hombre solitario y razonable que era su maestro. Los aspectos más sutiles de la ciencia militar se les pasaban por alto. Mucho más comprensible era cualquier calumnia, real o imaginaria, contra el orgullo que sentían por su capacidad como samurais. Cuando les insultaban se convertían en irracionales instrumentos de venganza.

Shinzō estaba de viaje cuando Kojirō llegó a la escuela. Puesto que el recién llegado dijo que quería hacer algunas preguntas sobre libros de textos militares, su interés parecía auténtico y le presentaron al maestro. Pero entonces, sin formular una sola pregunta, empezó a discutir con Kagenori de una manera presuntuosa y arrogante, una actitud sugeridora de que su verdadero propósito era humillar al anciano. Finalmente, cuando unos alumnos le llevaron a otra habitación y le pidieron explicaciones, él reaccionó con una sarta de insultos y la oferta de luchar con cualesquiera de ellos cuando quisieran.

Entonces Kojirō empezó a extender por Edo sus opiniones negativas con respecto a la escuela de Obata: sus estudios eran superficiales, una mera refundición del estilo Kusunoki o el antiguo texto militar chino conocido como los Seis secretos, y que eran falsos e indignos de confianza. Cuando estas malévolas declaraciones llegaron a oídos de los alumnos, juraron que se las harían pagar con su vida.

Shinzō se opuso a esta actitud, aduciendo que el problema era trivial, que no deberían molestar a su maestro con esa clase de cuestiones, que Kojirō no era un estudiante serio de la ciencia militar... Pero sus argumentos no convencieron a los alumnos, aunque también señaló que antes de dar cualquier paso decisivo era preciso consultar a Yogorō, el hijo de Kagenori, el cual por entonces estaba haciendo un largo viaje.

«¿Es que no pueden ver hasta qué punto están creando unas dificultades inútiles?», se lamentó Shinzō. La luz de la lámpara iluminaba débilmente su semblante turbado. Fatigado tras devanarse en vano los sesos en busca de una solución, puso los brazos sobre los libros abiertos y se adormeció.

Le despertó un confuso murmullo de voces.

Fue primero al aula y, al ver que estaba vacía, se puso un par de zōri y salió. En un bosquecillo de bambúes que formaba parte del recinto sagrado del santuario de

Hirakawa Tenjin, vio lo que había esperado: un nutrido grupo de alumnos que celebraban un consejo de guerra cargado de emoción. Los dos hombres heridos, muy pálidos y con los brazos en cabestrillos blancos, estaban uno al lado del otro, explicando el desastre acaecido aquella noche.

Uno de los hombres preguntó indignado:

—¿Estáis diciendo que fuisteis diez y ese hombre mató por sí solo a la mitad?

—Me temo que sí. Ni siquiera pudimos acercarnos a él.

—Pero Murata y Ayabe estaban considerados como nuestros mejores espadachines.

—Fueron los primeros en caer. Yosobei consiguió regresar aquí a pura fuerza de voluntad, pero cometió el error de beber agua antes de que pudiéramos impedírselo.

Se hizo un sombrío silencio. Como estudiantes de ciencia militar, les interesaban los problemas de logística, estrategia, comunicaciones, inteligencia y así sucesivamente, pero no las técnicas del combate cuerpo a cuerpo. La mayoría de ellos creían, como les habían enseñado, que la habilidad con la espada era propia de los soldados ordinarios, no de los generales. No obstante, su orgullo de samurais les impedía aceptar el corolario lógico, a saber, que eran impotentes ante un experto espadachín como Sasaki Kojirō.

—¿Qué podemos hacer? —preguntó alguien en tono lastimero. Durante un rato no hubo más respuesta que el ulular de los búhos.

Entonces uno de los alumnos dijo animadamente:

—Yo tengo un primo en la casa de Yagyū. Tal vez a través de él podríamos conseguir que nos ayuden.

—¡No seas estúpido! —le respondieron varias voces.

—No podemos pedir ayuda exterior, pues eso sólo causaría más vergüenza a nuestro maestro. Sería una admisión de debilidad.

—Bueno, ¿entonces que nos queda?

—No hay más solución que enfrentarnos a Kojirō de nuevo, pero si volvemos a hacerlo en un lugar a oscuras, eso sólo perjudicará más a la reputación de la escuela. Morir en un combate abierto es otra cosa. Por lo menos no nos tacharán de cobardes.

—¿Deberíamos enviarle un desafío formal?

—Sí, y debemos mantenerlo, no importa cuántas veces perdamos.

—Creo que tienes razón, pero a Shinzō no va a gustarle.

—No tiene por qué saberlo, como tampoco nuestro maestro. Recordadlo todos vosotros. Podemos pedir prestados al sacerdote pincel y tinta.

Se dirigieron en silencio a la casa del sacerdote. Antes de que hubieran recorrido diez pasos, el hombre que iba delante ahogó un grito y retrocedió. Los demás se detuvieron en seco, sus ojos clavados en la terraza trasera del santuario, un edificio de madera deteriorada por el tiempo. Allí, contra un telón de fondo formado por la

sombra de un ciruelo cargado de fruta verde, estaba Kojirō con un pie apoyado en la barandilla y una sonrisa malévola en el rostro. Como un solo hombre, los alumnos palidecieron. Algunos tuvieron dificultad para respirar.

Kojirō se dirigió a ellos en un tono malicioso.

—A juzgar por vuestra conversación, deduzco que todavía no habéis aprendido, que habéis decidido escribir una carta de desafío y entregármela. Pues bien, os ahorraré la molestia. Aquí me tenéis, dispuesto a luchar.

—Anoche, antes incluso de que me lavara las manos ensangrentadas, llegué a la conclusión de que habría una segunda parte, así que os seguí, cobardes rastreros, hasta vuestra casa.

Hizo una pausa para dejar que estas palabras surtieran efecto y entonces continuó en un tono irónico:

—Me estaba preguntando cómo decidís el tiempo y el lugar para desafiar a un enemigo. ¿Consultáis un horóscopo para elegir el día más propicio? ¿O consideráis más juicioso no desenvainar vuestras espadas hasta que es noche cerrada y vuestro enemigo está borracho y regresa a su casa tras salir del barrio tolerado?

Hizo otra pausa, como si aguardara una respuesta.

—¿Es que no tenéis nada que decir? ¿No hay uno solo de vosotros de pelo en pecho? Si estáis tan deseosos de luchar conmigo, adelante. Uno a uno o todos a la vez..., ¡lo mismo me da! ¡No huiría de unos contrarios como vosotros aunque vistierais armadura completa y avanzarais al son de los tambores!

Los hombres amedrentados no dijeron palabra.

—Pero ¿qué os pasa? —Las pausas eran cada vez más largas—. ¿Habéis decidido no enfrentaros conmigo? ¿No hay entre vosotros uno solo con redaños? Muy bien, es hora de que agucéis vuestros estúpidos oídos y me escuchéis.

—Soy Sasaki Kojirō. Aprendí el arte de la espada indirectamente del gran Toda Seigen después de su muerte. Conozco los secretos de desenvainar inventados por Katayama Hisayasu, y yo mismo he creado el estilo Ganryū. No soy de esos que se ocupan de la teoría, que leen libros y reciben lecciones sobre Sun-tzu o los Seis secretos. En espíritu y voluntad, vosotros y yo no tenemos nada en común.

—Desconozco los detalles de vuestros estudios cotidianos, pero os estoy demostrando cómo es la ciencia de la lucha en la vida real. No fanfarroneo. ¡Pensad! Cuando a un hombre le atacan en la oscuridad, como me ocurrió anoche, ¿qué es lo que hace si tiene la buena suerte de vencer? Si es un hombre ordinario, se va tan rápido como puede a un lugar seguro. Una vez ahí, reflexiona en el incidente y se congratula por haber sobrevivido. ¿No es cierto? ¿No es eso lo que vosotros haríais?

—Pero ¿he actuado así? ¡No! No sólo he derribado a la mitad de vuestros hombres, sino que he seguido a los rezagados y os he esperado aquí, bajo vuestras mismas narices. Os he escuchado mientras os esforzabais por superar vuestra

debilidad y tomar una decisión, y os he tomado completamente por sorpresa. De haberlo querido, podría haberos atacado ahora y enviaros al otro mundo. ¡Eso es lo que significa tener un carácter militar! ¡Ése es el secreto de la ciencia militar!

—¡Ja, ja! Esto se está convirtiendo en una pequeña lección, ¿no es cierto? Me temo que si sigo haciéndoos partícipes de mi caudal de conocimientos, el pobre Obata Kagenori podría quedarse sin su fuente de ingresos. Sería una pena, ¿verdad?

—¡Ah, tengo sed, Koroku! ¡Jūrō! ¡Dadme un poco de agua!

—¡En seguida, señor! —replicaron al unísono desde el lado del santuario, donde habían estado contemplando fascinados la escena.

Jūrō le trajo una gran taza de barro cocido llena de agua y le preguntó ansiosamente:

—¿Qué vas a hacer, señor?

—¡Pregúntaselo! —dijo con desprecio Kojirō—. Tu respuesta está en esos vacuos rostros de comadreja.

—¿Habías visto alguna vez unos hombres de semblante más estúpido? —dijo Koroku, riendo.

—¡Qué puñado de gallinas! —exclamó Jūrō—. Vamos, señor, marchémonos. No están a tu altura.

Mientras los tres cruzaban contoneándose el portal del santuario, Shinzō, oculto entre los árboles, musitó entre los dientes cerrados: «Te haré pagar esto».

Los alumnos estaban abatidos. Kojirō había sido más listo que ellos y los había derrotado sin luchar siquiera. Luego había manifestado una satisfacción maligna por su victoria, dejándolos asustados y humillados.

Rompió el silencio un alumno que se acercó corriendo y preguntó en un tono de perplejidad:

—¿Hemos encargado ataúdes? —Como nadie le contestaba, explicó—: El carpintero acaba de llegar con cinco ataúdes. Está esperando.

Finalmente, uno de los hombres respondió abatido:

—Hemos enviado a buscar los cuerpos, pero aún no han llegado. No estoy seguro, pero creo que hará falta otro ataúd. Pídele que lo haga y guarda los que ha traído en el almacén.

Aquella noche se celebró un velatorio en el aula. Aunque lo hicieron en silencio, con la esperanza de que Kagenori no se enterase, el anciano supuso lo que había ocurrido más o menos. Se abstuvo de preguntar nada y Shinzō tampoco hizo comentario alguno.

A partir de aquel día, el estigma de la derrota se cernió sobre la escuela. Sólo Shinzō, que había pedido comedimiento y le habían acusado de cobardía, mantenía vivo el deseo de venganza. Sus ojos tenían un brillo que ninguno de los otros podía sondear.

A principios del otoño, la enfermedad de Kagenori empeoró. Desde su cama veía un búho posado en una rama de un gran árbol, mirándole fijamente, sin moverse, ululando a la luna cuando amanecía. Shinzō percibió en el grito del ave el mensaje de que el final de su maestro estaba próximo.

Entonces llegó una carta de Yogorō, diciendo que se había enterado del incidente con Kojirō y estaba camino de casa. Durante los días siguientes, Shinzō se preguntó qué ocurriría primero, si la llegada del hijo o el fallecimiento del padre. En cualquier caso, el día que aguardaba, el día de la liberación de sus obligaciones, estaba próximo.

La vigilia del día en que se esperaba la llegada de Yogorō, Shinzō dejó una carta de despedida sobre su escritorio y abandonó la escuela de Obata. Desde el bosque cerca del santuario, contempló la habitación del enfermo Kagenori y dijo en voz baja: «Perdóname por marcharme sin tu permiso. Descansa en paz, buen maestro. Mañana Yogorō estará en casa. No sé si podré presentarte la cabeza de Kojirō antes de que mueras, pero debo intentarlo. Si muero en el intento, te esperaré en la tierra de los muertos».

Un plato de lochas

Musashi había estado vagabundeando por el campo, dedicado a prácticas ascéticas, a castigar el cuerpo para perfeccionar el alma. Estaba más resuelto que nunca a hacerlo sin ayuda: si eso significaba pasar hambre, dormir a la intemperie, con frío y lluvia, y vestir unos sucios harapos, que así fuera. Albergaba en su corazón un sueño que nunca satisfaría si aceptaba un empleo al servicio del señor Date, aun cuando su señoría le ofreciera todo su feudo de tres millones de fanegas.

Tras el largo viaje por el Nakasendō, sólo pasó unas noches en Edo antes de reanudar su camino, esta vez al norte, hacia Sendai. El dinero que le diera subrepticiamente Ishimoda Geki había sido una carga en su conciencia. Desde el momento en que lo encontró, supo que no se sentiría en paz hasta que lo hubiera devuelto.

Ahora, año y medio después, se hallaba en Hōtengahara, una llanura de la provincia de Shimōsa, al este de Edo, que había cambiado poco desde que el rebelde Taira-no-Masakado y sus tropas alborotaron la región en el siglo X. La llanura seguía siendo un lugar desolado, escasamente poblado y donde no se cultivaba nada valioso. No había más que maleza, unos pocos árboles y algunos bambúes pequeños y juncos. El sol, bajo en el horizonte, teñía de rojo las charcas de agua estancada, pero dejaba la hierba y los matorrales incoloros y borrosos.

«¿Y ahora qué?», se preguntó Musashi, dando reposo a sus piernas fatigadas en un cruce de caminos. Se sentía apático y como si todavía estuviera empapado por el aguacero que le sorprendió unos días antes en el puerto de montaña de Tochigi. La desagradable humedad nocturna le hizo desear un techo. Había dormido las dos noches anteriores bajo las estrellas, pero ahora anhelaba el calor de un hogar y una comida verdadera, aunque sólo fuese un sencillo condumio de campesino, como mijo cocido con arroz.

El olor salobre de la brisa anunciaba la proximidad del mar. Razonó que si se encaminaba hacia él, podría encontrar una casa, tal vez incluso una aldea de pescadores o un pequeño puerto. De lo contrario, tendría que resignarse a pasar otra noche entre la hierba, bajo la gran luna otoñal.

No sin cierta ironía, se dio cuenta de que, de haber tenido una mayor inclinación poética, podría haber saboreado aquellos momentos en un paisaje patéticamente solitario. Pero sólo deseaba huir de allí, estar entre personas, tomar una comida decente y descansar un poco. El zumbido incesante de los insectos parecía una letanía que acompañaba su solitario vagabundeo.

Se detuvo en un puente cubierto de tierra. El ruido inconfundible de un chapoteo parecía alzarse por encima del apacible rumor del estrecho río. ¿Sería una nutria? La luz del día se estaba desvaneciendo, y forzó la vista hasta que pudo distinguir una

figura arrodillada en la hondonada junto al borde del agua. Soltó una risita al observar que el rostro del muchacho que le miraba tenía una clara semejanza con el de una nutria.

—¿Qué estás haciendo ahí abajo? —le preguntó Musashi en tono amistoso.

—Lochas —respondió lacónicamente el chico.

Agitaba un cesto en el agua para limpiar de arena y barro su coleante captura.

—¿Coges muchas? —Musashi no se resignaba a cortar el vínculo recién establecido con otro ser humano.

—Quedan pocas. Ya estamos en otoño.

—¿Podría quedarme algunas?

—¿Mis lochas?

—Sí, sólo unas pocas. Te las pagaré.

—Lo siento, pero éstas son para mi padre.

Abrazando el cesto, el muchacho subió ágilmente a la orilla y se escabulló a toda prisa en la oscuridad.

«Desde luego, es un diablillo veloz», pensó Musashi, solitario una vez más, y se echó a reír. Recordó su propia infancia y la de Jōtarō, preguntándose qué habría sido de él. Jōtarō tenía catorce años la última vez que le vio. Pronto cumpliría dieciséis. «Pobre muchacho. Me aceptó como su maestro, me quiso como su maestro, me sirvió como su maestro, y ¿qué hice por él? Nada.»

Absorto en sus recuerdos, se olvidó de su fatiga. Se detuvo y permaneció inmóvil. La luna se había levantado, llena y brillante. En las noches como aquélla a Otsū le gustaba tocar la flauta. Entre los zumbidos de los insectos oyó el sonido de risas, las de Otsū y Jōtarō juntos.

Alrededor de una choza aislada crecía trébol de los prados, casi tan alto como el tejado ladeado. Las paredes estaban cubiertas de enredadera de calabaza, cuyas flores parecían desde cierta distancia enormes gotas de rocío. Al aproximarse, le sorprendió el resonante bufido de enojo de un caballo desensillado atado al lado de la casucha.

—¿Quién está ahí?

Musashi reconoció la voz procedente de la choza como la del chico de las lochas. Sonriendo, respondió:

—¿No podrías darme alojamiento para esta noche? Me marcharé mañana a primera hora.

El muchacho se asomó a la puerta y miró a Musashi de arriba abajo. Al cabo de un momento le dijo:

—De acuerdo, pasa.

Musashi pensó que probablemente aquélla era la casa más destartalada que había visto jamás. La luz de la luna se filtraba entre las grietas en las paredes y el tejado. Tras quitarse el manto, ni siquiera encontró un clavo para colgarlo. El viento que

soplaba desde abajo penetraba por la puerta, a pesar de la estera de juncos que la cubría.

El muchacho se arrodilló ante su invitado a la manera formal y le dijo:

—Allá, en el río, dijiste que querías unas lochas. ¿Te gusta este pescado?

La formalidad del muchacho, tan fuera de lugar en aquel entorno, sorprendió a Musashi hasta el punto que se quedó mirándole fijamente sin responderle.

—¿Qué estás mirando?

—Dime, ¿qué edad tienes?

—Doce años.

Su cara impresionaba a Musashi. Estaba sucia como una raíz de loto recién arrancada del suelo y olía como un nido de pájaros. Sin embargo, su expresión indicaba carácter. Tenía las mejillas mofletudas, y sus ojos, brillantes como cuentas a través de la suciedad que los rodeaban, eran magníficos.

—Tengo un poco de mijo y arroz —le dijo el hospitalario chiquillo—. Y ahora que le he dado unas cuantas a mi padre, puedes quedarte con las lochas sobrantes, si las quieres.

—Gracias.

—Supongo que también querrás té.

—Sí, siempre que no sea demasiada molestia.

—Espera aquí. —Empujó una puerta chirriante y entró en la habitación contigua.

Musashi le oyó partir leña y luego avivar con un soplillo la llama de un hibachi de barro. Poco después, el humo que llenaba la choza ahuyentó a una infinidad de insectos.

El chico regresó con una bandeja, que depositó en el suelo ante Musashi. Éste se apresuró a sentarse y, en un abrir y cerrar de ojos, devoró las lochas saladas y asadas a la parrilla, el mijo, el arroz y la negra y dulzona pasta de alubias.

—Estaba buenísimo —dijo, agradecido.

—¿De veras?

Al chico parecía agradarle la felicidad ajena.

Musashi pensó que era un muchacho con buenos modales.

—Quisiera expresar mi gratitud al jefe de la casa. ¿Se ha acostado?

—No, está delante de ti. —El chico señaló su propia nariz.

—¿Estás aquí completamente solo?

—Sí.

—Ah, comprendo. —Hubo una pausa embarazosa—. ¿Y cómo te ganas la vida?

—Alquilo el caballo y trabajo como mozo de cuadra. También cultivábamos algo... Vaya, se ha terminado el aceite de candil. De todos modos, desearás dormir ya, ¿no es cierto?

Musashi convino en que así era y se tendió sobre un desgastado jergón de paja

que estaba junto a la pared. El zumbido de los insectos era relajante. Se quedó dormido, pero, quizá debido a su agotamiento físico, empezó a sudar profusamente. Entonces soñó que llovía.

El sonido en su sueño le despertó y se incorporó sobresaltado. Era innegable. Lo que ahora oía era el sonido de un cuchillo o una espada cuya hoja estaban afilando. En el momento en que su mano se dirigía automáticamente a la espada, el chico le preguntó:

—¿No puedes dormir?

¿Cómo había sabido que estaba despierto? Asombrado, Musashi le preguntó:

—¿Qué haces afilando una hoja a estas horas?

Formuló la pregunta en un tono tan tenso que parecía más el contragolpe de una espada que un interrogante.

El muchacho se echó a reír.

—¿Te he asustado? Pareces demasiado fuerte y valiente para asustarte con tanta facilidad.

Musashi guardó silencio y se preguntó si había tropezado con un demonio que todo lo veía disfrazado de campesino.

Cuando se reanudó el roce de la hoja con la piedra de afilar, Musashi se acercó a la puerta. A través de una rendija, vio que la otra habitación era una cocina con un pequeño espacio para dormir en un extremo. El chico estaba arrodillado a la luz de la luna, junto a la ventana, con un gran jarro de agua al lado. La espada que estaba afilando era de una clase utilizada por los campesinos.

—¿Qué te propones hacer con eso? —le preguntó Musashi.

El muchacho miró hacia la puerta pero siguió con su tarea. Al cabo de unos minutos más, limpió la hoja, que tenía como un pie y medio de longitud, y la alzó para inspeccionarla. Destellaba a la luz de la luna.

—Mira. ¿Crees que con esto puedo cortar a un hombre por la mitad?

—Depende de si sabes cómo hacerlo.

—Ah, de eso estoy seguro.

—¿Has pensado en alguien en particular para probar tu habilidad con la espada?

—Sí, en mi padre.

—¿Tu padre? —Musashi abrió la puerta—. Espero que ésa no sea tu idea de lo que es una broma.

—No estoy bromeando.

—No puedes decir en serio que te propones matar a tu padre. Ni siquiera a las ratas y las avispas, a pesar de que viven abandonadas y en estado salvaje, se les ocurriría algo tan atroz como matar a sus padres.

—Pero si no lo corto por la mitad, no podré transportarle.

—¿Transportarle adonde?

—Tengo que llevarle al lugar donde será enterrado.

—¿Quieres decir que está muerto?

—Sí.

Musashi miró de nuevo la pared del fondo. No se le había ocurrido que la forma abultada que había visto allí pudiera ser un cadáver. Ahora veía que era, en efecto, el cuerpo tendido de un anciano, con una almohada bajo la cabeza y un kimono encima. A su lado había un cuenco de arroz, una taza de agua y una ración de lochas asadas en un plato de madera.

Al recordar que, ajeno a lo ocurrido, le había pedido al muchacho parte de las lochas que iban a ser una ofrenda al espíritu del fallecido, Musashi se sintió algo turbado. Al mismo tiempo admiraba al muchacho por la frialdad con que había concebido la idea de cortar en pedazos el cuerpo de su padre a fin de poder transportarlo. Fijó la mirada en el rostro del chico, y durante unos momentos permaneció en silencio.

—¿Cuándo murió?

—Esta mañana.

—¿Está muy lejos el cementerio?

—Allá arriba, en las colinas.

—¿No podrías pedir a alguien que lo lleve allí?

—No tengo dinero.

—Yo puedo darte un poco.

El chico sacudió la cabeza.

—No, a mi padre no le gustaba aceptar regalos ni tampoco le gustaba ir al templo. Puedo arreglármelas yo solo, gracias.

A juzgar por el temple y el valor del muchacho, sus modales estoicos pero prácticos, Musashi supuso que su padre no había sido un campesino ordinario de nacimiento. Tenía que haber algo que explicara la notable independencia de aquel chiquillo.

Por deferencia a los deseos del muerto, Musashi se guardó el dinero y, en cambio, se ofreció a aportar la fuerza necesaria para transportar el cuerpo sin necesidad de despedazarlo. El chico aceptó, y juntos cargaron el muerto en el caballo. Cuando el camino se hizo demasiado empinado, lo descargaron y Musashi se lo echó a la espalda. El cementerio era un pequeño claro bajo un castaño, donde una solitaria piedra redonda hacía las veces de lápida.

Después del entierro, el muchacho depositó unas flores en el túmulo y dijo:

—Aquí están también enterrados mis abuelos y mi madre.

Juntó las manos en una actitud de plegaria. Musashi se le unió en silenciosa súplica por el eterno reposo de la familia.

—Este lugar de enterramiento no parece muy antiguo —observó—. ¿Cuándo se

estableció aquí tu familia?

—En vida de mi abuelo.

—¿Dónde vivían antes?

—Mi abuelo era un samurai del clan de Mogami, pero tras la derrota de su señor, quemó nuestra genealogía y todo lo demás. No quedó nada.

—No veo su nombre tallado en la piedra. Ni siquiera hay el blasón de la familia o una fecha.

—Al morir ordenó que no pusiéramos nada en la piedra. Era muy estricto. Cierta vez llegaron unos hombres del feudo de Gamō, y otra vez del feudo de Date, y le ofrecieron una posición, pero él la rechazó. Decía que un samurai debía servir a un solo señor. Por lo mismo no quiso que se grabara nada en la piedra. Como se había convertido en campesino, revelar así su nombre sería una deshonra para su señor muerto.

—¿Sabes cómo se llamaba tu abuelo?

—Sí, Misawa Iori. Como mi padre era sólo un campesino, abandonó el apellido y se llamó simplemente San'emon.

—¿Y cuál es tu nombre?

—Sannosuke.

—¿Tienes algún familiar?

—Una hermana mayor, pero se marchó hace mucho tiempo y no sé dónde está.

—¿Nadie más?

—No.

—¿Cómo piensas ganarte la vida ahora?

—Supongo que igual que antes —respondió, pero se apresuró a añadir—: Oye, eres un shugyōsha, ¿no es cierto? Debes de viajar por todas partes. Llévame contigo. Puedes montar mi caballo y yo seré tu mozo.

Mientras Musashi reflexionaba en la solicitud del muchacho, contempló la tierra que se extendía bajo ellos. Puesto que era lo bastante fértil para alimentar una plétora de matorrales, no comprendía por qué no la cultivaban. Desde luego, no se debía a que las gentes que habitaban la zona fuesen acomodadas, pues había visto señales de pobreza por todas partes.

Musashi reflexionó en que la civilización no florece hasta que los hombres han aprendido a ejercer el dominio de las fuerzas naturales. Se preguntó por qué quienes vivían allí, en el centro de la llanura de Kanto, eran tan impotentes, por qué permitían que la naturaleza los oprimiera. A la luz del sol que se levantaba, tuvo atisbos de pequeños mamíferos y pájaros que se deleitaban en la abundancia que el hombre aún no había aprendido a cosechar. O así lo parecía.

Pronto recordó que Sannosuke, a pesar de su valor e independencia, era todavía un niño. Cuando la luz del sol arrancó destellos de las gotas de rocío que cubrían el

follaje y estuvieron listos para regresar, el muchacho ya no estaba triste e incluso parecía haber dejado de pensar por completo en su padre.

A mitad de camino empezó a acuciar a Musashi para que respondiera a su propuesta.

—Hoy mismo puedo empezar —afirmó—. Piensa que, adondequiera que vayas, podrás usar mi caballo y yo estaré ahí para atenderte.

No obtuvo más respuesta que un gruñido evasivo. Aunque Sannosuke tenía muchas cualidades, Musashi se preguntaba si sería juicioso hacerse una vez más responsable del futuro de un muchacho. Jōtarō tenía una capacidad natural, pero ¿cómo se había beneficiado al seguir a Musashi? Y ahora que había desaparecido y estaba sólo el cielo sabía dónde, Musashi se sentía responsable todavía con mayor intensidad. No obstante, se dijo que si un hombre piensa demasiado en los peligros que le acechan más adelante, no puede avanzar un solo paso, y no digamos abrirse paso con éxito en la vida. Además, en el caso de un niño, nadie, ni siquiera sus padres, pueden garantizarle su futuro. «¿Es realmente posible decidir objetivamente lo que es bueno y lo que puede perjudicar a un niño? —se preguntó—. Si se trata de desarrollar el talento de Sannosuke y orientarle en la dirección correcta, eso puedo hacerlo. Supongo que es lo máximo que cualquiera puede hacer.»

—Prométemelo, por favor —insistía el muchacho.

—Sannosuke, ¿quieres ser un mozo de caballos durante toda tu vida?

—Claro que no. Quiero ser samurai.

—Eso es lo que pensaba. Pero si vienes conmigo y te conviertes en mi alumno, habrá muchas ocasiones en que lo pasarás muy mal.

El muchacho soltó la cuerda y, antes de que Musashi comprendiera qué se proponía, se arrodilló en el suelo, bajo la cabeza del caballo. Haciendo una profunda reverencia, le dijo:

—Te ruego, señor, que hagas de mí un samurai. Eso es lo que mi padre quería, pero no había nadie a quien pudiéramos pedir ayuda.

Musashi desmontó, miró un momento a su alrededor y entonces cogió un palo y se lo dio a Sannosuke. Buscó otro palo para él y dijo al chico:

—Quiero que me golpees con ese palo. Cuando haya visto cómo lo manejas, decidiré si tienes talento para ser un samurai.

—¿Si consigo golpearte aceptarás?

—Pruébalo y veremos —dijo Musashi riendo.

Sannosuke agarró con firmeza su arma y se abalanzó contra él como si estuviera poseído. Musashi no tuvo misericordia. Una y otra vez el muchacho recibió golpes, en los hombros, en la cara, en los brazos. Después de cada revés, retrocedía tambaleándose, pero siempre volvía al ataque.

Musashi pensó que no tardaría en echarse a llorar. Pero Sannosuke no cedía.

Cuando el palo se le partió por la mitad, atacó con las manos vacías.

—¿Qué crees que estás haciendo, enano? —le dijo Musashi con deliberada mezquindad. Cogió al chiquillo por el obi y le arrojó con violencia al suelo.

—¡Bastardo grandullón! —gritó Sannosuke, puesto ya en pie y atacando de nuevo.

Musashi le agarró por la cintura y lo levantó en vilo.

—¿Has tenido suficiente?

—¡No! —gritó el muchacho, desafiante, aunque el sol le daba en los ojos y no podía hacer más que agitar inútilmente brazos y piernas.

—Voy a aplastarte contra esa roca. Te mataré si no te rindes.

—¡No!

—Eres testarudo, ¿eh? ¿No puedes ver que estás derrotado?

—¡No lo estoy mientras viva! Ya verás como gano al final.

—¿Cómo esperas ganar?

—Practicaré, me disciplinaré.

—Pero mientras practiques durante diez años, yo estaré haciendo lo mismo.

—Sí, pero eres mayor que yo y te morirás primero.

—Humm.

—¡Y cuando te hayan metido en el ataúd, yo daré el golpe final y ganaré!

—¡Idiota! —gritó Musashi, arrojándole al suelo.

Cuando Sannosuke se levantó. Musashi se le quedó mirando un momento, se echó a reír y batió palmas una sola vez.

—Bien. Puedes ser mi discípulo.

De tal maestro, tal discípulo

Durante el corto trayecto de regreso a la cabaña, Sannosuke habló por los codos de sus sueños con respecto al futuro.

Pero aquella noche, cuando Musashi le dijo que debía prepararse para decir adiós al único hogar que había conocido, se puso melancólico. Permanecieron levantados hasta muy tarde, y Sannosuke, con los ojos empañados y hablando en voz baja, le habló de sus padres y abuelos.

Por la mañana, cuando se disponían a partir, Musashi le anunció que en lo sucesivo se llamaría Sannosuke Iori.

—Si vas a convertirte en un samurai —le explicó—, es apropiado que tomes el nombre de tu abuelo.

El chico no era todavía lo bastante mayor para celebrar su ceremonia de la mayoría de edad, cuando le sería impuesto formalmente su nombre de adulto. Musashi pensó que adoptar el nombre de su abuelo le daría una meta que seguir.

Más tarde, cuando el muchacho parecía reacio a abandonar la casa, Musashi le dijo serena pero firmemente:

—Date prisa, Iori. No necesitas nada de lo que hay aquí. No te conviene tener recordatorios del pasado.

Iori salió en seguida, vestido con un kimono que apenas le cubría los muslos, sandalias de paja propias de un mozo de caballos y un envoltorio de tela que contenía una caja de comida con arroz y mijo. Parecía una ranita, pero estaba preparado y ansioso de iniciar una nueva vida.

—Elige un árbol apartado de la casa y ata el caballo —le ordenó Musashi.

—Puedes montarlo ya.

—Haz lo que te digo.

—Sí, señor.

Musashi reparó en su cortesía. Era una pequeña pero alentadora señal de la disposición del muchacho a adoptar los modales de los samurais en lugar de la descuidada manera de hablar de los campesinos.

Iori ató el caballo y regresó al lado de Musashi, que estaba bajo los aleros de la vieja cabaña, contemplando la llanura circundante. El muchacho se preguntó extrañado qué estaría esperando.

Poniendo una mano sobre la cabeza de Iori, Musashi dijo:

—Aquí es donde has nacido y donde has adquirido tu determinación de triunfar.

Iori asintió.

—Antes que servir a un segundo señor, tu abuelo se retiró de la clase guerrera. Tu padre, fiel al deseo de tu abuelo moribundo, se contentó con ser un simple campesino. Su muerte te ha dejado solo en el mundo, por lo que ha llegado el momento de que te

valgas por ti mismo.

—Sí, señor.

—¡Debes llegar a ser un gran hombre!

—Lo intentaré —dijo el muchacho. Las lágrimas acudieron a sus ojos.

—Durante tres generaciones esta casa ha resguardado a tu familia del viento y la lluvia. Agradéceselo y luego despídete de ella para siempre, sin lamentaciones.

Musashi entró y prendió fuego a la choza. Cuando salió, Iori parpadeaba para retener las lágrimas.

—Si hubiéramos dejado la casa en pie, se habría convertido en un escondite de salteadores de caminos o ladrones comunes —le explicó Musashi—. La quemo para evitar que esa clase de hombres profanen la memoria de tu padre y tu abuelo.

—Te lo agradezco.

La cabaña se convirtió en un montículo de fuego, y luego se derrumbó.

—Vámonos —dijo Iori, desinteresado ya por las reliquias del pasado.

—Aún no.

—Pero aquí no hay nada más que hacer.

Musashi se echó a reír.

—Vamos a construir una casa nueva en lo alto de aquel otero.

—¿Una nueva casa? ¿Para qué? Acabas de incendiar la vieja.

—Ésa perteneció a tu padre y tu abuelo. La que vamos a levantar será para nosotros.

—¿Quieres decir que vamos a quedarnos aquí?

—Así es.

—¿No emprenderemos un viaje para adiestrarnos y disciplinarnos?

—Lo haremos todo aquí.

—¿En qué podemos adiestrarnos aquí?

—En el manejo de la espada, en todo lo necesario para ser samurais. Disciplinaremos nuestros espíritus y trabajaremos con ahínco para convertirnos en verdaderos seres humanos. Ven conmigo, y tráete un hacha. —Indicó el lugar en la hierba donde había depositado las herramientas de la granja.

Con el hacha al hombro, Iori siguió a Musashi hasta el otero, donde se alzaban unos castaños, pinos y cedros.

Musashi se desnudó de cintura para arriba, empuñó el hacha y se puso manos a la obra. Sus briosos golpes pronto produjeron una verdadera lluvia de astillas blancas.

Iori le miraba, diciéndose: «Tal vez va a construir un dōjō. ¿O acaso practicaremos al aire libre?».

Cayó un árbol, seguido de otro y otro más. El sudor se deslizaba por las enrojecidas mejillas de Musashi, llevándose consigo el letargo y la soledad de los últimos días.

Había concebido el plan que estaba llevando a cabo mientras permanecía en pie junto a la tumba recién abierta del campesino, en aquel minúsculo cementerio. «Dejaré de lado la espada durante una temporada —decidió—, y en cambio me dedicaré a trabajar con la azada». El zen, la caligrafía, el arte de preparar el té, la pintura y la talla de estatuas eran disciplinas útiles para perfeccionar el dominio de la espada. ¿Acaso labrar un campo no podía contribuir a su adiestramiento? ¿No era aquella vasta extensión de tierra que aguardaba que alguien la cultivara una sala de adiestramiento perfecta? Y además, al transformar unas inhóspitas planicies en tierras de labor, promovería el bienestar de las generaciones futuras.

Había vivido toda su vida como un sacerdote zen mendicante... en el extremo receptor, por así decirlo, dependiendo de los demás para obtener alimento, refugio y donativos. Quería cambiar, de una manera radical, pues desde hacía tiempo sospechaba que sólo quienes cultivaban sus propios cereales y verduras comprendían realmente lo sagrados y valiosos que eran. Quienes no lo hacían eran como sacerdotes que no practicaban lo que predicaban o espadachines que aprendían técnicas de combate pero que no sabían nada del Camino.

De niño, su madre le llevaba a los campos para que trabajara al lado de los arrendatarios y aldeanos. Pero ahora su objetivo no se limitaba a conseguir alimento para el sustento cotidiano, sino que quería nutrir su alma, aprender lo que significaba trabajar para vivir, en vez de pedir la ayuda ajena. También deseaba implantar su propia manera de pensar entre los habitantes de la zona. Tal como él lo veía, al entregar la tierra a las malas hierbas y los cardos, al abandonarla a tormentas e inundaciones, estaban transmitiendo su precaria existencia de una generación a otra, sin abrir nunca los ojos a sus potencialidades y las de la tierra que les rodeaba.

—Iori, busca una cuerda y ata esta madera. Luego arrástrala hasta la orilla del río.

Cuando el chico hubo hecho lo que le ordenaba, Musashi dejó apoyada el hacha en un tronco y se enjugó el sudor de la frente con el codo. Entonces bajó a la orilla del río y eliminó la corteza de los troncos con una hachuela. Al oscurecer, encendieron una fogata con los restos y buscaron bloques de madera apropiados para usarlos como almohadas.

—Un trabajo interesante, ¿verdad? —dijo Musashi.

Iori le respondió con absoluta sinceridad:

—No le veo el interés por ningún lado. No me he convertido en tu alumno para aprender a hacer esto.

—Ya verás como le irás cogiendo gusto a medida que pase el tiempo.

A finales del otoño cesaron los zumbidos de los insectos. Las hojas de los árboles se marchitaron y cayeron. Musashi e Iori finalizaron la construcción de su cabaña y se dedicaron a preparar la tierra para la siembra.

Un día, cuando estaba examinando el terreno, Musashi pensó de pronto que era algo parecido a un diagrama de la conflictividad social que duró un siglo después de la guerra de Ōnin. Dejando de lado semejantes pensamientos, el cuadro no era alentador.

Musashi desconocía que, en el transcurso de los siglos, Hōtengahara había sido sepultada muchas veces por las cenizas volcánicas del monte Fuji, y que el río Tome había inundado repetidamente las planicies. Cuando hacía buen tiempo, la tierra estaba seca como un hueso, pero cada vez que llovía intensamente el agua abría nuevos canales y se llevaba consigo grandes cantidades de tierra y piedras. No existía una corriente principal en la que fluyeran otras más pequeñas de manera natural, y lo que más se le parecía era una ancha cuenca que carecía de suficiente capacidad tanto para regar como para servir de desagüe al conjunto de la zona. La necesidad más urgente era evidente: controlar el agua.

No obstante, cuanto más examinaba Musashi la situación, tanto más se preguntaba por qué aquellos terrenos estaban subdesarrollados. Pensó que no iba a ser fácil invertir las cosas, excitado por el desafío que le planteaban. Unir agua y tierra para crear campos productivos no era muy distinto de dirigir a hombres y mujeres de tal manera que pudiera florecer la civilización. Le parecía que su objetivo era totalmente coherente con sus ideales de dominio de las artes marciales.

Había llegado a ver el Camino de la Espada bajo una nueva luz. Uno o dos años antes sólo deseaba vencer a todos sus rivales, pero ahora la idea de que la espada sólo existía con el fin de darle poder sobre otras personas era insatisfactoria. Derribar a otros hombres, triunfar sobre ellos, exhibir los límites de la propia fuerza, le parecía cada vez más vano. Quería conquistarse a sí mismo, hacer que la vida se le sometiera, que la gente viviera en vez de morir. No debería utilizar el Camino de la Espada simplemente para su propia perfección, sino que debería ser una fuente de fortaleza para gobernar a la gente y conducirla a la paz y la felicidad.

Comprendía que sus grandes ideales no eran más que sueños y que seguirían siéndolo mientras careciera de la autoridad política para llevarlos a la práctica. Pero allí, en aquella tierra desierta, no necesitaba ni rango ni poder. Se lanzó a la lucha con alegría y entusiasmo.

Día tras día arrancaban tocones, cernían grava, nivelaban la tierra, convertían en acequias el suelo y las piedras. Musashi e Iori trabajaban desde el alba hasta después de que las estrellas empezaran a brillar en el cielo.

Su labor incansable atrajo la atención. Los aldeanos que pasaban por allí solían detenerse, les miraban y hacían comentarios.

—¿Qué creéis que están haciendo?

—¿Cómo pueden vivir en semejante lugar?

—¿No es ése el hijo del viejo San'emon?

Todo el mundo se reía, pero no todos se limitaban a eso. Un hombre, haciendo gala de genuina amabilidad, les dijo:

—Lamento deciros esto, pero estáis perdiendo el tiempo. Podéis romperos el espinazo trabajando ese campo, pero una sola tormenta y desaparecerá de la noche a la mañana.

Unos días después, al pasar por allí y ver que seguían empeñados en la tarea, pareció un poco ofendido.

—Os digo que no vais a conseguir más que una serie de charcos que no os servirán para nada.

Transcurrieron unos días más, y el hombre llegó a la conclusión de que el extraño samurai tenía poco seso.

—¡Idiotas! —les gritó, disgustado.

Al día siguiente se presentó todo un grupo para interrumpirles y molestarles con preguntas.

—Si aquí pudiera crecer algo, no sudaríamos bajo el sol ardiente trabajando nuestros propios campos, tan pobres como son. Estaríamos sentados en casa tocando la flauta.

—Y no habría ninguna hambruna.

—Estás cavando todo esto para nada.

—Tienes tanto sentido como un montón de estiércol.

Sin soltar la azada, Musashi mantenía la vista en el suelo y sonreía.

Iori estaba menos satisfecho, aunque Musashi le había regañado anteriormente por tomarse en serio a los campesinos.

—Señor... —le dijo haciendo un mohín—. Todos dicen lo mismo.

—No les prestes atención.

—No puedo evitarlo —replicó él, irritado, al tiempo que cogía una piedra para arrojarla a sus atormentadores.

Una mirada colérica de Musashi le detuvo.

—A ver, ¿de qué crees que serviría eso? Si no te comportas, no voy a tenerte como discípulo.

La reprimenda hizo que a Iori le ardieran las orejas, pero en vez de soltar la piedra, lanzó una maldición y la tiró contra una roca. La piedra produjo chispas al partirse en dos. Iori tiró la azada a un lado y se echó a llorar.

Musashi le hizo caso omiso, aunque la reacción del muchacho no dejaba de afectarle. «Está solo, como yo», se dijo.

Como si simpatizara con la aflicción de Iori, una brisa crepuscular se levantó sobre la planicie, agitándolo todo. El cielo se oscureció y empezó a llover.

—Anda, Iori, vamos adentro —le dijo Musashi—. Parece que va a caer un chaparrón.

Recogió apresuradamente sus herramientas y corrió hacia la casa. Cuando estuvo bajo techo, la lluvia caía en grandes cortinas grises.

—¡Iori! —gritó, sorprendido al ver que el muchacho no había ido con él.

Se acercó a la ventana y escudriñó el campo. La lluvia desprendida del alero le caía en el rostro. Un relámpago rasgó el aire y alcanzó la tierra. Musashi cerró los ojos y se cubrió los oídos con las manos, pero aun así notó la intensidad del trueno.

Bajo el viento y la lluvia, vio el cedro del Shippōji y oyó la voz severa de Takuan. Estaba seguro de que todo cuanto había conseguido hasta entonces se lo debía al monje y al árbol. Quería poseer la inmensa fuerza de éste así como la gélida y firme comprensión de Takuan. Si pudiera ser para Iori lo que el viejo cedro había sido para él, estaba seguro de que así podría pagar una parte de la deuda contraída con el monje.

—¡Iori!... ¡Iori!

No obtuvo respuesta. Sólo se oía el retumbar de los truenos y el fragor de la lluvia contra el tejado.

Sin atreverse a salir todavía, se preguntó adonde podría haber ido el muchacho.

Cuando cesó el aguacero y sólo caía una densa lluvia, abandonó la casa. Iori no se había movido de su sitio. Con las ropas aferradas al cuerpo y el ceño fruncido, parecía un espantapájaros. ¿Cómo podía un chico ser tan testarudo?

—¡Idiota! —le espetó Musashi—. Vuelve a la casa. Estar empapado de esa manera no es precisamente bueno para ti. Date prisa, antes de que empiecen a formarse ríos. Entonces no podrás regresar.

Iori se volvió, como si tratara de localizar la voz de Musashi, y entonces se echó a reír.

—Pero ¿qué te pasa? Esta clase de lluvia no dura. Mira, las nubes ya se están separando.

Musashi, que no esperaba recibir una lección de su discípulo, se sintió no poco irritado, pero Iori dejó correr el asunto.

—Vamos —le dijo, cogiendo su azada—. Todavía podemos trabajar algo más antes de que se ponga el sol.

Durante los cinco días siguientes, los bulbules y los alcaudones conversaron ásperamente bajo un cielo azul sin nubes. Grandes grietas aparecieron en la tierra que se apelmazaba alrededor de las raíces de los juncos. El sexto día apareció un grupo de pequeñas nubes negras en el horizonte, y rápidamente se extendieron por el cielo, hasta que toda la planicie pareció hallarse bajo un eclipse.

Iori echó un vistazo al cielo y dijo en tono preocupado:

—Esta vez va de veras.

Mientras hablaba el viento se arremolinaba en torno a ellos. Las hojas se agitaban,

y los pajarillos caían al suelo como abatidos por una horda de cazadores silenciosos e invisibles.

—¿Otro aguacero? —preguntó Musashi.

—Con un cielo así va a ser más que eso. Será mejor que vaya a la aldea. Tú recoge los aperos y vete a casa tan rápido como puedas.

Antes de que Musashi pudiera preguntarle el motivo, Iori echó a correr por la planicie y no tardó en perderse de vista en un mar de alta hierba.

Una vez más, la intuición de Iori con respecto al tiempo se reveló exacta. El súbito diluvio, impulsado por furiosas ráfagas de viento que obligaron a Musashi a correr en busca de refugio, desarrolló unos ritmos bien marcados. La lluvia cayó durante un rato en una cantidad increíble, se detuvo de repente y comenzó de nuevo con una furia todavía mayor. Se hizo de noche, pero la tormenta no cesaba, y empezó a parecer como si los cielos se hubieran empeñado en convertir la tierra entera en un océano. En varias ocasiones Musashi temió que el viento arrancara el tejado. El suelo ya estaba lleno de ripias arrancadas de la parte inferior.

Se hizo de día, una mañana gris y amorfa, y no había rastro de Iori. Musashi permanecía al lado de la ventana, descorazonado por su impotencia. Aquí y allá se veía un árbol o unas matas, pero el resto era una vasta y fangosa ciénaga. Por suerte la cabaña se alzaba todavía por encima del nivel del agua, pero en el que había sido un lecho de río seco inmediatamente por debajo de ella corría ahora un torrente impetuoso que lo arrastraba todo a su paso.

Como no sabía con seguridad si Iori se había caído al agua y ahogado, el tiempo se le hizo a Musashi interminable, hasta que por fin oyó la voz del muchacho que le llamaba: «¡Sensei! ¡Aquí!». Estaba a cierta distancia, al otro lado del río, montado en un buey y con un gran fardo atado a la espalda.

Musashi observó consternado que Iori penetraba en la turbia corriente, la cual parecía a punto de engullirle a cada paso.

Cuando llegó a la otra orilla, temblaba a causa del frío y la humedad, pero guió serenamente al animal hasta la cabaña.

—¿Dónde has estado? —le preguntó Musashi, en un tono que era de enojo y alivio al mismo tiempo.

—En la aldea, claro. He traído mucha comida. Va a llover tanto como en medio año antes de que pase esta tormenta, y entonces estaremos atrapados por la inundación.

Después de llevar adentro el fardo de paja, Iori lo desató y sacó del envoltorio interno de papel impermeabilizado con aceite un artículo tras otro.

—Aquí hay castañas..., lentejas..., pescado salado... No se nos terminará la comida aunque el agua tarde uno o dos meses en bajar.

La gratitud empañó los ojos de Musashi, pero no dijo nada. Estaba demasiado

avergonzado por su propia falta de sentido común. ¿Cómo podría orientar a la humanidad si era descuidado acerca de su propia supervivencia? De no haber sido por Iori, habría tenido que enfrentarse a la posibilidad de morir de hambre. Y el muchacho, que se había criado en una remota zona rural, debía de conocer al dedillo la manera de proveerse de víveres desde su más tierna infancia.

A Musashi le pareció extraño que los aldeanos hubieran accedido a facilitarles tanta comida, pues sin duda no les sobraba. Cuando recobró la voz y se lo planteó, Iori respondió:

—Dejé empeñada mi bolsa de dinero para que me prestaran la comida en el Tokuganji.

—¿Qué es el Tokuganji?

—Es el templo que se encuentra a unas dos millas de aquí. Mi padre me dijo que la bolsa contiene polvo de oro, y que lo usara con prudencia si me veía en algún aprieto. Ayer, cuando el tiempo se puso feo, sus palabras me pasaron por las mientes.

El muchacho sonreía satisfecho.

—¿No es esa bolsa un recuerdo de tu padre?

—Sí. Ahora que hemos quemado la vieja casa, eso y la espada son las únicas cosas que me quedan.

Frotó la empuñadura del arma corta que llevaba sujeta en el obi. Aunque la espiga no tenía la firma de un artesano, Musashi ya había observado, la primera vez que examinó la hoja, que era de excelente calidad. Intuía también que la bolsa heredada tenía una importancia que iba más allá del polvo de oro que contenía.

—No deberías dar a otros los recuerdos de familia. Uno de estos días te rescataré la bolsa, pero debes prometerme que luego no te desprenderás de ella.

—Sí, señor.

—¿Dónde has pasado la noche?

—El sacerdote me dijo que sería mejor que esperase allí hasta la mañana.

—¿Has comido?

—No. Tú tampoco, ¿verdad?

—Así es, pero no hay leña.

—Claro que hay, y mucha.

Señaló hacia abajo, al espacio debajo de la cabaña donde había almacenado un buen suministro de ramas, raíces y cañas de bambú recogidas mientras trabajaba en los campos.

Musashi sujetó sobre la cabeza un trozo de esterilla de paja, se arrastró bajo el suelo elevado de la cabaña y, una vez más, se maravilló del buen sentido del muchacho. En un entorno como aquél la supervivencia dependía de la previsión, y un pequeño error podía suponer la diferencia entre la vida y la muerte.

Cuando terminaron de comer, Iori sacó un libro. Entonces, arrodillándose

formalmente ante su maestro, dijo:

—Mientras esperamos que el agua baje y podamos trabajar, ¿por qué no me enseñas a leer y escribir un poco más de lo que sé?

Musashi accedió. En un día tan tormentoso y sombrío, era una buena manera de pasar el tiempo. El libro era un volumen de los Analectas de Confucio. Iori dijo que se lo habían dado en el templo.

—¿De veras quieres estudiar?

—Sí.

—¿Has leído mucho?

—No, sólo un poco.

—¿Quién te enseñó?

—Mi padre.

—¿Qué has leído?

—El aprendizaje menor.

—¿Te gustó?

—Sí, muchísimo —dijo el muchacho vivamente, con los ojos brillantes.

—Muy bien, entonces te enseñaré todo lo que sé. Más adelante puede que encuentres a alguien mejor educado que te enseñe lo que yo desconozco.

Dedicaron el resto de la tarde a una sesión de estudio. El muchacho leía en voz alta y Musashi le interrumpía para corregirle o explicarle palabras que no comprendía. Su concentración era absoluta y se habían olvidado por completo de la tormenta.

El diluvio duró dos días más, transcurridos los cuales no había tierra visible alrededor de la cabaña.

Al día siguiente seguía lloviendo. Iori, encantado, cogió de nuevo el libro y dijo:

—¿Empezamos?

—Hoy no. Ya has leído lo suficiente para una temporada.

—¿Por qué?

—Si no haces más que leer, perderás de vista la realidad que te rodea. ¿Por qué no te tomas el día libre y te dedicas a jugar? Yo también voy a relajarme.

—Pero no puedo salir.

—Entonces haz como yo —dijo Musashi, tendiéndose boca arriba y cruzando los brazos bajo la cabeza.

—¿Tengo que tenderme?

—Haz lo que quieras. Tiéndete, levántate, siéntate... Como estés más cómodo.

—¿Y entonces qué?

—Te contaré una historia.

—Eso me gusta —dijo Iori. Se tendió boca abajo y agitó las piernas en el aire—. ¿Qué clase de historia?

—Veamos... —Musashi repasó los cuentos que le gustaba escuchar de niño. Eligió el de las batallas entre los Genji y los Heike. A todos los chicos les gustaba.

Iori no era una excepción. Cuando Musashi llegó a la parte en que los Genji son derrotados y los Heike se adueñan del país, el semblante del muchacho se entristeció. Tuvo que parpadear para contener las lágrimas por el trágico destino de la señora Tokiwa, pero se animó al saber que Minamoto-no-Yoshitsune recibió lecciones de esgrima de los «trasgos narigudos» que habitaban en el monte Kurama y que más adelante huyó de Kyoto.

—Me gusta Yoshitsune —dijo, enderezándose—. ¿Es cierto que hay trasgos en el monte Kurama?

—Es posible. En cualquier caso, en este mundo hay personas que muy bien podrían ser trasgos. Pero los que enseñaron a Yoshitsune no eran trasgos verdaderos.

—¿Ah, no? ¿Qué eran entonces?

—Vasallos leales de los Genji derrotados. No podían salir de su escondite mientras los Heike estuvieran en el poder, así que permanecían ocultos en las montañas hasta que llegara su oportunidad.

—¿Como mi abuelo?

—Sí, salvo que él aguardó toda su vida y su oportunidad no llegó nunca. Cuando Yoshitsune se hizo mayor, los fíeles seguidores de Genji, que le habían cuidado durante su infancia, tuvieron la oportunidad por la que habían rogado.

—Yo tendré la oportunidad de compensar lo ocurrido a mi abuelo, ¿verdad?

—Humm. Creo que es posible. Sí, estoy seguro.

Atrajo a Iori hacia sí, lo levantó y mantuvo en equilibrio sobre sus manos y pies como si fuera una pelota.

—¡Ahora intenta ser un gran hombre! —le dijo riendo.

Iori se rió también, aunque no las tenía todas consigo.

—Eres..., eres también un tra... trasgo —tartamudeó—. Basta ya... Me ca... caeré.

Al bajar pellizcó a Musashi en la nariz.

El undécimo día por fin dejó de llover. Musashi se impacientaba por salir al aire libre, pero transcurrió otra semana antes de que pudieran volver al trabajo bajo un sol brillante. Del campo en que con tanto esfuerzo habían convertido el terreno agreste no quedaba ni rastro, y en su lugar había rocas y un río que fluía por donde antes no pasaba agua. Ésta parecía burlarse de ellos igual que lo hicieran los aldeanos.

Al ver que no existía ninguna posibilidad de recuperar lo perdido, Iori dijo:

—Aquí no hay nada que hacer. Busquemos una tierra mejor en otra parte.

—No —replicó Musashi con firmeza—. Cuando la tierra filtre el agua, será excelente para cultivarla. Examiné el emplazamiento desde todos los ángulos antes de elegirlo.

—¿Y si vuelve a caer otra lluvia intensa?

—Tomaremos medidas para que el agua no venga en esta dirección. Construiremos un dique desde aquí hasta esa colina.

—Eso nos dará muchísimo trabajo.

—Pareces olvidar que éste es nuestro dōjō. No renunciaré a un palmo de esta tierra hasta que vea crecer en ella la cebada.

Musashi prosiguió su resuelta lucha durante todo el invierno, hasta llegar al segundo mes del nuevo año. Fueron necesarias varias semanas de ingente trabajo, durante las que cavaron zanjas, drenaron el agua, amontonaron tierra para hacer un dique y luego la cubrieron con pesadas piedras.

Tres semanas después, una inundación había vuelto a arrasarlo todo.

—Mira, estamos malgastando nuestras energías en algo imposible —le dijo Iori —. ¿Es éste el Camino de la Espada?

Esta pregunta afectó a Musashi como si le hubiera tocado una llaga viva, pero aun así no cedió.

Sólo transcurrió un mes antes del siguiente desastre, una fuerte nevada seguida de un rápido deshielo. Cuando Iori regresaba de sus viajes al templo en busca de comida, tenía invariablemente el semblante adusto, pues la gente le ridiculizaba sin piedad por el fracaso de su maestro. Y, finalmente, el mismo Musashi empezó a sentirse descorazonado.

Durante dos días y la mayor parte de un tercero permaneció sentado en silencio, contemplando el campo y sumido en sus pensamientos.

Entonces comprendió de súbito cuál era la solución. De una manera inconsciente, había intentado crear un campo ordenado, cuadrado, como los que se veían en otras zonas de la llanura de Kanto, pero esa disposición no era la apropiada para aquella clase de terreno. Allí, a pesar de la planicie general, había ligeras variaciones en la disposición de la tierra y la calidad del suelo, lo cual exigía una forma irregular.

—¡Qué estúpido he sido! —exclamó—. He tratado de hacer que fluyera el agua por donde creía que debería hacerlo y obligar a la tierra a permanecer donde me parecía que debería estar. Pero no ha servido de nada, y no es de extrañar. El agua es agua, la tierra es tierra. Yo no puedo cambiar su naturaleza.

Lo que debo hacer es ponerme al servicio del agua y ser un protector de la tierra.

A su manera, se había sometido a la actitud de los campesinos. Aquel día se convirtió en el servidor de la naturaleza. Ya no intentó imponerle su voluntad y dejó que ella tomara la iniciativa, al tiempo que buscaba unas posibilidades que estaban más allá de los demás habitantes de la llanura.

Cayó otra nevada y volvió el deshielo. El agua fangosa rezumó lentamente en la llanura. Pero Musashi había tenido tiempo de llevar a la práctica su nuevo método, y el campo se mantuvo intacto.

«Las mismas reglas deben aplicarse al gobierno de las personas», se dijo, y escribió en su cuaderno de notas: «No intentes oponerte a la naturaleza del universo, sino que ante todo asegúrate de que conoces la naturaleza del universo».

Los diablos de la montaña

—Deseo que quede bien claro. No quiero que sufráis ninguna molestia por mi causa. Vuestra hospitalidad, que aprecio muchísimo, es más que suficiente.

—Sí, señor —replicó el sacerdote—. Eres muy considerado, señor.

—Sólo quisiera descansar, nada más.

—Desde luego.

—Bueno, espero que me disculpes por mi rudeza —dijo el samurai, y entonces se tendió de costado y apoyó su cabeza de cabellos grisáceos en el antebrazo.

El huésped que acababa de llegar a Tokuganji era Nagaoka Sado, un vasallo de alto rango del señor Hosokawa Tadaoki de Buzen. Tenía poco tiempo para ocuparse de asuntos personales, pero se presentaba invariablemente en el santuario en ocasiones tales como el aniversario del fallecimiento de su padre, y solía pernoctar allí, puesto que el recinto sagrado distaba unas veinte millas de Edo. Para ser un hombre de su categoría, viajaba sin ostentación. Esta vez le acompañaban solamente un par de samurais y un joven asistente.

A fin de alejarse del feudo de Hosokawa, incluso por un breve período, había tenido que inventarse una excusa. No solía tener la ocasión de hacer lo que le venía en gana, y ahora que lo estaba haciendo, disfrutaba del sake local mientras escuchaba el croar de las ranas. Podía olvidarse por algún tiempo de todo, los problemas de la administración y la necesidad constante de adaptarse a las circunstancias cambiantes.

Después de la cena, el sacerdote retiró rápidamente los platos y se marchó. Sado charlaba ociosamente con sus ayudantes, que estaban sentados junto a la pared y de los que sólo se veían los rostros a la luz de la lámpara.

—Podría quedarme aquí tendido para siempre y entrar en el Nirvana, como el Buda —dijo perezosamente Sado.

—Ten cuidado, no vayas a enfriarte. El aire nocturno es húmedo.

—Bah, dejadme en paz. Este cuerpo ha sobrevivido a unas cuantas batallas y puede aguantar firme a pesar de uno o dos estornudos. ¡Pero oled esas flores en sazón! Una fragancia deliciosa, ¿no es cierto?

—Yo no huelo nada.

—¿Cómo que no? Si tienes un olfato tan malo... ¿No serás tú el que está resfriado?

Estaban entregados a esta clase de comentarios en apariencia ligeros cuando, de improviso, las ranas se quedaron en silencio y una voz estentórea gritó:

—¡Eh, diablo! ¿Qué haces ahí, fisgando en la habitación de los huéspedes?

Los guardaespaldas de Sado se levantaron en seguida.

—¿Qué ocurre?

—¿Quién está ahí?

Mientras escudriñaban con cautela el jardín, oyeron el sonido de unos pies menudos que retrocedían hacia la cocina.

Un sacerdote se asomó a la estancia desde la terraza, hizo una reverencia y les dijo:

—Perdonad la interrupción. Sólo es uno de los chiquillos del entorno. No os preocupéis.

—¿Estás seguro?

—Sí, desde luego. Vive a un par de millas de aquí. Su padre, que trabajaba como mozo de caballos, murió recientemente, pero dicen que su abuelo fue un gran samurai, y cada vez que ve uno se detiene y lo mira... con el dedo en la boca.

Sado se irguió.

—No debes ser demasiado severo con él. Si quiere ser samurai, tráelo aquí. Tomaremos unos dulces y hablaremos del asunto.

Por entonces Iori había llegado a la cocina.

—Eh, abuela —gritó—. Se me ha terminado el mijo. Primero lléname esta taza, ¿quieres?

El saco que tendió a la arrugada anciana que trabajaba en la cocina podría haber contenido media fanega. Ella le replicó también a gritos:

—¡Ojo con lo que dices, mendigo! Hablas como si te debiéramos algo.

—¡Menudo descaro tienes para empezar! —dijo un sacerdote que estaba fregando platos—. El superior se apiadó de ti y por eso te damos comida, pero no seas insolente. Cuando pidas un favor, hazlo cortésmente.

—No estoy mendigando. Le di al sacerdote la bolsa que me dejó mi padre. Contiene dinero, mucho dinero.

—¿Y cuánto podría dejarle a su hijo un mozo de caballos que vivía en el quinto pino?

—¿Vais a darme el mijo o no?

—Ya empezamos de nuevo. Pero mírate, hombre. Estás loco si obedeces las órdenes de ese necio rōnin. ¿De dónde ha salido, al fin y al cabo? ¿Quién es? ¿Por qué ha de comerse tus alimentos?

—Eso no es asunto tuyo.

—Humm. ¡Cavando en esa planicie yerma donde jamás habrá un campo ni un huerto ni nada de nada! Toda la aldea se ríe de vosotros.

—¿Quién te ha pedido consejo?

—No sé qué clase de dolencia tiene ese rōnin en la cabeza, pero debe de ser contagiosa. ¿Qué esperas encontrar ahí? ¿Un puchero lleno de oro, como en un cuento de hadas? Aún no levantas dos palmos del suelo y ya estás cavando tu propia tumba.

—Calla y dame el mijo. ¡Vamos, dámelo ahora mismo!

El sacerdote todavía bromeaba a costa de Iori un par de minutos después cuando algo frío y viscoso le golpeó el rostro. Al ver qué era abrió unos ojos como platos: un sapo verrugoso. Gritó y se abalanzó sobre Iori, pero apenas le había agarrado por el cuello cuando llegó otro sacerdote para anunciar que el muchacho debía ir de inmediato a la habitación del samurai.

El superior del templo también había oído la conmoción, y fue apresuradamente a la cocina.

—¿Ha causado alguna molestia a nuestro invitado? —preguntó, preocupado.

—No. Sado sólo ha dicho que quería hablar con él. También desea darle unos dulces.

El superior cogió a Iori de la mano y, sin más dilación, lo llevó personalmente a la habitación de Sado.

Cuando el chico estuvo tímidamente sentado al lado del sacerdote, Sado le preguntó su edad.

—Trece años.

—¿Y quieres ser samurai?

—Así es —respondió Iori, asintiendo vigorosamente.

—Muy bien. Entonces ¿por qué no te vienes a vivir conmigo? Al principio echarías una mano en las tareas domésticas, pero más adelante haría de ti un aprendiz de samurai.

Iori sacudió la cabeza en silencio. Sado, creyendo que el chico sentía vergüenza, le aseguró que su ofrecimiento iba en serio.

El muchacho le miró enojado.

—Me han dicho que querías darme unos dulces. ¿Dónde están?

El superior del templo palideció y le dio una palmada en la muñeca.

—No le riñas —dijo Sado en tono reprobador. Le gustaban los niños y tendía a consentirlos—. Tiene razón. Un hombre debe mantener su palabra. Que traigan los dulces.

Cuando los trajeron, Iori empezó a guardárselos en el kimono. Un tanto desconcertado, Sado le preguntó:

—¿No vas a comértelos aquí?

—No, mi maestro me está esperando en casa.

—Ah, ¿de modo que tienes un maestro?

Sin molestarse en dar una explicación, Iori salió corriendo de la estancia y desapareció a través del jardín.

Su comportamiento le pareció a Sado de lo más divertido. No fue del mismo parecer el superior del templo, el cual hizo dos o tres reverencias, tocando el suelo con la frente, antes de ir a la cocina en pos de Iori.

—¿Dónde está ese mocoso insolente?

—Ha cogido su saco de mijo y se ha ido.

Aguzaron el oído, pero sólo oyeron un chirrido discordante. Iori había arrancado una hoja de un árbol e intentaba improvisar una tonada. Ninguna de las pocas canciones que conocía parecía salirle bien. La saloma de los mozos de caballos era demasiado baja, las canciones del festival Bon demasiado complicadas. Finalmente se decidió por una melodía parecida a la música de la danza sagrada que se celebraba en el santuario local. Eso le iba bien, pues le gustaban las danzas, a las que su padre le había llevado a veces para que las viera.

Hacia la mitad del camino de Hōtengahara, en un lugar donde dos arroyos se unían para formar un río, se sobresaltó de improviso. La hoja se desprendió de su boca, junto con una rociada de saliva, y de un salto se ocultó entre los bambúes al lado del camino.

Sobre un tosco puente había tres o cuatro hombres que conversaban en voz baja. «Son ellos», dijo Iori entre dientes.

Vibró en sus oídos una amenaza que acababa de recordar. En aquella región, cuando las madres reñían a sus hijos, solían decirles: «Si no eres bueno, los diablos de la montaña vendrán y se te llevarán». La última vez que se presentaron fue en el otoño de dos años atrás.

A unas veinte millas de allí, en las montañas de Hitachi, se levantaba un templo dedicado a una deidad de la montaña. En los siglos anteriores, la gente había temido tanto a aquel dios que las aldeas se turnaban para hacerle ofrendas anuales de grano y mujeres. Cuando le llegaba el turno a una comunidad, los habitantes habían reunido su tributo e ido al santuario en una procesión a la luz de antorchas. Transcurrió el tiempo, y cuando resultó evidente que el dios era en realidad sólo un hombre, se volvieron negligentes en la entrega de sus ofrendas.

Durante la época de las guerras civiles, el llamado dios de la montaña se había dedicado a recoger su tributo por la fuerza. Cada dos o tres años, un grupo de bribones, armados con alabardas, lanzas de caza, hachas, cualquier cosa que pudiera aterrorizar a los pacíficos aldeanos, descendía primero sobre una comunidad y luego sobre la siguiente, llevándose todo aquello de lo que se encaprichaban, incluidas esposas e hijas. Si sus víctimas oponían resistencia, el saqueo iba acompañado de asesinato.

Con el último ataque de aquellos hombres todavía vivo en su memoria, Iori se agazapó en el monte bajo. Un grupo de cinco sombras llegaron corriendo al puente a través del campo. Entonces, entre la bruma nocturna apareció otro pequeño grupo y otro más, hasta que se hubieron reunido entre cuarenta y cincuenta bandidos. Iori contuvo la respiración y se quedó mirándolos fijamente mientras ellos debatían un curso de acción. No tardaron en llegar a una decisión. Su jefe dio una orden y señaló la aldea. Los hombres se alejaron a toda prisa como un enjambre de langostas.

Poco después desgarró la bruma una gran cacofonía: aves, ganado, caballos, los gemidos de la gente, jóvenes y ancianos.

Iori decidió en seguida pedir ayuda a los samurais que se alojaban en el Tokuganji, pero en cuanto abandonó su refugio entre los bambúes, le llegó un grito desde el puente:

—¿Quién está ahí?

No había visto a los dos hombres que se habían quedado atrás, montando guardia. El muchacho tragó saliva y puso pies en polvorosa, pero sus cortas piernas no podían competir con las de aquellos adultos.

—¿Adonde crees que vas? —le gritó el hombre que primero le dio alcance.

—¿Y tú quién eres?

En vez de echarse a llorar como una criatura, lo cual tal vez habría desconcertado a sus captores, Iori arañó los fornidos brazos que le aprisionaban, tratando de liberarse.

—Nos ha visto a todos juntos. Iba a decírselo a alguien.

—Vamos a darle una paliza y luego lo arrojaremos a un arrozal.

—Tengo una idea mejor.

Llevaron a Iori al río, lo tiraron a la orilla de un empujón y, saltando tras él, lo ataron a uno de los postes del puente.

—Bueno, ya nos hemos librado de él. —Los dos rufianes volvieron a ocupar sus puestos de guardia en el puente.

La campana del templo sonó a lo lejos. Iori contempló horrorizado las llamas que se alzaban de la aldea y daban al agua un color rojo como la sangre. Los lloros de los bebés y los lamentos de las mujeres se acercaban cada vez más. Las ruedas retumbaron en el puente. Media docena de bandidos conducían carretas de bueyes y caballos cargados con el botín.

—¡Gentuza asquerosa! —gritó una voz masculina.

—¡Devuélveme a mi mujer!

La refriega en el puente fue breve pero feroz. Los hombres gritaban, las armas producían un estrépito metálico, se oyó un chillido y un cadáver ensangrentado cayó a los pies de Iori. Un segundo cuerpo se desplomó en el río y le roció la cara de agua y sangre. Uno tras otro los campesinos cayeron desde el puente, seis en total. Los cuerpos subieron a la superficie y flotaron lentamente corriente abajo, pero uno de los hombres, que aún no había muerto, se aferró a los juncos y hundió los dedos en la blanda tierra hasta que sacó medio cuerpo del agua.

—¡Tú! —le dijo Iori—. Desata esta cuerda. Iré en busca de ayuda. Me encargaré de que seáis vengados. —Entonces gritó a voz en cuello—: Vamos, desátame. Tengo que salvar la aldea.

El hombre yacía inmóvil.

Tirando de las ataduras con todas sus fuerzas, por fin Iori logró aflojarlas lo suficiente para agacharse y empujar el hombro del herido con el pie.

El hombre quedó boca arriba. Tenía la cara cubierta de barro y sangre, y la mirada apagada y vacua. Intentó arrastrarse un poco más y, con su última onza de fuerza, desató los nudos. Cuando la cuerda quedó suelta, se desplomó sin vida.

Iori miró con cautela arriba y se mordió el labio. Allí había más cuerpos. Pero la suerte estaba de su parte. Una rueda de carreta se había hundido a través de una tabla podrida. Los ladrones, ocupados en desatascarla, no repararon en que el muchacho huía.

Al darse cuenta de que no podría llegar al templo, Iori avanzó de puntillas en las sombras hasta llegar a un lugar lo bastante somero para cruzar la corriente. Cuando llegó a la otra orilla, se encontró en el borde de Hōtengahara. Recorrió la milla restante hasta la cabaña como si un rayo le chamuscara los talones.

Cuando estaba cerca del otero donde se levantaba la cabaña, vio que Musashi estaba fuera, contemplando el cielo.

—¡Ven en seguida! —le gritó.

—¿Qué ha ocurrido?

—Tenemos que ir a la aldea.

—¿Es ahí donde hay fuego?

—Sí. Los diablos de la montaña han vuelto a bajar.

—¿Diablos?... ¿Bandidos?

—Sí, por lo menos cuarenta de ellos. Date prisa, por favor. Tenemos que rescatar a los aldeanos.

Musashi entró en la cabaña y salió un instante después con sus dos espadas. Mientras se ataba las sandalias, Iori le dijo:

—Sígueme y te mostraré el camino.

—No, tú quédate aquí.

Iori no podía dar crédito a sus oídos.

—Es demasiado peligroso.

—No tengo miedo.

—Serías un estorbo.

—¡Ni siquiera sabes cuál es el camino más corto!

—El fuego es la única guía que necesito. Ahora sé un buen chico y quédate aquí.

—Sí, señor.

Iori asintió obedientemente, pero con un profundo recelo. Volvió la cabeza hacia la aldea y observó sombríamente a Musashi, que corría en dirección al resplandor rojizo.

Obligadas a avanzar en fila, las mujeres atadas gemían y gritaban. Los implacables

bandidos las empujaban hacia el puente.

—¡Basta de armar escándalo! —gritó un bandido.

—Os portáis como si no supierais caminar. ¡Moveos!

Cuando las mujeres se resistían a seguir adelante, los rufianes las azotaban. Una mujer cayó, arrastrando a otras consigo. Un hombre cogió la cuerda, las obligó a levantarse y gruñó:

—¡Perras testarudas! ¿De qué os quejáis? Quedaos aquí y trabajaréis el resto de vuestras vidas como esclavas por un poco de mijo. ¡Miraos, no tenéis más que piel y huesos! Estaréis mucho mejor divirtiéndoos con nosotros.

Eligieron uno de los animales de aspecto más saludable; cargado con el pesado botín, ataron a él la cuerda y le dieron una fuerte palmada en la grupa. La fláccida cuerda se tensó de repente y nuevos gritos llenaron el aire mientras las mujeres eran obligadas bruscamente a reanudar la marcha. Las que caían eran arrastradas y sus rostros rozaban el suelo.

—¡Alto! —exclamó una—. ¡Me vais a arrancar los brazos!

Una oleada de risas estridentes se extendió entre los malhechores. En aquel momento el caballo y las mujeres se pararon en seco.

—¿Qué sucede?... ¡Hay alguien ahí delante!

Todos trataron de escudriñar la oscuridad.

—¿Quién está ahí? —rugió un bandido.

La sombra silenciosa que caminaba hacia ellos empuñaba una hoja blanca. Los bandidos, adiestrados para ser sensibles a los olores, reconocieron al instante el que notaban ahora..., el de la sangre que goteaba de la espada.

Mientras los hombres que iban delante retrocedían desmañadamente, Musashi midió la fuerza enemiga. Contó doce hombres, todos de músculos prominentes y aspecto brutal. Tras recobrarse de la sorpresa inicial, aprestaron sus armas y adoptaron posturas defensivas. Uno de ellos corrió blandiendo un hacha. Otro, provisto de una lanza de cazador, se aproximó en diagonal, manteniendo el cuerpo bajo y apuntando a las costillas de Musashi. El del hacha fue el primero en caer.

—¡Aaaaagh! —Pareció como si se hubiera cortado la lengua con los dientes. Dio unos pasos zigzagueantes y cayó al suelo.

—¿No me conocéis? —les preguntó Musashi con voz vibrante—. Soy el protector del pueblo, un mensajero del dios que vigila esta aldea. —Mientras hablaba, con un veloz y certero movimiento arrebató la lanza al hombre que se le acercaba de costado y la arrojó violentamente al suelo.

Se abalanzó contra los bandidos y éstos le atacaron en masa. Musashi tuvo que emplearse a fondo parando las estocadas y golpes que le llegaban de todas partes, pero después de la primera oleada, cuando los hombres todavía luchaban con confianza, tuvo una buena idea de lo que seguiría. No se trataba del número de

atacantes, sino de la cohesión y el autodominio de éstos.

Al ver que un hombre tras otro se convertían en proyectiles sanguinolentos, los bandidos no tardaron en mantener cada vez mayores distancias, hasta que por fin fueron presa del pánico y perdieron toda apariencia de organización.

Musashi aprendía incluso mientras luchaba, adquiriendo una experiencia que luego incorporaría a métodos concretos, utilizables por una fuerza pequeña contra otra mayor. Era una lección valiosa que no podía aprender en la lucha con un solo adversario.

Sus dos espadas permanecían envainadas. Durante años había practicado la técnica de apoderarse del arma de su contrario y volverla contra él. Ahora llevó el estudio a la práctica, arrebatando la espada al primer hombre con el que se enfrentó. El motivo que le impulsaba a actuar así no estribaba en que su propia espada, a la que consideraba como su alma, era demasiado pura para que la ensuciara la sangre de malhechores comunes, sino que actuaba de una manera práctica: contra un surtido tan abigarrado de armas, una hoja podría desportillarse e incluso romperse.

Cuando los cinco o seis supervivientes huyeron hacia la aldea, Musashi dedicó uno o dos minutos a relajarse y recobrar el aliento, seguro de que los bandidos volverían con refuerzos. Entonces liberó a las mujeres y ordenó a las que podían tenerse en pie que cuidaran de las demás.

Tras dirigirles unas palabras de consuelo y aliento, les dijo que debían salvar a sus padres, hijos y maridos.

—Seríais desdichadas si sobrevivís y ellos perecen, ¿no es cierto?

Hubo un murmullo de asentimiento.

—Tenéis la fuerza necesaria para protegeros y salvar a los otros, pero no sabéis cómo usar esa fuerza. Por ello estáis a merced de los forajidos. Vamos a cambiar ese estado de cosas. Os ayudaré enseñándoos a usar el poder que tenéis. Lo primero que debéis hacer es armaros.

Les pidió que recogieran las armas que estaban diseminadas por el suelo y las distribuyó entre todos.

—Ahora seguidme y haced lo que os diga. No debéis tener miedo. Procurad creer que el dios de esta región está a vuestro lado.

Mientras conducía a las mujeres hacia la aldea en llamas, otras víctimas salieron de las sombras y se les unieron. Pronto el grupo se convirtió en un pequeño ejército de casi cien personas. Las mujeres abrazaban llorosas a sus seres queridos: las hijas se reunían con sus padres, las esposas con sus maridos, las madres con sus hijos.

Al principio, cuando las mujeres describían cómo Musashi había luchado con los bandidos, los hombres escuchaban con expresiones de perplejidad en sus rostros, incapaces de creer que se tratara del mismo rōnin idiota de Hōtengahara. Cuando lo aceptaron, su gratitud fue evidente, a pesar de la barrera impuesta por su dialecto.

Volviéndose hacia los hombres, Musashi les dijo que buscaran armas.

—Cualquier cosa servirá, incluso un buen palo o una caña de bambú fresco.

Ninguno desobedeció ni siquiera cuestionó sus órdenes.

—¿Cuántos bandidos hay ahí en total?

—Unos cincuenta.

—¿Cuántas casas tiene la aldea?

—Setenta.

Musashi calculó que los aldeanos sumarían setecientos u ochocientos. Incluso dejando de lado los ancianos y los niños, los bandidos seguirían superados en una proporción de diez a uno.

Sonrió sombríamente al pensar que aquellos pacíficos aldeanos no habían tenido más recurso que alzar las manos, desesperados. Sabía que si no se hacía algo, la atrocidad se repetiría. Aquella noche quería conseguir dos cosas: enseñar a los aldeanos la manera de protegerse y procurar que los bandidos desaparecieran para siempre de la zona.

—Señor —le dijo un hombre que acababa de llegar de la aldea—, vienen hacia aquí.

Aunque ahora los aldeanos estaban armados, la noticia les intranquilizó. Parecieron a punto de disgregarse y echar a correr.

A fin de devolverles la confianza, Musashi gritó:

—No tenéis por qué alarmaros. Esperaba que viniesen. Quiero que os escondáis a ambos lados del camino, pero primero escuchad mis instrucciones. —Habló rápida pero serenamente, repitiendo con brevedad todo cuanto debía quedar bien claro—. Cuando lleguen aquí, dejaré que me ataquen. Entonces fingiré que huyo. Ellos me seguirán. Vosotros, todos, quedaos donde estáis. No necesitaré ninguna ayuda.

—Al cabo de un rato regresarán. Cuando lo hagan, atacadles. Haced mucho ruido, cogedlos por sorpresa. Golpeadles en las piernas, el pecho, los costados..., cualquier parte que esté desprotegida. Cuando os hayáis ocupado del primer grupo, escondeos de nuevo y esperad al siguiente. Haced eso hasta que estén todos muertos.

Apenas había podido terminar y los campesinos se habían dispersado cuando aparecieron los intrusos. Por su manera de vestir y su falta de coordinación, Musashi supuso que se trataba de una fuerza beligerante primitiva, como las que debieron de ser corrientes mucho tiempo atrás, cuando los hombres se ganaban el sustento con la caza y la pesca. El nombre Tokugawa no significaba nada para ellos, como tampoco Toyotomi. Las montañas eran su hogar tribal, los aldeanos existían para proporcionarles alimentos y demás cosas necesarias.

—¡Alto! —ordenó el hombre que iba al frente del grupo.

Eran unos veinte hombres, algunos armados con espadas rudas, otros con lanzas, uno blandía un hacha de combate, otro sostenía un venablo oxidado. Silueteados

contra el resplandor del incendio, sus cuerpos parecían sombras demoníacas de un negro azabache.

—¿Es ése?

—Sí, el mismo.

A unos sesenta pies por delante de ellos, Musashi se mantenía firme, bloqueando el camino. Desconcertados, empezaron a dudar de sus propias fuerzas, y por un breve momento ninguno de ellos se movió.

Pero sólo fue un momento. Entonces los ojos llameantes de Musashi empezaron a atraerlos inexorablemente hacia él.

—¿Eres el hijo de perra que intenta interponerse en nuestro camino?

—¡Tú lo has dicho! —exclamó Musashi, alzando su espada y abalanzándose contra ellos.

Hubo una ruidosa reverberación, seguida por una violenta refriega, como un torbellino en el que era imposible distinguir los movimientos individuales. Parecía un enjambre de hormigas aladas que se arremolinaban.

Los arrozales al lado del camino y el terraplén bordeado de árboles y arbustos al otro lado eran ideales para Musashi, puesto que le proporcionaban cierta cobertura, pero tras la primera escaramuza, efectuó una retirada estratégica.

—¿Habéis visto eso?

—¡El bastardo huye!

—¡A por él!

Le persiguieron hasta el extremo del campo más cercano, donde él se volvió y les hizo frente. Puesto que no había nada a sus espaldas, su posición parecía peor, pero mantuvo al enemigo a raya moviéndose rápidamente a derecha e izquierda. Entonces, en cuanto uno de ellos hacía un falso movimiento, Musashi golpeaba.

Su oscura figura parecía pasar velozmente de un lugar a otro, y un surtidor de sangre se alzaba ante él cada vez que se detenía. Los bandidos que no perecieron pronto estuvieron demasiado desconcertados para luchar, mientras Musashi afinaba más a cada golpe. Era una clase de combate distinto al del Ichijōji. No tenía la sensación de hallarse en el borde entre la vida y la muerte, sino que había ascendido a un plano de desprendimiento del yo, en el que el cuerpo y la espada actuaban armónicamente sin necesidad del pensamiento consciente. Sus atacantes huyeron en completo desorden.

Un susurro se extendió entre la hilera de aldeanos.

—Ahí vienen.

Entonces un grupo de ellos saltaron de su escondite y cayeron sobre los dos o tres primeros bandidos, matándolos casi sin esfuerzo. Los campesinos volvieron a fundirse con la oscuridad, y repitieron el proceso hasta que todos los bandidos hubieron caído en la emboscada y perecido.

Tras contar el número de cadáveres, los aldeanos sintieron reforzada su confianza.

—Al fin y al cabo no son tan fuertes —manifestó con satisfacción un hombre.

—¡Esperad! Por ahí viene otro.

—¡A él!

—No, no le ataquéis. Es el rōnin.

Sin apenas confusión, se alinearon a lo largo del camino como soldados a los que su general pasa revista. Todas las miradas estaban fijas en las ropas ensangrentadas de Musashi y su espada goteante, cuya hoja estaba desportillada en una docena de lugares. La tiró al suelo y cogió una lanza.

—Nuestro trabajo aún no ha terminado —les dijo—. Coged armas y seguidme. Combinando vuestras fuerzas, podréis echar a los intrusos del pueblo y rescatar a vuestras familias.

Ninguno de los hombres titubeó lo más mínimo. Las mujeres y los niños también buscaron armas y les siguieron.

Los daños causados a la aldea no eran tan extensos como habían temido, porque las casas estaban bastante separadas unas de otras, pero los aterrados animales de granja armaban un tremendo escándalo, y en alguna parte un bebé lloraba a lágrima viva. Desde el lado del camino llegaba un sonido crepitante, donde el fuego se había extendido a un bosquecillo de bambú verde.

Los bandidos no estaban a la vista.

—¿Dónde se han metido? —inquirió Musashi—. Me parece que huelo a sake. ¿Dónde puede haber una gran cantidad de sake almacenada en un solo lugar?

Los aldeanos estaban tan absortos contemplando las llamas que ninguno había reparado en el olor, pero uno de ellos dijo:

—Debe de ser la casa del cacique del pueblo. Él tiene barriles de sake.

—Entonces ahí es donde los encontraremos —dijo Musashi.

Mientras avanzaban, más hombres salieron de su escondite y se unieron a ellos. Musashi estaba satisfecho por el creciente espíritu de unidad.

—Ahí es —dijo un hombre, señalando una gran casa rodeada por un muro de tierra.

Mientras los campesinos se organizaban, Musashi escaló la pared e invadió el reducto de los bandidos. El jefe y sus principales lugartenientes estaban metidos en una gran sala con el suelo de tierra, trasegando sake y sometiendo forzosamente a sus repugnantes atenciones a unas muchachas que tenían cautivas.

—¡No os excitéis! —gritó colérico el jefe en un áspero dialecto montañés—. Es un solo hombre, y no creo que deba molestarme personalmente. Los demás podéis ocuparos de él.

Estaba riñendo a un subordinado que había llegado con la noticia de la derrota en las afueras del pueblo.

Cuando el jefe calló, los demás repararon en el ruido confuso de voces airadas al otro lado de la pared, y se movieron inquietos. Dejando de lado la carne de pollo a medio comer y las tazas de sake, se apresuraron a incorporarse y buscaron instintivamente sus armas. Entonces permanecieron en pie, mirando la entrada del aposento.

Musashi, utilizando la lanza como pértiga, saltó a través de una alta ventana lateral y aterrizó directamente detrás del jefe. Éste giró en redondo, pero quedó al instante empalado por la lanza. Lanzando un temible «Aaaagh», aferró con ambas manos el asta de la hoja alojada en su pecho. Musashi soltó calmosamente la lanza y el hombre cayó de bruces al suelo, la hoja y la mayor parte del asta saliéndole por la espalda.

El segundo hombre que atacó a Musashi se quedó sin su espada. Musashi le atravesó, descargó la hoja sobre la cabeza de un tercer hombre y la hundió en el pecho de un cuarto. Los demás corrieron atropelladamente a la puerta. Musashi les arrojó la espada y, continuando el mismo movimiento, extrajo la lanza del cuerpo del jefe.

—¡No os mováis! —gritó.

Atacó sosteniendo horizontalmente la lanza, e hizo que los bandidos se separaran como agua golpeada con un palo. Esto le proporcionó espacio suficiente para hacer un uso eficaz de la larga arma, la cual manejó entonces con una destreza que ponía a prueba la misma resistencia de la negra asta de roble, golpeando de costado, cortando hacia abajo, embistiendo letalmente adelante.

Los bandidos que trataban de cruzar la puerta se encontraron con el camino bloqueado por los aldeanos armados. Algunos intentaron huir saltando por la ventana, pero cuando llegaron al suelo, los aldeanos que aguardaban abajo mataron a la mayoría. De los pocos que lograron escapar, casi todos estaban gravemente heridos.

Durante algún tiempo llenaron el aire los gritos triunfales de jóvenes y viejos, hombres y mujeres, y cuando pasó el primer momento emocionado, los maridos abrazaron a sus esposas, los padres a sus hijos, vertiendo lágrimas de alegría.

En medio de aquella escena conmovedora, alguien preguntó:

—¿Y si vuelven?

Se hizo un súbito silencio entre los aldeanos, los cuales empezaron a sentir de nuevo la comezón de la inquietud.

—No volverán —dijo con firmeza Musashi—. Por lo menos no volverán a esta aldea. Pero no debéis tener demasiada confianza. Vuestra tarea consiste en manejar el arado, no la espada. Si os enorgullecéis demasiado por vuestra habilidad en la lucha, el castigo que os enviará el cielo será peor que cualquier ataque de los diablos de la montaña.

—¿Os habéis enterado de lo ocurrido? —preguntó Nagaoka Sado a sus dos samurais cuando éstos regresaron al Tokuganji.

A lo lejos, al otro lado del campo y la ciénaga, veía que la luz de los incendios en la aldea se estaba extinguiendo.

—Ahora todo está tranquilo.

—¿Habéis expulsado a los bandidos? ¿Qué daños han hecho en la aldea?

—Los aldeanos los han matado a casi todos antes de que llegáramos allí. Unos pocos han huido.

—Vaya, eso es extraño.

El samurai parecía sorprendido, pues, de ser cierto lo que le decían, tendría que reflexionar sobre la forma de gobernar en el distrito de su señor.

Al día siguiente, tras abandonar el templo, dirigió su caballo hacia la aldea.

—Nos queda fuera de nuestra ruta, pero vamos a echar un vistazo —dijo a sus hombres.

Un sacerdote fue con ellos para mostrarles el camino, y mientras cabalgaban, Sado observó:

—Esos cadáveres a lo largo de la calzada no parecen haber sido obra de campesinos. —Pidió más detalles a sus samurais.

Los aldeanos habían prescindido del sueño y estaban atareados enterrando a los muertos y limpiando los escombros del desastre. Pero cuando vieron a Sado y sus samurais, corrieron a esconderse en sus casas.

—Haced venir aquí a un aldeano y averigüemos qué es exactamente lo ocurrido.

El hombre que se presentó con el sacerdote les hizo un resumen bastante detallado de los acontecimientos de la noche.

—Ahora empieza a tener sentido —dijo Sado, asintiendo—. ¿Cómo se llama ese rōnin?

El campesino, que jamás había oído el nombre de Musashi, ladeó la cabeza. Cuando Sado insistió en conocerlo, el sacerdote preguntó a varias personas y finalmente obtuvo la información deseada.

—¿Miyamoto Musashi? —dijo Sado, pensativo—. ¿No es ése el hombre al que el muchacho se refería como su maestro?

—En efecto. Se empeñó en cultivar un terreno yermo en Hōtengahara, y por ello los campesinos le consideraban un tanto falto de luces.

—Me gustaría conocerle —dijo Sado, pero entonces recordó el trabajo que le aguardaba en Edo—. No importa. Ya hablaré con él la próxima vez que venga por aquí.

Hizo dar la vuelta a su caballo y dejó a los campesinos en pie al lado del camino.

Al cabo de unos minutos tiró de las riendas ante el portal del cacique del pueblo. Allí, escrito en tinta brillante sobre una tabla, estaba colgado el siguiente texto:

«Recordatorio para los habitantes del pueblo. Vuestro arado es vuestra espada. Vuestra espada es vuestro arado. Cuando trabajéis en los campos, no olvidéis la invasión. Cuando penséis en la invasión, no olvidéis vuestros campos. Todas las cosas deben estar equilibradas e integradas. Lo más importante de todo es que no os opongáis al Camino de las generaciones sucesivas».

—Humm. ¿Quién ha escrito esto?

El cacique de la aldea había salido por fin y estaba arrodillado en el suelo, haciendo reverencias delante de Sado.

—Musashi —respondió.

Sado se volvió hacia el sacerdote.

—Gracias por habernos traído aquí. Es una lástima que no pueda conocer a ese Musashi, pero en estos momentos no tengo tiempo. Regresaré aquí antes de que transcurra mucho tiempo.

La primera siembra

La administración de la palaciega residencia Hosokawa en Edo, así como la representación de los deberes del feudo ante el shōgun, estaban confiados a un hombre todavía veinteañero, Tadatoshi, el hijo mayor del daimyō, Hosokawa Tadaoki. El padre, un célebre general que también tenía una considerable reputación como poeta y maestro de la ceremonia del té, prefería vivir en el gran feudo Kokura situado en la provincia de Buzen, en la isla meridional de Kyushu.

Aunque Nagaoka Sado y varios otros servidores de confianza habían sido asignados para ayudar al joven, ello no se debía a que fuese incompetente ni mucho menos. No sólo lo aceptaban como un igual los poderosos vasallos más cercanos al shōgun, sino que se había distinguido como un administrador enérgico y previsor. De hecho, parecía más adaptado a la paz y prosperidad de la época que los señores de más edad, los cuales se habían nutrido de la guerra constante.

En aquel momento, Sado se encaminaba hacia el campo de equitación.

—¿Has visto al joven señor? —le preguntó un aprendiz de samurai que había ido a su encuentro.

—Creo que está en el campo de tiro al arco.

Cuando Sado recorría un estrecho sendero, oyó que le preguntaban:

—¿Puedo hablar contigo un momento?

Sado se detuvo e Iwama Kakubei, un vasallo respetado por su astucia y carácter práctico, se le acercó.

—¿Vas a hablar con su señoría? —le preguntó.

—Así es.

—Si no tienes prisa, hay un pequeño asunto sobre el que quisiera consultarte. ¿Por qué no nos sentamos ahí? —Recorrieron la corta distancia hasta una rústica pérgola, y por el camino Kakubei le dijo—: Tengo que pedirte un favor. Si surgiera la oportunidad durante tu conversación..., hay un hombre que quisiera recomendar al joven señor.

—¿Alguien que desea servir a la Casa de Hosokawa?

—Sí. Ya sé que toda clase de personas acuden a ti con la misma petición, pero este hombre es muy poco común.

—¿Es uno de esos hombres a los que sólo les interesa la seguridad y el estipendio?

—En modo alguno. Es un pariente de mi esposa, y vive con nosotros desde que llegó de Iwakuni hace un par de años, por lo que le conozco muy bien.

—¿Iwakuni? La Casa de Kikkawa dominaba la provincia de Suō antes de la batalla de Sekigahara. ¿Acaso es uno de sus rōnin?

—No, es el hijo de un samurai rural. Se llama Sasaki Kojirō y aún es joven, pero

se adiestró en el estilo Tomita de Kanemaki Jisai y del señor Katayama Hisayasu de Hōki aprendió las técnicas de desenvainar a la velocidad del rayo. Incluso ha creado un estilo propio, al que llama Ganryū.

Kakubei siguió hablando, desgranando con detalle las diversas hazañas y logros de Kojirō.

En realidad, Sado no le prestaba oídos. Su mente había vuelto a centrarse en la última visita que efectuara al Tokuganji. Aunque estaba seguro, incluso por lo poco que había visto y oído, de que Musashi era la clase de hombre que necesitaba la Casa de Hosokawa, deseaba conocerle personalmente antes de recomendárselo a su señor. Entretanto, había transcurrido un año y medio sin que hallara ocasión de visitar Hōtengahara.

Cuando Kakubei terminó de hablar, Sado le dijo:

—Haré por ti lo que esté en mi mano.

Reanudó su camino hacia el campo de tiro al arco. Allí Tadatoshi participaba en una competición con algunos vasallos de su edad, ninguno de los cuales estaba ni remotamente a su altura. Efectuaba sus disparos, que daban invariablemente en el blanco, con un estilo impecable. Varios de los hombres a su servicio le habían expresado la inconveniencia de tomarse tan en serio el tiro al arco, argumentando que en una época de armas de fuego y lanzas, ni la espada ni el arco eran ya de mucha utilidad en el verdadero combate, a lo cual él replicó crípticamente: «Mis flechas están dirigidas al espíritu».

Los servidores de Hosokawa tenían el mayor respeto por Tadatoshi, y habrían servido a sus órdenes con entusiasmo aunque su padre, a quien también querían con verdadera devoción, no hubiera sido un hombre de brillante historial. En aquel momento Sado lamentó la promesa que le había hecho a Kakubei. Tadatoshi no era un hombre a quien uno recomendara con ligereza posibles servidores.

Enjugándose el sudor de la frente, Tadatoshi pasó ante varios samurais jóvenes con los que había estado hablando y riendo. Al ver a Sado, le dijo:

—¿Qué me cuentas, vejestorio? ¿Te apetece disparar unas flechas?

—Me atengo a la regla de competir sólo con adultos —replicó Sado.

—¿Así que aún nos consideras como criaturas con el pelo atado en lo alto de la cabeza?

—¿Te has olvidado de la batalla de Yamazaki? ¿Y del castillo de Nirayama? Me han alabado por mi actuación en el campo de batalla, ¿sabes? Además, lo que me interesa es el auténtico tiro al arco, no...

—¡Ja, ja! Siento haberlo mencionado. No pretendía que empezaras de nuevo con tu historia. —Los demás también se echaron a reír. Tadatoshi sacó un brazo de la manga, se puso serio y le preguntó—: ¿Has venido para hablarme de algo?

Tras darle cuenta de varios asuntos rutinarios, Sado le dijo:

—Kakubei dice que quiere recomendarte un samurai.

Por un momento apareció una expresión de lejanía en los ojos de Tadatoshi.

—Supongo que se refiere a Sasaki Kojirō. Me ha hablado de él varias veces.

—¿Por qué no le llamas y le echas un vistazo?

—¿Es bueno de veras?

—¿No deberías verlo por ti mismo?

Tadatoshi se puso el guante y tomó la flecha que le ofrecía un ayudante.

—Sí, echaré un vistazo al hombre de Kakubei —dijo—. También me gustaría ver a ese rōnin que has mencionado. Miyamoto Musashi, así se llama, ¿no?

—Ah, ¿lo recuerdas?

—Así es. Eres tú quien parece haberlo olvidado.

—En absoluto, pero como estoy tan ocupado, no he tenido ocasión de ir a Shimōsa.

—Si crees que has encontrado a alguien que merece la pena, deberías buscar el tiempo necesario para hablar con él. La verdad, Sado, es que me sorprende que dejes esperar algo tan importante hasta que tengas otros asuntos que resolver allí. No es propio de ti.

—Lo lamento. Siempre hay demasiados hombres buscando posiciones. Pensé que te habrías olvidado del asunto. Supongo que debería habértelo comentado de nuevo.

—No te quepa duda. No acepto necesariamente las recomendaciones de la gente, pero deseo vivamente ver a alguien a quien el viejo Sado considera apropiado. ¿Comprendes?

Sado volvió a pedir disculpas antes de retirarse. Fue directamente a su casa y, sin más, pidió que le ensillaran un caballo y partió hacia Hōtengahara.

—¿No es esto Hōtengahara?

Satō Genzō, el ayudante de Sado, respondió:

—Eso es lo que creía, pero estos terrenos no están abandonados. Hay campos de arroz por todas partes. El lugar que trataban de cultivar debe de estar más cerca de las montañas.

Ya habían recorrido una buena distancia más allá del Tokuganji y pronto estarían en la carretera de Hitachi. Caía la tarde, y las garzas blancas que chapoteaban en los arrozales hacían que el agua pareciera polvo. A lo largo de la orilla y en las sombras de los altozanos había parcelas de cáñamo y ondulantes espigas de cebada.

—Mira allí, señor —dijo Genzō.

—¿Qué es?

—Hay un grupo de campesinos.

—De modo que es aquí. Parecen hacer reverencias al suelo, uno tras otro, ¿no es cierto?

—Sí, como si fuera una especie de ceremonia religiosa.

Genzō dio un tirón a las riendas y cruzó primero el río, asegurándose de que el vado era seguro para que Sado le siguiera.

—¡Eh, vosotros! —gritó Genzō.

Los campesinos parecieron sorprendidos y se apartaron del círculo que habían formado para mirar a los visitantes. Estaban ante una pequeña cabaña, y Sado vio que el objeto ante el que se habían inclinado era un minúsculo santuario de madera, no mayor que una jaula. Eran unos cincuenta campesinos, los cuales, al parecer, volvían a sus casas después del trabajo, pues habían lavado sus aperos.

Un sacerdote se adelantó, diciendo:

—Vaya, si es Nagaoka Sado. ¡Qué agradable sorpresa!

—Y tú eres del Tokuganji, ¿verdad? Creo que eres quien me condujo a la aldea después del ataque de aquellos bandidos.

—Así es, en efecto. ¿Has venido para hacer una visita al templo?

—Esta vez no. Me marcharé en seguida. ¿Puedes decirme dónde podría encontrar a ese rōnin llamado Miyamoto Musashi?

—Ya no está aquí. Se marchó repentinamente.

—¿Que se marchó? ¿Por qué hizo tal cosa?

—Un día del mes pasado, los aldeanos decidieron tomarse un día libre y celebrar los progresos que se han hecho aquí. Puedes ver por ti mismo lo verdes que están los campos ahora. Pues bien, a la mañana siguiente, Musashi y el chiquillo, Iori, se habían ido.

El sacerdote miró a su alrededor, como si esperase a medias que Musashi apareciera de improviso.

Sado pidió más detalles al sacerdote, y éste le contó lo ocurrido. Después de que la aldea hubiera reforzado sus defensas bajo la dirección de Musashi, los campesinos estaban tan agradecidos por la perspectiva de vivir en paz que prácticamente le deificaron. Incluso los que le habían ridiculizado más cruelmente acudieron en su ayuda para transformar los eriales en campos productivos.

Musashi los trataba a todos con equidad y neutralidad, convenciéndoles primero de que era inútil que vivieran como animales. Luego trató de inculcarles la importancia de hacer un pequeño esfuerzo adicional a fin de dar a sus hijos la oportunidad de una vida mejor. Les dijo que para ser verdaderos seres humanos debían trabajar en beneficio de la posteridad.

Cuarenta o cincuenta aldeanos unían sus esfuerzos a diario, y cuando llegó el otoño pudieron controlar las inundaciones. En invierno, araron, y en primavera recogieron agua de las nuevas acequias y trasplantaron las plántulas de arroz. A principios del verano el arroz florecía, mientras que en los campos secos, el cáñamo y la cebada tenían ya un pie de altura. Al cabo de otro año, la cosecha sería doble, y al

año siguiente triple.

Los aldeanos empezaron a visitar su cabaña para presentarle sus respetos, agradeciéndole desde el fondo de sus corazones lo que había hecho por ellos. Las mujeres le traían presentes de verduras. El día de la celebración, los hombres llegaron con grandes recipientes de sake, y todos participaron en una danza sagrada, con acompañamiento de tambores y flautas.

Cuando los aldeanos estuvieron agrupados a su alrededor, Musashi les aseguró que lo conseguido no se debía a su fuerza sino a la de ellos.

—Lo único que hice fue mostraros cómo usar la energía que poseéis.

Entonces hizo un aparte con el sacerdote para decirle que le preocupaba el hecho de que confiaran en un vagabundo como él.

—Incluso sin mí, deberían tener confianza y mantener la solidaridad.

Entonces sacó una estatuilla de Kannon que había tallado y se la dio al sacerdote.

La mañana después de la celebración hubo un tumulto en la aldea.

—¡Se ha ido!

—No es posible.

—Sí, ha desaparecido. La cabaña está vacía.

Llenos de pesadumbre, aquel día ninguno de los labradores acudió a trabajar a los campos.

Cuando se enteró de esa ausencia, el sacerdote les reprochó severamente su ingratitud, instándoles a que recordaran lo que les habían enseñado y convenciéndoles sutilmente para que continuaran la labor que habían emprendido.

Más adelante, los aldeanos construyeron el minúsculo santuario e instalaron en él la reverenciada imagen de Kannon. Por la mañana y por la noche presentaban sus respetos a Musashi, cuando iban a los campos y cuando regresaban.

Sado agradeció al sacerdote la información, ocultando el hecho de que se sentía desconsolado como sólo podía estarlo un hombre de su posición.

Mientras su caballo emprendía el regreso a través de la bruma vespertina de la primavera tardía, Sado pensaba inquieto: «No debería haber pospuesto el viaje. He descuidado mi deber, y ahora le he fallado a mi señor».

Las moscas

En la ribera oriental del río Sumida, donde convergía la carretera de Shimōsa con un ramal de la carretera de Ōshū, se levantaba una gran barrera con un portal impresionante, muestra fehaciente del firme gobierno de Aoyama Tadanari, el nuevo magistrado de Edo.

Musashi hacía cola, aguardando ociosamente su turno, con Iori a su lado. La vez anterior que estuvo en Edo, tres años antes, entrar y salir de la ciudad no comportaba ninguna dificultad. Incluso desde aquella considerable distancia, podía ver que había muchas más casas que antes y menos espacios abiertos.

—Eh, tú, rōnin. Eres el siguiente.

Dos guardianes con hakama de cuero empezaron a registrar a Musashi con minuciosidad, mientras un tercero le miraba con semblante hosco y le interrogaba.

—¿Qué asunto te trae a la capital?

—Ninguno en particular.

—No tienes nada que hacer en particular, ¿eh?

—Bueno, soy un shugyōsha. Podríamos decir que mi actividad consiste en estudiar para ser samurai.

El hombre guardó silencio. Musashi sonrió.

—¿Cuál es tu lugar de nacimiento?

—La aldea de Miyamoto, distrito de Yoshino, provincia de Mimasaka.

—¿Tu maestro?

—No tengo ninguno.

—¿Quién te facilita el dinero para viajar?

—Nadie. Tallo estatuillas y hago pinturas. A veces puedo cambiarlas por comida y alojamiento. A menudo pernocto en los templos. En ocasiones doy lecciones de esgrima. De un modo u otro, me las arreglo para salir adelante.

—¿De dónde vienes?

—Durante los dos últimos años, he trabajado en los campos de Hōtengahara, en Shimōsa. He decidido que no deseo hacer eso durante el resto de mi vida, y por eso he venido aquí.

—¿Tienes un lugar donde alojarte en Edo?. Nadie puede entrar en la ciudad a menos que tenga familiares o un lugar donde vivir.

—Sí —replicó Musashi sin pensarlo dos veces, pues comprendió que si seguía diciendo la verdad, aquello sería inacabable.

—¿Y bien?

—Yagyū Munenori, señor de Tajima.

El guardián le miró boquiabierto.

Divertido por la reacción del hombre, Musashi se felicitó. El riesgo de que le

sorprendieran mintiendo no le preocupaba gran cosa. Tenía la impresión de que Takuan habría hablado de él a los Yagyū, y le parecía improbable que negaran categóricamente conocerle si les preguntaban. Incluso existía la posibilidad de que Takuan se encontrase ahora en Edo. Si tal fuese el caso, Musashi tendría su medio de presentación. Era demasiado tarde para realizar un encuentro de esgrima con Sekishūsai, pero anhelaba tenerlo con Munenori, el sucesor de su padre en el estilo Yagyū y uno de los tutores personales del shōgun.

La mención de ese nombre pareció surtir un efecto mágico.

—Bien, bien —dijo el guardián amigablemente—. Si estás relacionado con la casa de Yagyū, siento haberte molestado. Como puedes ver, hay toda clase de samurais en los caminos, y tenemos que ser especialmente cuidadosos con cualquiera que parezca ser un rōnin. Son órdenes, ¿sabes? —Tras hacerle algunas preguntas más, para guardar las formas o salvar las apariencias, le dijo—: Ya puedes irte.

Escoltó personalmente a Musashi hasta el portal.

—Señor —le dijo Iori cuando hubieron entrado en la ciudad—. ¿Por qué son tan cuidadosos sólo con respecto a los rōnin y nadie más?

—Están buscando espías enemigos.

—¿Qué espía sería tan imbécil para presentarse aquí con el aspecto de un rōnin? Los guardianes son bastante tontos... ¡Ellos y sus estúpidas preguntas! ¡Nos han hecho perder el transbordador!

—Chitón, Iori, calla, que van a oírte. No te preocupes por el transbordador. Puedes contemplar el monte Fuji mientras esperamos el barco siguiente. ¿Sabías que puede verse desde aquí?

—¿Y qué? También podíamos verlo desde Hōtengahara.

—Sí, pero aquí es diferente.

—¿En qué se diferencia?

—El Fuji nunca es igual. Varía de un día a otro, de hora en hora.

—Pues a mí me parece siempre igual.

—No te quepa duda de que no lo es. Cambia... con la hora, el tiempo atmosférico, la estación, el lugar desde donde lo mires. También difiere según la persona que lo contemple, según su corazón.

Iori, en absoluto impresionado por estas palabras, cogió una piedra y la lanzó rozando la superficie del agua. Tras distraerse de esta guisa durante unos minutos, regresó al lado de Musashi y le preguntó:

—¿De veras vas a ir a la casa del señor Yagyū?

—Tendré que pensar en ello.

—¿No es eso lo que le has dicho al guardián?

—Sí. Tengo intención de ir, pero no es tan sencillo. Es un daimyō, ¿sabes?

—Debe de ser muy importante. Eso es lo que yo quiero ser de mayor.

—¿Importante?
—Humm.
—No deberías apuntar tan bajo.
—¿Qué quieres decir?
—Mira el monte Fuji.
—Nunca seré como el monte Fuji.
—En vez de querer ser esto o aquello, conviértete en un gigante silencioso e inamovible. Así es la montaña. No pierdas el tiempo tratando de impresionar a la gente. Si te conviertes en la clase de hombre a quien la gente puede respetar, te respetarán sin que hagas nada.
No hubo tiempo para que las palabras de Musashi surtieran efecto, pues en aquel momento Iori gritó:
—Mira, ya llega el transbordador.
Echó a correr para ser el primero en subir a bordo.
El río Sumida presentaba numerosos contrastes, ancho en algunos lugares, estrecho en otros, somero aquí y profundo allá. Con la marea alta, las olas que lamían la orilla tenían una coloración turbia. A veces el estuario crecía hasta tener el doble de su anchura normal. En el punto donde cruzaba el transbordador, era prácticamente un entrante de la bahía.
El cielo estaba claro, el agua transparente. Iori miró por la borda y vio bancos de innumerables pececillos que nadaban de un lado a otro. Entre las rocas atisbó también los restos oxidados de un viejo casco de guerrero. No hacía ningún caso de la conversación que se desarrollaba a su alrededor.
—¿Qué te parece? ¿Se va a mantener la paz como hasta ahora?
—Lo dudo.
—Probablemente tengas razón. Más tarde o más temprano, habrá lucha. Ojalá no fuera así, pero ¿qué otra cosa podemos esperar?
Otros pasajeros se reservaban sus pensamientos y contemplaban el agua con semblante malhumorado, temerosos de que algún oficial, tal vez disfrazado, pudiera oír la conversación y relacionarles a ellos con quienes la sostenían. Los que corrían el riesgo parecían gozar de su coqueteo con los omnipresentes ojos y oídos de la ley.
—A juzgar por la manera en que examinan a todo el mundo, se están preparando para la guerra. Sólo recientemente han apretado las tuercas de esa manera. Y corren muchos rumores de que hay por ahí espías de Osaka.
—También se habla de ladrones que allanan las casas de los daimyō, aunque tratan de silenciarlo. Debe de ser embarazoso que te roben cuando eres tú quien debe mantener la ley y el orden.
—Hay que ir en busca de algo más que dinero para correr esa clase de riesgo. Han de ser espías. Ningún delincuente ordinario tendría semejante valor.

Mientras miraba a su alrededor, Musashi pensó que el barco transportaba a una amplia representación de la sociedad de Edo. Un maderero con serrín adherido a sus ropas de faena, un par de geishas de baja calidad que podrían proceder de Kyoto, uno o dos matones de anchos hombros, un grupo de cavadores de pozos, dos prostitutas que no se abstenían de coquetear, un sacerdote, un monje mendicante, otro rōnin como él mismo.

Cuando el barco llegó a la ribera de Edo y los pasajeros desembarcaron, un hombre bajo y fornido llamó a Musashi.

—Eh, tú, el rōnin. Te has olvidado de algo. —Tendía una bolsa de brocado rojizo, tan vieja que su suciedad parecía relucir más que las pocas hebras de oro que quedaban en ella.

Musashi sacudió la cabeza.

—No es mía —dijo—. Debe pertenecer a otro pasajero.

—Es mía —terció Iori. Arrebató la bolsa de la mano que la sostenía y se la guardó bajo el kimono.

El hombre se mostró indignado.

—¿Qué estás haciendo? ¡Cogerla de esa manera! ¡Dámela! Luego vas a tener que hacerme tres reverencias antes de que te la devuelva. ¡Si no lo haces voy a echarte al río!

Musashi intervino y pidió al hombre que perdonase la rudeza de Iori, debida a su corta edad.

—¿Quién eres tú? —le preguntó ásperamente el otro—. ¿Su hermano? ¿Su maestro? ¡Dime tu nombre!

—Miyamoto Musashi.

—¡Cómo! —exclamó el rufián, mirando con fijeza el rostro de Musashi. Al cabo de un momento le dijo a Iori—: Será mejor que en adelante tengas más cuidado.

Entonces le entregó la bolsa y dio media vuelta, como si estuviera ansioso por alejarse de allí.

—Espera un momento —le dijo Musashi. La suavidad de su tono cogió al hombre por sorpresa.

Giró en redondo, llevándose la mano a la empuñadura de la espada.

—¿Qué quieres?

—¿Cómo te llamas?

—¿Para qué quieres saberlo?

—Me has preguntado mi nombre. Por mera cortesía, deberías decirme el tuyo.

—Soy uno de los hombres de Hangawara. Me llamo Jūrō.

—Muy bien, puedes marcharte —le dijo Musashi, dándole un empujón.

—¡No olvidaré esto! —Jūrō dio unos pasos tambaleantes y, cuando recobró el equilibrio, echó a correr.

—Se lo merecía, el muy cobarde —dijo Iori. Satisfecho por la defensa de Musashi, le miró reverentemente y se acercó más a él.

Mientras se internaban en la ciudad, Musashi le dijo:

—Mira, Iori, debes comprender que vivir aquí no es como estar en el campo. Allí sólo teníamos por vecinos a los zorros y las ardillas. Aquí hay mucha gente. Deberás ser más cuidadoso con tus modales.

—Sí, señor.

—Cuando la gente vive junta en armonía, la tierra es un paraíso —siguió diciendo Musashi muy seriamente—. Pero todo hombre tiene un lado malo así como un lado bueno. Hay ocasiones en que sólo aflora el malo. Entonces el mundo no es un paraíso, sino un infierno. ¿Comprendes lo que te estoy diciendo?

—Sí, creo que sí —dijo Iori, ahora más sumiso.

—Existe una razón por la que tenemos modales y etiqueta, y es la de que nos permiten impedir que el lado malo se imponga. Esto promueve el orden social, que es el objetivo de las leyes del gobierno. —Hizo una pausa—. Tu manera de actuar... Era un asunto trivial, pero tu actitud ha hecho que ese hombre se enfadara. No estoy nada contento por ello.

—Sí, señor.

—No sé adonde iremos desde aquí. Pero dondequiera que sea, será mejor que sigas las reglas y actúes cortésmente.

El muchacho inclinó la cabeza un par de veces e hizo una pequeña y rígida reverencia. Siguieron caminando en silencio durante un rato.

—Señor, ¿podrías llevarme la bolsa? No quiero perderla otra vez.

Musashi aceptó la pequeña bolsa de brocado y la inspeccionó minuciosamente antes de guardársela en el interior del kimono.

—¿Es ésta la bolsa que te dejó tu padre?

—Sí, señor. La recuperé en el Tokuganji a principios de año. El sacerdote no me cogió ni una pizca de dinero. Puedes usar un poco si es necesario.

—Gracias —dijo Musashi jovialmente—. Lo cuidaré bien.

«Él tiene un talento que a mí me falta», se dijo Musashi, pensando tristemente en su propia indiferencia a las finanzas personales. La prudencia innata del muchacho había enseñado a Musashi el significado de la economía. Apreciaba la confianza de Iori, del que se sentía más encariñado cada día. Esperaba con entusiasmo la tarea de ayudarle a desarrollar su inteligencia natural.

—¿Dónde te gustaría pasar esta noche? —le preguntó.

Iori, que había estado examinando su nuevo entorno con gran curiosidad, observó:

—Allí hay muchos caballos. Parece un mercado, y aquí mismo, en medio de la ciudad.

Habló como si hubiera tropezado con un amigo perdido mucho tiempo atrás en un país desconocido.

Habían llegado a Bakurōchō, donde existía una grande y variada selección de casas de té y hostelerías que atendían a los profesionales del ramo equino: vendedores, compradores, carreteros, mozos de caballos y un surtido de pequeños factótums. Los hombres, reunidos en grupitos, discutían y charlaban en una multitud de dialectos, el más destacado de los cuales era el penetrante dialecto de Edo, cuyos hablantes siempre parecían encolerizados.

Entre la gente había un samurai bien vestido en busca de buenos caballos. Poniendo mala cara, dijo:

—Vámonos a casa. Aquí no hay más que pencos, nada que merezca la pena recomendar a su señoría.

Caminando a paso vivo entre los animales, se encontró de cara con Musashi. Al reconocerle, parpadeó y retrocedió, sorprendido.

—Eres Miyamoto Musashi, ¿no es cierto?

Musashi miró al hombre un instante y sonrió. Era Kimura Sukekurō. Aunque los dos hombres habían estado a punto de batirse en el castillo de Koyagyū, la actitud de Sukekurō era cordial y no parecía guardarle rencor por aquel encuentro.

—Desde luego no esperaba verte aquí —le dijo—. ¿Hace mucho que estás en Edo?

—Acabo de llegar de Shimōsa —replicó Musashi—. ¿Cómo está tu señor? ¿Aún goza de buena salud?

—Sí, gracias, claro que a la edad de Sekishūsai... Me alojo en casa del señor Munenori. Debes ir a visitarle; con mucho gusto te presentaré a él. Ah, también hay otra cosa. —Le miró sonriente, con una expresión significativa—. Tenemos un bello tesoro que te pertenece. Debes ir lo antes posible.

Antes de que Musashi pudiera preguntarle qué era el «bello tesoro», Sukekurō hizo una leve reverencia y se alejó rápidamente, seguido por su ayudante.

Los huéspedes que se alojaban en las posadas baratas de Bakurōchō eran en su mayoría tratantes de caballos que venían de las provincias. Musashi prefirió alquilar una habitación allí que en otra zona de la ciudad, donde sin duda los precios serían más altos. Como las demás posadas, la que eligió tenía un gran establo, tan grande que las mismas habitaciones parecían más bien un anexo. Pero después de las estrecheces de Hōtengahara, incluso aquella hostelería de tercera clase parecía lujosa.

A pesar de su sensación de bienestar, a Musashi le irritaron los tábanos, y empezó a rezongar.

La propietaria le oyó.

—Te cambiaré de habitación —le ofreció, solícita—. Las moscas no abundan

tanto en el primer piso.

Una vez instalado en la nueva habitación, Musashi se encontró expuesto a la plena intensidad del sol del oeste, y volvió a rezongar. Sólo unos días atrás, el sol de la tarde le habría alegrado, pues sus rayos de esperanza extenderían un calor nutritivo por los arrozales y anunciarían buen tiempo para el día de mañana. En cuanto a las moscas, cuando su sudor las atraía mientras trabajaba en los campos, se decía que simplemente cumplían con su tarea, lo mismo que él con la suya. Incluso las había considerado como compañeras. Ahora, tras haber cruzado un ancho río y entrado en el laberinto de la ciudad, el calor del sol le parecía cualquier cosa menos cómodo, y las moscas sólo una molestia.

El apetito que tenía le hizo dejar de lado los inconvenientes. Miró a Iori y también vio en su rostro signos de lasitud y glotonería. No era de extrañar, pues un grupo que ocupaba la habitación contigua había pedido una gran cazuela de comida humeante que ahora atacaban vorazmente, entre mucha charla, risas y bebida.

Lo que él deseaba era soba, una clase de fideos de alforfón. En el campo, si uno deseaba soba, plantaba alforfón a principios de la primavera, lo veía florecer en verano, secaba el grano en otoño y molía la harina en invierno. Entonces podía confeccionar los fideos de soba. Ahora, en el lugar donde se encontraba, para comerlos no se requería más esfuerzo que llamar al servicio batiendo las palmas.

—¿Pedimos soba, Iori?

—Sí —respondió ansioso el muchacho.

Llegó la propietaria y tomó su pedido. Mientras esperaban, Musashi apoyó los codos en el alféizar de la ventana y se puso la mano extendida por encima de los ojos. Al otro lado de la calle, en diagonal, había un letrero: «Aquí se pulen almas. Zushino Kōsuke. Maestro del estilo Hon'ami».

Iori también lo había notado. Tras contemplarlo un momento, perplejo, preguntó:

—Ese letrero dice «se pulen almas». ¿Qué clase de negocio es ése?

—Bueno, también dice que el hombre trabaja con el estilo Hon'ami, por lo que supongo que es un pulidor de espadas. Ahora que lo pienso, debería llevar mi espada a pulir.

El soba tardaba en llegar, y Musashi se estiró en el tatami para dormitar un poco. Pero las voces en la habitación contigua eran cada vez más ruidosas y parecían pendencieras.

Musashi abrió un ojo.

—Iori, ¿quieres decirles a los de al lado que no armen tanto escándalo?

Sólo una shoji de papel y listones separaba las dos estancias, pero en vez de deslizarla, Iori salió al pasillo. La puerta de la otra habitación estaba abierta.

—No hagáis tanto ruido —gritó—. Mi maestro está tratando de dormir.

—¡Cómo! —La disputa cesó bruscamente. Los hombres se volvieron y le miraron

encolerizados.

—¿Decías algo, gorgojo?

Iori torció el gesto al oír ese epíteto, y dijo:

—Hemos subido aquí a causa de las moscas. Ahora gritáis tanto que no puede descansar.

—¿Has tenido tú la idea o te ha enviado tu maestro?

—Él me ha enviado.

—¿Ah, sí? Bueno, no voy a perder el tiempo hablando con una mierdecita como tú. Ve a decirle a tu maestro que Kumagorō de Chichibu le dará más tarde su respuesta. ¡Ahora lárgate!

Kumagorō era un hombre muy corpulento, y los dos o tres que le acompañaban en la habitación no le iban a la zaga. Asustado por sus miradas amenazantes, Iori se apresuró a retirarse. Musashi se había dormido. Como no quería molestarle, Iori se sentó al lado de la ventana.

Al cabo de un rato, uno de los tratantes de caballos abrió un poco la shoji y echó un vistazo a Musashi. Entonces se oyeron grandes risotadas, acompañadas por sonoras e insultantes observaciones.

—¿Quién se cree que es para irrumpir así en nuestra habitación? ¡Estúpido rōnin. Id a saber de dónde viene. Se mete donde no le llaman y actúa como si fuese el propietario del lugar.

—Tendremos que enseñarle modales.

—Sí, le haremos saber de qué pasta están hechos los tratantes de caballos de Edo.

—Hablando no le vamos a enseñar nada. Saquémosle a la parte trasera y arrojémosle un cubo de orines de caballo a la cara.

Entonces habló Kumagorō:

—No os precipitéis, amigos. Dejad que me ocupe de esto. O me da una disculpa por escrito o le lavaremos la cara con orines de caballo. Disfrutad del sake y dejadlo todo de mi cuenta.

—Eso está muy bien —dijo uno de los hombres, mientras Kumagorō, con una sonrisa de confianza, se ataba bien el obi.

Kumagorō deslizó la shoji y, sin levantarse, entró arrastrándose sobre las rodillas, en la habitación de Musashi.

—Disculpa —le dijo.

El soba, seis raciones en una caja lacada, había llegado por fin. Ahora Musashi estaba sentado y dirigía los palillos a la primera ración.

—Mira, están entrando —dijo Iori entre dientes, haciéndose ligeramente a un lado.

Kumagorō se sentó detrás y a la izquierda de Iori, con las piernas cruzadas y los codos apoyados en las rodillas. Tenía el ceño fruncido y una expresión de fiereza.

—Puedes comer más tarde. No trates de ocultar que tienes miedo siguiendo ahí sentado y jugando con la comida.

Aunque sonreía, Musashi no dio indicación alguna de que estuviera escuchando. Agitó los fideos con los palillos para separarlos, alzó un bocado y lo engulló sorbiendo ruidosamente.

Las venas en la frente de Kumagorō parecían a punto de reventar.

—Deja ese cuenco —le ordenó airadamente.

—¿Y tú quién eres? —le preguntó Musashi con suavidad, sin hacer el menor ademán de obedecer.

—¿No sabes quién soy? Las únicas personas en Bakurōchō que no han oído mi nombre son los inútiles y los sordomudos.

—Soy un poco duro de oído. Habla más alto y dime quién eres y de dónde vienes.

—Soy Kumagorō de Chichibu, el mejor tratante de caballos de Edo. Cuando los niños me ven venir, se asustan tanto que ni siquiera lloran.

—Ya veo. Entonces ¿te dedicas al negocio de los caballos?

—Así es. Se los vendo a los samurais. Será mejor que recuerdes eso cuando trates conmigo.

—¿De qué manera estoy tratando contigo?

—Has enviado a ese enano para quejarte del ruido. ¿Dónde te crees que estás? Ésta no es una lujosa posada para los daimyōs, bonita, tranquila y todo eso. A los tratantes de caballos nos gusta el ruido.

—Sí, ya lo he comprobado.

—Entonces ¿por qué tratas de aguarnos la fiesta? Exijo una disculpa.

—¿Una disculpa?

—Sí, por escrito. Puedes dirigirla a Kumagorō y sus amigos. Si te niegas, vamos a llevarte afuera y te enseñaremos una o dos cosas.

—Lo que dices es interesante.

—¿Cómo?

—Quiero decir que tu manera de hablar es interesante.

—¡Basta de tonterías! ¿Vas a disculparte o no? Vamos, estoy esperando.

Kumagorō había ido alzando la voz, y el sudor de su frente carmesí brillaba bajo el sol del crepúsculo. Parecía a punto de explotar. Desnudó su pecho velludo y sacó una daga del envoltorio que llevaba enrollado en el vientre.

—¡Decídete! Si no me das tu respuesta en seguida, vas a verte en apuros.

Descruzó las piernas y sostuvo la daga verticalmente al lado de la caja lacada, con la punta tocando el suelo.

Conteniendo su regocijo, Musashi replicó:

—Bueno, ¿cómo debería responder a eso?

Bajó el cuenco, extendió los palillos, extrajo una mota oscura del soba en la caja y

la arrojó por la ventana. Todavía en silencio, repitió el movimiento y sacó otra mota oscura, y otra más.

Los ojos de Kumagorō parecían a punto de salirse de sus órbitas. Su respiración se detuvo.

—Parece que son interminables, ¿verdad? —observó Musashi con aire de naturalidad—. Toma, Iori, lava bien estos palillos.

Cuando Iori salió, Kumagorō regresó silenciosamente a su habitación y, en voz baja, contó a sus compañeros la hazaña increíble que acababa de presenciar. Al principio confundió las motas negras en el soba con suciedad, pero entonces se dio cuenta de que eran moscas vivas, atrapadas con tal destreza con los palillos que no habían tenido tiempo de huir. Al cabo de unos minutos, el hombre y sus acompañantes se trasladaron a una habitación más alejada y reinó el silencio.

—Así está mejor, ¿no es cierto? —le dijo Musashi a Iori.

Los dos sonrieron.

Musashi se levantó y enderezó su kimono.

—Creo que voy a ir a ese taller para que me pulan la espada.

Cogió el arma, y estaba a punto de salir cuando la posadera subió la mitad de la renegrida escalera y le dijo:

—Ha llegado una carta para ti.

Asombrado de que alguien conociera su paradero tan pronto, Musashi bajó, aceptó la misiva y preguntó:

—¿Está todavía aquí el mensajero?

—No, se ha marchado de inmediato.

En el lugar del remitente sólo estaba escrita la palabra «Suke», y Musashi entendió que se refería a Kimura Sukekurō. La desdobló y leyó: «He informado al señor Munenori de que te he visto esta mañana. Parecía muy contento por recibir noticias de ti después de tanto tiempo. Me ha pedido que te escriba y te pregunte cuándo podrás visitarnos».

Musashi bajó los escalones restantes y fue a la recepción, donde pidió prestados tinta y pincel. Sentándose en un rincón, escribió en el dorso de la carta de Sukekurō: «Visitaré encantado al señor Munenori cuando desee llevar a cabo un encuentro de esgrima conmigo. Como guerrero, no es otro mi propósito al visitarle». Firmó la nota con «Masana», un nombre formal que rara vez utilizaba.

—Iori —llamó desde el pie de la escalera—. Quiero que me hagas un recado.

—Sí, señor.

—Quiero que entregues una carta al señor Yagyū Munenori. —Sí, señor.

Según la propietaria, todo el mundo sabía dónde vivía el señor Munenori, pero de todos modos le explicó cómo llegar a su casa.

—Ve por la calle principal hasta que llegues a la carretera. Entonces sigue en

línea recta hasta Nihombashi. Cruza a la izquierda y ve por la orilla del río hasta llegar a Kobikichō. Es ahí, no tiene pérdida.

—Gracias —dijo Iori, el cual ya se había calzado las sandalias—. Estoy seguro de que lo encontraré.

Le encantaba la oportunidad de salir, sobre todo porque su destino era la casa de un importante daimyō. Sin pensar en la hora que era, se alejó rápidamente, agitando los brazos y manteniendo la cabeza orgullosamente erguida.

Cuando Musashi le vio doblar la esquina, pensó: «Tiene demasiada confianza en sí mismo para su propio bien».

El pulidor de almas

—Buenas noches —dijo Musashi.

Nada en la casa de Zushino Kōsuke sugería que era un negocio. Carecía de la entrada con verja que presentaban la mayor parte de las tiendas, y no exhibía ninguna clase de mercancía. Musashi se quedó en el pasadizo con suelo de tierra a la izquierda de la casa. A su derecha había una sección elevada, con suelo de tatami y separada de la habitación contigua por medio de un biombo.

El hombre que dormía sobre el tatami con los brazos apoyados en una caja de caudales se parecía a un sabio taoísta al que Musashi había visto cierta vez en una pintura. El rostro largo y delgado tenía el color grisáceo de la arcilla. Musashi no detectó en él ni un ápice de la viveza que suele caracterizar a los artesanos de la espada.

—Buenas noches —repitió Musashi, alzando un poco más la voz.

Cuando su voz penetró en el letargo de Kōsuke, el artesano alzó la cabeza muy lentamente. Era como si se despertara de un sueño de siglos.

Limpiándose la saliva del mentón y enderezándose, le preguntó lánguidamente:

—¿Puedo servirte en algo?

Musashi tuvo la impresión de que un hombre como aquél podría embotar más tanto las espadas como las almas, pero de todos modos le tendió su arma y le explicó el motivo de su visita.

—Déjame que le eche un vistazo.

Kōsuke alzó los hombros con un gesto de distinción. Apoyando la mano izquierda en la rodilla, extendió la derecha para coger la espada, al tiempo que inclinaba la cabeza hacia ella.

«Extraño personaje» —pensó Musashi—. «Apenas reconoce la presencia de un ser humano pero se inclina cortésmente ante una espada.»

Sujetando en la boca un trozo de papel, Kōsuke extrajo despacio la hoja de la vaina. La puso verticalmente delante de él y la examinó desde la empuñadura a la punta. Los ojos le brillaron, recordando a Musashi los ojos de cristal de una estatua budista de madera.

Tras envainar de nuevo el arma, Kōsuke dirigió una mirada inquisitiva a Musashi.

—Ven y toma asiento —le dijo, retrocediendo para hacer espacio, y le ofreció un cojín.

Musashi dejó las sandalias en el suelo de tierra y subió a la habitación con tatami.

—¿Ha pertenecido esta espada a tu familia durante varias generaciones?

—Oh, no. No es obra de un famoso artesano, nada de eso.

—¿La has usado en combate o la llevas con la finalidad habitual?

—No la he usado en el campo de batalla. No hay nada especial en ella. Mira, un

arma así es mejor que nada.

—Humm. —Kōsuke miró directamente a los ojos de Musashi y le preguntó—: ¿Cómo quieres que la pula?

—¿Que cómo quiero...? No acabo de entenderte.

—¿Quieres que la afile para que corte bien?

—Bueno, es una espada. Cuanto más limpio sea el corte, tanto mejor.

—Supongo que sí —convino Kōsuke con un suspiro de derrota.

—¿Qué tiene eso de malo? ¿No consiste el trabajo de un artesano en afilar las espadas para que corten adecuadamente?

Mientras hablaba, Musashi examinaba con curiosidad el semblante de Kōsuke.

El autoproclamado pulidor de almas empujó el arma hacia Musashi y le dijo:

—No puedo hacer nada por ti. Llévasela a otro.

Musashi pensó que aquello era en verdad extraño. No podía disimular una cierta contrariedad, pero no dijo nada. Kōsuke apretó con firmeza los labios y no pareció dispuesto a darle ninguna explicación.

Mientras permanecían sentados en silencio, mirándose el uno al otro, un hombre de la vecindad asomó la cabeza a la puerta.

—Kōsuke, ¿tienes una caña de pescar? La marea está alta y los peces bullen en el agua. Si me prestas una caña dividiré la captura contigo.

Resultó evidente que Kōsuke consideraba al hombre como una carga más que no debería tener que soportar.

—Pídesela prestada a otro —le dijo en tono áspero—. No creo que sea correcto matar a ningún ser vivo, y no tengo en mi casa instrumentos para asesinar.

El hombre se apresuró a marcharse y Kōsuke pareció más malhumorado que antes.

Otro podría haberse desanimado y tomado el portante, pero la curiosidad que sentía Musashi le retuvo allí. Había algo atrayente en aquel hombre, algo que no era ingenio ni inteligencia, sino una tosca bondad natural como la de una jarra de sake de Karatsu o un cuenco de té confeccionado por Nonkō. De la misma manera que a menudo las piezas de alfarería presentan una mácula que evoca su proximidad a la tierra, en una zona semicalva a un lado de la cabeza Kōsuke tenía una lesión que se había embadurnado con ungüento.

Mientras procuraba ocultar su creciente fascinación, Musashi le dijo:

—¿Qué es lo que te impide pulimentar mi espada? ¿Acaso es de tan mala calidad que no puedes afilarla como es debido?

—Por supuesto que no. Tú eres el propietario, y sabes tan bien como yo que es una espada de Bizen perfecta. También sé que quieres que la afile con la intención de cortar los cuerpos de seres humanos.

—¿Y qué tiene eso de malo?

—Eso es lo que dicen todos. ¿Qué tiene de malo querer que arregle una espada para que corte mejor? Si la espada corta, se sienten felices.

—Pero un hombre que trae una espada para que la pulan naturalmente quiere...

—Espera un momento. —Kōsuke alzó una mano—. Tardaré cierto tiempo en explicártelo. Primero me gustaría que echaras otro vistazo al letrero sobre la puerta de mi taller.

—Dice que «se pulen almas», o eso creo por lo menos. ¿Es que hay otra manera de leer los caracteres?

—No. Como puedes ver, no dice una sola palabra sobre pulir espadas. Mi trabajo consiste en pulir las almas de los samurais que entran aquí, no sus armas. La gente no lo entiende, pero eso es lo que me enseñaron cuando estudié la pulimentación de espadas.

—Comprendo —dijo Musashi, aunque en realidad no lo comprendía.

—Puesto que procuro regirme por las enseñanzas de mi maestro, me niego a pulir las espadas de los samurais que se complacen en matar.

—Bueno, es una postura comprensible, pero dime, ¿quién fue ese maestro tuyo?

—Eso también está escrito en el letrero. Estudié en la casa de Hon'ami, y me enseñó el mismo Hon'ami Kōetsu en persona. —Kōsuke cuadró orgullosamente los hombros al pronunciar el nombre de su maestro.

—Eso que dices es interesante. Resulta que conozco a tu maestro y su excelente madre, Myōshū.

Musashi le contó su encuentro con ellos en el campo cercano al Rendaiji y que más tarde había pasado unos días en su casa. El asombrado Kōsuke se quedó un rato mirándole fijamente.

—¿Eres tú por casualidad el hombre que causó una gran agitación en Kyoto hace algunos años al derrotar a la escuela Yoshioka en Ichijōji? Creo que se llamaba Miyamoto Musashi.

—Ése es mi nombre —dijo Musashi, ruborizándose levemente.

Kōsuke se echó un poco atrás e hizo una reverencia deferente, al tiempo que decía:

—Perdóname. No debería haberte sermoneado. No tenía idea de que estaba hablando con el famoso Miyamoto Musashi.

—No te preocupes más por eso. Tus palabras han sido muy instructivas. El carácter de Kōetsu se revela en las lecciones que enseña a sus alumnos.

—Como sin duda sabes, la familia Hon'ami sirvió a los shogunes Ashikaga. De vez en cuando también los han llamado para pulir las espadas del emperador. Kōetsu siempre decía que las espadas japonesas no han sido creadas para matar o herir a la gente sino para mantener el gobierno imperial y proteger a la nación, para someter a los diablos y expulsar el mal. La espada es el alma del samurai, y la lleva sin otro

propósito que mantener su propia integridad. Es una admonición omnipresente al hombre que gobierna a otros hombres y, al hacerlo así, trata de seguir el Camino de la Vida. Es muy natural que el artesano que pule la espada deba también pulir el espíritu de quien la maneja.

—Cuan cierto es lo que dices —convino Musashi.

—Kōetsu decía que ver una buena espada es ver la luz sagrada, el espíritu de la paz y la tranquilidad de la nación. Detestaba tocar una mala espada. Incluso estar cerca de una usada le causaba náuseas.

—Comprendo. ¿Me estás diciendo que has percibido algo malo en mi espada?

—En absoluto. Sólo me he sentido un poco deprimido. Desde que llegué a Edo, he trabajado con un buen número de armas, pero ninguno de sus propietarios parecía tener el menor atisbo del verdadero significado de la espada. A veces dudo de que tengan almas que pulir. Lo único que les interesa es descuartizar a un hombre o partirle la cabeza... con yelmo y todo. Es algo que llega a ser muy fatigoso. Por eso puse un nuevo letrero hace unos días, pero no parece surtir mucho efecto.

—Y yo he venido para pedirte lo mismo, ¿no es cierto? Comprendo cómo te sientes.

—Bueno, eso es un principio. Contigo las cosas pueden llegar a ser un poco diferentes. Pero sinceramente, cuando he visto la hoja de tu espada me he sobresaltado. Todas esas muescas y manchas..., manchas producidas por carne humana. Pensé que eras otro estúpido rōnin, como tantos hay, orgulloso de sí mismo por cometer una serie de asesinatos insensatos.

Musashi inclinó la cabeza. La voz de Kōetsu salía de la boca de Kōsuke.

—Te estoy agradecido por esta lección —le dijo—. Llevo espada desde mi adolescencia, pero nunca había pensado bastante a fondo en el espíritu que reside en ella. En el futuro, tendré en cuenta lo que has dicho.

Kōetsu pareció muy aliviado.

—En ese caso, te puliré tu espada. O quizá debería decir que considero un privilegio para un hombre de mi profesión poder pulir el alma de un samurai como tú.

Se había hecho de noche, y las luces estaban encendidas. Musashi decidió que era hora de marcharse.

—Espera —le dijo Kōsuke—. ¿Tienes otra espada para llevarla mientras trabajo en ésta?

—No, sólo tengo la espada larga.

—En ese caso, ¿por qué no eliges una para sustituirla? Me temo que ninguna de las que tengo aquí son muy buenas, pero ven a echar un vistazo.

Precedió a Musashi a la habitación del fondo, donde sacó de un armario varias espadas y las alineó sobre el tatami.

—Puedes quedarte cualquiera de ellas —le ofreció.

A pesar de las modestas palabras del artesano, todas las armas eran de excelente calidad. A Musashi le resultó difícil elegir una hoja entre aquella deslumbrante exhibición, pero finalmente seleccionó una y en seguida se enamoró de ella. Le bastaba tenerla en las manos para percibir el esmero que había puesto el artesano en su confección. Extrajo la hoja de la vaina y confirmó su impresión: era en verdad una hermosa pieza de artesanía, que probablemente databa del período Yoshino en el siglo XIV. Importunado por la duda de si sería demasiado elegante para él, una vez la hubo acercado a la luz y examinado, notó que sus manos se mostraban reacias a soltarla.

—¿Puedo tomar ésta? —preguntó, incapaz de añadir «en préstamo».

—Tienes el ojo de un experto —observó Kōsuke mientras guardaba las demás espadas.

Por primera vez en su vida, Musashi supo qué es la codicia. Sabía que sería inútil proponer la compra de la espada, pues el precio superaría con mucho sus medios, pero de todos modos no pudo evitarlo.

—Supongo que no querrías vender esta espada, ¿me equivoco?

—¿Por qué no?

—¿Cuánto pides por ella?

—Te la daré por lo mismo que pagué yo.

—¿Cuánto pagaste?

—Veinte piezas de oro.

Era una suma casi inconcebible para Musashi.

—Sería mejor que te la devuelva —dijo en tono vacilante.

—¿Por qué? —replicó Kōsuke, mirándole perplejo—. Te la prestaré durante tanto tiempo como la necesites. Anda, cógela.

—No. Eso haría que me sintiera todavía peor. Quererla como la quiero ya es bastante malo. Si la tuviera conmigo durante un tiempo, separarme luego de ella sería una tortura.

—¿De veras te gusta tanto? —Kōsuke miró alternativamente la espada y a Musashi—. Muy bien, entonces, te la daré... en matrimonio, por así decirlo. Pero a cambio espero un regalo apropiado.

Musashi se quedó desconcertado, pues no tenía absolutamente nada que ofrecerle.

—He oído decirle a Kōetsu que tallas estatuillas. Sería un honor para mí que me hicieras una imagen de Kannon. Ese sería suficiente pago.

La última imagen de Kannon que Musashi había tallado era la que dejó en Hōtengahara.

—Ahora no tengo ninguna a mano —le dijo—, pero en los próximos días te tallaré algo. Entonces... ¿puedo quedarme la espada?

—Desde luego. No esperaba tener la talla ahora mismo. Por cierto, en vez de

alojarte en esa posada, ¿por qué no te quedas con nosotros? Tenemos una habitación sin usar.

—Eso sería perfecto —dijo Musashi—. Si viniera mañana, podría ponerme a trabajar de inmediato en la talla.

—Ven a ver la habitación —le urgió Kōsuke, quien también estaba contento y excitado.

Musashi le siguió por el pasillo exterior, al final del cual había un tramo de seis escalones. Entre la planta baja y el primer piso, sin pertenecer del todo a una ni al otro, había una habitación de ocho esteras. A través de la ventana Musashi vio las hojas cargadas de rocío de un albaricoquero.

Kōsuke señaló un tejado cubierto de conchas de ostra y dijo:

—Ahí está mi taller.

La esposa del artesano, como si éste la hubiera llamado mediante una señal secreta, llegó con sake y unas golosinas. Cuando los dos hombres se sentaron, la distinción entre anfitrión y huésped pareció evaporarse. Se relajaron, con las piernas extendidas, y se hablaron con toda sinceridad, dejando de lado las cortapisas normalmente impuestas por la etiqueta. Por supuesto, la conversación giró en torno a su tema favorito.

—Todo el mundo aparenta estar de acuerdo con la importancia de la espada —dijo Kōsuke—. Cualquiera te dirá que la espada es el «alma del samurai» y que una espada es uno de los tres sagrados tesoros del país[11], pero la manera en que la gente trata realmente a las espadas es escandalosa, y me refiero tanto a los samurais como a los sacerdotes y el pueblo llano. Cierta vez me dediqué a visitar santuarios y casas antiguas donde hubo en otro tiempo colecciones de hermosas espadas, y puedo asegurarte que la situación es escandalosa.

Ahora las pálidas mejillas de Kōsuke habían enrojecido. Los ojos le ardían de entusiasmo y la saliva que se acumulaba en las comisuras de su boca rociaba en ocasiones la cara de su interlocutor.

—No se cuida como es debido casi ninguna de las famosas espadas del pasado. En el santuario de Suwa, en la provincia de Shinano, hay más de trescientas espadas. Podrían ser clasificadas como reliquias de familia, pero encontré sólo cinco que no estaban oxidadas. El santuario de Ōmishima, en Iyo, es célebre por su colección..., tres mil espadas que se remontan a muchos siglos atrás, pero después de pasar un mes allí, descubrí que sólo diez hojas estaban en buenas condiciones. ¡Es repugnante! —Kōsuke hizo una pausa para recobrar el aliento y siguió diciendo—: El problema parece ser que cuanto más antigua y famosa es una espada, tanto más tiende su propietario a guardarla en un lugar seguro, pero entonces nadie puede cuidar de ella, y la hoja se oxida cada vez más.

—Los propietarios son como padres que protegen a sus hijos tan celosamente que

los niños crecen como idiotas. En el caso de los niños, siempre nacen más y no importa que unos cuantos sean estúpidos, pero las espadas...

Hizo otra pausa para tragar saliva, alzó sus delgados hombros todavía más y, con un destello en los ojos, declaró:

—Ya hemos tenido todas las buenas espadas que existirán jamás. Durante las guerras civiles, los forjadores de espadas se volvieron descuidados..., ¡qué digo, totalmente chapuceros! Se olvidaron de sus técnicas, y las espadas se han ido deteriorando desde entonces.

—Lo único que se puede hacer es cuidar mejor de las espadas antiguas. Hoy los artesanos pueden tratar de imitar las espadas de antaño, pero nunca conseguirán fabricar nada tan bueno. ¿No te encoleriza pensar en ello?

Bruscamente se puso en pie.

—Fíjate en esto. —Sacó una espada de extraordinaria longitud y la tendió a su huésped para que la inspeccionara—. Es un arma espléndida, pero está cubierta por la peor clase de orín.

El corazón de Musashi dio un vuelco. Sin duda alguna, la espada era la llamada Palo de Secar, perteneciente a Sasaki Kojirō. Al verla, los recuerdos acudieron en tropel a su mente.

Dominó sus emociones y dijo calmosamente:

—Es una espada larga de veras, ¿no es cierto? Supongo que sólo puede manejarla todo un samurai.

—Imagino que sí —convino Kōsuke—. No hay muchas como ésta. —Sacó la hoja, volvió el dorso hacia Musashi y se la dio por la empuñadura—. Mira, está muy oxidada..., aquí, aquí y aquí. Pero de todos modos la han usado.

—Ya veo.

—Es una pieza artesana muy peculiar, probablemente forjada en el período Kamakura. En estas espadas antiguas, el orín es sólo una película relativamente delgada. Si la hoja fuese nueva, jamás podría quitarle las manchas. En las espadas nuevas, las manchas de orín son como llagas malignas que devoran el mismo corazón del metal.

Musashi invirtió la posición de la espada, de modo que el dorso de la hoja estaba hacia Kōsuke, y le preguntó:

—Dime, ¿te ha traído esta espada su propietario en persona?

—No. Me hallaba en casa del señor Hosokawa, por unos asuntos, y uno de los servidores más veteranos, Iwama Kakubei, me pidió que pasara por su casa cuando regresara. Así lo hice, y me dio esta espada para trabajarla. Me dijo que pertenece a un invitado suyo.

—Las guarniciones también son buenas —observó Musashi, la mirada todavía fija en el arma.

—Es una espada de combate. El hombre la ha llevado a la espalda hasta ahora, pero quiere llevarla al costado, por lo que me ha pedido que arregle la vaina. Debe de ser un hombre muy alto. O bien se trata de eso o bien tiene un brazo muy experimentado.

El sake había empezado a surtir efecto en Kōsuke, a juzgar por su manera de arrastrar las palabras. Musashi llegó a la conclusión de que era hora de partir, cosa que hizo con el mínimo de ceremonia.

Era mucho más tarde de lo que había creído. No había luces en la vecindad.

Una vez dentro de la posada, tanteó en la oscuridad, buscando la escalera para subir al primer piso. Habían extendido dos jergones, pero ambos estaban vacíos. La ausencia de Iori le hizo sentirse incómodo, pues sospechó que el muchacho deambulaba perdido por las calles de aquella ciudad grande y desconocida.

Regresó a la planta baja y sacudió al portero nocturno hasta despertarle.

—¿Todavía no ha vuelto? —preguntó el hombre, el cual pareció más sorprendido que Musashi—. ¡Creí que estaba contigo!

Como sabía que permanecería despierto y mirando el techo hasta que Iori volviera, Musashi salió a la noche negra como la laca y aguardó cruzado de brazos bajo los aleros.

El zorro

—¿Es esto Kobikichō?

A pesar de que le habían asegurado repetidas veces que lo era, Iori aún tenía sus dudas. Las únicas luces visibles en la amplia extensión de tierra pertenecían a las chozas improvisadas de carpinteros y albañiles, las cuales eran pocas y estaban dispersas. Más allá, a lo lejos, se distinguían las olas blancas, espumeantes, de la bahía.

Cerca del río había montones de piedras y rimeros de tablas, y aunque Iori sabía que en todo Edo se levantaban edificios a un ritmo febril, le pareció improbable que el señor Yagyū hubiera construido su residencia en semejante zona.

«¿Y ahora qué?», se preguntó, abatido, sentándose en unos maderos. Estaba cansado y le ardían los pies. Para refrescarlos, movió los dedos sobre la hierba humedecida por el rocío. Pronto la tensión se redujo y el sudor se secó, pero seguía sintiéndose muy desanimado.

«La culpa la tiene esa vieja de la posada —dijo para sus adentros—. No sabía de qué estaba hablando.» El tiempo que él mismo había dedicado a contemplar embobado el ambiente en el distrito teatral de Sakaichō se había esfumado de su mente.

Era ya tarde y no pasaba nadie a quien pudiera preguntar la dirección. No obstante, la idea de pasar la noche en aquel entorno desconocido le hacía sentirse inquieto. Tenía que completar su recado y regresar a la posada antes de que amaneciera, aunque para ello tuviera que despertar a uno de los trabajadores.

Al aproximarse a la choza más próxima iluminada, vio a una mujer con un trozo de estera atado a la cabeza como si fuese un chal.

—Buenas noches, señora —le dijo inocentemente.

Confundiéndole con el dependiente de una tienda de sake cercana, la mujer le miró irritada y dijo bruscamente:

—Has sido tú, ¿verdad? Me has tirado una piedra y echado a correr. ¿No es cierto, mocoso?

—No he sido yo —protestó Iori—. ¡Nunca te había visto!

La mujer se le acercó tambaleándose, y entonces se echó a reír.

—No —dijo—, no eres tú. ¿Qué está haciendo un chico tan mono por ahí a estas horas de la noche?

—Me han enviado a hacer un recado, pero no puedo encontrar la casa que estoy buscando.

—¿La casa de quién?

—Del señor Yagyū de Tajima.

—¿Estás de guasa? —La mujer se echó a reír—. El señor Yagyū es un daimyō y

un maestro del shōgun. ¿Crees que abrirá sus puertas a un arrapiezo como tú? —Volvió a reírse—. Quizá conoces a alguno de sus criados.

—He traído una carta.

—¿Para quién?

—Para un samurai llamado Kimura Sukekurō.

—Debe de ser uno de sus servidores. Pero qué divertido eres... mencionar el nombre del señor Yagyū como si le conocieras.

—Sólo quiero entregar esta carta. Si sabes dónde está la casa, dímelo.

—Está al otro lado del foso. Cruza ese puente de ahí y estarás delante de la casa del señor Kii. La siguiente es la del señor Kyogoku y las dos siguientes la del señor Katō y la del señor Matsudaira de Suō. —Alzó los dedos y contó los almacenes, sólidamente construidos, en la orilla opuesta—. Estoy segura de que la casa al lado de las que acabo de decirte es la que buscas.

—Si cruzo el foso, ¿seguiré estando en Kobikichō?

—Pues claro.

—Pero qué estúpido...

—Vamos, vamos, ésa no es manera de hablar. Humm, pareces un chico simpático. Iré contigo y te mostraré la casa del señor Yagyū.

Echó a andar delante de Iori, el cual pensó que la mujer, con aquel trozo de estera en la cabeza, parecía un fantasma.

Estaban en la mitad del puente cuando un hombre que venía hacia ellos pasó rozando la manga de la mujer y silbó. Hedía a sake. Antes de que Iori supiera qué estaba ocurriendo, la mujer se volvió y fue tras el borracho.

—Te conozco —le dijo con voz estridente—. No pases así por mi lado, no está bien.

Le cogió de la manga y tiró de él hacia un lugar desde donde podían meterse bajo el puente.

—Suéltame —dijo él.

—¿No quieres venir conmigo?

—No tengo dinero.

—Bah, no te preocupes. —Aferrándose a él como una sanguijuela, miró por encima del hombro y, al ver el semblante sorprendido de Iori, le dijo—: Anda, vete. Tengo cosas que hacer con este caballero.

Con no poca perplejidad, Iori vio que los dos se zarandeaban. Poco después, la mujer pareció salirse con la suya y ambos desaparecieron bajo el puente. Todavía extrañado, el muchacho fue al pretil y miró la orilla del río cubierta de hierba.

La mujer alzó la vista y, al tiempo que gritaba «¡idiota!», le tiró una piedra.

Iori tragó saliva, esquivó el proyectil y se dirigió al extremo del puente. En todos los años que había vivido en la yerma planicie de Hōtengahara, jamás había visto

nada tan aterrador como el rostro blanco y colérico de aquella mujer en la oscuridad.

Cruzó al otro lado del río y se encontró ante un almacén, a cuyo lado había una valla, luego otro almacén, otra valla y así sucesivamente a lo largo de la calle. «Aquí debe de ser», se dijo cuando llegó al quinto edificio. En la pared enyesada, de un blanco reluciente, había un blasón en forma de sombrero femenino. Iori sabía, por la letra de una canción popular, que aquél era el blasón de la familia Yagyū.

—¿Quién está ahí? —preguntaron desde el interior del portal.

Iori, hablando tan alto como se atrevía a hacerlo, respondió:

—Soy el discípulo de Miyamoto Musashi. Traigo una carta.

El centinela dijo unas palabras que Iori no entendió. En el portal había una puertecilla, a través de la cual la gente podía entrar y salir sin necesidad de abrir la grande y pesada puerta. Al cabo de unos segundos, la puerta se abrió lentamente, y el hombre preguntó con suspicacia:

—¿Qué estás haciendo aquí a estas horas?

Iori puso la carta ante las mismas narices del guardián.

—Por favor, entrega esto. Si hay respuesta, me la llevaré.

—Humm —musitó el hombre, cogiendo la carta—. Es para Kimura Sukekurō, ¿eh?

—Sí, señor.

—Pues no está aquí.

—¿Dónde está?

—Se encuentra en la casa de Higakubo.

—¿Qué? Todo el mundo me ha dicho que la casa del señor Yagyū estaba en Kobikichō.

—La gente dice eso, pero lo cierto es que aquí no hay más que almacenes..., arroz, leña y algunas otras cosas.

—Entonces ¿el señor Yagyū no vive aquí?

—Así es.

—Y ese otro sitio..., Higakubo..., ¿está muy lejos?

—Sí, bastante lejos.

—Dime exactamente dónde.

—En las colinas que se levantan fuera de la ciudad, en el pueblo de Azabu.

—Nunca había oído hablar de él. —Iori suspiró, decepcionado, pero su sentido de la responsabilidad le impidió abandonar—. ¿Te importaría dibujarme un plano, señor?

—No seas tonto. Aunque conocieras el camino, tardarías toda la noche en llegar allí.

—No me importa.

—En Azabu hay muchos zorros. No querrás ser embrujado por un zorro, ¿no es

cierto?[12]

—No.

—¿Conoces bien a Sukekurō?

—Mi maestro le conoce.

—Te diré qué vamos a hacer. Como es demasiado tarde, ¿por qué no duermes un poco en el granero y vas allí por la mañana?

—¿Dónde estoy? —preguntó Iori, restregándose los ojos.

Se puso en pie de un salto y corrió al exterior. El sol del mediodía le deslumbre.

Entrecerrando los ojos, se dirigió al portal, donde el guardián estaba almorzando.

—Vaya, por fin te has levantado.

—Sí, señor. ¿Podrías dibujarme ahora ese plano?

—Tienes prisa, ¿eh, dormilón? Toma, será mejor que primero comas algo. Hay suficiente para los dos.

Mientras el muchacho masticaba y tragaba, el guardián bosquejó un tosco plano y le explicó la manera de llegar a Higakubo. Terminaron de comer al mismo tiempo, e Iori, espoleado por la importancia de su misión, partió a la carrera, sin detenerse un momento a pensar que Musashi podría estar preocupado por su tardanza en regresar a la posada.

Recorrió con rapidez las calles concurridas hasta que llegó a las proximidades del castillo de Edo, donde las casas imponentes de los principales daimyō se alzaban en el terreno entre el sistema cuadriculado de fosos. Miró a su alrededor y caminó más lentamente. Los canales estaban llenos de embarcaciones de carga. Los muros de piedra del castillo estaban cubiertos de andamios de troncos, los cuales parecían desde lejos las espalderas de bambú utilizadas para cultivar dondiegos de día.

Volvió a perder tiempo en una zona llamada Hibiya, donde los ásperos sonidos de los escoplos y los ruidos sordos de las hachas elevaban un himno discordante al poder del nuevo shogunado.

Iori se detuvo. Estaba hipnotizado por el espectáculo de los trabajos de construcción: los obreros que levantaban rocas enormes, los carpinteros con sus cepillos y sierras y los samurais, los gallardos samurais que lo supervisaban todo. ¡Cuánto deseaba crecer y ser como ellos!

Una alegre canción brotaba de las gargantas de aquellos hombres que levantaban rocas:

Arrancaremos las flores
en los campos de Musashi...
Las gencianas, las campanillas,

flores silvestres exhibidas
en confuso desorden.
Y esa adorable chiquilla
la flor que no es posible arrancar,
humedecida por el rocío...,
tan sólo mojará tu manga,
como lágrimas que caen.

Iori se quedó allí, encantado. Antes de que se diera cuenta, el agua de los fosos estaba adquiriendo una coloración rojiza y los graznidos de los cuervos nocturnos llegaban a sus oídos.

—Oh, no, ya casi se ha puesto el sol —musitó, compungido.

Reanudó su camino y durante un rato avanzó a toda prisa, sin prestar atención a nada más que el plano dibujado por el guardián. Pronto subió por el sendero de la colina de Azabu, el cual discurría entre una vegetación tan espesa que era como si fuese medianoche. Pero una vez en la cima, Iori vio que el sol aún estaba en el cielo, aunque bajo sobre el horizonte.

La colina apenas estaba habitada, y el pueblo de Azabu no era más que unas cuantas casas diseminadas entre los campos, en el valle que se extendía al pie. En aquel mar de hierba y árboles antiguos, escuchando el gorgoteo de los arroyuelos que se despeñaban por la vertiente, Iori sintió que su fatiga cedía el paso a una extraña sensación de bienestar. Tenía una vaga conciencia de que el lugar donde se encontraba era histórico, aunque no sabía por qué. De hecho, era el mismo lugar que diera nacimiento a los grandes clanes guerreros del pasado, tanto a los Taira como a los Minamoto.

Oyó el retumbante sonido de un tambor, de la clase que solía utilizarse en los festivales shintoístas. Colina abajo, visible desde el bosque, estaban los gruesos troncos cruzados sobre la cumbrera de un santuario. Iori no sabía que se trataba del gran santuario de Iigura, sobre el que había estudiado, el famoso edificio consagrado a la diosa solar de Ise.

El santuario no resistía la comparación con el enorme castillo que el chiquillo acababa de ver, ni siquiera con los majestuosos portales en las residencias de los daimyō. En su sencillez era casi indistinguible de las granjas que lo rodeaban, y a Iori le sorprendió que la gente hablara con más reverencia de la familia Tokugawa que de la más sagrada de las deidades. ¿Significaba eso que los Tokugawa eran más grandes que la diosa solar? Pensó que debería preguntárselo a Musashi cuando regresara.

Sacó su plano y lo examinó, miró a su alrededor y de nuevo el plano. No había ninguna señal de la mansión de Yagyū.

La niebla nocturna que se extendía por el terreno le producía una inquietante

sensación de misterio. Había experimentado antes algo similar, cuando en una habitación con la shoji cerrada la luz del sol poniente incidía en el papel de arroz, de modo que el interior parecía iluminarse más mientras el exterior se oscurecía. Naturalmente, semejante ilusión de crepúsculo no es más que eso, una ilusión, pero el muchacho la notó con tal intensidad, en varios destellos, que se restregó los ojos como para eliminar su aturdimiento. Sabía que no estaba soñando, y miró a su alrededor con recelo.

—¡Vaya, bastardo furtivo! —gritó, al tiempo que daba un salto adelante y desenvainaba su espada. Con el mismo movimiento dio un tajo a las altas hierbas delante de él.

Con un aullido de dolor, un zorro saltó de su escondite y se alejó a toda prisa, la cola brillante de sangre que le manaba de una herida en los cuartos traseros.

—¡Bestia demoníaca!

Iori corrió en su persecución, y aunque el zorro era rápido, el chico también lo era. Cuando la cojeante criatura se tambaleó, Iori se abalanzó contra ella, seguro de su victoria. Pero el zorro se escabulló ágilmente y apareció de nuevo a varias varas de distancia. Por muy rápido que Iori le atacara, el animal se las ingeniaba para zafarse en cada ocasión.

En las rodillas de su madre, Iori había escuchado innumerables cuentos que demostraban sin sombra de duda que los zorros tenían el poder de embrujar y poseer a los seres humanos. Le gustaban casi todos los demás animales, incluso los jabalíes y las fétidas zarigüeyas, pero detestaba a los zorros, a la vez que los temía. En su opinión, tropezarse con aquella astuta criatura acechante entre la hierba sólo podía significar una cosa: era el culpable de que él no encontrara su camino. Estaba convencido de que un ser traidor y maligno le había seguido desde la noche anterior y, unos momentos antes, le había sometido a su malévolo hechizo. Si no lo mataba ahora, estaba seguro de que volvería a hechizarle. Iori estaba dispuesto a perseguir a su presa hasta el fin de la tierra, pero el zorro saltó desde el borde de un barranco y se perdió en la espesura.

El rocío brillaba en las flores silvestres. Exhausto y sediento, Iori se dejó caer al suelo y lamió la humedad de una hoja de menta. Por fin su respiración se serenó, mientras el sudor le perlaba la frente. El corazón le latía con violencia. «¿Adonde habrá ido?», se preguntó en voz alta.

Si el zorro se había marchado de veras, tanto mejor, pero Iori no sabía qué creer. Puesto que había herido al animal, estaba seguro de que éste se vengaría de una manera u otra. Resignado, permaneció sentado y esperó.

Cuando empezaba a sentirse más tranquilo, llegó a sus oídos un sonido misterioso. Iori miró a su alrededor con los ojos muy abiertos. «Es el zorro, estoy seguro», se dijo, y se dispuso a oponer toda su fuerza de voluntad contra el hechizo.

Se apresuró a levantarse y se humedeció las cejas con saliva, lo cual se consideraba eficaz para protegerse contra la influencia de los zorros.

A corta distancia apareció una mujer, como si flotara a través de la bruma nocturna, el rostro semioculto por un velo de gasa sedosa. Montaba un caballo a mujeriegas, con las riendas sueltas encima de la baja perilla. La silla era de madera lacada con taracea de madreperla.

«Se ha transformado en una mujer», pensó Iori. Aquella visión con velo, que tocaba una flauta y estaba silueteada contra los tenues rayos del sol poniente, no podía ser de ninguna manera una criatura de este mundo.

Mientras permanecía agachado entre la hierba como una rana, Iori oyó que una voz de ultratumba gritaba: «¡Otsū!», y estuvo seguro de que procedía de uno de los compañeros del zorro.

La amazona casi había llegado a un desvío, donde un camino divergía hacia el sur, y la parte superior de su cuerpo tenía un brillo rojizo. El sol, que se hundía tras las colinas de Shibuya, estaba orlado de nubes.

Iori pensó que si la mataba podría poner al descubierto su verdadera forma de zorro. Aferró la empuñadura de la espada y se aprestó, diciéndose que, por suerte, la criatura desconocía que él se encontraba allí. Como todos aquellos que conocen la verdad sobre los zorros, sabía que el espíritu del animal se encontraría a unos pocos pies detrás de su forma humana. Tragó saliva, expectante, mientras esperaba que la aparición siguiera adelante y girase al sur.

Pero cuando el caballo llegó al desvío, la mujer dejó de tocar, puso la flauta en un envoltorio de tela y lo guardó en el obi. Alzándose el velo, escudriñó a su alrededor.

—¡Otsū! —se oyó gritar de nuevo.

Una plácida sonrisa apareció en el rostro de la mujer.

—Estoy aquí, Hyōgo. Aquí arriba.

Iori vio que un samurai subía por el camino procedente del valle, y se sobresaltó al ver que cojeaba un poco al andar. ¡Aquél era el zorro al que había herido! ¡No había ninguna duda! No estaba disfrazado de hermosa tentadora sino de apuesto samurai. La aparición aterrorizó a Iori. Tembló violentamente y se orinó encima.

Después de que la mujer y el samurai hubieran intercambiado algunas palabras, el samurai cogió el bocado del caballo y lo condujo por delante del lugar donde estaba escondido Iori.

«Ahora es el momento», se dijo, pero su cuerpo no le obedeció.

El samurai observó un ligero movimiento y miró a su alrededor. Su mirada se posó directamente en el rostro petrificado del muchacho. La luz de los ojos del samurai parecía más brillante que el borde del sol poniente. Iori se postró y ocultó la cara en la hierba. Jamás en los catorce años de su vida había experimentado semejante terror.

Al no ver nada alarmante en el muchacho, Hyōgo siguió adelante. La cuesta era empinada, y tenía que echar el cuerpo atrás para tener a raya al caballo. Mirando a Otsū por encima del hombro, le preguntó amablemente:

—¿Por qué has tardado tanto? Es demasiado tiempo sólo para ir al santuario y regresar. Mi tío está preocupado y me ha enviado a buscarte.

Sin responderle, Otsū bajó del caballo. Hyōgo se detuvo.

—¿Por qué bajas? ¿Ocurre algo?

—No, pero no es correcto que una mujer cabalgue cuando un hombre camina. Caminemos juntos. Los dos podemos sujetar el bocado.

La mujer ocupó su lugar al otro lado del caballo.

Bajaron al valle cada vez más oscuro y pasaron ante un letrero que decía: «Academia Sendan'en para sacerdotes de la secta Zen Sōdō». El cielo se estaba llenando de estrellas, y a lo lejos podía oírse el río Shibuya. El río dividía el valle de Higakubo en dos sectores, norte y sur. Puesto que la escuela, establecida por el monje Rintatsu, se hallaba en la ladera norte, la gente llamaba informalmente a los sacerdotes «los tipos del norte». En cuanto a «los tipos del sur» eran los hombres que estudiaban esgrima con Yagyū Munenori, cuyo establecimiento se encontraba directamente al otro lado del valle.

Yagyū Hyōgo era el favorito entre los hijos y nietos de Yagyū Sekishūsai, y gozaba de una categoría especial entre los «tipos del sur». También se había distinguido por derecho propio. A los veinte años de edad había sido llamado por el famoso general Katō Kiyomasa, quien le dio una posición en el castillo de Kumamoto, en la provincia de Higo, con un estipendio de quince mil fanegas. Esto era inaudito tratándose de un hombre tan joven, pero, después de la batalla de Sekigahara, Hyōgo empezó a recelar de su categoría, debido al peligro que suponía tener que alinearse ya con los Tokugawa, ya con la facción de Osaka. Tres años antes, utilizando la enfermedad de su abuelo como pretexto, había pedido permiso para ausentarse de Kumamoto y regresar a Yamato. Luego, aduciendo que necesitaba más adiestramiento, había viajado durante algún tiempo por el campo.

Hyōgo conoció casualmente a Otsū el año anterior, cuando fue a residir con su tío. En los cuatro años anteriores, Otsū había llevado una existencia precaria, sin que nunca pudiera librarse del todo de Matahachi, el cual la había arrastrado consigo a todas partes, diciendo con elocuencia e insinceridad a los posibles patronos que ella era su esposa. Si Matahachi hubiera estado dispuesto a trabajar como aprendiz de carpintero, yesero o albañil, habría encontrado empleo el mismo día de su llegada a Edo, pero prefirió imaginar que podrían desempeñar juntos unas tareas más suaves, ella quizá como doncella de servicio, él como empleado o contable.

No encontraron a nadie que quisiera emplearles, y se las arreglaron para sobrevivir haciendo trabajos esporádicos. Transcurrieron los meses, y Otsū,

confiando en que así su atormentador estaría tranquilo y satisfecho, había cedido a todos sus deseos con excepción de la entrega de su cuerpo.

Cierto día caminaban por la calle cuando se encontraron con el desfile de un daimyō. Junto con todos los demás transeúntes, se colocaron a un lado de la calzada y adoptaron una actitud adecuadamente respetuosa.

Los palanquines y cofres lacados tenían grabado el blasón de Yagyū. Otsū había alzado la vista lo suficiente para verlo, y los recuerdos de Sekishūsai y los días felices que pasara en el castillo de Koyagyū llenaron su corazón. ¡Ojalá estuviera ahora de nuevo en aquella apacible tierra de Yamato! Con Matahachi a su lado, la joven sólo pudo contemplar en silencio el desfile del séquito.

—Eres Otsū, ¿no es cierto?

El sombrero cónico de juncos ocultaba buena parte del rostro del samurai, pero al aproximarse más, Otsū vio que se trataba de Kimura Sukekurō, un hombre al que recordaba con afecto y respeto. No podría haberse sentido más asombrada y agradecida si hubiera sido el mismo Buda, aureolado por la luz maravillosa de la compasión infinita. Apartándose del lado de Matahachi, Otsū corrió hacia Sukekurō, el cual en seguida se ofreció a llevarla a casa consigo.

Cuando Matahachi abrió la boca para protestar, Sukekurō le dijo perentoriamente:

—Si tienes algo que decir, ve a Higakubo y dilo allí.

Impotente ante la prestigiosa Casa de Yagyū, Matahachi se mordió el labio. La ira y la frustración se apoderaron de él mientras contemplaba con semblante hosco cómo su precioso tesoro huía de él.

Una carta urgente

A los treinta y ocho años, Yagyū Munenori estaba considerado como el mejor de todos los espadachines. Esto no había evitado que su padre estuviera continuamente preocupado por su quinto hijo. «Ojalá pudiera dominar ese carácter caprichoso que tiene», solía decirse, o: «¿Es posible que alguien tan obstinado pueda llegar a ocupar una alta posición?».

Habían transcurrido catorce años desde que Tokugawa Ieyasu encargó a Sekishūsai que seleccionara entre los miembros de su familia un tutor para Hidetada. Sekishūsai prescindió de sus demás hijos, así como de sus nietos y sobrinos. Munenori no era ni particularmente brillante ni estaba dotado de una virilidad heroica, pero era un hombre de buen juicio, un hombre práctico a quien no agradaba perderse en las nubes. No poseía ni la gran estatura de su padre ni el genio de Hyōgo, pero era digno de confianza y, lo más importante de todo, comprendía el principio cardinal del estilo Yagyū, a saber, que el auténtico valor del Arte de la Guerra estriba en su aplicación al gobierno.

Sekishūsai no había interpretado mal los deseos de Ieyasu. Al general conquistador no le interesaba un espadachín que le enseñara sólo sus habilidades técnicas. Unos años antes de la batalla de Sekigahara, el mismo Ieyasu había estudiado con un maestro de la espada llamado Okuyama, con el objetivo, como él mismo decía con frecuencia, de «adquirir la visión necesaria para supervisar el país».

No obstante, Hidetada era ahora el shōgun, y sería inconveniente que el instructor del shōgun fuese un hombre que pudiera perder en el combate verdadero. De un samurai en la posición de Munenori se esperaba que superase cualquier desafío y demostrase que la habilidad con la espada de los Yagyū carecía de rival. Munenori tenía la sensación de que le escrutaban y ponían a prueba continuamente, y si bien otros podrían considerarle afortunado por haber sido elegido para un cargo tan distinguido, él mismo a menudo envidiaba a Hyōgo y deseaba poder vivir como lo hacía su sobrino.

En aquellos momentos Hyōgo recorría el pasillo exterior que conducía al aposento de su tío. Aunque la casa era de considerables proporciones, no tenía un aspecto majestuoso ni el mobiliario se distinguía por su riqueza. En vez de emplear a carpinteros de Kyoto para que crearan una morada airosa y elegante, Munenori había confiado a propósito el trabajo a constructores locales, hombres acostumbrados al estilo guerrero, robusto y espartano de Kamakura. Aunque los árboles eran relativamente escasos y las colmas eran más bien bajas, Munenori había elegido el sólido estilo rústico de arquitectura cuyo paradigma era la antigua casa principal en Koyagyū.

—Tío —le llamó Hyōgo suave y cortésmente mientras se arrodillaba en la terraza

en el exterior de la habitación de Munenori.

—¿Eres tú, Hyōgo? —le preguntó Munenori sin apartar los ojos del jardín.

—¿Puedo pasar?

Tras haber recibido permiso para entrar, Hyōgo se adentró en la habitación de rodillas. Se había tomado no pocas libertades con su abuelo, que tenía cierta tendencia a mimarle, pero sabía que no debía hacer lo mismo con su tío. Aunque Munenori no era un ordenancista, se mostraba inflexible con respecto a la etiqueta. Ahora, como de costumbre, estaba sentado a la manera estrictamente formal. En ocasiones Hyōgo sentía lástima de él.

—¿Y Otsū? —le preguntó Munenori, como si la llegada de Hyōgo le hubiera recordado a la joven.

—Ha vuelto. Sólo había ido al santuario de Hikawa, como suele hacer a menudo. Durante el camino de regreso, dejó que el caballo fuese un rato a sus anchas.

—¿Saliste en su busca?

—Sí, señor.

Munenori permaneció unos momentos en silencio. La luz de la lámpara acentuaba su perfil adusto.

—Me preocupa que una mujer joven viva aquí indefinidamente. Nunca se sabe qué podría suceder. Le he dicho a Sukekurō que busque una ocasión propicia para sugerirle que se vaya a otra parte.

En un tono levemente quejumbroso, Hyōgo replicó:

—Me han dicho que no tiene ningún lugar donde ir.

El cambio de actitud de su tío le sorprendía, pues cuando Sukekurō trajo a Otsū a casa y la presentó como una mujer que había servido bien a Sekishūsai, Munenori la saludó cordialmente y le dijo que podía quedarse allí tanto tiempo como deseara.

—¿No te compadeces de ella?

—Sí, pero hay un límite a lo que puedes hacer por la gente.

—Creía que la tenías bien considerada.

—Eso no guarda ninguna relación con lo que estamos tratando. Cuando una mujer joven vive en una casa llena de hombres, lo más probable es que haya habladurías. Y la situación es difícil para los hombres. Uno de ellos podría hacer algo imprudente.

Esta vez Hyōgo guardó silencio, pero no porque hubiera tomado personalmente las observaciones de su tío. Tenía treinta años y, como los demás samurais jóvenes, era soltero, pero creía firmemente en que sus sentimientos hacia Otsū eran demasiado puros para que despertaran dudas sobre sus intenciones. Había puesto mucho cuidado para disipar los recelos de su tío al decirle que tenía a Otsū en gran estima, aunque ni una sola vez admitió que sus sentimientos iban más allá de la amistad.

Hyōgo tenía la impresión de que el problema podría radicar en su tío. La esposa

de Munenori procedía de una familia altamente respetada y bien situada, de ésas cuyas hijas son entregadas a sus maridos el día de su boda en palanquines con cortinas para que las vean los extraños. Sus aposentos, junto con los de las demás mujeres, estaban bastante separados de las partes más públicas de la casa, por lo que prácticamente nadie sabía si las relaciones del señor y su esposa eran armoniosas. No era difícil imaginar que a la señora de la casa podría desagradarle que jóvenes hermosas y casaderas estuvieran tan cerca de su marido.

Hyōgo rompió el silencio, diciendo:

—Deja el asunto a Sukekurō y a mí. Juntos encontraremos alguna solución que no sea demasiado dura para Otsū.

Munenori asintió.

—Cuanto antes, mejor —se limitó a decir.

En aquel momento Sukekurō entró en la antecámara y, depositando una caja de cartas sobre el tatami, se arrodilló e hizo una reverencia.

—Su señoría —dijo respetuosamente.

Munenori se volvió hacia la antecámara y preguntó:

—¿Qué ocurre?

Sukekurō avanzó arrastrándose sobre las rodillas.

—Acaba de llegar a caballo un correo rápido de Koyagyū.

—¿Un correo rápido? —se apresuró a repetir Munenori, aunque sin sorpresa.

Hyōgo aceptó la carta de Sukekurō y la entregó a su tío. Munenori abrió la carta, enviada por Shōda Kizaemon. Había sido escrita con evidente apresuramiento, y decía así: «El anciano señor ha tenido otro ataque, peor que cualquiera de los anteriores. Tememos que no dure mucho. Él insiste tenazmente en que su enfermedad no es razón suficiente para que abandones tus deberes. Sin embargo, tras discutir el asunto, sus servidores hemos decidido escribirte y ponerte al corriente de su situación».

—Su estado es crítico —dijo Munenori.

Hyōgo admiró la capacidad de su tío para mantener la calma. Supuso que Munenori sabía con exactitud lo que era preciso hacer y ya había tomado las decisiones necesarias.

Tras unos minutos de silencio, Munenori dijo:

—Hyōgo, ¿irás a Koyagyū en mi lugar?

—Por supuesto, señor.

—Quiero que asegures a mi padre que en Edo no ocurre nada por lo que deba preocuparse, y también deseo que le cuides personalmente.

—Sí, señor.

—Supongo que ahora todo está en manos de los dioses y del Buda. Lo único que puedes hacer es apresurarte y procurar llegar allí antes de que sea demasiado tarde.

—Partiré esta noche.

Desde el aposento de Munenori, Hyōgo se dirigió de inmediato al suyo propio. Durante el breve tiempo que tardó en recoger las pocas cosas que necesitaba para el viaje, la mala noticia se extendió por toda la casa.

Otsū entró silenciosamente en la habitación de Hyōgo, el cual se sorprendió al verla vestida con ropas de viaje. La joven tenía los ojos húmedos.

—Por favor, llévame contigo —le suplicó—. Jamás podré pagarle al señor Sekishūsai el favor de haberme alojado en su casa, pero quisiera estar con él y ver si puedo ser de alguna ayuda. Espero que no te niegues.

Hyōgo pensó que posiblemente su tío no habría accedido a la petición de su huésped, pero él no podía negársela. Tal vez era una bendición que se hubiera presentado aquella oportunidad de alejarla de la casa de Edo.

—De acuerdo —le dijo—, pero el viaje tendrá que ser rápido.

—Te prometo que no tendrás que ir más lento por mi culpa. Se enjugó las lágrimas, le ayudó a terminar de hacer el equipaje y luego fue a presentar sus respetos al señor Munenori.

—Ah, ¿de modo que acompañarás a Hyōgo? —le dijo con cierta sorpresa—. Qué gran amabilidad la tuya. Estoy seguro de que mi padre se alegrará de verte.

Insistió en darle una considerable suma para el viaje y un kimono nuevo como regalo de despedida. A pesar de su convicción de que era lo mejor para todos, la partida de la joven le entristecía.

Ella le hizo una reverencia y salió de la estancia.

—Cuídate bien —le dijo él con emoción cuando la joven aún estaba en la antesala.

Los vasallos y sirvientes se alinearon a lo largo del sendero que conducía al portal para despedirles. Hyōgo se limitó a decirles adiós y se pusieron en camino.

Otsū se había subido el kimono, sujetándolo con el obi, de modo que el borde llegaba sólo a cuatro o cinco pulgadas por debajo de las rodillas. Llevaba un sombrero de viaje lacado y de ala ancha, y un palo en la mano derecha. De haber tenido los hombros cubiertos de flores, habría sido la imagen de la Joven de las Glicinas que tan a menudo se veía en los grabados al boj.

Puesto que Hyōgo había decidido alquilar medios de transporte en diversos puntos de la carretera, aquella noche su meta era una posada en la población de Sangen'ya, al sur de Shibuya. Desde allí se proponían seguir por la carretera de Ōyama hasta el río Tama, cruzarlo con el transbordador y seguir el Tōkaidō hasta Kyoto.

En la bruma nocturna, no transcurrió mucho tiempo antes de que el sombrero lacado de Otsū brillara de humedad. Tras caminar por un herboso valle fluvial, llegaron a un camino bastante ancho, el cual había sido uno de los más importantes

en el distrito de Kanto desde el período Kamakura. La vegetación era muy densa a ambos lados, y de noche estaba totalmente desierto.

—Es lúgubre, ¿verdad? —dijo Hyōgo con una sonrisa. Una vez más redujo sus zancadas, naturalmente largas, para que Otsū llegara a su lado—. Ésta es la cuesta de Dōgen. Por aquí solía haber bandidos.

—¿Bandidos? —repitió ella, en un tono lo bastante alarmado para que él se riera.

—Pero eso fue hace mucho tiempo. Un hombre llamado Dōgen Tarō, que estaba relacionado con el rebelde Wada Yoshimori, parece haber sido el jefe de una banda de ladrones que vivían en las cuevas de estos alrededores.

—No hablemos de cosas así.

La risa de Hyōgo resonó en la oscuridad, y al oír el eco se sintió culpable por actuar frívolamente. Sin embargo, no podía evitarlo. Aunque estaba triste, la perspectiva de hallarse con Otsū durante los próximos días era muy placentera.

—¡Ah! —gritó Otsū, retrocediendo un par de pasos.

—¿Qué ocurre? —Instintivamente, Hyōgo le rodeó los hombros con un brazo.

—Ahí hay alguien.

—¿Dónde?

—Es un niño, sentado al lado de la carretera. Habla solo y llora. ¡Pobre criatura!

Cuando Hyōgo se acercó lo suficiente, reconoció al muchacho que había visto antes, aquella misma tarde, escondido entre la hierba en Azabu.

Iori se incorporó de un salto, y les miró boquiabierto. Un instante después, soltó un juramento y apuntó con su espada a Hyōgo.

—¡Zorro! —exclamó—. ¡Eso es lo que eres, un zorro!

Otsū contuvo el aliento y ahogó un grito. La expresión de Iori era salvaje, casi demoníaca, como si estuviera poseído por un espíritu maligno. Incluso Hyōgo retrocedió cautamente.

—¡Zorros! —gritó de nuevo Iori—. ¡Yo me ocuparé de vosotros!

Tenía la voz quebrada, como la de una anciana. Hyōgo le miraba perplejo, pero sin dejar de mantenerse a prudente distancia de la espada.

—¿Qué te parece esto? —gritó el muchacho, cortando de un tajo la parte superior de un alto arbusto no lejos de donde estaba Hyōgo. Entonces se dejó caer al suelo, extenuado por su esfuerzo. Respirando con dificultad, preguntó—: ¿Qué te ha parecido eso, zorro?

Hyōgo se volvió a Otsū y le dijo con una sonrisa:

—Pobrecillo, parece poseído por un zorro.

—Tal vez tengas razón. Sus ojos son feroces.

—Como los de un zorro.

—¿Podríamos hacer algo para ayudarle?

—Bueno, dicen que no existe cura de la locura ni la estupidez, pero sospecho que

hay un remedio para su dolencia.

Se dirigió a Iori y le miró severamente.

El muchacho alzó la vista y se apresuró a coger de nuevo la espada.

—Aún estás aquí, ¿eh? —gritó.

Pero antes de que pudiera levantarse, asaltó sus oídos un feroz rugido procedente de lo más profundo de Hyōgo:

—¡Aaaaaargh!

El pánico paralizó a Iori. Hyōgo le cogió de la cintura y, sujetándolo horizontalmente, desando sus pasos cuesta abajo hasta el puente. Puso al chico de cabeza para abajo, le agarró por los tobillos y lo sostuvo por encima del pretil.

—¡Socorro! ¡Madre! ¡Socorro, socorro! ¡Sensei! ¡Sálvame!

Los gritos se convirtieron gradualmente en sollozos.

Otsū corrió a su rescate.

—Basta ya, Hyōgo. Déjale. No debes ser tan cruel.

—Supongo que es suficiente —dijo Hyōgo, dejando al muchacho suavemente sobre el puente.

Iori estaba conmocionado, quería gritar pero la voz no le salía. Estaba convencido de que no había alma en la Tierra que pudiera ayudarle. Otsū se acercó a él y le rodeó cariñosamente con un brazo los hombros caídos.

—¿Dónde vives, criatura? —le preguntó con dulzura.

Iori tartamudeó entre sollozos y señaló vagamente:

—Po... por allá.

—¿Qué quiere decir «por allá»?

—Ba-ba-bakurōchō.

—Pero eso está muy lejos. ¿Cómo has llegado hasta aquí?

—Fui a hacer un recado y me perdí.

—¿Cuándo ha sido?

—Salí ayer de Bakurōchō.

—¿Y has estado vagando por ahí toda la noche y todo el día?

Iori hizo ademán de sacudir la cabeza, pero no dijo nada.

—Vaya, eso es terrible. Dime, ¿adonde te dirigías?

Ya un poco sosegado, el muchacho se apresuró a responder, como si hubiera estado esperando la pregunta:

—A la residencia de Yagyū Munenori de Tajima. —Tras palparse bajo el obi, sacó la carta arrugada y la agitó orgulloso ante su cara. Se la acercó a los ojos y dijo —: Es para Kimura Sukekurō. Tengo que entregársela y esperar una respuesta.

Otsū vio que Iori se tomaba su misión muy en serio y que estaba dispuesto a proteger la misiva aun a riesgo de su vida. El muchacho, por su parte, estaba decidido a no mostrar la carta a nadie hasta que llegara a su destino. Ninguno de los dos tenía

el menor atisbo de lo irónico de la situación: una oportunidad perdida, una ocasión más insólita que el encuentro al otro lado del Río del Cielo del Pastor y la Hilandera.

Volviéndose a Hyōgo, le dijo:

—Parece ser que tiene una carta para Sukekurō.

—Se ha desviado por la dirección equivocada, ¿eh? Por suerte, no está muy lejos. —Llamó a Iori y le explicó cómo debía ir a la casa—. Ve a lo largo de este río hasta el primer cruce, luego gira a la izquierda y ve cuesta arriba. Cuando llegues a un lugar donde los caminos se juntan, verás un par de grandes pinos a la derecha. La casa está a la izquierda, al otro lado del camino.

—Y ten cuidado, no vaya a poseerte un zorro de nuevo —añadió Otsū.

Iori había recuperado su confianza.

—Gracias —le dijo, corriendo ya a lo largo del río. Cuando llegó al cruce, se volvió y gritó—: ¿Aquí a la izquierda?

—Eso es —respondió Hyōgo—. El camino está oscuro, por lo que ten cuidado. —Los dos se quedaron en el puente, viendo cómo se alejaba el chiquillo, durante unos instantes—. Qué niño tan extraño —comentó él.

—Sí, pero parece bastante listo.

Mentalmente lo comparaba con Jōtarō, quien sólo había sido algo mayor que Iori la última vez que ella le vio. Pensó que Jōtarō debía de tener ahora diecisiete años. Se preguntó cómo sería ahora y sintió la inevitable añoranza de Musashi. ¡Habían transcurrido tantos años desde que tuvo noticias suyas por última vez! Aunque ya estaba acostumbrada a vivir con el sufrimiento que comporta el amor, se atrevía a esperar que su marcha de Edo pudiera acercarle más a él, que incluso pudiera encontrarle en alguna parte a lo largo del camino.

—Sigamos adelante —dijo bruscamente Hyōgo, tanto para Otsū como para sí mismo—. Esta noche ya no tiene remedio, pero deberemos tener cuidado para no desperdiciar más tiempo.

Piedad filial

—¿Qué estás haciendo, abuela, practicando caligrafía?

La expresión de Jūrō Estera de Juncos era ambigua, y tanto podría ser de admiración como de mera sorpresa.

—Ah, eres tú —dijo Osugi, con un dejo de irritación.

Jūrō se sentó a su lado y musitó:

—Copiando un sutra budista, ¿eh? —La anciana no le respondió—. ¿No eres lo bastante vieja para no tener necesidad de seguir practicando tu escritura? ¿O acaso piensas convertirte en maestra de caligrafía en el otro mundo?

—Cállate. Para copiar las sagradas escrituras hay que alcanzar un estado de abnegación, y la soledad es lo mejor para eso. ¿Por qué no te vas?

—¿Después de que viniera a casa corriendo sólo para decirte lo que me ha sucedido hoy?

—Eso puede esperar.

—¿Cuándo terminarás?

—Tengo que poner el espíritu de la iluminación de Buda en cada carácter que escribo. Tardo tres días en hacer una copia.

—Tienes mucha paciencia.

—Tres días no son nada. Este verano haré docenas de copias. He jurado hacer un millar antes de mi muerte. Se las dejaré a quienes no sienten un amor apropiado hacia sus padres.

—¿Un millar de copias? Eso es mucho.

—Es mi sagrada promesa.

—Bueno, no estoy muy orgulloso de ello, pero supongo que no he sido respetuoso con mis padres, como los demás patanes que viven aquí. Se olvidaron de ellos hace mucho tiempo. El único que se preocupa por su padre y su madre es el jefe.

—Vivimos en un mundo triste.

—Ja, ja. Si eso te molesta tanto es que también debes tener un hijo que no es bueno para nada.

—Lamento decirlo, pero el mío me ha causado mucha aflicción. Por ese motivo he hecho mi promesa. Éste es el Sutra del gran amor de los padres. Todo aquel que no trata como es debido a sus padres debería verse obligado a leerlo.

—¿De veras vas a dar una copia de comoquiera que llames eso a mil personas?

—Dicen que si plantas una sola semilla de iluminación puedes convertir a cien personas, y si un brote de iluminación crece en cien corazones, pueden salvarse diez millones de almas. —Dejando el pincel, cogió una copia terminada y se la entregó a Jūrō—. Toma, quédatela. Procura leerla cuando tengas tiempo.

Parecía tan beata que Jūrō casi se echó a reír, pero logró contenerse. Venciendo el

impulso de guardarse la hoja en el kimono, como si fuese un papel de seda para uso higiénico, se la llevó respetuosamente a la frente y la depositó en su regazo.

—Bueno, abuela, ¿seguro que no quieres saber lo que me ha ocurrido hoy? Es posible que tu fe en el Buda dé resultados. He tropezado con una persona muy especial.

—¿Quién podría ser?

—Miyamoto Musashi. Le vi en el río Sumida, cuando bajaba del transbordador.

—¿Que has visto a Musashi? ¿Por qué no me lo has dicho en seguida? —Gruñendo, apartó a un lado el material de escritura—. ¿Estás seguro? ¿Dónde se encuentra ahora?

—Vamos, mujer, tranquilízate. Tu amigo Jūrō no hace las cosas a medias. Después de averiguar quién era, le seguí sin que él lo notara. Fue a una posada de Bakurōchō.

—¿Se aloja cerca de aquí?

—Bueno, no está tan cerca.

—Puede que a ti no te lo parezca, pero a mí sí. No en vano he recorrido el país entero en su busca. —Se incorporó ágilmente, fue al armario ropero y sacó la espada corta que había pertenecido a su familia durante generaciones—. Llévame allí —le ordenó.

—¿Ahora?

—Naturalmente, ahora mismo.

—Creí que tenías mucha paciencia, pero... ¿Por qué has de ir con tanta precipitación?

—Siempre estoy dispuesta para enfrentarme a Musashi, incluso de un momento a otro. Si muero, puedes enviar mi cuerpo a mi familia de Mimasaka.

—¿No podrías esperar hasta que regrese el jefe? Si nos vamos así, todo lo que voy a conseguir por encontrar a Musashi será un buen rapapolvo.

—Pero no sabemos cuándo Musashi podría irse a otra parte.

—No te preocupes por eso. He dejado allí un hombre para que vigile la casa.

—¿Puedes garantizarme que Musashi no se marchará?

—Pero ¿qué es esto? ¡Te hago un favor y tú quieres atarme con obligaciones! Está bien, te lo garantizo totalmente. Mira, abuela, será mejor que te lo tomes con calma y sigas sentada copiando sutras o haciendo cualquier otra cosa.

—¿Dónde está Yajibei?

—Ha viajado a Chichibu con su grupo religioso. No sé exactamente cuándo volverá.

—No puedo permitirme esperar.

—En ese caso, ¿por qué no le pedimos a Sasaki Kojirō que venga? Puedes hablarle del asunto.

A la mañana siguiente, tras ponerse en contacto con su espía, Jūrō informó a Osugi que Musashi se había mudado de la posada a la casa de un pulidor de espadas.

—¿Lo ves? Te lo dije —replicó Osugi—. No puedes esperar que se quede siempre en un sitio. En cuanto te descuides, habrá vuelto a mudarse. —Estaba sentada ante el escritorio, pero no había escrito una sola palabra en toda la mañana.

—Musashi no tiene alas —le dijo Jūrō—. Tranquilízate y piensa que hoy Koroku irá a ver a Kojirō.

—¿Hoy? ¿No enviaste a alguien anoche? Dime dónde vive. Iré yo misma.

Empezó a prepararse para salir, pero Jūrō desapareció de repente y la anciana tuvo que preguntar la dirección a otros dos sicarios. Como apenas había abandonado la casa durante los más de dos años que llevaba en Edo, no estaba en absoluto familiarizada con la ciudad.

—Kojirō vive con Iwama Kakubei —le dijeron.

—Kakubei es un vasallo de los Hosokawa, pero tiene su propia casa en la carretera de Takanawa.

—Está como a media distancia de la colina de Isarago. Cualquiera puede decirte dónde es.

—Si tienes alguna dificultad, pregunta por Tsukinomisaki, otro nombre con que se conoce la colina de Isarago.

—Es fácil reconocer la casa, porque la puerta está pintada de un rojo brillante. Es la única vivienda en los alrededores que tiene una puerta roja.

—Muy bien, comprendo —dijo Osugi con impaciencia, molesta porque tantas explicaciones parecían sugerir que era estúpida o senil—. No parece difícil, así que voy a ponerme en seguida en camino. Haceos cargo de todo mientras estoy ausente. Cuidado con el fuego, no vaya a incendiarse la casa cuando Yajibei no está.

Se puso las zōri, comprobó que la espada corta pendía con seguridad de su costado, agarró el bastón y se puso en marcha.

Poco después reapareció Jūrō y preguntó dónde estaba Osugi.

—Nos preguntó cómo llegar a la casa de Kakubei y salió.

—Ah, en fin, ¿qué podemos hacer con una vieja tan testaruda? —Entonces gritó en dirección a los aposentos de los hombres—: ¡Koroku!

El acólito abandonó el juego al que estaba entregado y acudió con diligencia a la llamada.

—Anoche ibas a visitar a Kojirō y lo dejaste para más tarde, y ahora mira lo que ha ocurrido. La anciana ha ido sola.

—¿Y qué?

—Cuando el jefe regrese, se lo contará.

—Tienes razón. Y con esa lengua que tiene nos va a poner en un aprieto.

—Así es. Ojalá pudiera caminar tan bien como habla, pero está flaca como un saltamontes. Si la atropella un caballo, será su fin. Perdona que te lo pida, pero será mejor que vayas tras ella y procures que llegue allí entera.

Koroku salió corriendo, y Jūrō, reflexionando en lo absurdo que era todo aquello, se instaló en un rincón del aposento de los jóvenes. Era una sala grande, de unos treinta por cuarenta pies. El suelo estaba cubierto de esteras delgadas, finamente tejidas, sobre las que se veían diseminadas diversas espadas y otras armas. De unos clavos en las paredes colgaban toallas de mano, kimonos, ropa interior, sombreros especiales para protegerse del fuego y otros objetos imprescindibles en una banda de pelafustanes. Había dos objetos incongruentes. Uno era un kimono femenino de brillantes colores y con forro de seda roja. El otro era el perchero con espejo lacado en oro del que estaba suspendido. Lo habían colocado allí siguiendo instrucciones de Kojirō, el cual explicó a Yajibei, con cierto misterio, que si un grupo de hombres vivían juntos en una habitación sin un toque femenino, era muy probable que perdieran el dominio de sí mismos y se pelearan entre ellos, en vez de ahorrar sus energías para los verdaderos combates.

—¡Estás haciendo trampa, hijo de perra!

—¿Quién hace trampa? Estás loco.

Jūrō dirigió una mirada desdeñosa a los jugadores y se tendió con las piernas cruzadas cómodamente. Dado el jaleo que armaban los otros, sería más que difícil conciliar el sueño, pero no iba a rebajarse jugando a cartas o a los dados. A su modo de ver, esa clase de competiciones no servían para nada.

Apenas había cerrado los ojos, cuando oyó una voz abatida que decía:

—Hoy tengo un mal día, es inútil..., ni pizca de suerte.

El perdedor, con los ojos tristes de los derrotados sin remisión, puso una almohada en el suelo y se tendió al lado de Jūrō. Pronto se les unió otro, y luego otro y otro más.

—¿Qué es esto? —preguntó uno de ellos, recogiendo la hoja de papel que se había desprendido del kimono de Jūrō—. Vaya, pero si es... un sutra. No me digas...; ¿para qué llevará consigo un sutra un tipo desalmado como tú?

Jūrō abrió un ojo soñoliento y dijo perezosamente:

—Ah, eso. Es algo que copió la vieja. Dijo que había jurado hacer mil copias.

—Déjame verlo —dijo otro hombre, arrebatándole la hoja de la mano—. ¿Qué sabes tú? Está escrito con caracteres pulcros y claros. Hombre, cualquiera podría leerlo.

—¿Significa eso que eres capaz de leerlo?

—Pues claro, es un juego de niños.

—Muy bien, entonces, escuchémoslo. Pero recítalo de una manera agradable. Entónalo como lo haría un sacerdote.

—¿Estás de guasa? No se trata de una canción popular.

—¿Y qué diferencia hay? En el pasado los sutras se cantaban. Así es como empezaron los himnos budistas. Sabes distinguir un himno cuando lo oyes, ¿no es cierto?

—No puedes cantar estas palabras como la melodía de un himno.

—Bueno, pues usa cualquier tonada que te guste.

—Canta tú, Jūrō.

Estimulado por el entusiasmo de los demás, Jūrō, todavía tendido boca arriba, sostuvo la hoja con el sutra encima de la cara y empezó a leer:

El sutra sobre el gran amor de los padres:
Esto he escuchado.
Cierta vez, cuando el Buda estaba en el sagrado Pico del Buitre
en la ciudad de los Palacios Reales,
predicando a bodhisattvas y discípulos,
reunió una multitud de monjes y monjas y legos, tanto hombres como mujeres,
Todas las personas de todos los cielos, dioses dragones y demonios,
para que escucharan la Ley Sagrada.
Alrededor del trono enjoyado se reunieron
y contemplaron sin parpadear
el rostro sagrado...

—¿Qué significa todo eso?

—Cuando dice «monjas» ¿se refiere a esas chicas a las que nosotros llamamos monjas? Ya sabéis, tengo entendido que algunas de las monjas de Yoshiwara han empezado a empolvarse la cara de color gris y que te ofrecen sus servicios por menos de la mitad que en las casas de putas...

—¡Calla!

En esa época el Buda
predicó la ley de esta manera:
«Todos los buenos hombres y las buenas mujeres
debéis reconocer la deuda que tenéis por la compasión de vuestro padre,
debéis reconocer la deuda contraída por la misericordia de vuestra madre.
Pues la vida de un ser humano en este mundo
tiene el karma como su causa básica,
pero los padres como su medio inmediato de origen».

—Sólo habla de que tienes que ser bueno con tu papá y tu mamá. Lo habéis oído

un millón de veces. —¡Chitón!— Anda, canta un poco más. Nos callaremos.

Sin padre, el niño no nace.
Sin madre, el niño no recibe alimento.
El espíritu procede de la simiente del padre.
El cuerpo crece dentro de la matriz materna.

Jūrō hizo una pausa para cambiar de postura y hurgarse la nariz, tras lo cual prosiguió:

Debido a estas relaciones,
la preocupación de una madre por su hijo
no tiene comparación en este mundo...

Al notar lo silenciosos que estaban los demás, Jūrō les preguntó:
—¿Me estáis escuchando? —
Sí, continúa.

Desde el momento en que recibe al niño en su matriz,
en el transcurso de nueve meses,
yendo, viniendo, sentándose, durmiendo,
la visita el sufrimiento.
Deja de sentir su amor acostumbrado por la comida, la bebida y las prendas de vestir
y se preocupa únicamente por un parto seguro.

—Estoy cansado —se quejó Jūrō—. Ya es suficiente, ¿no os parece?
—No, sigue cantando. Te escuchamos.

Los meses se han cumplido, los días son suficientes.
En la época del nacimiento, los vientos del karma lo apresuran.
Los huesos de la madre sufren el embate del dolor.
También el padre tiembla y siente miedo.
Parientes y criados se preocupan y sufren congoja.
Cuando el niño nace es depositado en la hierba.
La ilimitada alegría de los padres
es como la de una mujer indigente
que ha encontrado la joya mágica omnipotente.

Cuando el niño emite sus primeros sonidos,
la madre se siente renacer.
Su pecho se convierte en el lugar de reposo del niño.
Sus rodillas en su campo de juegos,
sus senos en la fuente de su alimento.
Su amor, en su misma vida.
Sin su madre, el niño es incapaz de vestirse y desnudarse.
Aunque la madre pase hambre,
se quita la comida de la boca y se la da a su hijo.
Sin la madre, el niño no puede alimentarse...

—Pero ¿qué te pasa? ¿Por qué te has interrumpido?

—Espera un momento, ¿quieres?

—¡Fijaos! Está llorando como un bebé.

—¡Oh, cállate!

Todo había comenzado como un ocioso pasatiempo, casi una broma, pero el significado de las palabras del sutra empezaba a surtir efecto. De los cinco hombres reunidos en la estancia, tres de ellos y el que leía estaban serios, con una expresión de lejanía en su semblante.

La madre va al pueblo vecino a trabajar,
extrae agua, enciende el fuego,
muele el grano, hace la harina.
De noche, cuando regresa,
antes de que llegue a la casa,
oye el lloro del bebé
y se siente llena de amor.
Su pecho se agita, su corazón llora,
la leche fluye, y ella no lo soporta.
Corre a la casa.
El bebé, viendo a la madre aproximarse desde lejos,
hace funcionar su cerebro, sacude la cabeza
y llora por ella.
Ella se agacha,
coge las manos del niño
aplica en los de éste sus labios.
No existe amor más grande.
Cuando el niño tiene dos años,
abandona el seno materno.

Pero sin su padre, no sabría que el fuego puede quemar.
Sin su madre, no sabría que un cuchillo puede cortar dedos.
Cuando tiene tres años, le destetan y aprende a comer.
Sin su padre, no sabría que el veneno puede matar.
Sin su madre, no sabría que la medicina cura.
Cuando los padres van a otras casas
y les ofrecen maravillosas exquisiteces,
no comen, sino que se guardan la comida en los bolsillos
y la llevan a su casa para alegrar al niño...

—¿Estás lloriqueando otra vez?

—No puedo evitarlo. Acabo de recordar algo.

—Pues basta ya, o me harás llorar también.

El sentimentalismo con respecto a los padres era un tabú estricto entre aquellos habitantes del borde exterior de la sociedad, pues manifestar el afecto filial era tanto como exponerse a las acusaciones de debilidad, afeminamiento o algo peor. Pero ver ahora a aquellos hombres hubiera colmado de satisfacción a la vieja Osugi. La lectura del sutra, tal vez debido a la sencillez del lenguaje, les había llegado a lo más profundo.

—¿Es eso todo? ¿No hay más?

—Hay mucho más.

—¿Y bien?

—Esperad un momento, ¿queréis?

Jūrō se levantó, se sonó ruidosamente y se sentó para entonar el resto.

El niño crece.
El padre le trae ropa para vestirse.
La madre peina su cabello.
Los padres le dan todo objeto bello que poseen
y sólo guardan para ellos lo que es viejo y está gastado.
El niño toma una novia
y trae a la casa a esa desconocida.
Los padres se vuelven más distantes.
Los recién casados intiman entre ellos,
permanecen en su habitación, hablándose felices.

—Así son las cosas, en efecto —interrumpió uno.

Los padres envejecen.

Sus espíritus se debilitan, su fuerza disminuye.
Tienen sólo al niño del que depender,
sólo su esposa les presta servicios,
pero el niño ya no acude a ellos,
ni de noche ni de día.
La sala de los padres está fría,
ya no hay más charlas agradables.
Son como huéspedes solitarios en una posada.
Surge una crisis, y llaman a su hijo.
Nueve de cada diez veces, él no viene
ni les sirve.
Su enojo crece y les vilipendia,
diciendo que sería mejor morir
que seguir en este mundo cuando son superfluos.
Los padres escuchan, y sus corazones se llenan de cólera.
Llorando, dicen: «Cuando eras pequeño,
sin nosotros no habrías nacido,
sin nosotros, no habrías crecido.
¡Ah, cómo hemos...!».

Jūrō se interrumpió bruscamente y dejó la hoja a un lado.

—Yo..., yo... No puedo. Que lo lea otro.

Pero nadie quiso sustituirle. Tendidos boca arriba o abajo, o sentados con las piernas cruzadas y las cabezas entre las rodillas, estaban tan llorosos como niños perdidos.

Al entrar en la sala, Sasaki Kojirō se encontró con esa escena inverosímil.

Lluvia primaveral en rojo

—¿No está aquí Yajibei? —preguntó Kojirō a gritos.

Los jugadores estaban tan absortos en su juego y los que lloraban en sus recuerdos de la infancia, que ninguno respondió.

Kojirō se acercó a Jūrō, que estaba tendido boca arriba con los brazos sobre los ojos, y le dijo:

—¿Puedo preguntarte qué ocurre aquí?

—Oh, no sabía que eras tú, señor.

Jūrō y los demás se apresuraron a enjugarse los ojos y sonarse, se levantaron e hicieron tímidas reverencias a su instructor de esgrima.

—¿Estás llorando? —le preguntó.

—Humm, sí. Bueno, no.

—Eres un tipo raro.

Mientras los demás volvían a su anterior diversión, Jūrō empezó a contarle su encuentro casual con Musashi, satisfecho por tener un tema que pudiera distraer la atención de Kojirō y éste dejara de fijarse en el estado de aquellos jóvenes.

—Como el el jefe está ausente, no sabíamos qué hacer —le dijo—. Osugi decidió ir a hablar contigo.

A Kojirō le brillaron los ojos.

—¿Musashi se hospeda en una posada de Bakurōchō?

—Ahí estuvo, en efecto, pero ahora se aloja en la casa de Zushino Kōsuke.

—Ésa es una interesante coincidencia.

—¿Ah, sí?

—Resulta que he enviado mi Palo de Secar a Zushino para que la pula. Creo que a estas alturas el trabajo ya debe de estar terminado. Hoy he venido aquí para recogerla.

—¿Ya has estado allí?

—Todavía no. Pensé pasar primero por aquí y estar un rato con vosotros.

—Ha sido una suerte. Si te hubieras presentado en el taller de repente, Musashi podría haberte atacado.

—No le temo, pero ¿cómo puedo hablar con la anciana si está ausente?

—No creo que haya llegado todavía a Isarago. Enviaré a un buen corredor para que la haga volver.

Durante el consejo de guerra que se celebró aquella noche, Kojirō expresó la opinión de que no había motivo alguno para esperar el regreso de Yajibei. Él mismo actuaría como ayudante de Osugi, a fin de que ella pudiera por fin vengarse adecuadamente.

Jūrō y Koroku también quisieron ir, más por el honor de estar presentes que para echar una mano. Aunque conocían la reputación de Musashi como luchador, nunca imaginaron que pudiera estar a la altura de su brillante instructor.

Sin embargo, aquella noche no podrían hacer nada. A pesar de su entusiasmo, Osugi estaba extenuada y se quejaba de dolor de espalda. Decidieron llevar a cabo su plan a la noche siguiente.

Al día siguiente, por la tarde, Osugi se bañó en agua fría, se ennegreció los dientes y tiñó el cabello. Cuando se puso el sol hizo los preparativos para el combate, primero vistiendo una túnica interior que había comprado para que la enterrasen con ella y que había llevado consigo a todas partes durante años. Había hecho que la sellaran en cada santuario y templo que visitó, para invocar la buena suerte: desde el santuario de Sumiyoshi en Osaka al santuario de Oyama Hachiman y el Kiyomizudera en Kyoto, el templo de Kannon en Asakusa y docenas de establecimientos religiosos menos importantes en diversas partes del país. Las sagradas estampaciones de la túnica hacían que pareciese un kimono. Vestida con ella, Osugi se sentía más segura que si hubiera llevado cota de mallas.

Se guardó cuidadosamente una carta dirigida a Matahachi en la faja bajo el obi, junto con una copia del Sutra sobre el gran amor de los padres. Había también una segunda carta, que siempre llevaba metida en una pequeña bolsa de dinero. Esta misiva decía: «Aunque soy vieja, me ha tocado en suerte vagar por el país en un esfuerzo por realizar una sola gran esperanza. No hay manera de saberlo, pero podría caer bajo la espada de mi enemigo jurado o morir de enfermedad por el camino. Si tal fuese mi sino, pido a los funcionarios y a las personas de buena voluntad que utilicen el dinero que hay en esta bolsa para que envíen mi cuerpo a casa. Osugi, viuda de Hon'iden, aldea de Yoshino, provincia de Mimasaka».

Con la espada en su lugar, las espinillas protegidas con polainas blancas, guantes sin dedos en las manos y un obi con puntadas invisibles que sujetaba cómodamente su kimono sin mangas, los preparativos estaban casi completos. Depositó un cuenco con agua sobre su escritorio, se arrodilló ante él y dijo: «Ya me voy». Entonces cerró los ojos y permaneció inmóvil, dirigiendo sus pensamientos al tío Gon.

Jūrō entreabrió la shoji y se asomó.

—¿Estás preparada? —le preguntó—. Ya es hora de que nos pongamos en marcha. Kojirō aguarda.

—Estoy a punto.

Uniéndose a los demás, fue al espacio que le habían reservado ante el lugar de honor de la casa. El acólito cogió una taza de la mesa, la puso en la mano de Osugi y vertió cuidadosamente el sake. Entonces hizo lo mismo para Kojirō y Jūrō. Cuando cada uno de los cuatro hubo bebido, apagaron la lámpara y se pusieron en marcha.

No pocos hombres de Hangawara pidieron con vehemencia que les dejaran

acompañarles, pero Kojirō se negó, puesto que un gran grupo no sólo atraería la atención sino que les dificultaría la lucha.

Cuando cruzaban el portal, un joven les gritó que esperasen. Entonces golpeó dos trozos de pedernal e hizo que saltaran chispas, una manera de desearles buena suerte. En el exterior, bajo un cielo oscurecido por nubes de lluvia, cantaban los ruiseñores.

Al avanzar por las calles oscuras y silenciosas, los perros les ladraban, impulsados tal vez por la sensación instintiva de que aquellos cuatro seres humanos se dirigían a una misión siniestra.

—¿Qué es eso? —preguntó Koroku, mirando a lo largo de un estrecho callejón.

—¿Has visto algo?

—Alguien nos está siguiendo.

—Probablemente es uno de nuestros hombres —dijo Kojirō—. Todos estaban muy deseosos de seguirnos.

—Prefieren pelearse que comer.

Doblaron una esquina y Kojirō se detuvo bajo los aleros de una casa.

—El taller de Kojirō está por aquí, ¿verdad? —dijo en voz baja.

—Calle abajo, al otro lado.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Koroku.

—Proceder de acuerdo con lo planeado. Vosotros tres escondeos en las sombras. Yo iré al taller.

—¿Y si Musashi intenta escabullirse por la puerta trasera?

—No te preocupes. Es tan poco probable que huya de mí como yo de él. Si huyera, estaría acabado como espadachín.

—De todos modos deberíamos situarnos en los lados opuestos de la casa..., por si acaso.

—De acuerdo. Ahora, como hemos convenido, haré salir a Musashi y caminaré con él. Cuando lleguemos cerca de Osugi, desenvainaré y le cogeré por sorpresa. Ése es el momento para que ella salga y ataque.

Osugi estaba rebosante de gratitud.

—Gracias, Kojirō. Eres tan bueno conmigo... Debes de ser la encarnación del gran Hachiman. —Juntó las palmas e inclinó la cabeza, como si estuviera ante el mismo dios de la guerra.

Kojirō estaba convencido en el fondo de su corazón de que estaba haciendo lo apropiado. Es en verdad dudoso que cualquier mortal ordinario pudiera imaginar la vastedad de su fariseísmo cuando subió los escalones hasta la entrada de la casa de Kōsuke.

Al principio, cuando Musashi y Kojirō eran muy jóvenes, estaban rebosantes de brío y ansiosos de demostrar su superioridad, no existía ninguna causa profundamente arraigada de enemistad entre ellos. Sin duda había rivalidad, pero sólo

la fricción que surge normalmente entre dos luchadores fuertes y de cualidades casi idénticas. Lo que más adelante amargó a Kojirō fue ver que Musashi adquiría poco a poco fama de espadachín. Musashi, por su parte, respetaba la extraordinaria habilidad de Kojirō, si no su carácter, y siempre le trataba con cierta cautela. Sin embargo, con el transcurso de los años, estuvieron en desacuerdo sobre diversas cuestiones: la Casa de Yoshioka, el destino de Akemi, el asunto de la viuda Hon'iden. Ya no era posible su reconciliación.

Y ahora que Kojirō había decidido convertirse en el protector de Osugi, la tendencia de los acontecimientos llevaba el sello inequívoco del destino.

—¡Kōsuke! —Kojirō llamó discretamente a la puerta—. ¿Estás despierto?

La luz se filtraba a través de un resquicio, pero nada se movía en el interior. Transcurrieron unos minutos y por fin preguntaron desde dentro:

—¿Quién está ahí?

—Iwama Kakubei te dio mi espada para que la pulieras. He venido a buscarla.

—La espada larga... ¿Se trata de ésa?

—Abre y déjame entrar.

—Espera un momento.

La puerta se deslizó y los dos hombres se miraron. Kōsuke le cerró el paso y dijo fríamente:

—La espada aún no está lista.

—Ya veo. —Kojirō pasó por el lado de Kōsuke y se sentó en el escalón que daba acceso al taller—. ¿Cuándo estará lista?

—Bueno, veamos...

Kōsuke se restregó el mentón, tiró hacia abajo de las comisuras de sus ojos y su rostro alargado pareció todavía más largo. Kojirō tuvo la sensación de que le estaba tomando el pelo.

—¿No crees que estás tardando demasiado tiempo?

—Le dije a Kakubei con toda claridad que no podía prometerle cuándo la terminaría.

—No puedo prescindir de ella mucho más.

—En ese caso, llévatela.

—¿Qué significa esto? —replicó Kojirō, desconcertado. Los artesanos no hablaban así a un samurai. Pero en vez de intentar discernir qué podría haber tras la actitud del hombre, llegó a la conclusión de que éste había previsto su visita. Diciéndose que lo mejor sería actuar con rapidez, añadió—: Por cierto, tengo entendido que Miyamoto Musashi, de Mimasaka, se aloja aquí.

—¿Dónde has oído eso? —le preguntó Kōsuke con inquietud—. Sí, es cierto que se aloja en nuestra casa.

—¿Te importaría llamarle? Hace mucho que no le veo, desde que ambos

estábamos en Kyoto.

—¿Cómo te llamas?

—Sasaki Kojirō. Él sabrá quién soy.

—Le diré que estás aquí, pero no sé si puede verte o no.

—Espera un momento.

—Tú dirás.

—Quizá sea mejor que te lo explique. En casa del señor Hosokawa oí por casualidad que un hombre cuya descripción corresponde a Musashi vivía aquí. He venido con la idea de invitar a Musashi. Podríamos ir a algún sitio para beber y charlar un poco.

—Comprendo.

Kōsuke se volvió y fue hacia el fondo de la casa.

Kojirō reflexionó en lo que haría si Musashi olía a gato encerrado y se negaba a verle. Se le ocurrieron dos o tres estratagemas, pero antes de que hubiera llegado a una decisión, le sobresaltó un grito atroz.

Se puso en pie de un salto, como si hubiera recibido un violento puntapié. Había cometido un error de cálculo, el otro había visto clara su estrategia... y no sólo eso, sino que la había vuelto contra él. Musashi debía de haber salido por la puerta trasera, rodeado la casa y atacado a los que estaban delante. Pero ¿quién había gritado? ¿Osugi? ¿Jūrō? ¿Koroku?

«Si así son las cosas...», se dijo Kojirō sombríamente, y salió corriendo a la calle. Con los músculos tensos y los latidos del corazón acelerados, en un instante estuvo preparado para enfrentarse a su contrario. «De todos modos tengo que luchar con él más tarde o más temprano», pensó. Lo sabía desde aquel día en el puerto del monte Hiei. ¡Había llegado la ocasión! Juró que, si Osugi ya había sido abatida, la sangre de Musashi sería una ofrenda por el eterno descanso de su alma.

Había recorrido unos diez pasos cuando oyó que le llamaban desde el lado de la carretera. La voz era forzada, la de alguien que estaba malherido e intentaba darle alcance.

—¿Eres tú, Koroku?

—Me..., me ha... he... herido.

—¡Jūrō! ¿Dónde está Jūrō?

—A... a él... tam-m-bién.

—¿Dónde está? —Antes de recibir una respuesta, Kojirō vio el cuerpo empapado en sangre de Jūrō a unos treinta pies de distancia. Cada vez más inquieto por su propia seguridad, gritó—: ¡Koroku! ¿Por dónde ha ido Musashi?

—No..., no..., no era Musashi. —Koroku, incapaz de alzar la cabeza, la movió de un lado a otro.

—¿Qué estás diciendo? ¿No era Musashi quien os atacó?

—No..., no... Musa...

—¿Quién ha sido?

Era una pregunta a la que Koroku jamás respondería.

Lleno de confusión, Kojirō corrió al lado de Jūrō y le alzó cogiéndole del viscoso cuello del kimono teñido de rojo.

—Dime, Jūrō. ¿Quién ha sido? ¿Hacia dónde ha ido?

Pero en vez de responder, Jūrō, con los ojos arrasados en lágrimas, empleó su último aliento en decir:

—Madre..., lo siento..., no debería...

—¿De qué me estás hablando? —dijo Kojirō, con un bufido de enojo, al tiempo que soltaba la prenda ensangrentada.

—¡Kojirō! ¿Eres tú, Kojirō?

Corrió en la dirección de donde procedía la voz de Osugi y vio a la anciana tendida en una zanja, con paja y mondas de verduras adheridas al rostro y el cabello.

—Sácame de aquí —le suplicó.

—¿Qué estás haciendo en ese agua sucia?

Kojirō, que parecía más irritado que servicial, la levantó bruscamente de la zanja, dejándola en el camino, donde ella se desplomó como un trapo.

—¿Adonde ha ido ese hombre? —preguntó la mujer, quitándole las palabras de la boca.

—¿Qué hombre? ¿Quién os atacó?

—No sé cómo ha sucedido exactamente, pero estoy segura de que era el hombre que nos venía siguiendo.

—¿Atacó de repente?

—¡Sí! Pareció salir de la nada, como una ráfaga de viento. No hubo tiempo de decir ni una palabra. Saltó desde las sombras y atacó a Jūrō primero. Cuando Koroku desenvainó su espada, ya estaba también herido.

—¿Por dónde se fue?

—Me empujó a un lado y no pude verle, pero las pisadas fueron por ahí. —Señaló hacia el río.

Kojirō cruzó corriendo el solar donde se celebraba el mercado de caballos, llegó al dique de Yanagihara y se detuvo para mirar a su alrededor. Distinguió a cierta distancia montones de tablas, luces y gente.

Al aproximarse, vio que se trataba de porteadores de palanquines.

—Mis dos compañeros han sido atacados en una calle lateral cerca de aquí —les dijo—. Quiero que los recojáis y llevéis a casa de Hangawara Yajibei, en el barrio de los carpinteros. Encontraréis a una anciana con ellos. Llevadla también.

—¿Les han atacado unos ladrones?

—¿Es que hay ladrones por aquí?

—Hay jaurías de ellos. Incluso nosotros tenemos que andarnos con cuidado.

—Quienquiera que fuese debe de haber salido corriendo de aquella esquina. ¿No habéis visto a nadie?

—¿Quieres decir ahora mismo?

—Sí.

—Pues no. Bueno, me marcho —dijo el porteador.

Junto con otros dos, cogieron tres palanquines y se dispusieron a partir.

—¿Y la tarifa? —preguntó uno.

—Os pagarán en destino.

Kojirō efectuó un rápido examen de la orilla del río y alrededor de los rimeros de tablas. Mientras lo hacía decidió que lo mejor sería regresar a casa de Yajibei. Enfrentarse a Musashi sin Osugi no tenía sentido y, además, no sería prudente hacerlo en el estado de ánimo que tenía en aquellos momentos.

Echó a andar y llegó a un cortafuegos, a un lado del cual crecía una hilera de paulonias. Se quedó un momento mirando los árboles y entonces, al volverse, vio el destello de una hoja entre el follaje. En un abrir y cerrar de ojos, cayeron media docenas de hojas. El golpe había estado dirigido a su cabeza.

—¡Cobarde asqueroso! —exclamó.

—¡No soy tal! —replicó el otro mientras la espada golpeaba por segunda vez desde la oscuridad.

Kojirō giró sobre sus talones y retrocedió con celeridad hasta quedar a una distancia segura.

—Si eres Musashi, ¿por qué no usas el método apro...?

Antes de que pudiera terminar la frase, la espada le persiguió de nuevo.

—¿Quién eres? —gritó—. ¿No crees que estás cometiendo un error?

Esquivó con éxito un tercer golpe, y el atacante, apenas sin resuello, se dio cuenta, antes de intentarlo por cuarta vez, de que se estaba esforzando en vano. Cambiando de táctica, empezó a avanzar poco a poco con la hoja extendida ante él, mirándole como si despidiera fuego por los ojos.

—Silencio —gruñó—. No hay ningún error. Tal vez te refresque la memoria si conoces mi nombre. Soy Hōjō Shinzō.

—Eres uno de los estudiantes de Obata, ¿verdad?

—Insultaste a mi maestro y mataste a varios de mis camaradas.

—De acuerdo con el código del guerrero, puedes desafiarme abiertamente en cualquier momento. Sasaki Kojirō no juega al escondite.

—Te mataré.

—Adelante, inténtalo.

Mientras Kojirō le veía acortar la distancia, doce pies, once, diez, aflojó con un leve movimiento la parte superior de su kimono y aplicó la mano derecha a la espada.

—¡Vamos! —gritó.

Por un momento Shinzō titubeó involuntariamente ante el desafío. Kojirō se inclinó adelante, su brazo se distendió como la cuerda de un arco y se oyó un tintineo metálico. Al cabo de un instante, su espada produjo un fuerte chasquido al quedar bruscamente encajada en la vaina. En la oscuridad nadie habría visto más que un tenue rayo de luz destellante.

Shinzō aún estaba en pie, con las piernas separadas. Todavía no brotaba la sangre, pero era evidente que había sido herido. Aunque seguía teniendo la espada extendida al nivel de los ojos, se había llevado la mano al cuello, con un movimiento reflejo.

—¡Oh!

La exclamación partió de ambos lados de Shinzō al mismo tiempo: de Kojirō y de un hombre que corría detrás del herido. El sonido de las pisadas, junto con la voz, hizo que Kojirō se apresurara a ocultarse en la oscuridad.

—¿Qué ha ocurrido? —gritó Kōsuke. Tendió los brazos para sujetar a Shinzō, pero todo el peso de éste le cayó encima—. ¡Oh, esto tiene mal aspecto! ¡Ayuda! ¡Que alguien me ayude!

Un trozo de carne no mayor que una concha de almeja se desprendió del cuello de Shinzō. La sangre que brotó de la herida empapó primero el brazo de Shinzō y luego la falda de su kimono hasta los pies.

Un tarugo de madera

Se oyó un ruido sordo: otra ciruela verde había caído del árbol en el jardín exterior. Musashi hizo caso omiso, si es que lo había oído. A la luz brillante pero inestable de la lámpara, su cabello despeinado era espeso y erizado, carente de grasa natural y de color rojizo.

De niño, su madre solía quejarse de lo difícil que era. No le había abandonado la disposición testaruda que con tanta frecuencia hizo llorar a la mujer, una característica tan persistente como la cicatriz que en su infancia le dejó en la cabeza un gran carbúnculo.

Los recuerdos de su madre inundaban ahora su mente y, en ocasiones, el rostro que estaba tallando se parecía mucho al de ella.

Unos minutos antes Kōsuke había llegado a la puerta y, tras un ligero titubeo, le había dicho:

—¿Todavía estás trabajando? Un hombre llamado Sasaki Kojirō dice que le gustaría verte. Está esperando abajo. ¿Quieres hablar con él o le digo que ya te has acostado?

Musashi tuvo la vaga impresión de que Kōsuke había repetido el mensaje, pero no estaba seguro de si él le había respondido.

La pequeña mesa, las rodillas de Musashi y el suelo a su alrededor estaban cubiertos de virutas de madera. Se había propuesto terminar la imagen de Kannon que le había prometido a Kōsuke a cambio de la espada. Su tarea había sido aún más estimulante debido a una petición especial de Kōsuke, hombre de marcados gustos y desdenes.

Al principio, cuando Kōsuke sacó de un armario un tarugo de madera de diez pulgadas y se lo ofreció con sumo cuidado, Musashi comprendió que debía de tener una antigüedad de seiscientos o setecientos años. Kōsuke trataba aquel pedazo de madera como una reliquia de familia, pues procedía de un templo del siglo VIII donde estaba la tumba del príncipe Shōtoku en Shinaga.

—Fui allí durante un viaje —le explicó—, y estaban reparando los edificios antiguos. Algunos sacerdotes y carpinteros estúpidos estaban cortando con hachas las vigas antiguas para hacer leña. No pude soportar ver que desperdiciaban la madera de ese modo, así que les pedí que me cortaran este tarugo.

La fibra de la madera era buena, como lo era su textura al contacto con el cuchillo, pero pensar en el valor que daba Kōsuke a aquel tesoro le ponía nervioso. Si cometía un error, echaría a perder una pieza insustituible.

Oyó un fuerte golpe, como si el viento hubiera abierto con violencia la puerta en el seto del jardín. Alzó la vista de su tarea y, casi por primera vez desde que había empezado a tallar, pensó: «¿Podría ser Iori?». Aguzó el oído, esperando una

confirmación.

—¡No te quedes ahí embobada! —le gritó Kōsuke a su esposa—. ¿No ves que este hombre está malherido? ¡No importa en qué habitación le ponemos!

Detrás de Kōsuke, los hombres que transportaban a Shinzō ofrecieron excitados su ayuda.

—¿Tenéis algún licor para lavar la herida? De lo contrario, iré a buscarlo.

—Llamaré al médico.

Cuando la conmoción remitió un poco, Kōsuke dijo:

—Quiero daros las gracias a todos. Creo que le habéis salvado la vida. No os preocupéis más por él.

Hizo una profunda reverencia a cada hombre y abandonó la casa.

Por fin Musashi tuvo conciencia de que había sucedido algo en lo que Kōsuke estaba implicado. Sacudió las virutas de sus rodillas, bajó la escalera formada por las tapas de los baúles de almacenaje colocados unos al lado de los otros en columnas de altura decreciente y entró en la habitación donde Kōsuke y su esposa contemplaban al herido.

—Ah, ¿todavía estás despierto? —le dijo el pulidor, moviéndose a un lado para hacer sitio a Musashi.

Musashi se sentó junto a la almohada del herido, le miró atentamente la cara y preguntó quién era.

—No podría haberme sorprendido más —dijo el pulidor—. No le he reconocido hasta que le hemos traído aquí, pero es Hōjō Shinzō, el hijo del señor Hōjō de Awa, un joven muy aplicado que ha estudiado durante varios años con Obata Kagenori.

Musashi levantó cuidadosamente el borde del Vendaje blanco alrededor de la garganta de Shinzō y examinó la herida, que había sido cauterizada y luego lavada con alcohol. El trozo de carne del tamaño de una concha de almeja había sido cortado limpiamente, dejando al descubierto la pulsante arteria carótida. El tajo no había sido mortal de necesidad por los pelos. Musashi se preguntó quién le habría hecho aquella herida. Por su forma, parecía probable que se tratara de un golpe hacia arriba, el conocido como vuelo de golondrina.

¿Un golpe en vuelo de golondrina? Ésa era la especialidad de Kojirō.

—¿Sabes lo que sucedido? —preguntó Musashi.

—Todavía no.

—Ni yo tampoco, por supuesto, pero una cosa es segura. —Hizo un gesto de asentimiento—. Es obra de Sasaki Kojirō.

De regreso en su habitación, Musashi se tendió en el tatami con las manos bajo la cabeza, ignorando el estropicio a su alrededor. Habían extendido su jergón, pero también le hizo caso omiso, a pesar de su fatiga.

Había trabajado en la estatuilla durante casi cuarenta y ocho horas seguidas.

Como no era escultor, carecía de la habilidad técnica necesaria para resolver problemas difíciles, y tampoco podía ejecutar los diestros rasgos que ocultarían un error. No tenía nada en que basarse excepto la imagen de Kannon que albergaba en su corazón, y su técnica se reducía a eliminar de su mente todos los pensamientos ajenos a su tarea y poner la máxima voluntad en transferir fielmente esa imagen a la madera.

Durante un rato le parecía que la escultura tomaba forma, pero entonces algo salía mal, se producía algún desliz entre la imagen que tenía en la mente y la mano que manejaba la daga. Cuando le parecía que estaba progresando de nuevo, la talla volvía a írsele de la mano. Después de numerosos comienzos falsos, la pieza de madera antigua se había reducido a una longitud que no superaba las cuatro pulgadas.

Oyó que un ruiseñor cantaba dos veces, luego se adormiló y estuvo amodorrado quizás una hora. Cuando despertó, su fuerte cuerpo rebosaba de energía y su mente estaba perfectamente clara. Al levantarse, pensó: «Esta vez lo conseguiré». Se encaminó al pozo detrás de la casa, se lavó la cara y bebió agua. Refrescado, volvió a sentarse al lado de la lámpara y emprendió su tarea con renovado vigor.

Ahora el cuchillo en su mano le producía una sensación diferente. En la fibra de la madera percibía los siglos de historia contenidos en ella. Sabía que si esta vez no la tallaba hábilmente, no quedaría más que un montoncito de virutas inútiles. Durante las horas siguientes se concentró con febril intensidad. Ni una sola vez enderezó la espalda ni se detuvo a beber agua. El cielo se fue aclarando, los pájaros empezaron a cantar, abrieron todas las puertas de la casa salvo la suya para la limpieza matinal. Sin embargo, su atención seguía centrada en la punta del cuchillo.

—¿Estás bien, Musashi? —le preguntó su anfitrión en tono preocupado, mientras deslizaba la shoji y entraba en la habitación.

—Es inútil —dijo Musashi, suspirando.

Se irguió y arrojó la daga a un lado. El tarugo de madera no era más grande que el pulgar de un hombre. Las virutas alrededor de sus piernas parecían nieve caída.

—¿Inútil?

—Sí, inútil.

—¿Y la madera?

—Ha desaparecido... No he podido lograr que emergiera la forma del bodhisattva.

Poniéndose las manos detrás de la cabeza, sintió que regresaba a la tierra tras haber permanecido suspendido durante un tiempo indeterminado entre el engaño y la iluminación.

—No sirve para nada. Es hora de olvidarlo y meditar.

Se tendió boca arriba. Cuando cerró los ojos, las distracciones parecieron disiparse para ser sustituidas por una bruma cegadora. Gradualmente, ocupó su mente la idea única del vacío infinito.

Aquella mañana, la mayoría de los huéspedes que abandonaban la posada eran tratantes de caballos que regresaban a sus casas tras los cuatro días del mercado que había finalizado el día anterior. Durante varias semanas, la posada tendría muy pocos clientes.

Al ver a Iori que subía la escalera, la posadera le llamó desde la recepción.

—¿Qué quieres? —le preguntó Iori. Desde arriba podía ver la franja calva en la cabeza de la mujer, mañosamente disimulada.

—¿Adonde crees que vas?

—Arriba, con mi maestro. ¿Ocurre algo?

—Más de lo que imaginas —replicó la mujer, mirándole con exasperación—. A ver, ¿cuándo saliste de aquí?

—Hace tres días, ¿no?

—Exacto.

—Desde luego, te has tomado tu tiempo, ¿no es cierto? ¿Qué te ha ocurrido? ¿Acaso te hechizó un zorro o algo por el estilo?

—¿Cómo lo has sabido? Tú misma debes de ser una zorra.

Riéndose de su propia réplica, siguió subiendo la escalera.

—Tu maestro ya no está ahí.

—No te creo. —Corrió escaleras arriba, pero no tardó en regresar con una expresión consternada—. ¿Es que se ha cambiado de habitación?

—Pero ¿qué te pasa? Te he dicho que se ha ido.

—¿Se ha ido de veras? —preguntó el muchacho en tono alarmado.

—Si no me crees, echa un vistazo al libro de registro. ¿Ves?

—Pero ¿por qué? ¿Por qué se ha ido antes de que yo regresara?

—Porque tardabas demasiado.

—Pero..., pero... —Iori se echó a llorar—. ¿Adonde ha ido? Dímelo, por favor.

—No me ha dicho dónde iba. Supongo que te ha dejado atrás porque eres tan inútil.

Demudado, Iori salió corriendo a la calle. Miró al este y el oeste, y luego al cielo. Las lágrimas se deslizaban por sus mejillas.

Mientras se rascaba la franja calva con un peine, la mujer soltó una risotada.

—Deja de lloriquear —le gritó desde el interior—. Sólo estaba bromeando. Tu maestro se aloja en casa del pulidor de espadas, ahí delante.

Apenas había terminado de hablar, cuando una protección de paja para las patas de los caballos penetró volando en la recepción.

En actitud sumisa y postura formal, Iori se sentó a los pies de Musashi y en voz baja le anunció:

—He vuelto.

Ya había reparado en la atmósfera melancólica de la casa. No habían retirado las virutas de madera y la lámpara extinguida seguía donde la habían dejado la noche anterior.

—He vuelto —repitió Iori, en el mismo tono apagado de antes.

—¿Quién es? —murmuró Musashi, abriendo lentamente los ojos.

—Iori.

Musashi se incorporó en seguida. Aunque le aliviaba ver que el chico había regresado sano y salvo, se limitó a decirle:

—Ah, eres tú.

—Siento haber tardado tanto. —Su maestro no le respondió—. Perdóname. —Ni su disculpa ni una reverencia cortés obtuvieron ninguna respuesta.

Musashi se apretó el obi y dijo:

—Abre las ventanas y limpia la habitación.

Entonces cruzó la puerta antes de que Iori hubiera tenido tiempo de decirle: «Sí, señor».

Musashi se dirigió a la habitación que estaba al fondo de la planta baja y preguntó a Kōsuke cómo se encontraba el herido aquella mañana.

—Parece descansar mejor.

—Debes de estar fatigado. ¿Regreso después del desayuno para que puedas reposar?

Kōsuke le dijo que no era necesario.

—Hay una cosa que quisiera hacer —añadió—. Creo que deberíamos informar de lo ocurrido a la escuela Obata, pero no dispongo de nadie a quien enviar allá.

Tras ofrecerse a ir él mismo o enviar a Iori, Musashi regresó a su habitación, que ya estaba ordenada. Al sentarse preguntó:

—Dime, Iori, ¿ha habido una respuesta a mi carta?

Aliviado al no recibir una fuerte reprimenda, el muchacho sonrió.

—Sí, he traído una respuesta. Aquí la tengo.

Con una expresión triunfal, se sacó la carta del kimono.

—Dámela.

Iori avanzó sobre las rodillas y depositó el papel doblado en la mano extendida de Musashi. Sukekurō había escrito: «Lamento decirte que Sukekurō, en su condición de instructor del shōgun, no puede tener un encuentro de esgrima contigo, como has solicitado. No obstante, si nos visitas con algún otro propósito, existe la posibilidad de que su señoría pueda saludarte en el dōjō. Creo que si todavía estás tan deseoso de probar tu habilidad contra el estilo Yagyū, lo mejor sería que te enfrentaras a Yagyū Hyōgo. Sin embargo, siento decirte que ayer partió hacia Yamato para estar junto a la cabecera del señor Sekishūsai, quien se encuentra gravemente enfermo. Por ello debo pedirte que pospongas tu visita hasta una fecha posterior. Con mucho gusto tomaré

las disposiciones pertinentes en ese momento».

Mientras desenrollaba lentamente el largo pergamino, Musashi sonreía. Iori, sintiéndose más seguro, extendió las piernas cómodamente y dijo:

—La casa no está en Kobikichō, sino en un lugar llamado Higakubo. Es muy grande, muy espléndida, y Kimura Sukekurō me ha dado un montón de cosas deliciosas para comer...

Musashi enarcó las cejas, en un gesto reprobatorio ante aquella exhibición de familiaridad.

—Iori —le dijo seriamente.

El muchacho se apresuró a adoptar de nuevo la postura formal.

—Sí, señor.

—Aunque te perdieras, ¿no crees que tres días es un tiempo demasiado largo? ¿Qué ha sucedido?

—Me hechizó un zorro.

—¿Un zorro?

—Sí, señor, un zorro.

—¿Cómo es posible que a ti, un chico nacido y criado en el campo, le hechice un zorro?

—No lo sé, pero luego no pude recordar dónde había estado durante medio día y media noche.

—Humm. Es muy extraño.

—Sí, señor. Eso mismo pensé. Tal vez los zorros en Edo se la tienen jurada a la gente más que los del campo.

—Supongo que eso es cierto. —Al ver la seriedad del muchacho, Musashi no se veía con ánimo de regañarle, pero consideraba necesario dejar bien claro su punto de vista—. También supongo —siguió diciendo— que has hecho algo que no deberías haber hecho.

—Bueno, el zorro me perseguía y, para evitar que me embrujara, le di un tajo con mi espada. Entonces el zorro me castigó por ello.

—No, eso no es cierto.

—¿Ah, no?

—No. No era el zorro el que te perseguía, sino tu propia conciencia, que es invisible. Ahora siéntate ahí y piensa en ello durante un rato. Cuando regrese, puedes decirme lo que crees que significa.

—Sí, señor. ¿Vas a alguna parte?

—Sí, a un lugar cerca del santuario de Hirakawa en Kōjimachi.

—Estarás de regreso por la noche, ¿verdad?

—Ja, ja. Debería estarlo, a menos que me embruje un zorro.

Musashi partió e Iori se quedó meditando sobre su conciencia. En el exterior, el

cielo estaba oscurecido por las nubes grises, sombrías, de la estación lluviosa veraniega.

El profeta abandonado

En el bosque que rodeaba al santuario de Hirakawa Tenjin vibraba intensamente el canto de las innumerables cigarras. Un búho ululó cuando Musashi se dirigía desde el portal al vestíbulo de la casa de Obata.

—¡Buenos días! —gritó, pero el eco de su saludo resonó como en una caverna vacía.

Al cabo de un rato oyó ruido de pisadas. El joven samurai que salió, provisto de dos espadas, no era sin duda un simple subordinado que se encargaba de recibir a las visitas.

Sin tomarse la molestia de arrodillarse, inquirió:

—¿Puedo preguntarte tu nombre?

Aunque no tendría más de veinticuatro o veinticinco años, daba la impresión de ser alguien a quien era preciso tomar en cuenta.

—Me llamo Miyamoto Musashi. ¿Es ésta la academia de ciencia militar de Obata Kagenori?

—Tú lo has dicho —respondió el otro secamente. Por su tono era evidente lo que esperaba de Musashi: éste le explicaría que estaba viajando para perfeccionar su conocimiento de las artes marciales, etcétera.

—Uno de los alumnos de tu escuela ha resultado herido en una pelea —le dijo Musashi—. Ahora le están cuidando en casa del pulidor de espadas Zushino Kōsuke, a quien creo que conoces. He venido a petición de Kōsuke.

—¡Debe de ser Shinzō! —Por un instante el joven pareció profundamente alarmado, pero se recobró en seguida—. Perdona. Soy el hijo de Kagenori, Yogorō. Te doy las gracias por haberte tomado la molestia de venir y decírnoslo. ¿Corre peligro la vida de Shinzō?

—Esta mañana parecía estar mejor, pero aún es demasiado pronto para trasladarle. Creo que lo mejor será que siga de momento en casa de Kōsuke.

—Espero que transmitas a Kōsuke nuestro agradecimiento.

—Lo haré con mucho gusto.

—A decir verdad, puesto que mi padre está postrado en cama, Shinzō ha dado las clases en su lugar, hasta el otoño pasado, cuando se marchó súbitamente. Como puedes ver, ahora aquí no hay apenas nadie. Lamento no poder recibirte como es debido.

—No faltaría más, pero dime: ¿hay una lucha encarnizada entre vuestra escuela y Sasaki Kojirō?

—Sí. Yo estaba ausente cuando comenzó, por lo que desconozco todos los detalles, pero parece ser que Kojirō insultó a mi padre, lo cual, naturalmente, incitó a los alumnos. Decidieron castigar por sí mismos a Kojirō, pero éste mató a varios de

ellos. Tal como yo lo entiendo, Shinzō se marchó porque finalmente llegó a la conclusión de que debía vengarse personalmente.

—Comprendo. Esto empieza a tener sentido. Quisiera darte un consejo: no luches con Kojirō. Te aseguro que no es posible derrotarle con las técnicas de esgrima ordinarias, y es incluso menos vulnerable a una estrategia inteligente. Como luchador, como orador, como estratega carece de rival, incluso entre los maestros más grandes que hoy viven.

Estas palabras inflamaron a Yogorō, en cuyos ojos ardía la ira. Al notarlo, Musashi consideró prudente repetir su advertencia.

—Refrena el orgullo —añadió—. Es insensato arriesgarse a un desastre por un agravio trivial. No creas que la derrota de Shinzō hace necesario que tú ajustes las cuentas. Si lo haces, sencillamente seguirás sus pasos. Eso sería una necedad, créeme.

Cuando Musashi se hubo ido, Yogorō se apoyó en la pared con los brazos cruzados. En voz baja y trémula, musitó: «Pensar que hemos llegado a esto. ¡Incluso Shinzō ha fracasado!». Mirando vacuamente al techo, pensó en la carta que Shinzō había dejado para él, en la que decía que su propósito al marcharse era matar a Kojirō y que si no lo lograba, Yogorō probablemente jamás volvería a verle vivo.

No por haber sobrevivido la derrota de Shinzō era menos humillante. Como la escuela había sido obligada a suspender las operaciones, el público en general había llegado a la conclusión de que Kojirō estaba en lo cierto: la academia Obata era una escuela para cobardes, o por lo menos para teóricos carentes de habilidad práctica. Esto había conducido a la deserción de algunos alumnos. Otros, aprensivos por la enfermedad de Kagenori o el aparente declive del estilo Kōshū, se habían pasado al estilo Naganuma rival. Sólo dos o tres seguían residiendo en la escuela.

Yogorō decidió no hablarle a su padre de lo ocurrido a Shinzō. El estado del anciano exigía los mayores cuidados, aunque era imposible pensar en su restablecimiento.

—¿Dónde estás, Yogorō?

Aunque Kagenori estaba a las puertas de la muerte, cuando un impulso le hacía llamar a su hijo, su voz era la de un hombre perfectamente sano, lo cual nunca dejaba de sorprender a Yogorō.

—¿Dónde estás, Yogorō?

—Ya voy. —Corrió a la habitación del enfermo, se arrodilló y preguntó—: ¿Me llamabas?

Como hacía a menudo cuando se cansaba de estar tendido boca arriba, Kagenori se había apoyado en la ventana, utilizando la almohada como apoyabrazos.

—¿Quién era el samurai que acaba de irse? —le preguntó.

—¿Eh? —dijo el joven, un tanto confuso—. Ah, ése. Nadie en particular. Sólo traía un mensaje.

—¿Un mensaje de dónde?

—Verás, parece ser que Shinzō ha sufrido un accidente. El samurai ha venido a decírnoslo. Ha dicho que se llama Miyamoto Musashi.

—Humm. No es natural de Edo, ¿verdad?

—No. Tengo entendido que es de Mimasaka. Se trata de un rōnin. ¿Crees haberle reconocido?

—No —replicó Kagenori con una vigorosa sacudida de su fina barba gris—. No recuerdo haberle visto nunca ni hablado de él. Pero tenía algo... He conocido a mucha gente durante mi vida, ¿sabes?, tanto en el campo de batalla como en la vida ordinaria. Algunas eran muy buenas personas y la gente las tenía en gran estima. Pero aquellos a los que consideraría como verdaderos samurais, en todos los sentidos de la palabra, eran poquísimos. Ese hombre..., ¿Musashi, has dicho?..., me ha atraído. Me gustaría conocerle, hablar un poco con él. Ve a buscarle.

—Sí, señor —respondió obedientemente Yogorō, pero antes de levantarse, siguió diciendo en un tono de leve perplejidad—: ¿Qué es lo que has observado en él? Sólo le has visto de lejos.

—No lo entenderías. Cuando lo entiendas, serás viejo y marchito como yo.

—Pero debe de haber sido algo.

—He admirado su manera de permanecer vigilante. No dejaba de estar ojo avizor, previendo cualquier eventualidad, incluso en la casa de un enfermo como yo. Cuando cruzó el portal, se detuvo y miró a su alrededor..., a la disposición de la casa, las ventanas, si estaban abiertas o cerradas, el sendero que conduce al jardín..., en fin, todo. De un solo vistazo abarcaba el conjunto, y lo hacía de la manera más natural. Cualquiera habría creído que se detenía un momento sencillamente como una señal de deferencia. Me ha sorprendido.

—¿Crees entonces que es un samurai de verdadero mérito?

—Tal vez. Estoy seguro de que será fascinante hablar con él. Anda, pídele que vuelva.

—¿No temes que sea malo para tu salud? —Kagenori estaba muy excitado y Yogorō recordó el consejo que le había dado el médico: cuando menos hablase el anciano, tanto mejor.

—No te preocupes tanto por mi salud. Llevo años esperando conocer a un hombre así. No he estudiado ciencia militar durante tanto tiempo para enseñarla a los niños. Te garantizo que, si bien mis teorías de ciencia militar se llaman el estilo Kōshū, no son una simple extensión de las fórmulas utilizadas por los famosos guerreros Kōshū. Mis ideas difieren de las de Takeda Shingen o Uesugi Kenshin u Oda Nobunaga o los demás generales que lucharon por el dominio del país. El objetivo de la ciencia militar ha cambiado desde entonces. Mi teoría se dirige hacia el logro de la paz y la estabilidad. Tú conoces algunas de estas cosas, pero la cuestión consiste en saber a

quién puedo confiarle mis ideas.

Yogorō permanecía en silencio.

—Mira, hijo mío, aunque son muchas las cosas que deseo transmitirte, aún estás inmaduro, demasiado para reconocer las notables cualidades del hombre al que acabas de conocer.

Yogorō bajó los ojos, pero encajó la crítica sin decir nada.

—Si incluso yo, que tiendo a mirar favorablemente cuanto haces, te considero inmaduro, entonces no tengo duda alguna. No eres todavía la persona que pueda continuar mi obra, por lo que debo esperar a que se presente el hombre apropiado. Recuerda que cuando cae la flor de cerezo, sólo puede confiar en el viento para que disemine su polen.

—No debes caer, padre. Has de intentar seguir viviendo.

El anciano le miró furibundo y alzó la cabeza.

—¡Hablar así demuestra que eres todavía un niño! Anda, ve rápidamente y busca al samurai.

—¡Sí, señor!

—No le apremies. Dile tan sólo por encima lo que acabo de decirle y tráele contigo.

—En seguida, padre.

Yogorō partió a la carrera. Una vez en el exterior, primero tomó la dirección por la que había visto a Musashi alejarse. Entonces buscó en todo el recinto del templo, e incluso se dirigió a la calle principal que atravesaba Kōjimachi, pero fue en vano.

No lamentaba demasiado que aquel samurai se hubiera perdido de vista, pues no estaba tan convencido como su padre de la superioridad de Musashi. Lo que se decía sobre la capacidad fuera de lo corriente de Kojirō, sobre la locura de «correr el riesgo de un desastre por un agravio trivial» había quedado impreso en su mente. Era como si la visita de Musashi hubiera tenido el objetivo expreso de cantar las alabanzas de Kojirō.

Aun cuando escuchara sumisamente a su padre, había pensado para sus adentros: «No soy tan joven e inmaduro como dices». Y lo cierto era que, en aquel momento, realmente no podría haberle importado menos lo que Musashi pensara.

Eran más o menos de la misma edad. Aun cuando el talento de Musashi fuese excepcional, había límites a lo que podía saber y hacer. En el pasado, Yogorō se había ido de casa en varias ocasiones, para llevar durante uno, dos, incluso tres años, la vida del shugyōsha ascético. Había vivido y estudiado algún tiempo en la escuela de otro experto militar, y estudiado el Zen bajo la dirección de un maestro estricto. No obstante, su padre, tras un mero atisbo del hombre, no sólo se había formado la que Yogorō sospechaba que era una opinión exagerada del rōnin desconocido, sino que había llegado demasiado lejos al sugerir que Yogorō tomase a Musashi como modelo.

«Será mejor que regrese —se dijo, entristecido—. Supongo que no hay manera de convencer a un padre de que su hijo ya no es un niño.» Anhelaba con desesperación que llegara el día en que Kagenori le mirase y viera de repente que era un adulto y un valiente samurai. Le dolía pensar que su padre podría morir antes de que ese día llegara.

—¡Eh, Yogorō! Eres Yogorō, ¿verdad?

Yogorō giró sobre sus talones y comprobó que quien se había dirigido a él era Nakatogawa Handayū, un samurai de la casa de Hosokawa. No se habían visto recientemente, pero en una época Handayū había asistido con regularidad a las lecciones de Kagenori.

—¿Cómo está de salud tu reverenciado padre? Los deberes oficiales me tienen tan ocupado que no he podido visitarle.

—Está más o menos igual, gracias.

—Por cierto, he oído decir que Hōjō Shinzō atacó a Sasaki Kojirō y fue derrotado.

—¿Ya te has enterado de eso?

—Sí. Esta mañana hablaban de ello en casa del señor Hosokawa.

—Qué increíble rapidez. Si sucedió anoche...

—Kojirō es huésped de Iwama Kakubei, y éste debe de haber difundido la noticia. Incluso el señor Tadatoshi lo sabe.

Yagoro era demasiado joven para escuchar con objetividad, pero no quería de ninguna manera revelar su cólera con alguna expresión involuntaria. Se despidió de Handayū lo antes posible y regresó en seguida a su casa.

Había tomado una decisión.

La comidilla de la ciudad

Cuando entró Iori, la esposa de Kōsuke estaba en la cocina, preparando unas gachas para Shinzō.

—Las ciruelas amarillean —dijo el muchacho.

—Si están casi maduras, eso significa que las cigarras no tardarán en cantar —respondió ella distraídamente.

—¿No encurtes las ciruelas?

—No. Aquí somos pocos, y para encurtir todas esas ciruelas harían falta varias libras de sal.

—La sal no se desperdiciaría, pero las ciruelas se pudrirán si no las encurtes. Y si hubiera una guerra o una inundación, vendrían muy bien, ¿no crees? Puesto que estás ocupada cuidando del herido, con mucho gusto te las encurtiría.

—Desde luego, eres un niño curioso. Te preocupas por las inundaciones y esas cosas. Piensas como un viejo.

Iori ya estaba sacando un cubo de madera del armario. Con el cubo vacío en la mano, salió al jardín y examinó el ciruelo. Aunque era lo bastante adulto para preocuparse por el futuro, seguía siendo un niño al que distraía fácilmente localizar una cigarra chirriante. Se acercó sigilosamente, capturó el insecto y lo retuvo dentro de las manos ahuecadas, haciéndole chillar como una bruja aterrada.

Al mirar entre sus pulgares, experimentó una extraña sensación. Aunque se suponía que los insectos carecen de sangre, la cigarra estaba caliente. Tal vez incluso las cigarras, cuando se enfrentan a un peligro de muerte, emiten calor corporal. De repente se apoderó de él una mezcla de temor y compasión. Abrió las palmas, lanzó la cigarra al aire y contempló cómo se alejaba volando hacia la calle.

El ciruelo, de considerable tamaño, era el hogar de una numerosa comunidad: gruesas orugas con un pelaje sorprendentemente hermoso, mariquitas, minúsculas ranas azules aferradas al envés de las hojas, pequeñas e inmóviles mariposas, tábanos zumbadores. Mirando fascinado aquel pequeño rincón del reino animal, pensó que sería inhumano provocar la consternación de aquellas damas y caballeros sacudiendo una rama. Extendió la mano cuidadosamente, arrancó una ciruela y la mordió. Entonces sacudió con suavidad la rama más próxima y se sorprendió al ver que el fruto no caía. Arrancó unas cuantas ciruelas y las echó al cubo.

—¡Hijo de perra! —gritó de súbito, y bruscamente arrojó tres o cuatro ciruelas al estrecho callejón a un lado de la casa.

La caña de bambú tendida entre la casa y la valla, que servía como tendedero, cayó al suelo con estrépito, y se oyó el ruido de unas pisadas que retrocedían apresuradamente desde el callejón a la calle.

El rostro de Kōsuke apareció en el enrejado de bambú de la ventana de su taller.

—¿Qué ha sido ese ruido? —inquirió, con una expresión de asombro en los ojos.

Iori saltó del árbol y dijo a gritos:

—Otro desconocido estaba oculto en las sombras, agachado ahí mismo, en el callejón. Le he tirado unas ciruelas y ha echado a correr.

El pulidor de espadas salió al jardín, limpiándose las manos con una toalla.

—¿Qué clase de hombre?

—Un matón.

—¿Uno de los hombres de Hangawara?

—No lo sé. ¿Por qué fisgan aquí esos tipos?

—Están buscando la ocasión de atacar de nuevo a Shinzō.

Iori miró hacia la habitación del fondo, donde el herido estaba terminando de tomar las gachas. Su herida se había curado hasta el extremo de que el vendaje ya no era necesario.

—Kōsuke —llamó Shinzō.

El artesano caminó hasta el borde de la terraza e inquirió:

—¿Cómo te sientes?

Dejando su bandeja a un lado, Shinzō se sentó de una manera más formal.

—Quiero pedirte disculpas por todas las molestias que te estoy causando.

—No tiene importancia. Lamento estar demasiado atareado para hacer más por ti.

—He observado que, además de preocuparte por mí, te están fastidiando esos matones de Hangawara. Cuanto más tiempo permanezca aquí, tanto mayor será el peligro de que también lleguen a considerarte como un enemigo. Creo que debo marcharme.

—Ni se te ocurra.

—Como puedes ver, ya me encuentro mucho mejor. Estoy en condiciones de volver a casa.

—¿Hoy mismo?

—Si.

—No tengas tanta prisa. Espera por lo menos a que regrese Musashi.

—Prefiero no esperar, pero te ruego que le transmitas mi agradecimiento. También ha sido muy amable conmigo. Ahora puedo caminar perfectamente.

—Me parece que no lo entiendes. Los hombres de Hangawara están vigilando esta casa día y noche. En cuanto salgas al exterior, se abalanzarán sobre ti. No puedo permitir que te marches solo.

—Tenía una buena razón para matar a Jūrō y Koroku. Fue Kojirō quien empezó todo esto, no yo. Pero si quieren atacarme, que lo hagan.

Shinzō estaba en pie y preparado para marcharse. Kōsuke y su esposa comprendieron que sería inútil tratar de retenerle, por lo que fueron a la entrada del taller para despedirle.

Musashi llegaba en aquel momento, su frente tostada por el sol húmeda de sudor.

—¿Te marchas? —le preguntó—. ¿Vuelves a casa?... Bueno, me alegra ver que ya estás bien, pero sería peligroso que te marcharas solo. Te acompañaré.

Shinzō intentó negarse, pero Musashi insistió. Al cabo de unos minutos partieron juntos.

—Debe de ser difícil caminar después de haber estado en cama tanto tiempo.

—Parece como si el suelo estuviera más alto de lo que está en realidad.

—Hay un largo camino hasta Hirakawa Tenjin. ¿Por qué no alquilamos un palanquín para ti?

—Supongo que debería habértelo dicho antes. No vuelvo a la escuela.

—¿Ah, no? ¿Adonde vamos entonces?

Shinzō bajó los ojos y dijo:

—Es bastante humillante, pero creo que pasaré una temporada en casa de mi padre. Está en Ushigome.

Musashi llamó a un porteador de palanquín y prácticamente obligó a subir a Shinzō. A pesar de la insistencia de los porteadores, se negó a utilizar él mismo ese medio de transporte..., cosa que decepcionó a los hombres de Hangawara que vigilaban desde la siguiente esquina.

—Mirad, ha metido a Shinzō en un palanquín.

—Le he visto mirar hacia aquí.

—Aún es demasiado pronto para hacer nada.

Después de que el palanquín girase a la derecha junto al foso exterior, se alzaron las faldas de los kimonos, se arremangaron y siguieron a sus presas, sus ojos brillantes, como deseosos de salirse de las órbitas y volar hacia las espaldas de Musashi.

Musashi y Shinzō habían llegado a la vecindad de Ushigafuchi cuando una pequeña piedra chocó con el palo del palanquín y rebotó. Al mismo tiempo, los miembros de la banda se echaron a gritar y avanzaron para rodear a su presa.

—¡Espera! —gritó uno de ellos.

—¡Quédate donde estás, bastardo!

Los porteadores, aterrados, soltaron el palanquín y huyeron. Shinzō bajó del palanquín, espada en mano. Incorporándose, adoptó una postura de combate y gritó:

—¿Es a mí a quien habéis dicho que espere?

Musashi saltó delante de él.

—¡Decid qué pretendéis!

Los matones se acercaron poco a poco, cautamente, como si vadearan unas aguas someras.

—¡Ya sabes lo que queremos! —le espetó uno de ellos—. Entréganos a ese cobarde al que estás protegiendo. Y no intentes ninguna treta o morirás también.

Esta bravata estimuló la furia sanguinaria de los demás, pero ninguno avanzó para atacar con su espada. El fuego en los ojos de Musashi era suficiente para mantenerlos a raya. Aullaban y maldecían desde una distancia prudente.

Musashi y Shinzō les miraban iracundos a prudente distancia. Transcurrieron unos momentos antes de que Musashi los cogiera desprevenidos al gritarles:

—Si Hangawara Yajibei está entre vosotros, que se adelante.

—El jefe no está aquí, pero si tienes algo que decir, dímelo a mí, Nembutsu Tazaemon, y te haré el favor de escucharte.

El anciano que se había adelantado llevaba un kimono blanco de cáñamo y del cuello le colgaba un rosario budista.

—¿Qué tienes contra Hōjō Shinzō?

Cuadrando los hombros, Tazaemon replicó:

—Ha matado a dos de nuestros hombres.

—Según Shinzō, vuestros dos patanes ayudaron a Kojirō a matar a varios alumnos de Obata.

—Una cosa no tiene nada que ver con la otra. Si no le ajustamos las cuentas a Shinzō, se reirán de nosotros en las calles.

—Es posible que así sea en el mundo en que vivís —dijo Musashi en tono conciliador—. Pero es distinto en el mundo de los samurais. Entre los guerreros no es posible culpar a un hombre que se toma la venganza por su mano. Un samurai puede vengarse en nombre de la justicia o para defender su honor, pero no para responder a un agravio personal. Eso no es viril, como tampoco lo es lo que estáis tratando de hacer ahora.

—¿Qué no es viril? ¿Nos acusas de que no somos viriles?

—Si Kojirō se hubiera adelantado para desafiarnos en su nombre, no habría nada que decir. Pero no podemos mezclarnos en una pendencia provocada por los esbirros de Kojirō.

—Sigue predicando santurronamente, como cualquier otro samurai. Puedes decir lo que te plazca. Nosotros tenemos que seguir protegiendo nuestro nombre.

—Si los samurais y los delincuentes lucharan para decidir si han de prevalecer las reglas de unos u otros, las calles estarían llenas de sangre. El único lugar apropiado para resolver esto es el gabinete del magistrado. ¿Qué te parece, Nembutsu?

—Me parece una idiotez. Si fuese algo que el magistrado pudiera resolver, empezaríamos por no estar aquí.

—Dime, ¿qué edad tienes?

—¿Y a ti qué te importa?

—Diría que eres lo bastante mayor para saber que no deberías llevar a un grupo de jóvenes a una muerte insensata.

—Bah, ahórrate la cháchara. ¡No soy demasiado viejo para luchar! —Tazaemon

desenvainó su espada y los matones se adelantaron a empellones y gritando.

Musashi esquivó la estocada de Tazaemon y le agarró por el cogote. Recorrió a grandes zancadas los diez pasos hasta el foso y arrojó al viejo desde el borde. Entonces, mientras los atacantes se aproximaban, cogió a Shinzō por la cintura y echó a correr con él.

Cruzó un campo a toda velocidad, hacia las estribaciones de una colina. Por debajo de ellos un arroyo desembocaba en el foso y al pie de la pendiente se veía un marjal azulado. A medio camino, Musashi se detuvo y dejó a Shinzō en pie.

—Ahora echemos a correr —le dijo. Shinzō vaciló, pero Musashi le empujó para que se pusiera en marcha.

Los matones, recuperados de su sorpresa, les perseguían.

—¡Cogedle!

—¡No tiene orgullo!

—¡Vaya samurai!

—¡No puede echar a Tazaemon al foso y quedarse sin castigo!

Haciendo caso omiso de las chanzas y calumnias, Musashi le dijo a Shinzō:

—No se te ocurra enfrentarte a ellos. ¡Corre! Es lo único que se puede hacer en un caso así. —Sonriente, añadió—: No es muy fácil avanzar rápido por este terreno, ¿eh?

Estaban pasando por los lugares que en el futuro serían conocidos como Ushigafuchi y la colina de Kudan, pero entonces la zona estaba cubierta de frondosos árboles.

Cuando perdieron de vista a sus perseguidores, Shinzō estaba mortalmente pálido.

—¿Fatigado? —le preguntó Musashi en tono solícito.

—No..., no tanto.

—Supongo que no te gusta la idea de permitir que te insulten así sin hacerles frente.

—Bueno...

—¡Ja, ja! Piensa en ello con tranquilidad y verás por qué. Hay ocasiones en que te sientes mejor si huyes. Mira, por ahí pasa un arroyo. Enjuágate la boca y luego te llevaré a casa de tu padre.

Al cabo de unos minutos, el bosque que rodeaba el santuario Akagi Myōjin apareció ante ellos. La casa del señor Hōjō estaba debajo.

—Espero que entres y conozcas a mi padre —le dijo Shinzō cuando llegaron al muro de tierra que rodeaba la casa.

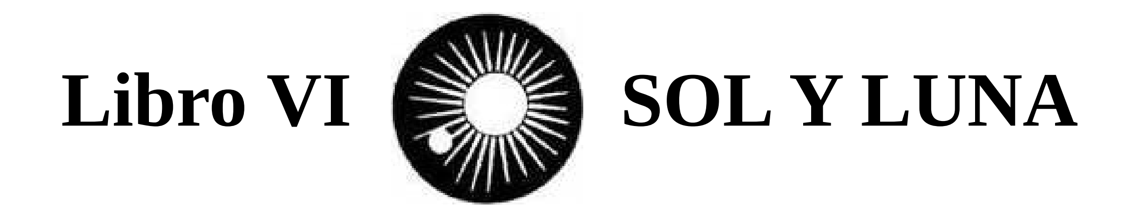
—Lo haré en otra ocasión. Descansa bien y cuídate.

Tras decir estas palabras, Musashi se alejó.

Después de este incidente, el nombre de Musashi se oía con frecuencia en las calles

de Edo, mucho más a menudo de lo que él habría deseado. La gente le llamaba «impostor», «el más grande de todos los cobardes», «cínico..., una deshonra para la clase de los samurais». Si un farsante como él había derrotado a los Yoshioka de Kyoto, éstos debían de ser un puñado de débiles sin remisión. Sin duda los desafió porque sabía que no podrían protegerse. Y luego probablemente huyó antes de verse en cualquier peligro verdadero. Todo lo que quiere un impostor es vender su nombre a la gente que no sabe nada de esgrima. No pasó mucho tiempo antes de que fuese imposible encontrar a una sola persona que hablase bien de él.

El remate de los insultos estaba en unos carteles colocados en todo Edo: «Mensaje para Miyamoto Musashi, que huyó con el rabo entre las piernas. La viuda Hon'iden está ansiosa de venganza. También a nosotros nos gustaría verte la cara en vez de la espalda para cambiar. Si eres un samurai, ven y lucha. La Asociación Hangawara».



Libro VI SOL Y LUNA

Una charla con los hombres

Antes de desayunar, el señor Hosokawa Tadatoshi inició la jornada con el estudio de los clásicos confucianos. Los deberes oficiales, que a menudo requerían su presencia en el castillo de Edo, consumían la mayor parte de su tiempo, pero cuando podía dedicar algún tiempo entre sus ocupaciones, practicaba las artes marciales. Siempre que era posible, le gustaba pasar las veladas en compañía de los jóvenes samurais a su servicio.

El ambiente de la casa era muy parecido al de una armoniosa familia sentada alrededor de su patriarca, no del todo informal, desde luego, pues no se fomentaba la idea de que su señoría era uno más de los muchachos, pero la etiqueta, normalmente rigurosa, se relajaba un poco. Tadatoshi, enfundado en un liviano kimono de cáñamo, alentaba el intercambio de ideas, que con frecuencia incluía los últimos chismorreos.

—Okatani —dijo su señoría, dirigiéndose a uno de los hombres más robustos.

—Sí, señor.

—He oído decir que ahora eres bastante bueno con la lanza.

—Es cierto. Muy bueno, de hecho.

—Ja, ja. Desde luego, no estás aquejado de falsa modestia.

—Verás, señor, todo el mundo lo dice así. ¿Por qué habría de negarlo?

—Uno de estos días averiguaré personalmente hasta qué punto está avanzada tu técnica.

—Espero ilusionado ese día, pero nunca parece llegar.

—Tienes suerte de que no llegue.

—Dime, señor, ¿has oído la canción que está en boca de todo el mundo?

—¿Cuál es?

—Dice así:

Hay lanceros y lanceros,
toda clase de lanceros,
pero el más grande de todos
es Okatani Gorōji...

Tadatoshi se echó a reír.

—No puedes engañarme con tanta facilidad. Esa canción se refiere a Nagoya Sanzō.

Los otros corearon su risa.

—Ah, ¿lo sabías?

—Te sorprenderías de lo que sé.

Estaba a punto de dar más pruebas de esa afirmación, pero se lo pensó mejor. Le

gustaba saber qué pensaban y decían sus hombres, y consideraba su deber mantenerse bien informado, pero no sería conveniente revelarles lo que sabía realmente.

—¿Cuántos de vosotros estáis especializados en la lanza y cuántos en la espada?

De los siete, cinco estudiaban la lanza y sólo dos la espada.

—¿Por qué sois tantos lo que preferís la lanza? —les preguntó Tadatoshi.

Los lanceros opinaron que su arma era más eficaz en el combate.

—¿Y qué pensáis de eso los espadachines?

Uno de los dos replicó:

—La espada es mejor. La esgrima te prepara para la paz tanto como para la guerra.

Éste era un motivo constante de discusión, y el debate solía ser animado.

Uno de los lanceros afirmó:

—Cuanto más larga sea la lanza, tanto mejor, siempre que su longitud no impida manejarla con eficacia. La lanza puede ser usada para golpear, ensartar o cortar, y si fallas con ella, siempre puedes recurrir a la espada. Si sólo tienes una espada y se rompe, estás listo.

—Puede que eso sea cierto —replicó un partidario de la lucha con la espada—, pero la función del samurai no se limita al campo de batalla. La espada es su alma. Practicar ese arte es refinar y disciplinar tu espíritu. En el sentido más amplio, la espada es la base de todo el adiestramiento militar, sean cuales fueren sus inconvenientes en el combate. Si dominas el significado interno del Camino del Samurai, la disciplina puede aplicarse al uso de la lanza o incluso a las armas de fuego. Si conoces a fondo el manejo de la espada, no cometes errores estúpidos ni te dejas coger por sorpresa. La esgrima es un arte de aplicaciones universales.

Esta discusión podría haber seguido indefinidamente si Tadatoshi, que había estado escuchando sin ponerse al lado de unos u otros, no hubiera intervenido.

—Escucha, Mainosuke —dijo al que había hablado en defensa de la espada—. Lo que acabas de decir me parece habérselo oído decir a algún otro.

Matsushita Mainosuke se puso a la defensiva.

—No, señor. Ésa es mi opinión.

—Vamos, hombre, sé sincero.

—Bueno, a decir verdad, oí algo parecido recientemente, estando de visita en casa de Kakubei. Sasaki Kojirō decía lo mismo, pero coincidía tanto con mi propia idea... No intentaba engañar a nadie. Sencillamente, Sasaki lo expresaba mejor que yo.

—Eso me había parecido —dijo Tadatoshi, con una sonrisa de astucia.

La mención del nombre de Kojirō le había recordado que aún no había tomado una decisión sobre si aceptaría o no la recomendación de Kakubei.

Kakubei le había sugerido que, como Kojirō era aún bastante joven, podría ofrecerle el estipendio de aproximadamente un millar de fanegas. Pero el asunto no se

limitaba al estipendio, ni mucho menos. Infinidad de veces, el padre de Tadatoshi le había dicho que, al contratar a un samurai, lo más importante era, primero, ejercer el buen juicio y, en segundo lugar, tratarle bien. Antes de aceptar un candidato, era imperativo valorar no sólo sus habilidades sino también su carácter. No importaba lo deseable que pudiera parecer un hombre: si no podía trabajar en equipo con los demás miembros de la Casa de Hosokawa, que habían hecho de ella lo que era hoy, sería prácticamente inútil.

El anciano Hosokawa le había explicado que un feudo era como un castillo construido con muchos sillares. Un sillar al que no se pudiera encajar cómodamente entre los demás debilitaría toda la estructura, aun cuando el sillar en sí fuese de admirable tamaño y calidad. Los daimyō de la nueva era abandonaban los sillares inadecuados en las montañas y los campos, pues había abundancia de ellos. El gran desafío consistía en encontrar una gran piedra que supusiera una contribución sobresaliente a tu propio muro. Si pensaba de esta manera, a Tadatoshi le parecía que la juventud de Kojirō era un punto a su favor. Aún se encontraba en los años de formación y, en consecuencia, era susceptible a cierto moldeamiento.

Tadatoshi recordó también al otro rōnin. Nagaoka Sado fue el primero que le habló de Musashi durante una de aquellas reuniones nocturnas. Aunque Sado había dejado que Musashi se le deslizara de entre los dedos, Tadatoshi no le había olvidado. Si la información de Sado era exacta, Musashi no sólo era mejor luchador que Kojirō, sino un hombre con unas cualidades suficientes para que fuese valioso en el gobierno.

Cuando comparaba a los dos hombres, tenía que admitir que la mayoría de los daimyō preferirían a Kojirō. Éste procedía de una buena familia y había estudiado a fondo el Arte de la Guerra. A pesar de su juventud, había desarrollado un formidable estilo propio y obtenido una fama considerable como luchador. Su «brillante» derrota de los hombres de la academia Obata en las orillas del río Sumida y luego en el dique del río Kanda le había dado ya bastante celebridad.

Desde hacía algún tiempo, no se tenía ninguna noticia de Musashi. La victoria en el Ichijōji le valió su reputación, pero habían transcurrido años desde entonces, y poco después corrieron rumores de que lo sucedido en realidad había sido exagerado, que Musashi era un buscador de fama que había forjado la lucha tal como se conocía, y que en realidad se limitó a efectuar un ataque relámpago y huir al monte Hiei. Cada vez que Musashi hacía algo digno de alabanza, seguía un torrente de rumores que denigraban su carácter y su capacidad. Se había llegado al punto en que incluso la mención de su nombre solía suscitar observaciones críticas. O bien la gente le ignoraba por completo. Como hijo de un guerrero sin fama que vivió en las montañas de Mimasaka, su linaje era insignificante. Aunque otros hombres de origen humilde (el más notable de ellos, Toyotomi Hideyoshi, natural de Nakamura, provincia de Owari) habían alcanzado la gloria en tiempos recientes, la gente, en general, tenía

muy arraigada la conciencia de clase y no hacía mucho caso de un hombre con los antecedentes de Musashi.

Mientras reflexionaba en el asunto, Tadatoshi miró a su alrededor y preguntó:

—¿Alguno de vosotros conoce a un samurai llamado Miyamoto Musashi?

—¿Musashi? —replicó uno de ellos, sorprendido—. Sería imposible no haber oído hablar de él. La ciudad entera le conoce.

Era evidente que todos estaban familiarizados con aquel nombre.

—¿Y a qué se debe? —inquirió Tadatoshi, expectante.

—Hay carteles que hablan de él —dijo un joven con un leve aire de reticencia.

Otro de los hombres, llamado Mori, terció:

—Como la gente copiaba el texto de esos carteles, yo también lo hice. Aquí lo tengo. ¿Quieres que lo lea?

—Hazlo, por favor.

—Ah, aquí está —dijo Mori, desdoblando un arrugado trozo de papel—. «Mensaje para Miyamoto Musashi, que huyó con el rabo entre las piernas...»

Los jóvenes enarcaron las cejas y empezaron a sonreír, pero Tadatoshi mantuvo su seriedad.

—¿Eso es todo?

—No. —El muchacho leyó el texto restante y explicó—: Una banda que vive en el distrito de los carpinteros colocó estos carteles. La gente los encuentra divertidos porque se trata de unos rufianes callejeros que tiran de la nariz a un samurai.

Tadatoshi frunció ligeramente el ceño, comprendiendo que aquellas palabras que difamaban a Musashi exigían que revisara su propio juicio. Lo que le estaban diciendo distaba mucho de la imagen que se había formado de Musashi. Sin embargo, no estaba dispuesto a aceptarlo sin más.

—Humm —murmuró—. Me pregunto si Musashi es realmente esa clase de hombre.

—Yo diría que es un patán sin ningún valor —dijo Mori, cuya opinión compartían los demás—. O por lo menos es un cobarde. De lo contrario, ¿por qué habría permitido que su nombre fuese arrastrado por el fango?

Cuando los hombres se marcharon, Tadatoshi siguió sentado, diciéndose que había algo interesante en aquel hombre. No se dejaba influir por la opinión prevaleciente, y sentía curiosidad por conocer lo ocurrido de labios de Musashi.

A la mañana siguiente, tras escuchar una lectura de los clásicos chinos, salió de su gabinete y, desde la terraza, vio a Sado en el jardín.

—Buenos días, mi viejo amigo —le dijo.

Sado se volvió e hizo una cortés reverencia.

—¿Todavía estás vigilando? —le preguntó Tadatoshi.

La pregunta dejó perplejo a Sado, el cual se quedó mirándole.

—Quiero decir si todavía estás vigilando por si aparece Miyamoto Musashi.

—Sí, mi señor —dijo Sado, con los ojos bajos.

—Si le encuentras, tráelo aquí. Quiero ver cómo es.

Aquella misma jornada, poco después del mediodía, Kakubei se acercó a Tadatoshi en el campo de tiro al arco e insistió en su recomendación de Kojirō.

Mientras empuñaba su arco, el joven señor le dijo tranquilamente:

—Perdona, se me había olvidado. Tráele aquí cuando quieras. Me gustaría verle. Que se incorpore o no al servicio de la casa es otra cuestión, como bien sabes.

Insectos zumbadores

Sentado en una habitación trasera de la pequeña casa que Kakubei le había prestado, Kojirō examinaba su espada Palo de Secar. Tras el incidente con Hōjō Shinzō, había solicitado a Kakubei que presionara al artesano para que le devolviera el arma. Aquella misma mañana la había recibido.

Kojirō había predicho que no estaría pulimentada, pero lo cierto era que la hoja había sido trabajada con una atención y esmero que rebasaba sus más desorbitadas esperanzas. Del metal negro azulado, ondeante como la corriente de un arroyo profundo, surgía ahora un resplandor blanco, la luz de un pasado de siglos. De las manchas de herrumbre, que habían parecido llagas de leproso, no quedaba rastro. El ondulante motivo del temple entre el filo de la hoja y la línea de la arista, hasta entonces cubierta de manchas de sangre, tenía ahora la serena belleza de una luna brumosa flotando en el cielo.

«Es como si la viera por primera vez», se maravilló Kojirō. Incapaz de desviar la vista de la espada, no oyó al visitante que le llamaba desde la entrada de la casa:

—Kojirō..., ¿estás ahí?

Aquella parte de la colina había recibido el nombre de Tsukinomisaki debido a que era un magnífico lugar de observación de la luna naciente. Desde la sala, Kojirō veía la extensión de bahía desde Shiba hasta Shinagawa. Al otro lado de la bahía, unas nubes espumosas parecían estar al nivel de sus ojos. En aquel momento, la blancura de las colinas lejanas y el azul verdoso del agua parecían mezclarse con la hoja.

—¡Kojirō! ¿No hay nadie aquí? —Esta vez la voz procedía de la puerta lateral de hierba tejida.

El joven salió de su ensoñación y gritó:

—¿Quién es? —Devolvió la espada a su vaina—. Estoy al fondo. Si deseas verme, da la vuelta hasta la terraza.

—Ah, estás aquí —dijo Osugi, y dio la vuelta hasta el lugar indicado.

—Vaya, qué sorpresa —le dijo Kojirō cordialmente—. ¿Qué te trae aquí en un día tan caluroso?

—Es sólo un momento. Permíteme que me lave los pies.

Luego hablaremos.

—El pozo está allí, pero ten cuidado, porque es muy hondo. Eh, chico..., acompáñala y procura que no se caiga dentro.

El hombre al que había llamado «chico» era un miembro de baja categoría de la banda Hangawara, el cual había sido enviado para guiar a Osugi.

Tras lavarse el rostro sudoroso y los pies cubiertos de polvo, Osugi entró en la casa e intercambió unas palabras de salutación. Al reparar en la agradable brisa

procedente de la bahía, entrecerró los ojos y comentó:

—La casa es bonita y fresca. ¿No temes volverte perezoso, alojado en un cómodo lugar como éste?

Kojirō se echó a reír.

—Yo no soy como Matahachi.

La mujer parpadeó, entristecida, pero dejó de lado la pulla.

—Perdona por no haberte traído un verdadero regalo —le dijo—. En cambio te daré un sutra que he copiado. —Le tendió el Sutra del gran amor de los padres y añadió—: Te ruego que lo leas cuando tengas tiempo.

Tras echar un rápido vistazo a la obra caligráfica, Kojirō se volvió al guía y le dijo:

—Ahora que lo recuerdo. ¿Has fijado los carteles que escribí?

—¿Los que piden que Musashi salga de su escondite?

—Sí, los mismos.

—Tardamos dos días enteros, pero hemos fijado uno en casi todos los cruces importantes.

—Mientras veníamos hacia aquí, he visto algunos —dijo Osugi—. Están colocados por doquier, y la gente los lee y chismorrea. Ha sido muy agradable para mí oír las cosas que dicen de Musashi.

—Si no responde al desafío, está acabado como samurai. Todo el país se reirá de él. Ésa sería una buena venganza para ti, abuela.

—Ni por asomo. Que se rían de él no va a afectarle, porque es un desvergonzado, y yo tampoco quedaré satisfecha. Quiero que sea castigado de una vez por todas.

—Ja, ja —se rió Kojirō, divertido por su tenacidad—. Eres cada vez más vieja, pero no por eso abandonas, ¿eh? Por cierto, ¿te ha ocurrido algo en particular?

La anciana se sentó en una postura más cómoda y le explicó que, después de alojarse durante más de dos años en casa de Hangawara, creía llegado el momento de ponerse en marcha. No era correcto que viviera indefinidamente de la hospitalidad de Yajibei. Además, estaba cansada de prodigar cuidados maternales a un puñado de patanes. Había visto una casita de agradable aspecto en alquiler, en las proximidades del embarcadero de Yoroi.

—¿Qué te parece? —le preguntó con el semblante muy serio—. No parece probable que encuentre pronto a Musashi y tengo la sensación de que Matahachi está en algún lugar de Edo. Creo que debería pedir que me envíen dinero de casa y quedarme aquí algún tiempo más. Pero viviendo sola, como te he dicho.

Puesto que Kojirō no tenía ninguna objeción que hacerle, en seguida se mostró de acuerdo con ella. Su propia relación con el grupo de Hangawara, por divertido y útil que hubiera sido al principio, era ahora un poco embarazosa. Desde luego, no era ninguna recomendación para un rōnin en busca de señor. Ya había decidido

interrumpir las sesiones de prácticas.

Kojirō llamó a uno de los subordinados de Kakubei y le pidió que trajera una sandía de la huerta detrás de la casa. Charlaron mientras la cortaban y servían, pero no tardó en despedir a su invitada, evidenciando con su actitud que prefería estar solo antes de que se pusiera el sol.

Cuando la mujer y su guía se marcharon, Kojirō se dedicó a barrer las habitaciones y regar el jardín con agua del pozo. Los dondiego de día y las enredaderas de batata que crecían en la valla habían llegado a lo alto y descendido al suelo de nuevo, amenazando con atrapar la base de la pila de piedra. La brisa de la tarde agitaba las flores blancas.

De nuevo en sus aposentos, se tendió y preguntó ociosamente si su anfitrión estaría aquella noche de servicio en la casa de Hosokawa. La lámpara permanecía apagada, pues aunque estuviera encendida el viento probablemente habría extinguido su llama. La luz de la luna, que se alzaba más allá de la bahía, ya le iluminaba el rostro.

Al pie de la colina, un joven samurai estaba cruzando la valla del cementerio.

Kakubei dejó el caballo con el que iba y venía de la mansión de Hosokawa en una floristería al pie de la colina de Isarago.

Curiosamente, aquella noche no se veía señal del vendedor, el cual siempre acudía con presteza a hacerse cargo del animal. Al no verla en la tienda, Kakubei fue a la parte trasera y empezó a atar su caballo a un árbol. Lo estaba haciendo cuando el vendedor llegó corriendo desde detrás del templo.

Cogiendo las riendas de manos de Kakubei, le dijo jadeando:

—Perdona, señor. Había un hombre extraño en el cementerio, subiendo colina arriba. Le grité que por ahí no hay ningún sendero. Él se volvió y me miró enfadado... y entonces desapareció. —Se interrumpió, escudriñó los árboles oscuros y añadió en tono preocupado—: ¿Crees que puede ser un ladrón? Dicen que recientemente han allanado las casas de muchos daimyō.

Kakubei había oído los rumores, pero replicó con una breve risa:

—Eso no son más que habladurías. Si el hombre que has visto es un ladrón, me atrevería a decir que se trata de un ratero o uno de esos rōnin que atracan a la gente en las calles.

—Bueno, aquí estamos en la entrada del Tōkaidō, y muchos viajeros han sido atacados por hombres que huían a otras provincias. Cuando veo que alguien sospechoso ronda por aquí de noche, me pongo nervioso.

—Si ocurriera algo, sube la colina y llama a mi puerta. El hombre que se aloja en mi casa está mordiendo el bocado, quejándose siempre de que aquí nunca pasa nada.

—¿Te refieres a Sasaki Kojirō? Tiene una gran reputación de espadachín en la

vecindad.

Estas palabras no hirieron en lo más mínimo el amor propio de Kakubei. Aparte de que le agradaban los jóvenes, sabía muy bien que se consideraba admirable y prudente que los samurais establecidos como él tomaran bajo su protección a jóvenes prometedores. Si se presentaba una emergencia, no habría prueba más persuasiva de su lealtad que poder proporcionar a su señor buenos luchadores. Y si uno de ellos sobresalía, el crédito recaería en el servidor del daimyō que lo había recomendado. Kakubei creía que el egoísmo era un rasgo indeseable en un vasallo; no obstante, era realista. En un feudo de gran extensión, había pocos servidores dispuestos a dejar de lado por completo sus intereses personales.

A pesar de que mantenía su posición por herencia, Kakubei era tan leal al señor Tadatoshi como los demás servidores y, al contrario que otros, no se esforzaba por superar a los demás en la demostración de su lealtad. Desde el punto de vista de la administración rutinaria, los hombres como él eran en conjunto mucho más satisfactorios que los agitadores que trataban de realizar hazañas espectaculares.

—Ya estoy aquí —dijo al cruzar el portal de su casa.

La cuesta era muy empinada y él siempre llegaba allí un tanto falto de aliento. Como había dejado a su esposa en el campo y la casa estaba habitada sobre todo por hombres (las únicas mujeres eran unas pocas criadas), los toques femeninos eran escasos. No obstante, en las noches en que no tenía servicio nocturno, invariablemente encontraba invitador el sendero de piedra que conducía desde el rojo portal hasta la entrada de la casa, pues había sido regado para que estuviera fresco a su vuelta. Y por tardía que fuese la hora de su regreso, siempre salía alguien a la puerta para recibirle.

—¿Está Kojirō? —preguntó.

—Ha estado en casa todo el día —respondió el sirviente—. Está estirado en su habitación, disfrutando de la brisa.

—Muy bien. Prepara sake y dile que venga a verme.

Mientras el sirviente llevaba a cabo los preparativos, Kakubei se quitó las ropas sudadas y se relajó en el baño. Luego se puso un kimono ligero y entró en la sala, donde le aguardaba Kojirō abanicándose.

Trajeron el sake. Mientras lo servía, Kakubei explicó a su invitado:

—Te he llamado porque hoy ha sucedido algo alentador y deseo hablarte de ello.

—¿Buenas noticias?

—Desde que mencioné tu nombre al señor Tadatoshi, parece haber recibido más informes sobre ti de otras fuentes. Hoy me ha dicho que te lleve pronto a verle. Como sabes, no es fácil arreglar estos asuntos, pues hay docenas de servidores con alguien a quien desean recomendar.

Por su tono y su actitud, era evidente que esperaba de Kojirō que se sintiera

enormemente satisfecho. Kojirō se llevó la taza a los labios y bebió. Cuando habló, lo hizo sin cambiar lo más mínimo de expresión, y se limitó a decir:

—Permíteme que te sirva.

Kakubei, lejos de mostrarse desconcertado, admiró al joven por ser tan capaz de ocultar sus emociones.

—Eso significa que he conseguido llevar a cabo lo que me pediste, y creo que se merece una celebración. Tomemos otra.

Kojirō inclinó ligeramente la cabeza y musitó:

—Te estoy agradecido por tu amabilidad.

—Sólo he cumplido con mi deber, naturalmente —replicó Kakubei con modestia—. Cuando un hombre tiene tu capacidad y talento, estoy obligado a lograr que mi señor te considere como es debido.

—Te ruego que no me sobrestimes, y quisiera hacer hincapié en un extremo. No es el estipendio lo que me interesa. Sencillamente creo que servir a la Casa de Hosokawa es excelente para un samurai. Han estado a su frente tres hombres sobresalientes en sucesión.

Los tres hombres eran Tadatoshi, su padre y su abuelo, Sansai y Yūsai.

—No creas que te he puesto por las nubes. No ha sido necesario hacerlo. El nombre de Sasaki Kojirō es conocido en toda la capital.

—¿Cómo puedo ser famoso cuando lo que hago es haraganear aquí todo el día? No veo en qué sobresalgo. Lo que ocurre es que hay demasiados impostores.

—Mi señor me ha dicho que puedo presentarte a él cuando quiera. ¿Cuándo te gustaría ir?

—Por mi parte, estoy dispuesto en cualquier momento.

—¿Qué te parece mañana?

—No tengo ningún inconveniente.

Su semblante no revelaba expectación ni ansiedad, sino sólo una serena confianza en sí mismo.

Kakubei, aún más impresionado por la sangre fría de su huésped, eligió aquel momento para decirle con naturalidad:

—Como comprenderás, su señoría no podrá tomar una decisión final hasta después de que te haya visto. Eso no debe preocuparte, pues es un mero formalismo. No dudo de que te aceptará y lo único que ignoro es la posición que te ofrecerá.

Kojirō dejó su taza sobre la mesa y miró directamente el rostro de Kakubei. Entonces, con mucha frialdad y en tono desafiante, le dijo:

—He cambiado de idea. Lamento haberte causado tantas molestias. —La sangre parecía a punto de brotar de los lóbulos de sus orejas, ya de un rojo brillante a causa de la bebida.

—¿Có... cómo? —tartamudeó Kakubei—. ¿Quieres decir que rechazas la

oportunidad de tener una posición en la Casa de Hosokawa?

—No me gusta la idea —respondió su huésped lacónicamente, sin darle más explicaciones.

Su orgullo le decía que no había razón alguna para que se sometiera a una inspección. Docenas de otros daimyō competirían por quedarse con él sin necesidad de ponerle a prueba y ofreciéndole mil quinientas y hasta dos mil quinientas fanegas.

La perplejidad y decepción de Kakubei no parecían impresionarle lo más mínimo, ni tampoco le importaba que su anfitrión le considerase un ingrato testarudo. Sin la menor señal de duda o pesar, terminó de comer y regresó a sus aposentos.

La luz de la luna se derramaba suavemente sobre el tatami. Tendiéndose en el suelo, con los brazos bajo la cabeza, la mente todavía envuelta por los vapores de la bebida, empezó a reírse para sus adentros. «Un hombre honesto, este Kakubei. El viejo, bueno y honesto Kakubei.» Sabía que su anfitrión tendría serias dificultades para explicarle a Tadatoshi su repentino cambio de actitud, pero también sabía que Kakubei no estaría enfadado con él durante mucho tiempo, por muy afrentoso que hubiera sido su comportamiento.

Aunque había negado hipócritamente que le interesara el estipendio, lo cierto era que le consumía la ambición. Quería un estipendio y mucho más..., cada onza de fama y éxito que pudiera obtener. De lo contrario, ¿cuál sería el propósito de perseverar a través de tantos años de arduo adiestramiento?

Lo único que diferenciaba la ambición de Kojirō de la de otros hombres era su magnitud. Quería ser conocido en todo el país como un gran triunfador, cubrir de gloria su hogar de Iwakuni, gozar de todos los beneficios que puede aportar el hecho de haber nacido humano. El camino más rápido hacia la fama y la riqueza era sobresalir en las artes marciales. La fortuna le había bendecido con un talento natural para dominar la espada. Lo sabía perfectamente y se sentía por ello muy satisfecho de sí mismo. Había planeado el rumbo que seguiría de una manera inteligente y con una notable previsión. Cada uno de sus actos estaba calculado para acercarle más a su objetivo. A su modo de ver, Kakubei, por mucho que le superase en edad, era ingenuo y un poco sentimental.

Se durmió soñando en su brillante futuro.

Más tarde, cuando la luz de la luna había avanzado un pie sobre el tatami, una voz no más fuerte que la brisa que susurraba entre los bambúes dijo: «Ahora». Una forma oscura, agazapada entre los mosquitos, saltó como una rana hacia los aleros de la casa a oscuras.

El hombre misterioso que había sido avistado antes al pie de la colina avanzó lenta y silenciosamente, hasta que llegó a la terraza, donde se detuvo y echó un vistazo al interior de la habitación. Agachado en las sombras, fuera de la luz lunar,

podría haber permanecido oculto indefinidamente si no hubiera producido sonido alguno.

Kojirō seguía roncando. El tenue zumbido de los insectos, interrumpido brevemente cuando el hombre adoptó una posición de ataque, se oyó de nuevo desde la hierba cubierta de rocío.

Transcurrieron los minutos. Entonces rompió el silencio el ruido que hizo el intruso al desenvainar su espada y saltar sobre la terraza.

Se abalanzó contra Kojirō y gritó salvajemente un momento antes de que apretara los dientes y golpeara.

Silbó el aire mientras un largo objeto negro descendía pesadamente sobre su muñeca, pero la fuerza original de su golpe había sido poderosa. En vez de desprenderse de su mano, la espada se hundió en el tatami, donde había estado tendido el cuerpo de Kojirō.

Como un pez que se alejara a toda prisa de un palo que golpease el agua, la presa se había movido velozmente hacia la pared. Ahora estaba en pie ante el intruso, con Palo de Secar en una mano y la vaina en la otra.

—¿Quién eres? —le preguntó.

La respiración de Kojirō no se había alterado. Alerta como siempre a los sonidos de las criaturas naturales, a la caída de una gota de rocío, permanecía imperturbable.

—¡Sss..., soy yo!

—«Yo» no me dice nada. Sé que eres un cobarde, pues de lo contrario no atacarías a un hombre mientras duerme. ¿Cómo te llamas?

—Soy Yogorō, hijo único de Obata Kagenori. Te aprovechaste de mi padre cuando estaba enfermo y extendiste rumores sobre él por toda la ciudad.

—No fui yo quien extendió los rumores. Fueron los chismosos..., la gente de Edo.

—¿Quién atrajo a sus alumnos a una pelea y los mató?

—Hice eso, sin duda. Yo, Sasaki Kojirō. ¿Cómo puedo evitarlo si soy mejor que ellos? Más fuerte, más valiente, con más conocimiento del Arte de la Guerra.

—¿Cómo puedes tener el descaro de decir eso cuando has recurrido a la gentuza de Hangawara para que te ayudasen?

Con un gruñido de disgusto, Kojirō dio un paso adelante.

—¡Si quieres odiarme, hazlo! Pero todo hombre que convierte un agravio personal en una prueba de fuerza en el Arte de la Guerra ni siquiera es un cobarde. Es peor que eso, más digno de lástima, más risible. De modo que, una vez más, he de arrebatar la vida de un hombre de Obata. ¿Estás resignado a ello?

El otro no respondió.

—Te he preguntado si estás resignado a tu destino.

Avanzó otro paso. Entonces la luz de la luna reflejada por la hoja recién pulimentada de la espada cegó a Yogorō.

Kojirō miró a su presa como un hombre hambriento contempla un festín.

El águila

Kakubei lamentaba haber permitido que le utilizaran de una manera tan mezquina, y juró que no tendría nada más que ver con Kojirō. Sin embargo, en lo más hondo de su ser, aquel hombre le gustaba. Lo que le desagradaba era verse atrapado entre su señor y su protegido. Entonces se puso a reflexionar en el asunto.

«Tal vez la reacción de Kojirō demuestra lo excepcional que es. Los samurais ordinarios se habrían entusiasmado ante la oportunidad de que los entrevistaran.» Cuanto más pensaba en el despecho de Kojirō, más le atraía el espíritu independiente del rōnin.

Durante los tres días siguientes Kakubei tuvo servicio nocturno, y no vio a Kojirō hasta la mañana del cuarto día, cuando entró informalmente en los aposentos del joven.

Tras un breve pero embarazoso silencio, le dijo:

—Quiero hablar un momento contigo, Kojirō. Ayer, cuando me marchaba, el señor Tadatoshi me preguntó por ti. Dijo que te vería. ¿Por qué no te pasas por el campo de tiro al arco y echas un vistazo a la técnica de Hosokawa? —Kojirō sonrió sin responder, y Kakubei añadió—: No sé por qué insistes en pensar que eso te rebaja. Lo normal es entrevistar a un hombre antes de ofrecerle una posición oficial.

—Lo sé, pero supón que me rechazara. ¿Qué haría entonces? Sería un plato de segunda mesa, ¿no? No estoy tan sin blanca que haya de ir por ahí ofreciéndome al mejor postor.

—Entonces la culpa es mía. Te lo he planteado mal. Su señoría no ha querido jamás implicar semejante cosa.

—Bien, ¿qué respuesta le has dado?

—Todavía ninguna. Pero él parece un poco impaciente.

—Ja, ja. Has sido muy considerado y útil. Supongo que no debería colocarte en una posición tan difícil.

—¿No volverías a pensarlo...? ¿No irías a visitarle una sola vez?

—De acuerdo, si eso significa tanto para ti —replicó Kojirō, y aunque su tono era condescendiente, no por ello Kakubei se sintió menos complacido.

—¿Qué te parece si vamos hoy?

—¿Tan pronto?

—Sí.

—¿A qué hora?

—¿Podría ser un poco después del mediodía? Es entonces cuando practica el tiro al arco.

—De acuerdo, allí estaré.

Kojirō se puso a hacer minuciosos preparativos para el encuentro. El kimono que

eligió era de excelente calidad, y el hakama estaba confeccionado con tela de importación. Sobre el kimono llevaba una prenda formal parecida a un chaleco, de pura seda, sin mangas pero con unas rígidas hombreras acampanadas. Para completar su elegante atuendo, pidió a los sirvientes que le facilitaran unas zōri y un sombrero de juncos nuevo.

—¿Puedo disponer de un caballo? —preguntó.

—Sí, el caballo de repuesto del señor, el blanco, está en la tienda al pie de la colina.

Como no encontró al dueño de la floristería, Kojirō miró hacia el recinto del templo al otro lado de la calzada, donde un grupo de gente se había reunido alrededor de un cadáver cubierto con esteras de juncos. Se acercó a echar un vistazo.

Aquellas personas estaban hablando de los planes para el entierro con el sacerdote del templo. La víctima carecía de posesiones que la identificaran. Nadie sabía quién era, sólo que se trataba de un joven de la clase samurai. La sangre alrededor del profundo tajo que se extendía desde un hombro hasta la cintura estaba seca y negra.

—Le había visto antes, hace unos cuatro días, al anochecer —decía el dueño de la floristería, el cual siguió hablando con excitación hasta que notó que le tocaban el hombro.

Al volverse para ver quién era, Kojirō le dijo:

—Me han dicho que tienes en tu tienda el caballo de Kakubei. Prepáramelo, por favor.

—¿Te vas? —dijo mecánicamente el vendedor, haciendo una profunda reverencia antes de apresurarse hacia su tienda.

Dio unas palmadas en el cuello al caballo gris rodado mientras lo sacaba del establo.

—Vaya, es un caballo estupendo —observó Kojirō.

—Sí, en efecto, es un buen animal.

Una vez Kojirō estuvo montado, el dueño de la floristería le dijo sonriente:

—Hacéis buena pareja.

Kojirō sacó unas monedas de su bolsa y se las echó al hombre.

—Toma, para flores e incienso.

—¿Eh? ¿Para quién?

—Para ese muerto de ahí.

Cuando dejó atrás el portal del templo, Kojirō carraspeó y escupió, como para expulsar el sabor amargo que le había dejado la visión del cadáver. Pero le perseguía la sensación de que el joven cuya vida había segado con el Palo de Secar había echado a un lado las esteras de juncos y le seguía. «No hice nada por lo que pudiera odiarme», se dijo, y ese pensamiento le hizo sentirse mejor.

Mientras caballo y jinete avanzaban por la carretera de Takanawa bajo el sol

ardiente, tanto los ciudadanos corrientes como los samurais se hacían a un lado para dejarle pasar. Todos se volvían y le miraban con admiración. Incluso en las calles de Edo, Kojirō tenía un aspecto impresionante, haciendo que la gente se preguntara quién era y de dónde venía.

Al llegar a la residencia de Hosokawa, dejó el caballo al cuidado de un sirviente y entró en la casa. Kakubei se apresuró a ir a su encuentro.

—Te doy las gracias por haber venido —le dijo—. Además es la hora apropiada —añadió, como si Kojirō le estuviera haciendo un gran favor personal—. Descansa un poco. Entretanto le diré a su señoría que estás aquí.

Antes de marcharse, pidió que proporcionaran al invitado agua fresca, té de cebada y una bandeja de tabaco.

Cuando llegó un servidor para acompañarle al campo de tiro al arco, Kojirō entregó su amado Palo de Secar y siguió al servidor llevando sólo la espada corta.

El señor Tadatoshi había resuelto disparar cien flechas al día durante los meses de verano. Siempre tenía a su lado a varios de sus servidores más íntimos, que contemplaban cada disparo conteniendo el aliento y eran útiles recogiendo las flechas.

—Dadme una toalla —pidió su señoría, apoyando el arco en el suelo.

Kakubei se arrodilló y le preguntó:

—¿Puedo molestarte, señor?

—¿Qué es ello?

—Sasaki Kojirō está aquí. Apreciaría que le vieras.

—¿Sasaki? Ah, sí.

Encajó una flecha en la cuerda, se colocó en posición y alzó el brazo que disparaba por encima de las cejas. Ni él ni los que le rodeaban miraron a Kojirō hasta que hubieron finalizado los cien disparos.

Tadatoshi suspiró y dijo:

—Agua. Traedme un poco de agua.

Un asistente sacó agua del pozo y la vertió en una gran tina de madera a los pies de Tadatoshi. Dejando que la parte superior de su kimono le colgara suelta, se enjugó el sudor del pecho y se lavó los pies. Sus hombres le ayudaron sosteniéndole las mangas, corriendo en busca de más agua y secándole la espalda. Sus maneras no eran formales, no había nada que sugiriese que se trataba de un daimyō y sus servidores.

Kojirō había supuesto que Tadatoshi, que era poeta y esteta, hijo del señor Sansai y nieto del señor Yūsai, sería un hombre de porte aristocrático, tan refinado en su conducta como los elegantes cortesanos de Kyoto, Pero mientras observaba la escena, la sorpresa que experimentaba no se reflejó en sus ojos.

Tadatoshi deslizó los pies todavía húmedos en las zōri y miró a Kakubei, el cual aguardaba a un lado. Con el aire de quien recuerda de súbito una promesa, le dijo:

—Bueno, Kakubei, vamos a ver a tu hombre.

Pidió que trajeran un escabel y lo pusieran a la sombra de una tienda, donde tomó asiento delante de un estandarte con su blasón, un círculo rodeado por ocho círculos más pequeños, que representaban el sol, la luna y siete planetas.

Kakubei hizo una seña a Kojirō y éste fue a ponerse de rodillas ante el señor Tadatoshi. Una vez completados los saludos formales, Tadatoshi invitó a Kojirō a sentarse en un escabel, significando así que era un invitado de honor.

—Con vuestro permiso —dijo Kojirō, levantándose para sentarse delante de Tadatoshi.

—Kakubei me ha hablado de ti. Creo que naciste en Iwakuni. ¿Es cierto?

—Así es, señor.

—El señor Kikkawa Hiroie de Iwakuni fue bien conocido como dirigente sabio y noble. ¿Fueron tus antepasados servidores suyos?

—No, nunca servimos a la Casa de Kikkawa. Me han dicho que descendemos de los Sasakis de la provincia de Ōmi. Tras la caída del último shōgun Ashikaga, mi padre se retiró al pueblo de mi madre.

Después de hacerle algunas preguntas más relativas a la familia y el linaje, el señor Tadatoshi le preguntó:

—¿Entrarás en servicio por primera vez?

—Todavía no sé si entraré en servicio.

—Según me ha dicho Kakubei, deseas servir a la Casa de Hosokawa. ¿Cuáles son tus razones?

—Creo que es una casa por la que estaría dispuesto a vivir y morir.

Esta respuesta pareció complacer a Tadatoshi.

—¿Y tu estilo de lucha?

—Lo llamo el estilo Ganryū.

—¿Ganryū?

—Es un estilo de mi invención.

—Presumiblemente tiene antecedentes.

—Estudié el estilo Tomita y me beneficié de las lecciones del señor Katayama Hisayasu de Hōki, el cual en su ancianidad se retiró a Iwakuni. También he dominado muchas técnicas propias. Solía practicar derribando golondrinas en vuelo.

—Comprendo. Supongo que el nombre Ganryū deriva del nombre de ese río cercano a su lugar natal.

—Sí, señor.

—Me gustaría ver una demostración. —Tadatoshi miró los rostros de los samurais que le rodeaban—. ¿A cuál de vosotros le gustaría luchar con este hombre?

Habían observado la entrevista en silencio, pensando que Kojirō era demasiado joven para haber adquirido la reputación que tenía. Ahora todos se miraron primero

entre ellos y luego a Kojirō, cuyas mejillas enrojecidas proclamaban su disposición a enfrentarse a cualquiera que le retase.

—¿Qué te parece, Okatani?

—Sí, señor.

—Siempre estás diciendo que la lanza es superior a la espada. Ahora tienes la oportunidad de demostrarlo.

—Lo haré con mucho gusto, si Sasaki está dispuesto.

—Desde luego —se apresuró a responder Kojirō. En su tono, que era cortés pero extremadamente frío, había un atisbo de crueldad.

Los samurais que habían estado barriendo la arena en el campo de tiro al arco y retirado el equipo se reunieron detrás de su señor. Aunque estaban tan familiarizados con las armas como con los palillos para comer, habían adquirido su experiencia principalmente en el dōjō. La ocasión de presenciar, y mucho menos de tener, un encuentro verdadero sólo se presentaría en contadas ocasiones a lo largo de sus vidas. Todos estaban de acuerdo en que un combate entre dos hombres era un desafío mucho mayor que ir al campo de batalla, donde a veces era posible detenerse y recobrar el aliento mientras los camaradas de uno seguían luchando. En el combate individual, uno sólo podía confiar en sí mismo, sólo en su propia viveza y fuerza desde el principio al final. O vencía o perdía la vida o resultaba mutilado.

Contemplaron con semblantes solemnes a Okatani Gorōji. Incluso entre los soldados rasos de infantería había bastantes expertos con la lanza, y Gorōji era considerado en general como el mejor. No sólo había estado en combate, sino que había practicado con diligencia e ideado técnicas propias.

—Concédeme unos minutos —dijo Gorōji, haciendo sendas reverencias a Tadatoshi y Kojirō antes de retirarse para hacer sus preparativos. Le satisfacía que aquel día, como otros, llevara ropa interior limpia, siguiendo la tradición de los buenos samurais, que iniciaban cada jornada con una sonrisa y una incertidumbre: por la noche podrían estar muertos.

Tras tomar prestada una espada de madera de tres pies, Kojirō seleccionó el terreno para el encuentro. Su cuerpo parecía relajado y descubierto, tanto más cuanto que no se había alzado de un tirón su hakama plisado. Su aspecto era formidable, algo que incluso sus enemigos tendrían que admitir. El valor que se percibía en él hacía pensar en un águila, y su apuesto perfil era serenamente confiado.

En los ojos que empezaron a dirigirse hacia el dosel tras el cual Gorōji estaba ajustando sus ropas y su equipo anidaba la preocupación.

—¿Por qué tarda tanto? —preguntó alguien.

Gorōji estaba envolviendo calmosamente un paño húmedo alrededor de la punta de su lanza, un arma que había usado con una excelente eficacia en el campo de batalla. El asta medía nueve pies de longitud, y sólo la hoja ahusada, con ocho o

nueve pulgadas, era el equivalente de una espada corta.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó Kojirō—. Si te preocupa herirme, ahórrate la molestia. —Una vez más, aunque las palabras eran corteses, su implicación era arrogante—. No me importa que dejes la hoja desnuda.

Gorōji le dirigió una mirada penetrante.

—¿Estás seguro?

—Perfectamente.

Aunque ni el señor Tadatoshi ni sus hombres hablaron, sus miradas incisivas dijeron a Gorōji que siguiera adelante. Si el desconocido tenía la osadía de pedirlo, ¿por qué no traspasarle?

—En ese caso... —Gorōji quitó la envoltura y avanzó sosteniendo la lanza por la mitad del asta—. Lo haré con gusto, pero si uso una hoja desnuda, quiero que tú uses una espada real.

—Esta espada de madera es suficiente.

—No, no puedo acceder a eso.

—Ciertamente no esperarás de mí, un forastero, que tenga la audacia de emplear una espada real en presencia de su señoría...

—Pero...

Con un dejo de impaciencia, el señor Tadatoshi dijo:

—Adelante, Okatani. Nadie te considerará cobarde por acceder a la petición de este hombre. —Era evidente que la actitud de Kojirō le había afectado.

Los dos hombres, sus semblantes enrojecidos por la resolución, intercambiaron saludos con los ojos. Gorōji efectuó el primer movimiento, saltando al lado, pero Kojirō, como un pájaro pegado a un palo untado con liga, se deslizó bajo la lanza y golpeó directamente al pecho de su contrario. Falto de tiempo para arremeter, el lancero giró de costado e intentó alcanzar la nuca de Kojirō con la contera de su arma. Con un chasquido resonante, la lanza salió volando mientras la espada de Kojirō mordía las costillas de Gorōji, que había quedado expuesto por el impulso de la lanza ascendente. Gorōji se deslizó a un lado, luego dio un salto, pero el ataque continuó sin interrupción. Sin tiempo para recobrar el aliento, saltó de nuevo a un lado y luego lo hizo otras dos veces. Los primeros regates tuvieron éxito, pero era como un halcón peregrino que intentara tener a raya a un águila. Acosada por la rabiosa espada, el asta de la lanza se partió en dos. En el mismo momento, Gorōji emitió un grito. Era como si le estuvieran arrancando el alma del cuerpo.

El breve combate había terminado. Kojirō confiaba en enfrentarse a cuatro o cinco hombres, pero Tadatoshi dijo que ya había visto suficiente.

Aquella noche, cuando Kakubei regresó a casa, Kojirō le preguntó:

—¿Me excedí un poco? Quiero decir delante de su señoría.

—No, fue una magnífica actuación.

Kakubei se sentía bastante incómodo. Ahora que podía evaluar en su plena extensión la habilidad de Kojirō, se sentía como un hombre que hubiera mantenido un pajarillo contra su pecho y luego viera que crecía para convertirse en un águila.

—¿Ha dicho algo el señor Tadatoshi?

—Nada en particular.

—Vamos, hombre, debe de haber hecho algún comentario.

—Pues no. Se marchó del campo de tiro al arco sin decir palabra.

—Humm. —Kojirō parecía decepcionado, pero dijo—: Bueno, no importa. Me ha impresionado como un hombre más grande de lo que se cree en general, y he pensado que si alguna vez tuviera que servir a alguien, muy bien podría ser él. Pero, por supuesto, no puedo influir lo más mínimo en el resultado de los acontecimientos.

No reveló que había meditado a fondo en la situación. Después de los clanes de Date, Kuroda, Shimazu y Mōri, el de Hosokawa era el más prestigioso y seguro. Sin duda seguiría siéndolo mientras el señor Sansai estuviera al frente del feudo de Buzen, y más tarde o más temprano Edo y Osaka tendrían una colisión definitiva. No había manera de predecir el resultado. Un samurai que hubiera elegido al maestro inadecuado fácilmente podría verse reducido de nuevo a la condición de rōnin, toda su vida sacrificada por el estipendio de unos pocos meses.

Al día siguiente se supo que Gorōji había sobrevivido al encuentro, aunque la pelvis o el fémur izquierdo había quedado destrozado. Kojirō recibió la noticia con calma, diciéndose que aunque no le dieran una posición, había demostrado perfectamente sus cualidades.

Unos días después anunció de repente que iba a hacer una visita a Gorōji. Sin ofrecer ninguna explicación de tan súbita amabilidad, partió solo y a pie hacia la casa de Gorōji, que estaba cerca del puente de Tokiwa.

El inesperado visitante fue recibido con cordialidad por el herido.

—Un combate es un combate —le dijo Gorōji, con una sonrisa en los labios y los ojos húmedos—. Puedo deplorar mi falta de habilidad, pero desde luego no te guardo rencor. Me he alegrado de tu visita y te la agradezco.

Cuando Kojirō se hubo ido, Gorōji le dijo a un amigo que le acompañaba:

—He ahí un samurai al que puedo admirar. Creía que era un arrogante hijo de perra, pero resulta que es amistoso y cortés.

Ésa era precisamente la reacción que había esperado Kojirō. Formaba parte de su plan. Otros visitantes oirían que el mismo hombre derrotado le alababa. Hizo otras tres visitas a la casa de Gorōji, con un intervalo de dos o tres días entre una y otra. En una ocasión incluso encargó en el mercado de pescado que le enviaran un pez vivo, como regalo para acompañar sus deseos de un pronto y total restablecimiento.

Caquis verdes

En los días de calor bochornoso después de la estación lluviosa veraniega, los cangrejos terrestres se arrastraban perezosamente por la calle reseca, y los carteles que incitaban a Musashi a dar la cara y luchar habían desaparecido casi del todo. Los pocos que no habían caído a la tierra ablandada por la lluvia o habían sido robados para convertirlos en leña eran ilegibles entre la maleza y las altas hierbas.

«Debe de haber algo en alguna parte», se dijo Kojirō, mirando a su alrededor en busca de un lugar donde comer. Pero estaba en Edo, no en Kyoto, y los baratos establecimientos de arroz y té tan abundantes en la ciudad más antigua aún no habían hecho su aparición allí. El único lugar que parecía adecuado estaba en un solar vacío y sus ventanas estaban cubiertas con persianas de juncos. El humo se alzaba lentamente desde detrás de las persianas, y en un estandarte vertical figuraba la palabra «Donjiki», la cual hacía pensar de inmediato en «tonjiki», que en el remoto pasado significó las bolas de arroz usadas como raciones militares.

Al aproximarse, oyó que una voz masculina pedía una taza de té. En el interior, dos samurais comían afanosamente arroz, uno de ellos de un cuenco de arroz ordinario y el otro de un cuenco de sake.

Kojirō se sentó en el borde de un banco frente a ellos y preguntó al propietario:

—¿Qué hay para comer?

—Platos de arroz. También tengo sake.

—Ahí afuera dice «Donjiki». ¿Qué significa eso?

—La verdad es que no lo sé.

—¿No lo has escrito tú?

—No. Lo escribió un mercader retirado que hizo un alto aquí para descansar.

—Comprendo. La caligrafía es muy buena.

—Dijo que estaba haciendo un peregrinaje religioso y que había visitado los santuarios de Hirakawa Tenjin y Hikawa, el Kanda Myōjin, toda clase de sitios, haciendo donativos en todos ellos. Un hombre muy pío y generoso, al parecer.

—¿Conoces su nombre?

—Dijo llamarse Daizō de Narai.

—Ese nombre me suena.

—Donjiki..., en fin, no sé qué significa, pero supuse que si un hombre importante como él lo escribía, podría ayudar a mantener alejado al dios de la pobreza.

El propietario se echó a reír.

Tras echar un vistazo a varios cuencos grandes de porcelana, Kojirō tomó arroz y pescado, vertió té sobre el arroz, apartó una mosca con los palillos y empezó a comer.

Uno de los clientes se levantó y miró a través de una rendija en la persiana.

—Echa un vistazo, Hamada —dijo a su compañero—. ¿No es ése el vendedor de

sandías?

El otro hombre se acercó rápidamente a la persiana y miró al exterior.

—Sí, él es, en efecto.

El vendedor, con un palo sobre el hombro de cada uno de cuyos extremos colgaba un cesto, pasaba lentamente por delante del Donjiki. Los dos samurais salieron corriendo de la tienda y fueron al encuentro del hombre. Desenvainaron sus espadas y cortaron las cuerdas que sujetaban los cestos. El vendedor cayó hacia adelante, junto con las sandías.

Hamada le agarró del cogote.

—¿Adonde la has llevado? —Le preguntó, airado—. No mientas. Debes de tenerla escondida en alguna parte.

Los demás samurais pusieron la punta de su espada bajo la nariz del cautivo.

—¡Vamos, desembucha! ¿Dónde está?

La hoja de la espada rozaba amenazadora la mejilla del hombre.

—¿Cómo es posible que un hombre con una cara como la tuya piense en largarse con la mujer de otro?

El vendedor, con las mejillas enrojecidas por la ira y el temor, sacudía la cabeza, pero entonces, viendo una oportunidad, empujó a uno de sus captores, recogió el palo y trató de golpear al otro.

—De modo que quieres pelea, ¿eh? Cuidado, Hamada, que este tipo no es un vendedor de sandías ordinario.

—¿Qué puede hacer este asno? —replicó desdeñosamente Hamada. Cogió el palo con violencia y derribó al vendedor. Poniéndose a horcajadas encima de él, usó las cuerdas para atarle al palo.

Oyó a sus espaldas un grito como el de un cerdo atascado. Al volver la cabeza, una rociada de bruma roja le dio en la cara. Totalmente confuso, se incorporó de un salto, gritando:

—¿Quién eres tú? ¿Qué...?

La hoja, similar a una víbora, avanzaba directamente hacia él. Kojirō se echó a reír, y mientras Hamada retrocedía, le seguía implacable. Los dos se movieron en círculo por la hierba. Cuando Hamada retrocedía un pie, Kojirō avanzaba la misma distancia. Cuando Hamada saltaba a un lado, el Palo de Secar le seguía, apuntando sin vacilar a su víctima en perspectiva.

El vendedor de sandías gritó, asombrado:

—¡Kojirō! Soy yo. ¡Sálvame!

Hamada palideció de terror.

—¡Ko-ji-rō! —musitó. Entonces giró sobre sus talones e intentó huir.

—¿Adonde crees que vas? —dijo Kojirō. El Palo de Secar destelló en la bochornosa quietud, cortó una oreja de Hamada y se alojó profundamente en la carne

bajo los hombros. El samurai murió en el acto.

Kojirō se apresuró a cortar las ataduras del vendedor de sandías. El hombre adoptó una postura apropiada, hizo una reverencia y permaneció inclinado, con la frente tocando el suelo, demasiado azorado para mostrar su cara.

Kojirō limpió su espada y la enfundó. Con una leve sonrisa en los labios, le dijo:

—¿Qué te ocurre, Matahachi? No estés tan abatido. Sigues con vida.

—Sí, señor.

—No me llames «señor». Mírame. Ha pasado mucho tiempo, ¿verdad?

—Me alegro de que estés bien.

—¿Por qué no habría de estarlo? Pero debo decir que te has dedicado a un oficio curioso.

—No hablemos de ello.

—De acuerdo. Recoge tus sandías. Entonces...; ya sé, ¿por qué no las dejas en el Donjiki?

Lanzando un fuerte grito, llamó al propietario, el cual les ayudó a colocar las sandías detrás de las persianas.

Kojirō sacó su pincel y la caja de tinta y escribió en una de las shoji: «A quien pueda interesar. Certifico que quien ha matado a los dos hombres tendidos en este solar he sido yo, Sasaki Kojirō, un rōnin residente en Tsukinomisaki». Entonces se dirigió al propietario:

—De esta manera nadie te molestará por la muerte de esos dos.

—Gracias, señor.

—No tiene importancia. Si vienen por aquí amigos o familiares de los muertos, te ruego que les des este mensaje de mi parte. Diles que no huiré. Si quieren verme, estoy dispuesto a saludarles en cualquier momento.

En cuanto salió, le dijo a Matahachi:

—Vámonos.

Matahachi caminaba a su lado, pero sin levantar los ojos del suelo. Ni una sola vez desde su llegada a Edo había tenido un trabajo fijo. Fuera cual fuese su intención, convertirse en shugyōsha o dedicarse a una actividad comercial, cuando la tarea le resultaba áspera, cambiaba en seguida de trabajo. Y después de que le arrebataran a Otsū, cada vez se sentía con menos ganas de trabajar. Dormía primero en un lugar, luego en otro, a veces en posadas de mala muerte cuyos huéspedes eran rufianes. Durante las últimas semanas se había ganado la vida como buhonero corriente, yendo de un muro del castillo al otro, con la pesada carga equilibrada sobre el hombro, pregonando las sandías.

Kojirō no estaba especialmente interesado en saber qué había hecho Matahachi, pero había dejado escrito su mensaje en el Donjiki y, más tarde, podrían interrogarle por el incidente.

—¿Por qué te la tenían jurada esos samurais? —le preguntó.

—A decir verdad, se debía a una mujer...

Kojirō sonrió, pensando que, adondequiera que Matahachi encaminase sus pasos, pronto surgía alguna dificultad relacionada con las mujeres. Tal vez se debía a su karma.

—Humm —musitó—. El gran amante de nuevo en acción, ¿eh? —Entonces añadió en voz más alta—: ¿Quién es la mujer y qué ha sucedido con exactitud?

Kojirō tuvo que insistir un poco, pero finalmente Matahachi cedió y le contó lo ocurrido, o por lo menos una parte. Cerca del foso había docenas de minúsculas casas de té que atendían a los obreros de la construcción y los transeúntes. En una de ellas había una camarera que atraía las miradas de todos: hombres que no deseaban té entraban a tomarlo y otros que no estaban hambrientos pedían cuencos de jalea dulce. Uno de los clientes regulares se llamaba Hamada. Matahachi también iba allí en ocasiones.

Un día la camarera le susurró que necesitaba su ayuda. «Ese rōnin... —le dijo—. No me gusta, pero cada noche, cuando cierra la tienda, el dueño me ordena que vaya a casa con él. ¿No me permitirías ir a esconderme en tu casa? No sería una carga. Cocinaré para ti y te remendaré la ropa.»

Como la petición era razonable, Matahachi accedió. Insistió en que eso había sido todo.

Kojirō no estaba convencido.

—Me parece inverosímil.

—¿Por qué? —le preguntó Matahachi.

Kojirō no podía decidir si Matahachi trataba de parecer inocente o si se jactaba de una conquista amorosa. Sin sonreír siquiera, le dijo:

—No importa. Hace calor bajo el sol. Vayamos a tu casa y allí podrás contármelo con más detalle.

Matahachi se paró en seco.

—¿Hay algún inconveniente? —le preguntó Kojirō.

—Bueno, mi casa es..., no es la clase de lugar adonde desearía llevarte.

Al ver la expresión de congoja en los ojos de Matahachi, Kojirō le dijo jovialmente:

—Está bien, dejémoslo. Pero uno de estos días debes ir a verme. Me alojo en casa de Iwama Kakubei, que está en medio de la colina Isarago.

—Será un placer.

—Por cierto, ¿has visto los carteles fijados recientemente alrededor de la ciudad, los dirigidos a Musashi?

—Sí.

—Dicen que tu madre también le buscaba. ¿Por qué no vas a verla?

—¡No en las condiciones en que me encuentro ahora!

—No seas idiota. No tienes necesidad de aparentar nada, tratándose de tu propia madre. Es imposible saber cuándo encontrará a Musashi, y si no estás presente cuando eso ocurra, perderás la oportunidad de tu vida. Luego lo lamentarías, ¿no es cierto?

—Sí, pronto tendré que hacer algo al respecto —dijo Matahachi evasivamente, pensando con resentimiento en que los demás, incluido el hombre que le había salvado la vida, no comprendían los sentimientos entre las madres y sus vástagos.

Se separaron. Matahachi se alejó despacio por un callejón con hierba a los lados, mientras Kojirō parecía partir en la dirección contraria. Pero Kojirō no tardó en dar media vuelta y seguir a Matahachi, poniendo cuidado para que el otro no lo notara.

Poco después Matahachi llegó a un grupo abigarrado de «casas largas», edificios de una sola planta, cada uno de los cuales contenía tres o cuatro pequeñas viviendas bajo un solo tejado. Puesto que Edo había crecido rápidamente y no todo el mundo podía elegir su lugar de residencia, la gente despejaba el terreno a medida que surgía la necesidad. Luego aparecían las calles, desarrolladas naturalmente a partir de los senderos. También el alcantarillado surgía por accidente, pues las aguas residuales seguían su propio curso hasta la corriente más cercana. De no ser por aquellos barrios pobres construidos mal y a la carrera, no se habría podido absorber el influjo de recién llegados. La inmensa mayoría de los habitantes de tales barrios eran, por supuesto, trabajadores.

Cuando estaba cerca de su casa, saludó a Matahachi un vecino llamado Umpei, capataz de una cuadrilla de cavadores de pozos. Umpei estaba sentado con las piernas cruzadas en una gran tina de madera, y sólo su cara aparecía por encima del postigo contra la lluvia colocado lateralmente delante del recipiente, para proteger su intimidad.

—Buenas noches —le dijo Matahachi—. Veo que te estás bañando.

—Estoy a punto de salir —replicó el capataz cordialmente—. ¿Quieres usarlo a continuación?

—Gracias, pero probablemente Akemi me habrá calentado agua.

—Os tenéis mucho cariño, ¿verdad? Nadie en estos alrededores parece saber si sois hermanos o marido y mujer. ¿Cuál de las dos cosas es la correcta?

Matahachi soltó una risita tímida. La aparición de Akemi le evitó tener que dar una respuesta.

La joven depositó una tina bajo un caqui y sacó de la casa un cubo de agua caliente para llenarla. Entonces le dijo a Matahachi que metiera la mano para comprobar si estaba lo bastante caliente.

—Está algo más caliente de lo necesario.

Matahachi, desnudo con excepción de un taparrabos, tiró de la cuerda del pozo,

hizo chirriar la polea y sacó un cubo de agua fría que añadió a la caliente antes de meterse en la tina.

—Ahhhh —suspiró, satisfecho—. Qué agradable sensación.

Umpei, vestido con un kimono veraniego de algodón, colocó un escabel bajo una espaldera de calabazas y tomó asiento.

—¿Has vendido muchas sandías? —le preguntó.

—Qué va, nunca vendo muchas. —Observó que tenía sangre seca entre los dedos y se apresuró a lavárselos.

—Ya lo suponía. Sigo pensando que tu vida sería más fácil si trabajaras con una cuadrilla de cavadores de pozos.

—Siempre dices lo mismo. No me creas ingrato, pero si hiciera eso, no me dejarían salir de los terrenos del castillo. Por eso Akemi no quiere que haga ese trabajo. Dice que se sentiría sola sin mí.

—Una pareja felizmente casada, ¿eh? Bien, bien.

—¡Uf!

—¿Qué te ocurre?

—Algo me ha caído en la cabeza.

Un caqui verde cayó al suelo, detrás de Matahachi.

—¡Ja, ja! Sin duda es un castigo por jactarte del afecto de tu mujer. —Sin dejar de reírse, Umpei se golpeó las rodillas con su abanico recubierto de tanino.

Umpei rebasaba los sesenta años, tenía una lacia cabellera blanca que parecía de cáñamo y era un hombre que gozaba del respeto de sus vecinos y la admiración de los jóvenes, a los que trataba generosamente como si fueran sus propios hijos. Cada mañana se le oía entonar el Namu Myōhō Rengekyō, la invocación sagrada de la secta Nichiren.

Era natural de Itō, en la provincia de Izu, y delante de su casa había fijado un letrero que decía: «Idohori-no-Umpei, Cavador de Pozos para el Castillo del Shogun». Abrir los numerosos pozos necesarios para el castillo suponía unas habilidades técnicas que no estaban al alcance de los trabajadores ordinarios. Umpei había sido contratado como asesor y reclutador de trabajadores debido a su larga experiencia en las minas de oro de la península de Izu. Nada le gustaba más que sentarse bajo su querida espaldera de calabazas, para contar historias y tomar su taza nocturna de barato pero potente shōchū, el sake de los pobres.

Después de que Matahachi saliera del baño, Akemi rodeó la tina con postigos contra la lluvia y tomó el suyo. Más tarde hablaron una vez más de la proposición de Umpei. Además de tener que quedarse en los terrenos del castillo, los trabajadores estaban sometidos a una fuerte vigilancia y sus familias eran prácticamente rehenes de los capataces de las zonas en las que vivían. Por otro lado, el trabajo era más fácil que en el exterior y la paga era por lo menos del doble.

Inclinado sobre una bandeja en la que había un plato de cuajada de soja fría guarnecida con una hoja fresca y fragante de albahaca, Matahachi dijo:

—No quiero convertirme en un prisionero sólo para ganar un poco más de dinero. No voy a vender sandías durante toda mi vida, pero espero que aguantes un poco más esta situación, Akemi.

—Humm —replicó ella entre bocados de gachas de arroz con té—. Preferiría que, por una sola vez, intentaras hacer algo realmente valioso, algo en lo que reparase la gente.

Aunque nunca decían ni hacían nada que pusiera en entredicho la idea generalizada de que era la esposa legal de Matahachi, ella no estaba dispuesta a casarse con un hombre tan irresoluto como él. Huir con Matahachi del mundo de juego en Sakaimachi había sido sólo un recurso: él era la percha desde donde ella se proponía una vez más, a la primera oportunidad, emprender el vuelo hacia el cielo abierto. Pero que Matahachi se marchara a trabajar al castillo no convenía a los propósitos de Akemi, la cual tenía la sensación de que quedarse sola sería peligroso. Temía, sobre todo, que Hamada pudiera encontrarla y obligarla a vivir de nuevo con él.

—Ah, se me olvidaba —le dijo Matahachi cuando terminaban su frugal comida.

Entonces le contó sus experiencias de la jornada, manipulando los detalles de una manera calculada para complacerla. Cuando terminó de hablar, ella había palidecido. Aspiró hondo y le preguntó:

—¿Has visto a Kojirō? ¿Le has dicho que vivo aquí? No lo habrás hecho, ¿verdad?

Matahachi le cogió la mano y se la puso sobre la rodilla.

—Claro que no. ¿Crees que haría saber a ese bastardo dónde estás? Es de esos hombres que jamás ceden. Vendría a por ti...

Se interrumpió con un sonido inarticulado y llevó a su mejilla la mano de la joven. El caqui verde que le cayó encima se rompió y salpicó la cara de Akemi con su pulpa blancuzca.

En el exterior, entre las sombras de un bosquecillo de bambúes iluminado por la luna, podía verse una silueta similar a la de Kojirō que se alejaba despacio en dirección a la ciudad.

Los ojos

—Sensei! —gritó Iori, que aún no era lo bastante alto para ver por encima de la alta hierba. Estaban en la planicie de Musashino, de la que se decía que abarcaba diez condados.

—Estoy aquí —respondió Musashi—. ¿Por qué tardas tanto?

—Supongo que hay un sendero, pero lo pierdo continuamente. ¿Todavía queda mucho?

—Hasta que encontremos un buen lugar para vivir.

—¿Vivir? ¿Vamos a quedarnos en estos alrededores?

—¿Por qué no?

Iori alzó la vista al cielo, pensó en su vastedad y en el vacío de la tierra que le rodeaba.

—No sé, me parece extraño.

—Piensa en cómo será en otoño. Cielos claros y hermosos, el rocío fresco en la hierba. ¿No te sientes más limpio sólo de pensar en ello?

—Puede que sí, pero no estoy en contra de vivir en la ciudad, como tú.

—No estoy en contra. En cierto sentido, es agradable estar entre la gente, pero ni siquiera con una piel tan gruesa como la mía podía soportar quedarme allí con todos aquellos carteles. Ya viste lo que decían.

Iori hizo una mueca.

—Sólo pensar en ello me da grima.

—¿Por qué te dejaste llevar por la ira?

—No pude evitarlo. Adondequiera que fuese, no había nadie que hablara bien de ti.

—Yo no podía hacer nada contra eso.

—Podrías haber liquidado a los hombres que esparcían los rumores. Podrías haber fijado tus propios carteles, desafiándoles.

—No tiene ningún sentido iniciar peleas que no puedes ganar.

—No habrías perdido con esa chusma, no puedo creerlo.

—Pues te equivocas. Habría perdido.

—¿Por qué?

—Por su mismo número. Si derrotara a diez, habría cien más. Si derrotara a cien, habría un millar. No hay ninguna posibilidad de ganar en esa clase de situación.

—Pero ¿significa eso que van a seguir riéndose de ti el resto de tu vida?

—Claro que no. Estoy tan decidido como el que más a tener un buen nombre. Es algo que debo a mis antepasados, y me propongo llegar a ser un hombre del que jamás se ría nadie. Por eso he venido aquí, para aprender.

—Podemos caminar cuanto queramos, pero no creo que vayamos a encontrar

ninguna casa. ¿No deberíamos buscar un templo donde alojarnos?

—No es una mala idea, pero lo que realmente deseo encontrar es algún lugar con muchos árboles y construirnos una casa.

—Será otra vez como Hōtengahara, ¿no?

—No, esta vez no vamos a dedicarnos a la agricultura. Creo que tal vez practicaré la meditación Zen a diario. Tú puedes leer libros, y además te daré lecciones de esgrima.

Se habían internado en la planicie por la aldea de Kashiwagi, la entrada Kōshū en Edo, y habían bajado por la larga pendiente desde Jūnisho Gongen y seguido un estrecho sendero que amenazaba repetidamente con desaparecer entre las ondulantes hierbas veraniegas. Cuando por fin llegaron a un otero cubierto de pinos, Musashi realizó un rápido examen del terreno y declaró que aquel lugar estaba bien. Cualquier sitio podría servirle como hogar, y más aún: dondequiera que se encontrase era el universo.

Pidieron herramientas en préstamo y contrataron a un bracero de la granja más próxima. El método de Musashi para construir un edificio no era en absoluto refinado. De hecho, podría haber aprendido bastante observando cómo los pájaros construyen un nido. La vivienda, terminada unos días después, era una rareza, menos sólida que el retiro en la montaña de un ermitaño pero no tan tosca como para considerarla una barraca. Los postes eran troncos sin descortezar, y el resto una ruda alianza de tablas, corteza, cañas de bambú y miscanthus.

Musashi retrocedió unos pasos para examinar el resultado de sus esfuerzos y comentó, pensativo:

—Ésta debe de ser una casa como las que habitaba la gente en la época de los dioses.

El único detalle que restaba primitivismo a la construcción eran unas tiras de papel utilizadas con esmero para hacer pequeñas shoji.

En los días siguientes, el sonido de la voz de Iori, que se alzaba desde detrás de una persiana de juncos mientras recitaba sus lecciones, se imponía al ensordecedor zumbido de las cigarras. Su adiestramiento se había hecho muy estricto en todos los aspectos.

En el caso de Jōtarō, Musashi no había insistido en la disciplina, diciéndose que era mejor dejar que los chicos crecieran de una manera natural. Pero con el transcurso del tiempo había observado que los malos rasgos tendían a desarrollarse y los buenos a quedar reprimidos. De manera similar, había observado que los árboles y las plantas que deseaba cultivar no crecían, mientras que las malas hierbas y los matorrales florecían por muy a menudo que los arrancara.

Durante los cien años transcurridos desde la guerra de Ōnin, la nación había sido como una masa enmarañada de plantas de cáñamo crecidas en exceso. Entonces

Nobunaga cortó las plantas, Hideyoshi las reunió en haces e Ieyasu roturó y allanó el terreno para levantar un nuevo mundo. Tal como lo veía Musashi, los guerreros que sólo daban un valor considerable a las prácticas marciales y cuya característica más visible era una ambición ilimitada ya no constituían el elemento dominante de la sociedad. La batalla de Sekigahara y sus consecuencias habían puesto fin a eso.

Musashi había llegado a creer que tanto si la nación seguía en manos de los Tokugawa como si volvía a los Toyotomi, la gente en general ya conocía la dirección general en la que querían avanzar: del caos hacia el orden, de la destrucción hacia la construcción.

En ocasiones había experimentado la sensación de haber nacido demasiado tarde. Apenas la gloria de Hideyoshi había llegado a las remotas zonas rurales e inflamado los corazones de jóvenes como Musashi cuando la posibilidad de seguir las huellas de Hideyoshi se evaporó.

Así pues, su propia experiencia le hizo tomar la decisión de dar una importancia esencial a la disciplina en la educación de Iori. Si iba a crear un samurai, debía serlo para el futuro, no para el pasado.

—Iori.

—Sí, señor. —El muchacho se arrodilló ante Musashi casi antes de haber pronunciado esas palabras.

—El sol casi se ha puesto. Es hora de que practiquemos. Trae las espadas.

—Sí, señor.

Cuando depositó las armas delante de Musashi, se arrodilló y solicitó formalmente una lección.

La espada de Musashi era larga y la de Iori corta, ambas de madera para prácticas. Maestro y discípulo se enfrentaron en tenso silencio, sosteniendo las espadas al nivel de los ojos. Una delgada franja de luz solar se cernía sobre el horizonte. El bosque de cedros detrás de la cabaña ya estaba sumido en la oscuridad, pero si uno miraba hacia el lugar donde chirriaban las cigarras, veía un gajo de luna a través de las ramas.

—Los ojos —dijo Musashi.

Iori abrió bien los ojos.

—Mis ojos. Míralos.

Iori se esforzaba al máximo, pero sus ojos parecían literalmente rebotar en los de Musashi. En vez de mirarle furibundo, la mirada de su contrario le derrotaba. Cuando lo intentaba de nuevo, experimentaba una sensación de vértigo. Empezó a sentir como si su cabeza no le perteneciera. Le temblaban las manos, los pies, todo su cuerpo.

—¡Mírame los ojos! —le ordenó Musashi con mucha severidad, pues la mirada de Iori había vuelto a extraviarse.

Entonces, concentrándose en los ojos de su maestro, olvidó la espada que tenía en

la mano. La breve longitud de madera curvada pareció volverse tan pesada como una barra de acero.

—¡Los ojos! ¡Los ojos! —exclamó Musashi, avanzando ligeramente.

Iori dominó el impulso de retroceder, por lo que su maestro le había reñido infinidad de veces. Pero cuando trató de seguir el movimiento de su contrario y avanzar, sus pies parecieron estar clavados en el suelo. Incapaz de avanzar o retroceder, notó que aumentaba su temperatura corporal. «Pero ¿qué me ocurre?», se preguntó, y el pensamiento estalló dentro de él como fuegos de artificio.

Al percibir el estallido de energía mental, Musashi gritó:

—¡Ataca!

Al mismo tiempo bajó los hombros, se quedó atrás y regateó con la agilidad de un pez.

Ahogando un grito, Iori se lanzó adelante, giró en redondo... y vio a Musashi en pie donde él había estado.

Entonces empezó de nuevo la confrontación, igual que antes. Maestro y discípulo mantenían un silencio estricto.

No transcurrió mucho tiempo antes de que la hierba estuviera empapada de rocío, y la luna en forma de ceja se cerniera sobre los cedros. Cada vez que soplaba una ráfaga de viento, los insectos dejaban de zumbar por un momento. Había llegado el otoño, y las flores silvestres, aunque no eran espectaculares de día, ahora se mecían con elegancia, como la túnica sutil de una deidad bailarina.

—Basta —dijo Musashi, bajando su espada.

Cuando le entregaba el arma a Iori, oyó una voz procedente del bosque.

—¿Qué será eso? —inquirió Musashi.

—Probablemente se trata de un viajero perdido que solicita alojamiento para esta noche.

—Corre a ver.

Mientras Iori daba la vuelta a la cabaña y corría hacia el bosque, Musashi se sentó en la terraza de bambú y contempló la planicie. Los tallos de susuki eran altos, con los extremos vellosos. La luz que bañaba la hierba tenía una peculiar pátina otoñal.

Cuando Iori regresó, Musashi le preguntó:

—¿Un viajero?

—No, un huésped.

—¿Un huésped? ¿Aquí?

—Es Hōjō Shinzō. Ha atado su caballo y te está esperando en la parte trasera.

—La verdad es que esta casa no tiene parte delantera ni trasera, pero creo que sería mejor recibirle aquí.

Iori corrió al lado de la cañada y gritó:

—Ven aquí, por favor.

—Es un placer volver a verte —dijo Musashi al recién llegado. Sus ojos expresaban la satisfacción que sentía al ver a Shinzō totalmente restablecido. .

—Discúlpame por no haberme relacionado contigo durante tanto tiempo. Supongo que vives aquí para mantenerte alejado de la gente. Espero que me perdones por presentarme de una manera tan repentina.

Una vez intercambiados los saludos, Musashi invitó a Shinzō a reunirse con él en la terraza.

—¿Cómo me has encontrado? No he informado a nadie de mi paradero.

—Ha sido gracias a Zushino Kōsuke. Me dijo que habías terminado la estatuilla de Kannon que le prometiste y que enviaste a Iori para que te la entregara.

—Ja, ja. Supongo que Iori reveló el secreto, pero no importa. Todavía no soy lo bastante viejo para abandonar el mundo y retirarme. No obstante, pensé que si desaparecía de la ciudad durante un par de meses, cesarían los chismorreos maliciosos. Entonces habrá menos peligro de represalias contra Kōsuke y mis demás amigos.

Shinzō inclinó la cabeza.

—Te debo una disculpa...; yo he sido el causante de todas estas molestias.

—En realidad, no. Eso fue un incidente secundario. La verdadera raíz del asunto tiene que ver con la relación entre Kojirō y yo.

—¿Sabías que mató a Obata Yogorō?

—No.

—Cuando Yogorō supo lo que me había ocurrido, decidió vengarse personalmente. Pero no estaba a la altura de Kojirō.

—Se lo advertí. —La imagen del juvenil Yogorō en la entrada de la casa de su padre estaba todavía fresca en la mente de Musashi. Pensó en lo lamentable que era la pérdida de aquel muchacho.

—Comprendo lo que sentía —siguió diciendo Shinzō—. Todos los estudiantes se habían ido, su padre había muerto... Debió de pensar que era el único que podía hacerlo. En cualquier caso, parece ser que fue a la casa de Kojirō. Aun así, nadie les vio juntos y no existe ninguna prueba.

—Humm. Tal vez mi advertencia surtió el efecto contrario al pretendido, es posible que despertara su orgullo, creyéndose en el deber de luchar. Es una lástima.

—Lo es. Yogorō era el único que tenía lazos de sangre con el sensei. Tras su muerte, la Casa de Obata ha dejado de existir. No obstante, mi padre ha hablado del asunto con el señor Munenori, el cual se las ha ingeniado para llevar adelante los trámites de adopción. He de convertirme en el heredero y sucesor y llevar el nombre de Obata... Pero no estoy seguro de estar todavía maduro para ello. Me temo que podría terminar causando más oprobio a ese hombre. Al fin y al cabo, era el patrocinador más importante de la tradición militar Kōshū.

—Tu padre es el señor de Awa. ¿No se considera a la tradición militar Hōjō similar a la de la escuela Kōshū, y a tu padre un maestro tan grande como Kagenori?

—Eso es lo que dicen. Nuestros antepasados procedían de la provincia de Tōtōmi. Mi abuelo sirvió a Hōjō Ujitsuna y Hōjō Ujiyasu de Odawara, y mi padre fue seleccionado por el mismo Ieyasu para sucederle como jefe de la familia.

—Entonces, ya que procedes de una famosa familia militar, ¿no es insólito que te hayas convertido en un discípulo de Kagenori?

—Mi padre tiene sus discípulos y ha dado conferencias sobre ciencia militar en presencia del shōgun. Pero en vez de enseñarme él, quiso que recibiera mi instrucción fuera de casa, ¡que conociera en todo su rigor las dificultades del aprendizaje! Es esa clase de hombre.

Musashi percibió un elemento de decencia innata, incluso de nobleza, en el porte de Shinzō, y pensó que probablemente era natural que su padre, Ujikatsu, fuese un general sobresaliente y su madre la hija de Hōjō Ujiyasu.

—Me temo que he hablado demasiado —dijo Shinzō—. La verdad es que he venido enviado por mi padre. Desde luego, lo apropiado sería que él viniese y te expresara su gratitud en persona, pero en estos momentos tiene un invitado, el cual está muy deseoso de verte. Mi padre me ha dicho que te llevara conmigo. ¿Vendrás?

Escudriñó inquisitivamente el rostro de Musashi.

—¿Un huésped de tu padre quiere verme?

—Así es.

—¿Quién puede ser? Casi no conozco a nadie en Edo.

—Es una persona que te conoce desde tu infancia.

Musashi era incapaz de imaginar quién podría ser. ¿Tal vez Matahachi? ¿Un samurai del castillo de Takeyama? ¿Un amigo de su padre? Tal vez incluso Otsū... Pero Shinzō se negó a revelarle el secreto.

—Me han pedido que no te lo diga, pues el huésped considera que sería mejor darte una sorpresa. ¿Vendrás?

Tanto misterio había avivado intensamente la curiosidad de Musashi.

Se dijo que no podía tratarse de Otsū, pero en su corazón esperaba que lo fuera.

—Vamos —dijo, poniéndose en pie—. No me esperes levantado, Iori.

Shinzō, satisfecho por el éxito de su misión, rodeó la casa y regresó con su caballo. La silla y los estribos estaban húmedos de rocío. Sujetando el bocado, ofreció el caballo a Musashi, el cual lo montó sin más ceremonia.

Antes de partir, Musashi le dijo a Iori:

—Cuídate, pues puede que no esté de vuelta hasta mañana.

Poco después le engulló la bruma nocturna.

Iori se sentó en la terraza y permaneció sumido en sus pensamientos. «Los ojos —se dijo—. Los ojos.» Eran incontables las veces que su maestro le había ordenado

que fijara los ojos en los de su contrario, pero todavía no podía comprender el motivo de la instrucción ni borrar la idea de su mente. Contempló vacuamente el Río del Cielo.

¿Cuál era su punto débil? ¿Era que cuando Musashi le miraba él no podía mirarle directamente a su vez? Más irritado por este fallo de lo que habría estado un adulto, estaba esforzándose por encontrar una explicación cuando reparó en un par de ojos que le miraban desde las ramas de una vid silvestre arrollada al tronco de un árbol frente a la cabaña.

Se preguntó qué era aquello. Los ojos brillantes le recordaban mucho a los de Musashi durante las sesiones de prácticas. Pensó que podría ser una zarigüeya. Había visto una en varias ocasiones, comiendo las uvas silvestres. Los ojos eran como ágatas, ojos de trasgo feroz.

—¡Bestia! —gritó Iori—. Crees que no tengo valor, e incluso que puedes mirarme fijamente más tiempo que yo a ti. ¡Pues ahora verás! No estoy dispuesto a perder contigo.

Con firme resolución, tensó los codos y miró furibundo a aquellos ojos. La zarigüeya, ya fuese por testarudez o por curiosidad, no hizo el menor intento de huir. El brillo de sus ojos se hizo incluso más intenso.

El esfuerzo absorbió tanto a Iori que se olvidó hasta de respirar. Juró de nuevo que no perdería, no con aquella bestezuela inferior. Tras un intervalo que le pareció de varias horas, se dio cuenta de que había triunfado. Las hojas de la vid silvestre se movieron y la zarigüeya desapareció.

—¡Así aprenderás! —exclamó Iori, exultante.

Estaba empapado de sudor, pero se sentía aliviado y refrescado. Sólo confiaba en que pudiera repetir la proeza la próxima vez que se enfrentara a Musashi.

Tras bajar la persiana de juncos y apagar la llama de la lámpara, fue a acostarse. La hierba del exterior reflejaba una luz blanca azulada. Se adormiló, pero en el interior de su cabeza le parecía ver un punto minúsculo que brillaba como una joya. Más tarde el punto creció y adoptó el vago contorno de la cara de la zarigüeya.

Se movió inquieto, gimiendo, y de repente tuvo la abrumadora convicción de que había unos ojos en el pie de la yacija. Se incorporó con dificultad.

—¡Bastardo! —gritó, cogiendo su espada.

Descargó el arma con una violencia letal, pero acabó dando una voltereta. La sombra de la zarigüeya era un punto que se movía en la persiana. Atacó de nuevo salvajemente, y luego salió corriendo de la cabaña y la emprendió a tajos con la vid silvestre. Alzó los ojos al cielo, en busca de los otros ojos.

Lentamente sus ojos enfocaron dos grandes y azuladas estrellas.

Cuatro sabios con una sola luz

—Bueno, aquí es —dijo Shinzō cuando llegaron al pie de la colina de Akagi.

Por la música de flauta, que parecía el acompañamiento de una danza religiosa y la hoguera visible entre los árboles, Musashi pensó que debían de estar celebrando un festival nocturno. El viaje hasta Ushigome les había llevado dos horas.

A un lado estaba el espacioso recinto del santuario de Akagi. Al otro lado de la empinada calle se alzaba el muro de tierra de una gran residencia particular y un portal de magníficas proporciones. Cuando llegaron al portal, Musashi desmontó y tendió las riendas a Shinzō al tiempo que le daba las gracias.

Shinzō condujo el caballo al interior y dio las riendas a uno de los samurais que esperaban cerca de la entrada sosteniendo faroles de papel. Todos se adelantaron, le dieron la bienvenida y le precedieron entre los árboles hasta un claro delante del imponente recibidor de la casa. En el interior, los sirvientes con faroles se alinearon a ambos lados del vestíbulo.

El mayordomo le saludó, diciendo:

—Entra. Su señoría te espera. Te mostraré el camino.

—Gracias —dijo Musashi.

Siguió al mayordomo escaleras arriba hasta una sala de espera.

El diseño de la casa era insólito. Una escalera tras otra conducía a una serie de apartamentos, que parecían colocados unos encima de otros colina Akagi arriba. Al sentarse, Musashi observó que la habitación estaba muy cerca de la cima. Al otro lado de un precipicio en el borde del jardín, distinguía la parte septentrional del foso del castillo y el bosque que enmarcaba la escarpa. Pensó que la vista diurna desde aquella habitación debía de ser impresionante.

Una puerta de marco arqueado se deslizó silenciosamente. Entró una bella sirvienta y con gráciles movimientos depositó una bandeja con pastelillos, té y tabaco delante de él. Entonces se retiró tan silenciosamente como entrara. Parecía como si sus pintorescos kimono y obi hubieran emergido de la misma pared y se hubieran fundido con ella. Una leve fragancia permaneció en las habitación, y Musashi recordó de repente la existencia de las mujeres.

Poco después se presentó el dueño de la casa, en compañía de un joven samurai. Dejando de lado las formalidades, le dijo:

—Me alegro de que hayas venido. —Se sentó a la tradicional manera militar, con las piernas cruzadas sobre un cojín que colocó en el suelo su asistente—. Por lo que me han dicho, mi hijo está en deuda contigo. Espero que me perdones por pedirte que vengas aquí en vez de visitarte en tu casa para expresarte mi gratitud. —Con las manos descansando ligeramente sobre el abanico en su regazo, hizo una leve inclinación de cabeza. Tenía una frente prominente.

—Es un honor para mí haber sido invitado —replicó Musashi.

No era fácil calcular la edad de Hōjō Ujikatsu. Le faltaban tres dientes delanteros, pero su piel suave y brillante atestiguaba su determinación de no envejecer nunca. El espeso bigote negro, entreverado con unas pocas hebras blancas, crecía a ambos lados para ocultar las posibles arrugas resultantes de la falta de dientes. La primera impresión de Musashi fue la de que era un hombre con muchos hijos y que se llevaba bien con los jóvenes.

Al percibir que su anfitrión no pondría reparo alguno, Musashi fue directamente al grano.

—Dice tu hijo que tienes un invitado que me conoce. ¿Quién podría ser?

—No uno sino dos. Los verás en seguida.

—¿Dos personas?

—En efecto. Se conocen bien mutuamente, y ambos son buenos amigos míos. Resulta que hoy los encontré en el castillo. Vinieron conmigo, y cuando Shinzō entró para saludarles, empezamos a hablar de ti. Uno de ellos dijo que no sabía nada de ti desde hace mucho tiempo y que le gustaría verte. El otro, que sólo conoce tu reputación, expresó el deseo de conocerte.

En el rostro de Musashi se esbozó una ancha sonrisa.

—Creo que ya lo sé. Uno de ellos es Takuan Sōhō, ¿no es cierto?

—En efecto —exclamó el señor Ujikatsu, dándose una palmada de sorpresa en la rodilla.

—No le he visto desde que vine al este, hace ya varios años.

Antes de que Musashi tuviera tiempo de conjeturar quién era el otro hombre, su señoría le pidió que le acompañara y salieron al corredor.

Subieron un corto tramo de escaleras y recorrieron un pasillo largo y oscuro. A uno de los lados estaban colocados los postigos contra la lluvia. De repente, Musashi perdió de vista al señor Ujikatsu. Se detuvo y escuchó.

Al cabo de unos instantes, Ujikatsu le llamó.

—Estoy aquí abajo.

Su voz parecía proceder de una habitación bien iluminada situada al otro lado de un espacio abierto al final del corredor.

—Entendido —replicó Musashi.

En lugar de dirigirse directamente a la luz, se quedó donde estaba. El espacio fuera del corredor era invitador, pero algo le decía que en aquel tramo de oscuridad acechaba algún peligro.

—¿Qué estás esperando, Musashi? Estamos aquí.

—Ya voy —respondió Musashi.

Aunque no podía responder otra cosa, su sexto sentido le había advertido de que debía permanecer alerta. Sigilosamente, se volvió y desando unos diez pasos hasta

una puertecilla que daba al jardín. Poniéndose unas sandalias, rodeó el jardín hasta la terraza de la sala del señor Ujikatsu.

—Vaya, has venido por ahí, ¿eh? —dijo su señoría, volviéndose a mirarle desde el otro extremo de la habitación. Parecía decepcionado.

—¡Takuan! —exclamó Musashi cuando entró en la habitación, con una sonrisa radiante en el rostro. El sacerdote, sentado delante del lugar de honor, se levantó para saludarle. Encontrarse de nuevo, y bajo el techo del señor Hōjō Ujikatsu, parecía casi demasiado fortuito. A Musashi le costaba convencerse de que realmente estaba ocurriendo.

—Bueno, tendremos que ponernos mutuamente al corriente —dijo Takuan—. ¿Empezamos?

Vestía las ropas sencillas que siempre usaba, sin el menor adorno, a no ser que pasara por tal el rosario budista. Sin embargo, parecía más maduro y tranquilo que antes, hablaba con más suavidad. De la misma manera que la crianza rural de Musashi había sido limada por los intensos esfuerzos de autodisciplinarse, también los ásperos ángulos de Takuan parecían haber sido redondeados y la sabiduría del Zen había moldeado su carácter. Sin duda, ya no era joven. Tenía once años más que Musashi y ahora estaba cerca de los cuarenta.

—Veamos. Fue en Kyoto, ¿verdad? Ah, ya me acuerdo, fue poco antes de que regresara a Tajima. Tras la muerte de mi madre, pasé un año de duelo. Luego viajé durante una temporada, estuve algún tiempo en el Nansōji de Izumi y luego en el Daitokuji. Más tarde vi con mucha frecuencia al señor Karasumaru..., compuse poesía con él, realizamos la ceremonia del té, tuvimos a raya las preocupaciones de este mundo. Antes de que me diera cuenta, había pasado tres años en Kyoto. Recientemente trabé amistad con el señor Koide del castillo de Kishiwada y vine con él para echar un vistazo a Edo.

—Entonces ¿sólo llevas poco tiempo aquí?

—Sí. Aunque me encontré con Hidetada un par de veces en el Daitokuji y he sido convocado a presencia de Ieyasu varias veces, éste es mi primer viaje a Edo. ¿Y tú qué me cuentas?

—Vivo aquí sólo desde principios de este verano.

—Parece ser que te has hecho todo un nombre en esta parte del país.

Musashi no intentó justificarse. Inclinó la cabeza y dijo:

—Supongo que has oído hablar de eso.

Takuan se quedó mirándole unos instantes, como si le comparase con el Takezō de antaño.

—¿Por qué habría de preocuparte eso? Sería extraño que un hombre de tu edad tuviera una reputación demasiado buena. Mientras no hayas hecho nada desleal, innoble o rebelde, ¿qué importancia tiene? Me interesa más que me informes sobre tu

adiestramiento.

Musashi le hizo un breve resumen de sus experiencias recientes.

—Me temo que todavía soy inmaduro, imprudente, más que estar realmente iluminado —concluyó—. Cuanto más viajo, más largo se hace el camino. Tengo la sensación de haber recorrido un inacabable sendero de montaña.

—Así es como debe ser —le dijo Takuan, claramente satisfecho de la integridad y humildad del joven—. Si un hombre que aún no tiene treinta años afirma conocer por poco que sea el Camino, eso es una señal inequívoca de que su desarrollo se ha detenido. Incluso yo todavía me estremezco azorado cuando alguien sugiere que un inculto sacerdote como yo podría conocer el significado definitivo del Zen. Resulta desconcertante la manera en que la gente siempre me pide que les hable de la ley budista o les explique las verdaderas enseñanzas. La gente tiende a considerar a un sacerdote como un Buda viviente. Agradece que los demás no te sobrestimen, que no tengas que prestar atención a las apariencias.

Mientras los dos hombres renovaban felizmente su amistad, entraron servidores con alimentos y bebidas. Al cabo de un rato, Takuan dijo:

—Perdóname, señoría. Me temo que hemos olvidado algo. ¿Por qué no llamas al otro invitado?

Musashi estaba seguro de saber dónde se encontraba la cuarta persona, pero prefirió permanecer en silencio.

Titubeando ligeramente, Ujikatsu dijo:

—¿Le llamo? —Entonces se dirigió a Musashi—. Debo admitir que has intuido nuestra pequeña treta. Soy yo quien la planeó y me siento bastante avergonzado.

Takuan se echó a reír.

—¡Bien por ti! Me alegra ver que admites la derrota. Pero ¿por qué no? De todos modos era sólo un juego para divertirnos, ¿no es cierto? Desde luego no se trata de nada que haga perder prestigio al maestro del estilo Hōjō.

—Sí, no hay duda de que he sido derrotado —murmuró Ujikatsu, todavía con un dejo de renuencia—. Lo cierto es que, si bien he oído hablar de la clase de hombre que eres, no tenía manera de saber lo bien adiestrado y disciplinado que estás. Se me ocurrió comprobarlo por mí mismo, y los demás invitados accedieron a cooperar. Cuando te detuviste en el pasillo, te esperaba para tenderte una emboscada, listo para desenvainar su espada. —Su señoría parecía lamentar haber tenido que someter a Musashi a aquella prueba—. Pero te diste cuenta de que eras atraído a una trampa y viniste por el jardín. —Mirando directamente a Musashi, le preguntó—: ¿Puedo preguntarte por qué lo has hecho?

Musashi se limitó a sonreír. Entonces habló Takuan:

—Es la diferencia entre el estratega militar y el espadachín, señoría.

—¿De veras?

—Es una cuestión de reacciones instintivas..., la de un estudioso militar que se basa en principios intelectuales contra la de un hombre que sigue el Camino de la Espada, basado en el corazón. Razonaste que si engatusabas a Musashi, él te seguiría. No obstante, sin ver nada ni poder mencionar nada definido, Musashi percibió el peligro y actuó para protegerse. Su reacción ha sido espontánea, instintiva.

—¿Instintiva?

—Como una revelación Zen.

—¿Tienes esa clase de premoniciones?

—La verdad es que no sabría decirlo.

—En cualquier caso, he aprendido una lección. El samurai corriente, al notar el peligro, podría haber perdido la cabeza, o quizá habría usado la trampa como una excusa para exhibir su dominio de la espada. Cuando vi que Musashi retrocedía, se ponía las sandalias y cruzaba el jardín, me sentí profundamente impresionado.

Musashi se mantenía en silencio, sin que su rostro revelara ningún placer especial por las palabras de alabanza del señor Ujikatsu. Sus pensamientos se volvieron hacia el hombre que seguía fuera, en la oscuridad, varado allí porque la víctima no había caído en la trampa.

Dirigiéndose a su anfitrión, le dijo:

—¿Puedo pedirte que el señor de Tajima ocupe ya su lugar entre nosotros?

—¿Cómo es eso? —Ujikatsu estaba tan asombrado como Takuan—. ¿Cómo lo has sabido?

Haciéndose a un lado para dejar a Yagyū Munenori el lugar de honor, Musashi replicó:

—A pesar de la oscuridad, he notado la presencia de alguien que no tiene rival en el manejo de la espada. Teniendo en cuenta la categoría de los demás presentes, no veo qué otra persona podría ser.

—¡Has vuelto a dar en el clavo! —exclamó Ujikatsu, asombrado.

Al ver que su anfitrión le hacía un gesto de asentimiento, Takuan dijo:

—El señor de Tajima, en efecto. —Volviéndose hacia la puerta, añadió—: Tu secreto ha sido descubierto, señor Munenori. ¿Quieres unirte a nosotros?

Se oyó una risa estentórea y Munenori apareció en el umbral. En vez de acomodarse ante el lugar de honor, se arrodilló delante de Musashi y le saludó como a un igual, diciendo:

—Me llamo Mataemon Munenori. Espero que me recuerdes.

—Es un honor conocerte. Soy un rōnin de Mimasaka, Miyamoto Musashi de nombre. Ruego que me concedas tu orientación en el futuro.

—Kimura Sukekurō te mencionó hace unos meses, pero entonces estaba ocupado debido a la enfermedad de mi padre.

—¿Cómo está el señor Sekishūsai?

—Bueno, es ya muy anciano. No hay modo de saber... —Tras una breve pausa, siguió diciendo en tono cordial—: Mi padre me habló de ti en una carta, y he oído a Takuan mencionarte varias veces. Debo decir que tu reacción de hace unos minutos ha sido admirable. Si no te importa, creo que deberíamos considerar que el encuentro de esgrima que pedías ya ha tenido lugar. Confío que no te ofenda mi manera nada ortodoxa de llevarlo a cabo.

Musashi tuvo una impresión de inteligencia y madurez muy acordes con la reputación del daimyō.

—Tu solicitud me azora —replicó, haciendo una profunda reverencia.

Su demostración de deferencia era natural, pues la categoría del señor Munenori estaba tan por encima de la de Musashi que, prácticamente, le colocaba en otro mundo. Aunque su feudo ascendía a sólo mil quinientas fanegas, su familia era famosa desde el siglo X, pues de ella habían salido numerosos magistrados provinciales. A la mayoría de la gente le habría parecido francamente singular que uno de los tutores del shōgun estuviera en la misma habitación con Musashi, y no digamos hablando amistosamente con él de una manera informal. A Musashi le alivió ver que ni Ujikatsu, hombre letrado y miembro de la guardia abanderada del shōgun, ni Takuan, un sacerdote de origen rural, se sentían en absoluto cohibidos debido al rango de Munenori.

La sirvienta trajo sake caliente y, tras intercambiar las tazas, conversaron y rieron, olvidando las diferencias de edad y clase. Musashi sabía que le aceptaban en aquel selecto círculo no sólo por quién era. Sus compañeros buscaban el Camino lo mismo que él. Era el Camino lo que permitía una camaradería tan libre.

En un momento determinado, Takuan dejó su taza y preguntó a Musashi:

—¿Qué ha sido de Otsū?

Ruborizándose levemente, Musashi le dijo que ni la había visto ni tenía noticia alguna de ella desde hacía bastante tiempo.

—¿Nada en absoluto?

—Nada.

—Es una lástima. No puedes dejarla en la estacada indefinidamente, ¿sabes? Eso tampoco es bueno para ti.

Munenori intervino entonces:

—Esa Otsū... ¿Te refieres a la muchacha que cierta vez se alojó en la casa de mi padre en Koyagyū?

—Sí —replicó Takuan sin aguardar a que lo hiciera Musashi.

—Sé dónde está. Fue a Koyagyū con mi sobrino Hyōgo para cuidar de mi padre.

Musashi pensó que en presencia de un renombrado científico militar y Takuan, podrían hablar de estrategia y del Zen. Estando allí Munenori y él, el tema podría haber sido la esgrima.

Tras dirigir a Musashi una mirada de disculpa, Takuan contó a los demás quién era Otsū y su relación con Musashi.

—Más tarde o más temprano —concluyó—, alguien tendrá que reuniros de nuevo, pero me temo que ésa no es tarea para un sacerdote. Solicito la ayuda de estos dos caballeros.

Lo que en realidad estaba sugiriendo era que Ujikatsu y Munenori actuaran como guardianes de Musashi.

Parecieron dispuestos a aceptar ese papel. Munenori observó que Musashi era lo bastante mayor para tener familia y Ujikatsu dijo que había alcanzado un nivel satisfactorio de adiestramiento.

Munenori sugirió que uno de aquellos días habría que llamar a Otsū, para que regresara de Koyagyū y se casara con Musashi. Entonces éste podría establecerse en Edo, donde su casa, junto con la de Ono Tadaaki y Yagyū Munenori, formaría un triunvirato de la espada y anunciaría una era dorada de la esgrima en la nueva capital. Tanto Takuan como Ujikatsu estuvieron de acuerdo.

El señor Ujikatsu, en especial, deseoso de recompensar a Musashi por su amabilidad con Shinzō, quiso recomendarle como tutor del shōgun, una idea que los tres habían comentado antes de enviar a Shinzō en busca de Musashi. Y tras haber visto cómo reaccionaba Musashi a su prueba, el mismo Munenori estaba ahora dispuesto a aprobar el plan.

Había dificultades que superar, y una de ellas era la de que ser maestro en la casa del shōgun comportaba también la pertenencia a la guardia de honor. Puesto que muchos de sus miembros eran fieles vasallos de los Tokugawa desde la época en que Ieyasu regía en el feudo de Mikawa, existía una considerable renuencia a nombrar nuevos miembros, y todos los candidatos eran examinados con gran minuciosidad. Sin embargo, era presumible que con recomendaciones de Ujikatsu y Munenori, junto con una carta de garantía de Takuan, Musashi podría pasar el escrutinio.

El aspecto más peliagudo era el de sus antepasados. No existía documento alguno que remontara sus orígenes a Hirata Shōgen del clan Akamatsu, ni siquiera una carta genealógica que demostrara un buen linaje samurai. Desde luego, no tenía ninguna conexión familiar con los Tokugawa. Por el contrario, era un hecho innegable que, siendo un inexperto joven de diecisiete años, había luchado contra las fuerzas de Tokugawa en Sekigahara. No obstante, aún existía una posibilidad. Otros rōnin de antiguos clanes enemigos se habían pasado a la Casa de Tokugawa después de Sekigahara. Incluso Ono Tadaaki, un rōnin del clan Kitabatake, por entonces oculto en Ise Matsuzaka, había sido nombrado tutor del shōgun a pesar de sus indeseables conexiones.

Después de que los tres hombres examinaran los pros y los contras, Takuan dijo:

—Muy bien, entonces le recomendaremos. Pero quizá deberíamos saber primero

su opinión al respecto.

Plantearon la cuestión a Musashi, el cual respondió suavemente:

—Sois muy amables y generosos al hacer esta sugerencia, pero no soy más que un joven inmaduro.

—No lo consideres así —replicó Takuan con sinceridad—. Lo que te estamos aconsejando es que madures. ¿Piensas fundar tu propia casa o harás que Otsū siga viviendo indefinidamente como hasta ahora?

Musashi se sentía entre la espada y la pared. Otsū le había dicho que estaba dispuesta a soportar cualquier penalidad, pero eso no disminuía en modo alguno la responsabilidad de Musashi por cualquier percance que la joven sufriera. Si bien era aceptable que una mujer viviera de acuerdo con sus propios sentimientos, si el resultado no fuese satisfactorio, él tendría la culpa.

Musashi no era reacio a aceptar esa responsabilidad. En conjunto, anhelaba aceptarla. A Otsū la había guiado el amor, y la carga de ese amor le pertenecía a él tanto como a ella. Sin embargo, creía que aún era demasiado pronto para casarse y tener familia. El largo y difícil Camino de la Espada aún se extendía ante él, su deseo de seguirlo no había disminuido.

No simplificaba las cosas el hecho de que su actitud hacia la espada hubiera cambiado. Desde Hōtengahara, la espada del conquistador y la del que mata eran cosas del pasado, ya carentes de utilidad y significado.

Tampoco ser un técnico, incluso uno que diera instrucciones a los hombres que formaban el séquito del shōgun, excitaba su interés. El Camino de la Espada, tal como él había llegado a verlo, debía tener objetivos concretos: establecer el orden, proteger y refinar el espíritu. El Camino tenía que ser de tal manera que uno lo apreciara tanto como a su vida, hasta el mismo día de su muerte. Si existiese ese Camino, ¿no podría ser empleado para traer paz al mundo y felicidad a todos?

Cuando respondió a la carta de Sukekurō con un desafío al señor Munenori, no le motivó el anhelo superficial de obtener una victoria que le permitiera desafiar a Sekishūsai. Ahora deseaba dedicarse a la tarea de gobernar. No en gran escala, desde luego: un feudo pequeño, insignificante, bastaría para las actividades que, a su modo de ver, promoverían la causa del buen gobierno.

Pero le faltaba confianza para expresar esas ideas, tenía la sensación de que los otros espadachines rechazarían por absurdas sus ambiciones juveniles. O bien, si le tomaban en serio, se sentirían obligados a advertirle: la política conduce a la destrucción, y entrando en el gobierno ensuciaría su querida espada. Hablarían así impulsados por una auténtica preocupación por su espíritu.

Incluso creía que, si decía lo que pensaba realmente, los dos guerreros y el sacerdote reaccionarían o bien riéndose o bien con alarma.

Cuando por fin habló, lo hizo para expresar su protesta: era demasiado joven,

demasiado inmaduro, su adiestramiento era inadecuado...

Finalmente, Takuan le interrumpió.

—Déjalo de nuestra cuenta —le dijo.

Y el señor Ujikatsu añadió:

—Nos ocuparemos de que las cosas te salgan a pedir de boca.

El asunto estaba decidido.

Shinzō, que acudía a intervalos para despabilar la lámpara, había captado el meollo de la conversación. Serenamente hizo saber a su padre y a los invitados que lo que había oído le producía una satisfacción inmensa.

El algarrobo

Matahachi abrió los ojos y miró a su alrededor, se levantó y asomó la cabeza por la puerta trasera.

—¡Akemi! —gritó.

No obtuvo respuesta.

Algo le impulsó a abrir el armario. Recientemente Akemi había terminado de confeccionar un nuevo kimono. La prenda no estaba allí.

Primero fue a la casa vecina, la de Umpei, y luego recorrió el pasadizo entre las casas hasta salir a la calle, donde fue preguntando ansiosamente a todo el mundo si habían visto a la joven.

—La he visto esta mañana —dijo la mujer del carbonero.

—¿De veras? ¿Dónde?

—Vestía muy bien. Le pregunté adonde iba y me contestó que a visitar a unos parientes en Shinagawa.

—¿Shinagawa?

—¿No tiene parientes allí? —inquirió la mujer escépticamente.

Él empezó a decir que no, pero se contuvo.

—Ah, sí, claro. Ha ido allí.

¿Correría tras ella? En realidad, no le tenía demasiado apego, y estaba más irritado que otra cosa. Su desaparición le había dejado un sabor agridulce.

Escupió, soltó uno o dos juramentos y se encaminó a la playa, que estaba al otro lado de la carretera de Shibaura. A cierta distancia de la orilla se apiñaban varias casas de pescadores. Matahachi tenía la costumbre de ir allí cada mañana mientras Akemi cocinaba el arroz, en busca de pescado. Casi siempre cinco o seis ejemplares habían caído de las redes, y él regresaba justo a tiempo para que ella los incluyera en el desayuno. Aquel día hizo caso omiso del pescado.

—¿Qué te ocurre, Matahachi? —le preguntó el prestamista de la calle principal al tiempo que le daba unas palmaditas en el hombro.

—Hace una buena mañana —replicó el interpelado.

—Es agradable salir de casa temprano, ¿verdad? Me alegra verte salir cada mañana para dar un paseo. ¡Es excelente para tu salud!

—Debes de estar de broma. Tal vez si fuese rico como tú, pasearía para hacer salud. Para mí, el paseo es trabajo.

—No tienes muy buen aspecto. ¿Te ha pasado algo?

Matahachi cogió un puñado de arena y la lanzó poco a poco al viento. Tanto él como Akemi conocían bien al prestamista, el cual les había ayudado a salir de varios apuros.

El hombre siguió hablando sin inmutarse:

—¿Sabes? Quería hablar contigo de cierto asunto, pero nunca tenía ocasión de hacerlo. ¿Hoy vas a trabajar?

—¿Para qué iba a molestarme? No gano gran cosa vendiendo sandías.

—Vente a pescar conmigo.

Matahachi se rascó la cabeza y le miró con una expresión apenada.

—Te lo agradezco, pero la verdad es que no me gusta pescar.

—Hombre, no tienes que pescar si no quieres, pero ven conmigo de todos modos. Así te sentirás mejor. Ahí está mi barca. Sabes remar con espadilla, ¿no?

—Supongo que sí.

—Anda, vamos. Te contaré cómo puedes ganar un montón de dinero..., tal vez mil piezas de oro. ¿Qué te parece?

De repente, Matahachi tuvo un gran interés en ir a pescar.

A unas mil varas mar adentro, el agua aún era lo bastante somera para tocar el fondo con la espadilla. Matahachi dejó que la barca notara a la deriva y preguntó:

—Dime, ¿qué he de hacer para ganar ese dinero?

—Te lo diré en seguida. —El corpulento prestamista se acomodó en el asiento central de la embarcación—. Te ruego que sostengas una caña de pescar sobre el agua.

—¿Por qué?

—Es mejor que la gente crea que estamos pescando. Dos personas que remaran hasta tan lejos sólo para hablar parecerían sospechosas.

—¿Te parece bien así?

—Perfecto. —El hombre sacó una pipa con cazoleta de cerámica, la llenó de caro tabaco y la encendió—. Antes de decirte lo que he pensado, permíteme que te haga una pregunta. ¿Qué dicen los vecinos de mí?

—¿De ti?

—Sí, de Daizō de Narai.

—Bueno, se supone que los prestamistas son unos cicateros, pero todo el mundo dice que eres muy generoso al prestar dinero. Dicen que eres un hombre que comprende la vida.

—No me refiero a las prácticas comerciales. Quiero saber qué opinan de mí personalmente.

—Creen que eres un buen hombre, un hombre con sentimientos. No te estoy halagando, eso es realmente lo que opinan.

—¿No comentan nunca lo religioso que soy?

—Oh, sí, claro. Todo el mundo está asombrado de lo caritativo que eres.

—¿Nunca han venido por aquí hombres de la magistratura preguntando por mí?

—No. ¿Por qué habrían de hacerlo?

Daizō soltó una risita.

—Supongo que mis preguntas te parecen absurdas, pero la verdad es que no soy un auténtico prestamista.

—¿Qué?

—Escucha, Matahachi, es muy posible que nunca se te vuelva a presentar la oportunidad de ganar tanto dinero de una sola vez.

—Probablemente tengas razón.

—¿Quieres agarrarte?

—¿De dónde?

—De la parra del dinero.

—¿Qué..., qué debo hacer?

—Prometerme hacer una cosa y llevarla a cabo.

—¿Eso es todo?

—Eso es todo, pero si luego cambias de idea, puedes darte por muerto. Sé que el dinero te interesa, pero piénsalo bien antes de dar tu respuesta definitiva.

—¿Qué debo hacer exactamente? —preguntó Matahachi con suspicacia.

—Tendrás que convertirte en un cavador de pozos. Eso no tiene nada de raro.

—¿En el castillo de Edo?

Daizō miró a través de la bahía. Los barcos de carga llenos de materiales de construcción y con los estandartes de varios grandes clanes, Tōdō, Arima, Katō, Date, Hosokawa, se alineaban casi proa contra popa.

—Comprendes con rapidez, Matahachi. —El prestamista llenó de nuevo su pipa —. Precisamente pensaba en el castillo de Edo. Si no me equivoco, Umpei ha tratado de convencerte de que caves pozos para él. Nada más natural que decidieras aceptar la oferta.

—¿Eso es todo lo que he de hacer?... ¿De qué modo convertirme en cavador de pozos me hará ganar tanto dinero?

—Ten paciencia. Te lo contaré todo.

Al regresar a la orilla, Matahachi estaba eufórico. Cuando se separaron le había hecho una promesa al prestamista. Aquella noche saldría sigilosamente e iría a casa de Daizō para recibir un anticipo de treinta monedas de oro.

Volvió a su casa, hizo la siesta y se despertó al cabo de unas horas con la imagen de la vasta suma que pronto sería suya ante los ojos.

Era una fantástica suma de dinero, suficiente para compensar la mala suerte que había tenido hasta entonces, suficiente para que le durase el resto de su vida. Más excitante aún era la perspectiva de poder mostrar a la gente que se equivocaban, que, al fin y al cabo, él tenía todo lo que hacía falta tener.

La fiebre del dinero le dominaba y no podía serenarse. Todavía notaba la boca seca, incluso un poco insensible. Salió al pasadizo desierto frente al bosque de

bambúes, detrás de la casa, y pensó: «¿Quién será ese hombre y qué se propone?». Entonces empezó a rememorar la conversación sostenida con Daizō.

En aquellos días los cavadores de pozos estaban trabajando en el Goshinjō, el nuevo castillo que se alzaba en el recinto occidental. Daizō le había dicho: «Tendrás que esperar hasta que se presente la ocasión, y entonces dispararás contra el nuevo shōgun con un mosquete». El arma y la munición estarían en los terrenos del castillo, bajo un enorme algarrobo cuya edad se contaba en siglos, cerca del portal trasero al pie de la colina Momiji.

Ni que decir tiene, los trabajadores estaban sometidos a una intensa vigilancia, pero a Hidetada le gustaba desplazarse con sus ayudantes para inspeccionar las obras. Conseguir el objetivo sería bastante fácil. En medio de la confusión producida, Matahachi podría huir saltando al foso externo, de donde le rescatarían los cómplices de Daizō. Éste le había asegurado que estarían allí sin falta.

Matahachi regresó a su habitación y se quedó mirando el techo. Le parecía oír la voz de Daizō susurrando ciertas palabras una y otra vez, y recordó cómo le habían temblado los labios cuando dijo: «Sí, lo haré». Se puso en pie de un salto, con carne de gallina. «¡Esto es horrible! Iré ahí ahora mismo y le diré que no quiero saber nada del asunto.» Entonces recordó algo más que Daizō le había dicho: «Ahora que te he contado todo esto, estás comprometido. Lamentaría mucho que te ocurriese algo, pero si intentas echarte atrás, mis amigos te cortarán la cabeza..., digamos antes de tres días». La penetrante mirada de Daizō mientras decía esto destelló ante los ojos de Matahachi.

Matahachi recorrió la corta distancia por el callejón de Nishikubo hasta la esquina con la carretera de Takanawa, donde estaba la casa de empeños. La bahía, sumida en la oscuridad, se abría en el extremo de una calle lateral. Matahachi entró en el pasadizo a lo largo del almacén, se dirigió a la disimulada puerta trasera y llamó suavemente.

—No está cerrado —dijeron en seguida desde dentro.

—¿Daizō?

—Sí. Me alegro de que hayas venido. Entremos en el almacén.

Habían dejado abierto un postigo contra la lluvia. Matahachi entró en el corredor exterior y siguió al prestamista.

—Siéntate —le dijo Daizō, depositando una vela sobre un largo baúl ropero de madera. El prestamista tomó asiento a su vez, se cruzó de brazos y le preguntó—: ¿Has visto a Umpei? ¿Cuándo te llevará al castillo?

—Pasado mañana, cuando lleve a diez nuevos trabajadores. Ha dicho que me incluiría.

—Entonces ¿todo está arreglado?

—Bueno, aún es necesario que el jefe del distrito y los cinco hombres de la

asociación del vecindario sellen los documentos.

—Eso no será ningún problema, pues soy miembro de la asociación.

—¿De veras? ¿Tú?

—¿Por qué te sorprendes tanto? Soy uno de los hombres de negocios más influyentes del vecindario. La primavera pasada el jefe del distrito insistió en que participara.

—Oh, no estaba sorprendido, yo... no lo sabía, eso es todo.

—Ja, ja. Sé exactamente lo que has pensado, que es escandaloso que un hombre como yo forme parte del comité que se ocupa de los asuntos del vecindario. Pues bien, permíteme decirte que, si tienes dinero, todo el mundo dirá de ti que eres un hombre excelente y, por mucho que lo intentes, no podrás evitar convertirte en un dirigente local. Piensa, Matahachi. No tardarás mucho en tener también montones de dinero.

—Sss... sí —tartamudeó Matahachi, incapaz de reprimir un estremecimiento—. ¿Mmm... me darás ahora un anticipo?

—Espera un momento.

El prestamista cogió la vela y se dirigió al fondo del almacén. De un cofre que estaba en un estante extrajo y contó treinta monedas de oro. Volvió al lado de Matahachi y le preguntó:

—¿Tienes algo para envolverlas?

—No.

—Pues usa esto. —Cogió del suelo un trapo de algodón y se lo arrojó a Matahachi—. Será mejor que lo guardes en el envoltorio abdominal y te asegures de que está bien atado.

—¿Tengo que darte un recibo?

—¿Un recibo? —repitió Daizō, riendo sin querer—. ¡Vaya, qué honrado eres! Pero no, gracias, no lo necesito. Si cometes un error, confiscaré tu cabeza.

Matahachi parpadeó y dijo:

—Supongo que ahora será mejor que me marche.

—No tan rápido. Al recibir ese dinero incurres en ciertas obligaciones. ¿Recuerdas todo lo que te he dicho esta mañana?

—Sí. Por cierto, tengo una sola duda. Has dicho que el mosquete estaría debajo del algarrobo. ¿Quién lo dejará ahí?

Habida cuenta de lo difícil que era para los trabajadores ordinarios entrar en los terrenos del castillo, se preguntaba cómo podría penetrar alguien subrepticiamente con un mosquete y munición. ¿Y cómo podría alguien sin poderes sobrenaturales enterrarlos de modo que estuvieran a la espera y dispuestos al cabo de quince días?

—Eso no es asunto tuyo. Sólo tienes que hacer lo que hemos convenido. Ahora estás nervioso porque no te has acostumbrado a la idea. Pero cuando lleves ahí un par

de semanas, todo irá bien.

—Así lo espero.

—Primero tienes que convencerte de que lo vas a hacer. Entonces tendrás que acechar el momento adecuado.

—Comprendo.

—Escucha, no quiero ningún desliz. Esconde ese dinero donde nadie pueda encontrarlo, y déjalo ahí hasta después de que hayas llevado a cabo tu misión. Cuando fallan esta clase de proyectos, siempre se debe al dinero.

—No te preocupes. Ya he pensado en eso. Pero permíteme que te pregunte una cosa. ¿Cómo puedo estar seguro de que después de que haya hecho el trabajo no te negarás a pagarme el resto?

—¡Bah! Tal vez dé una impresión de jactancia, pero el dinero es la última de mis preocupaciones. Recrea la vista en esas cajas. —Alzó la vela para que Matahachi pudiera ver mejor. Toda la habitación estaba llena de cajas, para bandejas lacadas, para armaduras, para muchas otras cosas—. Cada una de ellas contiene mil piezas de oro.

Sin mirar con demasiado detenimiento, Matahachi dijo en tono de disculpa:

—No dudo de tu palabra, por supuesto.

La conversación secreta continuó aproximadamente durante otra hora. Sintiéndose algo más confiado, Matahachi se marchó por el camino de atrás.

Daizō se asomó a la puerta de una habitación contigua.

—¿Estás ahí, Akemi? Creo que irá directamente a esconder el dinero. Será mejor que le sigas.

Tras hacer varias visitas a la casa de empeños, Akemi, embelesada con la personalidad de Daizō, le había confiado sus pesares, quejándose de sus circunstancias actuales y expresando el deseo de buscar algo mejor. Un par de días atrás, Daizō había observado que necesitaba una mujer para que cuidara de su casa, y Akemi se presentó ante su puerta por la mañana, a hora muy temprana. El prestamista le franqueó la entrada y le dijo que no se preocupara, que él «se encargaría» de Matahachi.

El asesino en potencia, ajeno por completo a que le seguían, regresó a su casa. Cogió una hoz, se internó en el oscuro bosquecillo detrás de la casa, ascendiendo hasta lo alto de la colina de Nishikubo, y allí enterró su tesoro.

Tras haber observado todo esto, Akemi informó a Daizō, el cual partió de inmediato hacia la colina de Nishikubo. Era casi de día cuando volvió al almacén y contó las piezas de oro que había desenterrado. Las contó una segunda vez y una tercera, pero no había ningún error: eran sólo veintiocho.

Daizō ladeó la cabeza y frunció el ceño. Le disgustaba profundamente la gente que le robaba su dinero.

La locura de Tadaaki

Osugi no era una persona a quien desesperasen las penas y las amargas decepciones del afecto maternal no correspondido, pero en aquel lugar, donde los insectos chirriaban entre el trébol y las plantas de eulalia, ante el gran río que se deslizaba lentamente, no la conmovían sentimientos de nostalgia y la impermanencia de la vida.

—¿Has vuelto a casa?

La voz sonó áspera en el inmóvil aire nocturno.

—¿Quién eres? —preguntó ella.

—Soy de Hangawara. Ha llegado mucha verdura fresca de Katsushika y el jefe me ha dicho que te traiga una parte.

—Yajibei siempre es tan considerado.

La anciana estaba sentada a una mesa baja, con una vela al lado y un pincel de escritura en la mano, copiando el Sutra del gran amor de los padres. Se había mudado a una pequeña casa alquilada en el distrito de Hamachō, escasamente poblado, y se ganaba la vida de una manera razonable tratando con moxa las enfermedades y achaques de otras personas. Ella misma no padecía ningún trastorno físico digno de mención. Desde comienzos del otoño había vuelto a sentirse bastante joven.

—Dime, abuela, ¿esta tarde ha venido a verte un hombre joven?

—¿Te refieres a un paciente para que le tratara con moxa?

—No, no. Ese hombre se presentó en casa de Yajibei, y parecía tener algo importante entre manos. Nos preguntó dónde vives ahora y se lo dijimos.

—¿Qué edad le pondrías?

—Supongo que unos veintisiete u ocho.

—¿Qué aspecto tenía?

—Más bien carirredondo y no muy alto.

—Humm, quizá...

—Tenía un acento como el tuyo y pensé que procedía del mismo lugar. Bien, me marcho. Buenas noches.

Mientras las pisadas se desvanecían, los chirridos de los insectos se alzaron de nuevo como el sonido monótono de la lluvia. Osugi dejó a un lado el pincel y se quedó mirando la llama de la vela, pensando en los días de su juventud, cuando la gente leía portentos en el halo luminoso. No tenían manera de saber cómo les iba a los maridos, hijos y hermanos que habían partido a la guerra, o qué podría esperarles a ellos mismos en su propio destino incierto. Un halo brillante se tomaba como señal de buena suerte, mientras que las sombras violáceas eran una indicación de que alguien había muerto. Cuando la llama crepitaba como pinaza, podían tener la seguridad de que estaba en camino una persona a la que esperaban.

Osugi había olvidado la manera de interpretar los presagios, pero aquella noche el alegre halo, tan bello en su colorido como un arco iris, sugería la inminencia de algo espléndido.

¿Podría tratarse de Matahachi? Tendió la mano hacia el pincel pero la retiró. Como si estuviera extasiada, se olvidó de sí misma y de su entorno, y durante una o dos horas sólo pensó en el rostro de su hijo, que parecía flotar en la oscuridad de la habitación.

Un ligero ruido en la entrada trasera la hizo salir de su ensoñación. Temerosa de que una comadreja estuviera causando estragos en su cocina, cogió la vela y fue a investigar.

El saco de verduras estaba al lado de la fregadera, y encima del saco había un objeto blanco. Al cogerlo notó que era pesado..., tan pesado como dos piezas de oro. En el envoltorio de papel blanco Matahachi había escrito: «Todavía no tengo el valor de darte la cara. Por favor, perdóname si te abandono durante otros seis meses. Sólo dejaré esta nota, sin entrar».

Un samurai de expresión asesina se abría paso a grandes zancadas entre la alta hierba, en dirección a dos hombres que estaban de pie en la orilla del río.

—¿Era él, Hamada? —gritó entre jadeos.

—No —replicó Hamada con voz quejumbrosa—. Era otro hombre.

A pesar del tono contrito, sus ojos centelleaban mientras seguía escudriñando el entorno.

—Estoy seguro de que era él.

—No era él, sino un barquero.

—¿Estás seguro?

—Cuando corrí tras él, subió a ese bote de ahí.

—Ésa no es razón para considerarle un barquero.

—Lo he comprobado.

—He de reconocer que tiene los pies ligeros.

Apartándose del río, emprendieron el regreso a través de los campos de Hamachō.

—¡Matahachi..., Matahachi!

Al principio el sonido apenas se elevaba por encima del murmullo del río, pero su repetición lo hizo inequívoco y los hombres se detuvieron e intercambiaron miradas de asombro.

—¡Alguien le está llamando! ¿Cómo es posible?

—Parece la voz de una anciana.

Con Hamada en cabeza, el grupo siguió rápidamente la dirección del sonido hasta su fuente, y cuando Osugi oyó sus pasos corrió hacia ellos.

—¿Matahachi? ¿Es una de tus...?

Los hombres la rodearon y le inmovilizaron los brazos a la espalda.

—¿Qué me estáis haciendo? —Con la cara congestionada, como un pez globo irritado, les gritó—: A ver, ¿quiénes sois vosotros?

—Somos alumnos de la escuela Ono.

—No conozco a nadie llamado Ono.

—¿Nunca has oído hablar de Ono Tadaaki, el tutor del shōgun?

—Jamás.

—¿Cómo es posible, vieja...?

—Espera. Veamos qué sabe de Matahachi.

—Soy su madre.

—¿Eres tú la madre de Matahachi, el vendedor de sandías?

—¿Qué quieres decir, cerdo? ¡Vendedor de sandías! Matahachi es descendiente de la Casa de Hon'iden, y ésa es una familia importante de la provincia de Mimasaka. Os hago saber que los Hon'iden son ilustres servidores de Shimmen Munetsura, señor del castillo de Takeyama, en Yoshino.

—Bueno, ya está bien —dijo uno de los hombres.

—¿Qué hacemos?

—Cogerla y llevárnosla.

—¿Como rehén? ¿Crees que servirá de algo?

—Si es su madre, tendrá que venir a por ella.

Osugi tensó su flaco cuerpo y se debatió como una tigresa acosada, pero fue en vano.

Kojirō, que llevaba varias semanas aburrido e insatisfecho, había adquirido el hábito de dormir mucho, tanto de día como de noche. En aquellos momentos estaba tendido boca arriba, farfullando y acariciando la espada colocada sobre su pecho.

—Basta de hacer llorar a Palo de Secar. Una espada como ésta, un espadachín como yo mismo... ¡pudriéndose en la casa de otro hombre!

Se oyó un chasquido y algo emitió un destello metálico.

—¡Necio estúpido!

Trazando un gran arco por encima de él, el arma se deslizó en el interior de su vaina como una criatura viva.

—¡Espléndido! —exclamó un sirviente desde el borde de la terraza—. ¿Estás practicando la técnica para atacar desde una posición supina?

—No seas tonto —replicó desdeñosamente Kojirō. Se puso boca abajo, recogió dos fragmentos de algo y los lanzó hacia la terraza—. Se estaba poniendo pesado.

El sirviente miró con los ojos desmesuradamente abiertos. El insecto, parecido a una gran polilla, presentaba las tenues alas y el cuerpo cortados limpiamente en dos.

—¿Has venido a prepararme la cama? —le preguntó Kojirō.

—¡Oh, no! ¡Perdona! Te he traído una carta.

Kojirō desdobló la carta sin apresurarse y se puso a leerla. Mientras lo hacía, la excitación fue aflorando a su semblante. Según Yajibei, Osugi había desaparecido la noche anterior. Pedía a Kojirō que acudiera en seguida para hablar de lo que debían hacer.

La carta explicaba con algún detalle cómo se habían enterado de dónde estaba la anciana. Los hombres de Yajibei la habían buscado durante todo el día, pero el meollo del asunto era el mensaje que Kojirō dejara en el Donjiki, el cual había sido tachado y al lado alguien había escrito: «A Sasaki Kojirō: La persona que tiene en custodia a la madre de Matahachi es Hamada Toranosuke, de la Casa de Ono».

—Por fin —dijo Kojirō con voz profunda. Cuando rescató a Matahachi, sospechó que los dos samurais a los que había derribado tenían alguna relación con la escuela de Ono. Soltó una risita y añadió—: Precisamente lo que estaba esperando.

De pie en la terraza, alzó la vista hacia el cielo nocturno. Había nubes, pero no parecía que fuese a llover.

Muy poco tiempo después, se le vio cabalgando por la carretera de Takanawa en un caballo de carga alquilado. Era ya tarde cuando llegó a la casa de Hangawara. Tras interrogar con detalle a Yajibei, decidió pasar la noche allí y ponerse en acción a la mañana siguiente.

Ono Tadaaki recibió su nuevo nombre no mucho después de la batalla de Sekigahara. Se llamaba Mikogami Tenzen cuando fue llamado al campamento de Hidetada para que diera lecciones de esgrima, actividad en la que se distinguió. Junto con su nuevo nombre recibió el nombramiento de vasallo directo de los Tokugawa y la concesión de una residencia en la colina Kanda de Edo.

Puesto que desde la colina se tenía una vista excelente del monte Fuji, el shogunado la designó como distrito residencial para sus servidores procedentes de Suruga, la provincia donde estaba situada la emblemática montaña.

—Me han dicho que la casa está en la cuesta de Saikachi —dijo Kojirō.

Estaba con uno de los hombres de Hangawara en lo alto de la colina. En el profundo valle por debajo de ellos veían Ochanomizu, una parte del río de la que se decía que extraían el agua para el té del shōgun.

—Espera aquí —dijo el guía de Kojirō—. Veré si está ahí.

Regresó poco después con la información de que ya habían dejado atrás la casa.

—No recuerdo haber visto ninguna casa que pareciera la mansión del tutor del shōgun.

—Ni yo tampoco. Creía que tendría una gran mansión, como la de Yagyū Munenori, pero lo cierto es que su casa es esa antigua que hemos visto a la derecha. Dicen que antes lo ocupaba el guardián de los establos del shōgun.

—Supongo que no es nada sorprendente. Ono sólo vale mil quinientas fanegas, mientras que la mayor parte de la fortuna de Munenori la amasaron sus antepasados.

—Aquí es —dijo el guía, señalando la casa.

Kojirō se detuvo y examinó la disposición general de los edificios. El viejo muro de tierra se extendía desde la mitad de la cuesta hasta un bosquecillo que cubría una pequeña elevación. El recinto parecía ser muy grande. Desde la entrada sin puerta se veía, más allá de la casa principal, un edificio que parecía el dōjō y un anexo, al parecer de construcción más reciente.

Kojirō dijo a su acompañante:

—Ahora regresa y dile a Yajibei que si esta noche no estoy de vuelta con la anciana, deberá suponer que me han dado muerte.

—Sí, señor.

El hombre echó a correr por la cuesta de Saikachi abajo, deteniéndose varias veces para mirar atrás.

Kojirō no había perdido tiempo para tratar de acercarse a Yagyū Munenori. No había manera de derrotarle y de ese modo tomar para sí la gloria del otro hombre, pues el estilo Yagyū era el único realmente empleado por los Tokugawa. Ésa era suficiente excusa para que Munenori se negara a enfrentarse con rōnin ambiciosos. Tadaaki, en cambio, se inclinaba a medirse con todos los que acudían a él.

Comparado con el estilo Yagyū, el de Ono era más práctico, pues su objetivo no consistía en hacer una gran exhibición de destreza sino en matar. Kojirō no había oído hablar de nadie que hubiera conseguido atacar a la Casa de Ono y avergonzarla. Mientras Munenori era, en general, el más respetado, Tadaaki era considerado el más fuerte.

Desde que llegó a Edo y se enteró de esa situación, Kojirō se había dicho a sí mismo que uno de aquellos días llamaría a la puerta de Ono.

Numata Kajūrō echó un vistazo por la ventana del vestuario del dōjō. Reaccionó tardíamente y sus ojos recorrieron la sala, en busca de Toranosuke. Al verle en medio de la estancia, aleccionando a un joven alumno, corrió a su lado y farfulló en voz baja:

—¡Está aquí! ¡Ahí afuera, en el jardín delantero!

Toranosuke, con la espada de madera extendida ante él, gritó al alumno: «¡En guardia!», y entonces avanzó, sus pisadas resonando fuertemente en el suelo. Cuando los dos llegaron al ángulo norte, el estudiante dio una voltereta y su espada de madera salió volando.

Toranosuke se volvió a Kajūrō.

—¿De quién estabas hablando? ¿De Kojirō?

—Sí, está en el jardín. Le tendremos aquí de un momento a otro.

—Mucho más pronto de lo que esperaba. Tomar a la anciana como rehén ha sido una buena idea.

—¿Qué piensas hacer ahora? ¿Quién irá a recibirle? Debería ser alguien que esté preparado para cualquier cosa. Si tiene el valor de venir aquí solo, puede intentar alguna maniobra por sorpresa.

—Tráele al dōjō. Le recibiré yo mismo. Los demás quedaos en segundo término y guardad silencio.

—Por lo menos somos muchos —dijo Kajūrō.

Miró a su alrededor y le reconfortó ver las caras de tipos fornidos como Kamei Hyōsuke, Negoro Hachikurō e Itō Magobei, entre una veintena más. No tenían la menor idea de lo que pensaba Kojirō, pero todos ellos sabían por qué Toranosuke le quería allí.

Uno de los dos hombres a los que Kojirō había matado cerca del Donjiki era el hermano mayor de Toranosuke. Aunque había sido un inútil y en la escuela le tenían en baja estima, de todos modos era preciso vengar su muerte debido al parentesco.

A pesar de su juventud y sus ingresos modestos, Toranosuke era un samurai de valor reconocido en Edo. Al igual que los Tokugawa, era originario de la provincia de Mikawa, y su familia una de las más antiguas entre los vasallos hereditarios del shōgun. Era también uno de los «cuatro generales de la cuesta de Saikachi», siendo los tres restantes Kamei, Negoro e Itō.

La noche anterior, cuando Toranosuke llegó a casa con Osugi, todos convinieron en que había dado un golpe notable. Ahora le resultaría difícil a Kojirō no dar la cara. Los hombres juraron que si se presentaba le darían una paliza hasta dejarlo casi muerto, le cortarían la nariz y le colgarían de un árbol junto al río Kanda para que todos le vieran. Pero no estaban en modo alguno seguros de que se presentara. De hecho, habían hecho apuestas al respecto, y la mayoría apostó a que no acudiría.

Se reunieron en la sala principal del dōjō, dejaron libre el espacio central y aguardaron ansiosamente.

Al cabo de un rato, uno de los hombres preguntó a Kajūrō:

—¿Estás seguro de que el hombre que has visto era Kojirō?

—Completamente seguro.

Estaban sentados en un orden imponente. Sus rostros, al principio inexpresivos, mostraban ahora signos de la tensión. Algunos temían que si la espera se prolongaba mucho más, caerían víctimas de su propia ansiedad. Cuando el límite de su aguante parecía próximo, oyeron un rápido golpeteo de sandalias que se detuvieron ante el vestuario, y la cara de otro alumno, que se había puesto de puntillas, apareció en la ventana.

—¡Oíd! No tiene ningún sentido que esperemos aquí. Kojirō no viene.

—¿Qué quieres decir? Kajūrō acaba de verle.

—Sí, pero fue directamente a la casa. No sé cómo le han franqueado el paso, pero está en la sala de invitados hablando con el maestro.

—¿El maestro? —repitieron al unísono los presentes.

—¿Estás diciendo la verdad? —preguntó Toranosuke, con semblante consternado.

Tenía fuertes sospechas de que, si se investigaban las circunstancias de la muerte de su hermano, quedaría al descubierto que no se había propuesto nada bueno, pero él había dorado la píldora al relatar el incidente a Tadaaki. Y si su maestro sabía que había secuestrado a Osugi, no era porque él mismo se lo hubiera dicho.

—Si no me crees, ve a verlo.

—¡Qué lío! —exclamó preocupado Toranosuke.

Lejos de simpatizar con él, los alumnos estaban irritados por su falta de decisión.

Tras aconsejar a los demás que estuvieran tranquilos mientras ellos iban a ver cuál era la situación, Kamei y Negoro se estaban calzando las zōri cuando una atractiva muchacha de blanco cutis salió corriendo de la casa. Al reconocer a Omitsu, los dos hombres se quedaron donde estaban y los demás corrieron a la puerta.

—¡Todos vosotros! —gritó la joven con voz aguda, excitada—. ¡Venid en seguida! Mi tío y el invitado han desenvainado las espadas. ¡Están luchando en el jardín!

Aunque Omitsu estaba considerada oficialmente como la sobrina de Tadaaki, corrían rumores de que era realmente la hija que había tenido Itō Ittōsai con una querida, y como Ittōsai era el maestro de Tadaaki, éste debía de haber accedido a criar a la niña.

La expresión de pavor de sus ojos era insólita en ella.

—He oído hablar a mi tío y el invitado..., sus voces iban subiendo de tono..., y de repente... No creo que mi tío corra peligro, pero...

Los cuatro generales gritaron al unísono y corrieron al jardín, que estaba separado del recinto exterior por una valla de arbustos. Los otros llegaron a su altura junto a la puerta de bambú trenzado.

—La puerta está cerrada.

—¿No es posible forzarla?

Eso fue innecesario, pues la puerta cedió bajo el peso de los samurais que la presionaban. Cuando cayó, apareció a la vista una zona espaciosa con un cerro al fondo. Tadaaki, con su fiel espada Yukihira al nivel de los ojos, estaba en el centro. Más allá, a buena distancia, se hallaba Kojirō, con la gran Palo de Secar por encima de su cabeza, la mirada ardiente.

La atmósfera cargada parecía crear una barrera invisible. Para los hombres formados en la tradición estricta de la clase samurai, la solemnidad imponente que rodeaba a los combatientes, la dignidad de las mortíferas espadas desenvainadas, eran

inviolables. A pesar de su agitación, el espectáculo privó momentáneamente a los alumnos tanto de su movilidad como de sus emociones.

Pero entonces dos o tres de ellos empezaron a avanzar con la intención de situarse detrás de Kojirō.

—¡Volved atrás! —gritó airadamente Tadaaki.

Su voz, dura y escalofriante, en absoluto la voz paternal a la que estaban acostumbrados, inmovilizó por completo a sus alumnos.

La gente solía suponer que Tadaaki tenía hasta diez años menos de sus cincuenta y cuatro o cinco y que su estatura era media, aunque en realidad estaba un poco por debajo. Conservaba el cabello negro y su cuerpo era menudo pero macizo. No había el menor atisbo de rigidez o torpeza en los movimientos de sus largos miembros.

Kojirō aún no había asestado un solo golpe. Lo cierto era que no había podido hacerlo.

No obstante, Tadaaki había tenido que enfrentarse de inmediato a un hecho insoslayable: estaba luchando contra un espadachín extraordinario. «¡Es otro Zenki!», se dijo, con un estremecimiento imperceptible.

Zenki era el último luchador que había conocido de semejante envergadura y ambición. El encuentro tuvo lugar mucho tiempo atrás, en su juventud, cuando viajaba con Ittōsai, llevando la vida de un shugyōsha. Zenki, hijo de un barquero de la provincia de Kuwana, había sido el discípulo veterano de Ittōsai. Cuando éste envejeció, Zenki empezó a desdeñarle e incluso a proclamar que el estilo de Ittō era de su propia invención.

Zenki había causado mucha aflicción a Ittōsai, pues cuanto mayor era su experiencia con la espada, tanto más daño causaba a otras personas. Ittōsai se había lamentado así: «Zenki es el mayor error de mi vida. Cuando le miro, veo un monstruo que encarna todas las malas cualidades que he tenido. Observarle hace que me odie a mí mismo».

Irónicamente, Zenki, como mal ejemplo, fue muy útil para el joven Tadaaki, estimulándole a obtener logros mayores de los que habría sido posible de otra manera. Finalmente, Tadaaki se enfrentó con el maligno prodigio en Koganegahara, Shimōsa, y le mató, tras lo cual Ittōsai le concedió su certificado en el estilo Ittō y le dio el libro de instrucciones secretas.

El único defecto de Zenki fue que su capacidad técnica estaba desfigurada por la falta de buena crianza. No le ocurría lo mismo a Kojirō, cuya inteligencia y educación eran evidentes en su manejo de la espada.

«No puedo ganar esta pelea», pensó Tadaaki, quien no se sentía en modo alguno inferior a Munenori. De hecho, su valoración de la habilidad de Munenori no era demasiado elevada. Mientras observaba a su formidable adversario, otra verdad cruzó por su mente. «El tiempo parece haber pasado por mi lado», se dijo tristemente.

Permanecían inmóviles y no era evidente el más ligero cambio, pero tanto Tadaaki como Kojirō estaban gastando energía vital a una velocidad temible. El coste fisiológico adoptaba la forma de sudor que brotaba copiosamente de sus frentes, el aire que salía de sus fosas nasales ensanchadas, la piel que palideció primero y luego adquirió una leve tonalidad azulada. Aunque un movimiento parecía inminente, las espadas seguían extendidas y quietas.

—Abandono —dijo Tadaaki, retrocediendo bruscamente varios pasos.

Habían convenido que no sería una lucha hasta el final. Cada uno podría retirarse reconociendo la derrota.

Saltando como un animal de presa, Kojirō puso en acción el Palo de Secar con un golpe hacia abajo cuya fuerza y velocidad fueron como las de un torbellino. Aunque Tadaaki se agachó justo a tiempo, el pequeño moño superior de su cabeza salió volando, limpiamente cortado. Por su parte Tadaaki, mientras esquivaba, ejecutó una brillante represalia, desgarrando unas seis pulgadas de la manga de Kojirō.

—¡Cobarde! —gritaron los encolerizados alumnos.

Al tomar la capitulación de su contrario por la apertura para un ataque, Kojirō había violado el código ético del samurai.

Todos los alumnos se abalanzaron hacia Kojirō. Éste reaccionó corriendo con la velocidad de un cormorán a un gran azufaifo que se alzaba en un extremo del jardín. Sus ojos se movían con una rapidez intimidante.

—¿Lo has visto? —gritó—. ¿Has visto quién ha ganado?

—Ellos lo han visto —dijo Tadaaki—. ¡Manteneos a distancia! —dijo a sus hombres.

Entonces enfundó la espada y regresó a la terraza de su estudio.

Llamó a Omitsu y le pidió que le recogiera y atara el cabello. Mientras la muchacha lo estaba haciendo, él contenía la respiración. Riachuelos de sudor brillaban en su pecho.

Un antiguo proverbio cruzó por su mente: es fácil sobrepasar a un predecesor, pero difícil evitar que un sucesor le sobrepase a uno. Había gozado de los frutos del duro adiestramiento en su juventud, satisfecho con el conocimiento de que su estilo Ittō no era menos floreciente que el estilo Yagyū. Entretanto la sociedad estaba dando nacimiento a nuevos genios como Kojirō. Por muy desagradable que fuese esta realidad, él no la ignoraría altivamente.

Cuando Omitsu terminó de hacerle el moño, Tadaaki dijo a los demás:

—Dad a nuestro joven invitado agua para que se enjuague la boca y llevadle de nuevo a la habitación de invitados.

Los alumnos que le rodeaban palidecieron. Algunos contenían las lágrimas. Otros miraban enfurecidos a su maestro.

—Nos reuniremos en el dōjō ahora mismo —les dijo, y él les precedió.

Tadaaki ocupó su lugar en el asiento elevado y contempló en silencio las tres hileras de sus seguidores sentados ante él.

Finalmente, bajó los ojos y dijo:

—Me temo que también yo me he hecho viejo. Al mirar atrás, me parece que mi mejor época de espadachín fue cuando derroté a aquel diablo de Zenki. Cuando esta escuela fue inaugurada y la gente empezó a hablar del grupo de Ono en la cuesta de Saikachi, considerando invencible el estilo de Ittō, ya había quedado atrás mi apogeo como espadachín.

El significado de las palabras era tan extraño a su acostumbrada manera de pensar, que los estudiantes no podían dar crédito a sus oídos.

Su voz se hizo más firme, y les miró directamente a las caras. Todos tenían semblantes dubitativos y descontentos.

—En mi opinión, esto es algo que les ocurre a todos los hombres. La edad avanza sigilosamente en nuestro interior cuando no estamos mirando. Los tiempos cambian, los seguidores sobrepasan a sus líderes, una generación más joven abre un nuevo camino... Así es como debe ser, pues el mundo sólo avanza mediante el cambio. Sin embargo, esto es algo inadmisible en el campo de la esgrima. El camino de la espada debe ser un camino que no permita a un hombre envejecer.

—Ittōsai..., no sé si sigue con vida, no he tenido noticias de mi maestro desde hace años. Después de Koganegahara, se tonsuró y se retiró a las montañas. Dijo que su objetivo era el estudio de la espada, la práctica del Zen, la búsqueda del Camino de la Vida y la Muerte, escalar el gran pico de la perfecta iluminación. Ahora me toca el turno. A partir de hoy, ya no podría mantener la cabeza erguida ante mi maestro... Siento no haber vivido una vida mejor.

—¡Maestro! —le interrumpió Negoro Hachikurō—. Dices que has perdido, pero no creemos que perderías con un hombre como Kojirō en circunstancias normales, aunque sea joven. Hoy tiene que haber habido algún error.

—¿Algún error? —Tadaaki sacudió la cabeza y rió quedamente—. No ha habido error alguno. Kojirō es joven, pero no he perdido por eso, sino porque los tiempos han cambiado.

—¿Qué quieres decir?

—Escuchad y ved. —Desvió la mirada de Hachikurō a los demás rostros silenciosos—. Procuraré ser breve, porque Kojirō me está esperando. Quiero que escuchéis atentamente mis pensamientos y esperanzas para el futuro.

Entonces les informó de que a partir de aquel día se retiraba del dōjō. Su intención no era retirarse en el sentido ordinario de la palabra, sino seguir las huellas de Ittōsai y partir en busca de una gran iluminación.

—Ésa es mi primera gran esperanza —les dijo.

A continuación pidió a Itō Magobei, su sobrino, que cuidara de su único hijo,

Tadanari. Magobei también recibió el encargo de informar de los acontecimientos de la jornada al shogunado y explicar que Tadaaki había decidido convertirse en sacerdote budista.

—No lamento demasiado que me haya vencido un hombre más joven —añadió—. Lo que me turba y avergüenza es otra cosa, que nuevos luchadores como Sasaki están apareciendo en otros lugares, pero ni un solo espadachín de su calibre ha salido de la escuela de Ono. Creo saber el motivo: muchos de vosotros sois vasallos hereditarios del shōgun y habéis permitido que vuestra categoría se os subiera a la cabeza. Tras un poco de entrenamiento, empezáis a felicitaros por ser maestros en el «estilo invencible de Ittō». Estáis demasiado satisfechos de vosotros mismos.

—Aguarda, señor —protestó Hyōsuke con voz temblorosa—. Lo que dices no es justo. No todos nosotros somos perezosos y arrogantes. No todos descuidamos nuestros estudios.

—¡Calla! —exclamó Tadaaki, mirándole ferozmente—. La negligencia por parte de los discípulos es un reflejo de la negligencia por parte del maestro. Ahora estoy confesando mi propia vergüenza, juzgándome a mí mismo.

—La tarea que tenéis por delante es la de eliminar la negligencia, la de convertir la escuela de Ono en un centro donde el talento juvenil pueda desarrollarse correctamente. Debe llegar a ser un campo de adiestramiento para el futuro. Hasta que así sea, el hecho de que me marche y haga sitio para una reforma no servirá de nada.

Por fin la sinceridad de sus palabras empezó a surtir efecto. Los estudiantes inclinaron la cabeza y reflexionaron en las palabras del maestro, cada uno pensando en sus propias deficiencias.

—Hamada —dijo Tadaaki.

—Sí, señor —respondió Toranosuke, pero era evidente que le había cogido por sorpresa.

Bajo la fría mirada de Tadaaki, sus ojos contemplaron el suelo.

—Levántate.

—Sí, señor —dijo, pero no se movió.

—¡Levántate ahora mismo!

Toranosuke se puso en pie. Los demás siguieron mirando en silencio.

—Te expulso de la escuela. —Hizo una pausa, para dejar que sus palabras surtieran efecto—. Pero lo hago con la esperanza de que llegue un día en que te hayas enmendado, hayas aprendido la disciplina y comprendido el significado del Arte de la Guerra. Tal vez en ese día podamos estar juntos de nuevo como maestro y discípulo.

—¿Pp... por qué, maestro? No recuerdo haber hecho nada para merecer esto.

—No lo recuerdas porque no comprendes el Arte de la Guerra. Si lo piensas larga y detenidamente, lo comprenderás.

—Dímelo, por favor —rogó Toranosuke, en cuya frente abultaban las venas—. No puedo marcharme hasta que me lo digas.

—De acuerdo. La cobardía es la debilidad más vergonzosa de la que se puede acusar a un samurai. El Arte de la Guerra previene estrictamente contra ella. En esta escuela tenemos la regla rigurosa de que todo hombre culpable de un acto de cobardía debe ser expulsado.

—Sin embargo, tú, Hamada Toranosuke, dejaste transcurrir varias semanas después de la muerte de tu hermano antes de desafiar a Sasaki Kojirō. ¿Qué hiciste entretanto? Correr por ahí tratando de vengarte en un insignificante vendedor de sandías. Y ayer raptaste a la anciana madre de ese hombre y la trajiste aquí. ¿Consideras que esa conducta es digna de un samurai?

—Pero, señor, no comprendes. Lo hice para atraer a Kojirō.

Estaba a punto de embarcarse en una vigorosa defensa, pero Tadaaki le cortó en seco.

—A eso precisamente me refiero al hablar de cobardía. Si querías pelear con Kojirō, ¿por qué no fuiste directamente a su casa? ¿Por qué no le enviaste un mensaje desafiándole? ¿Por qué no declaraste tu nombre y tu propósito?

—Bueno, pensé en todo eso, pero...

—¿Pensaste? No había nada que te impidiera hacerlo, pero usaste la treta cobarde de hacer que otros te ayudaran a atraer aquí a Kojirō de modo que pudierais atacarle en masa. En comparación, la actitud de Kojirō ha sido admirable. —Tadaaki hizo una pausa—. Ha venido solo, para verme personalmente. Rechazando todo contacto con un cobarde, me ha desafiado a mí, basándose en que la mala conducta de un discípulo equivale a la mala conducta de su maestro. El resultado de la confrontación entre su espada y la mía ha revelado un delito vergonzoso. Ahora confieso humildemente ese delito.

En la sala reinaba un silencio absoluto.

—Ahora, Toranosuke, después de reflexionar, ¿todavía crees ser un samurai sin mancha?

—Perdóname.

—Vete.

Con la cabeza gacha, Toranosuke caminó diez pasos hacia atrás y se arrodilló en el suelo con los brazos extendidos antes de inclinarse en una profunda reverencia.

—Te deseo la mejor salud, señor —dijo en tono sombrío—. Y lo mismo a los demás.

Se levantó y salió cabizbajo del dōjō.

Tadaaki se puso en pie.

—También yo debo despedirme del mundo. —En su voz eran audibles los sollozos contenidos. Sus últimas palabras fueron severas, pero llenas de afecto—.

¿Por qué afligiros? Vuestro día ha llegado. De vosotros depende que esta escuela entre con honor en una nueva era. Empezad ahora mismo, sed humildes, trabajad con ahínco y procurad con todas vuestras fuerzas cultivar el espíritu.

Cuando regresó a la sala de los invitados, tomó asiento y se dirigió a Kojirō, Tadaaki parecía impertérrito.

Tras disculparse por haberle hecho esperar, le dijo:

—Acabo de expulsar a Hamada. Le he aconsejado que cambie su manera de ser y trate de comprender el verdadero significado de la disciplina del samurai. Por supuesto, me propongo liberar a la anciana. ¿Quieres llevártela contigo o dispongo las cosas para que se vaya más tarde?

—Estoy satisfecho con lo que has hecho. La mujer puede venir conmigo.

Kojirō se movió como si fuera a levantarse. El encuentro de esgrima le había despojado de toda su energía, y la espera posterior le había parecido interminablemente larga.

—No te vayas todavía —le dijo Tadaaki—. Ahora que todo ha terminado, tomemos un trago juntos. Lo pasado pasado está. —Batió palmas y gritó—: ¡Omitsu! Trae sake.

—Gracias, eres muy amable al invitarme. —Sonrió y dijo hipócritamente—: Ahora sé por qué Ono Tadaaki y el estilo Ittō son tan famosos. —No sentía respeto alguno por Tadaaki.

«Si su talento natural se desarrolla de la manera apropiada, el mundo se inclinará a sus pies», pensó Tadaaki. «Pero si se desvía por el mal camino, va a ser otro Zenki.» Estuvo a punto de decirle: «Si fueras discípulo mío...», pero en vez de hacerlo se echó a reír y replicó con modestia al halago de Kojirō.

En el transcurso de su conversación salió a relucir el nombre de Musashi, y Kojirō se enteró de que era uno de los candidatos al grupo selecto de hombres que daban lecciones al shōgun.

—¿Ah, sí? —se limitó a decir Kojirō, pero su expresión revelaba el desagrado que le producía la noticia.

Volvió los ojos rápidamente hacia el sol poniente e insistió en que era hora de irse.

Pocos días después de esa entrevista, Tadaaki desapareció de Edo. Tenía la reputación de ser un guerrero sencillo y franco, encarnación de la honradez y la abnegación, pero un hombre que carecía de las dotes políticas de Munenori. La gente, al no entender por qué un hombre que aparentemente podía lograr cualquier cosa que se propusiera huía del mundo, sentía una viva curiosidad y daba a su desaparición toda clase de interpretaciones.

Se decía que, como resultado de su fracaso, Tadaaki había perdido el juicio.

El aspecto conmovedor de las cosas

Musashi dijo que era la peor tormenta que había visto.

Iori miró fijamente las páginas de su texto, húmedas y desgarradas, esparcidas por la estancia, y pensó entristecido: «Se acabó el estudio».

Dos días de otoño, los días doscientos diez y doscientos veinte del año, eran los que más temían los campesinos, pues en esos dos días era más probable que los tifones destruyeran la cosecha de arroz. Iori, más avezado a los peligros de los elementos que su maestro, había tenido la precaución de atar el tejado y ponerle grandes piedras encima. Sin embargo, durante la noche el viento lo había arrancado, y cuando hubo luz suficiente para inspeccionar los daños, resultó evidente que sería imposible reparar la cabaña.

Recordando su experiencia de Hōtengahara, Musashi se puso en camino poco después del amanecer. Al verle alejarse, Iori pensó: «¿De qué le servirá mirar los arrozales de los vecinos? Claro que están inundados. ¿Es que su propia casa no significa nada para él?».

Encendió una fogata, usando trozos de madera de las paredes y el suelo, y asó unas castañas y varios pájaros abatidos por la tormenta para desayunar. Los ojos le escocían a causa del humo.

Musashi regresó poco después del mediodía. Aproximadamente al cabo de una hora, un grupo de granjeros enfundados en gruesas capas de paja contra la lluvia llegaron para darle las gracias... por haber ayudado a una persona enferma, por echar una mano para eliminar el agua de la inundación, por otros servicios diversos. Uno de los vecinos, un anciano, admitió: «En estas ocasiones siempre nos peleamos, pues todo el mundo tiene prisa por ocuparse primero de sus propios problemas. Pero hoy, siguiendo tu consejo, hemos trabajado juntos».

También trajeron alimentos, dulces, encurtidos y, para delicia de Iori, pastelillos de arroz. Iori reflexionó y llegó a la conclusión de que aquel día había recibido una lección: si uno se olvidaba de sí mismo y trabajaba para el grupo, el alimento le llegaría de una manera natural.

—Os construiremos una nueva casa —prometió un campesino—. Una que sea capaz de resistir los embates del viento.

De momento, les invitó a alojarse en su casa, la más antigua de la aldea. Cuando llegaron allí, la esposa del campesino tendió sus ropas para que se secaran, y cuando se dispusieron a acostarse les mostraron habitaciones independientes.

Antes de quedarse dormido, Iori percibió un sonido que despertó su interés. Volvió la cara hacia la habitación de Musashi y susurró a través de la shoji:

—¿Oyes eso, señor?

—¿Humm?

—Escucha. El sonido llega hasta aquí..., son los tambores de las danzas del templo. ¿No es extraño que celebren danzas religiosas la noche después de un tifón?

No tuvo más respuesta que el sonido de una respiración profunda.

A la mañana siguiente, Iori se levantó temprano y preguntó al campesino por los tambores. Luego fue a la habitación de Musashi y, con una expresión radiante, le dijo:

—El santuario de Mitsumine, en Chichibu, no está muy lejos de aquí, ¿verdad?

—Supongo que no.

—Desearía que me llevaras allí, para presentar mis respetos.

Perplejo, Musashi le preguntó a qué obedecía aquel súbito interés, y el muchacho le dijo que los tambores habían sido músicos en un pueblo vecino, donde practicaban para la danza sagrada de Asagaya, en la que su casa se había especializado desde tiempos inmemoriales. Todos los meses iban a actuar en el festival del santuario de Mitsumine.

Iori sólo conocía la belleza de la música y la danza a través de aquellas danzas shintoístas. Era aficionado a ellas en extremo, y al enterarse de que las danzas de Mitsumine eran una de las tres grandes clases de esa tradición, ardía en deseos de verlas.

—¿Me llevarás? —le suplicó—. Pasarán cinco o seis días, como mínimo, antes de que la casa esté lista.

El ardor de Iori hizo que Musashi recordara a Jōtarō, quien tan a menudo le daba la lata, gimiendo, haciendo pucheros, ronroneando para conseguir lo que quería. Iori, tan adulto e independiente para su edad, no solía recurrir a tales tácticas. Musashi no pensaba especialmente en ello, pero un observador podría haber notado los efectos de su influencia. Se había esforzado por enseñarle a Iori a efectuar una distinción estricta entre él y su maestro.

Al principio respondió con evasivas, pero tras pensarlo un poco le dijo:

—De acuerdo, te llevaré.

Iori se puso a brincar.

—¡Y además hace muy buen tiempo! —exclamó.

Al cabo de cinco minutos informó de su buena suerte a su anfitrión, le pidió cajas de comida y se procuró unas nuevas sandalias de paja. Entonces se reunió de nuevo con su maestro.

—¿Nos vamos ya? —le preguntó.

El granjero les despidió con la promesa de que cuando regresaran su casa estaría terminada.

Pasaron por lugares donde el tifón había dejado estanques que eran casi lagunas, pero por lo demás resultaba difícil creer que los cielos hubieran descargado su furia sólo dos días antes. Los alcaudones volaban bajos en el cielo azul claro.

La primera noche eligieron una posada económica en la aldea de Tanashi y se

acostaron temprano. Al día siguiente, la carretera les adentró más en la gran llanura de Musashino.

Al llegar al río Iruma su viaje quedó interrumpido durante varias horas. El río estaba muy crecido, con un caudal tres veces superior al normal. Sólo permanecía en pie una pequeña sección del puente de tierra, inútil, en medio de la corriente.

Mientras Musashi observaba a un grupo de campesinos que acarreaban nuevos pilotes por ambos lados, para construir una pasarela temporal, Iori reparó en unas viejas puntas de flecha que estaban en el suelo y llamó la atención de su maestro, añadiendo:

—También hay cimeras de cascos. Aquí debió de librarse una batalla.

El muchacho se entretuvo a lo largo de la orilla, desenterrando puntas de flecha, oxidados fragmentos de espadas rotas y diversas piezas de un metal viejo e inidentificable.

De repente apartó bruscamente la mano de un objeto blanco que había estado a punto de recoger.

—¡Es un hueso humano! —exclamó.

—Tráelo aquí —le pidió Musashi.

Iori no se atrevía a tocarlo de nuevo.

—¿Qué vas a hacer con él?

—Enterrarlo en un sitio donde no sea pisoteado.

—No se trata sólo de un par de huesos. Hay montones de ellos.

—Estupendo, así tendremos algo que hacer. Trae todos los que encuentres. —Volviéndose de espaldas al río, añadió—: Puedes enterrarlos todos ahí, donde florecen esas gencianas.

—No tengo una pala.

—Puedes usar una espada rota.

Cuando el hoyo fue lo bastante profundo, Iori echó los huesos y luego recogió la colección de puntas de flecha y fragmentos de metal y los enterró con los huesos.

—¿Está bien así? —preguntó.

—Pon unas piedras encima, que quede un monumento funerario adecuado.

—¿Cuándo se libró aquí una batalla?

—¿Lo has olvidado? Tienes que haberlo leído. El Taiheiki nos habla de dos feroces batallas, en 1333 y 1352, en un lugar llamado Kotesashigahara, más o menos donde nos encontramos ahora. Uno de los bandos era la familia Nitta, que apoyaba a la corte meridional, y el otro un ejército enorme dirigido por Ashikaga Takauji.

—Ah, las batallas de Kotesashigahara. Ahora me acuerdo.

—A instancias de Musashi, Iori siguió diciendo—: El libro nos cuenta que el príncipe Munenaga vivió durante largo tiempo en la región oriental y estudió el Camino del Samurai, pero se quedó asombrado cuando el emperador le nombró

shōgun.

—¿Cómo decía el poema que compuso en esa ocasión? —le preguntó Musashi.

Iori alzó la vista hacia un ave que se elevaba hacia el intenso azul del cielo y recitó:

¿Cómo podría haber sabido
que llegaría a ser el dueño
del arco de catalpa?
¿No habría pasado por la vida
sin tocarlo?

—¿Y el poema del capítulo en que nos cuenta cómo penetró en la provincia de Musashi y luchó en Kotesashigahara?

El muchacho titubeó, se mordió el labio e, inventando en buena parte sobre la marcha, respondió:

¿Por qué, entonces, debería aferrarme
a una vida que se realiza plenamente
cuando se entrega con nobleza
por el bien de nuestro gran señor,
por el bien del pueblo?

—¿Y cuál es su significado?

—Lo comprendo muy bien.

—¿Estás seguro?

—Todo aquel que no pueda comprenderlo sin necesidad de que se lo expliquen no es un auténtico japonés, aunque sea un samurai. ¿No es cierto?

—Sí, pero dime, Iori, si tal es el caso, ¿por qué te comportas como si tocar esos huesos te ensuciara las manos?

—¿Acaso te sentirías a gusto manipulando los huesos de unos muertos?

—Los hombres que murieron aquí eran soldados. Lucharon y perecieron por los sentimientos expresados en el poema del príncipe Munenaga. El número de samurais con ese espíritu es incontable, y sus huesos, enterrados en la tierra, son los cimientos sobre los que se ha construido este país. De no ser por ellos, todavía seguiríamos sin paz y sin perspectivas de prosperidad.

—Las guerras, como el tifón que acabamos de sufrir, pasan. La tierra, en su conjunto, no varía, pero nunca debemos olvidar la deuda que tenemos con los huesos blancos bajo el suelo.

Iori asentía a casi cada una de las palabras de su maestro.

—Ahora lo comprendo. ¿Hago una ofrenda de flores y me inclino ante los huesos enterrados?

Musashi se echó a reír.

—No es necesario que te inclines si mantienes vivo el recuerdo en tu corazón.

—Pero...

No del todo satisfecho, el muchacho recogió algunas flores y las depositó ante el montón de piedras. Estaba a punto de batir palmas y rezar una plegaria cuando cruzó por su mente otro pensamiento turbador.

—Señor, hemos hecho muy bien si estos huesos pertenecieron realmente a samurais que fueron leales al emperador. Pero ¿y si se trata de los restos del ejército de Ashikaga Takauji? No quisiera presentarles mis respetos.

Iori le miraba fijamente, aguardando una respuesta. Musashi fijó sus ojos en la delgada porción de luna diurna, pero no se le ocurrió ninguna respuesta satisfactoria.

Finalmente dijo:

—En el budismo hay salvación incluso para los que son culpables de los diez males y los cinco pecados mortales. Los sentimientos son en sí mismos iluminación. El Buda perdona a los malvados con sólo que ellos abran los ojos a su sabiduría.

—¿Significa eso que los guerreros leales y los rebeldes malignos son lo mismo después de muertos?

—¡No! —exclamó Musashi—. Un samurai considera su nombre sagrado. Si lo ensucia, no hay posibilidad de reparación a lo largo de todas las generaciones.

—Entonces, ¿por qué el Buda trata por igual a los servidores leales y a los malos?

—Porque todas las personas son iguales en lo fundamental. Algunas están tan cegadas por el egoísmo y el deseo que se convierten en rebeldes o bandoleros. El Buda está dispuesto a hacer la vista gorda. Insta a todos por igual a que acepten la iluminación, abran los ojos a la verdadera sabiduría. Ese es el mensaje de un millar de escrituras. Por supuesto, cuando uno muere, no hay más que el vacío.

—Ya veo —dijo Iori, sin ver nada realmente. Reflexionó en el asunto durante varios minutos y entonces preguntó—: Pero eso no le ocurre al verdadero samurai, ¿verdad? No hay un vacío total cuando un samurai muere.

—¿Por qué dices eso?

—Su nombre sigue viviendo, ¿no es cierto?

—Así es.

—Si es un mal nombre, sigue siendo malo. Si es un buen nombre, sigue siendo bueno, aun cuando el samurai haya quedado reducido a unos huesos. ¿No ocurre así?

—Sí, pero en realidad no es tan sencillo —dijo Musashi, preguntándose de qué manera podría orientar la curiosidad de su discípulo—. Mira, el samurai sabe apreciar el aspecto conmovedor de las cosas, la belleza profunda de lo existente unida al patetismo de su naturaleza efímera. Un guerrero que carezca de esa sensibilidad es

como un arbusto en el desierto. Ser un luchador fuerte y nada más es como ser un tifón. Lo mismo les sucede a los espadachines que no tienen en la cabeza más que la espada, la espada, la espada. Un verdadero samurai, un espadachín auténtico, tiene sentimientos compasivos, comprende el patetismo de la vida.

Silenciosamente, Iori colocó bien las flores y unió las manos para orar.

Dos palillos de tambor

En la mitad de la ladera, las figuras humanas que ascendían como una procesión ininterrumpida de hormigas eran engullidas por un anillo de espesas nubes del que emergían cerca de la cima, donde estaba situado el santuario de Mitsumine, y allí les saludaba el cielo impoluto.

Los tres picos de la montaña, Kumotori, Shiraiwa y Myōhōgatake, se alzaban a horcajadas sobre cuatro provincias orientales. El recinto shintoísta contenía templos budistas, pagodas, varios otros edificios y portales. En el exterior había un pueblecito floreciente, con casas de té y tiendas de recuerdos, las oficinas de los altos sacerdotes y las casas de unos setenta agricultores cuyas verduras estaban reservadas para el consumo del santuario.

—¡Escucha! —dijo Iori excitado, mientras engullía el arroz y las judías rojas—. Han empezado a tocar los grandes tambores.

Musashi estaba sentado frente a él, disfrutando lentamente de su comida. Iori soltó los palillos.

—La música ha empezado. Vayamos a verlo.

—Anoche tuve suficiente. Ve tú solo.

—Pero anoche sólo hubo dos danzas. ¿No quieres ver las demás?

—No si para ello tengo que apresurarme.

Al ver que el cuenco de madera de su maestro todavía estaba mediado, Iori le dijo en un tono más sereno:

—Desde ayer han llegado miles de personas. Sería una lástima que se pusiera a llover.

—¿Ah, sí?

Cuando Musashi por fin estuvo dispuesto a partir, Iori corrió a la puerta principal como un perro sin correa, tomó prestadas unas sandalias de paja y las colocó en el umbral para su maestro.

Delante del Kannon'in, el templo secundario donde se alojaban, y a ambos lados del portal principal del santuario ardían grandes hogueras. Cada casa tenía una antorcha encendida en la fachada, y toda la zona, a varios miles de pies por encima del nivel del mar, estaba brillante como si fuese de día. En lo alto, en un firmamento con el color de un lago profundo, el Río del Cielo destellaba como humo mágico, mientras que en la calle una multitud de hombres y mujeres, sin pensar en el gélido aire de la montaña, avanzaba hacia el escenario donde tenían lugar las danzas sagradas. Las flautas y los grandes tambores resonaban con la brisa. El escenario estaba vacío, con excepción de los estandartes agitados suavemente por el viento que pronto servirían como telón de fondo.

Empujado por la multitud, Iori se vio separado de Musashi, pero rápidamente se

abrió paso entre el gentío hasta que vio a su maestro cerca de un edificio, leyendo unas placas con una lista de donantes. Iori le llamó, corrió a su lado y le tiró de la manga, pero la atención de Musashi estaba concentrada en una de las placas, más grande que las demás, entre las que destacaba por el volumen de la contribución efectuada por «Daizō de Narai, pueblo de Shibaura, provincia de Musashi».

El sonido de los tambores llegó a un crescendo.

—Ha comenzado la danza —chilló Iori, deseoso de ir volando al pabellón de la danza sagrada—. ¿Qué estás mirando, sensei?

Musashi salió de su ensoñación y dijo:

—Oh, nada especial..., es que he recordado algo que debo hacer. Tú quédate a ver las danzas. Más tarde nos reuniremos.

Musashi buscó la oficina de los sacerdotes shintoístas, donde le recibió un anciano.

—Quisiera informarme acerca de un donante —le dijo Musashi.

—Lo siento, pero aquí no tenemos nada que ver con eso. Tendrás que ir a la residencia del prior budista. Te mostraré el camino.

Aunque el santuario de Mitsumine era shintoísta, la supervisión general de todo el establecimiento estaba en manos de un prelado budista. La placa sobre el portal decía: «Oficina del Alto Sacerdote Responsable» en unos caracteres convenientemente grandes.

En el vestíbulo, el anciano habló durante buen rato con el sacerdote de turno. Cuando terminaron, el sacerdote invitó a Musashi a pasar y le condujo muy cortésmente a una habitación interior. Le sirvió té junto con una bandeja de espléndidos pastelillos. Luego le presentó una segunda bandeja, seguida poco después por un joven y guapo acólito que traía sake. Finalmente apareció un personaje que era nada menos que un obispo provisional.

—Bienvenido a nuestra montaña —le dijo—. Me temo que sólo tenemos para ofrecerte nuestros sencillos productos campesinos. Espero que nos perdones. Por favor, ponte cómodo.

Musashi no lograba comprender la razón de un tratamiento tan solícito. Sin tocar el sake, explicó:

—He venido para informarme sobre uno de vuestros donantes.

—¿Cómo? —El benigno semblante del sacerdote, un hombre regordete de unos cincuenta años, sufrió una sutil alteración—. ¿Informarte? —preguntó con suspicacia.

Musashi le preguntó en rápida sucesión cuándo Daizō había acudido al templo por última vez, si lo hacía con frecuencia, si alguna vez iba acompañado y, en ese caso, por qué clase de persona.

A cada interrogante el desagrado del sacerdote iba en aumento, hasta que finalmente le dijo:

—Entonces ¿no has venido aquí para efectuar una contribución sino simplemente para preguntar por alguien que lo ha hecho? —Su semblante evidenciaba la exasperación que sentía.

—El anciano debe de haberme entendido mal. No he venido para hacer ninguna donación, sino tan sólo para preguntar por Daizō.

—Podrías haberlo aclarado perfectamente en la entrada —dijo con altivez el sacerdote—. Por lo que veo, eres un rōnin. Debes comprender que no puedo dar información sobre nuestros donantes a cualquiera que la solicite.

—Te aseguro que no sucederá nada.

—Bien, para esta clase de asuntos tendrás que ver al sacerdote encargado.

El alto sacerdote, sintiéndose al parecer como si le hubieran robado, despidió a Musashi.

El registro de donantes no resultó más útil, pues en él sólo constaba que Daizō había estado allí en varias ocasiones. Musashi dio las gracias al sacerdote y se marchó.

Cerca del pabellón de danza, miró a su alrededor en busca de Iori, pero no le vio. De haber alzado la vista le habría localizado, pues el muchacho se encontraba casi directamente encima de su cabeza. Había trepado a un árbol para ver mejor.

Mientras contemplaba la danza que se desarrollaba en el escenario, Musashi se sintió transportado a la época de su infancia, a los festivales nocturnos en el santuario de Sanumo, en Miyamoto. Veía imágenes espectrales de las multitudes, del blanco rostro de Otsū entre la gente, de Matahachi, siempre mascando algo, del tío Gon, que iba de un lado a otro dándose aires. Percibió vagamente el rostro de su madre que, preocupada por lo tarde que era, había salido a buscarle.

Los músicos, vestidos con sus curiosos atuendos que pretendían simular la elegancia de los guardias imperiales de antaño, ocuparon sus lugares en el escenario. A la luz de las hogueras, sus galas chillonas, en las que destellaban fragmentos de brocado de oro, sugerían las túnicas míticas de la era de los dioses. El ritmo de los tambores, cuyos parches estaban ligeramente laxos, reverberaron en el bosque de cedros, y entonces las flautas y las tablas de madera bien curada, golpeadas rítmicamente con unos pequeños tacos, tocaron el preludio. El maestro de la danza se adelantó, el rostro cubierto por la máscara de un anciano. Aquel rostro ultraterreno, de cuyas mejillas y barbilla se habían desprendido muchos trozos de laca, se movió lentamente mientras cantaba la letra de la Kamiasobi, la danza de los dioses.

En el sagrado monte Mimuro
con su valla divina,
ante la gran deidad,
las hojas del árbol de sakaki

crecen en profusa abundancia,
crecen en profusa abundancia.

El ritmo de los tambores se hizo más rápido e intervinieron los demás instrumentos. Pronto la canción y la danza se fusionaron en un ritmo vivo y sincopado.

¿De dónde ha salido esta lanza?
es la lanza de la sagrada morada
de la princesa Toyooka que está en el cielo...
la lanza de la sagrada morada.

Musashi conocía algunas de las canciones, pues de niño las había cantado y, provisto de una máscara, había participado en las danzas del santuario de Sanumo.

La espada que protege a la gente,
la gente de todas las tierras.
Colguémosla festivamente ante la deidad,
colguémosla festivamente ante la deidad.

La revelación le alcanzó como un rayo. Musashi había estado mirando las manos de uno de los tambores, que blandían dos palillos cortos, en forma de porra. Aspiró hondo y exclamó en voz alta, casi gritando: «¡Eso es! ¡Dos espadas!».

Sobresaltado por la voz, Iori desvió la vista del escenario el tiempo suficiente para mirar abajo y decir:

—Ah, estás ahí.

Musashi ni siquiera alzó los ojos. Miraba adelante, no sumido en una embelesada ensoñación como los demás, sino con una mirada tan penetrante que habría asustado a cualquiera que la viese.

—Dos espadas —repitió—. Es el mismo principio. Dos palillos de tambor, pero un solo sonido. —Se cruzó de brazos y escrutó cada movimiento del tambor.

Desde cierto punto de vista, aquello era la quintaesencia de la sencillez. El ser humano nace con dos manos; ¿por qué no usarlas ambas? Pero los espadachines luchaban con una sola espada y, a menudo, con una sola mano. Esto tenía sentido siempre que todo el mundo siguiera la misma práctica, pero si uno de los combatientes empleara dos espadas a la vez, ¿qué posibilidades de vencer tendría un adversario que usara una sola?

Cuando se enfrentó a la Escuela Yoshioka en Ichijōji, Musashi descubrió el juego que daban la espada larga en la mano derecha y la corta en la izquierda. Blandió

ambas armas instintivamente, de una manera inconsciente, cada brazo aplicado al máximo a la función protectora. En una lucha a vida o muerte, había reaccionado de una manera heterodoxa. Ahora, de súbito, la base lógica le parecía natural, si no inevitable.

Si dos ejércitos se enfrentaran en una batalla bajo las reglas del Arte de la Guerra sería impensable que cualquiera de ellos utilizara un solo flanco mientras permitía al otro permanecer ocioso. ¿No encerraba esto un principio cuya ignorancia no podía permitirse el espadachín individual? Desde el encuentro de Ichijōji, a Musashi le había parecido que el uso de ambas manos y de las dos espadas era el sistema normal y humano. Solamente la costumbre, seguida incondicionalmente durante siglos, era la causante de que pareciera anormal. Tenía la sensación de haber llegado a una verdad innegable: la costumbre había hecho que lo antinatural pareciera natural y viceversa.

Si bien la costumbre estaba alimentada por la experiencia cotidiana, hallarse en el límite entre la vida y la muerte era algo que sólo ocurría en contadas ocasiones a lo largo de la vida. Sin embargo, el objetivo final del Camino de la Espada era el de ser capaz de permanecer al borde de la muerte en cualquier momento: enfrentarse a la muerte de frente, impávidamente, debería ser algo tan familiar como todas las demás experiencias cotidianas. Y el proceso tenía que ser consciente, aunque el movimiento debería ser tan libre como si fuese puramente reflejo.

El estilo de esgrima con dos espadas debía tener esa naturaleza: consciente pero, al mismo tiempo, tan automático como un reflejo, completamente libre de las restricciones inherentes a la acción consciente. Durante cierto tiempo, Musashi había tratado de unir en un principio válido lo que sabía instintivamente con lo que había aprendido por medios intelectuales. Ahora estaba cercano a su formulación verbal, y ello le haría famoso en todo el país y a través de las generaciones venideras.

Dos palillos de tambor, un solo sonido. El tambor era consciente de la izquierda y la derecha, la derecha y la izquierda, pero al mismo tiempo inconsciente de ellas. Allí, ante sus ojos, estaba la esfera budista de la interpretación libre. Musashi se sentía iluminado, realizado.

Las cinco danzas sagradas, que habían comenzado con la canción del maestro de danzas, continuaron con las representaciones de los danzarines, los cuales llevaron a cabo la danza de Iwato, de amplios movimientos, y luego la danza de Ara Mikoto no Hoko. El ritmo de las melodías que tocaban las flautas se hizo más rápido, las campanas sonaban animadamente.

Musashi alzó la vista y le dijo a Iori:

—¿Nos vamos ya?

—Todavía no —respondió distraídamente el muchacho.

El espíritu de Iori había pasado a formar parte de la danza. Él mismo se sentía como uno de los danzarines.

—No tardes demasiado en volver a casa. Mañana subiremos el pico hasta el santuario interior.

El ayudante del demonio

Los perros de Mitsumine eran una raza salvaje, resultado, según se decía, del cruce de perros traídos por los inmigrantes coreanos más de mil años atrás con los perros salvajes de las montañas de Chichibu. A sólo un paso del estado salvaje, merodeaban por las montañas y se alimentaban como lobos, siendo sus presas los demás animales silvestres de la región. Pero puesto que se les consideraba como mensajeros de la deidad y la gente se refería a ellos como sus «ayudantes», los fíeles solían llevarse a casa imágenes impresas o esculpidas de los perros, a modo de amuletos de la buena suerte.

El perro negro del hombre que seguía a Musashi tenía el tamaño de una ternera.

Cuando Musashi entró en el Kannon'in, el hombre se volvió, dijo: «Por aquí», e indicó el camino al animal con la mano libre.

El perro gruñó, tiró de su traílla, una cuerda gruesa, y empezó a husmear.

—Chiss, Kuro, estáte quieto.

El hombre tenía unos cincuenta años, era de complexión recia pero flexible y, al igual que su perro, no parecía del todo domado. Sin embargo, iba bien vestido. Sobre el kimono, que parecía la túnica de un sacerdote o el atuendo formal de un samurai, llevaba un obi estrecho y aplanado y un hakama de cáñamo. Sus sandalias de paja, de la clase que los hombres se ponían para asistir a los festivales, estaban provistas de cordones nuevos.

—¿Eres tú, Baiken?

La mujer que había hablado retrocedió, para mantenerse a distancia del perro.

—Al suelo —ordenó Baiken, dando al animal un fuerte coscorrón.

—Me alegro de que le hayas descubierto, Okō.

—Entonces ¿era él?

—Sin duda alguna.

Permanecieron un rato en silencio, mirando las estrellas a través de una brecha en las nubes y oyendo, pero sin escuchar de veras, la música de la danza sagrada.

—¿Qué haremos? —preguntó la mujer.

—Ya se me ocurrirá algo.

—No podemos desperdiciar esta oportunidad.

Okō miraba expectante a Baiken.

—¿Está Tōji en casa? —preguntó él.

—Sí, se emborrachó en el festival y se ha dormido.

—Despiértale.

—¿Y tú qué vas a hacer?

—Tengo trabajo. Después de hacer la ronda, iré a tu casa.

Una vez fuera de la entrada principal del santuario, Okō echó a correr. La mayor

parte de las veinte o treinta casas eran tiendas de recuerdos o casas de té. Había también algunos pequeños establecimientos de comidas, de los que surgía el alegre vocerío de los juerguistas. Del alero de la choza en la que entró Okō, colgaba un letrero que decía «Fonda». En la sala delantera, cuyo suelo era de tierra, una joven sirvienta estaba sentada en un taburete, dormitando.

—¿Todavía durmiendo? —preguntó Okō.

La muchacha, esperando una reprimenda, sacudió vigorosamente la cabeza.

—No me refiero a ti sino a mi marido.

—Ah, sí, todavía está durmiendo.

Chascando la lengua desaprobadoramente, Okō gruñó:

—En pleno festival y está durmiendo. Éste es el único establecimiento que no está lleno de clientes.

Cerca de la puerta, un hombre y una anciana cocinaban arroz y judías al vapor en un fogón de tierra. Las llamas ponían la única nota de color en el interior por lo demás sombrío.

Okō se acercó a un hombre que dormía en un banco a lo largo de la pared, le dio unos golpecitos en el hombro y le dijo:

—¡Tú, levántate! Abre los ojos para variar.

—¿Eh? —musitó él, incorporándose ligeramente.

—¡Cáspita! —exclamó la mujer al tiempo que retrocedía. Entonces se echó a reír y dijo—: Perdona. He creído que eras mi marido.

Un trozo de estera se había deslizado al suelo. El hombre, un joven de cara redondeada con unos ojos grandes de mirada inquisitiva, lo recogió, se cubrió con él la cara y se tendió de nuevo. Su cabeza descansaba sobre una almohada de madera y sus sandalias estaban manchadas de barro. A su lado, sobre la mesa, había una bandeja y un cuenco de arroz vacío; junto a la pared, un saco de viaje, un sombrero de juncos y un bastón.

Okō se volvió a la muchacha y le dijo:

—Es un cliente, ¿no?

—Sí, ha dicho que se propone subir al santuario interior a primera hora de la mañana y ha preguntado si podría echar una siesta aquí.

—¿Dónde está Tōji?

—Estoy aquí, estúpida. —Su voz surgió por detrás de una shoji desgarrada. Estaba recostado en la habitación contigua, un pie colgándole en la sala destinada al público—. ¿Conque despotricas contra mí porque me he tumbado un rato? ¿Dónde has estado tú todo este tiempo, cuando deberías haber atendido el negocio?

En muchos aspectos, los años habían sido menos amables con Okō que con Tōji. No sólo había desaparecido por completo el encanto que tuvo en otro tiempo, sino que dirigir la casa de té Oinu le exigía el trabajo de un hombre para compensar la

inactividad de su inútil cónyuge, puesto que Tōji ganaba un jornal de hambre cazando en invierno pero hacía poco más. Después de que Musashi incendiara su escondrijo con la habitación que era realmente una trampa en el paso de Wada, todos sus secuaces les habían abandonado.

Los ojos turbios y rojizos de Tōji enfocaron gradualmente un barril de agua. Se puso en pie, fue al barril y engulló el contenido de un cazo.

Okō se recostó en un banco y le miró por encima del hombro.

—No me importa que haya un festival. Ya es hora de que aprendas a saber cuándo debes parar. Has tenido suerte de que no te atravesara una espada ahí afuera.

—¿Cómo?

—Te digo que deberías tener más cuidado.

—No sé de qué me estás hablando.

—¿Sabías que Musashi está aquí, en el festival?

—¿Musashi? ¿Miyamoto... Musashi? —El sobresalto le despertó del todo—. ¿Lo dices en serio? Oye, será mejor que te escondas en la parte trasera.

—¿Eso es todo lo que se te ocurre? ¿Esconderte?

—No quiero que vuelva a ocurrir lo del paso de Wada.

—Cobarde. ¿No estás deseoso de desquitarte, no sólo por eso sino también por lo que hizo a la Escuela Yoshioka? Yo sí lo estoy, y no soy más que una mujer.

—Sí, pero no olvides que entonces teníamos muchos hombres a nuestro lado. Ahora sólo estamos tú y yo.

Tōji no estuvo en Ichijōji, pero había oído contar cómo luchó Musashi y no se hacía ilusiones sobre cuál de los dos perdería la vida si volvían a encontrarse.

Okō se acercó cautelosamente a su marido y le dijo:

—En eso te equivocas. Aquí hay otro hombre, ¿no es cierto? Un hombre que odia a Musashi tanto como tú.

Tōji sabía que se estaba refiriendo a Baiken, con quien habían trabado conocimiento cuando sus vagabundeos les llevaron a Mitsumine.

Puesto que ya no había más batallas, la actividad de saqueador ya no era provechosa, por lo que Baiken abrió una herrería en Iga, pero fue expulsado de allí cuando el señor Tōdō hizo más severo su dominio de la provincia. Deseoso de probar fortuna en Edo, desorganizó su banda, y entonces, gracias a la recomendación de un amigo, fue nombrado vigilante del edificio que contenía el tesoro del templo.

Por entonces todavía las montañas entre las provincias de Musashi y Kai estaban infestadas de bandidos. Al contratar a Baiken para que custodiara la casa del tesoro, con sus objetos religiosos de gran valor y las donaciones en metálico, los ancianos dirigentes del templo combatían el fuego con fuego. Baiken tenía la ventaja de conocer a fondo los métodos de los bandidos, y también era un experto reconocido en el arma llamada hoz de cadena y bola. Como creador del estilo Yaegaki, quizás

podría haber atraído la atención de un daimyō, de no mediar el hecho de que su hermano fue Tsujikaze Temma. Muchos años atrás los dos hermanos habían aterrorizado a la región que se extendía entre el monte Ibuki y el distrito de Yasugawa. El cambio de los tiempos no significaba nada para Baiken. A su modo de ver, la muerte de Temma a manos de Takezō había sido la causa fundamental de todas sus dificultades posteriores.

Largo tiempo atrás Okō había contado a Baiken sus motivos de queja contra Musashi, exagerando su rencor a fin de cimentar la amistad con él. Baiken le había respondido con el ceño fruncido: «Uno de estos días...».

Okō acababa de contarle a Tōji que había visto a Musashi desde la casa de té y que luego le había perdido entre la multitud. Más tarde, obedeciendo a una corazonada, había ido al Kannon'in, donde llegó justo cuando Musashi e Iori salían para ir al santuario exterior. La mujer se apresuró a comunicar esta información a Baiken.

—De modo que así están las cosas —dijo Tōji, cobrando ánimo al saber que ya contaban con un aliado digno de confianza. Sabía que Baiken, utilizando su arma favorita, había derrotado a todos los espadachines en el reciente torneo del santuario. Si atacaba a Musashi, tenía una buena oportunidad de vencerle—. ¿Cómo ha reaccionado cuando se lo has dicho?

—Vendrá cuando termine su ronda de inspección.

—Musashi no es ningún necio. Si no tenemos cuidado... —Tōji se estremeció y emitió un sonido ronco e ininteligible.

Okō siguió su mirada hasta que se posó en el hombre dormido en el banco.

—¿Quién es ése? —inquirió Tōji.

—No es más que un cliente —respondió Okō.

—Despiértale y échale de aquí.

Okō delegó la tarea en la sirvienta, la cual fue al extremo de la estancia y sacudió al durmiente hasta que éste se irguió.

—Vete —le dijo rudamente—. Vamos a cerrar.

El hombre se puso en pie, se estiró y dijo:

—He echado una siesta muy agradable.

Con una sonrisa en los labios y un parpadeo de sus grandes ojos, se movió con rapidez pero tranquilamente: se puso el trozo de estera sobre los hombros, se caló el sombrero de juncos, se echó el saco de viaje a la espalda y colocó el bastón bajo sus brazos.

—Os estoy muy agradecido —dijo al tiempo que hacía una reverencia, y se apresuró a cruzar la puerta.

A juzgar por su indumentaria y su acento, Okō se dijo que no era ninguno de los campesinos locales, pero parecía bastante inofensivo.

—Un hombre de aspecto curioso —comentó—. ¿Habrá pagado la cuenta?

Okō y Tōji todavía estaban cerrando los postigos y ordenando el local cuando entró Baiken con su perro Kuro.

—Me alegro de verte —le dijo Tōji—. Pasemos a la habitación del fondo.

Sin decir nada, Baiken se quitó las sandalias y les siguió, mientras el perro husmeaba a su alrededor en busca de restos de comida. La habitación del fondo era sólo un cobertizo con una primera mano de áspero yeso en las paredes. Quedaba fuera del alcance de los oídos de cuantos se hallaran en el local delantero. Encendieron un candil y Baiken tomó la palabra.

—Esta noche, delante del escenario de las danzas, he acertado a oír lo que Musashi le decía al muchacho, que mañana por la mañana subirán el santuario interior. Más tarde he ido al Kannon'in para comprobarlo.

Tanto Okō como Tōji tragaron saliva y miraron a través de la ventana. La cima en la que se alzaba el santuario interior destacaba levemente contra el cielo estrellado.

Puesto que conocía bien los recursos de su adversario, Baiken había trazado un plan de ataque y movilizado refuerzos. Dos sacerdotes, guardianes de la casa del tesoro, ya habían accedido a echar una mano y se habían adelantado con sus lanzas. Había también un hombre de la Escuela Yoshioka, el cual dirigía un pequeño dōjō en el santuario. Baiken calculaba que podría movilizar a unos diez saqueadores, hombres a los que conoció en Iga y que ahora trabajaban en la vecindad. Tōji llevaría un mosquete, mientras que Baiken iría armado con su hoz de cadena y bola.

—¿No es la primera vez que haces esto? —le preguntó Tōji, incrédulo.

Baiken sonrió pero no dijo nada más.

Una minúscula porción de luna se cernía sobre el valle, oculto por una espesa niebla. El gran pico todavía dormía, sin más sonidos en las inmediaciones que el gorgoteo y el fragor del río, los cuales acentuaban el silencio. Un grupo de oscuras figuras se agazapaba en el puente de Kosaruzawa.

—¿Tōji? —susurró ásperamente Baiken.

—Estoy aquí.

—Asegúrate de que la mecha esté seca.

Entre la variopinta cuadrilla destacaban los dos sacerdotes lanceros, los cuales se habían alzado y sujetado los faldones de sus túnicas, a fin de estar preparados para entrar en acción. Los demás vestían una variedad de atavíos, pero todos de manera que pudieran moverse ágilmente.

—¿Estamos todos?

—Sí.

—¿Cuántos en total?

Contaron las cabezas: eran trece.

—Muy bien —dijo Baiken, y les repitió las instrucciones.

Ellos le escucharon en silencio, asintiendo de vez en cuando. Entonces, a una señal, se escabulleron en la niebla para tomar posiciones a lo largo de la carretera. En el extremo del puente pasaron ante una piedra miliar que decía: «Seis mil varas hasta el Santuario Interior».

Cuando el puente volvió a quedar desierto, un nutrido grupo de monos salieron de sus escondrijos, saltaron de las ramas, bajaron por las enredaderas y convergieron en la carretera. Corrieron al puente, se metieron debajo y arrojaron piedras al barranco. La niebla jugaba con ellos, como estimulando su jolgorio. Si un inmortal taoísta hubiera aparecido haciéndoles una seña, quizá se habrían transformado en nubes y volado con él al cielo.

Los ladridos de un perro resonaron en las montañas. Los monos desaparecieron como hojas de zumaque barridas por el viento otoñal.

Kuro avanzaba por la carretera y Okō se apresuraba tras él. El perro había logrado soltarse, y aunque Okō por fin había podido coger la traílla, no había manera de que el animal diese la vuelta. Sabía que Tōji no quería que el perro estuviera allí e hiciera ruido, y pensó que quizá podría apartarle de en medio dejándole subir al santuario interior.

Cuando la niebla, que se deslizaba sin cesar, empezó a posarse en los valles como si fuese nieve, los tres picos del Mitsumine y las montañas menos elevadas entre Musashino y Kai se recortaron contra el cielo en todo su esplendor. La cinta blanca y serpenteante de la carretera resaltaba en la oscuridad, y las aves empezaron a encrespar sus plumas y saludar al amanecer con sus cantos.

—¿Por qué ocurre eso? —inquirió Iori, como si hablara consigo mismo.

—¿A qué te refieres? —le preguntó Musashi.

—Se está haciendo de día, pero no veo el sol.

—En primer lugar, estás mirando hacia el oeste.

—Ah. —Iori dirigió una breve mirada a la luna, que se sumía detrás de los picos lejanos.

—Mira, Iori, parece ser que muchos de tus amigos viven aquí, en las montañas.

—¿Dónde?

—Allí.

Musashi se echó a reír e indicó unos monos agrupados alrededor de su madre.

—Me gustaría ser uno de ellos.

—¿Por qué?

—Por lo menos tienen madre.

Recorrieron en silencio un trecho empinado del camino y llegaron a una extensión relativamente llana. Musashi observó que la hierba había sido pisoteada por

un gran número de pies.

Después de serpentear un poco más alrededor de la montaña, llegaron a una zona llana donde estaban de cara al este.

—¡Mira! —gritó Iori, mirando a Musashi por encima del hombro—. El sol está saliendo.

—Así es.

Del mar de nubes por debajo de ellos, las montañas de Kai y Kōzuke sobresalían como islas. Iori se detuvo y permaneció inmóvil, con los pies juntos y los brazos a los costados, los labios fuertemente apretados. Contempló arrobado la gran esfera dorada, imaginándose que él era un hijo del sol. De repente exclamó en voz muy alta:

—¡Es Amaterasu Ōmikami! ¿No es cierto? —Miró a Musashi en busca de confirmación.

—En efecto.

El muchacho alzó los brazos por encima de su cabeza y filtró la brillante luz a través de los dedos.

—¡Mi sangre! —gritó—. Es del mismo color que la sangre del sol.

Batiendo palmas, como lo haría en un santuario para llamar a la deidad, inclinó la cabeza en silencioso homenaje y pensó: «Los monos tienen madre y yo no, pero tengo esta diosa y ellos no tienen ninguna».

La revelación le llenó de alegría, y al tiempo que las lágrimas corrían por su rostro le parecía oír desde más allá de las nubes la música de las danzas del santuario. Los tambores resonaban en sus oídos, mientras el contrapunto de las flautas esparcía a los cuatro vientos la melodía de la danza de Iwato. Los pies del muchacho siguieron el ritmo, balanceó garbosamente los brazos y de sus labios brotaron las palabras que había memorizado la noche anterior:

El arco de catalpa...
cada vez que llega la primavera,
confío en ver la danza
de la miríada de dioses,
oh, cómo confío en ver su danza...

De repente, al darse cuenta de que Musashi había seguido adelante, puso fin a la danza y corrió para darle alcance.

La luz matinal apenas llegaba al bosque en el que penetraron. Allí, en las proximidades del santuario interior, los troncos de los cedros tenían una circunferencia enorme y todos más o menos la misma altura. En las espesas extensiones de musgo que se aferraba a los árboles crecían florecillas blancas. Iori suponía que aquellos árboles eran antiguos, que tendrían quinientos, quizá mil años, y

experimentaba el impulso de hacerles una reverencia. Aquí y allá veía las rojas enramadas de los arces. Las cañas de bambú bajas y desnudas invadían el camino reduciéndolo a un sendero.

De repente la tierra pareció temblar bajo sus pies. Poco después del atronador estampido, se oyó un grito desconcertante y una cascada de ecos estridentes. Iori se tapó los oídos con las manos y se puso a cubierto lanzándose entre los bambúes.

—¡Quédate agachado, Iori! —le ordenó Musashi desde la sombra de un gran árbol—. ¡No te muevas aunque te pisoteen!

La semipenumbra parecía infestada de lanzas y espadas. Debido al grito, los atacantes creyeron al principio que la bala había encontrado su blanco, pero no había nadie a la vista. Como no estaban seguros de lo que había ocurrido, permanecían inmóviles.

Iori se encontraba en el centro de un círculo de ojos y espadas desenvainadas. En el profundo silencio que siguió, la curiosidad pudo más que su prudencia y alzó lentamente la cabeza por encima de los bambúes. A pocos pies de distancia, una hoja de espada, extendida desde detrás de un árbol, destelló a la luz del sol.

Iori perdió el dominio de sí mismo y gritó a voz en cuello:

—¡Sensei! ¡Hay alguien ahí escondido!

Al tiempo que gritaba, se puso en pie de un salto y corrió para ponerse a salvo.

La espada saltó desde las sombras y se cernió como un demonio por encima de su cabeza. Pero sólo fue un instante, pues la daga de Musashi voló directamente hacia la cabeza del espadachín y se alojó en su sien.

—¡Yaaah!

Uno de los sacerdotes cargó contra Musashi con su lanza. Él cogió el asta con una mano y la sujetó firmemente.

Se oyó otro grito de muerte, como si el hombre tuviera la boca llena de piedras. Preguntándose si sus atacantes estarían luchando entre ellos mismos, Musashi aguzó la mirada. El otro sacerdote apuntó cuidadosamente y le arrojó la lanza. Musashi la aferró también y se la puso bajo el brazo.

—¡Atácale ahora! —gritó uno de los sacerdotes al ver que Musashi tenía ambas manos ocupadas.

Musashi gritó con voz estentórea:

—¿Quiénes sois? Identificaos o supondré que todos sois enemigos. Es vergonzoso derramar sangre en este lugar sagrado, pero puede que no tenga elección.

Hizo remolinear las lanzas y envió a los dos sacerdotes en distintas tangentes. Entonces desenvainó velozmente su espada y acabó con uno de ellos antes de que hubiera terminado de caer. Giró sobre sus talones y se vio frente a otras tres hojas, alineadas en el estrecho sendero. Sin detenerse, se movió hacia ellas en actitud amenazante y paso a paso. Salieron otros dos hombres y ocuparon sus lugares

hombro con hombro junto a los tres primeros.

Mientras Musashi avanzaba y sus adversarios retrocedían, tuvo un atisbo del otro sacerdote lancero, que había recuperado su arma y perseguía a Iori. «¡Detente, asesino!», gritó. Pero en el momento en que Musashi se volvía para acudir en ayuda de Iori, los cinco hombres soltaron un aullido y le atacaron. Musashi se lanzó de cabeza contra ellos. Fue como el choque de dos olas furiosas, pero el rocío fue de sangre, no de agua salada. Musashi siguió girando de un adversario a otro con la velocidad de un tifón. Se oyeron dos gritos espeluznantes, luego un tercero. Cayeron como árboles muertos, cada uno con un tajo en el centro del torso. Musashi blandía en la mano derecha su espada larga, y en la izquierda la corta.

Lanzando gritos de terror, los últimos dos hombres dieron la vuelta y echaron a correr, perseguidos por Musashi.

—¿Adonde creéis que vais a ir? —les gritó, golpeando la cabeza de uno de ellos con la espada corta.

El negro chorro de sangre alcanzó a Musashi en un ojo. De un modo reflejo se llevó la mano izquierda a la cara, y en ese instante oyó un extraño sonido metálico a sus espaldas.

Dio un golpe lateral con la espada larga para desviar el objeto, pero el efecto de la acción fue muy diferente de la intención. Al ver la bola y la cadena enrolladas alrededor de la hoja cerca de la guarda, se sintió alarmado. El atacante le había cogido desprevenido.

—¡Musashi! —gritó Baiken, y tiró de la cadena hasta tensarla—. ¿Me habías olvidado?

Musashi le miró fijamente un momento antes de exclamar:

—¡Shishido Baiken, del monte Suzuka!

—El mismo. Mi hermano Temma te está llamando desde el valle del infierno. ¡Yo me encargaré de que llegues allí cuanto antes!

Musashi no podía liberar su espada. Poco a poco, Baiken iba recogiendo la cadena y acercándose, para hacer uso de la hoz afilada como una navaja de afeitar. Mientras Musashi buscaba una apertura para emplear su espada corta, comprendió sobresaltado que si hubiera luchado sólo con la espada larga, ahora estaría completamente indefenso.

El cuello de Baiken estaba tan hinchado que era casi tan grueso como la cabeza. Con un grito ahogado, tiró fuertemente de la cadena.

Musashi había cometido un error y lo sabía. La hoz de cadena y bola era un arma fuera de lo corriente, pero no le resultaba desconocida. Años atrás se admiró al ver por primera vez el diabólico artefacto en manos de la esposa de Baiken. Pero haberlo visto era una cosa y saber la manera de combatirlo otra.

Baiken exultaba malignamente, con una ancha y pérfida sonrisa en el rostro.

Musashi sabía que sólo podía hacer una cosa: soltar la espada larga. Buscaba el momento adecuado para hacerlo.

Lanzando un aullido feroz, Baiken dio un salto y dirigió la hoz a la cabeza de Musashi..., no la alcanzó sólo por el espesor de un cabello. Musashi soltó la espada con un fuerte gruñido. Apenas la hoz había sido retirada cuando la bola llegó zumbando por el aire. Luego la hoz, la bola, la hoz...

Esquivar la hoz colocaba a Musashi directamente en el camino de la bola. Incapaz de acercarse lo suficiente para golpear, se preguntó frenéticamente durante cuánto tiempo podría mantener aquella situación. «¿Es éste su estilo?», se planteó, pero a medida que aumentaba la tensión le resultaba más difícil dominar su cuerpo y sus reacciones eran puramente fisiológicas. No sólo sus músculos sino su misma piel se debatían de un modo instintivo. La concentración llegó a ser tan intensa que cesó el flujo de sudor oleoso. Tenía erizado hasta el último pelo de su cuerpo.

Era demasiado tarde para esconderse detrás de un árbol. Si ahora corría a uno de ellos, probablemente tropezaría con otro enemigo.

Oyó un grito claro, quejumbroso, y pensó si sería Iori. Quería mirar, pero en su corazón daba al muchacho por perdido.

—¡Muere, hijo de perra!

El grito sonó a sus espaldas, pero entonces oyó otro:

—Musashi, ¿por qué tardas tanto? Me estoy ocupando de las sabandijas detrás de ti.

Musashi no reconoció la voz pero decidió que podía concentrar su atención sólo en Baiken.

El factor más importante para Baiken era la distancia entre él y su adversario. Su eficacia dependía del acierto en manipular la longitud de la cadena. Si Musashi podía avanzar un pie más allá del alcance de la cadena o acercarse un pie más, Baiken estaría en apuros. Tenía que asegurarse de que Musashi no hiciera ninguna de las dos cosas.

La técnica secreta de aquel hombre maravillaba a Musashi, y de repente comprendió que allí estaba el principio de las dos espadas. La cadena era un solo tramo, la bola funcionaba como la espada derecha y la hoz como la izquierda.

—¡Naturalmente! —gritó exultante—. Es esto..., el estilo Yaegaki.

Ya confiado en su victoria, saltó atrás, dejando una distancia de cinco pies entre los dos. Pasó la espada a la mano derecha y la arrojó recta como una flecha.

Baiken hurtó el cuerpo y la espada pasó rozándole y se clavó en las raíces de un árbol cercano. Pero al efectuar el movimiento de torsión, la cadena se envolvió alrededor de su torso. Antes de que pudiera emitir un grito, Musashi cargó todo su peso contra él. La mano de Baiken llegó hasta la empuñadura de su espada, pero Musashi le hizo soltarla con un fuerte golpe en la muñeca. En una continuación del

mismo movimiento, extrajo el arma y descargó un tajo sobre Baiken. Fue como un rayo al partir el tronco de un árbol. Al bajar la hoja, torció el cuerpo muy ligeramente.

«Qué lástima», se dijo Musashi. Más tarde, quienes refirieron los hechos dijeron que incluso exhaló un suspiro de misericordia mientras el creador del estilo Yaegaki abandonaba este mundo.

—El golpe karatake —dijo una voz con admiración—. Directamente desde lo alto del tronco hacia abajo. No es diferente de partir una caña de bambú. Es la primera vez que lo veo.

Musashi se volvió hacia la persona que había hablado.

—¿Quién si no... Gonnosuke de Kiso? ¿Qué estás haciendo aquí?

—Ha pasado mucho tiempo, ¿verdad? El dios de Mitsumine debe de haberlo dispuesto, tal vez con la ayuda de mi madre, quien me enseñó tanto antes de morir.

Siguieron charlando, pero Musashi se interrumpió de repente y exclamó:

—¡Iori!

—El muchacho está bien. Le rescaté de las garras de ese asqueroso sacerdote y le hice trepar a un árbol.

Iori, que les observaba desde una rama alta, empezó a hablar, pero se detuvo, se puso una mano sobre los ojos a modo de visera y miró hacia una pequeña zona llana más allá del límite del bosque. Kuro, que estaba atado a un árbol, había atrapado con los dientes el kimono de Okō, y ésta tiraba con desesperación de la manga. La prenda se rasgó en un abrir y cerrar de ojos, y la mujer huyó.

El único superviviente, que era el otro sacerdote, se alejaba cojeando, apoyado en su lanza, la sangre brotándole de la herida en la cabeza. El perro, quizá trastornado por el olor de la sangre, se puso a armar un terrible alboroto. El sonido resonó durante un rato, pero al final la cuerda cedió y el perro echó a correr en pos de Okō. Cuando el sacerdote le vio, alzó su lanza y apuntó a la cabeza del perro. Herido en el cuello, el animal corrió al bosque.

—¡Esa mujer se escapa! —gritó Iori.

—No importa. Ya puedes bajar de ahí.

—Veo un sacerdote herido. ¿No deberías cogerle?

—Olvídalo. Ya no importa.

—Creo que la mujer era la de la casa de té Oinu —dijo Gonnosuke, y a continuación le explicó su presencia allí, la coincidencia dispuesta por el cielo que le había permitido acudir en ayuda de Musashi.

Profundamente agradecido, Musashi le dijo:

—¿Has matado al hombre que disparó un arma de fuego?

—No. —Gonnosuke sonrió—. No he sido yo sino mi bastón. Sabía que normalmente podrías ocuparte de hombres de esa clase, pero pensé que si iban a usar un arma de fuego sería mejor que hiciera algo. Por eso me adelanté y me deslicé por

detrás del hombre cuando aún estaba oscuro.

Examinaron los cadáveres. Siete habían sido víctimas del bastón y sólo cinco de la espada.

—No he hecho nada salvo defenderme —dijo Musashi—, pero esta zona pertenece al santuario. Creo que debería explicar las cosas al funcionario del gobierno que esté al frente, de modo que pueda hacer los interrogatorios oportunos para aclarar el incidente.

Cuando bajaban por la ladera de la montaña, tropezaron con un contingente de guardias armados en el puente de Kosaruzawa y Musashi contó lo ocurrido. El capitán le escuchó, al parecer perplejo, pero de todos modos ordenó que detuvieran a Musashi y lo ataran.

Conmocionado, Musashi quiso saber por qué, ya que, en primer lugar, había tenido la intención de informar a las autoridades.

—En marcha —ordenó el capitán.

Musashi estaba encolerizado al verse tratado como un criminal, pero aún le esperaba otra sorpresa. Más abajo de la ladera había más guardias. Cuando llegaron al pueblo, el número de sus guardianes sobrepasaba el centenar.

Discípulos fraternos

—Vamos, vamos, no llores más. —Gonnosuke abrazó a Iori contra su pecho—. Eres un hombre, ¿no?

—Por eso precisamente lloro, porque soy un hombre. —Alzó la cabeza al cielo y gritó hasta desgañitarse.

—No han detenido a Musashi, sino que él mismo se ha entregado. —Las suaves palabras de Gonnosuke enmascaraban su honda preocupación—. Anda, vámonos ya.

—¡No! No quiero irme hasta que lo traigan de regreso.

—No tardarán en soltarle, tendrán que hacerlo. ¿Quieres que te deje aquí solo? —Gonnosuke se alejó unos pasos.

Iori no se movió. En aquel momento el perro de Baiken salió corriendo del bosque, con el hocico teñido de sangre color rojo oscuro.

—¡Socorro! —gritó Iori, corriendo al lado de Gonnosuke.

—Estás muy cansado, ¿verdad? ¿Quieres que te lleve a cuestas?

Iori, complacido, le dio las gracias, trepó a la espalda ofrecida y rodeó con sus brazos los anchos hombros de Gonnosuke.

La noche anterior había finalizado el festival y los visitantes se habían ido. Una brisa suave acarreaba fragmentos de envoltorios de bambú y trozos de papel por las calles desiertas.

Al llegar a la casa de té Oinu, Gonnosuke echó un vistazo al interior y siguió adelante, procurando pasar desapercibido. Pero Iori exclamó:

—¡Ahí está la mujer que huyó!

—Imagino que es aquí donde debería estar —replicó su compañero, el cual se detuvo entonces y se preguntó en voz alta—: Si los guardias se han llevado a Musashi, ¿por qué no la han detenido a ella también?

Cuando Okō vio a Gonnosuke, sus ojos ardieron de ira.

Al ver que estaba recogiendo apresuradamente sus pertenencias, Gonnosuke se echó a reír.

—¿Te vas de viaje? —le preguntó.

—No es asunto tuyo. No creas que no te conozco, bribón entrometido. ¡Has matado a mi marido!

—Vosotros mismos os lo habéis buscado.

—Uno de estos días me desquitaré.

—¡Mujer del diablo! —gritó Iori por encima de la cabeza de Gonnosuke.

Okō se retiró a la habitación del fondo, riendo desdeñosamente.

—Ya podéis ir diciendo cosas malas de mí cuando sois los ladrones que han desvalijado la casa del tesoro.

—¿Qué dices? —Gonnosuke e Iori se deslizaron al suelo y entraron en la casa de

té—. ¿Por qué nos llamas ladrones?

—No podéis engañarme.

—Repite eso y...

—¡Ladrones!

Gonnosuke la cogió del brazo y en aquel momento ella se volvió e intentó atacarle con una daga. El joven no se molestó en usar su bastón, le arrebató la daga de la mano y dio a la mujer un empujón que la hizo salir por la puerta y quedar espatarrada en el suelo.

Okō se puso en pie y gritó:

—¡Socorro! ¡Ladrones! Me están atacando.

Gonnosuke apuntó y lanzó la daga. El arma alcanzó a la mujer en la espalda y la punta le salió por el pecho. Okō cayó de bruces al suelo.

Como salido de la nada, Kuro saltó sobre el cuerpo, lamió ávidamente la sangre y luego alzó la cabeza y se puso a aullar.

—¡Mírale los ojos! —exclamó Iori horrorizado.

El grito de «¡ladrones!» proferido por Okō llegó a oídos de los excitados habitantes del pueblo. Poco antes del amanecer, alguien había penetrado en la casa del tesoro del templo. Era claramente obra de forasteros, pues los tesoros religiosos, espadas antiguas, espejos y objetos similares, no habían sido tocados, pero había desaparecido una fortuna en polvo y lingotes de oro, así como en metálico, acumulada durante muchos años. La noticia se había extendido lentamente y aún no había sido confirmada. El efecto del grito de Okō, la prueba más tangible hasta entonces, fue electrizante.

—¡Están ahí!

—¡Dentro de la Oinu!

Los gritos atrajeron a una muchedumbre todavía mayor, provista de lanzas de bambú, armas de fuego para cazar jabalíes, palos y piedras. Al cabo de un momento pareció como si el pueblo entero hubiera rodeado la casa de té, todos sedientos de sangre.

Gonnosuke e Iori se escabulleron por la parte trasera y durante varias horas tuvieron que ir de un escondite a otro. Pero ahora tenían una explicación: Musashi no había sido detenido por el «delito» que estaba a punto de confesar sino por ladrón. Sólo cuando los dos jóvenes llegaron al paso de Shōmaru dejaron atrás a sus últimos perseguidores.

—Desde aquí se ve la llanura de Musashino —dijo Iori—. ¿Estará bien mi maestro?

—Humm. Supongo que ya le estarán interrogando en la prisión.

—¿No hay ninguna manera de salvarle?

—Tiene que haberla.

—Por favor, haz algo. Te lo ruego.

—No tienes que rogármelo, porque él también es como un maestro para mí. Pero no es mucho lo que puedes hacer aquí, Iori. ¿Podrás volver a casa solo?

—Si es necesario, supongo que sí.

—Muy bien.

—¿Y tú que vas a hacer?

—Regresaré a Chichibu. Si se niegan a soltar a Musashi, le liberaré de alguna manera, aunque tenga que derribar la prisión. —Recalcó sus palabras golpeando el suelo una sola vez con su bastón. Iori, que había visto la potencia del arma, se apresuró a asentir—. Eres un chico como es debido. Regresa y cuida de todo hasta que yo traiga a Musashi sano y salvo.

Poniéndose el bastón debajo del brazo, se volvió y echó a andar hacia Chichibu.

Iori no se sentía solo ni atemorizado, y tampoco le preocupaba la posibilidad de extraviarse, pero tenía mucho sueño y mientras caminaba bajo el cálido sol apenas podía mantener los ojos abiertos. En Sakamoto vio una estatua de Buda al lado del camino y se tendió a su sombra.

La luz del crepúsculo se estaba desvaneciendo cuando despertó y oyó las voces de algunas personas que conversaban al otro lado de la estatua. Sintiéndose bastante culpable por escucharles furtivamente, fingió que seguía dormido.

Eran dos hombres, uno sentado en un tocón y el otro en una roca. Atados a un árbol, a corta distancia, había dos caballos con cajas lacadas suspendidas a ambos lados de las sillas. Una etiqueta de madera fijada a una de las cajas decía: «De la provincia de Shimotsuke. Para usarlo en la construcción del recinto occidental. Proveedor de artículos lacados para el shōgun».

A Iori, que ahora miraba por el lado de la estatua, no le parecieron un par de funcionarios normales y bien alimentados del castillo. Sus ojos eran demasiado penetrantes, sus cuerpos demasiado musculosos. El mayor era un hombre de aspecto vigoroso que tendría más de cincuenta años. Los últimos rayos del sol se reflejaban en su gorro, que le cubría ambas orejas y se proyectaba por delante, ocultándole las facciones.

Su compañero era un joven delgado pero membrudo, con un flequillo apropiado a su rostro juvenil. Se cubría la cabeza con una toalla de manos teñida, al estilo de Suō, y atada bajo el mentón.

—¿Y qué me dices de las cajas de laca? —preguntó el joven—. Eso ha estado muy bien, ¿verdad?

—Sí, ha sido una jugada inteligente. Hacer creer a la gente que estamos relacionados con las obras del castillo... No se me habría ocurrido una cosa así.

—Tendré que enseñarte estas cosas poco a poco.

—Ten cuidado. No empieces a burlarte de tus mayores. Pero ¿quién sabe? Tal vez

dentro de cuatro o cinco años el viejo Daizō obedecerá tus órdenes.

—Bueno, los jóvenes crecen y se hacen adultos mientras que los viejos se hacen más viejos, por mucho que procuren mantenerse jóvenes.

—¿Crees que eso es lo que estoy haciendo?

—Es evidente, ¿no? Siempre estás pensando en tu edad, y por eso tienes tanto empeño en ver tu misión cumplida.

—Supongo que me conoces bastante bien.

—¿No deberíamos ponernos en camino?

—Sí, la noche se nos está echando encima.

—Pues no me hace gracia la idea de que nadie se me eche encima.

—Ja, ja. Si te asustas fácilmente, no puedes tener mucha confianza en lo que haces.

—Todavía soy novato en este negocio. Incluso el sonido del viento a veces me pone nervioso.

—Eso es porque todavía te consideras un ladrón ordinario. Si pensaras siempre que lo estás haciendo por el bien del país, no te espantarías tanto.

—Siempre dices eso y te creo, pero no puedo evitar la sensación de que no estoy haciendo algo correcto.

—Has de tener el valor de tus convicciones —replicó Daizō, pero el consejo sonaba poco convincente, como si el hombre se tranquilizara a sí mismo.

El joven saltó ágilmente a la silla de montar y partió antes que el hombre mayor.

—No me pierdas de vista —dijo por encima del hombro—. Si veo algo, te haré una señal.

El camino se extendía por una larga pendiente hacia el sur. Iori observó desde detrás de la estatua de Buda durante un minuto, y entonces decidió seguirles. Tenía la impresión de que aquéllos eran los ladrones de la casa del tesoro.

En una o dos ocasiones los dos jinetes miraron atrás con cautela, pero, al no ver nada alarmante, al cabo de un rato dejaron de hacerlo. Poco después la luz del crepúsculo había desaparecido por completo y estaba demasiado oscuro para ver a más de unos pocos metros por delante.

Los dos jinetes estaban casi en el borde de la llanura de Musashino cuando el joven señaló y dijo:

—Allí, jefe. Se ven las luces de Ogimachiya.

El camino empezaba a ser llano. A poca distancia por delante de ellos, el río Iruma, serpenteante como un obi desechado, tenía un brillo plateado bajo la luz de la luna.

Iori ponía ahora mucho cuidado en mantenerse oculto. Su idea de que aquellos hombres eran los ladrones se había convertido en una convicción, y por su experiencia en Hōtengahara sabía cómo actuaban los bandidos, hombres malignos

capaces de las mayores atrocidades por un solo huevo o un puñado de judías rojas. Asesinar sin la menor provocación no era nada para ellos.

Avanzaron lentamente hasta entrar en el pueblo de Ogimachiya. Daizō alzó el brazo y dijo:

—Jōta, pararemos aquí y tomaremos un bocado. Hay que alimentar a los caballos, y me gustaría fumar un poco.

Ataron los caballos delante de un local tenuemente iluminado y entraron. Jōta se situó al lado de la puerta, vigilando las cajas mientras comía. Cuando terminó, salió y dio de comer a los caballos.

Iori entró en una fonda al otro lado de la calle, y cuando los dos hombres montaron de nuevo, cogió el último puñado de arroz y lo comió mientras caminaba.

Ahora cabalgaban en silencio. El camino estaba oscuro pero era llano.

—Jōta, ¿enviaste un correo a Kiso?

—Sí, me ocupé de eso.

—¿A qué hora les dijiste?

—A medianoche. Llegaremos a tiempo.

En la noche silenciosa, Iori captó bastantes retazos de su conversación para saber que Daizō llamaba a su compañero por un nombre de muchacho y que Jōta, se dirigía al hombre mayor como «jefe». Esto quizá significaba simplemente que era el jefe de una banda, pero de alguna manera Iori tenía la impresión de que eran padre e hijo. En tal caso no eran simples bandidos, sino bandidos hereditarios, hombres muy peligrosos a los que jamás sería capaz de capturar por sí mismo. Pero si lograba mantenerse cerca de ellos el tiempo suficiente, podría comunicar su paradero a los guardias.

Los habitantes de Kawagoe dormían profundamente y el pueblo estaba tan silencioso como un pantano en plena noche. Tras pasar ante hileras de casas oscuras, los dos jinetes se desviaron de la carretera y empezaron a subir una cuesta. Un hito de piedra al pie decía: «Bosque del Montículo de las Cabezas Enterradas. Arriba».

Iori trepó a través de los arbustos a lo largo del sendero y llegó primero a lo alto. Allí se alzaba un pino solitario de gran tamaño, a cuyo tronco estaba atado un caballo. En la base se acuclillaban tres hombres vestidos como rōnin, con los brazos cruzados sobre las rodillas, que miraban expectantes hacia el sendero.

Apenas había encontrado Iori un lugar donde ocultarse cuando uno de los hombres se levantó y dijo:

—Es Daizō, en efecto.

Los tres hombres echaron a correr e intercambiaron joviales saludos. Daizō y sus cómplices no se habían reunido en casi cuatro años.

Poco después se pusieron a trabajar. Bajo la dirección de Daizō, hicieron rodar una gran piedra a un lado y empezaron a cavar. Amontonaron la tierra a un lado y una

gran cantidad de oro y plata en el otro. Jōta descargó las cajas de los caballos y volcó en el suelo su contenido, el cual, como Iori había sospechado, era el tesoro desaparecido del santuario de Mitsumine. Sumado a los objetos de valor ya existentes, el total del botín debía de ascender a muchos millares de ryō.

Metieron los metales preciosos en sacos de paja corrientes y los cargaron en los tres caballos. Luego echaron al hoyo las cajas lacadas junto con los demás objetos que habían utilizado. Tras alisar el suelo, colocaron de nuevo la roca en su posición original.

—Así está bien —dijo Daizō—. Es hora de fumar un poco.

Se sentó al lado del pino y sacó la pipa. Los demás sacudieron el polvo de sus ropas y se reunieron con él.

Durante los cuatro años de lo que llamaba su peregrinaje, Daizō había recorrido de cabo a rabo la planicie de Kantō, en la que había pocos templos o santuarios sin una placa que atestiguara su generosidad, la amplitud de la cual no era ningún secreto. Pero por extraño que pareciera, a nadie se le había ocurrido preguntar por el origen de su fortuna.

Daizō, Jōtarō y los tres hombres de Kiso se sentaron en corro durante casi una hora para hablar de futuros planes. No había duda de que regresar ahora a Edo entrañaba un riesgo para Daizō, pero uno de ellos tenía que ir. En el almacén de Shibaura había oro pendiente de recogida y documentos que debían ser quemados. Y era preciso hacer algo con respecto a Akemi.

Poco antes de que se levantara el sol, Daizō y los tres hombres emprendieron el viaje por la carretera de Kōshū en dirección a Kiso. Jōtarō partió a pie en la dirección contraria.

Las estrellas a las que miraba Iori no le dieron respuesta a su pregunta: «¿A quién sigo?»

Bajo el transparente cielo azul otoñal, el fuerte sol de la tarde parecía atravesar la piel de Jōtarō. Pensando en el papel que él tendría en la nueva e inminente era, caminaba por la llanura de Musashino como si fuese su propietario.

Miró atrás con cierta aprensión y se dijo: «Todavía está ahí». Creyendo que quizá el muchacho quería hablar con él, ya se había detenido un par de veces, pero el chico no había intentado darle alcance.

Finalmente Jōtarō decidió averiguar por qué le seguía y se ocultó en un macizo de espesa vegetación. Cuando Iori llegó al trecho del camino donde había visto a Jōtarō por última vez, miró a su alrededor con expresión preocupada.

Jōtarō se levantó bruscamente y gritó:

—¡Estás ahí, enano!

Iori ahogó un grito, pero se recuperó en seguida. Sabía que no tenía escapatoria,

por lo que siguió andando y, al pasar por delante del otro, le preguntó:

—¿Qué quieres?

—Has estado siguiéndome, ¿no es cierto?

—Qué va. —Iori sacudió la cabeza con semblante inocente—. Me dirijo a Jūnisō Nakano.

—¡Mientes! Me estabas siguiendo.

—No sé de qué me estás hablando. —Iori intentó echar a correr, pero el otro le cogió por la espalda del kimono.

—¡Vamos, desembucha!

—Pero... yo... no sé nada.

—¡Embustero! —le dijo Jōtarō, aferrándole con más fuerza—. Alguien te ha enviado en pos de mí. ¡Eres un espía!

—Y tú... ¡eres un ladrón despreciable!

—¿Cómo? —gritó Jōtarō, su cara casi tocando la de Iori.

Iori se agachó casi hasta el suelo, se zafó de la presa del otro y echó a correr.

Jōtarō vaciló un instante, y entonces corrió tras él.

A un lado del camino había casas con tejado de paja, como nidos de avispas. Corrió a través de un campo de rojiza hierba otoñal, derribando a su paso varias toperas polvorientas.

—¡Socorro! ¡Socorro! ¡Un ladrón!

Entró en un pueblecito habitado por familias encargadas de combatir los incendios en la llanura. El ruido del martillo y el yunque de un herrero llegó a oídos de Iori. La gente salía corriendo de los oscuros establos y las casas donde colgaban caquis puestos a secar. Iori agitó los brazos y dijo jadeante:

—El hombre del pañuelo en la cabeza... me persigue..., es un ladrón. ¡Prendedle, por favor! ¡Ah, ah! Ahí viene.

Los aldeanos parecían aturdidos y algunos miraban temerosos a los dos jóvenes, mas, para consternación de Iori, ninguno hacía el menor intento de prender a Jōtarō.

—¡Es un ladrón! ¡Ha robado en el templo!

Se detuvo en medio del pueblo, consciente de que lo único que turbaba la apacible atmósfera eran sus propios gritos. Entonces echó a correr de nuevo y encontró un lugar donde esconderse y recobrar el aliento.

Jōtarō avanzó lenta y cautamente, con paso digno. Los aldeanos le miraban en silencio. Desde luego no parecía ni un ladrón ni un rōnin con malas intenciones. Por el contrario, su aspecto era el de un joven elegante incapaz de cometer delito alguno.

Disgustado porque los aldeanos, adultos al fin y al cabo, no se enfrentaban a un ladrón, Iori decidió regresar en seguida a Nakano, donde por lo menos podría explicar la situación a personas conocidas.

Abandonó la carretera y avanzó a través de la llanura. Cuando avistó el bosque de

cedros detrás de la casa, sólo estaba a una milla de distancia. Lleno de alivio, echó a correr tan rápido como podía.

De repente vio un hombre con los brazos extendidos que le cortaba el paso.

No tenía tiempo de preguntarse cómo Jōtarō había podido adelantarle, pero ahora se encontraba en terreno familiar. Dio un salto hacia atrás y desenvainó su espada.

—¡Bastardo! —gritó.

Jōtarō avanzó prestamente con las manos vacías y cogió a Iori por el cuello, pero el muchacho se zafó y dio un salto lateral de diez pies.

—Hijo de perra —musitó Jōtarō, notando que la sangre le corría por el brazo derecho, donde tenía un corte de dos pulgadas.

Iori adoptó una postura de combate y recordó la lección que Musashi le había inculcado. Los ojos..., los ojos..., los ojos... Concentró su fuerza en las pupilas brillantes y todo su ser pareció canalizado en un par de ojos de mirada ardiente.

Al ver la determinación del muchacho, que le miraba sin pestañear, Jōtarō desenvainó su espada.

—Voy a tener que matarte —gruñó.

Iori, envalentonado por el corte que le había hecho a su contrario, atacó como lo hacía siempre que practicaba con Musashi.

Jōtarō estaba cambiando de idea. No había creído que Iori fuese capaz de usar una espada, y ahora se entregó de lleno a la pelea. Por el bien de sus camaradas, tenía que quitar de en medio al chiquillo entrometido. Como si hiciera caso omiso del ataque de Iori, se abalanzó dando tajos tremendos pero inútiles.

Al cabo de dos o tres paradas, Iori dio media vuelta, corrió, se detuvo y atacó de nuevo. Cuando Jōtarō contraatacó, volvió a retirarse, alentado al ver que su estrategia surtía efecto, pues estaba atrayendo al adversario hacia su propio territorio.

Jōtarō se detuvo para cobrar aliento, miró a su alrededor en el oscuro bosque y gritó:

—¿Dónde estás, estúpido bastardo?

La respuesta fue una lluvia de fragmentos de corteza y hojas. Jōtarō alzó la cabeza y gritó: «¡Ya te veo!», aunque todo lo que veía a través del follaje era un par de estrellas.

Jōtarō empezó a trepar hacia el sonido susurrante que producía Iori al moverse sobre una rama. Por desgracia, desde allí no podía ir a ningún sitio.

—Ya te tengo. A menos que te salgan alas, será mejor que te rindas. De lo contrario date por muerto.

Iori retrocedió silenciosamente hasta la horquilla de dos ramas. Jōtarō trepó lenta y cuidadosamente. Cuando Jōtarō extendió una mano para agarrarle, Iori volvió a moverse sobre una de las ramas. Soltando un gruñido, Jōtarō se cogió con ambas manos de una rama y empezó a izarse, dando así a Iori la oportunidad que estaba

esperando. Con un golpe rápido y resonante, su espada rompió la rama sobre la que estaba Jōtarō, y éste cayó al suelo.

—¿Qué te ha parecido eso, ladrón? —le dijo Iori, exultante.

Las ramas más bajas frenaron la caída de Jōtarō y no resultó gravemente dañado, salvo en su orgullo. Lanzó una maldición y trepó de nuevo por el tronco, esta vez con la rapidez de un leopardo. Cuando volvió a estar bajo los pies de Iori, el chiquillo la emprendió a tajos con su espada, para impedir que se le acercara más.

Mientras estaban trabados en un punto muerto, llegaron a sus oídos las notas quejumbrosas de un shakuhachi. Ambos se detuvieron un instante y escucharon. Entonces Jōtarō decidió que trataría de razonar con su adversario.

—De acuerdo —le dijo—. Has luchado mejor de lo que había esperado y te admiro por eso. Si me dices quién eres y quién te ha pedido que me sigas, te dejaré marchar.

—¡Admite que te he vencido!

—¿Estás loco?

—Puede que no sea muy grande, pero soy Misawa Iori, el único discípulo de Miyamoto Musashi. Rogar misericordia sería un insulto a la reputación de mi maestro. ¡Ríndete!

—¿Qq... qué has dicho? —replicó Jōtarō, sin poder dar crédito a sus oídos—. Repítelo. —Su voz era aguda e insegura.

—Escucha atentamente —le dijo Iori con orgullo—. Soy Misawa Iori, el único discípulo de Miyamoto Musashi. ¿Te sorprende eso?

Jōtarō estaba dispuesto a admitir su derrota. Con una mezcla de duda y curiosidad, le preguntó:

—¿Qué tal está mi maestro? ¿Dónde se encuentra?

Asombrado, pero manteniéndose a distancia segura de Jōtarō, que se le estaba acercando, Iori respondió:

—¡Ja! Mi sensei nunca tendría a un ladrón por discípulo.

—No me llames así. ¿Nunca te ha mencionado Musashi a Jōtarō?

—¿Jōtarō?

—Si eres realmente el discípulo de Musashi, debes haberle oído mencionar mi nombre en una u otra ocasión. Yo tenía entonces más o menos tu edad.

—Eso es mentira.

—No, es la verdad.

Embargado de nostalgia, Jōtarō tendió la mano a Iori e intentó explicarle que debían ser amigos porque eran discípulos del mismo maestro. Todavía receloso, Iori le asestó un golpe en las costillas.

Jōtarō, metido precariamente entre dos ramas, estuvo a punto de coger la muñeca de Iori. Por alguna razón, el chiquillo se soltó de la rama de la que se sujetaba.

Cuando cayeron, lo hicieron juntos, aterrizando uno sobre el otro, y ambos quedaron en el suelo sin sentido.

La luz en la nueva casa de Musashi era visible desde todas las direcciones, pues, aunque el tejado estaba ya en su sitio, las paredes aún no habían sido construidas.

Takuan, que había llegado el día anterior para visitarle después de la tormenta, había decidido esperar el regreso de Musashi. Aquel día, poco después de que oscureciera, su goce del solitario entorno había sido interrumpido por un sacerdote mendicante que le pidió agua caliente para su cena.

Después de la parca comida a base de bolas de arroz, el sacerdote entrado en años se dedicó a tocar el shakuhachi para Takuan, manejando el instrumento de una manera vacilante, de aficionado. Sin embargo, mientras escuchaba la música le pareció a Takuan que tenía verdadero sentimiento, aunque de la tosca clase expresada a menudo en los poemas escritos por quienes no son poetas. Creyó también reconocer la emoción que el músico trataba de extraer de su instrumento. Era remordimiento, de la primera nota desafinada a la última..., una quejumbrosa expresión de arrepentimiento.

La melodía parecía ser la historia de la vida de aquel hombre, pero en ese caso, reflexionó Takuan, no podía haber sido muy distinta de la suya propia. Tanto si uno era grande como si no, no había mucha variedad en la experiencia interior de la vida de cada cual. Las diferencias radicaban meramente en la manera de enfrentarse cada uno a las debilidades comunes del ser humano. Para Takuan, tanto él como el otro eran básicamente un manojo de ilusiones envueltas en piel humana.

—Tengo la impresión de que te he visto antes en alguna parte —musitó el pensativo Takuan.

El sacerdote parpadeó. Sus ojos apenas veían.

—Ahora que lo mencionas, creo que he reconocido tu voz. ¿No eres Takuan Sōhō de Tajima?

La memoria de Takuan se avivó. Acercó el candil al rostro del hombre y le dijo:

—¿No eres Aoki Tanzaemon?

—Entonces eres realmente Takuan. ¡Ah, ojalá pudiera arrastrarme a un agujero y ocultar esta mísera carne mía!

—Cuan extraño es que nos encontremos en un lugar como éste. Han pasado casi diez años desde aquella ocasión en el Shippōji, ¿no es cierto?

—Pensar en aquellos tiempos me produce escalofríos —respondió el sacerdote mendicante. Entonces añadió con la voz quebrada—: Ahora que me veo reducido a vagabundear en la oscuridad, lo único que sostiene a este desdichado saco de huesos es pensar en mi hijo.

—¿Tienes un hijo?

—Me han dicho que está con aquel hombre al que ataron en el viejo roble. Takezō era su nombre, ¿no es cierto? He oído decir que ahora se llama Miyamoto Musashi. Parece ser que los dos han venido al este.

—¿Quieres decir que tu hijo es discípulo de Musashi?

—Eso es lo que dicen. Estaba tan avergonzado... No podía mirar a Musashi a la cara, así que resolví apartar al muchacho de mi mente. Pero ahora... Este año cumple diecisiete. Si pudiera encontrarle una sola vez y ver en qué clase de hombre se está convirtiendo, estaría preparado y dispuesto a morir.

—Así que Jōtarō es tu hijo —dijo Takuan—. No lo sabía.

Tanzaemon asintió. No había en su cuerpo arrugado el menor rastro del orgulloso capitán rebosante de lujuria hacia Otsū. Takuan le miró compasivamente, dolorido al ver a Tanzaemon tan atormentado por el sentimiento de culpa.

Al ver que a pesar de su hábito sacerdotal carecía incluso de fe religiosa, Takuan decidió que lo primero que debía hacer era ponerle frente al Buda Amida, cuya infinita misericordia salva incluso a los culpables de los diez males y los cinco pecados mortales. Después de que hubiera superado su desesperación tendría tiempo suficiente para buscar a Jōtarō.

Takuan le dio el nombre de un templo Zen en Edo.

—Si les dices que te envío yo, permitirán que te alojes ahí tanto tiempo como desees. En cuanto me sea posible, iré a verte y tendremos una larga charla. Creo que sé dónde podría estar tu hijo, y haré cuanto esté en mi mano para que le veas en un futuro no demasiado lejano. Entretanto, deja de cavilar amargamente. Incluso después de los cincuenta o los sesenta años, un hombre todavía puede conocer la felicidad, puede hacer un trabajo útil. Podrías vivir muchos años más. Habla de tu situación con los sacerdotes cuando estés en el templo.

Takuan despidió bruscamente a Tanzaemon, sin ceremonias y sin mostrarle la menor simpatía, pero Tanzaemon pareció apreciar una actitud tan poco sentimental. Tras numerosas reverencias de gratitud, recogió su sombrero de juncos y el shakuhachi y se marchó.

Por temor a resbalar, Tanzaemon decidió ir a través del bosque, donde la cuesta del camino era más suave. Al cabo de un rato su bastón tropezó con un obstáculo. Palpando a su alrededor, se sorprendió al descubrir dos cuerpos tendidos e inmóviles en el terreno húmedo. Regresó a toda prisa a la cabaña.

—¡Takuan! ¿Puedes ayudarme? He encontrado a dos muchachos inconscientes en el bosque. —Takuan se levantó y salió. Tanzaemon siguió diciendo—: No tengo ninguna medicina y no veo lo suficiente para darles agua.

Takuan se puso sus sandalias y gritó hacia el pie de la colina. Su voz reverberó en el silencio. Un campesino le respondió, preguntándole qué quería. Takuan le dijo que trajera una antorcha, algunos hombres y agua. Mientras aguardaba, sugirió a

Tanzaemon que haría mejor en no desviarse del camino, se lo describió con detalle y le despidió. A mitad de la colina, Tanzaemon pasó junto a los hombres que subían.

Cuando Takuan llegó con los campesinos, Jōtarō había recobrado el sentido y estaba sentado bajo el árbol, al parecer aturdido. Tenía una mano sobre el brazo de Iori, y se debatía entre la posibilidad de hacerle volver en sí y descubrir lo que quería saber o la de marcharse de allí. Reaccionó a la luz de la antorcha como un animal nocturno, tensando los músculos, dispuesto a correr.

—¿Qué ocurre aquí? —preguntó Takuan.

Al acercarse más, su interés inquisitivo se transformó en sorpresa, una sorpresa similar a la de Jōtarō. El joven era mucho más alto que el muchacho al que había conocido Takuan, y su rostro había cambiado notablemente.

—Eres Jōtarō, ¿verdad?

El joven aplicó ambas manos al suelo e hizo una reverencia.

—Sí, lo soy —respondió con la voz entrecortada, casi temeroso. Había reconocido a Takuan de inmediato.

—Bueno, desde luego te has hecho un joven agraciado.

Dirigió su atención a Iori, le rodeó con un brazo y comprobó que estaba vivo.

Iori volvió en sí y, tras mirar con curiosidad a su alrededor durante unos segundos, rompió a llorar.

—¿Qué te pasa? —le preguntó Takuan en tono consolador—. ¿Te has hecho daño?

Iori sacudió la cabeza y balbució:

—No me he hecho daño, pero se han llevado a mi maestro. Está en la prisión de Chichibu.

Como hablaba entre sollozos, Takuan no le entendía con facilidad, pero los datos esenciales de lo ocurrido no tardaron en estar claros. Al darse cuenta de lo grave que era la situación, Takuan se sintió casi tan afligido como Iori.

También Jōtarō estaba muy agitado.

—Tengo algo que decirte, Takuan —dijo bruscamente con voz temblorosa—. ¿Podríamos ir a algún sitio discreto para hablar?

—Es uno de los ladrones —dijo Iori—. No puedes confiar en él. Todo lo que diga será mentira. —Señalaba a Jōtarō con una expresión acusadora, mirándole tan ferozmente como el joven le miraba a él.

—Callaos los dos y dejadme decidir quién tiene razón y quién está equivocado.

Takuan les llevó a la casa y les ordenó que encendieran una fogata en el exterior. Tras sentarse ante el fuego, les ordenó que hicieran lo mismo. Iori titubeó, y por su expresión era evidente que no estaba dispuesto a hacerse amigo de un ladrón. Pero al ver que Takuan y Jōtarō hablaban amistosamente de los viejos tiempos, sintió una

punzada de celos y, a regañadientes, se sentó junto a ellos.

Jōtarō bajó la voz, y como una mujer que confiesa sus pecados a Buda, habló con la mayor seriedad.

—Desde hace cuatro años me adiestra un hombre llamado Daizō, natural de Narai, en Kiso. Sé cuáles son sus aspiraciones y lo que quiere hacer por el mundo, y estaría dispuesto a morir por él si fuese necesario. Por eso he intentado ayudarle en su trabajo... Desde luego, es doloroso que le llamen a uno ladrón, pero sigo siendo el discípulo de Musashi. Aun cuando esté separado de él, nunca me he alejado en mi espíritu, ni un solo día.

Como no quería que le hicieran preguntas, siguió hablando apresuradamente.

—Daizō y yo hemos jurado por los dioses del cielo y de la tierra no revelar a nadie nuestro objetivo en la vida. Ni siquiera puedo decíroslo a vosotros. Sin embargo, no puedo soportar la idea de que Musashi esté encerrado en una prisión. Mañana iré a Chichibu y confesaré.

—Entonces habéis sido tú y Daizō los desvalijadores de la casa del tesoro —dijo Takuan.

—Sí —replicó Jōtarō sin la menor señal de arrepentimiento.

—Así pues, eres en efecto un ladrón.

Jōtarō bajó la cabeza para evitar la mirada de Takuan.

—No, no —murmuró sin convicción—. No somos ladrones corrientes.

—No sabía que existieran distintas categorías de ladrones.

—Bueno, lo que intento decir es que no hacemos esas cosas en nuestro propio beneficio, sino por el pueblo. Se trata de trasladar la propiedad pública por el bien de la gente.

—No entiendo ese razonamiento. ¿Me estás diciendo que vuestros robos son delitos justos? ¿Que sois como los héroes bandidos de las novelas chinas? En ese caso, lo vuestro es una mala imitación.

—No puedo responder a eso sin revelar mi acuerdo secreto con Daizō.

—Ja, ja. No vas a dejarte embaucar, ¿verdad?

—No me importa lo que digas. Confesaré tan sólo para salvar a Musashi. Confío en que luego intercederás por mí ante él.

—No se me ocurriría qué decirle en tu favor. Musashi es inocente. Tanto si confiesas como si no, acabarán por dejarle en libertad. Me parece mucho más importante que confieses tus pecados al Buda. Tómame como intermediario y cuéntaselo todo.

—¿Al Buda?

—Eso he dicho. Según he entendido, haces algo grandioso por el bien del prójimo. Pero en realidad te estás poniendo por delante de los demás. ¿No se te ha ocurrido pensar que causas la desdicha de muchas personas?

—Uno no puede pensar en sí mismo cuando trabaja por el bien de la sociedad.

—¡Estúpido! —exclamó Takuan, al tiempo que golpeaba la mejilla de Jōtarō con el puño—. El yo es la base de todo. Cada acción es una manifestación del yo. Una persona que no se conoce a sí misma no puede hacer nada por los demás.

—Lo que quiero decir es que no actuaba para satisfacer mis propios deseos.

—¡Calla! ¿No te das cuenta de que apenas eres un adulto? No existe nada más aterrador que un bienhechor a medio hacer que no sabe nada del mundo pero se cree capacitado para decirle al mundo lo que a éste le conviene. No es preciso que digas nada más acerca de las actividades de Daizō, pues ya me he hecho una idea muy precisa... ¿Por qué lloras? Suénate la nariz.

Takuan ordenó al muchacho que se acostara, y Jōtarō se tendió obedientemente, pero no pudo dormir pensando en Musashi. Juntó las manos sobre el pecho y, en silencio, rogó que le perdonara. Las lágrimas se deslizaban hasta sus orejas. Se volvió de lado y empezó a pensar en Otsū. Le dolía la mejilla golpeada por el monje, pero las lágrimas de Otsū le dolerían más. No obstante, revelar la promesa secreta que le había hecho a Daizō era inconcebible, aunque Takuan intentara sonsacársela por la mañana, pues estaba seguro de que así lo haría.

Se levantó sin hacer el menor ruido, salió de la cabaña y contempló las estrellas. Tendría que apresurarse, pues la noche estaba a punto de terminar.

—¡Detente!

La voz inmovilizó a Jōtarō. Takuan era una sombra enorme a sus espaldas.

El religioso se le acercó y le rodeó los hombros con un brazo.

—¿Estás decidido a confesar?

Jōtarō asintió.

—Eso no es muy inteligente —le dijo Takuan cariñosamente—. Si lo haces, morirás como un perro. Al parecer, crees que si te entregas, Musashi quedará libre, pero las cosas no son tan sencillas. Las autoridades mantendrán a Musashi encarcelado hasta que les digas todo lo que te has negado a decirme... Te torturarán hasta que hables, tanto si eso les lleva un año como dos, o más.

Jōtarō inclinó la cabeza.

—¿Eso es lo que deseas, morir como un perro? Pero ahora no tienes elección: o bien lo confiesas todo bajo tortura o bien me lo cuentas todo. Como discípulo que soy de Buda, no haré ningún juicio y me limitaré a transmitir tu confesión a Amida.

Jōtarō no dijo nada.

—Existe una sola alternativa. Por pura casualidad, anoche me encontré con tu padre, que ahora viste el hábito de un sacerdote mendicante. Por supuesto, no habría imaginado jamás que tú también estabas aquí. Le he enviado a un templo de Edo. Si has decidido morir, te iría bien verle primero. Y cuando le veas, puedes preguntarle si no tengo razón. Se abren tres caminos ante ti, Jōtarō. Debes decidir cuál de ellos vas a

seguir.

Takuan dio media vuelta y se encaminó a la casa.

Jōtarō comprendió que el shakuhachi cuyas notas oyó por la noche debía de ser el de su padre. No tenía necesidad de que se lo dijeran para imaginar el aspecto que tendría su padre, dedicado ahora a errar de un lugar a otro.

—¡Espera, Takuan! Hablaré, se lo contaré todo al Buda, incluida mi promesa a Daizō.

Cogió la manga del sacerdote, y los dos entraron en el bosque.

La confesión de Jōtarō fue un largo monólogo en el que no omitió nada. Mientras le escuchaba, Takuan no movió un solo músculo ni dijo palabra.

—Eso es todo —concluyó Jōtarō.

—¿Seguro?

—No te he ocultado nada.

—Muy bien.

Takuan permaneció en silencio durante toda una hora. Amaneció y los cuervos empezaron a graznar. Las gotas de rocío brillaban por doquier. Takuan se sentó en las raíces de un cedro. Jōtarō se apoyó en otro árbol, con la cabeza gacha, esperando la reprensión que le parecía inevitable.

Cuando Takuan por fin habló, parecía no tener ya ninguna duda.

—La verdad es que te has mezclado con una banda de cuidado. Que el cielo les ampare. No comprenden de qué manera está cambiando el mundo. Menos mal que me lo has contado antes de que las cosas empeoren. —Entonces metió una mano en el interior de su kimono y, sorprendentemente, sacó dos monedas de oro y se las entregó a Jōtarō—. Será mejor que te marches lo más rápido que puedas, pues el menor retraso podría ser desastroso no sólo para ti sino también para tu padre y tu maestro. Aléjate lo antes posible, pero no te acerques a la carretera de Kōshū o el Nakasendō. Este mediodía van a efectuar un severo control de todos los viajeros.

—¿Qué le ocurrirá al sensei? No puedo marcharme y dejarle donde está.

—Yo me encargaré de eso. Dentro de uno o dos años, cuando los ánimos se hayan calmado, podrás ir a verle y pedirle disculpas. Entonces sí que hablaré en tu favor.

—Adiós.

—Espera un momento.

—¿Sí?

—Ve primero a Edo. En Azabu hay un templo Zen llamado Shōjuan. Tu padre ya debe de estar ahí. Toma este sello que recibí del Daitokuji. Ellos sabrán que es mío. Diles que os proporcionen a ti y a tu padre sombreros y túnicas de sacerdote, así como las credenciales necesarias. Así podréis viajar disfrazados.

—¿Por qué he de fingir que soy un sacerdote?

—¿Es que tu ingenuidad no tiene límites? Tú, mi estúpido y joven amigo, eres un

agente de un grupo que planea asesinar al shōgun, incendiar el castillo de Ieyasu en Suruga, crear confusión en todo el distrito de Kantō y hacerse con el poder. En una palabra, eres un traidor. Si te prenden, el castigo obligatorio será la muerte en la horca.

Jōtarō se quedó boquiabierto.

—Ahora vete.

—¿Puedo hacerte una sola pregunta? ¿Por qué deben ser considerados como traidores unos hombres que quieren derrocar a los Tokugawa? ¿Por qué no son traidores los que derribaron a los Toyotomi y dominaron el país?

—A mí no me lo preguntes —respondió Takuan con una fría mirada.

La granada

Aquel mismo día, unas horas más tarde, Takuan e Iori llegaron a la mansión del señor Hōjō Ujikatsu en Ushigome. Un joven servidor que montaba guardia en la puerta entró para anunciar a Takuan, y unos minutos después salió Shinzō.

—Mi padre está en el castillo de Edo —le dijo Shinzō—. ¿Quieres entrar y esperarle?

—¿En el castillo? —dijo Takuan—. Entonces seguiré mi camino, puesto que de todos modos iba hacia allá. ¿Te importaría que dejara a Iori aquí contigo?

—En absoluto —respondió Shinzō con una sonrisa, mirando de soslayo a Iori—. ¿Pido un palanquín para ti?

—Si eres tan amable...

El palanquín lacado apenas se había perdido de vista cuando Iori estaba ya en los establos, examinando los bien alimentados caballos, de colores castaño y gris moteado, uno tras otro. Admiraba en especial sus caras, que le parecían mucho más aristocráticas que las de los caballos de trabajo que él conocía. Sin embargo, aquello planteaba un enigma: ¿cómo era posible que la clase guerrera pudiera permitirse el mantenimiento de un gran número de caballos ociosos, en vez de ponerlos a trabajar en los campos?

Había empezado a imaginar a sus jinetes montándolos en la batalla cuando oyó a Shinzō que hablaba a gritos. Miró hacia la casa, esperando una reprimenda, pero vio que el objeto de la ira de Shinzō era una anciana delgada y de expresión testaruda con un bastón.

—¡Fingir que está ausente! —gritó Shinzō—. ¿Por qué habría de fingir tal cosa mi padre ante una vieja bruja a la que ni siquiera conoce?

—Vaya, cómo te has enfadado —dijo sarcásticamente Osugi—. Supongo que eres el hijo de su señoría. ¿Sabes cuántas veces he venido aquí con la intención de ver a tu padre? Puedes estar seguro de que no han sido pocas, y en cada ocasión me han dicho que estaba ausente.

Un poco desconcertado, Shinzō replicó:

—No tiene nada que ver con las veces que hayas venido. A mi padre no le gusta recibir visitas. Si no quiere verte, ¿por qué insistes en venir una y otra vez?

Osugi, sin inmutarse, se echó a reír.

—¡No le gusta ver a la gente! Entonces ¿por qué vive entre personas? —Le miró enseñando los dientes.

La idea de insultarla y hacerle oír el sonido metálico de su espada al empezar a desenfundarla pasó por la mente de Shinzō, pero no quería hacer una indecorosa demostración de mal temple ni estaba seguro de que, si la hacía, surtiera efecto.

—Mi padre no está aquí —dijo en un tono de voz ordinario—. ¿Por qué no te

sientas y me dices de qué se trata?

—Bueno, creo que aceptaré tu amable oferta. La caminata ha sido larga y mis piernas están cansadas. —Se sentó en el borde del escalón y empezó a restregarse las rodillas—. Cuando me hablas suavemente, joven, me siento avergonzada por haber alzado la voz. Bien, quiero que transmitas a tu padre lo que voy a decirte cuando vuelva a casa.

—Lo haré con mucho gusto.

—He venido para hablarle de Miyamoto Musashi.

Perplejo, Shinzō le preguntó:

—¿Le ha ocurrido algo a Musashi?

—No, nada, sólo quiero que tu padre sepa la clase de hombre que es. Cuando Musashi tenía diecisiete años, fue a Sekigahara y luchó contra los Tokugawa, sí, contra los Tokugawa, como lo oyes. Y lo que es más, han sido tantas sus malignas hazañas en Mimasaka que nadie de allí te dirá nada bueno de él. Mató a mucha gente, y me ha rehuido durante años porque intento vengarme justamente de él. ¡Musashi es un vagabundo inútil, y es peligroso!

—A ver, espera...

—¡No, escucha! Musashi empezó a tontear con la mujer que estaba prometida a mi hijo. Llegó a robársela y huyó con ella.

—Espera un momento —dijo Shinzō, alzando la mano en un gesto de protesta—. ¿Por qué cuentas esas cosas de Musashi?

—Lo hago por el bien del país —dijo Osugi con afectación.

—¿Qué bien puede hacerle al país difamar a Musashi?

Osugi se irguió en su asiento y dijo:

—Tengo entendido que ese bribón embaucador va a ser nombrado pronto instructor en la casa del shōgun.

—¿Dónde has oído eso?

—Lo dijo un hombre que estaba en el dōjō de Ono. Lo oí con mis propios oídos.

—¿Ah, sí?

—A un cerdo como Musashi no deberían permitirle estar en presencia del shōgun, y no digamos nombrarle tutor. Un maestro de la Casa de Tokugawa es un maestro de la nación. Sólo pensar en ello me pone enferma. He venido aquí para advertir al señor Hōjō, porque sé que recomendó a Musashi. ¿Lo entiendes ahora? —Aspiró la saliva en las comisuras de su boca y siguió diciendo—: Estoy segura de que advertir a tu padre redunda en beneficio del país. Y déjame que te advierta a ti también: no te dejes embaucar por las palabras persuasivas de Musashi.

Temiendo que la anciana siguiera hablándole de esta guisa durante horas, Shinzō hizo acopio de paciencia, tragó saliva y le dijo:

—Te doy las gracias. Entiendo tu postura y comunicaré a mi padre lo que acabas

de decirme.

—¡Sí, te ruego que lo hagas!

Con el semblante de quien por fin ha logrado una meta sonada, Osugi se puso en pie y se encaminó al portal, sus sandalias golpeando ruidosamente el sendero.

—¡Bruja asquerosa! —le gritó una voz infantil.

—¿Cómo? —gruñó Osugi, sobresaltada—. ¿Quién...?

Miró a su alrededor hasta que descubrió a Iori entre los árboles, mostrándole los dientes como un caballo.

—¡Cómete esto! —le gritó el muchacho, lanzándole una granada.

La fruta golpeó a la anciana con tal fuerza que se rompió.

—¡Aaaay! —exclamó Osugi, aferrándose el pecho.

Se agachó para recoger algo del suelo y arrojárselo, pero el chiquillo echó a correr y desapareció de su vista. La mujer corrió al establo, y estaba inspeccionando el interior cuando un blando montón de estiércol de caballo la alcanzó de lleno en el rostro.

Farfullando y escupiendo, Osugi se limpió la cara con los dedos, y las lágrimas empezaron a brotarle de los ojos. ¡Pensar que viajar por el país en beneficio de su hijo le había conducido a semejante situación indigna!

Iori la observaba a distancia segura, desde detrás de un árbol. Al verla llorar como una niña, de improviso se sintió muy avergonzado de sí mismo. En parte deseaba acercarse y pedirle disculpas antes de que ella cruzara la puerta, pero su furia al oírla denostar a Musashi persistía. Atrapado entre la conmiseración y el odio, permaneció inmóvil durante un rato, mordiéndose las uñas.

—Ven aquí, Iori, que verás el monte Fuji de color rojo.

La voz de Shinzō procedía de una habitación en lo alto de la casa.

Sintiendo un profundo alivio, Iori echó a correr.

—¿El monte Fuji?

La visión de la montaña teñida de color carmesí bajo la luz crepuscular vació su mente de todos los demás pensamientos.

También Shinzō parecía haber olvidado su conversación con Osugi.

La tierra de los sueños

En 1605 Ieyasu cedió el cargo de shōgun a Hidetada, pero siguió gobernando desde su castillo de Suruga. Ahora que casi se había completado la tarea de poner los cimientos del nuevo régimen, Ieyasu empezaba a permitir que Hidetada se hiciera cargo de sus legítimos deberes.

Cuando le transmitió su autoridad, Ieyasu preguntó a su hijo qué se proponía hacer.

Se dice que la respuesta de Hidetada, «Voy a construir», complació inmensamente al shōgun.

En contraste con Edo, en Osaka realizaban todavía los preparativos para la batalla final. Ilustres generales tramaban intrigas, los correos llevaban mensajes a ciertos feudos, a los dirigentes militares desplazados y los rōnin se les procuraba solaz y compensación. Se almacenaban municiones, se pulían las lanzas, se ahondaban los fosos.

Cada vez era mayor el número de ciudadanos que abandonaban las ciudades occidentales para trasladarse a la floreciente ciudad del este, cambiando a menudo de lealtad, pues seguía existiendo el temor de que una victoria de Toyotomi pudiera significar la vuelta a la lucha crónica.

Para el daimyō y los vasallos de alto rango que aún debían decidir si confiaban su destino y el de sus hijos y nietos a Edo u Osaka, el impresionante programa de construcciones en Edo era un argumento a favor de los Tokugawa.

Aquel día, como tantos otros, Hidetada se dedicaba a uno de sus pasatiempos preferidos. Vestido como para salir al campo, abandonó el recinto principal y se dirigió a la colina de Fukiage para inspeccionar los trabajos de construcción.

Más o menos a la hora en que el shōgun y su séquito de ministros, ayudantes personales y sacerdotes budistas se detuvieron a descansar, se produjo una conmoción en la colina Momiji.

—¡Detened a ese hijo de perra!

—¡Prendedle!

Un cavador de pozos daba vueltas a todo correr, tratando de librarse de unos carpinteros que le perseguían. Corrió como una liebre entre dos rimeros de tablas y se escondió un momento tras la cabaña de los yeseros. Entonces se lanzó hacia el andamio junto al muro exterior y empezó a trepar.

Un par de carpinteros treparon tras él, soltando sonoros juramentos, y le agarraron de los pies. El cavador de pozos agitó frenéticamente los brazos y cayó hacia atrás en un montón de virutas.

Los carpinteros se abalanzaron sobre él y la emprendieron a golpes y puntapiés desde todos los lados. Por alguna extraña razón, el hombre ni lloró ni intentó

resistirse, sino que se aferró tan fuerte como pudo al suelo, como si ésa fuese su única esperanza.

El samurai encargado de los carpinteros y el inspector de los obreros llegaron corriendo.

—¿Qué ocurre aquí? —preguntó el samurai.

—¡Este cerdo asqueroso ha pisado mi escuadra! —se quejó uno de los trabajadores—. ¡La escuadra es el alma del carpintero!

—Domínate.

—¿Qué harías si hubiera pisado tu espada? —le preguntó el carpintero.

—Bueno, basta ya. El shōgun está descansando en la colina.

Al oír la mención del shōgun, el primer carpintero se tranquilizó, pero otro hombre dijo:

—Tiene que ir a lavarse. ¡Y luego ha de inclinarse ante la escuadra y pedirle perdón!

—Nosotros nos encargaremos del castigo —dijo el inspector—. Volved al trabajo.

Agarró al hombre postrado por el cuello del kimono y le dijo:

—Levanta la cara.

—Sí, señor.

—Eres uno de los cavadores de pozos, ¿no es cierto?

—Sí, señor.

—¿Qué hacías aquí? Éste no es tu lugar de trabajo.

—Ayer también andaba por aquí —dijo el carpintero.

—¿Ah, sí? —dijo el inspector, mirando fijamente el rostro pálido de Matahachi.

Observó que, para ser un cavador de pozos, era demasiado delicado, tenía un exceso de refinamiento.

El inspector habló con el samurai durante un minuto y luego se lo llevaron de allí.

Matahachi fue encerrado en un cobertizo para leña, detrás de la oficina del inspector de obreros, y durante varios días no hizo más que contemplar la leña, uno o dos sacos de carbón y los barriles para preparar encurtidos. Temía que descubrieran el complot y estaba aterrorizado.

Una vez en el castillo, lo había pensado a fondo y llegado a la conclusión de que, aunque tuviera que ser un cavador de pozos durante toda su vida, no iba a convertirse en un asesino. Había visto al shōgun y su séquito en varias ocasiones, pero las había dejado pasar todas sin llevar a cabo el atentado.

Lo que le llevaba al pie de la colina Momiji cada vez que podía desplazarse durante los períodos de descanso era una complicación imprevista. Iban a construir una biblioteca, y cuando lo hicieran sería preciso trasladar el algarrobo. Sintiéndose culpable, Matahachi suponía que entonces descubrirían el mosquete y que le relacionarían directamente con el complot. Pero no había podido encontrar un

momento en que nadie estuviera presente para desenterrar el mosquete y hacerlo desaparecer.

Incluso mientras dormía sudaba profusamente. Una vez soñó que estaba en la tierra de los muertos, y allí había algarrobos en todos los lugares en los que miraba. Unas noches antes de que le confinaran en el cobertizo soñó con su madre, y fue una visión clara como el día. En vez de apiadarse de él, Osugi le gritó airada y le arrojó un cesto de capullos de seda. Cuando los capullos llovieron sobre su cabeza intentó correr y su madre, con el cabello misteriosamente transformado en capullos blancos, le persiguió. Por mucho que corriera, ella siempre le pisaba los talones. Empapado en sudor, saltó desde lo alto de un risco y empezó a caer a través de la oscuridad del infierno, una caída interminable en la negrura.

—¡Perdóname, madre! —exclamó como un niño herido, y el mismo sonido de su voz le despertó.

Entonces se enfrentó a una realidad, la perspectiva de la muerte, más aterradora que el sueño.

Empujó la puerta, aunque ya sabía que estaba cerrada. Desesperado, subió a un barril de encurtidos, rompió un ventanuco cerca del tejado y salió poco a poco por la abertura. Fue poniéndose a cubierto tras los montones de leña y piedras, así como los montículos de tierra excavada, y avanzó sigilosamente hasta las proximidades del portal occidental trasero. Al ver que el algarrobo seguía en su sitio, suspiró aliviado.

Encontró una hoz y empezó a cavar como si esperase descubrir su propia vida. Inquieto por el ruido que estaba haciendo, se detuvo y miró a su alrededor. Al no ver a nadie, empezó de nuevo.

Movía la hoz con frenesí, temeroso de que alguien hubiera encontrado ya el mosquete. Su respiración se hizo rápida y desigual. El sudor y la suciedad que cubrían su cuerpo se mezclaban, y parecía como si acabara de salir de un baño de barro. Empezaba a sentirse mareado, pero no podía detenerse.

La hoja golpeó algo alargado. Matahachi arrojó la hoz a un lado y metió la mano en el hoyo para coger el objeto, diciéndose: «ya lo tengo».

Su alivio duró poco. El objeto no estaba envuelto en papel encerado, no había ninguna caja y no estaba frío como el metal. Lo cogió, lo alzó y lo dejó caer. Era un hueso blanco y delgado, un radio o un peroné.

Matahachi no se atrevió a empuñar de nuevo la hoz. Aquello parecía otra pesadilla, pero sabía que estaba despierto, incluso podía contar cada hoja del algarrobo.

Mientras rodeaba el árbol, dando puntapiés a la tierra, se preguntó qué podría ganar Daizō al mentirle.

Aún estaba rodeando el árbol cuando un hombre se le acercó silenciosamente por detrás y le dio unos ligeros golpes en la espalda. Entonces soltó una risotada y dijo al

oído de Matahachi:

—No lo encontrarás.

Matahachi se quedó paralizado, casi estuvo a punto de caerse en el hoyo. Volvió la cabeza hacia la voz y permaneció mudo unos instantes antes de ahogar un grito de asombro.

—Ven conmigo —le dijo Takuan, cogiéndole de la mano.

Matahachi no podía moverse. Sus dedos se volvieron insensibles, aferrados a la mano del sacerdote. Un estremecimiento de horror abyecto se extendió por su cuerpo desde los talones.

—¿No me has oído? Ven conmigo —repitió con firmeza Takuan.

La lengua de Matahachi era casi tan inútil como la de un mudo.

—Te... tengo que..., la tierra...

—Déjala —le dijo Takuan en un tono implacable—. Es una pérdida de tiempo. Las cosas que la gente hace en esta tierra, buenas o malas, son como tinta en un papel poroso. No es posible borrarlas ni en mil años. Crees que echar un poco de tierra alrededor del árbol arreglará lo que has hecho. Por pensar así tu vida es tan desordenada. Ahora ven conmigo. Eres un delincuente, y tu delito es atroz. Voy a cortarte la cabeza con una sierra de bambú y te arrojaré al Charco de la Sangre infernal.

—Agarró a Matahachi por el lóbulo de la oreja y tiró de él.

Takuan llamó a la puerta de la barraca donde dormían los ayudantes de la cocina.

—Eh, chicos, que salga uno de vosotros —les dijo.

Apareció un muchacho en el umbral, restregándose los ojos. Cuando reconoció al sacerdote a quien había visto hablando con el shōgun, se espabiló del todo y dijo:

—Sí, señor. ¿Puedo servirte en algo?

—Quiero que abras ese cobertizo de leña.

—Hay un cavador de pozos encerrado ahí.

—No, no está ahí sino aquí. No tiene sentido hacerle entrar de nuevo a través de una ventana, así que abre la puerta.

El muchacho corrió en busca del inspector, el cual se apresuró a salir, pidió disculpas y rogó a Takuan que no informara del incidente.

Takuan empujó a Matahachi al interior del cobertizo, entró tras él y cerró la puerta. Al cabo de unos minutos, asomó la cabeza al exterior y dijo:

—Supongo que tienes una navaja de afeitar en alguna parte. Tráemela después de afilarla.

El inspector y el pinche de cocina intercambiaron miradas, y ninguno de los dos se atrevió a preguntar al sacerdote para qué quería la navaja de afeitar. La afilaron como les había pedido y se la entregaron.

—Gracias —dijo Takuan—. Ya podéis volver a la cama.

El interior del cobertizo estaba totalmente a oscuras y sólo un atisbo de luz estelar era visible a través de la ventana rota. Takuan se sentó en un montón de leña. Matahachi se dejó caer sobre una estera de juncos, la cabeza gacha, avergonzado. El silencio se prolongó durante largo rato. Como no podía ver la navaja, Matahachi se preguntó nervioso si Takuan la sostenía en la mano.

Por fin Takuan habló.

—¿Qué has excavado al pie del algarrobo, Matahachi? —le preguntó.

El joven no dijo nada.

—Yo podría enseñarte a excavar algo. Significaría extraer algo de la nada, recuperar el mundo real sacándolo de una tierra de sueños.

—Sí, señor.

—No tienes la menor idea de qué es la realidad de la que te estoy hablando. Sin duda estás aún en tu mundo de fantasía. Bueno, puesto que eres tan ingenuo como un niño, supongo que deberé masticar primero tu alimento intelectual... ¿Qué edad tienes?

—Veintiocho.

—La misma edad que Musashi.

Matahachi se cubrió el rostro con las manos y lloró.

Takuan dejó que se desahogara antes de continuar.

—¿No resulta espantoso pensar que el algarrobo ha estado a punto de convertirse en la lápida de un necio? Estabas cavando tu propia tumba, realmente en un tris de caer en ella.

Matahachi rodeó con sus brazos las piernas de Takuan y le suplicó:

—Sálvame, por favor, sálvame. Mis ojos..., ahora mis ojos se han abierto. Daizō de Narai me embaucó.

—No, tus ojos no se han abierto ni tampoco Daizō te ha engañado. Sencillamente ha intentado utilizar al idiota más grande de este mundo..., un mastuerzo codicioso, burdo y corto de miras que, sin embargo, ha tenido la temeridad de aceptar una tarea que cualquier hombre juicioso habría rechazado.

—Sí..., sí..., he sido un estúpido.

—¿Quién creías que era Daizō?

—No lo sé.

—Su verdadero nombre es Mizoguchi Shinano. Fue servidor de Otani Yoshitsugu, un amigo íntimo de Ishida Mitsunari. Sin duda recuerdas que Mitsunari fue uno de los derrotados en Sekigahara.

—No..., no —dijo Matahachi con voz entrecortada—. ¿Es uno de los guerreros que el shogunado está tratando de localizar?

—¿Qué otra cosa sería un hombre dispuesto a asesinar al shōgun? Tu estupidez es pasmosa.

—No me ha dicho eso, sino sólo que odiaba a los Takugawa. Creía que sería mejor para el país que los Toyotomi detentaran el poder. Hablaba de trabajar por el bien de todo el mundo.

—No te molestaste en preguntarte quién era realmente, ¿verdad? Sin usar ni una sola vez la cabeza, te dedicaste audazmente a cavar tu propia tumba. Tu clase de valor da miedo, Matahachi.

—¿Qué debo hacer?

—¿Hacer?

—¡Por favor, Takuan, te lo ruego, ayúdame!

—Suéltame.

—Pero... no he llegado a usar el arma. ¡Ni siquiera la he encontrado!

—Claro que no la has encontrado, porque no llegó a tiempo. Si Jōtarō, a quien Daizō engañó para que formara parte de este espantoso complot, hubiera llegado a Edo como planeaba, el mosquete muy bien podría haber estado enterrado al pie del árbol.

—¿Jōtarō? ¿Te refieres al muchacho...?

—No importa. Eso no es asunto tuyo. Lo que te concierne es el delito de traición, que has cometido y que no puede ser perdonado. Tampoco pueden tolerarlo los dioses ni el Buda. Será mejor que abandones toda esperanza de salvación.

—¿No hay ninguna manera...?

—¡Por supuesto que no!

—Ten piedad —sollozó Matahachi, aferrándose a las rodillas de Takuan.

Takuan se levantó y le apartó de un puntapié.

—¡Idiota! —gritó con tal potencia que amenazaba con levantar el tejado del cobertizo.

La ferocidad de su mirada era indescriptible: un Buda que rechazaba a quien quería abrazarle, un Buda aterrador que ni siquiera estaba dispuesto a perdonar al arrepentido.

Por un momento Matahachi le miró con resentimiento. Entonces inclinó la cabeza, resignado, y los sollozos estremecieron su cuerpo.

Takuan cogió la navaja que descansaba sobre el montón de leña y tocó con ella ligeramente la cabeza de Matahachi.

—Puesto que vas a morir, será mejor que lo hagas con el aspecto de un discípulo del Buda. Voy a ayudarte a ello, por la amistad que tenemos. Cierra los ojos y permanece sentado muy quieto y con las piernas cruzadas. La línea entre la vida y la muerte no tiene más espesura que un párpado. No hay nada aterrador en la muerte, nada que justifique las lágrimas. No llores, criatura, no llores. Takuan te preparará para el final.

La sala donde se reunía el Consejo de Ancianos para hablar de los asuntos de estado estaba aislada de las demás estancias del castillo de Edo. Aquella cámara secreta estaba completamente rodeada por otras habitaciones y pasillos. Cada vez que era necesario recibir una decisión del shōgun, los ministros o bien iban a la cámara de audiencias o bien enviaban una petición en una caja lacada. Notas y respuestas se habían sucedido con una frecuencia desacostumbrada. Takuan y el señor Hōjō habían sido admitidos a la sala en varias ocasiones, y a menudo habían permanecido allí para deliberar durante un día entero.

Aquel día, en otra habitación, menos aislada pero no menos bien guardada, los ministros habían oído el informe del mensajero enviado a Kiso.

El mensajero había dicho que, una vez dada la orden de detención en Narai, se había intentado cumplirla de inmediato, pero que Daizō había escapado tras cerrar su establecimiento de Narai, llevándose consigo a todos sus moradores. El registro había revelado una considerable cantidad de armas y municiones, junto con algunos documentos que no habían podido ser destruidos. Entre los papeles figuraban cartas dirigidas a y remitidas por los seguidores de Toyotomi en Osaka. El mensajero había dispuesto el envío de las pruebas a la capital del shōgun, tras lo cual regresó a Edo utilizando un servicio de caballos rápidos. Los ministros se sentían como pescadores que hubieran echado al agua una gran red para sacar un solo alevín.

Al día siguiente, un servidor del señor Sakai, que era miembro del Consejo de Ancianos, presentó un informe de una clase distinta: «De acuerdo con las instrucciones de vuestra señoría, Miyamoto Musashi ha sido liberado de la prisión y entregado a un hombre llamado Musō Gonnosuke, a quien hemos explicado con detalle cómo se produjo el malentendido».

El señor Sakai se apresuró a informar a Takuan, el cual dijo alegremente:

—Has hecho muy bien.

—Por favor, dile a tu amigo Musashi que no piense demasiado mal de nosotros —le pidió el señor Sakai en tono de disculpa, pues estaba informado del incómodo error cometido en el territorio bajo su jurisdicción.

Uno de los problemas resueltos con más rapidez fue el de la base de operaciones de Daizō en Edo. Los guardias al mando del comisario de Edo se dirigieron a la casa de empeños de Shibaura y en una rápida maniobra lo confiscaron todo, tanto sus propiedades como sus documentos secretos. También tomaron bajo custodia a la desdichada Akemi, aunque no tenía la menor idea de los planes traidores de su patrón.

Una noche, recibido en audiencia por el shōgun, Takuan relató los acontecimientos tal como él los conocía y le contó el resultado de lo ocurrido. Terminó diciendo:

—Por favor, no olvides por un momento que hay en este mundo muchos más

Daizōs de Narai.

Hidetada aceptó la advertencia con un vigoroso gesto de asentimiento. Takuan siguió diciéndole:

—Si intentas perseguir a todos esos hombres y someterlos a la justicia, consumirás todo tu tiempo y esfuerzo en hacer frente a los insurgentes. No serás capaz de llevar a cabo la gran obra que se espera de ti como sucesor de tu padre.

El shōgun percibió la verdad en las palabras de Takuan y las tomó muy en serio.

—Que el castigo sea ligero —le ordenó—. Puesto que tú has informado de la conspiración, te encargo a ti de decidir los castigos.

Takuan expresó su más profundo agradecimiento y dijo:

—No tenía intención de quedarme tanto tiempo, pero veo que he pasado más de un mes en el castillo y ya es hora de que me marche. Iré a Koyagyū, en Yamato, para visitar al señor Sekishūsai. Entonces regresaré al Daitokuji, viajando por el distrito de Senshū.

La mención de Sekishūsai pareció evocar en Hidetada un agradable recuerdo.

—¿Cómo está de salud el viejo Yagyū? —inquirió.

—Por desgracia, me han dicho que el señor Munenori cree estar cerca del final.

Hidetada recordó la época en la que estuvo en el campamento de Shōkokuji y Sekishūsai fue recibido por Ieyasu. Por entonces Hidetada había sido un niño, y el porte viril de Sekishūsai le había causado una profunda impresión.

Takuan rompió el silencio.

—Luego está el otro asunto —le dijo—. Tras consultar con el Consejo de Ancianos y obtener su autorización, el señor Hōjō de Awa y yo hemos recomendado a un samurai de nombre Miyamoto Musashi para que sea tutor en la residencia de vuestra excelencia. Confío en que consideréis de una manera favorable la recomendación.

—He sido informado de ello. Dicen que la Casa de Hosokawa se interesa por él, lo cual le favorece mucho. He decidido que sería conveniente nombrar un tutor más.

Uno o dos días después Takuan abandonó el castillo, y en ese tiempo adquirió un nuevo discípulo. Fue al cobertizo detrás de la oficina del inspector y pidió a uno de los pinches de cocina que mantuviera la puerta abierta, de modo que la luz incidiera en una cabeza recién afeitada.

Temporalmente cegado, el novicio, que se consideraba un hombre condenado, alzó lentamente los ojos.

—¡Ah! —exclamó.

—Ven conmigo —le dijo Takuan.

Vestido con la túnica sacerdotal que Takuan le había enviado, Matahachi se levantó, inseguro, con la sensación de que sus piernas ya habían empezado a

corromperse. Takuan le sujetó amablemente con un brazo y le ayudó a salir del cobertizo.

Había llegado el día del castigo. Detrás de los párpados cerrados, el resignado Matahachi veía la estera de juncos sobre la que le obligarían a arrodillarse antes de que el verdugo alzara la espada. Al parecer se había olvidado de que los traidores se enfrentaban a una muerte ignominiosa en la horca. Las lágrimas se deslizaban por sus mejillas recién afeitadas.

—¿Puedes andar? —le preguntó Takuan.

Matahachi creyó que le contestaba, pero en realidad no salía sonido alguno de sus labios. Casi inconsciente cruzó las puertas del castillo y los puentes tendidos sobre los muros interior y exterior. Avanzando lastimosamente al lado de Takuan, era la imagen perfecta de la proverbial oveja llevada al matadero. «Salve Buda Amida, salve Buda Amida...» Silenciosamente repetía la invocación al Buda de la Luz Eterna.

Matahachi entrecerró los ojos y miró más allá del foso externo, a las majestuosas mansiones de los daimyō. Más al este se encontraba el pueblo de Hibiya, y más allá eran visibles las calles del distrito central de la ciudad.

El mundo flotante le llamaba de nuevo, y las lágrimas que acudían a sus ojos subrayaban el anhelo que sentía por él. Cerró los ojos y repitió rápidamente: «Salve Buda Amida, Salve Buda Amida...». La súplica primero se hizo audible, luego cada vez más intensa y rápida.

—Date prisa —le dijo Takuan severamente.

Desde el foso giraron hacia Ōtemachi y cruzaron en diagonal hacia un gran solar vacío. Matahachi tenía la sensación de que ya había recorrido mil millas. ¿Seguiría el camino de aquella manera hasta el infierno, mientras la luz diurna iba cediendo el paso gradualmente a la oscuridad?

—Espera aquí —le ordenó Takuan.

Estaban en medio de un amplio terreno llano. A la izquierda, un agua turbia se deslizaba por el foso bajo el puente Tokiwa.

Directamente delante de la calle había un muro de tierra, sólo recientemente revestido de yeso blanco. Detrás se encontraba la empalizada de la nueva prisión y un grupo de edificios negros, que parecían casas del pueblo ordinarias, pero que en realidad eran la residencia oficial del comisario de Edo.

A Matahachi le temblaban las piernas y ya no podía sostenerse. Se dejó caer al suelo. En algún lugar entre la hierba, el grito de una codorniz sugería el camino hacia la tierra de los muertos.

Conmovido hasta el tuétano, lloró en silencio por su madre, que en aquellos momentos le parecía muy querida. Si hubiera permanecido a su lado ahora no se encontraría en semejante situación. Recordó también a otras mujeres: Okō, Akemi,

Otsū, otras a las que había conocido o con las que había coqueteado. Pero su madre era la única mujer a la que deseaba ver realmente. Si tuviera la posibilidad de seguir viviendo, estaba seguro de que nunca volvería a oponerse a su voluntad, nunca volvería a ser un hijo ingrato.

Notó un escalofrío en la espina dorsal. Alzó la vista, vio tres gansos salvajes que batían sus alas en dirección a la bahía, y los envidió.

El impulso de echar a correr era como una comezón. ¿Y por qué no? No tenía nada que perder. Si le capturaban no estaría peor de lo que estaba ahora. Con una expresión desesperada, miró hacia el portal al otro lado de la calle. Takuan no estaba a la vista.

Se puso en pie de un salto y echó a correr.

—¡Detente!

Bastó el vozarrón para quebrantar su ánimo. Miró a su alrededor y vio a uno de los verdugos del comisario. El hombre dio un paso y descargó su largo bastón sobre el hombro de Matahachi, derribándole de un solo golpe e inmovilizándole con el bastón, como un niño podría paralizar una rana apretándola con un palo.

Cuando Takuan salió de la residencia del comisario, le acompañaban varios guardianes, al frente de un capitán. Conducían a otro prisionero, atado a una cuerda.

El capitán seleccionó el lugar donde tendría lugar el castigo, y tendieron en el suelo dos esteras de juncos recién tejidas.

—¿Damos comienzo? —preguntó el capitán a Takuan, el cual dio su asentimiento.

Mientras el capitán y el verdugo se sentaban en taburetes para mirar, el verdugo gritó: «¡En pie!», y alzó el bastón. Matahachi hizo un esfuerzo para levantarse, pero estaba demasiado fatigado para caminar. El verdugo le agarró bruscamente por la espalda de su túnica y, medio a rastras, le llevó a una de las esteras.

Se sentó allí con la cabeza gacha. Ya no oía a la codorniz. Aunque le llegaba un rumor de voces, le sonaban indistintas, como si un muro le separase de ellas.

Oyó que susurraban su nombre y se volvió asombrado.

—¡Akemi! —dijo ahogando un grito—. ¿Qué estás haciendo aquí?

La muchacha estaba arrodillada en la otra estera.

—¡Prohibido hablar!

Dos de los guardianes hicieron uso de sus bastones para separarles.

El capitán se levantó y empezó a leer los juicios y las sentencias oficiales en tono severo y digno. Akemi contenía las lágrimas, pero Matahachi lloraba sin el menor recato. El capitán terminó su parlamento, tomó asiento y gritó:

—¡Azotadles!

—Uno, dos, tres —contaron los hombres.

Matahachi gemía. Akemi, con la cabeza gacha y el rostro pálido como la cera,

apretaba los dientes, esforzándose por soportar el dolor.

—Siete, ocho, nueve.

Las varas de bambú se resquebrajaban, y de sus puntas parecía salir humo.

Algunos transeúntes que pasaban cerca del grupo se detuvieron a mirar.

—¿Qué ocurre?

—Parecen dos prisioneros que están siendo castigados.

—Cien azotes, probablemente.

—Todavía no han llegado ni siquiera a cincuenta.

—Debe de ser doloroso.

Un guardián se aproximó y les asustó al golpear el suelo fuertemente con su bastón.

—Dispersaos. No está permitido que os quedéis aquí.

Los mirones se trasladaron a una distancia segura y, al mirar atrás, vieron que el castigo había terminado. Los guardias arrojaron las varas de bambú, que ahora sólo eran manojos de floja paja, y se limpiaron el sudor de los rostros sudorosos.

Takuan se levantó. El capitán ya lo había hecho. Intercambiaron unas palabras y el capitán llevó a sus hombres de regreso hacia el recinto del comisario. Takuan permaneció silencioso durante varios minutos, contemplando las figuras inclinadas sobre las esterillas. No dijo nada antes de marcharse.

El shōgun le había otorgado una serie de regalos, que él había transmitido a diversos templos Zen de la ciudad. Sin embargo, los rumores no tardaron en reanudarse en Edo. Según los rumores que uno oía, era un sacerdote ambicioso que se metía en política, o bien uno de los Tokugawa le había persuadido para que espiara en favor de la facción de Osaka. Algunos le consideraban un conspirador con «túnica negra».

Los rumores no significaban nada para Takuan. Aunque le preocupaba mucho el bienestar de la nación, le importaba muy poco que las vistosas flores de la época, los castillos de Edo y Osaka, florecieran o cayeran.

Finalmente, Akemi musitó:

—Matahachi, mira..., agua.

Ante ellos había dos cubos de agua, cada uno con un cazo, colocados allí como prueba de que la Oficina del Comisario no carecía por completo de buenos sentimientos.

Tras tomar varios tragos, Akemi le ofreció el cazo a Matahachi. Él no le hizo caso, y la muchacha le preguntó:

—¿Qué te pasa? ¿Es que no quieres beber?

Él tendió la mano lentamente y cogió el cazo. Cuando se lo llevó a los labios, bebió ávidamente.

—Matahachi, ¿te has convertido en sacerdote?

—¿Cómo? ¿Eso es todo?

—¿Qué quieres decir?

—¿Ha terminado el castigo? Aún no nos han cortado la cabeza.

—No tenían que hacerlo. ¿Es que no has escuchado la lectura de las sentencias?

—¿Qué ha dicho?

—Ha dicho que nos van a desterrar de Edo.

—¡Estoy vivo! —gritó Matahachi.

Casi enloquecido de alegría, se puso a brincar y se alejó sin volver una sola vez la cabeza atrás para mirar a Akemi.

Ella se llevó las manos a la cabeza y empezó a arreglarse el cabello. Luego se ajustó el kimono y se ató bien el obi. «No tiene vergüenza», musitó entre los labios ladeados. Matahachi era sólo una mota en el horizonte.

El desafío

Cuando llevaba varios días en la residencia de Hōjō, Iori se sentía aburrido. Lo único que podía hacer era jugar.

—¿Cuándo regresará Takuan? —le preguntó a Shinzō una mañana, aunque en realidad quería saber qué le había ocurrido a Musashi.

—Mi padre sigue en el castillo, por lo que supongo que Takuan también está. ¿Por qué no te diviertes con los caballos?

Iori corrió al establo y ensilló su caballo preferido con una silla de laca y taracea de madreperla. Había montado el caballo los dos días anteriores sin conocimiento de Shinzō. Al recibir permiso para hacerlo se sintió orgulloso. Montó y salió por la puerta trasera a todo galope.

Las casas de los daimyō, los senderos entre los campos, los arrozales, los bosques..., todo se acercaba en rápida sucesión y quedaba atrás con la misma rapidez. Las grandes calabazas rojas y el color bermejo de la hierba proclamaban que el otoño estaba en su apogeo. La cadena montañosa de Chichibu se elevaba más allá de la llanura de Musashino. «Está en alguna parte de esas montañas», se dijo. Imaginó a su maestro en la cárcel, y las lágrimas que corrieron por sus mejillas le calmaron al enfriarse con el viento.

¿Por qué no iba en busca de Musashi? Sin pensarlo dos veces golpeó con la fusta al caballo, y jinete y montura avanzaron por el mar plateado de esponjosas plantas de eulalia.

Tras recorrer una milla a todo galope, tiró de las riendas y se dijo que quizá su maestro no había regresado a casa.

Encontró la nueva casa terminada pero deshabitada. En el arrozal más próximo, llamó a los campesinos que estaban recogiendo la cosecha de arroz.

—¿Alguno de vosotros ha visto a mi maestro?

Ellos sacudieron la cabeza, entristecidos.

Entonces tenía que estar en Chichibu. A lomo de caballo, podría efectuar el recorrido en un día.

Al cabo de un rato llegó al pueblo de Nobidome, cuya entrada estaba prácticamente bloqueada por monturas de samurais, caballos de carga, baúles de viaje, palanquines y hasta cuarenta y cincuenta samurais que en aquellos momentos estaban comiendo. Miró a su alrededor, buscando un camino alrededor del pueblo.

Tres o cuatro de los samurais que aguardaban se le acercaron corriendo.

—En, tú, bellaco, ¡aguarda!

—¡Baja del caballo! —Ahora estaban a cada lado de él.

—¿Por qué? Ni siquiera os conozco.

—Anda, cierra la boca y síguenos.

—¡No! ¡No podéis llevarme a ninguna parte!

Antes de que el muchacho supiera lo que estaba sucediendo, uno de los hombres alzó la pierna derecha de Iori en el aire y le hizo caer por el otro lado del caballo.

—Alguien quiere verte, así que ven conmigo.

El hombre cogió el cuello del kimono de Iori y tiró de él hacia una casa de té al lado de la carretera.

Osugi estaba en el exterior, con un bastón en la mano. Agitó la otra mano, despidiendo a sus ayudantes. Vestía un atuendo de viaje y acompañaba a todos aquellos samurais. Iori no entendía su propósito, pero tampoco tuvo demasiado tiempo para reflexionar en ello.

—¡Malcriado! —gritó Osugi, y entonces le golpeó en el hombro con la caña. El muchacho adoptó una postura de combate, aunque sabía que el número de sus adversarios sería invencible—. Musashi sólo tiene los mejores discípulos. ¡Ja! Tengo entendido que eres uno de ellos.

—Yo... Yo no diría esas cosas si estuviera en tu lugar.

—Ah, no las dirías, ¿ej?

—Yo... no tengo nada que ver con vosotros.

—Oh, sí, claro que tienes algo que ver con nosotros. Vas a decirnos algunas cosas. ¿Quién te ha encargado que nos siguieras?

—¿Seguiros a vosotros? —inquirió Iori con un bufido de desdén.

—¿Cómo te atreves a hablar así? —chilló la anciana—. ¿Acaso Musashi no te ha enseñado modales?

—No necesito que me des lecciones. Me marcho.

—¡No, no te marchas! —gritó Osugi, al tiempo que le cogía con su bastón por la espinilla.

—¡Ohh! —Iori cayó al suelo.

Los ayudantes cogieron al chico y lo llevaron al molino junto a la puerta principal del pueblo, donde estaba sentado un samurai de evidente alto rango. Había terminado de comer y estaba tomando agua caliente.

Cuando los ojos del muchacho se encontraron con los de Kojirō, Iori pensó que aquel hombre era peligroso.

Con una expresión de triunfo, Osugi alzó el mentón y dijo:

—¡Mira! Tal como pensaba, era Iori. ¿Qué se guarda ahora Musashi bajo la manga? ¿A quién más enviará a seguirnos?

—Humm —musitó Kojirō, asintiendo, al tiempo que despedía a sus ayudantes, uno de los cuales le preguntó si deseaba que atara al chico.

Kojirō sonrió y sacudió la cabeza. Retenido por la mirada de Kojirō, Iori era incapaz de mantenerse derecho, y no digamos de huir.

—Has oído lo que ha dicho la señora. ¿Es cierto? —le preguntó Kojirō.

—No, sólo he salido a pasear a caballo. No os seguía, ni a vosotros ni a nadie más.

—Humm, es posible. Si Musashi fuese de veras un samurai no recurriría a esta clase de trucos baratos. —Entonces reflexionó en voz alta—: Por otro lado, si se ha enterado de que hemos partido repentinamente con un contingente de samurais de Hosokawa, podría entrar en sospechas y enviar a alguien para que investigue nuestros movimientos. Sería muy natural.

Kojirō presentaba unos cambios asombrosos. En vez del flequillo, llevaba la cabeza afeitada a la manera propia de los samurai, y en lugar de las pesadas prendas que solía vestir, llevaba un recio kimono negro que, unido a su hakama rústico daban una impresión de lo más conservadora. Ahora, la espada Palo de Secar pendía de su costado. Su esperanza de llegar a ser vasallo de la Casa de Hosokawa se había realizado..., no por las cinco mil fanegas que había pedido sino por la mitad aproximada de ese estipendio.

El séquito actual, al mando de Kakubei, era un grupo de avanzada en el camino de Buzen, a fin de preparar las cosas para el regreso de Hosokawa Tadatoshi. Pensando en la edad de su padre, tiempo atrás había presentado una solicitud al shogunado y finalmente le había sido concedida autorización, lo cual indicaba que el shogunado no tenía ninguna duda sobre la lealtad de los Hosokawa.

Osugi le había pedido que le dejara acompañarle porque consideraba imperativo el regreso a casa. No había renunciado a su posición como jefe de la familia, pero había estado ausente de la misma durante casi diez años. De estar todavía vivo, el tío Gon podría haberse hecho cargo de todo en su ausencia. Tal como estaban las cosas, sospechaba que había una serie de asuntos familiares esperando su atención.

Pasarían por Osaka, donde ella había dejado las cenizas del tío Gon, las recogería, se las llevaría a Mimasaka y allí celebrarían un funeral adecuado. También había transcurrido mucho tiempo desde el último servicio funerario que realizó en honor de sus antepasados, a los cuales había dejado de lado. Tras resolver estos asuntos domésticos, reanudaría su persecución.

Recientemente se había sentido satisfecha de sí misma, creyendo que había vuelto a descargar un fuerte golpe contra Musashi. Cuando se enteró por Kojirō de cómo había sido recomendado, la anciana cayó en un estado de profunda depresión. Si Musashi recibía el nombramiento, sería mucho más difícil llegar hasta él.

Había decidido encargarse ella misma de evitar tal desastre al shogunado y la nación. No había visto a Takuan, pero sí visitado la Casa de Yagyū así como la Casa de Hōjō, donde denunció a Musashi y afirmó que ahora sería una locura peligrosa elevarle a un cargo de alta categoría. No satisfecha con eso, reiteró sus calumnias en las casas de todos los ministros cuyos sirvientes le franquearon la entrada.

Por supuesto, Kojirō no hacía el menor esfuerzo por detenerla, pero tampoco le

ofrecía un estímulo especial, pues sabía que la anciana no descansaría hasta que hubiera llevado a cabo un trabajo completo. Y era completo, desde luego: incluso escribió cartas infamantes sobre el pasado de Musashi y las arrojó a los recintos del comisario de Edo y los miembros del Consejo de Ancianos. Antes de que hubiera terminado, incluso Kojirō se preguntó si no habría ido demasiado lejos.

Kojirō alentó a Osugi para que emprendiera el viaje, creyendo que a él le convenía más que la mujer regresara al campo, donde haría un mínimo de daño. Si Osugi lamentaba algo, era sólo que Matahachi no la acompañaba, pues estaba convencida de que algún día su hijo vería la luz y regresaría a ella.

Iori no podía conocer las circunstancias. Incapaz de huir, renuente a llorar por temor a que eso pudiera desacreditar a Musashi, se sentía atrapado entre enemigos.

Kojirō miró expresamente los ojos del muchacho y se sorprendió al ver que éste le devolvía la mirada. No parpadeó ni una sola vez.

—¿Tienes pincel y tinta? —le preguntó Kojirō a Osugi.

—Sí, pero la tinta está completamente seca. ¿Por qué?

—Quiero escribir una carta. Los letreros fijados por los hombres de Yajibei no han atraído a Musashi, y no sé dónde se encuentra. Iori es el mejor mensajero que podríamos pedir. Creo que debo enviar a Musashi una nota informándole de mi partida de Edo.

—¿Qué vas a escribirle?

—Nada complicado. Le diré que practique la esgrima y me visite en Buzen uno de estos días. Le haré saber que estoy dispuesto a esperar el resto de mi vida. Puede venir a mi encuentro cuando tenga la confianza necesaria.

Osugi alzó las manos horrorizada.

—¿Cómo puedes hablar así? ¡El resto de tu vida, nada menos! No puedo esperar tanto tiempo. Debo ver a Musashi muerto dentro de los tres o cuatro próximos años como máximo.

—Déjalo de mi cuenta. Me ocuparé de tu problema al mismo tiempo que me encargo del mío.

—¿No comprendes que me estoy haciendo vieja? Es preciso hacerlo mientras viva para verlo.

—Si cuidas bien de ti misma, estarás presente cuando mi espada invencible haga un trabajo definitivo.

Kojirō tomó la barra de tinta de escritura y se dirigió a un arroyo cercano, donde metió un dedo en el agua para humedecerla. Todavía de pie, se sacó unas hojas de papel del kimono y escribió con rapidez, pero tanto su caligrafía como la composición eran las de un experto.

—Puedes usar esto como pasta —le dijo Osugi, cogiendo unos granos de arroz hervido y poniéndolos sobre una hoja.

Kojirō los aplastó entre los dedos, extendió la pasta a lo largo del borde de la carta y la selló. En el anverso escribió: «De Sasaki Ganryū, servidor de la Casa de Hosokawa».

—Eh, tú, ven aquí. No temas, no voy a hacerte daño. Quiero que entregues esta carta a Musashi. Asegúrate de que la recibe, porque es importante.

Iori se mostró un momento remiso, pero finalmente asintió con un gruñido y arrebató la carta de la mano de Kojirō.

—¿Qué has escrito en ella?

—Sólo lo que le he dicho a la abuela.

—¿Puedo echarle un vistazo?

—Para eso tendrías que romper el sello.

—Si has escrito algo insultante, no se la llevaré.

—No contiene ninguna grosería. Le pido que recuerde nuestra promesa para el futuro y le digo que espero ilusionado la ocasión en que volvamos a vernos, tal vez en Buzen, si él está por allí.

—¿Qué quiere decir eso de que «volvamos a vernos»?

—Me refiero a encontrarnos en el límite entre la vida y la muerte. —Las mejillas de Kojirō enrojecieron ligeramente.

Iori se guardó la carta en el interior del kimono y dijo:

—De acuerdo, la entregaré —y echó a correr. A unas treinta varas de distancia, se detuvo, se volvió y le sacó la lengua a Osugi—. ¡Bruja loca! —le gritó.

—¿Có..., cómo?

La anciana estaba dispuesta a correr tras él, pero Kojirō la cogió del brazo e hizo que volviera a sentarse.

—No hagas caso —le dijo con una sonrisa triste—. No es más que un chiquillo. —Entonces gritó a Iori—: ¿No tienes nada mejor que decir?

—No... —Lágrimas de cólera corrían por su pecho—. Pero lo lamentarás. Es imposible que un tipo como tú derrote a Musashi.

—Eres como él, ¿eh? Nunca te rindes. Pero me agrada tu fidelidad hacia él. Si tu maestro llegase a morir, vente conmigo. Te daré trabajo como jardinero o algo por el estilo.

Iori no se dio cuenta de que Kojirō sólo estaba bromeando, y se tomó aquellas palabras como un brutal insulto. Cogió una piedra del suelo. Cuando alzó el brazo para arrojarla, Kojirō le miró fijamente.

—No hagas eso —le ordenó en un tono sereno pero conminatorio.

Iori sintió aquellos ojos sobre él como dos balas, dejó caer la piedra al suelo y echó a correr. Corrió sin detenerse hasta que, completamente exhausto, se derrumbó en medio de la llanura de Musashino.

Permaneció allí sentado un par de horas, pensando en el hombre al que llamaba su maestro. Aunque sabía que Musashi tenía muchos enemigos, le consideraba un gran hombre y quería llegar a emularle. Creía que debía hacer algo para cumplir con las obligaciones hacia su maestro y asegurar su seguridad, y por ello resolvió estudiar y practicar su propia fuerza lo antes posible.

Entonces el recuerdo de la luz aterradora en los ojos de Kojirō acudió para acosarle. Se preguntó si Musashi sería capaz de derrotar a un hombre tan fuerte y cedió al pesimismo, diciéndose que su maestro tendría que estudiar y practicar con ahínco. Se puso en pie.

La blanca niebla que descendía ondulante desde las montañas se extendía sobre la llanura. Tras decidir que debía proseguir su camino a Chichibu y entregar la carta de Kojirō, de repente se acordó del caballo. Temiendo que los bandidos pudieran haberse apoderado del animal, lo buscó minuciosamente, llamándole y silbando a cada dos pasos.

Le pareció oír un sonido de cascos procedente de la dirección de algo que parecía un estanque. Corrió hacia allí, pero no había caballo ni estanque. La niebla trémula retrocedía a lo lejos.

Vio un objeto negro en movimiento y se aproximó. Un jabalí salvaje dejó de buscar comida y se le acercó peligrosamente. El jabalí quedó oculto por los juncos y tras él la niebla formó una línea blanca, dando la impresión de que lo había formado la varita de un mago. Mientras miraba aquel fenómeno tuvo conciencia de un gorgoteo. Se acercó más y vio el reflejo de la luna en un arroyuelo entre rocas.

Siempre había sido sensible a los misterios de la llanura. Creía con firmeza en que la mariquita más minúscula poseía la fuerza espiritual de los dioses. A su modo de ver, nada carecía de alma, ni las hojas agitadas por la brisa ni el agua que llamaba con su rumor, ni el viento violento. Ahora, rodeado por la naturaleza, experimentaba la trémula soledad del otoño ya casi finalizado, la tristeza que debían sentir las hierbas, los insectos y el agua.

Sollozó con tanta fuerza que se le estremecían los hombros, pero eran las suyas lágrimas dulces, no amargas. Si algún otro ser no humano, una estrella quizás, o el espíritu de la planicie, le hubiera preguntado por qué lloraba, no habría podido decirlo. Y de haber insistido en que hablara, consolándole y halagándole, él finalmente podría haber dicho: «Lloro a menudo porque estoy al aire libre. Siempre tengo la sensación de que la casa de Hōtengahara está cerca».

Llorar era un alivio para su alma. Tras haberse desahogado por completo, el cielo y la tierra le consolaban. Una vez secas las lágrimas, su espíritu regresaba de las nubes limpio y fresco.

—Ése es Iori, ¿verdad?

—Creo que sí.

Iori se volvió hacia las voces y las dos figuras humanas que se recortaban oscuras contra el cielo nocturno.

—¡Sensei! —exclamó Iori, corriendo a trompicones hacia el hombre a caballo—. ¡Eres tú!

Rebosante de alegría se aferró al estribo y alzó la vista para asegurarse de que no estaba soñando.

—¿Qué ha ocurrido? —le preguntó Musashi—. ¿Qué estás haciendo aquí a solas?

El rostro de Musashi parecía muy delgado, ¿sería a causa de la luz lunar?, pero su cálida voz era lo que Iori había anhelado oír durante semanas.

—Pensé que iría a Chichibu... —Iori reparó en la silla de montar—. ¡Pero, pero si éste es el caballo que yo montaba!

Gonnosuke se echó a reír.

—¿Es tuyo?

—Sí.

—No sabíamos a quién pertenecía. Erraba alrededor del río Iruma, así que lo consideré un regalo del cielo para Musashi.

—El dios de la llanura debe de haber enviado el caballo a tu encuentro —dijo Iori con absoluta sinceridad.

—¿Dices que es tu caballo? Esa silla no podría pertenecer más que a un samurai con unos ingresos de cinco mil fanegas por lo menos.

—Bueno, la verdad es que es un caballo de Shinzō.

Musashi desmontó.

—Entonces has estado en su casa —le dijo al muchacho.

—Sí, Takuan me llevó allí.

—¿Y qué me dices de nuestra nueva casa?

—Está terminada.

—Estupendo. Podremos regresar.

—Sensei...

—Sí.

—Estás muy delgado. ¿A qué se debe?

—He pasado mucho tiempo dedicado a la meditación.

—¿Cómo saliste de la cárcel?

—Más tarde te lo contará Gonnosuke. De momento, digamos que los dioses estuvieron de mi parte.

—No tienes que preocuparte más, Iori —dijo Gonnosuke—. Ni uno solo duda ya de su inocencia.

Aliviado, Iori se volvió muy locuaz y les contó su encuentro con Jōtarō y la marcha de éste a Edo. Cuando mencionó a la «vieja repulsiva» que se había presentado en la mansión de Hōjō, recordó la carta de Kojirō.

—Ah, me olvidaba de algo importante —exclamó, y entregó la carta a Musashi.

—¿Una carta de Kojirō? —Sorprendido, la sostuvo un momento en la mano, como si fuese una misiva de un amigo perdido mucho tiempo atrás—. ¿Dónde le has visto? —le preguntó.

—En el pueblo de Nobidome. Esa vieja odiosa estaba con él. Dijo que se dirigía a Buzen.

—¿Ah, sí?

—Estaba con muchos samurais de Hosokawa... Sensei, será mejor que estés alerta y no corras ningún riesgo.

Musashi se metió la carta sin abrir en el interior del kimono y asintió.

Iori no estaba seguro de que su maestro hubiera entendido exactamente lo que quería decir.

—Ese Kojirō es muy fuerte, ¿verdad? ¿Acaso tiene algo contra ti?

El muchacho relató a Musashi todos los detalles de su encuentro con el enemigo.

Cuando llegaron a la cabaña, Iori bajó al pie de la colina en busca de comida, y Gonnosuke recogió leña y fue a por agua.

Se sentaron alrededor del fuego que crepitaba en el hogar y saborearon el placer de estar de nuevo juntos, sanos y salvos. Fue entonces cuando Iori observó las cicatrices y moratones recientes en los brazos y el cuello de Musashi.

—¿Cómo te has hecho todas esas marcas? —le preguntó—. Estás lleno de ellas.

—No tiene importancia. ¿Has alimentado al caballo?

—Sí, señor.

—Mañana debes devolverlo.

A primera hora de la mañana, Iori montó el caballo y galopó un corto trecho antes de desayunar. Cuando el sol estaba por encima del horizonte, detuvo el caballo y se quedó inmóvil, boquiabierto.

Regresó corriendo a la cabaña y gritó:

—¡Levántate, sensei! ¡Deprisa! Es como cuando lo vimos desde la montaña en Chichibu. El sol... es enorme y parece como si fuese a rodar por la llanura. Levántate, Gonnosuke.

—Buenos días —dijo Musashi desde el bosque, donde estaba dando un paseo.

Demasiado excitado para pensar en el desayuno, Iori le dijo:

—Me voy ahora mismo. —Y partió al galope.

Musashi contempló al muchacho y el caballo que adoptaban la figura de un cuervo en el mismo centro del sol. La mancha negra se fue empequeñeciendo, hasta que finalmente quedó absorbida por el gran disco llameante.

El pórtico de la gloria

Antes de sentarse a desayunar, el portero rastrilló el jardín, quemó las hojas y abrió la puerta. Shinzō también llevaba cierto tiempo levantado. Comenzó su jornada como de costumbre, leyendo una selección de los clásicos chinos, a lo que siguió la práctica con la espada.

Desde el pozo, adonde había ido a lavarse, se dirigió al establo para echar un vistazo a los caballos.

—Caballerizo —llamó.

—Sí, señor.

—¿No ha vuelto todavía el ruano castaño?

—No, pero el caballo no me preocupa tanto como el muchacho.

—No te preocupes por Iori, pues se ha criado en el campo y puede cuidar de sí mismo.

El anciano portero se acercó a Shinzō y le informó de que habían venido a verle unos hombres que le esperaban en el jardín.

Shinzō se encaminó a la casa y saludó a los recién llegados agitando la mano.

—Cuánto tiempo ha pasado —comentó uno de los hombres.

—Me alegro de veros a todos de nuevo —dijo Shinzō.

—¿Cómo estás de salud?

—Espléndidamente, como podéis ver.

—Hemos sabido que te hirieron.

—No fue gran cosa. ¿Qué os trae por aquí a una hora tan temprana?

—Hay un pequeño asunto que nos gustaría tratar contigo.

Los cinco antiguos estudiantes de Obata Kagenori, todos ellos apuestos hijos de portaestandartes o eruditos confucianos, intercambiaron miradas significativas.

—Vayamos allí —dijo Shinzō, indicando un montículo cubierto de arces en un rincón del jardín.

Al llegar a la fogata del portero, se detuvieron y permanecieron a su alrededor.

Shinzō se llevó una mano al cuello, y entonces, al ver que los demás le estaban mirando, dijo:

—Cuando hace frío me duele un poco.

Los demás se turnaron para examinar la cicatriz.

—Tenemos entendido que ha sido obra de Sasaki Kojirō.

Se hizo una pausa de silencio breve y tensa.

—Precisamente hemos venido hoy para hablar de Kojirō. Ayer nos enteramos de que ha sido él quien mató a Yogorō.

—Lo sospechaba. ¿Tenéis alguna prueba?

—Circunstancial, pero convincente. Encontraron el cuerpo de Yogorō al pie de la

colina de Isarago, detrás del templo. La casa de Kakubei está hacia la mitad de la colina, y Kojirō se alojaba ahí.

—Humm. No me extrañaría que Yogorō hubiera ido él solo a ver a Kojirō.

—Estamos bastante seguros de que eso es lo que ocurrió. Tres o cuatro noches antes de que encontraran el cuerpo, un florista vio a un hombre que respondía a la descripción de Kojirō trepando por la colina. Kojirō debió de matarle y luego bajó el cuerpo al pie de la colina.

Los seis hombres intercambiaron solemnes miradas. Guardaban silencio, pero la cólera que sentían se reflejaba en sus ojos.

Shinzō, su rostro enrojecido por el fuego, les preguntó:

—¿Es eso todo?

—No. Queríamos hablar sobre el futuro de la Casa de Obata y cómo vamos a ocuparnos de Kojirō.

Shinzō estaba sumido en sus pensamientos. El hombre que había hablado en primer lugar dijo:

—A lo mejor ya lo sabéis, pero Kojirō se ha convertido en vasallo del señor Hosokawa Tadatoshi. Ahora viaja camino de Buzen, y no ha pagado lo que debía... por la ruina de la reputación de nuestro maestro, la muerte de su único hijo y heredero y la matanza de nuestros camaradas.

—Shinzō —le instó un tercer hombre—, como discípulos de Obata Kagenori, tenemos que hacer algo.

Motas de blanca ceniza se alzaban del fuego. Uno de los hombres tragó humo y tosió.

Tras escucharles durante varios minutos, mientras ellos expresaban su enconada indignación, Shinzō dijo:

—Soy una de las víctimas, por supuesto, y tengo un plan propio. Pero decidme qué habéis pensado hacer vosotros.

—Presentar una protesta al señor Hosokawa, contarle todo lo ocurrido y pedirle que nos entregue a Kojirō.

—¿Y luego qué?

—Expondremos su cabeza en una pica ante las tumbas de nuestro maestro y su hijo.

—Podríais hacer tal cosa si os lo entregaran atado, pero los Hosokawa probablemente no harán tal cosa. Aunque le hayan reclutado hace muy poco, es su vasallo y lo que les interesa es su habilidad. Vuestra queja sólo sería una prueba más de esa habilidad. ¿Qué daimyō entregará uno de sus vasallos a otro sin motivos imperiosos?

—Entonces deberemos tomar medidas extremas.

—¿Por ejemplo?

—El grupo con el que viaja es bastante grande. Podríamos darles alcance con facilidad. Encabezados por ti, nosotros seis y otros discípulos leales...

—¿Estás sugiriendo que le ataquemos?

—Sí. Ven con nosotros, Shinzō.

—No me gusta.

—¿No eres tú el elegido para llevar el nombre de Obata?

—Resulta difícil admitir que un enemigo es mejor que nosotros —dijo Shinzō con semblante pensativo—. Sin embargo, objetivamente, Kojirō es el mejor espadachín. Me temo que, incluso con docenas de hombres, no haremos más que aumentar nuestra vergüenza.

—¿Y vas a quedarte al margen sin hacer nada? —preguntó indignado uno de ellos.

—No. Detesto tanto como vosotros que Kojirō haya salido indemne de lo que hizo, pero estoy dispuesto a esperar el tiempo que sea necesario.

—Tienes una paciencia enorme —dijo uno de los hombres en tono sarcástico.

—¿No estás evadiendo tu responsabilidad? —le preguntó otro.

Como Shinzō no respondía, los cinco hombres concluyeron que era inútil seguir hablando y se alejaron a toda prisa.

Por el camino se cruzaron con Iori, el cual había desmontado en el portal y dirigía su montura al establo. Tras atar el caballo, vio a Shinzō junto al fuego y fue a reunirse con él.

—Vaya —dijo el muchacho—. ¿Os habéis peleado?

—¿Por qué lo preguntas?

—Al llegar me he cruzado con unos samurais y parecían enfadados. Decían cosas extrañas, como «le había evaluado en exceso» y «es un débil».

—Eso no significa nada —dijo Shinzō con una risita—. Acércate más y caliéntate.

—¿Quién necesita fuego? He venido cabalgando sin parar desde Musashino.

—Pareces muy animado. ¿Dónde estuviste anoche?

—En casa. ¡El sensei ha vuelto!

—Había oído decir que estaba de vuelta o que no tardaría en llegar.

—¿Lo sabías ya?

—Me lo dijo Takuan. ¿Has oído la noticia, Iori?

—¿Qué noticia?

—Tu maestro va a ser un gran hombre. Ha tenido una suerte extraordinaria, pues va a ser uno de los maestros del shōgun. Será el fundador de su propia escuela de esgrima.

—¿Lo dices en serio?

—¿Te satisface?

—Naturalmente. Nada podría hacerme más feliz. ¿Me prestas el caballo?

—¿Ahora? Si acabas de llegar.

—Iré a decírselo.

—No es necesario que lo hagas. Antes de que finalice la jornada, el Consejo de Ancianos le convocará formalmente. En cuanto nos avisen, yo mismo iré a decírselo a Musashi.

—¿Vendrá él aquí?

—Sí —le aseguró Shinzō.

Mirando por última vez el fuego moribundo, echó a andar hacia la casa, un poco animado por Iori, pero preocupado por el destino de sus airados amigos.

La convocatoria tuvo lugar sin tardanza. Dos horas después llegó un mensajero con una carta para Takuan y una orden para que Musashi se presentara al día siguiente en el Pabellón de Recepciones, ante el portal de Wadakura. Tras haber confirmado su cita, se le informaba de que sería recibido en audiencia por el shōgun.

Cuando Shinzō, con un ayudante, llegó a la casa en la llanura de Musashino, encontró a Musashi sentado al sol con un gatito en el regazo, charlando con Gonnosuke.

Las palabras fueron breves. Shinzō se limitó a decir: «He venido en tu busca».

—Gracias —dijo Musashi—. Estaba a punto de llamarte para agradecerte que hayas cuidado de Iori.

Sin decir nada más, montó el caballo que Shinzō le había traído y regresaron a Ushigome.

Aquella noche, cuando estaba sentado con Takuan y el señor Ujikatsu, se sintió inmensamente afortunado porque podía considerar a aquellos hombres, así como a Shinzō, como verdaderos amigos.

Al levantarse por la mañana, Musashi descubrió que ya habían dejado en su habitación ropas apropiadas, junto con un abanico y papel de seda.

—Hoy es un gran día —le dijo el señor Ujikatsu durante el desayuno—. Debes regocijarte.

El desayuno consistía en arroz con judías rojas, un pescado de agua dulce entero para cada uno y otros platos que sólo se servían en las ocasiones festivas. El menú era muy parecido al que se servía durante la ceremonia de la mayoría de edad en la familia Hōjō.

Musashi deseaba rechazar la cita. En Chichibu había pensado a fondo en los dos años vividos en Hōtengahara y su ambición de poner su habilidad con la espada al servicio del buen gobierno. Ahora la creencia de que Edo, por no hablar del resto del país, estaba preparado para la clase de gobierno ideal que imaginaba parecía menos sostenible. La santidad del Camino y la aplicación de los principios de la esgrima a la

causa de la paz sólo parecían ideales elevados, por lo menos hasta que Edo u Osaka lograran consolidar su dominio sobre todo el país. Y aún no había tomado una decisión sobre otro aspecto crucial: si la batalla definitiva se librara mañana, ¿debería apoyar al ejército del este o al del oeste? ¿O quizá debería abandonar el mundo y sobrevivir en las montañas alimentándose de raíces hasta que se restaurase la paz?

Ni siquiera aquella mañana podía librarse de la sensación de que si se contentaba con un alto cargo su búsqueda del Camino quedaría interrumpida. Pero no podía negarse. Lo que finalmente le decidió fue la confianza en él que le demostraban sus seguidores. Era imposible darles una negativa; no engañaría a Takuan, su viejo amigo y severo mentor, ni al señor Ujikatsu, que ahora se revelaba como un conocido valioso.

Vestido con atuendo formal y montado en un espléndido caballo con una hermosa silla, se encaminó al castillo por la carretera soleada. Cada paso que daba le acercaba supuestamente al pórtico de la gloria.

Delante del Pabellón de Recepción había un patio de grava y, en un alto poste, un letrero que decía: «Desmontar». Cuando Musashi bajó del caballo, un oficial y un mozo de establo se aproximaron.

—Me llamo Miyamoto Musashi —anunció en un tono de voz formal—. Vengo de acuerdo con la convocatoria que efectuó ayer el Consejo de Ancianos. ¿Puedo pediros que me llevéis al oficial encargado de la sala de espera?

Se había presentado solo, como se esperaba de él. Llegó otro oficial y le escoltó a la sala de espera, donde le dijeron que aguardase hasta que «llegara aviso del interior».

Era una sala grande, de más de veinte esteras, conocida como la «Habitación de las orquídeas» debido a las pinturas de aves y orquídeas primaverales en las paredes y los paneles de las puertas. Poco después entró un sirviente con té y pasteles, pero ése fue el único ser humano que Musashi vio durante casi media jornada. Los pajarillos de las pinturas no cantaban, las orquídeas no tenían fragancia. Musashi empezó a bostezar.

Supuso que el hombre de rostro rubicundo y cabello blanco que por fin se presentó era uno de los ministros. Tal vez en su juventud fue un guerrero distinguido.

—Eres Musashi, ¿verdad? —le dijo el señor Sakai Tadakatsu mientras tomaba asiento—. Disculpa por la larga espera.

Aunque era señor de Kawagoe y un daimyō muy conocido, en el castillo del shōgun no era más que otro funcionario a quien servía un solo samurai. Al parecer, le importaba muy poco la pompa y el protocolo.

Musashi hizo una reverencia hasta tocar el suelo con la frente y permaneció en esa posición mientras anunciaba en un lenguaje rígidamente formal:

—Me llamo Miyamoto Musashi, rōnin de Mimasaka e hijo de Munisai,

descendiente de la familia Shimmen. He venido a las puertas del castillo cumpliendo con la voluntad del shōgun, expresada en la citación que me envió.

Tadakatsu asintió varias veces, sacudiendo su papada.

—Muchas gracias por las molestias que te has tomado —le dijo, y entonces adoptó un tono de disculpa—: Con respecto a tu nombramiento para un cargo oficial, para el que fuiste recomendado por el sacerdote Takuan y el señor Hōjō de Awa, anoche se produjo un súbito cambio en los planes del shōgun y, como resultado, no serás contratado. Puesto que varios de nosotros no estábamos de acuerdo con esta decisión, el Consejo de Ancianos ha revisado hoy el asunto. De hecho, hemos estado discutiendo hasta ahora. Planteamos la cuestión nuevamente al shōgun, pero lamento decirte que no hemos podido alterar la decisión que tomó.

El funcionario miraba a Musashi con simpatía y por un instante pareció buscar palabras de consuelo.

—En nuestro mundo huidizo —siguió diciendo—, esta clase de cosas suceden continuamente. No debes irritarte por lo que la gente diga de ti. En el terreno de los nombramientos oficiales, a menudo es difícil saber si uno ha sido afortunado o no.

Musashi, todavía inclinado, respondió:

—Sí, señor.

Las palabras de Tadakatsu eran como música en sus oídos. La gratitud brotaba del fondo de su corazón, llenando todo su cuerpo.

—Comprendo la decisión, señor, y te estoy agradecido.

Pronunció estas palabras con toda naturalidad. A Musashi le tenía sin cuidado el prestigio y no había la menor ironía en su actitud. Tenía la sensación de que un ser más grande que el shōgun acababa de concederle un nombramiento mucho más importante que el tutor oficial. Le había sido dispensada la palabra de los dioses.

«Lo ha encajado bien», pensó Tadakatsu, mirando sutilmente a Musashi. Entonces dijo en voz alta:

—Quizá sea presuntuoso por mi parte, pero me han dicho que tienes unos intereses artísticos del todo insólitos en un samurai. Quisiera presentar una muestra de tu obra al shōgun. Responder a los chismorreos maliciosos de la gente ordinaria no es importante. Creo que sería más adecuado para un noble samurai alzarse por encima de la cháchara de la gente y dejar tras de sí un mudo testimonio de la pureza de su corazón. Una obra de arte sería apropiada, ¿no crees?

Mientras Musashi todavía reflexionaba en el significado de estas palabras, Tadakatsu añadió:

—Espero que nos volvamos a ver.

Dicho esto abandonó la estancia.

Musashi alzó la cabeza y se sentó erguido. Tardó un par de minutos en comprender el significado de las palabras de Tadakatsu, esto es, que no había

necesidad de responder a los chismorreos maliciosos, pero tenía que dar una prueba de su carácter. Si así lo hacía, su honor quedaría limpio, y los hombres que le habían recomendado no sufrirían ninguna pérdida de prestigio.

Musashi pensó en lo curioso que era que la mayoría de los niños supieran dibujar, así como cantar, pero que olvidaran la manera de hacerlo a medida que crecían. Tal vez la poca sabiduría que aprendían con la edad era inhibitoria. Él mismo no era ninguna excepción. De niño a menudo se dedicaba a dibujar, y era ésta una de sus maneras favoritas de superar la soledad. Pero desde los trece o catorce hasta pasados los veinte, había abandonado el dibujo casi por completo. En el curso de sus viajes, a menudo se había detenido en templos o casas de personajes acaudalados, donde había tenido la oportunidad de ver buenas pinturas, murales o pergaminos colgados en los lugares de honor, lo cual le había producido un vivo interés por el arte.

La sencillez aristocrática y la sutil profundidad de la pintura de unos castaños de Liang-k'ai le había producido una impresión especialmente profunda. Tras ver esa obra en la casa de Kōetsu, había aprovechado todas las oportunidades a su alcance para ver las excepcionales pinturas chinas de la dinastía Sung, las obras de los maestros japoneses Zen del siglo XV y las pinturas de maestros contemporáneos de la escuela Kanō, en especial Kanō Sanraku y Kaihō Yūshō. Naturalmente, tenía sus preferencias. El trazo audaz y viril de Liang-k'ai, desde el punto de vista de un espadachín, le revelaba la prodigiosa fuerza de un gigante. Kaihō Yūshō, posiblemente porque era de origen samurai, había alcanzado en su ancianidad semejante grado de pureza que Musashi lo consideraba un hombre digno de tomarlo como modelo. También le atraían los efectos de luz espontáneos en las obras del sacerdote ermitaño y esteta Shōkadō Shōjō, el cual le gustaba tanto más cuanto que tenía la reputación de ser amigo de Takuan.

La pintura, que parecía un arte muy alejado del camino que él había elegido, difícilmente era apropiada para una persona que no solía pasarse un mes entero en un solo lugar. Sin embargo, de vez en cuando Musashi se dedicaba a la pintura.

Como en el caso de otros adultos que se han olvidado de dibujar, su mente trabajaba, pero no su espíritu. Concentrado en dibujar con habilidad, era incapaz de expresarse naturalmente. Muchas eran las ocasiones en las que había abandonado, sintiéndose desalentado. Luego, más tarde o más temprano, invariablemente algún impulso le movía a empuñar el pincel de nuevo, en secreto. Como sus pinturas le avergonzaban, nunca las enseñaba a los demás, aunque dejaba que inspeccionaran sus esculturas.

Una actitud a la que puso fin en aquel momento. Para conmemorar aquel día decisivo, decidió pintar una obra que pudiera ser mostrada al shōgun o a cualquier otra persona.

Trabajó rápidamente y sin interrupción hasta que terminó. Entonces introdujo el

pincel en un jarro de agua y se marchó, sin volver una sola vez la cabeza atrás para ver su obra.

En el patio se volvió para echar un último vistazo al imponente portal, y un interrogante llenó su mente: ¿dónde estaba la gloria, dentro o fuera del pórtico?

Sakai Tadakatsu regresó a la sala de espera y se sentó durante algún tiempo, contemplando la pintura todavía húmeda. Era una representación de la planicie de Musashino. En el centro, muy grande, el sol naciente, el cual, simbolizando la confianza de Musashi en su propia integridad, era bermellón. El resto de la obra había sido ejecutado en tinta para captar la sensación otoñal de la planicie.

«Hemos perdido un tigre que ha vuelto a la naturaleza», se dijo Tadakatsu.

El sonido del cielo

—¿Ya estás de vuelta? —le preguntó Gonnosuke, parpadeando al ver el traje formal rígidamente almidonado de Musashi.

Musashi entró en la casa y tomó asiento. Gonnosuke se arrodilló en el borde de la esterilla de juncos e hizo una reverencia.

—Felicidades —le dijo efusivamente—. ¿Tendrás que empezar a trabajar en seguida?

—El nombramiento ha sido cancelado —dijo Musashi, riendo.

—¿Cancelado? ¿Estás de broma?

—No, y a decir verdad me satisface que haya sido así.

—No te comprendo. ¿Sabes qué ha salido mal?

—No encontré motivos para preguntarlo. Doy gracias a los cielos por el giro que han tomado las cosas.

—Pero parece una pena.

—¿Incluso tú opinas que sólo puedo hallar la gloria dentro de los muros del castillo de Edo?

Gonnosuke no le respondió.

—Durante cierto tiempo abrigué esa ambición. Soñaba en aplicar mi conocimiento de la esgrima al problema de aportar paz y felicidad al pueblo, en hacer del Camino de la Espada el Camino del Gobierno. Pensé que ser funcionario del shōgun me daría ocasión de poner a prueba mi idea.

—Alguien te ha difamado, ¿no es cierto?

—Es posible, pero no pienses más en ello. Y no me interpretes mal. He llegado a saber, sobre todo hoy, que mis ideas son poco más que sueños.

—Eso no es cierto. Yo he tenido la misma idea: el Camino de la Espada y el espíritu del buen gobierno deberían ser una y la misma cosa.

—Me alegro de que estemos de acuerdo. Pero lo cierto es que la verdad del sabio, a solas en su estudio, no siempre coincide con lo que el mundo en general considera cierto.

—Entonces crees que la verdad que tú y yo buscamos no tiene utilidad en el mundo real.

—No, no se trata de eso —dijo Musashi con impaciencia—. Mientras este país exista, por mucho que cambien las cosas, el Camino del Espíritu del hombre valiente nunca dejará de ser útil... Si piensas un poco en el asunto, te darás cuenta de que el Camino del Gobierno no depende sólo del Arte de la Guerra. Un sistema político impecable debe basarse en una mezcla perfecta de las artes militar y literaria. Hacer que el mundo viva en paz es el objetivo último del Camino de la Espada. Por eso he llegado a la conclusión de que mis pensamientos son sólo sueños, y sueños infantiles

por cierto. Debo aprender a ser un humilde servidor de dos dioses, uno de la espada y otro de la pluma. Antes de que intente gobernar la nación, he de aprender lo que la nación tiene que enseñarme.

Concluyó con una risa, pero se interrumpió bruscamente y preguntó a Gonnosuke si tenía un tintero o un equipo de escritura.

Cuando terminó de escribir, dobló la carta y dijo a Gonnosuke:

—Lamento molestarte, pero quisiera pedirte que entregues este mensaje en mi nombre.

—¿En la residencia Hōjō?

—Sí. He escrito acerca de mis sentimientos. Saluda efusivamente de mi parte a Takuan y al señor Ujikatsu... Ah, una cosa más. He guardado algo que pertenece a Iori. Te ruego que se lo devuelvas.

Sacó la bolsa que le diera el padre de Iori y la depositó al lado de la carta.

Gonnosuke, sin poder ocultar una expresión de inquietud en su semblante, se le acercó moviéndose sobre las rodillas y le preguntó:

—¿Por qué devuelves ahora esto a Iori?

—Me voy a las montañas.

—Ya sea las montañas o la ciudad, adondequiera que vayas, Iori y yo queremos acompañarte como tus discípulos.

—No me voy para siempre. Mientras esté ausente, quisiera que cuides de Iori, digamos durante los próximos dos o tres años.

—¿Cómo? ¿Vas a retirarte?

Musashi se rió, descruzó las piernas y se inclinó hacia atrás, apoyándose en los brazos.

—Soy demasiado joven para eso. No abandono mi gran esperanza. Todo sigue delante de mí: deseos, ilusiones, todo... Existe una canción..., no sé quién la escribió, pero dice así:

Mientras anhelo llegar
a la espesura de las montañas,
me veo arrastrado contra mi voluntad
a los lugares
donde la gente reside.

Gonnosuke inclinó la cabeza y escuchó. Entonces se puso en pie y se guardó la carta y la bolsa en el interior del kimono.

—Será mejor que me vaya —dijo en voz baja—. Está oscureciendo.

—De acuerdo. Por favor, devuelve el caballo y dile al señor Ujikatsu que, como las ropas se han ensuciado durante el viaje, me las quedaré.

—Sí, desde luego.

—No creo que fuese discreto por mi parte regresar a la casa del señor Ujikatsu. La cancelación del nombramiento debe significar que el shogunado me considera como indigno de confianza o sospechoso. Si el señor Ujikatsu se relacionara más estrechamente conmigo, podría verse en dificultades. No le escribo eso en la carta, por lo que quiero que se lo expliques tú. Dile que confío en que no se ofenda.

—Comprendo. Estaré de regreso antes de la mañana.

El sol se ponía rápidamente. Gonnosuke cogió el caballo por el bocado y condujo al animal a lo largo del sendero. Puesto que había sido prestado a Musashi, la idea de montarlo no le pasó por la cabeza.

Cerca de dos horas después llegó a Ushigome. Los hombres estaban sentados sin hacer nada, preguntándose qué le había ocurrido a Musashi. Gonnosuke se reunió con ellos y entregó la carta a Takuan.

Un oficial ya les había visitado para informarles sobre los aspectos desfavorables del carácter de Musashi y sus pasadas actividades. Entre todos los puntos en su contra, el peor era que tenía un enemigo que le había jurado venganza. Según los rumores, Musashi no tenía razón.

Tras la marcha del oficial, Shinzō habló con su padre y Takuan de la visita de Osugi.

—Incluso intentó vender aquí su mercancía —comentó el joven, refiriéndose a las difamaciones que la anciana extendía sobre Musashi.

Una cosa que no tenía explicación era por qué la gente aceptaba lo que les decían sin ponerlo en tela de juicio. No sólo las personas ordinarias —mujeres que chismorreaban alrededor del pozo o trabajadores que bebían en humildes casas de sake— sino hombres lo bastante inteligentes para separar los hechos de las invenciones. Los ministros del shōgun habían discutido el asunto durante largas horas, pero incluso ellos habían terminado por dar crédito a las calumnias de Osugi.

Takuan y los demás habían esperado hasta cierto punto que la carta de Musashi expresara su descontento, pero lo cierto era que decía muy poco más allá de exponer sus motivos para marcharse. Empezaba diciendo que había pedido a Gonnosuke que les dijera cómo se sentía. Seguía la canción que le había cantado a Gonnosuke. La breve misiva terminaba diciendo: «Cediendo a mi crónica pasión de viajar, emprendo otro viaje sin rumbo. En esta ocasión os ofrezco el siguiente poema, que quizá os divierta:

Si el universo
es realmente mi jardín,
cuando lo miro,
estoy en la salida de

la casa llamada el Mundo Flotante».

Aunque Ujikatsu y Shinzō se sentían profundamente conmovidos por la consideración de Musashi, el primero dijo:

—Es demasiado modesto. Quisiera verle una sola vez más antes de que se vaya. Takuan, dudo de que venga si enviamos a buscarle, así que vayamos nosotros en su busca. —Se puso en pie, dispuesto a partir de inmediato.

—¿Puedes esperar un momento, señor? —inquirió Gonnosuke—. Me gustaría ir contigo, pero Musashi me pidió que le diera algo a Iori. ¿Te importaría pedir que le hagan venir?

Cuando entró Iori, preguntó:

—¿Me llamabas? —Su mirada se fijó de inmediato en la bolsa que sostenía Gonnosuke.

—Musashi me ha dicho que cuides bien de esto, ya que es la única reliquia que tienes de tu padre. —Entonces le explicó que los dos estarían juntos hasta el regreso de Musashi.

Iori no podía ocultar su decepción, pero no quería parecer débil y asintió sin entusiasmo.

Interrogado por Takuan, Iori contó todo lo que sabía de sus padres. Cuando finalizaron las preguntas, comentó:

—Una cosa que no sabré jamás es lo que ha sido de mi hermana. Mi padre no hablaba mucho de ella, y mi madre murió sin decirme nada que recuerde. Desconozco su paradero, así como si está viva o muerta.

Takuan se puso la bolsa sobre la rodilla y sacó un arrugado trozo de papel. Mientras leía el críptico mensaje que había escrito el padre de Iori, enarcó las cejas, sorprendido. Miró fijamente a Iori y dijo:

—Esto nos dice algo acerca de tu hermana. —Se saltó la primera parte y leyó en voz alta—: «Puesto que había decidido morir de hambre antes que servir a un segundo señor, mi esposa y yo viajamos errantes durante muchos años, viviendo en las circunstancias más humildes. Un año tuvimos que abandonar a nuestra hija en un templo de las provincias centrales. Pusimos "un sonido del cielo" entre sus ropas infantiles y confiamos su futuro al umbral de la misericordia. Entonces proseguimos nuestro camino hacia otra provincia.

—Más adelante adquirí mi casa con tejado de paja en los campos de Shimōsa. Pensé en aquella época anterior, pero el lugar estaba muy lejos y no habíamos tenido noticia alguna, por lo que temí que tal vez tratar de encontrarla no fuese lo mejor para la niña. Así pues, dejé las cosas como estaban.

—¡Qué crueles pueden ser los padres! Las palabras de Minamoto no Sanetomo son una reprobación de mis actos:

"Incluso los animales,
que no pueden expresar sus sentimientos
no carecen
del amor tierno y generoso
de los padres hacia sus vástagos".

—Ojalá mis antepasados se apiaden de mí por negarme a ensuciar mi honor de samurai poniéndome al servicio de un segundo señor. Tú eres mi hijo. ¡Por mucho que anheles el éxito, no comas un mijo deshonroso!»

Takuan guardó de nuevo el papel en la bolsa.

—Podrás ver a tu hermana —le dijo al muchacho—. La conozco desde que era una jovencita, y Musashi también la conoce. Ven con nosotros, Iori.

No explicó por qué hablaba así ni tampoco mencionó a Otsū ni el «sonido del cielo», que evidentemente era su flauta.

Todos salieron juntos y regresaron apresuradamente a la cabaña, donde llegaron poco después de que los primeros rayos del sol naciente la iluminaran. Estaba vacía. En el extremo de la llanura había una sola nube blanca.

Libro VII  LA LUZ PERFECTA

El buey desbocado

La sombra de la rama de ciruelo sobre la pared de yeso blanco, proyectada por el pálido sol, era de una belleza comedida que evocaba una pintura monocroma a tinta. Reinaba la tranquilidad en la primavera temprana de Koyagyū, y las ramas de los ciruelos parecían señalar el sur a los ruiseñores que pronto volarían en bandadas hacia el valle.

Al contrario que los pájaros, los shugyōsha que se presentaron a las puertas del castillo no tenían en cuenta las estaciones. Llegaban en un torrente continuo, con la intención ya de recibir instrucción de Sekishūsai, ya de probar su habilidad enfrentándose a él. La letanía tenía pocas variaciones: «Por favor, un solo encuentro»; «Te lo ruego, déjame verle»; «Soy el único discípulo verdadero de Fulano que enseña en tal y cual lugar». Durante los diez últimos años, los guardianes habían dado siempre la misma respuesta: debido a lo avanzado de su edad, su señor no podía recibir a nadie. Pocos espadachines, o aspirantes a serlo, se conformaban con eso. Algunos lanzaban diatribas sobre el significado del verdadero Camino y decían que no debería existir ninguna discriminación entre jóvenes y viejos, ricos y pobres, principiantes y expertos. Otros se limitaban a suplicar, mientras que algunos tenían la audacia de ofrecer sobornos. Muchos eran los que se marchaban mascullando agrias imprecaciones.

Si la verdad hubiera sido de dominio público, a saber, que Sekishūsai había fallecido el año anterior, las cosas podrían haberse simplificado mucho, pero se decidió que, como Munenori no podía marcharse de Edo hasta el cuarto mes, la muerte debería mantenerse en secreto hasta que se hubiera celebrado el servicio fúnebre. Una de las pocas personas de fuera del castillo que conocían las circunstancias estaba sentada ahora en una sala de invitados y pedía ver a Hyōgo con bastante insistencia.

Era Inshun, el abad ya entrado en años del Hōzōin, quien durante el período de senilidad de In'ei y tras la muerte de éste había mantenido la reputación del templo como un centro de artes marciales. Muchos creían incluso que la había mejorado. Había hecho todo lo posible para conservar los estrechos vínculos entre el templo y Koyagyū que habían existido desde los tiempos de In'ei y Sekishūsai. Decía que quería ver a Hyōgo para hablar de las artes marciales, pero Sukekurō conocía su verdadero propósito: enfrentarse en combate al hombre a quien su abuelo había considerado en privado como un espadachín mejor que él mismo o Munenori. Por supuesto, Hyōgo no estaba dispuesto a participar en semejante encuentro, pues no creía que beneficiara a nadie y, en consecuencia, era insensato.

Sukekurō aseguró a Inshun que había dado aviso.

—Estoy seguro de que Hyōgo saldría a saludarte si se encontrara mejor.

—¿Quieres decir que todavía está resfriado?

—Así es, no puede quitárselo de encima.

—No sabía que su salud fuese tan frágil.

—Oh, no lo es, pero ha estado en Edo algún tiempo, ¿sabes?, y no puede acostumbrarse del todo a los fríos inviernos de estas montañas.

Mientras los dos hombres hablaban, un sirviente llamaba a Otsū en el jardín del recinto más interior. Se abrió una shoji y la muchacha salió de una de las casas, seguida por una espiral de humo de incienso. Seguía de luto más de doscientos días después del fallecimiento de Sekishūsai, y su rostro estaba tan blanco como una flor de peral.

—¿Dónde estabas? —le preguntó el muchacho—. Te he buscado por todas partes.

—Estaba en la capilla budista.

—Hyōgo pregunta por ti.

Cuando entró en la habitación de Hyōgo, éste le dijo:

—Ah, Otsū, gracias por venir. Quisiera que saludaras a un visitante de mi parte.

—Sí, desde luego.

—Lleva aquí bastante rato. Sukekurō ha ido a hacerle compañía, pero el pobre ya debe de estar harto después de oír hablar tanto del Arte de la Guerra.

—¿El abad del Hōzōin?

—El mismo.

Otsū sonrió levemente, inclinó la cabeza y salió de la estancia.

Entretanto, Inshun sonsacaba a Sukekurō sin demasiada sutileza detalles del pasado y el carácter de Hyōgo.

—Me han dicho que cuando Katō Kiyomasa le ofreció una posición, Sekishūsai se negó a dar su consentimiento a menos que Kiyomasa aceptara una condición insólita.

—¿De veras? No recuerdo haber oído jamás semejante cosa.

—Según In'ei, Sekishūsai le dijo a Kiyomasa que, puesto que Hyōgo tenía muy mal genio, su señoría debía prometerle por anticipado que si Hyōgo cometía faltas graves, le perdonaría las tres primeras. Se sabe que Sekishūsai jamás toleraba la irreflexión. Debía de tener unos sentimientos muy especiales hacia Hyōgo.

Esta revelación era tan sorprendente que Sukekurō aún no sabía qué decir cuando entró Otsū. La muchacha sonrió al abad y le dijo:

—Me alegro mucho de verte. Lamentablemente, Hyōgo está muy ocupado preparando un informe que debe enviar a Edo de inmediato, pero me ha pedido que te presente sus excusas por no poder verte en esta ocasión.

Otsū se atareó sirviendo té y pastelillos a Inshun y los dos jóvenes sacerdotes que le acompañaban.

El abad pareció decepcionado, aunque ignoró cortésmente la discrepancia entre la excusa que le había dado Sukekurō y la de Otsū.

—Es una lástima, pues tenía una importante información que darle.

—Se la transmitiré con mucho gusto —dijo Sukekurō—, y puedes tener la seguridad de que sólo llegará a oídos de Hyōgo.

—Estoy seguro de ello —dijo el viejo sacerdote—. Sólo quería advertir personalmente a Hyōgo.

Entonces Inshun repitió un rumor que había oído sobre cierto samurai del castillo de Ueno en la provincia de Iga. La línea divisoria entre Koyagyū y el castillo se hallaba en una zona escasamente poblada, unas dos millas al este, y desde que Ieyasu la confiscó al daimyō cristiano Tsutsui Sadatsugu para entregarla a Tōdō Takatora se habían producido muchos cambios. Desde que fijó allí su residencia el año anterior, Takatora había reparado el castillo, revisado el sistema de impuestos, mejorado las instalaciones de riego y llevado a cabo otras medidas para consolidar su posesión del territorio. Todo esto era de dominio público. Pero Inshun se había enterado de algo más: Takatora se disponía a expandir sus tierras haciendo retroceder la línea limítrofe.

Según los informes, Takatora había enviado un cuerpo de samurais a Tsukigase, donde estaban construyendo casas, talando ciruelos, desviando a los viajeros e invadiendo abiertamente la propiedad del señor Yagyū.

—Pudiera ser que el señor Takatora se esté aprovechando de que estáis de luto —observó Inshun—. Podéis considerarme un alarmista, pero parece como si se propusiera retirar el límite en esta dirección y tender una nueva valla. De ser así, sería mucho más fácil aclarar las cosas ahora que cuando haya terminado. Me temo que si os quedáis sentados sin hacer nada, más tarde lo lamentaréis.

Sukekurō, hablando como uno de los servidores de alto rango de su señor, agradeció la información a Inshun.

—Haré que se investigue la situación y, si es necesario, expondré una queja.

Sukekurō expresó su agradecimiento en nombre de Hyōgo e hizo una reverencia mientras el abad se marchaba.

Cuando Sukekurō informó de los rumores a Hyōgo, éste se echó a reír.

—No hagas caso —dijo—. Cuando regrese mi tío se ocupará del asunto.

Sukekurō, que sabía lo importante que era proteger cada palmo de terreno, no quedó nada satisfecho con la actitud de Hyōgo. Habló con los otros samurais de alto rango y convinieron en que, aunque era necesaria una gran discreción, debían hacer algo. Tōdō Takatora era uno de los daimyō más poderosos del país.

A la mañana siguiente, cuando Sukekurō salía del dōjō situado encima del Shinkagedō tras la práctica de esgrima, tropezó con un chico de trece o catorce años.

El muchacho hizo una reverencia a Sukekurō, el cual le dijo jovialmente:

—Ah, hola, Ushinosuke. ¿Fisgando otra vez en el dōjō? ¿Me has traído un regalo? Veamos..., ¿patatas silvestres?

Sólo bromeaba a medias, puesto que las patatas de Ushinosuke eran siempre mejores que las de cualquier otro.

El muchacho vivía con su madre en la aislada aldea montañesa de Araki, y a menudo acudía al castillo para vender carbón, carne de jabalí y otros productos.

—Hoy no tengo patatas, pero le he traído esto a Otsū —dijo, al tiempo que mostraba un paquete envuelto en paja.

—A ver, ¿qué es esto..., ruibarbo?

—¡No, está vivo! A veces oigo cantar a los ruiseñores en Tsukigase. ¡He atrapado uno!

—Humm, siempre vienes aquí por el camino de Tsukigase, ¿no es cierto?

—Sí, es el único camino.

—Permíteme que te haga una pregunta. ¿Has visto muchos samurais en esa zona últimamente?

—Algunos.

—¿Qué están haciendo ahí?

—Construyen cabañas...

—¿Has visto si levantan vallas o algo parecido?

—No.

—¿Han estado talando ciruelos?

—Bueno, aparte de las cabañas han arreglado los puentes, y para eso han cortado toda clase de árboles. También necesitaban leña.

—¿Paran a la gente en el camino?

—No lo creo. No les he visto hacer eso.

Sukekurō ladeó la cabeza.

—Tengo entendido que esos samurais son del feudo del señor Tōdō, pero no sé qué están haciendo en Tsukigase. ¿Qué dice la gente de la aldea?

—Dicen que son rōnin expulsados de Nara y Uji. No tienen donde vivir, así que han ido a las montañas.

A pesar de lo que Inshun le había dicho, Sukekurō se dijo que esa explicación era razonable. Ōkubo Nagayasu, el magistrado de Nara, se esforzaba por mantener su jurisdicción libre de rōnin indigentes.

—¿Dónde está Otsū? —preguntó Ushinosuke—. Quiero darle su regalo.

El chiquillo siempre deseaba verla, pero no sólo porque ella le daba dulces y era amable con él. Su belleza tenía algo misterioso, sobrenatural. A veces, Ushinosuke se preguntaba si era humana o una diosa.

—Supongo que está en el castillo —dijo Sukekurō. Entonces, mirando hacia el jardín, añadió—: Vaya, parece que tienes suerte. ¿No es ésa de ahí?

—¡Otsū! —gritó Ushinosuke.

Ella se volvió y le sonrió. El muchacho corrió a su lado y le ofreció el paquete.

—¡Mira! He cogido un ruiseñor. Es para ti.

—¿Un ruiseñor? —Otsū, con el ceño fruncido, mantenía los brazos a los costados.

Ushinosuke pareció decepcionado.

—Canta muy bien. ¿No te gustaría oírlo?

—Sí, pero sólo si es libre para volar adonde le plazca. Entonces nos cantará bonitas canciones.

—Supongo que tienes razón —dijo él, haciendo pucheros—. ¿Quieres que lo suelte?

—Te agradezco que quieras hacerme un regalo, pero sí, soltarlo me haría más feliz que quedármelo.

En silencio, Ushinosuke abrió el paquete de paja y, como una flecha, el pájaro voló por encima de la muralla del castillo.

—¿Ves qué contento está de verse libre? —dijo Otsū.

—Dicen que los ruiseñores son los mensajeros de la primavera. Tal vez alguien te traerá buenas noticias.

—¿Un mensajero con noticias tan buenas como la llegada de la primavera? Ciertamente, hay algo que estoy deseando oír.

Otsū echó a andar hacia el bosque detrás del castillo, y Ushinosuke se puso a su lado.

—¿Adonde vas? —le preguntó el chiquillo.

—Últimamente he salido muy poco. He pensado subir a la colina y contemplar las flores de ciruelo para variar.

—¿Flores de ciruelo? Las de ahí arriba no valen gran cosa. Tendrías que ir a Tsukigase.

—Me encantaría ir allá. ¿Está muy lejos?

—A un par de millas más o menos. ¿Por qué no vas? Hoy he traído leña, así que tengo conmigo el buey.

Otsū se decidió en seguida, pues apenas había salido del castillo durante todo el invierno. La joven no dijo a nadie adonde iba, y los dos salieron por el portal trasero, el utilizado por los mercaderes y otras personas que tenían gestiones que hacer en el castillo. La puerta estaba custodiada por un samurai armado con una lanza, el cual hizo un gesto de asentimiento y sonrió a Otsū. También Ushinosuke era una figura familiar, y el centinela les dejó pasar sin pedir al chiquillo el permiso por escrito para estar en los terrenos del castillo.

La gente con la que se cruzaban en los campos y el camino saludaban amigablemente a Otsū, tanto si la conocían como si no.

Cuando las viviendas empezaron a escasear, la joven miró atrás, hacia el blanco castillo anidado en la falda de la montaña.

—¿Podré volver a casa todavía con luz? —preguntó al muchacho.

—Claro, pero de todos modos te acompañaré.

—La aldea de Araki está más allá de Tsukigase, ¿no es cierto?

—No importa.

Charlando animadamente, pasaron ante una tienda de sal, donde un hombre estaba trocando carne de jabalí por un saco de sal. Terminó la transacción, salió de la tienda y avanzó por el camino tras ellos. La nieve se estaba fundiendo y el camino era cada vez peor. Transitaban pocos viajeros.

—Dime, Ushinosuke —preguntó Otsū—, siempre vienes a Koyagyū, ¿verdad?

—Sí.

—¿No está el castillo de Ueno más cerca de la aldea de Araki?

—Así es, pero en el castillo de Ueno no hay ningún gran espadachín como el señor Yagyū.

—¿Te gustan las espadas?

—Mucho.

El muchacho detuvo al buey, soltó la cuerda y corrió a la orilla del arroyo. Allí lo cruzaba un puente del que se había desprendido un tronco. Ushinosuke lo colocó de nuevo en su lugar y esperó a que el hombre que iba detrás de ellos lo cruzara primero.

El hombre parecía un rōnin. Al pasar por el lado de Otsū, la miró descaradamente, y entonces miró atrás varias veces desde el puente y desde el otro lado, antes de desaparecer en un pliegue de la montaña.

—¿Quién crees que es ése? —preguntó Otsū con nerviosismo.

—¿Te ha asustado?

—No, pero...

—Hay muchos rōnin en estas montañas.

—¿De veras? —dijo ella con inquietud.

Ushinosuke le habló por encima del hombro:

—Otsū, ¿querrías ayudarme? ¿Crees que podrías pedir al maestro Kimura que me contrate? Ya sabes, para barrer el jardín, sacar agua del pozo..., esa clase de cosas.

Sólo en fecha reciente el muchacho había recibido un permiso especial de Sukekurō para entrar en el dōjō y observar cómo practicaban los hombres, pero ya tenía una sola ambición. Sus antepasados se apellidaron Kikumura, y el jefe de la familia durante varias generaciones había recibido el nombre de Mataemon. Ushinosuke había decidido que cuando llegara a ser samurai adoptaría el nombre Mataemon, pero ninguno de los Kikumura había hecho nada de especial relieve. El chico cambiaría su apellido por el nombre de su aldea, y si su sueño se hacía realidad, sería famoso en el país como Araki Mataemon.

Mientras Otsū le escuchaba, pensó en Jōtarō y se apoderó de ella una sensación de soledad. Tenía veintinueve años, y Jōtarō andaría por los diecinueve o veinte. Al mirar las flores de ciruelo que la rodeaban, aún no florecidas del todo, no podía evitar la sensación de que la primavera ya había pasado para ella.

—Regresemos, Ushinosuke —dijo de súbito.

El muchacho le dirigió una mirada inquisitiva, pero obedeció y dio la vuelta al buey.

—¡Alto! —gritó una fuerte voz masculina.

Otros dos rōnin se habían juntado con el de la tienda de sal. Los tres se acercaron y rodearon al buey con los brazos cruzados.

—¿Qué queréis? —preguntó Ushinosuke.

Los hombres tenían los ojos fijos en Otsū.

—Ya veo lo que quieres decir —dijo uno.

—Es una belleza, ¿verdad?

—La he visto antes en alguna parte —dijo el tercer hombre—. Creo que en Kyoto.

—Debe ser de Kyoto. Desde luego, no es de ninguno de los pueblos de estos alrededores.

—No sé si fue en la escuela Yoshioka o en alguna otra parte, pero sé que la he visto.

—¿Estuviste en la escuela Yoshioka?

—Durante tres años, después de Sekigahara.

—¡Si queréis algo de nosotros, decidnos qué es! —dijo Ushinosuke encolerizado—. Queremos regresar antes de que oscurezca.

Uno de los rōnin le lanzó una mirada feroz, como si le viera por primera vez.

—Eres de Araki, ¿verdad? ¿Uno de los carboneros?

—Sí, ¿y qué?

—No te necesitamos. Puedes largarte a casa corriendo.

—Eso es precisamente lo que voy a hacer.

Tiró de la cuerda que sujetaba al buey, y uno de los hombres le dirigió una mirada que habría metido el miedo en el cuerpo a la mayoría de los chicos de su edad.

—Salid de en medio —les dijo Ushinosuke.

—Esta dama se viene con nosotros.

—¿Adonde?

—¿A ti qué te importa? Dame esa cuerda.

—¡No!

—Vaya, al parecer no cree que hablo en serio.

Los otros dos hombres, enderezando los hombros y echando chispas por los ojos, se acercaron a Ushinosuke. Uno de ellos puso ante su barbilla un puño tan grande

como un nudo de pino.

Otsū se aferró al lomo del buey. La inclinación de las cejas de Ushinosuke indicaba muy claramente que algo iba a suceder.

—¡No, no, basta! —exclamó ella, tratando de evitar que el chiquillo hiciera alguna temeridad.

Pero la nota quejumbrosa de su voz no hizo más que espolearle para entrar en acción. Lanzó una rápida y violenta patada que alcanzó al hombre delante de él, haciendo que se tambalease hacia atrás. Apenas el pie de Ushinosuke había vuelto a establecer contacto con el suelo, cuando dio un cabezazo contra el vientre del hombre situado a su izquierda. Simultáneamente agarró la empuñadura de la espada del mismo hombre y desenvainó el arma. Entonces empezó a repartir tajos.

El muchacho se movía con la rapidez del rayo. Giraba sobre sus talones y parecía atacar desde todas las direcciones a la vez y contra todos sus adversarios, con igual fuerza. Tanto si actuaba brillantemente por puro instinto o por temeridad infantil, lo cierto era que su táctica heterodoxa cogió a los rōnin por sorpresa.

El golpe hacia atrás de la espada alcanzó de lleno el pecho de uno de los hombres. Otsū gritó, pero su voz quedó ahogada por el alarido del herido. Éste cayó hacia el buey y un chorro de sangre tiñó la cara del animal. Aterrado, el buey soltó un mugido indescriptible. En aquel mismo momento, la espada de Ushinosuke le hizo un profundo corte en la grupa. Lanzando otro terrible mugido, el buey partió casi al galope.

Los otros dos rōnin corrieron en pos de Ushinosuke, el cual saltaba ágilmente de una roca a otra en el lecho del arroyo.

—¡No he hecho nada malo! —gritó—. ¡Habéis sido vosotros!

Al darse cuenta de que estaba fuera de su alcance, los dos rōnin corrieron tras el buey.

Ushinosuke saltó de nuevo al camino y les persiguió, gritando:

—¿Os queréis escapar, eh? ¡Seréis gallinas!

Uno de los hombres se detuvo y se volvió a medias.

—¡Pequeño bastardo!

—¡Déjale para luego! —le gritó el otro hombre.

El buey, ciego de temor, abandonó el camino del valle y subió por una pequeña elevación, recorrió una breve distancia a lo largo de la cima y bajó por el otro lado. En muy poco tiempo cubrió una distancia considerable, llegando a un punto bastante cercano al feudo de Yagyū.

Otsū, con los ojos cerrados, resignada, lograba mantenerse montada sujetándose a las alforjas. Oía las voces de la gente ante la que pasaba, pero estaba demasiado aturdida para pedir socorro a gritos. Claro que eso no le habría servido de nada, pues ninguna de las personas que comentaban el espectáculo tenía el valor necesario para

detener a la bestia enloquecida.

Cuando ya casi estaban en la planicie de Hannya, un hombre salió de un camino lateral y llegó al centro de la carretera principal, la cual, aunque muy estrecha, era la carretera de Kasagi. Del hombro le colgaba un estuche de cartas, y parecía ser alguna clase de criado.

—¡Cuidado! —gritaba la gente—. ¡Apártate del camino!

Pero él siguió caminando en la dirección por la que venía el buey.

Entonces se oyó un tremendo sonido crujiente.

—¡Lo ha destrozado!

—¡El muy idiota!

Pero no era lo que los espectadores habían creído al principio. El sonido que acababan de oír no era el del buey al chocar con el hombre, sino el del fuerte golpe que éste había propinado a un lado de la cabeza del animal. El buey alzó su pesado cuello de costado, dio media vuelta y avanzó en la dirección contraria. Apenas había recorrido diez pies cuando se detuvo en seco, la saliva cayéndole de la boca, todo su cuerpo tembloroso.

—Desmonta en seguida —le dijo el hombre a Otsū.

Los espectadores se agruparon a su alrededor excitados, mirando el pie del hombre, que pisaba con firmeza la cuerda.

Una vez desmontada y a salvo, Otsū hizo una reverencia a su salvador, aunque aún estaba demasiado aturdida para saber dónde estaba o qué estaba haciendo allí.

—¿Por qué un animal tan tranquilo como éste se ha enfurecido tanto? —preguntó el hombre, mientras conducía el buey al lado de la carretera y lo ataba a un árbol. Al ver la sangre en las patas del buey, dijo—: Vaya, ¿qué es esto? Pero si le han hecho un corte... ¡con una espada!

Mientras examinaba la herida y farfullaba, Kimura Sukekurō se abrió paso entre el corro de gente y les pidió que se dispersaran.

—¿No eres tú el ayudante del abad Inshun? —le preguntó, incluso antes de que hubiera podido recobrar el aliento.

—Qué suerte la mía al encontrarte aquí, señor. Precisamente te traigo una carta del abad. Si no te importa, quisiera pedirte que la leas de inmediato.

Sacó la carta del estuche y se la tendió a Sukekurō.

—¿Para mí? —dijo el otro, sorprendido. Tras cerciorarse de que no se trataba de ningún error, la abrió y leyó—: «Con respecto a los samurais de Tsukigase, desde nuestra conversación de ayer he comprobado que no son hombres del señor Tōdō, sino gentuza, rōnin expulsados de las ciudades, que se han instalado ahí para pasar el invierno. Me apresuro a informarte de este desdichado error por mi parte».

—Gracias —dijo Sukekurō—. Esto coincide con lo que he sabido por otro conducto. Dile al abad que me siento muy aliviado y confío en que él lo esté también.

—Perdóname por entregar la carta en medio del camino. Transmitiré tu mensaje al abad. Adiós.

—Espera un momento. ¿Cuánto tiempo llevas en el Hōzōin?

—No mucho.

—¿Cómo te llamas?

—Torazō.

—Me pregunto... —musitó Sukekurō, escrutando el rostro del hombre—. ¿No eres por casualidad Hamada Toranosuke?

—No.

—No conozco a Hamada, pero hay un hombre en el castillo el cual insiste en que Hamada sirve ahora como ayudante de Inshun.

—Sí, señor.

—¿Es un caso de identidad errónea?

Torazō, ruborizado, bajó la voz.

—En realidad, señor, soy Hamada. He acudido al Hōzōin por razones personales. A fin de evitar más deshonra a mi maestro y mayor vergüenza a mí mismo, quisiera mantener mi identidad secreta, si no te importa...

—No te preocupes. No tenía intención de fisgar en tus asuntos.

—Estoy seguro de que conoces lo ocurrido a Tadaaki. El hecho de que abandonara su escuela y se retirase a las montañas se debió a un error mío. He renunciado a mi categoría. Hacer trabajos secundarios en el templo será una buena disciplina. No he dicho a los sacerdotes mi verdadero nombre. Todo es muy embarazoso.

—El resultado de la pelea de Tadaaki con Kojirō no es ningún secreto. Kojirō se lo contó a toda la gente con que se encontró entre Edo y Buzen. Entiendo que has resuelto limpiar el nombre de tu maestro.

—Uno de estos días... Volveré a verte, señor.

Torazō se apresuró a marcharse, como si no pudiera soportar un instante más de conversación.

La semilla de cáñamo

Hyōgo estaba cada vez más preocupado. Primero había ido a la habitación de Otsū con una carta de Takuan en la mano, y al no encontrarla allí la había buscado a fondo por los terrenos del castillo, con una inquietud creciente a medida que transcurrían las horas.

La carta, fechada el décimo mes del año anterior pero recibida con un retraso inexplicable, mencionaba el inminente nombramiento de Musashi como instructor del shōgun. Takuan pedía a Otsū que acudiera a la capital lo antes posible, puesto que Musashi pronto necesitaría una casa así como «alguien que cuide de ella». Hyōgo estaba ansioso por ver la expresión del rostro de Otsū cuando lo leyera.

Al no dar con ella, finalmente fue al portal para interrogar al centinela, el cual le dijo que habían salido unos hombres a buscarla. Hyōgo aspiró hondo, alarmado, pues Otsū no era una persona que causara preocupaciones y era muy improbable que se ausentara sin avisar. No solía actuar por impulso, ni siquiera en las cuestiones más nimias.

No obstante, antes de que empezara a imaginar lo peor, recibió la noticia de que estaban de regreso, Otsū con Sukekurō y Ushinosuke con los hombres enviados a Tsukigase. El muchacho pidió disculpas a todo el mundo, aunque nadie sabía de qué se disculpaba, y se apresuró a marcharse.

—Oye, ¿adonde crees que vas? —le preguntó uno de los servidores.

—Tengo que regresar a Araki. Mi madre se inquietará si no vuelvo.

Sukekurō intervino entonces:

—Si intentas regresar ahora, esos rōnin te apresarán y no es probable que te dejen con vida. Quédate aquí esta noche y regresa a casa por la mañana.

Ushinosuke musitó una vaga aceptación y le dijeron que fuese a un almacén de leña en el recinto exterior, donde dormían los aprendices de samurai.

Hyōgo hizo una seña a Otsū, la llevó aparte y le mostró lo que Takuan había escrito. No se sorprendió cuando ella dijo: «Me marcharé por la mañana». Un profundo rubor revelaba sus sentimientos.

Entonces Hyōgo le recordó la próxima visita de Munenori y le sugirió que regresara a Edo con él, aunque sabía muy bien qué respondería la joven. Otsū no estaba dispuesta a esperar dos días más, y mucho menos otros dos meses. Hyōgo lo intentó de nuevo, diciéndole que si aguardaba hasta después del servicio fúnebre podría viajar con él hasta Nagoya, puesto que le habían invitado a convertirse en vasallo del señor Tokugawa de Owari. Cuando Otsū volvió a declinar la oferta, él le dijo cuánto le inquietaba la idea de que hiciera sola el largo viaje, pues en todas las poblaciones y posadas a lo largo del camino se encontraría con inconvenientes, si no con auténticos peligros.

Ella le sonrió.

—Pareces olvidar que estoy acostumbrada a viajar. No tienes por qué preocuparte.

Aquella noche, durante una modesta fiesta de despedida, todos expresaron el afecto que sentían por Otsū, y a la mañana siguiente, que era clara y brillante, la familia y los servidores se congregaron en el portal principal para decirle adiós.

Sukekurō envió a un hombre en busca de Ushinosuke, pensando que Otsū podría montar en su buey hasta Uji. Cuando el hombre regresó diciéndole que, al fin y al cabo, el muchacho había regresado a su aldea por la noche, Sukekurō ordenó que trajeran un caballo.

Otsū se consideraba de categoría demasiado baja para recibir tales favores y rechazó la oferta, pero Hyōgo insistió. El caballo era gris moteado, y lo trajo un aprendiz de samurai por la suave pendiente hasta el portal exterior.

Hyōgo recorrió un trecho y se detuvo. No podía negarlo: a veces envidiaba a Musashi, como habría envidiado a cualquier hombre al que Otsū amara. Que el corazón de la joven perteneciera a otro no disminuía el afecto que sentía por ella. Había sido una encantadora compañera durante el viaje desde Edo, y en las semanas y meses posteriores le maravilló la entrega con que cuidaba de su abuelo. Aunque más profundo que nunca, su amor por ella era abnegado. Sekishūsai le había encargado que la entregara sana y salva a Musashi, y Hyōgo se proponía hacerlo así. No estaba en su naturaleza codiciar la buena suerte de otro hombre ni pensar en privarle de ella. No pasaba por su mente ningún acto que estuviera al margen del Camino del Samurai. Cumplir con el deseo de su abuelo habría sido una expresión de su amor.

Estaba sumido en su ensoñación cuando Otsū se volvió e, inclinando la cabeza, repitió su agradecimiento a aquellas personas afectuosas. Al proseguir su camino, rozó con unas flores de ciruelo. Mientras Hyōgo veía caer los pétalos, de una manera inconsciente, casi podía percibir su fragancia. Tenía la sensación de que estaba viendo a Otsū por última vez y hallaba consuelo en una plegaria silenciosa por la vida futura de la joven. Permaneció allí mirándola hasta que ella desapareció de su vista.

—Señor.

Hyōgo se volvió y una sonrisa apareció lentamente en su rostro.

—Ah, estás aquí, Ushinosuke. Bien, bien. Tengo entendido que anoche volviste a casa aunque te dijimos que no lo hicieras.

—Sí, señor. Mi madre... —Estaba todavía en una edad en que pensar en separarse de su madre le ponía al borde de las lágrimas.

—Está bien. Es bueno que un chico cuide de su madre. Pero, dime, ¿cómo lograste pasar entre esos rōnin en Tsukigase?

—Fue muy fácil.

—¿Ah, sí?

El muchacho sonrió.

—No estaban allí. Se enteraron de que Otsū pertenecía al castillo y temieron que les atacaran. Supongo que se han ido al otro lado de la montaña.

—Ja, ja. No tenemos que preocuparnos más por ellos, ¿verdad? ¿Has desayunado?

—No —dijo Ushinosuke, un poco azorado—. Me he levantado temprano para coger patatas silvestres y traérselas al maestro Kimura. Si te gustan, te traeré también algunas.

—Gracias.

—¿Sabes dónde está Otsū?

—Acaba de marcharse hacia Edo.

—¿Edo? —repitió el muchacho, y añadió vacilante—: No sé si te habrá dicho, o al maestro Kimura, lo que le pedí.

—¿Y qué era ello?

—Esperaba que me permitieras ser ayudante de samurai.

—Todavía eres demasiado joven para eso. Quizá cuando crezcas un poco más.

—Pero quiero aprender esgrima. Enséñame, por favor. Tengo que aprender mientras mi madre vive todavía.

—¿Has estudiado con alguien?

—No, pero he practicado con mi espada de madera utilizando árboles y animales.

—Ésa es una buena manera de empezar. Cuando seas un poco mayor, puedes ir a Nagoya y reunirte conmigo. Pronto iré a vivir allí.

—Eso está lejos, en Owari, ¿verdad? No puedo ir tan lejos mientras mi madre viva.

Hyōgo, sintiéndose conmovido, le dijo:

—Ven conmigo. —Ushinosuke le siguió en silencio—. Iremos al dōjō y comprobaré si tienes la habilidad natural para convertirte en un espadachín.

—¿El dōjō?

Ushinosuke se preguntó si estaba soñando. Desde su primera infancia consideraba el dōjō del anciano Yagyū como un símbolo de todas sus aspiraciones en el mundo. Aunque Sukekurō le había dicho que podría entrar en aquella sala, aún no lo había hecho. ¡Pero ahora le invitaba un miembro de la familia!

—Lávate los pies.

—Sí, señor.

Ushinosuke fue a un pequeño estanque cerca de la entrada y se lavó los pies con sumo cuidado, sin olvidar quitarse la suciedad debajo de las uñas.

Una vez en el interior de la sala, se sintió pequeño e insignificante. Las vigas y el techo eran antiguos y macizos, el suelo estaba pulimentado hasta darle un brillo en el

que uno podía ver su reflejo como en un espejo. Incluso la voz de Hyōgo cuando le dijo: «Coge una espada», sonaba de un modo distinto.

Ushinosuke seleccionó una espada de roble negro de entre las armas colgadas en una pared. Hyōgo tomó otra y, con la punta dirigida hacia el suelo, se situó en el centro de la sala.

—¿Estás preparado? —preguntó fríamente.

—Sí —dijo Ushinosuke, alzando el arma al nivel del pecho.

Hyōgo modificó ligeramente su posición en diagonal. Ushinosuke estaba erizado como un puerco espín. Tenía las cejas levantadas, con un fiero surco entre ambas, y el pulso le latía con fuerza. Cuando Hyōgo indicó con un movimiento de los ojos que estaba a punto de atacar, Ushinosuke soltó un gruñido. Dando fuertes pisadas en el suelo, Hyōgo avanzó con rapidez y golpeó lateralmente la cintura de Ushinosuke.

—¡Todavía no! —gritó el muchacho.

Como si alejara el suelo de una patada, saltó en el aire y su pie rebasó el hombro de Hyōgo. Éste extendió la mano izquierda y con un ligero movimiento impulsó el pie del chiquillo hacia arriba. Ushinosuke dio una voltereta y aterrizó detrás de Hyōgo. Se levantó en un instante y corrió a recoger su espada.

—Es suficiente —dijo Hyōgo.

—¡No, una vez más!

Ushinosuke tomó su espada, la sostuvo alta por encima de la cabeza con ambas manos y voló como un águila hacia Hyōgo. El arma de éste, apuntada directamente al atacante, le detuvo en seco. Vio la expresión en los ojos de Hyōgo y los suyos se llenaron de lágrimas.

«Este chico tiene espíritu», pensó Hyōgo, pero fingió que estaba enfadado.

—Estás jugando sucio —le gritó—. Has saltado por encima de mi hombro.

Ushinosuke no supo qué responderle.

—No comprendes cuál es tu categoría..., ¡tomarte libertades con tus superiores! Siéntate ahí.

El chico se arrodilló y extendió las manos delante de él, en un gesto de disculpa. Cuando se le aproximó, Hyōgo soltó el arma de madera y desenvainó su propia espada.

—Ahora te mataré. No te molestes en gritar.

—¿Ma... matarme?

—Estira el cuello. Para un samurai, nada es más importante que regirse por las reglas de la conducta apropiada. Aunque sólo seas un campesino, lo que has hecho es imperdonable.

—¿Vas a matarme sólo por haber cometido una falta?

—Así es.

Tras mirar al samurai un momento, Ushinosuke adoptó una expresión resignada,

alzó las manos en dirección a su aldea y dijo:

—Madre, voy a formar parte del suelo, aquí, en el castillo. Sé que te sientes muy triste. Perdóname por no haber sido un buen hijo.

Entonces, obedientemente, extendió el cuello.

Hyōgo se echó a reír y envainó de nuevo la espada.

—No creerás que realmente mataría a un chico como tú, ¿verdad? —le dijo, al tiempo que le daba unas palmadas en el hombro.

—¿No lo decías en serio?

—No.

—Has dicho que la conducta apropiada es importante. ¿Es correcto que un samurai haga esa clase de bromas?

—No era ninguna broma. Si vas a adiestrarte para ser un samurai, he de saber de qué madera estás hecho.

—Creí que hablabas en serio —dijo Ushinosuke, cuya respiración había vuelto a la normalidad.

—Me has dicho que no has recibido lecciones —dijo Hyōgo—. Pero cuando te obligué a ir al extremo de la sala, saltaste sobre mi hombro. No muchos alumnos, ni siquiera con tres o cuatro años de adiestramiento, podrían ejecutar esa clase de treta.

—Pero nunca he estudiado con nadie.

—No tienes por qué ocultarlo. Debes de haber tenido un maestro, y bueno por cierto. ¿Quién era?

El muchacho se quedó un momento pensativo y entonces dijo:

—Ah, ya recuerdo cómo aprendí eso.

—¿Quién te lo enseñó?

—No fue un ser humano.

—¿Un duende tal vez?

—No, una semilla de cáñamo.

—¿Qué?

—Una semilla de cáñamo.

—¿Cómo podrías aprender de una semilla de cáñamo?

—Bueno, allá arriba, en las montañas, hay algunos luchadores de ésos..., ya sabes, los que parecen esfumarse delante de tus mismos ojos. He visto cómo se adiestraban en un par de ocasiones.

—Te refieres a los ninja, ¿verdad? Los que has visto deben de pertenecer al grupo de Iga. Pero ¿qué tiene eso que ver con una semilla de cáñamo?

—Verás, después de plantar el cáñamo, en primavera, no pasa mucho tiempo antes de que salga el brote.

—¿Y qué?

—Saltas por encima. Cada día practicas saltando adelante y atrás. Cuando

aumenta el calor, el brote crece más rápido, no hay ninguna otra planta que crezca con tanta rapidez, así que cada día tienes que saltar más alto. Si no practicas a diario, pronto el cáñamo es tan alto que no puedes saltar por encima.

—Comprendo.

—Lo he hecho en los dos últimos años, desde la primavera hasta el otoño.

En aquel momento Sukekurō entró en el dōjō y dijo:

—Hyōgo, ha llegado otra carta de Edo.

Tras leer la misiva, Hyōgo inquirió:

—Otsū no puede haber ido muy lejos, ¿verdad?

—Probablemente no más de cinco millas. ¿Ha ocurrido algo?

—Sí. Takuan dice que el nombramiento de Musashi ha sido cancelado. Al parecer, tienen dudas sobre su carácter. No creo que debamos permitir que Otsū prosiga el viaje a Edo sin advertirla.

—Iré yo.

—No. Iré yo mismo.

Haciendo una inclinación de cabeza a Ushinosuke, Hyōgo salió del dōjō y fue directamente al establo.

Estaba a medio camino de Uji cuando empezó a cambiar de idea. El hecho de que Musashi no hubiera recibido el nombramiento no le importaría a Otsū, pues ella pensaba sólo en el hombre y no en su categoría. Aun cuando Hyōgo lograra persuadirla para que se quedase un poco más en Koyagyū, sin duda ella querría proseguir su camino a Edo. ¿Por qué amargarle el viaje dándole la mala noticia?

Dio media vuelta hacia Koyagyū y avanzó más despacio, al trote. Aunque parecía estar en paz con el mundo, en realidad una feroz batalla se libraba en su corazón. ¡Ojalá pudiera ver a Otsū una vez más! Tenía que admitir que ésa era la única razón para ir en pos de ella, pero era una admisión secreta que no revelaría a nadie.

Hyōgo procuraba refrenar sus emociones. Los guerreros tenían momentos de debilidad, momentos absurdos, como todo el mundo. No obstante, su deber, como el de todo samurai, estaba claro: perseverar hasta que llegase a un estado de equilibrio estoico. Una vez hubiera cruzado la barrera de la ilusión, su alma sería ligera y libre, abriría los ojos a los verdes sauces que le rodeaban, a cada brizna de hierba. El amor no era la única emoción capaz de encender el corazón de un samurai. El suyo era otro mundo. En una época ávida de jóvenes con talento, uno no tenía tiempo para distraerse contemplando una flor al lado del camino. Lo importante, tal como Hyōgo lo veía, era hallarse en el lugar apropiado para montar en la ola de los tiempos.

—Toda una muchedumbre, ¿eh? —observó Hyōgo jovialmente.

—Sí, en Nara no hay muchos días tan buenos como éste —replicó Sukekurō.

—Es como una excursión al aire libre.

A pocos pasos detrás de ellos estaba Ushinosuke, a quien Hyōgo había cobrado

gran afecto. Ahora el muchacho acudía al castillo más a menudo e iba camino de convertirse en un ayudante permanente. Llevaba las cajas de comida a la espalda y, atadas al obi, unas sandalias de repuesto para Hyōgo.

Se hallaban en un campo abierto en medio de la ciudad. A un lado, la pagoda de cinco pisos del Kōfukuji se alzaba por encima de los árboles circundantes. Al otro lado del campo se veían las casas de los sacerdotes budistas y shintoístas. Aunque el día era brillante y la atmósfera primaveral, una leve bruma se cernía sobre las zonas más bajas, donde vivían los habitantes de la ciudad. La multitud, entre cuatrocientas y quinientas personas, no parecía tan grande debido a la vastedad del campo. Algunos de los ciervos, por los que Nara era famosa, se abrían paso empujando con el morro entre los espectadores, husmeando sabrosos trozos de comida aquí y allá.

—Aún no han terminado, ¿verdad? —preguntó Hyōgo.

—No —dijo Sukekurō—. Parece que se han tomado tiempo libre para comer.

—¡Así que hasta los sacerdotes tienen que comer!

Sukekurō se echó a reír.

Iba a celebrarse alguna clase de espectáculo. Las ciudades más grandes tenían teatros, pero en Nara y las ciudades más pequeñas los espectáculos tenían lugar al aire libre. Magos, danzarines, titiriteros, así como arqueros y espadachines, todos actuaban bajo el cielo. Pero la atracción de aquel día era algo más que un simple entretenimiento. Cada año los sacerdotes lanceros del Hōzōin celebraban un torneo, en el cual decidían el orden para sentarse en el templo. Como actuaban en público, los competidores luchaban con denuedo, y los encuentros solían ser violentos y espectaculares. Delante del Kōfukuji había un letrero según el cual el torneo estaba abierto a todos los seguidores de las artes marciales, pero eran muy pocos los que se atrevían a medirse con los sacerdotes lanceros.

—¿Por qué no nos sentamos en algún sitio a comer? —dijo Hyōgo—. Parece ser que hay mucho tiempo por delante.

—¿Dónde habrá un buen lugar? —preguntó Sukekurō, mirando a su alrededor.

—Allí —dijo Ushinosuke—. Siéntate encima de esto.

Señaló un trozo de estera de juncos que había cogido en alguna parte y lo extendió en un montículo de suave contorno. Hyōgo admiraba la inventiva del muchacho y, en general, le satisfacía que cuidara de sus necesidades, aunque no consideraba la solicitud como una cualidad ideal para un futuro samurai.

Después de acomodarse, Ushinosuke repartió su sencillo condumio: bolas de arroz sin refinar, ácidos encurtidos de ciruela y pasta de judías dulzona, todo ello envuelto en hojas de bambú secas para facilitar su transporte.

—Ushinosuke —dijo Sukekurō—, corre a esos sacerdotes de ahí y pídeles té, pero no les digas para quién es.

—Sería un fastidio que vinieran a presentar sus respetos —añadió Hyōgo, que se

había bajado sobre el rostro el sombrero de juncos.

Los rasgos de Sukekurō estaban bastante ocultos por un pañuelo grande del tipo que usaban los sacerdotes.

Cuando Ushinosuke se levantó, otro muchacho, a unos cincuenta pies de distancia, decía:

—No lo entiendo. La esterilla estaba aquí.

—Olvídalo, Iori —dijo Gonnosuke—. No es una gran pérdida.

—Alguien debe de haberla robado. ¿Por qué crees que haría semejante cosa?

—No te preocupes por eso.

Gonnosuke se sentó en la hierba, sacó su pincel y tinta y empezó a anotar sus gastos en un cuadernillo, un hábito que había adquirido recientemente de Iori.

En determinados aspectos, Iori era demasiado serio para su edad. Prestaba mucha atención a sus finanzas personales, nunca desperdiciaba nada, era meticulosamente pulcro y se sentía agradecido por cada cuenco de arroz y cada día soleado. En una palabra, era exigente, y miraba con desdén a quienes no lo eran.

Hacia cualquiera que birlara la propiedad de otra persona, aunque no fuese más que un barato trozo de estera, no sentía más que desprecio.

—Ah, ya lo veo —gritó—. Esos hombres de ahí lo han cogido. ¡Eh, vosotros!

Corrió hacia ellos, pero se detuvo a unos diez pasos para pensar qué iba a decirles, y entonces se encontró frente a Ushinosuke.

—¿Qué quieres? —le preguntó éste en tono desabrido.

—¿Cómo que qué quiero? —replicó Iori en el mismo tono.

Mirándole con la frialdad que los campesinos reservan para los forasteros, Ushinosuke le dijo:

—¡Eres tú el que nos ha llamado!

—¡Quien coge una cosa de otro y se larga es un ladrón!

—¿Ladrón? ¡Qué dices, hijo de perra!

—Esa esterilla es nuestra.

—¿Esterilla? He encontrado ese andrajo tirado en el suelo. ¿Te has molestado sólo por eso?

—Una estera es importante para un viajero —replicó Iori en un tono bastante pomposo—. Le protege de la lluvia, le sirve para dormir, es muy útil. ¡Devuélvemela!

—¡Puedes quedártela, pero primero retira eso de que soy un ladrón!

—No tengo que pedir disculpas por recuperar lo que nos pertenece. ¡Si no me la devuelves, la cogeré yo mismo!

—Inténtalo. Soy Ushinosuke de Araki y no estoy dispuesto a dejarme avasallar por un enano como tú. Soy el discípulo de un samurai.

—Apuesto a que sí —dijo Iori, irguiéndose un poco más—. Hablas mucho con toda esta gente alrededor, pero no te atreverías a luchar conmigo si estuviéramos

solos.

—¡No olvidaré eso!

—Ve allí más tarde.

—¿Dónde?

—Al lado de la pagoda. Ve solo.

Los dos muchachos se separaron. Ushinosuke fue en busca del té, y cuando regresó con un recipiente de barro los encuentros se habían reanudado. Ushinosuke, de pie en el gran círculo de espectadores, miraba mordazmente a Iori, desafiándole con los ojos. La mirada de Iori le respondía. Ambos creían que ganar era lo único que importaba.

La ruidosa multitud se movía a uno y otro lado, alzando nubes de polvo amarillo. En el centro del círculo había un sacerdote con una lanza tan larga como una pértiga para cazar aves. Uno tras otro, los rivales se adelantaron y le desafiaron. El sacerdote lancero los venció a todos, derribando a unos, haciendo volar a otros.

—¡Vamos, adelante! —gritó, pero finalmente no salió ningún otro contrincante—. Si no hay nadie más, voy a marcharme. ¿Hay alguna objeción a que yo, Nankōbō, sea declarado el ganador?

Tras estudiar con In'ei, había creado un estilo propio y ahora era el principal rival de Inshun, quien aquel día estaba ausente, pretextando una enfermedad. Nadie sabía si temía a Nankōbō o prefería evitar un conflicto.

Como nadie se adelantaba, el fornido sacerdote bajó la lanza, sosteniéndola horizontalmente, y anunció:

—No hay ningún retador.

—Espera —dijo un sacerdote, corriendo hasta llegar frente a Nankōbō—. Soy Daun, un discípulo de Inshun. Te desafío.

—Prepárate.

Tras hacer mutuas reverencias, los dos hombres se separaron de un salto. Sus dos lanzas se miraron como seres vivos durante tanto rato que la multitud, aburrida, empezó a gritar para que entraran en acción. El griterío cesó de repente. La lanza de Nankōbō golpeó la cabeza de Daun con un ruido sordo y, como un espantapájaros derribado por el viento, el hombre se inclinó lentamente a un lado y luego cayó bruscamente al suelo. Tres o cuatro lanceros echaron a correr, pero no para vengarse sino tan sólo para retirar el cuerpo a rastras.

Con gesto arrogante, Nankōbō echó atrás los hombros y examinó a la muchedumbre.

—Parece ser que quedan unos pocos hombres valientes. Si en verdad los hay, que salgan.

Un sacerdote de la montaña salió por detrás de una tienda de campaña, descargó el arca de viaje que llevaba a la espalda y preguntó:

—¿El torneo está sólo abierto a los lanceros del Hōzōin?

—No —corearon los sacerdotes del templo.

El sacerdote hizo una reverencia.

—En ese caso, me gustaría intentarlo. ¿Alguien puede prestarme una espada de madera?

Hyōgo miró de soslayo a Sukekurō y comentó:

—Esto se está poniendo interesante.

—Así es.

—El resultado es evidente.

—No creo que exista la menor posibilidad de que Nankōbō pierda.

—No me refiero a eso. No creo que Nankōbō acceda a luchar. Si lo hace, perderá.

Sukekurō pareció perplejo, pero no pidió una explicación.

Alguien dio una espada de madera al sacerdote vagabundo. Éste se acercó a Nankōbō, hizo una reverencia y formuló su desafío. Era un hombre de unos cuarenta años, pero su cuerpo, como un muelle de acero, no parecía haberse adiestrado a la manera ascética de los sacerdotes de montaña, sino en el campo de batalla. Debía de haberse enfrentado a la muerte muchas veces y estaría dispuesto a aceptarla filosóficamente. Hablaba con suavidad y la expresión de sus ojos era serena.

A pesar de su arrogancia, Nankōbō no era un necio.

—¿Eres forastero? —le preguntó sin motivo aparente.

—Sí —respondió el retador, haciendo otra reverencia.

—Espera un momento. —Nankōbō veía dos cosas con claridad: su técnica quizá era mejor que la del sacerdote, pero a la larga no podría ganarle. No eran pocos los guerreros célebres, derrotados en Sekigahara, que aún vivían disfrazados de sacerdotes errantes. Y él no podía saber quién era aquel hombre—. No puedo luchar con un forastero —dijo por fin, sacudiendo la cabeza.

—Acabo de preguntar por las reglas y me han dicho que no hay inconveniente alguno.

—Puede que sea así con los demás, pero yo no lucho con forasteros. Cuando peleo no lo hago con el objetivo de derrotar a mi contrario. Es una actividad religiosa, en la que disciplino mi alma por medio de la lanza.

—Comprendo —dijo el sacerdote con una risita.

Parecía a punto de decir algo más, pero titubeó. Tras reflexionar un momento, se retiró del círculo, devolvió la espada de madera y desapareció.

Nankōbō eligió aquel momento para marcharse, haciendo caso omiso de los comentarios que susurraba la gente, pues consideraban su retirada como una cobardía. Seguido de dos o tres discípulos, se alejó con paso majestuoso, como un general conquistador.

—¿Qué te he dicho? —dijo Hyōgo.

—Estabas totalmente en lo cierto.

—Sin duda ese hombre es uno de los que se ocultan en el monte Kudo. Cambia su túnica blanca y su pañuelo por un casco y una armadura y te encontrarás ante uno de los grandes espadachines de hace pocos años.

Cuando la multitud se dispersó, Sukekurō empezó a mirar a su alrededor, en busca de Ushinosuke, pero no le encontró. A una señal de Iori, el muchacho había ido a la pagoda, donde ahora los dos se miraban fieramente.

—No me culpes si te mato —le dijo Iori.

—Eres un bocazas —replicó Ushinosuke, cogiendo un palo para usarlo como arma.

Sosteniendo la espada en alto, Iori se lanzó al ataque. Ushinosuke retrocedió de un salto. Creyendo que le tenía miedo, Iori corrió directamente hacia él. Ushinosuke dio un gran salto, alcanzándole con el pie en un lado de la cabeza. Iori se llevó la mano a la cabeza y cayó al suelo. Se recuperó en seguida y en un instante volvió a estar en pie. Los dos muchachos se enfrentaron con sus armas alzadas.

Olvidando lo que Musashi y Gonnosuke le habían enseñado, Iori atacó con los ojos cerrados. Ushinosuke se movió ligeramente a un lado y le golpeó con el palo.

Iori quedó tendido boca abajo, gimiendo, aferrando todavía la espada.

—¡Ja! He ganado —gritó Ushinosuke. Entonces, al ver que Iori no se movía en absoluto, sintió miedo y echó a correr.

—¡No, no huyas! —rugió Gonnosuke.

Su bastón de cuatro pies de longitud alcanzó al muchacho en la cadera.

Ushinosuke cayó lanzando un grito de dolor, pero tras mirar un instante a Gonnosuke, se levantó y corrió como un conejo, hasta que tropezó con Sukekurō.

—¡Ushinosuke! ¿Qué ocurre aquí?

Ushinosuke se apresuró a esconderse detrás de Sukekurō, dejando al samurai cara a cara con Gonnosuke. Por un momento pareció que el conflicto sería inevitable. Sukekurō cerró la mano en la empuñadura de su espada; Gonnosuke apretó su bastón.

—¿Te importaría decirme por qué persigues a un chiquillo como si quisieras matarle? —le preguntó Sukekurō.

—Antes de responder, permíteme que te haga una pregunta. ¿Le has visto derribar a ese muchacho?

—¿Está contigo?

—Sí. ¿Es éste uno de tus ayudantes?

—No lo es oficialmente. —Mirando con severidad a Ushinosuke, le preguntó—: ¿Por qué has golpeado a ese chico y luego has huido? Di la verdad ahora mismo.

Antes de que Ushinosuke pudiera abrir la boca, Iori alzó la cabeza y gritó:

—Ha sido un combate. —Irguiéndose dolorosamente hasta quedar sentado, añadió—: Libramos un combate y he perdido.

—¿Os habéis desafiado mutuamente de la manera apropiada y habéis convenido en luchar? —preguntó Gonnosuke. La expresión de sus ojos, que miraban alternativamente a los dos adolescentes, era un tanto risueña.

Ushinosuke, profundamente azorado, respondió:

—No sabía que la esterilla era suya cuando la cogí.

Los dos hombres se sonrieron, ambos conscientes de que si no hubieran actuado con prudencia, un asunto trivial, infantil, podría haber terminado en derramamiento de sangre.

—Lo lamento mucho —dijo Sukekurō.

—Yo también. Espero que me perdones.

—Asunto zanjado. Mi maestro nos está esperando, será mejor que nos marchemos.

Salieron del portal riendo. Gonnosuke e Iori fueron por la izquierda, Sukekurō y Ushinosuke por la derecha.

Entonces Gonnosuke se volvió y dijo:

—¿Podría preguntarte algo? Si seguimos este camino todo derecho, ¿nos llevará al castillo de Koyagyū?

Sukekurō se acercó a Gonnosuke y poco después, cuando Hyōgo se reunió con ellos, le dijo quiénes eran los viajeros y por qué estaban allí.

Hyōgo suspiró, apenado.

—Es una lástima. Ojalá hubieras venido hace tres semanas, antes de que Otsū partiera para reunirse con Musashi en Edo.

—Él no está en Edo —dijo Gonnosuke—. Nadie sabe dónde se encuentra, ni siquiera sus amigos.

—¿Qué hará Otsū ahora? —inquirió Hyōgo, lamentando no haber traído a la joven de regreso a Koyagyū.

Aunque retenía las lágrimas, Iori deseaba irse a alguna parte donde pudiera estar a solas y llorar hasta hartarse. Antes, durante el trayecto desde el castillo, el chico había hablado sin cesar de un encuentro con Otsū, o así le había parecido a Gonnosuke. Cuando la conversación de los hombres se centró en los acontecimientos que tenían lugar en Edo, el muchacho empezó a quedarse rezagado. Hyōgo pidió a Gonnosuke más información sobre Musashi, nuevas acerca de su tío, detalles de la desaparición de Ono Tadaaki. Ni sus preguntas ni el caudal de noticias de Gonnosuke parecían tener final.

—¿Adonde vas? —le preguntó Ushinosuke a Iori. Se le había acercado por detrás y le puso una mano, amigablemente, en el hombro—. ¿Estás llorando?

—Claro que no —dijo Iori, pero las lágrimas se deslizaban por su rostro mientras sacudía la cabeza.

—Hummm... ¿Sabes desenterrar patatas silvestres?

—Naturalmente.

—Mira, allí hay unas cuantas patatas. ¿Vamos a ver quién las saca más rápido?

Iori aceptó el desafío, y se pusieron a cavar.

Empezaba a oscurecer, y como todavía quedaba mucho de que hablar, Hyōgo instó a Gonnosuke para que pasara unos días en el castillo. Sin embargo, Gonnosuke prefirió continuar su viaje.

Cuando se estaban despidiendo, observaron que los chicos faltaban de nuevo. Al cabo de un momento, Sukekurō les señaló y dijo:

—Mira, allí están. Parece que están cavando.

Iori y Ushinosuke estaban absortos en la tarea, la cual, debido al carácter quebradizo de las raíces, requería cavar cuidadosamente a gran profundidad. Los hombres, divertidos ante tanta concentración, se acercaron silenciosamente por detrás de ellos y les observaron durante varios minutos antes de que Ushinosuke alzara la cabeza y les viera. Ahogó un grito de sorpresa, e Iori se volvió y sonrió. Entonces redoblaron sus esfuerzos.

—Ya la tengo —dijo Ushinosuke.

Extrajo una larga patata y la depositó en el suelo.

Al ver el brazo de Iori metido en el agujero hasta el hombro, Gonnosuke le dijo con impaciencia:

—Si no terminas pronto, me marcharé solo.

Iori se llevó la mano a la cadera, como un anciano campesino, y se enderezó con dificultad.

—No puedo hacerlo —dijo—. Me llevaría el resto del día.

Con una expresión resignada en su semblante, se sacudió la tierra del kimono.

—¿No puedes sacar la patata después de haber cavado tanto? —le preguntó Ushinosuke—. Bueno, la sacaré por ti.

—No —dijo Iori, retirando la mano de Ushinosuke—. Se romperá. —Entonces volvió a llenar el agujero de tierra y golpeó la superficie hasta alisarla.

—Adiós —dijo Ushinosuke.

Con ademán orgulloso, se echó al hombro aquella patata grande y larga, revelando inadvertidamente que la punta estaba rota.

Al ver esto, Hyōgo comentó:

—Has perdido. Puede que hayas ganado la pelea, pero estás descalificado en el concurso de recogedores de patatas silvestres.

Barrenderos y vendedores

Las flores de cerezo, pasada ya su época de esplendor, estaban pálidas y las flores de cardo se marchitaban, una decadencia que hacía pensar en la época, siglos atrás, cuando Nara era la capital del país. El calor era un poco fuerte para andar, pero ni Gonnosuke ni Iori se cansaban del camino.

Iori tiró de la manga de Gonnosuke y le dijo preocupado:

—Ese hombre todavía nos sigue.

Gonnosuke mantuvo la vista adelante y replicó:

—Haz como si no le vieras.

—Lo tenemos detrás desde que salimos del Kōfukuji.

—Humm.

—Y estaba en la posada donde nos alojábamos, ¿no es cierto?

—No te preocupes por eso. No tenemos nada que merezca la pena robar.

—¡Tenemos nuestras vidas! No puedes decir que eso no es nada.

—Ja, ja. Yo guardo mi vida cerrada bajo llave. ¿Y tú?

—Puedo cuidar de mí mismo —dijo Iori, cerrando la mano izquierda sobre la empuñadura de su espada envainada.

Gonnosuke sabía que el hombre era el sacerdote de montaña que había desafiado a Nankōbō el día anterior, pero no podía imaginar por qué les estaba siguiendo.

Iori miró de nuevo atrás.

—Ya no está ahí.

Gonnosuke miró también.

—Probablemente se ha cansado. —Aspiró hondo y añadió—: Pero así me siento mejor.

Aquella noche pernoctaron en una casa de campo, y a la mañana siguiente, temprano, llegaron a Amano, en Kawachi. Era un pueblecito de casas de aleros bajos, detrás de las cuales corría un arroyo de agua cristalina de montaña. Gonnosuke había ido allí para pedir que colocaran la tablilla funeraria de su madre en el Kongōji, el llamado monte Kōya de las mujeres, pero antes quería buscar a una mujer llamada Oan, a quien conocía desde su infancia, para pedirle que se encargara de quemar incienso ante la tabula de vez en cuando. Si no la encontraba, se proponía ir al monte Kōya, el lugar de enterramiento de los ricos y poderosos. Confiaba en no tener que hacerlo, pues allí se sentiría como un pordiosero.

Preguntó a la esposa de un tendero y se enteró de que Oan era la esposa de un fabricante de sake llamado Tōroku, y su casa la cuarta a la derecha pasado el portal del templo.

Al cruzar el portal, Gonnosuke dudó de que la mujer supiera de qué hablaba, pues había un letrero según el cual no se podía entrar con sake y puerros en el sagrado

recinto. ¿Cómo podía haber allí una manufactura de sake?

El mismo Tōroku aclaró este pequeño misterio aquella noche. El hombre les había dado una cálida acogida y en seguida convino en que hablaría con el abad acerca de la tablilla funeraria. Tōroku dijo que en cierta ocasión Toyotomi Hideyoshi había saboreado el sake fabricado para uso del templo y expresó su admiración por el brebaje. Entonces los sacerdotes establecieron la pequeña fábrica de sake con destino a Hideyoshi y los demás daimyō que contribuían al mantenimiento del templo. La producción bajó un poco después de la muerte de Hideyoshi, pero el templo seguía suministrando su sake a varios benefactores especiales.

A la mañana siguiente, cuando Gonnosuke e Iori se despertaron, Tōroku ya se había ido. Regresó poco después del mediodía y dijo que todo estaba arreglado.

El Kongōji se hallaba en el valle del río Amano, entre picos color de jade. Gonnosuke, Iori y Tōroku se detuvieron un momento en el puente que conducía a la entrada principal. En el agua, debajo del puente, flotaban flores de cerezo. Gonnosuke enderezó los hombros y pareció adoptar una actitud de reverencia. Iori se alisó el cuello del kimono.

Al aproximarse al pabellón principal, salió a recibirles el abad, un hombre alto y bastante robusto vestido con una túnica de sacerdote ordinario. No habría parecido sorprendente que completara su atuendo un sombrero de juncos desgarrado y un largo bastón.

—¿Es éste el hombre que quiere que se celebre un servicio por su madre? —preguntó en tono amistoso.

—Sí, señor —replicó Tōroku, postrándose en el suelo.

Gonnosuke había esperado encontrarse con un religioso de semblante severo vestido con brocado de oro, y saludó al abad un tanto confuso. Hizo una reverencia y vio que el sacerdote bajaba del porche, se calzaba los grandes pies con unas sucias sandalias de paja y se acercaba hasta detenerse ante él. Con el rosario en la mano, el abad les indicó que le siguieran, y un joven sacerdote se colocó detrás de ellos.

Pasaron por delante del pabellón de Yakushi, el refectorio, la pagoda del tesoro, de un solo piso, y los aposentos de los sacerdotes. Cuando llegaron al pabellón de Dainichi, el joven sacerdote se adelantó y habló con el abad. Éste asintió y el sacerdote abrió la puerta con una llave enorme.

Gonnosuke e Iori entraron juntos en la gran sala y se arrodillaron ante el estrado de los sacerdotes. A diez pies por encima del estrado se alzaba una enorme estatua dorada de Dainichi, el Buda universal de las sectas esotéricas. Poco después el abad salió por detrás del altar, vestido con el hábito ceremonial, y se acomodó en el estrado. Comenzó el cántico de los sutras, y pareció transformarse sutilmente en un digno sumo sacerdote. Su postura erguida, la cuadratura de los hombros, evidenciaban su autoridad.

Gonnosuke juntó las manos. Una nubécula pareció pasar ante sus ojos y de ella emergió una imagen del puerto de montaña de Shiojiri, donde él y Musashi se enfrentaron. Su madre estaba sentada a un lado, recta como una tabla y con semblante preocupado, exactamente tal como estaba cuando pronunció la palabra que salvó a Gonnosuke en aquella pelea.

«Madre —pensó—, no tienes que preocuparte por mi futuro. Musashi ha consentido en ser mi maestro. No está lejos el día en que podré establecer mi propia escuela. Por muy revuelto que esté el mundo, no me desviaré del Camino ni tampoco descuidaré mis deberes filiales...»

Cuando Gonnosuke salió de su ensoñación, el cántico había cesado y el abad se había ido. A su lado, Iori estaba sentado, inmóvil, la mirada fija en la cara de Dainichi, un milagro de sensibilidad escultórica tallado por el gran Unkei en el siglo XIII.

—¿Por qué miras así, Iori?

Sin mover los ojos, el muchacho respondió:

—Es mi hermana. Ese Buda se parece a mi hermana.

Gonnosuke se echó a reír.

—¿De qué estás hablando? Nunca la has visto. Además, ningún ser humano podría tener nunca la piedad y la serenidad de Dainichi.

Iori sacudió la cabeza vigorosamente.

—La he visto, cerca de la residencia del señor Yagyū en Edo, y he hablado con ella. Entonces no sabía que era mi hermana, pero ahora, mientras el abad cantaba, la cara del Buda se ha transformado en la suya. Parecía decirme algo.

Salieron y se sentaron en el porche, reacios a romper el hechizo de las visiones que habían experimentado.

—El servicio fúnebre era por mi madre —dijo Gonnosuke pensativamente—. Pero también ha sido un buen día para los vivos. Aquí sentados, en medio de esta paz, resulta difícil creer que existan luchas y derramamiento de sangre.

La aguja metálica de la pagoda del tesoro brillaba como una espada enjoyada bajo los rayos del sol poniente. Todos los demás edificios estaban sumidos en sombras profundas. A lo largo del oscuro sendero que, por una cuesta empinada, conducía a una casa de té de estilo Muromachi y un pequeño mausoleo, se alineaban faroles de piedra.

Cerca de la casa de té, una monja anciana con la cabeza cubierta por un pañuelo blanco de seda y un hombre rollizo de unos cincuenta años estaban barriendo las hojas caídas con escobas de paja.

—Supongo que está mejor que antes —dijo la monja, suspirando.

Pocas personas iban a aquella parte del templo, ni siquiera para limpiar la acumulación de hojas y esqueletos de aves durante el invierno.

—Debes de estar fatigada, madre —dijo el hombre—. ¿Por qué no te sientas y descansas? Yo terminaré la limpieza.

Vestía un sencillo kimono de algodón, manto sin mangas, sandalias de paja y calcetines de cuero con un dibujo de flores de cerezo. Llevaba al cinto una espada corta con la empuñadura sin adornar, hecha de piel de tiburón.

—No estoy fatigada —replicó ella con una risita—. Pero ¿y tú? No estás acostumbrado a esto. ¿Se te han agrietado las manos?

—No, no están agrietadas, sólo llenas de ampollas.

La mujer volvió a reírse y dijo:

—Es un buen recordatorio para llevártelo a casa, ¿no te parece?

—No me importa. Siento que mi corazón está purificado. Espero que eso signifique que nuestra pequeña ofrenda de trabajo ha satisfecho a los dioses.

—Bueno, ya está muy oscuro. Dejemos el resto para mañana por la mañana.

Por entonces Gonnosuke e Iori estaban en pie al lado del porche. Kōetsu y Myōshū bajaron lentamente por el sendero, cogidos de la mano. Cuando se aproximaban al pabellón de Dainichi, ambos se sobresaltaron y exclamaron al unísono: «¿Quién está ahí?».

Entonces Myōshū se dirigió a los desconocidos.

—Ha hecho un día encantador, ¿verdad? ¿Habéis venido de excursión?

Gonnosuke hizo una reverencia y dijo:

—No, he venido a escuchar la lectura de unos sutras por mi madre.

—Es agradable encontrarte con jóvenes que se muestran agradecidos hacia sus padres. —Dio a Iori una palmada maternal en la cabeza—. Kōetsu, ¿te queda alguno de esos pastelillos de trigo?

Kōetsu sacó un pequeño paquete de su amplia manga y lo ofreció a Iori.

—Perdóname por ofrecerte sobras —le dijo.

—¿Puedo aceptarlo, Gonnosuke? —preguntó Iori.

—Sí —dijo Gonnosuke, y dio las gracias a Kōetsu en nombre de Iori.

—Por vuestra manera de hablar, parece que procedéis del este —dijo Myōshū—. ¿Puedo preguntaros adonde vais?

—Es como si hiciéramos un viaje interminable por un camino sin final. Este muchacho y yo somos discípulos del Camino de la Espada.

—Habéis elegido un arduo camino. ¿Quién es vuestro maestro?

—Se llama Miyamoto Musashi.

—¿Musashi? ¡No me digas!

Myōshū miró a lo lejos, como si evocase un grato recuerdo.

—¿Dónde está Musashi ahora? —preguntó Kōetsu—. Ha pasado largo tiempo desde la última vez que le vimos.

Gonnosuke les contó las andanzas de Musashi durante los dos últimos años.

Mientras le escuchaba, Kōetsu asentía sonriente, como si dijera: «Eso es lo que habría esperado de él»

Cuando terminó su relato, Gonnosuke les preguntó amablemente quiénes eran ellos.

—Oh, perdóname por no habértelo dicho antes. —Kōetsu hizo las presentaciones—. Hace unos años Musashi se alojó algún tiempo en nuestra casa. Le cobramos mucho afecto, e incluso ahora a menudo hablamos de él. Entonces contó a Gonnosuke los dos o tres incidentes que ocurrieron cuando Musashi estuvo en Kyoto.

Gonnosuke conocía desde hacía mucho tiempo la reputación de Kōetsu como pulimentador de espadas, y más recientemente se había enterado de la relación de Musashi con él. Pero nunca habría esperado tropezarse con aquel rico ciudadano limpiando los descuidados terrenos de un templo.

—¿Tenéis aquí la tumba de algún familiar? —inquirió—. ¿O quizá habéis venido de excursión?

—No, nada tan frívolo como una excursión —replicó Kōetsu—. No a un lugar sagrado como éste... ¿Te han contado los sacerdotes la historia del Kongōji?

—No.

—En ese caso permíteme que, en nombre de los sacerdotes, te hable un poco de ella. —Kōetsu hizo una pausa y miró lentamente a su alrededor. Entonces dijo—: Hoy tenemos la luna apropiada.

Fue señalando uno tras otro los lugares destacados. Por encima de ellos estaba el mausoleo, el Mieidō y el Kangetsutei; por debajo el Taishidō, el santuario shintoísta, la pagoda del tesoro, el refectorio y el portal de dos pisos.

—Mira cuidadosamente —le dijo, al parecer bajo el hechizo del entorno solitario—. Aquel pino, esas rocas, cada árbol, cada brizna de hierba participan de la constancia invisible, de la elegante tradición de nuestro país.

Siguió hablando de esta guisa, y contó en tono solemne que en el siglo XIV, durante un conflicto entre las cortes del norte y del sur, la montaña fue un reducto de la corte meridional. El príncipe Morinaga, conocido también como Daitō no Miya, celebró conferencias secretas para planear el derrocamiento de los regentes Hōjō. Kusunoki Masashige y otros leales lucharon contra los ejércitos de la corte septentrional. Más adelante los Ashikaga llegaron al poder, y el emperador Go-Murakami, expulsado del monte Otoko, se vio obligado a huir de un sitio a otro. Finalmente se refugió en el templo y durante muchos años llevó la misma clase de vida que los sacerdotes de montaña y sufrió las mismas privaciones. Utilizó el refectorio como sede del gobierno y trabajó incansablemente por recuperar las prerrogativas imperiales arrebatadas por los militares.

En una época anterior, cuando samurais y cortesanos se reunieron alrededor de los ex emperadores Kōgon, Kōmyō y Sukō, el monje Zen'e escribió patéticamente:

«Los aposentos de los sacerdotes y los templos de la montaña fueron arrasados. La pérdida es indescriptible».

Gonnosuke le escuchaba humilde y respetuosamente. Iori, impresionado por la gravedad de la voz de Kōetsu, no podía apartar los ojos del rostro de aquel hombre.

Kōetsu aspiró hondo y siguió diciendo:

—Todo lo que hay aquí es una reliquia de aquella era. El mausoleo es el último lugar de descanso del emperador Kōgon. Desde el declive de los Ashikaga, nadie ha cuidado como es debido del recinto y las dependencias. Por eso mi madre y yo hemos decidido limpiar un poco, como un gesto de reverencia.

Satisfecho por la atención que le prestaban, Kōetsu se esforzaba por expresar con la mayor fidelidad las emociones que le embargaban.

—Mientras barríamos, hemos encontrado una piedra con un poema tallado en ella, tal vez obra de un sacerdote guerrero de aquel tiempo. Decía así:

Aunque la guerra se prolongue
incluso durante cien años,
regresará la primavera.
Vivid con una canción en vuestros corazones,
vosotros, el pueblo del emperador.

—Pensad en la valentía y la generosidad que debía tener un simple soldado, tras luchar durante años, tal vez décadas, protegiendo al emperador, para regocijarse y cantar. Estoy seguro de que pudo hacerlo porque el espíritu de Masashige se comunicó con él. Aunque han transcurrido cien años de lucha, este lugar sigue siendo un monumento a la dignidad imperial. ¿No es algo por lo cual debemos estar muy agradecidos?

—No sabía que aquí se libró una batalla sagrada —dijo Gonnosuke—. Espero que perdones mi ignorancia.

—Me alegro de haber tenido la oportunidad de compartir con vosotros algunos de mis pensamientos sobre la historia de nuestro país.

Los cuatro bajaron juntos por la vertiente de la colina. A la luz de la luna, sus sombras parecían etéreas.

Al pasar ante el refectorio, Kōetsu dijo:

—Hemos pasado aquí siete días. Mañana partiremos. Si ves a Musashi, te ruego que le digas que vuelva a visitarnos.

Gonnosuke le aseguró que así lo haría.

El arroyo de corriente somera y rápida que corría a lo largo del muro exterior del templo era como un foso natural, cruzado por un puente con suelo de tierra.

Apenas Gonnosuke e Iori habían puesto pie en el puente cuando una corpulenta

figura blanca armada con un bastón salió de las sombras y se abalanzó contra la espalda de Gonnosuke. Éste esquivó al atacante deslizándose a un lado, pero Iori cayó del puente al arroyo.

El hombre cruzó corriendo ante Gonnosuke hasta el camino, al otro lado del puente, se volvió y adoptó una postura firme. Sus piernas parecían pequeños troncos de árbol. Gonnosuke vio que era el sacerdote que les había estado siguiendo el día anterior.

—¿Quién eres? —le gritó Gonnosuke.

El sacerdote no dijo nada.

Gonnosuke colocó su bastón en posición de ataque y repitió:

—¿Quién eres? ¿Qué motivos tienes para atacar a Musō Gonnosuke?

El sacerdote actuó como si no le hubiera oído. Sus ojos despedían fuego mientras los dedos de sus pies, que sobresalían de unas pesadas sandalias de paja, avanzaban lentamente con el movimiento de un ciempiés.

Gonnosuke gruñó y soltó una maldición entre dientes. La voluntad de luchar hinchaba sus miembros cortos y fuertes, y también él avanzaba poco a poco.

El bastón del sacerdote se partió por la mitad con un chasquido resonante. Una parte salió volando; el sacerdote arrojó la otra parte con todas sus fuerzas a la cara de Gonnosuke. Falló, pero mientras éste recuperaba el equilibrio, su adversario desenvainó la espada y volvió corriendo al puente.

—¡Bastardo! —gritó Iori.

El sacerdote ahogó un grito y se llevó una mano a la cara. Las piedrecillas arrojadas por el muchacho habían dado en el blanco, y una de ellas le alcanzó en un ojo. Giró sobre sus talones y echó a correr camino abajo.

—¡Detente! —le gritó Iori, mientras salía del arroyo con un puñado de piedras.

—Déjale —le ordenó Gonnosuke, tocándole el brazo.

—Supongo que esto le enseñará —dijo el muchacho, exultante, y arrojó las piedras hacia la luna.

Poco después de que hubieran regresado a la casa de Tōroku, cuando ya estaban acostados, estalló una tormenta. El viento rugía entre los árboles, amenazando con arrancar el tejado de la casa, pero no fue eso lo único que les impidió dormirse en seguida.

Gonnosuke permaneció despierto, pensando en el pasado y el presente, preguntándose si el mundo era realmente mejor ahora que en épocas pretéritas. Nobunaga, Hideyoshi e Ieyasu se habían ganado los corazones del pueblo, así como autoridad para gobernar, pero ¿no había sido prácticamente olvidado el verdadero soberano y se había incitado al pueblo para que adorase a falsos dioses? La era de los Hōjō y los Ashikaga fue detestable y contradijo flagrantemente el mismo principio en el que se basaba el país. No obstante, incluso entonces, grandes guerreros, como

Masashige y su hijo, así como leales de numerosas provincias, habían seguido el verdadero código del guerrero. Gonnosuke se preguntó en qué se había convertido el Camino del Samurai. Como el Camino del Ciudadano y el Camino del Campesino, ahora sólo parecían existir en beneficio del dirigente militar.

Los pensamientos de Gonnosuke caldearon todo su cuerpo. Las cumbres de Kawachi, los bosques alrededor del Kongōji, la furiosa tormenta, parecían convertirse en seres vivos que le llamaban en un sueño.

Iori no podía apartar de su mente al sacerdote desconocido. Mucho más tarde, cuando la tormenta se intensificó, todavía pensaba en la espectral figura blanca. Se cubrió con la manta hasta los ojos y se durmió profundamente, sin sueños.

Al día siguiente, cuando se pusieron en marcha, las nubes por encima de las montañas tenían los colores del arco iris. En las afueras del pueblo se encontraron con un mercader viajero, que salió repentinamente de la bruma matinal y les saludó con jovialidad.

Gonnosuke respondió al saludo de una manera maquinal. Iori, absorto en los pensamientos que le habían mantenido despierto la noche anterior, no se mostró más comunicativo. El hombre intentó trabar conversación.

—Anoche habéis dormido en casa de Tōroku, ¿no es cierto? Le conozco desde hace años. Son buena gente, tanto él como su mujer.

Este comentario no obtuvo más que un leve gruñido por parte de Gonnosuke.

—También yo visito el castillo de Koyagyū de vez en cuando —dijo el mercader —. Kimura Sukekurō me ha hecho muchos favores.

La respuesta a esta revelación no fue más que otro gruñido.

—Veo que habéis estado en el «monte Kōya de las mujeres». Supongo que ahora os dirigís al auténtico monte Kōya. Es la época del año más adecuada. La nieve ha desaparecido y todos los caminos han sido reparados. Podéis cruzar tranquilamente los puertos de Amami y Kiimi, pasar la noche en Hashimoto o Kamuro...

El sondeo del hombre acerca de su itinerario despertó las sospechas de Gonnosuke.

—¿Cuál es el ramo de tu negocio? —le preguntó.

—Vendo cuerda trenzada —respondió el hombre, señalando el pequeño bulto que llevaba a la espalda—. Es una cuerda hecha de algodón estirado y trenzado. Se ha inventado hace poco, pero se está haciendo rápidamente popular.

—Comprendo —dijo Gonnosuke.

—Tōroku me ha ayudado mucho, hablando de mi cuerda a los fieles del Kongōji. La verdad es que pensaba quedarme anoche en su casa, pero me dijo que ya tenía dos invitados. No puedo ocultar que me decepcionó un poco. Cuando me alojo en su casa siempre me llena de buen sake —concluyó riendo.

Algo tranquilizado, Gonnosuke empezó a hacerle preguntas sobre lugares a lo largo del camino, pues el vendedor estaba muy familiarizado con aquel entorno rural. Cuando llegaron a la altiplanicie de Amami, la conversación se había vuelto bastante amistosa.

—¡Eh, Sugizō!

Un hombre corrió por el camino hasta darles alcance.

—¿Por qué te has ido sin mí? Estaba esperando en el pueblo de Amano. Dijiste que pasarías a buscarme.

—Lo siento, Gensuke —dijo Sugizō—. Me encontré con estas dos personas y nos pusimos a hablar. Me olvidé por completo de ti. —Se echó a reír al tiempo que se rascaba la cabeza.

Gensuke, que vestía igual que Sugizō, resultó ser también un vendedor de cuerda. Mientras caminaban, los dos vendedores se pusieron a hablar de su negocio.

Al llegar a un barranco de unos veinte pies de profundidad, Sugizō se calló de repente y señaló.

—Vaya, eso es peligroso —dijo.

Gonnosuke se detuvo y miró el barranco, que podía ser una brecha abierta por un terremoto, tal vez ocurrido mucho tiempo atrás.

—¿Cuál es el problema? —preguntó.

—Esos troncos para cruzar no están seguros. Mira allí... algunas de las piedras en que se apoyaban han sido arrastradas por el agua de lluvia. Lo arreglaremos para que los troncos estén firmes. —Entonces añadió—: Debemos hacerlo por la seguridad de otros viajeros.

Gonnosuke les observó mientras ellos, agachados en el borde del barranco, amontonaban piedras y tierra bajo los troncos. Pensó que aquellos dos mercaderes viajaban mucho y por ello conocían como el que más las dificultades del viaje, pero estaba un poco sorprendido, pues resultaba insólito que unos hombres como ellos se preocuparan por el prójimo hasta el extremo de que se tomaban la molestia de reparar un puente.

Iori no pensó en ello lo más mínimo. Impresionado por aquella demostración de buenas intenciones, colaboró recogiendo piedras para ellos.

—Así estará bien —dijo Gensuke. Dio un paso en el puente, decidió que era seguro y se dirigió a Gonnosuke—: Yo iré primero.

Extendiendo los brazos para mantener el equilibrio, cruzó rápidamente al otro lado e hizo una seña a los demás para que le siguieran.

Animado por Sugizō, Gonnosuke cruzó a continuación, seguido por Iori. Todavía no estaban en el centro cuando lanzaron un grito de sorpresa. Delante de ellos, Gensuke les apuntaba con una lanza. Gonnosuke miró atrás y vio que Sugizō también sujetaba una lanza.

Gonnosuke se preguntó de dónde habían salido las armas. Soltó un juramento, se mordió el labio airadamente y consideró la precariedad de su posición.

—Gonnosuke, Gonnosuke...

Cogido por sorpresa, Iori se aferraba a la cintura de Gonnosuke, mientras éste, rodeando al muchacho con el brazo, cerró los ojos un instante y confió su vida a la voluntad del cielo.

—¡Bastardos!

—¡Calla! —gritó el sacerdote, que se encontraba arriba, en el camino, detrás de Gensuke, con el ojo izquierdo hinchado y negro.

—No pierdas la calma —le dijo Gonnosuke a Iori en un tono tranquilizador. Entonces gritó—: ¡De modo que estás detrás de esto! ¡Bien, tened cuidado, bastardos ladrones! ¡Esta vez os habéis equivocado de hombre!

El sacerdote miró fríamente a Gonnosuke.

—Ya sabemos que no vale la pena robarte. Si ahí se acaba tu ingenio, ¿para qué intentas ser un espía?

—¿Me estás llamando espía?

—¡Perro de Tokugawa! Tira ese bastón, pon las manos a la espalda y no intentes ninguna jugarreta.

—¡Ah! —suspiró Gonnosuke, como si le abandonara la voluntad de luchar—. Mirad, estáis cometiendo un error. Vengo de Edo, en efecto, pero no soy un espía. Me llamo Musō Gonnosuke y soy un shugyōsha.

—Basta de mentiras.

—¿Por qué creéis que soy un espía?

—Los amigos que tenemos en el este nos dijeron hace tiempo que estuviéramos a la expectativa de un hombre que viaja con un muchacho. Te ha enviado aquí el señor Hōjō de Awa, ¿no es cierto?

—No.

—Tira el palo y ven con nosotros pacíficamente.

—No voy a ninguna parte con vosotros.

—Entonces morirás aquí mismo.

Gensuke y Sugizō empezaron a aproximarse por delante y detrás, las lanzas preparadas para entrar en acción.

A fin de proteger a Iori, Gonnosuke le dio una palmada en la espalda. Lanzando un fuerte chillido, el muchacho se arrojó a los arbustos que cubrían el fondo del barranco.

—¡Yaaah! —gritó Gonnosuke, mientras acometía a Sugizō.

La lanza requiere cierto espacio y su manejo en el momento oportuno para que sea eficaz. Sugizō extendió el brazo para embestir con su arma, pero no lo hizo en el momento exacto. Un áspero gruñido salió de su garganta cuando la hoja cortó el aire.

Gonnosuke se abalanzó contra él y los dos cayeron. Cuando Sugizō intentó levantarse, Gonnosuke le golpeó con el puño derecho en la cara. Sugizō mostró los dientes, pero el efecto fue ridículo, pues su cara ya estaba cubierta de sangre. Gonnosuke se puso en pie, usó la cabeza de Sugizō como trampolín y cubrió la distancia hasta el extremo del puente.

Blandiendo el bastón, gritó:

—¡Aquí os espero, cobardes!

Aún no había terminado de gritar cuando tres cuerdas sobrevolaron la hierba, una de ellas con el sobrepeso de una guarda de espada y otra con una espada corta enfundada. Una cuerda se enrolló en el brazo de Gonnosuke, otra alrededor de sus piernas y la tercera alrededor del cuello. Al cabo de un momento, otra cuerda se enrolló a su bastón.

Gonnosuke se debatió como un insecto atrapado por una telaraña, pero no por mucho tiempo. Media docena de hombres salieron del bosque detrás de él. Cuando terminaron, quedó impotente en el suelo, atado más fuertemente que una bala de paja. Con la excepción del malhumorado sacerdote, todos sus captores vestían como vendedores de cuerda.

—¿No tenéis caballos? —preguntó el sacerdote—. No quiero llevarle a pie hasta el monte Kudo.

—Probablemente podremos alquilar un caballo en el pueblo de Amami.

Una flor de peral

En el oscuro y solemne bosque de cedros, los cantos de los humildes alcaudones, mezclados con los del celestial bulbul, sonaban como los tonos enjoyados de la mítica ave Kalavinka.

Dos hombres, que bajaban desde la cima del monte Kōya, donde habían visitado los pabellones y pagodas del Kongōbuji y presentado sus respetos en el santuario interior, se detuvieron en un pequeño puente con arcos entre los recintos interior y exterior del templo.

—Nuinosuke —dijo pensativamente el hombre de más edad—, el mundo es en verdad frágil e impermanente, ¿no crees?

Por su pesado manto de confección casera y su hakama utilitario, podría haber pasado por un samurai rural, a no ser por sus espadas, que eran de calidad sobresaliente, y el hecho de que su compañero era demasiado fino y atildado para ser el ayudante de un samurai provinciano.

—Las has visto, ¿eh? —siguió diciendo—. Las tumbas de Oda Nobunaga, Akechi Mitsuhide, Ishida Mitsunari, Kobayakawa Kingo..., todos ellos generales brillantes y famosos hace tan sólo unos pocos años. Y esas piedras recubiertas de musgo que ves allá señalan los lugares donde están enterrados miembros famosos de los clanes Minamoto y Taira.

—Amigos y enemigos..., todos juntos aquí, ¿no es cierto?

—Y todos ellos reducidos a meras piedras solitarias. ¿Fueron los nombres como Uesugi y Takeda realmente grandes o tan sólo los soñamos?

—Eso me produce una sensación extraña. De alguna manera me parece como si el mundo en que vivimos fuese irreal.

—¿Es así? ¿O acaso lo irreal es este lugar?

—Humm. ¿Quién sabe?

—¿A quién se le ocurriría llamar a éste el Puente de las Ilusiones?

—Es un nombre bien elegido, ¿verdad?

—Creo que la ilusión es verdad, de la misma manera que la iluminación es realidad. Si la ilusión fuese irreal, el mundo no podría existir. Un samurai que dedica su vida a su maestro no puede, ni por un instante, permitirse el nihilismo. Por ello el Zen que practico es un Zen vivo, es el Zen del mundo defectuoso, el Zen del infierno. Un samurai que tiembla ante la idea de la impermanencia o desprecia el mundo no puede cumplir con sus deberes... Pero basta de este lugar. Regresemos al otro mundo.

El hombre caminó con paso rápido, notablemente brioso para su edad.

Al ver a los sacerdotes del Seiganji, frunció el ceño y farfulló: «¿Por qué tienen que hacer eso?». La noche anterior se había quedado en el templo. Ahora una veintena de jóvenes sacerdotes se alineaban a lo largo del camino, esperando para

decirle adiós, aunque se había despedido de ellos por la mañana con la intención de evitar una exhibición como aquélla.

Pasó entre ellos diciéndoles corteses adioses, y se apresuró por el camino a cuyo lado se abría el centón de valles conocido como Kujūkutani. Sólo cuando llegó al mundo ordinario se tranquilizó. Por consciente que fuese de su propio corazón humano falible, el olor de este mundo era un alivio.

—Hola, ¿quién eres?

La pregunta le sorprendió como un disparo cuando doblaron una curva de la carretera.

—¿Quién eres tú? —preguntó Nuinosuke.

El samurai fornido y de tez clara que estaba en medio del camino dijo cortésmente:

—Perdona si me equivoco, pero ¿no eres Nagaoka Sado, uno de los principales servidores del señor Hosokawa Tadatoshi?

—Soy Nagaoka, en efecto. ¿Quién eres tú y cómo has sabido que me hallaba en la vecindad?

—Me llamo Daisuke y soy el único hijo de Gessō, que vive retirado en el monte Kudo. —Al ver que su nombre no decía nada al otro, Daisuke añadió—: Mi padre prescindió hace mucho tiempo de su nombre anterior, pero hasta la batalla de Sekigahara fue conocido como Sanada Saemonnosuke.

—¿Te refieres a Sanada Yukimura?

—Sí, señor. —Con una timidez que parecía reñida con su aspecto, Daisuke le dijo—: Esta mañana un sacerdote del Seiganji ha ido a la casa de mi padre para informarle de que estabas haciendo una breve visita al monte Kōya. Aunque nos han dicho que viajas de incógnito, mi padre ha pensado que sería una pena no invitarte a tomar una taza de té con él.

—Muy amable por su parte —replicó Sado. Entrecerró un momento los ojos y entonces dijo a Nuinosuke—: Creo que deberíamos aceptar, ¿no te parece?

—Sí, señor —respondió Nuinosuke sin entusiasmo.

—Aunque falta bastante para que termine el día, mi padre se sentiría muy honrado si pasaras la noche con nosotros —dijo Daisuke.

Sado titubeó un momento, preguntándose si era juicioso aceptar la hospitalidad de un hombre considerado como un enemigo de los Tokugawa, pero hizo un gesto de asentimiento.

—Ya decidiremos eso más tarde, pero será un placer tomar una taza de té con tu padre. ¿Estás de acuerdo, Nuinosuke?

—Sí, señor.

Nuinosuke parecía un poco impaciente, pero cuando echaron a andar por el camino detrás de Daisuke, maestro y ayudante intercambiaron miradas de

complicidad.

Desde la aldea del monte Kudo subieron un poco más por la ladera de la montaña hasta una residencia separada de las demás casas. El recinto, rodeado por un muro de piedra bajo, estaba coronado por una valla de hierba entretejida y parecía la casa fortificada a medias de un señor de la guerra provinciano de segunda categoría, pero, en conjunto, daba más una impresión de refinamiento que de eficacia militar.

—Mi padre está allí, junto a ese edificio con tejado de paja —dijo Daisuke cuando cruzaron el portal.

Había un pequeño huerto, suficiente para aportar las cebollas y otras verduras de las sopas consumidas en el desayuno y la cena. La casa principal se alzaba frente a un peñasco. Cerca de la terraza había un bosquecillo de bambúes, más allá del cual se veían otras dos casas.

Nuinosuke se arrodilló en la terraza ante la habitación en la que hizo entrar a Sado.

—Qué quietud hay aquí —observó Sado al tomar asiento.

Poco después, una mujer joven que parecía ser la esposa de Daisuke, sirvió silenciosamente el té y se marchó.

Mientras Sado aguardaba a su anfitrión, contempló el paisaje del jardín y el valle. Debajo estaba la aldea, y a lo lejos la población de Kamuro, con sus numerosas posadas. Sobre el musgo aferrado al tejado de paja voladizo crecían unas flores diminutas, y se percibía en el aire la agradable fragancia de un incienso peculiar. Aunque no lo veía, llegaba a sus oídos el rumor del arroyo que atravesaba el bosquecillo de bambúes.

La misma estancia producía una sensación de serena elegancia, comedido recordatorio de que el dueño de aquella vivienda sin pretensiones era el segundo hijo de Sanada Masayuki, señor del castillo de Ueda y receptor de unos ingresos de ciento noventa mil fanegas.

Los postes y las vigas eran delgados, el techo bajo. La pared detrás del pequeño y rústico tokonoma era de arcilla roja y tenía un acabado rudo. El arreglo floral en el lugar de honor consistía en una sola ramita con flores de peral en un esbelto florero de cerámica amarillo y verde claro. Sado pensó en la solitaria flor de peral de Po Chü-i, regada por la lluvia primaveral, y en el amor que unía al emperador chino y Yang Kuei-fei, descrito en el Chang He Ke. Le parecía oír quedos sollozos.

Contempló el pergamino colgado de la pared, por encima del arreglo floral. Los caracteres escritos en él, de gran tamaño y trazado ingenuo, decían «Hōkoku Daimyōjin», el nombre dado a Hideyoshi cuando fue elevado a la categoría de un dios después de su muerte. A un lado, una nota en caracteres más pequeños informaba de que la caligrafía era obra de Hideyori, el hijo de Hideyoshi, cuando contaba ocho años de edad. Sado pensó que era una descortesía a la memoria de

Hideyoshi dar la espalda al rollo de papel, por lo que se movió ligeramente a un lado. Al hacerlo, comprendió de improviso que el agradable aroma no provenía de un incienso que ardiera en aquel momento, sino de las paredes y las shoji, las cuales debían de haber absorbido la fragancia cuando el incienso era quemado allí por la mañana y la noche para purificar la habitación en honor de Hideyoshi. Era de suponer que también habría a diario una ofrenda de sake, como era preceptivo para las deidades shintoístas establecidas.

Sado pensó que Yukimura era en verdad tan devoto de Hideyoshi como decían. Lo que no podía entender era por qué Yukimura no ocultaba aquel pergamino. Tenía la reputación de ser un hombre impredecible, un hombre de las sombras, que acechaba en espera de un momento propicio para volver al centro de la política nacional. No hacía falta ser muy sagaz para imaginar que ciertos visitantes informarían más tarde al gobierno Tokugawa sobre los sentimientos del dueño de la casa.

Oyó ruido de pisadas que se aproximaban por el pasillo exterior. El hombre menudo y delgado que entró en la estancia llevaba un manto sin mangas y sólo una espada corta en la parte delantera del obi. Si algo distinguía su porte era la modestia.

Yukimura se arrodilló e hizo una reverencia hasta tocar el suelo con la frente.

—Perdóname por enviar a mi hijo a buscarte e interrumpir tu viaje.

Esta muestra de humildad hizo que Sado se sintiera incómodo. Desde el punto de vista legal, Yukimura había renunciado a su rango, y ahora no era más que un rōnin que había adoptado el nombre budista Denshin Gessō. No obstante, era hijo de Sanada Masayuki, y su hermano mayor, Nobuyuki, era un daimyō muy relacionado con los Tokugawa. Sado, tan sólo miembro del servicio de su señor, tenía un rango muy inferior al de su anfitrión.

—No deberías inclinarte ante mí de esa manera —le dijo, devolviéndole el saludo —. Verte de nuevo es un honor inesperado y un placer. Me alegra que goces de buena salud.

—También tú pareces saludable —replicó Yukimura, y relajó su postura mientras Sado todavía estaba inclinado—. Me satisface saber que el señor Tadatoshi ha regresado a Buzen sin ningún percance.

—Gracias. Éste es el tercer año desde el fallecimiento del señor Yūsai, por lo que mi señor pensó que ya era el momento de hacerlo.

—¿Tanto tiempo ha pasado?

—Sí. También yo he estado en Buzen, aunque no sé de qué podría servir una reliquia como yo al señor Tadatoshi. Como sabes, también he servido a su padre y su abuelo.

Finalizadas las formalidades, cuando se pusieron a hablar de asuntos diversos, Yukimura le preguntó:

—¿Has visto recientemente a nuestro maestro de Zen?

—No, hace tiempo que no veo a Gudō ni sé nada de él. Esto me recuerda que te vi por primera vez en su sala de meditación. Entonces sólo eras un muchacho y estabas con tu padre.

Sado sonrió feliz al recordar la época en que le encargaron de la construcción del Shumpoin, un edificio que los Hosokawa habían donado al Myōshinji.

—Muchos bribones acudían a Gudō para que les limara las asperezas —dijo Yukimura—. Él los aceptaba a todos, sin que le importara que fuesen viejos o jóvenes, daimyō o rōnin.

—A decir verdad, creo que le gustaban en especial los rōnin jóvenes —dijo Sado en tono meditativo—. Solía decir que un auténtico rōnin no buscaba fama ni beneficio, ni se congraciaba con los poderosos, ni trataba de usar el poder político para sus propios fines, ni se sustraía a los juicios morales. Su magnanimidad era tan extensa como unas nubes flotantes, actuaba con la rapidez de la lluvia y se contentaba con vivir en medio de la pobreza. Nunca se marcaba objetivos y jamás guardaba rencores.

—¿Te acuerdas de todo eso al cabo de tantos años? —le preguntó Yukimura.

Sado hizo un ligero gesto de asentimiento.

—También sostenía que un verdadero samurai era tan difícil de encontrar como una perla en el vasto mar azul. Comparaba los huesos enterrados de los innumerables rōnin que sacrificaron sus vidas por el bien del país con unas columnas en las que se apoyaba la nación.

Sado miraba directamente a los ojos de Yukimura mientras hablaba así, pero el otro no pareció reparar en la alusión a hombres de la categoría que él mismo había adoptado.

—Ahora que lo recuerdo —añadió—. Uno de los rōnin que se sentaba a los pies de Gudō en aquel tiempo era un joven de Mimasaka llamado Miyamoto...

—¿Miyamoto Musashi?

—Eso es, Musashi. Me impresionó como un hombre de gran sagacidad, aunque por entonces sólo tendría unos veinte años y su kimono siempre estaba sucio.

—Debe de ser el mismo hombre.

—¿Le recuerdas entonces?

—No. He oído hablar de él hace poco, cuando estaba en Edo.

—Es un hombre merecedor de atención. Gudō me dijo que su enfoque del Zen era prometedor, así que no le quité el ojo de encima, hasta que desapareció de repente. Al cabo de uno o dos años me enteré de que había obtenido una brillante victoria contra la Casa de Yoshioka. Recuerdo haber pensado entonces que Gudō debía de tener muy buen ojo para seleccionar a la gente.

«Tropecé con él por pura casualidad. Estaba en Shimōsa y dio a unos aldeanos

una lección sobre la manera de protegerse de los bandidos. Más tarde les ayudó a convertir un terreno yermo en un arrozal.

—Creo que quizá sea cierto lo que pensaba Gudō..., la perla en el vasto mar azul.

—¿Lo crees así de veras? Le recomendé al señor Tadatoshi, pero me temo que encontrarle es tan difícil como descubrir una perla. De una cosa puedes estar seguro. Si un samurai como él aceptara una posición oficial, no sería por los ingresos, sino que le interesaría si el trabajo se elevaba a la altura de sus ideales. Es posible que Musashi prefiriese el monte Kudo a la Casa de Hosokawa.

—¿Qué?

Sado restó importancia a su observación con una breve risa, como si hubiera sido un lapsus.

—Sin duda estás de broma —dijo Yukimura—. En mis circunstancias actuales no puedo permitirme contratar un servidor, y no digamos un rōnin bien conocido. Dudo incluso de que Musashi viniera aunque le invitara.

—No hay necesidad de negarlo —dijo Sado—. No es ningún secreto que los Hosokawa están a favor de los Tokugawa, y todo el mundo sabe que tú eres la persona en la que más se apoya Hideyori. Al ver esa obra caligráfica en el tokonoma, me he sentido impresionado por tu lealtad.

—Ese pergamino me lo dio cierta persona en el castillo de Osaka, en vez de un retrato conmemorativo de Hideyoshi —replicó Yukimura, como si se hubiera ofendido—. Procuro cuidarlo bien. Pero Hideyoshi está muerto. —Hizo una pausa, tragó saliva y siguió diciendo—: Los tiempos cambian, desde luego. No hace falta ser un experto para ver que Osaka pasa por una mala época, mientras que el poder de los Tokugawa va en aumento. Sin embargo, mi naturaleza me impide cambiar de lealtad y servir a un segundo señor.

—Me pregunto si la gente creerá que es tan sencillo. Si puedo hablarte con franqueza, todo el mundo comenta que Hideyori y su madre te facilitan grandes sumas de dinero y que con un simple gesto de la mano podrías reunir a cinco o seis mil rōnin.

A esto, Yukimura respondió con una risa desaprobadora.

—No hay ni una palabra de verdad en ello. Créeme, Sado, no existe cosa peor que ser considerado mucho más de lo que eres.

—No puedes culparles por pensar así. Te pusiste al servicio de Hideyoshi cuando eras joven y él te tomó más aprecio que a cualquier otro. Tengo entendido que tu padre ha dicho de ti que eres el Kusunoki Masashige o el K'ung-ming de nuestra época.

—No me avergüences, te lo ruego.

—Pero es así, ¿no es cierto? —Quiero pasar el resto de mis días aquí, apaciblemente, en la sombra de la montaña donde se preserva la ley de Buda. Eso es

todo. No soy un hombre refinado. Me basta con la posibilidad de ampliar un poco mis campos, vivir para ver al hijo de mi hijo, disponer de fideos de alforjón recién hecho en otoño y comer verduras frescas en primavera. Aparte de eso, quisiera vivir una larga vida, muy alejado de las guerras o los rumores de guerra.

—¿Eso es realmente todo lo que deseas? —inquirió suavemente Sado.

—Ríete si quieres, pero he dedicado mi tiempo libre a leer a Lao-tsu y Chuang-tsu, y he llegado a la conclusión de que la vida es goce. Si falta el goce, ¿qué sentido tiene vivir?

—Bien, bien —replicó Sado, fingiendo sorpresa.

Hablaron durante otra hora más o menos, mientras tomaban nuevas tazas de té servidas por la esposa de Daisuke.

—Creo que he prolongado demasiado mi visita, haciéndote perder el tiempo con mi charla —dijo finalmente Sado—. ¿Nos vamos, Nuinosuke?

—No te apresures —dijo Yukimura—. Mi hijo y su esposa han preparado unos fideos. Es una humilde comida rural, pero deseo que la compartas con nosotros. Si tienes intención de hacer un alto en Kamuro, dispones de mucho tiempo.

Daisuke apareció en aquel momento para preguntar a su padre si podían servir la comida. Yukimura se levantó y precedió a su invitado por un corredor hasta la parte trasera de la casa.

Una vez sentados, Daisuke ofreció a Sado unos palillos, al tiempo que decía:

—Me temo que la comida no es demasiado buena, pero pruébala de todos modos.

Su esposa, que no estaba acostumbrada a tener desconocidos en casa, alzó con gesto tímido una taza de sake, que Sado rechazó cortésmente. Daisuke y su esposa se quedaron un momento más antes de excusarse.

—¿Qué es ese ruido que oigo? —preguntó Sado.

Parecía el sonido de un telar, aunque más fuerte y de una calidad ligeramente distinta.

—Ah, ¿eso? Es una rueda de madera para hacer cuerda. Lamento decirlo, pero he puesto a la familia y los criados a trabajar trenzando cuerda, la cual vendemos para ayudarnos en las finanzas. —Entonces añadió—: Todos estamos acostumbrados, pero supongo que puede ser irritante para quien no lo esté. Ordenaré que la paren.

—No te preocupes, pues no me molesta. Sentiría muchísimo impediros vuestro trabajo.

Cuando empezaron a comer, Sado pensó en el alimento, que a veces ofrece atisbos de la condición de un hombre, pero no descubrió nada revelador. Yukimura no se parecía en absoluto al joven samurai a quien conociera años antes, pero parecía haber envuelto en ambigüedad sus circunstancias actuales.

Sado pensó entonces en los sonidos que había oído: ruidos de cocina, gente que iba y venía y, en un par de ocasiones, el tintineo de monedas al ser contadas. Los

daimyō desposeídos no estaban acostumbrados al trabajo físico, y más tarde o más temprano se les terminaban los tesoros que podían vender. Era concebible que el castillo de Osaka hubiera dejado de aportar fondos. Con todo, la idea de que Yukimura se hallaba en apuros económicos era extrañamente inquietante.

Sabía que su anfitrión podría haber tratado de ensamblar fragmentos de la conversación para hacerse una idea de cómo estaban las cosas en la Casa de Hosokawa, pero no había ninguna indicación de que así fuese. En sus recuerdos del encuentro destacaría que Yukimura no le había preguntado por su visita al monte Kōya. De haberlo hecho, Sado le habría respondido sin vacilar, pues no había nada misterioso en ello. Muchos años atrás, Hideyoshi envió a Hosokawa Yūsai al Seiganji, donde permaneció bastante tiempo. Al marcharse dejó allí libros, algunos escritos y efectos personales que se habían convertido en recuerdos importantes. Sado los había examinado, seleccionado y ordenado para que el templo los devolviera a Tadatoshi.

Nuinosuke, que no se había movido de la terraza, echó una mirada inquieta hacia el fondo de la casa. Lo menos que se podía decir de las relaciones entre Osaka y Edo es que eran tensas, mínimo. ¿Por qué corría Sado semejante riesgo? No imaginaba que existiera ningún peligro inmediato, pero había oído decir que el señor de la provincia de Kii, Asano Nagaakira, tenía instrucciones de vigilar estrictamente el monte Kudo. Si uno de los hombres de Asano informaba de que Sado había efectuado una visita secreta a Yukimura, el shogunado sospecharía de la casa de Hosokawa.

«Ahora es mi oportunidad», se dijo, mientras el viento soplaba de súbito entre las flores de forsitia y kerria del jardín. Se estaban formando con rapidez negros nubarrones y empezaba a lloviznar. Recorrió a toda prisa el pasillo y anunció:

—Empieza a llover, señor. Si hemos de irnos, creo que ahora es el momento.

Agradecido por la ocasión de escaparse, Sado se puso en pie de inmediato.

—Gracias, Nuinosuke. No nos demoremos ni un instante más.

Yukimura se abstuvo de instar a Sado para que se quedara a pasar la noche. Llamó a Daisuke y su esposa y les dijo:

—Dad a nuestros invitados unas capas de paja, y tú, Daisuke, acompáñales a Kamuro.

En el portal, tras agradecer la hospitalidad de Yukimura, Sado le dijo:

—Estoy seguro de que volveremos a vernos uno de estos días. Quizá sea otro día de lluvia, o tal vez sople un fuerte viento. Hasta entonces, te deseo que sigas bien.

Yukimura asintió sonriente. Sí, uno de aquellos días... Por un instante, cada hombre vio al otro en su mente, montado a caballo y empuñando una lanza. Pero de momento el anfitrión hacía reverencias entre pétalos de flor de albaricoquero caídos, y el invitado se alejaba con la capa de paja ya mojada por la lluvia.

—No lloverá mucho —dijo Daisuke, mientras andaban despacio por el camino—.

En esta época del año, tenemos uno de estos aguaceros a diario.

No obstante, las nubes sobre el valle de Senjō y las cumbres de Kōya parecían amenazantes, y los caminantes apretaron el paso de una manera inconsciente.

Al entrar en Kamuro, vieron a un hombre que compartía el lomo de un caballo con unos haces de leña, y atado de tal manera que no podía moverse. Conducía el caballo un sacerdote de túnica blanca, el cual llamó a Daisuke por su nombre y corrió hacia él. Daisuke fingió no haberse enterado.

—Alguien te llama —dijo Sado, intercambiando miradas con Nuinosuke.

Daisuke, obligado a reparar en el sacerdote, le dijo:

—Ah, Rinshōbō. Perdona, no te había visto.

—Vengo directamente del paso de Kiimi —dijo el sacerdote en voz alta y excitada—. El hombre de Edo, el que nos pidieron que localizáramos... Le vi en Nara. Tuvimos que pelear de lo lindo, pero le hemos capturado vivo. Ahora, si le llevamos a Gessō y le obligamos a hablar, descubriremos...

—¿De qué me estás hablando? —le interrumpió Daisuke.

—El hombre en el caballo. Es un espía de Edo.

—¿No puedes callarte, estúpido? —dijo Daisuke entre dientes—. ¿Sabes quién es el hombre que me acompaña? Nagaoka Sado, de la Casa de Hosokawa. Pocas veces tenemos el privilegio de verle, y no permitiré que nos molestes con tu broma idiota.

Los ojos de Rinshōbō, al volverse hacia los dos viajeros, reflejaron su sorpresa, y apenas pudo contenerse antes de soltar abruptamente: «¿La Casa de Hosokawa?».

Sado y Nuinosuke intentaban parecer serenos e indiferentes, pero el viento sacudía sus capas pluviales, haciéndolas aletear como las alas de una grulla y dando al traste con sus esfuerzos.

—¿Por qué? —preguntó Rinshōbō en voz baja.

Daisuke le apartó un poco a un lado y le habló en susurros. Cuando regresó, Sado le dijo:

—¿Por qué no te vuelves ya? No quisiera crearte más inconvenientes.

Tras observar a los viajeros hasta que se perdieron de vista, Daisuke se dirigió al sacerdote.

—¿Cómo has podido ser tan estúpido? ¿No sabes abrir bastante los ojos antes de abrir la boca? Mi padre no estará complacido cuando se entere de esto.

—Sí, señor. Lo siento, no lo sabía.

A pesar de su túnica, el hombre no era un sacerdote, sino Toriumi Benzō, uno de los principales servidores de Yukimura.

El puerto

—¡Gonnosuke!... ¡Gonnosuke!... ¡Gonnosuke!

Iori parecía incapaz de detenerse. Llamó a su compañero una y otra vez, desesperado. Al encontrar algunas pertenencias de Gonnosuke en el suelo, se había convencido de que el otro estaba muerto.

Un día y una noche se habían deslizado ya, y durante ese tiempo el muchacho había caminado en un estado de aturdimiento, sin darse cuenta de su cansancio. Tenía manchadas de sangre las piernas, las manos y la cabeza, y su kimono estaba hecho jirones.

De vez en cuando le agarrotaba un espasmo, y entonces alzaba la vista al cielo y gritaba: «Estoy dispuesto», o miraba el suelo y maldecía.

De súbito sintió frío y se preguntó si se estaba volviendo loco. Se contempló en un charco y, al reconocer su propia imagen reflejada en el agua, se sintió aliviado. Pero estaba solo, sin nadie a quien dirigirse, sólo convencido a medias de que aún estaba vivo. Cuando recobró el sentido, en el fondo del barranco, no recordaba dónde había estado en los últimos días, ni se le ocurrió tratar de regresar al Kongōji o a Koyagyū.

Un objeto que brillaba con los colores del arco iris le llamó la atención. Era un faisán. Notó la fragancia de las glicinas silvestres en el aire y se sentó. Mientras trataba de recordar su situación, pensó en el sol, imaginó que el astro estaba en todas partes, más allá de las nubes, entre las cumbres, en los valles. Se puso de rodillas, juntó las manos, cerró los ojos y empezó a orar. Cuando abrió los ojos, unos minutos después, lo primero que vio fue un atisbo del océano, azul y nebuloso, entre dos montañas.

—Pequeño —le dijo una voz maternal—. ¿Estás bien?

—¿Eh? —Sobresaltado, Iori dirigió sus ojos hundidos hacia las dos mujeres, que le miraban con curiosidad.

—¿Qué crees que le ocurre, madre? —preguntó la más joven, mirando a Iori con repugnancia.

La mujer, con la perplejidad reflejada en su semblante, se acercó a Iori y, al ver sus ropas ensangrentadas, frunció el ceño.

—¿No te duelen esos cortes? —le preguntó. Iori sacudió la cabeza. La mujer se volvió hacia su hija y le dijo—: Parece entender lo que le digo.

Le preguntaron su nombre, su procedencia, de dónde era natural, qué estaba haciendo allí y a quién había estado rezando. Poco a poco, mientras el chiquillo miraba a su alrededor en busca de alguna respuesta, fue recuperando la memoria.

La repugnancia inicial de la hija, que se llamaba Otsuru, había cedido el paso a la compasión.

—Llevémosle a Sakai con nosotras —dijo a su madre—. Puede que nos sea útil en el almacén. Tiene la edad apropiada.

—Ésa podría ser una buena idea —replicó Osei, la madre—. Pero ¿querrá venir?

—Vendrá..., ¿no es cierto que vendrás con nosotras?

—Sí, sí —asintió Iori.

—Entonces en marcha, pero tendrás que llevar nuestro equipaje.

—Ah.

Iori respondió a las observaciones de las mujeres con meros gruñidos, pero por lo demás no dijo nada durante el trayecto montaña abajo, por un camino rural que les llevó a Kishiwada. Una vez se vio de nuevo entre la gente, se volvió comunicativo.

—¿Dónde vivís? —les preguntó.

—En Sakai.

—¿Está cerca de aquí?

—No, cerca de Osaka.

—¿Dónde está Osaka?

—Aquí subiremos a un barco que nos llevará a Sakai. Entonces lo sabrás.

—¿De veras? ¿Un barco?

Excitado por la perspectiva de navegar, habló por los codos durante varios minutos. Les contó que había embarcado en muchos transbordadores en el camino de Edo a Yamato, pero aunque el océano no estaba lejos de su pueblo natal en Shimōsa, nunca había navegado por el mar en un barco.

—Entonces estás contento, ¿eh? —le dijo Otsuru—. Pero no debes llamar a mi madre «tía». Cuando te dirijas a ella dile «señora».

—Ah.

—Y nunca debes responder «ah». Di «sí, señora».

—Sí, señora.

—Así está mejor. Bueno, si te quedas con nosotras y trabajas con ahínco, me encargaré de que te nombren dependiente del almacén.

—¿A qué se dedica tu familia?

—Mi padre es un agente naviero.

—¿Y eso qué es?

—Es un mercader. Tiene muchos barcos y todos navegan por la parte occidental de Japón.

—Ah, sólo es un mercader —dijo Iori desdeñosamente.

—¡«Sólo un mercader»! —exclamó la muchacha—. Pero ¿qué dices?

La madre se inclinaba a pasar por alto la rudeza de Iori, pero la hija estaba indignada. Entonces, tras algún titubeo, añadió:

—Supongo que los únicos mercaderes que ha visto son los vendedores de dulces o de ropa.

Impulsada por el profundo orgullo de los comerciantes de la región de Kansai, informó a Iori que su padre poseía tres almacenes, todos ellos grandes, en Sakai, y varias decenas de navíos. Le hizo saber que tenían sucursales en Shimonoseki, Marukame y Shikama, y que los servicios efectuados para la Casa de Hosokawa en Kokura eran de tal envergadura que los barcos de su padre tenían la categoría de naves oficiales.

—Y está autorizado a tener apellido y usar dos espadas, como un samurai —siguió diciendo—. Todo el mundo al oeste de Honshu y en Kyushu conoce el nombre de Kobayashi Tarōzaemon de Shimonoseki. En tiempos de guerra, daimyōs como Shimazu y Hosokawa nunca tienen suficientes barcos, así que mi padre es tan importante como un general.

—No tenía intención de hacerte enfadar —le dijo Iori.

Las dos mujeres se rieron.

—No estamos enfadadas —replicó Otsuru—. Pero ¿qué sabe del mundo un chiquillo como tú?

—Lo siento.

Al doblar una esquina les llegó el olor salobre del mar. Otsuru señaló un barco amarrado al embarcadero de Kishiwada. Tenía una capacidad de carga de quinientas fanegas y estaba cargado con productos hortícolas locales.

—En ese barco iremos a casa —dijo la muchacha orgullosamente.

El capitán del barco y un par de agentes de Kobayashi salieron de una casa de té en un muelle para recibirlas.

—¿Ha sido agradable la caminata? —les preguntó el capitán—. Lamento deciros que vamos muy cargados, por lo que no he podido reservaros mucho espacio. ¿Subimos a bordo?

Las precedió hasta la popa del barco, donde había un espacio resguardado con cortinas. Habían extendido una alfombra roja, y elegantes recipientes lacados de estilo Momoyama contenían alimentos y sake en abundancia. Iori tuvo la sensación de que entraba en una pequeña sala muy bien dispuesta en la mansión de un daimyō.

El barco llegó a Sakai por la noche, tras una travesía sin incidentes por la bahía de Osaka. Los viajeros se encaminaron directamente al establecimiento de Kobayashi, frente al muelle, donde fueron recibidos por el administrador, un hombre llamado Sahei, y un nutrido grupo de dependientes que se habían reunido en la espaciosa entrada.

Antes de internarse en la casa, Osei se volvió y dijo:

—Sahei, ¿quieres ocuparte del chico, por favor?

—¿Te refieres al sucio pillete que ha desembarcado?

—Sí. No parece faltarle el ingenio, así que podrás ponerle a trabajar... Y encárgate de vestirle. Es posible que tenga piojos. Vigila que se lave bien y dale un kimono

nuevo. Luego puede acostarse.

Durante los días siguientes, Iori no vio a la señora de la casa ni a su hija. Una de esas cortinas cortas llamadas noren separaba la oficina de la vivienda, al fondo, y hacía las veces de tabique. Sin un permiso especial, nadie, ni siquiera Sahei, podía cruzarla.

El encargado destinó un rincón de la «tienda», como llamaba a la oficina, para que Iori durmiera allí. Aunque agradecía que le hubieran rescatado, el muchacho no tardó en sentirse insatisfecho por su nueva manera de vivir.

La atmósfera cosmopolita a la que había ido a parar ejercía sobre él cierta fascinación. Contempló boquiabierto las innovaciones extranjeras que veía en las calles, los barcos en el puerto y los signos de prosperidad que eran evidentes por el estilo de vida de la gente. Pero continuamente le decían: «¡Eh, chico! ¡Haz esto...! ¡Haz aquello!». Desde el último mono del almacén hasta el administrador, le obligaban a ir de un lado a otro como un perro, y su actitud hacia él era totalmente distinta a la que adoptaban cuando hablaban con un miembro de la familia o con un cliente. Entonces se convertían en serviles pelotilleros. Y, desde la mañana a la noche, no hacían más que hablar de dinero y más dinero, y cuando no hablaban de eso lo hacían de trabajo y más trabajo.

«¡Y se consideran seres humanos!», pensaba Iori. Anhelaba el cielo azul y el olor de la hierba cálida bajo el sol, y no eran pocas las veces que había decidido huir de allí. La nostalgia era más intensa cuando recordaba a Musashi, en aquellos momentos en que le hablaba de las maneras de nutrir al espíritu. Veía con nitidez la imagen de Musashi y el rostro del desaparecido Gonnosuke..., y a Otsū.

Un día la situación llegó a un punto insostenible.

—¡Io! —le llamó Sahei—. ¿Dónde estás, Io?

Al no obtener respuesta, el hombre se levantó y fue hasta el travesaño lacado de negro, el llamado keyaki, que formaba el umbral de la oficina.

—Vaya, chico nuevo, así que estás aquí —le gritó—. ¿Por qué no acudes cuando te llaman?

Iori estaba barriendo el pasillo entre la oficina y el almacén. Alzó la vista y preguntó:

—¿Me llamabas a mí?

—¡Me llamabas a mí, señor!

—Entiendo.

—¡Entiendo, señor!

—Sí, señor.

—¿Es que no tienes oídos? ¿Por qué no me has respondido?

—Te he oído decir «Io», y no podía tratarse de mí. Me llamo Iori..., señor.

—Io es suficiente. Y una cosa más. El otro día te dije que dejaras de llevar esa

espada.

—Sí, señor.

—Dámela.

Iori titubeó un momento y entonces replicó:

—Es un recuerdo de mi padre. No puedo desprenderme de ella.

—¡Mocoso descarado! Te he dicho que me la des.

—De todas maneras no quiero ser mercader.

—Si no fuese por los mercaderes, la gente no podría vivir —dijo Sahei enérgicamente—. ¿Quién traería mercancías de países extranjeros? Nobunaga y Hideyoshi son grandes hombres, pero no podrían haber levantado todos esos castillos... Azuchi, Jurakudai, Fushimi, sin la ayuda de los mercaderes. Sólo tienes que ver a los hombres que trabajan aquí, en Sakai, Namban, Ruzon, Fukien, Amoi. Todos ellos comercian a gran escala.

—Eso ya lo sé.

—¿Cómo podrías saberlo?

—Cualquiera puede ver sus grandes casas en Ayamachi, Kinumachi y Nishikimachi, y allá arriba, en lo alto de la colina, el establecimiento de Ruzon'ya parece un castillo. Hay hileras y más hileras de mansiones que pertenecen a ricos mercaderes. Este lugar..., bueno, sé que la señora y Otsuru están orgullosas de él, pero no puede compararse con ninguna de esas casas.

—¡Qué dices, pequeño hijo de perra!

Sahei apenas había cruzado la puerta antes de que Iori dejara caer la escoba y echara a correr. Sahei llamó a unos obreros portuarios y les ordenó que le atraparan.

Cuando trajeron a Iori a rastras, Sahei estaba fuera de sí.

—¿Qué se puede hacer con un chico como éste? Es respondón y se burla de todos nosotros. Hoy le vamos a dar un buen castigo. —Al entrar de nuevo en la oficina, añadió—: Quitadle esa espada.

Le despojaron del arma ofensiva y le ataron las manos a la espalda. Cuando anudaron la cuerda a una gran caja de carga, Iori parecía un mono sujeto por una traílla.

—Que se quede ahí un buen rato —dijo uno de los hombres, sonriente—. Dejemos que la gente se burle de él.

Los demás regresaron al trabajo entre risotadas.

No había nada que Iori odiara más que aquello. ¡Cuan a menudo Musashi y Gonnosuke le habían advertido que no hiciera cosas de las que pudiera avergonzarse!

Primero intentó suplicar, luego prometió que se corregiría. Como todo esto fue en vano, recurrió a las invectivas.

—¡El administrador es un idiota, un viejo chocho que está loco! ¡Desatadme y devolvedme mi espada! ¡No voy a quedarme en una casa como ésta!

Sahei se acercó y le ordenó que se callara. Entonces intentó amordazar a Iori, pero el muchacho le mordió un dedo, por lo que el hombre desistió y pidió a los obreros portuarios que lo hicieran.

Iori tiró de sus ataduras a uno y otro lado. El hecho de estar expuesto a las miradas de los transeúntes le producía ya una enorme tensión, y se echó a llorar cuando un caballo orinó y el líquido espumoso corrió hacia sus pies.

Cuando se estaba tranquilizando, vio algo que casi le hizo desmayarse. Al otro lado de un caballo había una mujer joven, su cabeza protegida del sol ardiente por un sombrero lacado de ala ancha. Llevaba atado, para mayor comodidad al viajar, su kimono de cáñamo, y sujetaba una delgada caña de bambú.

Iori trató en vano de llamarla. Estiró el cuello hasta que casi se asfixió a causa del esfuerzo. Tenía los ojos secos, pero los sollozos estremecían sus hombros. El hecho de que Otsū estuviera tan cerca le enloquecía. ¿Adonde iba? ¿Por qué se había marchado de Edo?

Más tarde, cuando un barco atracó en el embarcadero, hubo mucho más movimiento en la zona.

—Sahei, ¿qué está haciendo aquí este chico, atado como un oso adiestrado para su exhibición? Es una crueldad dejarle así, y también es negativo para el negocio.

El hombre que así había hablado en el umbral de la oficina era un primo de Tarōzaemon, a quien generalmente llamaban Namban'ya, el nombre del establecimiento donde trabajaba. Unas negruzcas marcas de viruela añadían cierto matiz siniestro a su semblante airado. A pesar de su aspecto, era un hombre amable que con frecuencia daba dulces a Iori.

—No me importa que le estés castigando —siguió diciendo—. No es correcto hacerlo en medio de la calle. Eso es malo para el nombre de Kobayashi. Desátale.

—Sí, señor.

Sahei obedeció de inmediato, mientras divertía a Namban'ya con una detallada explicación de lo inútil que era Iori.

—Si no sabes qué hacer con él —dijo Namban'ya—, le llevaré a casa conmigo. Hoy hablaré de ello con Osei.

El administrador, temiendo las consecuencias cuando la dueña de la casa se enterase de lo sucedido, sintió de improviso la necesidad de suavizar los sentimientos de Iori. Éste, por su parte, no dirigió la palabra a aquel hombre durante el resto del día.

Aquella noche, cuando se disponía a marcharse, Namban'ya se detuvo en el rincón de la tienda ocupado por Iori. Estaba algo bebido, pero de buen humor, y le dijo:

—Bueno, al final no vas a venirte conmigo. Las mujeres no han estado dispuestas a consentirlo. ¡Ja!

Sin embargo, su conversación con Osei y Otsuru había tenido un efecto saludable. Al día siguiente Iori ingresó en la escuela de un templo vecino. Se le permitió llevar su espada a la escuela, y ni Sahei ni los demás volvieron a molestarle.

Pero aun así, el muchacho seguía sin poder adaptarse. Cuando estaba dentro de la casa, su mirada se dirigía con frecuencia al exterior. Cada vez que una mujer joven parecida, incluso remotamente, a Otsū pasaba por la calle, el color de su rostro cambiaba. En ocasiones salía para verla mejor.

Una mañana, hacia comienzos del noveno mes, empezó a llegar por barco fluvial una prodigiosa cantidad de equipaje procedente de Kyoto. Mediado el día, baúles y cestos se amontonaban ante la oficina. Las etiquetas identificaban aquella propiedad como perteneciente a samurais de la Casa de Hosokawa, los cuales habían realizado en Kyoto unas actividades similares a las que llevaron a Sado al monte Kōya, para ocuparse de los asuntos póstumos de Hosokawa Yūsai. Ahora estaban sentados, tomando té de cebada y abanicándose, algunos en la oficina y otros en el exterior, bajo los aleros.

Al regresar de la escuela, Iori se detuvo en la calle y palideció.

Kojirō, sentado sobre un gran cesto, estaba hablando con Sahei.

—Aquí hace demasiado calor —le decía—. ¿Aún no ha atracado nuestro barco?

Sahei alzó la vista del conocimiento de embarque que tenía en las manos y señaló hacia el embarcadero.

—Tu barco es el Tatsumimaru. El que está allí. Como puedes ver, todavía no han terminado de cargarlo y vuestras plazas a bordo aún no están preparadas. Lo siento mucho.

—Pues preferiría esperar a bordo. Allí debe de hacer algo de fresco.

—Sí, señor. Iré ahora mismo a ver cómo van las cosas.

Demasiado apresurado para enjugarse el sudor de la frente, se encaminó calle abajo, y entonces vio a Iori.

—¿Qué haces aquí parado, como si te hubieras tragado una baqueta? Ve y atiende a los pasajeros. Té de cebada, agua fresca, agua caliente... Dales lo que quieran.

Iori se dirigió a un cobertizo en la entrada del callejón, al lado del almacén, donde mantenían una gran tetera de agua hirviendo. Pero en vez de hacer lo que le habían ordenado, se quedó mirando furibundo a Kojirō.

Ahora era conocido en general como Ganryū, el nombre de cultas resonancias que parecía más apropiado a su edad y categoría actuales. Había ganado peso y era más robusto. La cara se le había llenado. Sus ojos, que en el pasado parecían atravesar a quien miraban, eran serenos y tranquilos. Ya no usaba a menudo su lengua como si fuese un estilete, cosa que en el pasado hiciera tanto daño. De alguna manera, la dignidad de su espada había pasado a formar parte de su personalidad.

Una de las consecuencias era que había sido gradualmente aceptado por sus

camaradas samurais, los cuales no sólo hablaban de él en términos elogiosos sino que le respetaban de veras.

Empapado en sudor, Sahei regresó del barco, volvió a pedir disculpas por la larga espera y anunció:

—Los asientos en medio del barco aún no están preparados, pero los de la proa sí que lo están.

Eso significaba que los soldados de infantería y los samurais más jóvenes podían subir a bordo. Recogieron sus pertenencias y partieron en grupo.

Sólo permanecieron donde estaban Kojirō y seis o siete hombres mayores, todos ellos funcionarios de cierta importancia en el feudo.

—Sado aún no ha llegado, ¿verdad? —preguntó Kojirō.

—No, pero no creo que tarde mucho.

—Pronto tendremos el sol en el oeste —le dijo Sahei a Kojirō—. Si entras, hará más fresco.

—Las moscas son terribles —se quejó Kojirō—. Y estoy sediento. ¿No podría tomar otra taza de té?

—En seguida, señor. —Sin levantarse, Sahei gritó en dirección al cobertizo donde hervía el agua—: Io, ¿qué estás haciendo? Trae el té a nuestros invitados.

El administrador volvió a enfrascarse en el conocimiento de embarque, pero al darse cuenta de que Iori no le había respondido, empezó a repetir su orden. Entonces vio que el muchacho sé aproximaba lentamente con una bandeja sobre la que reposaban varias tazas de té.

Iori ofreció té a cada uno de los samurais, haciendo en cada ocasión una cortés reverencia. Al llegar ante Kojirō con las dos últimas tazas, le dijo:

—Por favor, toma un té.

Kojirō extendió la mano distraídamente, pero la retiró con brusquedad cuando sus ojos se encontraron con los de Iori. Sorprendido, exclamó:

—¡Pero si eres...!

Iori sonrió y le dijo:

—La última vez que tuve la mala suerte de tropezar contigo fue en Musashino.

—¿Qué significa esto? —dijo Kojirō con la voz ronca, en un tono muy poco adecuado a su categoría actual.

Estaba a punto de decir algo más cuando Iori gritó:

—Ah, ¿de modo que me recuerdas? —Y le arrojó la bandeja a la cara.

—¡Oh! —gritó Kojirō, cogiendo a Iori por la muñeca.

Aunque la bandeja no le había alcanzado, un poco de té caliente le había caído en el ojo izquierdo. El resto del té se derramó sobre su pecho y regazo. La bandeja se estrelló contra un poste en un ángulo del edificio.

—¡Pequeño bastardo! —gritó Kojirō. Arrojó a Iori al suelo y le puso un pie

encima. ¡Administrador! —exclamó airado—. Este mocoso es uno de tus empleados, ¿no? Ven aquí y sujétale. Aunque sólo sea un niño, no voy a tolerar semejante ofensa.

Enloquecido de pavor, Sahei se apresuró a hacer lo que le habían ordenado, pero de alguna manera Iori logró desenvainar su espada y dirigir una estocada al brazo de Kojirō. Éste le lanzó de un puntapié al centro de la estancia y retrocedió un paso.

Sahei se volvió y echó a correr hacia Iori, gritando como un poseso. Llegó al lado del muchacho cuando éste acababa de ponerse en pie.

—¡No te metas en esto! —le gritó Iori, y entonces, mirando a Kojirō directamente a la cara, le espetó—: ¡Te lo tenías merecido!

Tras decir estas palabras, salió corriendo al exterior.

Kojirō cogió una vara, de las utilizadas para transportar recipientes, que estaba a mano y la arrojó al muchacho. Dio perfectamente en el blanco, alcanzándole en una pierna, detrás de la rodilla. Iori cayó de bruces al suelo.

Obedeciendo una orden de Sahei, varios hombres se abalanzaron sobre Iori y le llevaron a rastras hasta el cobertizo donde hervía el agua. Allí un sirviente estaba limpiando el kimono y el hakama de Kojirō.

—Por favor, perdona esta ofensa —le suplicó Sahei.

—No sabemos cómo disculparnos —dijo uno de los dependientes.

Sin dignarse mirarles, Kojirō cogió una toalla húmeda del sirviente y se limpió la cara.

Iori había sido inmovilizado en el suelo, con los brazos fuertemente doblados a sus espaldas.

—Soltadme —suplicaba, contorsionándose de dolor—. No huiré. Soy hijo de un samurai. Lo que he hecho ha sido a propósito y aceptaré mi castigo como un hombre.

Kojirō terminó de arreglar sus ropas y se alisó el cabello.

—Dejadle —dijo en tono sereno.

Incapaz de interpretar la plácida expresión del samurai, Sahei tartamudeó:

—¿Estás..., estás seguro de que es conveniente?

—Sí, pero... —la palabra sonó como un clavo al ser clavado en una tabla—, aunque no tengo la menor intención de pelearme con un simple chiquillo, si crees que debe ser castigado, puedo sugerirte un método. Échale un cazo de agua hirviendo sobre la cabeza. Eso no le matará.

—¿Agua hirviendo? —Sahei se estremeció ante la sugerencia.

—Sí, pero si quieres dejar que se marche, también puedes hacerlo perfectamente.

Sahei y sus hombres intercambiaron miradas de incertidumbre.

—No podemos permitir que semejante comportamiento quede impune.

—Siempre ha hecho trastadas.

—Ha tenido suerte de haber salido con vida.

—Traed una soga.

Cuando empezaron a atarle, Iori zafó las manos.

—¿Qué estáis haciendo? —gritó. Sentándose en el suelo, añadió—: Os he dicho que no huiría. Aceptaré mi castigo. Tenía una razón para hacer lo que he hecho. Un mercader puede pedir disculpas, yo no. El hijo de un samurai no va a llorar porque le echen encima un poco de agua hirviendo.

—De acuerdo —dijo Sahei—. Tú mismo lo has pedido.

El administrador se arremangó, llenó un cazo de agua hirviendo y se dirigió lentamente hacia Iori.

—Cierra los ojos, Iori. Si no lo haces, te quedarás ciego.

La voz que había dicho estas últimas palabras, procedía de la calle.

Iori, sin atreverse a mirar quién le había aconsejado así, cerró los ojos con fuerza. Recordó una anécdota que Musashi le contó una vez en la llanura de Musashino. Era sobre Kaisen, un sacerdote Zen muy reverenciado por los guerreros de la provincia de Kai. Cuando Nobunaga e Ieyasu atacaron el templo de Kaisen y lo incendiaron, el sacerdote se sentó calmosamente en el piso superior del portal y, mientras las llamas le consumían, pronunció las palabras: «Si tus sentimientos han sido borrados por la iluminación, el fuego es frío».

«No es más que un cazo de agua hirviendo —se dijo Iori—. No debo pensar así.» Intentó desesperadamente convertirse en un vacío sin yo, libre de engaños, sin penas. Tal vez si hubiera sido más joven, o mucho mayor..., pero a su edad formaba parte del mundo en que vivía en un grado superlativo.

¿Cuándo ocurriría? Por un instante, presa de vértigo, pensó que el sudor que se deslizaba por su frente era agua hirviente. Un minuto le parecía un siglo.

—Vaya, si es Sado —dijo Kojirō.

Sahei y todos los demás se volvieron y miraron al viejo samurai.

—¿Qué ocurre aquí? —preguntó Sado, mientras cruzaba la calle con Nuinosuke a su lado.

Kojirō se echó a reír y dijo en tono ligero:

—Nos has sorprendido en un momento singular. Están castigando a este muchacho.

Sado miró fijamente a Iori.

—¿Le están castigando? Bien, si ha hecho algo malo debe ser castigado. Adelante. Seré testigo del castigo.

Sahei miró por el rabillo del ojo a Kojirō, el cual comprendio la situación de inmediato y supo que él era el único responsable de la severidad del castigo.

—Es suficiente —dijo.

Iori abrió los ojos. Al principio le costó un poco centrar la mirada, pero al reconocer a Sado, sintió un acceso de alegría.

—Te conozco —le dijo—. Eres el samurai que visitó el Tokuganji en

Hōtengahara.

—¿Me recuerdas?

—Sí, señor.

—¿Qué ha sido de tu maestro, Musashi?

Iori sorbió aire por la nariz y se cubrió los ojos con las manos.

El hecho de que Sado conociera al muchacho fue un golpe para Kojirō. Reflexionó un momento y decidió que era preciso hacer algo con respecto a la búsqueda de Musashi por parte de Sado. Pero, desde luego, no quería que el nombre de Musashi saliera a relucir en una conversación entre él y un servidor de alto rango de su señor. Sabía que uno de aquellos días tendría que enfrentarse a Musashi, pero eso ya no era un asunto estrictamente privado.

En realidad, se había abierto una brecha entre la línea principal y las ramas de la Casa de Hosokawa, una facción de la cual tenía a Musashi en gran estima, mientras que la otra se decantaba por el ex rōnin que ahora era el instructor de esgrima del jefe del clan. Algunos decían que la verdadera razón de que el enfrentamiento fuese inevitable era la rivalidad entre bastidores de Sado y Kakubei.

Para alivio de Kojirō, el contramaestre del Tatsumimaru llegó en aquel preciso momento y les dijo que la nave estaba preparada.

Sado no se movió de donde estaba e inquirió:

—El barco no zarpará hasta la puesta del sol, ¿no es cierto?

—Así es —respondió Sahei, que recorría la oficina de un lado a otro, preocupado por las consecuencias que tendría lo sucedido.

—Entonces ¿dispongo de algún tiempo para descansar?

—Mucho tiempo. Por favor, toma un poco de té.

Otsuru apareció en la puerta interior e hizo señas al administrador. Éste, tras escucharla durante un par de minutos, volvió al lado de Sado y le dijo:

—La oficina no es el lugar más apropiado para recibirte. Sólo hay un paso a través del jardín a la casa. ¿Serías tan amable de ir ahí?

—Eso es muy amable —replicó Sado—. ¿Con quién estoy en deuda? ¿Con la señora de la casa?

—Sí. Ha dicho que quisiera expresarte su agradecimiento.

—¿Por qué?

Sahei se rascó la cabeza.

—Pues... imagino que por evitar con tu intervención que Iori saliera lastimado. Como el dueño de la casa no está...

—Ya que has mencionado a Iori, quisiera hablar con él. ¿Te importaría llamarle?

El jardín era exactamente como Sado habría esperado que lo fuese en la casa de un rico mercader de Sakai. Aunque unido por un lado a un almacén, era un mundo diferente al de la oficina calurosa y ruidosa. Piedras y plantas acababan de ser

regadas, y corría un arroyuelo.

Osei y Otsuru estaban arrodilladas en una pequeña y elegante habitación ante el jardín. Sobre el tatami había una estera de lana, con bandejas de dulces y tabaco. Sado reparó en la intensa fragancia de una mezcla de incienso.

El anciano se sentó ante la puerta de la estancia.

—No voy a entrar —dijo—. Tengo los pies sucios.

Mientras le servía té, Osei le pidió disculpas por el comportamiento de sus empleados y le dio las gracias por haber salvado a Iori.

—Hace algún tiempo tuve ocasión de conocer a ese chico —dijo Sado—. Me alegro de haberle encontrado de nuevo. ¿Cómo es que está en vuestra casa?

Tras escuchar la explicación de la mujer, Sado le habló de su larga búsqueda de Musashi. Charlaron amigablemente un rato, y finalmente Sado le dijo:

—He observado a Iori desde el otro lado de la calle durante varios minutos, y he admirado su capacidad de conservar la calma. Se ha comportado muy bien. De hecho, considero un error criar a un muchacho tan valeroso en un establecimiento de mercaderes. ¿Qué te parecería si yo me hiciera cargo de él? En Kokura podría ser educado como un samurai.

Osei aceptó sin titubear.

—Eso sería sin duda alguna lo mejor que podría ocurrirle a ese muchacho —respondió.

Otsuru se levantó para ir en busca de Iori, pero en aquel mismo momento el chico salió de detrás de un árbol, desde donde había oído toda la conversación.

—¿Tienes algo que objetar a venirte conmigo? —le preguntó Sado.

Rebosante de felicidad, Iori rogó al anciano que le llevara a Kokura.

Mientras Sado tomaba su té, Otsuru preparó a Iori para el viaje: kimono, hakama, polainas, sombrero de juncos..., todas las prendas nuevas. Era la primera vez en su vida que el chico se ponía un hakama.

Aquella noche, cuando el Tatsumimaru extendió sus negras velas y zarpó bajo las nubes doradas por el sol poniente, Iori volvió la vista hacia el mar de rostros: los de Otsuru, su madre, Sahei y un nutrido grupo de personas que le despedían, el rostro colectivo de la ciudad de Sakai.

Con una ancha sonrisa en el rostro, Iori se quitó el sombrero de juncos y lo agitó, devolviéndoles el saludo.

El maestro de escritura

El letrero en la entrada de un estrecho callejón en el distrito de los pescaderos de Okazaki decía: «Iluminación para los jóvenes. Lecciones de lectura y escritura», y ostentaba el nombre Muka, el cual, según todas las apariencias, era uno de los muchos rōnin empobrecidos pero honestos que se ganaban la vida compartiendo su educación de la clase guerrera con los hijos del pueblo llano.

La caligrafía era curiosa, como de aficionado, y hacía que aflorase una sonrisa a los labios de los transeúntes, pero Muka aseguraba que eso no le avergonzaba. Cada vez que se lo mencionaban, siempre contestaba lo mismo:

—En el fondo todavía soy un niño, así que estoy practicando con los niños.

El callejón desembocaba en un bosquecillo de bambúes, más allá del cual se hallaba el terreno de equitación de la Casa de Honda. Cuando hacía buen tiempo, aquel paraje siempre estaba cubierto por una nube de polvo, pues los caballeros a menudo practicaban desde el alba hasta que oscurecía. El linaje militar del que estaban tan orgullosos era el de los famosos guerreros Mikawa, la tradición de la que habían salido los Tokugawa.

Muka se desperezó tras la siesta del mediodía, fue al pozo y sacó agua. Su kimono gris sin forro y su capucha del mismo color muy bien podrían haber sido el atuendo de un hombre de cuarenta años, aunque en realidad aún no había cumplido los treinta. Tras lavarse la cara, entró en el bosquecillo y, de un solo tajo de espada, cortó una gruesa caña de bambú.

Después de lavar el bambú en el pozo, entró en la casa. Las persianas que colgaban a un lado mantenían a raya el polvo del terreno de equitación, pero como aquélla era la dirección por la que llegaba la luz, la única pieza parecía más pequeña y oscura de lo que realmente era. En un rincón había una tabla, sobre la cual colgaba un retrato anónimo de un sacerdote Zen. Muka colocó el trozo de bambú sobre la tabla y puso en el interior hueco una flor de correhuela.

«No está mal», se dijo, mientras retrocedía para examinar su obra.

Tomó asiento ante su mesa, empuñó el pincel y empezó a practicar, utilizando como modelo un manual de formales caracteres de tipo cuadrado, del que era autor Ch'u Sui-liang y un calco de la caligrafía del sacerdote Kōbō Daishi. Era evidente que había progresado sin cesar durante el año que llevaba viviendo allí, pues los caracteres que escribía ahora eran muy superiores a los que figuraban en el letrero de la entrada.

—Perdona que te moleste —le dijo la mujer que vivía al lado, esposa de un vendedor de pinceles para escritura.

—Entra, por favor —respondió Muka.

—Es sólo un momento. Me estaba preguntando... Hace un rato he oído un fuerte

ruido, como si algo se rompiera. ¿No lo has oído?

Muka se echó a reír.

—No te preocupes. He sido yo al cortar un trozo de bambú.

—Ah, estaba inquieta. Pensé que quizá te había ocurrido algo. Mi marido dice que los samurais que merodean por aquí tienen intención de matarte.

—Si lo hacen, poco importará. De todos modos, mi vida no vale tres monedas de cobre.

—No deberías ser tan despreocupado. A mucha gente la matan por cosas que ni siquiera recordaban haber hecho. Piensa en lo tristes que estarían todas las muchachas si sufrieras algún daño.

La mujer se marchó, sin preguntarle esta vez, como solía hacer: «¿Por qué no te casas? ¿Acaso no te gustan las mujeres?». Muka nunca le daba una respuesta clara, aunque él mismo había sido el causante de aquel interés al revelar lo suficiente para sugerir que sería un buen partido. Sus vecinos sabían que era un rōnin de Mimasaka, aficionado al estudio, y que había vivido durante algún tiempo en Kyoto y en los alrededores de Edo. Aseguraba que quería establecerse en Okazaki y dirigir una buena escuela. Como su juventud, diligencia y honestidad estaban fuera de toda duda, no era sorprendente que varias muchachas se mostraran interesadas por él como pretendiente, así como varios padres con hijas casaderas.

Aquel pequeño sector de la sociedad sentía una cierta fascinación por Muka. El vendedor de pinceles y su esposa le trataban amablemente, la mujer le había enseñado a cocinar y, en ocasiones, le lavaba la ropa y cosía sus prendas. En conjunto, el joven disfrutaba viviendo en aquella vecindad, donde todo el mundo se conocía y todos buscaban nuevas maneras de aportar interés a sus vidas. Siempre había algo en marcha, si no un festival o danzas callejeras o una celebración religiosa, un funeral o un enfermo del que cuidar.

Aquella noche pasó ante la casa del vendedor de pinceles y su esposa cuando éstos estaban cenando. La mujer chasqueó la lengua y comentó:

—¿Adonde irá? Por la mañana enseña a los niños, después de comer echa la siesta o estudia y por la noche sale. Es como un murciélago.

Su marido se rió entre dientes.

—¿Y eso qué tiene de malo? No deberías envidiarle sus excursiones nocturnas.

En las calles de Okazaki, los sonidos de una flauta de bambú se mezclaban con los zumbidos de los insectos cautivos en jaulitas de madera, el lamento rítmico de los cantantes callejeros ciegos, los gritos de vendedores de melones y sushi. No había nada allí que recordara el frenético ajetreo que caracterizaba a Edo. Las llamas de los faroles oscilaban, la gente paseaba enfundada en sus kimonos veraniegos. En el calor persistente de la jornada de verano, todo parecía relajado y en su sitio.

Cuando Muka pasó, las muchachas susurraron.

—Ahí va de nuevo.

—Humm..., no presta atención a nadie, como de costumbre.

Algunas jóvenes le saludaban con una inclinación de cabeza y luego se volvían hacia sus amigas y especulaban sobre el destino de Muka.

Éste caminó en línea recta, pasó de largo ante las callejas donde podría haber comprado los favores de las prostitutas de Okazaki, consideradas por muchos como una de las principales atracciones locales a lo largo de la carretera Tōkaidō. En el límite occidental de la ciudad, se detuvo y se estiró, dejando que el calor abandonara sus holgadas mangas. Delante de él corrían las rápidas aguas del río Yahagi y estaba el puente del mismo nombre, con sus 208 tramos, el más largo de la ruta Tōkaidō. Caminó hacia el delgado personaje que le aguardaba junto al primer poste.

—¿Musashi?

Musashi sonrió a Matahachi, el cual vestía su túnica de sacerdote.

—¿Ha regresado el maestro? —le preguntó.

—No.

Cruzaron el puente hombro contra hombro. En una colina cubierta de pinos que se alzaba en la orilla opuesta había un antiguo templo Zen. Como la colina se llamaba Hachijō, el templo había recibido el nombre de Hachijōji. Subieron por la oscura cuesta ante el portal.

—¿Cómo te van las cosas? —le preguntó Musashi—. Practicar el Zen debe de ser difícil.

—Lo es —replicó Matahachi, inclinando con desaliento su cabeza rapada que, desprovista de cabello, tenía un tono azulado—. A menudo he pensado en huir. Si he de pasar por la tortura mental para convertirme en un ser humano decente, preferiría echarme un lazo corredizo alrededor del cuello y olvidarme de ello.

—No permitas que te venza el desánimo. Todavía sólo estás en los comienzos. Tu verdadero adiestramiento no comenzará hasta que hayas suplicado al maestro y persuadido de que te tome como discípulo.

—Eso no siempre es posible. He aprendido a disciplinarme un poco. Y cada vez que me siento en baja forma, pienso en ti. Si tú eres capaz de superar tus dificultades, yo también debería poder superar las mías.

—Así es como debería ser. No hay ninguna razón para que no puedas hacer nada de lo que yo hago.

—Recordar a Takuan es una ayuda. De no haber sido por él, me habrían ejecutado.

—Si puedes resistir las penalidades, experimentarás un placer mayor que el dolor —le dijo Musashi seriamente—. Día y noche, hora tras hora, la gente es asaltada por oleadas de dolor y placer, una y otra vez. Si sólo intentan experimentar el placer, dejan de estar realmente vivos. Entonces el placer se evapora.

—Empiezo a comprender.

—Piensa en un simple bostezo. El bostezo de una persona que está trabajando con ahínco es diferente del bostezo de un hombre perezoso. Mucha gente se muere sin conocer el placer que puede aportar un bostezo.

—Humm. En el templo me hablan de un modo parecido.

—Confío en que pronto llegue el día en que pueda presentarte al maestro. También yo deseo pedirle orientación. Necesito saber más sobre el Camino.

—¿Cuándo crees que regresará?

—No es fácil saberlo, pues los maestros Zen a veces deambulan por el país como una nube durante dos o tres años a la vez. Ahora que estás aquí, deberías decidirte a esperarle hasta cuatro o cinco años, si es necesario.

—¿Tú también?

—Sí. Vivir en ese callejón, entre gentes pobres y honestas, es un buen entrenamiento, forma parte de mi educación. No es un tiempo perdido.

Tras abandonar Edo, Musashi había pasado por Atsugi. Entonces, inducido por las dudas sobre su futuro, se internó en las montañas de Tanzawa, de las que salió al cabo de dos meses más preocupado y ojeroso que nunca. Resolver un problema sólo le conducía a otro. A veces se sentía tan torturado que su espada parecía un arma dirigida contra sí mismo.

Entre las posibilidades que había considerado estaba la de elegir la vía fácil. Si accedía a vivir de una manera cómoda y ordinaria con Otsū, la vida sería sencilla. Casi cualquier feudo estaría dispuesto a pagarle lo suficiente para mantenerse, quizá entre quinientas y mil fanegas. Pero cuando se lo planteaba, la respuesta era siempre negativa. Una existencia cómoda imponía restricciones y él no podía someterse a ellas.

En otras ocasiones, se sentía como perdido en unas ilusiones bajas y pusilánimes, como los demonios hambrientos en el infierno. Entonces, durante algún tiempo, su mente se aclaraba y podía entregarse al placer de su orgulloso aislamiento. En su corazón tenía lugar una lucha continua entre la luz y la oscuridad. Noche y día, oscilaba entre la exuberancia y la melancolía. Pensaba en su dominio de la espada y se sentía insatisfecho. Al reflexionar en lo largo que era el Camino, en lo lejos que estaba él todavía de la madurez, la angustia atenazaba su corazón. En otras ocasiones, la vida en la montaña le animaba y sus pensamientos se centraban en Otsū.

Al bajar de las montañas, fue a pasar unos días en el Yugyōji, en Fujisawa, y luego se dirigió a Kamakura. Fue allí donde se encontró con Matahachi. Éste había tomado la firme resolución de no recaer en la indolencia, y se hallaba en Kamakura debido a que allí había muchos templos Zen, pero le atenazaba una desazón todavía más intensa que la de Musashi.

Su amigo de la infancia le tranquilizó.

—No es demasiado tarde. Si logras autodisciplinarte, podrás comenzar de nuevo. Lo peor que puedes hacer es decirte que todo ha terminado, que no sirves para nada. —Entonces se sintió obligado a añadir—: A decir verdad, yo mismo he tropezado contra un muro. Hay ocasiones en las que me pregunto si tengo futuro, pues me siento completamente vacío. Es como estar confinado dentro de una cascara. Me odio a mí mismo, me digo que no sirvo para nada. Pero al recriminarme y obligarme a seguir adelante, logro romper esa cascara a patadas, y entonces un nuevo camino se abre ante mí.

—Créeme, esta vez se trata de una auténtica lucha. Forcejeo dentro de la cascara, incapaz de hacer nada. He bajado de las montañas porque he recordado a una persona de la que estoy seguro que podría ayudarme.

La persona en cuestión era el sacerdote Gudō.

—Él es quien te ayudó al principio de tu búsqueda del Camino, ¿no es cierto? ¿No podrías presentármelo y pedirle que me acepte como discípulo?

Al principio, Musashi dudó de la sinceridad de Matahachi, pero tras enterarse de los infortunios que había sufrido en Edo, llegó a la conclusión de que hablaba en serio. Los dos preguntaron por Gudō en varios templos Zen, pero no lograron enterarse de su paradero. Musashi sabía que el sacerdote ya no estaba en el Myōshinji de Kyoto. Se había marchado varios años antes y había viajado durante algún tiempo por el este y el nordeste. También sabía que era un hombre muy errante, el cual podría estar en Kyoto, dando lecciones de Zen al emperador un día y al día siguiente deambulando por el campo. Se sabía que Gudō se había detenido varias veces en el Hachijōji de Okazaki, y un sacerdote sugirió que aquél podría ser el mejor lugar para esperarle.

Musashi y Matahachi estaban sentados en la pequeña cabaña donde dormía el segundo. Musashi le visitaba allí con frecuencia y conversaban hasta muy entrada la noche. Matahachi no estaba autorizado a utilizar el dormitorio del templo, el cual, como los demás edificios del Hachijōji, era una dependencia rústica, con tejado de paja, puesto que no había sido aceptado oficialmente como sacerdote.

—¡Ah, estos mosquitos! —exclamó Matahachi, aventando el humo del repelente de insectos y restregándose a continuación los ojos irritados—. Salgamos de aquí.

Se dirigieron al pabellón principal y se sentaron en el porche. El entorno estaba desierto y soplaba una fresca brisa.

—Esto me recuerda el Shippōji —dijo Matahachi, en un tono apenas audible.

—Tienes razón —convino Musashi.

Guardaron silencio, como siempre hacían en ocasiones como aquélla, pues los pensamientos de su hogar les traían invariablemente recuerdos de Otsū u Osugi o

acontecimientos de los que ninguno de ellos deseaba hablar por temor a perturbar su relación actual.

Pero al cabo de unos momentos, Matahachi dijo:

—La colina en la que se alza el Shippōji es más alta, ¿verdad? Pero aquí no hay ningún cedro antiguo. —Hizo una pausa, miró un instante el perfil de Musashi y añadió tímidamente—: Hay algo que quisiera pedirte, pero...

—¿Qué es ello?

—Se trata de Otsū... —empezó a decir Matahachi, pero se interrumpió en seguida. Cuando le pareció que la emoción no le impediría continuar, siguió diciendo—: Me pregunto qué estará haciendo ahora Otsū, qué habrá sido de ella. Últimamente pienso en ella a menudo, y le pido disculpas en mi corazón por lo que le hice. Me avergüenza admitirlo, pero en Edo la obligué a vivir conmigo. Sin embargo, no sucedió nada, pues ella se negó a permitir que la tocara. Supongo que después de que partiera a Sekigahara, Otsū debió de ser como una flor caída. Ahora es una flor que florece en un árbol distinto, en otro suelo.

La seriedad con que hablaba se reflejaba en su semblante y su voz era profunda.

—Takezō... no, Musashi: cásate con Otsū, te lo ruego. Eres la única persona que puede salvarla. Nunca había sido capaz de decir tal cosa, pero ahora que he decidido convertirme en un discípulo de Gudō, estoy resignado al hecho de que Otsū no es mía. Aun así, estoy preocupado por ella. ¿No la buscarás y le darás la felicidad que ella anhela?

Eran casi las tres de la madrugada cuando Musashi echó a andar por el oscuro sendero de montaña. Tenía los brazos cruzados y la cabeza gacha. Las palabras de Matahachi resonaban en sus oídos. La angustia parecía tirar de sus piernas. Se preguntó cuántas noches de tormento Matahachi habría soportado haciendo acopio del valor necesario para hablarle así. No obstante, a Musashi le parecía que su propio dilema era más complicado y doloroso.

Pensó que Matahachi confiaba en huir de las llamas del pasado para entrar en la frescura salvadora de la iluminación, tratando de encontrar, como un niño que nace, en el doble y misterioso dolor de tristeza y éxtasis una vida digna de ser vivida.

Musashi no había sido capaz de decirle: «No puedo hacer eso», y mucho menos «No quiero casarme con Otsū. Es tu prometida. Arrepiéntete, purifica tu corazón y haz que te acepte de nuevo». Al final se había callado, pues cualquier cosa que hubiera dicho habría sido una mentira.

Matahachi le había suplicado fervientemente: «A menos que tenga la seguridad de que Otsū estará bien cuidada, no me servirá de nada convertirme en un discípulo. Tú eres quien me instó a adiestrarme y disciplinarme. Si eres amigo mío, salva a Otsū. Ésa es la única manera de salvarme a mí también».

Musashi se sorprendió cuando Matahachi perdió el dominio de sus emociones y se echó a llorar. No le había creído capaz de semejante hondura de sentimiento. Y cuando se levantó para marcharse, Matahachi le cogió de la manga y le imploró una respuesta. «Déjame pensar en ello», fue todo lo que Musashi pudo decirle. Ahora se maldecía a sí mismo por haber sido un cobarde y lamentaba la incapacidad de superar su inercia.

Musashi pensó entristecido que quienes no han sufrido esa dolencia del espíritu no pueden conocer la angustia que ocasiona. No se trataba simplemente de permanecer ocioso, que a menudo es un estado agradable, sino de querer con desesperación hacer algo y ser incapaz de hacerlo. Su mente y sus ojos parecían nublados y vacíos. Había ido tan lejos como podía en una dirección, y ahora se sentía impotente tanto para retroceder como para emprender un nuevo camino. Era como estar prisionero en un lugar inexistente. Su frustración engendraba dudas sobre sí mismo, recriminaciones y lágrimas.

Sentirse airado consigo mismo y recordar todo cuanto había hecho mal no le ayudaba lo más mínimo. Los primeros síntomas de su dolencia fueron lo que le hizo separarse de Iori y Gonnosuke y cortar sus lazos con sus amigos de Edo. Pero su intención de romper la cascara antes de que estuviera bien formada había fracasado. La cascara seguía allí, encerrando su yo vacío como la piel abandonada de una cigarra.

Siguió caminando, indeciso. El ancho cauce del río Yahagi apareció ante su vista, y notó en el rostro el fresco viento procedente del río.

De repente, advertido por un silbido penetrante, saltó a un lado. El proyectil pasó a cinco pies de él, y la detonación de un mosquete reverberó en el río. Musashi, contando dos segundos entre el paso de la bala y el sonido, calculó que el arma había sido disparada desde bastante distancia. Saltó bajo el puente y se aferró a un poste como un murciélago.

Transcurrieron varios minutos antes de que tres hombres bajaran corriendo por la colina Hachijō, como pinas que rodaran impulsadas por el viento. Cerca del extremo del puente, se detuvieron y empezaron a buscar el cuerpo. Convencido de que había dado en el blanco, el mosquetero arrojó la mecha. Vestía ropas más oscuras que los otros dos e iba enmascarado, de modo que sólo sus ojos eran visibles.

El cielo se había aclarado un poco y los adornos de latón en la culata del arma brillaban tenuemente.

Musashi no podía imaginar quiénes, entre las gentes de Okazaki, querrían su muerte. Cierto era que no faltaban los candidatos, pues en el transcurso de sus combates había derrotado a muchos hombres en quien aún podía arder el deseo de venganza. Había matado a muchos otros cuyas familias o amigos tal vez querían desquitarse.

Toda persona que siguiera el Camino de la Espada corría constantemente el peligro de que le mataran. Si escapaba por un pelo, lo más probable era que, por eso mismo, aumentaran sus enemigos o se creara un nuevo peligro. El peligro era la piedra de amolar con la que el espadachín afilaba su espíritu. Los enemigos eran maestros en el arte de la simulación y el disfraz.

La enseñanza del peligro a permanecer alerta incluso durmiendo, aprender de los enemigos en todo momento, usar la espada como un medio para dejar vivir a la gente, gobernar el reino, alcanzar la iluminación, compartir los propios goces en la vida con los demás..., todo ello era inherente al Camino de la Espada.

Mientras Musashi permanecía agazapado bajo el puente, la fría realidad de la situación le estimuló, y su languidez se evaporó. Respirando muy someramente, sin hacer el menor ruido, dejó que sus atacantes se aproximaran. Al no encontrar el cadáver, registraron el camino desierto y el espacio bajo el extremo del puente.

Musashi abrió mucho los ojos. Aunque vestían de negro, los hombres estaban provistos de espadas de samurai y calzaban bien. Los únicos samurais en el distrito eran los servidores de la casa de Honda en Okazaki y la Casa Owari de Tokugawa en Nagoya. Que él supiera, no tenía enemigos en ninguno de los dos feudos.

Uno de los hombres se agachó en las sombras y recuperó la mecha, la encendió y la agitó. Tales acciones hicieron pensar a Musashi que había más hombres al otro lado del puente. No podía moverse, por lo menos de momento. Si se mostraba, sería una invitación a recibir más disparos de mosquete. Aun cuando ganara la orilla opuesta, el peligro, tal vez un peligro mayor, le aguardaba allí. Pero tampoco podía permanecer donde estaba durante mucho más tiempo. Sabedores de que no había cruzado el puente, se le irían aproximando y lo más probable era que descubrieran su escondite.

El plan que debía poner en práctica cruzó por su mente como un relámpago. Su razonamiento no dependía de las teorías del Arte de la Guerra, que constituían la fibra de la intuición del guerrero adiestrado. Razonar una forma de ataque era un proceso dilatorio, que a menudo tenía como resultado la derrota en situaciones en las que la velocidad era esencial. El instinto del guerrero no debía confundirse con el instinto animal. Como una reacción visceral, procedía de una combinación de sabiduría y disciplina. Era un razonamiento fundamental que iba más allá de la razón, la capacidad de efectuar el movimiento correcto en una fracción de segundo sin necesidad de pasar por el proceso del pensamiento.

—¡Es inútil que intentéis esconderos! —gritó—. ¡Si me estáis buscando, aquí estoy!

El viento era ahora bastante fuerte, y no estaba seguro de si sus atacantes oirían su voz o no.

La respuesta fue otro disparo. Por supuesto, Musashi ya no estaba allí. Mientras la

bala todavía volaba, él saltó nueve pies más cerca del extremo del puente.

Se precipitó en medio de ellos. Los hombres se separaron ligeramente, enfrentándose a él desde tres direcciones, pero totalmente faltos de coordinación. Musashi golpeó hacia abajo al hombre del centro con su espada larga, al tiempo que daba un tajo lateral con la espada corta al hombre situado a su izquierda. El tercer hombre huyó a través del puente, corrió, tropezó y saltó por encima del pretil.

Musashi siguió caminando, manteniéndose a un lado y deteniéndose de vez en cuando para escuchar. Al ver que no sucedía nada más, regresó a casa y se acostó.

A la mañana siguiente dos samurais se presentaron en su casa. La entrada estaba llena de sandalias infantiles, por lo que dieron la vuelta hasta la puerta trasera.

—¿Eres el sensei Muka? —le preguntó uno de ellos—. Pertenecemos a la Casa de Honda.

Musashi alzó la vista de lo que estaba escribiendo y respondió:

—Sí, soy Muka.

—¿Es tu verdadero nombre Miyamoto Musashi? En caso afirmativo, no intentes ocultarlo.

—Soy Musashi.

—Creo que conoces a Watari Shima.

—Me temo que no.

—Dice que ha asistido a dos o tres certámenes de poemas haiku en los que estabas presente.

—Ahora que lo mencionas, sí, en efecto, le recuerdo. Nos conocimos en casa de un amigo mutuo.

—Shima quisiera saber si te placería ir a pasar una velada con él.

—Si busca a alguien con quien componer haikus, no soy la persona adecuada. Si bien es cierto que he sido invitado a tales certámenes, soy un hombre sencillo con muy poca experiencia en ese arte.

—Creo que está interesado en hablar contigo de artes marciales.

Los discípulos de Musashi miraban preocupados a los dos samurais. Durante unos instantes, Musashi también los miró fijamente, y finalmente respondió:

—En ese caso, será un placer visitarle. ¿Cuándo he de ir?

—¿Podría ser esta noche?

—De acuerdo.

—Enviará un palanquín para que te lleve a su casa.

—Es muy amable por su parte. Estaré esperando.

Una vez los samurais se hubieron marchado, el maestro se volvió hacia sus alumnos.

—Bueno, muchachos, no debéis ceder a la tentación de distraeros. Volved al

trabajo. Miradme. También yo estoy practicando. Tenéis que concentraros tan completamente que ni siquiera oigáis hablar a la gente o el chirrido de las cigarras. Si sois perezosos de jóvenes, os volveréis como yo y tendréis que practicar cuando seáis adultos.

Se echó a reír y miró a su alrededor las caras y manos manchadas de tinta de los chiquillos.

Cuando llegó el crepúsculo, se puso un hakama y se preparó para partir. En el momento en que estaba tranquilizando a la esposa del vendedor de pinceles, asegurándole que no le ocurriría nada, llegó el palanquín, no el sencillo, un simple cesto, que abundaba en la ciudad, sino una silla de manos lacada, a la que acompañaban dos samurais y tres servidores.

Los vecinos, asombrados ante aquella escena, se apiñaron alrededor y susurraron entre ellos. Los niños llamaron a sus amigos y charlaron excitados.

—Sólo los grandes personajes viajan en palanquines como ése.

—Nuestro maestro debe de ser alguien.

—¿Adonde va?

—¿Crees que volverá?

Los samurais cerraron la portezuela del palanquín, apartaron a la gente del camino y se pusieron en marcha.

Aunque no sabía qué le esperaba, Musashi sospechaba que existía una relación entre la invitación y el incidente en el puente de Yahagi. Tal vez Shima iba a reconvenirle por haber matado a dos samurais de Honda. También era posible que Shima fuese la persona que estuvo detrás del espionaje y el ataque por sorpresa y que ahora estuviera dispuesto a enfrentarse abiertamente a Musashi. Como no creía que nada bueno pudiera salir de la reunión de aquella noche, Musashi se resignó a encararse a una situación difícil. Las especulaciones no le llevarían muy lejos. El Arte de la Guerra exigía que descubriera cuál era su posición y actuara en consonancia.

El palanquín oscilaba suavemente, como un barco en el mar. Musashi oyó el sonido del viento entre los pinos y pensó que debían de encontrarse en el bosque, cerca del muro norte del castillo. No parecía un hombre preparado para un ataque impredecible. Con los ojos semicerrados, aparentaba dormitar.

Cuando se abrió la puerta enrejada del castillo, los porteadores avanzaron más despacio y los samurais hablaron en tonos más bajos. Pasaron junto a faroles de llamas oscilantes y llegaron a las dependencias del castillo. Cuando Musashi bajó del palanquín, los sirvientes le acompañaron en silencio pero cortésmente a un pabellón abierto. Dado que las persianas estaban enrolladas en los cuatro costados, la brisa penetraba en agradables oleadas. Las llamas de los faroles se empequeñecían y agrandaban al capricho del viento. La noche veraniega era muy calurosa, pero allí no se tenía la menor sensación de bochorno.

—Soy Watari Shima —le dijo su anfitrión, un típico samurai Mikawa, robusto, viril, alerta pero no de un modo ostensible, sin revelar el menor signo de debilidad.

—Yo soy Miyamoto Musashi. —Una inclinación de cabeza acompañó a la respuesta igualmente sencilla.

Shima devolvió la reverencia y dijo:

—Acomódate, por favor. —Entonces, sin la menor formalidad, fue directamente al grano—: Me han dicho que anoche mataste a dos de nuestros samurais. ¿Es eso cierto?

—Sí, lo es. —Musashi miró directamente a los ojos de Shima.

—Te debo una disculpa —dijo Shima seriamente—. Hoy me he enterado del incidente, cuando me han informado de las muertes. Ha habido una investigación, por supuesto. Aunque conocía tu nombre desde hace largo tiempo, ignoraba que vivieras en Okazaki.

—En cuanto al ataque, me han dicho que te disparó un grupo de hombres, uno de los cuales es discípulo de Miyake Gumbei, experto en artes marciales del estilo Tōgun.

Musashi no percibió subterfugio alguno, aceptó las palabras de Shima en su sentido literal y el relato fue desgranándose gradualmente. El discípulo de Gumbei era uno de varios samurais de Honda que habían estudiado en la escuela Yoshioka. Los agitadores que había entre ellos se reunieron y decidieron matar al hombre que había puesto fin a la gloria de la escuela Yoshioka.

Musashi sabía que el nombre de Yoshioka Kempō era todavía reverenciado en todo el país. En el oeste de Japón, sobre todo, habría sido difícil encontrar un feudo donde no hubiera algún samurai que no hubiera estudiado en su escuela. Musashi le dijo a Shima que comprendía su odio hacia él, pero que lo consideraba como una animosidad personal más que una razón legítima para vengarse, de acuerdo con el Arte de la Guerra.

Shima pareció estar de acuerdo.

—He convocado a los supervivientes y les he amonestado. Confío en que nos perdones y olvides el incidente. También Gumbei está muy disgustado. Si no te importa, me gustaría presentártelo. Está deseoso de disculparse ante ti.

—Eso no es necesario. Lo sucedido ha sido un incidente normal para cualquier hombre entregado a las artes marciales.

—Aun así...

—Bien, dejemos de lado las excusas. Pero si desea que hablemos del Camino, será un placer para mí conocerle. Su nombre me resulta familiar.

Enviaron a un hombre en busca de Gumbei, y, una vez efectuadas las presentaciones, la conversación giró sobre las espadas y el arte de la esgrima.

—Me gustaría que me hablaras del estilo Tōgun —le dijo Musashi—. ¿Es una

creación tuya?

—No —replicó Gumbei—. Lo aprendí de mi maestro, Kawasaki Kaginosuke, de la provincia de Echizen. Según el manual que me dio, lo desarrolló cuando vivía como un ermitaño en el monte Hakuun, en Kōzuke. Parece haber aprendido muchas de sus técnicas de un monje de la secta Tendai llamado Tōgumbo... Pero háblame de ti. He oído mencionar tu nombre infinidad de veces, y tenía la impresión de que eras mayor. Ya que estás aquí, me pregunto si me favorecerías con una lección. —El tono era amistoso. Sin embargo, aquello era una invitación a combatir.

—En alguna otra ocasión —replicó Musashi en tono ligero—. Ahora ya debo marcharme. La verdad es que no conozco el camino de regreso a casa.

—Cuando te marches, enviaré a alguien contigo —dijo Shima.

—Al enterarme de que habían derribado a dos hombres, fui allí a echar un vistazo —dijo Gumbei—. Observé que no podía relacionar las posiciones de los cuerpos con sus heridas, por lo que interrogué al hombre que escapó. La impresión de éste fue que habías usado dos espadas al mismo tiempo. ¿Es posible que eso sea cierto?

Musashi sonrió y dijo que nunca había hecho tal cosa de una manera consciente. Consideraba lo que hacía como luchar con un cuerpo y una espada.

—No deberías ser tan modesto —dijo Gumbei—. Háblanos de ello. ¿Cómo practicas? ¿Cuáles deben ser los pesos para que uses dos espadas libremente?

Musashi comprendió que no podría marcharse antes de que diera alguna clase de explicación, y miró a su alrededor. Sus ojos se posaron en dos mosquetes situados en el receso de la pared, y pidió que se los prestaran. Shima le dio permiso y Musashi se colocó en el centro de la sala sujetando las dos armas por los cañones, una en cada mano. Alzó una rodilla y dijo:

—Dos espadas son como una espada. Una espada es como dos espadas. Nuestros brazos están separados, pero ambos pertenecen al mismo cuerpo. En todas las cosas, el razonamiento fundamental no es dual sino singular. Todos los estilos y todas las facciones son iguales en este aspecto. Os lo mostraré.

Pronunció estas palabras espontáneamente, y cuando terminó alzó un brazo y dijo: «Con vuestro permiso». Entonces empezó a hacer girar los mosquetes. Las armas giraron como devanaderas, produciendo un pequeño torbellino. Los dos hombres que lo contemplaban palidecieron. Musashi se detuvo y se llevó los codos a los costados. Fue al receso de la pared y dejó allí los mosquetes. Se rió quedamente y dijo:

—Tal vez eso os ayudará a comprender.

Sin ofrecer más explicaciones, hizo una reverencia a su anfitrión y se despidió. Shima estaba tan pasmado que se olvidó de pedir a alguien que acompañara a Musashi a su casa.

Una vez fuera del portal, Musashi se volvió para echar un último vistazo, aliviado

por haberse librado de Watari Shima. Aún desconocía las verdaderas intenciones de aquel hombre, pero una cosa estaba clara. No sólo conocía su identidad, sino que se había visto envuelto en un incidente. Lo más sensato sería abandonar Okazaki aquella misma noche.

Estaba pensando en la promesa que le había hecho a Matahachi de esperar el regreso de Gudō, cuando avistó las luces de Okazaki y una voz le llamó desde un pequeño santuario a un lado del camino.

—Musashi, soy yo, Matahachi. Estábamos preocupados por ti, así que hemos venido aquí a esperarte.

—¿Preocupados? —inquirió Musashi.

—Hemos ido a tu casa. Tu vecina nos ha dicho que ciertos hombres te han estado espiando recientemente.

—¿Por qué hablas en plural?

—El maestro ha regresado hoy.

Gudō estaba sentado en la terraza del santuario. Era un hombre de semblante fuera de lo corriente, su piel tan negra como la de una cigarra gigante, sus ojos hundidos brillantes bajo las altas cejas. Parecía tener entre cuarenta y cincuenta años, pero sería imposible adivinar con cierta precisión la edad de semejante hombre. Delgado pero membrudo, tenía una voz resonante.

Musashi fue a su encuentro, se arrodilló y aplicó la cabeza al suelo. Gudō le contempló en silencio durante uno o dos minutos.

—Ha pasado mucho tiempo —le dijo.

Musashi alzó la cabeza y dijo quedamente:

—Muchísimo tiempo.

Gudō o Takuan... Desde hacía mucho, Musashi estaba convencido de que sólo uno u otro de aquellos dos hombres podría sacarle del callejón sin salida en que se encontraba actualmente. Por fin, tras esperar todo un año, allí estaba Gudō. Contempló el rostro del sacerdote como podría contemplar la luna en una noche oscura.

—¡Sensei! —gritó de súbito vigorosamente.

—¿Qué es ello?

Gudō no tenía necesidad de preguntarlo. Sabía lo que Musashi deseaba, previéndolo como una madre adivina las necesidades de su hijo.

Musashi volvió a aplicar la cabeza en el suelo y dijo:

—Han pasado casi diez años desde que estudié contigo.

—¿Tanto tiempo ha pasado?

—Sí, pero incluso después de todos esos años, dudo de que mi avance por el Camino sea mensurable.

—Todavía hablas como un chiquillo, ¿eh? No podrías haber llegado muy lejos.

—Estoy lleno de remordimientos.

—¿De veras?

—Mi adiestramiento y mi autodisciplina han logrado muy poco.

—Siempre hablas de esas cosas. Mientras lo hagas, será fútil.

—¿Qué ocurriría si abandonara?

—Volverías a estar enmarañado. Serías una basura humana, peor incluso que antes, cuando no eras más que un necio ignorante.

—Si abandono el Camino, caeré en un abismo. Sin embargo, cuando intento avanzar hacia la cumbre, descubro que no estoy a la altura de la tarea. A medio camino oscilo con el viento, y no soy ni el espadachín ni el ser humano que quiero ser.

—Eso parece resumirlo todo.

—No puedes saber hasta qué punto me he sentido desesperado. ¿Qué debo hacer? ¡Dímelo! ¿Cómo puedo liberarme de la inacción y la confusión?

—¿Por qué me lo preguntas? Sólo puedes confiar en ti mismo.

—Permíteme que me siente de nuevo a tus pies y reciba tu reconvención. Yo y Matahachi. O dame un golpe con tu bastón para despertarme de este oscuro vacío. Te lo ruego, sensei, ayúdame. —Musashi no había alzado la cabeza. No vertía lágrimas, pero tenía la voz ahogada.

Gudō, sin conmoverse lo más mínimo, dijo:

—Ven, Matahachi.

Y juntos se alejaron del santuario.

Musashi corrió en pos del sacerdote, le agarró de la manga, le suplicó y rogó.

El sacerdote sacudió la cabeza en silencio. Al ver que Musashi insistía, le dijo:

—¡De ninguna manera! —Y entonces añadió, airado—: ¿Qué puedo decirte? ¿Qué más puedo darte? Solamente un puñetazo en la cabeza.

Agitó el puño en el aire, pero no lo descargó.

Musashi le soltó la manga y se dispuso a decir algo más, pero el sacerdote se alejó rápidamente, sin detenerse para mirar atrás.

Matahachi, al lado de Musashi, le dijo:

—Cuando le vi en el templo y le expliqué nuestros sentimientos y por qué queríamos convertirnos en sus discípulos, apenas me escuchó. Cuando terminé, respondió: «¿Ah, sí?», y me dijo que yo podía seguir y servirle. Tal vez si nos sigues, cuando parezca estar de buen humor, podrás pedirle lo que quieres.

Gudō se volvió y llamó a Matahachi.

—Ya voy —dijo éste—. Haz lo que te digo —aconsejó a Musashi, antes de correr para alcanzar al sacerdote.

Musashi, pensando que perder nuevamente de vista a Gudō sería fatal, decidió seguir el consejo de Matahachi. En el flujo del tiempo universal, una vida humana de

sesenta o setenta años tenía sólo la duración de un relámpago. En ese breve periodo de tiempo él había tenido el privilegio de conocer a un hombre como Gudō, y sería una necedad dejar pasar la ocasión.

«Es una oportunidad sagrada», se dijo. Cálidas lágrimas se agolparon en las comisuras de sus ojos. Tenía que seguir a Gudō hasta el fin del mundo si fuese necesario, perseguirle hasta que escuchara de sus labios la palabra que anhelaba.

Gudō se alejó de la colina Hachijō, aparentemente como si ya no le interesara el templo que se alzaba allí. Su corazón ya había empezado a fluir con el agua y las nubes. Cuando llegó al Tōkaidō, giró al oeste, en dirección a Kyoto.

El círculo

El maestro Zen enfocaba el viaje de una manera caprichosamente excéntrica. Un día lluvioso permaneció la jornada entera en la posada, y Matahachi le aplicó un tratamiento de moxa. En la provincia de Mino se detuvieron siete días en el Daisenji, y luego pasaron unos días más en un templo Zen de Hikone. Así pues, se acercaron con mucha lentitud a Kyoto.

Musashi dormía allí donde encontraba un lugar para hacerlo. Cuando Gudō pernoctaba en una posada, él pasaba la noche al aire libre o en otra posada. Si el sacerdote y Matahachi hacían un alto en un templo, Musashi se refugiaba bajo un árbol. Las privaciones no eran nada comparadas con su necesidad de escuchar una palabra de Gudō.

Una noche, en el exterior de un templo junto al lago Biwa, de repente se dio cuenta de que había llegado el otoño, se miró a sí mismo y vio que parecía un mendigo. Su cabello, por supuesto, semejaba un nido de ratas, puesto que había resuelto no peinarse hasta que el sacerdote se ablandara. Hacía semanas que no se lavaba ni afeitaba. Sus ropas se habían convertido rápidamente en jirones y parecían corteza de pino que restregara su piel.

Tenía la sensación de que las estrellas estaban a punto de caer del cielo. Miró su estera de juncos y se dijo: «¡Qué necio soy!». De repente, su actitud le pareció demencial, y se echó a reír amargamente. Se había dedicado a su objetivo tercamente y en silencio, pero ¿qué buscaba en el maestro Zen? ¿Era imposible ir por la vida sin torturarse de aquella manera? Incluso empezó a apiadarse de los piojos que habitaban su cuerpo.

Gudō había declarado de manera inequívoca que no tenía nada que ofrecerle. No era razonable que le presionara para obtener algo que el hombre no poseía, era erróneo guardarle rencor, aun cuando le mostrara menos consideración de la que podría haber mostrado por un perro extraviado en el camino.

Musashi miró el cielo a través de las greñas que le colgaban sobre los ojos. No había duda alguna: era una luna otoñal. Pero los mosquitos... Su piel, ya salpicada de ronchas rojizas, había perdido la sensibilidad a las picaduras de los insectos.

Estaba totalmente dispuesto a admitir que algo escapaba a su comprensión, pero tenía la seguridad de que se trataba de una sola cosa. Si pudiera averiguar qué era, su espada quedaría liberada de sus ataduras. Todo lo demás se resolvería en un instante. Pero siempre, cuando estaba a punto de comprender qué era, finalmente se le escapaba.

Si su búsqueda del Camino tenía que terminar allí, prefería morir, pues no veía nada más por lo que mereciera la pena vivir. Se estiró bajo el tejado del portal. No pudo conciliar el sueño y se preguntó de nuevo qué podría ser lo que necesitaba.

¿Una técnica de esgrima? No, no sólo eso. ¿Un secreto para progresar en el mundo? No, algo más que eso. ¿Una solución al problema de Otsū? No, pues ningún hombre podría sentirse tan desdichado por el amor de una mujer. Tenía que ser una sola respuesta que lo abarcara todo y que, no obstante, a pesar de su magnitud, no fuese mayor que una semilla de amapola.

Envuelto en su estera, parecía una oruga. Se preguntó si Matahachi dormiría bien. Al compararse con su amigo, sentía envidia de él. Los problemas de Matahachi no parecían incapacitarle, mientras que Musashi siempre parecía buscarse nuevos problemas con los que torturarse.

Su mirada se posó en una placa que colgaba de un poste de portal. Se levantó y se acercó para verla mejor. A la luz de la luna, leyó:

Intenta, te lo ruego, hallar la fuente fundamental.
A Pai-yün le conmovieron los méritos de Pai-ch'ang;
Hu-ch'iu suspiró por las enseñanzas que dejó Pai-yün.
Como nuestros grandes predecesores,
no nos limitemos a separar las hojas
ni nos preocupemos sólo por las ramas.

El texto parecía ser una cita del Testamento de Daitō Kokushi, el fundador del Daitokuji.

Musashi releyó los dos últimos versos. Hojas y ramas... ¿Cuánta gente se desviaba de su rumbo por cosas irrelevantes? ¿No era él mismo un ejemplo? Aunque ese pensamiento parecía aligerar su carga, sus dudas no desaparecían. ¿Por qué no le obedecía su espada? ¿Por qué sus ojos se apartaban del objetivo fijado? ¿Qué le impedía alcanzar la serenidad?

De alguna manera, todo parecía absolutamente innecesario. Sabía que cuando uno había seguido el Camino hasta tan lejos como le era posible, la vacilación se apoderaba de él y era atacado por la inquietud..., hojas y ramas. ¿Cómo sería posible salir de ese ciclo? ¿Cómo llegaba uno a su núcleo y lo destruía?

Me río de mis diez años de peregrinaje,
la túnica andrajosa, el sombrero roto, llamando a las puertas de los templos Zen.
En realidad, la Ley de Buda es sencilla:
Come tu arroz, bebe tu té, viste tus ropas.

Musashi recordó estos versos escritos por Gudō en cierta ocasión en que se burlaba de sí mismo. Gudō tenía más o menos la misma edad que Musashi tenía ahora cuando los compuso.

Cuando Musashi visitó el Myōshinji por primera vez, el sacerdote casi le echó por la puerta a patadas. «¿Qué extraña manera de pensar te ha traído a mi casa?», le preguntó a gritos. Pero Musashi insistió y más adelante, cuando logró su admisión, Gudō le obsequió con sus irónicos versos. Y se rió de él, diciéndole lo mismo que le había dicho unas semanas atrás: «Siempre estás hablando... Es fútil».

Absolutamente desalentado, Musashi abandonó la idea de dormir y caminó alrededor del portal. En aquel momento vio que dos hombres salían del templo.

Gudō y Matahachi caminaban con una rapidez inusitada. Tal vez les habían llamado con urgencia desde el Myōshinji, el templo central de la secta de Gudō. En cualquier caso, pasó ante los monjes reunidos para despedirle y se encaminó directamente al puente Kara, en Seta.

Musashi le siguió, a través de la población de Sakamoto, que estaba dormida. Los talleres de impresión de grabados en madera, las verdulerías, incluso las bulliciosas posadas, todo estaba herméticamente cerrado. La única presencia era la de la luna espectral.

Al salir de la ciudad, subieron al monte Hiei, pasaron ante el Miidera y el Sekiji, envueltos en velos de niebla. Casi no se encontraron con nadie a lo largo del camino. Cuando llegaron al puerto de montaña, Gudō se detuvo y le dijo algo a Matahachi. Por debajo de ellos se extendía Kyoto, y en la otra dirección la tranquila extensión del lago Biwa. Aparte de la luna, todo tenía una calidad de mica, era un mar de suave bruma plateada.

Cuando Musashi llegó al puerto, pocos minutos después, se sorprendió al encontrarse a sólo unos pocos pies del maestro. Sus miradas se cruzaron por primera vez en varias semanas.

Gudō no dijo nada. Musashi tampoco.

«Ahora..., tiene que ser ahora», pensó Musashi. Si el sacerdote iba a un lugar tan lejano como el Myōshinji, debería esperar muchas semanas para tener la oportunidad de volver a verle.

—Por favor, señor —le dijo.

Con el pecho agitado, torciendo el cuello, su voz sonaba como la de un niño asustado que intenta decirle a su madre algo que en realidad no quiere decir. Avanzó tímidamente.

El sacerdote no se dignó preguntarle qué quería. Su rostro podría haber sido el de una estatua de laca. Sólo resaltaba el blanco de los ojos, que miraban airadamente a Musashi.

—Por favor, señor... —Musashi, ajeno a todo salvo al ardiente impulso que le hacía avanzar, se arrodilló e inclinó la cabeza—. Una palabra de sabiduría. Sólo una palabra...

Esperó durante tan largo rato que le parecieron horas. Cuando no pudo retenerse

más, empezó a renovar su súplica.

—He oído todo eso —le interrumpió Gudō—. Matahachi habla de ti cada noche. Sé todo cuanto hay que saber, incluso acerca de la mujer.

Sus palabras eran como esquirlas de hielo. Musashi no habría podido levantar la cabeza aunque lo hubiese querido.

—¡Matahachi, dame un palo!

Musashi cerró los ojos con fuerza, preparándose para recibir el golpe, pero en vez de golpearle, Gudō trazó un círculo a su alrededor. Sin decir otra palabra, arrojó el palo y dijo: «Vámonos, Matahachi». Los dos se alejaron rápidamente.

Musashi estaba enfurecido. Tras las semanas de cruel mortificación que había soportado, en un sincero esfuerzo por recibir una enseñanza, la negativa de Gudō era mucho más que una falta de compasión. Era un hombre brutal, sin corazón. Estaba jugando con la vida de un hombre.

—¡Puerco sacerdote!

Contempló ferozmente a la pareja que se alejaba, apretando con fuerza los labios, el ceño fruncido.

«Ni una sola cosa.» Reflexionó en estas palabras de Gudō y llegó a la conclusión de que eran engañosas. Sugerían que el hombre tenía algo que ofrecer cuando, en realidad, no había «una sola cosa» en su estúpida cabeza.

«Espera y verás —pensó Musashi—. ¡No te necesito!» No confiaría en nadie. En última instancia, no había nadie en quien pudiera confiar salvo en sí mismo. Era un hombre, de la misma manera que Gudō era un hombre y como lo habían sido todos los maestros anteriores.

Se levantó, impulsado a medias por su cólera. Contempló la luna durante varios minutos, pero cuando la cólera remitió, su mirada se posó en el círculo. Todavía dentro de él, recorrió su perímetro. Mientras lo hacía, recordó el palo que no le había golpeado.

«¿Un círculo? ¿Qué podría significar?» Dejó que sus pensamientos fluyeran.

Una línea perfectamente redonda, sin principio ni fin, sin ninguna desviación. Si se expandiera infinitamente, se convertiría en el universo. Si se contraía, sería igual al punto infinitesimal en el que residía su alma. Su alma era redonda. El universo era redondo. No eran dos, sino uno. Una entidad..., él mismo y el universo.

Desenvainó su espada, con un ruido metálico, y la sostuvo en diagonal. Su sombra parecía el símbolo del sonido «o» en el silabario katakana []. El círculo universal seguía siendo el mismo. Y por idéntica razón, él mismo no había cambiado. Lo único que había cambiado era la sombra.

«Sólo una sombra —pensó—. La sombra no es mi yo real.» El muro contra el que había estado golpeándose la cabeza era una mera sombra, la sombra de su mente confusa.

Alzó la cabeza y un grito tremendo salió de sus labios.

Desenvainó la espada corta con la mano izquierda. La sombra cambió de nuevo, pero la imagen del universo no varió ni una pizca. Las dos espadas eran una sola, y formaban parte del círculo.

Exhaló un hondo suspiro. Sus ojos se habían abierto. Miró de nuevo la luna y vio que podía considerar su gran círculo idéntico a la espada o el alma de alguien que pisa la tierra.

—Sensei! —exclamó, echando a correr en pos de Gudō.

No quería nada más del sacerdote, pero le debía una disculpa por haberle detestado con tanta vehemencia.

Tras una docena de pasos, se detuvo. «Son sólo hojas y ramas», pensó.

El azul de Shikama

—¿Está Otsū aquí?

—Sí, aquí estoy.

Un rostro apareció por encima del seto.

—Eres el comerciante de cáñamo Mambei, ¿no es cierto? —le preguntó Otsū.

—Así es. Siento molestarte cuando estás tan ocupada, pero he oído ciertas noticias que podrían interesarte.

—Entra —le dijo ella, haciendo un gesto hacia la puerta de madera en la valla.

Como era evidente por los paños colgados de ramas y palos, la casa pertenecía a uno de los tintoreros que fabricaban el recio tejido conocido en todo el país como «azul de Shikama». El procedimiento consistía en sumergir el paño en tinte añil varias veces y golpearlo en un gran mortero después de cada inmersión. El hilo se saturaba de tinte hasta tal punto que la tela se desgastaba antes de que el color se hubiera desvaído.

Otsū aún no estaba acostumbrada a manejar el mazo, pero trabajaba con ahínco y tenía los dedos manchados de azul. En Edo, tras enterarse de que Musashi se había ido, visitó las residencias de Hōjō y Yagyū, y luego partió de inmediato nuevamente en su busca. El verano anterior, en Sakai, había subido a bordo de uno de los barcos de Kobayashi Tarōzaemon y llegó hasta Shikama, un pueblo de pescadores situado en el estuario triangular donde el río Shikama desemboca en el Mar Interior.

Otsū recordó que su nodriza se había casado con un tintorero de Shikama, la buscó y ahora vivía con ella. Como la familia era pobre, Otsū se sintió obligada a echarles una mano en los trabajos de tinte, que eran el cometido de las jóvenes solteras. Éstas solían cantar mientras trabajaban, y los aldeanos decían que, por el sonido de la voz de una chica, podían saber si estaba enamorada de uno de los jóvenes pescadores.

Tras lavarse las manos y enjugarse el sudor de la frente, Otsū invitó a Mambei a sentarse y descansar en la terraza.

Él declinó el ofrecimiento con un gesto de la mano y le preguntó:

—Eres del pueblo de Miyamoto, ¿verdad?

—Sí.

—Suelo ir por allá por negocios, para comprar cáñamo, y el otro día oí un rumor...

—¿Sí?

—Acerca de ti.

—¿De mí?

—También oí algo sobre un hombre llamado Musashi.

—¿Musashi? —Otsū sintió que el corazón le daba un vuelco y se sonrojó.

Mambei soltó una risita. Aunque ya era otoño, el calor del sol seguía siendo intenso. El hombre dobló una toalla de mano, se la puso sobre la cabeza y se acuclilló.

—¿Conoces a una mujer llamada Ogin? —le preguntó.

—¿Te refieres a la hermana de Musashi?

Mambei asintió vigorosamente.

—Tropecé con ella en el pueblo de Mikazuki, en Sayo, y mencioné tu nombre. Pareció muy sorprendida.

—¿Le dijiste dónde estoy?

—Sí, no vi ningún daño en ello.

—¿Dónde vive ahora?

—Vive con un samurai llamado Hirata, creo que es pariente suyo. Dijo que le gustaría mucho verte, y repitió varias veces cuánto te echaba de menos y lo mucho que tiene que contarte. Añadió que parte de ello es secreto. Creí que iba a echarse a llorar.

Los ojos de Otsū se enrojecieron.

—En medio del camino no hay ningún sitio para escribir una carta, claro, así que me pidió que viniera a decirte que vayas a Mikazuki. A ella le gustaría venir aquí, pero ahora no puede viajar. —Mambei hizo una pausa antes de proseguir—. No entró en detalles, pero dijo que había recibido noticias de Musashi.

El hombre añadió que viajaría a Mikazuki al día siguiente y le sugirió que fuese con él.

Aunque Otsū tomó una decisión de inmediato, pensó que debía consultar con la esposa del tintorero.

—Te lo haré saber esta noche —le dijo.

—Muy bien. Si decides ir, deberemos partir temprano.

Con el murmullo del mar al fondo, la voz del hombre sonaba especialmente fuerte, e incluso la suave respuesta de Otsū pareció más bien chillona.

Cuando Mambei cruzó el portal, un joven samurai que había estado sentado en la playa, restregando un puñado de arena, se levantó y observó al hombre que se alejaba con mirada penetrante, como para verificar lo que pensaba de él. Bien vestido y tocado con un sombrero de paja que tenía la forma de una hoja de gingko, parecía tener unos dieciocho o diecinueve años. Cuando perdió de vista al comerciante de cáñamo, se volvió y contempló la casa del tintorero.

A pesar de la excitación causada por la noticia de Mambei, Otsū cogió el mazo y reanudó su faena. Los sonidos de otros mazos, acompañados por canciones, flotaban en el aire. Ningún sonido salía de los labios de Otsū mientras trabajaba, pero en su corazón había una canción de amor para Musashi. Entonces recitó en silencio un poema de una antología antigua:

Desde nuestro primer encuentro,
mi amor ha sido más profundo
que el de los demás,
aunque no iguale las tonalidades
del paño de Shikama.

Estaba segura de que si visitaba a Ogin, sabría dónde se encontraba Musashi. Y Ogin también era una mujer. Le sería fácil expresarle sus sentimientos.

Los golpes de su mazo se hicieron lentos hasta reducirse a un ritmo casi lánguido. Otsū se sentía más feliz de lo que había estado en mucho tiempo. Comprendía los sentimientos del poeta. A menudo el mar parecía melancólico y extraño, pero aquel día era deslumbrante, y las olas, aunque suaves, parecían rebosantes de esperanza.

Colgó el paño en un alto palo de secar y, con el corazón todavía risueño, cruzó el portal abierto. Por el rabillo del ojo vio al joven samurai que paseaba despacio por la orilla del mar. Otsū no sabía quién era, pero por algún motivo llamó su atención, y no reparó en nada más, ni siquiera en un pájaro que aprovechaba para su vuelo la brisa salobre.

Su destino no estaba muy lejano. Incluso una mujer podía recorrer la distancia sin demasiada dificultad, haciendo un solo alto en el camino. Era casi mediodía.

—Me sabe mal haberte causado tantas molestias —dijo Otsū.

—No te preocupes —replicó Mambei—. Parece que tienes una buena andadura.

—Estoy acostumbrada a viajar.

—Tengo entendido que has estado en Edo. Eso está muy lejos para una mujer que viaja sola.

—¿Te lo ha dicho la mujer del tintorero?

—Sí. Me he enterado de todo. La gente de Miyamoto también habla de ello.

—Vaya —dijo Otsū, frunciendo levemente el ceño—. Es embarazoso.

—No tienes por qué azorarte. Si amas tanto a una persona, nadie puede decir si eres digna de felicitación o de lástima. Pero me parece que ese Musashi es un tanto frío de corazón.

—Qué va, no lo es en absoluto.

—¿No le guardas rencor por su manera de comportarse?

—Soy yo la culpable. Su adiestramiento y disciplina son sus únicos intereses en la vida, y no puedo resignarme a eso.

—No veo nada malo en tus sentimientos.

—Pero me parece que le he causado demasiados problemas.

—Humm. Mi mujer debería oírte decir eso. Así es como deberían ser las mujeres.

—¿Está casada Ogin? —inquirió Otsū.

—¿Ogin? Pues no estoy del todo seguro —dijo Mambei, y cambió de tema—. Allí hay una casa de té. Descansemos un poco.

Entraron en el establecimiento y pidieron té para acompañar sus cajas de comida. Cuando estaban terminando, unos mozos de caballos y porteadores que pasaban por allí se dirigieron a Mambei con familiaridad.

—Eh, tú, ¿por qué no te dejas caer hoy en la timba de Handa? Todo el mundo se queja..., el otro día te largaste con todo nuestro dinero.

Un tanto confuso, el hombre les respondió a gritos, como si no les hubiera entendido:

—Hoy no necesito para nada vuestros caballos. —Entonces se dirigió a Otsū y le dijo rápidamente—: ¿Nos vamos ya?

Cuando salían precipitadamente del local, uno de los mozos de caballos dijo:

—No es de extrañar que se nos quite de encima. ¡Echad un vistazo a la chica!

—Voy a decírselo a tu vieja, Mambei.

Oyeron más comentarios de esta clase mientras proseguían apresuradamente su camino. El negocio de Asaya Mambei en Shikama no figuraba, ciertamente, entre los negocios más importantes de la localidad. Compraba cáñamo en los pueblos de las inmediaciones y lo distribuía entre las esposas e hijas de los pescadores para que hicieran velas, redes y otros trebejos. Pero era el propietario de su propia empresa, y a Otsū le pareció extraño que tuviera una relación tan íntima con porteadores vulgares y corrientes.

Como si quisiera disipar sus dudas inexpresadas, Mambei le dijo:

—¿Qué se puede hacer con esa clase de gentuza? ¡Sólo porque les hago el favor de pedirles que me traigan material de las montañas, eso no es razón para que se tomen conmigo esas familiaridades!

Pasaron la noche en Tatsuno y, a la mañana siguiente, cuando reanudaron su camino, Mambei se mostró tan amable y solícito como de costumbre. Al llegar a Mikazuki, las laderas de las colinas estaban a oscuras.

—Mambei —le dijo Otsū inquieta—. ¿No es esto Mikazuki? Si cruzamos la montaña estaremos en Miyamoto.

Había llegado a sus oídos la noticia de que Osugi volvía a encontrarse en Miyamoto.

Mambei se detuvo.

—Pues sí, es cierto, está justo al otro lado. ¿Acaso sientes añoranza de tu pueblo?

Otsū alzó los ojos hacia la negras y ondulantes cimas de las montañas y el cielo nocturno. La zona parecía muy desolada, como si, de alguna manera, faltaran las personas que deberían estar allí.

—Ya falta poco —dijo Mambei, que caminaba por delante de ella—. ¿Estás cansada?

—No, no, ¿y tú?

—No, estoy acostumbrado a este camino. Vengo por aquí continuamente.

—Dime, ¿dónde está la casa de Ogin?

—Por allí —respondió el hombre, señalando—. Sin duda nos está esperando.

Apretaron un poco el paso. Cuando llegaron al lugar donde la cuesta era más empinada, se encontraron con varias casas desperdigadas. Era una parada en la carretera de Tatsuno. No tenía la suficiente extensión para considerarla un pueblo, pero disponía de un local de comidas económicas, donde hacían un alto los mozos de caballos, y algunas posadas baratas a ambos lados de la calzada.

Cuando el caserío quedó atrás, Mambei informó a su acompañante:

—Ahora tenemos que trepar un poco.

Se desvió de la carretera y emprendió la subida de unas empinadas escaleras que conducían al santuario local.

Como un pajarillo que gorjeara debido a un descenso repentino de la temperatura, Otsū percibió algo fuera de lo ordinario.

—¿Estás seguro de que no nos hemos equivocado de camino? —preguntó a su acompañante—. En estos alrededores no hay casas.

—No te preocupes. Es un lugar solitario, pero puedes sentarte en el porche del santuario mientras yo voy en busca de Ogin.

—¿Por qué has de hacer tal cosa?

—¿Lo has olvidado? Estoy seguro de que te lo dije. Ogin dijo que tal vez tendría invitados en casa y sería inconveniente que tropezaras con ellos. Su casa está en el otro lado de este bosquecillo. Volveré en seguida.

Echó a correr por un estrecho sendero a través del oscuro bosque de cedros.

A medida que el cielo crepuscular se oscurecía más, Otsū empezó a sentirse claramente inquieta. Hojas muertas arrastradas por el viento se depositaban en su regazo. Cogió ociosamente una de ellas y le dio vueltas entre los dedos. Algo, la imprudencia o la pureza, hacían de ella el arquetipo de la virginidad.

De improviso oyó una risa entrecortada procedente de la parte trasera del santuario. Otsū se puso en pie de un salto.

—¡No te muevas, Otsū! —le ordenó una voz ronca y amedrentadora.

La joven ahogó un grito y se llevó las manos a los oídos.

Varias formas oscuras salieron de detrás del santuario y rodearon su cuerpo tembloroso. Aunque tenía los ojos cerrados, pudo ver claramente una de ellas, más aterradora y, al parecer, mayor que las otras, la bruja de blanca cabellera a la que tantas veces había visto en sus pesadillas.

—Gracias, Mambei —dijo Osugi—. Ahora amordazadla antes de que empiece a

gritar y llevadla a Shimonoshō. ¡Daos prisa!

La anciana habló con la autoridad temible del Rey del Infierno que condena a un pecador a las llamas.

Los cuatro o cinco hombres parecían ser matones de pueblo que tenían alguna relación con el clan de Osugi. Asintieron a gritos y se abalanzaron sobre Otsū como lobos que lucharan por una presa. La ataron de manera que sólo le quedaron libres las piernas.

—Coged el atajo.

—¡Muévete!

Osugi se rezagó para arreglar las cuentas con Mambei. Cuando la anciana sacaba el dinero del interior de su obi, dijo al comerciante:

—Te felicito por haberla traído. Temía que no fueses capaz de conseguirlo. —Entonces añadió—: No se te ocurra decir una palabra de esto a nadie.

Mambei, con expresión satisfecha, se guardó el dinero en un bolsillo de la manga.

—La verdad es que no ha sido tan difícil —comentó—. Tu plan ha funcionado a la perfección.

—¡Ah! Ha sido algo digno de verse. Está asustada, ¿eh?

—Ni siquiera ha podido correr. Se ha quedado ahí pasmada. ¡Ja, ja! Pero quizá... lo que hemos hecho está bastante mal.

—¿Por qué está mal? ¡Si supieras cuánto he tenido que sufrir!

—Sí, sí, ya me lo contaste.

—Bueno, no puedo perder el tiempo aquí. Volveré a verte uno de estos días. Ven a visitarnos en Shimonoshō.

—Ten cuidado con el camino, es bastante escabroso —le gritó por encima del hombro mientras empezaba a bajar la larga y oscura escalera.

Al cabo de un instante, Osugi oyó un grito ahogado. Giró sobre sus talones y gritó:

—¿Has sido tú, Mambei? ¿Qué ocurre?

No obtuvo respuesta.

Osugi corrió a lo alto de las escaleras. Emitió un leve grito y entonces retuvo el aliento mientras miraba, forzando la vista, la sombra erguida junto al cuerpo caído y la espada, goteante de sangre, inclinada hacia abajo desde la mano de la sombra.

—¿Qui..., quién está ahí?

No le respondieron.

—¿Quién eres? —preguntó con la voz seca y tensa, pero los años no habían disminuido su jactancia.

La risa sacudió ligeramente los hombros del desconocido.

—Soy yo, vieja bruja.

—¿Quién eres tú?

—¿No me reconoces?

—Jamás había oído antes tu voz. Supongo que eres un ladrón.

—Ningún ladrón se molestaría en robar a una vieja tan pobre como tú.

—Pero me has estado vigilando, ¿no es cierto?

—En efecto.

—¿A mí?

—¿Por qué lo preguntas dos veces? No habría recorrido todo el camino hasta Mikazuki para matar a Mambei. He venido para darte una lección.

—¡Aaag! —El sonido fue como si a Osugi le hubiera reventado la tráquea—. Te has equivocado de persona. ¿Quién eres, a fin de cuentas? Me llamo Osugi y soy la viuda de la familia Hon'iden.

—¡Ah, cuánto me alegro de oírte decir eso! Así recobro todo mi odio. ¡Bruja! ¿Te has olvidado de Jōtarō?

—¿Jō... jō... tarō?

—En tres años, un recién nacido deja de ser un bebé y se convierte en un niño de tres años. Tú eres un árbol viejo, yo soy un arbolillo. Siento decírtelo, pero ya no puedes seguir tratándome como a un mocoso.

—Pero eso no puede ser cierto. ¿Eres de veras Jōtarō?

—Deberías pagar por toda la aflicción que has causado a mi maestro a lo largo de los años. Él te evitó sólo porque eres vieja y no quería hacerte daño. Te aprovechaste de eso, viajando por todas partes, yendo incluso a Edo, donde esparciste rumores malignos sobre su persona y actuaste como si tuvieras una razón legítima para vengarte de él. Incluso llegaste a impedir su nombramiento para un buen puesto.

Osugi le escuchaba en silencio.

—Pero tu despecho no terminó ahí. Acosaste a Otsū e intentaste lastimarla. Creía que por fin habías cejado en tus malignos empeños, retirándote a Miyamoto. Pero sigues en ello, utilizando a ese Mambei para llevar a cabo alguna estratagema contra Otsū.

Osugi seguía sin decir nada.

—¿Es que no te cansas nunca de odiar? Me sería muy fácil partirte de un tajo en dos mitades, pero por suerte para ti ya no soy el hijo de un samurai errante. Mi padre, Aoki Tanzaemon, ha regresado a Himeji y, desde la pasada primavera, está sirviendo en la Casa de Ikeda. Para evitar que el deshonor caiga sobre él, me abstendré de matarte.

Jōtarō dio un par de pasos hacia ella. Osugi, incapaz de decidir si debía creerle o no, retrocedió y miró a su alrededor en busca de una escapatoria. Creyendo ver una, corrió hacia el sendero que los hombres habían tomado. Jōtarō dio un salto y la agarró por el cuello.

Ella abrió mucho la boca y gritó:

—¿Qué crees que estás haciendo?

Giró sobre sus talones y, desenvainando su espada en el mismo movimiento, intentó asestarle un golpe y falló.

Mientras esquivaba el golpe, Jōtarō la empujó con violencia hacia adelante. La cabeza de la mujer golpeó contra el suelo.

—Así que has aprendido una o dos cosas, ¿eh? —le dijo gimiendo, con el rostro semioculto en la hierba.

Parecía incapaz de apartar de su mente la idea de que Jōtarō ya no era un niño.

Jōtarō soltó un gruñido y aplicó un pie a la espina dorsal de la anciana, que parecía muy frágil, al tiempo que le retorcía sin piedad un brazo alrededor de la espalda.

La arrastró hasta la parte delantera del santuario y la inmovilizó con un pie, pero no pudo decidir qué iba a hacer con ella.

Tenía que pensar en Otsū. ¿Dónde estaba? Se había enterado de su presencia en Shikama casi por accidente, aunque bien pudiera ser que sus karmas respectivos estuvieran entrelazados. Junto con la rehabilitación de su padre, Jōtarō había recibido un nombramiento. Cuando estaba realizando una de las gestiones de su cargo, tuvo un atisbo, a través de una brecha en una valla, de una mujer que se parecía a Otsū. Dos días después regresó a la playa y comprobó que su impresión había sido correcta.

Si bien agradecía a los dioses que le hubieran conducido a Otsū, su odio hacia Osugi, latente desde hacía mucho tiempo, por su manera de tratar a Otsū, había despertado. Si no eliminaba a la anciana, sería imposible que Otsū viviera en paz. La tentación era fuerte, pero matarla habría mezclado a su padre en una disputa con una familia de samurais rurales. Eran gentes fastidiosas incluso cuando no tenían ningún contencioso; si les ofendía un vasallo directo de un daimyō, no había duda de que causarían perturbaciones.

Finalmente, decidió que lo mejor sería castigar a Osugi rápidamente y luego dirigir sus esfuerzos a rescatar a Otsū.

—Conozco el lugar apropiado para ti —le dijo—. Ven conmigo.

Osugi se aferró con todas sus fuerzas al suelo, a pesar de los intentos de Jōtarō de arrastrarla. Cogiéndola por la cintura, la llevó bajo el brazo a la parte trasera del templo. La ladera de la colina había sido deforestada cuando se construyó el santuario, y había allí una pequeña cueva, cuya entrada era lo bastante grande para que una persona pudiera entrar arrastrándose.

Otsū veía una luz solitaria a lo lejos. Por lo demás, todo estaba sumido en una negrura intensa, montañas, campos, arroyos, el puerto de Mikazuki, que acababan de cruzar por un sendero rocoso. Los dos hombres que iban en cabeza tiraban de la cuerda con la que habían atado a la joven, como si fuese una criminal.

Cuando se aproximaban al río Sayo, el hombre que iba detrás de ella dijo:

—Esperad un momento. ¿Qué le habrá ocurrido a la vieja? Dijo que vendría con nosotros.

—Sí, ya debería habernos dado alcance.

—Podríamos hacer un alto aquí durante unos minutos, o seguir hasta Sayo y esperar en la casa de té. Probablemente todos estarán durmiendo, pero podemos despertarles.

—Vayamos allí y esperemos. Tomaremos una o dos tazas de sake.

Buscaron a lo largo del río un lugar somero para vadearlo. Apenas habían empezado a cruzarlo cuando oyeron una voz que les llamaba a lo lejos. La llamada se repitió uno o dos minutos después, desde mucho más cerca.

—¿La anciana?

—No, parece una voz masculina.

—Entonces no puede tener nada que ver con nosotros.

El agua estaba tan fría como una hoja de espada, sobre todo para Otsū. Cuando oyeron el sonido de apresuradas pisadas, su perseguidor estaba casi encima de ellos. Chapoteando bruscamente, les empujó a la otra orilla y allí les hizo frente.

—¿Otsū? —llamó Jōtarō.

Temblando por la rociada de agua fría que había caído sobre ellos, los tres hombres rodearon a Otsū y se mantuvieron donde estaban.

—No os mováis —gritó Jōtarō, con los brazos extendidos.

—¿Quién eres?

—No importa. ¡Soltad a Otsū!

—¿Estás loco? ¿No sabes que meterte donde no te llaman puede costarte la vida?

—Osugi acaba de decirme que me entreguéis a Otsū.

—¡Mientes como un bellaco!

Los tres hombres se rieron al unísono.

—Os equivocáis. Mirad esto.

Les tendió un papel de seda con unos caracteres de puño y letra de Osugi. El mensaje era breve: «Las cosas han salido mal. No podéis hacer nada. Entregad Otsū a Jōtarō y luego venid a buscarme».

Los hombres, cejijuntos, miraron a Jōtarō y avanzaron por la orilla.

—¿Es que no sabéis leer? —les preguntó Jōtarō en tono burlón.

—Calla. Supongo que eres Jōtarō.

—En efecto, ése es mi nombre, Aoki Jōtarō.

Otsū le había estado mirando fijamente, temblando ligeramente a causa del temor y la duda. Entonces, sin saber apenas lo que hacía, se echó a gritar, se atragantó y cayó hacia adelante.

El hombre que estaba más próximo a Jōtarō gritó:

—¡Se le ha aflojado la mordaza! ¡Atádsela bien! —Entonces se dirigió a Jōtarō en tono amenazante—: Ésta es la caligrafía de la anciana, no hay duda de ello, pero ¿qué le ha sucedido? ¿Qué significa eso de que vayamos en su busca?

—Es mi rehén —replicó Jōtarō altivamente—. Entregadme a Otsū y os diré dónde está.

Los tres hombres intercambiaron miradas.

—¿Acaso intentas tomarnos el pelo? —le preguntó uno de ellos—. ¿Sabes quiénes somos? Cualquier samurai de Himeji, si es de ahí de donde procedes, conoce la casa Hon'iden de Shimonoshō.

—Sí o no... ¡Responded! Si no me entregáis a Otsū, dejaré a la anciana donde está hasta que se muera de hambre.

—¡Bastardo asqueroso!

Uno de los hombres cogió a Jōtarō y otro desenvainó su espada y se colocó en posición de combate. El primero gruñó:

—Sigue diciendo esa clase de idioteces y te rompo el cuello. ¿Dónde está Osugi?

—¿Me entregaréis a Otsū?

—No.

—Entonces no la encontraréis. Entregadme a Otsū y podremos zanjar este asunto sin que nadie reciba daño alguno.

El hombre que había cogido a Jōtarō le empujó adelante e intentó hacerle la zancadilla.

Utilizando la fuerza de su adversario, Jōtarō le lanzó por encima de su hombro. Pero un instante después, estaba sentado en el suelo, agarrándose el muslo derecho. El hombre había desenvainado su espada y golpeado con un movimiento como de siega. Por suerte, la herida no era profunda. Jōtarō se puso en pie al mismo tiempo que su atacante. Los otros dos hombres avanzaron hacia él.

—No le matéis. Lo necesitamos vivo para poder rescatar a Osugi.

Jōtarō perdió con rapidez su renuencia a verse implicado en un derramamiento de sangre. En un momento determinado de la refriega que siguió, los tres hombres lograron derribarle al suelo. Jōtarō lanzó un rugido y recurrió a la misma táctica que momentos antes sus adversarios habían usado contra él. Sacando velozmente su espada corta, atravesó el vientre del hombre que estaba a punto de caer sobre él. La mano y el brazo de Jōtarō, casi hasta el hombro, se volvieron tan rojos como si lo hubiera sumergido en un barril de vinagre de ciruelas, pero su mente estaba libre de todo pensamiento y ocupada tan sólo por el instinto de conservación.

De nuevo en pie, gritó y golpeó hacia abajo al hombre que tenía delante. La hoja le alcanzó en la clavícula y, desviándose al lado, cortó un trozo de carne del tamaño de un filete de pescado. El hombre lanzó un grito y agarró la empuñadura de su espada, pero era demasiado tarde.

—¡Hijos de perra! ¡Hijos de perra!

Gritando con cada tajo y estocada, Jōtarō mantuvo a raya a los otros dos, y entonces logró herir gravemente a uno de ellos.

Los hombres habían dado por sentada su superioridad, pero ahora perdieron el dominio de sí mismos y empezaron a agitar los brazos sin coordinación.

Otsū, fuera de sí, corría en círculos, retorciendo frenéticamente las ligaduras de sus manos.

—¡Que venga alguien! ¡Salvadle!

Pero sus palabras pronto se perdían, ahogadas por el sonido del río y la voz del viento.

De repente comprendió que, en vez de pedir ayuda, debía confiar en sus propias fuerzas. Lanzando un débil grito de desesperación, se dejó caer al suelo y restregó la soga contra el afilado ángulo de una roca. La cuerda sólo era de paja trenzada recogida al lado del camino, y se rompió fácilmente.

Otsū, libre por fin, cogió unas piedras y corrió al lugar de la pelea.

—¡Jōtarō! —gritó, mientras arrojaba una piedra a la cara de un hombre—. También estoy aquí. ¡Toda irá bien! —Lanzó otra piedra—. ¡Aguanta, por favor! —Lanzó una piedra más, pero, al igual que las anteriores, no dio en el blanco. Corrió en busca de más proyectiles.

—¡Esa zorra!

Uno de los hombres se zafó de Jōtarō y, en dos saltos, llegó detrás de Otsū. Estaba a punto de descargar el romo borde de su espada en la espalda de la mujer, cuando Jōtarō le dio alcance y hundió tanto su espada en la parte inferior de la espalda del atacante que la punta de la hoja le salió por el ombligo.

El otro hombre, herido y aturdido, empezó a escabullirse, y luego echó a correr, tambaleándose.

Jōtarō apoyó con firmeza un pie a cada lado del cadáver, extrajo la espada y gritó:

—¡Detente!

Cuando empezaba a perseguirle, Otsū se abalanzó sobre él y, cogiéndole con fuerza, le dijo:

—¡No lo hagas! No debes atacar a un hombre malherido cuando huye.

El ardor de su súplica sorprendió a Jōtarō, el cual no podía imaginar qué capricho psicológico le hacía simpatizar con un hombre que hacía tan poco tiempo la había atormentado.

—Quiero saber qué has hecho durante todos estos años —le dijo Otsū—. También yo tengo cosas que contarte, y tenemos que marcharnos de aquí tan rápido como podamos.

Jōtarō accedió en seguida, pues sabía que si la noticia del incidente llegaba a Shimonoshō, los miembros de la familia Hon'iden rodearían el pueblo para buscarles.

—¿Puedes correr, Otsū?

—Sí, no te preocupes por mí.

Y corrieron, en efecto, corrieron sin parar en la oscuridad, hasta que se quedaron sin aliento. Ambos tenían la sensación de revivir los viejos tiempos, cuando eran tan sólo una niña y un niño que recorrían juntos su camino.

Las únicas luces visibles en Mikazuki eran las de la posada. Una brillaba en el edificio principal, donde sólo un poco antes un grupo de viajeros —un mercader de metales cuyo negocio le llevaba a las minas locales, un vendedor de hilo procedente de Tajima, un sacerdote itinerante— habían estado sentados, hablando y riendo. Todos se habían acostado ya.

Jōtarō y Otsū se sentaron a conversar junto a la otra luz, en una pequeña habitación independiente donde vivía la madre del posadero, entre su rueca y los recipientes donde hervía los gusanos de seda. El posadero sospechaba que la pareja a la que acababa de conceder alojamiento eran amantes fugados, pero de todos modos aderezó la estancia para ellos.

—Así que no volviste a ver a Musashi en Edo —decía Otsū, la cual le había relatado sus andanzas en los últimos años.

Entristecido al saber que ella no había visto a Musashi desde aquel día en la carretera de Kiso, a Jōtarō le resultaba difícil hablar. No obstante, pensó que podía ofrecerle un rayo de esperanza.

—No es mucho para seguir adelante —le dijo—, pero en Himeji oí el rumor de que Musashi iría pronto allí.

—¿A Himeji? ¿Es posible que sea cierto? —dijo ella, ansiosa de aferrarse incluso a un clavo ardiendo.

—No es más que lo que dice la gente, pero los hombres de nuestro feudo hablan como si ya estuviera decidido. Dicen que pasará por allí camino de Kokura, donde ha prometido aceptar un desafío de Sasaki Kojirō. Es uno de los servidores del señor Hosokawa.

—También yo he oído algo parecido, pero no encontraba a nadie que tuviera noticias de Musashi o que supiera por lo menos dónde estaba.

—Bueno, el rumor que corre en los alrededores del castillo de Himeji probablemente es cierto. Parece ser que Hanazono Myōshinji, de Kyoto, que tiene estrechas relaciones con la Casa de Hosokawa, informó al señor Hosokawa sobre el paradero de Musashi, y Nagaoka Sado, un servidor de alto rango, entregó a Musashi la carta de desafío.

—¿Crees que sucederá pronto?

—No lo sé. La verdad es que nadie parece saberlo con exactitud. Pero si ha de ser en Kokura y si Musashi está en Kyoto, pasará por Himeji durante su viaje.

—Podría ir en barco.

Jōtarō sacudió la cabeza.

—No lo creo. Los daimyō de Himeji, Okayama y otros feudos a lo largo del Mar Interior le pedirán que pase en sus castillos una noche o más tiempo. Quieren ver qué clase de hombre es realmente y sondearle para ver si está interesado en una posición. El señor Ikeda escribió a Takuan. Luego hizo gestiones en el Myōshinji y dio instrucciones a los mayoristas de su zona para que le informen si ven a alguien que responda a la descripción de Musashi.

—Todo ello hace pensar aún más en que no viajará en barco. No hay nada que Musashi deteste más que un exceso de alharacas. Si se entera, hará cuanto pueda por evitarlo.

Otsū parecía deprimida, como si de improviso hubiera perdido toda esperanza.

—¿Qué te parece, Jōtarō? —le preguntó en tono suplicante—. Si yo fuese al Myōshinji, ¿crees que podría averiguar algo?

—Bueno, es posible, pero no debes olvidar que se trata sólo de chismorreos.

—Pero debe de haber algo de verdad en ello, ¿no crees?

—¿Tienes deseos de ir a Kyoto?

—Claro que sí, me gustaría partir ahora mismo... bueno, mañana.

—No te apresures tanto. Por ese motivo siempre pierdes a Musashi. En cuanto oyes un rumor, lo aceptas como si fuese un hecho fidedigno y partes al instante. Si quieres localizar un ruiseñor, tienes que mirar hacia un punto delante del lugar de donde procede su canto. Me parece que siempre vas en pos de Musashi, en lugar de prever dónde podría estar a continuación.

—Sí, es posible, pero el amor carece de lógica. —No se había detenido a pensar lo que estaba diciendo, y se sorprendió al ver que el rostro del joven se volvía carmesí al oír la palabra «amor». Recobrándose en seguida, le dijo—: Gracias por el consejo. Lo pensaré detenidamente.

—Sí, hazlo, pero entretanto regresa a Himeji conmigo.

—De acuerdo.

—Quiero que vengas a nuestra casa.

Otsū no le dijo nada.

—Por lo que dice mi padre, supongo que te conoció bastante bien hasta que abandonaste el Shippōji... No sé qué tiene pensado, pero me ha dicho que le gustaría verte una vez más y hablar contigo.

La llama de la vela amenazaba con extinguirse. Otsū se volvió y contempló el cielo bajo los estropeados aleros.

—Va a llover —dijo.

—¿A llover? Y mañana tenemos que ir a Himeji.

—¿Qué es un aguacero otoñal? Nos pondremos sombreros para la lluvia.

—Habría preferido que hiciera buen tiempo.

Cerraron los postigos contra la lluvia y la atmósfera de la habitación pronto se volvió calurosa y húmeda. Jōtarō era agudamente consciente de la fragancia femenina de Otsū.

—Ve a acostarte —le dijo—. Yo dormiré aquí.

Colocó un madero a guisa de almohada bajo la ventana y se tendió de costado, de cara a la pared.

—¿Todavía no te duermes? —rezongó Jōtarō—. Deberías hacerlo.

Se cubrió la cabeza con la fina estera, pero dio muchas vueltas antes de que cayera en un profundo sueño.

La misericordia de Kannon

Otsū permanecía sentada, escuchando el sonido del agua que caía desde una gotera en el techo. Impulsada por el viento, la lluvia azotaba bajo los aleros y contra los postigos. Pero era una lluvia de otoño y, por lo tanto, impredecible: quizá la mañana sería brillante y clara.

Entonces el pensamiento de Osugi cruzó por su mente.

«Me pregunto si estará a la intemperie bajo esta tormenta, empapada y fría. Es vieja y quizá no dure hasta mañana. Aunque sobreviva, podrían transcurrir días antes de que la encuentren. Podría morir de hambre.»

—Jōtarō —llamó en voz queda—. Despierta.

Temía que el joven hubiera cometido una crueldad, pues había oído decirles a los sicarios de la anciana que la había castigado, y había hecho de pasada una observación similar camino de la posada.

«En el fondo no es mala —se dijo—. Si me sincero con ella, uno de estos días me comprenderá... Debo ir a buscarla.»

Pensando que si Jōtarō se enfadaba, sería inevitable, abrió un postigo. La lluvia, contra la negrura del cielo, tenía una tonalidad blanca. Tras arremangarse las faldas, cogió de la pared un sombrero de corteza de bambú, se lo puso y lo ató bajo la barbilla. Entonces se echó una abultada capa pluvial sobre los hombros, se puso unas sandalias de paja y atravesó la cortina de lluvia que caía por la pendiente del tejado.

Al aproximarse al santuario donde Mambei la había dejado a merced de sus raptores, vio que los escalones de piedra que conducían al lugar sagrado se habían convertido en una cascada. En lo alto, el viento era mucho más intenso, aullaba entre los cedros como una jauría de perros airados.

«¿Dónde puede estar?», se preguntó, mientras escudriñaba el santuario. Llamó en el espacio oscuro debajo del edificio, pero no le llegó ninguna respuesta.

Fue a la parte trasera del edificio y permaneció allí unos minutos. El viento gimiente la azotaba como las olas en un mar tempestuoso. Poco a poco tuvo conciencia de otro sonido, casi indistinguible del fragor de la tormenta. Se detuvo un momento y empezó de nuevo.

—Ahhh. Oídme, alguien... ¿Hay alguien ahí afuera?... Aaaah.

—¡Abuela! —gritó Otsū—. ¿Dónde estás, abuela?

Como gritaba literalmente al viento, el sonido de su voz no llegaba muy lejos.

Pero, de alguna manera, su sentimiento logró entrar en comunicación con quien estaba en una situación tan apurada.

—¡Ah! Hay alguien ahí. Lo sé... Sálvame. ¡Aquí! ¡Sálvame!

En las ráfagas intermitentes de sonido que llegaban a sus oídos, Otsū oyó el grito de la desesperación.

—¿Dónde estás? —gritó con voz ronca—. ¿Dónde estás, abuela?

Corrió alrededor del santuario, se detuvo un momento y luego corrió de nuevo. Casi por accidente, reparó en lo que parecía una cueva de osos, a unos veinte pasos de distancia, cerca del pie del empinado sendero que conducía al santuario interior.

Al acercarse más, tuvo la certeza de que la voz de la anciana procedía de allí. Llegó a la entrada, se detuvo y contempló las grandes piedras que la cerraban.

—¿Quién es? ¿Quién eres tú? ¿Eres una manifestación de Kannon? Le rindo culto a diario. Apiádate de mí. Salva a una pobre anciana que ha sido encerrada aquí por un desalmado.

Las súplicas de Osugi adquirieron un tono histérico. Llorando a medias y a medias rogando, en el oscuro intervalo entre la vida y la muerte, en su mente se formó una visión de la misericordiosa diosa Kannon y dirigió a ella su fervorosa plegaria para que le permitiera seguir viviendo.

—¡Qué feliz soy! —exclamó delirante—. Kannon, la misericordiosa, ha visto la bondad de mi corazón y se ha apiadado de mí. ¡Ha venido a rescatarme! ¡Gran compasión la suya! ¡Gran misericordia! Salve la Bodhisattva Kannon, salve la Bodhisattva Kannon, salve...

Su voz se interrumpió bruscamente. Tal vez pensó que ya estaba bien, pues era natural que en su situación límite Kannon se presentara de una u otra forma en su ayuda. Ella era la cabeza de una buena familia, una buena madre, y se consideraba un ser humano recto y sin tacha. Y lo que había hecho, fuera lo que fuese, era, por supuesto, moralmente justo.

Pero entonces, al percibir que quienquiera que fuese la persona que estaba al otro lado de la cueva no era una aparición sino un ser auténtico, vivo, se relajó y, al hacerlo, perdió el conocimiento.

Otsū, al no saber qué significaba el cese repentino de los gritos de Osugi, estaba fuera de sí. Era preciso abrir de alguna manera la entrada de la cueva. Redobló sus esfuerzos, y la cinta que sujetaba su sombrero se aflojó. El viento agitó furiosamente tanto el sombrero como sus negras trenzas.

Le intrigaba cómo Jōtarō había sido capaz de colocar allí aquellas auténticas rocas. Empujó y tiró con toda la fuerza de su cuerpo, pero ni una sola se movía. Extenuada por el esfuerzo, sintió una punzada de odio hacia Jōtarō, y el alivio inicial que había experimentado al encontrar a Osugi se transformó en una inquietud que la consumía.

—Aguanta, abuela, sólo un poco más. Te sacaré de aquí.

Aunque había aplicado los labios a una grieta entre las grandes piedras, no obtuvo ninguna respuesta.

Poco a poco, llegó hasta sus oídos un débil cántico en voz baja:

O si, al encontrar diablos comedores de hombres,
dragones venenosos y demonios,
piensa en el poder de Kannon,
al instante nadie se atreverá a dañarle.
Si, rodeado de bestias malignas,
con agudos colmillos y garras aterradoras,
piensa en el poder de Kannon...

Osugi estaba recitando el Sutra sobre Kannon. Sólo la voz de la bodhisattva era perceptible para ella. Con las manos juntas, ahora estaba en paz, mientras las lágrimas se deslizaban por sus mejillas y los labios temblaban al tiempo que las palabras sagradas brotaban de sus labios.

Presa de una extraña sensación, Osugi interrumpió su cántico y aplicó un ojo a una grieta entre las piedras.

—¿Quién está ahí? —gritó—. He preguntado quién está ahí.

El viento había arrebatado a Otsū la capa pluvial. Aturdida, exhausta y cubierta de barro, se agachó y gritó:

—¿Estás bien, abuela? Soy Otsū.

—¿Quién has dicho? —preguntó la anciana con suspicacia.

—He dicho que soy Otsū.

—Ya veo. —Hubo una larga pausa de silencio antes de que la anciana hiciera la segunda pregunta incrédula—. ¿Qué quieres decir con eso de que eres Otsū?

En aquel instante, la primera oleada de la conmoción alcanzó a Osugi, diseminando bruscamente sus pensamientos religiosos.

—¿Por..., por qué has venido aquí? Ah, ya lo sé. ¡Estás buscando a ese demonio de Jōtarō!

—No. He venido a rescatarte, abuela. Por favor, olvida el pasado. Recuerdo lo buena que eras conmigo en mi infancia. Luego te volviste contra mí y trataste de hacerme daño. No te lo reprocho. Admito que he sido muy obstinada.

—Vaya, de modo que has abierto los ojos y te das cuenta de tu mal proceder. ¿No es eso? ¿Me estás diciendo que te gustaría volver a la familia Hon'iden como la esposa de Matahachi?

—Oh, no, eso no —se apresuró a decir Otsū.

—Bien, ¿entonces por qué estás aquí?

—Sentía tanta pena por ti que no podía soportarlo.

—Y ahora quieres que me sienta obligada contigo. Eso es lo que te propones, ¿no?

Otsū se quedó tan sorprendida ante esta reacción que no pudo articular palabra.

—¿Quién te ha pedido que vinieras a rescatarme? ¡No he sido yo! Y ahora no

necesito tu ayuda. Si crees que haciéndome un favor podrás impedir que siga odiándote, te equivocas. No me importa lo precaria que sea mi situación. Prefiero morir a perder mi orgullo.

—Pero abuela, ¿cómo puedes esperar que deje a una persona de tu edad abandonada en un sitio tan terrible?

—Ya estamos, la abnegada y dulce Otsū y sus amables palabras. ¿Crees que no sé lo que tú y Jōtarō os proponéis? Habéis tramado encerrarme en esta cueva para reíros de mí, y cuando salga de aquí voy a desquitarme. Vaya si lo haré, no te quepa duda.

—Estoy segura de que pronto llegará el día en que comprenderás lo que siento realmente. En cualquier caso, no puedes quedarte ahí. Enfermarás.

—Uf, estoy harta de esta tontería.

Otsū se puso en pie, y el obstáculo que había sido incapaz de mover por la fuerza fue desalojado, como si sus lágrimas hubieran tenido el poder de hacerlo. Después de que la piedra superior rodara al suelo, tuvo una facilidad sorprendente para desplazar al lado la que estaba debajo.

Pero no eran sólo las lágrimas de Otsū las que habían abierto la cueva. Osugi había empujado desde el interior, y salió con el rostro congestionado, de un rojo intenso.

Otsū, todavía tambaleándose a causa del esfuerzo, emitió un grito de júbilo, pero apenas Osugi se vio en libertad cuando agarró a la joven por el cuello. La ferocidad del ataque habría hecho pensar que su único propósito al querer mantenerse viva había sido atacar a su benefactora.

—¡Oh! Pero ¿qué haces? ¡Aaagh!

—¡Calla!

—¿Por qué..., por qué...?

—¿Qué esperabas? —respondió Osugi a gritos, derribando a Otsū al suelo con una fuerza salvaje.

Otsū estaba horrorizada, incapaz de dar crédito a lo que le ocurría.

—Ahora vámonos —gruñó Osugi, y empezó a arrastrar a la joven por el suelo empapado.

Otsū juntó las manos y dijo:

—Por favor, te lo ruego. Castígame si quieres, pero no debes quedarte bajo esta lluvia.

—¡Qué idiotez! ¿Es que no tienes vergüenza? ¿Crees que puedes conmoverme para que me apiade de ti?

—No huiré, no lo haré... ¡Oh! ¡Me haces daño!

—Pues claro que te hago daño.

—Déjame... —Con un súbito acceso de energía, Otsū se liberó de la anciana y se puso en pie.

—¡Ah, no, de ninguna manera! —Osugi renovó al instante su ataque, agarrando el cabello de la joven. Ésta dirigió al cielo su blanco rostro, y la lluvia cayó sobre sus facciones. Cerró los ojos—. ¡Sucia ramera! ¡Cómo he sufrido todos estos años por tu culpa!

Cada vez que Otsū abría la boca para hablar o hacía un esfuerzo para liberarse, la anciana le tiraba del pelo con todas sus fuerzas. Sin soltárselo, la arrojó al suelo, la pisoteó y la emprendió a puntapiés con ella.

Entonces una expresión de sobresalto apareció en el rostro de Osugi y soltó el cabello de la joven.

—Pero ¿qué he hecho? —musitó consternada—. ¿Otsū? —la llamó con inquietud, mientras contemplaba el cuerpo inerte tendido a sus pies—. ¡Otsū!

La anciana se agachó y escrutó el rostro empapado por la lluvia, frío al tacto como un pescado. Le pareció que la muchacha no respiraba.

—Está..., está muerta.

Osugi se sentía llena de espanto. Aunque no estaba dispuesta a perdonar a Otsū, no había tenido intención de matarla. Se enderezó, gimiendo, y retrocedió.

Fue serenándose gradualmente, y no pasó mucho tiempo antes de que se dijera: «Bueno, supongo que no puedo hacer nada más que ir en busca de ayuda». Echó a andar, titubeó, dio media vuelta y regresó al lado del cuerpo. Cogió el frío cuerpo de Otsū entre sus brazos y lo arrastró a la cueva.

Pese a la angostura de la entrada, el interior era espacioso. Cerca de una pared había un lugar donde, en el pasado lejano, los peregrinos religiosos que buscaban el Camino pasaban largas horas sentados, sumidos en la meditación.

Cuando remitió la lluvia, la anciana se acercó a la entrada, y estaba a punto de salir cuando las nubes se abrieron de nuevo. Desde el arroyuelo que se deslizaba por encima de la entrada, el agua penetraba casi hasta el fondo de la cueva.

Osugi pensó que no faltaba mucho para que amaneciera. Imperturbable, se acuclilló y esperó a que la tormenta cediera de nuevo.

El hecho de hallarse en una total oscuridad con el cuerpo de Otsū empezó a afectar poco a poco su mente. Tenía la sensación de que su rostro frío y pálido la miraba acusadoramente. Al principio se tranquilizó, diciéndose: «Todo cuanto sucede está destinado a suceder. Ocupa tu lugar en el paraíso como un Buda renacido. No me guardes rencor». Pero no pasó mucho tiempo antes de que el temor y la conciencia de su tremenda responsabilidad la impulsaran a buscar refugio en la piedad. Cerró los ojos y empezó a entonar un sutra. Transcurrieron varias horas.

Cuando por fin sus labios guardaron silencio y abrió los ojos, oyó el piar de los pájaros. El aire estaba inmóvil, la lluvia había cesado. A través de la boca de la cueva se filtraba un sol dorado, que iluminaba el áspero interior.

—¿Qué es eso? —se preguntó en voz alta, mientras se incorporaba, la mirada fija

en una inscripción grabada por alguna mano anónima en el muro de la cueva.

Osugi se acercó a la inscripción y leyó:

«En el año 1544, envié a mi hijo de dieciséis años, que se llamaba Mori Kinsaku, a luchar en la batalla del castillo de Tenjinzan, en el bando del señor Uragami. No he vuelto a verle desde entonces. A causa de mi aflicción, peregrino a diversos lugares consagrados al Buda. Ahora estoy colocando en esta cueva una imagen de la Bodhisattva Kannon. Ruego que esto, y las lágrimas de una madre, protejan a Kinsaku en su vida futura. Si en tiempos futuros alguien pasa por aquí, le ruego que invoque el nombre de Buda. Éste es el vigésimo primer año desde la muerte de Kinsaku. Donante: la madre de Kinsaku, aldea de Aita».

Los caracteres erosionados resultaban difíciles de leer en algunos lugares. Habían pasado casi setenta años desde que las aldeas vecinas, Sanumo, Aita, Katsuta, fueron atacadas por la familia Amako y el señor Uragami expulsado de su castillo. Un recuerdo infantil que jamás desaparecería de la memoria de Osugi era el incendio de aquella fortaleza. Aún podía ver el negro humo elevándose oscilante en el cielo, los cadáveres de hombres y caballos cubriendo los campos y los caminos apartados durante días después de la batalla. La lucha llegó casi hasta las casas de los campesinos.

Pensando en la madre del muchacho, en su aflicción, en su vida errante, sus plegarias y ofrendas, Osugi sintió una punzada de dolor. «Debe de haber sido terrible para ella», se dijo. Se arrodilló y juntó las manos.

—Salve Buda Amida, salve Buda Amida. —Sollozaba y las lágrimas caían en sus manos, pero hasta que se hubo desahogado por completo no pensó de nuevo en el rostro de Otsū, frío e insensible bajo la luz matinal, al lado de su rodilla.

—Perdóname, Otsū. ¡He cometido un acto maligno, terrible! ¡Por favor, perdóname, te lo suplico! —Con el remordimiento reflejado en su semblante, alzó el cuerpo de Otsū y lo abrazó tiernamente—. Es aterrador..., aterrador. Cegada por el amor maternal, por la entrega a mi propio hijo, me convertí en una diablesa para la hija de otra mujer. También tú tuviste madre. Si me hubiera conocido, me habría visto como..., como un demonio repugnante... Estaba segura de que tenía razón, mas para los demás soy un monstruo maligno.

Las palabras parecían llenar la cueva y reverberar en sus oídos. Allí no había nadie, no había ojos que mirasen, oídos que escucharan. La oscuridad de la noche se había convertido en la luz de la sabiduría del Buda.

—Qué buena has sido, Otsū. Ser atormentada durante tantos largos años por esta horrible vieja loca, y, sin embargo, nunca me lo has pagado con tu odio. Has venido a pesar de todo para salvarme... Ahora lo veo todo claro. Sufrí un malentendido. La inmensa bondad de tu corazón la veía como un mal. Mi mente estaba torcida, distorsionada. Oh, perdóname, Otsū.

Apretó su rostro húmedo contra el de la muchacha.

—Ojalá mi hijo fuese tan cariñoso y bueno como tú... Abre los ojos de nuevo, ve que te estoy rogando tu perdón. Abre la boca, insúltame. Me lo merezco. Otsū..., perdóname.

Mientras contemplaba el rostro inmóvil y vertía amargas lágrimas, pasó ante sus ojos una visión de sí misma tal como debió de verla Otsū en todos aquellos atroces encuentros con ella. Comprendió lo malvada que había sido y sintió que se le encogía el corazón. Una y otra vez murmuró:

—Perdóname..., perdóname.

Incluso se preguntó si no sería lo correcto que se quedara allí sentada hasta unirse a la muchacha en la muerte.

—¡No! —exclamó con decisión—. Basta de lloros y gemidos. Quizá..., quizá no esté muerta. Si lo intento, es posible que pueda hacerla volver a la vida. Todavía es joven. Aún tiene su vida por delante.

Suavemente, volvió a depositar a Otsū en el suelo y salió de la cueva a la cegadora luz del sol. Cerró los ojos y se puso las manos alrededor de la boca, para amplificar el sonido.

—¿Dónde está todo el mundo? ¡Eh, gentes del pueblo, venid aquí! ¡Socorro!

Abrió los ojos y corrió unos pocos pasos, todavía gritando.

Hubo cierto movimiento en el bosquecillo de cedros, y luego se oyó un grito:

—¡Está ahí! ¡Sana y salva, después de todo!

Unos diez miembros del clan Hon'iden salieron del bosquecillo. Tras escuchar el relato contado por el ensangrentado superviviente de la pelea con Jōtarō la noche anterior, habían organizado un grupo de búsqueda y salido de inmediato, a pesar de la intensa lluvia. Todavía enfundados en sus capas pluviales, tenían un aspecto de suciedad.

—Ah, estás a salvo —dijo exultante el primer hombre que llegó al lado de Osugi.

Se reunieron en torno a ella, y en sus rostros se reflejó un gran alivio.

—No os preocupéis por mí —les ordenó Osugi—. Rápido, ir a ver si podéis hacer algo por esa muchacha que está en la cueva. Lleva horas inconsciente. Si no le damos alguna medicina en seguida...

Tenía la voz apagada. Casi en trance, señaló hacia la cueva. Quizá desde la muerte del tío Gon, eran aquéllas las primeras lágrimas de aflicción que vertía.

El curso de la vida

Pasaron el otoño y el invierno.

Un día, a principios del cuarto mes de 1612, los pasajeros se acomodaban en la cubierta del barco que cubría la ruta regular entre Sakai, en la provincia de Izumi, y Shimonoseki, en Nagato.

Informado de que el barco estaba a punto de zarpar, Musashi se levantó de un banco en la tienda de Kobayashi Tarōzaemon e hizo una reverencia a las personas que habían acudido a despedirle.

—Que no decaiga vuestro ánimo —les pidió cuando se reunieron con él para acompañarle durante el corto trecho hasta el embarcadero.

Hon'ami Kōetsu estaba entre los presentes. Su buen amigo Haiya Shōyū no había podido acudir por hallarse enfermo, pero le representaba su hijo Shōeki. Acompañaba a éste su esposa, una mujer cuya deslumbrante belleza hacía volver las cabezas a los transeúntes.

—Ésa es Yoshino, ¿verdad? —susurró un hombre, tirando de la manga de su compañero.

—¿De Yanagimachi?

—Humm. Yoshino Dayū, de la Ogiya.

Shōeki la había presentado a Musashi sin mencionar su nombre anterior. Por supuesto su rostro le era desconocido a Musashi, pues aquélla era la segunda Yoshino Dayū. Nadie sabía qué le había sucedido a la primera, dónde se encontraba ahora, si estaba casada o soltera. Hacía tiempo que la gente había dejado de hablar de su gran belleza. Las flores florecen, las flores decaen. En el mundo flotante del barrio licencioso, el tiempo pasaba rápidamente.

Yoshino Dayū, un nombre que evocaba recuerdos de noches con nieve, de un fuego alimentado con madera de peonía, de un laúd roto.

—Han pasado ocho años desde la primera vez que nos vimos —observó Kōetsu.

—Sí, ocho años —repitió Musashi, preguntándose adonde habrían ido a parar los años. Al embarcar tenía la sensación de que aquel día señalaba el final de una etapa de su vida.

Matahachi se hallaba entre los que habían ido a despedirle, así como varios samurais de la residencia de Hosokawa en Kyoto. Otros samurais le transmitieron los buenos deseos del señor Karasumaru Mitsuhiro, y había un grupo de entre veinte y treinta espadachines que, a pesar de la protesta de Musashi, habían ido allí porque le conocieron en Kyoto y se consideraban como sus seguidores.

Musashi se dirigía a Kokura, en la provincia de Buzen, donde se enfrentaría a Sasaki Kojirō en una prueba de habilidad y madurez. Debido a los esfuerzos de Nagaoka Sado, la fatídica confrontación, que llevaba tanto tiempo preparándose,

finalmente iba a tener lugar. Las negociaciones habían sido largas y difíciles, y fue necesario despachar muchos correos y cartas. Incluso después de que Sado hubiera corroborado el otoño anterior que Musashi se alojaba en casa de Hon'ami Kōetsu, la conclusión de las gestiones había requerido otro medio año.

Aunque sabía que se aproximaba, Musashi no había podido imaginar, ni siquiera en sus sueños más disparatados, lo que sería partir como el paladín de un número enorme de seguidores y admiradores. El tamaño de la multitud le azoraba y, además, le impedía hablar como le habría gustado hacerlo con determinadas personas.

Lo que más le sorprendía de aquella gran despedida era su absurdo. Él no había deseado ser el ídolo de nadie. Aun así, habían acudido allí para expresarle su buena voluntad. No había manera de impedírselo.

Tenía la sensación de que algunos le comprendían, y agradecía sus buenos deseos. La admiración que le profesaban le creaba una sensación de reverencia hacia ellos. Al mismo tiempo, le invadía una oleada de ese frívolo sentimiento llamado popularidad. Su reacción era casi de temor, de que la adulación se le subiera a la cabeza. Al fin y al cabo, sólo era un hombre ordinario.

Otra cosa que le molestaba era el largo preludio. Si podía decirse que tanto él como Kojirō veían adonde les conducía su relación, no era menos cierto que el mundo los había enfrentado y decretado que debían decidir de una vez por todas quién era el mejor de los dos.

Todo había comenzado con los comentarios de la gente: «He oído decir que van a hacerlo», luego: «Sí, definitivamente van a enfrentarse», y todavía más tarde: «¿Cuándo es el encuentro?». Finalmente, se había divulgado incluso el día y la hora antes de que los mismos protagonistas los hubieran decidido formalmente.

Musashi detestaba ser un héroe público. A la vista de sus hazañas, era inevitable que lo fuese, pero no era algo que él se hubiera propuesto. Lo que realmente quería era más tiempo para dedicarse a la meditación. Necesitaba desarrollar la armonía, asegurarse de que sus ideas no iban a un ritmo distinto del de su capacidad de actuar. Gracias a su tan reciente experiencia con Gudō, había avanzado un paso en el camino hacia la iluminación. Y había llegado a percibir más agudamente la dificultad de seguir el Camino..., el largo Camino a través de la vida.

«Y sin embargo...», pensó. ¿Dónde estaría si no fuese por la bondad de las personas que le apoyaban? ¿Seguiría vivo? ¿Llevaría su hatillo de ropa a la espalda? Vestía un kimono negro de mangas cortas que le había confeccionado la madre de Kōetsu. Sus sandalias nuevas, el sombrero de juncos también nuevo que llevaba en la mano, todas las pertenencias que ahora tenía consigo, eran donaciones de alguien que le valoraba. El arroz que comía había sido cultivado por otros. Vivía de los frutos de un trabajo que no era el suyo propio. ¿Cómo podría recompensar a la gente por todo lo que habían hecho por él?

Cuando sus pensamientos tomaban ese sesgo, disminuía su irritación por las exigencias que le planteaba aquella legión de seguidores. No obstante, persistía el temor a decepcionarles.

Era hora de zarpar. Se rezó para que la travesía fuese segura, se dijeron palabras finales de despedida, el tiempo invisible fluía ya entre los hombres y las mujeres en el embarcadero y el héroe que partía.

Quitaron las amarras, el barco se deslizó hacia el mar abierto, y la gran vela se desplegó como un ala contra el cielo azul intenso.

Un hombre corrió hasta el extremo del embarcadero, se detuvo y pateó el suelo, disgustado.

—¡Demasiado tarde! —rezongó—. No debería haber hecho la siesta.

Kōetsu se le aproximó y le dijo:

—¿No eres tú Musō Gonnosuke?

—Sí —replicó el interpelado, poniéndose el bastón bajo el brazo.

—Te vi cierta vez en el Kongōji de Kawachi.

—Sí, claro. Eres Hon'ami Kōetsu.

—Me alegro de que estés bien. Por lo que había oído decir, no estaba seguro de que siguieras vivo.

—¿Quién te ha dicho tal cosa?

—Musashi.

—¿Musashi?

—Sí. Se alojó en mi casa hasta ayer mismo. Tenía varias cartas de Kokura. En una de ellas, Nagaoka Sado decía que te habían hecho prisionero en el monte Kudo. Temía que pudieras haber sido herido o incluso muerto.

—Eso se debió a un error.

—También hemos sabido que Iori vive en casa de Sado.

—¡Entonces está a salvo! —exclamó, con un profundo alivio.

—Sí. Sentémonos a charlar en alguna parte.

Kōetsu condujo al fornido experto en el manejo del bastón a un local cercano. Mientras tomaban té, Gonnosuke le contó cuanto le había sucedido. Por suerte para él, tras una sola mirada Sanada Yukimura había llegado a la conclusión de que no era un espía. Gonnosuke fue liberado y los dos hombres se hicieron amigos. Yukimura no sólo le pidió disculpas por el error de sus subordinados, sino que envió a un grupo de hombres en busca de Iori.

Como no encontraron el cuerpo por ninguna parte, Gonnosuke supuso que el muchacho seguía con vida. Desde entonces se había dedicado a buscarle en las provincias vecinas. Cuando se enteró de que Musashi estaba en Kyoto y era inminente un encuentro entre él y Kojirō, intensificó sus esfuerzos. El día anterior había regresado al monte Kudo, donde Yukimura le informó de que Musashi zarparía

hoy hacia Kokura. Había temido ver a Musashi sin Iori a su lado ni tener ninguna noticia que darle sobre el muchacho, pero como ignoraba si volvería a ver vivo a su maestro, acudió al embarcadero de todos modos. Pidió disculpas a Kōetsu como si éste fuese víctima de su negligencia.

—No permitas que eso te preocupe —le dijo Kōetsu—. Dentro de unos días zarpará otro barco.

—La verdad es que deseaba viajar con Musashi. —Hizo una pausa y luego añadió con vehemencia—: Pensé que este viaje podría ser el punto decisivo en la vida de Musashi. Él se disciplina constantemente, y no es probable que sea derrotado por Kojirō. No obstante, en una pelea de esas características, nunca se sabe, pues interviene un elemento sobrehumano. Todos los guerreros tienen que enfrentarse a él. Ganar o perder depende, en parte, de la suerte.

—La verdad es que no creo que debas preocuparte. La serenidad de Musashi era perfecta. Parecía tener una absoluta confianza en sí mismo.

—Estoy seguro de que es así, pero Kojirō también tiene una gran reputación. Y, desde que entró al servicio del señor Tadatoshi, ha estado practicando y manteniéndose en forma.

—Será una prueba de fuerza entre un hombre que es un genio, pero, desde luego, un tanto engreído, y un hombre ordinario que ha pulimentado al máximo su talento, ¿no crees?

—Yo no llamaría a Musashi ordinario.

—Pero lo es, y eso es precisamente lo más extraordinario de él. No se limita a confiar en los dones naturales que pueda tener. Sabe que es ordinario y siempre trata de mejorarse. Nadie aprecia el tremendo esfuerzo que ha tenido que hacer. Ahora que sus años de adiestramiento han producido un resultado tan espectacular, todo el mundo habla de un «talento concedido por los dioses». Así es como se consuelan los hombres que no se esfuerzan demasiado.

—Te agradezco esas palabras —replicó Gonnosuke.

Tenía la sensación de que Kōetsu podría referirse a él mismo tanto como a Musashi. Mientras miraba el ancho y plácido perfil del hombre mayor, pensó: «A él también le ocurre lo mismo».

Kōetsu parecía lo que era, un hombre acomodado que se había apartado ex profeso del resto del mundo. En aquel momento sus ojos carecían del brillo que tenían cuando se concentraba en una creación artística. Ahora eran como un mar suave, en calma, sereno, bajo un cielo claro y brillante.

Un joven asomó la cabeza a la puerta y preguntó a Kōetsu:

—¿Nos vamos?

—Ah, Matahachi —respondió afablemente Kōetsu. Volviéndose a Gonnosuke, le dijo—: Me temo que debo dejarte. Mis compañeros me están esperando.

—¿Regresas por la ruta de Osaka?

—Así es. Si llegamos allí a tiempo, quisiera abordar el barco nocturno hacia Kyoto.

—Bien, en tal caso, recorreré esa distancia contigo. —En vez de aguardar al próximo barco, Gonnosuke había decidido viajar por tierra.

Los tres hombres caminaban uno al lado del otro, y su conversación apenas se desviaba de Musashi, de su condición actual y sus hazañas pasadas. En un momento determinado, Matahachi expresó preocupación.

—Confío en que Musashi venza —dijo—, pero Kojirō es muy listo. Su técnica es increíble, ¿sabéis? —Pero su voz carecía de entusiasmo. El recuerdo de su propio encuentro con Kojirō estaba demasiado vivido en su memoria.

Era la hora del crepúsculo cuando se encontraron en las atestadas calles de Osaka. De repente, Kōetsu y Gonnosuke se dieron cuenta de que Matahachi ya no estaba con ellos.

—¿Adonde puede haber ido? —inquirió Kōetsu.

Desandaron sus pasos y le encontraron en el extremo del puente. Estaba mirando, como hechizado, la orilla del río, donde las mujeres de las casas vecinas, una hilera de cabañas destartaladas cubiertas por un tejado único, lavaban utensilios de cocina, descascarillaban arroz y pelaban verduras.

—Tiene una expresión rara en el rostro —observó Gonnosuke.

Éste y Kōetsu permanecieron un poco apartados y le observaron.

—Es ella —gritó Matahachi—. ¡Akemi!

En cuanto reconoció a la mujer, el capricho del destino le causó una sorpresa indecible. Pero en seguida la situación pareció tomar un cariz distinto. El destino no hacía jugarretas, sino que se limitaba a enfrentarle con su pasado. Akemi había sido su esposa legal. También sus karmas respectivos estaban entrelazados. Mientras habitaran la misma tierra, estaban destinados a reunirse de nuevo, más tarde o más temprano.

Le había costado reconocerla. El encanto y la coquetería que la joven había tenido hasta hacía solamente un par de años, se habían desvanecido. La delgadez de su rostro era extrema, tenía el cabello sin lavar y recogido en un moño. Vestía un kimono de algodón de mangas tubulares que le llegaba un poco por debajo de las rodillas, la prenda utilitaria de todas las amas de casa urbanas de clase baja. Nada más alejado de las sedas policromas con que se ataviaba cuando se dedicaba a la prostitución.

Estaba acuclillada, en la postura típica de los buhoneros, y tenía en sus brazos un cesto de aspecto pesado, que contenía almejas, abalones y algas. La mercancía aún sin vender sugería que el negocio no era muy boyante.

Un niño como de un año de edad estaba atado a su espalda por medio de una

sucia faja de tela.

Más que cualquier otra cosa, fue el niño lo que hizo latir con más fuerza el corazón de Matahachi. Llevándose las palmas a las mejillas, contó los meses. Si el niño estaba en su segundo año, había sido concebido cuando vivían juntos en Edo... y Akemi estaba embarazada cuando los azotaron a los dos públicamente.

La luz del sol poniente, reflejándose en el río, danzaba en el rostro de Matahachi, dándole el aspecto de estar bañado en lágrimas. Era sordo al ruido y el movimiento del tráfico callejero. Akemi caminaba lentamente río abajo. Matahachi echó a correr tras ella, agitando los brazos y gritando. Kōetsu y Gonnosuke le siguieron.

—¿Adonde vas, Matahachi?

Se había olvidado por completo de los dos hombres. Se detuvo y esperó a que le dieran alcance.

—Lo siento —musitó—. A decir verdad...

¿Verdad? ¿Cómo podía explicarles lo que iba a hacer cuando ni siquiera podía explicárselo a sí mismo? En aquel momento era incapaz de aclarar sus emociones, pero finalmente logró balbucir:

—He decidido no convertirme en sacerdote..., regresar a la vida ordinaria. Aún no he sido ordenado.

—¿Volver a la vida ordinaria? —exclamó Kōetsu—. ¿Así, tan de repente? Humm. Estás raro.

—Ahora no puedo explicarlo. Aunque lo hiciera, probablemente os parecería una locura. Acabo de ver a la mujer con la que viví, y lleva un niño a la espalda. Creo que debe de ser mío.

—¿Estás seguro?

—Sí, bueno...

—Vamos, hombre, cálmate y piensa. ¿Es realmente tu hijo?

—¡Sí! ¡Soy padre! Lo siento, no sabía... Estoy avergonzado. No puedo permitir que ella siga viviendo así, vendiendo el contenido de un cesto como una vagabunda. Tengo que trabajar y ayudar a mi hijo.

Kōetsu y Gonnosuke intercambiaron miradas consternadas. Aunque no estaba del todo seguro de que Matahachi estuviera en su sano juicio, Kōetsu le dijo:

—Supongo que sabes lo que estás haciendo.

Matahachi se quitó la túnica sacerdotal que cubría su kimono ordinario y se la entregó a Kōetsu, junto con su rosario de oraciones.

—Siento molestarte, pero ¿querrás dar esto a Gudō, en el Myōshinji? Te agradecería que le dijeras que me quedaré aquí, en Osaka, conseguiré trabajo y seré un buen padre.

—¿Estás seguro de que quieres hacer eso? ¿Abandonar el sacerdocio así como así?

—Sí. De todas maneras, el maestro me dijo que podía regresar a la vida ordinaria en cualquier momento que lo deseara.

—Humm.

—Me dijo que no es necesario estar en un templo para practicar la disciplina religiosa. Es más difícil, pero, según él, es más digno de alabanza ser capaz de dominarse uno mismo y mantener la fe en medio de las mentiras, la suciedad y los conflictos..., todas las cosas desagradables del mundo exterior..., que en el entorno limpio y puro de un templo.

—Estoy seguro de que tiene razón.

—He pasado con él más de un año, pero no me ha impuesto un nombre de sacerdote. Siempre me llama simplemente Matahachi. Tal vez me suceda algo en el futuro que sea incapaz de comprender, y entonces acudiré a él de inmediato. Decídselo por mí, ¿queréis?

Tras hablarles así, Matahachi se alejó.

El barco nocturno

Una sola nube roja, que parecía un gran gallardete, se cernía a baja altura en el horizonte. Cerca del fondo del mar sin oleaje, terso como una lámina de cristal, había un pulpo.

Alrededor del mediodía una pequeña embarcación estaba amarrada en el estuario del río Shikama, discretamente fuera de la vista. Cuando aumentó la oscuridad del crepúsculo, una delgada columna de humo se elevó de un brasero de arcilla en la cubierta. Una anciana rompía ramitas y alimentaba el fuego.

—¿Tienes frío? —preguntó.

—No —respondió la muchacha, tendida en el fondo de la embarcación, detrás de unas esteras de juncos. Sacudió débilmente la cabeza, y entonces la levantó y miró a la anciana—. No te preocupes por mí, abuela. Debes cuidar de ti misma. Tienes la voz un poco ronca.

Osugi puso un recipiente de arroz sobre el brasero para preparar unas gachas.

—Lo mío no tiene importancia —le dijo—, pero tú estás enferma. Tienes que comer como es debido, o de lo contrario no tendrás fuerzas cuando llegue el barco.

Otsū retuvo una lágrima y contempló el mar. Había algunas barcas de pescadores de pulpos y un par de buques de carga. El barco de Sakai no se veía por ninguna parte.

—Se está haciendo tarde —dijo Osugi—. Dijeron que el barco llegaría antes del anochecer. —Su voz tenía un dejo quejumbroso.

La noticia de la partida del barco de Musashi se había extendido rápidamente. Cuando llegó a oídos de Jōtarō, que estaba en Himeji, éste envió un mensajero para decírselo a Osugi. La anciana, a su vez, se apresuró a ir al Shippōji, donde Otsū estaba postrada, enferma a causa de la paliza que le había dado.

Desde aquella noche terrible, Osugi le había suplicado su perdón tan a menudo y con lágrimas en los ojos, que escucharla había llegado a ser una carga pesada para Otsū. Ésta no la consideraba responsable de su enfermedad, y creía que se trataba de una recaída de la dolencia que la tuvo confinada durante varios meses en la casa del señor Karasumaru en Kyoto. Por las mañanas y las tardes tosía mucho y tenía una fiebre ligera. Había perdido peso, lo cual hacía su rostro más hermoso que nunca, pero era una belleza delicada en exceso que entristecía a quienes la veían y hablaban con ella.

No obstante, le brillaban los ojos. En primer lugar, se sentía feliz por el cambio operado en Osugi. La viuda Hon'iden finalmente había comprendido que se había equivocado con respecto a Otsū y Musashi, y era como una mujer renacida. Y Otsū tenía una esperanza surgida de la certidumbre de que el día en que vería de nuevo a Musashi estaba cercano.

Osugi había declarado: «Para compensar toda la desdicha que os he causado, me hincaré de hinojos y rogaré a Musashi que hagamos las paces. Me inclinaré ante él, me disculparé, le persuadiré». Tras anunciar a su propia familia y a todo el pueblo que el compromiso matrimonial de Matahachi con Otsū había quedado anulado, destruyó el documento que contenía la promesa de esponsales. A partir de entonces, se empeñó en decir a todo el mundo que la única persona apropiada como marido para Otsū era Musashi.

Como el pueblo había experimentado cambios a través del tiempo, la única persona a la que Otsū conocía mejor en Miyamoto era Osugi, la cual se ocupó de cuidar a la muchacha, tratando de devolverle la salud. Cada mañana y cada noche la visitaba en el Shippōji para hacerle las mismas solícitas preguntas: «¿Has comido?» «¿Has tomado la medicina?» «¿Cómo te sientes?».

Un día le dijo con lágrimas en los ojos:

—Si no hubieras vuelto a la vida aquella noche en la cueva, yo también habría querido morir allí.

Hasta entonces la anciana nunca había vacilado antes de tergiversar la verdad o decir flagrantes mentiras. Una de las últimas había sido la de que Ogin, la hermana de Musashi, se encontraba en Sayo. De hecho, nadie había visto a Ogin ni sabía nada de ella desde hacía años. Lo único que se sabía era que estaba casada y vivía en otra provincia.

Así pues, al principio las protestas de Osugi le parecieron a Otsū increíbles. Aun cuando fuese sincera, le parecía probable que su remordimiento desapareciera al cabo de un tiempo. Pero a medida que los días se convertían en semanas, la mujer mostraba más dedicación y atenciones a Otsū.

«Jamás imaginé que en el fondo fuese tan buena persona», se dijo Otsū. Y como el afecto y la amabilidad recién adquiridos de Osugi se hicieron extensivos a cuantos la rodeaban, este sentimiento era ampliamente compartido tanto por la familia como por los aldeanos, aunque muchos expresaron su asombro con menos delicadeza, diciendo, por ejemplo: «¿Qué creéis que le ha pasado a la vieja bruja?».

Incluso Osugi se maravillaba de lo amable que todo el mundo era ahora con ella. Antes, incluso las personas más próximas a ella solían encogerse de temor nada más verla. Ahora, todos le sonreían y le hablaban cordialmente. Finalmente, en una época en que el simple hecho de estar vivo era algo por lo que uno debía estar agradecido, la anciana aprendía por primera vez lo que era ser amada y respetada por el prójimo.

Uno de sus conocidos le preguntó con franqueza:

—¿Qué te ha pasado? Tu cara parece más atractiva cada vez que te veo.

Más tarde, aquel mismo día, Osugi se miró en el espejo y pensó que tal vez así era. El pasado había dejado sus huellas. Cuando se marchó del pueblo, su cabello todavía era negro entreverado de gris. Ahora era completamente blanco. No le

importaba, pues creía que su corazón, por lo menos, ahora estaba libre de negrura.

El barco en el que viajaba Musashi llegó a Shikama y, como de costumbre, atracó para descargar, cargar nuevas mercancías y pasar allí la noche.

El día anterior, después de que Otsū le informara de ello, Osugi le había preguntado:

—¿Qué vas a hacer?

—Iré allí, por supuesto.

—En ese caso, te acompañaré.

Otsū se levantó de su lecho de enferma, y antes de una hora estaban en camino. No llegaron a Himeji hasta el atardecer. Durante todo el trayecto, Osugi vigiló a Otsū como si ésta fuese una niña.

Aquella noche, en la casa de Aoki Tanzaemon, se hicieron planes para celebrar una cena en honor de Musashi en el castillo de Himeji. Suponían que, gracias a su experiencia anterior en el castillo, ahora consideraría un honor que le agasajaran de esa manera. Incluso Jōtarō lo creía así.

Tras consultar con los camaradas samurais de Tanzaemon, también se decidió que no sería conveniente que Otsū y Musashi fuesen vistos juntos, pues la gente podía concebir la idea de que ella era su amante secreta. Tanzaemon explicó el quid de la cuestión a Otsū y Osugi, y sugirió que aguardar en la embarcación era una manera discreta de que Otsū estuviera presente y, al mismo tiempo, no diera pábulo a embarazosos chismorreos.

El mar se oscureció y el color desapareció del cielo. Las estrellas empezaron a titilar. Cerca de la casa del tintorero donde vivía Otsū, un contingente de unos veinte samurais de Himeji llevaban esperando desde media tarde para recibir a Musashi.

—Quizá éste no es el día indicado —observó uno de ellos.

—No, no te preocupes por eso —dijo otro—. He enviado un hombre al agente local de Kobayashi para asegurarme.

—Eh, ése es, ¿verdad?

—Así lo parece, a juzgar por la vela.

Ruidosamente se acercaron al borde del agua.

Jōtarō les dejó y echó a correr hacia el bote amarrado en el estuario.

—¡Otsū! ¡Abuela! El barco está a la vista... ¡El barco de Musashi! —gritó a las excitadas mujeres.

—¿Lo has visto de veras? ¿Dónde? —le preguntó Otsū, la cual estuvo a punto de caer por la borda al ponerse en pie.

—Ten cuidado —le advirtió Otsū, cogiéndola por detrás.

Permanecieron una al lado de la otra, sus ojos escudriñando la oscuridad. Gradualmente un minúsculo punto distante se convirtió en una gran vela, negra a la

luz de las estrellas y que parecía deslizarse directamente hacia ellos.

—¡Ése es! —exclamó Jōtarō.

—Rápido, coge la espadilla —dijo Otsū—. Llévanos al barco.

—No hay necesidad de apresurarse. Uno de los samurais que están en la playa irá remando en busca de Musashi.

—¡Entonces tenemos que ir ahora! Una vez esté con ese puñado de hombres, Otsū no tendrá ninguna oportunidad de hablar con él.

—No podemos hacer eso. Se verán luego.

—Dedicas demasiado tiempo a preocuparte por lo que pensarán los demás samurais. Y ésa es la razón de que estemos inmovilizadas en esta barquichuela. Si he de serte sincera, creo que deberíamos haber esperado en la casa del tintorero.

—No, te equivocas. No te das cuenta de las habladurías de la gente. Tranquilízate. Mi padre y yo encontraremos alguna manera de traerle aquí. —Se detuvo a pensar un instante—. Cuando baje a la orilla, irá a casa del tintorero para descansar un poco. Entonces iré a verle y me encargaré de que venga. Vosotras esperad aquí. Pronto estaré de vuelta.

Dicho esto, echó a correr hacia la playa.

—Procura descansar un poco —dijo Osugi.

Aunque Otsū se tendió obedientemente, parecía tener dificultades para respirar.

—¿Otra vez te molesta esa tos? —le preguntó Osugi dulcemente. Se arrodilló y restregó la espalda de la muchacha—. No te preocupes. Musashi estará aquí antes de lo que crees.

—Gracias. Ahora estoy bien.

Una vez remitió el acceso de tos, se arregló y alisó el cabello, procurando parecer un poco más presentable.

A medida que transcurría el tiempo y Musashi no se presentaba, Osugi empezó a ponerse cada vez más nerviosa. Dejando a Otsū en el bote, saltó a la orilla.

Cuando la anciana estuvo fuera de su vista, Otsū empujó el jergón y la almohada detrás de unas esteras, se ató de nuevo el obi y se alisó el kimono. Las palpitaciones de su corazón no parecían en modo alguno diferentes de las que experimentara cuando era una chica de diecisiete o dieciocho años. La luz roja del fuego en el pequeño fanal, suspendido cerca de la proa, parecía atravesarle el corazón con su calor. Extendiendo su delicado y blanco brazo por encima de la borda, humedeció el peine y volvió a desrizarlo por sus cabellos. Entonces se aplicó unos polvos a las mejillas, pero tan ligeramente que casi no se notaban. Al fin y al cabo, pensó, incluso los samurais, cuando los despiertan bruscamente de un sueño profundo para que acudan a presencia de su señoría, a veces se ponen una bata y disimulan su palidez con un poco de colorete.

Lo que realmente le preocupaba era saber qué iba a decirle. Pensó con temor en

quedarse sin palabras, como le sucediera cuando se encontraron en otras ocasiones. No quería decirle nada que le irritara, por lo que tendría que andarse con pies de plomo. Él iba camino de un combate. Todo el país hablaba de ello.

En aquel importante momento de su vida, Otsū no pensaba que Kojirō podría vencer a Musashi, y, sin embargo, no existía la certeza absoluta de que su amado vencería. Podían ocurrir accidentes. Si aquel día cometía algún error, y si Musashi moría luego, ella lo lamentaría durante el resto de su vida. No le quedaría más que llorar hasta la muerte, confiando, como el antiguo emperador chino, en que se reuniría con él en la próxima vida.

Tenía algo que decirle, era imprescindible, al margen de lo que él pudiera decir o hacer. Ella había hecho acopio de las fuerzas necesarias para llegar hasta allí. Ahora el encuentro estaba cercano y el pulso le latía con violencia. Tenía tantas cosas en su mente que las palabras que deseaba decir no tomaban forma.

Osugi carecía de ese problema. Elegía las palabras que iba a emplear para pedir disculpas por su malentendido y su odio, para desahogar su corazón y pedir perdón. Como prueba de su sinceridad, se encargaría de que la vida de Otsū le fuese confiada a Musashi.

Sólo rompía la oscuridad un ocasional reflejo del agua. La quietud reinó hasta que las pisadas de Jōtarō, que llegaba corriendo, se hicieron audibles.

—Por fin has venido, ¿eh? —le dijo Osugi, que todavía estaba en pie en la orilla —. ¿Dónde está Musashi?

—Lo lamento, abuela.

—¿Que lo lamentas? ¿Qué significa eso?

—Escúchame, te lo explicaré todo.

—No quiero ninguna explicación. ¿Viene o no viene Musashi?

—No viene.

—¿No viene? —repitió la anciana, con la voz hueca, llena de decepción.

Jōtarō, que parecía muy afectado, relató lo que había sucedido, a saber, que cuando un samurai remó hasta el barco, le dijeron que éste no atracaría allí, pues no había ningún pasajero que quisiera desembarcar en Shikama. La carga había sido transferida a una chalana. El samurai había solicitado ver a Musashi, el cual se acercó a la borda y habló con el hombre, pero le dijo que no iba a desembarcar. Tanto él como el capitán querían llegar a Kokura lo más rápidamente posible.

Cuando el samurai regresó a la playa con ese mensaje, el barco ya se dirigía de nuevo al mar abierto.

—Ya ni siquiera puedes verlo —dijo Jōtarō, abatido—. Ha rodeado el pinar en el otro extremo de la playa. Lo lamento. Nadie ha tenido la culpa.

—¿Por qué no fuiste en el bote con el samurai?

—No pensé... De todos modos, ya no hay nada que hacer, es inútil hablar de ello

ahora.

—Supongo que tienes razón, pero ¡qué vergüenza! ¿Qué vamos a decirle a Otsū? Tendrás que decírselo tú, Jōtarō, yo no tengo valor para hacerlo. Puedes decirle exactamente lo que ha sucedido..., pero primero intenta calmarla, o su enfermedad se agravará.

Sin embargo, Jōtarō no tuvo ninguna necesidad de dar explicaciones. Otsū, sentada tras un trozo de estera, lo había oído todo. El golpeteo del agua contra el costado de la embarcación parecía resignar su corazón al sufrimiento.

«Si hoy no puedo verle, lo haré otro día, en otra playa», se dijo.

Creía comprender por qué Musashi no había querido desembarcar. En todo Honshu occidental y en Kyushu, Sasaki Kojirō era reconocido como el más grande de todos los espadachines. Al desafiar su supremacía, Musashi estaría ardiendo con la determinación de vencer. Su mente estaría concentrada en eso y sólo en eso.

«Pensar que ha estado tan cerca», se dijo con un suspiro. Las lágrimas se deslizaban por sus mejillas mientras contemplaba la vela invisible que se alejaba lentamente hacia el oeste. Se apoyó desconsolada en la borda del bote.

Entonces, por primera vez, tuvo conciencia de una fuerza enorme que crecía con sus lágrimas. A pesar de su fragilidad, algo en lo más profundo de su ser generaba una fuerza sobrehumana. Aunque no lo había comprendido hasta entonces, su fuerza de voluntad era indomable y le había permitido perseverar a través de los largos años de enfermedad y angustia. Su sangre agitada le coloreaba las mejillas, dándoles nueva vida.

—¡Abuela! ¡Jōtarō!

Los dos caminaron lentamente por la orilla.

—¿Qué ocurre, Otsū? —le preguntó el joven.

—Os he oído hablar.

—¿Eh?

—Sí, pero ya no voy a llorar por ello. Iré a Kokura. Estaré presente en el combate de esgrima... Podemos dar por sentado que Musashi vencerá. En caso contrario, quiero recibir sus cenizas y llevármelas conmigo.

—Pero estás enferma.

—¿Enferma? —Apartó esa idea de su mente. Parecía rebosante de una vitalidad que trascendía la debilidad de su cuerpo—. No penséis en eso. Estoy perfectamente bien. Bueno, tal vez me encuentro algo pachucha, pero hasta que vea el resultado del combate...

Por poco escaparon de sus labios las palabras «estoy decidida a no morir». Las retuvo a tiempo y se atareó haciendo los preparativos para el viaje. Cuando estuvo dispuesta, bajó del bote sin ayuda, aunque para ello tuvo que sujetarse fuertemente a la borda.

Un halcón y una mujer

En la época de la batalla de Sekigahara, Kokura era el emplazamiento de una fortaleza al mando del señor Mōri Katsunobu de Iki. Desde entonces el castillo había sido reconstruido y ampliado, y ahora tenía un nuevo señor. Sus torres y sus deslumbrantes muros blancos revelaban el poderío y la dignidad de la Casa de Hosokawa, dirigida ahora por Tadatoshi, quien había sucedido a su padre, Tadaoki.

En el breve tiempo transcurrido desde la llegada de Kojirō, el estilo Ganryū, desarrollado sobre la base que había aprendido de Toda Seigen y Kanemaki Jisai, se había extendido por toda la isla meridional de Kyushu. Incluso llegaban hombres de la isla de Shikoku para estudiar bajo su dirección, con la esperanza de que, al cabo de uno o dos años de adiestramiento, les concederían un certificado y recibirían la autorización para regresar a sus casas convertidos en maestros del nuevo estilo.

Kojirō gozaba de la estima de quienes le rodeaban, incluido Tadatoshi, a quien habían oído observar con satisfacción: «Me considero un espadachín muy bueno». En todas las dependencias de la extensa residencia Hosokawa, se convenía en que Kojirō era una persona de «carácter sobresaliente». Y cuando viajaba entre su casa y el castillo, lo hacía lujosamente, con el acompañamiento de siete lanceros. La gente abandonaba sus ocupaciones para acercarse a él y presentarle sus respetos.

Hasta su llegada, Ujiie Magoshirō, practicante del estilo Shinkage, había sido el instructor jefe de esgrima del clan, pero su estrella palideció rápidamente a medida que la de Kojirō se abrillantaba. Kojirō le trataba de un modo grandilocuente. Había dicho al señor Tadatoshi: «No debes permitir que se marche. Aunque su estilo no es vistoso, tiene cierta madurez de la que carecemos los jóvenes». Sugirió que él y Magoshirō dieran lecciones en el dōjō del castillo en días alternos, cosa que se llevó a la práctica.

En un momento determinado, Tadatoshi observó:

—Kojirō dice que el método de Magoshirō no es vistoso, sino maduro. Magoshirō afirma que Kojirō es un genio de la espada con el que no puede medirse. ¿Quién está en lo cierto? Me gustaría ver una demostración.

En consecuencia, los dos hombres accedieron a enfrentarse con espadas de madera en presencia de su señoría. A la primera oportunidad, Kojirō dejó su arma y, sentándose a los pies de su contrario, le dijo:

—No estoy a tu altura. Perdona mi presunción.

—No seas modesto —replicó Magoshirō—. Soy yo quien no es un digno adversario tuyo.

Las opiniones de los testigos estaban divididas: unos creían que Kojirō actuaba así por compasión, mientras que otros consideraban que lo hacía por interés propio. En cualquier caso, su reputación aumentó todavía más.

La actitud de Kojirō hacia Magoshirō siguió siendo caritativa, pero cada vez que alguien mencionaba en términos favorables la creciente fama de Musashi en Edo y Kyoto, se apresuraba a poner las cosas claras.

—¿Musashi? —decía en tono desdeñoso—. Ah, desde luego ha sido lo bastante mañoso para hacerse un nombre. Habla de su estilo con dos espadas, según me han dicho. Siempre ha tenido cierta capacidad natural. Dudo de que haya nadie en Kyoto u Osaka capaz de derrotarle. —Siempre daba la impresión de que se abstenía de decir más.

Cierto día, un guerrero experimentado que visitaba la casa de Kojirō, le dijo:

—Nunca he visto a ese hombre, pero la gente de Miyamoto dice que Musashi es el espadachín más grande desde Kōizumi y Tsukahara, con la excepción de Yagyū Sekishūsai, naturalmente. Todo el mundo parece pensar que, si no es el espadachín más grande, por lo menos ha alcanzado el nivel de un maestro.

Kojirō se echó a reír y sus mejillas se colorearon.

—Bueno, es que la gente está ciega —replicó mordazmente—. Por eso supongo que alguno podría considerarle un gran hombre o un espadachín experto. Eso te demuestra hasta dónde ha llegado el declive del Arte de la Guerra, con respecto tanto al estilo como a la conducta personal. Vivimos en una época en la que un buscador inteligente de publicidad puede dirigir el gallinero, al menos en lo que respecta a la gente ordinaria.

—Ni que decir tiene, yo miro las cosas de un modo diferente. Vi a Musashi cuando intentaba ganar fama en Kyoto hace unos años. Hizo una exhibición de su brutalidad y cobardía en su combate con la escuela Yoshioka en Ichijōji. La palabra cobardía no es un insulto para los de su especie. De acuerdo, el número de sus adversarios era superior, pero ¿qué se le ocurrió hacer? Puso pies en polvorosa en cuanto tuvo ocasión de hacerlo. Considerando su pasado y su petulante ambición, me parece que se trata de un hombre que ni siquiera merece que le escupan encima... ¡Ja, ja! Si un hombre que se pasa la vida tratando de aprender el Arte de la Guerra es un experto, entonces supongo que Musashi lo es. Pero un maestro de la espada..., no, eso no.

Era evidente que, al cantar de tal guisa las alabanzas de Musashi, lo hacía motivado por una afrenta personal, pero su insistencia en imponer este criterio a todo el mundo era tan vehemente que incluso sus admiradores más incondicionales empezaron a sentirse intrigados. Finalmente corrió la noticia de que existía una larga enemistad entre Musashi y Kojirō. Poco después, volaban los rumores de un combate entre los dos hombres.

Al final Kojirō presentó el desafío obedeciendo las órdenes del señor Tadatoshi. Durante los meses transcurridos desde entonces, todo el feudo Hosokawa estaba en vilo y se especulaba sobre la fecha del encuentro y cuál sería el resultado.

Iwama Kakubei, ya muy entrado en años, visitaba a Kojirō por la mañana y la noche, siempre que encontraba la menor excusa para hacerlo. Una noche, a principios del cuarto mes, cuando incluso las flores de cerezo rosadas de doble pétalo habían caído, Kakubei cruzó el jardín delantero de la casa de Kojirō, pasando junto a las azaleas de un rojo brillante que florecían en las sombras de unas rocas ornamentales. Le hicieron pasar a una habitación interior iluminada tan sólo por la escasa luz del sol poniente.

—Ah, maestro Iwama, me alegro de verte —le dijo Kojirō, quien se encontraba en el exterior, alimentando a un halcón posado en su puño.

—Te traigo noticias —le dijo Kakubei, todavía en pie—. El consejo del clan ha discutido hoy el lugar del encuentro en presencia de su señoría y han llegado a una decisión.

—Toma asiento —le dijo un sirviente desde la habitación contigua.

Con un mero gruñido a modo de agradecimiento, Kakubei se sentó y siguió diciendo:

—Se ha sugerido una serie de lugares, entre ellos Kikunonagahama y la orilla del río Murasaki, pero los han rechazado todos porque o bien eran demasiado pequeños o bien demasiado accesibles al público. Naturalmente, podríamos levantar una valla de bambú, pero ni siquiera eso impediría que la orilla del río se llenara de gente deseosa de emociones.

—Comprendo —replicó Kojirō, todavía mirando atentamente los ojos y el pico del halcón.

Kakubei había esperado que el otro recibiera su información con el aliento un tanto entrecortado, y se quedó cabizbajo. Normalmente un invitado no haría semejante cosa, pero Kakubei dijo:

—Vamos adentro. No es cuestión de tratar este asunto mientras estás aquí afuera.

—Dentro de un momento —replicó Kojirō con indiferencia—. Quiero terminar de dar su comida al ave.

—¿Es éste el halcón que el señor Tadatoshi te regaló después de que cazarais juntos el otoño pasado?

—Sí. Se llama Amayumi. Cuanto más me acostumbro a él, más me gusta.

Arrojó el resto de la comida y, enrollando el cordón con borlas rojas atado alrededor del cuello del pájaro, llamó al joven asistente que estaba detrás de él.

—Ten, Tatsunosuke, devuélvelo a su jaula.

El ave pasó de un puño a otro, y Tatsunosuke echó a andar por el espacioso jardín. Más allá del típico montículo artificial había un pinar, limitado al otro lado por una valla. El recinto se extendía a lo largo del río Itatsu. Muchos otros vasallos de Hosokawa vivían en la vecindad.

—Perdóname por haberte hecho esperar —dijo Kojirō.

—No tiene importancia. No es como si fuese un extraño. Cuando vengo aquí, casi me siento como si estuviera en casa de mi hijo.

Una doncella de unos veinte años entró en aquel momento y sirvió el té con gráciles movimientos. Dirigiendo una mirada al recién llegado, le invitó a tomar una taza.

Kakubei movió la cabeza con admiración.

—Me alegro de verte, Omitsu. Estás tan bonita como siempre.

Ella se ruborizó hasta el cuello de su kimono.

—Y tú siempre te ríes de mí —replicó antes de salir rápidamente de la estancia.

—Dices que cuanto más te acostumbras a tu halcón, más te gusta —comentó Kakubei—. ¿Y qué me dices de Omitsu? ¿No sería mejor tenerla a tu lado en vez de un ave de presa? Hace algún tiempo que deseaba preguntarte acerca de tus intenciones respecto a ella.

—¿Por casualidad ha visitado ella tu casa en una u otra ocasión?

—Admito que ha venido a hablarme.

—¡Será estúpida! No me ha dicho una sola palabra de ello. —Kojirō lanzó una mirada airada a la blanca shoji.

—No te irrites por eso. No hay ninguna razón por la que no hubiera de visitarme. —Aguardó hasta que la expresión de Kojirō se suavizó un poco, y entonces siguió diciendo—: Que una mujer esté preocupada es lo más natural. No creo que dude de tu afecto por ella, pero cualquiera en su posición se preocuparía por el futuro. ¿Qué será de ella?

—Supongo que te lo contaría todo.

—¿Por qué no habría de hacerlo? Lo más ordinario del mundo es que eso suceda entre un hombre y una mujer. Uno de estos días querrás casarte. Tienes esta gran casa y muchos servidores. ¿Por qué no?

—¿No puedes imaginar lo que diría la gente si me casara con una muchacha a la que he tenido previamente en mi casa como doncella?

—¿Qué importancia tiene eso? Desde luego, ahora no puedes abandonarla. Si no fuese una novia apropiada para ti, la situación podría ser incómoda, pero esa chica es de buena familia, ¿no? Me han dicho que es la sobrina de Ono Tadaaki.

—Sí, eso es cierto.

—Y la conociste cuando fuiste al dōjō de Tadaaki y le hiciste ver el lamentable estado en que se encontraba su escuela de esgrima.

—Sí. No me enorgullezco de ello, pero no puedo ocultarlo a alguien tan íntimo como tú. Había pensado contarte todo lo sucedido más tarde o más temprano... Como has dicho, sucedió tras mi encuentro con Tadaaki. Ya estaba oscuro cuando partí hacia mi casa, y Omitsu, que por entonces vivía con su tío, cogió un farolillo y me acompañó por la cuesta de Saikachi. Sin pensarlo dos veces, coqueteé un poco con

ella por el camino, pero ella lo tomó en serio. Cuando Tadaaki desapareció vino a verme y...

Ahora le tocó a Kakubei el turno de sentirse azorado. Hizo un gesto con la mano para hacer saber a su protegido que ya había oído lo suficiente. En realidad, sólo se había enterado muy recientemente de que Kojirō había aceptado a la muchacha en su casa antes de trasladarse de Edo a Kokura. Le sorprendía no sólo su propia ingenuidad, sino también la capacidad de Kojirō para atraer a una mujer, tener una relación sentimental con ella y mantener en secreto todo el asunto.

—Déjalo todo de mi cuenta —le dijo—. Por el momento, sería bastante inadecuado que anunciaras tu matrimonio. Lo primero es lo primero. Puede hacerse después del combate.

Como muchos otros, confiaba plenamente en que la justificación definitiva de la fama y la posición de Kojirō tendría lugar al cabo de unos días.

Recordó lo que le había llevado allí y prosiguió:

—Como te he dicho, el consejo ha decidido el lugar del encuentro. Puesto que uno de los requisitos era que esté situado dentro de los dominios del señor Tadatoshi, pero donde las multitudes no tengan fácil acceso, se ha convenido que lo ideal sería una isla. La isla elegida es una de pequeña extensión llamada Funashima, entre Shimonoseki y Moji.

Se quedó unos instantes pensativo antes de continuar.

—Tal vez sería conveniente examinar el terreno antes de que llegue Musashi. Eso podría darte cierta ventaja.

Su razonamiento consistía en que, al conocer la disposición del terreno, un espadachín podía hacerse una idea de cómo procedería la lucha, sabría hasta qué punto debía atarse fuertemente las sandalias, cómo utilizar el terreno y la posición del sol. Como mínimo, Kojirō tendría una sensación de seguridad, cosa que sería imposible si llegaba al lugar por primera vez.

Kakubei sugirió que alquilaran un bote de pesca y, al día siguiente, fuesen a ver la isla de Funashima. Pero Kojirō mostró su desacuerdo.

—Lo fundamental del Arte de la Guerra consiste en la rapidez con que uno consigue una apertura. Incluso cuando un hombre toma precauciones, a menudo sucede que su contrario las ha previsto y ha ideado formas de contrarrestarlas. Es mucho mejor abordar la situación de una manera imparcial y moverse con perfecta libertad.

Al ver la lógica de este argumento, Kakubei no volvió a mencionar la idea de ir a Funashima.

Kojirō llamó a Omitsu, la cual les sirvió sake, y los dos hombres bebieron y charlaron hasta bien entrada la noche. A juzgar por la relajación con que Kakubei tomaba su sake, era evidente que estaba satisfecho de la vida y sentía que sus

esfuerzos por ayudar a Kojirō habían sido recompensados.

Entonces le habló como haría un padre orgulloso.

—Creo que sería correcto decírselo a Omitsu. Cuando esto haya terminado, podemos invitar a sus parientes y amigos aquí para la ceremonia matrimonial. Está muy bien que te entregues con ahínco a la espada, pero también debes tener una familia para que tu nombre se perpetúe. Cuando te hayas casado, sentiré que he cumplido con mi deber hacia ti.

Al contrario que el viejo y alegre servidor del señor feudal, con muchos años de servicio a sus espaldas, Kojirō no mostraba ningún signo de embriaguez. Pero de todos modos, últimamente tendía al silencio. Una vez se decidieron los pormenores del combate, Kakubei sugirió y Tadatoshi aceptó que liberasen a Kojirō de sus deberes. Al principio había disfrutado de un ocio desacostumbrado, pero a medida que se aproximaba el día señalado y acudían más visitantes, se vio obligado a agasajarles. Últimamente eran pocas las ocasiones en que podía descansar. No obstante, era reacio a encerrarse y hacer que los sirvientes rechazaran a la gente en la puerta. Si hiciera tal cosa, la gente pensaría que había perdido su compostura.

La idea que se le ocurrió fue la de ir al campo a diario, con el halcón sobre el puño enguantado. Cuando el tiempo era bueno, caminar por campos y montañas con el ave por única compañía era beneficioso para su espíritu.

Cuando los ojos azul intenso del halcón, siempre alertas, localizaban una presa en el cielo, Kojirō lo soltaba. Entonces sus propios ojos, igualmente alerta, lo seguían mientras remontaba el vuelo y se lanzaba sobre su víctima. Hasta que las plumas empezaban a caer al suelo, retenía el aliento, inmóvil, como si él mismo fuese el halcón.

—¡Estupendo! ¡Así se hace! —exclamaba cuando el halcón mataba a su presa.

Había aprendido mucho del ave rapaz, y como resultado de aquellas excursiones de caza, su semblante mostraba más confianza a cada día que pasaba.

Al regresar a casa por la noche, se encontraba con Omitsu, cuyos ojos estaban hinchados de tanto llorar. A Kojirō le dolían los esfuerzos que hacía la muchacha para disimular su llanto. A él le parecía inconcebible que Musashi pudiera derrotarle. No obstante, la cuestión de qué sería de Omitsu si él moría en la pelea, cruzaba por su mente.

También veía la imagen de su madre fallecida, a la que apenas había dedicado un pensamiento en muchos años. Y cada noche, cuando se dormía, una visión de los ojos azules del halcón y los hinchados ojos de Omitsu acudía a visitarle, mezclada, de una manera extraña, con el recuerdo huidizo del rostro de su madre.

Antes del decimotercer día

Shimonoseki, Moji, la ciudad fortificada de Kokura... Durante los últimos días muchos viajeros habían acudido a esos lugares, pero pocos se habían marchado. Las posadas estaban al completo y los caballos se alineaban unos al lado de los otros en los postes a los que estaban atados.

El bando promulgado por las autoridades del castillo decía así:

El decimotercer día del presente mes, a las ocho en punto de la mañana, en la isla de Funashima, situada en el estrecho de Buzen, en Nagato, Sasaki Kojiro Ganryu, samurai de este feudo, por orden de su señoría, combatirá con Miyamoto Musashi Masana, rōnin de la provincia de Mimasaka.

Queda rigurosamente prohibido que los seguidores de cualquiera de los dos contendientes acudan en su ayuda y naveguen hasta Funashima. Hasta las diez de la mañana del decimotercer día no se permitirá la entrada en el estrecho a barcos de recreo, de pasajeros y de pesca. Cuarto mes [1612].

El bando fue colocado de manera bien visible en los tablones de anuncios situados en todos los cruces principales, embarcaderos y lugares de reunión.

—¿El decimotercer día? Es pasado mañana, ¿verdad?

—Gentes de todas partes vendrán a presenciar el encuentro, para poder hablar de él al regresar a sus casas.

—Claro que vendrán, pero ¿quién irá a presenciar un combate que tendrá lugar en una isla a dos millas de la costa?

—Bueno, si subes a lo alto del monte, puedes ver los pinares de Funashima. La gente vendrá de todos modos, aunque sólo sea para contemplar embobados los barcos y las multitudes en Buzen y Nagato.

—Espero que siga haciendo buen tiempo.

Debido a las restricciones de las actividades marítimas, los barqueros que, en otras circunstancias, habrían obtenido unos buenos beneficios, no podían trabajar. Sin embargo, los viajeros y los habitantes de las poblaciones vecinas vencieron los obstáculos, afanándose por encontrar lugares adecuados desde donde pudieran tener un atisbo de la excitación reinante en Funashima.

Hacia mediodía del undécimo día, una mujer que amamantaba a un bebé deambulaba arriba y abajo delante de una casa de comidas económicas, en el lugar donde la carretera de Moji entraba en Kokura.

La criatura, fatigada por el viaje, no cesaba de llorar.

—¿Tienes sueño? Anda, echa una siestecita. Vamos, vamos, duérmete, cariño.

Akemi golpeaba rítmicamente el suelo con un pie. No llevaba maquillaje alguno.

Con un niño al que alimentar, el cambio operado en su vida era considerable, pero no había nada en sus circunstancias actuales que lamentara.

Matahachi salió del local, vestido con un kimono sin mangas de color discreto. El único atisbo de la época en que aspiraba a convertirse en sacerdote era el pañuelo anudado con que se cubría la cabeza, en otro tiempo rasurada.

—Vaya, ¿qué es esto? —dijo—. ¿Todavía llorando? Deberías estar dormido. Entra, Akemi. Yo lo cogeré en brazos mientras comes. Y come mucho, para que tengas leche abundante. —Tomó al niño en brazos y empezó a tararearle una nana.

—¡Vaya, qué sorpresa! —exclamó alguien detrás de él.

—¿Eh? —Matahachi miró al hombre, incapaz de reconocerle.

—Soy Ichinomiya Gempachi. Nos conocimos hace varios años en el pinar cerca de la avenida Gojō de Kyoto. Supongo que no me recuerdas. —Matahachi siguió mirándole inexpresivamente, y Gempachi añadió—: Ibas por ahí diciendo que te llamabas Sasaki Kojirō.

—¡Ah! —exclamó Matahachi—. El monje del bastón...

—El mismo. Me alegro de volver a verte.

Matahachi se apresuró a hacer una reverencia, lo cual despertó al bebé.

—Vamos, no empieces a llorar de nuevo —le dijo en tono suplicante.

—Tal vez sabrías decirme dónde está la casa de Kojirō —dijo Gempachi—. Tengo entendido que vive aquí, en Kokura.

—Lo siento, pero no tengo la menor idea. Yo mismo soy un recién llegado.

Dos ayudantes de samurai salieron entonces del local, y uno de ellos se dirigió a Gempachi.

—Si buscas la casa de Kojirō, está al lado del río Itatsu. Si quieres, te mostraremos el camino.

—Eres muy amable. Adiós, Matahachi. Volveremos a vernos.

Los ayudantes de samurai se alejaron y Gempachi se apresuró para darles alcance.

Matahachi, al reparar en el polvo y la suciedad de las ropas del hombre, pensó: «A lo mejor ha venido hasta aquí caminando desde Kōzuke». Le impresionaba mucho que la noticia del combate se hubiera extendido hasta lugares tan lejanos. Entonces acudió a su mente el recuerdo de su encuentro con Gempachi, y se estremeció. ¡Qué inútil, qué trivial, qué sinvergüenza había sido en aquellos días! Pensar que había tenido incluso la audacia de hacer pasar como propio el certificado de la escuela Chūjō, de asumir la personalidad de... No obstante, el hecho de que pudiera darse cuenta de lo grosero que había sido era una señal esperanzadora. Por lo menos había cambiado desde entonces, y se dijo: «Supongo que incluso un estúpido como yo puede mejorar si permanece despierto y lo intenta».

Akemi, al oír de nuevo el llanto de la criatura, abandonó su comida y salió precipitadamente del local.

—Perdona —le dijo—. Lo cogeré ahora mismo.

Una mujer entrada en años y de aspecto amable se les acercó y dijo:

—¡Qué encantadora criatura! ¿Qué edad tiene? Oh, mira, se está riendo.

Como si hubiera recibido una orden, el criado que la acompañaba se agachó y contempló el rostro del bebé.

Caminaron juntos durante un trecho. Luego, cuando Matahachi y Akemi se desviaron hacia una calle lateral para buscar una posada, la mujer se detuvo.

—Ah, ¿vais por ahí? —Entonces se despidió de ellos y, casi como si acabara de ocurrírsele, les dijo—: También parecéis viajeros, pero ¿sabéis por casualidad dónde está la casa de Sasaki Kojirō?

Matahachi le dio la información que acababa de oír a los dos ayudantes de samurai. Mientras la veía alejarse, musitó sombríamente:

—Me gustaría saber qué estará haciendo mi madre en estos momentos.

Ahora que tenía un hijo propio, había comenzado a apreciar los sentimientos de su madre.

—Anda, sigamos —le dijo Akemi.

Matahachi se levantó y miró inexpresivamente a la anciana. Ésta tendría más o menos la misma edad de Osugi.

La casa de Kojirō estaba llena de invitados.

—Es una gran oportunidad para él.

—Sí, así se establecerá su reputación de una vez por todas.

—Le conocerán en todas partes.

—Eso es cierto, pero no debemos olvidar quién es su adversario. Ganryū deberá tener mucho cuidado.

Muchos habían llegado la noche anterior, y los visitantes no cabían en el gran vestíbulo, las entradas laterales, los pasillos interiores. Algunos procedían de Kyoto u Osaka, otros de Honshu occidental, incluso uno había venido desde el pueblo de Jōkyōji, en la lejana Echizen. Puesto que la casa no contaba con suficientes servidores, Kakubei había enviado algunos de los suyos para que echaran una mano. Samurais que habían estudiado bajo la dirección de Kojirō iban y venían, impacientes y expectantes.

Todos estos amigos y discípulos tenían una sola cosa en común: tanto si conocían a Musashi como si no, éste era el enemigo. El odio más virulento hacia él era el de los samurais provinciales que en alguna ocasión habían estudiado los métodos de la escuela Yoshioka. La humillación de la derrota en Ichijōji roía sus mentes y corazones. Además, la perseverante determinación con la que Musashi había avanzado en su carrera era tal que se había creado muchos enemigos. Por supuesto, los discípulos de Kojirō le despreciaban.

Un joven samurai condujo a un recién llegado desde el vestíbulo hasta el salón atestado y anunció:

—Este hombre ha viajado desde Kōzuke.

El hombre se presentó.

—Me llamo Ichinomiya Gempachi —les dijo, y ocupó modestamente su lugar entre ellos.

Un murmullo de admiración recorrió la sala, pues Kōzuke se encontraba a mil millas al nordeste. Gempachi dijo que había depositado un talismán traído desde el monte Hakuun en el altar de la casa, y hubo más murmullos de admiración.

—El decimotercer día hará buen tiempo —observó el hombre, echando un vistazo bajo los aleros al rojo sol poniente—. Hoy es el undécimo, mañana el duodécimo, pasado mañana... —Uno de los invitados se dirigió a Gempachi.

—Creo que haber venido desde tan lejos para decir una oración por el éxito de Kojirō es muy notable. ¿Tienes alguna relación con él?

—Soy un servidor de la casa de Kusanagi en Shimonida. Mi difunto maestro, Kusanagi Tenki, era el sobrino de Kanemaki Jisai. Tenki conoció a Kojirō cuando éste era todavía un chiquillo.

—Tenía entendido que Kojirō estudió bajo la dirección de Jisai.

—Eso es cierto. Kojirō procedía de la misma escuela que Itō Ittōsai. He oído decir que Ittōsai dijo muchas veces que Kojirō era un luchador brillante.

Entonces les contó cómo Kojirō había preferido rechazar el certificado de Jisai y crear un estilo propio. También les habló de lo tenaz que había sido Kojirō, incluso de niño. Gempachi siguió hablando por los codos, respondiendo a las ansiosas preguntas que le hacían con detalladas respuestas.

—¿No está aquí el sensei Ganryū? —preguntó un joven ayudante, abriéndose paso entre la muchedumbre.

Al no verle allí, fue de una habitación a otra. Estaba rezongando para sus adentros cuando tropezó con Omitsu, la cual estaba limpiando la habitación de Kojirō.

—Si estás buscando al maestro, le encontrarás en la jaula del halcón —le informó.

Kojirō estaba dentro de la jaula, mirando atentamente los ojos de Amayumi. Había alimentado al ave, le había quitado las plumas sueltas y retenido algún tiempo sobre su puño, y ahora le acariciaba afectuosamente.

—Sensei.

—¿Sí?

—Hay una mujer que dice haber venido de Iwakuni para visitarte. Ha dicho que la conocerás en cuanto la veas.

—Humm. Podría ser la hermana más joven de mi madre.

—¿A qué habitación la llevo?

—No quiero verla. No quiero ver a nadie... En fin, supongo que debo hacerlo. Es mi tía. Llévala a mi habitación.

El hombre salió y Kojirō llamó desde la puerta:

—Tatsunosuke.

—Sí, señor.

Tatsunosuke entró en la jaula y se arrodilló sobre una sola rodilla detrás de Kojirō. Era un discípulo que vivía en la casa y nunca se alejaba demasiado de su maestro.

—No queda mucho que esperar, ¿verdad? —le dijo Kojirō.

—No, señor.

—Mañana iré al castillo y presentaré mis respetos al señor Tadatoshi, a quien no he visto recientemente. Luego, quiero pasar la noche tranquilo.

—Están todos esos invitados. ¿Por qué no te niegas a verlos a fin de que puedas descansar bien?

—Eso es lo que pienso hacer.

—Hay tanta gente aquí que podrías ser derrotado por los mismos que te apoyan.

—No pienses así. Han venido desde cerca y lejos... Que gane o pierda depende de lo que ocurra en la hora señalada. No es del todo una cuestión del destino, pero de todos modos... Así les sucede a los guerreros, una veces ganan y otras pierden. Si Ganryū muere, encontrarás dos testamentos en mi escritorio. Darás uno de ellos a Kakubei y el otro a Omitsu.

—¿Has hecho testamento?

—Sí. Es conveniente que un samurai tome esa precaución. Y una cosa más. El día de la pelea, estoy autorizado a tener un ayudante. Quiero que seas tú. ¿Vendrás conmigo?

—Es un honor que no merezco.

—Amayumi también —dijo, mirando al halcón—. Será un consuelo tenerle a mi lado durante la travesía en barco.

—Lo comprendo perfectamente.

—Muy bien. Ahora veré a mi tía.

Encontró a la mujer sentada en la sala de estar. En el exterior, las nubes nocturnas se habían ennegrecido, como acero recién forjado que acaba de ser enfriado. La blanca luz de una vela iluminaba la habitación.

—Gracias por venir —le dijo mientras tomaba asiento con una gran demostración de reverencia.

Tras la muerte de su madre, su tía le había criado. Al contrario que la madre, su tía no le había mimado lo más mínimo. Consciente del deber que tenía hacia su hermana mayor, se había esforzado resueltamente por convertirle en un digno sucesor del apellido Sasaki y un hombre sobresaliente por derecho propio. De todos sus

familiares, ella era la única que prestaba la mayor atención a su carrera y su futuro.

—Kojirō —empezó a decirle en tono solemne—. Comprendo que estás a punto de enfrentarte a uno de los momentos decisivos de tu vida. En casa todo el mundo habla de ello, y pensé que debía verte, por lo menos una vez más. Soy feliz al ver que has llegado tan lejos. —Mientras le hablaba comparaba al digno y acomodado samurai que tenía ante ella con el joven que se marchó de casa sin nada más que una espada.

Con la cabeza todavía inclinada, Kojirō replicó:

—Han pasado diez años. Espero que me perdones por no haberme puesto en contacto contigo. No sé si la gente me considera un hombre de éxito o no, pero la verdad es que no he conseguido, ni mucho menos, todo cuanto estoy decidido a conseguir. Por eso no te he escrito.

—No importa. Continuamente han llegado a mis oídos noticias sobre ti.

—¿Incluso en Iwakuni?

—Sí, desde luego. Allí todo el mundo está de tu parte. Si Musashi te derrotara, toda la familia Sasaki, la provincia entera, se sentiría deshonrada. El señor Katayama Hisayasu de Hōki, que se aloja como huésped en el feudo de Kikkawa, se propone traer un grupo considerable de samurais de Iwakuni para presenciar el combate.

—¿De veras?

—Sí. Supongo que se llevará una terrible decepción, puesto que no se permitirá la navegación de ningún barco... Ah, se me olvidaba. Toma, te he traído esto.

Abrió un pequeño hatillo y sacó una túnica interior doblada. Era de algodón blanco con los nombres estampados del dios de la guerra y una diosa protectora a quien los guerreros rendían culto. Un amuleto de buena suerte en sánscrito había sido bordado en ambas mangas por un centenar de admiradoras de Kojirō.

Él le agradeció reverentemente la prenda, llevándosela a la altura de la frente. Entonces le dijo:

—Debes de estar muy cansada del viaje. Puedes quedarte en esta habitación y acostarte cuando lo desees. Ahora, te ruego que me disculpes.

Dejó allí a la mujer y fue a sentarse en otra habitación, a la que pronto llegaron invitados ofreciéndole una variedad de regalos: un amuleto sagrado del santuario de Hachiman en el monte Otoko, una cota de mallas, un pescado enorme, un barril de sake. No pasó mucho tiempo antes de que apenas quedara espacio para tomar asiento.

Si bien todas aquellas personas llenas de buenos deseos eran sinceras al orar por su victoria, no era menos cierto que ocho o nueve de ellas, aunque no dudaban de que vencería, buscaban servilmente favores, con la esperanza de progresar más tarde en la realización de sus propias ambiciones.

«¿Y si yo fuese un rōnin?», se preguntó Kojirō. Aunque el servilismo le deprimía, no dejaba de causarle satisfacción el hecho de que sus seguidores confiaran y

creyeran en él.

«Debo vencer. He de superar a mi adversario.» Pensar en la victoria le ocasionaba una carga psicológica. Aunque se daba cuenta de ello, no podía evitarlo. «Vencer, vencer, vencer.» Como una ola impulsada por el viento, la palabra seguía repitiéndose sin cesar en algún lugar de su mente. Ni siquiera él podía comprender por qué el impulso primitivo de conquistar asaltaba su cerebro con semejante persistencia.

La noche fue extinguiéndose, pero un buen número de invitados se quedaron para beber y hablar. Era ya muy tarde cuando llegó la noticia.

—Musashi ha llegado hoy. Le han visto desembarcar en Moji y luego caminar por una calle de Kokura.

La reacción fue electrizante, aunque exteriorizada con discreción, en susurros excitados.

—Es razonable.

—¿No deberíamos ir algunos de nosotros allí y echar un vistazo?

Al alba

Musashi había llegado a Shimonoseki varios días antes. Puesto que no conocía a nadie allí, como tampoco nadie le conocía a él, pasó el tiempo tranquilamente, sin que le molestaran los aduladores y los chismosos.

En la mañana del undécimo día, cruzó el estrecho de Kammon hasta Moji para visitar a Nagaoka Sado y confirmar su aceptación de la hora y el lugar del combate.

Un samurai le recibió en el vestíbulo, mirándole con descaro, como si pensara: «¡Así que éste es el famoso Miyamoto Musashi!». Pero el joven se limitó a decirle:

—Mi maestro se encuentra todavía en el castillo, pero no tardará en regresar. Por favor, pasa y espérale.

—No, gracias. No tengo nada más que tratar con él. Si fueras tan amable de darle mi mensaje...

—Pero vienes desde muy lejos. Se sentirá decepcionado si no te ve. Si realmente has de irte, te ruego que por lo menos me permitas decir a los demás dónde te encuentras.

Apenas había entrado en la casa, cuando Iori apareció corriendo y se arrojó en brazos de Musashi.

—¡Sensei!

Musashi le dio unas palmaditas en la cabeza.

—¿Has estudiado como un buen chico?

—Sí, señor.

—¡Cómo has crecido!

—¿Sabías que estaba aquí?

—Sí, Sado me lo dijo en una carta. También he oído hablar de ti en casa de Kobayashi Tarōzaemon, en Sakai. Me alegro de que estés aquí. Vivir en una casa como ésta será bueno para ti.

Iori no le respondió, pero la decepción se reflejaba en su semblante.

—¿Qué te ocurre? —le preguntó Musashi—. No debes olvidar que Sado ha sido muy bueno contigo.

—Sí, señor.

—Y no caigas en la trampa de sentir lástima de ti mismo. Muchos chicos como tú, que han perdido a su padre o su madre, hacen eso. No puedes corresponder al cariño de los demás a menos que seas a tu vez cariñoso y amable.

—Sí, señor.

—Eres un chico listo, Iori, pero debes tener cuidado. No dejes que se imponga la rudeza de tu educación. Domínate, sujeta bien las riendas para controlar tus impulsos. Todavía eres un niño y tienes una larga vida por delante. Protégela cuidadosamente, consérvala hasta que puedas entregarla por una causa realmente buena, por tu país,

por tu honor, por el Camino del Samurai. Aférrate a tu vida y haz que sea honesta y valerosa.

Iori tuvo la abrumadora sensación de que aquellas palabras eran una despedida. Su intuición probablemente se lo habría dicho así aun cuando Musashi no hubiera hablado de cuestiones tan serias, pero la mención de la palabra «vida» no dejaba duda alguna. Apenas Musashi la había pronunciado cuando Iori apretó la cabeza contra su pecho. El chico sollozaba sin poder contenerse.

Musashi observó que Iori estaba muy acicalado: llevaba el cabello muy bien peinado y atado detrás de la cabeza y sus calcetines eran de un blanco inmaculado. Lamentó haberle sermoneado.

—No llores —le dijo.

—Pero y si tú...

—Deja de lloriquear. La gente va a verte.

—¿Irás..., irás a Funashima pasado mañana?

—Sí, debo hacerlo.

—Vence, por favor, vence. No puedo soportar la idea de no volver a verte.

—¡Ja, ja! ¿Lloras por eso?

—Algunos dicen que no puedes derrotar a Kojirō..., que no deberías haber accedido a batirte con él en primer lugar.

—No me sorprende. La gente siempre dice cosas así.

—Pero puedes vencerle, ¿no es cierto, sensei?

—La verdad es que no perdería mi tiempo pensando en eso.

—¿Quieres decir que estás seguro de que no vas a perder?

—Aunque pierda, te prometo que será luchando valientemente.

—Pero si crees que podrías perder, ¿por qué no te vas a alguna parte durante un tiempo?

—Siempre hay un germen de verdad en los peores chismorreos, Iori. Es posible que cometa un error, pero ahora que las cosas han llegado tan lejos, huir sería abandonar el Camino del Samurai, y eso no sólo me deshonraría a mí, sino también a muchos otros.

—Pero ¿no has dicho que debo aferrarme a mi vida y conservarla cuidadosamente?

—Sí, lo he dicho, pero si muero en Funashima, que eso te sirva de lección y evites meterte en peleas que puedan terminar con la pérdida de tu vida. —Al darse cuenta de que se estaba excediendo, cambió de tema—: Ya he pedido que transmitan mis saludos a Nagaoka Sado. Deseo que tú también lo hagas y le digas que le veré en Funashima.

Musashi apartó suavemente al muchacho, que seguía aferrado a él. Cuando se encaminaba al portal, Iori apretó con fuerza el sombrero de juncos que tenía en una

mano.

—No..., espera... —fue todo lo que pudo decir.

Se llevó la otra mano a la cara. Los sollozos sacudían sus hombros.

Nuinosuke salió por una puertecilla al lado del portal y se presentó a Musashi.

—Iori parece reacio a dejarte marchar, y yo me inclino a simpatizar con él. Estoy seguro de que tienes otras cosas que hacer, pero ¿no podrías pasar aquí una sola noche?

Musashi le devolvió la reverencia.

—Te agradezco el ofrecimiento —le dijo—, pero creo que no debo aceptarlo. Dentro de un par de días es posible que esté durmiendo para siempre. No creo que sea correcto por mi parte agobiar a los demás en estos momentos. Más tarde podría resultar embarazoso para ellos.

—Eres muy considerado, pero me temo que el maestro se enfurecerá con nosotros por haber permitido que te marcharas.

—Le enviaré una nota explicándoselo todo. Hoy sólo he venido a presentarle mis respetos. Creo que ya debo marcharme.

Al salir del portal, se volvió para encaminarse a la playa, pero antes de que hubiera recorrido medio camino oyó voces a sus espaldas que le llamaban. Miró atrás y vio a un puñado de samurais de la Casa Hosokawa, por su aspecto ya bastante mayores, dos de los cuales tenían el cabello gris. Como no reconoció a ninguno de ellos, supuso que llamaban a otra persona y siguió andando.

Cuando llegó a la orilla se detuvo y contempló el mar. Había varias barcas de pesca ancladas mar afuera, sus velas recogidas y cenicientas a la luz brumosa del crepúsculo. Más allá de la masa mayor de Hikojima, el contorno de Funashima apenas era visible.

—¡Musashi!

—Eres Miyamoto Musashi, ¿no es cierto?

Musashi se volvió hacia ellos, preguntándose que querrían de él aquellos viejos guerreros.

—No nos recuerdas, ¿verdad? Es natural, ha pasado mucho tiempo. Me llamo Utsumi Magobeinojō, y los seis somos de Mimasaka. Estuvimos al servicio de la casa de Shimmen, en el castillo de Takeyama.

—Y yo soy Koyama Handayū. Magobeinojō y yo fuimos amigos íntimos de tu padre.

Una ancha sonrisa afloró al rostro de Musashi.

—¡Vaya, esto sí que es una sorpresa!

Su acento, inequívocamente el de su pueblo natal, le evocaba muchos recuerdos infantiles. Tras hacer una reverencia a cada uno de ellos, les dijo:

—Me alegro de veros. Pero decidme, ¿cómo es que estáis aquí todos juntos, tan

lejos de casa?

—Bueno, como sabes, la Casa de Shimmen fue desmantelada después de la batalla de Sekigahara. Nos convertimos en rōnin y huimos a Kyushu, instalándonos aquí, en la provincia de Buzen. Durante algún tiempo pudimos mantenernos vendiendo protecciones de paja para las patas de los caballos. Más adelante tuvimos una racha de buena suerte.

—¿De veras? Bueno, debo decir que no esperaba encontrarme con amigos de mi padre nada menos que en Kokura.

—También es un inesperado placer para nosotros. Eres un samurai de buena planta, Musashi. Qué pena que tu padre no esté aquí para verte ahora.

Durante unos minutos los viejos samurais comentaron entre ellos la prestancia de Musashi. De repente, Magobeinojō les interrumpió.

—Estúpido de mí. Me olvidaba de por qué hemos venido en tu busca. Te hemos echado a faltar en casa de Sado. Teníamos la intención de pasar una noche contigo. Sado ha tomado todas las disposiciones.

—Es cierto —intervino Handayū—. Ha sido muy rudo por tu parte llegar a la misma puerta principal y marcharte sin ver a Sado. Eres el hijo de Shimmen Munisai, y deberías saber que ese comportamiento no es digno de ti. Anda, vente con nosotros.

Al parecer, el viejo samurai creía que haber sido amigo del padre de Musashi le autorizaba a impartir órdenes al hijo. Sin esperar respuesta, echó a andar, esperando que Musashi le siguiera.

Musashi estuvo a punto de acompañarles, pero no lo hizo.

—Lo lamento, pero creo que no debo ir —les dijo—. Pido disculpas por mi rudeza, pero creo que cometería un error yendo con vosotros.

Todos se detuvieron, y Magobeinojō dijo:

—¿Un error? ¿Qué tiene eso de malo? Queremos darte una bienvenida como es debido. En fin, somos del mismo pueblo, ya sabes.

—Sado también lo espera con ilusión. No querrás ofenderle, ¿verdad?

Magobeinojō, sintiéndose al parecer agraviado, añadió:

—¿Qué te ocurre? ¿Estás enfadado por algo?

—Quisiera ir —respondió Musashi cortésmente—, pero hay que tomar otras cosas en consideración. Aunque probablemente sólo se trata de un rumor, he oído decir que mi combate con Kojirō es un motivo de fricción entre los dos servidores más veteranos de la casa de Hosokawa, Nagaoka Sado e Iwama Kakubei. Dicen que el bando de Iwama tiene la aprobación del señor Tadatoshi, y que Nagaoka trata de reforzar su propia facción oponiéndose a Kojirō.

Los samurais emitieron murmullos de sorpresa. Musashi siguió diciendo:

—Estoy seguro de que eso no es más que pura especulación ociosa, pero aun así, las habladurías de la gente son peligrosas. Lo que le suceda a un rōnin no tiene

demasiada importancia, pero no quisiera hacer nada que dé pábulo a los rumores y levante sospechas contra Sado o Kakubei. Ambos son hombres valiosos en el feudo.

—Comprendo —dijo Magobeinojō.

Musashi sonrió.

—Bueno, por lo menos ésa es mi excusa. A decir verdad, soy un hombre del campo y se me hace cuesta arriba sentarme entre varios reunidos y hacer gala de cortesía durante toda la velada. Tan sólo quisiera descansar.

Impresionados por la consideración de Musashi hacia los demás, pero todavía reacios a separarse de él, juntaron las cabezas y discutieron la situación.

—Hoy es el día undécimo del cuarto mes —dijo Handayū—. Durante los últimos diez años, nosotros seis nos hemos reunido en esta fecha. Tenemos una regla estricta contra la admisión de personas ajenas al grupo, pero tú eres del mismo pueblo, eres el hijo de Munisai, así que quisiéramos pedirte que vengas con nosotros. Quizá no sea la clase de distracción que deberíamos ofrecerte, pero no tendrás que preocuparte por ser cortés ni por que te vean o hablen de ti.

—Si me lo planteáis así, me temo que no puedo negarme.

Su aceptación satisfizo enormemente a los viejos samurais. Tras otro breve conciliábulo, convinieron que Musashi se reuniría con uno de ellos, un hombre llamado Kinami Kagashirō, al cabo de un par de horas delante de una casa de té, y que irían por distintas direcciones.

A la hora señalada, Musashi se encontró con Kagashirō, y caminaron cerca de una milla y media desde el centro del pueblo hasta un lugar cercano al puente de Itatsu. Musashi no vio ninguna casa de samurai ni restaurantes, nada más que las luces de una taberna solitaria y una humilde posada, ambas a cierta distancia. Como siempre estaba alerta, empezó a barajar en su mente las distintas posibilidades. No había nada sospechoso en lo que los veteranos samurais le habían contado. Su edad era la apropiada, así como su dialecto. Pero ¿por qué le llevaban a un lugar tan apartado como aquél?

Kagashirō le dejó y se encaminó a la orilla del río. Entonces llamó a Musashi.

—Todos están aquí —le dijo—. Puedes bajar.

El hombre le precedió a lo largo del estrecho sendero sobre el terraplén.

«Tal vez la fiesta tiene lugar en una embarcación», pensó Musashi, sonriendo por su cautela excesiva. Pero allí no había ningún barco. Los encontró sentados sobre esteras de juncos, en postura formal.

—Perdónanos por traerte a semejante lugar —le dijo Magobeinojō—. Aquí es donde celebramos nuestra reunión. Tenemos la sensación de que una suerte especial te ha traído a nosotros. Siéntate y descansa un rato.

Sus modales eran lo bastante solemnes como para recibir a un invitado de honor en un elegante salón con shoji cubierto de plata. Empujó un trozo de estera hacia

Musashi.

Éste se preguntó si aquélla era la idea que tenían de la moderación elegante o si habría algún motivo particular para no reunirse en un lugar más público. Pero era un invitado y se sintió obligado a comportarse como tal. Hizo una reverencia, y se sentó formalmente en la estera.

—Ponte cómodo —le instó Magobeinojō—. Más tarde celebraremos una pequeña fiesta, pero primero hemos de llevar a cabo nuestra ceremonia. No tardaremos mucho.

Los seis hombres volvieron a colocarse de una manera menos informal, y cada uno cogió una gavilla de paja que habían traído consigo y procedieron a tejer protecciones para las patas de los caballos. Apretaban los labios, sin apartar los ojos de su labor, y tenían un aspecto solemne, incluso piadoso. Musashi les observó respetuosamente, percibiendo la fuerza y el fervor en sus movimientos mientras se escupían en las palmas, deslizaban la paja por sus dedos y la trenzaban.

—Supongo que así estará bien —dijo Handayū, depositando en el suelo un par terminado de protecciones equinas, al tiempo que miraba a los demás.

—También yo he terminado.

Colocaron las protecciones de paja delante de Handayū, y entonces se sacudieron y alisaron sus ropas. Handayū amontonó los objetos sobre una mesita en medio del círculo de samurais, y Magobeinojō, el más viejo, se puso en pie.

—Hoy se cumple el duodécimo año desde la batalla de Sekigahara —empezó a decir—, desde aquel día de derrota que jamás se borrará de nuestras memorias. Todos nosotros hemos vivido más de lo que teníamos derecho a esperar, y se lo debemos a la protección y la generosidad del señor Hosokawa. Debemos procurar que nuestros hijos y nietos recuerden la bondad de su señoría hacia nosotros.

El grupo prorrumpió en murmullos de asentimiento. Permanecieron sentados en actitud reverente, los ojos bajos.

—También debemos recordar la liberalidad de los jefes sucesivos de la casa de Shimmen, aunque esa gran casa ya no exista, como tampoco debemos olvidar la desgracia y la desesperanza que nos embargaban cuando llegamos aquí. A fin de recordar tales cosas, celebramos anualmente esta reunión. Ahora recemos como un solo hombre por la salud y el bienestar de todos nosotros.

Los hombres replicaron a coro:

—La bondad del señor Hosokawa, la liberalidad de la Casa de Shimmen, la merced del cielo que nos ha librado de la aflicción. No olvidaremos nada de esto durante un día.

—Ahora llevemos a cabo el homenaje —dijo Magobeinojō.

Se volvieron hacia los blancos muros del castillo de Kokura, que se recortaba débilmente contra el cielo oscuro, e hicieron una reverencia hasta tocar el suelo con la

frente. Luego se volvieron en la dirección de la provincia de Mimasaka e hicieron otra reverencia. Finalmente, se colocaron ante las protecciones equinas e hicieron una tercera reverencia. Realizaron cada uno de estos movimientos con la máxima seriedad y sinceridad.

Magobeinojō se dirigió a Musashi:

—Ahora iremos al santuario de ahí arriba y ofreceremos estas protecciones de paja. Entonces empezaremos la fiesta. Si quieres, puedes esperarnos aquí.

El hombre que iba en cabeza transportaba la mesita con los objetos de paja trenzada a la altura de la frente, y los demás le seguían en fila india. Ataron su obra a las ramas de un árbol junto a la entrada del santuario. Entonces, tras batir palmas una sola vez ante la deidad, regresaron al lado de Musashi.

La comida fue sencilla: cocido con taros, tiernos brotes de bambú con pasta de judías y pescado seco, la clase de comida que servían en las granjas de la zona. Pero el sake, las risas y la charla fueron abundantes.

Cuando la atmósfera se hizo jovial, Musashi comentó:

—Es un gran honor para mí que me hayáis invitado, pero vuestra pequeña ceremonia me ha dejado un tanto intrigado. Sin duda tiene algún significado especial para vosotros.

—En efecto —dijo Magobeinojō—. Cuando llegamos aquí como guerreros derrotados, no teníamos a nadie a quien dirigirnos. Habríamos preferido la muerte a robar, pero teníamos que comer. Finalmente se nos ocurrió la idea de montar una tienda allí, junto al puente, y hacer protecciones de paja para los caballos. Nuestras manos estaban callosas a causa del adiestramiento con la lanza, por lo que requirió cierto esfuerzo lograr que se acostumbraran a trenzar la paja. Nos dedicamos a eso durante tres años, vendiendo nuestro producto a los mozos de caballos que pasaban, y así conseguimos mantenernos.

—Los mozos de caballos llegaron a sospechar que el trenzado de paja no era nuestra ocupación habitual, y finalmente alguien habló de nosotros al señor Hosokawa Sansai, el cual, al enterarse de que éramos antiguos vasallos del señor Shimmen, nos envió a un hombre con una proposición de empleos.

Contó que el señor Sansai les había ofrecido un estipendio colectivo de cinco mil fanegas, pero ellos lo rechazaron. Estaban dispuestos a servirle de buena fe, pero consideraban que la relación entre señor y vasallo debería ser de hombre a hombre. Sansai comprendió sus sentimientos y les hizo una oferta de estipendios individuales. También se hizo cargo de la aprensión de sus servidores cuando éstos le dijeron que los seis rōnin no podrían vestirse de una manera adecuada para ser presentados a su señoría. Pero cuando le sugirieron una subvención especial para prendas de vestir, Sansai se negó, aduciendo que eso no haría más que turbarles. En realidad, sus temores eran infundados, pues aunque habían caído muy bajo, todavía eran capaces

de vestir prendas almidonadas y llevar dos espadas cuando acudieron a recibir sus nombramientos.

—No nos habría costado olvidar lo duro que había sido nuestro humilde trabajo. De no haber permanecido juntos, no habríamos vivido lo suficiente para llegar al momento en que el señor Sansai nos contrató. Jamás dejaremos de tener presente que la providencia cuidó de nosotros en esos años difíciles.

Al concluir su relato, el viejo samurai alzó una taza en dirección a Musashi y le dijo:

—Perdóname por hablar tanto de nosotros mismos. Sólo quería hacerte saber que somos hombres de buena voluntad, aun cuando nuestro sake no sea de primera calidad ni la comida muy abundante. Queremos que pasado mañana luches con denuedo. Si eres derrotado, no te preocupes, pues nosotros nos ocuparemos de enterrar tus restos.

Musashi aceptó la taza y replicó:

—Me honra hallarme entre vosotros. Es mejor que beber el sake más exquisito en la mansión más elegante. Sólo espero tener tanta suerte como vosotros habéis tenido.

—¡No esperes semejante cosa! Tendrás que aprender a hacer protecciones de paja para las patas de los caballos.

Un sonido de tierra al deslizarse interrumpió sus risas. Todos miraron hacia el terraplén, donde vieron, semejante a un murciélago, la figura de un hombre agazapado.

—¿Quién anda ahí? —gritó Kagashirō, levantándose en el acto.

Otro de los hombres se puso en pie, al tiempo que desenvainaba su espada, y ambos subieron al terraplén y escudriñaron a través de la niebla.

Kagashirō les llamó, riendo.

—Parece ser que era uno de los seguidores de Kojirō. Probablemente cree que somos los ayudantes de Musashi y tenemos una sesión de estrategia secreta. Se ha escabullido antes de que pudiésemos verle bien.

—Comprendo que los seguidores de Kojirō hagan tal cosa —observó uno de los hombres.

El ambiente seguía siendo alegre, pero Musashi decidió no quedarse más tiempo. Lo último que quería era hacer algo que más tarde pudiera causar daño a aquellos hombres. Les agradeció expresivamente su amabilidad y abandonó la reunión, caminando con despreocupación en la oscuridad.

Por lo menos parecía despreocupado.

La fría cólera de Nagaoka por haber permitido que Musashi abandonara su casa recayó sobre varias personas, pero esperó hasta la mañana del duodécimo día para enviar a unos hombres en su busca.

Cuando los hombres le informaron de que no habían podido encontrar a Musashi ni tenían idea de dónde estaba, Sado enarcó sus blancas cejas en un gesto de inquietud.

—¿Qué puede haberle ocurrido? ¿Será posible...? —No quiso concluir su pensamiento.

También el duodécimo día, Kojirō visitó el castillo y fue recibido afectuosamente por el señor Tadatoshi. Tomaron sake juntos y Kojirō se marchó muy alegre, montado en su caballo favorito.

Al anochecer el pueblo hervía de rumores.

—Probablemente Musashi se ha asustado y ha huido.

—No hay ninguna duda. Se ha marchado.

Aquella noche, Sado no pudo conciliar el sueño. Intentó convencerse a sí mismo de que no era posible, que Musashi no era hombre que huyera... No obstante, se habían dado casos de personas en apariencia dignas de confianza que, sometidas a una fuerte tensión, perdían su aplomo. Temiendo lo peor, Sado previo que habría de hacerse el seppuku, la única solución honorable si Musashi, a quien él había recomendado, no se presentaba.

Al alba brillante y clara del decimotercer día, estaba paseando por el jardín, en compañía de Iori, preguntándose una y otra vez:

—¿Me habré equivocado? ¿He juzgado mal a ese hombre?

—Buenos días, señor. —El rostro fatigado de Nuinosuke apareció en la puerta lateral.

—¿Le has encontrado?

—No, señor. Ningún posadero ha visto a nadie que se le parezca.

—¿Has preguntado en los templos?

—Los templos, el dōjō y todos los demás lugares frecuentados por los estudiantes de artes marciales. Magobeinojō y su grupo han estado fuera toda la noche y...

—Aún no han regresado —dijo Sado, frunciendo el ceño—. A través de las tiernas hojas de los ciruelos, podía ver el mar azul. Las olas parecían golpear contra su mismo pecho—. No lo entiendo.

Uno tras otro fueron regresando los hombres que habían salido en busca de Musashi, cansados y decepcionados. Se reunieron cerca de la terraza y comentaron la situación en un estado de ánimo rebosante de ira y desesperación.

Según Kinami Kagashirō, que había pasado por la casa de Sasaki Kojirō, varios centenares de seguidores se habían congregado ante el portal. La entrada estaba adornada con banderolas que ostentaban como blasón una alegre genciana, y habían colocado un biombo dorado directamente delante de la puerta por donde iba a salir Kojirō. Al amanecer, contingentes de sus seguidores habían ido a los tres santuarios principales para rogar por su victoria.

La atmósfera sombría seguía presente en casa de Sado, y la responsabilidad era especialmente dura para los hombres que habían conocido al padre de Musashi, los cuales se sentían traicionados. Si Musashi faltaba a su palabra, les sería imposible dar la cara a sus camaradas samurais y a todo el mundo.

Cuando Sado los despidió, hizo una promesa solemne:

—Encontraremos a ese bastardo, si no es hoy, será otro día. Y cuando demos con él, lo mataremos.

Sado regresó a su habitación y encendió el incienso en el pebetero, como hacía a diario, pero Nuinosuke percibió una gravedad especial en la lentitud de sus movimientos. «Se está preparando», pensó, afligido al pensar que las cosas habían llegado a semejante extremo.

En aquel momento, Iori, que estaba en el extremo del jardín, contemplando el mar, se volvió y preguntó:

—¿Habéis probado en la casa de Kobayashi Tarōzaemon?

Nuinosuke comprendió instintivamente que a Iori se le había ocurrido algo importante. Nadie había pensado en ir al establecimiento del agente marítimo, pero era exactamente la clase de lugar que Musashi elegiría para no estar a la vista.

—¡El chico tiene razón! —exclamó Sado, con los ojos brillantes—. ¡Qué estúpidos hemos sido! ¡Vamos allá en seguida!

—Yo también voy —dijo Iori.

—¿Puede venir con nosotros?

—Sí, que venga. Ahora mismo, date prisa... No, espera un momento.

Escribió rápidamente una nota e informó a Nuinosuke de su contenido: «Sasaki Kojirō navegará a Funashima en una embarcación proporcionada por el señor Tadatoshi. Llegará a las ocho de la mañana. Aún tienes tiempo para llegar a esa hora. Te sugiero que vengas aquí y hagas tus preparativos. Te facilitaré un barco para que te lleve a tu gloriosa victoria».

En nombre de Sado, Nuinosuke e Iori obtuvieron del encargado naval del feudo una embarcación rápida. Llegaron a Shimonoseki en un tiempo muy breve, y se dirigieron directamente al local de Tarōzaemon.

Preguntaron a un empleado, el cual les dijo:

—Desconozco por completo los detalles, pero parece que hay un joven samurai alojado en la casa del maestro.

—¡Eso es! Le hemos encontrado.

Nuinosuke e Iori se sonrieron mutuamente y recorrieron rápidamente la corta distancia entre el establecimiento y la casa.

Nuinosuke se encaró directamente con Tarōzaemon.

—Esto es un asunto del feudo y muy urgente. ¿Está aquí Miyamoto Musashi?

—Sí.

—Alabado sea el cielo. La preocupación por su paradero consume a mi maestro. Vamos, rápido, dile a Musashi que he venido.

Tarōzaemon entró en la casa y salió poco después.

—Aún está en su habitación, durmiendo.

—¿Durmiendo? —repitió Nuinosuke, aterrado.

—Anoche estuvo levantado hasta muy tarde, charlando conmigo mientras tomábamos sake.

—Éste no es momento de dormir. Despiértale. ¡Ahora mismo!

El agente marítimo no se dejó intimidar por tanto apresuramiento, y acompañó a Nuinosuke e Iori a una habitación para invitados antes de despertar a Musashi.

Cuando Musashi se reunió con ellos, parecía bien descansado, sus ojos límpidos como los de una criatura de meses.

—Buenos días —les dijo jovialmente mientras tomaba asiento—. ¿En qué puedo serviros?

El despreocupado saludo de Musashi quitó los humos a Nuinosuke, el cual le entregó en silencio la carta de Sado.

—Qué amable ha sido al escribirme —dijo Musashi, llevándose la carta a la frente antes de romper el sello y abrirla.

Iori perforaba con la mirada a Musashi, el cual actuaba como si el chico ni siquiera estuviera presente. Tras leer la carta, la enrolló y dijo:

—Estoy agradecido por la solicitud de Sado.

Sólo entonces miró a Iori, haciendo que el muchacho bajara la cabeza para ocultar sus lágrimas.

Musashi escribió su respuesta y se la entregó a Nuinosuke.

—Se lo he explicado todo en esta carta —le dijo—, pero de todos modos no dejes de transmitirle mi agradecimiento y mis mejores deseos.

Añadió que no tenían que preocuparse, pues él iría a Funashima en el momento oportuno.

No había nada que pudieran hacer, por lo que se marcharon. Iori no le había dicho una sola palabra a Musashi, ni éste a él. No obstante, los dos se habían comunicado con la mutua lealtad del maestro y el discípulo.

Cuando Sado leyó la respuesta de Musashi, una expresión de alivio apareció en su rostro. La carta decía:

Te agradezco profundamente tu ofrecimiento de una embarcación para ir a Funashima. No me considero digno de semejante honor. Además, no creo que deba aceptarlo. Por favor, considera que Kojirō y yo nos enfrentamos como adversarios y

que él utiliza un barco proporcionado por el señor Tadatoshi. Si yo navegara en el tuyo, parecería como si te opusieras a su señoría. No creo que debas hacer nada por mí.

Aunque debería habértelo dicho antes, no lo he hecho porque sabía que insistirías en ayudarme. Antes que implicarte, he preferido alojarme en casa de Tarōzaemon, el cual me prestará también una de sus embarcaciones para ir a Funashima, a la hora que considere apropiada. De eso puedes estar seguro.

Profundamente impresionado, Sado contempló en silencio la misiva durante un rato. Era una carta modélica, modesta, atenta, considerada, y ahora el hombre se sentía avergonzado de su agitación del día anterior.

—Nuinosuke.

—Sí, señor.

—Toma esta carta y llévasela a Magobeinojō y sus camaradas, así como a los demás concernidos.

Apenas había salido Nuinosuke, cuando entró un sirviente.

—Si has terminado con tu asunto, señor, deberías prepararte para partir —le dijo.

—Sí, claro, pero todavía hay mucho tiempo por delante —respondió Sado tranquilamente.

—No es pronto. Kakubei ya se ha ido.

—Eso es asunto suyo. Iori, ven un momento.

—Sí, señor.

—¿Eres un hombre, Iori?

—Creo que sí.

—¿Crees que podrás contener las lágrimas pase lo que pase?

—Sí, señor.

—Bien, entonces puedes ir a Funashima conmigo, como mi ayudante. Pero recuerda una cosa: es posible que tengamos que recoger el cadáver de Musashi y traerlo con nosotros. ¿Serás entonces capaz de reprimir el llanto?

—Sí, señor. Lo haré, juro que lo haré.

Apenas Nuinosuke había cruzado apresuradamente la puerta cuando se le acercó una mujer desharrapada.

—Perdona, señor, pero ¿eres un servidor de esta casa?

Nuinosuke se detuvo y la miró con suspicacia.

—¿Qué quieres?

—Discúlpame. Con este aspecto no debería estar delante de tu portal.

—Y bien, ¿entonces por qué lo haces?

—Quería preguntar..., es sobre el combate de hoy. La gente dice que Musashi ha huido. ¿Es eso cierto?

—¡Estúpida fulana! ¿Cómo te atreves? Estás hablando de Miyamoto Musashi. ¿Crees que haría semejante cosa? Espera hasta las ocho de la mañana y verás. Acabo de ver a Musashi.

—¿Le has visto?

—Dime, ¿quién eres?

Ella bajó la vista.

—Soy una conocida de Musashi.

—Humm. Pero ¿siguen preocupándote esos rumores sin fundamento? Muy bien... Tengo prisa, pero te enseñaré una carta de Musashi. —Se la leyó en voz alta, sin reparar en el hombre de ojos llorosos que miraba por encima de su hombro. Al darse cuenta, Nuinosuke volvió bruscamente la cabeza y preguntó—: ¿Y tú quién eres? ¿Qué estás haciendo aquí?

Enjugándose las lágrimas, el hombre hizo una tímida reverencia y respondió:

—Perdona. Acompaño a esta mujer.

—¿Eres su marido?

—Sí, señor. Gracias por mostrarnos la carta. Me siento como si hubiera visto a Musashi en persona. ¿No te ocurre lo mismo, Akemi?

—Sí, me siento mucho mejor. Vamos a buscar un sitio desde donde podamos observar.

La cólera de Nuinosuke se evaporó.

—Si subís a esa elevación, junto a la orilla, podréis ver Funashima. En un día tan claro como hoy, tal vez veáis incluso el banco de arena.

—Sentimos mucho haberte entretenido cuando tienes tanta prisa. Discúlpanos, por favor.

Cuando empezaban a marcharse, Nuinosuke les dijo:

—Esperad un momento. ¿Cómo os llamáis? Si no os importa, quisiera saberlo.

Ellos se volvieron e hicieron sendas reverencias.

—Me llamo Matahachi. Soy natural del mismo pueblo de Musashi.

—Mi nombre es Akemi.

Nuinosuke hizo un gesto de asentimiento y se marchó rápidamente.

La pareja se quedó mirándole unos instantes, luego intercambiaron miradas y se encaminaron a vivo paso a la elevación en la playa. Desde arriba distinguieron Funashima, que sobresalía entre otras pequeñas islas, y más allá, a lo lejos, las montañas de Nagato. Tendieron unas esteras de juncos en el suelo y se sentaron. Oían por debajo de ellos el rumor de las aguas en las que flotaban algunas agujas de pinaza. Akemi tomó el niño que llevaba a la espalda y empezó a alimentarle. Matahachi, con las manos en las rodillas, tenía la mirada fija en la distancia, por encima de las aguas.

El matrimonio

Nuinosuke fue primero a casa de Magobeinojō, le mostró la carta y le explicó las circunstancias, tras lo cual se marchó sin quedarse siquiera a tomar una taza de té, y realizó breves visitas a otras cinco casas.

Al salir de la oficina del alguacil, situada junto a la playa, se encaminó al límite de ésta y, colocándose detrás de un árbol, contempló el ajetreo que no cesaba desde primera hora de la mañana. Varios equipos de samurais ya habían salido hacia Funashima, los limpiadores del terreno, los testigos y los guardias, cada grupo en una embarcación diferente. En la playa, otro pequeño barco estaba ya aparejado en espera de Kojirō. Tadatoshi lo había mandado construir especialmente para aquella ocasión, con madera y cordajes de cáñamo nuevos.

Unas cien personas habían acudido para despedir a Kojirō. Nuinosuke reconoció a algunos amigos del espadachín. A muchos otros no los conocía.

Kojirō apuró el té y salió de la oficina del alguacil, acompañado por los guardianes. Había confiado a unos amigos su caballo favorito y caminó a través de la arena hacia el barco. Tatsunosuke le siguió de cerca. La multitud se dispuso silenciosamente en dos hileras, abriendo paso a su paladín. Al ver la indumentaria de Kojirō muchos imaginaron que ellos mismos estaban a punto de ir al combate.

Vestía un kimono de seda de mangas estrechas, blanco y con unos bordados; encima, un manto sin mangas de color rojo brillante. Su hakama de cuero, de una tonalidad violeta, era del tipo que se recoge justo por debajo de las rodillas y queda fuertemente sujeto, como unas polainas, a las pantorrillas. Parecía que sus sandalias de paja habían sido ligeramente humedecidas para evitar que resbalaran. Además de la espada corta que siempre llevaba al cinto, iba provisto de su Palo de Secar, que no había usado desde que entró al servicio de la Casa de Hosokawa. La serenidad de su cara pálida, de mejillas llenas, contrastaba con el rojo intenso del manto. Aquel día, Kojirō tenía un aire indefinible de magnificencia, casi de belleza.

Nuinosuke observó que la sonrisa de Kojirō era tranquila y confiada. La mostraba a cuantos le rodeaban, y parecía satisfecho y perfectamente sereno.

Kojirō subió a bordo del barco. Tatsunosuke lo hizo después de él. Había dos tripulantes, uno en la proa, mientras que el otro manejaba la espadilla. Amayumi estaba posado en el puño de Tatsunosuke.

Una vez se apartaron de la orilla, el remero movió los brazos con movimientos amplios y lánguidos, y la pequeña embarcación se deslizó suavemente.

Sobresaltado por los gritos de la multitud que se despedía de él clamorosamente, el halcón aleteó.

La multitud se dividió en pequeños grupos que se dispersaron lentamente, maravillándose del porte sereno de Kojirō y rogando para que venciera en aquel

combate supremo.

«Debo regresar», se dijo Nuinosuke, recordando su responsabilidad para que Sado partiera a tiempo. Al volverse, vio a una muchacha. Omitsu estaba apoyada en el tronco de un árbol y lloraba. A Nuinosuke le pareció indecoroso quedarse allí mirándola, por lo que desvió los ojos y se alejó sin hacer ruido. De nuevo en la calle, echó un último vistazo a la embarcación de Kojirō y luego miró a Omitsu. «Todo el mundo tiene una vida pública y otra privada —se dijo—. Detrás de toda esa fanfarria, hay una mujer que llora desconsolada.»

A bordo de la embarcación, Kojirō pidió a Tatsunosuke que le diera el halcón y extendió su brazo izquierdo. Tatsunosuke transfirió a Amayumi a su puño y se apartó respetuosamente.

El oleaje era rápido, el día perfecto, con el cielo claro, y el agua cristalina, pero la altura de las olas era excesiva. Cada vez que el agua salpicaba por encima de la borda, el halcón, con evidente ánimo de lucha, encrespaba las plumas.

Cuando habían recorrido aproximadamente la mitad de la distancia hasta la isla, Kojirō le quitó la cinta de la pata y lanzó el ave al aire, diciéndole:

—Vamos, regresa al castillo.

Como si se estuvieran dedicando a la caza acostumbrada, Amayumi atacó a un ave marina en vuelo, enviando abajo una lluvia de plumas blancas. Pero al no oír la llamada de su dueño, se lanzó sobre las islas y entonces remontó el vuelo y desapareció.

Tras liberar al halcón, Kojirō empezó a desprenderse de los amuletos de buena suerte budistas y shintoístas, así como de los escritos con que le habían abrumado sus seguidores, y fue echándolos por la borda uno tras otro, incluso la túnica interior de algodón con el amuleto en sánscrito bordado que le había regalado su tía.

—Ahora puedo relajarme —dijo en voz baja.

Enfrentado a una situación en la que se jugaba la vida, no quería que le molestaran recuerdos ni personalidades. El recordatorio de todas aquellas personas que estaban rezando por su victoria le resultaba una carga. Sus buenos deseos, por muy sinceros que fuesen, eran ahora más un obstáculo que una ayuda. Lo único que importaba en aquellos momentos era él mismo, su ser desnudo.

La brisa salobre le acariciaba el rostro. Guardaba silencio. Sus ojos estaban fijos en los verdes pinares de Funashima.

En Shimonoseki, Tarōzaemon pasó ante una hilera de barracas en la playa y entró en su establecimiento.

—¡Sasuke! —exclamó—. ¿No ha visto nadie a Sasuke?

Sasuke era uno de sus empleados más jóvenes, pero también uno de los más espabilados. Era muy apreciado como sirviente de la casa, pero también ayudaba en

el negocio de vez en cuando.

—Buenos días —dijo el administrador de Tarōzaemon, abandonando su puesto en el despacho de contabilidad—. Sasuke ha estado aquí hasta hace unos momentos—. Se volvió a su ayudante y le ordenó—: Vete en busca de Sasuke, deprisa.

El administrador empezó a informar a su jefe de asuntos comerciales, pero éste le interrumpió, sacudiendo la cabeza como si le persiguiera un mosquito.

—Lo que quiero saber es si alguien ha venido preguntando por Musashi.

—A decir verdad, ya estuvo aquí alguien esta mañana.

—¿El mensajero de Nagaoka Sado? Eso ya lo sé. ¿Alguien más?

El administrador se restregó el mentón.

—Bueno, no lo he visto personalmente, pero me han dicho que un hombre de aspecto desaseado y mirada penetrante se presentó anoche. Llevaba un largo bastón de roble y pidió ver al «sensei Musashi». Tuvieron dificultades para librarse de él.

—Alguien habló más de la cuenta, a pesar de que les dije lo importante que era mantener en secreto la presencia de Musashi.

—Lo sé. También yo se lo dije con toda claridad, pero no hay nada que hacer con los jóvenes. El hecho de que Musashi esté aquí les hace sentirse importantes.

—¿Cómo te libraste del hombre?

—Sōbei le dijo que estaba equivocado, que Musashi nunca ha venido aquí. Al final se marchó, tanto si le creía como si no. Sōbei observó que había dos o tres personas esperándole fuera, entre ellas una mujer.

Sasuke llegó corriendo desde el embarcadero.

—¿Deseabas verme, señor?

—Sí, quería asegurarme de que estás preparado. Es muy importante, ¿sabes?

—Lo comprendo, señor. Estoy en pie desde antes del amanecer. Me he lavado con agua fría y me he puesto un taparrabos nuevo de algodón blanco.

—Muy bien. ¿Está el bote a punto, tal como te encargué anoche?

—Sí, la verdad es que me ha dado poco trabajo. Elegí el bote más rápido y limpio, lo rocié con sal para purificarlo y lo restregué por dentro y por fuera. Estoy preparado para ir adondequiera que se encuentre Musashi.

—¿Dónde está?

—En la orilla, con las demás embarcaciones.

Tras reflexionar un momento, Tarōzaemon dijo:

—Será mejor que nos pongamos en marcha. Demasiadas personas se percatarán de la partida de Musashi y él no desea verse rodeado de gente. Llévalo junto al gran pino, ése al que llaman Pino de Heike. Por allí apenas va nadie.

—Sí, señor.

El establecimiento, generalmente lleno de actividad, estaba casi vacío. Tarōzaemon, en un estado de fuerte nerviosismo, salió a la calle. Allí y en Moji, en la

orilla contraria, la gente se había tomado el día libre: hombres que parecían samurais de los feudos vecinos, rōnin, sabios confucianos, herreros, armeros, artesanos de la laca, sacerdotes, ciudadanos de todas las clases y algunos agricultores de los campos circundantes. Había mujeres perfumadas, cubiertas con velos y tocadas con anchos sombreros de viaje, y esposas de pescadores con niños a la espalda o cogidos de la mano. Todos se movían en la misma dirección general, tratando en vano de aproximarse a la isla, aunque no había ningún lugar estratégico desde donde pudiera verse algo más pequeño que un árbol.

«Sé lo que se propone Musashi», pensó Tarōzaemon. Ser abordado por aquella muchedumbre de espectadores, para quienes la pelea no era más que un espectáculo, sería insoportable.

Al volver a su casa, la encontró limpia como los chorros del oro. En la habitación que daba a la playa, el reflejo del agua oscilaba en el techo.

—¿Dónde has estado, padre? —le preguntó Otsuru al entrar con la bandeja del té —. Te he estado buscando.

—En ninguna parte en particular —respondió él.

Alzó la taza y la miró pensativamente.

Otsuru había ido a pasar una temporada con su amado padre. Casualmente, cuando viajaba desde Sakai en el mismo barco con Musashi, descubrió que ambos tenían vínculos con Iori. Cuando Musashi acudió a presentar sus respetos a Tarōzaemon y agradecerle que cuidara del muchacho, el agente marítimo insistió en que Musashi se alojara en su casa y dio instrucciones a Otsuru para que le atendiera.

La noche anterior, mientras Musashi hablaba con su anfitrión, Otsuru había permanecido sentada en la habitación contigua, cosiendo el nuevo taparrabos y la faja abdominal cuyos deseos de ponérselos el día del combate él había manifestado. La muchacha ya le había preparado un nuevo kimono negro, del que se podían desprender en un instante los hilvanes que servían para mantener las mangas y la falda dobladas adecuadamente hasta el momento de su uso.

—¿Dónde está Musashi, Otsuru? ¿Le has servido el desayuno?

—Oh, sí, hace ya bastante rato. Luego cerró la puerta de su habitación.

—Supongo que se está preparando.

—No, todavía no.

—Pues ¿qué está haciendo?

—Al parecer, está pintando.

—¿Ahora?

—Sí.

—Humm. Estuvimos hablando de pintura y le pregunté si pintaría algo para mí. Supongo que debe de haberse dedicado a eso.

—Ha dicho que lo dejaría terminado antes de marcharse. También está haciendo

una pintura para Sasuke.

—¿Sasuke? —repitió Tarōzaemon, incrédulo. Su nerviosismo aumentaba con rapidez—. ¿Es que no sabe que se está haciendo tarde? Tendrías que ver a toda esa gente que pulula por las calles.

—Por la expresión de su semblante, se diría que se ha olvidado del combate.

—En cualquier caso, éste no es momento de ponerse a pintar. Ve a decírselo así. Hazlo con cortesía, pero que quede bien claro que eso puede esperar hasta más tarde.

—¿Por qué yo? No podría...

—¿Y por qué no? —Su sospecha de que la muchacha estaba enamorada se confirmó. Padre e hija se comunicaron silenciosa pero perfectamente—. ¿Por qué lloras, bobalicona? —rezongó en tono bonachón. Entonces se levantó y fue a la habitación de Musashi.

Éste se hallaba arrodillado en silencio, como si meditara, el pincel, la caja de tinta y el recipiente para pinceles a su lado. Ya había terminado una de las pinturas: una garza debajo de un sauce. El papel que tenía delante aún estaba en blanco. Pensaba en el tema de su próxima composición, o, más exactamente, intentaba adoptar la actitud mental correcta, pues eso era necesario antes de que pudiera visualizar la pintura o conocer la técnica que emplearía.

Veía el papel blanco como el gran universo de la inexistencia. Una sola pincelada daría lugar a la existencia. Podía evocar el viento o la lluvia a voluntad, pero, al margen de lo que trazara, su corazón permanecería en la pintura para siempre. Si su corazón estaba corrompido, la pintura también lo estaría; si estaba lánguido, lo mismo le ocurriría a la pintura. Si intentaba alardear de su habilidad, no podría ocultarlo. Los cuerpos humanos se desvanecen, pero la tinta sigue existiendo. La imagen de su corazón seguiría alentando después de que él mismo hubiera desaparecido.

Se dio cuenta de que sus pensamientos le refrescaban. Estaba a punto de entrar en el mundo de la inexistencia, de dejar que su corazón hablara por sí mismo, independiente de su ego, libre del toque personal de su mano. Intentó vaciarse de todo, en espera de ese estado sublime en el que su corazón podría hablar al unísono con el universo, desprendido de su yo y sin estorbos de ninguna clase.

Los sonidos de la calle no llegaban a su habitación. El combate de hoy le parecía totalmente ajeno a él. Tan sólo era consciente de los trémulos movimientos del bambú en el jardín interior.

—¿Te molesto?

La shoji a sus espaldas se deslizó silenciosamente, y Tarōzaemon se asomó. Parecía erróneo, casi malvado, entrometerse, pero fortaleció su ánimo y le dijo:

—Siento molestarte cuando tanto pareces disfrutar de tu arte.

—Ah, entra, por favor.

—Es casi la hora de partir.

—Lo sé.

—Todo está dispuesto. Cuanto necesitas lo encontrarás en la habitación contigua.

—Eres muy amable.

—Por favor, no te preocupes por la pintura. Puedes terminarla cuando regreses de Funashima.

—Oh, esto no tiene nada de especial. Esta mañana me sentía muy despejado, y era un buen momento para pintar.

—Pero tienes que pensar en la hora.

—Sí, lo sé.

—Cuando quieras hacer tus preparativos, llámame. Te estaremos esperando.

—Muchísimas gracias. —Tarōzaemon se dispuso a marcharse, pero Musashi le preguntó—: ¿A qué hora sube la marea?

—En esta época, la marea está más baja entre las seis y las ocho de la mañana. Más o menos en estos momentos volverá a subir.

—Gracias —le dijo Musashi distraídamente, dirigiendo de nuevo su atención al papel en blanco.

Tarōzaemon cerró silenciosamente la shoji y regresó a la sala. Tenía la intención de sentarse y aguardar en silencio, pero no transcurrió mucho tiempo antes de que los nervios se apoderasen de él. Se puso en pie y caminó a la terraza, desde donde se veía la corriente que se deslizaba a través del estrecho. El agua ya se adentraba en la playa.

—Padre.

—Dime.

—Es hora de que parta. He dejado sus sandalias en la entrada del jardín.

—Aún no está preparado.

—¿Todavía pinta?

—Sí.

—Creí que ibas a lograr que dejara de hacer eso y se preparase.

—Sabe la hora que es.

Una pequeña embarcación se detuvo en la playa cercana, y Tarōzaemon oyó que le llamaban por su nombre. Era Nuinosuke.

—¿Todavía no ha salido Musashi? —preguntó. Cuando Tarōzaemon le respondió negativamente, Nuinosuke se apresuró a decir—: Por favor, dile que se prepare y salga lo antes posible. Kojirō ya ha partido, así como el señor Hosokawa. Mi maestro saldrá de Kokura ahora mismo.

—Haré lo que pueda.

—¡Por favor! Quizá parezco una vieja gruñona, pero queremos asegurarnos de que no llegue tarde. Sería una vergüenza que hiciera algo indecoroso a estas alturas.

Se alejó remando apresuradamente, y el agente marítimo y su hija se quedaron, llenos de inquietud, en la terraza. Desde allí contaron los segundos, mirando de vez en cuando hacia la pequeña habitación del fondo, de la que no salía el menor sonido.

Pronto llegó una segunda embarcación con un mensajero procedente de Funashima, enviado para que apresurase a Musashi.

Musashi abrió los ojos cuando oyó el sonido de la shoji al deslizarse. Otsuru no tenía necesidad de anunciar su presencia. Cuando ella le habló sobre la embarcación de Funashima, él asintió y le sonrió afablemente.

—Ya veo —le dijo, y salió de la habitación.

Otsuru contempló el suelo donde él se había sentado. La hoja de papel estaba ahora llena de borrones de tinta. Al principio la tinta parecía una línea amorfa, pero ella pronto vio que se trataba de un paisaje de la variedad en «tinta rota». Aún estaba húmeda.

—Por favor, dale esta pintura a tu padre —le dijo Musashi, alzando la voz por encima de un chapoteo de agua—. Y la otra es para Sasuke.

—Gracias, no tendrías que haberlo hecho.

—Lamento no tener nada mejor que ofreceros, después de las molestias que os he causado, pero confío en que tu padre lo acepte como un recuerdo.

Otsuru replicó solícitamente:

—Regresa esta noche sin falta y siéntate junto al fuego con mi padre, como hiciste anoche.

Al oír el crujido de tela en la habitación contigua, Otsuru se sintió complacida. Por fin Musashi se estaba vistiendo. Entonces volvió a hacerse el silencio, y poco después le vio hablando con su padre. La conversación fue muy breve, tan sólo el intercambio de unas pocas palabras. Cuando pasó a la habitación contigua, la muchacha observó que el samurai había doblado pulcramente sus ropas viejas, dejándolas en una caja que estaba en el rincón. Una sensación de indescriptible soledad se apoderó de ella. Se inclinó y apoyó la mejilla en el kimono todavía cálido.

—¡Otsuru! —la llamó su padre—. ¿Qué estás haciendo? ¡Ya se marcha!

—Sí, padre.

Otsuru se pasó las yemas de los dedos por las mejillas y los párpados, y corrió a reunirse con él.

Musashi se encontraba ya en la puerta del jardín, que había elegido para evitar que le vieran. Padre, hija y otras cuatro o cinco personas de la casa y el negocio llegaron hasta la puerta y se detuvieron allí. Otsuru estaba demasiado sobreexcitada y era incapaz de articular palabra. Cuando Musashi la miró, ella le hizo una reverencia, como todos los demás.

—Adiós —dijo Musashi. Cruzó la puerta baja de hierba trenzada, la cerró tras él y añadió—: Cuidaos.

Cuando los otros alzaron las cabezas, él ya se marchaba rápidamente.

Estuvieron contemplándole un buen rato mientras se alejaba, pero Musashi no volvió la cabeza.

—Supongo que ésa es la manera de ser de un samurai —musitó alguien—. Se marcha así, sin más ni más, nada de discursos ni despedidas solemnes, nada en absoluto.

Otsuru desapareció de inmediato. Al cabo de unos segundos, su padre entró en la casa.

El Pino de Heike se alzaba solitario a unas doscientas varas de la playa. Musashi se encaminó a él con la mente totalmente despejada. Había depositado todos sus pensamientos en la tinta negra de la pintura paisajística. Pintar le había hecho bien, y consideraba que su esfuerzo había sido un éxito.

Ahora navegaría hacia Funashima, Avanzaba con calma, como si aquél fuese un viaje más. No podía saber si regresaría vivo, pero había dejado de pensar en ello. Años atrás, a la edad de veintidós, cuando se aproximaba al pino de ancha copa en Ichijōji, estaba muy emocionado, ensombrecido por una sensación de tragedia inminente, y aferraba su espada solitaria con intensa determinación. Ahora no sentía nada.

No se trataba, ni mucho menos, de que su enemigo de hoy fuese menos temible que el centenar de hombres a los que se había enfrentado. Luchando solo, Kojirō era un adversario más formidable que cualquier ejército que la escuela Yoshioka pudiese haber organizado contra él. Musashi no abrigaba la menor duda de que aquélla iba a ser la pelea fundamental de su vida.

—¡Sensei!

—¡Musashi!

En la serena mente de Musashi se produjo una ligera conmoción al oír las voces y ver a las dos personas que corrían hacia él. Por un instante se sintió aturdido.

—¡Gonnosuke! —exclamó—. ¡Y la abuela! ¿Cómo habéis llegado hasta aquí?

Los dos, mugrientos a causa del largo viaje, se arrodillaron en la arena ante él.

—Teníamos que venir —dijo Gonnosuke.

—Hemos venido a despedirte —dijo Osugi—. Y yo a pedirte disculpas.

—¿Disculpas? ¿A mí?

—Sí, por todo. Debo pedirte que me perdones.

Él la miró a los ojos con una expresión inquisitiva.

—¿Por qué dices eso, abuela? ¿Ha ocurrido algo?

Ella permanecía en pie, las manos juntas en un gesto de súplica.

—¿Qué puedo decir? He cometido tantas maldades que no puedo esperar tu perdón por todas ellas. Todo ha sido... un error horrible. Estaba cegada por el amor a mi hijo, pero ahora conozco la verdad. Por favor, perdóname.

Él se quedó un momento mirándola, y entonces se arrodilló y le cogió la mano. No se atrevió a alzar los ojos, por temor a que estuvieran humedecidos por las lágrimas. Ver a la anciana tan contrita le hacía sentirse culpable, pero también experimentaba gratitud. La mano de la anciana estaba trémula; incluso la suya le temblaba ligeramente.

Musashi sólo tardó un momento en recobrar su compostura.

—Te creo, abuela, y te agradezco que hayas venido. Ahora puedo enfrentarme a la muerte sin remordimientos, ir al combate con el espíritu libre y el corazón tranquilo.

—Entonces ¿me perdonarás?

—Claro que sí, siempre que tú me perdones por todas las dificultades que te he causado desde que era un chiquillo.

—Por supuesto, pero no sigamos hablando de mí. Hay otra persona que necesita tu ayuda. Alguien a quien consume la tristeza.

La anciana volvió la cabeza, invitándole a mirar.

Bajo el Pino de Heike, observándolo tímidamente, con el rostro pálido y humedecido por la emoción, estaba Otsū.

—¡Otsū! —exclamó.

En un instante estuvo ante ella, sin darse cuenta siquiera de que sus pies le habían transportado allí.

Gonnosuke y Osugi se quedaron inmóviles donde estaban, deseosos de esfumarse en el aire y dejar la orilla sólo para la pareja.

—Has venido, Otsū.

No existían palabras para salvar un abismo de años, para transmitir el caudal de sentimientos que rebosaba en el interior de Musashi.

—No tienes buen aspecto. ¿Estás enferma? —Musitó estas palabras como un verso aislado de un largo poema.

—Un poco.

Con los ojos bajos, ella se esforzaba por conservar su aplomo, por no perder el dominio de sí misma. Aquel momento, tal vez el último, no debía ser desperdiciado.

—¿Es sólo un resfriado? —inquirió él—. ¿O se trata de algo grave? ¿Qué te ocurre? ¿Dónde has estado en los últimos meses?

—El otoño pasado regresé al Shippōji.

—¿Volviste a casa?

—Sí. —Le miró fijamente, sus ojos límpidos como las profundidades del océano, esforzándose por reprimir las lágrimas—. Pero no existe un verdadero hogar para una huérfana como yo. Sólo el hogar que está dentro de mí.

—No hables así. Mira, incluso Osugi parece haberte abierto su corazón, y eso me alegra muchísimo. Tienes que recobrar la salud y aprender a ser feliz... para mí.

—Ahora soy feliz.

—¿Es cierto eso? Si es así, también yo soy feliz..., Otsū...

Se inclinó hacia ella. La joven permanecía erguida y rígida, consciente de la presencia de Osugi y Gonnosuke. Musashi, que se había olvidado de ellos, la rodeó con sus brazos y le acarició la mejilla con la suya.

—Estás tan delgada..., tan delgada. —Percibía emocionado la agitada respiración de la joven—. Te suplico que me perdones, Otsū. Quizá te parezca que no tengo corazón, pero no es cierto, no por lo que a ti respecta.

—Yo..., eso ya lo sé.

—¿Lo sabes? ¿De veras?

—Sí, pero te ruego que me digas una palabra, una sola palabra. Dime que soy tu mujer.

—Si te dijera lo que ya sabes, lo echaría a perder.

—Pero..., pero... —Ella sollozaba con todo su cuerpo, pero en un acceso de energía, le cogió la mano y exclamó—: ¡Dilo! ¡Di que soy tu mujer para toda esta vida!

Él asintió, lentamente, en silencio. Entonces separó uno tras otro los dedos delicados de la muchacha aferrados a su brazo y permaneció erguido.

—La esposa de un samurai no debe llorar y desconsolarse cuando él parte a la guerra. Ríe para mí, Otsū. Despídeme con una sonrisa. Puede que ésta sea la última partida de tu esposo.

Ambos sabían que había llegado el momento. Por un breve instante, él la miró sonriente. Entonces le dijo:

—Hasta luego.

—Sí, hasta luego.

Ella quería devolverle la sonrisa, pero sólo consiguió retener sus lágrimas.

—Adiós.

Musashi se volvió y caminó con firmes zancadas hasta la orilla. Una palabra de despedida afloró a los labios de Otsū, pero se negó a pronunciarla. Las lágrimas se agolpaban en sus ojos, irreprimibles, y ya no podía verle.

El fuerte viento salobre agitaba la cabellera de Musashi. Su kimono aleteaba briosamente.

—¡Sasuke! Acerca un poco más la barca.

Aunque llevaba esperando más de dos horas y sabía que Musashi estaba en la playa, Sasuke había desviado cuidadosamente la mirada. Ahora miró a Musashi y le dijo:

—En seguida, señor.

Con un fuerte y rápido movimiento, hundió el palo en el agua e impulsó la embarcación. Cuando tocó la orilla, Musashi saltó a la proa, y avanzaron mar adentro.

—¡Otsū! ¡Detente! —gritó Jōtarō.

Otsū corría hacia el agua. El muchacho corrió tras ella. Gonnosuke y Osugi, sobresaltados, intervinieron en la persecución.

—¡Detente, Otsū! ¿Qué haces?

—¡No seas necia!

Le dieron alcance simultáneamente y la retuvieron.

—No, no —protestó ella, sacudiendo la cabeza lentamente—. No me comprendéis.

—¿Qué..., qué intentas hacer?

—Dejadme que me siente —les dijo con voz serena.

Ellos la soltaron, y la joven caminó con dignidad hasta un lugar a pocas varas de distancia, donde se arrodilló en la arena, al parecer exhausta. Pero había recuperado su fuerza. Enderezó el cuello de su kimono, se alisó el cabello e hizo una reverencia en dirección a la barca de Musashi.

—Ve sin ningún pesar —susurró.

Osugi se arrodilló y también hizo una reverencia. Entonces la imitó Gonnosuke y luego Jōtarō. Tras haber efectuado el largo viaje desde Himeji, Jōtarō había perdido su oportunidad de hablar con Musashi, a pesar de su intenso anhelo de decirle una palabra de despedida. Su decepción fue suavizada por el conocimiento de que había cedido a Otsū el tiempo que él habría estado con Musashi.

El alma de la profundidad

Cuando la marea llegó a su altura máxima, el agua corría por el estrecho como un torrente en crecida al pasar por un angosto desfiladero. Tenían el viento de popa, y la embarcación avanzó con rapidez a través del oleaje. Sasuke parecía orgulloso. Deseaba que aquel día le alabaran por su habilidad en el remo con espadilla.

Musashi estaba sentado en medio de la embarcación, con las rodillas muy separadas.

—¿Se tarda mucho en llegar allí? —inquirió.

—Con esta marea no mucho, pero vamos retrasados.

—Humm.

—Ya hace rato que pasaron las ocho.

—Sí, lo sé. ¿A qué hora crees que llegaremos?

—Probablemente a las diez o poco después.

—Es una hora muy adecuada.

El cielo que Musashi contemplaba aquel día, el mismo cielo que miraba Ganryū, era de un azul profundo. La nieve que cubría las montañas de la sierra de Nagato parecía un gallardete blanco que flotara en un cielo sin nubes. Las casas de Mojigasaki y los repliegues y hendiduras del monte Kazashi eran claramente visibles. En las laderas de las montañas había multitudes que forzaban la vista, tratando de ver las islas lo mejor posible.

—¿Puedo usar esto, Sasuke?

—¿Qué es?

—Este remo roto en el fondo de la barca.

—No lo necesito. ¿Para qué lo quieres?

—Tiene más o menos el tamaño adecuado —respondió Musashi crípticamente.

Con una mano extendió hacia fuera el remo algo mojado y cerró un ojo para comprobar si estaba recto. Un borde de la pala estaba partido.

Se colocó el remo sobre una rodilla y, totalmente absorto, empezó a tallarlo con su espada corta. De vez en cuando Sasuke miraba atrás, hacia Shimonoseki, pero Musashi parecía haberse olvidado de quienes habían quedado atrás. ¿Era ésa la manera que tenía un samurai de encarar un combate a vida o muerte? A un ciudadano como Sasuke, le parecía algo frío e inhumano.

Musashi terminó la talla y sacudió las virutas de su hakama.

—¿Tienes algo con que cubrirme? —preguntó.

—¿Sientes frío?

—No, pero el agua me salpica.

—Debe de haber un chaquetón acolchado debajo del asiento.

Musashi cogió la prenda y se la puso sobre los hombros. Entonces sacó unas

hojas de papel de su kimono y empezó a enrollarlas y retorcerlas una tras otra, formando una tira. Cuando había unido así más de veinte hojas, las unió por los extremos formando dos cordones, los cuales trenzó entonces para hacer un tasuki, el brazalete usado para atar las mangas detrás durante la lucha. Sasuke había oído decir que hacer tasuki de papel era un arte secreto que se transmitía de generación en generación, pero Musashi llevó a cabo el trenzado de tal manera que parecía algo muy sencillo. Sasuke observó con admiración la destreza de sus dedos y la elegancia con que se deslizó los tasuki sobre los brazos.

—¿Es eso Funashima? —preguntó Musashi, señalando.

—No, es Hikojima. Forma parte del grupo de islas Hahajima. Funashima está a unas mil varas al nordeste. Resulta fácil reconocerla porque es llana y parece un largo banco de arena. Entre Hikojima e Izaki está el estrecho de Ondo. Probablemente habrás oído hablar de él.

—Entonces ahí, al oeste, debe de estar Dairinoura, en la provincia de Buzen.

—Exactamente.

—Ahora lo recuerdo. Las ensenadas e islas de estos alrededores son los parajes donde Yoshitsune ganó la última batalla contra los Heike.

Sasuke se iba poniendo más nervioso a cada golpe de espadilla. Un sudor frío le perlaba la frente, el corazón le palpitaba. Hablar de cosas sin relación con el combate inminente le producía una sensación muy extraña. ¿Cómo podía un hombre dirigirse a la lucha con semejante tranquilidad?

Sería un combate a vida o muerte, eso era indudable. ¿Luego regresaría él a tierra firme llevando un pasajero o un cadáver cruelmente mutilado? Era imposible saberlo. Sasuke pensó que Musashi era como una nube blanca que flotase en el cielo.

La actitud de Musashi no se debía a ninguna pose, pues lo cierto era que no pensaba absolutamente en nada. En todo caso, estaba un tanto aburrido.

Miró por encima de la borda las agitadas aguas azules. Allí eran profundas, infinitamente profundas, y dotadas de lo que parecía ser la vida eterna. Pero el agua no tenía una forma fija, determinada. ¿No se debía al hecho de que el hombre poseía una forma fija y determinada su imposibilidad de tener una vida eterna? ¿No empieza la verdadera vida sólo cuando se ha perdido la forma tangible?

Desde el punto de vista de Musashi, la vida y la muerte eran similares a la espuma. Sintió que se le ponía la piel de gallina, no a causa de la frialdad del agua sino porque su cuerpo experimentaba una premonición. Aunque su mente se había elevado por encima de la vida y la muerte, su cuerpo y su mente no estaban en armonía. Cuando se olvidaba de cada poro de su cuerpo, así como de su mente, no quedaba dentro de su ser más que el agua y las nubes.

Estaban navegando ante la ensenada de Teshimachi, en Hikojima. Desde donde se hallaban no podían ver que había unos cuarenta samurais en la orilla, observándoles.

Todos ellos eran seguidores de Ganryū, y la mayoría estaban al servicio de la Casa de Hosokawa. Violando las órdenes de Hosokawa, habían navegado a Funashima dos días antes. En la eventualidad de que Ganryū fuese derrotado, estaban dispuestos a vengarse.

Aquella mañana, cuando Nagaoka Sado, Iwama Kakubei y los hombres asignados para que montaran guardia llegaron a Funashima, descubrieron a aquel grupo de samurais, les reconvinieron severamente y les ordenaron retirarse a Hikojima. Pero como la mayoría de los oficiales simpatizaban con ellos, no les castigaron. Una vez hubieran abandonado Funashima, los oficiales no eran responsables de lo que hicieran.

—¿Estáis seguros de que es Musashi? —preguntó uno de ellos.

—Tiene que serlo.

—¿Va solo?

—Eso parece. Lleva un manto o algo parecido sobre los hombros.

—Probablemente lleva puesta una armadura ligera y quiere ocultarla.

—Vamos.

Ansiosos por entrar en combate, se amontonaron en sus botes y permanecieron dispuestos. Todos estaban armados con espadas, pero en el fondo de cada barca había una lanza.

—¡Llega Musashi!

El grito se oyó alrededor de Funashima sólo unos instantes después.

El rumor del oleaje, el sonido del viento entre los pinos y los bambúes armonizaban suavemente. Desde primeras horas de la mañana la islita había tenido un aspecto solitario, pese a la presencia de los oficiales. Una nube blanca que se elevaba desde la dirección de Nagato se deslizó ante el sol, oscureciendo las hojas de los árboles y los bambúes. La nube pasó y apareció de nuevo la luminosidad.

Era una isla muy pequeña. En el norte se alzaba una pequeña colina cubierta de pinos. Al sur el terreno era llano a una altura de aproximadamente la mitad de la colina, hasta que se precipitaba en los bajíos.

Habían instalado un dosel entre unos árboles, a considerable distancia de la orilla. Los oficiales y sus ayudantes aguardaban silenciosa y discretamente, pues no querían dar a Musashi la impresión de que intentaban realzar la dignidad del paladín local.

Ahora, dos horas después de la señalada, empezaron a exteriorizar su ansiedad y su enojo. En dos ocasiones habían enviado barcas rápidas para avisar a Musashi que se apresurase.

El vigía situado en un arrecife corrió hacia los oficiales y les dijo:

—¡Es él! ¡No hay ninguna duda!

—¿De veras ha venido? —preguntó Kakubei, levantándose sin darse cuenta, lo

cual constituyó una grave falta de etiqueta.

Como testigo oficial, se esperaba de él que mantuviera una fría reserva. Sin embargo, su excitación era muy natural y los demás, que la compartían, se levantaron también.

Al darse cuenta de su metedura de pata, Kakubei se dominó e hizo un gesto a los demás para que se sentaran de nuevo. Era esencial que no demostraran en sus acciones o decisiones su preferencia personal por Ganryū. Kakubei miró hacia la zona de espera de Ganryū. Tatsunosuke había colgado de varios melocotoneros silvestres una cortina con el blasón de la genciana. Al lado de la cortina había un cubo de madera nuevo y un cazo con mango de bambú. Ganryū, impaciente tras la larga espera, había pedido agua para beber y ahora descansaba a la sombra de la cortina.

La posición de Nagaoka Sado estaba más allá de la de Ganryū, y ligeramente más alta. Iori estaba a su lado, y les rodeaban guardianes y servidores. Cuando el vigía llegó con la noticia, el rostro del muchacho, incluso sus labios, palidecieron. Sado estaba sentado a la manera formal, recto e inmóvil. Tenía el yelmo algo inclinado a la derecha, como si mirase la manga de su kimono. Llamó a Iori en voz baja.

—Sí, señor.

Iori se inclinó hasta tocar el suelo antes de alzar la vista al yelmo de Sado. Incapaz de dominar su excitación, temblaba de la cabeza a los pies.

—Iori —le dijo Sado, mirando fijamente al muchacho—. Observa todo lo que ocurre, no te pierdas un solo detalle. Piensa que Musashi va a jugarse la vida para enseñarte lo que estás a punto de ver.

Iori asintió. Su mirada, fija en el arrecife, era ardiente. La blanca espuma de las rompientes le deslumbraba. El arrecife estaba a unas doscientas varas de distancia, por lo que le sería imposible ver los pequeños movimientos y la respiración de los luchadores, pero lo que Sado quería enseñarle no eran los aspectos técnicos, sino el momento dramático en el que un samurai entabla una lucha a vida o muerte. Esto era lo que permanecería en su mente y le influiría a lo largo de su vida.

El oleaje de la hierba subía y bajaba. Verdes insectos saltaban de un lado a otro. Una mariposa pequeña y delicada se trasladó de una brizna de hierba a otra y luego desapareció de la vista.

—Está cerca de aquí —dijo Iori con voz entrecortada.

La embarcación de Musashi se aproximaba lentamente al arrecife. Eran casi las diez de la mañana.

Ganryū se puso en pie y bajó despacio el montículo entre las zonas de espera. Hizo una reverencia a los oficiales que estaban a derecha e izquierda y caminó sin apresurarse por la hierba hacia la orilla.

El lugar de acceso a la isla era una especie de cala donde el oleaje menguaba

hasta reducirse a meras ondulaciones. Musashi veía el fondo a través del agua clara y azul.

—¿Dónde debo desembarcar? —preguntó Sasuke, el cual movía ahora la espadilla con mucha lentitud mientras escudriñaba la costa.

—Sigue recto —le dijo Musashi, al tiempo que se despojaba del chaquetón acolchado.

La proa avanzó poco a poco, pues Sasuke no se atrevía a remar con vigor. Sólo movía ligeramente los brazos, haciendo muy poca fuerza. Se oían en el aire los cantos de los ruiseñores.

—Sasuke.

—Sí, señor.

—Aquí el agua es bastante somera. No es necesario que te aproximes más, pues no quisiera que tu barca sufra daño alguno. Además, en seguida va a cambiar la marea.

Sasuke, en silencio, contempló un pino alto y delgado que se alzaba solitario. Debajo de él, el viento jugaba con un brillante manto rojo.

Sasuke empezó a señalar hacia allí, pero se dio cuenta de que Musashi ya había visto a su adversario. Sin desviar la mirada de Ganryū, Musashi se sacó del obi una toalla de manos de color rojizo, la dobló a lo largo en cuatro tramos y se ató con ella el cabello agitado por el viento. Entonces se colocó la espada corta en la parte delantera del obi. Desenvainó la espada larga, y la depositó en el fondo de la barca, cubriéndola con una estera de juncos. En la mano derecha blandía la espada de madera que había hecho con el remo roto.

—Ya está bien aquí —le dijo a Sasuke.

Delante de ellos había una extensión de casi doscientos pies de agua. Sasuke dio un par de largas remadas con la espadilla. La embarcación avanzó hasta embarrancar en un bajío, la quilla vibrando al alzarse.

En aquel momento, Musashi, con su hakama subido a ambos lados, saltó al agua, con tal ligereza que apenas produjo un chapoteo. Avanzó con rapidez hacia la orilla. Su espada de madera cortaba la espuma.

Cinco pasos. Diez pasos. Sasuke abandonó la espadilla y le contempló maravillado, olvidando dónde se hallaba y qué estaba haciendo allí.

Mientras Ganryū se alejaba del pino, su manto semejante a un gallardete rojo, la pulimentada vaina de su espada destelló al sol.

A Sasuke le recordó la cola de un zorro plateado. «¡Deprisa!», pensó, pero Ganryū ya se hallaba en la orilla. Sasuke, seguro de que Musashi estaba sentenciado, no pudo seguir mirando. Se tendió de bruces en la barca, presa de temblores, ocultándose el rostro, como si fuese él quien, de un momento a otro, pudiera ser partido por la mitad de un tajo.

—¡Musashi!

Ganryū se plantó con resolución en la arena, dispuesto a no ceder una pulgada.

Musashi se detuvo y permaneció inmóvil, expuesto al agua y el viento. Esbozó una sonrisa.

—Kojirō —dijo en voz baja.

Había una ferocidad sobrenatural en sus ojos, una fuerza que tiraba de un modo tan irresistible que amenazaba con atraer inexorablemente a Kojirō al riesgo y la destrucción. Las olas bañaban su espada de madera.

Los ojos de Ganryū parecían despedir fuego. La sed de sangre ardía en sus pupilas, como arco iris de llameante intensidad que trataban de aterrar y debilitar.

—¡Musashi!

No recibió respuesta.

—¡Musashi!

El mar retumbaba amenazador a lo lejos; el oleaje rompía y murmuraba a los pies de ambos hombres.

—Otra vez llegas tarde, ¿eh? ¿Es ésa tu estrategia? A mi modo de ver es una treta cobarde. Han pasado dos horas desde la hora señalada. He venido aquí a las ocho, como prometí. Te he estado esperando.

Musashi no le replicó.

—Ya hiciste esto en Ichijōji y, anteriormente, en el Rengeōin. Al parecer, tu método consiste en desconcertar a tu adversario haciéndole esperar a propósito. Ese truco no te llevará a ninguna parte con Ganryū. Ahora prepara tu espíritu y avanza valientemente, para que las generaciones futuras no se rían de ti. ¡Adelante y lucha, Musashi!

El extremo de la vaina se alzó detrás de él al desenvainar su gran espada Palo de Secar. Con la mano izquierda, desprendió la vaina del cinto y la arrojó al agua.

Musashi esperó el tiempo suficiente a que una ola rompiera en el arrecife y se retirase. Entonces dijo de repente, en voz baja:

—Has perdido, Kojirō.

—¿Qué? —Ganryū se estremeció hasta el tuétano.

—La pelea ha terminado. Digo que has sido derrotado.

—¿De qué me estás hablando?

—Si fueras a ganar, no habrías arrojado tu vaina. Así has lanzado tu futuro, tu vida.

—¡Palabras! ¡Tonterías!

—Es una lástima, Kojirō. ¿Estás preparado para caer? ¿Quieres que esto termine rápido?

—¡Ven..., ven aquí, bastardo!

—¡Hooo!

El grito de Musashi y el sonido del agua ascendieron al unísono en un crescendo.

Ganryū entró en el agua, con la espada alta por encima de la cabeza, y se enfrentó directamente a Musashi. Una línea de blanca espuma se deslizó sobre la superficie mientras Musashi corría hacia la orilla, por la izquierda de Ganryū. Éste le persiguió.

Los pies de Musashi abandonaron el agua y tocaron la arena casi en el mismo instante que la espada, que todo el cuerpo el Ganryū, se lanzaba hacia él como un pez volador. Cuando Musashi notó que Palo de Secar se le acercaba, su cuerpo estaba todavía en el final del movimiento que le había sacado del agua, inclinado ligeramente adelante.

Sujetó la espada de madera con ambas manos, extendida a la derecha por detrás de él y parcialmente oculta. Satisfecho de su posición, emitió un leve gruñido, un sonido casi imperceptible que el aire llevó al rostro de Ganryū. Palo de Secar parecía haber estado a punto de descargar un tajo hacia abajo, pero osciló un poco y se detuvo. A nueve pies de Musashi, Ganryū cambió de dirección saltando ágilmente a la derecha.

Los dos hombres se miraron fijamente. Musashi, a dos o tres pasos del agua, tenía el mar a su espalda. Enfrente estaba Ganryū, sujetando en alto la espada con ambas manos.

Se hallaban totalmente absortos en el combate letal, y ambos estaban libres de cualquier pensamiento consciente.

El escenario del combate era un vacío perfecto. Pero en los puestos de espera y más allá del sonido de las olas, eran innumerables las personas que retenían el aliento.

Por encima de Ganryū se cernían las plegarias y las esperanzas de quienes creían en él y querían que viviese; por encima de Musashi las plegarias y esperanzas de los otros.

De Sado e Iori, en la isla.

De Otsū, Osugi y Gonnosuke, en la playa de Shimonoseki.

De Akemi y Matahachi, en la colina de Kokura.

Todas sus plegarias se dirigían al cielo.

Abajo, esperanzas, plegarias y dioses no servían de ayuda, como tampoco la suerte. Había sólo un vacío, impersonal y perfectamente imparcial.

¿Es ese vacío, tan difícil de lograr por el ser viviente, la expresión perfecta de la mente que se ha elevado por encima del pensamiento y las ideas trascendentes?

Los dos hombres hablaron sin pronunciar palabra. Entonces llegó a cada uno, inconscientemente, la comprensión del poderío del otro. Los poros de sus cuerpos sobresalían como agujas dirigidas contra el adversario.

Músculos, carne, uñas, pelo, incluso las cejas, todos los elementos corporales que comparten la vida estaban unidos en una fuerza única contra el enemigo, defendiendo

al organismo viviente del que formaban parte. Sólo la mente se fusionaba con el universo, clara y serena, como el reflejo de la luna en un estanque en medio de la violencia de un tifón. Alcanzar esa sublime inmovilidad es el logro supremo.

Pareció transcurrir una eternidad, pero en realidad el intervalo fue breve, el tiempo requerido para que las olas llegaran y retrocedieran una docena de veces.

Entonces un gran grito que procedía, más que de la garganta, de las profundidades del ser, destruyó aquel instante. Lo había proferido Ganryū, y le siguió de inmediato el grito de Musashi.

Los dos gritos, como olas airadas rompiendo en una orilla rocosa, enviaron sus espíritus hacia el cielo. La espada del desafiador, elevada tan alto que parecía amenazar al sol, veteó el aire como un arco iris.

Musashi adelantó su hombro izquierdo, movió el pie derecho atrás y varió la posición de la parte superior de su cuerpo, enfrentado a medias a su contrario. Su espada de madera, que sostenía con ambas manos, cortó el aire en el mismo momento en que la punta de Palo de Secar llegaba directamente debajo de su nariz.

La respiración de los dos combatientes se hizo más intensa que el sonido del oleaje. Ahora la espada de madera estaba extendida al nivel de los ojos, y Palo de Secar muy por encima de la cabeza de su portador. Ganryū había retrocedido unos diez pasos, donde tenía el mar a un lado. Aunque en su primer ataque no había podido herir a Musashi, se había colocado en una posición mucho mejor. De haber permanecido donde estaba, con el sol reflejándose desde el agua en sus ojos, pronto le habría fallado la vista y, acto seguido, su espíritu, y habría quedado a merced de Musashi.

Con renovada confianza, Ganryū empezó a avanzar poco a poco, ojo avizor, en busca de algún pequeño defecto en la defensa de Musashi y fortaleciendo su propio espíritu para llevar a cabo un movimiento decisivo.

Musashi hizo lo inesperado. En vez de proceder con lentitud y cautela, se dirigió temerariamente hacia Ganryū, la espada proyectada por delante de él, dispuesto a hundirla en los ojos de Ganryū. La desmaña de su movimiento hizo detenerse a Ganryū, el cual casi perdió de vista a Musashi.

La espada de madera se alzó recta en el aire. Impulsándose con todas las fuerzas de sus piernas, Musashi dio un gran salto y, doblando las piernas, redujo su estatura de seis pies a cuatro o quizá menos.

—¡Yaaaa!

La espada de Ganryū silbó en el espacio por encima de él. El golpe falló, pero la punta de Palo de Secar cortó la pequeña toalla enrollada que Musashi se había atado alrededor de la cabeza, haciéndola volar.

Ganryū se confundió, tomándola por la cabeza de su adversario, y en su rostro se esbozó brevemente una sonrisa. Al instante siguiente su cráneo se rompió como grava

bajo el golpe de la espada de Musashi.

Mientras Ganryū yacía donde la arena se encontraba con la hierba, su semblante no expresaba la conciencia de una derrota. La sangre le brotaba de la boca, pero sus labios esbozaban una sonrisa de triunfo.

—¡Oh, no!

—¡Ganryū!

Olvidando la rigurosa etiqueta, Iwama Kakubei se puso en pie de un salto, y con él todo su séquito, sus rostros distorsionados por la conmoción. Entonces vieron a Nagaoka Sado e Iori, sentados serenamente en sus bancos. Avergonzados, hicieron un esfuerzo para reprimir el deseo de correr hacia su paladín caído. Intentaron recuperar cierto grado de compostura, pero no podían ocultar su pesar y su desolación. Algunos tragaban saliva, negándose a creer lo que acababan de ver, y sus mentes estaban en blanco.

En un instante, la isla quedó tan silenciosa y tranquila como lo había estado siempre. Sólo el rumor del viento entre los pinos y la hierba agitada se burlaban de la fragilidad y la impermanencia del género humano.

Musashi contemplaba una pequeña nube en el cielo. Mientras lo hacía, su alma regresó a su cuerpo, y le fue posible distinguir entre la nube y sí mismo, entre su cuerpo y el universo.

Sasaki Kojirō Ganryū no regresó al mundo de los vivos. Tendido de bruces, todavía aferraba su espada. Su tenacidad era aún visible. Su rostro no mostraba el menor signo de angustia. No revelaba más que la satisfacción por haber librado un buen combate, y no lo ensombrecía la menor señal de arrepentimiento.

Al ver en el suelo la pequeña toalla que había llevado enrollada alrededor de la cabeza, un escalofrío recorrió la espina dorsal de Musashi. Pensó que jamás en esta vida encontraría a otro adversario como aquél. Le invadió una oleada de admiración y respeto. Estaba agradecido a Kojirō por lo que éste le había dado. En fortaleza y en espíritu de lucha había estado a más altura que Musashi, y ésa fue precisamente la razón de que éste hubiera sido capaz de superarse a sí mismo.

¿Qué era lo que había permitido a Musashi derrotar a Kojirō? ¿La habilidad? ¿La ayuda de los dioses? Aunque sabía que no era nada de eso, Musashi jamás fue capaz de expresar verbalmente el motivo. Desde luego, era algo más importante que la fuerza o la providencia divina.

Kojirō había puesto su confianza en la espada de la fuerza y la habilidad. Musashi había confiado en la espada del espíritu. Ésa había sido la única diferencia entre ellos.

En silencio, Musashi caminó diez pasos hasta Kojirō y se arrodilló a su lado. Acercó la mano izquierda a las fosas nasales del caído y observó que aún alentaba muy débilmente. «Con un tratamiento adecuado, podría recuperarse», se dijo Musashi, y quería creerlo, quería creer que el más valiente de todos sus adversarios

no perecería.

Pero el combate había terminado. Era hora de irse.

—Adiós —dijo a Kojirō primero y luego a las autoridades sentadas en sus bancos.

Tras hacer una sola reverencia hasta tocar el suelo, corrió al arrecife y saltó a bordo de la embarcación. En su espada de madera no había una sola gota de sangre.

La pequeña barca se hizo a la mar. ¿Quién puede decir con qué rumbo? No se tienen noticias de si los seguidores de Ganryū que estaban en Hikojima intentaron vengarse.

La gente no abandona sus amores y sus odios mientras vive. Las oleadas de sentimiento van y vienen con el paso del tiempo. Durante toda la vida de Musashi hubo quienes le tuvieron inquina por su victoria y criticaron su conducta en aquella ocasión. Decían que se había marchado a toda prisa porque temía represalias, que estaba aturdido, que incluso descuidó ejecutar el golpe de gracia.

El mundo está siempre lleno del resonar de las olas.

Los pececillos, abandonándose a las olas, bailan, cantan y juegan, pero ¿quién conoce el corazón del mar a cien pies de la superficie? ¿Quién conoce su profundidad?

Personajes y lugares

Agón, el lancero a quien Musashi derrota en el templo Hōzōin.
Akemi, la hija de Okō
Aoki Tanzaemon, un soldado, padre de Jōtarō
Casa de Yagyū, una poderosa familia conocida por su estilo de esgrima
Daizō, un ladrón
Date Masamune, un señor acaudalado
Edo, la capital del shogunado
Funashima, una isla, lugar de la batalla definitiva entre Musashi y Kojirō
Gion Tōji, samurai de la escuela Yoshioka y pretendiente de Okō
Gonnosuke, campesino y aspirante a samurai
Gudo, un sacerdote Zen
Hangawara Yajibei, un poderoso patrón de Edo
Hideyori, señor del castillo de Osaka y rival de Ieyasu.
Hōjō Shinzō, alumno de Obata Kagenori e hijo del señor Hōjō Ujikatsu
Hōjō Ujikatsu, señor de Awa y renombrado estratega militar
Hon'ami Kōetsu, artesano
Hon'ami Myōshū, la madre de Hon'ami Kōetsu
Hon'iden Matahachi, amigo de la infancia de Musashi
Hon'iden Osugi, la madre de Matahachi y enemiga acérrima de Musashi
Hosokawa Tadaoki, poderoso daimyō dirigente regional
Hosokawa Tadatoshi, hijo mayor del señor Hosokawa Tadaoki, patrón de Kojirō
Ikeda Terumasa, señor del castillo de Himeji, donde Musashi estudió el arte de la guerra
Ishimoda Geki, un servidor de Date Masamune
Iwama Kakubei, vasallo de la Casa de Hosokawa
Jōtarō, joven seguidor de Musashi
Jūrō, uno de los matones de Hangawara Yajibei
Kimura Sukekurō, espadachín de la Casa de Yagyū
Koroku, uno de los matones de Hangawara Yajibei
Kyoto, ciudad del sudoeste de Japón, rival de Osaka
Mimasaka, provincia natal de Musashi
Miyamoto Musashi, espadachín de fama creciente
Nagaoka Sado, ayudante de Hosokawa Tadatoshi
Obata Kagenori, instructor militar del shōgun
Obata Yogorō, hijo de Obata Kagenori
Okō, una mujer lasciva
Omitsu, sobrina de Ono Tadaaki

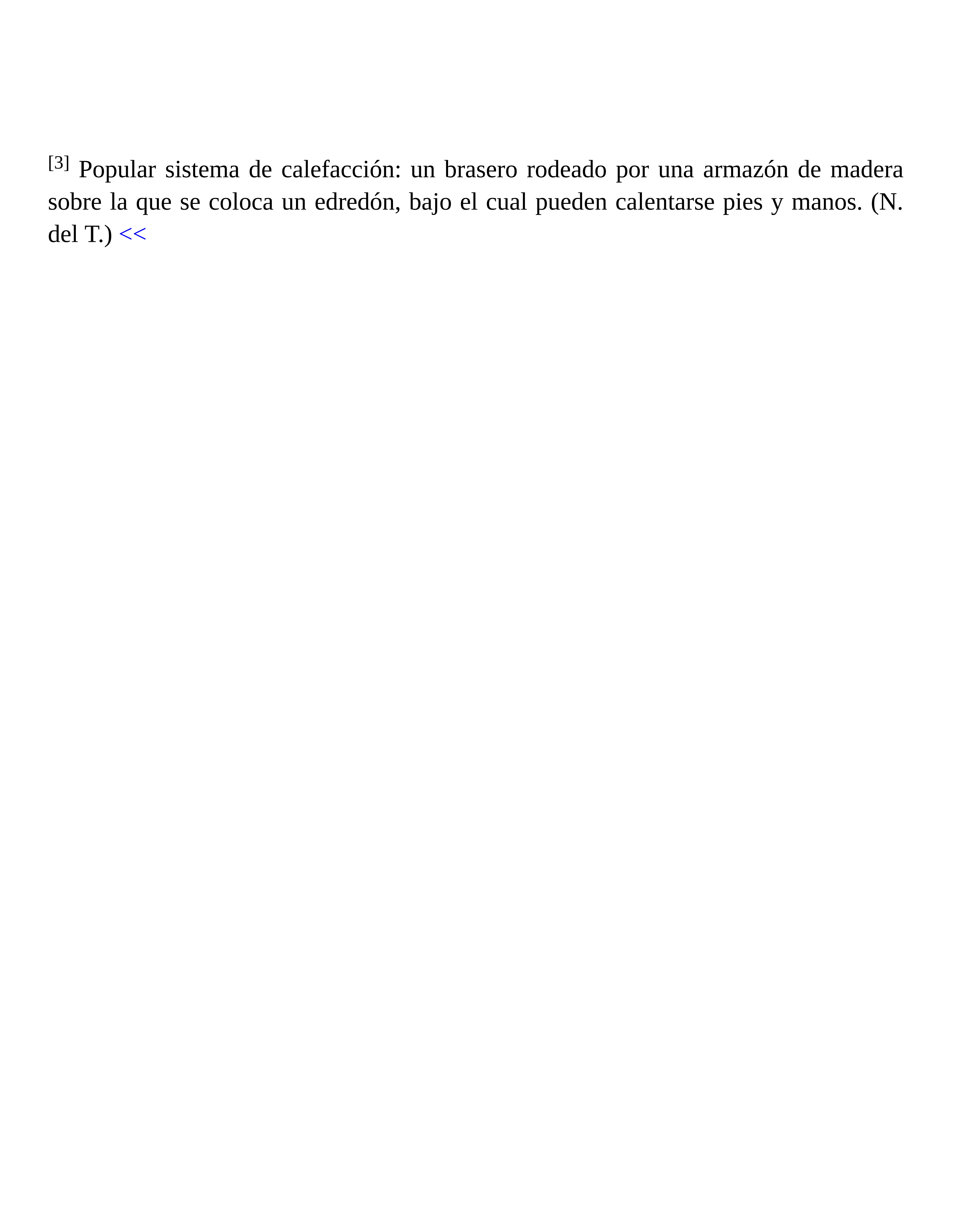
Ono Tadaaki, tutor de artes marciales del shogun
Osaka, ciudad del sudoeste de Japón, rival de Kyoto
Otsū, joven enamorada de Musashi
Sannosuke Iori, muchacho campesino y seguidor de Musashi
Sasaki Kojirō, samurai y principal rival de Musashi, conocido también como Ganryū
Sekigahara, batalla en la que Ieyasu derrotó a los ejércitos combinados de los daimyōs occidentales para dominar Japón
Señor Hōjō Ujikatsu, señor de Awa y renombrado estratega militar
Señor Hosokawa Tadaoki, poderoso daimyo o dirigente regional
Shimmen Osugi, la hermana de Musashi
Shimmen Takezō, antiguo nombre de Musashi
Shōda Kizaemon, samurai al servicio de la familia Yagyū
Takuan Sōhō, un monje excéntrico
Tokugawa Hidetada, hijo de Tokugawa Ieyasu, a quien sucedió en 1605
Tokugawa Ieyasu, el shōgun, gobernador militar de Japón
Toyotomi, familia rival de los Tokugawa y gobernantes del castillo de Osaka
Tsujikaze Temma, bandido al que mata Musashi
Ueda Ryōhei, samurai de la escuela Yoshioka
Ushinosuke, un muchacho campesino
Yagyū Hyogo, nieto de Yagyū Sekishūsai
Yagyū Munenori, hijo de Yagyū Sekishūsai y samurai del shogun
Yagyū Sekishūsai, viejo maestro del estilo Yagyū de esgrima
Yoshino Dayū, una hermosa cortesana
Yoshioka Kempō, padre de Yoshioka Seijūrō
Yoshioka Seijūrō, Joven Maestro de la escuela Yoshioka
Zushino Kōsuke, artesano de espadas

Notas

[1] Nacido en Japón en 1910, desde 1946 fue profesor de la Universidad de Harvard, la cual le nombró posteriormente profesor emérito. Entre 1961 y 1966 dejó la universidad para ocupar el cargo de embajador norteamericano en Japón, y es uno de los más célebres conocedores a fondo de ese país. Entre sus numerosas obras destacan "Japan: The Story of a Nation" y "The Japanese". <<



[2] Literalmente, «colección de diez mil hojas», la antología poética más antigua de Japón (siglo IX). (N. del T.) <<



[3] Popular sistema de calefacción: un brasero rodeado por una armazón de madera sobre la que se coloca un edredón, bajo el cual pueden calentarse pies y manos. (N. del T.) <<



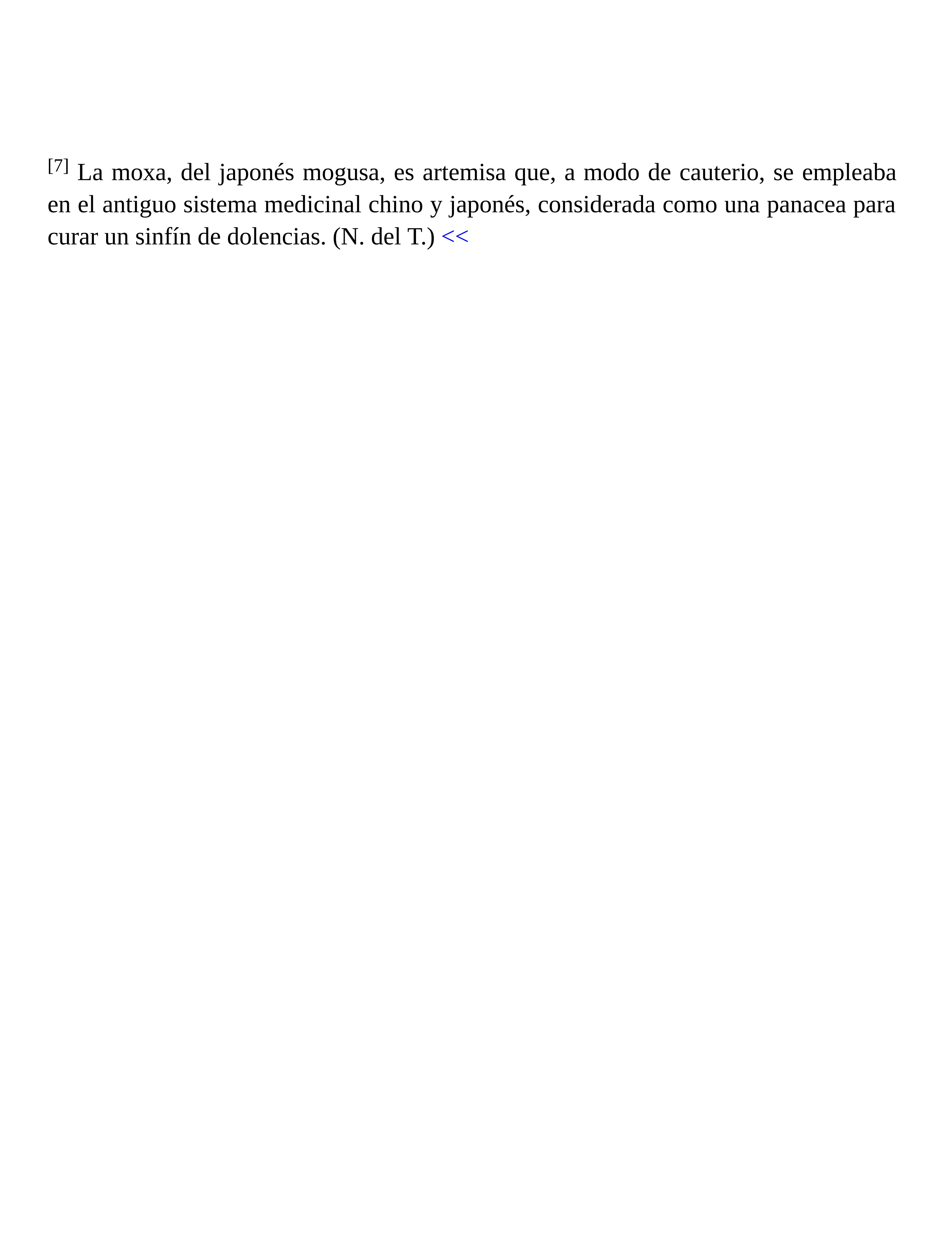
[4] Sencillo portal de troncos levantado en el acceso a todo templo sintoísta. (N. del T.) <<



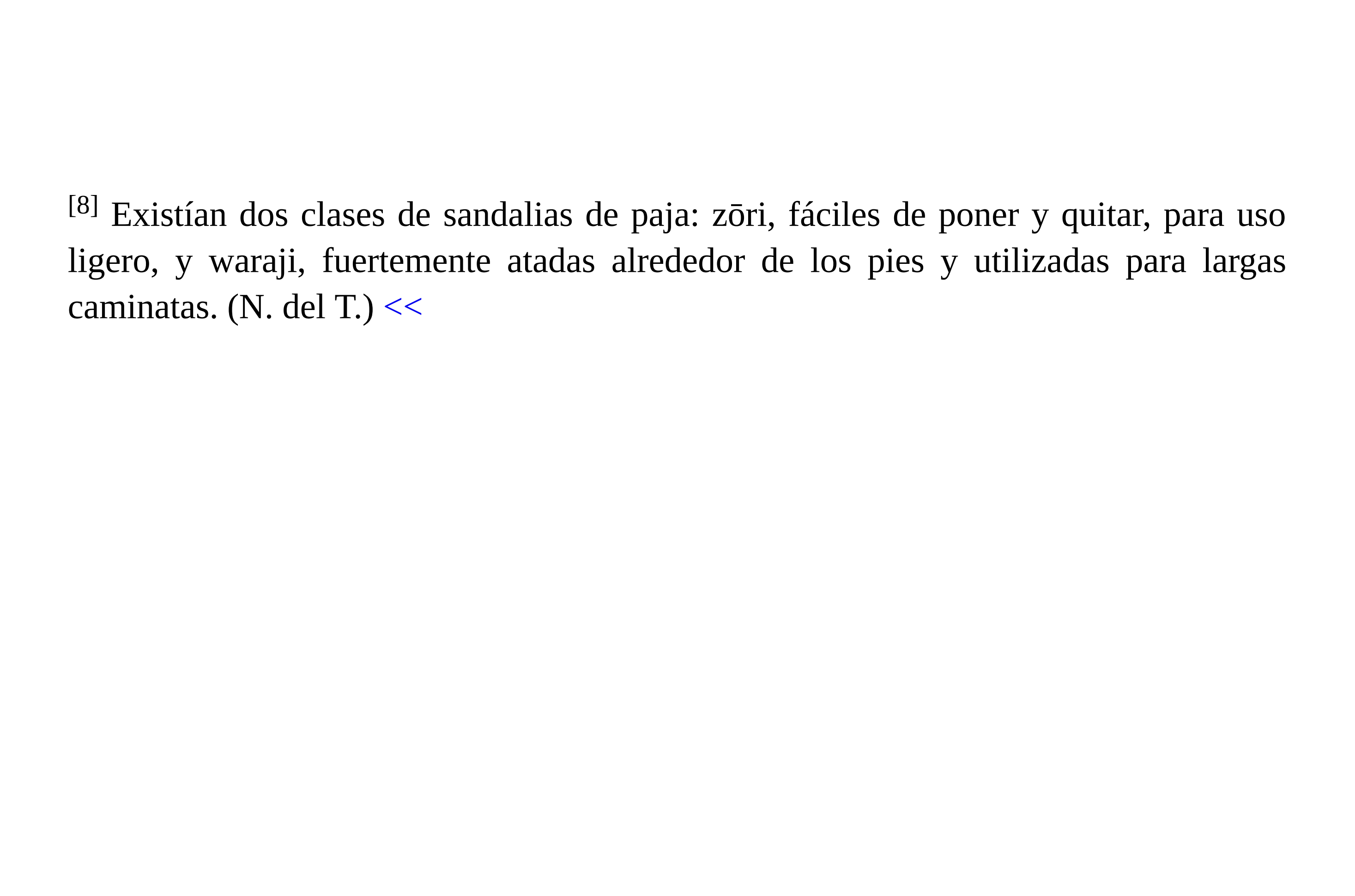
[5] Según la antigua cronología japonesa, el Año Nuevo comenzaba hacia finales del mes de febrero, cuando ya la primavera estaba en el aire. (N. del T.) <<



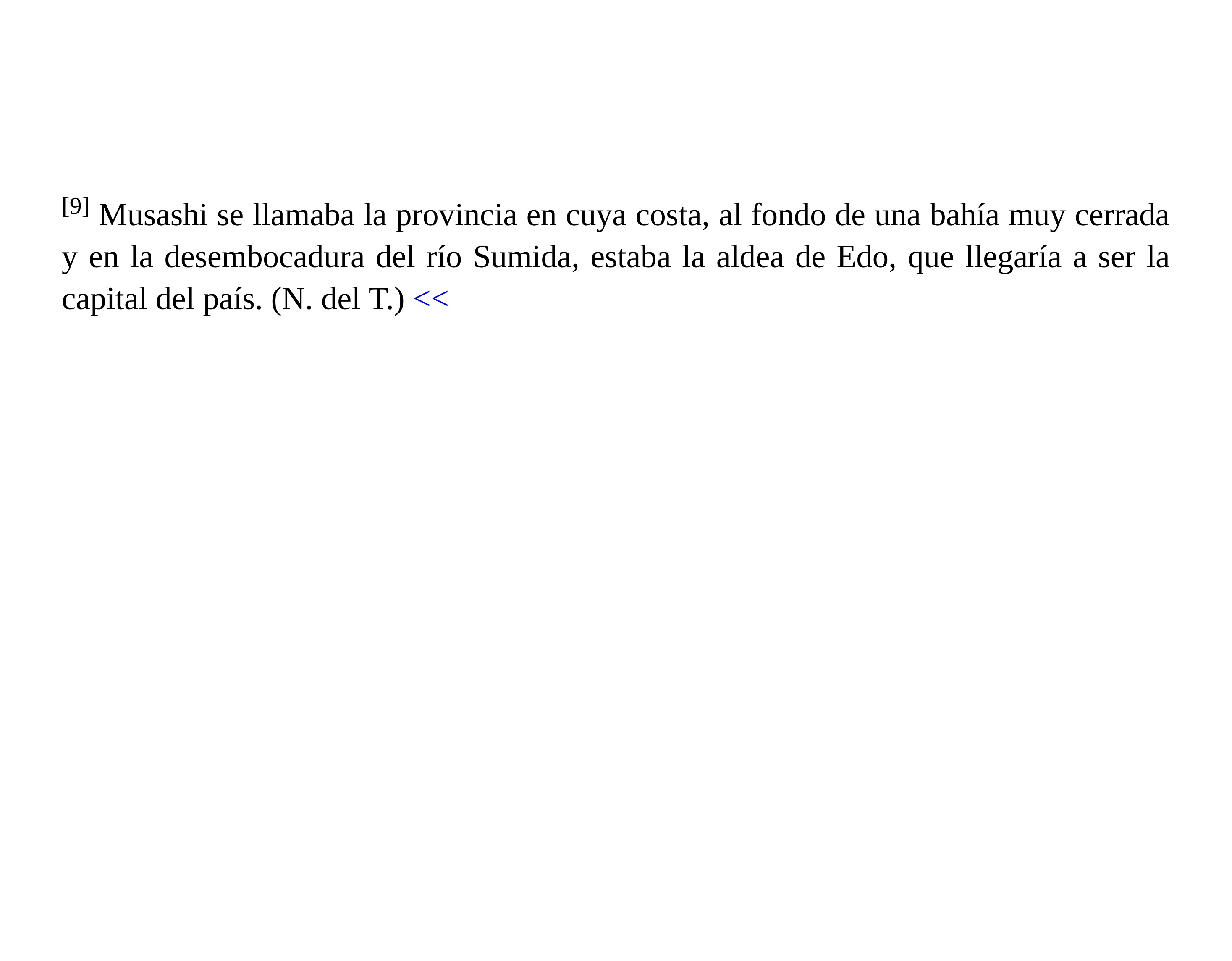
[6] La colina de Yoshino, en la región de Kansai, es famosa por sus grandes arboledas de cerezos, que, según la tradición, fueron plantados en el siglo VII. (N. del T.) <<



[7] La moxa, del japonés mogusa, es artemisa que, a modo de cauterio, se empleaba en el antiguo sistema medicinal chino y japonés, considerada como una panacea para curar un sinfín de dolencias. (N. del T.) <<



[8] Existían dos clases de sandalias de paja: zōri, fáciles de poner y quitar, para uso ligero, y waraji, fuertemente atadas alrededor de los pies y utilizadas para largas caminatas. (N. del T.) <<

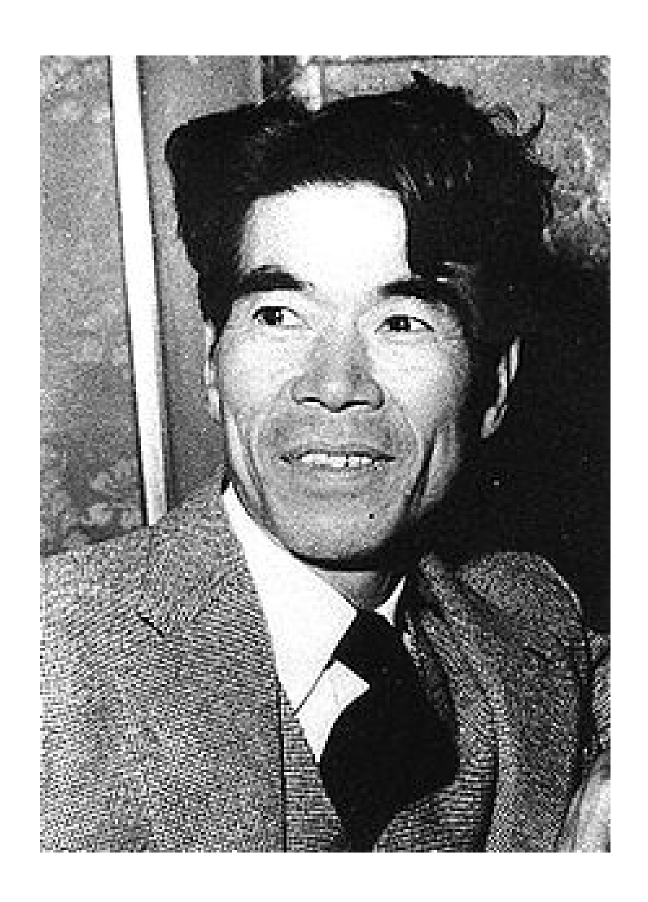


[9] Musashi se llamaba la provincia en cuya costa, al fondo de una bahía muy cerrada y en la desembocadura del río Sumida, estaba la aldea de Edo, que llegaría a ser la capital del país. (N. del T.) <<

[10] Ushi es una palabra japonesa que designa a todo el ganado vacuno. (N. del T.) <<

[11] Los otros dos tesoros simbólicos de Japón son un espejo y una joya. (N. del T.)
<<

[12] La «posesión por zorros» demoniacos, kitsune-tsuki, dotados de poderes sobrenaturales, era una creencia china muy arraigada en Japón desde la Edad Media. (N. del T.) <<



EIJI YOSHIKAWA, (*Yoshikawa Eiji*, 11 de agosto de 1892—7 de septiembre de 1962) fue un novelista histórico japonés, probablemente uno de los mejores y más famosos autores del género. De entre sus más conocidas novelas, muchas son revisiones de obras anteriores. Fue influenciado principalmente por clásicos como *Heike Monogatari*, *Genji Monogatari*, *Outlaws of the Marsh* y *El Romance de los Tres Reinos*, muchos de los cuales fueron posteriormente narrados por él. Por ejemplo, Yoshikawa tomó el manuscrito del Taiko, de aproximadamente 15 volúmenes, para luego narrarlo en un lenguaje más sencillo y comprensible. Sus otros libros también tienen propósitos similares y, aunque muchas de sus novelas no son originales, creó una gran cantidad de obras y un renovado interés en la historia pasada. Fue premiado con el Cultural Order of Merit en 1960 (el mayor premio para un hombre de letras), el Order of the Sacred Treasure y el Mainichi Art Award justo antes de fallecer de cáncer en 1962. Es reconocido como uno de los mejores novelistas históricos de Japón e incluso del mundo en su totalidad.

Nació con el nombre de Hidetsugu Yoshikawa (*Yoshikawa Hidetsugu*) en la prefectura de Kanagawa, en lo que ahora forma parte de Yokohama. A causa del negocio fracasado de su padre, tuvo que abandonar la escuela primaria para trabajar con 11 años. Con 18, tras un grave accidente de trabajo en los muelles de Yokohama que casi le cuesta la vida, se trasladó a Tokio y se convirtió en aprendiz en un taller de lacado. Sobre esta época comenzó a interesarse en el cómic haiku. Se unió a una sociedad de poesía y comenzó a escribir cómic haiku bajo el pseudónimo de *Kijiro*.

En 1914, con *Relatos de Enoshima*, ganó el primer premio en un concurso de

escritura de novelas patrocinado por la editorial Kōdansha. Se unió al periódico Maiyu Shinbun en 1921, y en el siguiente año comenzó a publicar sus series, comenzando con *La Vida de Shinran*.

En 1923 se casó con Yasu Azukawa, en el mismo año en que sucedió el Gran Terremoto de Kantō. Su experiencia en el terremoto afianzó su resolución de hacer de la escritura su carrera. En los años siguientes publicó historias en diferentes publicaciones periódicas de Kodansha, que lo reconoció como su autor número uno. Utilizó 19 pseudónimos de escritor antes de adoptar el nombre de Eiji Yoshikawa. La primera vez que usó este nombre fue con la serie *Sword Trouble, Woman Trouble*. Su nombre se convirtió en una palabra de uso común tras la serialización de *Secret Record of Naruto* en el *Osaka Mainichi Shinbun*. Desde entonces, el apetito del público por su estilo de escritura épica era insaciable.

A principios de la década de 1930, su estilo se volvió introspectivo, reflejando los crecientes problemas que había en su vida personal. Pero, en 1935, con la serialización de *Musashi* en el Asahi Shinbun sobre el famoso espadachín Miyamoto Musashi, su estilo se afianzó en el género de la ficción épica histórica.

Tras el estallido de la Segunda Guerra Sino-japonesa contra China en 1937, el periódico Asahi Shinbun lo envió al campo de batalla como corresponsal. Durante este tiempo, se divorció de Yasu Akazawa y se casó con Fumiko Ikedo. Durante la guerra continuó escribiendo novelas y recibió algunas influencias de la cultura china. Entre las obras realizadas en este periodo se encuentran *Taiko* y su narración de *El Romance de los Tres Reinos*.

Al final de la guerra, dejó de escribir y se retiró, estableciéndose en Yoshino (actualmente Oumeshi) a las afueras de Tokio, pero pronto comenzó a escribir de nuevo, en 1947. Sus trabajos de la posguerra incluyen *Nuevo Relato del Heike,* publicado en el semanario Asahi (1950), y *A Private Record of the Pacific War* (1958)...

En España fueron publicados las sagas de *Musashi* y de *Taiko* por la editorial Martínez Roca, en cinco volúmenes cada una, son ediciones casi imposibles de encontrar hoy en día, y en la cual se basa esta edición en ePub. Recientemente una nueva editorial, Quaterni, a comenzado a rescatar estas obras del olvido publicando de nuevo en castellano la saga de *Musashi* en 3 volúmenes y la saga de *Taiko* en 2 volúmenes.